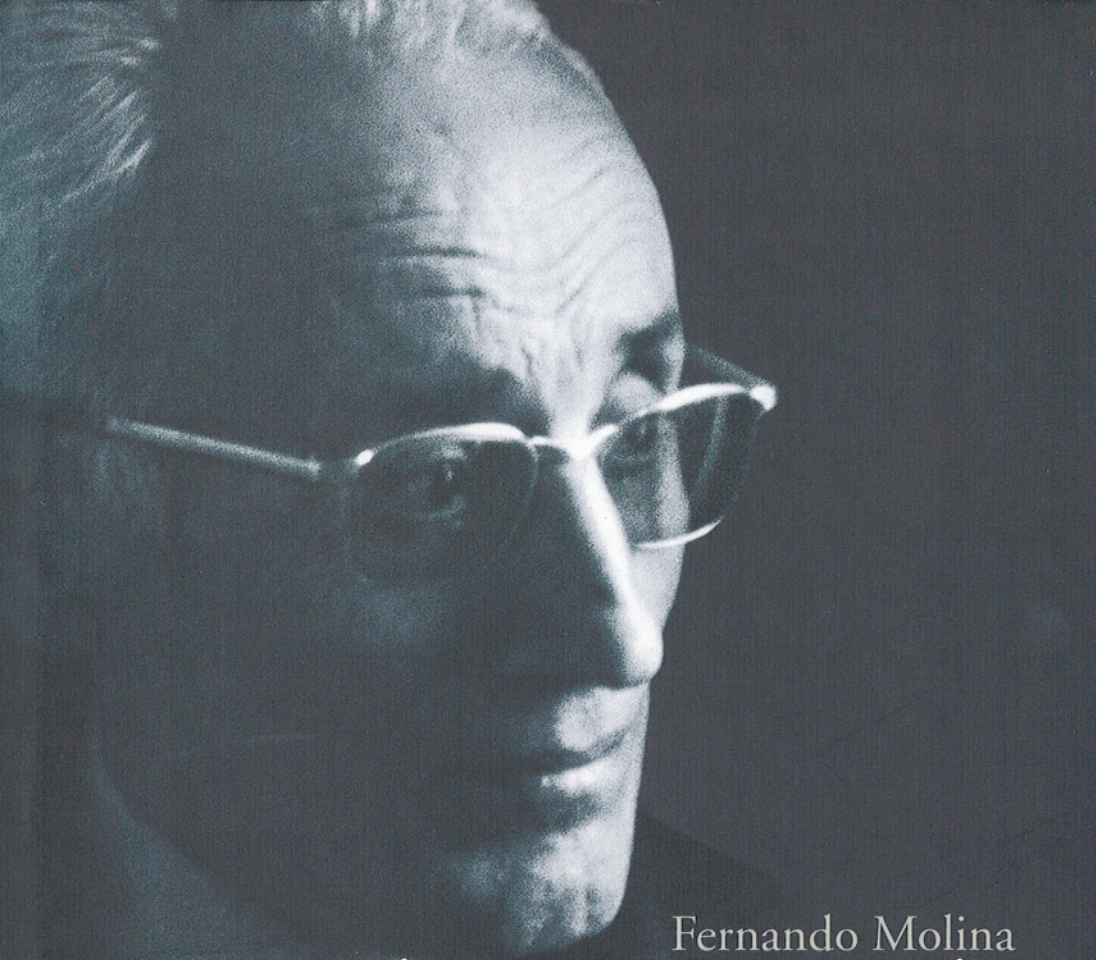


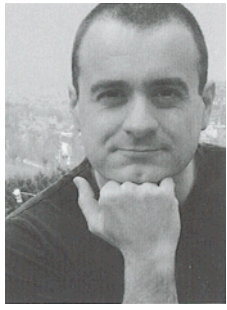
Fernando Molina

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA

(1915-1976)

BIOGRAFÍA

DEL HOMBRE QUE HIZO DEL COOPERATIVISMO DE MONDRAGÓN
UN REFERENTE EMPRESARIAL Y HUMANO A NIVEL MUNDIAL



FERNANDO MOLINA

(Bilbao, 1971)
Doctor en Historia por la Universidad de Deusto. Ha sido investigador adscrito en la Universidad de Deusto (1995-1999) y en la de Santiago de Compostela (2003-2005), e investigador visitante en las universidades de Edimburgo (1998, 1999), Nevada (2004) y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (2005). Es editor del libro *Imágenes del98* [Madrid, 1999), coautor de *Historia del Túnel de Artxanda. El urbanismo y las comunicaciones de Bilbao* (1900-2001) [Bilbao, 2001] y autor de *La tierra del martirio español. ElPaís Vascoy España en el siglo del nacionalismo* [Madrid, 2005].

FERNANDO MOLINA

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA

1915-1976

BIOGRAFÍA

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados.

© Fernando Molina Aparicio, 2005
© Caja Laboral-Euskadiko Kutxa, 2005
Pº José María Arizmendiarrieta s/n, 20500 Mondragón

Primera edición de esta obra: octubre de 2005
Diseño y maquetación: Koncepto, Diseño y Comunicación
Impresión: Gráficas Castuera
Depósito Legal: NA-2060-2005
Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N.: 84-920246-1-5

ÍNDICE

Presentación 11

Prólogo 19

Adenda primera. Agradecimientos 33

Adenda segunda: precisiones terminológicas 35

primera parte

VOCACIÓN | 1915-1941

1. INFANCIA Y ADOLESCENCIA | 1915-1931

Barinaga, Markina 39
El caserío Iturbe 39
El terruño materno 44
Primeras letras, primeras oraciones 53

El Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia 60
La vocación religiosa 60
La vida en el seminario 66
Amistades y piedad 71

2. EL SEMINARIO DIOCESANO DE VITORIA | 1931-1936

Un seminarista abertzale 79
Quinto de Latín 79
La vida cotidiana 84
Una nueva espiritualidad 90
La impronta de Barandiaran 95
Kardaberaz bazkuna 101

De la inquietud social a la amistad espiritual 112
La sociología de Juan Thalamás 112
El ideal de sacerdote social 120
Estudios teológicos 126
El grupo de amistad 129
Florecer de la intimidad espiritual 132

3. GUERRA CIVIL Y ORDENACIÓN SACERDOTAL | 1936-1941

Gudari del Gobierno de Euzkadi y juicio militar 137
Miliciano de *Euzko Gudarostia* 137
Periodista de *Eguna* 145
El Seminario de Bilbao 149
Huida y prisión 154
La causa 189/37 159
Consejo de guerra sumarísimo 165

De seminarista en Bergara a recluta en Burgos 170
El Seminario de Bergara 170
Rufino Aldabalde, Director Espiritual 175
«En todo sacerdote» 179
La paternidad espiritual 183
El Regimiento de Artillería nº 11 186
«La pensión GEA» 193

La definición del sacerdote social 201
El Seminario de Vitoria 201
El grupo de escritores 206
El Movimiento Sacerdotal de Vitoria 211
El apostolado social 214

SEGUNDA PARTE

APOSTOLADO | 1941-1959

4. CRISIS MUNDIAL Y APOSTOLADO SOCIAL | 1941-1946

Coadjutor de la Iglesia de San Juan Bautista 229
Mondragón en posguerra 229
La Escuela de Aprendices 235
El centro de Acción Católica 239
La parroquia de San Juan 246

Consiliario de la Acción Católica 251
Disenso respecto del régimen 251
La definición de la elite obrera 256
Juventud Deportiva de Mondragón 261
Socializar el saber 266
La Escuela Profesional 270

El camino hacia el «socialismo cristiano» 276
Nuevas lecturas sociales 276
El personalismo 282
La especialización de la elite obrera 286
El Dispensario Antituberculoso 292

5. LA REFORMA DE LA EMPRESA | 1947-1954

Las fronteras del apostolado patronal 295
El factor de la opinión pública 295
Hacia la dignidad obrera 300
La Liga de Educación y Cultura 304
La Escuela Social de Vitoria 307
El Cine-Frontón Gurea 311
Camino a otra Escuela Profesional 314

La estrategia de la cooperación comunitaria 318
La Asociación Mondragonesa del Hogar 318
La patria del futuro 321
La nueva Escuela Profesional de Zaldispe 325
El postseminario de Mondragón 332

6. LA NUEVA EMPRESA CRISTIANA | 1954-1959

La larga marcha al cooperativismo industrial 337
Hacia la emancipación de la mujer 337
Apóstoles para una nueva empresa 340
Gestiones en Madrid 346
Cooperativismo y cambio social 350

El despegue de la experiencia cooperativa 357
El inabarcable reto de la educación profesional 357
Ulgor y Arrasate 361
Modernidad y empresa cooperativa 371
Caja Laboral 375
Espiritualidad cooperativa 384

TERCERA PARTE

PASIÓN | 1960-1976

7. EL REINO DE DIOS EN LA EMPRESA | 1960-1967

La construcción de la «Ulgoría» 399
La cooperación llega al campo 399
Definición de una cultura empresarial 403
El género en la empresa 407
La mística cooperativa 412
Didáctica de una experiencia empresarial 417
«La fuerza precede a la razón» 423
La Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñati 427
La «ira santa» 431
El exigente viaje de la santidad 436

Hacia la Revolución por la educación 443
Trabajo, Unión... y Mancomunación 443
Expansión cooperativa 447
La filosofía pedestre 450
La Escuela Profesional Politécnica 453

Cooperativismo e identidad nacional 459
Sociedad geométrica y parroquia 464

8. LA ESPIRITUALIDAD DE LA ECONOMÍA | 1967-1976

La irrupción de la política 471
Primera operación 471
Una experiencia cooperativa 475
Cooperativismo y desarrollismo 479
Violencia política y cooperativas 485
La implosión política 489
Las bajas de la guerra 494
Sólo sacerdote... secular 498

Noche oscura del alma 504
Mondragón cruza el Atlántico 504
El recodo hacia el Calvario 508
Nueva operación 515
Iglesia, cooperativas y conflicto social 521
La voz de los ancestros 528
Nuevas querellas euskaltzales 532
El rostro de un moribundo 536
Nueva hospitalización 541
Antes del anochecer 546
El viaje definitivo 552
La sed, saciada 558

EPÍLOGO 571

CRONOLOGÍA 581

FUENTES Y DOCUMENTACIÓN 603

PRESENTACIÓN

«El movimiento cooperativo, entre sacrificios y renuncias, coopera al nacimiento de un hombre nuevo y un nuevo orden social...»

[José María Arizmendiarrieta]

El liderazgo del espíritu

Conocimos a D. José María en nuestra adolescencia. Él tenía 25 años; nosotros, entre 14 y 16. Nos movíamos por las calles dedicándonos a lo que hacían los demás jóvenes normales de aquella época: al estudio, a la vida en familia, cercanos a la Iglesia y siendo pobres de solemnidad. Su imagen alta, esbelta y sonriente comenzó a hacérsenos familiar. En cualquier acera se paraba y nos dirigía la palabra. No podemos recordar cuáles fueron sus primeros mensajes pero sí el aura de su luminosa faz que fue cimentando poco a poco nuestro mutuo entendimiento.

En el regazo de nuestras familias encontramos un hueco para vivir, y bajo la mirada de D. José María empezamos rápidamente a delinear nuestros planes de vida. Él comenzó a ser nuestro consejero, nuestro director espiritual; quien, a distancia, y de modo imperceptible, iba marcando los hitos que debíamos seguir. Y, como nosotros, eran centenares de jóvenes hacia los que irradiaba su influencia con una suerte de autoridad moral que se traslucía por su compostura ante la vida, ejemplarizante, de trabajo y de disciplina en los comportamientos de cada día. Nos enseñó a romper los esquemas de rigidez tradicional, a ser inconformistas, a vislumbrar oportunidades más allá de los horizontes estrechos de aquella sociedad, estancada y truncada, que la guerra civil había dejado como un poso amargo reluctante al cambio. Y nos convenció, en fin, de que los bienes materiales proporcionan una felicidad efímera si no se sabe compartirlos con los demás y que, sin embargo, las satisfacciones del espíritu son las que más embargan y sacian un bienestar estable y duradero.

Cuando habían pasado catorce años desde aquellos primeros encuentros, nos dijo que podíamos superarnos más y que el patrimo-

nio social había que hacerlo mayor y distribuirlo con otros criterios más enraizados en nuestras creencias. También nos decía que la fe en Dios había que ponerla al servicio de los seres humanos sobre los que había que proyectar nuestros sentimientos solidarios. Entonces no supimos recorrer más camino que el que D. José María nos abría yendo él por delante. Fue un sendero que nos llevó sin descanso, con la intensidad de su liderazgo y con sus premoniciones siempre cumplidas, hacia realizaciones que, sin él, jamás se hubiesen puesto en práctica.

Su pensamiento

Sólo nos acompañó treinta y seis años. Nos había dejado al cumplir sesenta y uno. Después, por la inercia latente de su magisterio, seguimos tratando de interpretar lo que él hubiese hecho, en cada circunstancia, en las instituciones que había puesto en marcha. No estamos seguros de haber sido fieles a sus ideas, pero lo hemos intentado. Luego, al tiempo, nos dimos cuenta de que a D. José María le habíamos sentido, pero no le habíamos llegado a conocer. Su influencia no tenía su causa en la compenetración con su perfil biográfico sino en la atracción de sus cálidos mensajes de sabiduría, de generosidad y de espiritualidad: eran suyos los orígenes, pero no conocíamos el origen; no le conocíamos a él.

En 1984, instados por personas que le conocían, nos propusimos que quedaran escritas algo así como las fuentes de su pensamiento y cuáles eran las líneas argumentales que inspiraban sus realizaciones. Una compilación minuciosa de sus dispersos escritos –jamás escribió un libro– distribuida en trece tomos le sirvió a Joxe Azurmendi para, haciendo un titánico esfuerzo, tender un hilo conductor del mensaje «arizmendiano» (como el autor, Azurmendi, llamó a su modelo de inspirarse, de concebir y actuar). Ese ensayo nos sorprendió a sus más cercanos colaboradores, ocho años más tarde de su fallecimiento, y nos hizo ver que más allá de los sentimientos de carácter afectuoso que nos unían a D. José María, su visión de la persona, los fundamentos de un nuevo orden, la educación, el trabajo y la unión, la dignidad del hombre, el sistema de producción cooperativo, la construcción de un futuro humano en un orden nuevo, era el resultado de sistematizar y ordenar una especie de práctica de lo social desde una perspectiva filosófica oteada por un hombre de esta tierra. Desde un amasijo de ideas esparcidas en miles de hojas, luego reunidas con un criterio nuevamente clasificatorio y conceptualizador, Joxe Azurmendi logró escribir el *Pensamiento de Arizmendiarrieta* que daba sentido al título de *El Hombre Cooperativo*. Es un texto al que se recurre como libro de consulta, propio para lectores cultos o especia-

listas cuya misión y oficio es desentrañar el pensamiento, algo inédito e íntimo, de D. José María, pero que no nos ofrecía –no se lo pedíamos– su dimensión biográfica como el propio Joxe Azurmendi reconocía al escribir: «Todavía no se ha escrito una historia rigurosa de la vida y actividades de Arizmendiarrieta, lo que a veces dificulta el estudio de su pensamiento.»

Una biografía pendiente

Estas carencias se percibían también por quienes leyeron aquel extenso trabajo realizado porque, pensando que se iban a encontrar con los perfiles biográficos de D. José María, que desnudaran su vida y, en lo que fuese posible, su alma, no encontraban en el sistemático trabajo de Azurmendi lo que ellos querían: lo habían conocido en la benignidad de su carácter, en la reciedumbre de sus ideas y con la profundidad de su fe «como motor de su vida» y necesitaban saber cómo fue el paso por la vida de este hombre. Porque aunque estos valores se presentían en el *Pensamiento de Arizmendiarrieta,* era necesario realizar una exégesis muy alambicada para reconducirlos hasta que lograran expresar sus virtudes humanas y su origen que procedían de un sacerdote humanista, creyente y comprometido.

Pasaron quince años más. En 1999, los restos mortales de D. José María fueron trasladados, a mediados del mes de setiembre, al nuevo cementerio de Arrasate-Mondragón, donde ahora descansan. Estas circunstancias siempre son motivo de reflexión porque se profundiza en el recuerdo de las personas queridas. De nuevo se echó en falta una biografía suya, desde que D. José María naciera en Markina, en abril de 1915, hasta su muerte en Arrasate-Mondragón, en noviembre de 1976. Su biografía debería narrar la historia de su vida. No se pretendía hacer una hagiografía. Por el contrario, se trataría de un trabajo inequívocamente objetivo, datado, extraído de testimonios orales y, sobre todo, escritos, con el añadido circunstanciado con que el pasado dota a la cronología de los hechos.

En esta ocasión ya no podíamos dejar que transcurriera el tiempo. Las personas que le habían conocido hasta el año 1941, año en que, recuérdese, llegó a Arrasate-Mondragón, iban falleciendo y otras tenían serias dificultades para (con 84 y más años) darnos una visión certera y valiosa como referencia histórica trasladable a una biografía que deseábamos fuese ejemplar. Pero pasó el tiempo. Desde finales de 1999 hasta concluir el año 2002 no nos decidimos a tomar una actitud comprometida que concluyera con las incertidumbres que demoraban la puesta en pie del ensayo biográfico que ahora tenemos entre manos felizmente acabado. Más aún, nuestros deseos de que el relato histórico fuese auténtico e intenso se esfumaban en la medida que el mayor

distanciamiento de su muerte hacía menos firmes los recuerdos que comenzaban a ser suplantados por la mitificación del biografiado. A veces el desajuste de la realidad procedía de la debilidad del conocimiento; otras, de la exaltación de su imagen. En todos los casos se iba erosionando lo que de verdad era cierto.

La biografía que presentamos

Ya habían pasado veintisiete años desde que falleció cuando en la primavera de 2003 conseguimos dar un paso definitivo para afrontar la redacción de la biografía de *José María Arizmendiarrieta*. Seleccionamos a cuatro profesionales que podrían haberla escrito; eran escritores e historiadores. Por razones prácticas, apoyándonos en el tiempo que podría dedicar a este trabajo, y por otras más intuitivas, elegimos a Fernando Molina Aparicio. Es natural de Bilbao y en el mismo mes que acordamos iniciar el proyecto había defendido brillantemente su tesis para acceder al Doctorado en Historia.

Debería investigar en archivos dispersos, consultar, leer abundante documentación, enlazar retazos de la vida de D. José María uniéndolos unos a otros con rigurosa sincronía, narrar lo importante y enmarcarlo en el contexto en que los hechos se produjeron y describirlos sin prejuicios guiándose de la verdad demostrable y haciendo lo necesario para que se expresara con concisión, no con emotividad y huyendo de la pulsión que pudiera infundirle la incitación de un progresivo mejor conocimiento del hombre que iba conociendo. En su afán literario, que era el ropaje con el que tenía que vestir esta biografía, no debería enmascarar la genuina personalidad del biografiado.

Las observaciones que le fueron formuladas, con el apriorismo que se exacerba en quienes no tenemos oficio, se ceñían a requerirle: «Fernando, no conocemos más que parte de lo que hizo D. José María. Por consiguiente, si la biografía que nos debes entregar no nos revela, en más de la mitad del texto, partes de su vida oculta para nosotros, el trabajo que habrás realizado no colmará nuestras aspiraciones.»

Ahora que la biografía ha sido concluida, podemos afirmar que estas expectativas se han alcanzado. Queríamos que el texto no rebasara las trescientas páginas (dependiendo del formato del libro y del tipo de letra), al final, las ha superado con mucho. Era inevitable y muy difícil de delimitar la briosa vida de D. José María en tan poco texto que, para hacerlo más accesible, nos habíamos propuesto. De todos modos, una biografía se puede leer en su totalidad o en parte como todos los documentos de esta naturaleza y la sección de la obra en tres grandes partes permite seleccionar lo que cada lector desee conocer de ella.

Una vida ejemplarizante

Cuando vamos a poner fin a esta presentación nos hemos interrogado, quizás a destiempo, por qué era necesario narrar con cierto calado histórico la vida de D. José María sacerdote y fundador del cooperativismo de Mondragón. No hubiese sido suficiente que el ahondar en su vida saciase nuestra curiosidad meramente histórica. Tampoco era necesario incrementar el patrimonio cultural del cooperativismo que él creó desde sus bases, porque dejar constancia de cómo lo hizo a través de sus ideas y su impulso personal ya se había recogido de forma exhuberante y docta por Joxe Azurmendi en *El Hombre Cooperativo*.

Lo que nos interesaba era que aflorase, a través de la vida de este hombre, cuál fue el impulso que fundamentó sus acciones haciendo, a través de la reflexión posterior, una interpretación que añadiera valor –si así resultase de la interpretación realizada– a nuestras propias vidas, a la obra que ahora se materializa en el cooperativismo y, si posible fuese, para que su lectura, sin exteriorizaciones banales, condujera a que muchos hombres y mujeres de esta tierra trataran de obtener provecho de su vida ejemplarizante.

Porque el planteamiento vital que sobre D. José María aquí se hace sigue un decurso ininterrumpido jalonado por la toma de posiciones de inquebrantable respeto a ideas que sólo encuentran su sentido por su fe en la persona y, al desplegar esta fe, para acceder a colmar su ministerio sacerdotal.

Medio siglo del cooperativismo «arizmendiano»

Se da la circunstancia no calculada, aunque tampoco desconocida, de que esta biografía se va a concluir y editar cuando se cumple –en 2005– el 50º aniversario de haber materializado el primer hito de la «experiencia cooperativa» de Mondragón. Aunque el «proceso dinámico de experiencias» –que fue la expresión que él utilizaba para definir sus aspiraciones, siempre renovadas, que le permitían vislumbrar nuevos horizontes hacia los que dirigir sus esfuerzos– se inició cuando su vida, ya presbítero, comenzó a derramarse incesantemente iniciándose por intensificar nuestra propia formación.

Complementariamente, al finalizar el año 2004, el sacerdote e historiador J. Ignacio Tellechea, ha realizado una investigación desde la interioridad de la vida espiritual de D. José María. A este trabajo el autor le ha llamado *El Otro D. José María*. El manantial informativo que ha utilizado ha surgido de un fichero íntimo que D. José María fue acumulando a lo largo de los casi treinta y seis años que vivió en Arrasate-Mondragón. Del conjunto de las 6.200 fichas consultadas ha seleccionado 60. Con esta penetrante información, los testimonios de

sus condiscípulos del Seminario y los de sus discípulos y colaboradores en su «experiencia cooperativa», el Sr. Tellechea ha desarrollado un texto en el que ha tratado de demostrar que fue su fe la fuerza que alentó su obra.

Nos encontramos, por tanto, en el año del cincuentenario con tres textos que se complementan entre sí: el que en 1984 se concluyera de editar y que se tituló *El Hombre Cooperativo: Pensamiento de Arizmendiarrieta* que ordena, sistematiza y glosa el proceso mental sociológico de D. José María; el breve texto de J. Ignacio Tellechea que se nutre con la investigación, selección y análisis de la «vida espiritual» de D. José María, de quien incorpora como anexos 60 textos inéditos y que se ha titulado *El Otro D. José Maria;* y, finalmente, la biografía de *José María Arizmendiarrieta* que es la obra que presentamos aquí y cuya intención es narrar con la mayor objetividad posible la «historia de su vida»: su biografía. Este relato es el que ha escrito Fernando Molina.

A medida que pasan los años y se va perdiendo la imagen física de D. José María, el recuerdo que nos queda reposa en su intensa ejemplaridad. Sus ideas y sus palabras que precedieron a sus obras han quedado escritas o materializadas. Otros sentimientos más personales resuenan como destellos que subliminalmente actúan sobre la voluntad de nuestras conciencias. Nos queda, como sedimento, su ejemplo, el de un hombre irrepetible.

José Antonio Marina, afamado filósofo en la actualidad, en su libro *El laberinto sentimental* dice: «La gran innovación de San Francisco de Asís ... consistió en experimentar todas las cosas como criaturas de Dios y, por tanto, hermanos entre sí.» Quienes han conocido a D. José María, con el mismo rango de rigor intelectual, proclaman al referirse a él: «Su trabajo, su vida sacerdotal y sus realizaciones conforman una misma unidad, sin divisiones, sin partes separadas, pues todas se orientaban hacia el único objetivo de cumplir con las exigencias dimanantes de su fe.»

Así lo quiere expresar el epitafio grabado en la losa de la tumba que cubre sus restos en el cementerio:

Bihotza, lana
eta bizitza zuen
alde emanak

Alfonso Gorroñogoitia
José María Ormaechea

PRÓLOGO

«Deseamos descubrir a nuestros antepasados, pero deseamos descubrirlos poseedores de grandes fortunas, adornados con títulos honorables y ocupando un rango eminente en la clase de los nobles hereditarios, que ha sido mantenida con los fines más prudentes y beneficiosos en casi todos los climas del globo y en casi todas las modificaciones de la sociedad política. (...) En la investigación de los acontecimientos pasados, nuestra curiosidad es estimulada por la referencia inmediata o indirecta a nosotros mismos, pero en la estimación del honor deberíamos aprender a evaluar los dones de la naturaleza por encima de los de la fortuna; a estimar en nuestros antecesores las cualidades que sirven mejor a los intereses de la sociedad y a declarar la descendencia de un rey menos realmente noble que la de un hombre de genio cuyos escritos instruirán o deleitarán a la posteridad.»

[Edward Gibbon: *Autobiography,* 1796]

I

A los pocos días del fallecimiento de José María Arizmendiarrieta comenzó a formarse su memoria colectiva. La revista que había fundado como órgano de comunicación de las cooperativas, *T.U.,* le dedicó un número especial. Cada décimo aniversario de su muerte, un número extraordinario ha seguido recordando su figura. El coadjutor de Mondragón dejaba una inmensa obra escrita, enormemente dispersa y de difícil clasificación. José María Mendizabal, amigo y colaborador del fallecido, fue designado por uno de los discípulos de éste, José María Ormaechea, para recuperar sus documentos personales. Éstos se encontraban dispersos entre su despacho de la Escuela Politécnica de Mondragón, su domicilio particular y la sede central de Caja Laboral. Una vez recuperados, realizó una selección que fue ordenada en 13 volúmenes. A la preparación y edición de estas obras selectas, entre 1977 y 1978, siguió, en 1981, la elaboración de una amplia investigación de Joxe Azurmendi sobre su pensamiento social. Se editó en 1984, bajo el título de *El hombre cooperativo. Pensamiento de Arizmendiarrieta,* y de ella es ampliamente tributaria la presente biografía. Ese mismo año, Jesús Larrañaga publicó un amago de breve biografía en el que este otro discípulo aúna un estilo ensayístico con un insistente recurso al recuerdo personal evaluable únicamente a modo de testimonio y, por lo tanto, más deudor de su memoria que de una auténtica voluntad biográfica.

Este año de 1984 fue también cuando, como parte de la conmemoración del 25 aniversario de la fundación de Caja Laboral, se inauguró Ikasbide en Aretxabaleta. Este centro de estudios y formación del cooperativismo está ubicado en un torreón del siglo XVI, el Palacio de Otalora, sito en un paraje natural de una gran belleza. En él José María Ormaechea instaló el Archivo de José María Arizmendiarrieta, en el

que se recopilan todos sus escritos y su correspondencia, recatalogados durante la preparación de esta biografía, que ocupan 104 carpetas, 2 archivadores y 6 ficheros con 6.200 fichas manuscritas. Como complemento a este Archivo se levantó un pequeño Museo dedicado a su figura. Desde el año 1989, José María Ormaechea y Alfonso Gorroñogoitia han promovido la recopilación de testimonios sobre la vida de su maestro, que han resultado de gran valor para esta investigación, pues muchos provienen de personas que posteriormente han fallecido. De ellos ha bebido el breve ensayo sobre su espiritualidad elaborado por José Ignacio Tellechea y concluido poco antes que la presente biografía, que ha resultado también útil para elaborar ésta por su recurso a una documentación poco utilizada en los estudios «arizmendianos» como son sus aludidas fichas manuscritas.

Toda esta labor emprendida por sus discípulos ha sido paralela a una amplia gama de iniciativas públicas de recuerdo, como la denominación con su nombre de un paseo de la villa de Mondragón y de la Escuela Politécnica de esta localidad; la colocación de una estatua en el Campus de la Universidad fundada por las cooperativas que él promovió a partir de esta Escuela, así como de varios bustos, uno a la entrada del Centro de Investigación Ikerlan, otro en la de la sede de Caja Laboral y otro más en el Museo de Otalora, aparte de una placa conmemorativa en el caserío en que nació, etc.

La memoria no es historia, aunque muchos confundan ambas. Memoria es recuperar (mediante reconstrucción mental) lo ocurrido en el pasado. Se trata de un fenómeno individual que adquiere una dimensión colectiva cuando el objeto a recordar es compartido por un conjunto de individuos unidos por ese recuerdo. En ese caso, lo que se elabora es una memoria pública, reflejada en conmemoraciones, símbolos (estatuas, calles, plazas), así como en la recolección de testimonios, elaboración de ficciones o representaciones de ese objeto a recordar e incluso de estudios científicos que ayuden a fijar éste en la comunidad humana que ejerce el recuerdo colectivo. La memoria es una experiencia afectiva que está unida a una serie de emociones que influyen en el proceso de recuperación del pasado. En el caso de José María Arizmendiarrieta resulta palpable que ha existido una voluntad comunitaria de salvar documentos, testimonios y recuerdos, guardándolos en centros de memoria (archivos y museos), así como un deseo de fijar conmemoraciones, lugares de memoria y representaciones de todo tipo (evocaciones poéticas, libros infantiles, ensayos escolares, etc.) que aseguren el conocimiento público de su figura. La comunidad empresarial y educativa que él fundó, unida por una común identidad cooperativa y liderada por las personas que mayor memoria personal guardan de él, ha apostado por preservar el recuerdo de su creador, que es tanto como decir su propio pasado. No en vano, sin el

pasado no hay identidad, recuerda Simone Weil. Y esta memoria colectiva tiene como fin vigorizar la identidad del movimiento social que fundó y que pervive con visos de larga permanencia.[1]

Esta memoria se ha visto enriquecida por aportaciones científicas internacionales, mayoritariamente anglosajonas, en áreas tan dispares como la economía, la sociología, la gestión empresarial o la antropología. Estos estudios no realizan un análisis concienzudo de la figura de José María Arizmendiarrieta, sino que se reducen a la exposición de sus pormenores biográficos más conocidos, algunos de ellos erróneos. Abordan su figura, pues, centrándose en la memoria construida sobre ella, y llegan a una serie de conclusiones que pueden resumirse en dos tesis. Una se refiere al liderazgo carismático que ejerció sobre el movimiento cooperativista, con la que estoy sustancialmente de acuerdo. En cambio la otra, el supuesto papel rector que en la fundación y éxito de este movimiento social tuvo el factor étnico, me genera mayores dudas. La insistencia de esta literatura académica por este factor implica una injusta traslación de componentes exóticos muy típicos de la «mirada del otro» y constituye una forma gratuita de adelantar estadios de reflexión mediante el recurso a lecturas románticas que minusvaloran el esfuerzo puesto en esta obra social por los hombres concretos.

En esta biografía he realizado un estudio cultural de toda esta memoria colectiva, que he contrastado con una variada documentación pública y privada y una inédita memoria oral que he recopilado expresamente para la investigación. Y así he elaborado un libro de historia. Un ejercicio de interpretación y contraste de fuentes destinado a contextualizar y explicar la vida de una persona. Un ejercicio que presenta el pasado como esa «patria extranjera» de que habla David Lowenthal, que alberga hechos que pueden ser datados, analizados y explicados

---

[1] La creación de una memoria colectiva en torno a José María Arizmendiarrieta en José María Ormaechea: «El último decenio. Informe a D. José María», *Semblanzas,* Elkar, Bilbao, 1991, pp. 27-29 [pueden consultarse, asimismo, los prólogos del propio Ormaechea a la edición de las obras selectas hecha en 2001]. Un ejemplo de la variada forma en que ha sido creada esta memoria lo constituye un reciente libro infantil ilustrado que tiene por protagonista al propio José María y cuenta su obra y vida: *Ekintzaile. On José Maria Arizmendiarrieta: pentsa, adierazi eta egin,* Gizabidea, Aretxabaleta, 2002. Respecto de la memoria y su relación con la historia e identidad: David Lowenthal: *The Past is a Foreign Country,* Cambridge UP, Cambridge, 1985, pp. xvi y xix, 41,44,197-200 y 210-213; Anna Green: «Individual Remembering and 'Colective Memory': Theoretical presuppositions and contemporary debates», Oral History, Autumn, 2004, pp. 36-37; Gonzalo Pasamar: «Los historiadores y el «uso público de la historia»: viejo problema y desafío reciente», Ayer, nº 49, 2003, esp. 329 y ss.; José Álvarez Junco: «Historia e identidades colectivas», en J.J. Carreras y C. Forcadell (eds.): *Usos públicos de la historia,* Marcial Pons, Madrid, 2003, p. 54; Jeffrey K. Olick: «Memoria colectiva y diferenciación cronológica: historicidad y ámbito público», Ayer, nº 32,1998, pp. 121 y ss. (esp. p. 139). Los estudios citados son: Joxe Azurmendi: *El hombre cooperativo. Pensamiento de Arizmendiarrieta,* Otalora, Aretxabaleta, 1992 [ed. or. de 1984]; Jesús Larrañaga: *D. José María Arizmendi-Arrieta y la experiencia cooperativa de Mondragón,* Caja Laboral Popular, Arrasate, 1981; José Ignacio Tellechea Idígoras: *El otro D. José María. «Siempre sacerdote, sacerdote en todo, sólo sacerdote»,* Caja Laboral, Mondragón, 2005 [citaré sus páginas por la copia preliminar de prepublicación que he podido manejar]. Este ensayo responde a las sugerencias lanzadas por la recensión de Eliseo Gil del libro de Joxe Azurmendi (en *Lumen,* marzo-abril 1985, pp. 184-186).

sin acudir a emociones ni afectos. Esta historia entrará en conflicto con la memoria personal que tantos aún guardan de esta persona e incluso quizá confronte con la colectiva que en torno a ella se ha levantado. Por ello he procurado discernir en este Prólogo qué es historia y qué memoria. Porque elaborar una crítica a los presupuestos defendidos en este libro desde la memoria supone intentar polemizar en un idioma diferente al que aquí utilizo. Nadie podrá apelar a «su» memoria ni a «la» memoria y sus supuestas asociaciones con «la» verdad para confrontar esta investigación. El que ello desee habrá de acudir a la poco gratificante tarea de hacer historia. Eso no se lo quitará nadie.[2]

II

En las dos últimas décadas del siglo XX se produjo una progresiva dignificación de la biografía en el marco de las ciencias sociales y la historiografía frente a las tendencias precedentes de minusvaloración de este género. Y es que en realidad, como bien señaló Julio Caro Baroja: «En general, la biografía ha sido considerada como una rama de la historia: pero quien dice Historia dice todo». Debido a esta identificación esencial, la literatura biográfica vasca y española, pese a ser en la actualidad objeto de un renovado mimo editorial, no recorre senderos muy diferentes a los de sus historiografías. Y estos senderos son muy similares y bastante pedregosos debido, por un lado, a la mediocridad de las técnicas expositivas, que deriva buena parte de las obras históricas a la acumulación de datos sin voluntad de análisis, y, por el otro, a cierto oportunismo y localismo en la selección de los personajes a retratar. Ello explica por qué se sigue cayendo en vicios muy clásicos del género, por qué tantas biografías siguen limitándose a levantar trayectorias vitales sujetas a escasas ambigüedades, contradicciones o cambios de rumbo; por qué muchos biógrafos se limitan a asumir la

---

[2] Sobre la bibliografía acerca del cooperativismo mondragonés, en lo que afecta a su fundador: Davydd Greenwood y José Luis González: *Culturas de Fagor. Estudio antropológico de las Cooperativas de Mondragón,* Txertoa, San Sebastián, 1989, pp. 45-58; también Sharryn Kasmir: *El mito de Mondragón. Cooperativas, política y clase trabajadora en una ciudad del País Vasco,* Txalaparta, Tafalla, 1999, pp. 62-74 [no comparto su tesis tan sugestiva como simplista en las pp. 68-72 acerca de la obra cooperativa como un instrumento de aculturación empresarial identificado con el PNV]; respecto al factor étnico, además: Keith Bradley y Alan Gelb: *Cooperativas en marcha,* Ariel, Barcelona, 1985, pp. 102-115, esp. p. 103. El libro anglosajón que más espacio ha dedicado a la figura del fundador, si bien pecando de excesivo análisis intelectual y cierto idealismo étnico es el de Greg MacLeod: *From Mondragon to America. Experiments in Community Economic Development,* University College of Cape Breton, Nova Scotia-Sydney, 1997, pp. 53-65. Circula por ahí un libro repleto de un arsenal de tópicos extremistas de todo signo, prologado por un excooperativista que, como parte de falsas premisas, llega a disparatadas conclusiones. Me refiero a Jabier Lertxundi y «Egi–bila iker-taldea»: *La tecnocracia en MCC, el Opus Dei y el PNV (La historia jamás contada),* Basandere Argitaletxea, Donostia, 2002. Los vínculos entre su prologuista y las cooperativas, que remiten a oscuras querellas personales ventiladas en este tipo de iniciativas editoriales, en José María Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* Otalora, Aretxabaleta, 1998, pp. 479-480.

representación que los sujetos historiados hacían de su propia vida, para, a continuación, halagar o impugnar ésta; o por qué persiste la tendencia a vincular biografía y estudio de élites, lo que encierra este género en una voluntad de ensayo sobre el poder en la que los heterodoxos no parecen encontrar sitio.[3]

Este vínculo insistente entre biografía y poder ha influido enormemente en el enfoque analítico empleado por los historiadores en su elaboración, que puede dividirse según dos tipos ideales: el externo y el interno. El primero escoge al personaje no por su excepcionalidad individual sino, por lo contrario, por ser representativo de un fenómeno social que se desea analizar. Así lo resume Caro Baroja en su biografía del historiador mondragonés Esteban de Garibay: «He tomado a Garibay como ejemplo de hombre que vive dentro de una sociedad determinada, en un tiempo determinado y con una cultura determinada (...). Lo que me interesa es ver cómo un hombre de gran voluntad, de inteligencia media y de fortuna media también, se inserta en una sociedad y la ve...». Pero este tipo de acercamiento es difícil si lo que se tiene delante es un cura de parroquia que pone en marcha un ensayo empresarial sin precedentes, en mitad de un régimen dictatorial en el que hacer algo innovador, en el terreno que fuere (y más en el social), resultaba sospechoso de subversión. Sobre este personaje sólo puede hacerse otro tipo de biografía más interna, que atienda a las vicisitudes del biografiado como individuo único, resaltando las diversas facetas de su personalidad, sus ideas y su comportamiento, su percepción de la realidad y los motivos que guían sus decisiones. Toda biografía recoge características de estos dos modelos, pero salvo ciertos trabajos excepcionales, rara vez se logra trazar un meridiano genial entre estas dos vertientes de la vida humana.[4]

La clave que sostiene el artificio ilusorio de toda biografía no se encuentra, de todas formas, en el individuo (o eso que la historiografía

---

[3] Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma: «Presentación» e Isabel Burdiel: «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica», en I. Burdiel y M. Pérez Ledesma (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX,* Espasa, Madrid, 2000, pp. 14, 22-25; Xosé Ramón Veiga Alonso: *O Conde de Pallares e o seu tempo,* 1828-1908. *Aproximación ó activismo das elites na Galicia decimonónica,* El Progreso, Lugo, 1999, pp. 18-23; Kathy Davis: «La biografía como metodología crítica», *Historia, Antropología y Fuentes Orales,* 2, nº 30, 2003, pp. 153-154; Julio Caro Baroja: *Los vascos y la historia a través de Garibay. Ensayo de biografía antropológica,* Ed. Caro Raggio, Madrid, 2002 [1971], p. 35.

[4] Javier Moreno Luzón: *Romanones. Caciquismo y política liberal,* Alianza, Madrid, 1998, pp. 21-22; Fernando Bouza: «La biografía como meridiano. El Conde Duque de Olivares. El político en una época de decadencia», en R. Fernández, A. Passola y M.J. Vilalta (coords.): *John Elliott. El oficio de historiador,* Milenio, Lleida, 2001, pp. 94-95; Guadalupe Rubio de Urquía: «Introducción», en Caro Baroja: *Los vascos y su historia a través de Garibay,* p. 18. Entre esos trabajos excepcionales que han fabricado auténticos meridianos biográficos resaltaría los siguientes: Julio Caro Baroja: *Los Baroja,* Taurus, Madrid, 1986 [1972]; John Elliott: *El Conde-Duque de Olivares. El político a una época de decadencia,* Crítica, Barcelona, 1990 [original inglés de 1986, con importantes reflexiones sobre el contexto contemporáneo de rechazo a la biografía en la p. 10]; José Álvarez Junco: *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista,* Alianza, Madrid, 1990.

llama el «sujeto») y su vertiente social o íntima, pública o privada, sino en el más escurridizo manejo del tiempo. El correcto uso del tiempo histórico y su sabia conjunción con el narrativo constituyen una bóveda que, si se construye demasiado aleatoria o apresuradamente, acaba por venirse abajo y llevarse consigo la arquitectura de la vida que todo biógrafo debe levantar. Hacer historia biográfica es embarcarse en una guerra sin fin con el tiempo, con los «muchos haces de circunstancias» que componen toda vida y que «deben ser sometidos a selección y jerarquización» Y esto implica ordenar hechos y episodios en el tiempo. En la biografía externa esa guerra conoce cierto cuartel, pues la tensión entre el individuo y la sociedad actúa en favor de este segundo factor, el primero se desdibuja y ello permite una amplia interferencia en la sucesión cronológica y la narrativa. Pero tal cuartel no existe en la biografía interna. Aquí, la ordenación temporal de la vida cotidiana constituye un esfuerzo agotador por dotar de coherencia argumental el principal regulador de la narración, que es el individuo en el tiempo. Y es que, por encima de las licencias narrativas, el fin primordial de toda biografía es mostrar cómo el hombre, pese a la inseguridad del futuro, va creando su vida, la va haciendo, la va modelando, sometido al mismo tiempo que rige al historiador que la narra. Y no resulta nada sencillo exponer la complejidad de la vida humana en su devenir cotidiano mediante la suma ordenada y jerarquizada de fragmentos que éste debe recomponer. Lo que ocurre es que nadie dijo (otra cosa es que se piense) que la historia sea una disciplina fácil.[5]

La voluntad de realidad de la biografía es un ejercicio de «ilusión biográfica», advierte Pierre Bourdieu. Y la sentencia de este desaparecido sociólogo francés tiene una utilidad que entiendo muy evidente: anima a sospechar lo cuestionable de toda vida que se trate de construir como un todo coherente y ordenado, expresión unitaria de una intención casi primordial o de un sometimiento inconsciente a variables estructuralistas de signo económico, social, psicológico, psicoanalítico, etc. Pues este tipo de exposiciones suprime las lagunas, los silencios, los conflictos y las contradicciones. Tal vicio hubiera entrañado, en la biografía que he elaborado, buscar el origen del ideal cooperativo en la vida de José María Arizmendiarrieta mucho antes de que éste tenga lugar, entre los años 1955 y 1959, algo que hubiera sido posible seleccionando unos hechos y apartando otros. El historiador es el gestor de la vida del biografiado, es el que ordena sus actos, reflexiones y vivencias en el espacio y en el tiempo y dota, así, de ilusión de realidad su vida. Debe reconocerse, pues, como parte implicada en

[5] Moreno Luzón: *Romanones,* p. 23; Burdiel: «La dama de blanco», p. 20.

la empresa de investigación. «He sido yo la que ha decidido qué había que contar y cómo», sentencia Mercedes Cabrera en su biografía del empresario Nicolás de Urgoiti. Y tal potestad es la única que permite, como dice John Elliott, convertir a un biografiado en «una criatura de carne y hueso».[6]

Ningún producto histórico tiene sentido si no resulta, en último término, una llamada a vivir, a dotar de mayor sentido nuestra vida. La biografía, en tanto que relato de la vida en su rostro más humano, resulta una forma particularmente indicada de exponer la interminable búsqueda histórica del sentido del presente. En ella el historiador se convierte en testigo privilegiado de lo que es un individuo desde su inicio hasta su final. Por ello triunfa si consigue comunicar el bien preciado que es la vida y, a la par, lo complejo, contradictorio y paradójico de ella, los cambios, requiebros y giros que experimenta todo ser humano; la incertidumbre y miedo que éstos generan pero, también, la esperanza que, en último término, impele a arriesgar para poder seguir viviendo.

Con esta biografía no creo descubrir la verdad última acerca del hombre del que escribo, pero sí creo haberme acercado a ella como nunca nadie antes lo ha hecho pues he dispuesto de su archivo personal, de su biblioteca, de los testimonios recopilados sobre él en más de treinta años y de la prodigiosa memoria e indicaciones de aquellos que fueron sus discípulos. Y con ese material he arrancado a José María Arizmendiarrieta de la memoria colectiva, deconstruyendo, pieza a pieza, el anonimato en que escondió su vida. He adaptado muy libremente, para ello, la advertencia de Edward P. Thompson acerca de «la enorme prepotencia de la posterioridad» que lleva a muchos historiadores a preocuparse sólo por lo que triunfó y fructificó, ignorando «las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores». Porque en la historia de los individuos, como en la de los colectivos, todo es importante y adquiere sentido. José María Arizmendiarrieta no fue a Lovaina a realizar los estudios de postseminario que deseaba sino que acabó, apenas un mes después de ordenarse sacerdote, en Mondragón. Y de esta decisión en que no participó nació la obra social por la que es recordado.[7]

---

[6] Burdiel: «La dama de blanco», pp. 21-22 y 36-42; Davis: «La biografía como metodología crítica», pp. 155-157; Moreno Luzón: *Romanones,* p. 22; Green: «Individual remembering and "Collective Memory"», pp. 42-43; Joanna Bourke: «Fear and Anxiety: Writing about Emotion in Modern History», *History Workshop Journal* nº 55, 2003, pp. 111-133; Mercedes Cabrera: *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951),* Alianza, Madrid, 1994, p. 18; Bouza: «La biografía como meridiano», pp. 87-88; Elliott: *El Conde-Duque de Olivares,* p. 10; Ricardo Martín de la Guardia: «Certezas sin garantía, dominaciones absolutas: El discurso histórico como legitimador del poder», en F. García de Cortázar (ed.): *La mecánica del poder,* FAES, Madrid, 2002, pp. 99-142.

[7] Edward P. Thompson: *La formación de la clase obrera en Inglaterra,* Crítica, Barcelona, 1989, vol. I, p. XVII; Moreno Luzón: *Romanones,* p. 24.

III

El método que he adoptado para contar la vida de José María Arizmendiarrieta pretende comprender más que discutir, escudriñar en los hechos y dar vueltas a las ideas, distinguir lo esencial de lo accesorio, conocer sus opiniones en su origen y contrastarlas sobre bases seguras para concretar y exponer con independencia de juicio lo que va resultando según «las circunstancias del tiempo y lugar en que lleva adelante su obra» que son las que «importan más». Y, para ello, «leerlo todo, informarse de todo y, simultáneamente, adaptar a nuestro fin los "Ejercicios" de Ignacio de Loyola o el método del asceta hindú que se esfuerza, a lo largo de años, en visualizar con un poco más de exactitud la imagen que construye en su imaginación. Rastrear a través de millares de fichas la actualidad de los hechos; tratar de reintegrar a esos rostros de piedra su movilidad, su flexibilidad viviente. Cuando dos textos, dos afirmaciones, dos ideas se oponen, esforzarse en conciliarlas más que en anular la una por medio de la otra; ver en ellas dos facetas diferentes, dos estados sucesivos del mismo hecho, una realidad convincente porque es compleja, humana porque es múltiple». Palabras, estas últimas, que tuve muy presentes cada vez que entraba en el Archivo de Otalora y contemplaba el busto de José María Arizmendiarrieta, enfrascado en la tarea lenta y penosa de «reintegrar» a ese rostro de bronce la «movilidad» y «flexibilidad viviente» que, espero, pueda encontrarse en este libro.[8]

El estilo literario que he utilizado busca adecuar la erudición a la narración. Cada párrafo está montado sobre una serie de referencias documentales que no especifico en cada momento, lo que hubiera implicado una exposición masiva de notas a pie de página que siempre va en perjuicio de la agilidad narrativa. Así, cada nota proporciona las fuentes de los datos expuestos en unos párrafos cuyo contenido temático cierra. Me he permitido evocar experiencias o percepciones muy personales del biografiado sustentando éstas siempre en un amplio aparato documental y crítico. En la última parte del texto he tenido muy presente el método microhistórico, que creo muy útil en el trabajo biográfico. Finalmente, he concedido una atención fundamental a la cronología. La narración de la vida de José María Arizmendiarrieta que he trazado está urdida en base al tiempo histórico. De hecho, en las páginas impares siempre aparecerá un marcador cronológico que data la trama de hechos, experiencias y sucesos que narro. No ha sido

---

[8] La primera cita la tomo de Caro Baroja en Rubio de Urquía: «Introducción», pp. 21-22; la segunda de Marguerite Yourcenar: *Memorias de Adriano,* Salvat, Barcelona, 1994, p. 211 [proviene, como alguna otra a que recurriré en páginas siguientes, de las notas tomadas por esta escritora en el transcurso de elaboración de esta novela histórica].

fácil, nada fácil, hacerlo, pero creo haber alcanzado cierto éxito en la empresa. La importancia que he concedido a ello radica en lo expuesto anteriormente acerca del papel del tiempo en la biografía.

He cuidado en todo momento asegurar la distancia afectiva respecto del biografiado con el fin de hacer a éste protagonista del relato de su vida. Para ello he creído obligatorio cederle la palabra y dejar que sea él el que hable en las páginas, mediante abundantes citas textuales, justificando por sí mismo sus actos y opiniones. Pues, incluso en estas circunstancias, el historiador no deja de ser el gestor de todo y así queda demostrado en las propias notas a pie de página. Saliendo del relato, el historiador hace compatible su soberanía con la del personajehistórico, le deja espacio para vivir y negocia con él de igual a igual la narración de su vida. Tal es el fin de los tiempos verbales que he seleccionado y del acercamiento que hago a un hombre al que siempre denominaré por su nombre (JoséMaría), sin antetítulos de cortesía ni apellidos que lo puedan distanciar del lector, con el fin de intentar «restaurar los vínculos que parecían rotos entre los historiadores y los lectores».

En los abundantes textos desnudos, el lector podrá comprender determinados aspectos íntimos del personaje, muy subrayados por los que lo conocieron. Entre las comillas podrá contemplar a una persona que lucha denodada e inútilmente con la correcta enunciación de sus ideas. «Su discurso –dice Joxe Azurmendi– se le rebela, se le engarza en la frase larga y tortuosa, que acaba perdiéndose en todas direcciones.» La incorrección gramatical y de estilo de los textos escritos por José María Arizmendiarrieta muestra una forma muy particular de vivir. La de un hombre desbordante de ideas que no alcanza a contener y ordenar, pero que están fuertemente cohesionadas, hasta tal punto que «parece querer ver comprendidas todas en cada una de ellas». Muestra un hombre funcional e inquieto, cuya vida transcurre en un frenesí de preocupaciones. Una persona comida por el tiempo, cuya pasión desbordante queda reflejada en sus numerosísimos escritos con prolijas disquisiciones y reflexiones, en sus cartas y, sobre todo, en sus miles de fichas en las que disponía esquemas de ideas que le permitían ahorrar tiempo de escritura. Tiempo. Siempre tiempo. Porque, por debajo de esa vida austera y anónima que pinta uno de sus discípulos, Jesús Larrañaga, bullía la entrega a un ideal de redención social que absorbía sus días y noches, en una lucha sin tregua contra el tiempo, es decir, contra su propia contingencia.[9]

---

[9] Burdiel: «La dama de blanco,, p. 41 [para la microhistoria y la biografía]; Álvarez Junco: *El emperador del Paralelo,* pp. 13-14 [para la cuestión de la evocación histórica]. La ordenación cronológica de esta obra está inspirada en Roy Jenkins: *Churchill,* Península, Barcelona, 2002. Lo ilusorio (y necesario) de la distancia entre biógrafo y biografiado en Cabrera: *La industria, la prensa y la política,* pp. 17-18 y Hans Magnus Enzensberger: *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti.* Novela, Anagrama, Barcelona, 1998, pp. 13-17 [En esta fascinante «novela de no ficción» Enzensberger empuja al narrador al extrarradio del relato y reduce la narración a un esqueleto de testimonios

He tejido estas citas textuales con descripciones precisas de los hechos y de su marco cronológico y físico. Igualmente, en la medida de lo posible, planteo tesis y propuestas inspiradas en lecturas teóricas de la ciencia social. En ocasiones no proporciono toda la información en un tiempo determinado del relato, pues una vida no se construye de experiencias rotundas sino de una lenta absorción y expresión de ideas, sentimientos y hechos. Ello conlleva que puedan encontrarse repeticiones de ideas o temas sobresalientes.

Y es que esta biografía nace de una paradoja. Se dedica a un hombre que arrasó su yo en la comunidad en que se estableció. Pero para explicar qué motivó tal opción de vida y qué resultado social tuvo ello, he debido elaborar una biografía, es decir, una exposición sistemática de ese yo que siempre negó a sí mismo y a su entorno afectivo. Evidentemente, José María nunca hubiera aceptado este negocio en vida. Como muchos (si no todos), antes y después que él, no hubieran aceptado la historia que de ellos y de los fenómenos en que se vieron implicados hemos elaborado luego los historiadores. Trabajamos sobre el pasado pero no para el pasado. Trabajamos para los vivos. Para el presente. El caso es que es ahora, con una biografía a la que nunca aspiró, cuando José María Arizmendiarrieta logra alcanzar un lugar en la historia (del pueblo vasco, de la Iglesia, de la empresa...) que él mismo se había negado. Y así este hombre heterodoxo (como sacerdote, como líder, como empresario, como ideólogo y pensador) es presentado como nunca antes se había presentado, ni siquiera en vida, para previsible sorpresa de propios y extraños.

Paradoja de las paradojas. La misma paradoja que entraña la vida de un hombre que busca la emancipación social del individuo mediante su concepción como ser comunitario. Paradoja del hombre que combate con pasión la misma cultura burguesa a la que pertenecen algunos de sus más queridos amigos; que lucha contra el consumo montando empresas que sirven a éste; que busca promover un movimiento social cristiano en mitad del mayor proceso de secularización de la historia del País Vasco; que pretende modernizar la identidad vasca en el tiempo en que más ha sido perseguida políticamente; que concede a la nación vasca su primer instrumento efectivo de autogestión y lo funda no en criterios políticos e independentistas, sino económicos e interdependientes. La paradoja es lo vital, lo real, lo cierto, lo que refleja nuestra complejidad como seres humanos. Así pues, sólo la más humana de las artes de escribir, la biografía, puede transmitirla en

---

documentales de variado signo interconectados sin lograr afectar, por ello, la coherencia histórica del relato]; Pérez Ledesma y Burdiel: «Presentación», p. 13 [donde se aborda la distancia entre historiador y lector]. Resto de alusiones en Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 33, y Jesús Larrañaga: *Interioridades de una utopía. El cooperativismo de Mondragón,* Ttarttalo y MCC, Aretxabaleta, 1998, p. 23.

toda su dimensión inherente a nuestra condición de hombres. Y así descubrimos que, tan iguales somos todos, que somos igual de diversos que nuestros antepasados en ciclos y etapas. Nuestro pasado también es, como el de nuestros biografiados, una «patria extranjera». La historia nos descubre extranjeros de nosotros mismos a todos, historiadores, historiados y lectores. «Todo se nos escapa, y todos, y hasta nosotros mismos. La vida de mi padre me es tan desconocida como la de Adriano. Mi propia existencia, si tuviera que escribirla, tendría que ser reconstruida desde fuera, penosamente, como la de otra persona; debería remitirme a ciertas cartas, a los recuerdos de otro, para fijar esas imágenes flotantes. No son más que muros en ruinas, paredes en sombra». Sobre estas paredes ruinosas he construido esta biografía y, en tal proceso, creo haber crecido un poco más como ser humano gracias a la profunda humanidad de José María Arizmendiarrieta.[10]

Este libro está compuesto en tres partes que reflejan el sentido que este hombre concedió a su vida, basado en su identificación con la figura y obra de Jesucristo, producto de la espiritualidad que absorbió en el Seminario de Vitoria. Cada una de las partes está dividida en capítulos. Los tres de la primera, «Vocación», hacen referencia a su infancia y juventud hasta su ordenación sacerdotal. En ellos paso revista a su trayectoria como seminarista y al impacto de la Guerra Civil en su vida. Los tres de la segunda, «Apostolado», abordan su llegada a Mondragón y la obra social que levantó. Una obra orientada a crear una nueva forma de sociedad que interconectara parroquia y familia mediante un proyecto socialcristiano de reforma interior de la empresa. Sólo cuando éste fracasó tomó cuerpo la fundación de una nueva empresa cristiana que sería finalmente dotada de características cooperativas. Para ello le fue fundamental rodearse de los discípulos adecuados para levantar esta obra. La última, «Pasión», compuesta de dos capítulos, expone la consolidación de esta nueva empresa, su liderazgo ideológico y los conflictos que atravesó en mitad del cambio histórico sufrido por el País Vasco. Termina con su fallecimiento. El libro lo cierro con un epílogo. Dada la extraordinaria importancia que el ambiente histórico juega en la vida y obra de José María, he decidido incluir una cronología en la que presento acontecimientos religiosos, políticos y económicos fundamentales para contextualizarla. Finalmente expongo las fuentes que he utilizado para elaborar esta investigación, que han sido adelantadas mediante siglas en las notas a pié de página, donde también especifico la bibliografía que he utilizado. Las fotos incluidas después de cada parte tienen como fin acercar al lector a la vida que aquí se narra.

---

[10] Yourcenar: *Memorias de Adriano,* p. 211 [la cita que cerrará este prólogo, también suya y tomada de sus aludidas notas, es de la p. 221].

El oficio de historiador se sustenta en el silencio. Cuesta escribir historia. Cuesta energías, anhelos, tiempo y mucha soledad. El presente perdido en esta tarea es pasado irrecuperable. Trato de convencerme, siquiera para consolarme, que la medida de la pérdida que genera este trabajo es un indicador, quizá no despreciable, de la honradez que en él se ha invertido. Porque desde ese silencio y esta pérdida he confeccionado este libro sobre la vida de un personaje genial y único, como lo somos todos: José María Arizmendiarrieta. Y termino tomando palabras de otros que hago mías: «Nuestro intercambio con los demás no se produce más que por un cierto tiempo; se desvanece una vez lograda la satisfacción, la lección sabida, el servicio obtenido, la obra acabada. Lo que yo era capaz de decir ya está dicho; lo que hubiera podido aprender ya está aprendido. Ocupémonos ahora de otras cosas». Es decir: sigamos viviendo.

Bilbao, septiembre de 2005

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación ha requerido viajes y consultas en archivos diseminados por toda la Península Ibérica, así como la realización de tres decenas largas de entrevistas. Deseo manifestar cómo, sin excepción, todas estas personas me recibieron con los brazos abiertos, acogiéndome con un afecto que dice mucho del efecto que produjo en sus vidas la persona cuya vida aquí cuento. De entre ellas José Gandiaga y María Arizmendiarrieta han sido fundamentales para la elaboración de la primera parte de este libro. En este último caso el agradecimiento lo hago extensible a toda la familia Arizmendiarrieta, que me ha tratado de manera cariñosa y atenta. La enfermedad y la vejez han hecho desaparecer rostros que he tenido enfrente así como otros que esperaba contemplar y no pude. Quiero recordarlos: José Gandiaga, Augustin Zubikarai, Jesús Larrañaga, José Manuel Apellániz. Igualmente quiero agradecer al personal del Centro de Estudios Cooperativos de Otalora, en su conjunto, la atención que me han brindado en todo momento. Muchas gracias.

Agradezco al personal de los archivos militares de Guadalajara y Ferrol, y al del Tribunal Militar de A Coruña, su colaboración en la consulta de documentación. Igualmente a los responsables de tantas instituciones religiosas que he visitado y telefoneado recabando datos y pistas en Burgos, en Eskoriatza, en Vitoria, en Arrasate. Agradezco también a José Miguel Arce el permiso para acceder al Archivo de Historias Clínicas del Hospital Fundación Jiménez Díaz. Procedo, así, a enumerar nombres. Andrés Ibáñez, Antonio Santiago, Félix Núñez, Ángela Aísa Camps, Santiago Casas, Mariano Valdizan, Andrés Urrutia, Julen Arexolaleiba, José Ángel Ormazabal, Maite García, Joaquín Perea (y, con él, el personal de la biblioteca y el centro que dirige, el Instituto Diocesano de Teología y Pastoral de Bilbao), Javier Erdozia, Eduardo Jauregi, Joseba Agirreazkuenaga, José Luis de la Granja, José Penedo, María Jesús Souto, Fernando García de Cortázar, Ander Manterola, José Félix (párroco de Barinaga), Izaskun Sáez de la Fuente, Patxo Unzueta, Joseba Zulaika (que ha abierto las puertas del Centro de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada a una posible versión inglesa de esta biografía), Xose Manoel Núñez Seixas (a quien debo ser mejor historiador de lo que nunca he sido y de cuya amistad me enorgullezco), Miguel Cabo y Katia Kokoulina (amigos entrañables), Antonio Miguez, Rakel del Cerro y Sergio Pagola, Ainara del Río, Exabier Toja, Juan Carlos Rojo, Cristina Castillo, José Manuel González Vesga. Un aparte merecen Ana Barroso y Javier Vitoria, sin

los que esta investigación no existiría. En Caja Laboral quiero mencionar a su Presidente, Juan María Otaegui, y a su Director, Juan José Arrieta, a quienes tan agradecido estoy por respaldar esta obra, y a Josu Álava, responsable de la calidad editorial con que es presentada al lector.

Quiero recordar, asimismo, a los amigos que me han acompañado en este tiempo. Así como a mis padres y hermanos, mi querida familia. Y no puedo (ni quiero) olvidar a Céline Masson, con quien compartí el inicio de esta investigación. Finalmente, deseo mencionar a dos personas imprescindibles para que esta obra pueda tenerla el lector en sus manos: José María Ormaechea y Alfonso Gorroñogoitia. Ellos me dieron una oportunidad cuando mi futuro profesional era incierto. Ellos confiaron en mí con esa intuición genial que les ha permitido formar parte de la historia más hermosa y desconocida de este país gracias a su condición de fundadores, junto con los fallecidos Luis Usatorre, Jesús Larrañaga y Javier Ortubay, de la experiencia cooperativa de Mondragón. Así, a pesar de que sigo viviendo en la permanente incertidumbre profesional, también es cierto que ésta la vivo en el presente con mayor confianza en mis capacidades para una profesión que, me lleve a donde me lleve, ha acabado por dar frutos como éste de los que me enorgullezco. En su carácter y entrega, en su incansable capacidad para aunar trabajo y humanismo, encuentro la impronta de aquél a quien siguieron y amaron, aquél cuya vida aquí expongo. Ellos me han guiado en su conocimiento y su supervisión confiere un grado de verdad difícil de lograr en un libro de historia. Sirva este libro de humilde homenaje a ambos.

PRECISIONES TERMINOLÓGICAS

He recurrido, en la medida de lo posible, a sintetizar en castellano los textos euskéricos dado que existirá una edición paralela en euskera que permitirá su exposición más textual. Sin embargo, en la primera parte, que trata una época de inquieta identidad euskaldún, algunas citas las he dejado en el euskera-vizcaíno original. Durante toda la obra he mantenido la denominación euskérica de los topónimos que se refieren a poblaciones euskaldunes (Ondarru, Markina, etc.) y a las provincias vascas (Gipuzkoa, Bizkaia, Araba). Sólo hay una excepción, la villa de Mondragón, por la vinculación de su nombre con el de las cooperativas. Respecto de la ortografía de los nombres y apellidos, me he guiado por cómo los propios personajes se nombraban a sí mismos. Si recurrían a ortografía euskaldún así la he mantenido (Lekuona) y si lo hacían a castellana así lo he hecho (Goicoecheaundía).

Utilizo normalmente las comillas bajas «» y muy poco las otras. Estos signos muestran que el texto que se ofrece es original y no ha sido modificado. Las palabras entre corchetes [] indican cambios en el tiempo de la frase o la inserción de un pronombre aclaratorio no existente en el texto seleccionado. En ningún caso modifican el sentido del texto original. En muchas citas documentales y algunos testimonios que considero importantes especifico la fuente en el propio texto; cuando no lo hago debe sobreentenderse que proviene de las referencias que aparezcan en la nota a pie de página inmediata. Al citar correspondencia, si son cartas de José María Arizmendiarrieta sólo explicito su destinatario y la fecha, no el lugar que, si no menciono, doy por sobreentendido es Mondragón. En el caso de los documentos no epistolares numero años y meses y, estando mecanografiados en su mayoría, me limito a dar por supuesto este dato, advirtiendo sólo el caso contrario. Respecto de las siglas, la abreviatura «C» seguida de un número alude a una de las carpetas del Archivo de José María Arizmendiarrieta. Así, «C18» significa «Carpeta 18», según la clasificación del catálogo de este archivo fechado en agosto de 2004. He agrupado las fuentes orales bajo el término JMAFO (José María Arizmendiarrieta Fuente Oral). Sigue un número que personaliza la entrevista. En caso de que ésta haya tenido lugar más de una vez con una misma persona, añado una numeración latina a cada fecha. Las siglas de los archivos y de estas fuentes orales se encuentran en el apartado final de *Fuentes y documentación*. Las citas literarias que introducen el prólogo y epílogo las he traducido del original. Las bíblicas están tomadas de la *Biblia de Jerusalén* (Desclée de Brower, Bilbao, 1976).

PRIMERA PARTE

«VOCACIÓN»

1915-1941

«Entonces, dijo Jesús a sus discípulos:
«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo,
tome su cruz y sígame».

[Mt 16, 24]

1

INFANCIA Y ADOLESCENCIA | 1915-1931

BARINAGA, MARKINA

El caserío Iturbe

La villa de Markina linda al norte con las localidades de Amoroto y Berriatua, al sur con Mallabia y Berriz, al este con Etxebarria y Mutriku; y al oeste con Aulestia y Munitibar. Su término municipal ocupa el extremo nororiental del antiguo Señorío de Bizkaia y cuenta con un bello casco urbano, compuesto de cuatro calles y una plaza. Diversas torres de origen bajomedieval le dan un aire señorial y recio. Disfruta, además, en sus arrabales, con un conocido paseo que durante siglos ha sido el área de esparcimiento tradicional de los marquineses. Su edificio más singular es el frontón municipal, construido a finales del siglo XIX, símbolo de una vinculación de sus habitantes con la pelota vasca que ha adquirido fama internacional. La superficie total del municipio ocupa unos sesenta y tres kilómetros cuadrados, lo que le convierte en uno de los más extensos de Bizkaia. La población del término municipal era, en tiempos de la Segunda República, de unos dos mil habitantes, alrededor de trescientos más que a principios de siglo.

El paisaje natural de Markina es el propio del prelitoral cantábrico, colinas suaves de altitud media que descienden en forma de valles para deshacerse en las escarpadas costas que separan la tierra del mar Cantábrico. Su relieve, accidentado, lo ocupan montes de entre tres-

cientos y ochocientos metros (Zapola, Urregarai, Kalamua, Urko, Arrakegi) que enmarcan el municipio por todos sus flancos, si bien dejan paso al curso de dos ríos. Uno de ellos, el Artibai, encamina sus aguas del monte Oiz al mar, en el que desemboca por la villa marinera de Ondarru; en Markina se une a otro, el Urko, que nace en la frontera con Gipuzkoa y penetra por el sureste de Bizkaia. Ambos se funden muy cerquita de una imponente ermita de las muchas que jalonan el municipio: San Miguel de Arretxinaga. El municipio marquinés lo forman grupos de casas que se arraciman en el fondo de los valles formando calles. Si desde la villa de Markina se remonta el río Urko hacia sus fuentes guipuzcoanas, en dirección oriental, aparece una de esas agrupaciones humanas, entre el monte homónimo al río y el Kalamua: Barinaga. Dista de la villa madre cuatro kilómetros y medio, una hora de paseo, y la cruza la carretera que, por el alto de Ixua, conduce a Eibar.

Situada en una profunda horcada, Barinaga cuenta con una iglesia, San Pedro, antigua ermita reconvertida en parroquia en el siglo XVI, tiempo del que datan su pila bautismal y las sepulturas más antiguas de las treinta que conserva intramuros. Fue reedificada a mediados del siglo XVIII, que es cuando adquirió sus volúmenes actuales. La torre que actualmente luce, sin embargo, tardó un siglo más en ser levantada. En torno a su imponente construcción se concentran nueve casas, una de ellas la cural, separadas por el río de la herrería y el molino de trigo. La feligresía de Barinaga es independiente de la de Markina-Xemein. En sus montes y colinas aparecen desperdigadas unas cuarenta casas separadas entre sí por distancias lo suficientemente amplias para convertir a cada una de ellas en una unidad familiar y económica independiente. Estos caserios, rodeados de tierras de labranza, se denominan en euskera *baserri.*[1]

Siguiendo la carretera de Eibar desde Barinaga en dirección a Markina, apenas recorrido un kilómetro, en la ladera derecha, sobre un suave montículo, se alza uno de estos caseríos, que recibe el nombre de Iturbe. En él, el 22 de abril de 1915, a la una del mediodía, vino al mundo un niño que fue bautizado ese mismo día con el nombre de José María Arizmendiarrieta Madariaga. La ceremonia la celebró el párroco Marcelo Apraiz, mientras las campanas de la torre anunciaban la noticia a los caseríos de la parroquia. Los padres de la criatura eran José Luis Arizmendiarrieta Acha, natural de Barinaga, «labrador» de oficio, y Tomasa Madariaga Careaga, nacida en la villa de Markina, que estaba dedicada «a las ocupaciones propias de su sexo» (es decir, a ser madre y esposa). Los padres de José Luis, José María y

---

[1] Miguel Ángel Bilbao: *La villa de Marquina-Xemein,* BBK, Bilbao, 1995 pp. 15-18, 46; Julio Caro Baroja: *De la vida rural vasca (Vera de Bidasoa),* Txertoa, San Sebastián, 1974, pp. 21-22; Augustin Zubikarai eta Juan Fernández Egiguren: *Markina-Xemein. I: Ziortza, Bolibar, Barinaga, Iturreta,* Flash Composition, Bilbao, 1991, pp. 248-249.

María Teresa, provenían de una localidad cercana, Aginaga. El padre de Tomasa, José, era de Markina, mientras su madre, Feliciana, había nacido en Murelaga. Ambos vivían en Iturreta, otra de las anteiglesias de Markina, en un caserío llamado Makarda, con Tomasa y tres hermanas.

José Luis Arizmendiarrieta, de veinticuatro años, había ocupado el caserío Iturbe como primogénito y había conocido a Tomasa (de veintitrés) en las romerías de Markina, algo típico en la sociedad rural de la época, que disfrutaba de escasos espacios de esparcimiento que permitiesen la relación entre hombres y mujeres. José María había nacido apenas un año después de haberse desposado. José Luis tenía un hermano, Agapito, y dos hermanastros que residían fuera: José Ramón, en Eibar, y Eugenio, jesuita, en Bilbao. La rama eibarresa de la familia era bastante singular, tanto por su trabajo y entorno de residencia, urbano e industrial, como por el hecho de estar fuertemente vinculada al núcleo socialista que se había instalado en esta villa armera. Tanto José Ramón como sus cuatro hijos (Santiago, José, Alejandro y María) eran activos militantes del Partido Socialista Obrero Español y en las visitas que realizaban a la familia de Markina quedaba patente la distancia mental entre los dos hermanastros, el uno «obrero consciente» y el otro labrador de orientación nacionalista. La familia de José María en Iturbe pronto se hizo más extensa, con el nacimiento de Patxi, en 1917, María, en 1918, y Jesús, en 1921.[2]

La infancia del primogénito de los Arizmendiarrieta transcurrió en el espacio físico y humano del caserío. Iturbe estaba situado en la vertiente más soleada y menos expuesta a los vientos de un suave montículo, sobre la carretera que conducía a Eibar, a la cual se llegaba en un par de minutos descendiendo la loma por un estrecho camino de piedra. Tal ubicación no era aleatoria, pues los factores mencionados eran condicionantes muy importantes en la construcción de estos edificios, aunque ninguno lo era tanto como la potencialidad agrícola de las tierras que los rodeaban. Las sombreadas laderas cercanas al caserío reunían árboles frutales (castaños, manzanos, perales, cerezos, nogales, avellanos, etc.) así como una gran variedad de hortalizas que se

---

[2] APSPB, Certificado de bautismo de José María Arizmendiarrieta, libro 6º, folio 345, nº 4; AJMA, C1: Certificado de nacimiento expedido el 1 de septiembre de 1935; C98: Necrológica de Tomasa Madariaga, 15-6-1971 [En la que se indica la vida aún de dos de sus hermanas, Francisca y Justa]; Zubikarai eta Fernández: *Markina-Xemein,* p. 250; Eusebio Erkiaga: *Gizonaren aldia. Poema. D. José Maria Arizmendiarrieta aldantza-zuzia ekarri ebanari eskaina,* Ikasbide, Aretxabaleta, 1990, pp. 9-11. La experiencia socialista de Eibar en Antonio Rivera: *Señas de identidad. Izquierda obrera y nación (1880-1923),* Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, pp. 67-71 y Toribio Echevarría: *Viaje por el país de los recuerdos,* Ayuntamiento de Eibar, San Sebastián, 1990. Las referencias que ciertos estudios hacen a familiares de Bilbao «socialistas y ateos de los de entonces», según afirma Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 22, son erróneas y se refieren a esta rama de la familia Arizmendiarrieta residente en Eibar, que resultó un vínculo futuro fundamental entre José María y el propio Toribio Echevarría. Todo esto está contrastado con JMAFO1-I, II y III.

cultivaban en una amplia huerta regada por una fuentecilla cercana. Todos estos productos estaban destinados al consumo interno y, satisfecho éste, a la venta en los mercados de Markina y Eibar, junto con el producto de las tierras que lindaban con la anteiglesia de Etxebarria, que producían trigo, maíz y patata. Otras estaban destinadas también a pastizal, arboleda y helecho.

Todo este terreno de cultivo estaba dominado por la imponente figura del caserío, un edificio de piedra y madera de planta rectangular, tejado a dos vertientes articulado por un eje longitudinal, con amplio balcón de madera sobre la fachada principal, orientada hacia el sur, en la parte más resguardada de los vientos. Ante la fachada se alineaban árboles, entre ellos un enorme y antiguo nogal en torno al cual se arremolinaban diversas piedras a modo de bancos sobre las que descansaría el joven José María en sus tiempos de seminarista, cuando se entregara a la meditación y la lectura. El portal se encontraba muy cercano a la cuadra, que era también gallinero, pocilga y estercolero. Ésta tenía dispuestos los pesebres a lo largo de cada muro, la cama de los animales estaba frente a ellos, cubierta del helecho que se recogía en las tierras cercanas.

El ganado convivía, pues, con los habitantes del caserío y contribuía a calentar los enormes espacios de la casa. Sobre la cuadra se encontraba el retrete, de madera, que comunicaba con ella, mientras la cocina se situaba al lado de la cuadra. Su suelo era de tierra apisonada y las paredes estaban recubiertas de madera. Era el principal espacio de la vida familiar. En el antepecho de una de sus ventanas se encontraban el hornillo y la fregadera, mientras los utensilios de madera, las calderas de cobre y las ollas, pucheros, platos y cazuelas de barro o metal se desperdigaban con mayor o menor orden por la habitación. En el lienzo de la pared había una alacena en la que se guardaban las piezas de cerámica y cristal más finas. Del techo colgaban unos alambres que sostenían unos listones de madera sobre los que se colocaban los quesos y el producto de la matanza del cerdo. En el primer piso había una sala que hacía las veces de comedor para días festivos, y diversos dormitorios con camas, arcas, muebles grandes y utensilios destinados a la higiene (bacinillas, aguafuentes, etc.); el último piso estaba destinado a desván.

En la casa convivían el matrimonio, José María y sus hermanos, así como dos jóvenes criados que vivían con ellos, uno vecino de la anteiglesia de Iturreta, donde Tomasa había vivido de soltera, y el otro de Munitibar. Probablemente procederían de familias pobres que colocaban a sus vástagos *(morroiak)* en este tipo de trabajo siempre que podían, pues la otra salida que les quedaba era la emigración a Eibar o Bilbao, a trabajar en la industria, o a América latina. Cobraban un sueldo mensual y eran alimentados y alojados en el caserío a cambio

de trabajar las tierras y cuidar los animales. Dormían en compañía de Patxi, en un extremo de la casa, cada uno en su habitación, mientras en el otro extremo residía el resto de la familia.[3]

El trabajo en el caserío era agotador. La jornada comenzaba antes del amanecer con dos ratos de descanso: el del almuerzo y el de la merienda. El maíz era sembrado entre febrero y marzo. Cuando estaba verde y había crecido al máximo se le quitaban las hojas y flores masculinas a finales de julio o comienzos de agosto para, un mes después, proceder a retirarlas todas, dejando el tallo con la mazorca, que luego se cortaba. Una vez separadas las mazorcas de la caña se dejaban secar en el desván y luego se procedía a desgranarlas. José Luis y los criados se sentaban en un banco de madera, con un gran montón de mazorcas a un lado; entre las piernas sujetaban un hierro largo en el que iban restregando y frotando la mazorca hasta que la dejaban limpia de grano. La siega del trigo se realizaba a mediados de julio. Éste se trasladaba en haces a la casa, donde las gavillas se iban golpeando contra una losa grande. La recolección del grano era la actividad que más trabajo exigía, por lo que las épocas de trabajo más intenso eran las de preparación del campo, siembra y recolección, entre mayo y noviembre. A estas labores se unía la tala de los árboles y recogida de la leña, el cuidado de la huerta, de los árboles frutales, de los prados, que debían ser segados a su debido tiempo y abonados, así como el del ganado.

En el año 1915 el ganado era la principal fuente de riqueza en el campo vasco. Buena parte de las faenas agrícolas estaban destinadas a procurar el sustento de las bestias, como el corte del helecho para hacer sus camastros, la recogida y depósito en el establo del heno, la paja, el pienso, etc. Iturbe reunía una cabaña de quince vacas y terneras, con las que convivían cerdos, gallinas y conejos que absorbían buena parte del trabajo de niños y mayores. En tiempo de San Martín, cuando el invierno se acerca y acortan los días, se hacía la matanza, usualmente de dos cerdos y una vaca. Ello procuraba un gran surtido de morcillas, longanizas, chorizos, jamón o tocino. El helecho y la paja para las bestias se agrupaba en las inmediaciones de la casa; la leña

---

[3] Lo expuesto sobre la vida cotidiana de los Arizmendiarrieta en Iturbe y lo que a partir de aquí se exponga está tomado, salvo que se indique lo contrario, de JMAFO1-I, JMAFO1-II, y JMAFO1-III, así como del testimonio no transcrito que me concedió este informante en mi visita a dicho caserío, realizada el 30 de enero de 2004. Estos datos los he contrastado con la evocación poética sobre esta etapa de la vida de José María que hizo Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp 9-14 y, en sus aspectos generales, con José Miguel de Barandiaran: «Bosquejo de una cultura» en *Anuario de Eusko-Folklore,* nº IV, y «Contribución al estudio de la casa rural y de los establecimientos humanos. Pueblo de Ataun», en *Anuario de Eusko-Folklore,* nº V, 1924, en *Obras Completas, Ikuska 1º (Artículos y conferencias),* tomo III, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1973, pp. 124-125 y 208-213; así como con Caro Baroja: *De la vida rural vasca,* pp. 32-42, 98-99, 110-112, 129-132, 162-179, 255-257. La presencia de los criados, como sugiere Juan Leibar: «José María Arizmendiarrieta Madariaga, 22 de abril de 1915-29 de noviembre de 1976. Apuntes para una biografía», *T.U.,* nº 233, 1980, 58, es testimonio de la prosperidad del caserío, más aún teniendo en cuenta que sólo contabiliza a uno cuando, en realidad, fueron dos.

también era amontonada junto al portal o en la cocina. En el enorme balcón del primer piso los Arizmendiarrieta ponían a secar el maíz, las cebollas, los pimientos y demás productos que recogían en sus tierras de cultivo. En el desván conservaban la paja, las castañas, el grano, las nueces, la alubia, etc., hasta que se secaba y se depositaba en arcas. En un edificio cercano al caserío, el *etxetxu,* construido en 1904, prensaban la manzana y convertían su pulpa en sidra que guardaban en barricas. La manzana de Iturbe era bastante apreciada en los contornos y llegó a adquirir la denominación del caserío, pues producía una sidra de gran calidad. Por ella José María tuvo, desde niño, predilección, al igual que su padre, que se preocupaba personalmente del cuidado y arreglo de los manzanos del caserío. Otra actividad doméstica era la cocción del pan de trigo. Éste era molido todas las semanas, normalmente los sábados, en el caserío y luego se cocía en el horno doméstico.

Entre mayo y octubre, el ritmo de trabajo era muy intenso, los padres solían levantarse a las cuatro o cinco de la mañana para cortar la hierba o cualquier otro menester, luego el desayuno tenía lugar entre las siete y las ocho, ya en compañía de los niños. Al mediodía se comía ligeramente, pues la comida más importante era la cena. La dieta de José María y su familia consistía en pan de trigo y torta de maíz, embutido (que se consumía por las tardes), habas, hortalizas, patatas y carne. Apenas se consumía pescado, ocasionalmente algo de salazón que traía la pequeña de la casa, María, cuando iba al mercado de Ondarru. A ello se sumaba la fruta, el queso, las castañas, nueces y otros frutos secos. Se comía de la fuente común, regándose todo con agua o sidra. Los domingos y festivos la alimentación se enriquecía con legumbres (garbanzos), postres, vino y mayor surtido de carnes. Sólo entonces se comía en plato individual. Con los últimos rayos de sol, Iturbe iba perdiendo actividad. Iluminados por velas y candiles, los niños se iban acostando, Tomasa terminaba sus últimas ocupaciones. Matrimonio, criados y niños han trabajado durante quince horas. A las nueve de la noche, el caserío permanecía, cada día, en el mayor de los silencios.

El terruño materno

En el campo vasco el hogar era objeto de veneración y respeto. La casa no era sólo albergue de hombres y animales sino también espacio de trabajo, granja, taller y depósito de herramientas, aperos y provisiones. Adquiría sentido en las tierras que desde tiempo inmemorial se vinculaban a ella y la ligaban a las generaciones que iban sucediéndose en su recinto, con lo que poseía personalidad jurídica y social propia. Por eso tenía un nombre propio. Iturbe no podía ser enajenada del grupo familiar al cual estaba incorporada por la tradición, la costumbre y la san-

gre. En virtud de su nacimiento, José María era su mayorazgo, el depositario de todos los derechos a ella como heredero absoluto. La casa troncal era lugar purificado por el agua bendita que se conservaba en la puerta, por la cruz e imágenes de santos y vírgenes colocadas en sus piezas, a las que en estos años de infancia de José María se había sumado un nuevo icono: el Sagrado Corazón de Jesús.[4]

La vida familiar se hallaba estrechamente ligada a la casa, personificada en la figura del padre. Alegre, bonachón, parlanchín, de físico grueso, cara apacible y piel colorada, José Luis no era un hombre al que las actividades del campo le colmaran las inquietudes vitales. Era alérgico al trabajo programado, aspecto éste esencial en la vida rural. Por ello, una vez solventados los deberes más elementales de cara a procurar el bienestar de la familia, su ánimo le llevaba a delegar la gestión de la economía familiar en su mujer y encaminar los pasos a la taberna de Barinaga o a Markina, donde pasaba el fin de semana jugando al mus o charlando, con parada obligada en cada feria que hubiese por las anteiglesias del contorno. Hombre de costumbres reposadas, aficionado a la buena mesa y a beber, el recuerdo que de él tenía su hijo era el de «un *gizon,* un bonachón aficionado a los buenos platos, a la vida pausada y sin precipitaciones». La vida que llevaba, muy distante de la ortodoxia campesina, no constituye un dato anecdótico a la hora de valorar su ascendiente sobre su primogénito. José Luis Arizmendiarrieta fue un cauce de conexión entre el aislado Iturbe y la villa, entre la tradición y la modernidad. Fue hombre de ideas avanzadas y simpatías nacionalistas, que le llevaban a frencuentar el *batzoki* de Markina. La distancia de carácter entre padre e hijo ha sido un lugar común en ciertos testimonios que han insistido en la idea de una cierta lejanía de la personalidad paterna en la infancia y juventud de José María. Se trata de algo, cuanto menos, cuestionable.

El estudio sociológico realizado por Domingo Onaindía, coadjutor de la parroquia de Santa María de la Asunción de Markina-Xemein, sobre las ideas políticas y prácticas religiosas en este municipio durante la II República, cuenta que el cincuenta por ciento de los habitantes de Markina eran de ideología integrista o carlista. El nacionalismo vasco generaba una adhesión creciente, de un treinta por ciento

---

[4] Eusebio Erkiaga: «Aritzmendi, baserritar unibertsala», *T.U.,* nº 190, 1976, p 9; Erkiaga: *Gizonaren aldia,* p. 22; José Miguel de Barandiaran: «Los diversos aspectos históricos de la cultura vasca», en *Ikuska, nº 4. Artículos y comunicaciones a congresos científicos,* Obras Completas, tomo VI, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1966; William A. Douglass: *Death in Murelaga. Funerary Ritual in a Spanish Basque Village,* University of Washington Press, Seattle, 1969, pp. 6-13 (este estudio sobre una localidad cercana a Barinaga, de la que dista apenas 10 kilómetros, es ilustrativo del escaso cambio sufrido en los decenios siguientes por la vida y paisaje pintados en estas páginas); asimismo: Joseba Zulaika: *Violencia vasca. Metáfora y sacramento,* Nerea, Madrid, 1990, pp. 140-169 (para ampliar el simbolismo del caserío en la sociedad campesina y su papel en la cultura del nacionalismo vasco).

de la población alfabetizada, quedando el resto en manos de los partidos liberales laicistas. Estos datos concuerdan con el planteamiento de la historiografía acerca de la implantación del nacionalismo vasco, que destaca la dificultad de este movimiento político para arraigar en territorios que apenas habían sufrido el impacto de la comunicación social que, al quebrar la cohesión de la sociedad tradicional, fue la que permitió la introducción de ideologías e identidades nuevas en una sociedad poco nacionalizada por el Estado como era la rural vasca.

El nacionalismo vasco era una cultura política vinculada a la modernización, nacida en Bilbao, ajena a la sociedad campesina euskaldún articulada en torno al caserío. Markina se encontraba en el borde mismo del área de mayor impacto de dicha modernización, a unas decenas de kilómetros de Eibar y Bilbao, bastante bien comunicada con la ciudad armera por la carretera que pasaba por Barinaga. En la década de los treinta se instaló en la villa una fábrica metalúrgica, Esperanza y Compañía, en la que llegaron a trabajar entre sesenta y ochenta obreros, reflejo de esta progresiva inserción del municipio en la modernidad industrial. Hasta entonces apenas había habido otra industria que la del latón, que empleaba a unos sesenta hombres, así como pequeños talleres de carpintería y ebanistería. Por ello resulta importante que una persona como José Luis Arizmendiarrieta fuese nacionalista vasco, en un momento en el que en Markina el nacionalismo no era la cultura e identidad dominante que posteriormente ha llegado a ser.

Persona escasamente apegada a la vida tradicional del caserío, gustosa de las formas de vida y relaciones sociales urbanas, que conocía bien por disponer de familia en Eibar y Bilbao, el padre de José María dista mucho del *baserritarra* típico que podía haber en la Markina de aquellos años. Las «ideas avanzadas» que José Luis mostraba, según testimonios posteriores, hubieron de influir en la mentalidad inquieta que su primogénito adquirió desde sus primeros años. Ello, de hecho, es lo que ocurrió entre sus convecinos, entre los cuales contaba con gran predicamento y capacidad de liderazgo en las cuestiones comunitarias, en la toma de decisiones sobre asuntos que afectaran a la vida colectiva del barrio (traídas de aguas, vías de comunicación, repartos de tierras, construcciones de interés comunitario, etc.). Asuntos que implicaban unas formas de pensamiento comunitario que el primogénito hubo de detectar en el padre desde la infancia. El gusto de éste por las cofradías, las tabernas, las ferias, etc., no debe vincularse sólo a una personalidad ociosa sino también a una inquietud por determinadas relaciones sociales alejadas de las que el limitado marco de la vida del caserío aportaba espontáneamente.[5]

---

[5] La descripción del padre de José María parte de JMAFO1-I, II y III, JMAFO3-I y IV, y JMAFO4, contrastado con Juan Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», en Juan Leibar y José

En la familia Arizmendiarrieta la personificación del caserío y de sus valores tradicionales no podía residir, por tanto, en el padre. Fue Tomasa Madariaga la que suplió su papel. Cuando casó la vida de esta mujer menuda y de fuerte carácter se retrajo a las lindes de su querido *baserri.* Los límites visuales de éste eran los suyos, fuera de ellos apenas había inquietud por asimilar las nuevas formas de relación social y de mentalidad que desde el último tercio del siglo XIX iban penetrando, con extraordinaria dificultad, en el agro vasco. La campesina, una vez casada, no salía del caserío salvo para participar en las relaciones sociales estrictamente necesarias y cumplir con los deberes religiosos. La cuestión política que excediera el marco del caserío se encontraba más allá de su universo mental. En la tradición rural vasca era común que la mujer tuviese tanto poder como el hombre y obtuviese un respeto general de la colectividad local. Este fenómeno se intensificó en Iturbe hasta convertirse en una auténtica dependencia familiar respecto de la madre, cuyo liderazgo era insustituible. La modernidad de José Luis quedó equilibrada con la tradición personalizada por su mujer, que era el motor silencioso de la vida familiar y representaba ante los hijos los valores humanos vinculados al trabajo rural.

Marquinesa, hija de una familia campesina, analfabeta (como la mayoría de la población femenina rural), dotada de una elegancia natural acrecentada por la fragilidad de su aspecto físico, Tomasa era una mujer emprendedora, tenaz, con tendencia a la dominación y al control, inteligente, ordenada, hacendosa, sacrificada, dedicada por entero a la educación de los hijos y a la dirección de la actividad económica del caserío, cuyas riendas controlaba sabedora de su indiscuti-

---

María Ormaechea: *D. José María Arizmendiarrieta y sus colaboradores,* MCC, Mondragón, 1993, p. 10; Jesús Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17 e *Interioridades de una utopía,* pp. 17-18; y, especialmente, Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp. 17-18, donde éste cuenta un diálogo imaginado del padre con el hijo en que aquél le subraya la importancia de la lectura y la escritura a la hora de mejorar la condición humana. Los datos sociológicos sobre Markina en Domingo Onaindía: «Estado religioso de Marquina», *Idearium,* nº 8,1935, p. 239, que he contrastado con los datos sobre implantación del nacionalismo en esta zona tomados de Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco. I: 1895-1936,* Crítica, Barcelona, 1999 y José María Tapiz: *El PNV durante la II República (organización interna, implantación territorial y bases sociales),* Fundación Sabino Arana, Bilbao, 2001. La relación de José Luis con el nacionalismo vasco fue sugerida por Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17, es afirmada por Julen Arexolaleiba: *D. José Maria Arizmendiarrieta eta euskera,* trabajo mecanografiado inédito, 1991, p. 13, y matizada (en cuanto a la intensidad de la militancia) en JMAFO1-I, II y III. En JMAFO4 se comunica que José Luis no sólo fue nacionalista sino que llegó a ser concejal del PNV en Markina, dato que no he podido contrastar. En JMAFO1-I, y II se afirma que frecuentaba el batzoki, pero que carecía de orientación política definida que, sin embargo, sí se subraya en JMAFO3-IV. El único dato documental (bastante fiable) para valorar este asunto es el informe del Comandante Militar de Marquina en que éste comunica en 1937 al juez militar que instruye la causa contra José María Arizmendiarrieta que «es hijo de separatistas y de la misma tendencia». (AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, Hoja 14, Telegrama del Comandante Militar de Marquina al Juez Militar nº 20 de Bilbao). Asimismo, hay restos de los sellos de suscripción al diario del PNV, el *Euzkadi,* en los periódicos de José María conservados en AJMA, Carpeta Transfer I. Están a nombre de «Arizmendiarrieta», desde 1932. Según lo comunicado por JMAFO3-IV es posible que fuese José Luis el suscriptor más que su joven hijo.

ble autoridad. Cubría todos los espacios de la vida cotidiana: trabajaba en la tierra y en la huerta, cuidaba de los animales, cocinaba, supervisaba el trabajo de los criados y dirigía los negocios de la familia. Y cuando llegaba la noche, tras rezar el rosario y cenar, hilaba y repasaba ropas y mantelerías mientras el resto de la familia se retiraba a dormir. En todo ello no estaba sola, pues siempre contaba con la ayuda de los hijos, especialmente de María, que cuando José María andaba por el Seminario era la que se levantaba de madrugada para ir en carro a vender los productos del caserío en el mercado de Markina, así como en el de Eibar u Ondarru, comprando los géneros que precisaba la madre. Cuando llegaba, Tomasa se santiguaba para agradecer la vuelta de la pequeña, los tratos que había cerrado y el dinero y bienes que traía.

El trabajo intenso de la madre, su condición de *etxeko-andre* y *etxeko-jaun,* tanto de señora como de señor del caserío, no pudo ser ajeno al accidente que sufrió José María en su niñez. A la edad de tres años el niño, que era muy inquieto, se tropezó junto a la puerta de la casa con alguno de los muchos objetos que se desparramaban en ese espacio. Los escasos testimonios del hecho son confusos y no queda claro si golpeó con una escoba o si con lo que tropezó fue con dicha escoba para, acto seguido, golpear en uno de los troncos que se apilaban contra la pared. Sea como fuere, cuando los padres consiguieron trasladarlo al médico, que residía en Markina, el daño físico en su vista era irreparable. El crío había sufrido un fuerte traumatismo craneal y perdido el ojo izquierdo, que hubo de reemplazársele por uno artificial. El accidente transtornó a la familia, tanto al padre como a la madre, que por entonces estaba embarazada de la tercera criatura, María, y debía de cuidar de un recién nacido, Patxi. Y es que la vida rural entrañaba mil y un peligros para los pequeños, desprotegidos buena parte del tiempo por unos padres entregados a las múltiples faenas del campo y a cuidar una inmensa prole.[6]

---

[6] Informaciones sobre la madre y los hermanos en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 14; Juan Leibar: *La mujer en la vida, en el pensamiento y en la obra de D. José María Arizmendiarrieta,* escrito mecanografiado inédito, 1986, pp. 9-10; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 10; Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp. 9-11. Todas ellas han sido contrastadas y ampliadas con JMAFO1-I y II, y con JMAFO2. El caso de María Arizmendiarrieta y de sus otros hermanos, rápidamente implicados en penosas tareas laborales desde la infancia, refleja un fenómeno común en las economías campesinas de la época, como señala Eva Mueller: «The economic value of children in peasant agriculture», en R. G. Ridler (ed.): *Population and Development. The search for selective interventions,* University of Baltimore, 1976, pp. 98-152; remito también a Eric R. Wolf: *Los campesinos,* Labor, Barcelona, 1982, pp. 83-88 y ss. La información del accidente proviene de Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 11 que toma los datos de Joxerra Elortza: «Bere anai-arrebekin solasean», T.U., 1986, nº 297, en donde aparecen testimonios familiares que resultan bastante fiables, contrastados con JMAFO1-I y II. Los datos transmitidos por Larrañaga: *D. José Maria Arizmendiarrieta,* p. 20, resultan un tanto vagos aunque útiles para completar el cuadro del episodio y sus circunstancias. La edad de José María no queda del todo despejada, JMAFO1-I afirma que fue a los cuatro años mientras Arexolaleiba y Larrañaga apuntan a los tres, esta última edad es la que considero más verosímil a juzgar por las circunstancias y por el hecho de que a los cuatro años José María, como

Las secuelas del accidente influyeron bastante en el temperamento futuro de José María, así como en la sobreprotección que Tomasa le dedicó desde entonces, cargada de un instintivo afecto. Hubo una rápida ósmosis psicológica entre ambos. «Era una mujer que comunicaba todo. Informaba de lo que podía pagar, de lo que sacaba en la plaza, de lo que pretendía vender. Yo era consciente de lo que [la vida cotidiana] costaba en casa y nunca me atrevía a pedir nada», confesaría su primogénito en su madurez. Hasta tal punto fue absorbiendo éste los valores de la madre que ya por entonces destacaba por su escasa propensión al exceso en la alimentación y la bebida. Los alimentos a que tenía más afición eran la sopa de ajo, siempre con un huevo en el centro, comida por la que toda su vida sintió agrado, la leche y la fruta, en especial las manzanas de la huerta. Así, el niño fue adoptando un carácter austero, modesto, práctico, funcional, cercano a una madre siempre gustosa de «tocar las cosas y analizarlas y explicarse el porqué».

La identidad de carácter entre madre e hijo se encontraba, sin embargo, bloqueada por una falla: el analfabetismo de Tomasa. En las dos décadas que mediaban entre ambos se había producido un cambio en el País Vasco muy importante, un salto generacional sin precedentes detectado, por entonces, por José Miguel de Barandiaran: la extensión de la instrucción primaria en las masas campesinas. Se había pasado de una mayoría de población analfabeta a una mayoría de muchachos que sabían leer y escribir antes de los veinte años. El joven hubo de percibir, crecientemente, tal laguna. La promoción de la educación como vía de acceso igualitario a la cultura, uno de los principios rectores de su pensamiento y obra de adulto, y su importante derivación al campo de la promoción femenina, algo tuvieron que ver con su experiencia personal de distancia cultural respecto de la madre.[7]

En el caserío se generaban formas sociales que estimulaban la conducta del individuo desde su más tierna infancia y éstas estuvieron en Iturbe mediatizadas siempre por la figura materna. Tomaron forma en una serie de valores que José María absorbió desde peque-

---

veremos, comienza a ir a la escuela, y para entonces ya había perdido el ojo. Es también la edad que apunta Antonio Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* Ikasbide, s.l., p. 9. Respecto de la influencia del accidente en el carácter futuro de José María, pese a que se realizarán oportunas observaciones al respecto, remito a AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta (q.e.p.g.)», documento mecanografiado sin fecha, p. 2.

[7] Los testimonios sobre la vinculación afectiva entre madre e hijo, así como sobre el conjunto de valores que aquél tomo de ella, se encuentran en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 17-20; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 14; Leibar: *La mujer en la* vida..., pp. 9-10; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 9. Se han contrastado con JMAFO1-I y II, de donde proceden el resto de datos que me llevan a emitir este juicio sobre la relación entre madre e hijo. El pensamiento y obra del José María maduro lo expongo en los capítulos 4-8 de esta biografía, aunque para ellos remito también a Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 235, 240-241.

ño: austeridad, responsabilidad, sacrificio, modestia, elegancia y trabajo. Eran éstos principios fundamentales de la vida rural. El niño adquirió, así, la esencia moral de la comunidad humana en que nació. En la *Euskal Herria* campesina el trabajo siempre era asociado a la obligación de comer, de vivir, mientras la vagancia quedaba asociada al hambre. Así lo regulaban sentencias cotidianas como *Jan da lan* («comer es trabajar») o *Nondik lan, handik jan* («de donde se trabaja, se come»). En dialecto vizcaíno «trabajo» es *beharra,* vocablo que no indica ninguna actividad penosa ni torturadora, como sugiere la etimología latina de la voz castellana. *Beharra* significa «necesidad» y en la imaginación del campesino ensambla el ser con el deber: cuando se es un hombre es de rigor que uno trabaje. El trabajo es necesario para que un sujeto adquiera su esencia humana. En las fiestas de Barinaga, el día de San Pedro, el 29 de junio, o en la fiesta patronal de Markina, la Fiesta del Carmen, entre el 15 y el 18 de julio, los juegos tradicionales, que el pequeño José María contemplaba acompañado por José Luis, consistían en actividades íntimamente vinculadas al trabajo cotidiano: *idiproba* (uncir bueyes para arrastrar una gran piedra), *harria jaso* (cargar una piedra al hombro), *aizkoran* (cortar troncos), *segan* (cortar hierba). La esencia de estos juegos no era la fuerza física sino la excelencia del sujeto en tales actividades domésticas: su destreza, fuerza, tesón e ímpetu.

El valor del trabajo fue, así, adquirido por el crío desde la más tierna infancia, asociado a un imaginario familiar al que no era ajena, evidentemente, la fe católica, sustento fundamental de la vida en el caserío. Este valor estaba, en su madre, estrechamente vinculado a un sentido práctico de la existencia. Se trataba de otra constante moral campesina. El labrador no presentaba públicamente un discurso social sistematizado de lo que era su vida, una vida absolutamente determinada por el espacio del caserío, la *etxe.* Tomasa, analfabeta, era incapaz de elaborar una representación intelectual de su identidad personal. Pero sí recitaba refranes, cantaba tonadillas, repetía a modo de jaculatorias mil sabias expresiones inmemoriales, mientras yuxtaponía su trabajo al ritual de la siembra, la escarda y la cosecha, a la traída del agua o el fuego, a la bendición de la mesa, al tejer e hilar ante la chimenea, todo regulado por las campanas de la iglesia de Barinaga. Esta cultura campesina de signo oral debe tenerse en cuenta para comprender la forma en que el futuro sacerdote hilaría sus sermones y pláticas, sus charlas y discursos, recurriendo a relatos y cuentos, parábolas y moralejas, así como su desconfianza de las actividades académicas eruditas y su mayor sintonía afectiva con las sentencias, las frases cortas y el esfuerzo físico. Se trata de comportamientos que se abordarán en sus fuentes religiosas y filosóficas, pero que deben remi-

tirse a la identidad campesina de este hijo de Markina, como bien detectó su amigo Eusebio Erkiaga.[8]

Estos valores campesinos condicionaron su personalidad y fueron aprehendidos a través de una lengua, el euskera, que fue también el cauce por el que adquirió la conciencia del terruño, de un paisaje de la infancia compuesto por Iturbe y por los montes y vaguadas que lo rodeaban, los pastos y campos que lo separaban de los caseríos vecinos, la fuentecilla que alimentaba su huerta y frutales, la sucesión de carros, carretas y caballerías que atravesaban la carretera de Markina a Eibar camino de las ferias y mercados, adelantados por algún excepcional automóvil, camión o autobús repleto de viajeros con destino a los talleres de Eibar, que atravesaban el apacible silencio del valle con su ruido estridente y humo asfixiante. Un terruño lluvioso, húmedo, de cielos grises y nieblas perpetuas, de suaves montañas que encerraban un estrecho valle cubierto de helechales y prados, de robledales y hayedos, bordeado por caminos semienterrados por una naturaleza débilmente domesticada, repleto de caseríos negruzcos y solitarios, envuelto en el lejano sonido de los bueyes y de los rebaños de ovejas. Un terruño hecho de silencios, que remitía al regazo materno, a los cuidados de la *ama* (la madre), al trabajo rural, a la naturaleza y al idioma de la madre, del padre, de los hermanos, de los vecinos.

El euskera era el idioma en que se vivía, en que se pensaba y sentía, en que se comunicaba con la familia y el vecindario, en que se escuchaba el sermón del cura y el dulce canto de la madre. Era un auténtico microcosmos simbólico que permitía transmitir tradiciones y mentalidades, así como interpretar y dotar de sentido al mundo de la infancia. En este universo social monolingüe fue creciendo un niño jovial, abierto, que gustaba de hacer reír a sus hermanos vistiéndose con las ropas del padre y luciendo un puro en la boca, o de hacerles llorar disfrazándose y asustándoles. Un niño hábil con las manos, dotado para el dibujo y los trabajos manuales, aficionado a confeccionar prendas de papel y a construir carros de madera. Un niño de aficiones reposadas y refinadas, poco comunes entre sus compañeros, que preferían entregarse a la tradicional brutalidad catártica de la infancia, compuesta de peleas, pedradas, torturas a animales y travesuras. Frente a ello su invalidez visual y su educación familiar alimentaban un carácter poco expansivo, tímido, tranquilo, silencioso, observador. José María era un crío inteligente poco dotado para

---

[8] La reflexión sobre los valores transmitidos por Tomasa Madariaga a José María y su asociación al agro vasco está inspirada en Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», p. 125 y en Mikel Azurmendi: *Nombrar, embrujar (Para una historia del sometimiento de la cultura oral en el País Vasco),* Alberdania, Irún, 1993, pp. 89-93 y 134-135. Remito, para todo esto, a Erkiaga: «Aritzmendi, baserritar unibertsala», pp. 9 y ss. y *Gizonaren aldia,* pp. 9-22.

la fuerza física, cuyas actividades tranquilas le iban orientando hacia un seminario que su entorno percibía sin sorpresa, como algo propio y natural de un modo de vida y de un tiempo en donde el sacerdocio no era un estilo de vida alienígena, sino una parte fundamental del universo social cotidiano.[9]

El niño fue creciendo en un ciclo vital definido por un calendario en el que las labores agrícolas aparecían vinculadas a festividades religiosas y en el que la vida del caserío aparecía cada día como una continuidad natural que generaba el sentimiento de que cada día enseña algo nuevo, que cada día uno progresa en su realización personal. El «espíritu inquieto y crítico» que amigos y familiares reconocen en él desde pequeño está engarzado en la idea de tradición campesina, en una noción cíclica y perfectiva de la vida y del trabajo. Sin ella es imposible entender su personalidad y obra adulta, fuertemente asociada a una noción capital de la vida campesina: la virtud. Los actos humanos, casi todos vinculados a tareas laborales cotidianas, eran en el *baserritarra* fines en sí mismos: el cuidado de la cosecha y el ganado, de la higiene y alimentación familiar, eran bienes que redundaban en la perfección de su persona y de la colectividad en que se integraba. El sentido de la vida era el mismo para hombres, animales y vegetales: llegar a ser espléndidos ejemplares de su especie. Si un buey no era igual a otro, y lo mismo un roble o un manzano, se debía a que uno de ellos había aprovechado mejor la fuerza de la vida. Pues igual las personas. Maduraban y se hacían mejores, más buenos. O no. Este imaginario vital virtuoso fue asumido por José María desde la niñez y acabó convertido en sólido marco para las enseñanzas de profesores como José Miguel de Barandiaran y, sobre todo, de mentores como Joaquín Goicoecheaundía y Rufino Aldabalde, cuya impronta en el futuro seminarista tiene mucho que ver con el común origen campesino de todos ellos. Los escritos íntimos de José María en tiempos de seminarista, imbuidos de metáforas y figuras, remitirán insistentemente a esta cosmovisión natural de la vida.[10]

---

[9] El universo euskaldún de José María en JMAFO1-I y II, y JMAFO2, contrastado con Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 11 y las observaciones antropológicas de José Miguel de Barandiaran: «Expansión de la cultura», *Anuario de Eusko-Folklore,* nº IV, 1924, en Obras Completas, *Ikuska 1º (Artículos y conferencias),* tomo III, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1973, pp. 160-161. La observación sobre el terruño está inspirada en Luis de Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran. Patriarca de la cultura vasca,* Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, San Sebastián, 1976, p. I. La descripción del niño José María proviene de JMAFO1-I y II; JMAFO2; JMAFO4; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 14 (que incluye interesantes testimonios familiares); Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 20.

[10] Esta reflexión está inspirada en Azurmendi: *Nombrar, embrujar,* pp. 134-135 y 146-148 y en Baroja: *De la vida rural vasca,* pp. 302-310, contrastados con Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 9 y con circunstancias biográficas que irán presentándose a lo largo del relato.

Primeras letras, primeras oraciones

A los cuatro años José María es enviado a la escuela. Cada día se levanta a primera hora de la mañana y, tras tomar sus sopas de leche, coge su maletilla y desciende el estrecho camino empedrado que une Iturbe a la carretera de Eibar. Acompañado de su inseparable amigo José Gandiaga, un mes mayor que él, se encaminaba a la escuela de la aldea. Gandiaga era también el primogénito de siete hermanos cuyo caserío, ubicado en la anteiglesia vecina de Etxebarria, quedaba separado del de José María por la carretera. En el año 1919 Barinaga carecía de escuela oficial. Fue la iniciativa de sus vecinos la que, con el apoyo de la parroquia, permitió que se improvisara una en un local anexo a la Iglesia de San Pedro, que solían ocupar los vecinos para debatir sobre asuntos que afectaban a la comunidad. Este local se llamaba *Konzeju Zaharra.* Se trataba de una escuela privada, que era sostenida con aportaciones de todos los caseros que enviaban a sus hijos a ella y tenía como fin proporcionar a los pequeños una mínima educación que, por entonces, las instituciones públicas aún eran incapaces de proporcionar. Su responsable era el cantor de la parroquia, Mariano Careaga.

Esta escuela de Barinaga fue un fenómeno singular en las parroquias de Markina. En Bizkaia se había incrementado desde principios de siglo la tendencia a la introversión social de los labradores, pues, debido a la emigración, cada vez había más vecinos con tierras suficientes para prosperar que no precisaban de comunales y que vivían concentrados en sus múltiples ocupaciones. Hubo, sin embargo, excepciones a este movimiento y una de ellas fue Barinaga. Los caseríos de esta anteiglesia estaban agrupados en el auzoa, el barrio, una comunidad autónoma sustentada por la cooperación entre todos los vecinos, destinada a resolver las necesidades colectivas más urgentes mediante el trabajo comunitario: la construcción de caminos o escuelas, la traída de aguas, etc. José Luis Arizmendiarrieta era en él una figura querida y respetada. Fuera por su iniciativa o por la de cualquier otro vecino, el caso es que por aquel tiempo surgió la inquietud por instalar una escuela de barriada en la parroquia para la alfabetización de los hijos. Así quedó propuesto en una reunión vecinal y así salió adelante.[11]

---

[11] La escuela de Barinaga en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 21-22 y Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 11-12. Contrastado y ampliado con JMAFO1-I, JMAFO3-I y IV; la edad de José Gandiaga en testimonio nº 20, *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* documento mecanografiado, inédito, julio de 2001, p. 65; el movimiento particularista del agro vasco en Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», pp. 126-127. Sobre el *auzoa* como espacio de gestión cooperativa de la comunidad campesina: Douglas: *Death in Murelaga,* pp. 149-157 y Zulaika: *Violencia vasca,* pp. 171-185.

La creación de la escuela de primeras letras de Barinaga coincide con un tiempo de transformaciones estructurales de la vida vasca. Los éxodos campesinos, la urbanización, la industrialización, la progresiva democratización de los sistemas políticos, la secularización de las sociedades, la aparición de nuevas identidades sociales y fórmulas de acción colectiva, habían generado en el último tercio del siglo XIX una cultura nacional que descansaba en la mayoría de los estados europeos en variadas fórmulas unificadoras de signo centralizador. Para que los ciudadanos se identificaran con la nación los estados llevaron a cabo vastos procesos de nacionalización. La democratización de la política, el servicio militar obligatorio y la instrucción primaria en una única lengua fueron sus principales instrumentos de expresión. En España, tanto por problemas de presupuesto como de cultura política, los gobiernos liberales de la Restauración (1876-1923) ejercieron una escasa intervención estatal sobre el territorio y se desentendieron, en la práctica, de buena parte de esas obligaciones nacionalizadoras. A comienzos del nuevo siglo, el 60% de la población infantil no estaba escolarizada y la escuela no desempeñaba un papel central como instrumento nacionalizador en torno a la lengua y cultura castellana. En Barinaga la modernidad liberal llevaba décadas horadando la cultura campesina, pero el agente activo que debía promoverla, el Estado, tenía escasa presencia más allá de una furtiva pareja de la Guardia Civil que se acercara cuando ocurriera algún disturbio o riña local exepcional.

Sin embargo existía, pese a todo, una creciente penetración que, impulsada por la modernización de las comunicaciones y el éxodo a la ciudad, tuvo como vehículo fundamental el castellano, el idioma urbano, que avanzaba en paralelo a la depreciación de la cultura campesina. «El sencillo aldeano de mi país vasco, el no contaminado por gente tendenciosa, de labia o pluma, piensa respecto del vascuence lo mismo que yo; no sólo que se pierde, sino que a él le conviene que se pierda. (...) Un negociante de Bilbao me dijo una frase intensamente sintética, que equivale a muy largas disquisiciones y que ya Maeztu ha citado: "Con el vascuence no se hace dinero." Ni cultura, agrego yo, porque no sólo de pan vive el hombre.» Son palabras de Miguel de Unamuno escritas en 1901. José Miguel de Barandiaran escribía, en tiempo contemporáneo a la infancia de José María: «las amplias relaciones que actualmente ligan a los jóvenes con elementos de habla castellana en las escuelas, en los cuarteles, en los talleres y fábricas, en las grandes urbes a donde van a servir, etc., etc., al mismo tiempo que contribuyen a la difusión del conocimiento del castellano, forman una tendencia a que se generalice el uso de este idioma».[12]

---

[12] Los datos sobre la débil nacionalización española finisecular que la enseñanza escolar de Barinaga refleja los tomo de José Álvarez Junco: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Taurus,

Las clases de Careaga tenían lugar mañana y tarde, con un largo alto al mediodía en que los niños volvían a sus casas para comer. El calendario escolar era el usual, pero la asistencia a clase era muy irregular y variaba según las estaciones y la carga de trabajo que cada caserío requería a los pequeños, por lo que era mayor en invierno que en verano. El pequeño José María, apartado del trabajo físico en Iturbe, era uno de los alumnos más fieles que tuvo Mariano, el cual se preocupaba diariamente de recordar a los pequeños la importancia de abandonar juegos y travesuras una vez terminara la clase, con el fin de llegar cuanto antes a casa y echar una mano a los padres en la jornada diaria. En los recreos los niños jugaban en el portalón de la iglesia, convertido en improvisado frontón y en espacio de juegos como el escondite, la gallina ciega, la peonza o *kanika,* etc. El aprendizaje del castellano no era efectivo, pues quedaba subordinado a la escritura y lectura en la lengua vasca, que era la que se empleaba en todo momento, especialmente en materias sensibles como la doctrina cristiana.

La educación que impartía Mariano Careaga era muy cercana a la de los maestros de despoblado que, en el siglo XIX, en caseríos y ermitas, habían educado en euskera a los hijos de los campesinos más aislados sin dotación pública, sostenidos por el alimento o el módico sueldo que les entregaban los caseros. También guardaba importantes similitudes con las «escuelas de ferrado» que la Iglesia sostenía en la Galicia rural, en las que se alfabetizaba y adoctrinaba en gallego a los niños campesinos. En Barinaga el instrumento pedagógico era el euskera y el fin fundamental era alfabetizar a los hijos de los caseros en esa lengua, la propia de su comunidad local, y mediante unas mínimas nociones, en castellano, idioma que Careaga dominaba con mucha dificultad.

Madrid, 2001, pp. 546-547; pueden ser contrastados con el modelo que, hace treinta años, dejó sentado Eugen Weber: *Peasants into Frenchmen. Modernization of Rural France,* Stanford University Press, Standford, 1976, para el caso de Francia. Respecto de la penetración del Estado y de sus instrumentos socializadores (educación pública, servicio militar, politización de las masas) en el espacio campesino hispánico remito a Miguel Cabo: «The Galician Peasantry. Conflict and Community in a Rural Society, XIXth-XXth Centuries», documento presentado en el *Fourth European Social Science History Conference* celebrado por el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam del 27 de febrero al 2 de marzo de 2002. Sus conclusiones para el caso gallego son ampliables al vasco. Las citas textuales ofrecidas son de Miguel de Unamuno: «El bizkaitarrismo y el vascuence», *Los Lunes de El Imparcial,* 14 de octubre de 1901, recogido en J. Sinova (ed.): *Un siglo en artículos,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2000, p. 25 y Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», pp. 160-161. Un testimonio, bastante anterior al nacimiento de José María, muestra la hondura histórica de este cambio cultural. Según el maestro guipuzcoano Juan María Eguren, inspector escolar en Guipúzcoa y en Álava desde 1859 a 1876, la necesidad de aprender el castellano no se limitaba a los escolares, pues también la tenían quienes desearan buscar trabajo fuera de sus aldeas, como los artesanos, caseros, jornaleros e industriales que participaban en la construcción de las vías férreas que por entonces comenzaban a articular las provincias, o simplemente los que deseaban leer el periódico o cualquier tipo de literatura. «Fuera del pequeño recinto de nuestro país, para nada sirve esta lengua [el euskera], y son extraños por consiguiente dentro de su misma patria los que no hablan ni entienden el castellano.» (Coro Rubio: *La identidad vasca. Discurso y agentes sociales,* Biblioteca Nueva, Madrid, 2003, p. 373). No fue un fenómeno singular del País Vasco, sino general en toda la periferia étnica del Estado español (Cabo: «The Galician Peasantry», pp. 2-3).

Los cuadernos de lectura de José María correspondientes a estos años están poblados de sílabas y diptongos euskéricos que van construyendo palabras y dichos, todos fuertemente vinculados al universo rural, como bien indicaba la portada de su manual *Umearen laguna,* en la que un niño campesino ataviado de gorra, mochilita y calzas lee un libro mientras al fondo aparecen las montañas precedidas de la iglesia de la aldea y el caserío. Así, ayudado por dibujos, el niño fue desentrañando el sentido de las palabras mediante la asociación de sílabas. Los primeros vocablos que aprendió a leer y escribir fueron *ego* (ala), *bei* (vaca), *uso* (paloma), *ama* (madre), *zubi* (puente), *kabi* (nido), *gizona* (hombre). Sus sílabas formaban otras palabras, *ama* daba pie a *a-ma-bi u-me* (doce niños), y así por las páginas iban apareciendo el mar, la tormenta, los pájaros, el campo, el caserío, trabajos cotidianos como la tala de troncos, y luego los días de la semana, las estaciones, los meses. Las palabras formaban dichos y refranes campesinos que asociaban en el niño la escritura con la vida cotidiana que le rodeaba.

Habitual colaborador en las páginas del semanario nacionalista *Gipuzkoarra,* el autor del manual de José María, Isaac López Mendizabal, fue uno de los intelectuales que impulsaron una nueva pedagogía vasca alternativa a la del Estado. Este libro formaba parte de los manuales que fueron seleccionados por la Diputación Provincial de Bizkaia para surtir las escuelas de barriada que pretendió poner en marcha y que no llegaron a materializarse al perder el PNV el poder en las siguientes elecciones provinciales. Ello indica que, o bien Mariano Careaga, o bien alguno de los vecinos de Barinaga (quizá el propio José Luis Arizmendiarrieta), estaban al tanto del material pedagógico más innovador destinado a la población campesina euskaldún. Este libro, quizá por estar orientado a la formación en las primeras letras, carecía de explícitas referencias culturales nacionalistas y se limitaba a definir un universo etno-rural euskaldún. De lo que se trataba era de formar unos pequeños euskaldunes que fueran buenos católicos. Ésa era la razón por la cual la parroquia mostró interés por la iniciativa vecinal, cediendo un local y colaborando en el sostenimiento del centro. Los niños aprendían la gramática básica del euskera y, a través de ella, las nociones fundamentales de religión. También algo de castellano, si bien éste lo olvidaban rápidamente.[13]

---

[13] Datos tomados de JMAFO1-I y II, JMAFO2, JMAFO3-I y IV, y JMAFO4; Arexolaleiba: D. José María Arizmendiarrieta eta euskera, pp. 11-12; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 21-22; López-Mendizabal'dar'Ixaka: *Umearen laguna. Irakurrtzen ikasteko. Biderik errezena,* López'tarrE'ren etxean, Tolosa. 1920. Sobre este manual y su autor: Gregorio Arrien: *Educación y escuelas de barriada de Bizkaia. (Escuela y autonomía: 1898-1936),* Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, 1987, pp. 99-103, 172-173, 178. Sobre las escuelas de ferrado gallegas: Cabo: «The Galician Peasantry. p. 14; sobre los maestros de despoblado y el sistema educativo vasco decimonónico: Rubio: *La construcción de la identidad vasca,* pp. 371-375.

Y es que la iglesia parroquial era, en el campo vasco, punto de referencia y lugar de reunión social de una población dispersa en caseríos, un espacio privilegiado a través del cual el clero ejercía una influencia espiritual e intelectual absoluta. En Barinaga era el lugar de encuentro común por excelencia, donde se discutían los asuntos de la comunidad, bien bajo el portalón bien en sus locales. Era también espacio para el ocio, especialmente el infantil, merced a la presencia de la escuela y al ya aludido frontoncillo que cubría una de las paredes del portalón. Cada domingo era el medio de información sobre la actualidad política, social y religiosa de unas gentes que vivían durante la semana absorbidas por sus tareas domésticas, sin contacto con el mundo exterior. El recinto de la iglesia era el referente esencial de la identidad de los habitantes de Barinaga. En una cultura campesina que articulaba la persona sobre la pertenencia a la casa solar, la parroquia era una prolongación de ésta, donde cada casero se sentaba en su sitio y enterraba, cerquita, a sus muertos. Un espacio donde todas las casas valían lo mismo dentro de la nave central de la iglesia.

Un viajero francés que visitó el País Vasco en época de la Segunda Guerra Carlista (1872-1876), Lucien Louis Lande, destacaba con admiración que nada igualaba la fe religiosa del vasco, «una fe ingenua, sincera, inquebrantable, que no admite ni discusión ni temperamento». Esa fe era la consecuencia de una vida que, desde el primer día, aparecía cargada de significado religioso. El caso de José María no es diferente. Cuando nació lo primero que hicieron José Luis y Tomasa fue preservarle de todo mal colgándole en el cuello los evangelios en un saquito cerrado por una cinta. Eran los *kuthunak,* palabra empleada luego en el día a día para demostrar afecto y cariño. El niño, bautizado el mismo día de su nacimiento, recibió una nueva bendición una vez la madre se recuperó, la *elizan zartzea.* En enfermedades o accidentes graves, como cuando el pequeño perdió el ojo, los padres hacían promesas solemnes de peregrinación a alguna ermita o lugar sagrado de la zona en caso de que el hijo sanara o no profundizara en su mal.

Antes de que el primogénito de los Arizmendiarrieta supiese hablar, ya sabía signarse y santiguarse por la mañana y la noche, cada día la madre le tomaba la mano y practicaba con él la señal de la cruz. Una vez empezaba a balbucear le enseñaba las oraciones que debía hacer todos los días, principalmente al acostarse. A un kilómetro y medio tenía la iglesia a donde sus padres acudían al sermón dominical, a las vísperas, a confesarse y a cantar. Así, antes de aprender a leer o escribir José María ya conocía a Dios, a la Virgen y a los santos. Tomasa le hablaba a él y sus hermanos de ellos, les animaba a encomendarse a ellos cada día, les contaba quiénes eran unos y otros, a los que veían todos los días a todas horas: en las cruces e imágenes del hogar, la escuela y la iglesia, en las estampillas que guardaban los padres, en las

placas del Sagrado Corazón de Jesús... Sabían que si eran buenos Jesús les llevaría al cielo donde tendrían muchos premios, y que si eran malos el Diablo se los llevaría al infierno. Era así como la religión iba alimentando la moral campesina desde la más tierna infancia en torno a los principios del bien y el mal. Unos animales eran de Dios y otros del Diablo, las cosas bellas eran de Dios, las feas del Diablo. Sobre esta dualidad se formaba la religiosidad infantil de José María. El temor de Dios era algo que el entorno rural tenía muy presente y que definía todos los aspectos de la vida. El «castigo de Dios» dominaba los juegos infantiles. La idea de que las malas acciones o las infracciones de los deberes religiosos eran sancionados en vida y, después, en muerte, estaba siempre presente.[14]

Los adultos que rodeaban a José María habían asumido la idea de que era de orden fundamental el cumplimiento exacto de los deberes religiosos, que se exteriorizaban y tomaban aire social. La asistencia a la mayor cantidad de ceremonias religiosas posibles, la frecuencia de los sacramentos en su grado máximo, eran principios que regían la expresión pública de la religiosidad. En 1935 la proporción de los feligreses que no cumplían en Barinaga y las anteiglesias de Markina con los preceptos dominical y pascual no llegaba al uno por cien frente al tres por ciento de la villa, en donde se agrupaba la minoría liberal, compuesta por «pelotaris, industriales y comerciantes», un tercio de los cuales, además, era «gente extraña al país» y otro tercio «extraños a la parroquia». La asistencia a las comuniones y funciones religiosas vespertinas descendía algo allí mientras en el campo era masiva. Lo mismo ocurría con la administración de los sacramentos, donde la proporción del campo volvía a ser superior a la de la ciudad y, por sexos, era más grande entre las mujeres que entre los hombres. El patrón era aplicable a los años de infancia de José María.

Hasta la llegada de la II República «todos los feligreses de Marquina se llamaban católicos y eran muy contados los que no cumplían sus deberes religiosos», si bien una parte pequeña lo hacía simplemente para evitar situaciones incómodas. «Quien (...) no amoldase enteramente su conducta [a las prácticas religiosas] suscitaría suspicacias entre sus paisanos y sería objeto de las censuras y de las protestas del público.» Fue sólo a partir del 14 de abril de 1931 cuando «ciertas conciencias y sentimientos» pudieron salir a la luz «[lo que] patentizó que no todo lo que relucía era oro, colocando a cada cual en el puesto que

---

[14] Datos tomados de Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», pp. 131-132 y «Expansión de la cultura», pp. 161-162 y Caro Baroja: *De la vida rural vasca,* pp. 287-289. Así como de Rubio Pobes: *La construcción de la identidad vasca,* pp. 392-393, de donde tomo la cita de Lande. Los dos párrocos de Barinaga en JMAFO1-I y III. Son nombrados como Juan Barquín e Ignacio Etxezarraga. En JMAFO3-IV se comunica que el segundo párroco era José María Ugartechea, no Ignacio Etxezarraga. Las costumbres religiosas citadas están contrastadas con JMAFO1-III.

en realidad ocupaba». Tales cambios afectaron algo a la villa, pero no a las anteiglesias. José Luis encajaba su ocio con la asistencia regular a la iglesia y la participación en las cofradías religiosas locales. Tomasa cuidaba que la vida del hogar estuviese escrupulosamente sometida al dictado de las campanadas que, con sus variados tonos y ritmos, administraban el tiempo cotidiano. Rigurosa y puntual, ajustaba la vida familiar a un calendario devocional compuesto por el sermón de los domingos, la bendición de la mesa, el rezo del Ángelus y, al atardecer, el rezo del rosario. Esta oración, que tenía lugar en la cocina, era la que más se quedaba grabada en los niños, que participaban en ella sin comprenderla, mientras la madre tejía y ellos reían por lo bajo contemplando la escasa energía que José Luis ponía en seguir la letanía de su esposa y la inquietud que manifestaba cuando la hora de su fin (y del consiguiente inicio de la cena) no parecía llegar.

Pero más allá de estas anécdotas, la religiosidad de José Luis era muy intensa. José María le acompañaba desde muy pequeño a las funciones de la iglesia (misa dominical, vísperas de los domingos, fiestas de precepto) y escuchaba las lecturas de los salmos y los evangelios, percibiendo la magia de las palabras guardadas en libros. El niño iba, así, alfabetizándose en la iglesia en complemento a las clases diarias de Mariano Careaga y a las lecciones de catecismo que recibía de uno de los párrocos de San Pedro Apóstol, el marquinés Juan Barquín. El sacerdote era una autoridad reconocida y muy cercana, a la que el niño miraba con respeto, ante la que retiraba la boina y se descubría saludando con la fórmula *Ai Maria Pruxuma* («Ave María Purísima») y a la que se dirigía mediante el tratamiento de *beori,* de categoría superior al *usted* castellano. Tal es el ambiente en el que José María fue creciendo. Una vez comenzó a asistir a las clases en Barinaga su creciente participación en el culto religioso le familiarizó con el ritual. Celebraba cada mes el sacramento de la confesión, comulgaba semanalmente tras pasar la comunión a edad temprana y participaba como monaguillo en la liturgia dominical y festiva. Finalmente, a la edad de siete años fue confirmado en la parroquia mayor de Santa María de la Asunción de Markina, el 11 de enero de 1922, por el Obispo de Vitoria.[15]

---

[15] Las citas textuales y los datos sobre la religiosidad de Markina están tomadas de Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», p. 133 y Onaindía: «Estado religioso de Marquina», pp. 256-257. La información general sobre la religiosidad de Barinaga está tomada de los estudios generales de Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», pp. 131-133 y Caro Baroja: *De la vida rural vasca,* pp. 287-289, contrastados y singularizados en el caso de la familia Arizmendiarrieta en base a JMAFO1-I y II, JMAFO2 y JMAFO4, así como a Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 22, Erkiaga: *Gizonaren Aldia,* pp. 17-18 y Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p 14. El papel del euskera en la enseñanza religiosa de los años veinte y, en concreto, en la promoción de la catequesis parroquial en Joaquín Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco (1918-1936),* Desclée de Brower, Bilbao, volumen II, 1991, pp. 662-675.

EL SEMINARIO MENOR DE CASTILLO-ELEJABEITIA

La vocación religiosa

José María destacó en los cinco años que asistió a la escuela privada de la parroquia como estudiante inteligente y aplicado. No llevaba gafas, que no utilizó hasta que entró en el seminario, por lo que su minusvalía era muy visible. Él y su amigo José Gandiaga, simplemente, «iban para curas». Sus dotes para leer y escribir, su ánimo por saber y comprender les hacía destacar respecto de los demás niños de su entorno. En 1924 la improvisada escuela de párvulos de Mariano Careaga fue clausurada. Durante muchos años los niños de Barinaga y de anteiglesias limítrofes habían asistido diariamente a ella soportando las lluvias y los fríos invernales, en unas precarias condiciones de habitabilidad y de preparación del responsable de su docencia. Pero finalmente los vecinos de Barinaga habían decidido construir un auténtico centro escolar que formara parte del proyecto de Escuelas de Barriada que la Diputación había aprobado el mismo año que José María había comenzado a ir a clase.

El 26 de noviembre de 1919, el diputado Juan Gallano había presentado en la Diputación Provincial de Bizkaia una moción en la que proponía la creación de cien Escuelas de Barriada en todo el territorio vizcaíno. Resultó aprobada y se abrió un concurso para la provisión de maestros para estas nuevas escuelas, mientras un cuestionario convocado en toda la provincia indicaba el número de municipios que tenían necesidad de una. Entre ellos estaba Markina, que precisaba de varias para sus anteiglesias. La de Barinaga fue costeada por los vecinos a la entrada del pueblo, pegada a la carretera de Eibar, frente al río Urko, a apenas cincuenta pasos de la antigua escuela de la parroquia. Los vecinos aportaron los materiales, los jornales y el terreno. Acabó de construirse en el año 1925. Su arquitectura estaba perfectamente adaptada al paisaje, tanto por su configuración externa como por los materiales que se emplearon: piedra, madera y teja. El edificio, cuyo diseño se inspiraba en la arquitectura rural vasca, estaba dividido en dos secciones, la de los chicos, que estaba a cargo de la profesora Patrocinio Uranga, y la de las chicas, que correspondía a María Mihura. En cada sección el mobiliario se componía de la mesa del profesor, armario de material, mesas-banco para los alumnos, un encerado, mapas de relieve de Bizkaia, España y Europa, un retrato del Rey Alfonso XIII, un calendario, un reloj y un crucifijo.

José María entró en la nueva escuela con diez años y la abandonó a los doce. Cursó, por lo tanto, el grado medio. Durante esos dos años seguía descendiendo cada día el sendero que llevaba a la carretera junto con sus hermanos pequeños y, acompañado de José Gandiaga,

se dirigía a la escuela, en una caminata de quince o veinte minutos a la que se iban sumando los niños de otros caseríos. Las clases comenzaban a las ocho y media en otoño e invierno y media hora antes en primavera y verano. Duraban seis horas diarias, divididas por dos recreos de media hora, uno a la mañana y otro a la tarde. Al mediodía se suspendían las clases y los niños se iban a comer a sus casas. Entre las cuatro y media y las cinco de la tarde, según las estaciones, las clases finalizaban. Los niños llevaban cada día sus libros y cuadernos, así como pan, leche y chocolate para el recreo. Una parte del mobiliario era costeada por el barrio, mientras el resto quedaba a cargo de la Diputación. Consistían en lotes de libros de texto y consulta, cuadernos escolares y papel de dibujo, etc. Entre los libros que manejó José María figuraba la Aritmética y Geometría de Bruño, Gramática Castellana e Historia Sagrada de Solana, las Ciencias Físico-Naturales de Ascarza, la Historia de España de Seix Barra1... Cada fin de curso un ejercicio examinaba al alumno del conjunto de las asignaturas.

Una de las asignaturas fundamentales que se impartía era la «Instrucción religiosa y moral», es decir, la doctrina católica, que en Barinaga, área monolingüe euskaldún, era impartida a los niños en euskera por su profesora, la azpeitiarra Patrocinio Uranga. Sin embargo, el resto de asignaturas eran enseñadas en castellano, si bien la profesora recurría habitualmente al euskera, pues los alumnos eran incapaces de entender la mayor parte de lo que les explicaban en esa lengua. La escritura y la lectura, sin embargo, se realizaban únicamente en esta lengua extraña. La enseñanza que recibió José María y sus compañeros fue, pues, diglósica, pues no buscaba la alfabetización en euskera, idioma que quedaba relegado a una condición oral, destinado a ser mero soporte del conocimiento del castellano, que era el único vehículo de cultura escrita. Fue, pues, ahora, a partir de los 10 años, cuando el pequeño empezó a adquirir una cierta capacidad bilingüe y a dotarse de un débil castellano fuertemente euskerizado. Hasta entonces, lo memorizado en castellano en las clases de Mariano Careaga se había esfumado a la puerta misma del pabellón auditivo. Ahora, dos años de estudios y tesón, junto con el apoyo de su estimada profesora, le permitieron lograr un buen control de la comprensión y la expresión escrita y oral en el nuevo idioma hasta el punto de obtener a los 12 años uno de los cuatro diplomas escolares que la escuela otorgaba al final de cada curso. El esfuerzo que hubo de realizar para lograr hacer propia una lengua totalmente extraña a su vida cotidiana hubo de ser enorme.[16]

---

[16] Todo lo relativo a la escuela de barriada de Barinaga lo he tomado de Gregorio Arrien: *Educación y escuelas de barriada de Bizkaia (Escuela y autonomía: 1989-1936),* Diputación Foral de Bizkaia, Bilbao, 1985, pp. 140-145, 154-157, 160-161, 169-170, 179-181; Pedro Zufía: *Las escuelas de barriada en Vizcaya,* Imprenta Provincial de Vizcaya, Bilbao, 1930, pp 34-36; José Ignacio Lasa: *Sobre la ense-*

Fue en estos años cuando comenzó a perfilarse la incipiente vocación religiosa del primogénito de los Arizmendiarrieta. En las comunidades campesinas los niños con capacidades intelectuales tenían el seminario como único sendero natural. El sacerdocio era una figura cercana y fundamental de la vida cotidiana. Lo cuenta Unamuno: «El cura de aldea, aldeano letrado, segundón de casería pasado de la laya al libro, recibe en su cabeza el depósito del dogma, y se encuentra, al volver al pueblo, saludado con respeto por sus antiguos compañeros de bolos. Es un hermano y, a la par, un ministro de su Dios, hijo del pueblo y padre de las almas; ha salido de entre ellos, de aquella casería del valle o de la montaña, y les atrae a la verdad eterna. Es el nudo del árbol aldeano, donde se concentra la savia de éste, el órgano de la conciencia común, que no impone la idea, sino que despierta la dormida en todos. Cuando les hablaba, bajaba del púlpito la palabra divina como una ducha de chorro fuerte sobre aquellas cabezas recias y consolidadas, recitábales en su lengua archisecular el dogma secular, y aquellas exhortaciones en el silencio de la concurrencia, eco vivo que las redoblaba, eran de efecto formidable».

La vocación al ministerio sacerdotal germinaba con naturalidad en el sedimento rural de la familia y era buscada por ésta, dentro de una vida cotidiana impregnada de una profunda religiosidad. Unamuno lo había explicado, así, veinte años antes: «¡Tener un hijo cura, guardarle los ornamentos, recoger las obladas; ir a darse importancia cuando predicara el hijo! (...) Y, sobre todo, ¿cabe familia de algún desahogo sin un miembro de ella en el sacerdocio, dándole lustre e importancia?». En su tentativa de psicología colectiva de la religiosidad vasca, el filósofo bilbaíno no olvidaba el papel que las madres jugaban en promover en los muchachos la opción por el seminario, lo que le llevaba a sentenciar que era la «vocación de las madres» la que decidía «el celibato» de sus hijos. En el caso de José María ciertamente la madre jugó un papel fundamental. Tomasa deseaba íntimamente que su primogénito hiciese la carrera sacerdotal, lo cual era un tanto excepcional, pues normalmente eran los «segundones» (los que no tenían derecho a la herencia de la casa solar) los destinados a la carrera eclesiástica, en este caso Patxi. Pero Tomasa había visto que el com-

---

ñanza primaria en el País Vasco, Auñamendi, San Sebastián, 1968, pp. 94-95; Paulí Dávila: «El modelo histórico de alfabetización en Euskal Herria», en P. Dávila (coord.): *Lengua, escuela y cultura. El proceso de alfabetización en Euskal Herria, siglos XIX y XX,* UPV, Bilbao, 1995, pp. 27-28 y 35 y lo he contrastado y ampliado con JMAFO3-I y II; JMAFO3-I y IV; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskara,* pp. 11-14; Amagoia Unanue y Nahia Intxausti: *Cooperativas y euskera. Historia y fundamentos de una nueva etapa,* Mondragón Unibertsitatea, Arrasate, 2002, pp. 13-14; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 22; Leibar: *La mujer en la vida ...*, p. 10; Isidor Etxeberri: «Gizon ongille on baten bizitza», *Zer,* maiatza, 1991, pp. 11-12; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 9. Respecto de la cultura oral que rodeaba a José María, me he guiado por Azurmendi: *Nombrar, embrujar,* pp. 117-118; Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», p. 138 y Caro Baroja: *De la vida rural vasca,* pp. 333-334.

portamiento de José María, sus inquietudes intelectuales y su piedad infantil, no lo orientaban a ser un casero, sino que apuntaban hacia fines más elevados que, para una apasionada creyente como era ella, resultaban más satisfactorios. Su consejo hubo de contar mucho en la decisión del jovencito.

Sin embargo, sentencias como la de Unamuno no explican el fondo de la decisión vocacional de José María y de los miles de muchachos que, en el País Vasco de la época, acudían con sus once o doce años a las puertas de los seminarios. La madre pudo haberle anticipado la idea en alguna ocasión e incluso pudo compartir su íntima ilusión al respecto, pero la decisión era también fruto natural del marco cultural en que transcurría la vida del pequeño y de una vaga inquietud interior que era incapaz de definir. Los directores espirituales de los seminarios vascos conocían muy bien el caso de jovencitos que acudían a sus centros no por vocación propia sino por ajena, generalmente de una madre o hermana devotísimas. El camino para todos esos chavales no era el seminario y, antes o después, así lo veían o se les hacía ver. La fe familiar no era nunca suficiente, faltaba algo más para que un muchacho perseverara en el camino del sacerdocio.

Cuenta Tellechea Idígoras, a este respecto: «El despertar de la conciencia, el aprender a sopesar el bien y el mal como con fina balanza de precisión (...) todo eso da al niño una profundidad que al adulto, tramposo y maliciado, le parece ingenua y vacía y, sin embargo, representa unas formas primeras de intuición del espíritu en estado más limpio. (...) Los tiempos de gravedad o de alegría de la Liturgia envuelta en latines, la familiarización con las cosas y los símbolos sagrados, la rutina del murmullo colectivo de los rezos, el canto de la Misa de Angelis en la parroquia o de las Vísperas dominicales con sus salmos e himnos latinos, la cercanía de los sacerdotes, los rosarios y funciones de tarde en la capilla (...) todo va calando en el alma, despertando afinidades selectivas, instantes fugaces de concentración, de un más allá de la superficie de nosotros mismos, de la rutina de los días y las horas, un abrirse a una realidad menos prosaica, lento e imperceptible como el de un capullo de rosa que se va abriendo al sol».

La vocación sacerdotal fue un fruto de la primera capa de espiritualidad y cultura religiosa que José María absorbió en la familia, el colegio y la parroquia. El párroco jugó, de hecho, un papel fundamental en su discernimiento infantil, pues intervino en un episodio que refleja la inquietud que él y otros compañeros albergaban por aquellos años. Un Hermano Pasionista de la Escuela Apostólica de Gabiria pasó por su Escuela de Barrio y habló a los niños más mayores del perfil sacerdotal que promovían en su orden. Él sintió un repentino interés por su convocatoria, al igual que Gandiaga. Ambos acudieron a pedir consejo a sus padres que, cautelosos, consultaron al

párroco, quien puso pegas al proyecto y defendió la idoneidad del seminario frente a cualquier centro educativo vinculado a una orden religiosa.

Juan Barquín conocía bien los principios rectores que el obispado había transmitido a los responsables de las parroquias y que estaban inspirados en las directrices que Pío XI había establecido cinco años antes ante la recesión de vocaciones religiosas que se estaba viviendo en la Europa occidental, en buena medida motivada por la catástrofe demográfica generada por la Primera Guerra Mundial. Los párrocos «procurarán con cuidados especiales apartar del contagio del mundo a los niños que muestren indicios de vocación eclesiástica, los formarán en la piedad, les enseñarán los primeros elementos de las letras y fomentarán en ellos el germen de la vocación divina. Y cuando juzguen llegado el momento oportuno, los sacerdotes procurarán confiar sus alumnos a algún Seminario para que allí termine cumplidamente la obra que ellos en los mismos alumnos comenzaron».

Barquín fue fiel a las directrices pontificias con los muchachos que fueron mostrando tales indicios. Cuidó de su formación doctrinal en las clases de catequesis y en las prácticas litúrgicas como monaguillos, y acabó orientando su vocación naciente hacia el seminario. No estuvo solo. En ese empeño colaboró Patrocinio Uranga, que cuidó con entusiasmo la correcta formación educativa del muchacho con el fin de que pudiera superar las pruebas de acceso que establecía el Seminario Menor. Los padres apoyaron sin reservas el empeño del primogénito, especialmente frente a las críticas de la rama eibarresa de los Arizmendiarrieta, tan distante en mentalidad de la de Barinaga. Pese a que los tíos de José María protestaron, Tomasa no cedió como tampoco lo hizo su primogénito, que ya por entonces había dado muestras de tenacidad en las decisiones que tenía a bien tomar. El caso del muchacho presenta sorprendentes similitudes con el de su futuro mentor, Rufino Aldabalde.[17]

---

[17] La vocación religiosa de José María, el episodio del fraile pasionista y el papel de la familia, la maestra y el párroco en Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 9; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskara,* p. 15; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 22, y *José María Arizmendiarrieta. Inquieto y renovador,* Fundación Gizabidea, Mondragón, 1987, p. 11 e *Interioridades de una utopía,* pp. 33-34; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 10; Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp. 17-22. Todo ello se ha contrastado con JMAFO1-I y II, JMAFO2; JMAFO3-I y JMAFO4. De estos contrastes se deduce que la familia socialista que criticó la decisión de José María provenía de la rama familiar eibarresa de los Arizmendiarrieta y no, como tradicionalmente se ha dicho, de otra bilbaína inexistente. El dato equivocado aparece en muchos estudios transversales que tienen cierta vocación biográfica como el de Isidoro Etxeberri: «Emengo gudan», *Zer,* ekaina, 1991, pp. 13-16. El episodio del pasionista puede contextualizarse con los datos sobre los colegios religiosos de Bizkaia y su activa labor de propaganda en aquellos años que proporcionan Jesús Arpal, Paulí Dávila y Begoña Asua: *Educación y sociedad en el País Vasco. Historia y sociología de un proceso,* Txertoa, San Sebastián, 1982, pp. 30-31. Sobre la espiritualidad doméstica del primogénito de los Arizmendiarrieta remito a Jesus Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y de hoy,* Grafite, Basauri, 2002, pp. 131-132, José Ignacio Tellechea Idígoras: *Tapices de la memoria. Historia clínica 279.952,* Sígueme, Salamanca, 2003, p. 72 y Miguel de Una-

Así, en el verano de 1927, una vez superados los exámenes de la escuela de barrio, José María, su inseparable José Gandiaga y otros compañeros de barrios cercanos como Gotzon Solozabal, de Iturreta, se presentaron ante Domingo Onaindía, coadjutor de la parroquia marquinesa de Santa María de la Asunción. Domingo había sido profesor en el Seminario de Castillo-Elejabeitia, al cual serían enviados por su condición de vizcaínos, pese a que geográficamente estuviesen mucho más cerca del destinado a los guipuzcoanos, levantado junto a la playa ondarresa de Saturraran. Todos pasaron las pruebas sin problemas. Consistieron en ejercicios escritos y orales de las materias que eran de conocimiento obligado para todos los aspirantes: Gramática Española y Aritmética, Catecismo y Doctrina católica, Caligrafía e Historia Sagrada. José María se había preparado concienzudamente con Patrocinio Uranga, especialmente en Caligrafía y Gramática Española. Todos ellos conocían a Domingo Onaindía, así como a sus otros hermanos, Alberto y Celestino. Eran naturales de Markina y habían predicado en la parroquia de Barinaga.

Tras pasar la prueba, José María renunció al mayorazgo familiar y se preparó para aventurarse fuera de su terruño. Por primera vez iba a abandonar sus montañas, su valle, su querido Iturbe. No lo haría solo, le acompañarían José, Gotzon y otros compañeros de caseríos cercanos, pero aun así el salto era importante: abandonar el cómodo regazo del hogar maternal para internarse en un centro misterioso, en régimen de aislamiento respecto del único mundo que, hasta entonces, le había pertenecido. Se encontraba animado a ello por un sentimiento difícil de explicar, en especial con la edad que tenía, doce años. Si su vocación estaba destinada a no perderse, eso dependería de su capacidad de entrega al estudio y la oración, pero también de algo más. Ese «algo» lo cuenta su futuro Director Espiritual en Vitoria, Joaquín Goicoecheaundía: el sostenimiento de la vocación por el seminarista depende de la capacidad de éste para sentir y vivir hondamente el misterio de Cristo. Ése era el empeño de un chicuelo larguirucho, inteligente, silencioso, curioso, intuitivo y trabajador, que disfrutaba de los últimos días de vida plena en un terruño que le acompañó siempre en el corazón hasta el final de sus días, como recurrente metáfora

---

muno: *Paz en laguerra,* Alianza, Madrid, 1988, [1897] de estos dos últimos he tomado las citas relativas a la religiosidad en la vida rural vasca y a la vocación de los niños vascos de la época. Las de Pío XI provienen de «Letras apostólicas de S.S. el Papa Pío XI sobre los Seminarios y los estudios de los Clérigos», *BOOV,* LVIII, 1922, p. 575. Este episodio biográfico lo he contrastado con el similar de dos personalidades fundamentales en su vida: Rufino Aldabalde y Joaquín Goicoecheaundía, especialmente el primero: Lola Güell: *Rufino Aldabalde, sacerdote,* Instituto de las Misioneras Seculares, Madrid, 1989, pp. 6-7; José María Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote. Biografía de D. Rufino Aldabalde,* Desclée de Brower, Bilbao, 1997, pp. 67-75; Félix Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía. Siempre sacerdote,* BAC, Madrid, 2001, p. 17.

de una vida inocente y virtuosa que fue la primera semilla en la que germinó su inquietud religiosa.[18]

La vida en el seminario

El verano de 1922 el Obispo de Vitoria, Leopoldo Eijo Garay, convocó por primera vez a los jóvenes vizcaínos a comenzar los estudios sacerdotales en un nuevo seminario provincial, situado en la localidad de Castillo-Elejabeitia. Un año antes había gestionado la compra de cuatro hoteles que existían junto a la playa ondarresa de Saturraran, obtenidos gracias a la generosidad de un aristócrata local que donó lo necesario para habilitarlos. Al resultar insuficiente aquel edificio como Seminario Menor guipuzcoano (y estival para toda la diócesis), Eijo Garay decidió construir uno nuevo con una amplia planta baja para comedor y otra superior destinada a dormitorio. Una vez solventado el problema de la infraestructura de estudios en aquella provincia, abordó el problema que vivía Bizkaia, que tenía un Seminario anticuado y pequeño, el de Gordexola, del todo insuficiente para el número de vocaciones que cada año surgían en la provincia. Una agrupación femenina piadosa se encargó de la compra y acondicionamiento de un balneario abandonado en el pueblo de Castillo-Elejabeitia. El edificio, situado en las inmediaciones de un riachuelo, en pleno Valle de Arratia, fue arreglado para que pudiera albergar unos ciento veinte seminaristas y dotado de instalaciones deportivas como frontón, campo de fútbol, etc. Eran aquellos unos años en los que la diócesis vivía una recuperación del número de vocaciones, como demuestra esta apertura de edificios destinados a agrupar a los centenares de adolescentes que cada año se sentían llamados a ser sacerdotes.

En 1927, cuando José María llegó a Castillo-Elejabeitia, este centro contaba con 130 seminaristas, 60 de los cuales eran nuevos como él. Barquín le había informado del calendario, asignaturas y características del nuevo curso. Además de lo que él supiese por experiencia, el Boletín Oficial del Obispado comunicaba puntualmente toda la información que los párrocos debían conocer sobre estas cuestiones, para que luego las trasladaran a los interesados y sus familias. Así, el muchacho supo en agosto de 1927 que debía solicitar la matrícula como estudiante interno antes del 15 de septiembre. La solicitud debía ir firmada por él y acompañada de una serie de documentos: partidas de

---

[18] Los datos aportados provienen de JMAFO1-I y II, JMAFO3-I, JMAFO4; *JMAFO9; Arexolaleiba: D. José María Arizmendiarrieta eta euskara, pp. 15-16; Larrañaga: D.* José María Arizmendiarrieta, p. 23; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p: 10; Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp. 18, 21-22; «Ratio Studiorum Pro Seminario Dioecesis Victoriensis. Preparatio Elementalis», *BOOV,* LVIII, 1922; Joaquín Goicoecheaundía: *Seminario y postseminario,* Seminario Conciliar de Vitoria, Vitoria, 1950, pp. 13-14.

bautismo y confirmación, certificado de su párroco acreditando su buena conducta y su frecuencia en la recepción de los sacramentos, documentos académicos que demostraran que había alcanzado el grado escolar medio, así como un certificado médico que garantizase que no padecía ninguna enfermedad contagiosa y que estaba debidamente vacunado. El muchacho tomó, junto a sus compañeros, un coche de línea alquilado por las familias de los seminaristas de su entorno y llegó, con sus maletas y bolsos, a Castillo-Elejabeitia el 30 de septiembre. Ese mismo día abonó el primer plazo de la matrícula, el resto, hasta 465 pesetas, lo pagó en meses posteriores.

Un listado de precios de productos campesinos referidos a la Bizkaia de 1924 que proporciona Barandiaran permite tener una idea del coste que a los Arizmendiarrieta suponía la carrera de José María: 20 pesetas costaba la fanega de trigo, 17 la de maíz, 64 la de alubia roja, 6 pesetas el jornal diario de un asalariado (unas 120 pesetas mensuales), 40 pesetas el dinero que un campesino gastaba anualmente en prendas de vestir y 100 el gasto anual de combustible. Según estos datos el mantenimiento de un seminarista constituía un desembolso apreciable para cualquier familia labradora, que debía vender muchas fanegas para poderse permitir semejante sangría. Aunque existe un dato importante que relativiza todo el análisis: en treinta años los precios de los productos que vendía un labrador medio vizcaíno se habían encarecido en una proporción mucho mayor que los de los productos de que se abastecía. Lo cual significaba que la evolución de la economía permitía a la familia soportar el internado de José María sin necesidad de recurrir a becas ni ayudas extraordinarias. Los costos de las matrículas de los años posteriores fueron similares, al igual que las fechas de los pagos.[19]

José María llegó al Seminario con una maleta de madera en la que reunía todas sus pertenencias: una medalla de la Virgen, un libro devocional y el ajuar completo de «curilla» que su madre y su hermana le habían confeccionado: pantalón, calcetines y chaqueta negros, zapatos de igual color y camisa blanca. Los estudios en el Seminario Menor eran llamados vulgarmente de «latines» y constaban de cinco cursos, de primero a quinto de Latín. Pretendían asegurar una adecua-

---

[19] Joaquín Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* Izarberri, Usurbil, 1994, pp. 24-25; Erkiaga: *Gizonaren Aldia,* p. 25; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco (1918-1936),* volumen I, p. 231; «Sobre los Seminarios», *BOOV* LVIII, 1922; *BOOV,* LXII, 1926, p. 423; *BOOV,* LXIII, 1927, p. 436; AEDB, Caja 5958, nº libro 003, «Libro ordinario de cuentas. Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia», pp. 93, 103 y 110; Barandiaran: «Bosquejo de una cultura», p. 128. Un obrero cualificado de los Altos Hornos de Vizcaya cobraba en estos años un jornal de 13 pesetas diarias, lo que puede dar una idea complementaria del costo anual del seminario. La información la debo al profesor de Historia Económica en la Universidad Carlos III Juan Carlos Rojo. El análisis documental aquí expuesto no coincide con los datos cronológicos erróneos que sobre estos estudios proporcionan Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 23 y Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 10.

da formación cultural de los alumnos previa a la filosófica y teológica, que era la que se impartía en el Seminario Mayor. El latín constituía una materia muy importante del currículo de estudios eclesiásticos. «Nos queremos que en las clases donde crece la esperanza del sacerdocio, se enseñe el latín con la mayor diligencia, a fin de evitar que, después, cuando los alumnos pasen al estudio de las materias superiores, enseñadas y estudiadas en latín, sean incapaces, por ignorancia de esta lengua, de penetrar a fondo en el sentido de la doctrina.» Son palabras de Pío XI pronunciadas en 1922. En el año 1926, el Obispo de Vitoria había introducido algunas variaciones en el currículo, en especial en el último curso, el quinto, que debía ser común para todos los alumnos de la diócesis y, por lo tanto, debía estudiarse en el Seminario Conciliar de Vitoria.

En estos cuatro años José María estudió asignaturas generales como Lengua Latina y Española, Oratoria, Catecismo e Historia Sagrada (estas dos últimas sólo hasta el tercer curso), así como otras específicas de cada curso. Así, el primer año estudió Astronomía; en el segundo estudió Historia Universal; en el tercero Historia de España, primer nivel de Griego y Retórica; finalmente, el cuarto curso hubo de superar el segundo nivel de Griego, Aritmética y Álgebra, Gramática Vasca y Religión. Todas estas asignaturas eran calificadas a lo largo del curso y las notas eran completadas con otras que valoraban la conducta moral de cada estudiante («Piedad», «Urbanidad», «Disciplina», «Aplicación»). El claustro docente lo componían Mateo Echezárraga, que además era el Rector; Claudio Goiti, Vice-Rector; José María Intxaurbe, Director Espiritual; José García, que era, además, Secretario; Elías Lasuen, que era párroco de Markina y Prefecto de disciplina y Fermín Madariaga, que era el Profesor de música.[20]

El comienzo del primer curso, 1927-1928, fue difícil. En las vacaciones de Navidad cayó enfermo en Barinaga y se vio obligado a permanecer unas semanas en cama. Cuando regresó estaba descolgado de sus compañeros y sus notas se resintieron. Además, al igual que Gandiaga, se veía sumamente limitado por su dominio del castellano. Los avances que había realizado en el idioma con Patrocinio Uranga habían sido sobresalientes para el nivel de la aldea, pero no para un centro como en el que ahora estudiaba, donde no sólo las asignaturas se impartían en él sino que el euskera no se utilizaba como idioma de apoyo y, además, comenzaban a estudiarse lenguas muertas como el

---

[20] *BOOV,* LVIII, 1922, p. 577-578; «Ratio Studiorum Pro Seminario Dioecesis Victoriensis. In Gymnasiali Curriculo (In omnibus Seminariis Minoribus et in Scholis Officialibus Praeceptorum)», *BOOV,* LVIII, 1922; AJMA, C1, «Calificaciones escolares»; ASDV, Guía diocesana de Vitoria 1931, 2 de enero de 1931, *BOOV,* p 14; AEDB, Caja 5958, nº libro 003, «Libro ordinario de cuentas. Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia». Datos contrastados con JMAFO3-I y IV; JMAFO4; JMAFO9.

latín o el griego. Sus dificultades se ampliaron a estas materias, en concreto al Latín, del que sólo tenía breves nociones adquiridas en los años de monaguillo y catecismo en la parroquia natal. Varios aprobados a lo largo del curso ilustran sus problemas con esta materia. No fueron los únicos. La Música era una materia en la que no consiguió prosperar. Pese a todo, logró sacar el curso con una media de notable, dinámica que mantuvo en los cursos siguientes.

Durante este primer curso tuvo lugar un acontecimiento muy importante, pues el 10 de marzo de 1928 Pío XI había nombrado a Mateo Múgica, hasta entonces Obispo de Pamplona, nuevo encargado de la diócesis de Vitoria. Bajo el mandato de este nuevo Obispo, José María iba a realizar una parte sustancial de su carrera sacerdotal y la reorientación que éste promovió en la pedagogía del Seminario Conciliar ayudó sobremanera a la afirmación futura de su vocación. Nada de ello podía sospechar, claro está, un chaval que, al borde de los 13 años, bastante tenía con mejorar sus calificaciones, lo que le obligaba a pelearse agriamente con el castellano. En el segundo curso mejoró con el Latín y la Geografía. Su comportamiento seguía siendo sobresaliente, tal y como atestiguan las calificaciones que obtenía en Conducta, Moral y Piedad. Sus persistentes dificultades con el castellano pueden explicar el descenso de la media general que sufre en el tercer curso a un notable. El cuarto y último curso, sin embargo, está repleto de sobresalientes, incluso en las asignaturas más hostiles como la Lengua y Literatura Castellana. Su comportamiento siguió siendo intachable.

Era José María un muchacho muy similar al que había sido en Markina: disciplinado, inteligente, estudioso, tímido, silencioso, observador, poco interesado en el ocio improductivo, poco hablador, pero bien dotado para las sentencias solemnes. Su invalidez visual incidía en su carácter retraído. Las calificaciones y los testimonios sobre su personalidad muestran el perfil de un «buen seminarista» según la descripción del libro de cabecera de los seminarios de entonces: el *Manual del seminarista* del jesuita Daniel Sola. Un buen seminarista conoce y respeta el reglamento del seminario y muestra «obediencia, gratitud y respeto» a los superiores, «obedeciéndoles, a cada uno en su esfera, con prontitud, con humildad y buenos modos»; es respetuoso con los profesores y «sincero y dócil» con el padre espiritual; mira en todos sus compañeros «la imagen de Dios nuestro Señor; es solícito a mostrar en las prácticas piadosas «modestia y recogimiento, fervor y devoción»; guarda con gran cuidado «[en] el salón de estudio y en las clases (...) el silencio, la modestia, las reglas de urbanidad y el orden y la limpieza»; es tranquilo «[al] andar por los tránsitos, al subir y bajar las escaleras»; y contempla el dormitorio «como lugar sagrado, donde se exige con todo rigor la guarda del si-

lencio de la modestia y urbanidad, de la limpieza y orden en las cosas de su uso».[21]

Son éstos unos años de estudio intenso en un tono de austera disciplina, propia de una época en que pesaban las formas devocionales y en la que la separación entre seminario y mundo era radical. La formación educativa de José María estaba tan alejada de la realidad social del país como el Valle de Arratia lo estaba de la urbe bilbaína, cabeza de puente de la modernidad. Las clases eran a la mañana y a la tarde, cada primer viernes de mes había confesiones y misa los domingos y las fiestas preceptivas, que eran muchas. A las 6'30 horas de la mañana comenzaba la jornada, con un tiempo para asearse, rezar y hacer la proposición del día; luego había media hora de estudio en común antes del desayuno. A las 8 de la mañana se celebraba misa diaria y a continuación las clases se sucedían hasta las 14,00, con un cuarto de hora de recreo entre una clase y otra. Los alumnos estaban divididos por capacidades, en un lado los más inteligentes, en otro los menos. Las calificaciones en los exámenes y la brillantez demostrada ante las preguntas y los ejercicios planteados por los profesores eran las claves para el continuo trasvase de alumnos de una parte de la clase a otra a lo largo del año. José María solía mantenerse en el grupo de los mejor considerados. Después de las clases matutinas se comía. La alimentación era buena. El libro de gastos del centro revela que se consumía mucha carne, fruta y verduras frescas, hortalizas y legumbres, patata, café, etc. Las clases continuaban por la tarde, con más tiempo para el estudio y los juegos, luego se cenaba y, tras las oraciones, cada alumno se retiraba a la cama. Éstas se disponían sucesivamente a lo largo de pabellones sin tabique, con cortinas que separaban las camas a modo de hospital. Los profesores paseaban y comprobaban a la noche que los jóvenes permanecieran en la cama, en silencio, y que a la mañana todos comenzaran sus tareas. Con ellos colaboraban los «inspectores», alumnos encargados de vigilar a sus compañeros, lo que les suponía naturales represalias de éstos.

El edificio era muy frío. Cercano a un riachuelo, habilitado como centro educativo cuando había sido construido como balneario en el que tomar las aguas veraniegas, el frío traspasaba los muros, penetraba las ventanas y se incrustaba en los cuerpos. José María siempre evoca-

---

[21] Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 10; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 16; AJMA, Carpeta 1, «Calificaciones escolares»; ASDV, Fondo Secretaría, Carpeta 11, Certificado de calificaciones escolares del curso 1930-1931 del Seminario de Castillo-Elejabeitia fechado el 3º de mayo de 1931; *BOOV* LXIV, 1928, pp. 201 y ss.; Daniel Sola S.J.: *Manual del seminarista,* Apostolado de la Prensa, Madrid, 1921, pp. 83-88. Los datos han sido contrastados y ampliados, especialmente en lo relativo a estudios y carácter de José María, con JMAFO3-I; JMAFO4; JMAFO6 (la cita sobre su carácter corresponde a esta fuente), JMAFO10 y AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta (q.e.p.g.)», documento mecanografiado sin fecha, p. 2.

ría, en su madurez, el frío pasado en estos años de adolescencia. Los gastos de carbón del centro revelan la dificultad para mantener una temperatura adecuada. Había frecuentes problemas de calefacción que requerían la presencia de hojalateros y fontaneros, cuyos jornales aparecen con cierta insistencia en las páginas del libro de cuentas. El frío obligaba a los chavales a jugar como forma de entrar en calor. Los juegos eran físicamente agresivos, con el fin de liberar las energías típicas de la edad y, a la vez, solventar momentáneamente la baja temperatura ambiental: el salto a la cuerda, el fútbol, la pelota vasca. Este último era el más practicado por José María. Sus contrincantes siempre le sacaban ventaja y, con la agudeza de la edad, le lanzaban la pelota en dirección al ojo perdido con el fin de despistarle y ganar el tanto. No era, pese a practicarlo, un gran aficionado a este deporte, pese a que fuera el característico de Markina, meca universal de una de sus variedades: la «cesta punta». Su verdadera afición, que da idea de su carácter, era el dibujo, al cual se dedicaba con afán. Desde joven sintió una especial devoción por reproducir a los ciclistas que circulaban por Markina en verano, que luego reproducía una y otra vez en sus ratos de ocio, apartado del griterío del fútbol o del frontón, rodeado de sus incondicionales, que admiraban su trazo rápido y firme.[22]

Amistades y piedad

El seminario reunía una chavalería procedente de los más lejanos rincones de la provincia. Las clases, los juegos y la liturgia iban definiendo nuevas amistades. Marcelino Gangoiti, Andrés Intxaurbe, Feliciano Etxebarria, Andrés Mendizabal van ampliando el universo de relaciones de José María. Todas estaban determinadas por ciertas circunstancias étnicas. Había dos grupos de escolares, los vascoparlantes y los castellanoparlantes, mucho mayor el primero que el segundo, debido a que la mayoría de los jóvenes era de origen rural euskaldun, mientras los de habla castellana venían de Bilbao y sus entornos residencial (Getxo) o industrial (Margen Izquierda del Nervión), así como de áreas castellanoparlantes como las Encartaciones. Los dos grupos «apenas rozaban», salvo en los juegos y en las clases. Las amistades que José María alcanzó le ayudaron a sobrellevar unos años difíciles, en los que el ser humano ve despertar en él nuevas sensaciones e inquietudes, muchas de ellas afectivas e íntimas, difíciles de comunicar y expresar en un seminario. Años en los que la austera disciplina y el

---

[22] AEDB, Caja 5958, nº libro 003, «Libro ordinario de cuentas. Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia»; Onaindía: «Estado religioso de Markina», pp. 237-238; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 20 y 24; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 22. Contrastado y ampliado con JMAFO3-I JMAFO4; JMAFO6; JMAFO8.

alejamiento de la sociedad generaron una cierta angustia en su inquieto espíritu adolescente. Para aplacarla recurrió a la amistad, el estudio y la piedad cotidiana (ofrecimiento de obras, meditación, misa, visitas al Santísimo, lectura espiritual, Avemarías y Rosario).[23]

De esta inquietud espiritual es reflejo una anécdota reveladora. Ya en el primer curso decidió, junto al inseparable Gandiaga, adquirir un manual de doctrina, piedad y liturgia en euskera titulado *Eleiz Liburuchoa,* obra del jesuita Cándido Basabe. De él tomaba las oraciones y peticiones que utilizaba diariamente para encomendarse a Dios y solicitar su ayuda. Apenas un adolescente, se preocupó por dotarse de material que le permitiese profundizar en la piedad en su lengua materna, algo que era imposible en el Seminario, donde las dos lenguas oficiales eran el castellano y el latín. Comenzó, así, a leer por su cuenta en euskera, aunque todavía no se atrevía a soltarse en la escritura. Su intención era profundizar en una inquietud espiritual que no podía expresar en papel, que sólo podía comunicar oralmente. Si las relaciones afectivas y los juegos transcurrían en euskera era normal que un adolescente inquieto como él desease poder trasladar al papel sus reflexiones, sus inquietudes y aspiraciones sin la dificultad y las limitaciones que implicaba la traducción mental al castellano.

Su Director Espiritual, José María Intxaurbe, hubo de tener un papel importante en esta orientación hacia la cultura euskaldún. Según el reglamento diocesano, la labor de estos profesores era instruir a los jóvenes seminaristas «en el modo de conservar y ser fieles a la vocación divina, en los deberes que esta vocación impone (...) en las virtudes que exige la dignidad sacerdotal y en los medios para adquirirlas y conservarlas». En Castillo-Elejabeitia y Saturrarán se seguía un sistema muy innovador de dirección individual que fue el que acabó por introducirse en el Seminario Mayor. Garantizaba una mejor comunicación entre el discípulo y el mentor espiritual con la consiguiente mejora en la calidad, pues la relación entre ambos era mucho más directa. José María Intxaurbe, que en el tercer curso era profesor de Historia de España, Religión y Latín, estaba implicado en la sociedad *Jaungoiko-zale,* que promovía iniciativas en favor de la promoción de la cultura en euskera como vehículo de comunicación entre la Iglesia y el pueblo. Esta sociedad de sacerdotes vizcaínos editaba gran cantidad de manuales y misales en esta lengua, con lo que no resulta difícil imaginar el papel que pudo tener en las inquietudes espirituales del joven seminarista.

---

[23] Datos tomados de JMAFO3-I, JMAFO4, JMAFO8 y JMAFO9, de AJMA, *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* documento mecanografiado, inédito, testimonio nº 19, pp. 63-64 y de Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 23-24; presencia de sus amistades contrastada con AEDB, Caja 5958, nº libro 003, «Libro ordinario de cuentas. Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia».

Estas influencias renovadoras que recibió en estos años y que tanto influyeron a la hora de preparar su entrada en Vitoria están, seguramente, en la base de los comentarios que José María hizo, ya mayor, a su discípulo Jesús Larrañaga, al rememorar estos años y destacar la condición «liberal» y más aperturista de este Seminario. La promoción de la cultura en euskera que algunos de los miembros del claustro (singularmente Intxaurbe) realizaban y su influjo en sus inquietudes eran razones suficientes para que recordara lo positivo que su estancia en ese centro tuvo para personas que, como él, sentían inquietudes piadosas muy vinculadas a su identidad euskaldún. José María llegó a Vitoria con una identidad religiosa muy arraigada en la que vocación sacerdotal y euskera estaban unidos.[24]

Su espiritualidad de estos años queda también ilustrada en su curiosa afición por el canto, tan grande como su incapacidad para el mismo. El manual euskaldún de Basabe le permitió conocer el grueso de cantos religiosos en su lengua materna que iba a utilizar durante sus años de seminario. El canto era un elemento muy importante para la educación en la sensibilidad y espiritualidad de los jóvenes y constituía un importante instrumento de pastoral. Ayudaba a orientar los sentimientos hacia la belleza plástica de los sonidos y, de la mano de ellos, a profundizar en el misterio de Dios. En los seminarios existían escolanías que agrupaban a los alumnos más brillantes, entre los que él nunca se encontró. Sin embargo, pese a sus limitaciones nunca dejó de sentir una especial atracción por el canto religioso, especialmente por el gregoriano. Iba a todos lados con un *liber usualis* bajo el brazo que, junto con el *Eleiz Liburuchoa,* eran sus libros de cabecera para acercarse a Dios. En este ámbito también demostró siempre tenacidad. Se empeñaba, así, en cantar canciones populares que aprendía «de oído». Su futuro mentor, Rufino Aldabalde, subrayaba que «un sacerdote que no tiene sensibilidad para vibrar ante la música, tampoco puede vibrar ante las exigencias de las almas».[25]

Esta vida espiritual no quedaba interrumpida por las vacaciones, pues buena parte de éstas transcurrían en régimen de internado, aunque en un espacio y un entorno bien diferente al del curso normal. Una vez habían terminado los exámenes finales, los jóvenes pasaban el

---

[24] Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 17-20; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 23-24; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* vol. II, p. 684 y ss. y vol. IV, pp. 2122-2123; Andrés Urrutia: *Bidegileak. Juan Bautista Eguskitza (1875-1939),* Eusko-Jaurlaritza, Gazteiz, 2001, pp. 6-10; Unanue e Intxausti: *Cooperativas y euskera.* p. 15. Lo relativo a la dirección espiritual lo tomo de Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 32 y 41. Todo ha sido contrastado y ampliado con JMAFO4, JMAFO6 y JMAFO8.

[25] Las citas en, respectivamente, *BOOV* LXIII, 1927, p. 234 y José María Zapirain: *Sinfonía incompleta. Apuntes para una historia de la vida musical en el Seminario diocesano de Vitoria (1880-1960),* Izarberri, Usurbil, 1992, p. 13. Ampliado con JMAFO3-I; JMAFO10.

mes de julio en el Seminario de Saturrarán, en Ondarru. El fin de esta actividad era impedir que su estancia prolongada en casa, cerca de la sociedad, pudiese afectar a su estado vocacional, así como mejorar su formación humana con actividades mucho más orientadas a la vida en la naturaleza y la práctica del deporte. La primera vez que José María pisó Saturrarán fue el 5 de julio de 1928. Los seminaristas no iban directamente desde Castillo, sino que pasaban unos días de vacaciones en la familia antes de encaminarse allá. Eran los párrocos de cada pueblo quienes supervisaban su vida vacacional y les comunicaban las fechas de viaje, que eran anunciadas en el Boletín del Obispado. Luego cada uno llegaba por su cuenta. José María tomaba, junto con Gandiaga, el autobús de la Compañía *La Esperanza,* que hacía la ruta Markina-Ondarru y pasaba por gran número de anteiglesias de la zona (Bolibar, Etxebarria, Barinaga). A él iban subiendo en cada parada otros compañeros y amigos, con sus maletas repletas de cuadernos, manuales y libros, ropa de verano y de baño. También llevaban mantas, almohadas y colchones, si bien éstos eran en ocasiones transportados por criados desde el Seminario.

Las familias pagaban una pensión aparte por la estancia de sus hijos en Saturraran. Las actividades eran muy similares a las de Castillo-Elejabeitia y el profesorado el mismo. Sólo cambiaba el tiempo de ocio, que era mucho mayor, así como los horarios, que eran menos estrictos y más relajados. Se practicaba mucho deporte (frontón, fútbol en la playa) y, en especial, el baño en el mar. Para cuidar de esto último, que daba muchos disgustos, se contrataba una embarcación de *baiñerus* que cuidaban de que ninguno de los niños y jóvenes se ahogara, desgracia que ocurría de vez en cuando. Se realizaban muchas excursiones al aire libre, a los montes y localidades costeras próximas. Todo combinado con la piedad tradicional, en la que los alumnos preparaban multitud de actividades y festividades acerca de cuestiones litúrgicas.[26]

«El fin inmediato de las vacaciones es recrear el ánimo y reparar las fuerzas corporales, que se resienten más o menos en el prolongado ejercicio de las facultades mentales», decía Daniel Sola en su manual. A finales de julio, finalizada la estancia en Saturrarán, cada uno volvía a su pueblo, aldea o ciudad. En Barinaga, el joven recibía todo tipo de cuidados por parte de sus padres, especialmente de su madre, y quedaba liberado de cualquier faena agrícola, cosa que no ocurría a muchos de sus compañeros, que habitaban caseríos más pobres. El lugar del «hijo cura» en la familia era privilegiado respecto de los hermanos,

---

[26] *BOOV,* LXXI, 1935, pp. 399-401; las fechas de Saturrarán y características de Saturrarán en *BOOV,* LXIV, 1928, p. 299; LXV, 1929, p. 380; LXVI, 1930, p. 459; contrastado y ampliado con JMAFO3-I; JMAFO4; sobre todo JMAFO9.

que veían con cierta envidia la vida del mayor, ajena al trabajo agrícola. Probablemente no le faltaría cada mañana su alimento preferido, la sopa de ajo a la que unía la leche con pan o algún dulce. Esta sopa la cocinaba Tomasa en una cazuela honda de barro, en la que ponía aceite y tocino picado, ajos troceados, pan, pimentón, pimientos choriceros y agua. Tras dejarla hervir y añadirle la sal, separaba las claras de las yemas y añadía aquéllas en la sopa removiéndolas en ella. Cuando la sopa quedaba tibia ponía la yema en el medio. La sencillez del alimento y de su preparación es testimonio de la personalidad que iba labrando su primogénito.

Antes de tomar el desayuno presentaba a Dios las peticiones del día, se aseaba y oraba en la habitación, según el ritual de ejercicios espirituales ordinarios del Seminario. Luego iba a misa a Barinaga y pasaba largo rato en compañía de los párrocos, ayudándoles en los deberes parroquiales. De ellos Juan Barquín era su Director Espiritual o confesor fijo, del que obtenía consejo y al que comunicaba sus asuntos espirituales, si bien tenía mayor amistad con el otro párroco, Ignacio Etxeberria. Por las tardes se reunía con sus compañeros seminaristas de los alrededores, Gandiaga, los hermanos Solozabal, Gotzon, etc., tomaban chocolate en los caseríos de alguno de ellos y salían a pasear por los montes, cada uno con su merienda. En una de esas excursiones perdió en una localidad cercana, Etxeburu, unos gemelos de oro que Tomasa le había regalado con cariño. Habían estado jugando y se le habían caído. Llegó a casa muy disgustado. María rezó tres oraciones a la Virgen del Carmen. Luego regresaron al lugar donde habían estado jugando y los encontraron. La pequeña anécdota refleja la devoción a la Virgen que se tenía en Iturbe, que permitirá entender su rápida integración en la nueva espiritualidad generada en el Seminario de Vitoria.

Gustaba también de coger la bicicleta y recorrer los mismos lugares que a pie, perdiéndose por las estribaciones montañosas. Sentía un gozo especial contemplando desde la cima del Kalamua el hermoso panorama de los valles nororientales vizcaínos. En la paz de la montaña ordenaba ideasy contemplaba faldas y laderas sembradas de maizales, caseríos solitarios poblados por perros y niños que correteaban entre mares de trigo que esperaban a la trilla. Desde allá observaba, entre las ramas de las arboledas, la torre del santuario de Arrate, que presidía la vida de la industrial Eibar. Cada verano José María y sus amigos hacían un par de visitas a ese lugar sagrado. En el santuario rezaban el rosario y cantaban oraciones a la Virgen María. Luego visitaban la Cruz levantada en él y daban vueltas alrededor de ella, rito que ayudaba, según la creencia popular, a encontrar novia. Felices con la ocurrencia volvían a sus casas para terminar el día cenando y orando antes de acostarse. El plan de sus veranos resultaba cercano al ideal del manual del seminarista, que aconsejaba distribuir bien el tiempo

del día, practicar más la vida en la naturaleza que la social y seleccionar las compañías, que debían ser religiosas.[27]

El 28 de septiembre de 1930 Alfonso XIII inauguró el nuevo Seminario Conciliar de Vitoria, diseñado por el arquitecto y sacerdote Pedro de Asua. El acto principal del acontecimiento tuvo lugar la mañana de aquel día con una Santa Misa celebrada en la nueva Capilla, con la presencia del Rey y de un largo cortejo de personalidades civiles y eclesiásticas. El edificio levantaba admiración en los presentes. Entre ellos estaba un jovencito de quince años, que acompañaba a la expedición de trescientos seminaristas de Castillo-Elejabeitia y Saturraran invitados por el Obispado. José María compartía ese día asiento con la historia. El Alfonso XIII que contemplaba era un hombre cercano a la cincuentena, cuyos ojos cansados parecían presagiar el desmoronamiento del orden nacional-católico sobre el que reinaba. Un orden sustentado en un creciente autoritarismo político que había desembocado en una dictadura,. la de Miguel Primo de Rivera, bendecida por la Iglesia. El último episodio de esta colaboración entre Iglesia y Monarquía lo constituía, precisamente, esta ceremonia.

El mismo día que José María retornó en autobús a Castillo-Elejabeitia desde Vitoria, el 29 de septiembre, en la Plaza de Toros de Madrid se celebró un enorme mítin en favor de la República. Una de las músicas más cantadas fue el *Himno de Riego,* futuro himno nacional. Una de las más famosas letras tenía este estribillo: «Si los curas y frailes supieran/la paliza que les vamos a dar/saldrían a la calle gritando/ libertad, libertad, libertad». La consecuencia de la oratoria republicana contra la Monarquía y la Iglesia era la incitación a la violencia anticlerical. En los mítines y manifestaciones republicanos que presidieron esos meses la vida política en Bilbao, Eibar, Irún, Vitoria o San Sebastián abundaron más los mueras a la Iglesia (y a los jesuitas, los frailes, las monjas, etc.) que los vivas a la República. El anticlericalismo era una constante cultural que unía a todas las fuerzas favorables a la causa republicana. El saneamiento de los agentes políticos patógenos de la «vieja» España animaba a incendiar con fuego purificador los edificios religiosos para arrebatarles el poder que, supuestamente, habían ostentado a costa del pueblo.

La estrategia de la Iglesia y de los partidos derechistas fue alentar una similar movilización de masas. La defensa del catolicismo fue el cimiento de la unión del PNV y el carlismo en la coalición católica

---

[27] Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 24; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 22. La cita en Sola: *Manual del Seminarista,* pp. 290-291 y, en general para la cuestión, 290-293. La receta de la sopa de ajo está tomada de *Libro de Cocina de Emakumes* (Material didáctico para el curso 1931-1933], Euskal Abertzaletasunaren Museoa, Bilbao, 2002, p. 69. Los datos sobre las visitas al Kalamua y el Santuario de Arrate son de Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 10. Todo ha sido contrastado y ampliado con JMAFO1-I y 11; JMAFO3-I y JMAFO4.

que se presentó a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. El factor religioso acercó al nacionalismo vasco y al español. La prensa católica vasca publicó unas «Normas que deben seguir en conciencia los católicos en toda lucha electoral», en las que Mateo Mújica exigía a los votantes católicos que no diesen su voto a los partidos de la plataforma republicana-socialista. Cuando se conocieron los resultados favorables a ésta la gente salió a la calle. En la tarde del 13 de abril se produjeron dos manifestaciones urbanas en Vitoria en las que se ondearon banderas tricolores republicanas y se cantó el *Himno de Riego* y la *Marsellesa* con letras anticlericales. El Palacio Episcopal amaneció guardado por decenas de civiles armados afines a partidos derechistas.

En las primeras horas de la mañana del 14 de abril los miembros del ayuntamiento republicano-socialista de Eibar arriaron la bandera rojigualda y hondearon la tricolor, proclamando la República española. En la plaza, centenares de vecinos aclamaron el nuevo régimen, entre ellos la familia de José Ramón Arizmendiarrieta. Esa misma tarde el alcalde de Getxo, José Antonio Aguirre, proclamaba «la República vasca vinculada en federación con la República española», siguiendo el ejemplo de Cataluña. El 2 de mayo, el Cardenal Primado de España publicó una pastoral en contra de la República por la que fue expulsado. El 11 y 12 de mayo, grupos de incontrolados asaltaron y quemaron, ante la pasividad de las autoridades, residencias, iglesias, conventos y colegios religiosos de toda España. En Castillo-Elejabeitia la situación estaba tranquila. En Vitoria, José Miguel de Barandiaran, Vicerrector del Seminario, recurrió a sus conocimientos de química y elaboró bombas caseras. Durante varias noches seminaristas y personal del centro montaron guardia armados con ellas a la espera de un posible asalto mientras escuchaban intensos tiroteos. El 18 de mayo, cuando la situación se tranquilizó, el Gobierno provisional de Niceto Alcalá Zamora expulsó al Obispo de Vitoria por unas declaraciones que consideraba contrarias al nuevo régimen. Para entonces, José María había marchado a Barinaga y, desde allí, a Saturrarán en un ambiente social cargado de hostilidad a la religión. La Iglesia adquirió la categoría de institución cultural, sin respaldo estatal, y hubo de soportar una legislación que cuestionaba su moral social y su poder, permitiendo el matrimonio civil y el divorcio, y prohibiendo a las órdenes religiosas dedicarse a la enseñanza.[28]

---

[28] La España nacionalcatólica en Alfonso Botti: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975),* Alianza, Madrid, 1992, pp. 61 y 78; la versión anticlerical del *Himno de Riego* en Luis Díaz Viana: *Canciones populares de la Guerra Civil,* Taurus, Madrid, 1988, p. 32. El resto de datos en Julio Gil Pecharroman: *La Segunda República,* Historia 16, Madrid, 1989, pp. 25-28; Juan Pablo Fusi en J.Mª Jover, G. Gómez Ferrer y J.P. Fusi: *España: Sociedad, Política, Civilización,* areté, Madrid, p. 677; José Luis de la Granja: *Nacionalismo y II República en el País Vasco,* Siglo XXI, Madrid, 1986,

Entre abril y septiembre de 1931, la política irrumpió en la vida de José María. Hasta entonces, entre Barinaga y Castillo-Elejabeitia, religión y comunidad habían permanecido unidas en una retroalimentación perfecta: el terruño concedía sentido a la vocación religiosa y ésta, a su vez, afirmaba la identificación étnica con él. La complementariedad entre los estudios de internado en el Seminario Menor y las vacaciones estivales en Barinaga constituyó un elemento de primer orden en su equilibrio espiritual en los difíciles años de la adolescencia. Cada verano le permitía regenerar su vocación, aislarla y depurarla en el entorno rural. Pero en esta última estancia estival en Saturrarán previa a su marcha a Vitoria sentía que algo había cambiado. Un día, durante una excursión, él y sus compañeros, ataviados con sus manteos, se cruzaron con varias camionetas de obreros de Eibar que acudían a un mítin. Les gritaron consignas revolucionarias y lemas anticlericales, puño en alto. Poco después, el 27 de julio, abandonó Ondarru camino de Barinaga. Puede que, en medio del traqueteo del autobús, su mente le trajese a la cabeza los rostros que le habían gritado «Si los curas y frailes supieran...». Entre ellos podían haber estado sus primos de Eibar. El abrazo del terruño aliviaría algo las muchas preguntas y pocas respuestas que su adolescente corazón debía abrigar, pero lo cierto es que la inocencia política que los montes de Markina habían protegido celosamente se estaba derrumbando. Ni el Kalamua podía resguardarle de la politización de la sociedad que la República trajo consigo.[29]

---

p. 126; Frances Lannon: *Privilegio, persecución y profecía.* La *Iglesia católica en España 1875-1975,* Alianza, Madrid, 1987, pp. 216-234; Ludger Mees: «La Restauración» y José Luis de la Granja: «La II República», en J.L. de la Granja y S. de Pablo (eds.): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX,* Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, pp. 29-33, 47-48 y 58-59; José Luis de la Granja y Santiago de Pablo: «La contemporaneidad», en I. Bazán (dir.): *De Tubal a Aitor. Historia de Vasconia,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2002 pp. 575-576. La inauguración del Seminario de Vitoria en *BOOV,* LXVI, 1930, pp. 701-705; Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* pp. 150-151; Joaquín Goicoecheaundía: *Arquitecto y sacerdote. Biografía de Monseñor D. Pedro de Asua Mendia,* Gráfico Editorial, San Sebastián, 1944, pp. 157-178. Las recomendaciones de Mateo Mújica sobre la orientación del voto católico en las elecciones de abril de 1931 en *BOOV,* LXVII, 1931, pp. 291 y ss. Disturbios en el Seminario de Vitoria en Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 209 y Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* pp. 150-153

[29] Los datos de sustento para estas reflexiones provienen de «Desde mi celda», *Gymnasium,* año V, nº I, pp. 348-349 y JMAFO10.

2

EL SEMINARIO DIOCESANO DE VITORIA | 1931-1936

UN SEMINARISTA *ABERTZALE*

Quinto de Latín

Entre el 17 y el 23 de mayo de 1931 se celebró en Saturrarán la Primera Semana de Estudios Misionales. Uno de los temas estudiados en ella fue «Los orígenes espirituales del Pueblo Basko», que fue presentado por el Vicerrector del Seminario Diocesano, José Miguel de Barandiaran. El día de cierre de la Semana, Policarpo Larrañaga, «sociólogo ilustre y amigo de los obreros», dio una conferencia a los seminaristas cuyo título era *La prosperidad actual de la industria y el comercio de los vascongados no se debe al Concierto Económico.* En ella el futuro confesor del lehendakari José Antonio Aguirre tributó un caluroso elogio a la encíclica social *Quadragessimo Anno* de Pío XI y exhortó a los seminaristas a que la estudiaran. El día siguiente éstos representaron una pantomima de un debate parlamentario en las Cortes de la República.

La política invade con intensidad la vida del Seminario. La cuestión social ha explotado tras ocho años de dictadura y represión de las libertades. Sacerdotes como Larrañaga, Alberto Onaindía o José de Ariztimuño escriben en la prensa nacionalista, promueven la afiliación al sindicato nacionalista Solidaridad de Obreros Vascos e imparten

conferencias y cursillos de sociología en donde reúnen a jóvenes trabajadores para el estudio de la doctrina social de la Iglesia y la identidad del pueblo vasco. El Seminario, caja de resonancia de los conflictos sociales, no permanecía aislado de tal atmósfera. Tradicionalmente la ideología predominante en la Iglesia vasca y en sus seminarios, tanto en el claustro como en el alumnado, había sido el integrismo, cuya base residía en la identificación entre Iglesia y sociedad, entre religión y política, por lo que tenía como pilares el tradicionalismo y el antiliberalismo. A principios de los años treinta las necesidades de oposición al Estado llevaron a carlistas e integristas a una entente política común que fue denominada la Comunión Tradicionalista. El carlismo fue, dentro de ella, la opción más dinámica y era mayoritaria entre los seminaristas de origen alavés. Pero el nacionalismo había ido creciendo, sobre todo en los seminaristas de Bizkaia y Gipuzkoa.[1]

Uno de ellos, el 11 de agosto, dos semanas después de haber abandonado Saturrarán, había redactado desde su casa de Barinaga de su puño y letra una carta de solicitud en la que comunicaba al Obispo que «sintiéndose con vocación al estado eclesiástico». deseaba ser admitido en el quinto año de Latín, en calidad de interno, en el Seminario Diocesano de Vitoria. Quince días después el Rector del Seminario comunicaba al párroco de Barinaga que el Obispo había aceptado la solicitud de José María. El 30 de septiembre de 1931 a las cinco de la tarde, los seminaristas se arremolinan a las puertas del enorme recinto vitoriano. A las seis de la tarde, José María entra en su celda. Tiene dieciseis años y ha llegado un día antes con otros muchos jóvenes para matricularse y pasar las pruebas de acceso. Todos se conocen. Unos son amigos de la infancia como Gandiaga o Gotzon Solozabal. Otros vienen de poblaciones costeras cercanas: Ondarru, Lekeitio, etc. Entre todos han costeado un autobús que les ha ido recogiendo en sus diferentes poblaciones y les ha dejado en Vitoria con todas sus pertenencias. Unas enormes listas dispuestas a la entrada anuncian a cada seminarista el número de habitación que le corresponde. La de José María se encuentra localizada en la capilla de los alumnos latinos, una de las tres en que estaba dividido el centro, en función del grado de estudios. En cada una los seminaristas hacían vida independiente y sólo coinci-

---

[1] Crónica del Seminario de Saturrarán en Luis de Altónaga: «Desde mi celda» y Martín de Lecuona: «Ideas de una conferencia», *Gymnasium,* V, nº I, 1931, pp. 355-357,375-376 y 378; citas textuales tomadas de Alberto de Onaindía: *Ayer como hoy,* Axular, St. Juan de Luz, 1975, pp. 11-12; ascenso del nacionalismo vasco en las nuevas generaciones de sacerdotes comprobada con datos estadísticos en Mikel Aizpuru y Donato Unanue: «El clero diocesano guipuzcoano y el nacionalismo vasco: un análisis sociológico», en J.G. Beramendi y R. Máiz (eds.): *Los nacionalismos en la España de la II República,* Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 288-293; identificación con el integrismo del clero tradicional también en Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* pp. 156-157. Contrastado y ampliado con JMAFO3-I y JMAFO10.

dían en determinadas celebraciones semanales (eucaristías, vísperas, festividades).

La habitación de José María es blanca, severa, sencilla e impersonal, como la de todos sus compañeros, con la única diferencia del número fijado en la puerta y la disposición de las ventanas que la abren a un atardecer alavés gélido y oscuro que anuncia la llegada del invierno. Cuenta con una cama, una mesilla, un armario y un lavabo. Es mucho más grande y lujosa que la que ha tenido en los cuatro años de Seminario Menor. Ya no hay cortinajes que conceden una apariencia inútil de intimidad, rota noche tras noche por toses, andares, risas y llantos. La atmósfera de su nuevo hogar es nueva. El silencio es absoluto. Hay un baúl en el suelo y un fardo, que deja entrever, por un desgarrón de la envoltura de arpillera, la tela rojo-listada de un colchón. Suelta nerviosamente los nudos y deslía la trenza de esparto que cierra el baúl, su propiedad más preciada. En su interior, amorosamente plegado por las manos de Tomasa, reposa todo su ajuar de estudiante: la ropa interior, la sotana y el guardapolvos, con la beca roja destinada a los actos solemnes y de capilla, los utensilios de aseo, los libros de piedad y estudio en euskera y castellano, la biblia primorosamente cuidada, el manual del Padre Sola, el librito de oraciones y cantos de Basabe, los cuadernos de rayas para los ejercicios de caligrafía, las cuartillas para la escritura, el tintero... Lo va sacando todo, poco a poco. Quizá en su interior encuentre alguna pieza de fruta que su madre le ha escondido para evitar sus protestas. Quizá unas cuantas manzanas bermejas de su huerta, que tan bien aromatizan la ropa y enseres.

Poco a poco va sacándolo todo y lo coloca ordenadamente en el armario-ropero, en la mesa de estudio, en la baldita de cristal del lavabo. Abre el colchón de lana. Transcurrido un tiempo lo ha arreglado todo: la cama está hecha, plegado y estirado el traje seglar, arreglados los papeles, alineados en la estantería los libros. Ahora puede sentarse, descansar los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Por la puerta abierta sube el rumor del ajetreo de los tránsitos, donde se van amontonando los colchones, los baúles, maletas y mantas a la espera de que sean depositados en otras habitaciones iguales a la suya. Voces, exclamaciones, saludos que se entrecruzan de piso en piso, de ventana a ventana, de un extremo a otro de los claustros, que distinguen a cada uno de los ochocientos muchachos que lo ocupan todo, que suben y bajan la escaleras inquietos, entre el estrépito de las puertas que se abren y se cierran. Fuera, la ventana trae el rumor de la calle, el aire fresco que hace desaparecer el olor a habitación cerrada, los bocinazos de «autocamiones», taxis y algún coche privado que siguen dejando a colegiales rezagados. Suena el repiqueteo insistente de los timbres y las campanas, saludos, gritos y rumores se cortan. El silencio se apodera de los pabellones del inmenso edificio. Comienzan los tres días

de ejercicios espirituales que anteceden a la apertura del curso académico1931-1932.[2]

La Encíclica *Mens nostra* que el Papa Pío XI había hecho pública el 29 de diciembre de 1929 dejaba claro el «maravilloso poder, así para perfeccionar las facultades naturales del hombre, como principalmente para formar al hombre sobrenatural o cristiano» de los ejercicios espirituales concebidos por San Ignacio de Loyola. El Padre Sola decía a sus lectores que «los ejercicios espirituales, que se practican cada año por espacio de varios días consecutivos al principio del curso escolar, son como las ferias del espíritu, en las que se reparan las quiebras padecidas durante el curso y las vacaciones, y se hace acopio de consideraciones, afectos, propósitos, documentos y resoluciones prácticas para la reforma de la vida en lo venidero». Estos ejercicios contaban siempre con un director jesuita que guiaba a los alumnos. En la capilla, José María, en compañía de ochocientos compañeros, entona el himno de arranque de la ceremonia, el *Veni Creator,* que daba principio al retiro e invocaba el auxilio del Espíritu Santo. Román Laspiur, el Rector, dirige a los alumnos una fervorosa alocución tras el rezo y les traslada el saludo cariñoso del desterrado Obispo Mateo. La eucaristía posterior marca el inicio de los tres días de retiro, que comienza con un examen general en el que el ejercitante da gracias a Dios por los beneficios recibidos, le pide luz para conocer sus pecados y gracia para enmendarse. Posteriormente, el Director Espiritual presenta una serie de puntos en torno a los cuales versan las meditaciones. De esa manera los seminaristas se habitúan, ejercicio a ejercicio, a contemplar los misterios de la vida de Jesús. Pasados los tres días de retiro se celebró una misa en la que el Vicario General leyó a los alumnos unas líneas apostólicas del obispo para que les sirvieran de guía durante el curso.[3]

A las 11 de la mañana del lunes 5 de octubre de 1931 comenzó en el Salón de Actos la ceremonia de apertura del curso. La situación de crisis que atravesaba la Iglesia con el régimen republicano obligó a reducir la solemnidad y pompa de otros años. El claustro del quinto curso de Latín que José María comenzaba estaba formado, en la cúspide, por el Rector Román Laspiur y el Vicerrector José Miguel de Barandiaran. Este ilustre prehistoriador y antropólogo se había incorpo-

---

[2] ASDV, Fondo Secretaría, C11, Carta al Obispo de Vitoria fechada en Barinaga, 11-8-1931; AJMA, C1, Carta del Rector del Seminario al párroco de Barinaga 3-9-1931; *BOOV,* LXVII, 1931, 595-596; Luis de Ayala: «Desde mi celda», *Gymnasium,* V, nº I, 1931, pp. 418-419. Este último documento me ha servido para evocar con cierta minuciosidad lo que pudo ser el primer día de José María en el centro. Además de él me he servido de los recuerdos de Tellechea Idígoras: *Tapices de la memoria,* p. 89-90. Todo ello está contrastado y ampliado con JMAFO4, JMAFO3-I y JMAFO9.

[3] Reconstrucción de los hechos gracias a Luis de Ayala: «Desde mi celda», *Gymnasium,* V, nº I, 1931, pp. 419-420. Ampliada y explicada con Sola: *Manual del seminarista,* pp. 78 y 293-294 y Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 122, 191-192, de ambos proceden las citas textuales.

rado al centro el año 1916 como profesor de Ciencias y Prefecto de Disciplina. Desde entonces había ido combinando tareas docentes (como profesor de Matemáticas, Física y Química, Geología, Paleontología y Prehistoria, Historia de las Religiones) con diversos cargos directivos. Mientras, había comenzado una reforma pedagógica de los estudios cuyo símbolo era la revista *Gymnasium,* destinada a formar a los seminaristas en la escritura y la reflexión crítica.

El resto del claustro lo componían Félix Zatarain como Director Espiritual y Roberto Aguirre como Prefecto de Disciplina. El profesor de Retórica y Composición Latina era Marcelino Cortabarria, que también lo era de Agricultura e Industrias Agrícolas y de Religión, el de Historia de la Literatura era Juan José Pérez Ormazabal, el de Matemáticas Demetrio Sánchez y el de Gramática Vasca Manuel Lekuona. De aquel primer curso guardó José María un libro de texto de la editorial *Gustavo Gili,* publicado en 1924 en Barcelona, que llevaba por título *La agricultura al alcance de todos. Enseñanza gráfica en 33 lecciones con 600 grabados. Obra escrita bajo la dirección del profesor Daniel Zolla.* Primorosamente cuidado, sin tachones ni subrayados, resulta un reflejo del celo con que seguía la estricta normativa del Seminario. Y es que el orden externo del estudiante constituía una materia cuyo cuidado era capital. La austeridad corporal, la puntualidad, el silencio, la laboriosidad eran valores a los que se concedía una gran importancia, al igual que a la higiene y la presentación, tanto la física como la de los materiales didácticos. José María cuidaba sus cuartillas de escritura, limpias y dotadas de una caligrafía excelente, no así las que utilizaba como borrador, que poblaba de dibujillos en los que aparecían curas, aldeanos, etc.

Había en el Seminario dos grupos, uno era el de «los más jóvenes, los irreflexivos, [los] que queríamos también ser buenos curas [pero] pensábamos que se puede ser buen cura después de ser pelotari o futbolista». El otro era el de «los maduros, los serios, los responsables [que] no jugaban. Paseaban. Pensaban. Pasaban revista a todos los problemas del mundo. Buscaban –¡y encontraban!– solución a todo. Problemas de paz y problemas de guerra; de cuestión social y del hambre; de misiones; todo tenía solución». José María pertenecía a esta minoría que llamaba la atención de los visitantes por «la intensidad con que (...) sienten los problemas del día, [la] inquietud con que los siguen de cerca y los estudian» y, sobre todo, lo «maravillosamente [cultivados, encauzados y dirigidos] que están».[4]

---

[4] Luis de Ayala: «Desde mi celda», *Gymnasium,* V, nº 1,1931. pp. 420-421; *BOOV,* Guía Diocesana de Vitoria, 2 de enero de 1931, pp. 13-14; Ander Manterola y Gurutzi Arregi: *Vida y obra de D. José Miguel de Barandiaran 1889-1991,* José Miguel de Barandiaran Fundazioa, Bilbao, pp. 29-30; Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* pp. 148-149; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* I, p. 234. El libro citado se encuentra depositado en la Parroquia de Barinaga. Las refe-

El mérito de todo ello correspondía a un puñado de profesores que destacaron rápidamente en la educación del joven marquinés. El más importante de este primer año fue Manuel Lekuona, natural de Oiartzun, profesor de lenguas y arte. Defendía que trabajar por el cultivo de la lengua vasca era un deber apremiante de los sacerdotes diocesanos. Contaba en ello con el favor del Obispo, que desde el comienzo de su mandato había promovido la enseñanza de la catequesis en la lengua vernácula y el cultivo de ésta por los seminaristas, obligando a todos a cursar estudios de euskera tanto en quinto de Latín como en primero de Filosofía. Los euskaldunes, además de las clases diarias, se dedicaban a ejercicios de composición literaria y prácticas de declamación en esa lengua. Con este fin Lekuona había fundado en 1924 la academia Kardaberaz. Comenzó destinada sólo a los alumnos de Teología, los que más necesitaban adquirir esa capacitación debido a su pronta ordenación. Esta academia era opcional y los que se inscribían en ella debían comprometerse a que el trabajo que realizaran no interfiriese en su ritmo normal de estudios. Las reuniones se celebraban los jueves por la mañana. Existía otra, la Santa Teresa, destinada al perfeccionamiento del alumnado en lengua castellana. Las dos pretendían que los seminaristas pudieran expresarse en las dos lenguas pues «un Seminario de los vascos y para los vascos no podía prescindir de ninguna de las dos lenguas que habla el pueblo».[5]

La vida cotidiana

Manuel Lekuona proporcionó a José María una supervisión magistral de sus avances en la escritura en euskera en el marco de la asignatura de gramática vasca que impartía. Formaba parte de una minoría de docentes que, animada por la figura de Barandiaran, se preocupaba por dirigir los pasos de los alumnos más inquietos, señalándoles, en cada momento, sus capacidades y limitaciones. Profesor «de corte fino y aristocrático», gustoso de «hombres de iniciativa y de compromiso», su sintonía con José María fue inmediata. Le animó a redactar textos directamente en euskera, que comenzaron siendo copias de oraciones y, poco a poco, fueron convirtiéndose en composiciones de carácter

---

rencias finales en José Manuel Apellániz: *Memorias de un cura viejo,* Imprenta Arenas, Getxo, 1998, p. 7 y «Excmo. Y Rvdmo. Sr. Dr. D. Justo A. de Echeguren, Obispo de Oviedo», *Idearium,* II, nº 8, 1935, pp. 257-258. Ampliado y contrastado con JMAFO8 y JMAFO9.

[5] Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* II, pp. 624-625, 662-675 y 692-694; III 1155-1156; Luis de Ayala: «Desde mi celda», *Gymnasium,* V, nº 1, 1931, pp. 422-423, 429-430; *Le Clergé Basque. Rapports présentés par des Prêtres Basques aux Autorités Ecclésiastiques,* H. G. Peyre, Paris, 1938, p. 12; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 143-144; Antonio Rivera y Javier de la Fuente: *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta (Una experiencia sociología cristiana: Idearium),* UPV, Bilbao, 2000, pp. 66-68; y circulares nº 124, *BOOV,* LXVIII, 1932 y nº 154, *BOOV,* LXIX, 1933

más íntimo. A través de ellas el joven refleja su vida cotidiana de estos primeros meses.

Su primera composición extensa tiene fecha de 30 de octubre de 1931 y relata la festividad de Cristo Rey que acababa de celebrar. Manuscrita, con una caligrafía cuidada y limpia, contaba con el visto bueno de Lekuona, que había estampado al final de ella su calificación positiva. La firmaba al modo euskérico usual de la época, *«Arizmendiarrieta-tar Joseba M.»*. En ella relataba cómo se había levantado a las 6'30 de la mañana junto con sus compañeros, para asearse, limpiar la habitación y desayunar. Una hora después habían marchado a la Catedral de Vitoria bajo un fuerte aguacero a escuchar la misa mayor. Pese a que era un típico día otoñal, triste y desapacible, estaba contento y más aún tras la misa, cuyo sermón le había causado una gran emoción. A las 12,45 horas había almorzado para, poco después, retornar a la Catedral a cantar las «vísperas». Había estudiado en la biblioteca por la tarde para luego cenar y presentar a Dios el día, antes de acostarse.

El documento proporciona un buen resumen de los horarios y la vida de oración y estudio del centro. La jornada normal comenzaba a las 6 de la mañana, que era cuando todos se levantaban, hacían las oraciones y ofrecimientos y se aseaban para acudir a misa a las 6,30 horas. A continuación tenían una hora de estudio, desde las 7,15 a las 8,15, después del cual tomaban el desayuno y disfrutaban de un primer recreo matutino. La primera clase comenzaba a las 8,45, duraba una hora y era seguida de un recreo. A las 10 había una hora de estudio en la biblioteca y las salas de estudio de los diferentes pabellones. Después una segunda hora de clases y, finalmente, a las 12:00 todos visitaban el Santísimo Sacramento, antes de almorzar. Finalizaba así el tiempo de *mane* o mañana. La tarde, *vespere,* contaba con un rato de ocio que comenzaba a las 12,45 hasta la 13,30, seguido de la siesta. A las 14,00 había una hora de estudio que antecedía a otra de clase. A las 16,00 los seminaristas disfrutaban de una hora de recreo y merienda. A las 17,00 todos acudían a la clase común de Música, que duraba media hora. Después continuaba el estudio personal y la última clase del día. A las 20,00 rezaban el rosario y escuchaban una lectura piadosa. Media hora después cenaban. A las 21,00 ya estaban en su habitación, para realizar el examen del día y las últimas oraciones.

Tal era una jornada normal de estudios. Siempre había variaciones. Los jueves, por ejemplo, el horario se modificaba para poder limpiar la habitación, celebrar la reconciliación y practicar ejercicios de declamación y lectura. También se destinaba un cierto tiempo a actividades extraescolares. Por la tarde, antes de la cena, se reunían con el Director Espiritual y escuchaban su plática. Los domingos y días festivos se levantaban quince minutos más tarde, celebraban la misa a las 9,00 horas, luego se duchaban, limpiaban la habitación y estudiaban.

Por la tarde cantaban las vísperas, escuchaban alguna plática magistral y a igual hora que de costumbre se retiraban a sus celdas tras haber rezado el rosario y cenado. Éste fue el horario de todos los años de Seminario de José María.[6]

La dureza de la jornada cotidiana trataba de promover el trabajo intenso de los estudiantes. «La principal obligación del Seminarista, después de las prácticas religiosas y el cultivo de las virtudes, es la del estudio». Joaquín Goicoecheaundía, Director Espiritual en los siguientes cursos lo subrayaba: «El sacerdocio, bien llevado, es un estado de muchos sacrificios», por ello el aprendiz de sacerdote debe «habituarse al trabajo, al silencio, a la puntualidad». Ha de convertir el sacrificio en «ley de su vida», pues «de los comodones, de los caprichosos nada grande ha percibido el mundo». Joaquín insistía en comunicar la virtud de la laboriosidad: «El laborioso está adornado por lo general de todas las virtudes. Me han gustado y me gustan cada vez más los seminaristas trabajadores. Trabajad para vestir dignamente la sotana que representan santidad y ciencia». Este ideario casaba con los valores que había adquirido José María en Iturbe. El 11 de noviembre escribe a su padre una carta, que es, en realidad, otro de los ejercicios de redacción en euskera que llevó a cabo con Lekuona. Le cuenta que lo primero que hace a las mañanas, nada más levantarse, es dar gracias a Dios por todos ellos. Está satisfecho de lo que comen, cuenta cómo pasa la mayor parte del tiempo estudiando y cierra la carta con el recuerdo de la familia y de los dos criados. El escrito, sencillo e intimista, informa del buen estado anímico del joven en aquellos primeros meses de estudios y muestra su fácil adaptación a un ritmo de vida y trabajo que resultaba difícil y pesado para muchos de sus compañeros.

Un ritmo marcado por una intensa vida piadosa. Cada mes los seminaristas celebraban un día de retiro espiritual, tras el cual confe-

---

[6] ASDV, *Utriusque Seminarii Dioecesani et Victoriensis et Vergarensis. Kalendarium et Ratio Studiorum in annum Academicum 1940-41,* Editorial Social Católica, Vitoria, 1941, pp. 6-7. Contrastado con *Kalendarium Seminarii Dioecesani Victoriensis 1937-1938,* Editorial Social Católica, S.l., 1938 y *Kalendarium Seminarii Majoris Victoriensis et Minoris Vergarensis 1939-40.* Montepío Diocesano, Vitoria, 1940, p. 8; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 27; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 108 y 149-150; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 19-20; *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Documento I. «Cuaderno 1931-Composiciones Vascas. *Euskaldunari Euskeraz»,* nº 2, AGL eds., 2001. [Este tomo reúne las principales composiciones escritas en euskera por José María en el Seminario de Vitoria. No están todas y, lo que es más importante, el encargado de la recopilación, José María Mendizabal, se tomó ciertas licencias. Una de ellas, quizá la que más afecta a un historiador, fue eliminar la datación de los mismos, así como el estado del documento, que muchas veces conservaba correcciones tanto de José María como de terceras personas, generalmente Manuel de Lekuona. Ello me ha obligado a recurrir a los textos originales cuando ha sido posible localizarlos. Por ello, pese a que se citen los textos según el tomo de esta recopilación correspondiente, debe tenerse en cuenta que he procurado casar el texto seleccionado por Mendizabal con su original conservado en el Archivo de Otalora (C1, C2, C3, C4) y que he aprovechado numerosos datos que su recopilación selectiva había ignorado y que resultan interesantes para conocer esta etapa de la vida de José María]. Los datos comentados los he ampliado y contrastado con JMAFO3-I.

saban y comulgaban; diariamente meditaban durante media hora y asistían a misa, rezaban el rosario y consagraban un rato a la visita de Jesús Sacramentado. Debían leer textos espirituales y devotos, y asistir a conferencias sobre asuntos litúrgico-morales. Al cerrar el día, ya en la celda, realizaban el examen de conciencia y preparaban los puntos que debían meditar al día siguiente. En este trabajo íntimo el joven no estaba solo. Su Director Espiritual, Félix Zatarain, le instruía una vez a la semana en el modo de acrecentar la vocación y en cuidar los deberes que ésta exigía. Estas vivencias acabaron reflejadas, ya en estos primeros meses de curso, en sus primeros escritos en euskera. En ellos refleja que su vida empezaba a abrirse a nuevas formas de intimidad con Dios. Sus composiciones, imbuidas de un sentido de iniciación, están compuestas por oraciones matutinas, el padrenuestro, la salve a la Virgen, pasajes evangélicos sobre la infancia de Jesús y alguna evocación de la tierra natal.[7]

Las semanas transcurren con placidez y el otoño cede paso al invierno. José María recita en latín los exámetros de Ovidio y las crónicas guerreras de Julio César, estudia en la biblioteca, curiosea por el Museo etnográfico-misional, contempla a los mayores dirigirse a los laboratorios *Gymnasium* creados por Barandiaran a debatir sobre filosofía y decidir los contenidos del próximo número de la revista, en la que colaboran como iguales junto a los profesores. Observa a pintores, tramoyistas y electricistas emplear los recreos en montar los decorados de las veladas y espectáculos teatrales y asiste con interés a los partidos de pelota y fútbol. El 21 de diciembre parte a Markina a pasar las vacaciones, que se prolongan más de la cuenta debido a que el frío intenso de la Navidad ha congelado el agua de las cañerías del Seminario, rompiéndolas. La ciudad ha soportado temperaturas de diecisiete grados bajo cero. El 11 de enero todos están de vuelta. Pocos días después celebran un funeral en memoria de un sacerdote asesinado por obreros incontrolados en Bizkaia. Ya son dos los caídos en la comarca minera en menos de tres meses. El airecillo cortante del Gorbea no aflige tanto a las ochocientas almas que habitan el edificio como las noticias que día a día llegan de Madrid. Una semana después se enteran que el Gobierno ha resuelto disolver la Compañía de Jesús.

El Miércoles de Ceniza comienza la Cuaresma. La nieve cae imperturbable, las noches son blancas, el cielo aparece niquelado, los días son grises, sin el menor resquicio de luz solar. José María sigue

---

[7] Las citas en Sola: *Manual del Seminarista,* pp. 43-44; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 134; *Recopilación de textos escritos...,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak.* «Cuaderno 1931. Composiciones vascas. Euskaldunari Euskeraz», nº 3 (Carta manuscrita a José Luis Arizmendiarrieta fechada en Vitoria el 11-11-1931); composiciones nº 1-10. Contrastado con JMAFO1-3 y con *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* documento inédito, p. 70.

con sus composiciones en euskera, con sus declinaciones en latín, con sus redacciones sobre sistemas agrícolas y tipologías de plantas y granos, con sus meditaciones de mañana y de noche mientras concentra sus esfuerzos en estar «quietecito, quietecito, sentado ante la mesa de trabajo, estudiando junto al confortable radiador de la calefacción; mientras por allá fuera pasa el viento, un viento azul que atraviesa los patios de parte a parte y que se agarra a la nieve que cubre los arbustos y arbolitos, y mientras el campo huele a soledad y a frío». El esfuerzo tiene su recompensa y en los exámenes de verano obtiene la máxima calificación en todas las asignaturas del curso.[8]

El verano transcurre de nuevo entre Saturrarán e Iturbe, aunque con ciertas variantes. Ahora estudia en el Seminario Mayor y su marcha a Ondarru no es en el primer mes de vacaciones sino en el segundo. Hasta entonces pasa éstas en Markina, donde merienda junto a sus amigos, pasea por los montes y rehuye la villa. Cada día se levanta temprano, a la misma hora que en el Seminario, y practica igual ritual de oración y meditación. Colabora con Barquín en las tareas de la parroquia, asiste a misa y se entrega a la escritura. A los diecisiete años es un joven inquieto y ansioso por saber. El Padre Sola aconsejaba a los seminaristas que toda lectura que no fuese piadosa o dirigida constituía un potencial peligro: «Te aconsejo que no leas ninguna novela, aunque sea buena, y de periódicos lo menos que puedas». La lectura de éstos estaba prohibida en el interior del Seminario, tanto para los profesores como para los alumnos. «Los seminaristas no teníamos acceso a la prensa diaria durante los ocho meses de curso de Vitoria y dos de vacaciones en el Seminario de Saturrarán, Guipúzcoa», recordaba Alberto de Onaindía.

Esta prohibición no afectaba a las lecturas que, en el marco de los laboratorios Gymnasium o de determinadas asignaturas, los profesores pudiesen aconsejar. Tampoco al tiempo de vacaciones, sobre todo en seminaristas ávidos por conocer la realidad social, de la que permanecían alejados en el internado de Vitoria. José María y sus amigos estaban suscritos (con el consentimiento o mediación de sus familias) a algunas publicaciones periódicas que intercambiaban y recogían en las vacaciones, entre ellas figuraban *El Siglo Futuro* de Madrid, periódico de extrema derecha; el *Diario de San Sebastián,* derechista; y el *Euzkadi,* Órgano oficial del PNV. Leían también, en ocasiones, *El Liberal* de Bilbao, republicano-socialista. Todos estos periódicos eran vendidos en Markina en aquellos años. El diario al que los Arizmendiarrieta estaban suscritos era el *Euzkadi,* del que el joven recortó multitud

---

[8] Datos y cita tomados de Luis de Ayala: «Desde mi celda», *Gymnasium,* VI, nº 2,1932, pp. 120-127. Las calificaciones en AJMA, C1 y en ASDV, Fondo Secretaría, Libro Oficial de Calificaciones 1917 1935, Certificado de calificaciones de José María Arizmendiarrieta, curso 1931-32.

de artículos que abordaban todo tipo de temas sociales, políticos y económicos. Las fechas de los más antiguos corresponden a este verano de 1932. Lenta y progresivamente sus inquietudes por la cultura vasca lo habían integrado en la microsociedad nacionalista a la que su padre pertenecía. El comienzo de su colección de artículos del *Euzkadi* puede tenerse como una fecha indicativa del tiempo en que se convirtió en un *abertzale* consciente.[9]

El 29 de julio marcha a Saturrarán sin uno de sus amigos. Gotzon ha enfermado y se ha quedado en cama. Las vacaciones que disfruta en el Seminario estival son muy similares a las que ha pasado en años anteriores, aunque con mayor carga de trabajo personal. Así, los días del mes de agosto van pasando, divididos en un horario que comienza a la misma hora que en Vitoria, con los obligatorios ejercicios de piedad y sigue con el desayuno, los estudios y las clases. Cuando la mañana se acerca al mediodía cada seminarista se concentra en la lectura espiritual para, a continuación, lanzarse al baño en las aguas del Mar Cantábrico, bajo la atenta vigilancia de los *buiñerus.* Después la comida, luego la siesta, el rosario y el estudio, la merienda y el paseo, actividad ésta que a veces debe abandonarse, al igual que el baño, pues muchos días sólo traen lluvia y viento. Luego la cena y la cama. Las condiciones de vida son peores que en Vitoria y los seminaristas lo notan. Las habitaciones son menos confortables y más sencillas, los espacios son más pequeños. Cuando el tiempo se tuerce, el ajedrez, el dominó y las damas son los únicos pasatiempos. Cuando mejora, los campeonatos de fútbol y pelota enfrascan el interés de todos. El final de las vacaciones va precedido de actividades teatrales, conferencias y pláticas, combinadas con excursiones a las poblaciones vecinas. Se celebran fiestas en los caseríos cercanos, en las que seminaristas y profesores riegan de sidra meriendas de tortilla de jamón y *txistorra.* Y así, el 25 de agosto, la estancia termina y todos vuelven a sus pueblos para pasar el último tramo del verano.[10]

---

[9] Sola: *Manual del Seminarista,* p. 292; Onaindía: *Ayer como hoy,* p. 7; vacaciones en Barinaga en JMAFO1-I, JMAFO3-I y JMAFO4; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 113. Los datos sobre la suscripción al Euzkadi en José María Mendizabal: «Prólogo», *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Libro 1º, Tomo I. Conferencias, Apostolado Social, AG ediciones, sl, 2001, p. 2; Larrañaga : *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 24 y 28 [alguno de los recortes que guardaba aún conservan restos del sello de suscripción, que muestra el apellido Arizmendiarrieta, extremo contrastado con JMAFO3-I, si bien en JMAFO3-IV se apunta la posibilidad de que la suscripción fuese del propio padre]. Todo contrastado con AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº 38 (B), Causa 189/37, hoja 6, Escrito de Juan Barquín y Trueba, Cura Párroco de la Iglesia parroquial de S. Pedro Apóstol de Barinaga, fechado el 4 de mayo de 1937, manuscrito. El PNV como microsociedad en Antonio Elorza: *Ideologías del nacionalismo vasco,* Haranburu, San Sebastián, 1978; José Luis de la Granja: *El nacionalismo vasco: un siglo de Historia,* tecnos, Madrid, 1995; Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco. I: 1895-1936,* Crítica, Barcelona, 1999, pp. 231 y ss.

[10] Descripción hecha a partir de *BOOV,* LXVIII, 1932, pp. 315-316; Luis de Altónaga: «Desde mi celda» y Martín de Lecuona: «Ideas de una conferencia», *Gymnasium,* V, nº 1, 1931, pp. 348-357, contrastado y ampliado con JMAFO3-I, II y IV, JMAFO4, JMAFO8 y JMAFO9.

Una nueva espiritualidad

El día 24 de septiembre de 1932 es un día festivo en Markina. Los seminaristas del municipio van a visitar a Gotzon, que sigue enfermo en su caserío de Iturreta, consumido por la tuberculosis. José María le pide que tenga confianza en Dios. En la despedida todos lloran, pero deben marchar, pues las clases empiezan tres días después. Ese día 27 todos están en Vitoria para asistir al triduo de ejercicios espirituales. Comenzaba el primer curso de estudios superiores, que consistían en tres años de Filosofía en los que los estudiantes se preparaban para los siguientes cuatro cursos de estudios teológicos. La Filosofía era la ciencia central de esta nueva etapa. Su principal sustento teórico era la Escolástica de Santo Tomás de Aquino, que había proporcionando a la Iglesia, en palabras de León XIII, una «muralla de la fe y sólida fortaleza de la religión». Con ella de la mano debían «mirar a Cristo de hito en hito para tratar de penetrar su misterio a través de la Palabra recibida en actitud humilde de oración».

El nuevo curso fue inaugurado el 1 de octubre con una misa de *Spiritu Sancto* presidida por el Vicario General en suplencia del Obispo aún desterrado, que saludó al nuevo Rector y le tomó juramento. Se había producido un cambio en la cúspide del Seminario, que había pasado a ser ocupada por Eduardo Ezcárzaga, manteniéndose como Vicerrector José Miguel de Barandiaran. Entre 1924 y 1933 toda una generación de brillantes seminaristas, recién ordenados, había ido ingresando en el claustro del centro. La renovación del cuadro directivo intensificó la del profesorado. Y ello tuvo lugar precisamente cuando José María comenzaba su ciclo de estudios superiores. Ezcárzaga se había propuesto elevar el nivel científico y cultural del futuro clero e inició una reorganización educativa sin precedentes. Su ideal era un Seminario abierto a las corrientes modernas del pensamiento cristiano, capaz de asegurar una buena formación profana, científica y literaria acorde a la demanda de la realidad diocesana y a la más moderna pedagogía. El nuevo reglamento de estudios, fechado en 1933 y puesto en vigor a partir del curso siguiente, fue su gran obra personal. Sus 90 páginas implicaban a todos, profesores y alumnos, en un proyecto docente abierto y dinámico. Constituye una pieza fundamental para conocer el modelo de sacerdote en que José María fue educado. Éste es entendido como «hombre de Dios a semejanza de Jesucristo». Las virtudes que se le exigen son la piedad, el celo de las almas, el espíritu de abnegación y mortificación y el sometimiento doctrinal y disciplinar a la Iglesia. El seminarista debe tener hábito de trabajo, de orden, urbanidad e higiene y aseo, y debe mantenerse alejado de las contiendas políticas. El conocimiento del euskera y de la literatura vasca es un valor importante en su pedagogía, así como la

adecuada formación científica y literaria con el fin de que (como futuro sacerdote) no sólo sepa refutar los falsos sistemas sino, y esto era muy novedoso, apreciar las opiniones nuevas que pudieran surgir en los debates sobre cuestiones teológicas o filosóficas. La obediencia era un valor fundamental, tanto a los superiores del Seminario como al párroco en las vacaciones.[11]

Los responsables de la renovación pedagógica promovida por el nuevo equipo rectoral fueron una serie de profesores jóvenes. Antonio Pildain, parlamentario famoso por sus predicaciones apologéticas; Leoncio Arabiotorre, biólogo y escritor; José Miguel de Barandiaran, prehistoriador, antropólogo, filósofo y científico; Manuel Lekuona, lingüista y profesor de Arte; Jesús Enciso, especialista en textos bíblicos; Juan Thalamás, sociólogo y periodista; Joaquín Goicoecheaundía y Roberto Aguirre, Director Espiritual y Prefecto de Estudios, respectivamente. Todos habían intimado gracias a la tertulia científico-teológica que fundaron en 1924 por iniciativa de Barandiaran con el nombre de *Lyceum Cassiciacum,* que reunía a Arabiotorre, Barandiaran, Pildain y Lekuona. Este equipo fue el inductor de la revista *Gymnasium,* destinada a la «iniciación científico-literaria» de los seminaristas más inquietos, que trabajaban en unas salas de debate y estudio denominadas *laboratorios Gymnasium.*

La influencia de estos profesores en el programa docente puesto en marcha por Ezcárzaga fue enorme. En el plano pedagógico, fomentaron un nuevo perfil de profesor que explicaba de forma breve y con claridad, aportando bibliografía sobre la materia y encomendando el resto del trabajo al alumno. Los seminaristas aprendieron de ellos «el arte de pensar, de analizar, de redactar, ordenando ideas y discursos», tanto en euskera como en castellano. En el plano científico generaron grupos de investigadores en distintos campos de la ciencia (geología, arqueología, prehistoria, antropología y filología vasca), especialmente gracias a la iniciativa de Barandiaran y Lekuona. En el apologético, todos, pero sobre todo Arabiotorre y Pildain, destacaron en la proclamación de los ideales de la Iglesia en la política de la época. Entre la fundación del *Lyceum* y la llegada al rectorado de Eduardo Ezcárzaga este núcleo de profesores fue ampliándose. Siete de ellos (Goicoecheaundía, Arabiotorre, Manchola, Barandiaran, Lecuona, Enciso y Thalamás) pusieron en marcha la editorial Gamblet, destinada a difundir las «doctrinas sanas» de la Iglesia entre el pueblo. El nuevo

---

[11] *BOOV,* LXVIII, 1932, p. 461; la cita en *BOOV,* LVIII, 1922, p. 579; *Recopilación de textos escritos...,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* documento 1, «Cuaderno 1931. Composiciones Vascas. *Euskaldunari Euskeraz»,* nº 11; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 141 y 151; *BOOV,* LXVIII, 1932, p. 528; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* I, pp. 134-137; Rivera y de la Fuente: *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta,* 2000, pp. 20-21.

reglamento de Ezcárzaga se limitó, pues, a codificar esta nueva forma de pensar y educar que había adoptado el profesorado más joven y prometedor del centro.[12]

El claustro de 1.º de Filosofía lo componían José Miguel de Barandiaran como profesor de Física y Química, Joaquín Goicoecheaundía como Director Espiritual y profesor de Lógica, Marcelino Cortabarría como Prefecto de Disciplina, Pedro Dancausa como profesor de Historia Natural y Fisiología, Leoncio Arabiotorre como profesor de Biología, Juan Thalamás como profesor de Francés y Manuel Lekuona como profesor de. Gramática Vasca. La mayoría eran, pues, profesores comprometidos con el movimiento docente renovador comentado, que se identificaba, a su vez, con una nueva inquietud espiritual que José María comenzó a absorber gracias a la dirección espiritual de Joaquín Goicoecheaundía. Éste fue transmitiendo (a él y sus compañeros de curso) a través de sus pláticas y reuniones la espiritualidad del grupo de amistad formado en el curso 1926-27 por cincojóvenes: Venancio Iceta, Ramón Echeberria, Juan Bautista Lazpita, Rufino Aldabalde y el propio Goicoecheaundía. Estos seminaristas estaban muy influidos por la exhortación al clero *Haerent Animo* de Pío X, tratado de espiritualidad sacerdotal que reflexionaba sobre la santificación sacerdotal y que concedía gran importancia al asociacionismo. Diversas asociaciones de sacerdotes dieron forma a esta inquietud vaticana. Una de ellas, la Unión Apostólica, contó con gran influencia en la diócesis de Vitoria.

En ese ambiente los cinco seminaristas (que tenían a Aldabalde como líder) fundaron un grupo en torno al ideal de un ministerio sacerdotal imbuido de santidad y de sacrificio, sustentado en una intensa devoción mariana. La santidad sacerdotal que buscaban implicaba la unión y ayuda mutua de los sacerdotes. Ése era el camino para «vivir en gracia», frase que se convirtió en uno de los lemas preferidos por Goicoecheaundía en sus predicaciones a los seminaristas. Éste trasladó a los seminaristas más inquietos esta nueva espiritualidad que, por entonces, estaba aún en germinación. Decidió, así, poner fin a una formación del espíritu religioso sustentada «en el machaqueo de los mandamientos, especialmente del sexto, creando conciencia de pecado sin el alivio y respiro de la virtud». Su nueva orientación en la dirección espiritual invirtió los métodos, pues «hablar de pecado a la comunidad cristiana es obligado, pero en último término. Antes se debe hablar de las virtudes cristianas y de su hermosura, descubriendo al público la raíz, es decir, el porqué de los mandamientos, sobre todo el principal que es el de la caridad». Consa-

---

[12] Saturnino Gamarra-Mayor: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* Eset, Vitoria, 1981, pp. 20-21; Rivera y de la Fuente: *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta,* 2000, pp. 20-22; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 145-148; Luis Mª Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952). Búsqueda de una espiritualidad del clero diocesano,* Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 2000, pp. 98-104.

graba a este trabajo de dirección varias horas diarias, durante las cuales los seminaristas desfilaban por su habitación para charlar con él.

Goicoecheaundía manifestaba gran preocupación por que la piedad y los estudios estuvieran encaminados hacia un perfeccionamiento de la vocación, y no al revés. La piedad por sí sola llamaba al egocentrismo y los estudios a la contemplación platónica. Por ello, «si queremos que el estudiante del Seminario sienta inquietudes por la cultura sacerdotal y que la piedad sea el motor divino de sus esfuerzos en ese sentido, será preciso convencerle (...) de su propia capacidad para determinadas obras sacerdotales». Ello le obligaba a prestar un interés constante a la formación individual de cada alumno. «En mi trato con aquellos jóvenes de los tres cursos de Filosofía (entre 17 y 21 años) procuré acostumbrarlos al conocimiento y examen de sí mismos (...), exigiéndoles por escrito así como un autorretrato de su personalidad en los aspectos naturales de inteligencia, memoria, voluntad, imaginación, sensibilidad, afectividad, trato social... y en los aspectos formativos de piedad, de dominio de sí mismos, de estudio constante, de conocimiento interno de Jesucristo y de su seguimiento.»[13]

Conocer la manera en que fue guiado espiritualmente José María permite adentrarse en su fe de estos años y, en especial, en cómo la manifestó en multitud de actividades, algunas de las cuales tienden a ser vistas como distantes de su vocación sacerdotal. Goicoecheandía consideraba el estudio y las tareas escolares como el deber profesional del seminarista, que había de abarcar la mayor parte de las horas del día. «El seminarista que no estudia o es flojo en el estudio nunca se santificará, aunque practique los ejercicios habituales de piedad.» Los retiros mensuales, las pláticas y las exposiciones doctrinales que concedía a los seminaristas eran los cauces que utilizaba para transmitir el misterio de Cristo. Tres ejercicios de oración debía hacer cada día el joven, recogiendo y exponiendo las conclusiones a que llegaba tras reunirse con su director: meditación, examen de conciencia y ejercicio de la presencia de Dios. Él les explicaba los diversos modos de oración individual que podían emplear y les enseñaba la correcta elaboración del examen de conciencia según el método ignaciano. Finalmente, les enseñaba el ejercicio de la presencia de Dios, cuyo fin era que el joven experimentara ésta en su vida practicando una determinada oración,

---

[13] ASDV, Guía diocesana de Vitoria, 1933, p. 13; Gamarra-Mayor: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* p. 140; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 33,38-69, 84-85, 109 y 119-120, las cursivas en el original; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* I: pp. 144-145. El análisis de Perea está muy centrado en la personalidad de Aldabalde que, aunque fundamental, dista de ser la única que alienta el movimiento, como señala Gamarra-Mayor: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 15-16. Contrastado con JMAFO3-I y III, JMOFO4, JMAFO8, JMAFO9, JMAFO10 y Testimonio 17, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 56-57; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 105-108.

la fijación de una intención concreta desde la mañana, la contemplación de la naturaleza, la cercanía a la Virgen, etc. Goicoecheaundía infundió en los seminaristas «una espiritualidad sacerdotal recia y exigente, pero amable y optimista» y ello de la mano de una dirección espiritual «de la que cada uno se aprovechaba en la medida en que estaba dispuesto a abrirse al director». Siempre creyó, como su compañero Barandiaran, que los «filosofillos» eran capaces de entender la grandeza del sacerdocio: si este último siempre los trataba como hombres capaces de pensar y razonar, aquél los concebía como capaces de concebir el ideal del ministerio al que estaban llamados.[14]

El 12 de octubre de 1932, Día del Pilar, José María está jugando en el frontón del Seminario con sus amigos cuando recibe una llamada de Markina: su amigo Gotzon acaba de fallecer, recién cumplidos los 18 años. Dos días después, muy apenado, le dedica el texto en euskera más largo que había redactado hasta la fecha. En él cuenta su último encuentro un mes antes, el dolor que sintió al verle tan enfermo y pide a la Virgen que lo haya acogido en su seno. Acompaña al escrito un dibujito curioso. En él aparece José María, con la boina recogida, charlando con su amigo que está en la cama. El estilo narrativo está exento de aditamentos dramáticos, dotado de una amarga sencillez. Esta primera experiencia del duelo se trasluce en uno de los escasos textos en castellano que redactó en ese curso, fechado en la primavera siguiente con el significativo título de «El sufrimiento y el dolor»: «El sufrimiento y el dolor trae como consecuencia cuando se deja obrar a la mano de la Providencia una renovación. ¿Qué renovación más consoladora que la que presencian nuestros ojos en esta primavera? Parece que la tierra que ha sufrido el crudo invierno, la tierra que ha aguantado heladas, nieves, lluvias, etc., se sonríe después de una paciente dolencia, ¿qué sonrisa más pura, más alegre, más hermosa? (...) Llanto presente, alegría del porvenir». Las metáforas de la naturaleza serán una constante de sus reflexiones espirituales. El terruño informa la estética de un camino espiritual marcado por el sufrimiento gozoso como cauce de virtud y renovación vital. El joven va aprehendiendo los principios de la nueva espiritualidad vitoriana en un castellano poético, un tanto confuso sintácticamente, muy arreglado al gusto de la parábola religiosa. Recurriendo a él cuenta, por ejemplo, cómo la corrupción de la bellota en el suelo genera una planta florida. La muerte engendra vida: «Y sin llanto no hay alegría. (...) No hay dicha que por dolor no venga, como no hay flor que no la produzca la áspera tierra.»[15]

---

[14] Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 120-128; Andrés Ibáñez: «D. Joaquín y el Seminario de Vitoria», en Félix Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía. Siempre sacerdote,* BAC, Madrid, 2001, p. 235, cursivas en el original. Contrastado y ampliado con JMAFO3-I; JMAFO10.

[15] *Recopilación de textos...,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* documento 1, «Cuaderno 1931. Composiciones Vascas. *Euskaldunari Euskeraz»,* nº 20.

La impronta de Barandiaran

José María recordaba muchos años después que la observación crítica fue el principal valor que todos absorbieron en el Seminario. «Éramos reacios al estudio por el estudio. En esto tengo que confesar que Barandiaran y Lecuona eran los grandes maestros, porque la verdad es que no se tomaba conciencia porque los educadores, en bloque, no funcionaban.» Y es que un «romanticismo monástico» enclaustraba la vocación sacerdotal: «en el Seminario, de tanto hablar de las tentaciones del mundo, estábamos ausentes y desconocedores de las auténticas tentaciones: el poder y la comodidad». Pese a ello, su juicio era positivo: «yo he tenido buenos profesores y, sin duda, pienso que les debo una gran influencia». Entre ellos se encontraban no sólo Barandiaran y Lekuona sino, ya en este curso de 1932-33, Juan Thalamás, con sus clases de Francés, en las que no faltaban las referencias a la cuestión social, y Leoncio Arabiotorre, con sus clases de Biología saturadas de dignificación de la ciencia positiva y su capacidad para alimentar posiciones creyentes. Un aspecto fundamental de este nuevo claustro fue la importancia que en él se dio a la cultura vasca. En este primer año de rectorado de Ezcárzaga se mantuvo una pugna silenciosa en el claustro entre tradicionalistas y vasquistas, y el posterior reglamento redactado por éste deja bien clara la victoria final de los segundos.

La elaboración teórica de José Miguel de Barandiaran también incidió mucho en esta orientación patriótica de los estudios. Partía de una posición de naturaleza romántica para sostener, mediante datos científicos, que la lengua no sólo era un instrumento de comunicación sino el depósito del saber popular donde se conservaba el contenido espiritual del grupo étnico. Todo pueblo tenía la obligación de amar y defender su lengua, pues ésta era el mejor vehículo que podía elevar su cultura. La desaparición del idioma materno llevaba aparejada la decadencia de todos los elementos que, como la religión, se desarrollaban íntimamente conectados con la vida popular. La introducción de una lengua extraña producía un desgarro interno de las formas de vida características de la comunidad étnica, lo que favorecía que muchos abandonaran la cultura que animaba a ésta y, por lo tanto, la religión. En definitiva, un pueblo que aspirara a una intensa religiosidad debía conservar su lengua y, si la estaba perdiendo, debía trabajar por recobrarla.[16]

Estas formulaciones teóricas de Barandiaran, sin embargo, no participaban de un nacionalismo expreso, como ocurría en otros sa-

---

[16] Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 28, 65 y 72. Contrastado con JMAFO3-I y II y JMAFO10; Antonio Rivera y Javier de la Fuente: «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», *Historia Social,* nº 35, 1999, p. 84. Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* II, p. 708,III, p. 1154

cerdotes de la época como Alberto de Onaindía o José Ariztimuño *Aitzol,* que defendían abiertamente que el pueblo vasco era una nación, y como tal, estaba sustentado en una serie de elementos objetivos como la lengua. La pérdida de ésta suponía la desaparición de la nación vasca en tanto que comunidad moral singular. Para el partido al que pertenecían estos sacerdotes, el PNV, la cultura y, en especial, la literatura en euskera era el instrumento fundamental de promoción de la identidad nacional. De ahí que buena parte de los intelectuales euskaldunes de los años 30, poetas, escritores y dramaturgos como Esteban Urquiaga *Lauaxeta,* José María Aguirre *Lizardi,* etc., fueran activos militantes de esta agrupación política. En esta atmósfera cultural, imbuida de nacionalismo o situada en la misma frontera de éste, es donde se sitúan los textos que, en el año 1933, José María empezó a redactar como ensayos. Su destino era no sólo la clase de Gramática vasca de Manuel Lekuona sino, sobre todo, la academia Kardaberaz con la cual había empezado a colaborar gracias a su condición de estudiante de Filosofía. Se trata de ensayos como *Zerbait euskalduna'tzas eta euskerea'tzas, Ekin eta jarraitu* o *Lizardi eta eusko elerti edestiya.*

Todos estos textos son una buena fuente de información de su pensamiento e inquietudes al llegar a la mayoría de edad. La exaltación de la identidad vasca fluye en ellos mediante la representación del euskera como la lengua de Euskadi, reflejo de la singularidad de este colectivo nacional a lo largo de la historia. Las citas y las referencias son definitorias de su afinidad con el movimiento renacentista vasco, el *Euzkal Pizkundia* liderado por escritores como *Lizardi, Aitzol,* etc. Muy importantes son sus referencias a Campión, de quien toma apuntes en castellano que luego se encarga de comentar en euskera y a los que dota de un título bien expresivo: «Cambiar de lengua es cambiar de alma». Pero en todos estos textos hay más inquietud religiosa que extremismo identitario. La promoción de la identidad nacional es un vehículo más de la inquietud vocacional del joven seminarista, de su anhelo de construir una Iglesia cercana al pueblo. Los curas vascos, cuenta en *Ekin eta jarraitu,* no son peores que los de otras patrias, aunque sí lo serían si decidiesen un día dejar de amar y cuidar la lengua del pueblo. El texto, redactado al comienzo del siguiente curso 1933-34, cita una conferencia del ideólogo nacionalista Ángel Atxika-Allende en Ondarreta el 3 de septiembre de 1933, a la cual había tenido acceso gracias a su lectura estival del diario *Euzkadi.* En *Lizardi eta eusko-elerti edestiya* propone una cronología de la literatura vasca que culmina, tras D'Etchepare, Axular y Sabino Arana, en *Lizardi,* no por casualidad un «cristiano ejemplar». Expone que el fin de la recuperación del euskera es el contacto con el espíritu del pueblo y su fondo cristiano. El amplio manejo de fuentes y de conocimientos expuesto

en estos textos revela la avidez de saber y la capacidad intelectual del joven seminarista de 18 años.[17]

En paralelo, sus calificaciones denotan su responsabilidad para con su oficio de estudiante y la centralidad que, como le subrayaba el Director Espiritual, éste tenía en su vida. Sólo la asignatura de Barandiaran, Física y Química, en la que obtuvo un notable, le rebajó la media de sobresaliente de este curso. Cuando marcha a Barinaga a pasar su primera etapa de vacaciones de verano, deja una Vitoria inmersa en la celebración de una Asamblea de Cuestiones Sociales. En el discurso de clausura de este evento, el 16 de julio de 1933, el Obispo Mateo Múgica califica éste como un homenaje al Papa y a la encíclica *Quadragessimo anno.* Durante estos meses estivales se suceden en todo el País Vasco las asambleas y cursillos de formación para sacerdotes y seglares, puntualmente expuestos en el *Euzkadi.* Gusta mucho de la lectura en este periódico de las colaboraciones de Engracio de Aranzadi, con quien parece tener una sintonía especial. Sus artículos son, con mucho, los que más recorta. Muchos de ellos critican toda manifestación exagerada de nacionalismo que pretenda convertir a la nación en divinidad superior a Dios, lo que Aranzadi denomina «nacionalitarismo» y considera «insano e impío», pues «por encima de todos los nacionalismos está la verdad, la justicia, la ley moral, la caridad». Pero José María también lee en el *Euzkadi* a Lucio de Arakil y sus críticas a la concepción falangista de nación como ejemplo de divinización «nacionalitaria»; a Pedro de Basaldua y sus ataques al españolismo del PSOE; y folletos como *Los vascos no son españoles,* de Acción Nacionalista Vasca. Recorta los artículos que le interesan, subraya algunos de sus párrafos, los numera y los clasifica por temas. Su técnica recuerda la que José Miguel de Barandiaran hace desde hace años con los periódicos, seleccionando noticias que luego comentaba en las clases (lo que también hará, pronto, en la revista *Idearium),* sobre las cuales disertaba y dialogaba. Y es que está tomada de él, de unas clases en que Barandiaran subrayaba a los alumnos la importancia del conocimiento de la prensa como forma de conocer la realidad social para intervenir en ella.[18]

---

[17] Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1159-1160; S. de Pablo, L. Mees y J. A. Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico,* pp. 188 y 234-235; José Luis de la Granja: *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX,* Tecnos, Madrid, 2003, pp. 167-169; *Recopilación de textos...,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* documentos 2-5; el extremismo identitario al que José María es ajeno es explicado en Mikel Azurmendi: *La herida patriótica. La cultura del nacionalismo vasco,* Taurus, Madrid, 1998, pp. 46-52.

[18] ASDV, Fondo Secretaría, Libro Oficial de Calificaciones 1917-1935, Certificado de calificaciones de José María Arizmendiarrieta, curso 1932-33; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 46; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 147 y 164-165; *BOOV,* LXIX, 1933, pp. 372-374; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* II, pp. 792 y 803; AJMA, Caja Transfer I, artículos de *Euzkadi* correspondientes a 1933.

El José María de estos años está muy influido por la figura de este insigne profesor: «era un humanista de excepcional categoría y profesor de tal capacidad comunicativa que inspiraba una gran confianza. En el fondo, no era un profesor, era un amigo con el que se compartía, se debatía y se aprendía. Enseñaba a todas horas y en todo momento: en clase, en el paseo, en la conversación, en la comida». Así lo recordaría en su vejez. Sus enseñanzas «no terminaban, para los alumnos, con la hora de clase, sino que continuaban en misión permanente adoctrinándoles, desde la vida, con el análisis de las ideas y de los hechos del ambiente exterior». La docencia de Barandiaran se sustentaba en la participación activa del alumno en el proceso de estudio. Les entregaba cuestionarios de geología, de etnografía y folklore, de sociología religiosa, de etimología y lingüística para que rellenaran durante las vacaciones y les orientaba sobre la manera de tomar notas y redactar informes con datos etnográficos tomados de sus lugares de origen. Les pedía que recogieran toda la información que pudieran de sus pueblos (dichos, canciones, tradiciones), los llevaba a visitar cuevas y a excavar yacimientos prehistóricos, poniéndoles en contacto directo con la actividad científica, recogiendo, limpiando y datando mediante las más modernas técnicas estratigráficas los restos del pasado. Esas actividades les servían de base para redactar ensayos que luego él corregía. Con él no había exámenes, sólo un trabajo intenso, muy exigente, en el que el alumno debía aposentar los conocimientos absorbidos en la clase, las lecturas y las prácticas de campo.

La pedagogía y personalidad de Barandiaran abría a los seminaristas más perspicaces e inquietos «a un mundo nuevo respecto de los otros profesores». La impronta que trasladó a éstos no venía sólo de su capacidad para formar hombres prácticos, pacientes y trabajadores, sino también de la hondura espiritual sobre la que hacía descansar su ideal docente. Era un hombre de saber polifacético y espiritualidad franciscana, que poseía un «poder metafísico poco común» gracias al cual «nos hizo pensar, nos hizo escribir sin vaguedades, metiéndonos en el tema y, además, nos enseñó los caminos seguros de la fe cristiana». Éstos serían los recuerdos de José María muchos años después. Tal vertiente espiritual permitió que la influencia de su pensamiento irradiara en todos los planos de la vida del Seminario y que el propio Joaquín Goicoecheandía se considerara, como su amigo Rufino Aldabalde, discípulo de aquél. Así fue como José María tomó una serie de pautas de trabajo que en este verano de 1933 comenzó a llevar a la práctica recorriendo los caseríos de las anteiglesias de Markina, recogiendo cuentos, cantos, músicas, cantares, refranes, dichos, poesías, juegos de palabras. El joven charlaba con los baserritarras y trataba de convencerles de que eran dueños de un legado cultural inmenso que debían de cuidar y atesorar con mimo, que él recogía en papel con

igual fin. Para ello iba provisto de un cuaderno de trabajo en donde iba apuntando las informaciones que tomaba de Etxebarria, de Barinaga, de Ondarru.[19]

Todo este trabajo completaba su vida espiritual estival. Oraba y meditaba en su habitación o cerca del caserío, tomando notas en cuartillas que luego leía en silencio. Asistía a misa diaria con Juan Barquín que recordaría años después, la «conducta moral religioso-social intachable» que mostraba, profundamente «piadosa». Compartía paseos y charlas con sus compañeros seminaristas, los hermanos Paulin y José Manuel Solozabal y, muy en especial, José Gandiaga. Y aprovechaba una bicicleta que había obtenido en Vitoria en una rifa para recorrer los montes cercanos, pedaleando durante horas, disfrutando de la naturaleza y valiéndose de ella para, como aconsejaba su Director Espiritual, elevarse en el pensamiento de Dios.

Una última actividad realizó este verano. En el mes de septiembre el semanario *Ekin,* publicado por la asociación *Jaungoiko-Zale,* tuvo un corresponsal en Barinaga que firmaba con el seudónimo de *Zaguxarra* diversas noticias breves el 16 de septiembre de 1933. Desde febrero de 1932 la revista *Jaungoiko-Zale* había sido sustituida por *Ekin,* con 8 páginas, que publicaba noticias locales, estatales e internacionales de toda clase, con un espacio importante dedicado a asuntos de tema religioso, en un euskera sencillo y popular. Es en ese semanario donde en septiembre de 1933 aparecieron unos artículos firmados con el seudónimo de *Zaguxarra* y Txepetxa de signo popular y *abertzale.* Eran noticias cortas que daban cuenta de nacimientos, defunciones y movimientos de los habitantes de la anteiglesia, el tiempo, etc. Bajo *zaguxarra,* muy probablemente, se escondía un José María que hacía sus primeros pinitos periodísticos.[20]

---

[19] AJMA, C3: documentos etnográficos sin fecha, desde 1933; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 27; Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* p. 128; Manterola y Arregi: *Vida y obra de D. José Miguel de Barandiaran,* pp. 265-266; Andrés Ibáñez: «D. José Miguel visto por un muchacho», *Surge,* nº 533, 1992, p. 98; su método empírico de encuestas en Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1183-1209; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 147-148; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 53-54; Luis de Barandiaran: «José Miguel de Barandiaran, reformador de los estudios eclesiásticos en el Seminario, de los Estudios Vascos en Euskalerria y pionero de la cultura vasca», *Surge,* nº 37, 1977, pp. 239-265. Datos contrastados con Augustin Zubikarai: *Oroipen eta ikuspegi,* Flash Composition, Bilbao, 1994, p. 329; «On Joxemiel Barandiaran», entrevista de Javier Marcos a José Miguel de Barandiaran, en *T.U.,* nº 332,1990, pp. 21-23, esp. p. 22; JMAFO9 y JMAFO10.

[20] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº 38 (B), Causa 189/37, hoja 6, Escrito de Juan Barquín y Trueba, Cura Párroco de la Iglesia parroquial de S. Pedro Apóstol de Barinaga, fechado el 4 de mayo de 1937, manuscrito. Contrastado con JMAFO1-I-II y JMAFO4. Los datos sobre *Jaungoiko-Zale* en *Le Clergé Basque,* pp. 68-69; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* II, pp. 681-701 y Urrutia: *Juan Bautista Eguzkitza (1875-1939),* pp. 1-2 y 6-11. La colaboración de José María con *Ekin* la menciona con reservas Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp 55-56. Mi juicio sobre ella es positivo pues su conexión con la sociedad *Jaungoiko-Zale* venía de atrás, de la época del Seminario de Castillo-Elejabeitia. Manuel Lekuona era, además, colaborador de esta asociación. Entre las fuentes que José María utilizará en sus escritos sobre la cuestión social figura Juan Bautista Eguzkitza, uno de sus fundadores. Por si fuera poco, en la portada que dibuja para el número 7 de la revista *Kardaberaz* aparece un aldeano leyendo el periódico *Ekin.* Arexolaleiba presenta una fuente que no identifica y que narra lo siguiente:

El 1 de octubre de 1933 comenzó el triduo de ejercicios espirituales que antecedía al nuevo curso. Finalizó con una misa de comunión general de los seminaristas oficiada por el Obispo. Después tuvo lugar la ceremonia de apertura en el Salón de Actos del Seminario, con un discurso inaugural de Joaquín Goicoecheaundía sobre *El problema del conocimiento.* Por aquel tiempo el país andaba revuelto debido a las supuestas apariciones de la Virgen en el pueblo guipuzcoano de Ezkioga, que movilizaron a grandes masas católicas pese a no disfrutar de permiso eclesiástico. Las muestras de histeria colectiva que se sucedieron en ese tiempo beneficiaron al Gobierno laicista, que recrudeció su política anticlerical. El claustro del segundo curso de Filosofía lo formaban Ignacio Iztueta, profesor de Ontología y Cosmología; Leoncio Arabiotorre, profesor de Psicología; Manuel Lekuona, profesor de Griego Bíblico, y José Miguel de Barandiaran, Profesor de Geología, Paleontología y Prehistoria. El peso de los profesores del *Lyceum* era de nuevo patente.

En los apuntes que José María toma de las clases de Arabiotorre este año subraya con tinta negra la necesidad de valorar el trabajo manual y su utilidad social. El joven asimila las ideas innovadoras de sus profesores, las contrasta con su identidad personal y crea el armazón de un pensamiento propio y ordenado. Uno de los pilares de su futuro ideario social, la dignificación del trabajo manual y, consiguientemente, de la formación profesional, muestra sus raíces ya en este tiempo. Arabiotorre les había insistido en el curso pasado en este valor tan campesino, subrayándoles cómo la vida de Jesús constituía una auténtica apología del trabajo manual. En sus apuntes de este nuevo curso aparecen numerosas referencias, cuidadosamente subrayadas, a la santificación del trabajo y a los valores que debían ir asociados a él como la humildad y el esfuerzo.

En sus apuntes aparecen, junto a las referencias a la Química, Geología y Biología, numerosas reflexiones filosóficas sobre el materialismo que denotan la impronta académica de Barandiaran, hombre que volcaba su inmenso saber en todas las asignaturas que impartía. En sus clases mostraba al hombre vasco como un tipo humano que desde la más remota antigüedad ha creído en un Ser supremo *(Jainko)* que la evangelización cristiana adaptó a Dios. Desde entonces el cristianismo se ha convertido en el andamiaje primario de la vida vasca,

---

«Antes de la Guerra [José María] también escribía artículos en la prensa, siendo seminarista. Por lo visto un criado de su caserío, ex fraile, le mandaba reseñas de actos políticos y D. José María las hilaba y las mandaba a la prensa. Uno de sus seudónimos fue el de *zaguxarra.* (...) Se acuerda de una reseña periodística que escribió sobre un mitin en Marquina en un mano a mano entre José Antonio Aguirre (en euskera y castellano) y D. Marcelino Oreja (en euskera). Era por el año 1933.» (Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 56). Los datos coinciden cronológica y temáticamente con los artículos de zaguxarra en Ekin. Esta colaboración está, además, respaldada con JMFO3-IV. Las noticias escritas por *zaguxarra* en *Ekin* 1933-Iraila-16, 23, 30.

sobre el cual se ha sustentado la familia como eje social. Estas mismas ideas que escuchaba en sus clases las leía en un libro que adquirió en este curso y que sintetizaba en euskera el ideal antropológico vasco de Barandiaran: *Euskal-eriko lehen gizonak,* publicado en 1934 por la editorial *Itxaropena.* La presencia de estas ideas, fuertemente imbuidas de humanismo religioso, están presentes en curiosos detalles del inconsciente de José María, como los rostros de aldeanos tópicos, de largo mentón y obligada *txapela,* con que decoraba sus lecciones de ésta y otras asignaturas. Pero, sobre todo, aparecen muy maduradas en ensayos de futuros cursos como el titulado *La moralidad y la idea religiosa,* compuesto para el 2º curso de Teología del Seminario de Bergara, en 1938, en que aborda la relación entre el hombre primitivo y el hecho religioso y que había titulado, con tono deudor del imaginario de su, por entonces, exiliado profesor, *La Magia y la Religión.*

Durante este curso 1933-1934 José María intensificó su familiaridad con el método científico de Barandiaran, que les comprometía en la clase de Geología a estudiar, en sus vacaciones, su terruño y sus accidentes orográficos e hidrográficos, la composición del material rocoso del subsuelo, la datación del período geológico a que pertenecía y demás detalles peculiares, confeccionando fichas que luego le presentaban y comentaban. Barandiaran proporcionó al joven una comprensión integral de su vida y su religiosidad campesina como fundamento de su vocación y su futuro ministerio. De ahí que la noción virtuosa de la vida y del trabajo saturada de humanismo religioso que Barandiaran comunicó a los alumnos acabara por penetrar hasta el tuétano del joven seminarista, gracias también a la insistencia que en ella hacían otros profesores como Arabiotorre y, especialmente, Joaquín Goicoecheaundía. Su afición a componer fichas menudas como soporte material de su pensamiento y obra futura debe remitirse, igualmente, al legado intelectual que guardó del Vicerrector del Seminario de Vitoria.[21]

Kardaberaz bazkuna

El 4 de noviembre de 1933 José María compuso una oda titulada *A Euzkadi,* preñada de una solemnidad patriótica de resabios fueristas

---

[21] AJMA, C1: Apuntes escolares: «Psicología aplicada,, manuscrito, sin fecha [1933-1934]; apuntes manuscritos sin fecha y «apuntes de Geología», manuscrito, sin fecha; ensayos de Bergara en C4: «La moralidad y la idea religiosa» y «La magia y la religión», fechados en «Enero 1938»; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 110; el ideal de hombre vasco de Barandiaran en Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1253-1261; *BOOV,* LXIX, 1933, pp. 578-579 y 593, el discurso de apertura de Goicoecheaundía fue reproducido en *Idearium* II, nº 8, 1935; ejercicios durante el curso de geología en Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* p. 133; influencia de Barandiaran en José María, ya citada en la nota 19 de la mano de Larrañaga y del propio Barandiaran, también en Erkiaga: *Gizonaren aldia,* pp. 29-30. Impronta docente de Arabiotorre contrastada con JMAFO10.

decimonónicos. La patria vasca es, en ella, una comunidad ancestral de contornos étnicos, identificada con una naturaleza singular y una lengua que aparece como cauce de expresión de un organismo eterno sostenido por valores espirituales a los que es ajeno un colectivo impostor y tiránico: Castilla. La frontera de identidad entre Euskadi y Castilla es, por ello, una frontera moral. La evocación de la nación propia está sustentada en una metáfora natural de signo regenerador identificada con la lengua vernácula. La patria vuelve a florecer porque es un organismo vivo. Y el cauce de ese nuevo florecer es la recuperación del espíritu nacional depositado en ella. Tal es la reflexión patriótica que propone en este escrito redactado en castellano.

El nacionalismo no es tanto una ideología, un sistema cerrado y ordenado de ideas, como una cultura, una red de imágenes y signos que ordenan y definen la identidad social del individuo. Su condición cultural queda patente en esta curiosa oda patriótica compuesta por José María en el inicio del nuevo curso académico. El relato que desarrolla evoca representaciones patrióticas contemporáneas como la que el escritor nacionalista Domingo de Aguirre ha compuesto en su popular novela *Kresala.* En esta obra Aguirre reivindica, como José María, el tiempo pasado en que los vascos fueron libres, sin por ello haber negado su concurso y ayuda a España. Y en esta novela Aguirre, como ahora José María, presenta una crítica feroz a los vascos traidores a la patria, los «viles», los *bedartzarrak* («las malas hierbas»), que habían abandonado la lengua nacional a su suerte en favor del castellano. Pero hay una diferencia sustancial en el tono, más moderado, de José María, que no sugiere como sí hace Aguirre la necesidad de «arrancar estas malas hierbas». En el joven seminarista todo se cifra más en el trabajo personal que cada uno debe hacer por el bien de su pueblo. Porque por debajo y por encima de la patria debe estar Dios.

Las fuentes nacionalistas alimentan una imaginación patriótica que, en José María, adquiere un signo melancólico. La nación es imaginada desde una vivencia romántica, muy religiosa pues su pasión anuncia su consiguiente resurrección, su renacimiento, su florecimiento, tal y como apunta la metáfora orgánica a que recurre en éste y otros muchos escritos de estos años, especialmente los que redactó durante la Guerra Civil para los periódicos *Gudari* y *Eguna.* José María es un patriota vasco convencido, un *abertzale,* en un tiempo en el que el nacionalismo prende con intensidad en una población seminarista de edad propicia a tales pasiones. Los seminaristas euskaldunes eran portadores de lealtades vasquistas tomadas de sus familias y entornos humanos e identificadas con el nacionalismo vasco. Estas aspiraciones eran combatidas con excesivo celo, criticadas y simplificadas tanto por la jerarquía más españolista de la Iglesia como por las autoridades republicanas. En tal ambiente el alumnado vasquista adquiría represen-

taciones dicotómicas de su identidad nacional, pues aprendía que, para ser auténticamente español, debía renunciar a lo vasco, por lo que, como vasco, no podía ser español y debía confrontar su identidad con la de España.[22]

La atmósfera política animaba la esperanza en la patria vasca, que parecía acercarse a un horizonte de autogobierno de la mano de las masivas demandas de Estatuto de Autonomía que tenían eco en las Cortes republicanas. Pero José María si bien se consideraba abertzale, se tenía antes por cristiano. Lo hondo de su vocación sacerdotal y su madurez intelectual le llevaron desde el principio a advertir el peligro que suponía para su futuro ministerio un nacionalismo demasiado arraigado. El matiz que los testimonios de sus condiscípulos conceden a su patriotismo vasquista, «discreto», es, en este sentido, muy clarificador. Más que *discreto* podría decirse *íntimo,* pues su cauce de expresión apenas superó el marco de los trabajos ensayísticos o poéticos que realizaba para Kardaberaz. Pero como *discreto* patriota estaba muy interesado durante las vacaciones estivales en los avatares políticos a los que permanecía ajeno en el Seminario. Leyó todo lo que cayó en sus manos sobre las enconadas polémicas en torno a la cuestión del catolicismo en el nacionalismo vasco, muy vinculadas al progresivo deterioro de las relaciones entre el PNV y la derecha españolista de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y la Comunión Tradicionalista, que ocurría también en el interior del Seminario.

---

[22] AJMA, C4: «A Euzkadi», manuscrito fechado el 4 de noviembre de 1933. El ideario patriótico de esta poesía aparece en todos sus ensayos literarios de la época seleccionados en *Recopilación de textos...,* Libro 13, tomo VII, *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* documentos 1-6). El abertzalismo de José María en Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 12, contrastado y ampliado con JMAFO3-I y IV, JMAFO6, JMAFO9 y JMAFO10; la presencia creciente del nacionalismo en el clero joven de los años treinta, frente a la preeminencia carlo-integrista en el de más edad y la jerarquía, en Aizpuru y Unanue: «El clero diocesano guipuzcoano y el nacionalismo vasco», pp. 294-295 (fenómeno que tiene como ejemplo sociológico el caso de Barinaga, donde uno de los párrocos, Juan Barquín, era carlista mientras su compañero, más joven, era nacionalista, al igual que los seminaristas de la zona como el propio José María o Gandiaga). El españolismo (carlista) de Barquín en JMAFO1-II y JMAFO3-IV. Éste último testimonio contrapone Barquín al otro párroco aludido, José María Ugartetxea, que era nacionalista vasco y al que fueron afectivamente más cercanos los seminaristas pese a que el vínculo litúrgico lo tenían con el primero. Un análisis empírico de este crecimiento sociológico del PNV en la Bizkaia y Gipuzkoa euskaldún de estos años es el de Tapiz: *El PNV durante la II República (organización interna, implantación territorial y bases sociales);* la cita final corresponde a la valoración que sobre la cuestión identitaria en el clero vasco de estos años hace Frances Lannon: «Un desafío vasco a la Iglesia española de la preguerra civil», *Revista Internacional de Estudios Vascos,* t. XXXI, nº I, 1986, pp. 93-95, asimilable a la realizada por el antiguo Obispo Mateo Múgica desde su exilio francés durante la guerra (Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* IV, pp. 2146). Respecto a la relación entre nacionalismo y juventud, ya hace muchos años que E. Kedourie y K.R. Minogue definieron a aquél como «una cruzada de niños» y «una idea para jóvenes» respectivamente. George L. Mosse también ha abordado esta relación, destacando cómo el concepto actual de juventud y los valores que a ella se le suponen son, en buena medida, un invento del siglo XIX creado por la cultura romántica que alimentó el propio nacionalismo. Remito a Elie Kedourie: *Nacionalismo,* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1985, p. 78; Kenneth R. Minogue: *Nacionalismo,* Eds. Hormé, Buenos Aires s.f., 1975, p. 10; George L. Mosse: *Nationalism and Sexuality. Middle Class morality and Sexual Norms in Modern Europe,* Howard Fenting, New York, 1985.

En la carta que Mateo Múgica había enviado a los seminaristas de la diócesis nada más volver del destierro, el 23 de junio de 1932, había dejado claro que «la política partidista hace repulsivo al sacerdote» y ordenado que los claustros cuidaran escrupulosamente «que los seminaristas no lean periódicos de ninguna clase, ni sostengan discusiones políticas, ni ostenten jamás insignias de partidos políticos determinados, ni acudan a mítines partidistas, ni concurran a casinos, círculos o centros que estén registrados o reconocidos como políticos». El prelado hablaba cada mes a los seminaristas vitorianos y les repetía que «no son los sacerdotes políticos los que salvan las naciones, sino los santos» y que el país andaba roto por «la división de los católicos por pasiones políticas». En tal grado se inculcaba desde el claustro, Rectorado y Obispado este principio que en el programa oficial de la *Ratio Studiorum* del Seminario se obligaba a los alumnos a desarrollar el tema «Cómo el sacerdote que se adhiere a un partido político compromete los intereses de la Religión, contribuyendo a hacer ineficaz su ministerio sagrado».

Estos principios de apoliticismo eran asumidos en grado máximo por Joaquín Goicoecheaundía en sus directrices espirituales. Subrayaba a los seminaristas que el cura político era un «traidor a las almas», pues «el sacerdote es para todos (...) [por lo que] pierde su auténtico significado cuando es parte de los problemas políticos». Su confesión coetánea resulta muy orientativa del futuro perfil sacerdotal de José María: «He sido siempre un loco convencido de que un sacerdote enfrascado en ideales políticos defraudará en mayor o menor escala las exigencias sacerdotales de su vocación y los deseos apremiantes de Jesús Sacerdote (...). Esto lo he predicado por activa y por pasiva, en privado y en público: «Sacerdote siempre» «siempre y en todo sacerdote» es el gran lema que he comentado mil veces aspirando a que mis seminaristas brillen con la máxima autoridad sacerdotal en medio de los hombres». El 3 de mayo de 1932 Pío XI, en su encíclica *Caritate Christi compulsi,* había denunciado el «amor desordenado a la patria» como una de las causas de la crisis contemporánea y había condenado con radicalidad el «nacionalismo exacerbado».[23]

No hubo de serle fácil a José María seguir esta doctrina y doblegar el «hervor patriótico» que bullía con fuerza en su interior. Cuando

---

[23] *BOOV,* LXVIII, 1932, pp. 452-453; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 106 y 105-113, las citas las he tomado de las pp. 112-113. Las otras citas son de Mateo Múgica: *Imperativos de mi conciencia,* sin dato de imprenta, Cambo, 1945, pp. 18-19. El análisis (exhaustivo) de la política enérgica de Mújica y los superiores del Seminario en Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* IV, pp: 1837-1842, 1856-1877, 1886-1889. Información complementaria en Rivera y de la Fuente: «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», 1999, p. 84; Onaindía: *Ayer como hoy,* pp. 12 y 108-111. Ejemplo de las crecientes críticas al supuestivo abertzalismo de la Iglesia vasca por la derecha españolista en *ABC* 10-VIII-1934. Los problemas que la doctrina oficial de la Iglesia ponía a la militancia nacionalista del clero fueron abordados por J. Aitzol en *Euzkadi,* 11,18, 23 y 28 de septiembre y 19 de octubre de 1932.

había comenzado sus estudios de Latín en Castillo-Elejabeitia, representantes de publicaciones religiosas en euskera *(Jaungoiko-Zale, Jesus'en Bijotzaren Deia, Argia, Zeruko Argia)* celebraron una asamblea en Mondragón junto a escritores euskaldunes y decidieron formar una organización que impulsara un movimiento cultural en favor del euskera: *Euzkaltzaleak.* A la caída de la Dictadura de Primo de Rivera la Organización aprovechó el clima de libertades de la II República para crecer. Su Secretario General, José de Ariztimuño, emprendió una promoción de certámenes culturales en los que participaban numerosos seminaristas y sacerdotes. Mítines, representaciones teatrales, concursos de bertsolaris, exhibiciones de danzas, certámenes literarios florecieron por toda la geografía vasca animando a los euskaldunes a utilizar su idioma en todas las manifestaciones de la vida. El certamen más importante promovido fueron los *Días de la Poesía Vasca.*

En 1933, *Euskaltzaleak* comenzó a publicar *Yakintza,* que contó con la colaboración de más de sesenta sacerdotes y religiosos. Dirigida por Ariztimuño, esta revista estaba dividida en varias secciones en las que se exponía periódicamente la realidad cultural vasca. Sacerdotes como el propio Ariztimuño, Resurrección María de Azcue, Manuel Lecuona, José Miguel de Barandiaran, Gabriel Manterola, Alberto Onaindía o Policarpo de Larrañaga colaboraron en ella. Los intelectuales que colaboraban con este movimiento cultural «renacentista», muchos de ellos religiosos, eran promotores de un ideal patriótico destinado a despertar la conciencia nacional del pueblo vasco, que consideraban dormida. El vasco «renacentista», afirmaba Ariztimuño, era un idealista cuyo mérito estaba en pretender la resurrección espiritual de su pueblo a través de la promoción de su denostada lengua. Ya no bastaba con agitar las conciencias patrióticas recurriendo al castellano, era necesario escribir en euskera. Toda esta doctrina fue expuesta en artículos publicados en periódicos como *Euzkadi* y *El Día* que José María leía durante sus estancias estivales en Iturbe. Además obtenía información de ellos en la Biblioteca del Seminario y en las lecciones de profesores simpáticos a ella como Barandiaran, Lekuona, etc. El gran número de artículos de prensa «renacentistas» que conservó es buen exponente de dicho interés.[24]

«El patriotismo vasco infunde en los jóvenes amor a la tradición, intensifica su fe cristiana, los llena de espiritualidad.» Esto defendía José Ariztimuño y tal era el fin que José María buscaba. El marco propicio para entregarse al cultivo de la lengua vasca era la Academia Kardaberaz, dividida en dos secciones destinadas al perfeccionamien-

---

[24] AJMA, Caja Transfer I, carpetas de artículos sueltos tomados del diario *Euzkadi,* numerados a mano y mayoritariamente sin fechar; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1174-1180 y IV, pp. 1274-1283.

to lingüístico de teólogos y filósofos. Cada una era autónoma, pues las capillas estaban separadas y hacían vida independiente. Los miembros más sobresalientes de ambas participaban habitualmente en concursos y certámenes poéticos y literarios. Esta Academia trabajaba en diversos planos: constituyendo un archivo con ficheros de terminología e investigación lingüística, traduciendo obras literarias famosas, redactando libros de historia sagrada e historia del País Vasco, etc. Sin embargo, la inquietud de algunos de sus miembros por la causa de la lengua vasca desbordaba sus cauces de trabajo.

El 16 de noviembre de 1933 varios alumnos de 2º de Filosofía decidieron fundar, en el marco de la Academia Kardaberaz, una sociedad *euskaltzale* destinada a la promoción del euskera. La reunión contó con la participación de Anastasio Albixu, Serafín Esnaola, Alejandro Mendizabal, Ramón Narbaiza y José María. Decidieron denominarse «Tercer Nivel de la Sociedad Kardaberaz» *(Kardaberaz-bazkuna'ren Irugarren Maia)* y le dotaron de un lema *Aurrera beti* («Siempre adelante»), que acabó convirtiéndose en la denominación más común del colectivo. Todos acordaron que el más indicado para redactar sus estatutos era José María, que elaboró también su manifiesto fundacional, en el que asociaba el trabajo de la sociedad con el ideario renacentista. El objeto de la asociación era convertir el euskera en un óptimo instrumento pastoral para poder divulgar la palabra de Cristo en el pueblo una vez alcanzaran el ministerio sacerdotal.

La tesis central del manifiesto fundacional de esta sociedad juvenil fue tomada por el joven marquinés del jesuita Agustín Cardaberaz: *Baña gure Pobrecho on ascoren animac salvatceco. Euscarac buruajasotcea, Jaincoac nai du* («Dios quiere que el euskera levante las almas de muchos de nuestros buenos pobrecitos»). Cardaberaz era una de las cabezas del «foco místico vallisoletano» del siglo XVIII (junto con otros jesuitas como Oyos, Calatayud, etc.). Este foco, no por casualidad, constituía una de las fuentes intelectuales de la espiritualidad francesa germinada en el Seminario de Vitoria en torno al grupo de amistad de Goicoecheaundía, Aldabalde, Iceta, etc. En base a este compromiso religioso de la sentencia fundacional de Cardaberaz, José María estructuró un reglamento asociativo cuyos nueve capítulos definían nítidamente el compromiso euskaltzale de los socios y su expresión en reuniones, trabajos, etc., así como su apoliticismo y los castigos derivados de la infracción de sus normas. Aprobado por Lekuona y el Rectorado, redactó a máquina el reglamento definitivo el 29 de noviembre de 1933.[25]

---

[25] AJMA, C1: *«Kardaberaz-Bazkuna'ren Irugar'en Mala. Arautegia»,* documento fechado en Gasteiz *1933'ko - Azila'ren - 29'an;* acta de la reunión de *Aurrera Beti* de 16 de noviembre de 1933; testimonio 14 en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 44-45; Arexolaleiba *D. José María Arizmen-*

Kardaberaz bazkuna fue bautizada el día de San Andrés, 30 de septiembre de 1933, unos días después de la celebración en todo el País Vasco del referendum en favor del Estatuto de Autonomía. El contexto ideológico-político influyó, evidentemente, en su fundación. La minuciosidad de los estatutos, la sencillez y funcionalidad de sus claves gestoras y administrativas revelan la madurez en su joven redactor y su capacidad de absorción de influencias de todo tipo, desde el movimiento renacentista (en el modelo de financiación de la sociedad, en su ideario sobre la promoción activa de la lengua y la cultura vasca mediante certámenes y revistas) a la doctrina de la Iglesia (en lo referente al concepto de patria o a la pastoral en lenguas vernáculas). También era deudor del movimiento asociativo de academias literarias, musicales y misionales del Seminario, de Barandiaran y sus grupos de trabajo de seminaristas (los *talleres Gymnasium)* cuyo influjo estaba nítidamente presente en el ideario de la nueva sociedad, en el perfil de sus asociados como *hombres de acción,* capacitados para llevar a cabo labores científicas e intervenir en la realidad social.

Y en todo ello fluía, como cauce fundamental, una nueva espiritualidad. La impronta de Joaquín Goicoecheaundía estaba presente en la filosofía asociativa de este colectivo de seminaristas que, vinculados por la amistad, pretendían compartir sus inquietudes en el terreno cultural. También en su ideario de promoción de la cultura como instrumento de acción pastoral mediante el trabajo personal, a través del cual el seminarista adquiría las cualidades que le acercarían al ideal de santidad sacerdotal. También se percibe esta influencia en la medida que el grupo compartía una fuente común con la mística transmitida por su Director Espiritual: Agustín Cardaberaz. Bajo todo, en definitiva, bullía una inquietud religiosa matriz. Lo recordaría uno de sus integrantes, Serafín Esnaola, muchos años después: «El euskera servía para perfeccionar la labor sacerdotal. D. José María estaba convencido de que el euskera era necesario para ser sacerdote y se dedicaba a perfeccionar el euskera para ser mejor sacerdote». En el fin último se encontraba la Iglesia, no la patria, que era un cauce, un instrumento, nunca un fin en sí mismo. El patriotismo *abertzale* de la agrupación mostraba un talante conciliador que quedaba atestiguado en el reglamento y su aplicación por José María en las reuniones semanales y en la correspondencia que cruzó con otros seminaristas, socios o no, en donde subrayaba que el euskera nada tenía que ver con la militancia política y que cualquier desviación de este patrón sería severamente castigada.[26]

---

diarrieta eta euskera, pp. 25-26; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 13-24; Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, p. 1156 y IV, p. 1295; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 100 y 106.

[26] AJMA, C1 y C2: actas de reuniones de *Kardaberaz bazkuna* y correspondencia, 1933-1935; testimonio 14, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* documento mecanografiado, inédito,

El 30 de noviembre José María fue nombrado Subdirector de la sociedad, es decir, su responsable de facto, pues el Director, Lekuona, realizaba una labor de mera supervisión. Celebraban un promedio de tres reuniones por mes, a las que se añadían las juntas ordinarias y extraordinarias. Siempre se rezaba antes de abrir las asambleas, que eran conducidas por el Secretario y estaban organizadas de forma democrática, interviniendo por orden los socios que lo desearan, presentando mociones e iniciativas, discutiéndose asuntos presentados para tal fin, etc. *Kardaberaz bazkuna* se convirtió en su gran pasión. En una de sus muchas mociones defendió, ya en 1934, la necesidad de producir textos científicos para dotar a los estudios euskaldunes de un corpus documental. Propuso que la elaboración de estos textos, denominados *Jakintza Gaiak,* tuviera dos planos: por un lado, la confección exprofeso de ensayos científicos, que serían destinados, junto a los literarios y lingüísticos, a la revista de la asociación; por el otro, la traducción de textos ya elaborados o de lecciones de los profesores, con igual destino.

Este trabajo de traducción había comenzado a realizarlo el curso anterior, en el marco de sus colaboraciones para la Academia Kardaberaz. Había seleccionado la asignatura de Lógica y Crítica del Conocimiento que Joaquín Goicoecheaundía impartía en latín y había ido traduciendo todas sus lecciones al euskera. «A nadie se le ocurrió, ni antes ni después, juntar el estudio de la asignatura con la redacción por escrito, en euskera, de las lecciones que se estudiaban en libros de texto escritos en latín», recuerda Goicoecheaundía. La influencia de Lekuona en esta insólita iniciativa hubo de ser importante. Éste había publicado, por entonces, la traducción euskérica de un manual litúrgico en latín. Editado por la sociedad *Jaungoiko-Zale,* en este libro proponía que el mejor vehículo para la buena inteligencia popular de la liturgia católica fuera la lengua vernácula, de manera que ésta pudiese ser mejor explicada. Para ello, era necesario producir versiones en euskera de los textos latinos y ése era el fin de su manual, que contaba con el visto bueno del Obispo Mateo. Fue seguramente guiado por él como José María tradujo las clases de Goicoecheaundía. Después, durante el primer año de la nueva sociedad, comenzaron a recogerse otras clases, como las que impartía Barandiaran, como material científico destinado a la revista.[27]

---

p. 45; José María Mendizabal: «Hitzaurrea», en *Recopilación de textos...,* Libro 13, Tomo VII, *On José Mariaren Euskal Idatziak;* Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 12-13. Contrastado y ampliado con JMAFO3-I y JMAFO3-III, JMAFO4 y JMAFO10.

[27] AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homilía en la Misa del homenaje de sus condiscípulos sacerdotes al benemérito D. José María Arizmendiarrieta en Loyola», mecanografiado, 10 de octubre de 1989, p. 3 y «¿Qué sabe usted de D. José María Arizmendiarrieta?», mecanografiado, 1989, p. 2; AJMA, C1: actas de reuniones de *Kardaberaz-Bazkuna «Aurrera-Beti», «Lenengo batzarra»;*

Este trabajo *euskaltzale* absorbía las inquietudes del joven marquinés. Una de sus preocupaciones era la ortografía y la sintaxis. En sus intervenciones en las asambleas semanales de la sociedad declaraba su pública admiración por el lingüista mondragonés Severo Altube, cuyos libros incorporó a la biblioteca de *Kardaberaz Bazkuna* y cuya preocupación por la limpieza de la lengua compartía. El euskera estaba en aquellos años reinventándose de la mano de una nueva generación de escritores que aspiraban a crear un idioma funcional y moderno, capaz de comunicar conocimientos tradicionalmente monopolizados por el castellano, de carácter filosófico y científico. Eso explica que muchas palabras fuesen neologismos que no pertenecían al vocabulario cotidiano y que debían mostrar entre paréntesis su significado en castellano. Dedicó horas y horas de su tiempo de ocio a este trabajo. Coleccionaba páginas de vocabulario euskérico, la mayor parte de ellas provenientes del diario *Euzkadi.* Con éstos y otros elementos fue elaborando un diccionario personal de más de 400 páginas del que se servía tanto para la redacción de estos documentos científicos y religiosos como para sus traducciones y versiones al euskera.

La culminación de esta labor intelectual llegó un año después, con su colaboración en el *Homenaje al Rector Eduardo Ezcárzaga,* una singular obra colectiva que simboliza los resultados del movimiento cultural renovador promovido por este Rector. Impresa el 20 de marzo de 1935, compila trabajos de profesores y alumnos siguiendo la línea de análisis y exposición científica fijada en la fenecida revista *Gymnasium.* José María presenta en ella un artículo filosófico de criteriología o epistemología. En él expone, acudiendo a fuentes escolásticas y positivas (Santo Tomás, John Locke, etc.) cómo Dios es el creador de las sensaciones humanas y del conocimiento. El texto es de lectura difícil, pues se ve obligado a recurrir a numerosos neologismos y a verbos sintácticos sin auxiliar. Tanto en la elección del tema como en las fuentes utilizadas planea la influencia de Barandiaran y, también, de Joaquín Goicoecheaundía, cuyo discurso de apertura del curso 1933-1934 había versado, precisamente, sobre esta cuestión. Este trabajo resulta una síntesis bastante ajustada de la personalidad y las capacidades que había alcanzado a los veinte años.[28]

Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 11; Arexolaleiba *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 34-37; Manuel Lecuona eta José Antonio Oar-Arteta: *Manuale Sacramentorum. Euskeraz Lecuona'tar Imanol eta Oar-Arteta'tar Joseba Andoni Jaupariak,* Jaungoiko-Zale'ren irakorlea, Zornotza, 1934, p. 4 y ss.

[28] *Arizmendi-Arrieta'tar J. Mª: «Zer ete doguz somagayak?»,* en *Al M. I. Sr. Rector y Predecto de Estudios Dr. D. Eduardo de Ezcarzaga y Solaun en el XXV aniversario de su ordenación sacerdotal. Homenaje del Seminario Diocesano de Vitoria,* Imprenta del Montepío Diocesano, Vitoria, 1935, pp. 285-292. Sobre esta obra, sus características y el papel de Goicoecheaundía: Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* I, pp. 211-221, Goicoecheaundía: *Antecedentes del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 148-149 y *BOOV,* LXIX, 1933, p. 579 y Rivera y de la Fuente: «Modernidad y religión...», pp. 84-85. La información sobre los *Jakintza Gaiak* la he ampliado y contrastado con JMAFO10.

El joven se entrega en cuerpo y alma a las actividades de su sociedad euskaltzale. El dinero que recibe de la familia lo destina a comprar libros en euskera o sobre la cultura vasca que lee sin descanso e intercambia con sus compañeros, colaborando en la creación de la biblioteca de la asociación. Sus compras y lecturas abarcan todos los planos del movimiento renacentista: revistas como *Yakintza* o *Antzerki,* libros de canto, poesía o teatro, cuentos, diccionarios de euskera-castellano, etc. *Euskaltzaleak,* E. Verdes Atxirika, *Jaungoiko-Zale'ren Irarkolan* son las editoriales que cuentan con más presencia en esta biblioteca. Colabora con la Sociedad de Estudios Vascos, con la que pudo contactar gracias a Lekuona o el propio Barandiaran, pagando una cuota anual de socio de dos pesetas. Producto de esta vinculación institucional son los números del *Anuario de Eusko-Folklore* y otros documentos de esta institución que aparecen en la biblioteca de *Kardaberaz Bazkuna* de 1934, que eran repartidos gratuitamente por *Eusko-Ikaskuntza* entre sus socios.[29]

Pronto fue aumentando la nómina de socios de *Kardaberaz bazkuna.* En la novena reunión, el 28 de enero de 1934, José María advierte a éstos sobre las faltas de asistencia y refuerza las sanciones por este motivo o por intentos de politización de las actividades de la sociedad?.[30] Esta línea de severidad continúa en las asambleas siguientes, pese a que en ellas el cargo que ocupará ya no será el de subdirector. En la junta extraordinaria celebrada el 7 de marzo varios socios, él entre ellos, insisten en la obligación de cuidar el uso del euskera a todas horas. Frente a la filosofía de la Academia que enmarca a la sociedad, que sólo indica la conveniencia de tal práctica, *Kardaberaz bazkuna* decide por mayoría que este objetivo debe cumplirse bajo pena de sanción. Varios socios se quejan de que algunos compañeros acuden al castellano a la menor ocasión. La junta decide por mayoría reforzar la obligatoriedad de «hablar euskera siempre» imponiendo penas de distintos grados, que iban desde la reprimenda personal hasta la entrega de avisos a través de tarjetas. A José María, como Subdirector, es a quien corresponde controlar las «desviaciones» de los compañeros. El ambiente se enrarece, pues muchos no aprueban estas medidas represivas, que se incrementan con penas económicas. El ocio de los socios transcurría, así, en un ambiente euskaldún forzado que era percibido

---

[29] AJMA, *Indice general de libros, revistas y documentos personales de D. José María Arizmendiarrieta,* documento inédito, 2002; C3: *«AURRERA BETI» Kardaberaz. Bazkuna'ren idaztiak»,* 1935; el vínculo con *Eusko Ikaskuntza* en C3, «Curriculum Vitae de D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», documento fechado en Mondragón el 9 de septiembre de 1963; ASEV, *Eusko-Ikaskuntza. Sociedad de Estudios Vascos.* 1932-1934. *Memoria de la sociedad,* Imprenta de la Diputación de Guipúzcoa, San Sebastián, 1935, p. 31; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 34-37 y Oyarzabal: *D. José María visto por sus condiscípulos,* p. 12.

[30] AJMA, C1: Actas de reuniones de *Kardaberaz-Bazkuna Aurrera-Beti,* «9grra.»; listado manuscrito de socios, sin fecha; Arexolaleiba *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 34. Ampliado con JMAFO3-I y III.

por compañeros seminaristas de militancia españolista de forma ofensiva. Muchos de ellos vieron en estas prácticas una voluntad expresa de rechazar y perseguir la cultura castellana, cosa que no era cierta, pues sólo había un deseo de evitar que el castellano, ya de por sí dominante en las actividades educativas, acabase por invadir los pocos espacios que aún no ocupaba.

Pero en el enrarecido ambiente político vasco este tipo de comportamientos no podían ser inocuos. A la altura de 1934, con un bienio de gobierno derechista a las puertas, el nacionalismo vasco comenzó a mostrar síntomas de debilidad. El PNV comenzó, desde septiembre de 1934, un viraje hacia un centrismo cristiano-demócrata tolerante políticamente (que no ideológicamente) con las izquierdas republicanas y obreras. Ello agrió su debate con la derecha católica españolista y orientó la movilización de ésta hacia el antinacionalismo vasco. En esta tensa atmósfera política el comportamiento de los seminaristas de *Kardaberaz bazkuna* se convirtió en uno de los recursos más importantes de denuncia de la supuesta connivencia entre el Seminario, el Obispado de Vitoria y el *separatismo*.

En 1940, recién finalizada la Guerra Civil, el Centro de Información Católica Internacional elaboró un exhaustivo informe acusatorio contra la Iglesia vasca. Una de las denuncias que recogía era el papel del Seminario de Vitoria, como supuesto campo de propaganda y comportamientos nacionalistas. Y el comportamiento de *Kardaberaz Bazkuna* fue uno de los contenidos más importantes de la denuncia. «Me consta, muy a ciencia cierta, que en el Seminario funcionaba un grupo de alumnos y profesores que estaban como juramentados de no hablar nunca en español, y así lo hacían; ellos mismos se imponían a sí mismos la sanción de cinco céntimos por cada transgresión. Créanme que existe mucha responsabilidad en algunos profesores.» Tal era la acusación, que provenía de un sacerdote alavés, probablemente compañero seminarista de José María. Poco imaginaba éste en 1934 que su compromiso con el euskera acabaría siendo carnaza para la propaganda política franquista posterior y que las actividades de su sociedad alimentarían un clima de recelo hacia el Seminario que llevaría al carlista José Luis de Oriol a llevar en volandas al Obispo hasta este centro educativo unos días después de la sublevación militar de julio de 1936 para forzarle a arengar a España ante la bandera monárquica instalada en su balconada.[31]

---

[31] AJMA, C1: Actas de reuniones de *Kardaberaz-Bazkuna «Aurrera-Beti»;* De la Granja: *El siglo de Euskadi,* pp. 211-227; Javier Tusell: *Historia de la Democracia Cristiana en España,* volumen II, Sarpe, Madrid, 1986, pp. 58-63 y ss.; Las denuncias contra el Seminario y las actividades de Kardaberaz en *El clero y los Católicos vasco-separatistas y el Movimiento Nacional,* Minuesa, Madrid, 1940, pp. 170-171 [Libro firmado por el Centro de Información Católica Internacional y atribuido al P. Constan-

Los jóvenes euskaltzales eran ajenos a todo esto en 1934. También sus profesores, cuyo temor era que tanta entrega a su sociedad pudiera afectar al rendimiento de sus estudios. Por ello les exigieron que alcanzasen en todas las asignaturas una nota mínima de *Benemeritus* (notable) para seguir con tales actividades. José María, como Subdirector, sintió la obligación de dar ejemplo. Aprobó todas las asignaturas con la nota más alta, *Meritissimus* (sobresaliente). El seminarista que marchaba a Barinaga en junio de 1934 era un muchacho «muy estudioso y muy espiritual (...) incapaz de hacer alarde de sus virtudes (...) abierto y comunicativo, con un sentimiento de seguridad en sí mismo, lejos de toda autosuficiencia, exponente inequívoco de su acusada personalidad, reflexivo y crítico en el buen sentido». Había ido abriendo su carácter reservado, permitiendo que compañeros y profesores accedieran un poco más a su rica personalidad interior, proceso en el que la guía espiritual que disfrutaba estaba jugando un papel fundamental.[32]

DE LA INQUIETUD SOCIAL A LA AMISTAD ESPIRITUAL

La sociología deJuan Thalamás

En julio de 1934, José María sigue visitando los caseríos de Markina, recopilando cantos, cuentos, músicas, refranes, versos populares, juegos de palabras. «Le he visto enfrascado, y a fondo, en la tarea de estudiar las esencias vascas, investigando costumbres, hábitos y canciones de los viejos del lugar», recordaría años después su íntimo Gandiaga. Cuando en las próximas navidades pasara a ocupar el cargo de Secre-

---

tino Bayle, «brazo derecho del Cardenal Primado de Toledo, según *El clero vasco frente a la cruzada franquista,* Egi-Indarra, Toulousse, vol. II, p. 6], denuncias ampliadas en Pedro P. Altabella: *El Catolicismo de los nacionalistas vascos,* Editora Nacional, Madrid, 1939, pp. 27-43 y 81-89. La movilización de la juventud carlista en la que militaba una parte importante de los seminaristas en Javier Ugarte: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco,* Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 19-33, 99-100 y 148-160. Remito también a Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1379 y IV, pp. 2266-2270 y al testimonio nº 21, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* p. 70; La izada de la bandera y el «rapto» del obispo en Javier Sánchez Erauskin: *El nacionalcatolicismo en las Vascongadas del primer franquismo (1936-45)* como clave del intento legitimador de un régimen, UPV, Bilbao, 1999, p. 241. La información proporcionada procede de Arexolaleiba *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 34. Todo contrastado con JMAFO3-I y III; JMAFO4, JMAFO8 y JMAFO10.

32 AJMA, C1 y ASDV, Fondo Secretaría, Libro Oficial de Calificaciones 1917-1935, Certificado de calificaciones de José María Arizmendiarrieta, curso 1933-34; testimonio nº 21, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* documento mecanografiado, inédito, p. 70 y AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homilia en la Misa del homenaje de sus condiscípulos sacerdotes al benemérito D. José María Arizmendiarrieta en Loyola», mecanografiado, 10 de octubre de 1989, p. 3, y «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta (q.e.p.g.)», mecanografiado, sin fecha, p 2; Oyarzabal: *D. José María visto por sus condiscípulos,* pp. 11-12. Apellániz: *Memorias de un cura vago,* p. 8. Ampliado y contrastado con JMAFO3-I, JMAFO4, JMAFO9 y JMAFO10.

tario de Kardaberaz bazkuna se encargaría de añadir a estas composiciones las que sus otros compañeros habían tomado de sus pueblos y territorios, siendo custodio de ellas como establecía la normativa de la sociedad, razón por la que, junto a las composiciones de Markina y sus anteiglesias cercanas, aparecen otras de Dima, Bergara o Soraluze. Algunas de ellas serán luego publicadas en la revista de la sociedad.[33]

Y, mientras, no deja de subir en bicicleta los montes cercanos a Markina, ascendiendo picos como el de Urkiola, contemplando la naturaleza, disfrutando del silencio, buscando el encuentro de Dios que le aconseja Goicoecheaundía. Y pasea, charla, conversa con sus compañeros. Y sigue leyendo. Recoge los números pasados del *Euzkadi,* selecciona las noticias que más le interesan y las guarda en dossieres y carpetas. Subraya párrafos con colores. Por sus ojos pasan, en estos días estivales, todas las polémicas políticas de la época. También recorta y clasifica artículos de los que se ayuda a la hora de elaborar, después, sus ensayos literarios y lingüísticos, sus traducciones del latín, el francés y el castellano, sus textos científicos y divulgativos encaminados a vigorizar el euskera como lengua total.

Pocos son los asuntos políticos de los que no esté informado desde una Óptica abertzale: el carácter anticatólico del fascismo y de su expresión española, el falangismo; el disputado concepto de «derechas católicas», especialmente a raíz de la quiebra final entre el nacionalismo vasco y el «españolizante» de los partidos de la CEDA, el debate entre el «sano regionalismo» revindicado por estos partidos y el «separatismo» de los nacionalistas vascos y catalanes; la demanda estatutaria y sus fundamentos patrióticos; el movimiento obrero y su estatismo-incompatible con el ideal nacional vasco; el laicismo estatal republicano; la libertad de enseñanza en el País Vasco y la cuestión de las ikastolas y de la Universidad. Guarda artículos sobre el nacionalismo irlandés, bretón, báltico o centroeuropeo, sobre el problema de las minorías nacionales en el Estado soviético y, muy en especial, sobre el avance del nacionalismo en el País Vasco francés. En el verano de 1934 está especialmente atento a dos polémicas muy importantes. Una, la generada por el Obispo Mateo al prohibir en julio la letra en euskera del «Himno de San Ignacio de Loyola», que el PNV había adoptado según la interpretación nacionalista de Sabino Arana. La otra, de unas semanas antes, tiene que ver con el conflicto surgido entre la Generalitat de Catalunya y el Gobierno de Madrid ante la cuestión de la Ley de contratos de cultivos, una norma aprobada en el parlamento autonómico catalán que el Gobierno de Lerroux derogó por considerarla inconstitucional. En protesta por ello Esquerra Republicana de Cata-

---

[33] AJMA, C1: Apuntes escolares: apuntes manuscritos sin fecha (1933-1936); Arexolaleiba *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 53; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 23 y 27-28.

lunya y el PNV retiraron sus diputados del Congreso. José María coleccionó toda la serie de noticias y editoriales que *Euzkadi* dedicó a la polémica, que derivó en el intercambio de duras acusaciones entre este periódico y los órganos de la derecha vasca y madrileña y demostró la ruptura irreversible entre el nacionalismo vasco y el español.[34]

José María había llegado a Barinaga ese verano portando la versión en euskera de la carta pastoral que en mayo el Obispo de Vitoria había escrito contra el paro obrero, que llevaba el título de *Langelditzea tu lanbako langilleak* y había sido publicada por la AVASC en Bilbao. En ella Mateo Múgica describía con trazos amargos la situación de tantas familias vascas hundidas en la miseria, recordaba la obligación cristiana de actuar contra estas situaciones desde la generosidad y la caridad, en favor de la justicia social, según las encíclicas *Quadragessimo Anno* y *Caritate Christi compulsi.* Proponía, así, a los gobernantes y, en especial, los empresarios, adoptar los salarios familiares y las Cajas de Compensación entre otras soluciones socialcatólicas. El joven leyó con atención el folleto, de lo que dan fe los numerosos artículos sobre la cuestión social que comenzó a coleccionar este mismo verano.[35]

Estas lecturas formaban parte de los momentos que el joven dedicaba al ocio en el marco de un horario cotidiano enfocado a la piedad

---

[34] Análisis elaborado a partir de la documentación albergada en AJMA, Transfer 1, carpeta D, y contrastado con Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* IV, pp. 1936-2026, De la Granja: *Nacionalismo y II República en el País Vasco,* pp. 470-473; Santiago de Pablo: «La Iglesia», en J.L. de la Granja y S. de Pablo (eds.): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX,* Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 307; De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico,* vol. I, pp. 259-261; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 17 y 28, y JMAFO3-I. La circular del Obispo sobre la letra del himno ignaciano en *BOOV,* LXX, 1934, pp. 496-497, remito también a *La Constancia* 15-VI-34.

[35] AJMA, Indice general de libros, revistas y documentos personales de D. José María Arizmendiarrieta, 2002, documento inédito; C1: *«AURRERA BETI» Kardaberaz. Bazkuna'ren idaztiak»,* 1935, en donde no aparece mención alguna a esta obra, lo que indica que formaba parte de su biblioteca personal. Un análisis exhaustivo del Boletín de la diócesis avala esta cronología de la preocupación de la jerarquía eclesiástica por la crisis socio-económica de la España republicana. Son 6 las entradas detectadas en 1933 sobre cuestión social frente a 1 en cada uno de los dos años anteriores y 1, también, en los siguientes. Posteriormente, sólo en 1951 vuelve ha haber 6 entradas sobre cuestión social, anteriormente sólo el BOOV de 1920 le había superado en entradas, precisamente en un momento de fuerte crisis económica suscitada por la recesión y la crisis industrial generada en España, especialmente en el País Vasco, por el fin de la I Guerra Mundial. (Debo esta información a Félix Núñez.) Un repaso de los artículos coleccionados por José María en ese verano de 1934 da una idea de la atmósfera de crisis social que flotaba en el ambiente y de los diversos planos en que ésta se manifestaba. Igualmente informa de las soluciones que el diario Euzkadi presentaba, que abordaban el problema mediante una síntesis de concepciones social-cristianas y tradicionalistas, en la línea de las estrategias planteadas por la Solidaridad de Trabajadores Vascos, en las que el cooperativismo constituye un importante recurso argumental: «Temas arrantzales. El Estatuto y las cofradías vascas», «Construcción nacional. Nuestra industria pesquera», «El paro obrero, el seguro del paro y las grandes obras públicas», «En defensa de los emolumentos», «La propiedad y los trabajadores vascos», «Cooperativismo agrario», «La paz social en Gipuzkoa», «El seguro mutuo de solidaridad», «Los seguros obreros: su organización», «La paz social en Gipuzkoa. Programa mínimo». Todos ellos en AJMA, Transfer I, carpeta D: «Artículos de prensa», sin fecha, numerados a mano; también remito a *BOOV,* LXXX, 1934, pp. 367-380. El folleto aludido es Muxika eta Urrestarazu'tar Mateo: *Langelditzea eta lanbako langilleak,* AVASC, Bilbao, 1934. La doctrina sindical de ELA-STV en Ludger Mees: *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social,* Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1992; la deriva cristiano-demócrata del PNV desde 1933 en De Pablo, Mees y Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico,* vol. I, p. 258 y ss. y Tusell: *Historia de la Democracia Cristiana en España,* volumen II, ob. cit.

y el cultivo de la espiritualidad. «Es muy conveniente el que fijes una distribución del tiempo real, que siempre tengas algo que hacer», aconsejaba Daniel Sola al seminarista en periodo vacacional. En esa línea, José María elaboró numerosos planes de vida destinados a sus vacaciones en Barinaga en los años 1933 y siguientes. Todos primorosamente expuestos, enmarcados por rayas que delimitaban los diferentes espacios horarios. Uno de ellos, redactado en euskera, cuenta cómo su jornada diaria empezaba a las 6 horas de la mañana, con un tiempo para el aseo y la oración. De 6,30 a 7 meditaba en la iglesia, donde luego celebraba la misa y tomaba la comunión. Dedicaba luego dos horas al estudio, de 8,15 hasta las 10,15.

Después de comer, a las 14,15 realizaba un cuarto de hora de lectura espiritual, luego una hora y media de estudio en su cuarto o en rincones por los que tenía gran aprecio, como el nogal que se levantaba enfrente del caserío, bajo el cual se sentaba sobre unas piedras puestas a modo de banco. Estudiaba, leía y escribía en cuartillas mientras la familia hacía las labores agrícolas cotidianas. A las 17,15 visitaba el Santísimo Sacramento en la iglesia de Barinaga, a donde llegaría seguramente en bicicleta, que luego utilizaba para pasear el resto de la tarde. Entonces aprovechaba para visitar caseríos o parajes naturales. A las 20,30, tras la cena, rezaba el rosario con la familia y luego se retiraba a su dormitorio a realizar el examen del día y acostarse. En la correspondencia que mantenía con Goicoecheaundía indicaba a éste el esfuerzo que hacía por ser fiel a estas jornadas espartanas, hasta el punto que su Director Espiritual le aconsejaba frenar la excesiva mortificación a que se aplicaba: «Me parece que te levantas demasiado temprano para vacaciones. Cuida mucho tu salud y si necesitas, duerme un poco más», le había dicho ya en junio de 1933. A raíz de sus indicaciones había decidido levantarse media hora más tarde, lo que le había permitido recuperar un poco de descanso.[36]

El 29 de septiembre de 1934 ya estaba de nuevo en el Seminario. Tras los tres días de retiro espiritual, el 4 de octubre tuvo lugar la ceremonia de apertura del nuevo curso académico. José María contemplaba a sus nuevos profesores. Manuel Lekuona impartía Gramática Hebrea; Ignacio Iztueta, Historia de la Filosofía; José Miguel de Barandiaran, Historia de las Religiones; Pedro Dancausa, Teodicea y Ética, y Juan Thalamás, Sociología, disciplina sobre la que este profesor pronunció el discurso inaugural. A media mañana el Obispo declaró abierto el nuevo curso académico. Mientras aquello ocurría, la opinión pública conocía la noticia de que el Presidente del Gobierno, Ale-

---

[36] AJMA, C1: «Apuntes espirituales», sin fecha, entre 1933 y 1936; cartas a Joaquín Goicoecheaundía, Iturbe, sin fecha, junio 1933 (manuscritas); cartas de Joaquín Goicoecheaundía, Vitoria, 29-6-1933 y 19-7-1933 (mecanografiadas).

jandro Lerroux, había llamado a tres dirigentes de la CEDA a formar parte de éste. Durante la tarde y la noche de aquel día, mientras los jóvenes se retiraban a sus habitaciones a meditar y acostarse, el PSOE organizaba a sus militantes en las Casas del Pueblo de la margen izquierda del Nervión, Eibar, Mondragón, San Sebastián y el resto de localidades fabriles vascas, igual que en toda España. Los dirigentes socialistas celebraron reuniones con delegados de otros partidos obreros y acordaron convocar una huelga general revolucionaria cuyo programa pretendía la transformación radical del sector agrario mediante la colectivización de las tierras, la reforma del aparato de represión de Estado (Guardia Civil, Ejército) y la transformación del sistema de enseñanza y de las relaciones con la Iglesia, institución esta última que se encontraba en su punto de mira debido a su pretendida posición reaccionaria frente a las demandas sociales.

En Bilbao, Vitoria, Irún, Soraluze, Bergara, Tolosa y otras localidades el levantamiento de esa noche, debilitado por la falta de una dirección conjunta, derivó en una huelga general pasiva que se prolongó durante una semana. En la zona minera y la margen izquierda del Nervión (Baracaldo, Sestao, Gallarta, Portugalete, Erandio) la huelga fue más insurreccional y violenta. Sólo en Eibar y Mondragón se logró un verdadero movimiento revolucionario. A la una de la madrugada del 5 de octubre el Comité Obrero de Eibar, coaligado con el de Mondragón, ocupó la calle con grupos armados que sorprendieron a las fuerzas del orden y comenzaron a ocupar los edificios más importantes y a preparar el asalto a las comisarías y cuarteles de la Guardia Civil. En la villa de Mondragón los sucesos fueron aún más graves. Los revolucionarios proclamaron la *República socialista,* sitiaron el cuartel de la Guardia Civil y asesinaron a un obrero tradicionalista y a dos importantes ciudadanos, el diputado de Comunión Tradicionalista y Presidente de Unión Cerrajera, Marcelino Oreja, y un alto directivo de esa misma empresa. La llegada de fuerzas policiales y cuerpos del ejército hizo fracasar el movimiento, desencadenando una fortísima represión en la que colaboraron milicias paramilitares derechistas y que llevó a la cárcel a destacadas personalidades del socialismo vasco como Toribio Echeverría.[37]

«Indudablemente las clases de Sociología del ilustre D. Juan Thalamás dejaron huellas de inquietud en su alma.» Esta observación de Goicoecheundía resume el papel jugado por este profesor de Irún, que había llegado al Seminario para encargarse de la ense-

[37] El claustro de 1934-35 en ASDV, «Guía Diocesana de Vitoria. 1935», pp. 12-14, la ceremonia de apertura en *BOOV,* LXX, 1934, pp. 606-607. Resto de datos en de la Granja: *Nacionalismo y II República en el País Vasco,* pp. 491-495 y A. Landa, J. Balanzategi, A. López de Munain, A. Landaluze y J.R. Garai: *Arrasate 1936. Una generación cortada,* Arabera, s.l., 2003, pp. 162 y ss.

ñanza musical y había acabado como profesor de Francés y Sociología. Thalamás actuó como el más importante cauce difusor de la doctrina social de la Iglesia para los seminaristas de esta convulsa época. Su asignatura de Sociología adquirió un especial valor añadido en el contexto generado por el levantamiento obrero de octubre de 1934.[38]

En realidad el conocimiento que José María tenía de la doctrina social de la Iglesia no partía de este curso ni de la asignatura de Thalamás. Barandiaran compartía habitualmente con sus alumnos reflexiones acerca de la cuestión social. Este tema era uno de los que más le preocupaban en su docencia y le producía especial indignación el hecho de que, hasta finales de los años veinte, apenas hubiese tenido sitio en el currículo de estudio del centro. También Lekuona había escrito artículos sobre la cuestión social para la revista *Gymnasium* y las inquietudes que planteaba a los alumnos estaban en la línea de las de Barandiaran. Finalmente, el propio Thalamás había incluido reflexiones de los pensadores socialcatólicos franceses en las clases de Francés que impartía en el primer año de Filosofía. Él mismo había participado en el proyecto de la editorial Gamblet. De los dos folletos que ésta publicó, uno de ellos, anónimo, explicaba el concepto de justicia social en la doctrina de la Iglesia. Quizá fuera escrito por él mismo. Sea como fuere, el episodio de esta editorial muestra que hubo un nexo de relaciones e inquietudes comunes en torno al problema social que unía a varios de los profesores del Seminario más importantes en la formación intelectual de José María.

Nexo que se hace aún más apasionante, pues también alcanza el terreno de la espiritualidad. Juan Thalamás fue uno de los cauces de entrada de la denominada «espiritualidad francesa» en el centro. En 1933 había acompañado a Roberto Aguirre, Félix Zatarain, Marcelino Cortabarría (Prefecto de Disciplina de José María en el primer curso de Filosofía, igual que Aguirre en el quinto curso de Latín), Joaquín Goicoecheaundía y su querido amigo Rufino Aldabalde en la visita que este grupo de profesores hicieron al Seminario de San Sulpicio de París para conocer la línea formativa de esta institución. Este centro era uno de los más activos centros de espiritualidad de la Europa occi-

---

[38] AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta (q.e.p.g.)», mecanografiado, sin fecha, p. 3. Esta referencia es complementaria de la aportada por Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 28 y Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 12. (No resulta claro si las referencias que ambos transcriben de José María respecto de Thalamás son del todo razonables, pues el sentido de la cita que hacen acerca del carácter ennoblecedor del trabajo apunta más a la docencia de Leoncio Arabiotorre o el propio Barandiaran.) El papel fundamental de Thalamás en la docencia de la doctrina social de la Iglesia en JMAFO10 y AJMA, Testimonio 21, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* p. 70, contrastado y ampliado con JMAFO10.

dental y en él habían estudiado Thalamás y Aldabalde. Todos ellos obtuvieron en esa visita la síntesis más importante de esa espiritualidad, la obra de Pierre Pourrat *Le sacerdoce*. La mística del sacerdocio que definió el Movimiento de Espiritualidad Sacerdotal de Vitoria fue, por lo tanto, un contenido adicional muy importante de las clases de Thalamás.[39]

El contenido de sus clases de Sociología puede adivinarse mediante el análisis de sus numerosas colaboraciones en revistas y publicaciones diocesanas de la época y del manual que utilizaba, el *Tratado de sociología cristiana,* escrito en 1909 por José María Llovera y ampliado sucesivamente en continuas reediciones. Se trataba de uno de los libros más importantes que se escribieron en España con el fin de divulgar entre el clero y la población católica la doctrina social de la Iglesia. Guiado por él informaba a los alumnos del malestar del mundo obrero desde principios del siglo pasado, las opiniones al respecto de eminentes pensadores católicos como Jaime Balmes o Federico Le Play y los estudios y deliberaciones de la agrupación de sociólogos denominada Unión de Friburgo, cuyas propuestas teóricas fueron adoptadas por León XIII en la primera gran encíclica social, la *Rerum Novarum* de 1891. Finalmente, exponía la historia de la siguiente encíclica, *Quadragessimo Anno,* de Pío XI, y explicaba sus puntos básicos. Los sacerdotes, contaba, no debían tener miedo a criticar públicamente el orden económico y sus aspectos negativos: el afán de lucro y progreso material a costa de las relaciones humanas y la justicia social; la represión de las asociaciones obreras que empujaba a éstas a la movilización violenta; la exaltación de un materialismo pagano del que estaban ausentes los principios cristianos y los efectos perniciosos que generaba en el tejido social la concentración de capitales. En opinión de Thalamás, la nueva encíclica papal no pretendía abolir el capitalismo sino transformarlo, pues el fondo de la crisis no era económico sino espiritual.

Explicada la historia de la doctrina de la Iglesia sobre el problema social, procedía en sus lecciones a exponer a los alumnos las soluciones al mismo. Sobre ellas había presentado y presentaría varios artículos en las revistas *Yakintza* y, sobre todo, *Idearium,* fundada en 1934 por José Miguel de Barandiaran con el fin de analizar la realidad social según el pensamiento cristiano y, por lo tanto, profundizar en la misma materia de la que Thalamás era docente. Su formación inte-

---

[39] Inquietudes sociales de Barandiaran en *Idearium,* nº 1, 2,4 y 4,1934, así como en Barandiaran: *José Miguel de Barandiaran,* pp. 151-153, quien en la p. 134 aborda la editorial Gamblet, también comentada en Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* p. 148. El folleto comentado es *Salario, propiedad y familia. Cuestiones candentes,* Ediciones Gamblet, nº 2, Vitoria, s.f. La relación de Thalamás con el movimiento espiritual de Vitoria en Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* p. 74 y Gamarra-Mayor: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 61 y 173; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 245-247. La retomaré en el capítulo final de esta primera parte.

lectual le permitía acudir a las elaboraciones doctrinales del catolicismo francés, uno de los veneros más importantes del pensamiento social cristiano de entonces. En los artículos de Thalamás aparecían constantes referencias a George Viance, director de la Biblioteca de Estudios Católicos y Sociales de la editorial Flammarion o Georges Legrand (autor de una obra de gran impacto en aquella época: *Les grands courants de la Sociologie catholique).* José María y sus compañeros recordarían especialmente, muchos años, después el interés que en ellos despertaban las menciones de su inquieto profesor a las innovadoras formulaciones del colectivo de filósofos que colaboraban en la revista católica *Esprit,* especialmente Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, a los cuales parecía conocer muy bien. A esta información añadía la relativa a las diferentes estrategias que los estados francés y belga y sus elites empresariales estaban empleando para reducir la conflictividad social según las orientaciones de la Iglesia, entre ellas el cooperativismo.

Esta información la completaba en verano José María con sus lecturas del *Euzkadi,* diario que realizó una extraordinaria labor de divulgación del movimiento social cristiano y de las nuevas estrategias empresariales que impulsaba en Europa. Especialmente importante fueron, para el caso de la revista *Esprit,* los artículos que le dedicó uno de sus columnistas, José de Artetxe. José María leyó estos artículos, los subrayó y coleccionó cuidadosamente en un dossier sobre la cuestión social formado por abundantes noticias y reflexiones sobre el movimiento cooperativo europeo y otras estrategias empresariales sugeridas por las encíclicas y documentos papales que pretendían reforzar la justicia social en las relaciones laborales y promover el acceso del obrero a los beneficios empresariales. Lo mismo de lo que Thalamás les había informado en sus clases en este curso 1934-1935.[40]

---

[40] Llovera en *BOOV,* LXX, 1934, p. 336, Pedro Fraile: *La retórica contra la competencia en España (1875-1975),* Visor, Madrid, 1998, p. 160, y ASDV, *Kalendarium Seminarii Dioecesani Victoriensis 1937-1938,* Editorial Social Católica, s.l., 1938. El ideario de Thalamás lo he tomado de sus colaboraciones: «Evolución de la crisis y de la economía liberal», *Idearium* I, nº 1,1934, pp. 47-67; «La cuestión social en el País Vasco», *Idearium,* año I, nº 5,1934, pp. 378-400; «Aspectos del catolicismo social», *Idearium,* año II, nº 6,1935, pp. 1-18; «León XIII y su encíclica social», *Idearium,* año II, nº 8,1935; «La cuestión social en el País Vasco», *Yakintza,* nº 5,1935; «Orígenes de la democracia vasca», *Yakintza,* nº 6, 1935 [estas dos últimas fueron coleccionadas por José María]. La integración del pensamiento social de Thalamás en la pastoral de la Iglesia vasca en aquellos años en Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* III, pp. 1534-1543 y, en general, todo el volumen. Sobre la conexión de Thalamás con *Idearium:* Rivera y de la Fuente: «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», 1999, p. 82 y *Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta,* 2000, pp. 35 y ss. El vínculo intelectual entre Thalamás y el catolicismo social de *Esprit* en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 28 y Oyarzabal: *José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 12. En la documentación depositada en AJMA, Transfer 1, carpeta D, figura un amplio dossier de artículos del *Euzkadi* sobre cuestión social, la mayoría de ellos fechados en los veranos de 1935 y 1936. Entre ellos, por ejemplo, uno redactado por José de Artetxe: «Comentario. Antipatria o sinceridad», en el que se elogia la concepción «patriótica» de la justicia social de Emmanuel Mounier y Jacques Maritain. Cuenta con subrayados de José María. La labor de *Euzkadi* en la difusión del movimiento socialcatólico y el interés de su columnista José de Artetxe por la

El ideal de sacerdote social

Los apuntes que José María tomó en este curso para elaborar varios ensayos sobre la cuestión social destinados a la clase de Thalamás, y las reflexiones manuscritas que en ellos volcó, indican su alto grado de conocimiento acerca de estos problemas y su solución en el marco de la doctrina social de la Iglesia. Thalamás insistía en la necesidad de descender el problema al marco vasco, detallando las diferencias entre la clase obrera bilbaína y eibarresa, y afirmando que esta última estaba más arraigada culturalmente en el país; la crisis del mundo rural, especialmente del campesinado no propietario y de los pescadores, etc. Una de las fuentes que José María utilizó para elaborar sus ensayos fue la colaboración de este profesor incluida en el *Homenaje al Rector Mateo Ezcúrzaga*. Se trataba de un extenso ensayo de sociología histórica sobre los modos de vida agrícolas, desde la prehistoria hasta la actualidad, en donde exaltaba la democracia rural vascongada. Su análisis era coincidente con el que hacían Ariztimuño o Engracio de Arantzadi, quien está presente también en las fuentes de José María con una de las obras clásicas del pensamiento nacionalista de la época: *La Casa Solar Vasca*. En esta obra se afirma que raza, lengua, historia y religión son los cuatro pilares de una cultura nacional vasca fundada en la casa solar (el caserío) y la familia troncal (la propiedad y la sangre). Esta cultura se opone a la industrial y obrera, de carácter exógeno y responsable de la crisis social en que Euskadi se encontraba sumida. El pueblo vasco es una familia extensa elegida por Dios y la casa solar es el fundamento de su patria, pues el vasco «no tiene más señoríos que el de sus terrenos».

José María recoge estas ideas, las resume, traza esquemas... El espectáculo de sus cuartillas de apuntes de la clase de Sociología comunica su ritmo y estilo de trabajo, así como unas fuentes sustentadas en una intensa idealización de la sociedad rural vasca, en una línea coincidente con la reciente encíclica *Quadragessimo Anno,* donde Pío XI distingue el capitalismo industrial, que «esclaviza a los obreros» del agrario, fundado en una suerte de democracia rural en la que el campesino propietario «se gana la vida honesta y honradamente». Esta solución agrarista al problema social parece interesar mucho al joven seminarista, no en vano le remite a su propia identidad, a los modos de vida de su terruño, que le eran presentados por Thalamás, en sus clases e indicaciones bibliográficas, como una solución a la crisis social que, además, reforzaba su identidad nacional. Así lo indican los apresurados dibujos que

---

escuela intelectual de *Esprit* en Tusell: *Historia de la Democracia Cristiana en España,* II, pp. 91 y ss. Todo esto lo he contrastado y ampliado con JMAFO3-1 y JMAFO10. Sobre estos pensadores franceses remito a las pp. 158-159 del libro de Fraile, quien enumera en su p. 187 los periódicos que propagaron la doctrina social católica aquellos años, que eran todos los que José María intercambiaba con sus colegas seminaristas de Markina.

el joven hacía en estos apuntes para huir del tedio de las clases, que inciden en una estética tópica rural del hombre vasco. Otra de las fuentes en las que apoya sus ensayos para la clase de Thalamás es el recientísimo *Gizarte-Auzia,* de Juan Bautista Eguzkitza, publicado hacía apenas unos pocos meses. No se trata de una fuente que cite en ningún sitio su profesor, quien por origen y formación no era euskoparlante, por lo que la hubo de obtener de sus contactos con la sociedad *Jaungoiko-zale* y con profesores vinculados a ella como Lekuona.

Gizarte Auzia fue el más importante cauce de difusión euskaldún de la doctrina social de la Iglesia. Constituía una colección de artículos en donde la doctrina social pontificia, desde la *Rerum Novarum* hasta el reciente Código Social de la Universidad de Malinas, era asociada a la experiencia singular del pueblo vasco y expuesta como solución a sus problemas sociales. Las otras fuentes a que recurre son obras de Joaquín Azpiazu, especialmente *El derecho de propiedad* y *El Estado corporativo*. La reflexión fundamental que recoge de ellas es que si la Iglesia quiere recuperar la confianza de las masas populares e impedir el avance del comunismo debe revisar el concepto de propiedad. Tanto León XIII como Pío XI defienden la legitimidad de este derecho, pero no como un absoluto. La propiedad privada tiene un carácter social, debe estar supeditada al bien común, así como a otros derechos superiores, como el derecho a una vida digna. El Estado debe intervenir con una legislación que ponga límites a la propiedad privada para que no se den desigualdades tan injustas como las que se dan en la sociedad liberal, promoviendo que el capitalista y el obrero participen equitativamente en el capital.

Esta es la tesis que toma de Azpiazu, infatigable publicista del catolicismo social que tendrá una intervención aún más directa en su vida futura. Una última fuente a la que recurre son los folletos de la AVASC, la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana, que había nacido en diciembre de 1931 y tenía como fin «fomentar la cultura social entre los elementos que integran la vida del trabajo» en las tres provincias vascas. Encabezada por sacerdotes como el propio Azpiazu, Alberto de Onaindía, José de Ariztimuño o Policarpo Larrañaga, que eran denominados *sacerdotes propagandistas,* desarrolló una intensa labor de formación patronal y obrera en torno a las directrices de la doctrina social de la Iglesia a través de conferencias, cursillos y círculos de estudio, además editó en euskera y castellano numerosos opúsculos y folletos elaborados por estos sacerdotes y otros documentos como el Código Social de Malinas, pastorales del obispo Mateo Mújica, etc.[41]

---

[41] Los apuntes manuscritos de José María sobre la cuestión social, con citas bibliográficas en euskera y castellano, reflexiones en euskera y dibujos y garabatos en sus márgenes, en AJMA, C1: «Apuntes escolares», sin fecha. Todas las referencias bibliográficas que cita las he identificado y

José María aprendió de todos estos autores que ante la «apostasía» de la masa obrera y la gravedad de la situación social el sacerdote no podía quedar impasible. La comunidad cristiana debía atenerse a la autoridad de las dos encíclicas de León XIII y Pío XI, desarrolladas y ampliadas en el Código Social de Malinas. De la redención del proletariado propuesta en la *Rerum Novarum* se pasaba en la *Quadragessimo Anno* a la fijación de un nuevo orden fundado en la dignidad de la persona humana. Sobre ese gozne giraba todo el aparato de análisis y soluciones que el joven absorbía en sus clases de Sociología, en estos ensayos y trabajos que elaboró para ella o en sus lecturas estivales de la prensa. La persona humana era una criatura de Dios, cuya inalienable dignidad y derechos fueron proclamados por Cristo. Éste orientaba la doctrina social pontificia y sus propuestas de intervención, desde el salario familiar hasta la cogestión de la empresa, desde el cooperativismo hasta el corporativismo. También orientaba las formulaciones más revolucionarias de los filósofos franceses que escribían para *Esprit,* de los que les hablaba Thalamás. En el marco geográfico vasco, la gran lacra contra la que los seminaristas debían prepararse para actuar era el materialismo de las clases altas y del proletariado, con la consiguiente crisis de valores espirituales y la descristianización de la sociedad, que había culminado a comienzos del curso en los sucesos de octubre de 1934, a los que no pudo ser ajeno José María tanto por sus contemporáneas inquietudes como por sus propios vínculos familiares, con una parte de la familia en Eibar fuertemente vinculada al PSOE.

Él y otros muchos seminaristas acabaron aquel curso teniendo claros una serie de principios que resultarían fundamentales para la orientación que concedieron a su vocación sacerdotal. Uno de ellos, inspirado en la *Quadragessimo Anno,* era la crítica del sistema económico vigente y de las clases que se beneficiaban de él. Pese a que la doctrina social de la Iglesia reflejaba un espíritu similar de rechazo

---

son las siguientes: Engracio de Aranzadi: *La Casa Solar Vasca. Casa y tierras del apellido,* Editorial Vasca, Zarautz, 1932; Juan Thalamás: «Las antiguas comunidades pirenaicas», en *Al M. I. Sr. Rector y Predecto de Estudios Dr. D. Eduardo de Ezcarzaga y Solaun en el XXV aniversario de su ordenación sacerdotal. Homenaje del Seminario Diocesano de Vitoria,* Imprenta del Montepío Diocesano, Vitoria, 1935, pp. 169-189; Juan Bautista Eguzkitza: *Gizarte-Auzia,* Jaungoiko-Zale Bazkunaren Argitalbenak, Zornotza, 1935; Joaquín Azpiazu: *El derecho de propiedad: Estudio jurídico y económico,* Razón y Fe, Madrid, 1930; *El Estado corporativo,* Razón y Fe, Madrid, 1934. Sobre estas obras remito a Perea: *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* IV, pp. 1918-1927 y 1618-1664; José Urrutikoetxea: «"Casa Solar", "Aldea" y "Ciudad": Población, familia e idearios. Un recorrido por los ámbitos de la demografía histórica vasca (1961-2000)», *Studia Historica. Historia Contemporanea,* nº 18, 2000, pp. 34, 45 y 53-55; Fraile: *La retórica contra la competencia en España (1879-1975),* pp. 172-175; Elorza: *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937* ob. cit.; Urrutia: *Juan Bautista Eguzkitza (1875-1939),* p. 11; Ignacio Iztueta: «El malestar del mundo obrero», *Idearium,* nº 7,II, 1935, pp. 116-123; Joaquín Azpiazu: «La labor de AVASC (1932-1934)», Joaquín de Azpiazu y Martín de Arrizubieta: «Los círculos de estudios», ambos en *Idearium,* nº 3, I, pp. 213-251. Contrastado con AJMA, C3: *«AURRERA BETI» Kardaberaz. Bazkuna'ren idaztiak»,* 1935. Todo ampliado con JMAFO10.

al liberalismo económico y el colectivismo marxista, la condena moral que emitía del primero era más dura que del segundo. Mientras que el colectivismo era descrito como el resultado de un error bienintencionado, basado en el deseo generoso de una solución violenta a la pobreza y la desigualdad entre las clases, el liberalismo era intrínsecamente reprobable por estar basado en el individualismo egoísta. Por ello, según la *Quadragessimo Anno:* «el socialismo se inclina y en cierto modo avanza hacia verdades que la tradición cristiana ha enseñado siempre solemnemente». Entre los manuscritos sin fecha que contienen los apuntes escolares de José María de las clases de Thalamás se encuentra un curioso dibujo suyo que representa a un capitalista. Todo él es obesidad. Ataviado con un traje y un bastón, sobre su papada descansa un enorme puro mientras sus ojos están cubiertos por unas gruesas gafas de sol. En el ojal de la chaqueta luce una rosa. El dibujo, reproducido en este volumen, representa el mismo estereotipo de burgués que podía encontrarse en la prensa socialista y anarquista de aquella época.

Esta asunción que hace de los principios rectores de la sociología cristiana más revolucionaria, incluido su imaginario simbólico, convierten este curso último de Filosofía en un momento clave en la definición de su futura orientación sacerdotal. En unos ejercicios espirituales posteriores, de su primer o segundo año de Teología, dejó constancia del papel de esta nueva inquietud en su personalidad. A su declarada afición a los estudios lingüístico-literarios unía una paralela a los «filosófico-sociales». En este año comenzó a debatir con sus compañeros sobre cuestiones sociales que le resultaban cercanas, pero que hasta entonces no le habían preocupado con tal intensidad: los problemas de los pescadores, del campo vasco, etc. Thalamás les había invitado en las clases a abandonar «el espíritu político en provecho del espíritu social» y él empezaba a valorar la entidad de la Oferta.42

La lectura de los escritos de Azpiazu y el resto de propagandistas de la AVASC, entre ellos su propio profesor de Sociología, le acercaban a un perfil de su ministerio que hasta entonces había permanecido oculto. «Si el sacerdote no sale de la Iglesia para ir en busca del pueblo, éste se aleja de ella.» No es necesario que los sacerdotes estén especializados en la materia social para que puedan actuar en la vida social. Al contrario, sólo por ser sacerdotes están obligados a esa misión en lugar de quedarse «sesteando» en la casa cural. Así lo en-

---

[42] AJMA, C1: «Apuntes escolares», «Apuntes espirituales», sin fecha. La interpretación la elaboro en base a los artículos ya citados de Thalamás para *Idearium* así como a Juan Thalamás: *Aspectos de la vida profesional vasca,* Beñat Idaztiak, San Sebastián, 1935, pp. 180 y ss. Estas manifestaciones las contrasto con Fraile: *La retórica contra la competencia en España (1875-1975),* pp. 179-180. Contrastado y ampliado con JMAFO9. La referencia a Thalamás la tomo del análisis de sus escritos.

señaba Joaquín Azpiazu en un artículo en la revista del Seminario, adelanto de un libro posterior. La labor social no estaba sólo destinada a los expertos en sociología cristiana, a los formados académicamente en la materia. Sustentándose en el espíritu de la *Quadragessimo Anno,* Azpiazu subrayaba cómo, si «los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser los obreros», la búsqueda, la elección, la formación de esos «apóstoles seglares» tocaba al sacerdote. Él era el que debía buscar minorías selectas del pueblo formándolas sólidamente, para lo que debía entrar en ese pueblo, estudiar a la gente, ver sus dotes.

Los sacerdotes, decía Pío XI, debían entregarse con ahínco «a educar a los hombres que les han confiado, y en ese oficio verdaderamente sacerdotal y apostólico [deben usar] oportunamente de todos los medios más eficaces de la educación cristiana: *enseñar a losjóvenes, instituir asociaciones cristianas,fundar círculos de estudios* conforme a las enseñanzas de la fe». La salvación, comentaba Azpiazu, vendría de los sacerdotes que llegaran a las ciudades y animaran a la acción social, creando sindicatos, escuelas y cooperativas. «La revolución espiritual ha de formarse en la *marcha delpueblo sobre la ciudad»,* escribía. José María, con veinte años recién cumplidos, descubría una vía insólita que de momento permanecería durmiente, como una tierra incógnita que rondará sus meditaciones, pero que desde este momento sentirá rondar su vocación sacerdotal. Una idea ya no se borrará de su corazón: «al sacerdote le está mandado trabajar en el orden social cristiano». Sólo le faltaba encontrar una espiritualidad sacerdotal que encajara en esa inquietud. La encontraría dos años después con Rufino Aldabalde.[43]

Sin embargo, todo esto, las clases de Thalamás, las lecturas, el caudal de conocimientos que recibía de Barandiaran y su clase de historia de las religiones, etc., sólo era por entonces una parte más de un amplio campo de inquietudes. *Kardaberaz bazkuna* seguía adelante absorbiendo lo mejor de sí mismo. Una de las ideas que Barandiaran propagaba entre los alumnos era la importancia de la comunicación social. El eminente profesor había asimilado perfectamente los fundamentos de la sociedad industrial contemporánea, de sus mecanismos de representación, del papel en ello de las publicaciones impresas y de su lugar en la cultura y la educación. Sus planteamientos fueron absorbidos por José María, como bien dejó plasmado en los

---

[43] Las citas, cuyas cursivas están en el original, provienen de Joaquín Azpiazu: «El sacerdote social», *Idearium,* nº 5, I, 1934, pp. 402-403,407 y 412-415 y de la encíclica *QuadragessimoAnno, BOOV,* LXVIII, 1931, p. 497. El aludido artículo de *Idearium* debe ampliarse con Joaquín Azpiazu: *La acción social del sacerdote,* ed. Fax, Madrid, 1934. La influencia de este mensaje en el nuevo perfil sacerdotal que entonces comenzó a dibujarse en los seminarios vascos, en Floren Unzueta: «Condiciones socioculturales de la pastoral del clero vasco», *Surge,* nº 316,1973, p. 173 y ss.

estatutos de esta sociedad *euskaltzale,* en donde concedía gran importancia a la creación de una revista. Empeñado en ello, desplegó una intensísima actividad a partir de las Navidades de 1934, que compaginó con sus estudios y su creciente inquietud por la cuestión social: levantaba acta de las reuniones semanales de la sociedad, custodiaba, administraba y ampliaba el fondo de la biblioteca, para el cual realizó un primer inventario en 1935; coordinaba los contenidos de cada número, preparaba ensayos literarios y lingüísticos y traducciones destinados a la revista, participaba en la maquetación y dibujo de sus portadas.

A finales de 1934 surgió, gracias a su tenacidad y entusiasmo inagotable, la revista *Kardaberaz,* enteramente en euskera, con el lema oficial: «Dios quiere que el euskera levante la cabeza». Además de su director era su dibujante oficial. Ya en 1933 había diseñado el sello de la sociedad, compuesto por un doble anillo que encerraba en su primer círculo el nombre de la sociedad *Kardaberaz-Bazkuna* y su lema *Aurrera-Beti* y, en el segundo, un cuaderno abierto con el lema *Ikasi ta Zabaldu* coronado por un tintero y una pluma, bajo los cuales descansaba una ramita. Ahora corría también con el diseño de cada número. Todas sus portadas están definidas por escenas rurales que representan gráficamente el clásico lema *euskaldun fedeun,* que señala la indisociable unión entre euskera y religiosidad vasca. Hombres, niños y ancianos aparecen en ellas ataviados a la manera campesina, con sus blusas, fajas, boinas y pañuelos, sus albarcas y bastones, en el interior de caseríos o en un campo en el que siempre se adivina la presencia de una casa solar. Hombres y mujeres comiendo, bebiendo y trabajando en las faenas agrícolas, abuelos leyendo *Ekin* a los nietos frente al fuego de la chimenea, Jesucristo apareciendo sobre un plácido caserío bajo un lema latino que anuncia su resurrección en la Pascua, éstos son algunos de los contenidos gráficos que diseña para la revista.

Cada nuevo número anuncia contenidos muy diferentes: poesía, física, filosofía, biología, antropología, ensayo literario. Buena parte de ellos son *Jakintza Gaiak.* Cuando él y sus compañeros pasaron a Teología habían publicado nueve números con una tirada de 120 ejemplares cada uno. La impresión la realizaban en el taller de litografía y huecograbado que los alumnos de 1º de Teología del curso 1931-32 habían instalado en los sótanos del Seminario. El original se sacaba a gelatina y luego se imprimía a multicopista, vendiéndose por unos pocos céntimos entre los seminaristas. El entusiasmo del joven era tal que de nuevo generó problemas entre sus compañeros por las exigencias que les trasladaba en la preparación de los contenidos de cada número, lo que obligó a Manuel Lekuona a aplacar un poco sus ánimos. Su apasionamiento juvenil, sin embargo, no le cegaba. De nuevo

su media fue de sobresaliente en todas las asignaturas de este último curso de Filosofía.[44]

Estudios teológicos

El 30 de septiembre de 1935 dio comienzo el nuevo curso académico. Iba a cursar 1.º de Teología. La novedad que cinco años antes había supuesto su desembarco en el Seminario entre maletas, baúles, gritos y abrazos se había convertido en una agradable rutina anual. No era, sin embargo, un día más en su vida. No iba a ocupar la misma celda que había sido su pequeño e íntimo hogar durante los tres años anteriores. Una nueva en otro pabellón le esperaba. También tendría otra capilla, la central del Seminario, que conocía de las eucaristías dominicales y de las ceremonias solemnes. Ahora esa nueva capilla, majestuosa, en la cual se ordenaría, le pertenecía como lugar de oración y celebración eucarística. El cambio físico era la señal más perceptible del espiritual. La preparación al ministerio sacerdotal estaba compuesta de tres etapas integradas en una misma filosofía educativa, pero separadas en una diferente formación espiritual. La última, la de Teología, suponía un escalón final en el que la imitación de Cristo tenía como marco el cercano ministerio sacerdotal. Los tres principios rectores de la vida de seminarista, inculcados insistentemente por Director Espiritual, Prefecto y profesores (la piedad, el estudio y la disciplina) se mantenían, pero su sentido se orientaba más estrechamente al cercano ministerio. El Director Espiritual pasaba a ser Eustaquio Aguirreurreta, Manuel de Lekuona era el Prefecto de Disciplina y profesor de Arquelogía Cristiana, el Rector del Seminario, Eduardo Ezcárzaga, era el profesor de Teología Moral, Antonio Eiguren lo era de Misionología y Claudio P. de Heredia de Derecho.

El joven entraba en una atmósfera nueva imbuida de la «mística del sacerdocio». La primera bocanada de ese nuevo aire espiritual la aspiró en el silencio de los tres días de ejercicios espirituales preparados por los jesuitas que antecedían a la solemne apertura del curso. En mitad de ese triduo, en la soledad de su celda, José María redacta por primera vez sus reflexiones íntimas y les dota de una primera solución de continuidad a lo largo del tiempo. Su escritura gira de su vida exterior a la interior, analizando el estado de su alma en el comienzo de este nuevo periodo de su vida. A sus veinte años comienza a sentir

---

[44] AJMA, C1: Actas de reunión (en euskera), 1933-1936; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 42-46 y 56-58; «Arizmendiarrieta'tar Joxe Mari'ren bizitzari-buruz azalpen bat», texto mecanografiado de Anastasio Albixu, *«Kardaberaz Bazkuneko Idazkaria»,* sin fecha, posterior al homenaje tributado a Manuel Lekuona el 28 de agosto de 1977 en Tolosa. El taller de litografía del Seminario en «Desde mi celda», *Gymnasium,* nº II, año VI, 1932, p. 422. Todo contrastado y ampliado con JMAFO3-I, JMAFO4 y JMAFO10.

verdadera inquietud por la situación de la Iglesia en la sociedad. Las lecciones del curso pasado, las lecturas de verano y la absorción de la espiritualidad afrancesada de Goicoecheaundía afloran en estos días de intimidad. Los sacerdotes son los representantes de Cristo ante los hombres pero no saben encarnarlo bien. Hablan de la santidad de la pobreza, pero no predican con el ejemplo. La Iglesia aparece del lado de los poderosos y genera el odio de las masas trabajadoras. Estas son las reflexiones que abren un cuadernillo manuscrito que titula *Annotationes et decreta moralia ad usum privatum* (Anotaciones y decretos morales para uso privado), y que fecha *1935'gn Urril'aren 2'an* (2 de octubre de 1935). La intimidad adquirida con Goicoecheaundía se ha enriquecido con la inquietud social que ha alcanzado y todo ello aparece en estos escritos en los que se compromete a madurar con más intensidad el ideario de sacerdocio y a dar pasos firmes en ese camino. Y la guía fiel para ello es la oración, la intimidad con el Padre.

El día 4 se celebra la ceremonia solemne de apertura del curso. No parece que el cambio en la dirección espiritual alterara sustancialmente su experiencia íntima de fe. El ideario de Eustaquio Aguirreurreta, sacerdote formado en la Universidad de Comillas, no era muy distante del de Goicoecheaundía, si acaso menos elaborado, pues carecía de la sustancia innovadora que el grupo de amistad y su sedimentación espiritual en la Universidad Gregoriana de Roma habían concedido a éste. Aguirreurreta creía intensamente en la máxima de Pío X de que el fundamento del sacerdocio residía en la santidad. Tal era la idea central que trataba de inculcar a los seminaristas junto con el método para alcanzarlo: piedad, observancia y laboriosidad. Cuando el 20 de diciembre Pío XI publicó su encíclica *Ad Catholici Sacerdotii,* José María no pudo encontrar muchos cambios entre el ideal sacerdotal en que había sido educado y la actualización del mismo que hacía ahora el Papa. «Persuadíos, decía en ella Pío XI a los seminaristas, que la diligencia que pongáis en vuestra sólida formación, por cuidadosa y atenta que sea, nunca será demasiada.» Esta máxima les sería muy recordada por Aguirreurreta. El camino hacia la santidad pasaba por la virtud diaria y a ella se llegaba por la mortificación.[45]

Los cambios generados por el paso a Teología también afectaron a la actividad de *Kardaberaz bazkuna.* Sus socios fundadores se habían

---

[45] AJMA, C1: «Escritos espirituales», «Annotationes et decreta moralia ad usum privatum», manuscrito, fechado el 2 de octubre de 1935, reproducido con vacíos (ausencia de referencias cronológicas y omisión de textos) en *Recopilación de textos escritos...,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: «Espiritualidad», 2001; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 141 y: *Seminario y postseminario,* pp. 14-15 y 66; Eustaquio Aguirreurreta: «Sacerdotes santos», *Seminario,* nº 50, III, 25 junio de 1939. Contrastado y ampliado con JMAFO3-III y IV. Resto de datos en *BOOV,* LXXI, 1935, pp. 411-413 y 496, ASDV, Guía Diocesana de Vitoria, 1935, pp. 12-13 e Ibáñez: «D. Joaquín y el Seminario de Vitoria», en Núñez: *Joaquín Goicoecheandía,* pp. 234-235.

convertido en teólogos y competían ahora con otra sociedad de teólogos también creada en el marco de la Academia Kardaberaz. El espacio *euskaltzale* era fecundo en iniciativas pero tal fecundidad amenazaba con dividir fuerzas y frustrar expectativas, especialmente en la difícil tarea de la publicación de la revista, que ahora competía con la de la otra sociedad. Los responsables de las dos partes entablaron una suerte de diálogo epistolar. José María proponía a sus competidores sacar a la luz una revista conjunta y ofertaba una relación de mutua colaboración intelectual. La sociedad «enemiga», *Jakintz-Bide Batza'ko Euskaltzaleen,* cuyo secretario era Jokin Arostegi, recelaba. Arostegi desconfiaba del ritmo de trabajo frenético que el joven imponía en su sociedad, así como de la estricta normativa que había impuesto para desterrar el castellano. Temía que *Kardaberaz bazkuna* preparara, bajo la forma de la unidad de acción, la absorción de su pequeña sociedad. La correspondencia entre los dos secretarios se enrareció. El cruce de cartas culminó el día 21 de octubre de 1935 con una fuerte discusión, pero pronto se alcanzó un acuerdo de colaboración. Surgió una nueva revista conjunta a partir del número 10, que mantuvo la cabecera y contenidos de *Kardaberaz.* Fue en ella donde publicó José María los trabajos contemporáneos que elaboró sobre Lizardi, Larramendi, D'Etchepare y Kirikiño. Para ella preparó, además, la traducción del francés al euskera de las *Legendes du Pays Basque* que el escritor vasco-francés Jean Barbier había compuesto en 1931. También preparó la versión euskaldún de un estudio del filósofo Edgar Quignet que consideraba muy interesante para abordar la cuestión nacional en *Euzkadi.*[46]

A la altura de 1936, con veintiún años, José María es un seminarista abierto, de buen humor, entregado a ayudar a sus compañeros en todo momento, cediendo apuntes, leyendo textos, etc. El 12 de febrero, con ocasión del XIV aniversario de la coronación del Papa, el Seminario Diocesano rinde a éste un homenaje con la presentación y el estudio de su reciente encíclica *Ad Catholici Sacerdotii.* El Obispo Mateo preside el homenaje, acompañado por el claustro de profesores y la totalidad de seminaristas de la diócesis. Cantos vascos y gregorianos adornan la ceremonia. No es para menos. Esta encíclica es fundamental para la formación sacerdotal de la época. Concibe el sacerdote como «verdaderamente otro Cristo», lo que exige de él una «santidad de vida» que debe descansar en la piedad, la castidad, el desinterés, la obediencia y la ciencia y debe ser preparada en el Seminario. Señala-

---

[46] AJMA, C2: correspondencia manuscrita del año 1935; escritos, *«Ibiltari»,* texto manuscrito en euskera fechado el 30 de enero de 1936; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* pp. 56-67; Zubikarai: *Oroipen eta ikuspegi,* pp. 329-330; *Recopilación de textos escritos por ...,* Libro 13, tomo VII: *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* 2001, docs. 11 *(«Sorgiñak»),* 12 *(«Ibil Miñez»),* 13 *(«Kirikiño»),* 14 *(«Bernard de Echepare lehenengo euskal idazlea»)* y parte III: *«Jean Barbieren Ipuinak».*

ba, además, la Acción Católica como el campo fundamental de su apostolado.[47]

Sin embargo, la realidad política de principios de 1936 deja poco sitio, fuera del Seminario, para las palabras del Papa. En diciembre de 1935 Joaquín Calvo Sotelo acusa a este centro, en el Congreso de los Diputados, de ser un *batzoki,* un centro de propaganda separatista. Todos los miembros del claustro, encabezados por el Rector y el Prefecto de Estudios, firman un documento de protesta y el Obispo Mateo exige a este líder de la CEDA públicas explicaciones que no obtendrá. En este clima de profunda tensión política, en el que se suceden los enfrentamientos violentos entre grupos fascistas y obreros, el debate parlamentario desbroza la senda hacia la revolución o la contrarrevolución. Mientras, el Obispo de Vitoria trata de apartar cualquier sospecha y solicita al Rector del Seminario que el día 7 de marzo, fiesta de Santo Tomás de Aquino, preste juramento de que ni desde los profesores ni desde los alumnos y las sociedades que éstos forman, se promueve ninguna política de partido. Pero el gesto no aplaca el odio político que va incubándose en la primavera de 1936.[48]

El grupo de amistad

La tormenta política que iba fraguándose en el horizonte no se vislumbraba tras los gruesos muros del edificio diseñado por Pedro de Asua. José María había comenzado a dar pasos firmes en una senda espiritual que ya no iba a abandonar el resto de su vida. La misma que habían iniciado Aldabalde, Goicoecheaundía, Iceta, Lázpita y Echeberria el 31 de octubre de 1926, cuando decidieron, a propuesta del primero, formar un grupo de debate y oración en torno al sacerdocio. La mística que comunicaron en este grupo de amistad impregnó a sucesivas generaciones de seminaristas, especialmente cuando Goicoecheaundía pasó a ocupar el cargo de Director Espiritual en el curso 1932-33. Años después recordaba: «Yo no [podía] prescindir en la formación de los seminaristas de un elemento, como el de la amistad que, espontáneamente surgida entre nosotros, nos estimuló fuertemente en el Seminario hacia una vida de auténtica perfección y nos orientó hacia obras de apostolado que pronto, en nuestra primera juventud sacerdotal, tendrían insólita envergadura».

---

[47] Zapirain: *Sinfonía incompleta,* pp. 73-74; *BOOV,* LXXII, 1936, pp. 225-226; Gonzalo Redondo: *La Iglesia en el mundo contemporáneo,* II: *De León XIII a Pío XI (1878-1939),* Eunsa, Pamplona, 1979, pp. 212-213; Goicoecheaundía: *Seminario y postseminario,* p. 7; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 130-135.

[48] Múgica: *Imperativos de mi conciencia,* p. 18; *El pueblo vasco frente a la cruzada franquista. Documentos,* Editorial Egi-Indarra, Toulouse, 1966, p. 5; *El clero vasco frente a la cruzada franquista. Más documentos,* Editorial Egi-Indarra, Toulouse, 1966, pp. 368-369; el carácter de José María en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 23 y JMAFO10.

«Ya desde el 1.º ó 2.º de filosofía me fijo en aquellos de los alumnos que muestran más capacidad intelectual, tanto especulativa como práctica, tomo nota de sus cualidades de carácter, de índole, de sus cualidades sociales y preponderancia más o menos adquirida dentro de la Comunidad. Uno por uno comienzo a preguntarles acerca de sus relaciones con la Comunidad (...). Se les propone el medio de una agrupación dentro de la cual, por la aceptación de ciertos compromisos sagrados, podrían desarrollar con éxito su espíritu sacerdotal. Viene luego la pregunta acerca de los amigos de más confianza en los que se haya observado más ideal de formación. Se forma un grupo de 4 ó 5 alumnos y se les asigna una etapa de preparación al cabo de la cual deberán hacer una consagración solemne a Jesucristo Sacerdote por María Inmaculada. Durante este período se procura llamarles con alguna frecuencia para iniciar una serie de conversaciones acerca del ideal sacerdotal, de su formación espiritual, de los medios de formación, de apostolado.» Las cartas estivales de José María a éste dos años atrás, en 1933, reflejan su integración en este proceso de inmersión en la nueva espiritualidad *francesa* de su director. Uno de los libros que el joven adquirió por entonces era un estudio del Cardenal Mercier, una de las principales fuentes de ésta, traducido por Manuel Lekuona al euskera ese mismo año. Tras esta etapa de convocatoria se pasaba a la formación de los grupos de amistad que, según Goicoecheaundía, debían conducir a la santificación propia y la de la comunidad mediante el ejercicio de la caridad. Tras un periodo de reuniones, los nuevos «amigos» empezaban a comunicarse en un plano sacerdotal y a interesarse mutuamente en sus oraciones y tareas.

Los grupos quedaban formalizados normalmente en el tercer curso de Filosofía. Así ocurrió con el de José María. Lo formaron, junto a él, Anastasio Albixu, José Gandiaga, Marcelo Gangoiti, Atanasio Goicoechea y Ramón Narbaiza. Gandiaga era su amigo íntimo de la niñez. Con Albixu había fundado *Kardaberaz bazkuna;* Gangoiti era compañero desde el Seminario Menor, al igual que Atanasio. Goicoecheaundía trataba de que se formaran grupos homogéneos en torno a aficiones comunes. Las de este grupo eran la cultura vasca y la cuestión social. Una libreta manuscrita suya correspondiente a este tiempo enumera los miembros del grupo y fija una fecha: el 10 de marzo de 1936. Se trata del día en que el grupo, ya formado, realizó su «consagración solemne a Jesucristo Sacerdote por María Inmaculada». Las reuniones las habían empezado a celebrar con regularidad el pasado 11 de febrero, tras finalizar el inicial periodo de charlas.[49]

---

[49] Las citas y el análisis en AIMS, Caja B: Testimonios, Carpeta Conciencia Sacerdotal, «Formación sacerdotal en el Seminario de Vitoria», documento mecanografiado redactado por Joaquín Goicoecheaundía, sin fecha, pp. 2-3 y Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sa-*

Ese 10 de marzo José María y sus «amigos» consagraron ante Dios y la Virgen un reglamento de vida en común que estaba inspirado en el que habían redactado los iniciadores del Movimiento Sacerdotal de Vitoria en 1926 al fundar su primer grupo de amistad. El fin de este primer reglamento era «ser sacerdotes santos y apóstoles fecundos de las ternuras y misericordias de Jesús y María» mediante «la configuración completa de nuestro ser con María sacerdote y por ella con Jesús sacerdote». El medio para ello era «la unión íntima y entusiasta de los cinco». En el plano privado se insistía en la «oración continua en unión de María» y en practicar «algún sacrificio diario, mortificando nuestros gustos», de forma no ostentosa. Se establecía un capítulo relativo a la periodicidad de las reuniones del grupo, así como de cada uno de sus miembros con el Director Espiritual. Se aconsejaba la lectura frecuente del reglamento y el examen personal de su seguimiento. Los principios que animaban esta espiritualidad eran tres: «santidad, sacrificio y amistad». «La santidad como entrega total a Cristo en el pleno cumplimiento de la misión sacerdotal es exigencia ineludible de nuestro sacerdocio», afirmaba Goicoecheaundía. «O ser sacerdote santo o no serlo», completaba Aldabalde. Ello sólo era posible por la vía del sacrificio, de ahí el apelativo que se daban de «sacerdotes-víctimas». Sacerdocio y sacrificio eran correlativos. El camino del sacerdote era la imitación de Cristo y, por lo tanto, el sufrimiento. Esta santidad y victimación sólo podían alcanzarse en plenitud mediante la ayuda mutua, la «amistad». El grupo preparó otro reglamento en 1933, similar en sus principios espirituales rectores, si bien más ordenado.[50]

En su consagración el grupo de amistad de José María contaba con esos dos reglamentos como inspiración y con un tercero que Goicoecheaundía había elaborado como reglamento específico para los seminaristas filósofos y teólogos que fueran formando estos grupos. En él también se establecía cómo el estudiante que caminaba al sacerdocio debía imitar en todo la vida de Jesús: «La vida de Jesús está su-

---

cerdotal de Vitoria, pp. 83-88. Ampliado con José María Izaga: «Los grupos de amistad desde el seminario, obsesión de D. Joaquín», en Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía,* pp. 267-268. El dato sobre la fecha de inicio del grupo de amistad en AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupos de Amistad, «Libreta manuscrita de Joaquín Goicoecheaundía entregada a Lola Güell en diciembre de 1961 en Vitoria»; contrastado y ampliado con JMAFO10, JMAFO3-III y JMAFO3-IV. Esta última conversación menciona a Ramón Narbaiza como un sexto integrante del grupo que no figura en la libreta de Goicoecheaundía y no coincide con el principio de cinco seminaristas por grupo. Puede que entrara poco más tarde. El libro citado es Mercier Kardinal'ak: *Kristauak jakin bear duana, Lekuona'tar Im. Apaizak erderatik,* López-Mendizabal'enean, Tolosa, 1933. Resto de referencias en AJMA, C1: «Apuntes espirituales», sin fecha, entre 1933 y 1936; cartas a Joaquín Goicoecheaundía, Iturbe-Barínaga, sin fecha, junio 1933; cartas de Joaquín Goicoecheaundía, Vitoria, 29-6-1933 y 19-7-1933.

[50] Las citas en Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 59-78 y 194-183. Ampliado con Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía,* pp. 128 y 145-149 y Joaquín Goicoecheaundía: *Meditaciones y orientaciones sacerdotales. Espiritualidad del clero diocesano,* Egaña, Vitoria, 1984. pp. 184-186; Oyarzabal: *D. José María visto por sus condiscípulos,* p. 11.

jeta en Nazaret a una regla de trabajo profesional con sus tiempos de oración y de convivencia familiar íntima; está sujeta a sus padres en obediencia, respeto y cariño». En lo referente a la relación entre los amigos, debían ayudarse en sus tareas escolares, acordar alguna obra de apostolado conjunto y reunirse «previo aviso del secretario dos veces por semana sin ostentación de ningún género» para abordar «temas estrictamente espirituales, de perfección, de apostolado». En esas reuniones habían de corregirse en sus defectos con caridad y aportar nuevas ideas que el secretario se encargaría de anotar. Además, debían comunicarse entre ellos durante las vacaciones por medio de cartas. Esta apuesta por una espiritualidad comunitaria en el Seminario era una revolución en unos años en que «los temas espirituales estaban cerrados con candado en la convivencia seminarística» y debatir sobre ellos públicamente era «un tabú». El reglamento cerraba con el lema *Ad Jesum per Mariam* (Hacia Jesús a través de María).[51]

Este reglamento de los seminaristas era personalizado por cada grupo. El de José María no fue una excepción y creó uno propio, inspirado en todo en los tres comentados. Su primer borrador se conserva manuscrito y tiene la caligrafía limpia y ordenada del joven marquinés. Ello indica que se convirtió en el secretario del grupo, lo cual resultaría lógico a juzgar por su eficiencia en tales tareas en el seno de *Kardaberaz bazkuna*. Desde el principio se quería dejar clara la identificación del grupo con la nueva espiritualidad de Vitoria, hasta el extremo de adoptar como lema de la asociación la sentencia *Sine me nihil potestis facere,* que estaba incluida en el segundo reglamento de 1933 y que era muy querida por Rufino Aldabalde. José María y sus amigos convertían como fundamento de su asociación la humillación ante la divinidad suprema que establecía este lema latino. *Sin Dios nada podían hacer,* ni en su santificación ni en la de los demás. Éste era el marco espiritual en que fijaban su sociedad.[52]

Florecer de la intimidad espiritual

La consagración de su grupo de amistad supuso una revolución en la espiritualidad íntima del joven. Felicidad, dicha, entusiasmo eran sentimientos muy comunes entre los jóvenes que participaban del nuevo movimiento espiritual. «Todos los días hacen estos seminaristas un cuarto de hora de oración extrarreglamentaria con miras al bien espi-

---

[51] Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 72-73 y 80-82.

[52] AJMA, C1: «Apuntes espirituales», reglamento manuscrito y copia mecanografiada, sin fecha. Reproducidos sin detalles importantes (por ejemplo, el lema latino) en *Recopilación de textos escritos por ...,* Libro 13, Tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: «Espiritualidad». Contrastado con JMAFO3-III y IV y JMAFO10.

ritual de los demás seminaristas. Todos los días dedican dos horas de trabajo (estudio, clase, etc.) con este fin expreso de apostolado.» Cada seminarista escogía un día y ofrecía todo lo que en él hacía a Dios por el bien del movimiento sacerdotal. «Al fin de semana, el secretario del grupo hace pasar un cuaderno a todos los miembros del grupo, para que cada cual vaya apuntando sus éxitos y deficiencias con respecto a las normas trazadas.» Los compromisos afloraban: escribirse cartas, compartirlo todo, no tener secretos... Cada joven encontraba su vida individual transparente y diáfana al compartirla con sus «amigos».[53]

Reflejo de la inquietud espiritual sin precedentes que José María comienza a vivir el mismo mes de su consagración espiritual son sus *Annotationes*. Entre el 2 y el 25 de marzo anota por escrito sus inquietudes mediante sentencias, máximas, suplicatorias, votos y oraciones. La mayoría las redacta en euskera. En una de sus reflexiones hace voto de forzarse a tomar un quehacer determinado cada día, siguiendo el reglamento de la asociación. En la siguiente escribe una parábola en castellano: el reino de Dios es como una moneda, con dos partes inseparables: «La cruz la constituyen los oprobios, las humillaciones, las luchas internas y externas representadas por la cruz de Cristo. La cara, en cambio, o sea la parte alegre, el mismo Cristo». Escribe al dictado de sus sensaciones, con una sintaxis dubitativa. Tiene muy presentes los deberes íntimos que él y sus «amigos» han regulado para fomentar la oración y piedad, así como los externos: «dentro del grupo he de fomentar la corrección fraterna de unos y otros».

Llega el 25 de marzo, día de la Anunciación de María, día que queda labrado en su memoria. Ha hecho su consagración íntima a Dios y a la Virgen. A ella pide ayuda en el paso que acaba de dar. En su lengua materna le ofrece su corazón. Lee su fe pasada como imperfecta, embrutecida, vasta. La desea más depurada por la mediación de la Virgen. El lema que rige su grupo de «seminaristas-víctimas» está labrado en su corazón. Se reconoce pecador, falible, humano, pero reafirma sus votos: ser mejor y más, recto. Se dirige a Dios y le pide ayuda para ello. La fecha de esta reflexión es muy significativa y responde a una intensa absorción de la nueva espiritualidad. Ese día, hacía once años, Rufino Aldabalde se había convertido a la nueva mística sacerdotal en unos ejercicios espirituales que había dirigido el jesuita Cándido Basabe, autor, a su vez, del primer libro religioso que José María adquirió con Gandiaga en Castillo-Elejabeitia. Esa fecha quedó grabada en la memoria de los integrantes del primer grupo de amistad. Recuerda Félix Núñez: «Yo recuerdo que D. Joaquín nos hablaba muchas veces de este cambio de Rufino. Cuando íbamos a hacer

---

[53] Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 89-93.

ejercicios espirituales, siempre sacaba el tema: «Hubo un filósofo de 2º que se convirtió en unos ejercicios espirituales. Ojalá a vosotros os llegara también una conversión como aquella.» Sabíamos de memoria lo que le había ocurrido a Rufino». Sus amigos dedujeron que la conversión de Aldabalde había tenido lugar el día 25 de marzo. La fecha, mera conjetura, pasó a formar parte de la memoria colectiva de los «amigos» y era utilizada por Goicoecheaundía en sus indicaciones a los seminaristas. José María había decidido adoptarla como conmemoración de su propia consagración a Cristo y a María.[54]

Las reflexiones que adornan las *Annotationes* son cortas, no están redactadas de forma consecutiva, pasan días entre una y otra. No todas están fechadas. No escribe para un público sino para sí. Acude a la Virgen y se compromete a invocarla cuando se desvíe. Hay un punto y aparte. Pasa tiempo. Quizá unos minutos, unas horas, unos días. Cada reflexión surge de una profunda inquietud, de una llamada que exterioriza sintácticamente mediante signos exclamativos introductorios, los mismos que luego utilizará, ya en Mondragón, en sus exhortaciones en la Acción Católica, la parroquia o las cooperativas. En cada anotación éstos son distintos *(«Jauna!»,* en una; *«Ama!»,* en otra). Otra inquietud surge en su corazón. Se sirve para plasmarla de metáforas afectivas que le ayudan a darle forma: *«Jausi!! Bai, Josu'rekin duana, be,jausi daike» («Caer!, sí, el que va conJesús también puede caer»).* El creyente, escribe, es como un niño que se agarra a la falda de la madre para no caer, es bueno que caiga alguna vez para que, así, aprenda a agarrarse más fuertemente, a ser consciente de que no puede caminar solo por el mundo. Hay como una añoranza adulta hacia la sencillez de la infancia a la hora de entregarse y confiar.

En las *annotationes* siguientes insiste, en castellano, en los mismos temas, que se le presentan de forma obsesiva. «Por mí nada puedo; para hacer el menor acto de amor me hace falta la gracia de Dios.» Se contempla como un «hombre reflexivo, cumplidor del deber; sacrificado y abnegado. Afable y cariñoso, alegre y jovial en el trato con los otros». Otras veces, su lectura íntima toma la forma de sentencias breves. Se vale de metáforas conocidas, evocadoras del terruño, a la hora de levantar acta de un corazón arrasado ante Dios. Cuenta que su corazón es un campo lleno de malas hierbas y pregunta a Dios: *«Zure oñordeko ta «Alter Christus» izateko zelan aukeratu nozu?».* No entiende por qué, con sus faltas, ha sido elegido por Dios para ser «Otro Cris-

---

[54] AJMA, C1: Escritos espirituales: *«Annotationes et decreta moralia ad usum privatum»,* manuscrito con fecha de inicio de 2 de octubre de 1935 y *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: Espiritualidad, 2001; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 116-118; Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía,* pp.37-41; «Datos biográficos», *Surge,* nº 28,1945, pp. 6-7.

to». Se siente sin fuerzas para arrancar las malas hierbas de su corazón y pide una chispa que prenda y le ayude a quemarlas.[55]

Pasan tres días. Salta una página y comienza con una anotación que fecha el 28 de marzo de 1936. Estas nuevas reflexiones íntimas cuentan ya con un título que las antecede y están compuestas de forma más ordenada. Ya no hay frases que terminan abruptamente o reflexiones y votos escritos en la intensa inmediatez posterior a la oración o la meditación. Existe una voluntad por dejar una constancia un poco más ordenada de su turbulencia espiritual. El primer documento se titula *Negarra* («llanto»). Acude nuevamente a la naturaleza como metáfora espiritual: igual que cuando llueve el agua es absorbida por la tierra, igual el hombre debe absorber su propio llanto. El que llora por todo es ligero de carácter, algunas lágrimas son para tenerlas dentro y no manifestarlas. De la parábola brota la nueva espiritualidad mortificadora que está madurando en él. Apuesta por la contención incluso de las manifestaciones más humanas. José María quiere aprender a ser un sacerdote de llanto silencioso, un depósito impersonal de la gracia divina. Ha encontrado una semilla que Rufino Aldabalde, año y medio después, hará florecer: «la semilla de la impersonalización», inspirada por una conocida sentencia del Evangelio de San Mateo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niege a sí mismo». (Mt, 16, 24).

El anhelo de «sacerdote-víctima» va unido a la inquietud por el sacerdote social. El 29 de marzo escribe una breve reflexión sobre la cuestión obrera. Las demandas de los trabajadores son justas, están cerca de la verdad evangélica. La tarea de la Iglesia no debe ser negarlas, sino acercarlas a ésta. No existen dos verdades contrapuestas, la socialista y la católica, sino que la primera es imperfecta porque prescinde de Dios. La luz de la Iglesia y su doctrina social debe iluminar la sombra del socialismo. Cierra la reflexión con una cita en castellano: «Una doctrina no se destruye por la fuerza, sino por otra doctrina». Un mes antes el Frente Popular ha ganado las elecciones más reñidas, sangrientas y enconadas de la breve historia de la débil democracia española. En el País Vasco el triunfo ha sido del Partido Nacionalista Vasco, pero su centro político se ha debilitado mucho en la disputa entre los dos bloques, revolucionario y contrarrevolucionario.

La atmósfera de fuera taladra los muros del Seminario. El joven no es ajeno a ella, pero vive inquietudes más trascendentales. Un día después de sus reflexiones sociales de nuevo se centra en la metafísica

---

[55] AJMA, C5: «Escritos espirituales», *«Annotationes et decreta moralia ad usum privatum»,* manuscrito con fecha de inicio de 2 de octubre de 1935 y *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: Espiritualidad, 2001. Contrastado con Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 56.

del amor de Dios mediante parábolas campesinas. El 31 de marzo escribe el texto más hermoso de todos, el que mejor describe su espiritualidad. *«Sarraspeko Iturritxo»*. Dios creó la tierra pura, pero Adán introdujo en ella la carcoma del pecado. Desde Adán el agua dulce no sacia la sed, su dulzura está salpicada de las lágrimas saladas del pecado. Desde entonces el hombre necesita beber continuamente sin encontrar fin a su sed. Evoca su infancia. Una infancia simbolizada en el manantial de Sarraspe, una fuentecilla de la que bebía de pequeño un agua fresca pero que nunca le dejaba completamente saciado. Hasta que descubrió a Dios y supo cómo algún día lograría saciar su sed. La metáfora del terruño dota de contenido biográfico una meditación sencilla, profundamente intimista, sobre la experiencia de fe de un joven de veinte años, alimentada por la lectura de otra sentencia evangélica, ésta de San Juan: *Omnis qui bibit ex agua hac sitiet iterum* (Jn, 4).[56]

Las *annotationes* terminan. En este tiempo, en sus ratos libres, está elaborando otro ensayo *euskaltzale: «Bernard de Echepare. Lehengo euskal-idaslea»*. Es el último que compondrá. En el balance que en él realiza del estado de la cultura vasca la influencia de José Ariztimuño *Aitzol,* el gran patriarca del «renacentismo», es muy perceptible. Lo finaliza en la Pascua de 1936. El verano va acercándose. Los requetés carlistas intensifican la instrucción clandestina en las colinas de Estibaliz, cerca de Vitoria. Toman lomas en las que han colocado ikurriñas que después queman. En el colegio de los Corazonistas, cerca del Seminario, los falangistas celebran reuniones en las que definen el calendario estival de acciones armadas. El 25 de mayo Vitoria vive diez días de huelga general. Nada de esto parece incidir en el ánimo del joven. Junio es un mes dichoso para él. *Aurrera beti* obtiene uno de los premios del Día de la Poesía Vasca celebrado en Lekeitio. En ese certamen es premiado un joven de esa localidad, Eusebio Erkiaga. Su éxito literario va parejo del académico y sus notas son inmejorables: sobresaliente en todas las asignaturas. José María marcha junto con José Gandiaga, a Iturbe a sedimentar las experiencias del año. Está deseando que pase el verano para volver al Seminario. Pero los perros de la guerra andan ya sueltos.[57]

---

[56] AJMA, C5: «Escritos espirituales», «Annotationes et decreta moralia ad usum privatum», manuscrito, entradas *«Negarra», «Jo ta ausi...!», «Yñarti ziztin mizkiña»* y *«Sarrapeko Iturritxoa»,* fechadas en 28, 29, 30 y 31 de marzo de 1936. Reproducidas de forma incompleta en *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Libro 13, tomo VII. *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: Espiritualidad, 2001. Contrastado con «La impersonalización en la persona de D. Rufino», *Surge,* nº 28, 1945, pp. 87-92. La traducción de esta última sentencia es: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed».

57 AJMA, C1 y en ASDV, Fondo Secretaría, Libro Oficial de Calificaciones 1917-1935, Certificado de calificaciones de José María Arizmendiarrieta, curso 1935.36; *Recopilación de textos escritos por ...,* Libro 13, tomo VII, *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* 2001, doc. 14 *(«Bernard de Echepare lehenengo euskal idazlea»);* Onaindía: *Ayer como hoy,* p. 4; *Le Clergé Basque,* 1938, p. 14.

3

GUERRA CIVIL Y ORDENACIÓN SACERDOTAL | 1936-1941

GUDARI DEL GOBIERNO DE EUZKADI Y JUICIO MILITAR

Miliciano de Euzko Gudarostia

El lento discurrir del mes de julio de 1936, entre oración, visitas al Santísimo y misa diaria, meriendas con los compañeros, paseos y pedaleo por los valles cercanos, iba encaminando al joven a una nueva estancia en Saturraran, donde por entonces se encontraban los «latinos» terminando la suya. El 16 de julio fue la fiesta local de Markina, «los Cármenes». La villa, engalanada, celebraba sus tradicionales festejos en honor de la Virgen del Carmen, en los que no faltaba el clásico partido de pelota de la tarde. «Mucha gente, mucha animación, mucha paz, sin que nadie se diera cuenta de los nubarrones que nos amenazaban», recordaría años después Alberto de Onaindía. A las cinco de la mañana del sábado 18, el general Francisco Franco iniciaba la sublevación militar contra el Gobierno de la República en las Islas Canarias mientras el Ejército de África se levantaba en Marruecos. A las 11 de la mañana, apenas cinco horas después de iniciado el movimiento insurreccional, las primeras noticias comenzaban a circular por toda la península. El 19 de julio la prensa anunciaba que la situación estaba bajo control y que el país vivía una calma absoluta. En esos momentos las tropas del general Emilio Mola, Gobernador Militar de Pamplona,

ya habían ocupado la capital navarra junto con los requetés carlistas. A las siete de la mañana de ese domingo el Coronel Camilo Alonso Vega, jefe del Batallón de Infantería de Montaña de Flandes, proclamaba el estado de guerra en la ciudad de Vitoria, que era tomada por más de 1.300 requetés y dos centenares de falangistas.

En Markina, José María y sus compañeros comentaban las noticias sin darles excesiva importancia. El eco de la intentona fracasada del general Sanjurjo en 1932 estaba muy presente. El 21 de julio todos pudieron leer en el *Euzkadi* una escueta nota del *Bizkai Buru Batzar,* órgano ejecutivo del PNV. La nota, redactada por su Presidente, Juan Ajuriaguerra, proclamaba, ante la general sorpresa de la militancia, la fidelidad de este partido a la legalidad republicana. Quizá José María no quedara tan sorprendido, buen conocedor del enorme foso que en los últimos años había ido separando al nacionalismo vasco de un bloque de derechas ahora abiertamente insurrecto y unido por un común nacionalismo integral español. Ese mismo día Alberto Onaindía recibía en Markina la visita de una delegación de mujeres afiliadas al PNV que le traían su inquietud ante los camiones de milicianos armados que circulaban por los contornos y la bandera roja que algunos de ellos habían plantado frente a un colegio religioso de la localidad. La ciudadanía nacionalista estaba desorientada. Para entonces la intentona de golpe de Estado se había convertido en un abierto conflicto civil. El eminente sacerdote propagandista tuvo inmediata experiencia de ello a la salida de Durango cuando unos milicianos detuvieron su vehículo en un puesto improvisado en el cruce que conducía a Elorrio y Markina. Pese al fracaso de la insurrección militar en Bilbao los partidos y sindicatos obreros habían seguido armando a sus afiliados, que se paseaban orgullosos con sus carabinas y fusiles, entre arengas revolucionarias y gritos contra el fascismo, la burguesía... y el clero.[1]

---

[1] *El pueblo vasco frente a la cruzada franquista,* p. 225, Alberto de Onaindía: *Hombre de paz en la guerra. Capítulos de mi vida,* vol. I, Ekin, Buenos Aires, 1973, pp. 17-21. En este texto autobiográfico este sacerdote marquinés cuenta con mucho detalle la vida cotidiana de Markina en las semanas anteriores y posteriores al levantamiento militar, que he ampliado con JMAFO1-I, JMAFO2, JMAFO3-I y *Diario Vasco,* 30-11-1976. Le seguiré en muchos pasajes de esta historia, siempre contrastando con fuentes orales y otros documentos. Hay un detalle importante en la relación de hechos que comenta. Cuenta que la noticia del levantamiento de julio la recibió de «Hilarión Amuchástegui», en la portería del convento de los Padres Carmelitas de Markina a donde se dirigía para leer un libro de San Juan de la Cruz. Este nombre coincide con el de la persona que denunció a José María posteriormente a los sublevados, ocasionando su detención y juicio. Resulta bastante lógico pensar que se trata de la misma persona, de oficio taxista. Sobre todo si, aparte de la coincidencia en el nombre, se tiene en cuenta que el futuro denunciante de José María fue un hombre de ideología afín a la de aquellos, por lo tanto bien informado de unos hechos que, en esos momentos, apenas eran conocidos por la mayoría de los marquineses. La reacción de José María y sus amigos ante el golpe en JMAFO3-I y la información sobre el denunciante la tomo de JMAFO1-I. No está confirmada documentalmente pues en el informe de la denuncia no aparece el responsable de la misma, como advertiré cuando aborde estos hechos, más adelante. Se trata, por lo tanto, de información oral, contrastada con JMAFO1-I, JMAFO2 y JMAFO3-I.

El 1 de agosto José María entró en la caja de reclutamiento. La radio se convirtió en un bien muy preciado para la familia Arizmendiarrieta, especialmente para hijo y padre, que, pegados a ella, escuchaban con gran preocupación el desarrollo de los acontecimientos. Los muertos comenzaban a aparecer en las cunetas de las carreteras. En Bilbao, un convento había ardido y varios cadáveres de religiosas habían sido desenterrados y expuestos en la calle por milicianos, siguiendo el secular ritual anticlerical. El 6 de agosto, el Obispo Mateo Múgica hacía pública, junto con el de Pamplona, la pastoral *Non licet* en la que consideraba ilícita la unión de los nacionalistas vascos con el Gobierno marxista frente a los católicos sublevados, siguiendo la doctrina vaticana respecto del conflicto español. El 15 de agosto, festividad de la Asunción, Markina permanecía en paz, si bien el ambiente de la villa estaba cargado de noticias acerca de los combates que tenían lugar en la comarca de San Sebastián y de la violencia revolucionaria que se había adueñado de las ciudades vascas adictas a la República. Por ese tiempo, Tomasa comenzó a desprenderse del dinero en metálico y a adquirir ganado, cuberterías y todo tipo de utensilios de labranza. Su decisión fue fundamental para asegurar la prosperidad de la familia en los difíciles años que pronto llegarían. Su hijo seguía en Barinaga, pues la estancia de filósofos y teólogos en Saturrarán se había suspendido.[2]

José María había encontrado en estas difíciles semanas un camino interior en el que se refugiaba con agrado. El 1 de septiembre retomó sus anotaciones espirituales. Cristo enseñó el amor, no la violencia. El que alcanza ese amor es como si tuviera un hierro candente, que abrasa todo, incluso a los enemigos de Dios. Ese amor invita a la trascendencia. Esto escribe en euskera. Pasan diez días y piensa en su muerte. Desea ser simiente de algo, no sabe aún de qué, pero siente una inquietud que se le presentará insistentemente en su vida futura: el anhelo de paternidad espiritual. Quiere que haya otros que lloren sobre su tumba para que de sus lágrimas puedan hacer brotar vida de la tierra. Dos días después compone otra metáfora poética: durante el día su corazón está lleno de niebla, sólo la noche consigue despejarlo y le permite ver claramente las cosas. Desearía que siempre fuera de noche, que siempre fuera como cuando hace revisión del día antes de acostarse, reconciliándose con Dios y sintiéndose en paz. Pero eso no es posible porque el sentido de la vida es, precisamente, tener experiencia de pecado para así aspirar más a la virtud. Sin el día no tiene sentido la no-

---

[2] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº 38 (B), Causa 189/37, hoja 4, Cédula personal de José María Arizmendiarrieta fechada el 1 de agosto de 1936; AJMA, C5, Certificado de licencia militar absoluta fechado el 1 de agosto de 1954; de Pablo: «La Iglesia», p. 308; Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* pp. 20-32. Ampliado con JMAFO1-I y II.

che. Un sentido cíclico de la existencia, fuertemente deudor del universo armónico campesino, enmarca esta meditación sobre la gracia y el pecado.

Pasan diez días y otras metáforas más clásicas acuden. La vida, escribe, es un valle de lágrimas, una cuesta perpetua que hay que ascender en mitad del llanto. Es mejor no dejar para después de la muerte este ascenso y evitar que se convierta en una condena eterna. Cuanta menos cuesta se suba en vida mayor será la que se habrá de subir en la eternidad. El sufrimiento es el cauce de la salvación. Medita insistentemente en su condición de «seminarista-víctima». Otras meditaciones de corte más social nutren también sus reflexiones. El liberalismo individualista ha buscado arrinconar la religión. Por ello ésta ahora no es refugio para su régimen político. La religión nació para ser pared de apoyo de la sociedad, pero el liberalismo la derribó, por lo que ahora no puede apelar a ella para permanecer frente a la adversidad. La meditación es muy abstracta, pero alude claramente a la situación de crisis terminal que vive la República, modelo de régimen liberal individualista y anticlerical, que se ve ahora abandonado por la Iglesia, que ha pasado en su práctica totalidad a apoyar la rebelión militar.

Llega el otoño. San Sebastián ha caído y por las carreteras de Bizkaia fluye una masa de refugiados montados en toda clase de vehículos que trata de escapar de la represión militar. El frente se acerca. En octubre, las tropas sublevadas comienzan a fusilar sacerdotes afines al nacionalismo vasco. Dos de ellos están muy arraigados en Markina: Celestino de Onaindía, coadjutor de Elgoibar y hermano de Alberto y Domingo, y José Peñagaricano, coadjutor de Markina-Etxeberria. El 1 de octubre es aprobado el Estatuto de Autonomía del País Vasco y elegido Lehendakari José Antonio Aguirre. Mientras, José María sigue inmerso en la hondura espiritual. Escribe parábolas naturalistas sobre el dolor y el sufrimiento, así como un texto en castellano que refleja que no es ajeno a la crítica de la propaganda rebelde contra el nuevo Gobierno de Euzkadi y su alianza con el marxismo. Defiende a éste, pues entiende que esa crítica está sustentada en un «falso catolicismo». De su reflexión, muy confusa, en parte por la mala sintaxis con que es escrita, se desprende su opinión de que por debajo del nacional-catolicismo del bando rebelde hay más nacionalismo integral que catolicismo evangélico. La comienza en castellano y la finaliza en euskera. Todas estas anotaciones están escritas a modo de ejercicios de sermón. En otro texto posterior muestra su convicción respecto de la responsabilidad del liberalismo en el estado de crisis de la sociedad. La cuestión social se convierte en un sujeto fundamental de sus últimas meditaciones. En ellas muestra su alineamiento ortodoxo con la doctrina social católica de la época en sus ribetes más anticapitalistas. El 17 de

octubre critica a los ricos que les cuesta abrir la bolsa para compartir y que luego se refugian en la Iglesia para defender sus intereses de clase.[3]

El 16 de octubre el Gobierno Vasco de Aguirre publica el decreto de movilización de las quintas de 1932 a 1935. El reemplazo de José María es el siguiente a movilizar. En noviembre sigue en Barinaga. El segundo curso de Teología está en el aire. El futuro no se presenta halagüeño. Navarra, Álava y la práctica totalidad de Guipúzcoa se encuentran en manos de los sublevados. El Seminario de Vitoria ha sido convertido en hospital de campaña. El Obispo Mateo se ha visto forzado a marchar a Roma el 12 de octubre al no contar con la simpatía de las autoridades militares sublevadas. Junto a él se ha exiliado o refugiado buena parte de los claustros de Vitoria y Castillo-Elejabeitia, como Eduardo Ezcárzaga, José Miguel de Barandiaran, Manuel Lecuona, Félix Zatarain, Juan Thalamás, Roberto Etxeberria o José Manuel Intxaurbe. Unos meses después Joaquín Goicoecheaundía y Roberto Aguirre también se verán destituidos de sus cargos. De momento, éstos han marchado como Director Espiritual y Prefecto de Estudios, respectivamente, al Seminario provisional instalado en Logroño bajo las órdenes de Jesús Enciso, el nuevo Rector. Al claustro depurado le acompañan noventa y tres alumnos alaveses y guipuzcoanos. Los escritos de Mateo Múgica en estos meses reflejan el desconcierto de un hombre incapaz de entender que sus fieles se estén aniquilando entre ellos y que los dos bandos se apliquen con saña al asesinato de sacerdotes. En el lado republicano cincuenta y nueve fueron asesinados sólo en territorio vasco. Otros quince más lo fueron en Guipúzcoa por las tropas franquistas entre septiembre y noviembre de 1936.[4]

El 9 de diciembre el Boletín Oficial del Gobierno de Euzkadi publicó el decreto de movilización de los reemplazos de 1931 y 1936. En dos meses 30.000 hombres han sido llamados a filas para hacer frente al Ejército rebelde en una línea de frente que ha ido acercándose a Markina. El decreto establecía que el alistamiento se verificara en un plazo de setenta y dos horas en cada ayuntamiento. Los alcaldes se

---

[3] Los datos de este párrafo y el anterior corresponden a AJMA, C1: Escritos espirituales: «Annotationes et decreta moralia ad usum privatum», manuscrito, entradas *«Maite-garretan», «Malkoz...», «¡¡Gauaren argia...!!»* y *«Negarr; negarr ta barre?», «Omarr aldaker orain», «Gizarteko autuak...», «Zugatz ondoa...», «Falso catolicismo», «La tesis», «Yñoren gonabarrenei barrez...», «Erreka egaleko sostopo», ««et nubis suscepit eum ab oculis eorum»* (Act. Ap. 1.9)», «Quid statis aspicientes in coelum», «Rescessit ab eis (Luk. 24,51) fechadas en 1, 10,12, 22,26 de septiembre, y 2, 6, 9, 14,15,17 y 21 de octubre de 1936 (las dos últimas carecen de fecha). Reproducidas de forma incompleta en *Recopilación de textos escritos por...,* Libro 13, tomo VII, *On José Mariaren Euskal Idatziak, Euskera Lantzen,* Parte II: Espiritualidad, 2001.

[4] Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía,* pp. 63-64; Antonio Villarejo: *Germán Aldama. Un nuevo cura de Ars,* BAC, Madrid, 1996, pp. 26-28; *BOOV,* LXXII, 1936, p. 532; *Le Clergé Basque,* 1938, pp. 111-112; las cifras de sacerdotes asesinados en los dos bandos en De Pablo: «La Iglesia», p. 308; Joseba M. Goñi: *La guerra civil en el País Vasco: una guerra entre católicos,* Eset, Vitoria, 1989, pp. 221-225 y 127-234.

encargaban del transporte de los quintos a Bilbao para su distribución en las diferentes unidades militares. José María, perteneciente al reemplazo de 1936, partió nada más conocer el decreto. Deseaba escoger un batallón del PNV y compartir el tiempo de guerra con compañeros de ideología similar a la suya. Acostumbrado a organizar actividades de todo tipo en el Seminario, desde teatro hasta veladas musicales, coordinó y comandó la expedición de quintos marquineses que marchó en camión hasta la Plaza Elíptica de Bilbao y se incorporó a las milicias vascas. Su certificado de inscripción lleva fecha de 22 de diciembre de 1936. Aparece destinado en el «batallón Korta» como «gudari voluntario número 10468». Probablemente se trata de la Compañía Kortabarria que fue, junto con la Elguezabal, la primera que se fundó y que formaba parte del Batallón Arana-Goiri. Estos batallones constaban de entre 400 y 600 hombres divididos en diferentes secciones, según armamento y especialización. Su destino era provisional, a la espera de superar el reconocimiento médico.

El día de Nochevieja vuelve a Barinaga para celebrar el año nuevo. El frente se encuentra ya en los montes cercanos, a menos de una hora a pie. El 24 de diciembre ambos bandos declararon una breve tregua y todos los combatientes se reunieron en las postrimerías del monte Kalamua, en tierra de nadie, entre las dos líneas de trincheras, para celebrar la Navidad. Comieron, bebieron y rieron, cantando y bailando con gran alegría. Muchos eran vecinos de valles cercanos. Unos eran gudaris y otros requetés, unos milicianos y otros militares. Unos charlaban en euskera y otros en castellano. Las filas rebeldes estaban repletas de campesinos euskaldunes de los valles guipuzcoanos y vizcaínos enrolados en las filas del requeté carlista. El 26 de diciembre decenas de estos jóvenes de un bando y de otro cayeron en una dura batalla de posiciones. La Markina que encuentra José María es, pues, una plaza militar ocupada por batallones de la CNT y de las milicias nacionalistas vascas. Los colegios religiosos y conventos sirven de residencia a la tropa, que se distribuye también en casas particulares. La vida ha cambiado, aunque más en la villa que en las anteiglesias. Los milicianos anarquistas despiertan curiosidad debido a sus constantes muestras de impiedad. Ciertas provocaciones que cometen al abrigo de la noche, como coronar con un orinal a la Virgen del Carmen, generan indignación en el pueblo. Los gudaris, en cambio, resultan próximos culturalmente, participan en el culto religioso y transmiten sensación de orden social.

Markina está en mitad de la guerra. Barinaga no. Apenas se escuchan poco más que explosiones lejanas. Aún no han llegado tropas a instalarse en los caseríos, cosa que ocurrirá unas semanas después. Pero incluso cuando esto ocurra el paisaje y la apacible vida del valle seguirá siendo la misma. María Arizmendiarrieta sigue yendo cada fin de sema-

na al mercado de la villa a vender los productos de la huerta, ahora más solicitados que nunca debido al considerable incremento de población que la guerra ha generado. Más difícil le resulta, sin embargo, acercarse a Eibar, la carretera está atestada de controles de milicianos y no es segura para una joven. Pero en Iturbe hay algo que sí ha cambiado: el ánimo de José Luis. La inquietud del cabeza de familia es perceptible, su carácter, habitualmente parlanchín y expansivo, se ha vuelto huraño y triste. Algo pesa la preocupación por la familia de Eibar. Pero más que eso lo que hay es verdadero terror a la llegada de los rebeldes. A estas alturas del conflicto todo el mundo sabe que ni siquiera los sacerdotes son respetados en las localidades que van tomando. Que las cunetas y los muros de los cementerios aparecen a las pocas horas sembradas de cadáveres. José Luis, hombre de simpatías nacionalistas y de peso político en la anteiglesia, tiene miedo. El mismo que tiene Juan Barquín, el párroco de Barinaga, pero éste debido a sus convicciones carlistas. Su relación con los Arizmendiarrieta ha estado siempre enturbiada por esta distancia política. Muchos compañeros suyos están pagando su simpatía por los rebeldes, asesinados por milicianos incontrolados. Más de doscientos presos de las cárceles bilbaínas fueron ejecutados unos días después, el 4 de enero de 1937, tras un fuerte bombardeo del ejército rebelde sobre la ciudad de Bilbao. Muchos de ellos eran sacerdotes, alguno amigo de José María. El miedo campa a sus anchas por las lomas de Barinaga y alcanza Iturbe en el *Gabon* de 1936.

El 2 de enero de 1937, José María ya estaba de nuevo en Bilbao, esperando conocer destino definitivo. El día 29 el Tribunal Médico Militar certificó su incapacidad para el servicio activo de armas debido a su ceguera de un ojo y le destinó a cuerpos auxiliares. Su primer destino iba a ser un batallón de zapadores, probablemente en la propia Compañía Kortabarria en que estaba encuadrado, pero tanto su impedimento físico como su condición de seminarista lo evitaron. El Gobierno Vasco entregaba un carné especial para los sacerdotes, religiosos y seminaristas comprendidos entre los 18 y los 45 años, que les eximía de todo servicio de armas. Pasó al Estado Mayor del Ejército del Norte. Fue a parar a una de sus áreas, Industrias Movilizadas, quedando adscrito a la Sección de Movilización y Prensa de las Milicias del PNV y, en concreto, a la redacción del periódico *Eguna*. Su residencia era el Cuartel de Abando en Bilbao, sede de las Milicias Vascas.

En esta entrada en el Departamento de Prensa del PNV tuvo mucho que ver la recomendación de su compañero del Seminario, Alejandro Mendizabal, que trabajaba allí, y su pequeña amistad con Augustin Zubikarai, natural de Ondarru, compañero en el Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia y en el movimiento euskaltzale. Augustin le propuso entrar a formar parte de la redacción de este periódico, del que era director y que se publicaba íntegramente en euskera. Así fue como

pasó a trabajar en Eguna entre finales de enero y comienzos de febrero. Entraba en calidad de recluta destinado a servicios auxiliares, lo que significaba que cobraba su soldada como militar y no como militante del PNV. Lo mismo ocurría con la mayor parte de los redactores del periódico. Su sueldo mensual era de 350 pesetas y lo percibía de Industrias Movilizadas. Augustin cobraba, aparte de la soldada militar, una paga como miembro de la plantilla del diario *Euzkadi,* del que había nacido *Eguna.* Con él trabajaban el lekeitiarra Eusebio Erkiaga y su aludido compañero de *Aurrera Beti* Alejandro Mendizabal, de Mutriku. Todos estaban bajo las órdenes de Zubikarai. Todos eran jóvenes implicados en el movimiento renacentista, experimentados en labores de redacción periodística y que compartían una misma ideología nacionalista. Todos, salvo José María, eran de origen costero, *arrantzale.* Hay documentos que señalan que, meses después, fue adscrito a otra unidad militar, el batallón Sukarrieta, probablemente como destino temporal.[5]

---

[5] AGGCE, Fondo Político-Social, Bilbao, Caja 244, Expdte. Nº 17, «Sección de reclutamiento y movilización. Memoria de la situación actual de la oficina», mecanografiado, Bilbao, 13 de enero de 1937, pp. 3-5, ampliado con JMAFO3-I y JMAFO2; AJMA, C5: Certificado de inscripción en las milicias del PNV, nº militar 10468, 22 de diciembre de 1936; Certificado expedido por la Comandancia General de las Milicias del PNV como gudari nº 76120, 3 de junio de 1937. El ánimo de su padre en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17 y JMAFO1-I. Los batallones Arana-Goiri, Sukarrieta y Kortabarria en AGGCE, Fondo Político-Social, Bilbao, Caja 244, Expdte. Nº 17, «Sección de Reclutamiento y Movilización. Relación detallada de las nóminas de las diferentes unidades, con indicación de hombres y pesetas satisfechas», mecanografiado, Bilbao, 13 de enero de 1937; Sección Político Social-Bilbao, Caja nº 23, Expdte. nº I, «Libro índice de batallones y cuadernos de permisos»; Caja 78, Expdte. Nº 4: «Cuadros de organización y distribución del Ejército de Euzkadi», 29 de abril de 1937 y CPDGV, Colección Instituto Bidasoa, «Copia mecanografiada de las memorias de guerra de Jesús Olabarri y Sagarduy, antiguo capitán de la compañía Kortabarria del batallón nacionalista Arana-Goiri». El batallón «Sukarrieta» operaba en el Frente Sur y estaba integrado en la 15ª Brigada de la 3ª División del Ejército de Euzkadi. En un informe del Departamento de Defensa del Gobierno Vasco fechado el 29 de abril de 1937 aparece como «pendiente de incorporación» al frente, referencia similar a la que aparece en el documento militar de José María. (AGGCE, Sección Político Social-Bilbao, Caja 78, Expdte. Nº 4: «Cuadros de organización y distribución del Ejército de Euzkadi», 29 de abril de 1937.) Se encontraba organizado en 4 compañías de entre 100 y 120 hombres cada una a las que se unía una compañía de ametralladoras y diverso personal con casi 90 hombres más. El mes en que José María entró contaba con 60 bajas entre heridos y enfermos, sin contar las muertes en combate, bastante numerosas. (AGGCE, Sección Político Social-Bilbao, Caja 135, Expdte. nº 4, «Batallón de Infantería nº 69 Sukarrieta. Relación nominal de las fuerzas que componen el expresado el día 31 de mayo de 1937», mecanografiado.) En las nóminas de mayo y julio de 1937 no aparece José María, lo que indica que su paso por él se debió a cambios en el encuadramiento de los efectivos de estas unidades mientras estaban en espera de ser destinadas al frente. En julio la Comandancia General del Ejército del Norte decidió refundir en este batallón otras unidades de milicianos vascos que habían quedado muy dañadas. (AGGCE, Sección Político Social-Bilbao, Caja 135, Expdte. nº 4, «Relación de haberes devengados (...) de los batallones "Otxandiano", "Rebelión de la Sal", "Kirikiño" y "Sukarrieta", refundidos en este último. Documento fechado el 31 de julio de 1937».) El certificado médico militar del Ejército de Euzkadi y el domicilio del Eguna en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 10 (fechado el 29 de enero de 1937, detalla su pertenencia al reemplazo de 1936) y hoja 11 (Acta mecanografiada de la primera declaración de José María Arizmendiarrieta ante el Juez Militar de Guardia, fechada el 13 de julio de 1937). La exclusión del servicio de armas a los seminaristas y sacerdotes en Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* p. 140. Adscripción a industrias movilizadas y a *Eguna,* en AJMA, C1: cédula militar fechada el 15 de junio de 1937 y AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 3, Acta mecanografiada de la denuncia del Servicio de Orden y Policía del Ejército del Norte contra José María Arizmendiarrieta fechada en Bilbao a 13 de julio de 1937 y hoja nº 12, Acta mecanogra-

Periodista de Eguna

Eguna había surgido el 1 de enero de 1937 como un periódico íntegramente en euskera que sirviese de Órgano de comunicación del nuevo gobierno autonómico con la población euskaldún y, muy en especial, con los soldados de los frentes. Se trataba de promover la cultura bilingüe que constituía uno de los puntales del programa del Gobierno de Aguirre y, a la vez, de hacer pasar por el filtro de éste las noticias sobre la guerra y la experiencia autonómica. Este fin, íntimamente asociado al ideario del movimiento renacentista, fue puesto en marcha a finales de 1936 por un antiguo dirigente del partido, Manuel Ciarsolo *Abeletxe,* en colaboración con el Gobierno Vasco y el *Bizkai Buru Batzar* de Juan Ajuriagerra. *Abeletxe* reclutó un grupo de profesionales dispuestos a colaborar en el proyecto. El más importante era Augustin Zubikarai, que fue el que empezó a contactar con jóvenes escritores renacentistas.

Las editoriales y el tratamiento de la información del periódico coincidían en la defensa a ultranza de la patria vasca y de sus componentes más importantes: la lengua y la religión. Todo ello desde una orientación política cristiano-demócrata, con insistentes referencias a la justicia social y una constante crítica al capitalismo, al que se consideraba uno de los responsables de la guerra. Pese a que la dirección nominal del periódico correspondía a *Abeletxe,* su redactor jefe y responsable editorial era Zubikarai, que firmaba con varios seudónimos *(Arteta, Kresala).* La redacción la componían quince personas, acompañadas por más de una decena de escritores habituales y otros muchos esporádicos. Hasta sesenta periodistas llegaron a pasar por ella. El núcleo directivo lo formaban, junto a José María, Ignacio Aizmendi *(Basarri),* Mikel Arruza *(Arrugain),* Alejandro Mendizabal *(Txaranbel)* y Eusebio Erkiaga *(Endaitz).* Todos los redactores tenían seudónimo, costumbre muy arraigada en la cultura de la microsociedad nacionalista.

Eguna nació a partir de la página en euskera que *Euzkadi* llevaba años publicando. El apoyo técnico e intelectual que sus responsables

---

fiada de la segunda declaración de José María Arizmendiarrieta ante el Juez Militar de Guardia, fechada el 17 de julio de 1937. Su residencia en el Cuartel de Abando en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 9, Pase oficial de «Euzko Gudarostia. Cuartel General de Abando» a favor de José María Arizmendiarrieta. Su colaboración con *Eguna* también en Oyarzabal: *D. José María visto por sus condiscípulos,* p. 13; Joseba Agirreazkuenaga: *«Eguna: Euskararen egunerokotzea komunikabideetan»* y Uzturre: *«Euskal egunkaria»,* en *Eguna,* Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, Gasteiz, 1990, p. 16, 27 y 34. Pormenores de su entrada en este periódico en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 24, Zubikarai: *Oroipen eta Ikuspegi,* pp. 88-89, contrastado y ampliado con JMAFO3-1. Su pertenencia a la redacción del periódico, junto con Erkiaga y Mendizabal también en Jorge Reizábal Arruabarena: *Eguna, único diario en euskera (Bilbao, 1937),* Tesina de Licenciatura, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad de Navarra, 1973, inédita, pp. 49-50. Referencias a Barquín y José Luis en JMAFO1-I y II, JMAFO3-I y IV y Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17.

obtuvieron del director de este diario, Esteban Urkiaga *Lauaxeta,* permitió que esta página se desgajara del rotativo, sumara tres más (en algunos periodos siete más), adoptara cabecera propia y se convirtiera, merced a su brillante consejo de redacción y su numerosa plantilla de colaboradores, en el primer diario en lengua vasca de la historia. Por ello, *Euzkadi* y *Eguna* eran periódicos hermanos que se tiraban en el mismo taller de imprenta y tenían igual fuente de financiación: el Partido Nacionalista Vasco. Sus redacciones compartían edificio y se situaban en pisos diferentes. La primitiva sede estaba en la calle Correo. Se trataba de un edificio centenario, de madera, muy poco seguro una vez que en marzo comenzaron los bombardeos sobre Bilbao. Posteriormente se trasladó a la sede de *La Gaceta del Norte,* periódico derechista clausurado al estallar la guerra.

La información general del periódico estaba centrada en la evolución de la guerra. Las informaciones locales las servían corresponsales, que las redactaban directamente en euskera para la sección *Euzko guda-oñetan* («En los frentes de guerra vascos»). La información sobre la guerra en España aparecía en dos secciones a modo de noticias extranjeras: *«Españar guda izparrak»* y *«Su artean»* («Noticias de la guerra de España» y «Bajo el fuego»). La que no proporcionaban los corresponsales provenía del boletín de noticias interno en euskera del Gobierno de Euzkadi. De esa manera se salvaba la cuestión de la traducción y de la interpretación, así como la fidelidad a la propaganda oficial.

El contenido del periódico era mayoritariamente informativo y los redactores, buenos periodistas, intentaban interesar al lector presentándole la información en los titulares y en sumarios de noticias para evitarle la lectura total del texto. Entre ellos se encontraba José María, que se encargaba de traducir las noticias internacionales de agencia que la redacción recibía de los teletipos del *Euzkadi.* Muchas de las noticias que elaboraba en base a esas fuentes eran modificadas y adaptadas a las necesidades de la propaganda por un censor que trabajaba dentro del periódico. «Teníamos un comisario político que ejercitaba su labor de censura, si bien, a decir verdad, lo hacía discretamente. Nuestras tropas, carentes de fuerza, eran juguetes de sus enemigos, el desaliento se generalizaba. Recibimos órdenes tajantes. Informar a bombo y platillo de la próxima presencia masiva de la aviación. Fue la primera vez que me sentí impotente. Me veía obligado a mentir para inyectar una falsa esperanza.» Así recordaba años después el marco de limitada libertad que tenían para realizar la labor de información. Además de estas noticias generales sobre la guerra y la actualidad política, José María elaboraba noticias deportivas centradas, sobre todo, en fútbol, pelota y ciclismo. Eguna era escrito en dialecto vizcaíno, si bien el triunvirato compuesto por José María, Augustin y Eusebio se

esforzó en modernizar su lenguaje y hacerlo apto para lectores no vizcaínos.[6]

Los dos grandes asuntos que completaban el análisis de la guerra y la exaltación de la identidad vasca eran la religión y la cuestión social. En ellos fue donde José María participó con una serie discontinua de artículos. Todos están firmados con un seudónimo, *Arretxinaga,* inspirado en una ermita de Markina, San Miguel de Arretxinaga, construida sobre tres enormes rocas que, a modo de túmulos naturales, rodean un pequeño altar coronado por la Virgen María. Firma su primer artículo el 16 de marzo. Tiene igual título que una de sus anotaciones espirituales: *«Maite garretan» (Las llamas del amor).* E igual sentido, pues en él subraya cómo la medida de la humanidad es Dios. En *«Alkarr-maite» (El amor mutuo)* destaca, diez días después, cómo el individualismo, el odio al prójimo y las pasiones exaltadas dominan la sociedad e insiste en el mensaje de Cristo: «Éste es mi mandamiento: amaros los unos a los otros como yo os he amado». Cree en el pacifismo, pese a escribir en una atmósfera bélica. Son artículos redactados a modo de pequeños sermones. Al día siguiente señala, en *«Bizi-indar» (La fuerza de la vida),* que la fe en el «después» es la fuerza que anima al hombre a vivir. Ese *después («geroak»)* es la resurrección de Jesucristo y pide que sea siempre sustento del cristiano.

En *«Geure izatea ukatu nai» (La negación de nuestra identidad),* el 17 de abril, profundiza en la separación entre fascismo y cristianismo. El culto al Estado como divinidad suprema convierte a aquél en algo opuesto a los principios cristianos. Los ecos de Jacques Maritain están muy presentes en este artículo. José María conocía sus críticas al fascismo, el nacionalsocialismo y la legitimidad católica que reclamaban los rebeldes alzados frente a la República. La esencia del fascismo, dice el joven marquinés, es la negación del humanismo cristiano pues convierte al hombre en un medio al servicio del Estado. Este artículo está elaborado al modo de sus ensayos en el Seminario, citando a filósofos como Hegel y a teóricos del fascismo italiano. Su perspectiva es coincidente con la que José Antonio Aguirre había expuesto en su dis-

---

[6] Todo lo anterior está tomado del análisis de la edición facsímil de *Eguna* (Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, Gasteiz, 1990, números: 1937-1-1 a 1937-6-13), ampliado y contrastado con Reizábal Arruabarena: *Eguna, único diario en euskera* (Bilbao, 1937), pp. 25, 30-34, 43-69, 78-80, 86-92, 107-120 y 141-144, de quien proceden las versiones castellanas de artículos comentados en los párrafos anteriores; Agirreazkuenaga: *«Eguna: Euskararen egunerokotzea komunikabideetan»,* pp. 13-29; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 33; Arexolaleiba: *José María Arizmendiarrieta eta euskara,* pp. 69, 72-82; Jon Kortazar: *Eusebio Erkiaga (1912-1993),* Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, Gasteiz, 1997, p. 4; Joseba Agirreazkuenaga: *Manu Ziarsolo, Abeletxe (1902-1987). Eguna,* Eusko Jaurlaritzaren Argitalpen Zerbitzu Nagusia, Gasteiz, 1998, pp. 7-10, 14-19; Augustin Zubikarai: *Makilen egunak. Guda baten kerizpe eta autsetan,* Gaubeka Irarkola, Gernika, 1983, pp. 38-43 y 48; Zubikarai ta Fernández Egiguren: *Markina-Xemein. I,* pp. 267-269 y «Eguna: gerrako agindu bat», *Deia,* 26 de agosto de 1977.

curso ante el Congreso de los Diputados del 1 de octubre de 1936. *«Udabarri Loratsu» (Primavera florida)* es una confesión de dolor ante el sufrimiento de la patria vasca en la guerra. Recurre a la metáfora organicista, a la representación del colectivo nacional vasco como un organismo vivo que sangra en cada uno de sus hijos muertos, pero que resurgirá como la naturaleza en la primavera. Frente al otoño que representa la agresión militar y la muerte, opone la primavera como motivo patriótico asociado a la resurrección y la vida.

Los siguientes artículos cambian de registro. Ya no es de religión de lo que desea hablar sino de la cuestión social. *Eguna* había presentado su ideología en numerosos artículos de cabecera mediante un silogismo social. «Eguna, el diario patriótico euzkeldún, será partidario de la justicia social y, por medio de ella, partidario de los derechos del trabajador.» Así rezaba el número 88 del periódico. Una sección titulada *«Gizarte Auzi Buruz» (Acerca del problema social)* comenzó a aparecer a partir del 8 de abril. En ella se abordaban cuestiones como el salario familiar, el trabajo y los sueldos obreros, la sindicación, los beneficios empresariales y su justa redistribución, etc. Arretxinaga fue uno de los principales representantes de esta línea editorial. El 20 mayo opone, en *«Gurea ta agindu-nai larrategia»,* la encíclica *Quadragessimo Anno* a la política económica fascista, alejada del bien común cristiano. Tres días después, en *«Len burrukea, orain gudea»,* critica desde similar posición el estatismo soviético y el individualismo capitalista. Su último artículo, *«Okerreko bideak»,* lo publica unos días antes de la caída de Bilbao, y sigue una similar exaltación de la doctrina social pontificia y de su oposición a comunismo, capitalismo y fascismo.[7]

Pero su actividad periodística no se limita a *Eguna.* Miembro de la Asociación de Prensa de Bilbao, también colabora con el periódico bilingüe *Gudari,* destinado directamente a los batallones de milicianos vascos. En estos artículos expone, de forma más radical, el ideario antifascista, nacionalista y cristiano-demócrata que ha presentado en Eguna. Se trata de artículos tardíos, de mayo y junio, en una época en que quedan pocos motivos para la esperanza y la vida en Bilbao es una lenta cuenta atrás a la espera de la llegada de la batalla final. Su discurso es, pues, más agrio. En ellos canta el heroísmo de los milicianos

---

[7] Las referencias editoriales citadas en *Eguna* 37-1-1 y 37-1-7. Los artículos de José María citados correspondientes a Eguna son: *«Maite* garretan», 1937-3-16; *«Alkarr-maite»,* 1937-3-27; *«Bizi-indar»,* 1937-3-28; *«Geure izatea ukatu nai»,* 1937-4-17; *«Udabarri Loratsu»,* 1937-4-21; *«Gurea ta agindu-nai larrategia»,* 1937-5-20; *«Len burrukea, orain gudea»,* 1937-5-23; *«Giza lorotzak; okerreko bideak»,* 1937-6-9. Los datos sobre *Eguna* han sido completados con Reizábal Arruabarena: *Eguna, único diario en euskera* (Bilbao, 1937), p. 85 y Arexolaleiba: *José María Arizmendiarrieta eta euskara,* pp. 78-81, donde se citan y explican varios artículos más que publicó sobre temática social. Datos complementarios he tomado de Juan de Iturralde: *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia,* Gráficas Izarra, San Sebastián, 1978, pp. 189-191 y Jacques Maritain: *Los rebeldes españoles no hacen una «guerra santa»,* Ediciones Españolas, Madrid, 1937, pp. 3-16

nacionalistas, que luchan por Dios y la patria, y llora la destrucción de la guerra y el fin de las ilusiones de los patriotas vascos. El deseo de una primavera florida, el renacimiento de la nación, ha sido un amargo sueño que, al despertar, muestra una nación moribunda como la Gernika arrasada por las bombas. Tal es el tono de estos escritos.[8]

El Seminario de Bilbao

El tono de los artículos que redactó en el tramo final de la guerra en suelo vasco refleja su progresiva amargura ante la evolución del conflicto bélico. Él y sus compañeros trabajaban sin descanso, agobiados por el trabajo y la falta de medios: siempre faltaba papel, dinero o máquinas de escribir, las prensas se averiaban... Eran muchas las noches que pensaban que no llevarían a tiempo a la imprenta el número del día. Todos, sin embargo, estaban enamorados de un periódico «mitad místico, mitad soldado», según definición de Zubikarai, que constituía el sueño de tantos años de esfuerzo por convertir el euskera en un medio de comunicación competitivo con el castellano. Zubikarai, Erkiaga y José María labraron durante aquellos meses una amistad imperecedera sustentada en el trabajo y el ideal romántico común. Él era, por entonces, un chaval «esbelto, alto, tímido, fino y aparentemente sin malicia para el mundo». No era el único seminarista de la redacción, pero sí el más discreto. «Le sometíamos a pruebas de palabras de doble sentido. Tratábamos de romper su cerco de reserva. Todos nos creíamos más mundanos que él, y su aparente sencillez y discreción la aprovechábamos para provocar la expansión y entretenimiento. José María, a pesar de ser el blanco de nuestros ataques, jamás se enfadaba. Se reía sonora y espontáneamente. Era de corazón abierto, siempre preparado para dar más que para recibir. Más bien callado, se presentaba sonriente y amable. Al profundizar en temas importantes, denotaba capacidad, tenía criterios y luces sobre los más dispares temas, de haber oído a otros o de haber leído. Con pinta de aldeano tenía pensamientos de gran sabiduría y rectitud.»

Bajo esta pinta de aldeano se escondía un joven inquieto que leía a filósofos como Hegel y a los teóricos del fascismo y contemplaba con preocupación el lento discurrir por la frontera oriental de Bizkaia de un ejército pluriforme, compuesto por requetés del país, legionarios y soldados de fuera, bien preparado y con la moral alta. Un ejército animado por un espíritu de Cruzada propagado por la misma Iglesia a la que él había jurado fidelidad eterna. Un ejército en el que se encontraban, por azares del destino o por afinidad ideológica, muchos de los

[8] Artículos citados en *Gudari: «Gure gudarien buru eskintza»,* 37-5-22; *«Bizitza, ler berri adaretan»,* 37-6-1; más datos en Arexolaleiba: *José María Arizmendiarrieta eta euskara,* pp. 75-77,

que habían sido sus compañeros de Seminario. «La guerra, comentaba a sus amigos en la primavera de 1937, la ganarán los militares y los capitalistas.» Sobre ello charlaban en una taberna cercana a la redacción en la que cenaban diariamente, acompañando la velada con un vasito de mistela, antes de volver el trabajo hasta la madrugada. Y, pese a todo, incluso en los últimos meses de amargura, sacaba fuerzas para estar siempre de buen humor.

Sin acompañamiento espiritual, con su grupo de amigos desperdigado por los dos frentes, trataba de mantenerse fiel a la vocación. No era fácil. Tras diez años de vida de internado había sido arrastrado por la guerra al temible piélago de la modernidad contra el que la Iglesia siempre había alertado: la gran ciudad. Todo lo que había constituido su vida adquiría ahora un sentido de excepcionalidad. Sus compañeros bromeaban con él porque su condición de seminarista era algo singular en una redacción repleta de jóvenes de ambos sexos a los que el sacerdocio provocaba cuanto menos curiosidad. La mención que en el recuerdo de éstos se hace a su apariencia campesina resulta, a este respecto, muy reveladora de la distancia cultural con sus compañeros más imbuidos de un modo de vida urbano. Sin embargo, la flaqueza que sintió en determinados momentos, especialmente durante la primavera de aquel año, no le llevó a ninguna crisis vocacional. En aquel contexto espiritualmente inhóspito mantuvo su vocación. No mostró interés por la vida social urbana, por las mujeres a las que trataba diariamente, por las tabernas, cines y bailes nocturnos. No pensó en abandonar la carrera sacerdotal, como tantos de sus compañeros hicieron en aquellos años. Así lo transmiten los testimonios de sus compañeros de redacción y los recuerdos de la familia con la que convivía. Pese a que el Cuartel de Abando era su residencia militar, tenía permiso para residir fuera de ella, en una pensión denominada *Casa Churruca,* en el portal número 20 de la calle Martín de los Heros. En este edificio antiguo, en su tercer piso, vivía con una familia de Mutriku, los Basurco, que conoció por mediación de su amigo Alejandro Mendizabal. Fue bien recibido y acabó convirtiéndose en un miembro muy querido, especialmente por las dos niñas, Carmen y Beatriz. Todos admiraban su fidelidad a la misa diaria y al rosario, prácticas piadosas muy importantes en la espiritualidad de Vitoria.[9]

La feliz apertura de un seminario provisional en Bilbao le ayudó en su apuesta por ser fiel a su vocación sacerdotal. Tras ocho meses

---

[9] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 3, Acta mecanografiada de la denuncia del Servicio de Orden y Policía del Ejército del Norte contra José María Arizmendiarrieta fechada en Bilbao a 13 de julio de 1937; Arexolaleiba: *José María Arizmendiarrieta eta euskara,* p. 73; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 10 y 13-14; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 30-31 [citas tomadas de estos dos últimos autores]; Zubikarai: *Oroipen eta Ikuspegi,* pp. 88-89; Erkiaga: *«Aritzmendi, baserritar unibertsala»,* p. 10; Contrastado con JMAFO1-I y JMAFO5.

pudo retornar, en circunstancias excepcionales, a una cierta vida de seminarista. El centro fue instalado en Bilbao por Pedro de Mentxaka, profesor del Seminario de Vitoria, a propuesta del Vicario General de Bizkaia, Ramón Galbarriatu, con el fin de que los seminaristas que residían en la provincia pudieran continuar sus estudios. En febrero se celebró en la iglesia de San Antón de Bilbao una junta a la que acudieron párrocos y sacerdotes, entre ellos dos profesores del Seminario de Vitoria. En ella quedó aprobado el proyecto académico, que fue denominado Seminario Conciliar de Bizkaia, así como su claustro, compuesto por siete profesores. El Director Espiritual era Agustín de Isusi; el Secretario de Estudios Benjamín Ramos, y el Rector Pedro de Menchaca. El Vicario comunicó al Obispo Mateo, exiliado en Roma, el inicio y marcha del proyecto docente, que fue inaugurado en la Basílica de Begoña el 8 de marzo con una función religiosa. A la ceremonia siguió el comienzo del curso en la sacristía de la Basílica, en donde el Secretario leyó el cuadro de profesores, asignaturas y horarios de clase. José Antonio Aguirre ofreció al Rector toda la ayuda necesaria. La primera que hizo efectiva fue que los seminaristas que servían en milicias pudieran asistir a las clases.

El viernes 19 de marzo fueron recaudadas 12.000 pesetas entre la feligresía de la provincia para proveer de todo lo necesario al nuevo centro. José María pagó 20 pesetas por su matrícula en el 2.º curso de Teología. Las clases se establecieron en los locales de la iglesia parroquial de San Juan, tres días a la semana. Ciento siete seminaristas asistieron a los cursos de Filosofía y Teología. Periódicamente se reunían con su Director Espiritual y una vez al mes participaban en actos públicos de carácter escolástico y científico. José María contaba con catorce compañeros en su curso de 2.º de Teología. Acudía por la mañana a las clases, marchando luego a la redacción de *Eguna,* donde trabajaba tarde y noche. El primer viernes de cada mes los alumnos celebraban un retiro espiritual mientras los profesores se reunían y valoraban la marcha del curso. Estaba contento, si bien se sentía algo apesadumbrado por el poco tiempo que los estudios le dejaban para colaborar con sus amigos en *Eguna,* pese a que contaba con el permiso expreso de sus responsables militares y el respaldo de sus compañeros de redacción, que le habían animado a mirar primero por el bien de su vocación. De esta época son los artículos religiosos que compuso para *Eguna,* todos elaborados a modo de sermón y plática, esperanzados y profundamente espirituales.

Las clases, los dos o tres retiros que alcanzó a celebrar, las eucaristías, las charlas con el Director Espiritual, junto con la misa diaria, oración y meditación cotidianas le ayudaron a vencer los momentos de crisis vocacional. También se valió, para ello, de las visitas que, quincenalmente, realizaba a Barinaga, muchas veces acompañado de Zu-

bikarai. En ellas aprovechaba para contemplar en persona la situación del frente, estabilizado a pocos kilómetros de Iturbe, convivía con la familia y con los milicianos que se habían instalado en el caserío, asistía a misa diaria con el párroco de Barinaga, Barquín, con quien comentaba sus inquietudes espirituales y charlaba de la marcha de la guerra. El final del otoño y comienzo de la primavera fue, por lo tanto, un tiempo de cierta felicidad. Fue entonces cuando, con su característico entusiasmo, propuso al que fuera director del periódico nacionalista *El Día,* José Lekaroz, la edición de una revista sobre temas eclesiásticos, para la cual obtuvo el permiso del Vicario General. Sin embargo, el proyecto no fraguó.

Y es que pronto todo paró. El Seminario no llegó a finales de abril. El 30 de marzo se desencadenó la ofensiva general sobre Bizkaia. Se incrementaron los bombardeos sobre la ciudad. Entre sus víctimas hubo varios seminaristas. Las sirenas antiaéreas sonaban diariamente, interrumpiendo las clases y obligando a abandonar los locales de la parroquia. Las autoridades eclesiásticas decidieron clausurar el centro para no poner en peligro más vidas. Mientras, el frente comenzó a avanzar rápido. El último viaje a Barinaga lo realizó solo. Cerca de Iturbe habían caído algunas bombas y el estruendo de los cañones le acompañó durante toda la estancia. El lunes 26 de abril retornó a Bilbao. En el viaje de vuelta contempló varias formaciones de aviones que se dirigían en dirección a Gernika. El coche en el que viajaba desvió el rumbo y se acercó a la villa foral. Contempló el bombardeo de la ciudad, que había comenzado a las 16,15 horas. Fue el primero en comunicar la noticia en el periódico. Sin embargo, al día siguiente *Eguna* no salió por orden del Gobierno Vasco. El 28 de abril la noticia había perdido actualidad y aparecía en su última página. *Eguna* responsabiliza a los «aviones fascistas» de tratar de destruir «la ciudad amada de los vascos». Aportaba fotografías del suceso y una descripción en la que es posible que él mismo colaborara como testigo presencial.[10]

---

[10] Los datos sobre el Seminario de Bilbao en *El clero vasco frente a la cruzada franquista,* Egi-Indarra, Toulousse, vol. II, pp. 356-359; *Le Clergé Basque,* 1938, pp. 25-26; Rafael García de Castro: *La tragedia espiritual de Vizcaya,* Editorial y Librería Prieto, Granada, 1938, pp. 49-50. El dato sobre el número de seminaristas lo tomo de ASDV, Carpeta de Cartas, Carta de José López Carrasco a Jesús Enciso, 7-7-1937. Este seminarista formó parte de este Seminario que, según él, duró «un mes escaso». En este fondo hay otra carta de Luis María Larrea que, con fecha Santander 6-10-1937, comunica haber asistido también a dichas clases. La asistencia de José María a ellas en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº 38 (B), Causa 189/37, hoja 8, Certificado de estudios eclesiásticos fechado el 8 de marzo de 1937; Larrañaga: D. José María Arizmendiarrieta, p. 30; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 14; Arexolaleiba: *José María Arizmendiarrieta eta euskara,* p. 73 (que toma los datos de Zubikarai) y Zubikarai: *Oroipen eta Ikuspegi,* p. 89, donde aparece la mención al proyecto de semanario religioso que trató de promover entre las autoridades eclesiásticas y prohombres del PNV. Zubikarai afirma que José María acudía a estudiar a Begoña, extremo éste que no he podido confirmar. Gabriel Materola en conversación no transcrita me apuntó un dato que lo corroboraría según el cual las clases se impartían en dife-

En mayo de 1937, con la caída de Eibar y la ruptura del frente, las deserciones en las milicias del PNV comienzan a ser masivas. *Eguna,* en sus últimos números, denuncia estos comportamientos. «El que anda remolón y perezoso es traidor, cada uno de los que anda huyendo, enemigo.» Esta consigna aparece en su último número, el correspondiente al 13 de junio de 1937. Tres días después el Gobierno Vasco decide abandonar Bilbao camino de Trucios. Deja en la capital vizcaína a tres consejeros, José María Leizaola, Santiago Aznar y Juan Astigarrabia, como responsables de una Junta de Defensa Provisional. Esta Junta prepara la huida de los periodistas adscritos al Departamento de Prensa. El 17 de junio *Abeletxe* comunica a la redacción de *Eguna* que debía abandonar de inmediato la ciudad. Augustin parte ese mismo día junto al personal del Departamento de Prensa en dirección a las Encartaciones. Todos abandonan los locales con lo puesto en medio de la mayor confusión. Unas horas después aparece por las oficinas uno de los centenares de gudaris que ha abandonado su unidad. Ha huido por el monte y ha conseguido llegar a Bilbao. Sabe que un compañero suyo, José María Arizmendiarrieta, trabaja en *Eguna* y, en la confusión de las horas previas a la caída de la ciudad, acude a las oficinas del periódico para tratar de localizarlo. Ambos se han criado juntos, se conocen bien aunque no se ven desde hace meses. Encuentra las oficinas abandonadas y revueltas, con la maquinaria arrancada y abandonada con precipitación. Todo está cubierto de papeles y reina un silencio absoluto. En el suelo hay una pistola. Alguien la ha abandonado en la huida. El joven la coge y la guarda, actúa de forma inconsciente, sin pensar lo que está haciendo.

Poco después de que José María entrase en *Eguna* la redacción fue armada con pistolas. Nadie sabía cómo utilizarlas y sólo disponían de un cargador por persona, pero todos las lucían orgullosos. Todos excepto José María, que comentó a Augustin de forma burlesca que lo mejor que podían hacer era tirarlas por la ventana: «El lápiz y el periódico es mejor que la pistola», afirmó. Todos asumieron el compromiso de respetar la vida humana. Las armas no tenían sentido en la

---

rentes parroquias, estando las de Teología en Begoña. No he encontrado, sin embargo, constancia documental que avale el dato, que tampoco reviste mayor importancia. Todo ha sido contrastado con JMAFO5. Testigo del bombardeo de Gernika en Iokin Zaitegi: «José Mari Arizmendiarrieta. Euskaltzale ta euskal-idazle», *T.U.* nº 190, 1976, p. 29, dato que contrasto con los que, sobre sus visitas a Barinaga, aparecen en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 6, Escrito de Juan Barquín y Trueba, Cura Párroco de la Iglesia parroquial de S. Pedro Apóstol de Barínaga, fechado el 4 de mayo de 1937, manuscrito y con JMAFO1-I; la comunicación del episodio de Gernika en *Eguna,* 37-4-28 y Reizábal Arruabarena: *Eguna, único diario en euskera (Bilbao, 1937),* pp. 95-97, de quien tomo la traducción de los textos. La protesta del clero vizcaíno ante este episodio de la guerra y las circunstancias que lo rodearon en Herberth R. Southworth: *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia,* Ruedo Ibérico, París, 1977 y María Jesús Cava, María Silvestre y Javier Arranz: *Memoria colectiva del bombardeo de Gernika,* Bakeaz, Bilbao, 1996, pp. 195-197.

redacción. La pistola abandonada en la redacción de *Eguna* queda como fugaz recordatorio de este compromiso humanista y cristiano de José María y sus compañeros. Nadie estuvo allí para explicárselo a un joven desertor que acabaría engrosando las filas de los 10.000 gudaris desarmados que se concentraban en la ciudad a la espera de ser capturados por un enemigo cuya avanzadilla entraba en Bilbao al amanecer del 19 de junio. Ese mismo día el boletín de Radio Nacional lo comunicaba desde Salamanca: «En el frente vasco, hoy a las 15:10 horas las tropas de Franco entraron en la capital vizcaína. Bilbao pertenece nuevamente a España».[11]

Huida y prisión

José María abandonó la redacción uno o dos días antes de que el 17 de junio fuese evacuada. Recogió apresuradamente sus pertenencias más importantes y se refugió en el domicilio de la madre de un sacerdote amigo que había sido asesinado en el asalto de milicianos incontrolados al buque-prisión Cabo Quilates, ocurrido el 2 de octubre de 1936. En este asalto fueron asesinadas varias decenas de personas detenidas en ese barco por causa política. Muchas de ellas fueron descuartizadas a machetazos en una terrible orgía de violencia. Posteriormente se trasladó a otro domicilio particular, el del «capellán del Sr. Oreja». Se trataba de domicilios de religiosos simpatizantes del bando sublevado que accedieron a acogerlo por amistad. En este último se encontraba su compañero en Eguna Alejandro Mendizabal. El 20 de junio *La Hoja del Lunes* vaticinaba en su portada: «La justicia se hará y cada cual pagará por lo que fue y por lo que hizo». La voluntad depuradora de los militares rebeldes había alcanzado cotas nunca vistas durante el año de guerra transcurrido, especialmente en las provincias andaluzas y extremeñas. Su fin era anular cualquier núcleo de resistencia y generar la sumisión hacia el nuevo régimen. José María de Oriol, Jefe de la Falange en Bizkaia, uno de los-órganos fundamentales de la represión, afirmó un mes después: «Nosotros perdonamos todas las ofensas personales, pero los delitos de lesa Patria, el delito de traición, no somos nosotros los llamados a perdonarlos porque fue Cristo el que nos enseñó que hay veces que es necesaria la ira santa para castigar a aquellos que vienen a mancillar a una Patria milenaria».

El Cristo de Oriol poco tenía que ver con el Cristo al que había apelado José María en *Eguna*. Y el joven temía que en nombre de esa

---

[11] Datos tomados de Reizábal Arruabarena: *Eguna, único diario en euskera* (Bilbao, 1937), p. 89, de quien tomo la traducción; Augustin Zubikarai: «Adiskide baten oroitza ariñak», *T.U.,* nº 190, 1976, pp. 50-52, y *Makilen egunak,* pp. 106-109, y *Oroipen eta Ikuspegi,* p. 329. Contrastado y ampliado con JMAFO4.

peculiar justicia de Cristo su vida pudiese correr serio peligro. Y es que esa justicia, según declaraba en aquellos días el responsable del diario *Hierro,* José Antonio Giménez-Arnau, tampoco iba a esperar al más allá para actuar: «Estos sicarios, estos esbirros de Rusia serán asesinados por la espalda. Serán asesinados por la espalda, digo, y no encontrarán ni manos que cierren sus ojos, ni brazos que caven su tumba, ni bocas que recen una oración por sus almas». Para llevar a cabo esta misión llegó a Bilbao Gonzalo Queipo de Llano como primer juez de instrucción militar. Era el responsable directo de la terrible represión llevada a cabo en Andalucía entre julio y octubre de 1936. Tras haber sido nombrado Consejero Nacional de Falange pasaba ahora a dirigir la represión en Bizkaia. Su primera medida fue advertir a los alcaldes su obligación de informar a la justicia militar sobre los principales dirigentes locales del «movimiento rojo-separatista», a los que sumaba «propagandistas y emacumes».

José María decidió que lo mejor que podía hacer era huir. Su plan era llegar a Francia vía Pamplona pasando la frontera a pie. Salió de Bilbao bien vestido y sin equipaje, con el fin de no levantar sospechas. «En aquel entonces, salir trajeado y de buenas maneras constituía un modo de camuflaje.» Conocía ciertos puntos de enlace, colaboradores y contraseñas para identificarse y recibir ayuda. «La primera etapa fue la más fatigosa. Hasta la altura de El Gallo, a unos 10 kilómetros de Bilbao. Estaba plagado de controles, y era imposible salirse sin previa identificación, pero lo conseguí.» Carecía de papeles, a excepción de la cédula personal del Ayuntamiento de Markina, lo que implicaba que en cualquier control podía haber quedado detenido al no tener documentación que justificara su presencia fuera de su lugar de residencia. Tuvo suerte y llegó, en algún transporte privado, hasta San Sebastián.

Desde allá pretendía ir a Pamplona, pues era imposible atravesar la frontera por Irún. Pero estaba desorientado, carecía de contactos en la capital donostiarra, que llevaba casi un año ocupada por el ejército franquista. Probablemente tampoco le quedaría mucho dinero y, sobre todo, no tenía documentos. En el Bulevar donostiarra encontró, por casualidad providencial, a Anastasio Albixu, uno de los miembros de su grupo de amistad y de Kardaberaz. Éste recordó años después el episodio: «vestía una *txamarra* y le pregunté qué es lo que hacía allí. Me dijo que nada, que no tenía salvoconducto ni nada... Entonces le di yo el salvoconducto, y le dije que me esperara a tal hora en la estación del Norte y que le llevaría a mi casa de Lazcano. Él en un principio se resistía a recibir mi salvoconducto, porque creía que yo no podría pasar el control de la estación». Pero Albixu era soldado franquista, por lo que a él no le iban a detener. Así llegó ese mismo día a la casa de éste en Lazkao donde era conocido «por la amistad que nos unía de an-

tes». Pasó varios días pero estaba inquieto. «A mí me comentó que quería recoger una máquina de escribir que había escondido en Bilbao, pero mi hermana me dice que temía que le detuvieran a su padre». Podía haber aguantado en aquel refugio, alejado de personas conocidas, y haber preparado con tranquilidad la fuga a Francia. Sin embargo temía que su padre fuese detenido como represalia por la huida de su hijo.

Un día que volvía con Albixu de haber oído misa en el monasterio de los Padres Benedictinos de Lazkao ocurrió otra circunstancia providencial. Su amigo reconoció en un coche a uno de los jefes de la compañía de requetés carlistas que estaba instalada en el pueblo, Cipriano Turrubia, natural de Otxagabia. Ambos tenían amistad. Se dirigía a Bilbao. Tuvieron una charla. Albixu le comentó el caso de José María. El oficial le sugirió que se presentara en la Caja de Reclutamiento de Bilbao y se ofreció a llevarlo en su coche y a cuidar de su integridad hasta que regularizara su situación con las nuevas autoridades. Pero durante el viaje José María cambió de opinión y pidió al oficial que le dejara en Barinaga. Deseaba ver a su familia y pensar con tranquilidad los pasos que debía dar. Invitó al oficial a pasar la noche en Iturbe, pero éste declinó el ofrecimiento si bien le prometió ayudarle en todo lo posible cuando decidiera presentarse en la Caja de Reclutamiento. Decenas de miles de gudaris pasaron por aquellos meses a engrosar los regimientos franquistas, enfrentándose de nuevo en el frente a los que habían sido sus compañeros apenas un mes antes. José María podía ser uno más de ellos y su destino, debido a su problema físico, en ningún caso le llevaría al frente. Simplemente precisaba de una «conducta», un papel firmado por alguna autoridad del nuevo régimen en que quedase reflejado su apoliticismo o afinidad con el Movimiento Nacional. Así lo relataba un compañero suyo que se encontraba en similares circunstancias en una carta que remitía al Seminario de Logroño: «El día diez del pasado mes me trasladé a Vitoria, con objeto de incorporarme al Ejército. Mas antes hube de prestar declaración, como a todos se les exije, sobre mi actuación en el campo rojo. Pero exhibidos los certificados de adhesión a la Causa Nacional y buena conducta que me fueron facilitados por el Ayuntamiento y F.E.T. fuí declarado inocente».[12]

---

[12] La información sobre el asalto al Quilates en *El pueblo vasco frente a la cruzada franquista,* 1966, p. 231; la lista de los sacerdotes «martirizados», en ese episodio en García de Castro: *La tragedia espiritual de Vizcaya,* p. 232, uno de ellos era el amigo de José María; los pormenores de su estancia en Bilbao antes de escapar en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 11, Acta mecanografiada de la primera declaración de José María Arizmendiarrieta ante el Juez Militar de Guardia, fechada el 13 de julio de 1937. El contexto de la represión en Bilbao está elaborado a partir de la lectura de los diarios *Hierro, El Correo Español* y *La Gaceta del Norte* de julio de 1937. Para la figura de Queipo de Llano he consultado el documentado estudio de Francisco Espinosa Maestre: *La justicia de Queipo (Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936),* edición del autor, Sevilla, 2000 y el de Michael Richards: «Guerra civil, violencia y la construcción del franquismo», en P. Preston (ed.): *La República asediada. Hostilidad internacional y*

Fue el día 2 ó 3 de julio de 1937 cuando el comandante de requetés le dejó en Barinaga. Allí permaneció dos semanas. Su padre estaba muy afectado, encerrado en el caserío con una fuerte depresión. Había sacado de la casa un baúl con papeles de José María, la mayoría escritos que guardaba de sus vacaciones estivales, libros y periódicos, a los que había prendido fuego, pues temía que pudieran incriminarlo. El día 4 de julio, posiblemente un día después de llegar, José María se reúne con el párroco, Juan Barquín, que redacta un documento en el que subraya su carácter apolítico y su adhesión al movimiento franquista, detallando sus valores como futuro sacerdote. Está escrito con seriedad, maquillando y exagerando muchos datos y observaciones poco correspondientes con la verdadera personalidad política del joven, lo que avala el mutuo afecto o respeto que se tenían ambos. A estas gestiones probablemente también responde un pequeño papel que, en forma de salvoconducto, conservó con posterioridad y que, con el sello del Ayuntamiento de Markina, lleva escrito un escueto «Hombre bueno». Quizá fuese el único documento que el nuevo alcalde, remiso a realizar este tipo de gestiones, accediese a emitir a modo de «conducta».

El caso es que dedicó estos días a recabar informes que respaldaran su comportamiento en «territorio rojo» mientras, en paralelo, trató de regularizar su situación militar en el seno del nuevo Estado «nacional». El 10 de julio se presentó ante la Junta de Clasificación y Revisión de la Caja de Recluta nº 38 de San Sebastián, como perteneciente al reemplazo de 1936 y al cupo del Ayuntamiento de Markina. Fue declarado «excluido totalmente del servicio» por su ceguera parcial. Su situación parecía mejorar. Acababa de ser excluido del servicio militar y nadie parecía animado a denunciarle. Sólo le quedaba esperar a ver qué ocurría con el nuevo Seminario que había sido instalado en Logroño. Quizá pudiese participar en el nuevo curso. Sin embargo, sabía que antes debía resolver la cuestión de su colaboración con el Gobierno de Euzkadi y evitar cualquier sorpresa futura.

---

conflictos internos durante la Guerra Civil, Península, Barcelona, 1999, pp. 346-349. La huida a Gipuzkoa y su regreso a Barinaga está tomado de una carta mecanografiada de Anastasio Albixu a Juan Leibar fechada en Azcoitia 11-1-1976 que me proporcionó Julen Arexolaleiba y que he incorporado al Archivo de Otalora; completa y matiza lo proporcionado por Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 31. Respecto de Albixu, su caso es muy indicativo de lo que ocurrió en los primeros compases de la guerra. Su ideología era muy similar a la de José María sin embargo Lazkao fue rápidamente tomado por los franquistas y él fue reclutado por el ejército insurrecto. Una *emakume* que por su nombre y apellido se revela familiar directo de él había sido represaliada nada más caer el pueblo por un sacerdote que comandaba una compañía de requetés *(El clero vasco frente a la cruzada franquista,* p. 43) Las referencias a la conducta en JMAFO4 y en la carta de José Sotero Aguirre, de 2º de Teología, fechada en Valladolid 23-8-1937, en Seminario, nº 8, I, 10 de sept. 1937. «F.E.T.» son las siglas de Falange Española Tradicionalista, el partido único creado por el nuevo régimen militar como cabeza del Movimiento Nacional.

El 12 de julio obtuvo un permiso de la Comandancia Militar de Markina para poder trasladarse a Bilbao con el fin de arreglar unos «asuntos familiares». Portaba una tarjeta de presentación a nombre de Tomás Amann y Bulfy, que llevaba en su parte de atrás escrito, en grandes caracteres, con letra suya, otro nombre: Juan José Amann. Tomás Amann era un destacado empresario de la burguesía bilbaína cuyos negocios estaban centrados en la industria química y el carbón leonés. Juan José Amann sustituiría en octubre de 1937 a Ángel Aldecoa como Delegado Provincial de Falange. Todo indica que su intención era presentarse ante estos personajes, mediada la intervención de algún conocido, para asegurar la limpieza de su expediente personal respecto de cualquier sospecha futura. En abril de 1937 Francisco Franco había disuelto por decreto todos los partidos políticos y había creado un partido único de estética fascista: Falange Española Tradicionalista y de las JONS, que unía a las dos entidades políticas que más efectivos humanos habían aportado a la sublevación. F.E.T.-JONS se convirtió en pilar de la burocracia del nuevo Estado y ofreció a éste fuerzas adicionales para el ejercicio del control social y de la represión. Sus diversas delegaciones y secciones, que contaban con ramas provinciales y locales, contribuyeron activamente a la vigilancia, delación, detención y asesinato de los sospechosos. La inocencia de José María fue respaldada posteriormente, ya preso, por dos significados miembros de F.E.T.-JONS de Markina, de los que pudo obtener quizá este contacto cuyo fin sería tratar de limpiar su expediente.

Con tal objetivo parece que marchó a Bilbao. La mención de la hermana de Anastasio Albixu a la existencia de una máquina de escribir que quería recuperar hace pensar que deseaba también pasarse por su antigua residencia, quizá con la intención de deshacerse de papeles comprometedores, artículos no publicados, manuscritos y textos mecanografiados que podían resultar peligrosos, pues en ellos criticaba a un régimen que ahora podía disponer en cualquier momento de su persona. Así pues, a primera hora del 13 de julio montó, camino de la capital, en una camioneta conducida por Hilarión Amuchastegui, taxista de Markina y hombre vinculado a F.E.T.-JONS. El taxi le dejó en su pensión. Allí encontró a Eusebio Erkiaga, su buen amigo de la redacción, con quien marchó a charlar. A la vuelta a la pensión la pequeña de la casa, Beatriz, le contó que dos policías habían acudido a detenerle y habían advertido que debía presentarse en la Comisaría de Policía del Sector 3, en la calle Orueta. Eusebio le aconsejó entregarse. Cuando se dirigía a declarar a la comisaría fue detenido.[13]

---

[13] Esta nota se refiere a los dos párrafos anteriores. Los pormenores de la estancia de José María en Barinaga los tomo de la carta de Anastasio Albixu a Juan Leibar, fechada en Azkoitia, 11-1-1976. Son datos que no concuerdan con los proporcionados por Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,*

La causa 189/37

La implicación de la sociedad civil en la represión fue fundamental en la consolidación del nuevo Estado «nacional» que se forjó, en cada palmo de territorio conquistado, bajo coordenadas de subordinación, exclusión, depuración y terror. F.E.T.-JONS (en adelante y en lo sucesivo, Falange) había centralizado las tareas de información en sus oficinas de Bilbao. Allí, durante los seis meses posteriores a la caída de la ciudad, se elaboraron 80.000 informes incriminatorios correspondientes a otras tantas personas. La delación se convirtió en uno de los principales motores de la represión y refleja la implicación de amplísimos sectores populares en el ejercicio de la venganza institucional que llevaban a cabo las nuevas autoridades. Las denuncias eran la base de las acusaciones y los procesos judiciales en una sociedad en la que el ejército, las fuerzas policiales militarizadas y los militantes de Falange actuaban con total impunidad sobre los detenidos. Los mensajes de las autoridades en la prensa y la radio exhortaban a la gente a delatar a «aquellos que han servido directa o indirectamente a la causa rojo-separatista». No era necesario que existieran razones personales (odios, rencillas, enemistades, problemas de negocios, etc.) o ideológicas (rivalidades políticas) para generar una delación. Tal fue el caso de José María, que nunca había tenido trato alguno con su delator, el taxista que lo había trasladado a Bilbao, que ya había denunciado a otras personas de Markina como «separatistas». En la hoja de denuncia era acusado de haber colaborado en un medio de prensa «separatista» por filiación política.

El mismo día de la detención el juez militar de guardia mandó que le fuera tomada declaración, momento en que se le comunicó la de-

---

pp. 32-33, pero que quedan avalados por los proporcionados por las pruebas recopiladas en el dossier del juicio de José María: AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 5, Certificado de exclusión del servicio militar firmado por el Capitán-Secretario de la Junta de Clasificación y Revisión en San Sebastián a 10 de julio de 1937; hoja 6, Escrito de Juan Barquín y Trueba, Cura Párroco de la Iglesia parroquial de S. Pedro Apóstol de Barinaga, fechado el 4 de julio de 1937; hoja 7, Conducto de la Comandancia Militar de Marquina a favor de José María Arizmendiarrieta firmado el 12 de julio de 1937; hojas 8, 9 y 10, que incluyen documentos relativos a su estancia en Bilbao previa a la caída de la ciudad: certificado de asistencia al Seminario de Bilbao, de pertenencia al Cuartel de Abando y de exclusión del servicio activo y remisión a servicios auxiliares. Respecto de la Falange remito a Joan María Thomas: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945).* Plaza y Janés, Barcelona, 2001, esp. pp. 99-100 y *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación,* Plaza y Janés, Barcelona, 1999. El dato sobre Juan José Amann en Iñaki Egaña et al.: *1936. Guerra Civil en Euskal Herria,* vol. VII, Aralar, Andoain, 2000, p. 187; el de Tomás Amann y Bulfy me lo ha transmitido Juan Carlos Rojo, Profesor de Historia Económica en la Universidad Carlos III de Madrid. La marcha de José María a Bilbao y su detención en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 3, Acta mecanografiada de la denuncia del Servicio de Orden y Policía del Ejército del Norte contra José María Arizmendiarrieta fechada en Bilbao a 13 de julio de 1937; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p 31; Erkiaga: *Gizonaren Aldia,* pp. 41-42 y: *«Baserritar unibertsala»,* pp. 10–11. Contrastado y ampliado por JMAFO1-I y II, JMAFO2. Los fines que tenía José María para trasladarse a Bilbao no son conocidos pero el contraste de la documentación del dossier de su juicio y de la recopilada en su archivo personal y los testimonios sobre este episodio, convierten esta tesis en algo más que una mera conjetura.

nuncia que pesaba sobre él. José María declaró que no se había incorporado a las milicias del PNV como voluntario sino obligado por sus deberes militares. Destacó que hasta entonces había pasado el tiempo «ayudando al párroco de Barinaga y ayudando a sus padres en las labores del campo y estudiando el curso de su carrera». Subrayó que cuando se incorporó «al ejército rojo lo hizo a servicios auxiliares y de allí lo mandaron al Buru-batzar sito en Gran Vía, 41, donde actuó como redactor del periódico *Eguna* para la traducción de noticias al vasco escribiendo también algunos artículos sobre Liturgia principalmente y firmándolos con el seudónimo de Arrechinaga» La policía y el juez deseaban saber quiénes eran sus compañeros y cómo entró en tal trabajo, con el fin de ampliar la causa incriminatoria. Al único que descubrió como tal fue a Alejandro Mendizabal, quizá pensando que en su condición de seminarista podía tener menos problemas. Por lo demás, afirmó no recordar quiénes eran los otros colaboradores. El juez de guardia decidió que ingresara en prisión y remitió el atestado al juez militar nº 20 de Bilbao para que procediese a instruir la causa penal en el marco de la Auditoría de Guerra. Ingresó en la cárcel de Larrinaga a las 23,00 horas del 13 de julio. Esta prisión estaba situada en una suave loma sobre el casco histórico de la villa bilbaína, camino de la residencia de los Carmelitas de Begoña, que también fue utilizada como centro carcelario, en este caso de sacerdotes. Había sido construida en 1870 con capacidad para seiscientos reclusos, pero cuando fue reabierta, el sábado 26 de junio de 1937, llegaría a albergar alrededor de tres mil.

En el proceso de instrucción de su causa hubo una efectiva colaboración entre los diferentes actores sociales implicados en el ejercicio de la represión durante la guerra y posguerra: Policía, Ejército, Falange y Guardia Civil. Fue detenido por un policía de la Comisaría del Sector 3, que se encontraba militarizada. La denuncia había partido de una persona afín a Falange. El agente que le detuvo fue el mismo que redactó el expediente de la denuncia y que le interrogó en presencia del juez militar de guardia, Salvador Heredia y Vargas, que abrió las diligencias en base a las imputaciones del delator y a la primera declaración del detenido. El juez de guardia remitió el atestado a un juez adscrito a uno de los juzgados militares de primera instancia para que instruyera la causa en el marco de la Auditoría de Guerra que el Ejército del Norte había abierto una vez había tomado Bizkaia. El expediente de la causa, la recopilación de las pruebas incriminatorias, fue realizado por el guardia civil Moisés Rodríguez Fernández. Estaba compuesto de un informe relativo a su colaboración en el Departamento de Prensa del Gobierno Vasco, la denuncia interpuesta contra él por el taxista y las informaciones que sobre su conducta política dieron las autoridades locales, eclesiásticas y militares de Markina.

Estos informes unidos a sus declaraciones constituyeron la base sobre la que reposó la instrucción sumarial y proporcionaron al Presidente del Consejo de Guerra el material para dictar la sentencia.[14]

Los Arizmendiarrieta comenzaron a sospechar esa misma noche, al ver que el hijo no regresaba. Al día siguiente Tomasa fue a Markina y localizó al taxista que lo había llevado a Bilbao y denunciado, pero éste le comentó que desconocía el paradero del joven. Habló por teléfono con la pensión en donde una de las niñas le confirmó que había sido detenido. María, la hermana, marchó a Bilbao en autobús. La familia Basurco había concertado en las oficinas penitenciarias una primera visita. Las condiciones de vida en la prisión eran muy duras. En cada celda se hacinaban varios reclusos, no había camastros, con lo que eran las familias las que tenían que proveer de colchones a los internos. La alimentación era escasa por lo que debían llevarles también la comida. A ese respecto José María contaba con la suerte de provenir de una familia de caseros que tenían cierta facilidad para disponer de productos de primera necesidad que faltaban ya en la propia ciudad.

María, acompañada de Carmen Basurco, le llevó alimentos, mantas y ropa. Lo encontró tranquilo. Probablemente se sentía algo aliviado por el fin de la inquietud que durante un mes había sentido. «Adopté el talante de hacer lo único posible y esperar. Lo imposible no tiene solución, ¿para qué atormentarse?», recordaría cuarenta años después al rememorar el episodio. Ello no era fácil en un ambiente terrible en donde el orden y la disciplina eran impuestos por unos guardianes refugiados en la impunidad más absoluta. El 17 de julio el juez militar al que había correspondido instruir el sumario, Francisco J. Rosado, le tomó una segunda declaración. José María rectificó la primera que había hecho y rechazó haber escrito ningún artículo bajo seudónimo, afirmando que se había limitado únicamente a transcribir al euskera lo que alguien, bajo el seudónimo *Arretxinaga,* le enviaba en castellano. Mentía para reforzar su coartada de que su vínculo se limitaba a labo-

---

[14] Todo lo expuesto está sustentado en AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 11, Acta mecanografiada de la primera declaración de José María Arizmendiarrieta ante el Juez Militar de Guardia, 13 de julio de 1937 y ACPB, Expedientes de guerra, nº expdte. 1393, Folio 1. Completado con Ángela Cenarro: «Matar, vigilar y delatar: La quiebra de la sociedad civil durante la guerra y la posguerra en España (1936-1948)», *Historia Social,* nº 44, 2002, pp. 69, 76-82; Julián Casanova, Ángela Cenarro, Julita Cifuentes, Mª Pilar Maluenda y Mª Pilar Salomón: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Siglo XXI, Madrid, 1992, p. 40; Santos Juliá: «De "guerra contra el invasor" a "guerra fratricida"», en S. Juliá (coord.): *Víctimas de la guerra civil,* Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 11-43; Manuel Lanero: *Una milicia de la justicia. La política judicial del franquismo (1936-1945),* Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1996 y Richards: «Guerra civil, violencia y la construcción del franquismo», 313-373. Para éste y los siguientes párrafos me he dejado también guiar por dos trabajos interesantes sobre procesos judiciales de entonces: Manel Risques: «Disciplinados en 1936, ejecutados en 1939. Proceso sumarísimo a la Guardia Civil de Barcelona», *Ayer,* nº 43, 2001, pp. 139-147 y María Jesús Souto: «Proceso Vega Barrera. Consejo de guerra y antecedentes», *Unión Libre. Cuadernos de vida e culturas,* nº 2, 1997, pp. 198-219. Contrastado con JMAFO1-I y JMAFO2.

res de traducción motivadas por su destino militar. Subrayó, asimismo, que su sueldo lo «cobraba como miliciano» y provenía de Industrias Movilizadas. Proponía en su favor a varios testigos: el párroco de Barinaga, las autoridades locales de Markina, un Alferez Médico del Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Begoña y un Teniente General. Se trataba de personas que podían dar fe de su inocencia respecto de cualquier parcialidad política. Firmó esta segunda declaración en base a la cual el juez instructor decidió ese mismo día requerir informes que avalasen sus dos declaraciones. Mientras estos informes inculpatorios o exculpatorios eran recopilados, el responsable de la Auditoría de Guerra del «Ejército de Ocupación», Ángel Manzeneque y Feltrer, solicitó al juez instructor que procediera a instruir un juicio sumarísimo de urgencia en base a la documentación encausatoria que había sido, recopilada.[15]

La organización de la justicia en la España franquista tuvo como punto de partida el decreto de 24 de julio de constitución de la Junta de Defensa Nacional, que el 29 de septiembre había declarado a Francisco Franco Generalísimo. De esa Junta había surgido el Bando de 28 de julio de 1936 que declaraba el estado de guerra en todo el territorio nacional y establecía la preeminencia absoluta de la justicia militar sobre la ordinaria. De esa manera los consejos de guerra acapararon el protagonismo judicial en el nuevo régimen. Aparte del bando aludido y de sucesivos bandos proclamados por el Gobierno presidido por Franco, cuando los militares rebeldes se hacían con el control de una plaza emitían un nuevo bando que declaraba el estado de guerra y establecía una serie de normativas relativas a la regulación de la vida local. Toda esta legislación militar de bandos generales y locales fue la que se aplicó en la causa que se siguió contra José María, que fue luego archivada como la 189/37 seguida por la Auditoría de Guerra del «Ejército de Ocupación».

La normativa legal de estos procesos residía en el Código de Justicia Militar, cuyo contenido había permanecido prácticamente inalterable desde 1890, salvo en lo concerniente a las auditorías de guerra, que habían recibido nuevas atribuciones en 1931 por parte de la legislación republicana. Atribuciones que, paradójicamente, fueron asumidas por los sublevados. En base al Código de Justicia Militar se empleaba el procedimiento sumarísimo para juzgar delitos cometidos contra la seguridad de la Patria, Estado o Ejército. Quedaban también

---

[15] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 11, Acta manuscrita de la segunda declaración de José María Arizmendiarrieta ante el Juez Militar instructor, fechada el 17 de julio de 1937, hoja 1, Mandamiento del auditor de guerra al juez militar permanente nº 20 para la instrucción de juicio sumarísimo de urgencia contra José María Arizmendiarrieta, fechado el 20 de julio de 1937, ACPB, Expedientes de guerra, nº expdte. 1393, Folio 1. Todo completado con JMAFO1-I y II y, en lo relativo a las cárceles, con Egaña et al.: *1936,* pp. 197-203.

sometidos a jurisdicción castrense las figuras de «rebelión, sedición y sus conexos, atentados, resistencia y desobediencia a la Autoridad y sus agentes, y demás comprendidos en el título 3.º del Código Penal ordinario bajo el epígrafe de "Delitos contra el orden público"».

El procedimiento seguido contra José María fue «sumarísimo de urgencia». Era el utilizado con frecuencia en base al Bando de 28 de julio de 1936 y tenía como característica principal la celeridad de la tramitación, pues se prescindía de aquellas actuaciones que no fuesen esenciales y pudiesen demorar la celebración del consejo de guerra en el menor plazo posible, así como el cumplimiento de la sentencia dictada por éste, que se ejecutaba sin la menor dilación. Su empleo se justificaba por las circunstancias excepcionales que vivía la justicia militar, que se ayudaba de estos métodos expeditivos para dar salida al ingente número de causas que debía procesar, especialmente en los meses siguientes a la ocupación de un territorio, como era la Bizkaia del verano de 1937.

La autoridad judicial sobre la que residía la decisión final de aplicación de la sentencia así como la instrucción general de la causa era el auditor de guerra. Su función era «emitir juicio en todos los casos de interpretación o aplicación de las leyes, e intervenir, proponiendo la resolución que corresponda, en cuantos procedimientos judiciales se instruyan e incidencias de los mismos se susciten en el Ejército o distrito en que tengan su destino». La plantilla de la Auditoría la componían un auditor–jefe, un fiscal y varios letrados militares encargados de ayudarle en su tarea.[16]

El 21 de julio José María fue nuevamente interrogado. El juez instructor insistía en conocer la identidad de la persona que firmaba bajo el seudónimo de *Arretxinaga* y él repitió en que lo desconocía. Añadió otro dato: que pese a haber sido excluido del servicio militar se había dirigido de nuevo a la Caja de Recluta de San Sebastián el pasado 11 de julio para solicitar su incorporación a servicios auxiliares, de lo que podía dar fe un sargento de dicha Caja. Por entonces, había pedido a su hermana María que la familia buscara testimonios favorables que sabía serían muy importantes para respaldar sus protestas de inocen-

---

[16] Todo lo aquí expuesto está tomado de *Leyes penales militares [Código castrense, penal común, tablas, jurisprudencia, legislación, formularios y comentarios)* por Rafael Díaz-Llanos Lecuona, abogado y auditor de guerra, Librería General, Zaragoza, 1941, pp. 26-27; Cenarro: «Matar, vigilar y delatar», p. 70; María Guadalupe Murillo: «La Auditoría de Guerra de Gijón: causas tramitadas por los Tribunales Populares Especiales de Guerra de Avilés, Mieres y Trubia en 1937», Nicolás González-Deleito y Murillo: «Justicia Militar en la España Nacional: 1. La Jurisdicción Militar en el período 1918-1936», Ignacio Díaz de Aguilar y Elízaga: «Justicia Militar en la España Nacional: 2. Instituciones», en *Justicia en guerra. Jornadas sobre la Administración de Justicia durante la Guerra Civil Española: Instituciones y fuentes documentales,* Ministerio de Cultura, Madrid, 1990, pp. 205-206, 391-397 y 429-430; Julián Chaves: *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939),* Universidad de Extremadura, Cáceres, 1995, pp. 219-220; María Jesús Souto: *La represión franquista en la provincia de Lugo (1936-1940),* Edicios do Castro, Sada-A Coruña, 1998, p. 220.

cia. Ésta cada vez lo encontraba más delgado y apesadumbrado. Muchos de sus compañeros de Larrinaga estaban siendo juzgados y condenados a muerte.

También en Markina la represión había sido dura. El presidente de la Junta Municipal del PNV, padre de siete hijos, había sido fusilado; el juez municipal falleció en la cárcel de Vitoria, a donde se lo habían llevado preso; muchos vecinos fueron detenidos por «separatistas» y serían condenados a penas de muerte, cadena perpetua o reclusión de 20 ó 30 años; numerosas *emakumes* (militantes de la organización femenina del PNV) fueron obligadas a pasear sus cabezas rapadas por el pueblo y, luego, a limpiar todos los edificios públicos y militares. Otros muchos vecinos estaban librándose de la cárcel pagando multas de hasta 5.000 pesetas por sus pasadas simpatías nacionalistas o republicanas. Tal fue el caso de José Luis, que permanecía recluido en casa, por lo que fue Tomasa la que hubo de revolver el pueblo entero buscando ayuda para su hijo. Acudió al párroco, Barquín, para tratar de obtener el favor de las nuevas autoridades de Markina. El alcalde no mostró gran disposición a ello pero acabó cediendo por la presión de Barquín, redactando un documento exculpatorio que certificaba la «conducta intachable, bajo todos los aspectos del orden social, político, religioso y moral, sin que en el registro correspondiente aparezca nada en contrario» de José María. El documento fue redactado bajo el dictado del párroco de Barinaga. En similares términos exculpatorios redactaron tres días después otro escrito dos vecinos de la localidad, de militancia falangista y prominente posición.

Estos dos documentos fueron remitidos al Juzgado de instrucción de Bilbao como parte del expediente de la causa. A ellos se sumó pronto un telegrama del Comandante Militar de la plaza que comunicaba que, pese a ser «hijo de separatistas y de la misma tendencia», el joven seminarista no era militante nacionalista activo y que, hasta su incorporación al ejército republicano, «se condujo bien no habiendo otros cargos contra él». La observación sobre el «separatismo» de la familia Arizmendiarrieta del responsable militar de la plaza no debe tomarse como definitoria de una militancia política muy activa, pues cualquiera que hablara normalmente en euskera o tuviese amistades nacionalistas era susceptible de ello en opinión del Comandante Militar de Markina. De ahí que el matiz que añadía a su observación, «sin actividad», sea muy importante pues demuestra (y demostraba) la escasa significación social del nacionalismo de padre e hijo.

Obtenidas todas las indagaciones e informes requeridos, el magistrado consideró que «el hecho perseguido» contra el joven marquinés se encontraba sancionado en base a dos bandos de guerra de la sublevación, por lo que remitió el expediente acusatorio al Presidente del

Consejo de Guerra y ratificó el procesamiento del joven. De los dos bandos que se aludía, uno, el de 22 de julio de 1936, pertenecía a los muchos emitidos en los primeros compases de la sublevación, quedando luego englobado en el de 28 de julio. En él se consideraba una amplia figura de rebeldía en la que era fácil encontrar punible la que José María había realizado en *Eguna*. El contenido del otro citado, el del 20 de junio de 1937, era similar al aludido del 22 de julio, al que poco añadía, salvo que declaraba sometidos a jurisdicción castrense todos los delitos cometidos a partir del 18 de julio de 1936, fuera cual fuere su naturaleza. En estos bandos se prescribía que la tramitación de las actuaciones se ajustaría al procedimiento de Consejo de Guerra Sumarísimo. Estos consejos estaban integrados, además de por un presidente, coronel o teniente-coronel, por cinco vocales capitanes y un vocal-ponente jurídico militar.[17]

Consejo de guerra sumarísimo

Dos días después de que el Presidente del Tribunal tuviese el expediente, el Fiscal, Tomás Garicano Goñi, en escrito fechado el 29 de julio, consideraba probado que José María era «de tendencia separatista pero sin actividad», así como que «al ser movilizada su quinta fue destinado a servicios auxiliares prestándolos en el Buru-Batzar como redactor del periódico *Eguna* para la traducción de noticias al dialecto vasco, percibiendo procedente de industrias movilizadas la cantidad de trescientas cincuenta pesetas». Estos hechos los consideraba constitutivos de «un delito de excitación a la rebelión previsto y penado en el párrafo 2.º del artículo 240 del Código de Justicia Militar». Por ello solicitaba la pena de 6 años y un día de prisión mayor. El delito de «rebelión militar» y sus diversas variantes *(inducción, seducción, excitación, provocación, conspiración)* fue la acusación más frecuente contra los encausados en los consejos de guerra de aquellos terribles años. La «rebelión militar» y «adhesión a la rebelión» conllevaba las penas más duras, de muerte o cadena perpetua, y se aplicó a los procesados que habían tenido una decidida

[17] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 15, Certificado del Alcalde de Marquina, Fermín Alberdi, fechado el 23 de julio de 1937, con sello del Ayuntamiento; hoja 16, Certificado de Alejandro Duralde y Teodoro Urkiaga en Marquina el 26 de julio de 1937; hoja 14, telegrama sometido a censura militar remitido por la Comandancia Militar de Marquina al Juez Militar nº 20 de Bilbao; hoja 17, documento del Juez militar nº 20 ratificando el procesamiento del encausado, fechado el 27 de julio de 1937. Contrastado con *Leyes penales militares,* pp. 28-29, Felipe Stampa Irueste: *El delito de rebelión,* Ediciones de los Estudiantes Españoles, Madrid, p. 57 y con Ignacio Berdugo, Josefina Cuesta, Mª Dolores de la Calle y Mónica Lanero: «El Ministerio de Justicia en la España "Nacional"», Ernesto Pedraz: «La Administración de Justicia durante la guerra civil en la España Nacional» e Ignacio Díaz de Aguilar y Elízaga: «Justicia militar en la España nacional. 2», en *Justicia en guerra,* ob. cit., pp. 249-253, 336, 338-339, 346-348, 361, 363, 365-366 y 401; la represión en Markina en Iturralde: *La guerra de Franco, los vascos y la iglesia,* pp. 297 y 332-335. Todo contrastado y ampliado con JMAFO1-I y II.

participación social en favor de la República. El de «auxilio a la rebelión» se asociaba a una participación más difusa del sujeto, no sobrepasando la pena los veinte años de reclusión mayor. El delito de que se acusó a José María, el de «excitación a la rebelión», implicaba que el inculpado no hubiese tomado físicamente parte en acciones contrarias a los alzados. Normalmente quedaba reducido al pronunciamiento de palabras desfavorables a los insurrectos contra la República o a la detentación de cargos públicos durante el período republicano. Las penas iban de 12 años a 6 meses de reclusión.

Ramón Serrano Suñer consideró, años después, el delito de rebelión como la base de actuación de una «justicia al revés» que permitió juzgar y condenar con el carácter de rebeldes en armas a quienes se oponían al Alzamiento militar y defendían el Gobierno del Frente Popular «sin que existiera, en los inculpados actitud de rebeldía, sino simplemente una conducta política contraria». Los sublevados retorcían, pues, hasta la aberración las figuras delictivas contempladas en el Código de Justicia Militar y las leyes del Estado contra el que se habían levantado. Comportamientos como el de José María podían dar lugar, según el tribunal que hubiese de dictar sentencia, a condenas más o menos duras. Para el jurista Felipe Stampa Irueste, que había participado en las sangrientas auditorías de guerra de Badajoz y Madrid, determinadas variantes como las de provocación o excitación «no tienen contenido propio y son otras tantas maneras de concebir la inducción», lo que implicaba agravar la pena de gentes cuyo único delito había sido permanecer leales al Estado legítimo. Ésa no fue, afortunadamente para José María, la interpretación del Fiscal ni del Tribunal Militar.

No sólo la sentencia dependía mucho de la forma en que tal delito era contemplado por uno u otro jurista militar sino también del tiempo en que había tenido lugar el juicio. Este delito fue el que sirvió para sentenciar a fusilamiento a casi dos docenas de sacerdotes vascos por «separatistas» y para condenar a otros cientos a largas penas de cárcel. Tal lectura severa del concepto de rebelión y sus variantes correspondió, según uno de los propagandistas de la sublevación, a unos primeros meses «de lucha violenta, primeriza, con los aceros recién desenvainados y las almas en ebullición». A continuación llegó otra etapa, la de la toma de Bizkaia, en la que «no hubo otra autoridad que la de los Tribunales ajustados a la Ley». Estas dos etapas se corresponden con las dos características de la represión franquista, la de «terror calientes y la de «terror frío», la primera caracterizada por «paseos», asesinatos indiscriminados, etc.; la segunda por una violencia más reglamentada y organizada.

De todo esto se deriva que, pese a todos los males, José María disfrutó de cara a su juicio de dos circunstancias que le beneficiaron mucho: fue celebrado en un periodo de «terror frío» y en el marco de

un consejo de guerra cuyos integrantes hicieron una lectura benévola del delito del que era acusado. Frente a lo que han contado hasta la fecha tantos y tantos testimonios, ni afrontó una condena a muerte ni se valió de sagacidad alguna para mentir al afirmar que cobraba del cuartel en lugar del periódico. La sentencia a la que se enfrentó fue de 6 años de cárcel. Asimismo, en la documentación del Gobierno de Euzkadi relativa al servicio militar de José María y los testimonios de sus contemporáneos queda clara su condición de recluta movilizado. La sagacidad de José María fue advertir que si se exculpaba de los escritos firmados con seudónimo su labor en el periódico, ya de por sí carente de responsabilidad política, quedaba aún más libre de cualquier sospecha de filiación ideológica con su línea editorial, lo que podía evitarle la cárcel. Sólo mintiendo (y cometiendo cosas mucho peores) muchos sacerdotes lograron escapar con vida en aquellos años. Las biografías de Rufino Aldabalde, Javier Lauzurica, Alberto Onaindia, Carlos Anasagasti y un sinfín de hombres de la Iglesia ilustran episodios borrosos sucedidos en unos años de terror en los que acabaron comportándose como seres humanos, con sus virtudes y sus defectos, pero con un común anhelo por sobrevivir.[18]

---

18 Los párrafos anteriores se basan en: AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 18, Acusación formulada por la Fiscalía del Ejército de Ocupación contra José María Arizmendiarrieta, fechada el 29 de julio de 1937; *Leyes penales militares,* pp. 106-107; Chaves: *La represión en la provincia de Cáceres durante la Guerra Civil (1936-1939),* pp. 220-221 (de donde procede la cita de Serrano Suñer); Souto: *La represión franquista en la provincia de Lugo (1936-1940),* p. 221; Julio Aróstegui: «Los componentes sociales y políticos», en M. Tuñón de Lara (ed.): *La Guerra Civil Española. 50 años después,* Labor, Barcelona, 1989, pp. 114-118; Stampa Irueste: *El delito de rebelión,* pp. 9-13, 44, 79-83 y Andrés Hernández Bertoga: «Prólogo» a Felipe Stampa Irueste: *El delito de rebelión,* p. 7. Las dos etapas en *El clero y los católicos vasco-separatistas y el Movimiento Nacional,* pp. 204-205 y 215-216, completado con Cenarro: «Matar, vigilar y delatar», pp. 76-77; lo aberrante del concepto de rebelión en Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* p. 141. Las referencias a la supuesta mentira de José María durante el juicio en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 31 [donde se comunica la identidad del fiscal en la p. 34 como el futuro Gobernador Civil de Gipuzkoa, Tomás Garicano Goñi, dato he contrastado comparando la firma del acta del juicio militar con la de Garicano en su posterior etapa como gobernador]. La valoración de Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 12 es, en este punto, más acertada. Sin embargo, la observación de Jesús Larrañaga se corresponde con la carta a Leibar de Anastasio Albixu quien recuerda cómo, tras marchar José María a Bilbao con el oficial de requetés, «a los días recibí yo una carta en la que me anunciaba su juicio sumarísimo y su sentencia de muerte». (Carta mecanografiada de Anastasio Albixu a Juan Leibar fechada en Azcoitia el 11 de enero de 1976.) La carta se la debió enviar entre el 20 de julio en que el auditor decidió encausarlo en juicio sumarísimo y el 29 de ese mismo mes en que el Fiscal formuló su acusación. En esas dos semanas su incertidumbre pudo ser total, pues temía ser acusado de un delito de rebelión, por el cual sí podía haber sido condenado a muerte. Fue entonces cuando escribiría la carta a Anastasio y fue el recuerdo de los temores de esos días el que quedó grabado en su memoria. En la obra citada de Juan Leibar, p. 12, aparece otro dato que también carece de fundamento, al menos tal y como es ahí formulado: la alusión a un supuesto «compañero de periodismo» condenado a muerte. Incluso los responsables de *Eguna* que tuvieron un cargo más significativo políticamente, caso de Augustin Zubikarai, no fueron condenados a más que una pena larga de reclusión mayor y trabajos forzados en el marco del dichoso delito de rebelión militar. El dato está, pues, mal formulado o es erróneo. Errores similares aparecen en el testimonio nº 2, *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga (1915-1976),* pp. 14-15, donde su mentira ya no es que cobraba del cuartel sino que escribía en el *Eguna* en castellano. De nuevo se trata de una mala transmisión de hechos. En *En la persecución. Archivos clero vasco I. Año 1936...,* s.f., s.l., 1978, p. 35 se ofrecen todo tipo de datos equivocados: su segundo apellido aparece como «echebarria», su edad como de «21 años», la petición como «pena de muerte»...

«En la Plaza de Bilbao a dos de Agosto de mil novecientos treinta y siete.- Segundo año triunfal.- Reunido el Consejo de Guerra Permanente nº 1, para ver y fallar la presente causa nº 289 que por el procedimiento sumarísimo de urgencia y supuesto delito de excitación a la rebelión se ha seguido contra JOSÉ MARÍA ARIZMENDI-ARRIETA MADARIAGA de 22 años soltero, seminarista y vecino de Marquina. Dada cuenta de los autos, oídos los informes del Fiscal y de la Defensa y presente el procesado.- RESULTANDO probado y así se declara que el inculpado en esta causa fue movilizado por el Gobierno Aguirre en Diciembre último y siendo dado útil para servicios auxiliares fue destinado a las oficinas del Buru Batzar para traducción de noticias al Vasco en el periódico «Eguna» dicho individuo es de intachable conducta y no está afiliado a ningún partido político. CONSIDERANDO que los hechos declarados probados no son constitutivos de delito toda vez que el inculpado para quien el Ministerio Fiscal retiró la acusación no prestó sus servicios en las oficinas mencionadas voluntariamente sino por ser movilizada su quinta y destinado a dicho sitio por el mando del Gobierno rojo-separatista. Vistas las disposiciones legales citadas de apliación al caso de autos. FALLAMOS que debemos absolver y absolvemos al procesado JOSÉ MARÍA ARIZMENDI-ARRIETA MADARIAGA del delito por el que se ha seguido la presente causa sin declaración de responsabilidad civil.»

Con esta sentencia quedaba declarado en libertad sin cargos. Había sido conducido, esposado, ante la Audiencia de Bilbao. Entre el público que se congregó en el juicio, que apenas duró quince minutos, estaban su hermana y el matrimonio Basurco. La vista comenzó por la lectura de la relación del proceso. A continuación el Fiscal había de leer la acusación ante el Consejo, pero anunció que la había retirado. Entonces el matrimonio Basurco sonrió a María comentándole que su hermano se había salvado. José María estaba tranquilo. Había adelgazado mucho. Al ser conducido de vuelta a la prisión, sonrió a su hermana y a sus amigos. Hubo un periodo de su encarcelamiento en que había estado muy nervioso. Quizá fue el previo a que el Fiscal formulara la acusación. Hasta entonces probablemente había temido que el delito de acusación pudiese conducirle a una petición de más de veinte años de cárcel o incluso de muerte. Después, en los últimos días, había recuperado la calma, una vez que conoció la petición de condena del fiscal. Tuvo suerte. Podía haber pasado una larga temporada en prisión. En la letra de la sentencia puede comprobarse el peso que las declaraciones favorables a su conducta tuvieron en la resolución favorable. Sus estudios hubieron de influir también en la sentencia favorable, como en el hecho de que no sufriese daños físicos durante su estancia en la prisión. A ella fue conducido inmediatamente después de oír la sentencia. Su liberación se produjo el 12 de agosto, a primera

hora de la mañana. En la puerta le esperaba el matrimonio Basurco y su hermana María. Pasó la noche en Bilbao y al día siguiente marchó con su hermana a Barinaga.

Había pasado en la cárcel de Larrínaga un mes, desde el 13 de julio al 12 de agosto de 1937. Allí había ocupado la sala 19, galería 1, y había convivido con 31 reclusos. Un manuscrito que conservó, no fechado, procedente de su estancia en la cárcel muestra una lista de nombres entre los que se encuentra el suyo. Están numerados hasta 25, a los que se suman seis más sin numerar, alguno apuntado al margen. 9 aparecen tachados, uno con una fecha a su lado («9 Sept. R.I.P.»). Estas observaciones macabras están enmarcadas por lemas: «Viva España, Viva Franco, Arriba España» por arriba y «(¡VIVA ESPAÑA! VIVA FRANCO!» en los laterales. Es un reflejo del ambiente de esquizofrenia política de aquellos años. Un tiempo de psicosis colectiva en la que el culto al nuevo dictador se confundía con el culto a la nación y confluía todo ello en un ansia purificadora encaminada a «extirpar el virus de la antiEspaña» y construir un Estado totalitario. El 22 de diciembre de 1937 *El Correo Español* publicaba una extensa lista de 26 ejecutados a garrote vil y 118 fusilados en Larrínaga, los primeros en el patio de la cárcel, los segundos en las tapias del cementerio de Derio. Las víctimas de la represión en Bizkaia se elevaron, según los estudios más recientes, a 1.788 personas.

Con 22 años José María regresaba, el 14 de agosto, a Barinaga. Había conocido lo que Alberto Onaindía denominó «la entraña repulsiva de la guerra civil»: «El padre contra los hijos, el hermano contra el hermano, los amigos buscándose para matar[se], los vecinos víctimas de mutuas sospechas, cuando no de odios y de venganzas. Nuestro drama brotó como furia del averno. Vivíamos tranquilos y en paz sin poder sospechar siquiera la irrupción de una sacudida tan honda en el tranquilo ritmo de nuestra vida diaria. La guerra civil es una hecatombe inconmensurable, peor que la más grave epidemia de horrible mortandad. ¿Cómo pudimos incurrir en tamaña desgracia y caer dentro de la boca de aquel volcán devorador que consumió cuerpos y almas?»[19]

---

[19] AIRMNF, Sección Judicial, Fondo Judicial de Bilbao, Caja nº38 (B), Causa 189/37, hoja 19, Sentencia del Consejo de Guerra ordinario contra José María Arizmendiarrieta celebrado el 2 de agosto de 1937, mecanografiada, hoja nº 20, Aprobación de la sentencia por el Auditor, fechada el 4 de agosto de 1937, hoja 21, diligencia del juez militar nº 1 para la liberación del inculpado, fechada el 7 de agosto, hoja 22, Confirmación del director de la Prisión de la recepción del mandamiento judicial de liberación y de su puesta en práctica, fechada el 7 de agosto de 1937; ACPB, Expedientes de guerra, nº expdte. 1393, Folio 1 y certificados adjuntos de liberación del detenido fechados el 7 y 9 de agosto de 1937; *Leyes penales militares,* 210-221. La salida de la cárcel en Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 34. Todo contrastado con JMAFO1-I y II. El documento aludido en AJMA, C5, «Lista de los presos de la Sala 19, Galería 1», manuscrito, sin fecha [este documento es expuesto en este libro]; el intenso nacionalismo del bando rebelde durante la guerra (que tuvo una poco conocida correlación en el otro bando) en Xose-Manoel Núñez Seixas: «Nations in arms

DE SEMINARISTA EN BERGARA A RECLUTA EN BURGOS

El Seminario de Bergara

«Mi muy apreciado Sr. y Director Espiritual. Le escribo con muchísimo cariño esta pequeña carta, que es la primera después de una larga interrupción forzosa y la redacto en propósito firmísimo de seguir escribiéndole periódicamente, al menos siempre que de mí dependa. Estoy esperando a que me llamen de un momento a otro para acuartelarme. Ignoro dónde pararemos. Estoy aprovechando los pocos días que me quedan en compañía de mis padres. Me han destinado por fin, para servicios auxiliares. Gandiaga no me ha contestado y no sé si es que no ha recibido mi carta o le han trasladado a otro lugar. Ya lo sé que a mí me será más necesaria que nunca en adelante la asistencia espiritual de mis amigos y con propósito de reanudar la marcha anterior les he escrito a mis amigos del grupo. Aunque no sé a dónde iremos a parar, yo abrigo buenas esperanzas, porque hasta ahora la suerte me acompaña y en adelante también será lo que Dios quiera. Dispénseme que la primera sea tan lacónica y tan superficial con tan poco contenido espiritual cual si mi llama interior se hubiera amortiguado y tuviera necesidad de avivarlo. Sin más se despide este humilde seminarista de su padre espiritual a quien ama de todo corazón.»

Esta carta la envió José María a Joaquín Goicoecheaundía el 21 de septiembre de 1937. Hacía tres días que acababa de ser declarado útil para servicios auxiliares por la Junta de Alistamiento de Vizcaya. Ser declarado apto para el servicio militar por los mismos que antes le habían declarado excluido tenía cierto aire a represalia encubierta. Puede ser enviado, pues, en cualquier momento a cualquier sitio. Compañeros suyos en similar destino auxiliar prestan servicios en Pamplona, Santander, Burgos o Valladolid. Contempla que está a punto de perder un nuevo curso de Seminario que se sumará al ya perdido el año anterior. En esta circunstancia crítica, su refugio en el grupo de amistad y la dirección espiritual es un intento de mantenerse fiel a la espiritualidad que ha adoptado. El anhelo de victimación, la santidad, la mística fraternal y la devoción mariana están muy presentes en la

---

against the invader: On nationalist discourses during the Spanish Civil War», en Chris Ealham y Michael Richards (eds.): *The Splintering of spain. Cultural History and the Spanish Civil War,* Cambridge University Press, Cambridge, 2005, pp. 45-67; la represión en Bizkaia y la situación en la cárcel de Larrínaga en Josép María Solé i Sabaté y Joan Villarroya: «Mayo de 1937-abril de 1939», en S. Juliá (coord.): *Víctimas de la guerra civil,* Temas de hoy, Madrid, 1999, pp. 206-208 e Iturralde: *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia,* pp. 288-295; como marco de todo ello: Michael Richards: *La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco (1936-1945),* Crítica, Barcelona, 1999; Conxita Mir Curcó: «El estudio de la represión franquista: una cuestión sin agotar», *Ayer,* nº 43, 2001 y Rafael Cruz: «La sangre de España. Lecturas sobre historia de la violencia política en el siglo XX», *Ayer,* nº 46, 2002; la cita final en Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* p. 136.

experiencia interior del joven pese a que su «llama interior» esté amortiguada, lo que no era para menos tras el año que había vivido. «Siempre será una gloria del Seminario de Vitoria el que en una campaña bélica que duró tres años, el número de los que renunciaron al Seminario y a su propia vocación fue inferior al de cualquier curso ordinario de antes de la guerra. Algo importante significa este hecho. (...) El diálogo entrañable de amigo que mantuve con ellos a través de cientos de cartas desde el Seminario y desde mi parroquia de Ortuella supuso grandes consuelos para mí y quiero suponer que sirvió para animar y fortelecer su vocación sacerdotal.» Son palabras de Goicoecheaundía, preciosas para acercarse al sentido de esta carta, una de las 251 que recibió en 1937, y que, a buen seguro, no sería la única que recibiría de Iturbe.[20]

El Seminario de Vitoria logró implicar a los estudiantes dispersos en los frentes y la retaguardia en una efectiva red de comunicación que contribuyó a moderar el efecto nocivo de la guerra sobre el comportamiento de muchos de ellos. Tuvo dos ejes: la nueva revista, *Seminario,* que comenzó a editarse en Logroño el 25 de mayo de 1937, y una abundante correspondencia epistolar intercambiada entre los seminaristas y sus directores espirituales, así como entre aquellos mismos. La revista editaba parte de estas cartas y alentaba a los seminaristas a escribirse entre ellos comunicándose experiencias, estados de ánimo, esperanzas, etc. *Seminario* nació como un vehículo de comunicación en el que los profesores insertaban editoriales y artículos en los que proporcionaban a los quintos movilizados indicaciones efectivas sobre comportamientos, piedad, etc. Así, la carta a Goicoecheaundía significaba que la relación de José María con el Seminario trasladado a Logroño se había regularizado.

Las colaboraciones que Goicoecheaundía envió a la citada revista son indicativas de las orientaciones que José María recibió en las cartas que cruzaría con su Director Espiritual en este otoño de 1937. Aconsejaba leer y meditar *Ad Catholici Sacerdotii,* especialmente uno de sus párrafos en el que el Pontífice se dirige a los seminaristas diciéndoles: «Vosotros sois la esperanza de la Iglesia y de los pueblos, que mucho, o por mejor decir, todo lo esperan de vosotros, porque de vosotros esperan aquel conocimiento de Dios y de Jesucristo (...) en el cual consiste la vida eterna». Les exhortaba a leer y les insistía: «es necesario que el espíritu de Cristo, que nos anima interiormente, se

---

[20] AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, Carta manuscrita a Joaquín Goicoecheaundía fechada en Barinaga, 21-9-1937; Carta mecanografiada de Anastasio Albixu a Juan Leibar, Azcoitia, 11-1-1976; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 90-91 y 210. Contrastado y ampliado con JMAFO1-I y II; JMAFO3-I; AJMA, C5: Certificado de la Junta de Alistamiento de Vizcaya fechado en Bilbao, 20-11-1937 y Certificado de reclutamiento, 9-10-1937.

transparente en nuestras obras. Sacerdotes siempre y en todas nuestras obras». En otra colaboración les invitaba a hacer una meditación en base a la mencionada encíclica de Pío XI y terminaba: «Por consiguiente, amadísimo seminarista, Dios te quiere siempre sacerdote, y también el pueblo. *Ser sacerdote siempre y en todo es el compromiso sagrado que habrás de contraer con Diosy con los hombres.* (...) Amado seminarista, no olvides tu misión sublime, superangélica. *Mediador serás entre Dios y los hombres».*

La insistente meditación en el misterio de la gracia divina, en el sacerdocio de Jesucristo, en el valor del sacrificio y el ideal de santidad alimentó la doctrina que impartió a los seminaristas. Estos principios eran los que deseaba renovar José María. La piedad cotidiana en Barinaga, la comunicación con el Seminario y las cartas que intercambió con éste y sus «amigos» le ayudaron a persistir en la vocación. En octubre *Seminario* anunciaba que el nuevo Administrador Apostólico preparaba la reapertura del centro vitoriano en Bergara. Desgraciadamente para entonces también sabría que Goicoecheaundía no estaría en este nuevo curso pues había sido desterrado, junto con su compañero Roberto Aguirre, el uno a Las Arenas (luego a Ortuella), el otro a Mondragón.[21]

El 15 de septiembre de 1937 Javier Lauzurica Torralba, natural de Yurreta, Durango, nacido en 1890 en el seno de una familia carlista y euskaldún, educado en la Universidad de Comillas, Obispo auxiliar de Valencia y Rector del Seminario diocesano de esta ciudad, había sido nombrado por las autoridades vaticanas Administrador Apostólico de la diócesis de Vitoria. Antes de la guerra había pasado algún verano en Markina, pues le había unido una buena amistad con Alberto Onaindía. Es más que probable que hubiese coincidido con José María en alguna ceremonia religiosa local. El 18 de julio le había sorprendido en Durango, pero gracias a Onaindía había podido embarcar en un mercante de Bilbao que se dirigía a Francia. Una vez allí se

---

[21] Fin de la nueva revista del Seminario de Vitoria en Jesús Enciso: «Presentación», *Seminario,* nº I, I, 1937; las citas de Joaquín Goicoecheaundía en *«Pater Sancte, serva eos...», Seminario,* nº 1, I, 1937; «Discite a me», *Seminario,* nº 2, I, 1937; «Jesucristo sacerdote», *Seminario,* nº 7, I, 1937; «Vigílate», *Seminario,* nº 3, I, 1937; «Sacerdocio» (las cursivas proceden del original) y «Venite seorsum», *Seminario,* nº 4, I, 1937. Planes de vida estivales en AJMA, C1: «Apuntes espirituales», sin fecha, entre 1937 y 1939. La presencia de doctrina nacionalista, incluso nacionalcatólica, en esta revista es mucho menos relevante que en otras publicaciones similares, especialmente en los escritos de Goicoecheaundía. Únicamente en uno de los artículos deslizó una mención de signo patriótico, singularmente dirigida a los seminaristas que luchaban en los frentes, en «Vigilate», *Seminario,* nº 3, I, 1937. Pero su preocupación, incluso en estos momentos, estaba dirigida al estado espiritual del seminarista y no a su formación ideológica. Este distanciamiento del nacionalismo en un tiempo en que éste dominaba la atmósfera cotidiana de un Estado que se denominaba a sí mismo como nacionalista hubo de ayudar, junto a su pasado papel en el Rectorado de Ezcárzaga, a decidir su expulsión del claustro de profesores del Seminario por el nuevo Administrador Apostólico, junto con su amigo y colaborador, Roberto Aguirre. Sobre ello remito a Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 210-211 y Núñez: *Joaquín Goicoecheaundía,* pp. 63-65.

puso rápidamente al servicio del *Movimiento Nacional.* «Tengo un obispo para Guipúzcoa. Es un hombre que hablará de Dios hablando de España.» Este comentario de Francisco Franco a propósito de él fue recordado poco después por el Jefe de Falange de Gipuzkoa en el brindis del banquete que se celebró con motivo de la inauguración del nuevo Seminario diocesano de Bergara.

Lauzurica continuó con la labor de «españolización» del Seminario de Vitoria que había emprendido el Vicario General, Antonio Pérez Ormazábal, y para ello confirmó como Rector a Jesús Enciso. Su línea ideológica afín al poder la dejó bien patente en las prédicas y sermones que marcaron su desbordante actividad pública, repleta de visitas pastorales a las localidades de toda la diócesis, visitando colegios, conventos y casas religiosas, reuniéndose con las autoridades civiles y adoctrinando a los sacerdotes y seminaristas, así como en sus setenta y dos circulares o en su prólogo al libro del sacerdote Pedro P. Altabella Gracia titulado *El Catolicismo de los nacionalistas vascos,* cuya lectura recomendó a sus diocesanos, libro que José María conservó en su biblioteca personal. El libro atacaba a los sacerdotes vascos acusándoles de «separatistas», de anteponer «la política a la religión», y de ser «causantes de la pérdida de la moral cristiana de la diócesis».

La Pastoral Colectiva firmada por los obispos españoles el 1 de julio de 1937 (con la excepción de los de Vitoria, Tarragona, Orihuela y Menorca y del Cardenal Segura) había declarado el *Movimiento Nacional* como una «Cruzada», una guerra religiosa que, por serlo, era patriótica (debido a la identificación entre identidad española y catolicismo). Esta pastoral culminó la controversia que en el seno de la Iglesia española había estallado en torno al nacionalismo vasco, con hitos como la polémica entre el Arzobispo de Toledo, Isidro Gomá, y el *lehendakari* del Gobierno de Euzkadi, José Antonio Aguirre, respecto del carácter social o religioso de la guerra, o el informe que Alberto Onaindía había elevado a la Santa Sede en octubre de 1936. La posición de la Iglesia vasca ponía en entredicho la interpretación teológica de la guerra como «Cruzada» al posicionar a una parte importante de los católicos de ese territorio del lado de los «sin Dios». El «caso de los católicos vascos» fue contemplado por la Iglesia franquista como una «tragedia espiritual» de inabarcables proporciones que estuvo muy presente en las orientaciones pastorales que el nuevo Administrador Apostólico aplicó desde el inicio de su mandato, así como en las que guiaron el inicio del nuevo Seminario de Bergara.[22]

---

[22] Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* pp. 44-49; Sánchez Erauskin: *El nacionalcatolicismo en las Vascongadas del primer franquismo,* pp. 61-73 y 243-246 y Altabella: *El Catolicismo de los nacionalistas vascos,* pp. 57, 80, 84, 94-95. La cuestión del clero vasco en Múgica: *Imperativos de mi conciencia,*

El 10 de octubre Seminario describía el nuevo edificio. Se trataba del centenario «Real Seminario de Vergara» y contaba con una huerta espaciosa y dos frontones, tránsitos grandes, una capilla privada para los latinos y otra compartida por filósofos y teólogos. Los dormitorios y clases estaban preparándose. Hubo que retirar todas las cristaleras, pues ni una había quedado en pie tras los combates pasados. El 25 de noviembre de 1937, Fiesta de San Juan de la Cruz, Javier Lauzurica dispuso que los alumnos teólogos ingresaran el 4 de diciembre en el Seminario, cuyo nuevo curso sería inaugurado solemnemente el día 6 en el salón de actos. Y así, el sábado 4 de diciembre, José María volvió a marchar, con su colchón y ajuar, a reencontrarse con compañeros a los que hacía más de un año que no veía. Muchos faltaban. Unos por servir en los frentes o la retaguardia, otros por haber caído en batallas como la del fuerte de San Marcos de Oiartzun, en agosto de 1936, o la toma de Aretxabaleta, pocas semanas después. La vida había situado en campos contrarios, por casualidad o por voluntad, a todos. Lo describía Alberto Onaindía: «Los que nos queríamos sinceramente como buenos y viejos amigos nos veíamos brutalmente separados, sin saber por qué, como empujados por una fuerza fatal e implacable».

Esa fuerza estaba muy presente en el recinto que, el día 6 de diciembre, iba a ser inaugurado. Ese día Bergara se despertó con el sonido de las campanas de las torres de San Pedro y Santa Marina, sus balcones cubiertos de rojigualda y un enorme gentío que esperaba la llegada de las dignidades civiles, religiosas y militares que asistían a la ceremonia. En el Salón de Actos del Ayuntamiento, bajo la presidencia del Delegado Apostólico de la Santa Sede, Monseñor Antoniutti, en presencia del Administrador Apostólico y el Vicario General, del Arzobispo de Burgos (que unos meses antes había excomulgado a los fieles al PNV), de gobernadores, alcaldes y lo más granado de la oficialidad militar del Ejército del Norte, el Rector Jesús Enciso dirigió a los 300 seminaristas un breve discurso de bienvenida: «El ideal de Dios, entre nosotros, va íntimamente unido al ideal de España», comenzó. Su mirada recorría las butacas de los seminaristas. Sabía que muchos de ellos, como José María, habían combatido con el enemigo «rojo-separatista». A ellos se dirigió: «En este Seminario el nombre de España será respetado, será venerado y será amado, como se respeta y se venera y se ama lo que es sagrado, y además es nuestro, y además es grande. Y si aún hubiere alguno, que no estuviese dispuesto a cumplir fielmente cuanto acabo de decir, tendrá siempre abierta la puerta del Seminario para salir, pero nunca para entrar.» Muchos debían sentir-

---

pp. 10-17; Santiago de Pablo: «La guerra civil en el País Vasco: ¿un conflicto diferente?», *Ayer,* nº 50, 2003, pp. 119 y 123-126 y: «La Iglesia», p. 309; García de Castro: *La tragedia espiritual de Vizcaya,* p. 18.

se aludidos. «Si he querido recordar lo que ha de ser vuestra norma de conducta, ha sido por si hubiere algún olvidadizo, y además porque sé que a vosotros os doy gusto y satisfacción al hablaros en este sentido.» José María era sospechoso de ser uno de esos «olvidadizos» y sabía que a él, y a otros como él, iban dirigidas estas palabras.

Ni paz, ni piedad ni perdón llegarían al Seminario. Dos años después de que el Obispo Mateo obtuviera del antiguo Rector el juramento de que en el centro no se practicaba la política, ésta ahora era el sustento doctrinal de los estudios que en él se impartían. El claustro que escuchaba estas palabras estaba formado, en el curso 2º de Teología, por Plácido Inchaurraga en la asignatura de *De Sacramentis,* Felipe Ugalde en Teología Moral, el propio Jesús Enciso en Historia Bíblica y Sagrada Escritura y Román Orbe en *De Deo Creante et Elevante* y Cantos Eclesiásticos. José Zunzunegui era el Prefecto de Disciplina, que colaboraba con un nuevo Director Espiritual que sustituía a Joaquín Goicoecheaundía: Rufino Aldabalde.[23]

Rufino Aldabalde, Director Espiritual

A finales de 1937 Rufino Aldabalde era el líder indiscutible de la nueva espiritualidad sacerdotal de Vitoria. Nacido en 1904 en el barrio de San Pedro de Aia de Zarautz, en una familia campesina y euskaldún, estaba destinado a ser labrador y tabernero hasta que un fraile se interpuso en ese destino y, mediado el párroco del pueblo, la inquietud espiritual que despertó en él acabó por conducirlo al Seminario Menor. Entró en el centro sin conocer el castellano, pero su personalidad «tesonera» le permitió adquirir en pocos años un dominio suelto y amplio de esta lengua. Cuando pasó al antiguo Seminario Mayor de Vi-

---

[23] Jesús Enciso: «Vergara», *Seminario,* nº 10, I, 1937; BOOV, LXIII, 1937, pp. 444-445; Onaindía: *Hombre de paz en la guerra,* p. 136. Ceremonia de inauguración y discursos de Enciso y Antoniutti en *BOOV,* LXXIII, 1937, pp. 457-469 y *Seminario,* nº 14, I, 1937. El claustro en *Seminario,* nº 12, I, 1937, ampliado con AJMA, C1 y ASDV, Fondo Secretaría, Libro Oficial de Calificaciones 1917-1935, Certificado de calificaciones de José María Arizmendiarrieta, curso 1937-38 y *Kalendarium Seminarii Diocesani Victoriensis 1937-1938,* Editorial Social Católica, Vitoria. En su discurso el Rector también mencionó los mártires del Seminario, muchos de ellos compañeros y amigos de José María. Sus terribles muertes fueron descritas con todo detalle en las cartas que remitían los compañeros seminaristas de sus unidades. Un ejemplo de ello es la carta que el joven mondragonés Tiburcio Sagasta remitió a Jesús Enciso desde Muxica, el 7-6-1937, publicada en *Seminario* nº 3, I, 1937. En ella narraba con crudeza la muerte del primer «mártir» del Seminario, luego recordada por el Rector en esta ceremonia de inauguración. *(BOOV,* LXXIII, 1937, p. 460) Estos testimonios reflejaban, por un lado, el ideario martírico que el nacionalcatolicismo introdujo en estos seminaristas combatientes pero, a la vez, la bestialización a que vieron sometida su vida como luchadores de primera línea. Este triunfo del «espíritu de la bayoneta» sobre el «espíritu de la cruz» expuesto número a número en las páginas de *Seminario* y aún más en otras muchas revistas de seminaristas de aquellos años como la del Seminario de Burgos, *Sígueme* (por ej. en las noticias de los frentes y operaciones expuestas en su nº 9, agosto 1938, pp. 208-210,212-214 y 231-232) es un episodio poco estudiado a la hora de abordar el impacto de la guerra en la futura Iglesia del Franquismo. Para sus aspectos más humanos remito a Joanna Bourke: *An intimate history of killing. Face to face killing in twentieth-century warfare,* Granta Books, London, 1999, pp. 268-305, de su p. 273 tomo la cita acerca de los dos «espíritus».

toria portaba un carácter terco, fanfarrón y violento, así como un ardiente abertzalismo. Comenzó 2.º de Filosofía como un seminarista vulgar hasta que se convirtió en un episodio ya aludido, durante unos ejercicios espirituales dirigidos por Cándido Basabe. A partir de entonces, comenzó a interesarse por la ciencia y el pensamiento. Se situó en la órbita intelectual de Barandiaran y el *Lyceum Cassiciacum,* beneficiándose de sus tertulias, conferencias y clases. Entró en un equipo de seminaristas apodado los *Mariólogos,* imbuido de las prédicas de Basabe y sostenido espiritualmente por Jesús Vírgala, Director Espiritual del centro. Este grupo practicaba una devoción de origen francés, la «Esclavitud Mariana», concebida en el siglo XVIII por Luis María Grignion de Montfort, que proponía «la perfecta consagración a Jesucristo por medio de María». Aldabalde estudió a fondo el tratado de este pensador cristiano y todas sus obras.

Leyó también, por mediación de Vírgala, un escrito de la revista salmantina *Vida sobrenatural,* dirigida por un célebre padre dominico, que proponía crear grupos de cinco personas «consagradas al Corazón de Cristo» y «dispuestas a participar «como víctimas» en los dolores de Cristo en la Pasión. Vírgala encomendó a Rufino elegir a cinco amigos dispuestos a «consagrarse víctimas». El teólogo dominico más importante de entonces, Reginaldo Garrigou-Lagrange, acababa de redactar un estudio, *Las edades de la vida interior,* en donde dedicaba un capítulo a la «vida de reparación» como forma de apostolado. Profundizaba para ello en el concepto de la inmolación de Jesús en la misa. Su idea era que el sacerdote era otro Cristo. Estas ideas alimentaban al joven zarautztarra cuando eligió a cuatro *mariólogos* (Goicoecheaundía, Iceta, Sagarmínaga y Echeberria) para acompañarle en su consagración como «víctimas» al «Sagrado Corazón de Jesucristo Rey» el 31 de octubre de 1926.[24]

Dos años después Aldabalde decidió marchar al Seminario de San Sulpicio de París, con el fin de cursar sus dos últimos años de Teología. Puede que la idea le empezara a rondar durante su colaboración con los laboratorios *Gymnasium,* bajo la dirección de Barandiaran. La inquietud social, arrinconada en la mayoría de las aproximaciones a Aldabalde, constituye un temprano fundamento de su espiritualidad y fue en los *Gymnasium* donde empezó a manifestarla. Y es que el motivo directo de su traslado fue la llamada del Cardenal Primado de Toledo, Pedro Segura, a atender a los emigrantes españoles del mediodía de Francia. Esta misión de apostolado social se bene-

---

[24] Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 114-117, 127-129, 132-141; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 7-8, Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 203, «In memoriam», *Surge,* nº 28, 1945, pp. 3-4; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 105-107 [estudio que aporta amplio análisis de las fuentes doctrinales españolas y francesas de la nueva espiritualidad concebida por Rufino Aldabalde].

fició de la amistad que le unía con Juan Thalamás, que antes que él había decidido dedicarse a estos obreros. En Hendaia Rufino y Juan se habían conocido por una casualidad providencial y el zarautztarra se había informado así del funcionamiento del Seminario de San Sulpicio, donde Thalamás estudiaba.

En este centro eclesiástico parisino se cultivaba una espiritualidad iniciada en la Francia del siglo XVII por el sacerdote Pierre de Bérulle. Su centro era el misterio de la encarnación de Jesucristo, verdadero y sumo sacerdote que une el misterio de la divinidad y el de la humanidad. El superior que sucedió a Bérulle, Carlos de Condren, fundó el Seminario y le añadió una iglesia, San Sulpicio. Continuó la obra un discípulo más joven, Juan-Jacobo Olier. Estos tres místicos franceses, junto con Juan Eudes, otro sacerdote inquieto por la santidad del ministerio, formaron el núcleo de la *Escuela francesa de espiritualidad,* muy influida, a su vez, por españoles como Teresa de Jesús, Antonio Molina y Juan de Ávila, y por el italiano Felipe Neri. Rufino encontró su esencia en la síntesis doctrinal que de ella acababa de hacer uno de los profesores de este Seminario, Pierre Pourrat, en su obra *Le sacerdoce.* La pedagogía de este centro se centraba en asegurar que en el sacerdote quedara reflejada la fisonomía moral de Jesucristo.

Enfermo de tuberculosis, Rufino hubo de abandonar París y se reincorporó a Vitoria donde se ordenó el 29 de mayo de 1931, mientras José María terminaba su último curso de Latín. Comenzó como capellán de unas damas catequistas del sur de Francia, en una tierra de clima favorable a su salud. Pero un año después cambió la cómoda capellanía por la dureza de las colonias de emigrantes pobres del sur de Francia. Recorrió incansablemente la región de los bajos Pirineos, catequizó y asistió espiritual y materialmente a los trabajadores españoles. Quiso acercar a éstos a los empresarios exiliados en 1931 ante la llegada de la II República. No tuvo éxito, pero la experiencia le llevó a madurar una opción de apostolado total de la que se imbuyeron luego sus discípulos. Por entonces Goicoecheaundía y Thalamás pasaron a ocupar importantes papeles en el nuevo claustro vitoriano de Eduardo Ezcárzaga. Todos los sacerdotes que iban impregnándose de esta nueva espiritualidad se reunían una vez al año con otros muchos sacerdotes (Roberto Aguirre, Antonio Pildain, Alberto Onaindía) en el Santuario de Arantzazu, en unas reuniones iniciadas en 1933 en las que Aldabalde puso definitivamente en marcha el Movimiento Sacerdotal de Vitoria. Uno de los lemas que dio a éste fue una frase que José María adoptó con entusiasmo en sus *Annotationes* de 1936: *«Sine me nihil potestis facere».* Aldabalde también hizo suyo el lema de Goicoecheaundía: «Ser sacerdote siempre y en todo y sólo sacerdote». Durante tres años debatió en Arantzazu con amigos y compañeros sobre cómo «mantener viva y acrecentar la llama de la vida interior encendi-

da en el Seminario». No es casual, pues, que sobre esa llama centrara José María muchas de sus *Annotationes* de 1936; o que sobre su precariedad hubiera vuelto a meditar, retornado de la cárcel, en Iturbe.

El problema que todos compartían en los debates era la cuestión de la «soledad espiritual deprimente» del ministerio sacerdotal. Aldabalde planteó un instrumento decisivo: los ejercicios espirituales como vía de apostolado social. A la primera reunión de Arantzazu trajo el convencimiento de la necesidad de que los sacerdotes se implicaran en una amplia obra diocesana de ejercicios espirituales parroquiales que preparara a los seglares en un proyecto de colaboración con los sacerdotes, destinados por Dios a sanar un mundo «gravemente enfermo». En paralelo, Goicoecheaundía trasladaba todas estas ideas a los seminaristas de los grupos, entre ellos José María. Él y Roberto Aguirre fueron los primeros sacerdotes seculares que impartieron ejercicios espirituales a los alumnos filósofos en el Seminario de Logroño. En torno a esta novedosa clave de la dirección espiritual aparecieron en las reuniones numerosas vías de apostolado que alimentaron el inquieto ideario de Aldabalde: los niños, los jóvenes, la Acción Católica, la acción social, la formación de minorías selectas, los retiros sacerdotales...[25]

Aldabalde comenzó a propagar su ideario en los años en que tuvieron lugar las reuniones de Arantzazu. Los que acudieron a ellas comenzaron a pedirle cada vez más conferencias, retiros, tandas de ejercicios para seminaristas, sacerdotes, muchachas de la Acción Católica. Cada dos meses acudía al Seminario de Vitoria y daba charlas a los miembros de los grupos de amistad. José María lo conoció por primera vez personalmente en esas charlas, hacia 1934 ó 1935. «D. Joaquín y D. Rufino, *"cor unum et anima una",* el uno en la quieta paz del Seminario, el otro en sus idas y venidas para nosotros misteriosas, iban madurando el plan de la Obra y echando sus primeros cimientos», recuerda uno de los seminaristas que participaron en ellas. Por mediación de Alberto de Onaindía, Aldabalde se estableció en la parroquia de Nuestra Señora de las Mercedes de Las Arenas, municipio de Getxo, con el fin de preparar el apostolado de la juventud femenina de Acción Católica. Cuando llegó la guerra decidió exiliarse. El barco que tomó fue el mismo que llevaba a Javier Lauzurica, momento en que ambos iniciaron una relación de profunda amistad. La coincidencia no era del todo casual,

---

[25] Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 161-164, 179-204, 274-319 y 326-327; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 9-10; «Datos biográficos» y «Así fueron sus últimos días...», *Surge,* nº 28,1945, pp. 11-14 y 98-100 [estas últimas páginas son muy importantes para la cuestión del apostolado social en el pensamiento de Aldabalde] Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 61 y 173; Goicoecheaundía: *Meditaciones y orientaciones sacerdotales,* pp. 106-112; Ibáñez: «D. Joaquín y el Seminario de Vitoria», p. 235; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 107-108 y 245-247;

pues ambos habían embarcado gracias a la buena voluntad de Onaindía. Lauzurica y Aldabalde no se conocían y este encuentro tuvo importantes consecuencias para el futuro religioso de la diócesis y, en especial, de José María. Había una simpatía natural entre ambos que quedaba atestiguada en ciertos detalles secundarios, como la finura que gustaban en los modos y maneras sacerdotales.

Cuando Lauzurica fue nombrado Obispo de Vitoria adivinó que la solución al problema del Seminario no podía residir en la persecución política proclamada por el Rector Enciso, sino en «meter a Cristo y el Evangelio» entre los estudiantes, y esto nadie podría hacerlo como Aldabalde. Si bien éste llegó al Seminario para sustituir a Eustaquio Aguirreaurreta en la dirección espiritual de los teólogos, el verdadero lugar que cubrió fue el de su íntimo amigo Goicoecheaundía. La continuidad entre ambos fue absoluta. Dice al respecto Andrés Ibáñez: «Así sucedió que, cuando a D. Joaquín (y a D. Eustaquio) le sucedió en la dirección espiritual D. Rufino Aldabalde, en Vergara, experimentamos la fuerza impresionante de su personalidad, pero no un cambio de rumbo. Ningún contenido era nuevo, sólo la fuerza en que irrumpía». Tal hubo de ser la reacción inicial de José María durante sus primeras reuniones con su nuevo Director en Bergara. El marco doctrinal era el mismo pero algo cambiaba. Goicoecheaundía era un brillante doctor de la Universidad Gregoriana de Roma, un maestro muy letrado, de trato tranquilo y reposado. Aldabalde era un hombre de acción, un pragmático dotado de un carisma y una personalidad arrolladoras. Ello generó una rápida sintonía entre él y su joven alumno marquinés. Ciertas similitudes en sus trayectorias (el origen baserritarra y euskaldún, la picazón nacionalista de los primeros años, el ascendiente del jesuita Basabe, la inquietud por la cuestión social, la debilidad por la madre, la Virgen y la naturaleza), desconocidas probablemente por ambos constituyen el marco de esa inconsciente complicidad que llevará a la identificación total de José María con el mensaje de su «padre espiritual».[26]

«En todo sacerdote»

La relación de Rufino con los seminaristas de Bergara comenzó con una semana de ejercicios espirituales. Los chicos estaban inquietos,

---

[26] Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 353; 363, 428-429, «Datos biográficos», *Surge,* nº 28, 1945, pp. 13-14. Primer encuentro entre José María y Aldabalde en AIMS, Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras Mª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», p. 1, contrastado y ampliado con AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupos de escritores, *Pax Vobis,* nº 4,10 de abril de 1943; «Datos biográficos», *Surge,* nº 28, 1945, p. 17; *BOOV,* LXXIII, 1937, p. 463 y «Fisonomía sobrenatural y natural de D. Rufino», *Surge,* nº 28,1945, p. 62; Ibáñez: «D. Joaquín y el Seminario de Vitoria», p. 235, ampliado y contrastado con JMAFO10.

divididos, desorientados. Los vacíos humanos eran enormes respecto del último curso común de 1935-36 entre movilizados, prisioneros, heridos o muertos. Su personalidad irrumpió como un huracán. Se interesó por el problema concreto de cada uno y, una vez pacificados, les lanzó al ideal de «Cristo, sacerdote y víctima». Los lemas, los dichos y sentencias brotaban de él y quedaban grabados en los jóvenes. El horizonte era siempre el mismo: ser curas como Jesús, santos como Él, bondadosos como Él. «O santos ¡o por la ventana!», les gritaba. Cada día salían de su despacho «con unos deseos ardientes de beberse el mundo». Les descubrió que el secreto de la existencia y de su felicidad estaba en «sentirse llamados al sacerdocio, y por eso a la santidad». Cuando hablaba «producía la impresión de un espíritu amplio que no se sujeta a ninguna escuela de espiritualidad». Nunca pretendía brillar por erudición. No tejía sus pláticas con bellas disertaciones librescas, sino que caminaba rápido a la solución de los problemas del mundo real y recurría a su propia experiencia cuando lo precisaba. Sus charlas adquirían un tinte personal. Fustigaba a los curas comodones o egoístas llamándoles «pequeños burgueses», «peseteros», «cuentacorrentistas». Hacía mímica y los caricaturizaba llamándoles *mutilzarrak* (solterones).

Era hombre de carisma, pero no contemplaba a su público con desprecio. Seguía la senda de José Miguel de Barandiaran, su maestro, y tenía a los seminaristas por iguales: «hay que dar la sensación de que se les considera y exige como a hombres», decía en sus reflexiones sobre su docencia. Repetía insistentemente una frase: «primero hombre, luego sacerdote, luego santo». Su consigna era «trabajar hasta reventar y no convertirse en renteros de la Iglesia». Y, además de trabajar, orar: «Trabajos, estudios, esfuerzos, sin vida interior, ¡son ceros!». Les invitaba a comerse el mundo, mejor dicho, a ser comidos por el mundo, a entregarse a la humanidad como había hecho Cristo. Los grupos de amistad de antes de la guerra reverdecieron. José María se acercó a uno de los nuevos que empezaron a funcionar bajo su supervisión, pese a que estaba formado por alumnos de significada identificación carlista. El suyo se encontraba disperso, sólo Gangoiti permanecía en Bergara con él. La influencia despolitizadora de Aldabalde puede verse en este paso. La geografía no existía para Aldabalde, ni la física ni la ideológica. Sus orígenes de misionero diocesano le alertaban contra los mojones políticos. Sus pláticas carecían de sesgo nacionalcatólico, igual que sus charlas y sus escritos. Y su ejemplo fue tomado como horizonte por un joven marquinés que volvía a sentir reforzarse la llama de su corazón.[27]

---

[27] Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 431-436 y 454; «Datos biográficos», *Surge,* nº 28, 1945, pp 13-14; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 12-13; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto*

En sus reuniones íntimas con su director, cara a cara, en la tranquilidad de su despacho, José María encontró el perfil de sacerdocio que su inquieto espíritu precisaba. Su encuentro con Aldabalde se produjo en la etapa de madurez de la formación sacerdotal, la de estudios teológicos, en la que el estudio y la meditación ya no estaban orientados a formarle como cristiano sino como sacerdote. Tras más de un año de desierto formativo tuvo la oportunidad de conocer la intimidad del que era el máximo responsable de uno de los movimientos de espiritualidad sacerdotal más importantes de la historia de la Iglesia contemporánea. La vida entera de su Director Espiritual giraba en torno a la idea de sacerdocio: «Si me matan, me tendrán que matar con sotana», les dijo una vez. Toda su concepción descansaba en la identificación entre el sacerdote y Cristo y el alimento de este espíritu sacerdotal debía ser la celebración de la eucaristía, que extendía a la vida cotidiana de la mano de la oración. «La vida tiene que ser una Misa continuada», decía a los estudiantes. Encuadrada en este marco de grandeza, la misión del sacerdote debía poseer una elevada santidad. Sacerdocio y perfección eran dos términos inseparables. El sacerdote diocesano no sólo puede sino que debe hallar en su propio clima la más alta perfección, que reside siempre en el ejercicio generoso y sin límites de la caridad. Estas ansias de santidad eran las que debían impulsar a la oración y al apostolado: «No olvidemos que somos sacerdotes como Cristo para glorificar al Padre salvando almas. No somos sacerdotes para nosotros. (...) Todo lo que hay en nosotros es de Dios, es de las almas».

Cuando Aldabalde llegó a Bergara ya había viajado a Bélgica con la intención de entrevistarse con el propulsor de la Juventud Obrera de Acción Católica belga, el canónigo Cardjin, responsable del «más auténtico movimiento de Acción Católica» de Europa, en palabras de Pío XI. Transmitió, pues, una honda inquietud por lo social a los seminaristas de Bergara. José María fue uno de los que más atentamente escucharon estas inquietudes. Y es que el predicamento de Aldabalde caía en tierra sembrada previamente por Barandiaran, Goicoecheaundía y Thalamás, que habían preparado el corazón del joven para que esta llamada al apostolado obrero prendiera y alimentara la llama de fe que crecía de nuevo en su interior. Una llama que Aldabalde procuraba alentar a toda costa mediante la piedad y la espiritualidad íntima. La llamada al apostolado la hacía descansar en el cultivo de la espiritualidad interior. De aquí la necesidad de santidad en el sacerdote, del

---

por sus condiscípulos, p. 13 completado con AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra sacerdotal. Director Espiritual Seminario 1937-1943. Varios, «Listado de alumnos de 2º de Teología correspondiente al curso académico 1937-38» y JMAF03-IV; la doctrina no ideológica de Rufino Aldabalde en *Seminario,* nº 15, I, 1938 y nº 18, I, 1938.

«en todo sacerdote». Las ansias de santidad y apostolado las concretaba en el modelo sacerdotal de Cristo: «Toda la vida de Jesús en la tierra no fue sino un acto ininterrumpido de donación. (...) No somos sacerdotes para nosotros. ¿Para qué sirve el sacerdote que no se gasta?» Así, propagó entre los seminaristas la frase de Chevrier: «El sacerdote es un hombre comido». E hizo de su vida ejemplo de ello. El espíritu de desprendimiento que promovía lo denominó con una curiosa palabra: «impersonalización». «Las obras de Dios han de estar impersonalizadas», decía; «trabajar en la obra de Dios y luego desaparecer, impersonalizarse», insistía. Aldabalde presentó el misterio de una renuncia mucho más costosa que la de los bienes y comodidades de la vida: aquella que despoja al hombre de su amor propio.[28]

Este espíritu de entrega era para Rufino Aldabalde una prolongación en la vida de su consagración sacerdotal. El sacerdocio lo entendía integralmente, sin sustraer a él ninguna manifestación de la vida. De ahí el «siempre sacerdote». Comentaba a los seminaristas la independencia sacerdotal de Cristo a despecho de toda política de su tiempo y les subrayaba que esa misma independencia debía mantener el sacerdote frente a los partidos políticos. El sacerdote se debía a todos, no podía hipotecar su sacerdocio en beneficio de un partido que siempre representaba una parcialidad de la sociedad. Tal era el «sólo sacerdote» del lema de su íntimo amigo Goicoecheaundía. Ciertos juicios históricos posteriores ven en esta filosofía un pretexto evasivo de los problemas concretos de la sociedad, que sirvió como cauce de legitimación del nuevo Estado autoritario. Según este análisis, la mística sacerdotal del zarautztarra «vino muy bien al Administrador Apostólico» para implantar una tendencia españolista en la que a la formación apostólica de calidad se unió una interesada eliminación de preocupaciones por los problemas políticos de la calle. Se trata de la lectura de una generación posterior de sacerdotes con la que el propio José María acabaría polemizando en su madurez. Una generación formada en la simpatía por el marxismo y el nacionalismo. José Ignacio Tellechea afirma: «Esa exclusividad y acento puestos en la condición sacerdotal de la existencia a la que aspirábamos no significaba, como se suele decir, espiritualismo etéreo y desencarnado. Por el contrario, soñábamos con nuestro pueblo concreto, con conocerlo e insertarnos en él (...) con una libertad voluntariamente ajena a toda

---

[28] «La idea sacerdotal en D. Rufino», «Hombre de empresas de apostolado», *Surge,* nº 28, 1945, pp. 21-26, 44-45; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 28-29. La importancia de Rufino Aldabalde en la formación de José María y su influencia en los seminaristas de Vitoria es subrayada en AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «¿Qué sabe usted de José María Arizmendiarrieta?», texto mecanografiado fechado en 1984, pp. 1-2; en el caso concreto de José María por él mismo en AIMS, Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras Mª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», p. 1 y ss.

implicación política». Una libertad que permitía despejar el mito del Seminario como foco de separatismo que el totalitarismo franquista había convertido en instrumento de represión de tantos seminaristas y sacerdotes.[29]

Aldabalde entendía el seminario como «la primavera del sacerdocio», por lo que «un sacerdote santo será siempre floración de seminarista santo». Su perspectiva era, pues, una continuación de la de Goicoecheaundía. El sistema educativo que presentaba destacaba por un gran sentido de positividad que buscaba infundir el enamoramiento del ideal sacerdotal. *D. Rufino* no era para los seminaristas sólo Director en el confesionario o en su cuarto. Lo era siempre. La obra que les transmitía, buscando su adhesión, la entendía como «algo más de lo que puede caber en las páginas frías y sosas de un reglamento de artículos numerados. Es un espíritu. Una mentalidad. Un estado de conciencia. Un movimiento. Una inquietud sacerdotal». José María se implicó a fondo en esta obra tan heterodoxa, que huía de socios y reglamentos, que marcaba metas y perfiles para luego dejar al seminarista, como al sacerdote, libertad absoluta en la forma en que la hacía suya en la vida cotidiana. Todo este predicamento caló en el joven gracias al singular carisma personal de Aldabalde. Este hombre de oración vivía despegado de todo. Su desprendimiento allegaba a lo más hondo, al completo olvido de sí en lo físico y en lo personal». Nunca hablaba de sus dolencias. «Se refería a ellas como de pasada, con palabra medida, y rápidamente cambiaba de conversación». Quería para los seminaristas una sólida formación intelectual, pero no deseaba que entraran en el juego especulativo cuando éste no partía de la vida para volver a ella. «Intelectual» en su boca podía convertirse en el peor de los insultos. Algunos seminaristas, como José María, lo admiraban profundamente por ello. Como sus otros compañeros, valoraba también otra faceta de su persona: sus dotes de observación, su certero golpe de vista a la hora de juzgar a las personas, que le convertían en un conocedor de hombres y conciencias excepcional.30

La paternidad espiritual

Barandiaran y Aldabalde representaron dos perfiles complementarios en el Seminario de Vitoria de la preguerra. José María absorbió el hu-

---

[29] «La idea sacerdotal en D. Rufino», *Surge,* nº 28,1945, pp. 26-28. Trabajos críticos con la espiritualidad de Aldabalde son *El clero vasco frente a la cruzada franquista,* pp. 30-31 o Julen Rentería: *Pueblo Vasco e Iglesia. Reencuentro o ruptura definitiva.* Vol. I: *Bizkaia en la diócesis de Vitoria (1930-1950),* Itxaropena, Zarautz, 1982, pp. 398-430; la cita en Tellechea Idígoras: *Tapices de la memoria,* pp. 137-138.
30 «La idea sacerdotal en D. Rufino», «Director Espiritual», «Fisonomía sobrenatural y natural de D. Rufino», *Surge,* nº 28,1945, pp. 29-30,38-41,59-66; *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp 450-451; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* p. 28-33; Rentería: *Pueblo Vasco e Iglesia,* p. 430; ampliado con JMAFO10 y JMAFO3-IV.

manismo moderno e inquieto del primero, representado por él y por otros profesores como Arabiotorre o Lekuona, y lo puso en diálogo con la espiritualidad sacerdotal de Aldabalde, encarnada también en Goicoecheaundía. Ambos hicieron arraigar en él una fe compleja y ambiciosa, que pretendía una complementariedad perfecta entre el plano íntimo, sobrenatural, y el público, social. El doble perfil de sacerdote santo y social había sido preparado en su corazón en los años de Filosofía y el primer curso de Teología. Cuando llegó a Bergara el ideario de Aldabalde no le resultaba, pues, desconocido. Los contenidos del diálogo espiritual y humano que mantuvieron director y alumno no fueron, por lo tanto, novedosos. Pero José María había cambiado. No era el mismo que había abandonado el Seminario de Vitoria camino de Barinaga en junio de 1936. Y,sobre todo, su nuevo mentor no era similar a los anteriores.

Rufino Aldabalde fue la persona que más influyó en su personalidad. Evidentemente actuó sobre un terreno sembrado y fértil, pero sin su figura no puede entenderse no ya la orientación social de su ministerio futuro, sino la espiritualidad sacerdotal que lo animó hasta la muerte. Desde este primer curso de Bergara fue el seminarista preferido de Rufino. El más mimado, el más querido. Una palabra en euskera sirve a uno de sus condiscípulos para describir la relación que se estableció: José María era el *kuthuna* de *D. Rufino.* En el agro vasco un hijo era siempre *kuthuna* para sus padres. La palabra resulta, pues, indicativa del vínculo de paternidad espiritual profunda que se generó entre ambos, entre eljoven de veintidós años lleno de incertidumbres y el sacerdote de treinta y tres carismático e inquieto. En Aldabalde el joven marquinés descubre el padre espiritual que, dentro de dos años, deseará ser para losjóvenes de Mondragón: «Tenemos los hombres derecho a la paternidad. El instinto natural nos mueve a ello. La gracia que no destruye la naturaleza sino que la eleva y dignifica todo lo que es natural, eleva también ese instinto natural y así, sin destruirlo, nos hace padres de almas, engendradores de almas, la paternidad se vuelve espiritual». Son palabras que eljoven marquinés escribe en unos apuntes espirituales de estos años, que transmitirá a sus futuros discípulos y que ha tomado de su mentor.

En estos apuntes describe su intimidad: «Aspiraciones nobles y elevadas. Confianza en Dios. Espíritu providencialista y resignado en las adversidades. Mortificación constante y generosa. Devoto de Jesús Sacramentado y de la Santísima Virgen». En ellos expone lo que cree son sus cualidades personales («facultades mentales equilibradas»; «Facilidad para escribir. Decidido, activo. Reflexivo, metódico. Sensible. Perseverante») y sus defectos más acusados: «Amor propio bastante arraigado. Propenso a respetos humanos». Esto escribe en un espacio, en otro: «Espíritu de crítica (aunque no lo exteriorice siempre). Conciencia más laxa que rigurosa. Brotes de vanidad»; en otro

más: «déficit en las aspiraciones elevadas (próximo al ahora)». Esta intimidad la orienta decididamente en estos meses a la espiritualidad que le transmite *D. Rufino.* La impersonalización se convierte en el principal valor que persigue: «no me quejaré de nada. "El que se queja, peca", dice San Francisco de Sales. No hablaré de mi misión ni para alabarme ni para despreciarme, que en ambos casos puede tener su parte la soberbia o el orgullo.» Y todo ello para desprenderse en el Padre: «¡Dios mío! Moldeadme vos; arrastradme vos, que yo quiero ser vuestro. Y por si mi voluntad algún día pudiera desertar de vuestro servicio, no la respetéis, pues hoy para siempre quiero ofrecérosla de manera que estoy dispuesto a perderla, a privarme voluntariamente de ella, antes que por ella yo me decida a caminar por mi cuenta. Oid mi ruego.» Joaquín Goicoecheaundía lo recordaría mucho después: José María Arizmendiarrieta «heredó de Rufino y de nuestra escuela la fe en el sacerdocio, la virtualidad sin límites del sacerdocio de Cristo.»[31]

En el antiguo palacio de los ilustrados vascos que alberga el Seminario de Bergara las habitaciones son cómodas y cuentan con buena calefacción. Los seminaristas celebran la Navidad entre sus muros. El 27 de diciembre el Obispo se reúne con los teólogos, entre ellos José María: «Mi principal preocupación al traeros aquí, teólogos amadísimos, fue por vosotros, por el especial interés que tengo en vuestra preparación a las Órdenes, ya que vais a salir en tiempos tan difíciles». Unos meses después se encontrará ante Lauzurica en los exámenes del curso y éste tomará buena nota del joven inteligente, esbelto y fino, que se vuelve al cuartel cargado de sobresalientes. Pero de momento es uno más. Uno más de los que celebran con alegría templada el nuevo año. Mediado enero de 1938 participa en la velada que filósofos y teólogos organizan con motivo de la onomástica del Rector.

Las noticias de nuevos caídos siguen llegando, pues la guerra no conoce tregua. El frente de Aragón siega por esos días la vida de tres compañeros y manda al hospital a varios más. José María comienza el nuevo año redactando dos estudios sobre *La moralidad y la religión* y *La magia y la religión.* En éste último se aprecia la huella del magisterio de José Miguel de Barandiaran y sus teorías sobre la magia y las religio-

---

[31] AJMA, C1: «Apuntes espirituales manuscritos, sin fecha, hacia 1937-1939; la cita final en AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homilía en la Misa del homenaje de sus condiscípulos sacerdotes al benemérito D. José María Arizmendiarrieta en Loyola. 10-10-1989 (mecanografiado). Esta espiritualidad, sustentada en la privación de toda significación individual como camino de unión perfecta con la divinidad es la que explica las escasísimas referencias que José María dejó, en toda su vida, respecto de la influencia de personas como Goicoecheaundía o, en especial, Aldabalde, en su personalidad y obra. La negación de sí mismo implicaba una negación de su pasado y sus fuentes que sólo sus discípulos lograron quebrar en una parte más bien pequeña de la riquísima personalidad que atesoró en su juventud, gracias a ciertos testimonios y recuerdos que consiguieron «extraerle» en sus últimos años. Amplío con los testimonios 1, 2 y 17, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* pp. 11-15 y 56; JMAFO10 [de aquí proviene la referencia al concepto de *kuthuna],* JMAFO3-III y IV.

nes precristianas. Pese a que son borradores y cuentan con los preceptivos tachones, responden al trabajo de un joven aplicado al estudio y a la reflexión, volcado al interior. El día 14 de marzo, junto con sus compañeros, pasa un día de campo. Todos lucen las botas militares que han conservado de su paso por el ejército. Marchan a Elgeta pasando por Angiozar. Cuando llegan a este punto hacen un alto para compartir un *amaiketako* de pan y chorizo y siguen subiendo. Apartan restos de proyectiles, contemplan trincheras en zig-zag, descienden fosos creados por explosiones. Allá estuvo el frente y muchos de ellos recuerdan su paso por él. Regresan al Seminario a las siete de la tarde, agotados, y duermen como benditos. El joven que se lanza derrengado sobre la cama esa noche desconoce que está apurando sus últimos días de Seminario. Dentro de dos semanas estará durmiendo en un cuartel de la fría meseta castellana.[32]

El Regimiento de Artillería nº II

José María celebra la Cuaresma de 1938 camino del cuartel. Es llamado a filas como recluta del reemplazo de 1936 y obligado a presentarse el día 26 de marzo en Markina para firmar su ficha militar. Llevaba esperando la noticia desde septiembre pero, al irse retardando, había abrigado la esperanza de terminar el curso. Ahora todo amenazaba con venirse abajo. El día 27 entraba en la Caja de Reclutamiento de Bilbao. Allí se le entregó el petate, la primera señal de que pertenecía de nuevo al Ejército. Era el primer objeto militar que tocaba después de ocho meses. La misma lona en que volvía a ver encerrado todo su futuro... En él se albergaba todo lo que iba a definirle como soldado de reemplazo: el uniforme, las botas militares, el correaje con las cartucheras, la cantimplora, el gorro con la borlita y el capote de montaña, objeto providencial con el que soportar las temperaturas siberianas de la meseta castellana, que aún desconocía. En los cuarteles bilbaínos de Garellano permaneció durante seis días concentrado a la espera de destino, hasta que lo conoció el 1 de abril: el Regimiento de Artillería Ligera nº 11 de Burgos.

Llegó a esta capital castellana el 2 de abril, en el reemplazo de servicios auxiliares. Tras los trámites de rigor, que consistían en la lectura ante los reclutas de las leyes militares, fue destinado a la Plana Mayor del Regimiento, a la Oficina de Información, sección de destinos de guarnición e instrucción, como escribiente del Primer Coronel del Re-

---

[32] «Desde mi celda», *Seminario,* nº 15, 16, 17 y 18, I, 1938; *BOOV,* LXXIV, 1938, pp. 25-29; AJMA, C1 y C4: Escritos espirituales: «La moralidad y la religión» y «La magia y la religión», manuscritos sin fecha, fines de 1937; «El concepto de culto debido a Dios en la R. Cristiana», manuscrito fechado en Bergara en enero de 1938, manuscrito sin título fechado en febrero de 1938, sermón manuscrito sin fecha, 1937-1938; *Seminario,* nº 20, I, 1938.

gimiento, Celedonio Noriega Ruiz. Su superior, el Comandante Mayor de esta unidad ubicada en la VI Región Militar, era Luis Gallego Kolly. Tenía bajo su mando a 321 hombres encargados de la instrucción en artillería de campaña y en el servicio de piezas ligeras y munición a los frentes. José María fue inscrito en la plantilla del Regimiento como «artillero de 2ª». El Obispo de Vitoria prestó toda la ayuda que pudo a los seminaristas de la diócesis militarizados. Se valió de los capellanes castrenses destinados a los batallones acantonados en la diócesis vasca para que éstos consiguiesen que los seminaristas no anduviesen con el rifle al hombro y sirvieran de asistentes, maestros, enfermeros, camilleros, etc. En Burgos había, gracias a sus preocupaciones, una inflación de seminaristas de origen vasco debido a la cercanía de esta plaza a la diócesis de Vitoria. Gracias a sus recomendaciones y preocupaciones, José María obtuvo el rápido favor del Vicario Castrense, Felipe Martín, que fue un gran protector de los seminaristas vascos. El otro responsable cuyo favor era fundamental para cualquier solicitud sobre la estancia era el Coronel, para lo cual tenía la ventaja de que era, precisamente, el superior a cuyo servicio estaba destinado.[33]

Instrucción diaria y rancho, limpieza y engrasado de las baterías, guardias en pabellones saturados de sudor y ronquidos, revista todos los sábados, destacamentos de trabajo, cocina y limpieza de retretes, paseos de domingo por una ciudad fría en cuerpo y alma. Éste es su nuevo ambiente. En las oficinas de la Capitanía el trabajo no tiene término: partes de baja y de alta, hojas de destino, incorporaciones y ceses, partes de enfermedad y de defunción. Está a punto de cumplir veintitrés años y a veces parece que nada ha cambiado respecto de su cumpleaños anterior: de nuevo atado a una máquina de escribir, en una oficina, lejos del silencio, el estudio y la meditación. Y, entre medias, de nuevo el estudiante de cura, objeto predilecto de las mismas sonrisas y comentarios jocosos que ya ha vivido hace un año en la bilbaína sede del *Bizkai Buru Batzar*. Y en torno a él reclutas de variados acentos, gallegos, andaluces, asturianos, vascos. Algunos incapaces de hablar castellano, muchos de ellos casi analfabetos...

---

[33] AGMG, 1ª Sección, C3, ficha militar de José María Arizmendiarrieta Madariaga; AGMA, Servicio Histórico Militar, 4ª Sección, Cuartel General del Generalísimo, Legajo nº 182, Carpeta nº 3-4: «Regimiento de Artillería Ligera nº 11. Relación nominal de los individuos de este Regimiento que prestan servicio en la retaguardia», Burgos, 16 de noviembre de 1938 (en este documento figura como «José María Arrizmendarueta»; AJMA, C5, Certificado militar expedido el 31 de enero de 1940; Villarejo: *Germán Aldama,* pp. 30-31; ADB, Sección Seminario, Caja 1923-1939, Carta del Cardenal Arzobispo de Toledo, Isidro Gomá, al Arzobispo de Burgos fechada en Pamplona, 28-5-1937; *BOEAB,* LXXXII, 1939, pp. 148-149; ADB, Sección Seminario, Caja 1923-1939, Telegrama postal del Inspector Castrense de la VI Región Militar al Arzobispo de Burgos fechado el 22 de julio de 1939, y Carta manuscrita de Luciano González Álvarez, alumno de 5º año de Sda. Teología del Seminario de San Froilán de Burgos al Arzobispo de Burgos, 13 de noviembre de 1939; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 14-15. Todo contrastado y ampliado con JMAFO3-II y JMAFO10. Felipe Martín tenía bajo su cargo al capellán del Parque de Artillería, al cual pertenecía el Regimiento de José María. Se llamaba Joaquín Villanueva Ruiz.

Redacta su primera carta apenas seis días después de llegar a Burgos, dirigida a sus compañeros de Bergara. La comienza dejando constancia del choque de mentalidad que vuelve a sufrir: «Aunque llevo poco tiempo en el cuartel, no deja de ser suficiente para apreciar el ambiente tan distinto del que nos rodeaba en el Seminario». Pero en el regimiento ha encontrado compañeros de Seminario a los que conoce de años pasados que se han organizado para no perder la vida espiritual. A ellos se había dirigido el Rector, Jesús Enciso, unos días antes de que él llegara, a través de *Seminario*. Les había advertido que ellos, los que estaban en la retaguardia, eran, de todos los movilizados, los que más le preocupaban: «El peligro del alma está más cerca de la retaguardia que de la vanguardia. (...) Qué labor más hermosa podrían realizar [los seminaristas], allí (...) donde las horas largas, interminables, facilitan el rato de instrucción, religiosa en primer lugar, también profana; y nadie más llamado a hacerlo que el seminarista». Les había animado a vivir unidos y a mantener comunicación con el Seminario a través de una activa comunicación epistolar: «¡Unión! ¡Unión! Donde estéis varios andad juntos; hablad cosas espirituales; comunicaos vuestros santos deseos; tened una hora señalada para hacer juntos vuestras prácticas de piedad. ¿No vais juntos de paseo? ¿Por qué no habéis de hacer juntos las visitas al Santísimo? ¿Y por qué no habéis de leer juntos el Kempis u otro libro espiritual? ¿Por qué no meditáis juntos el Evangelio?».

Los seminaristas de Burgos contestaron esta carta el 27 de marzo, mientras José María se encontraba aún en la Caja de Recluta de Bilbao. En su carta describían el panorama que iba a encontrar unos días después. Habían decidido adoptar las indicaciones del Rector: «empezaremos por reunirnos con carácter de oficialidad (así considerado por nosotros) los días de fiesta, para, entre otras cosas, comentar el contenido de las hojas "SEMINARIO" que periódicamente vayan llegando». Estaban desperdigados en diferentes regimientos pero uno de ellos, Ramón Bilbao, residía en el de José María. Habían compartido los años de Castillo-Elejabeitia. Con otro, Luis María Larrea, futuro obispo, José María había coincidido en el breve Seminario de Bilbao. Enciso les había vuelto a animar en su contestación: «Debéis celebrar vuestras reuniones con entusiasmo y cordialidad. (...) Además de "SEMINARIO" debéis leer un trozo del Evangelio. Puede ser muy bien el Evangelio del domingo siguiente. Vosotros lo comentaréis, os lo asimilaréis, y así, cuando llegue ese domingo, sabréis comunicarlo a otros soldados, en público o en privado, cada uno como pueda. La cuestión es sembrar, sembrar la semilla».[34]

---

[34] «Los de la retaguardia», *Seminario,* nº 19, I, 1938; «Nuestros seminaristas de Burgos», *Seminario,* nº 21, I, 1938. La cita de José María procede de la carta de «José María Arizmendi» a Jesús Enciso, Rector del Seminario de Vitoria, fechada en Burgos el 8-4-1938, en «Del frente», *Seminario,* nº 22, I, 1938.

Éste es el clima que encuentra a su llegada al cuartel. Hay algo más que trabajo de oficinas y toques de trompeta. Algo más que oración y recogimiento en la capilla. Rápidamente se introduce en las reuniones de sus compañeros, participa en las propuestas de apostolado en el cuartel, en las visitas al Santísimo, en las lecturas evangélicas. Al igual que ellos, empieza a recibir Seminario. Cada quince días lo tiene en el número de la estafeta de campaña que corresponde a su agrupación. En esta revista lee no sólo las cartas que mandan sus compañeros desde los frentes o la retaguardia, sino también el suceder de la vida cotidiana del centro que acaba de abandonar y, sobre todo, las indicaciones de Aldabalde, sus consejos, sus advertencias: «Te codearás con otros jóvenes afanosos. Tienen ellos otros motivos; guardan ellos sus ideas propias y encarecidas, tienen sus proyectos. Pero tú sólo tendrás un motivo, sólo tendrás un proyecto, guardarás una sola idea, terminante, obsesionante, que englobará toda tu existencia, y es la de que serás sacerdote y sacerdote para siempre. (...) Entonces todo ese capítulo de penas, dolores y privaciones que la guerra habrá esculpido con caracteres fuertes en tu alma, no serán fuerzas perdidas, sino ocasiones más propicias para fecundizar tu vida. (...) Lo esencial es que no pierdas de vista el fin. Quiero ser sacerdote, quiero ser sacerdote santo...»

José María lee y medita. Una semana después de llegar al cuartel escribe la carta ya aludida al Rector a través de *Seminario*. Es 8 de abril. Cuenta a Enciso que ha estado esperando «a que terminara el asunto» para darle cuenta de su resultado. «El asunto» son las gestiones que había hecho para no incorporarse a su quinta. «En primer lugar he de confesar que se han frustrado en parte mis esperanzas; esperaba volver en breve a ésa, pero hoy veo que me es imposible. Por mi parte he hecho lo que he podido; he revuelto todo lo que se podía revolver. Ahora lo único que me cabe es resignarme con la voluntad divina.» Había abrigado esperanzas de que se revocara la orden, probablemente amparado en el respaldo de los responsables del centro, del propio Rector al que ahora se dirigía. Pero una semana de estancia en Burgos le había hecho consciente de que la vida seguía y que todo era susceptible de constituir una ofrenda a Dios: «Me ha causado una verdadera alegría el encontrarme en la misma batería con otros dos seminaristas y los dos de Vitoria. Son Julián Larrea y Ramón Bilbao. Éste último sale a dormir fuera. También están en el mismo cuartel, aunque en otras baterías: Luis Larrea, Luis Esparza y Damián Iturrate. (...) No descuidamos lo que Vd. hizo saber en un número reciente de *Seminario* acerca de la unión que debe haber entre los seminaristas. Procuramos hacer lo mejor posible los actos de piedad que nos permita nuestra vida de cuartel. Todas las noches rezamos el Santo Rosario en la batería. A continuación se encarga el Sr. Larrea de hacer una pequeña ex-

plicación del Evangelio del día siguiente y también hablamos a los soldados sobre algunos puntos de Religión, de Apologética, etc.». Finalmente explica sus planes futuros: «Por ahora sigo en el cuartel, pero en breve podré ir al Seminario, aunque tenga que presentarme una vez al día al Sr. Coronel. Ya he estado con el Sr. Rector del Seminario, que ya me ha ofrecido alojamiento y me ha dicho que puedo acudir a las clases.»

Había obtenido permiso para continuar sus estudios de Segundo de Teología en el Seminario Metropolitano de Burgos. En julio de 1936 el Seminario Mayor de San Jerónimo había sido ocupado por los militares sublevados y destinado a alojamiento de los regimientos alemanes que participaron en la lucha contra la República. Por ironías de la vida el bombardeo de Gernika que presenció José María fue obra del mismo personal, la Legión Cóndor, que descansaba plácidamente en las habitaciones de ese Seminario, a escasos minutos de donde ahora él residía. Ocupado, pues, este edificio, era el Seminario Menor de San José el que pasó a albergar a los seminaristas no movilizados al frente, pese a que la mitad del edificio estaba destinado a hospital militar. Era aquí donde se disponía, en abril, a continuar el curso de Teología que había dejado a medio concluir en Bergara. Tenía para ello el permiso del Rector, obtenido gracias a las gestiones del Capellán Militar y la autorización del Coronel del Regimiento. La autoridad militar en estos casos era decisiva. Así lo advertía en una carta a Jesús Enciso uno de sus compañeros seminaristas destinado a otro de los regimientos de artillería: «en Burgos me presenté donde el Coronel, explicándole la situación en que me encontraba, quien me respondió que por entonces siguiese haciendo la instrucción, pero una vez aprendiese ésta, me presentase de nuevo donde él, prometiendo dar alguna facilidad para proseguir estudiando».

José María acudió, pues, a las clases del Seminario de San José con el fin de poder examinarse del curso de Bergara. Para poder presentarse a los exámenes oficiales de Vitoria obtuvo un permiso excepcional de Javier Lauzurica, que contaba como precedentes con los permisos especiales que el anterior Obispo y el Vicario habían dispuesto con el fin de que los seminaristas teólogos que hubieran cursado por libre sus estudios por causa de la guerra, pudiesen examinarse de su curso correspondiente. Ese estudio a distancia debían haberlo hecho, sin embargo, bajo la supervisión de profesores competentes. Asimismo, en mayo de 1938 el Papa Pío XI había comunicado a los obispos españoles que los «seminaristas que por causa de la revolución o del servicio militar o de cualquier otro motivo no hubiesen estudiado regularmente en los Seminarios o no hubiesen vivido en los mismos podrán obtener la regularización de sus estudios a condición de que pasen serios exámenes en todas las

disciplinas reglamentarias». Lauzurica contaba, pues, con el respaldo canónico suficiente para aceptar favorablemente solicitudes como la de José María.

En base a estas disposiciones excepcionales se pueden interpretar mejor ciertos testimonios que afirman que realizó estudios a distancia para sacar adelante el curso de Teología con la ayuda de profesores del Seminario burgalés. En realidad, el joven acudió diariamente durante esos meses a las clases del centro. La ayuda a que se alude pudo obtenerla con el fin de adecuar las asignaturas que estudiaba en Burgos al plan de estudios de Vitoria, que era por el cual iba a examinarse. Había ciertas diferencias entre el curriculum del centro burgalés y el de su diócesis en relación con dos asignaturas: *De Sacramentis* y Teología Moral. Parece plausible, dado el escaso volumen de alumnado que asistía a las clases, que José María contara con el favor de alguno de sus profesores a la hora de adecuar sus estudios al curriculum de Vitoria. Que eso fuese hecho durante horas lectivas o extraordinarias no resulta posible determinarse, pero es una hipótesis capaz de compatibilizar estos testimonios con la documentación recopilada.[35]

Apenas transcurridas tres semanas de la carta pública que remitió a Jesús Enciso el joven escribe otra más personal en la que detalla su situación. Está destinada a Rufino Aldabalde. Todos los proyectos que se había planteado un mes antes habían ido dando fruto. Ha seguido la estela de Ramón Bilbao y ha pasado a residir fuera del Cuartel. Asiste, además, a las clases del Seminario. Igual que él fueron muchos los seminaristas que obtuvieron en aquellos años dispensa para residir fuera de los cuarteles con el fin de cuidar mejor su vocación. Miles de

---

[35] Carta de «José María Arizmendi» [sic] a Jesús Enciso, Rector del Seminario de Vitoria, fechada en Burgos, 8-4-1938 en «Del frente», *Seminario,* nº 22, I, 1938. Cita de Rufino Aldabalde en «Donc formatur Christus in vobis», *Seminario,* nº 20, I, 1938. Descripción del Seminario de Burgos en base a ASMB-BFTNE, «Fiesta anual en honor del Sto. Tomás de Aquino, Curso Académico 1938-39, manuscrito firmado por el secretario Manuel Ayala; ADB, Sección Seminario, Caja 1923-1939, Carta del Capitán Jefe de Aposentamientos al Arzobispo de Burgos, 17 de mayo de 1939 (en este documento la autoridad militar hace entrega al Rector del Seminario Mayor de San Jerónimo del edificio en que éste se ubicaba históricamente tras haberlo dejado vacante la «Legión Cóndor») y Solicitud al Arzobispo de Burgos del Presbítero Superior del Colegio de Aspirantes de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos, 12 de diciembre de 1939 (en ella éste pide «establecer un oratorio en el segundo piso de vuestro Seminario de S. José a fin de no usar la misma Capilla que viene sirviendo a los enfermos del Hospital Militar». Circunstancias de los estudios de José María en Carta de Damián Iturrate a Jesús Enciso fechada en Santander el 30-9-37 en «Correspondencia», *Seminario,* nº 10, I, 1937. Posición de Lauzurica ante estudios de José María en «Avisos», *Seminario,* nº 4, I, 1937; *BOOV,* LXXIII, 1937, pp. 195-197; «Disposiciones oficiales», *Seminario,* nº 31, II, 1938; contrastado y ampliado con JMAFO3-II y, especialmente, JMAFO10. Las referencias a los estudios a distancia y a los profesores que en ellos intervinieron en Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 14 (que cita a Ángel Temiño, Profesor de Teología en el Seminario de Burgos y futuro Obispo de Orense) y Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp 35-36 (que cita al Dr. Temiño) e *Interioridades de una utopía,* pp. 76-77 (que cita a «Monseñor Temiño y Monseñor Abilio», futuros obispos de Orense y de Calahorra respectivamente). El contraste entre el curriculum del centro burgalés y el vitoriano está hecho en base a los datos transmitidos por José María en su carta a Enciso contrastados con ASDV, *Kalendarium Seminarii Diocesani Victoriensis 1937-1938,* Editorial Social Católica, Vitoria, 1937.

sacerdotes habían sido asesinados en el territorio leal a la República. Sus plazas pronto habrían de ser cubiertas por nuevas hornadas de seminaristas, muchos de los cuales se encontraban reclutados por el Ejército. El efecto de estas circunstancias era doblemente negativo. A los que morían en el frente se unían los que abandonaban la vocación. Por ello las revistas de estos centros como *Sígueme* en Burgos o *Seminario* en Bergara estaban repletas de llamadas de atención a estos jóvenes a fin de que cuidaran su práctica piadosa. Tal era la razón esencial de las indicaciones de Enciso a los seminaristas de Burgos, completadas en aspectos más espirituales por Eustaquio Aguirreurreta y Joaquín Goicoecheaundía en el curso pasado, y Rufino Aldabalde y el propio Aguirreurreta en los dos siguientes. Pero lo ideal era reforzar estas indicaciones con la posibilidad de que los seminaristas residiesen fuera del cuartel. Ello dependía del Capellán Castrense, al que debían elevar la solicitud, una vez localizado un alojamiento que reuniera unas condiciones adecuadas. Éste, posteriormente, en el caso de valorarla positivamente, la trasladaba al responsable del Regimiento. Hubo muchos seminaristas que, en Burgos, Pamplona, Vitoria, etc., obtuvieron esta gracia y residieron en colegios religiosos, seminarios, monasterios e incluso habitáculos independientes de conventos. En el Regimiento de José María no hubo problemas en hacer efectivas estas concesiones. Tanto el Capellán Castrense, Felipe Martín, como el Coronel accedieron, como en el caso de los estudios en el Seminario, a tramitarlas. Así, José María se encontraba, apenas un mes después de haber llegado a Burgos, excluido del servicio militar activo e incluso de sus deberes de oficinas, durmiendo fuera del cuartel.

Por ello, en su carta a Aldabalde se muestra más reconfortado. «En medio de todo he tenido mucha suerte y tengo motivos para estar agradecido a Dios y a la Virgen Santísima.» Comunica a su padre espiritual que dispone de una «nueva residencia oficial», la misma que le había prometido el Rector del Seminario de Burgos a principios de abril, donde duerme y convive con otros seminaristas. «Ahora puedo, además de atender con absoluta regularidad y normalidad a todas mis obligaciones piadosas de seminarista, estudiar con todo sosiego, pues dispongo para ello de tiempo suficiente y doy también clases. Todos los días me veo obligado a dar un paseo para presentarme en el cuartel, pero nada más que presentarme». Se conforma con su suerte: «ya me resigné a pasarla [la primavera] aquí y ésa fue la flor anticipada que le ofrecí a la Virgen, mi Madre.» El pasado sábado han tenido un retiro espiritual con los otros seminaristas con los que convivía y las meditaciones han versado sobre el amor a la Virgen. Se siente muy a gusto tras haber navegado tanto tiempo «contra la corriente (...) de licencia y desenfreno de pasiones que se observa en jóvenes de nuestra

misma edad». Confrontar esa corriente le ha servido para «dar gracias a Dios por el beneficio tan grande de nuestra vocación».

Evidentemente el paso por el cuartel le ha sido difícil y ahora, nuevamente en un ambiente de más recogimiento, se siente satisfecho y esperanzado. Su nuevo centro de estudios es muy diferente del de Bergara. Entre todos los que lo pueblan no pasan de cuarenta frente al «rebaño tan numeroso» que dejaba allá. Hay pocos alumnos mayores de su quinta por lo que todos andan en grupo y hacen mucha vida aparte. Muchos son vascos. Bromea con Aldabalde y le cuenta que si los profesores de Bergara no llegaban pronto solicitarían ellos mismos un claustro vasco. Está feliz y contento. A lo largo de la carta aparece su humor característico, carente de vulgaridad, muy irónico. Con ese ánimo llegó, con permiso militar, a Bergara en julio de 1938 para examinarse de las asignaturas de Segundo de Teología. En todas ellas obtuvo la máxima calificación salvo en Sagrada Escritura, en que bajó a notable. El tribunal que le examinó estaba presidido por Javier Lauzurica que quedó muy impresionado por sus conocimientos. Desde este momento dejó de ser uno más a ojos de su Obispo.[36]

«La pensión GEA»

El verano de 1938 transcurre sin huella en su vida como en la de todos sus compañeros. En septiembre decide regularizar sus estudios en el Seminario de Burgos y así continuar con normalidad su carrera eclesiástica pese al servicio militar. No puede matricularse en Bergara, pues ni el Obispo ni el Rector contemplan la posibilidad de realizar todo un curso completo a distancia. Sí permiten, en cambio, que los seminaristas diocesanos estudien como externos en los seminarios de las ciudades en que residan por razón del servicio militar. Las calificaciones que obtengan en los exámenes ordinarios de esos centros y el paso de curso que consigan son asumidos por el Seminario de Vitoria siempre que las materias examinadas se adecuen al plan de estudios de la diócesis. Si no se adecuan, el Rectorado, respaldado por el Obispo, consiente en avalar el paso de curso del seminarista a condición de que éste se examine posteriormente de las asignaturas que no haya podido estudiar en el centro de estudios provisional.

---

[36] AIMS, Caja A.5, Correspondencia, Carta manuscrita a Rufino Aldabalde fechada en Burgos, 2-5-1938. La cuestión de la residencia de los seminaristas fuera de los cuarteles, en Burgos y otros destinos militares, planteada en la ya citada carta de José María reproducida en «Del frente», *Seminario,* no 22, I, 1938, ha sido contrastada y ampliada con JMAFO3-II y IV, JMAFO4 y JMAFO10. Las calificaciones de José María del curso 1937-38 en ASDV, Fondo Secretaría, Carpeta 11, Expdte. de exámenes ordinarios y extraordinarios del Seminario Diocesano de Vergara correspondientes al curso 1937-38; ASDV, Fondo Secretaría, Ficha de estudios de José María Arizmendiarrieta, nº 11-E. Presencia de Lauzurica en los exámenes en Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 14 y Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 77.

De esa forma, este año escolar de 1938-1939, realizaron curso extraordinario, además de José María, otros cinco seminaristas en Burgos y muchos más en Valladolid, Dax, Logroño, etc. José María redactó el 22 de septiembre su solicitud al Arzobispado de Burgos para «cursar en el Seminario Metropolitano de Burgos en calidad de externo el 3.º año de Sagrada Teología». La respaldaba en la autorización que había recibido del Inspector Castrense de la VI Región Militar, José García Cortázar, bajo cuya autoridad se encontraba el Capellán Castrense, Felipe Martín. Además, solicitaba al Obispo burgalés que las asignaturas que cursara fuesen las correspondientes al Plan de Estudios de Vitoria, que difería un poco del de Burgos. Obtuvo permiso para lo primero, matriculándose como externo, pero no para lo segundo, por lo que no pudo cursar una de las asignaturas preceptivas en Vitoria, que hubo de sacar adelante el año siguiente, compatibilizándola con el último curso de Teología.

Por entonces había recibido una gran alegría: la llegada de José Gandiaga, su querido amigo. Apenas se habían visto desde el estallido de la sublevación militar si bien habían mantenido comunicación epistolar. Gandiaga carecía de defectos físicos notables, por lo que, si bien se había librado del servicio en el frente gracias a las gestiones de Lauzurica, se veía obligado a realizar instrucción de armas y a residir en el cuartel. Pese a que vivieran separados durante la noche, el volverse a encontrar juntos tras tantas vivencias lo vieron como un regalo de la providencia. El regalo aumentó con la llegada de Feliciano Etxebarria, con quien José María había fundado *Kardaberaz bazkuna*. El curso fue inaugurado el 1 de octubre. El Rector del Seminario era Jacobo Flores Martín y el Prefecto de Estudios Lorenzo Abad. En el claustro figuraban 18 profesores de muy diversa edad. El más joven tenía sólo treinta y uno. Se llamaba Abilio del Campo, era Doctor en Teología y fue el profesor de José María de Sagrada Escritura. Estudió además la segunda parte de la Teología Moral, con Ángel Temiño Saiz, y Sagrada Liturgia con el doctor José Pérez Múñoz. Los dos primeros profesores citados eran los que le habían ayudado a preparar el curso pasado y tenía gran amistad con ellos. El calendario del curso era muy similar al de Vitoria, aunque un poco más espartano. Los seminaristas vascos se encontraban relevados del servicio de armas para poder asistir al centro. José María, además, disfrutaba de dispensa para no residir en el cuartel. Acudía a primera hora de la mañana a presentarse ante el Comandante del Regimiento y, luego, continuaba con los estudios y la vida de recogimiento hasta el día siguiente. En este mes de septiembre lo único que sí varió fue su alojamiento fuera del Cuartel.[37]

---

[37] ASMB-BFTNE, Libro expedientes curso académico 1937-39, Expdte. de José María Arizmendiarrieta, alumno extraordinario; BOEAB, LXXXI, 1938, pp. 162-164; ASDSJ, Matrícula de Sagra-

Unos meses atrás, mientras el fracaso de la ofensiva republicana del Ebro abría el avance «nacional» hacia Levante y Cataluña, Francisco Franco había instalado su Gobierno en Burgos. Los franciscanos habían negociado por entonces su establecimiento en la nueva capital de la España «nacional» con las religiosas Clarisas, que disponían de un bellísimo convento en la orilla del río Arlanza opuesta a la ciudad histórica, muy cerca de los cuarteles e instalaciones de la Capitanía General. Mediado marzo de 1938 había enfermado el capellán franciscano de esta Orden. Siguiendo las indicaciones del Arzobispo, los franciscanos esperaron a que las Clarisas solicitaran un nuevo capellán de su congregación que lo sustituyera, para así contar con una excusa para comenzar a instalarse en la ciudad sin levantar la suspicacia del resto de órdenes religiosas. Y es que en el Burgos sobrepoblado por causa de la guerra y de la nueva capitalidad «nacional» existía una disputa silenciosa por el suelo y el poder entre las órdenes religiosas ya instaladas y las interesadas en instalarse. Ésa fue, pues, la estrategia del Arzobispado para permitir la llegada de otra orden nueva. El nuevo capellán de las Clarisas, Lucas Ariceta, se desplazó en junio a Burgos y se instaló en la alcoba de un edificio de dos plantas que se encontraba frente al Convento de Santa Clara. No estaba solo, pues en ella habitaba desde febrero Ramón Bilbao. José María había comentado al Rector de Bergara en su carta de abril dicha circunstancia, que Bilbao llevaba tiempo durmiendo fuera del cuartel con permiso de la autoridad, lo que le abría la esperanza de conseguir un favor similar. Era en este local donde residía, llamado la *Casa de la Demandadera,* pues en él había residido antiguamente la mujer que se encargaba de hacer las compras para las religiosas de Santa Clara. Bilbao tenía la habitación alquilada a éstas gracias a que una de ellas era hermana suya.

A fines de junio el Arzobispo autorizó que toda la casa fuese convertida en un hospicio franciscano, siempre que se respetara a los que allá vivían. Entre los franciscanos que se instalaron provisionalmente para preparar el inmueble figuraba Carlos Anasagasti, capellán de gudaris que, tras visitar el penal de Santoña, había acabado en el centro de reclusión burgalés de San Pedro de Cardeña. Anasagasti acababa de obtener una amnistía y había comenzado a preparar en secreto su marcha a América con el fin de escapar a cualquier revocación de ésta. El nuevo capellán de las Clarisas y él eran compañeros de escue-

---

da Teología y Derecho Canónico, Burgos, 1924-1963, p. 141; ASDV, Fondo Secretaría, Carpeta 11, Expdte. de exámenes ordinarios y extraordinarios del Seminario Diocesano de Vergara, Curso 1938-1939; ADB, Sección Seminario, Caja 1919-1965, «Horarium disciplinare cotidianum Seminari Trienium 1936-1938», «Elencus professorum 1933-36», «Sacra Congregatio de Seminariis et Studiorum Universitatibus. Relatio Triennalis de Statu Seminariorum (1939-1940-1941). Diocesis Metropolitana Burgensis. Natio: Hispania. Remittatur ante festum Paschatis 1942» y Caja 1923-1939, Telegrama postal del Inspector Castrense de la VI Región Militar al Arzobispo de Burgos, 22-7-1939. Contrastado y ampliado con JMAFO3-II, JMAFO6 y JMAFO7.

la, razón por la que comenzó a frecuentar el lugar y actuar de supervisor de las obras del hospicio. Todos habían de dormir en el suelo, pues en la habitación del piso superior sólo había dos camas ocupadas por Bilbao y el capellán Ariceta. En agosto comenzaron las obras, en las que intervino un delineante de la Unión Cerrajera de Mondragón, que fue sustituido después por Feliciano Etxebarria, que probablemente conocía la casa por Ramón Bilbao.

La vivienda de *la Demandadera* constaba de un bajo y un piso. Éste era el que ocupaban el capellán de las Clarisas, el seminarista y los franciscanos. Abajo, en la entrada, había una habitación muy pequeña que había estado alquilada a un almacenista. Anasagasti mandó que fuese arreglada para que sirviese de alojamiento a los novicios franciscanos que debían hacer el servicio militar en la ciudad, así como a otros muchos que se encontraban de paso para realizar gestiones en la capital. Los hostales y casas de huéspedes estaban rebosantes siempre y era difícil encontrar habitación en la ciudad. El día 28 de septiembre José María, acompañado de su amigo Feliciano, se instaló en ese bajo de la casa, en la pequeña habitación que acababa de reformarse. Habían arreglado el trato con Carlos Anasagasti. La habitación era muy fría, estaba a ras de la calle, sin calefacción, y contaba con apenas veinte metros cuadrados libres de mobiliario alguno. Poco después llegó Gandiaga. Los tres seminaristas montaron lo que denominaron, en ocurrencia atribuida al sano humor de José María, la *pensión GEA,* nombre que formó con las iniciales de los apellidos de los tres.

La *pensión GEA* constaba como mobiliario de unos colchones que hacían las veces de cama durante las noches y que se retiraban durante el día con el fin de dotar de espacio al minúsculo local. Los dos compañeros de José María desayunaban y comían en el cuartel, que estaba muy cerca. Él, en cambio, disfrutaba de permiso también para comer fuera, por lo que compartía con Ramón Bilbao las comidas. Pronto se sumaron al local unos novicios franciscanos. Uno de estos coristas (que era como se denominaban en la orden), Andrés Intxaurbe, era un buen amigo de la adolescencia de José María y Gandiaga. Los otros eran más jovencitos, tenían apenas 18 años. Uno se llamaba José Antonio Gandarias, el otro, el más crío, Luis Villasante. Éste, unas décadas después, sería uno de los especialistas más renombrados en la lengua vasca y Presidente de *Euskaltzaindia.* Hubo otro corista que no llegó a prosperar en la vocación, Dionisio Ocio.

Pese a las quejas de las Clarisas, que contemplaban con irritación cómo el hospicio franciscano se había convertido en una residencia de seminaristas, los ocho jóvenes permanecieron en alegre compañía hasta que fueron licenciándose. Los coristas dormían arriba, en la habitación de Bilbao que el capellán había acabado por dejar libre, los semi-

naristas abajo. El frío era horroroso en invierno y el capote militar era una prenda inseparable, que hacía las veces de manta a la noche y abrigo durante el día. Esta prenda fue muy apreciada por José María, que la adquirió al final del servicio por setenta pesetas y la utilizó durante muchos años en Mondragón. Durante el día la casa solía estar despejada debido a que todos estaban fuera. Sin embargo, siempre había movimiento, pues José María y Ramón desayunaban y comían allá, al igual que los coristas, salvo uno que lo hacía en un convento cercano. Las religiosas cocinaban y les llevaban la comida. El alquiler de las habitaciones y la manutención eran costeados por los seminaristas. No es posible saber por qué José María decidió trasladarse a este nuevo alojamiento, pero la vida que llevaba permite intuir que lo que le movió fue el interés por mejorar las condiciones de recogimiento de su estancia. Las indicaciones de Enciso a los seminaristas de Burgos fueron bien asumidas por todos ellos y esas indicaciones siempre serían mejor seguidas cuanto menor fuese el número de seminaristas con los que se conviviera y más íntimo el espacio, por lo que el hospicio franciscano resultaba providencial.

El hecho de que residieran frente a una congregación religiosa femenina o que la comida fuese servida por monjas no tenía nada de extraño en el Burgos de esos años. Así lo muestra una biografía anónima de un hermano de La Salle que vivió su servicio militar en esa ciudad en los mismos años que José María: «En Burgos fue destinado al cuartel de Sanidad. Allí se juntaron unos doce Hermanos con otros religiosos. Entre ellos había una docena de trapenses que se hospedaron en el vecino convento de las Huelgas. Como La Salle de Palencia y San Isidro de Dueñas mantenían muy buenas relaciones, le fue fácil establecer contacto con éstos. Ellos mismos les invitaron a ir a las Huelgas. Allí comían; allí dormían en colchones tirados en las anchas gradas. Con las monjas oían misa y hacían oración, en su iglesia». Este último extremo no se cumple, en cambio, en el caso de José María y sus compañeros. Las Clarisas, como no veían con buenos ojos su estancia en el hospicio, no les permitieron participar con los coristas en las eucaristías y cantos. Esa actividad la realizaban en un convento cercano de Franciscanas Misioneras. Los domingos y días de permiso los dedicaban a pasear por la ciudad o merendar en el campo. Uno de estos días quedó eternizado en una fotografía en la que José María posa, uniformado, en las alturas de la Catedral de Burgos.[38]

---

[38] AFFB, «Crónica del Hospicio de PP. Franciscanos de la Ciudad de Burgos», manuscrito sin fecha, comienza en 1938, pp. 3-26 y Libro de gastos e ingresos de este Hospicio de PP. Franciscanos de la ciudad de Burgos, manuscrito sin fecha, p. 2. La referencia al hermano de la Salle en *Hermano José María Ruiz Sainzterrones,* Editorial San Pío X, Madrid, 2001, ampliado con JMAFO4. La expe-

La piedad cotidiana en la pensión era más personal que comunitaria y cada grupo de jóvenes hacía la vida por separado. Sin embargo, mantenían una buena relación, especialmente por las noches, en que, después de las prácticas de canto, los franciscanos bajaban a charlar, jugaban al mus, etc. José María destacaba ante ellos por ser humilde, equilibrado y juicioso. Ponderado siempre a la hora de abordar los problemas, era muy reservado y sólo abría su corazón a los íntimos. El corista que más relación mantenía con él era Andrés Intxaurbe, que tenía su misma edad y había compartido amistad en Castillo-Elejabeitia. Era con él con quien los seminaristas se explayaban y compartían charlas y lecturas en las que el resto de coristas no participaban. Éstos se veían muy alejados de unos hombres cuatro o cinco años mayores, «con mucha vida a sus espaldas». Así, además de la relación entre seminaristas y coristas, que se ampliaba no sólo a las noches sino también a los permisos de los domingos, existía un círculo más íntimo formado principalmente por Gandiaga, Bilbao, Intxaurbe, Etxebarria y José María.

Cuando Villasante, Ocio y Gandarias marchaban a acostarse, los otros quedaban charlando. Entonces surgían asuntos en los que José María participaba con entusiasmo. Eran charlas en euskera, en bajito, alejadas de los oídos de los compañeros, en las que hablaban de la guerra civil y de la europea que se avecinaba, en las que surgían inquietudes acerca del problema obrero y las necesidades del apostolado social. En estas reuniones, furtivamente, intercambiaban ejemplares de *Euzko-Deya,* el periódico clandestino que el PNV editaba en Francia. En ese periódico aparecían en ese tiempo las opiniones del grupo de católicos franceses liderados por Emmanuel Mounier y Jacques Maritain, muy críticas con la doctrina nacionalcatólica franquista. Así, en mayo de 1939 este periódico expuso, en un número especial, el pensamiento de Maritain con motivo de la presentación de *La Ligue Internationale des Amis des Basques,* de la que fue Vicepresidente. Pese a que es imposible saber qué numeros de *Euzko-Deya* leyeron y comentaron, esta anécdota muestra que ninguno había renunciado a su identi-

---

riencia de lo acontecido en Las Huelgas por los hermanos de La Salle es muy similar a la de José María y sus compañeros. Me llevó mucho tiempo y una labor casi detectivesca por la ciudad de Burgos el encontrar estos datos precisos sobre este tiempo de la vida de José María. Una de las primeras pistas que me animaron a continuar la obtuve de la archivera del Convento de Las Huelgas, la hermana Ana María, que me adelantó todos los datos luego recogidos en la biografía citada e incluso el dato de que los seminaristas, en agradecimiento, ordenaron y catalogaron el archivo de esta institución, fechando su terminación el 25 de marzo de 1937. Una evocación breve de estos meses de vida en «la demandadera» desde la óptica de los coristas más jovenes se encuentra en el trabajo inédito que José Antonio Gandarias realizó en memoria de Luis Villasante: *«Luis. Ene lagun mina (Oroitzapenak). Hil: 2000-12-02»,* mecanografiado, inédito, pp. 18-26. He ampliado todo esto con el testimonio nº 18 recopilado en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* p. 61 y JMAFO3-II y IV, JMAFO6 y JMAFO7. Una descripción del Burgos de estos años en Jesus Ynfante: *El santo fundador del Opus Dei. Biografía completa de José María Escrivá de Balaguer,* Crítica, Barcelona, 2002, pp. 106-118.

dad nacional sino que la habían adaptado. No hablaban mucho de política, pero estaba claro que no les satisfacía el régimen autoritario en que vivían y la comunión que la Iglesia había hecho con él. Seguían siendo fieles a la causa nacional vasca, si bien sería excesivo decir que a estas alturas fuesen activos nacionalistas.

La condición *abertzale* de estos seminaristas, su recurso privado al euskera como lengua coloquial, sus charlas más o menos políticas llevó a alguno de sus compañeros a conceder al vocablo *GEA* otra interpretación más provocativa: *Gora Euzkadi Askatuta* («Viva Euskadi libre»). La broma, pues de eso se trataba, corrió de boca en boca y se convirtió en uno de los motivos de chanza entre los seminaristas vascos destinados en Burgos. El caso es que, más allá de anécdotas, fue gracias a esta relación privilegiada de seminaristas y coristas cómo José María se enteró, por estas fechas, que Augustin Zubikarai estaba siendo buscado por las autoridades militares. Trató de advertirle por carta del peligro, pero no pudo evitar que, finalmente, fuese apresado y enviado a la cárcel de Ondarreta, en San Sebastián. Pudo obtener la información de Andrés Intxaurbe, que trabajaba junto con su compañero José Antonio Gandarias en la Auditoría de Guerra del Ejército del Norte, que estaba instalada en la Capitanía General. Por paradojas de la vida había acabado por convivir con jóvenes que se encargaban de mecanografiar y archivar las indagaciones que alimentaban la misma maquinaria represiva que él había ya sufrido.[39]

«He comprendido lo que significa ser de Cristo.» Esto escribe José María en una de las cartas que envió a Rufino Aldabalde, fechada el 22 de noviembre de 1938. Su espiritualidad sigue madurando y su contacto epistolar con su padre espiritual es intenso. También lo es el físico. Aldabalde acudió en varias ocasiones a reunirse con los seminaristas de Burgos para reconfortarles. «Teníamos un lugar de reuniones donde vino varias veces D. Rufino a visitarnos. Algunas veces para regresar tuve que acompañarle a la carretera a parar algún coche que quisiera llevarle, pues él tenía mucha urgencia», recordaría muchos años después. Aldabalde, hombre de austeridad extrema, carecía de coche propio. A donde no llegaban sus charlas en estos viajes furtivos lo hacían sus escritos espirituales de *Seminario*. Además de esta revista es probable que conocieran y consultasen otra que, con un mayor peso ideológico, había comenzado a editar el Seminario en el que estudiaban, Sígueme, cuyo primer número salió de la imprenta del Colegio de San José de Burgos en diciembre de 1937. En los correspondientes a

---

[39] El caso de de Maritain y Mounier y sus opiniones sobre la Guerra Civil está muy documentado. Remito a Iturralde: *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia,* pp. 518-520 y al prefacio de Jacques Maritain a Alfred Mendizabal: *Aux origines d'une tragedie. La politique espagnole de 1923 à 1936,* Desclée de Brower, Paris, 1937. También a *Eusko Deya,* 21 de mayo de 1939. La prisión de Augustin en Zubikarai: *Oroipen eta Ikuspegi,* p. 329. Ampliado con JMAFO3-II y IV; JMAFO6 y JMAFO7.

1939 aparecen numerosos artículos dedicados al apostolado social y, en concreto, a la Acción Católica. Uno de los destinos prioritarios que Pío XI adjudicaba a los sacerdotes era ser consiliarios de esta asociación, según había manifestado en *Ad catholici sacerdotii.*

La mirada de José María, de todas formas, permanece fija en Bergara y cualquier ocasión que se le ofrece es buena para hacer una visita al centro, al padre espiritual y a los compañeros. Así lo hizo el 3 de enero de 1939, aprovechando un permiso militar, sin la compañía de sus compañeros de *GEA* o del cuartel. Sigue así el consejo de su Director Espiritual vertido por esas fechas en *Seminario:* «Es preciso que abandones la soledad y te comuniques con tus mejores amigos del Seminario. La soledad es la compañera terrible de las almas que no quieren alejarse de ella. (...) Ellos que te conocen y te aman, ellos que aprecian ahora mejor que nunca tu ausencia y tu dolor, te llevarán también a Cristo». En Burgos es también fiel a estas indicaciones. Vive rodeado de amigos que le ayudan a alejar a la «compañera terrible» del sacerdote. No convive sólo con ellos, lo hace también con su grupo de amistad a través de cartas mensuales, a lo que une la correspondencia fluida con Aldabalde y las visitas a Bergara.

El 4 de marzo de 1939, una carta firmada por «Arizmendi-Arrieta, Bilbao Jesús, San José, Echevarría Feliciano, Galarraga, Bilbao Ramón y Gandiaga» es remitida desde Burgos al Rector para que aparezca en *Seminario.* La envía Pedro Jimeno, que acaba de llegar a Burgos del frente de Cataluña. Encuentra a José María y el resto de seminaristas viviendo según las indicaciones de Aldabalde y Enciso. Su carta cuenta: «La Misa y la Comunión diarias, con la oración, santo Rosario y lectura espiritual son el programa de piedad al que nos dan margen la asistencia a clases y oficinas a unos y la estricta vida militar a otros. El viernes pasado, aprovechando la vacación y para conmemorar la elección del nuevo Pontífice, acordamos visitar la Cartuja de Miraflores». Comprobaron la vida austera de los monjes, así como las maravillas arquitectónicas del edificio y así pasaron el día. «Sentimos honda pena por no poder hacer vida de Seminario; pero procuramos por todos los medios imitarla. Nos encomendamos con toda confianza a las oraciones, tanto de Vd. como de los Profesores y seminaristas sus hijos y hermanos en Xto.»

La guerra termina en Pascua. José María se examina en Burgos según el plan de estudios del Seminario de esta ciudad y deja apartada para el siguiente curso la única asignatura del curriculum de Vitoria que no formaba parte de aquél: *De salmis.* Saca sobresaliente en todas las asignaturas. Puede pasar a un nuevo curso. La licencia militar va presintiéndose, se rumorea que con el fin de la guerra llegará la desmovilización. Así es. El 27 de julio Franco decreta la licencia general de las tropas que se encontraban prestando servicio. En vir-

tud de esta orden es licenciado del servicio activo y pasa a situación de reserva. El 1 de agosto marcha a Barinaga a comenzar las vacaciones y seguir preparando su ordenación, de la que sólo le separa un curso.[40]

LA DEFINICIÓN DEL SACERDOTE SOCIAL

El Seminario de Vitoria

Llega el nuevo curso con un nuevo Papa, Pío XII, y un nuevo claustro. Ya no está Jesús Enciso como Rector. Ha sido sustituido por Felipe Ugalde y Ocáriz, que trae un nuevo Vicerrector, Juan Martín Irulegui, que es también Prefecto de disciplina y profesor de Teología Pastoral. Rufino Aldabalde sigue siendo el Director Espiritual y profesor de Teología Ascética y Mística. Julián Cantera lo es de Sagradas Escrituras y un compañero de *Kardaberaz,* José María Zapirain, ocupa la docencia de Música. Máximo Guisasola es profesor de Liturgia y Román Orbe, uno de los intelectuales más brillantes del centro, lo es de Cristología y Patrología. Este nuevo claustro es el resultado de un pulso al que José María, desde Burgos, ha estado ajeno y que se ha desarrollado el año anterior entre dos personalidades carismáticas como eran las de Jesús Enciso y Rufino Aldabalde.

Ambos se repelían visceralmente, el uno representaba una línea intelectual, universitaria, el otro una pastoral escasamente academicista. El uno, Enciso, frío, rígido, metódico, incapaz de fiar nada a la improvisación. El otro, Aldabalde, impetuoso, intuitivo, desordenado, libre de ataduras. Uno defendía un estudio sistemático, escolástico, sometido a los dogmas, fuertemente politizado y sumiso al nacionalismo del nuevo régimen. El otro pretendía una renovación espiritual de los alumnos sustentada en el vitalismo, la intimidad orante, la reflexión profunda y el alejamiento de toda política y patriotismo. En la prima-

---

[40] AIMS, Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», p. I; «Dotes del Consiliario», *Sígueme* nº 24,1939, pp. 346-352; «El estudio de la Acción Católica en los Seminarios», *Sígueme,* nº 20 y 21, 1939. pp. 203-209; «Desde mi celda...», *Seminario,* nº 39, III, 1939; «Tu programa: Jesucristo», *Seminario,* nº 41, III, 1939; «Desde el frente», *Seminario,* nº 44, III, 1939; «Del frente», *Seminario,* nº 46, 1939; ASDV, Fondo Secretaría, Carpeta 11, Expdte. de exámenes ordinarios y extraordinarios del Seminario Diocesano de Vergara correspondientes al curso 1937-38; ASDV, Fondo Secretaría, Ficha de estudios de José María Arizmendiarrieta, nº 11-E, ASDSJ, Matrícula de Sagrada Teología y Derecho Canónico, Burgos, 1924-1963, p. 141; ASDV, Fondo Secretaría, Carpeta 11, Expdte. de exámenes ordinarios y extraordinarios del Seminario Diocesano de Vergara, Curso 1938-1939; AGMG, 1.ª Sección C3, ficha militar de José María Arizmendiarrieta Madariaga, AJMA, C5, Certificado militar expedido el 31 de enero de 1940. Contrastado y ampliado con JMAFO3-III y IV.

vera de 1939, mientras José María terminaba su servicio militar, dos episodios habían terminado por agriar el conflicto. Por un lado, las entradas y salidas de Rufino, algunas de las cuales le llevaron a Burgos, a encontrarse con los seminaristas allí residentes. El Rector, reglamento en mano, estaba molesto con tales actividades. La otra, que afecta al futuro inmediato de José María, fue la creación por Aldabalde de unos polémicos grupos de trabajo.

Rufino Aldabalde había manifestado el curso anterior, 1938-1939, su inquietud por la situación internacional y sus repercusiones en el campo de la religión. Había respirado en Francia y Bélgica el clima de guerra mundial. Hitler estaba a punto de mutilar Checoeslovaquia y se había anexionado Austria. Aldabalde contaba a los seminaristas de Bergara y Burgos que el paganismo de la nación y de la clase dominaba la sociedad occidental en la forma del fascismo y el comunismo, alimentado por un liberalismo capitalista que había acabado devorado por sus propios hijos. Todo le llevaba a una reflexión: la cuestión social era la tarea palpitante que debían afrontar las nuevas generaciones de sacerdotes. Decidió, así, formar una nueva agrupación de seminaristas complementaria de los grupos de amistad, más orientada al trabajo, a la capacitación humana y pastoral de los futuros sacerdotes, que completara los vacíos de la formación del seminario, demasiado libresca. Creó así los «grupos de trabajo». Se trataba de grupos orientados a tres vertientes pastorales: la dirección de ejercicios, el apostolado de la pluma y la labor social. Sólo cuajaron dos: el de «escritores» y el de «ejercitadores».

Los grupos de trabajo eran unos seminarios en los que estudiantes seleccionados personalmente por Aldabalde tenían ocasión de expresarse con libertad sobre temas y problemas diversos, contrastar sus opiniones con las del Director, manejar libros y revistas, realizar enseyos, encuestas, trabajos prácticos, etc. Estos grupos los mantuvo en secreto, pero sus reuniones y actividades acabaron por conocerse. El Rector denunció que Aldabalde estaba escogiendo alumnos para causas que no eran propias del centro y que estos grupos perturbaban sus actividades y horarios. En las vacaciones estivales posteriores planteó al Obispo una disyuntiva: la marcha de Aldabalde del claustro o la suya. Lauzurica decidió apoyar a su amigo y Enciso se fue como canónigo a Madrid, siendo sustituido por el Secretario de Cámara de Lauzurica. El cambio afectó la orientación pedagógica del centro, que caminó por una senda espiritualista inédita en la España de la época. Una senda que se enfrentó a un primer reto en el comienzo del nuevo curso. Casi trescientos seminaristas licenciados durante el verano habían sido convocados a participar en unos ejercicios espirituales de septiembre, entre ellos José María. Era urgente separar los que aún guardaran propósito firme de ordenarse de los que traían una voca-

ción perdida por las circunstancias vividas. Lauzurica depositó su confianza en Aldabalde, que se encargó de dirigir esos ejercicios.[41]

El 1 de septiembre José María se dirige a Vitoria con otros trescientos compañeros para iniciar unos ejercicios espirituales destinados a los «Seminaristas ex-combatientes y Sacerdotes que han desempeñado su ministerio en el Ejército durante la guerra». Muchos de esos seminaristas acudieron con novia, según confesaría muchos años después al sacerdote mondragonés José María Mendizabal. Las parejas se despidieron en la calle de Dato y algunas no volvieron a verse pues los ejercicios de Aldabalde hicieron su efecto en todos estos jóvenes. Con ellos fue también José María en dirección al Seminario. Han pasado tres años desde que abandonó el imponente edificio concebido por Pedro de Asua. La estructura que encuentra es la misma: la muralla fuerte y larga, los amplios y altos portalones de hierro, la fachada de piedra con nichos vacíos. En las esquinas contempla la torre de la capilla y el observatorio astronómico con su escalera esquelética, donde tantas veces había subido a contemplar los fenómenos naturales junto con Barandiaran y sus compañeros. Y detrás los pabellones, largos, muy largos.

La fachada está igual, pero algo más descuidada. Los dos jardines del interior, en un tiempo vestidos de césped, con sus pinos y sus flores, envueltos siempre en las melodías de los pajarillos, permanecen ahora sumidos en un mar de silencio. Convertido el Seminario en hospital de campaña, sobre ellos han descansado miles de heridos durante estos años. Las flores que crecían en ellos han quedado marchitas por la sangre de los que sobre ellas han permanecido postrados. En la puerta encuentra a Rufino, el eterno portero del Seminario, uno de los que salieron en abril de 1931 junto a Barandiaran, armados con bombas caseras, a vigilar el recinto temiendo que una turba le prendiera fuego. De aquello parece que ha pasado una eternidad. Ocurrió el curso que José María llegó, cuando aún era poco más que un adolescente largirucho, tan diferente y, a la vez, tan cercano a lo que es ahora... Rufino es de estatura regular, rostro ancho, carrillos rojos. Lo encuentra muy desmejorado. El anciano ha visto pasar varias generaciones de jóvenes risueños y alborotados hasta que, hace dos años, ese tránsito se había cortado como los tránsitos de dentro del recinto, rellenados por otros jóvenes heridos, mutilados, moribundos. El cambio de uno a otro espectáculo ha sido demasiado brutal como la tristeza de su rostro refleja.

El joven entra por la puerta principal, sobre la escalinata de mármol se yergue, majestuosa, la blanca figura marmórea de Cristo Rey. La misma figura a quien, hace tres años, prometió, junto con Gandiaga, Albixu, Goicoechea, Narbaiza y Gangoiti, fidelidad, amor y reve-

---

[41] Erauskin: *El nacionalcatolicismo en las Vascongadas del primer franquismo,* p. 251; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 447-462; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 12-13.

rencia. Avanza por los tránsitos, limpios y desinfectados, con regusto a hospital, a vendas, a camas, a ungüentos, a dolor, a mucho dolor, el dolor de todo un pueblo que va a tratar de purgar en estos ejercicios. Las aulas y las celdas están cerradas, sobre ellas reposa el polvo acumulado desde que, en junio de 1936, todos marcharan de vacaciones pensando que a los tres meses volverían. Pero no han pasado tres meses sino tres años. Contempla los patios, los frontones, los campos de *foot-ball,* las terrazas, los tránsitos, el Salón de Actos, la capilla de los teólogos que sólo pudo ocupar un año... Todo está silencioso, todo espera la llegada de los inquilinos definitivos a finales de mes, que serán muchos más que los que ahora van a residir, para estos ejercicios, en la capilla de Teología. Él y sus compañeros son los primeros que pisan el edificio tras su restitución al obispado. La mayoría han servido en la retaguardia, pero también los hay que vuelven del frente. No son muchos, gracias a las preocupaciones de Lauzurica, pero algunos han combatido en primera línea, han arrebatado la vida «en el nombre de Dios» a un prójimo que hablaba su mismo idioma, tenía iguales costumbres y podía ser del mismo pueblo o de la misma familia. Hay mucho dolor que purgar. Muchos pecados que expiar.

Contempla el horario de los ejercicios. Levantarse a las 6 de la mañana. Meditación a las 6,30. Misa y desayuno a las 7,30. Oraciones y lectura de 9 a 9,20. Tiempo libre hasta las 10. Meditación de hora y media. A las 11,30 examen práctico. A las 12,30 comida y descanso hasta las 15,00. Luego rosario y plática. A las 15,45 orientaciones sacerdotales de Aldabalde. A las 17,00 un pequeño descanso con refresco. A las 17,30 meditación. A las 19,00 sigue la meditación hasta las 20,30 en que llega la cena, la visita al Santísimo, el examen del día y el descanso. Comienza el retiro. La experiencia que va a vivir esta semana va a quedar grabada en su mente durante toda su vida y la recordará, veintiún años después, a las misioneras seculares que le visitarán recabando datos sobre el fundador de su orden. Ése que ahora les habla. Aldabalde posterga los problemas morales, les enfrenta primero con el mandato cristiano del amor. «Venís de una lucha fratricida, estáis obligados a exigiros más que nunca en el terreno de la Caridad; ésta es la gran exigencia de vuestra vocación.» Les conduce hacia dentro de sí mismos, les obliga a escudriñar su corazón, de cuya calidad era de lo que cada uno debía responder. Les pide lealtad con Dios y consigo mismos. Evita los reproches o justificaciones políticas, sólo le interesan los ideales del sacerdocio. Su enfoque de los ejercicios arrastra a los que han apostado, contra viento y marea, en la guerra como en la paz, por el ministerio.

En la recapitulación final de sus meditaciones de esa semana, en la soledad de su celda número 42, el hijo de Tomasa y José Luis se

interroga por el misterio de su vocación. Sabe que debe abandonarse a la Providencia, que ésta le ha señalado el camino. Su vida ha adquirido un matiz de trascendencia del que no puede liberarse: «¿Qué me queda a mí de esas temporadas de felicidad mundana que he vivido? ¿Qué pesarán esos ratos a la hora de la muerte?». La muerte está muy presente en estas reflexiones que agrupa en la letra menuda de sus cuartillas. Se contempla como un hombre frío, racionalista, que no se guía por el sentimiento sino por las ideas. Desea sentir esa pasión de Cristo que Aldabalde concibe como fundamento del sacerdocio: «¡Qué misión más grande y hermosa la del sacerdote católico ser otro redentor de la humanidad! La felicidad del mundano consiste en vivir sin dolores y lágrimas; la felicidad del sacerdote en enjugar las lágrimas ajenas».

La inquietud por el ministerio sacerdotal implica la búsqueda de la santidad: «Los santos son los hombres que en medio de las cruces pasan sonriendo». Y la victimación: «Sacrificaré mi cuerpo y mi alma, todo mi ser a Dios en holocausto por mis pecados. No seré más que de Dios». Divide sus proposiciones y meditaciones con filigranas: «En adelante meditaré y pensaré muy a menudo en el sacerdocio que voy a ejercer. (...) Me fijaré también en cómo vivo la vida sacerdotal. He de hacerme con "Retiro Pastoral" de Mercier». Es uno de los libros que Aldabalde les ha recomendado para su formación doctrinal. Le sigue en todo. Se propone media hora de oración a la mañana y un cuarto más de lectura espiritual a la tarde. «Dejaré que Cristo me arrastre donde quiera Él. Seré si es preciso loco por Él. Qué importa que el mundo me tenga por loco, por descabellado, si loco y descabellado soy de Cristo?» Asume los motivos más comunes de su padre espiritual: la «chifladura», la locura por Cristo es uno de los más comunes. Sus proposiciones finales resumen sus votos: «Cueste lo que cueste he de orar, he de aprender a vivir de mi interior, de esas ideas grandes que a ratos me enfervorizan (...). No miraré más que a mi interior. No me importará el qué dirán los que me rodean tan solo el qué dira Cristo en mí».[42]

---

[42] Convocatoria de ejercicios espirituales en *BOOV,* LXXV, 1939, p.339. La evocación expuesta está elaborada en base a los datos recogidos en «Desde mi celda», *Seminario,* nº 32, II; la descripción de los ejercicios en Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 462-464; escritos de José María en AJMA, C5: Escritos Espirituales, Meditaciones espirituales manuscritas fechadas en Vitoria el 8 de septiembre de 1939. Su recuerdo de estos ejercicios en AIMS, Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», p. 1 y José María Mendizabal: «D. José María creyente», *Semblanzas,* Otalora, Aretxabaleta, 1991, p. 105. El horario que se proporciona no es el original de los mismos pero es asimilable y proviene de AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra sacerdotal. Director Espiritual Seminario 1937-1943. Varios: «Ejercicios espirituales. Distribución de tiempo», documento mecanografiado fechado en Vergara el 7 de agosto de 1938 y «Ejercicios espirituales para seminaristas excombatientes», listado mecanografiado de los seminaristas participantes con referencia de curso y celda que ocupan en el Seminario.

El grupo de escritores

Sólo cincuenta y ocho seminaristas teólogos permanecieron después de los ejercicios de septiembre. Fueron pocos los elegidos por Aldabalde. Todos ellos cantarían misa en los próximos meses. Comenzó el curso el 2 de octubre. Aldabalde subrayó las tres vertientes formativas de su dirección espiritual: espíritu comunitario, adaptación a la realidad y capacitación integral. Para el primero reforzó los grupos de amistad. El de José María estaba de nuevo al completo: Gandiaga, con el que ha compartido los ejercicios espirituales para excombatientes, cursaba segundo de Teología. También estaban Gangoiti, Goicoechea, Narbaiza y Albixu. El segundo punto, la adaptación a la realidad, la predicaba en todos los espacios y ocasiones, pero especialmente en sus clases de Ascética y Mística. La tercera, la capacitación integral, la procuró incentivando los grupos de trabajo, que habían dejado de ser privados, pero que seguían siendo selectivos. El de ejercicios floreció y fue pista de despegue para grandes directores de ejercicios espirituales (Ángel Suquía, Ángel Morta, Antonio Oyarzabal). El de escritores, que agrupó a 39 seminaristas, había comenzado a reunirse, poco después de que José María marchara a Burgos, el 6 de mayo de 1938. Aldabalde deseaba formar con él una elite sacerdotal que pudiese responder al apostolado de la juventud. Tal era el meollo de lo que llamaba la Obra.

En una de las primeras reuniones del grupo de escritores dejó claro a sus jóvenes miembros que el fin de éste era «contrarrestar» la «acción positiva de las fuerzas enemigas de la Iglesia» sobre la juventud. Precisaban santidad, dotes de escritura y conocimiento de las inquietudes del joven. Para este fin, ya en este nuevo curso, todos rellenaron varias encuestas sobre el apostolado de la juventud. Uno de estos cuestionarios, «dirigido a todos los seminaristas y especialmente a los excombatientes», formaba parte de una amplia encuesta que Aldabalde promovió en el centro entre julio y noviembre de 1939, y que completó con indicaciones teóricas. Una de ellas rezaba: «Al contemplar de cerca a esta nuestra juventud ardiente y dinámica por naturaleza, pero anémica moralmente por falta de principios y de orientación religiosa, observé en ella un síntoma general: el hambre que devora sus inteligencias por falta de ideas matrices reguladoras de su vida y la sed de amor que abrasa sus corazones. Saciar ese hambre y calmar esta sed, he ahí nuestro programa».

Su planteamiento lo resumía en un peculiar enunciado: «Influencia del patrono del obrero culpa del cura». Así, sin comas, sin precisiones sintácticas, presentaba el fondo de la cuestión: la sociedad estaba impregnada de una matriz materialista que tenía repercusiones en el patrono, el obrero y el sacerdote. El patrono había perdido la fe y veía

en el obrero «una simple máquina» a la cual sólo creía tener obligación de retribuir un salario. El obrero, presionado por su despotismo e influido por igual materialismo que él, se unía a un sindicato colectivista. La conclusión de Aldabalde era que ambos necesitaban «una visión cristiana de la vida». El que ésta no fuera expuesta era «culpa del cura». Los obreros se alejaban de la Iglesia porque ésta no defendía sus derechos; los curas no se preocupaban por ver lo que ocurría fuera de los templos y sus sermones carecían de interés, pues no hablaban «en atención a las necesidades de los oyentes». Aldabalde llegaba a una curiosa adecuación del ideal de sacerdote social al campo del apostolado juvenil. Las conclusiones de estos cuestionarios y el resto de actividades de la sociedad se compartían en las reuniones, de las que levantaba acta un secretario que resumía su contenido.[43]

Durante este curso la atmósfera eclesiástica está dominada por la exaltación nacionalcatólica. El Obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, escribe una exhortación pastoral con el expresivo título de *Amor a la Patria.* Enrique Pla y Deniel, Obispo de Salamanca, publica una Carta Pastoral titulada *El triunfo de la Ciudad de Dios y la Resurrección de España.* Este clima de exaltación victoriosa nacionalista no penetra las paredes del cuarto de Rufino Aldabalde donde todos los jueves tienen lugar las reuniones del grupo de escritores. El 30 de noviembre el grupo contó con dos nuevos miembros. «Nos reunimos todos en el cuarto del director a las 9,30 horas de la noche. Asisten por vez primera Arizmendi [sic] y Echenique, propuestos por D. Rufino, y a los que se felicita cordialmente por su ingreso en esta pequeña sociedad de sacerdotes y seminaristas, apóstoles con ilusión de ganar para Cristo las almas jóvenes de nuestros obreros, universitarios y campesinos.»

José María ya es miembro de pleno derecho de la sociedad. Las reuniones tienen lugar en horas libres y restando tiempo al descanso, pues al día siguiente todos deben levantarse como los demás, a las 6 de la mañana. La mecánica del grupo es muy similar a la de Kardaberaz: reuniones reguladas por directores y secretarios, levantamiento de actas, publicación de revista, registro de tesorería, etc. Sin embargo, el fin es muy diferente. La etapa de *Kardaberaz* ha finalizado para el hijo de Iturbe. El trabajo en *Eguna* había sido su culminación. Ha madurado interiormente y entregado el euskera y la política como parte del

---

[43] AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupo de escritores, «Cuestionario sobre el Apostolado entre la Juventud dirigido a todos los seminaristas y especialmente a los ex-combatientes, 5 de julio 1939», mecanografiado y «Encuesta sobre apostolado entre la juventud 5 julio 1939-10 noviembre 1939» manuscrito fechado en Bergara el 27 de octubre de 1938; y Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director de la escuela profesional de dicha villa», p. 1; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* p. 464; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 12-13; *BOOV,* LXXV, 1939, pp. 347 y 472;

sacrificio de sus bienes y apetencias más preciados. Otras son sus inquietudes y otros sus estímulos. Pero sigue siendo un joven práctico, impulsivo, trabajador, comprometido, activo. La nueva sociedad en la que participa va a tener la oportunidad de comprobarlo. Lo recordará años después: «Yo formaba parte del grupo de actividades apostólicas que D. Rufino había organizado. Nos reuníamos con él y a veces tratábamos de la cuestión social». En realidad, ésta estaba muy presente, ligada al propósito de apostolado juvenil.

En la reunión del 18 de diciembre José María fue nombrado por Aldabalde director de la hoja del grupo, que llevaba por nombre *Pax* y se editaba a multicopista. *Pax* carecía de cabecera y periodicidad fijas. La labor que se le encomendó fue solventar ambos problemas. «Propone Arizmendi que cada mes tengamos presentes una idea especial que nos recuerde nuestro futuro apostolado entre la juventud.» Apenas llevaba mes y medio y ya comenzaba a presentar propuestas. El año terminó con tres días de ejercicios espirituales entre el 18 y el 21 de diciembre. En ellos hizo lectura del estado de su fe: «Veo que he nacido para algo más que para vivir para mí mismo. El dolor, el sufrimiento del prójimo [me] conmueve profundamente. No quiero ser más que lo que es el último hombre». Así escribe en un apartado que titula *Reflejos de mi alma*. Medita sobre el sacerdocio. Confiesa que no le atrae en lo que puede tener de grandeza y poder, sólo en lo que tiene de «darse y trabajar con el prójimo».

Son escritos muy íntimos, en los que vuelca sus inquietudes por la cercanía de la ordenación. Algunas son muy duras. Siente el sacerdocio como una obligación que debe cumplir pero que carece en él de «atractivo natural». Pese a ello «estoy decidido a serlo porque ése me parece ser mi camino. (...) Estoy dispuesto a cumplir la voluntad de Dios ante todo y sobre todo y llevo en mi alma la íntima convicción de que siendo esa mi vocación, mi felicidad, tanto humana como eterna, están vinculadas al cumplimiento de mi parte de esa vocación. Ésta es una de las convicciones más arraigadas, una de las ideas madres que me mueven a obrar». Para ser fiel a ese fin se propone tres ejercicios: educar la voluntad, trabajar intensamente y ser reflexivo: «Tengo que llegar a encontrar en mi interior la fuente de la que viva, de la que viva siempre. Fomentaré en mí mismo las ideas grandes. Me injertaré en Cristo. El sacerdote que no es santo se condenará su vida, la vida del sacerdote que no es santo no tiene sentido en el mundo». Se acerca la hora de los votos definitivos. Tiene miedo. Pero siente que la vocación está en él. Ya no concibe su vida sin el sacerdocio, lo que le preocupa es cómo dotar de ilusión perpetua a esta vocación.[44]

---

[44] *BOOV*, LXXV, 1939, pp. 453-456; AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupo de escritores, «Libro de Actas del Grupo de Escritores, 1938-1942», manuscrito; legajos 1-11 y Caja B «Testi-

Comienza 1940. Las reuniones del grupo de escritores siguen marcando su vida como flamante director de la revista del grupo. El 1 de febrero la reunión está centrada en la preparación de *Pax*. José María recurre a su experiencia en *Kardaberaz* para dinamizar la vida del grupo. Cada socio deberá presentar trabajos sobre un tema propuesto por él destinados a la revista para mediados de mes. Si no cumple deberá abonar una multa de 2 pesetas. Recupera el sistema de castigos que tanto efecto tuvo en su sociedad euskaltzale. Aldabalde lo supervisa todo, especialmente la filosofía de la nueva revista que su joven discípulo diseña. Insiste en que su fin es «crear cordiales relaciones entre el Clero y formar un criterio en orden al apostolado». Así es como se conseguirá «salvar la soledad de los sacerdotes». Debe animar al apostolado y crear lazos de intimidad espiritual. El 15 de febrero de 1940 la reunión comienza a las diez de la mañana. José María propone que la revista se denomine *Surge,* palabra latina que significa *¡levanta!* La propuesta es aprobada. Rufino comenta los trabajos que se han preparado y les anuncia que la revista no se publicará ya a multicopista sino en imprenta. Establece un principio fundamental de cara a su presentación: «Los trabajos irán sin firma, pues es la manera de educarnos y completar nuestra formación, ya que así se escribe sólo por caridad y por hacer el bien, no por vanidad». En la reunión siguiente, diez días después, subraya la necesidad de preparar un producto de calidad y que esté bien editado en lugar de las tradicionales «revistillas de poco valor» a que los sacerdotes parecen ser tan aficionados cuando escriben. La difusión de la revista debe reducirse a las personas que pertenecen a la sociedad o tienen una gran amistad con alguno de los socios «para que no se pierda el carácter de confidencia íntima que siempre se ha deseado caracterice a la publicación».

A la par que estas actividades, el joven continúa con sus reuniones con Aldabalde y sus meditaciones, que recoge en un cuadernillo cuya primera entrada la data en enero de 1940. Algunas de sus reflexiones más íntimas, elaboradas en forma de parábola, las escribe en euskera; remiten a sus *annotationes* y están repletas de metáforas naturalistas. Las plantas duras o blandas, las tierras fértiles o secas, las frutas agusanadas o maduras le ayudan a meditar sobre el pecado, la fe, el sacrificio, el castigo, la redención. No faltan referencias al contexto político en que vive, muy influidas por las pláticas de su maestro, acerca del peligro del fascismo como neopaganismo nacionalista. Junto a estas meditaciones apunta sus contemplaciones de textos evangélicos en la

---

monios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras Mª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director de la escuela profesional de dicha villa», p. 1; AJMA, C5: Escritos espirituales, «Ejercicios espirituales 18-21 de diciembre de 1939»; *Kalendarium Seminarii Majoris Victoriensis et Minoris Vergarensis 1939-1940,* Montepío Diocesano, Vitoria, 1939.

intimidad de la oración personal: la Virgen con el niño, la tempestad calmada por Jesús en el lago Tiberíades. Todas terminan en un examen práctico de su ideal de sacerdocio. José María elabora estos meses trabajos a partir de las encuestas de apostolado que Rufino le entrega. Estudios sobre los niños y su psicología, sobre la juventud, liturgia o principios teológicos como la misericordia divina.

El tono es muy diferente al cuadernillo íntimo que elaboró en los prolegómenos de la guerra. Ahora todo está más ordenado y enfocado al ministerio en el que pronto va a entrar. En unos apuntes tomados de las pláticas de Aldabalde aparece, por ejemplo, la cuestión de la política. Bajo la entradilla de «El plano del sacerdote» formula una pregunta típica de su director: «¿Debe el sacerdote tocar las teclas humanas, como son el patriotismo, la política en general, de manera que se coloque en el mismo plano con el fin de atraer [a las gentes] valiéndose de estas teclas?» Contesta: «No. El sacerdote debe moverse siempre en el plano sobrenatural, sacerdotal, y no debe reflejar siquiera en su actuación nada que sea sombra de ese otro plano humano». Continúa apuntando reflexiones sobre otros muchos campos del ministerio sacerdotal. Todas insisten en la fuerza del sacerdocio como ministerio de perfección. El desprendimiento total y la entrega sin reservas a la divinidad aparecen como los valores fundamentales del próximo ministerio.

Sus últimos escritos corresponden a marzo de 1940. Uno de ellos son los apuntes que toma de la alocución del Obispo el día de salida de los ejercicios espirituales de la Semana Santa, el 15 de marzo: «El seminarista sin deseos grandes de santidad no puede ser sacerdote, no puede subir las gradas del altar». En estas semanas previas a ser ordenado subdiácono el concepto de la santidad se vuelve obsesivo en sus meditaciones: «Sacerdote santo», «Vida de oración», «La obediencia», «La santidad», «Nuestra santificación» son entradillas de reflexiones que copan las últimas decenas de páginas de su cuadernillo personal recogiendo pláticas, consejos, charlas de Aldabalde. Varias noches a la semana se reúne con él en su despacho y hace examen de conciencia. Como guía tiene una hojita que Aldabalde ha elaborado en que se fija la condición del sacerdote como «prolongación de Cristo en la tierra» y que le sirve para verter ante él sus inquietudes y esperanzas más íntimas. A veces esa hojita deja paso a otra de «examen de vocaciones» que Rufino le entrega para orientar meditaciones hacia la cuestión crucial que debe resolver pronto. Los resultados del examen los comparte en la intimidad con él y, después, vuelve a su celda a descansar para levantarse al día siguiente y seguir con las clases y la revista.[45]

---

[45] Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupo de escritores, «Libro de Actas del Grupo de Escritores, 1938-1942», manuscrito; legajos 11-14, Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* p. 484, afirma que el nombre de *Surge* fue propuesto por Aldabalde. En realidad, en las actas del grupo aparece

El Movimiento Sacerdotal de Vitoria

En marzo sale el tercer número de la revista, ahora con la nueva cabecera de *Surge*. Es el primero que dirige José María y que es tirado a imprenta. Carece de la aprobación de la censura y está destinado a los miembros del grupo y sacerdotes próximos a su ideario. Constituye un episodio fundamental de la historia de la Iglesia vasca y española. El clero diocesano nunca había tenido una revista propiamente suya, que abordara temas de espiritualidad sacerdotal. La publicación tenía la impronta de Aldabalde, tanto de sus deficiencias temperamentales (desordenada, irregular en sus contenidos y en su aparición) como de sus méritos (empuje, ardor, fuerza, ilusión, afán de realidad). De todo ello era un poquito responsable su director, un joven marquinés de 25 años que vive entusiasmado sus últimos meses de estudios en el Seminario.

Surge se convierte, desde esta primera época, en el órgano de expresión del Movimiento Sacerdotal de Vitoria. José María es, en tanto que su director y (desde octubre de 1940) sustituto de Aldabalde en la presidencia de las reuniones, un miembro esencial del equipo de seminaristas y sacerdotes que puso en marcha este Movimiento nacido como respuesta histórica a una atmósfera de crisis mundial: auge de los totalitarismos nacionalistas como el fascismo o el nazismo y de los colectivistas como el comunismo, crisis económica y social, hundimiento del parlamentarismo liberal... El Movimiento Sacerdotal de Vitoria adaptó a la posguerra española la estrategia del Papado ante este ambiente que residía en suscitar el espíritu cristiano en el seno de la sociedad contemporánea con medios modernos. Encíclicas de Pío XI como *Divini illius Magistri,* en el campo del apostolado de la juventud, *Casti connubi,* en el de la familia, o *Quadragessimo Anno* en el del trabajo marcaron esta orientación modernizadora del proyecto de recatolización promovido por el Vaticano. Cristo era presentado por este Movimiento como una solución radical a todos los problemas que invitaba a la transformación personal de la mano de los ejercicios espirituales y un nuevo apostolado destinado a «enseñar a vivir a los jóvenes obreros la realidad de la vida divina».

La Guerra Civil supuso un antes y un después en la activación de este Movimiento, pues expuso de una forma dramática todas las aris-

---

que fue propuesto por «el director», término que no es el que se atribuye a Aldabalde, que siempre es denominado como «D. Rufino». Ese «director» no es otro que José María (remito al acta de la reunión celebrada el 15-II-1940 en el documento ya citado). Saturnino Gamarra me ha confirmado este extremo en comunicación personal, recordando que el propio José María le confesó en una ocasión su responsabilidad en el bautismo de esta revista. Para lo demás: AJMA, C5: Escritos espirituales, «Cuadernillo sin título», manuscrito, entre enero y junio de 1940; AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Director Espiritual. Seminario 1937-1943, «Examen de conciencia» y «Examen de vocaciones».

tas de la crisis. El apostolado social, especialmente el de la juventud y el obrero, fueron los dos ámbitos de trabajo en que participó José María en estos meses previos a su ordenación. El 24 de marzo, tras los ejercicios espirituales y la Semana Santa, el grupo de escritores celebra una nueva reunión. Aldabalde les habla de la predicación y critica la forma con que la hacen la mayoría de los sacerdotes, especialmente la politización en que caen: «¡Qué predicaciones se oyen...! Y creen hacer Patria... La única manera de hacer Patria es dando a las almas lo que necesitan: Evangelio y Eucaristía. Por eso lo mejor es no tener, ni siquiera en el corazón, ninguna idea política, sino sólo ser y sentirse íntegramente Sacerdote». Hasta en los detalles más nimios de la vida de apostolado debe estar presente el ideal de santidad. Les subraya la importancia de la higiene, la vestimenta, los modales y maneras. Todo está orientado a conferir un perfil de perfección al ministerio al que la Iglesia ha encargado dirigir la reconquista espiritual de la sociedad. Los seminaristas salen entusiasmados de sus charlas: «Nos retiramos a las 10,30 de la noche quedando todos plenamente satisfechos y convencidos», cuenta el cronista de esa reunión. Es fácil adivinar una sonrisa en el rostro de José María. Está a gusto con su grupo, con sus responsabilidades en la revista, de cuyo nuevo número *D. Rufino* ha quedado muy satisfecho. Un día después de esa reunión, el 25 de marzo, compone dos ejercicios de sermón centrados en la figura de Cristo como horizonte de la vida del cristiano.[46]

En mayo aprueba las asignaturas del cuarto y último curso de Sagrada Teología con sobresaliente, salvo el notable de música, disciplina que se le resistirá toda la vida. En noviembre aprueba con buena nota la asignatura del tercer curso que no pudo cursar en Burgos: *De Salmis*. Es promovido a la orden del sagrado subdiaconado, a la que accede en una ceremonia que tiene lugar el día 7 de julio en la Capilla del Seminario. Normalmente el acceso a este nivel, inmediatamente previo a la ordenación, se realizaba al final del tercer curso de Teología, pero las obligaciones militares se lo habían impedido. En los ejercicios espirituales a que previamente asistió refleja el momento crucial que vive su espíritu y la actitud personal que adopta, de entrega a la voluntad de Dios. Busca la indiferencia ante su persona como sumisión a Dios y pide a éste fuerza: «Dadme fuerza, dadme tu gracia, Señor. Confirmadme en estos deseos. Soy débil, soy voluble. (...) Me

---

[46] Los párrafos anteriores en AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupo de escritores, «Libro de Actas del Grupo de Escritores, 1938-1942», manuscrito; legajos 11-17 y Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director de la escuela profesional de dicha villa», p. 1; AJMA, C76: Curriculum Vitae de D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», Mondragón, 9 de septiembre de 1963 y C5: ejercicios de sermón, 25-3-1940. Contrastado con Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* esp. pp. 8-15, 34-43, 63-88 y 154-155 y Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 44 y 60-74.

aparté de ti y ahora quiero volverme a ti. (...) Me ofrezco como víctima para redimir mi pecado con el porvenir. Me entrego totalmente a vuestra voluntad. (...) Mi criterio, mi juicio, mis sentimientos, mis deseos, mi corazón, todo lo que soy y poseo quiero sinceramente que lo sea vuestro».

Renuncia al mundo y a los placeres, ofrece mirar y juzgarlo todo a través del ideal de santidad sacerdotal: «Santo o hipócrita. Santo o nada. (...) Una vez [consagrado] a Cristo, no hay derecho a restar nada a Cristo. Todo o nada. (...) Vivir en Cristo ha de ser mi ideal. (...) Cristo, me volveré loco por ti». De nuevo meditaciones saturadas del vocabulario místico de su mentor. El subdiaconado significa una nueva etapa definida por la entrega total a Jesucristo como seña del estilo de vida que ha elegido: «Hasta el presente me he entregado a Dios, pero con reservas. Desde hoy quiero ser del todo en Cristo y nada más que de Cristo. En primer lugar quiero hacer la entrega de esta mi propiedad espiritual que hasta el presente le había reservado». Lo que entrega es el celibato, que es una de las obligaciones que se contraían en la celebración. La otra era el rezo diario del «oficio divino». Estas propiedades no las entrega por partes, sino todas de una vez en una sucesión de donaciones que finaliza con una frase lapidaria: «Soy de Cristo».

En 1952, en unos ejercicios espirituales, rememoró este episodio difícil y traumático de renuncia final a la vida seglar, recordando sus muchas dudas, que superó «por el reconocimiento y aceptación de los designios de la Providencia expresados en algunas circunstancias de mi vida». Termina sus meditaciones contemporáneas tomando la decisión del sacerdocio: «Daré decidido el paso definitivo, que es el paso de Getsemaní, recordando que después es ya todo obra de Dios». Afronta el ministerio desde el horizonte de la Pasión de Cristo, de la victimación a que el sacerdote debía prepararse. Preparándose para ese paso, que puede llegar en cualquier momento tras el verano, comienza sus vacaciones en Barinaga. El 1 de agosto remite una extensa carta a Aldabalde comentándole su impresiones sobre el próximo número de *Surge,* que pretende publicar a finales de mes. Está totalmente entregado a la obra de apostolado que aquél le ha encomendado. En su interior bullen todo tipo de proyectos. En la carta propone cambios en la revista que asegurarían el «matiz de cosa íntima, sacerdotal» que no debía perder y excitarían «los sentimientos sacerdotales de otros hermanos que estaban ocultos o acaso en los estertores de la agonía, pues así como el derrotismo que existe entre los sacerdotes (por desgracia muy difundido) hace estragos, el optimismo, la amistad sincera y el celo de otros avivaría y excitaría esas conciencias». Ha llegado a una cierta ósmosis con su Director Espiritual. Es su más estrecho colaborador. Dos días después, el 3 de agosto, participa en un día de retiro celebrado en varios centros de las tres provincias. Acude a la Residencia

de los PP. Carmelitas de Larrea, en Amorebieta, con la cesta de comida y el material de oración y escritura. Realiza el retiro con José Gandiaga, con quien retorna a la tarde a Barinaga.[47]

El apostolado social

El 18 de agosto cuenta a su «respetado y apreciado padre espiritual» que da por terminadas unas vacaciones «muy felices en todos los conceptos. He procurado mantener el calorcillo del Seminario al que he de volver contento y del que estoy viendo que voy a salir con pena. Alguna que otra vez he hecho más o menos precipitadamente algún ejercicio de piedad, pero en general bien y nunca he dejado de hacerlos. Si es que en septiembre hay órdenes voy a presentarme para el diaconado». Pero tenía otros planes más inmediatos. Castor de Uriarte, gerente de la fábrica *Esperanza y Compañia* de Markina, «buen caballero y buen cristiano», compartía muchas de sus inquietudes sociales. Había pasado varios años en Francia y Bélgica y conocía muy bien el movimiento social-cristiano en estos países y el trabajo de apostolado social de José María. Por ello le había entregado el programa de un Cursillo de Acción Social organizado por la Universidad de Comillas y le había invitado a asistir, corriendo con los gastos de su estancia mediante una subvención de la empresa. El curso consistía en tres clases diarias que comenzaban el 19 de agosto y finalizaban el 12 de septiembre. El responsable del cursillo era una de las figuras más importantes de la doctrina social de la Iglesia española: Joaquín Azpiazu. Este jesuita era un activo promotor de un ideario de sacerdote social que tenía muchos puntos de conexión con el planteamiento de sacerdocio de Aldabalde. Éste se encontraba enfermo en San Sebastián, muy implicado en una nueva institución femenina de apostolado que acababa de fundar, el Instituto de Misioneras Evangélicas.

El 7 de octubre, José María comenta a Aldabalde su experiencia en el cursillo. Comienza con una frase que indica la relación que entre ambos se ha creado: «Respetado y venerado Padre. Parece que he soltado una carga y siento una sensación de alivio al estampar la palabra Padre». La paternidad espiritual de Aldabalde se ha convertido en un referente fundamental del joven subdiácono de 25 años. No había salido del todo convencido del cursillo de Comillas, pese a que no daba el

[47] ADB, Fondo Secretaría, Libro oficial de calificaciones 1935-1969, Curso académico 1939-40 y ficha de estudios nº 11E del alumno José María Arizmendiarrieta; *BOOV,* LXXVI, 1939, p. 409; AJMA, C5: Escritos espirituales, Apuntes espirituales sin fechar, manuscritos (reproducidos en el libro VII tomo 13 de sus OO.CC. y asociados por José María Mendizabal al subdiaconado); AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Director Espiritual. Seminario 1937-1943. Varios, Hoja impresa de anuncio del Día de Retiro para los Seminaristas. Vacaciones de verano. Año de 1940 y listado mecanografiado de los participantes y de su distribución por centros. Su rememoración de este paso decisivo al sacerdocio en Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 154-155.

tiempo por perdido, pues tuvo profesores competentes y algunas clases interesantes. Había conocido a un jesuita que dirigía en Asturias la obra de ejercicios espirituales para obreros, el «Apostolado Social Católico de Asturias», que le había informado de sus óptimos resultados, y había charlado también con Azpiazu acerca de varias iniciativas sociales que estaban teniendo lugar en el país. Sin embargo, confesaba a Aldabalde que la mayoría de las cosas que trataron ya las conocía gracias a las reuniones que habían mantenido en su cuarto y en el grupo de escritores.

José María vive la labor de apostolado con pasión en estos meses y desde ese sentimiento charla epistolarmente con su padre espiritual. Todo son planes, todo inquietudes, todo esperanzas: «Es triste pero aún no nos decidimos a aprovechar esta coyuntura histórica que Dios nos ofrece. Ahora es tiempo de hacer ver que nuestros intereses son los intereses de las almas y que nos preocupamos de toda clase de almas. Mucho nos ha hablado usted de todo esto, pero no se canse de hablar si la salud se lo permite. No nos hemos de contentar con los señoritos y con las señoritas que nos vienen a las iglesias. Debemos acordarnos de esas masas anónimas (...). Acaso las necesidades exijan que prediquemos más que en los púlpitos de las iglesias en las salas y departamentos de las fábricas». No puede sospechar lo proféticas que son sus palabras. Ha comenzado a oficiar misa como subdiácono en diversos pueblos vizcaínos. Se ha enfrentado a la tradicional pasividad de los sacerdotes rurales, que le justificaban en uno de esos pueblos por los escasos medios que contaban para activar la Acción Católica. En realidad, subraya a Aldabalde, lo que les faltaba no eran medios sino ánimos. Él había hecho gestiones y había conseguido que un industrial destinara una casa de su propiedad como centro social para obreros. En un día había logrado más que los sacerdotes que llevaban toda la vida en esa parroquia.

El próximo coadjutor de Mondragón ya está formado. Se dirige con respeto a Aldabalde. Le pide perdón porque se le «escapa» la pluma y divaga con anécdotas que muestran su entusiasmo ante la misión de apostolado a que se siente llamado. Le solicita consejo sobre cuándo tomar las órdenes definitivas, en Navidades o en Semana Santa. Está alegre y entusiasta con el paso que ha dado en la vida. «Los santos ejercicios que hice para el Subdiaconado para mí fueron la clave, una gracia especialísima. He mantenido el espíritu de oración y vencimiento propio en el verano. He vuelto contento al Seminario y estoy contento para trabajar en la viña del Señor. En Comillas me di cuenta de la gravedad e importancia del problema social. (...) El aspecto social del apostolado del sacerdote es un aspecto sobre el que se insiste poco y reflexionamos poco. Me preocupa mucho, pienso mucho sobre este asunto. Y he empezado a estudiarlo.» El cursillo de Comillas le resultó de más valor de lo que en un principio pensó. Su inquietud por este

apostolado ya no se centraba tanto en los jóvenes como en la cuestión obrera. El resto de la carta lo dedica a debatir sobre Surge, sus contenidos y sus quejas ante la falta de interés de tantos sacerdotes que contrasta con su entusiasmo incontenible. Nunca ha estado tan contento, nunca tan esperanzado. La carta que escribe a su *padre* es extensísima, 4 largos folios rellenos de apretada letra por las dos caras. Su entusiasmo aviva su humor. Reconoce que su carta es pesada de tanto como ha escrito: «Si usted ha tenido la paciencia de leerla hasta aquí no tiene necesidad de llevar examen particular sobre la virtud de la paciencia».

Aldabalde intentó en esos meses sacar una revista obrera de gran difusión en la que implicó a Pedro Anitua, Juan Otaiz y a José María. El joven subdiácono llegó a redactar el editorial de la nueva revista que dejó muy contento a su mentor. Anitua sería el fundador, un año más tarde, de la primera Escuela Profesional de la diócesis que no dependía de una empresa. La abrió en el barrio de El Prado de Vitoria, inspirándose en la Escuela de la Armería de Eibar e influyó extraordinariamente en la que, dos años después, abriría José María en Mondragón. Influencia que partió de la mutua colaboración que habían compartido en este proyecto de comunicación obrera del incansable D. Rufino que no fructificó. Y es que Anitua había sido un obrero de Eibar muy cercano al sindicato abertzale Solidaridad de Trabajadores Vascos. Precisamente allá había comprendido en los años pasados la necesidad que el obrero tenía de capacitación y educación. Por ello las nuevas autoridades desconfiaron del proyecto. La censura no permitió la impresión de la revista y el intento fracasó.[48]

«Inolvidable amigo: Los días han debido ser más cortos que de ordinario, pues se me han pasado sin apenas contarlos. Creo que a ti te ocurrirá todo lo contrario. Dios quiera que pronto puedas volver al sosiego y a la paz de tu pueblo. No hay mal que por bien no venga y ten confianza en Dios y en su Providencia, amigo Agustín. Que todo tiene término en este mundo.» Augustin Zubikarai está preso en un campo de concentración de Cádiz, condenado a varios años de prisión por haber sido uno de los responsables políticos del Departamento de Prensa del PNV. José María ha indagado en la Auditoría de Guerra de Bilbao sobre su situación, ha consultado los boletines oficiales y se ha informado de los posibles cambios en la legislación penal sobre los

---

[48] AIMS, Caja A.5 Correspondencia: cartas a Rufino Aldabalde fechadas en Marquina, 1-8-1940, mecanografiada, Marquina, 18-8-1940 y Vitoria, 7-10-1940 (manuscrita); Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», pp. 1-2; AJMA, C5: Certificado de la Universidad Pontificia de Comillas, Academia de Sociología, firmado por Joaquín Azpiazu; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 15; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 496-497; Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 153-54. Contrastado con JMAFO3-III y JMAFO10.

batallones de trabajadores. Le envía libros siempre que puede, para que distraiga el tiempo. Le cuenta que aún no va a ordenarse, que probablemente no lo haga hasta Semana Santa, que necesitaría un permiso especial del Obispo para hacerlo antes. No le importa. Quiere estudiar, seguir formándose.

Está entusiasmado con la dirección de *Surge* y solicita colaboración a su viejo camarada de *Eguna:* «Tú que has andado tanto, tú que has estado en contacto con jóvenes de los más diversos ambientes, tú que eres tan fino observador, escritor tan delicado... qué cositas no podrías escribir sobre las inquietudes, sobre los problemas, sobre las aspiraciones de los jóvenes. (...) Se está haciendo un pequeño ensayo con una humilde publicación periódica-bimestral para sacerdotes «jóvenes», sobre todo jóvenes de «espíritu», todavía es una cosa privada (...). No hay ningún compromiso porque todo es anónimo, nada se firma. Tú no podrías ser un eco de esas inquietudes y aspiraciones íntimas y justas de los jóvenes de hoy? (...) Te estoy viendo encabezar: «Habla un joven...» La crisis de la juventud... anhelos subconscientes... Quién dará la mano a esta juventud que quiere redimirse? Sigue, sigue escribiendo. Muy bien. Ya estoy soñando recibir algo de eso». La pasión le desborda. El pobre Augustin, desterrado a trabajos forzados al otro extremo de la península, acaba por colaborar con él. Dos semanas después José María presenta al grupo la carta de Augustin. Para entonces, ha sido ya nombrado por Aldabalde su sustituto y se encarga de presidir las reuniones y preparar el nuevo número de *Surge.*

El 1 de noviembre *D. Rufino* inaugura la primera Casa de Ejercicios Parroquiales en el monte Ulía de San Sebastián: Villa Santa Teresa. José María le escribe. Le cuenta sus actividades en la revista, la preparación de materiales, el contenido del próximo número: «Tengo que intensificar más y más la vida de oración. Le pido a Dios que disponga de todo mi ser (...) que me arrastre, que me lleve. En la meditación y en la oración no pienso en otra cosa». Tiene fallos, le falta voluntad a veces para cumplir sus compromisos. Pide a todos que recen por él. «Creo que esta temporada Cristo tiene interés especial por mí (...) Estoy contento de ser representante oficial de Cristo en la Tierra. Todas aquellas cosas que me inquietaban o me preocupaban antes de dar el paso definitivo desaparecieron como fantasmas y no han vuelto a aparecer. Por eso creo que he triunfado, creo que realmente me he liberado al hacer esa formal entrega a Cristo, que lo hice con plena conciencia de lo que hacía. Que Cristo me haga suyo, que Cristo me arrastre.» Su despedida lo dice toda: «Soy su affmo. hijo espiritual».

Ya está preparado. Lo sabe su padre espiritual y lo sabe el Obispo. Javier Lauzurica tiene planes para él. Rufino Aldabalde también. José Zunzunegui pasa a dirigir *Surge* el 25 de noviembre. En diciem-

bre comienza su segunda época ya como revista pública con nueva numeración. El 10 de diciembre José María causa baja en el grupo de escritores para preparar su ordenación. El Obispo ha decidido adelantarla tres meses. Va a celebrar una ceremonia extraordinaria en las Navidades. El 21 de diciembre recibe en la Capilla del Seminario los óleos sagrados. Tumbado boca abajo, con las manos en cruz, sobre el frío suelo de la capilla en la que tanto ha orado durante tantos años, delante de todos sus compañeros. Trece años después de marchar de Barinaga a Castillo-Elejabeitia, Lauzurica le impone las manos, le transmite el misterio del Espíritu Santo, le identifica con la persona de Jesucristo. Ya lo ha conseguido. Sólo falta su destino de apostolado. En su carta a Zubikarai de mediados de octubre contaba que en el Seminario le proponían orientar sus estudios a los cánones, «pero a mí no me da por ahí. Si tuviera ocasión acaso me decidiera a estudiar alguna otra cosilla». Esa *cosilla* que no desvela por prudencia es Sociología. Su padre espiritual, desde San Sebastián, le apoya en la decisión. «Él me animó a hacer los estudios sociales en Lovaina», recordaría años después. Rufino llevaba años deseando enviar seminaristas a estudiar fuera para que obtuviesen una buena formación académica que les permitiese intervenir activamente en la tarea de apostolado social, formando luego cuadros seglares de jóvenes obreros. Subrayaba mucho a José María y sus compañeros la importancia de dominar idiomas y les programaba estudios de lenguas al margen del curriculum del Seminario.

José María tiene mucha habilidad con el francés, idioma que conocía hasta el punto de haber sido traductor al euskera. Lovaina es uno de los centros académicos católicos más prestigiosos de Europa en el área de los estudios sociales. El joven está entusiasmado con la idea de marchar. Sin embargo, el Obispo tiene otros planes. Desea relevar a Roberto Aguirre y David Esnal, coadjutor y párroco (respectivamente) de la iglesia de San Juan Bautista de Mondragón. Aguirre es amigo íntimo de Aldabalde y de Goicoecheaundía. Acaba de participar con el primero en la fundación de Villa Santa Teresa, ha colaborado en *Surge* y conoce a José María. Va a marchar a Rentería. Es un sacerdote de perfil social, que ha llevado a cabo una labor excepcional en Mondragón, organizando la Acción Católica y tratando de restañar las heridas de la guerra. Lauzurica necesita un sustituto para él. Lleva tiempo desarrollando una política efectiva: situar a curas jóvenes de gran carisma en parroquias importantes. Mondragón lo es. Lauzurica decide personalmente el destino de José María y Aguirre aprueba su decisión. El que permanece ajeno a ello, al menos al principio, es Aldabalde. Difícilmente pudo decepcionarle. En el fondo D. Rufino es un hombre de acción. José María ya ha estudiado lo suficiente. Es hora de que ponga en práctica su espíritu arrollador y no lo eche a perder en el

narcisismo de la vida universitaria. Él permanece ajeno a estos debates sobre su futuro. Su pensamiento está en otro lugar. En su querido terruño, donde en unos días va a celebrar la primera misa.[49]

El 1 de enero de 1941 fue un día de lluvia y viento. La víspera los Arizmendiarrieta habían celebrado una gran romería en Iturbe. La celebración del nuevo año era lo menos importante en ella. Por lo que cantaban y bailaban era por la misa que iba a oficiar *Joxe Mari* al día siguiente en San Pedro de Barinaga. Habían llegado parientes de todos los pueblos, entre ellos José Ramón Arizmendiarrieta con sus hijos, que trajeron consigo un acordeonista de Eibar. Tomasa estaba emocionada. Había comprado un elegante vestido negro con velo. José Luis iba impecable aquella mañana, al igual que los tres hermanos de *Joxe Mari.* Allá estaba Eusebio Erkiaga, que había comenzado por entonces a «hablar». con una mocita y casaría tres años después en una boda oficiada por José María en Begoña. Allá estaba José Gandiaga, recién ordenado subdiácono. Ayudaría en el oficio Elías Lasuen, párroco de Markina y profesor suyo en el Seminario Menor, así como los dos párrocos de Barinaga.

La ceremonia contó con una misa de Perossi a dos voces y con *Nun dezu Amandrea,* un canto compuesto por un euskaltzale muy admirado por *Joxe Mari:* Resurrección María de Azkue. Eusebio leyó una poesía religiosa que dedicó a su querido amigo, titulada *Larre gozoena (Los pastos más sabrosos).* Al finalizar la celebración llegó el momento del besamanos. Todos los asistentes se arrodillaron ante José María para besar su mano como nuevo sacerdote: su querida familia, sus amigos, sus vecinos de los caseríos y anteiglesias cercanas. De entre ellos un rostro se le hizo familiar. Hilarión Amuchástegui aparecía frente a él. Su delator. Aplacó un gesto instintivo de rechazo y permitió que besara la palma de su mano. Hilarion se retiró. Consagró, así, la caridad como máxima de su ministerio recién adquirido, perdonando incluso a aquel que más daño le había hecho.

A la salida de la ceremonia, la familia Arizmendiarrieta posa para la foto. José María, con sotana y sentado, sonriente, satisfecho. A su

---

[49] AAZ, Carta a Augustin Zubicaray fechada en Vitoria, 14-10-1940; Zubikarai: *Oroipen eta Ikuspegi,* p. 329; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* p. 460-461 y 475; AIMS, Caja A.2, Carpeta Obra Sacerdotal. Grupo de escritores, «Libro de Actas del Grupo de Escritores, 1938-1942», manuscrito; legajos 18-21; AIMS, Caja A.5 Correspondencia: carta a Rufino Aldabalde fechada en Vitoria, 31-10-1940; Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras M.ª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, director [sic] de la escuela profesional de dicha villa», p. 1; Oyarzabal: D. José María visto por sus condiscípulos, pp. 14-15; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 35; José María Mendizabal: «Prólogo» a *Escritos de José María Arizmendiarrieta, Tomo I: Conferencias. Apostolado Social,* Caja Laboral Popular, Arrasate, 1978, p. 8 [aquí expone Mendizabal un dato precioso acerca del conocimiento que Lauzurica tenía del joven marquinés y su decisión personal de enviarlo a Mondragón].

derecha su padre, reposado, feliz. Detrás sus hermanos. En el centro María descansa orgullosa las manos sobre sus hombros. A su izquierda la madre, cubierta de negro, con un velo que apenas permite distinguir un rostro extrañamente serio. Un incidente ha empañado la ceremonia. José Ramón Arizmendiarrieta es un vencido pero no un derrotado. Lleva dos años de exilio interior fiel a sus principios ideológicos y ni siquiera la primera misa de su querido sobrino es suficiente para hacérselos cambiar. Se ha quedado en Iturbe, solo. Él no pisa la iglesia. Es socialista y ateo, como Dios manda. Tomasa ha intentado convencerle sin éxito. Ha llorado amargamente y en ese estado ha bajado a la ceremonia. Llorando ha dejado al hermano de José Luis en el caserío. Muchos frentes de la guerra civil siguen abiertos. El «enemigo» ha quedado «cautivo y desarmado» pero no vencido. La violencia no soluciona los conflictos, a lo sumo los apacigua, cuando no los enquista. Rufino Aldabalde lo comentaba: «El enemigo no está fuera de nosotros sino dentro».

José María conoce el episodio. Sabe que es ese enemigo interior contra el que debe luchar. Dentro y fuera de la parroquia. Las clases de Barandiaran, Lecuona, Arabiotorre y Thalamás, las lecturas de Onaindía, Aitzol o Azpiazu, las charlas de Goicoecheaundía y, sobre todo, la figura de Aldabalde están más presentes que nunca en estas circunstancias. La liturgia, los sermones y la catequesis no son suficientes. Hay que salir a reconquistar para Cristo una sociedad herida. Y hay que empezar por la juventud obrera. El 1 de enero de 1941 éstas son ideas muy firmes que el joven cree que le servirán como marco intelectual de los estudios que piensa hacer en el extranjero. No sabe que su destino ya está fijado en el Palacio Episcopal de Vitoria. Se ha acabado pensar la revolución. Hay que ponerla en práctica. El lugar está ya fijado. Una pequeña ciudad industrial encajada entre los ríos Deba y Aramaiona, en el valle guipuzcoano de Leniz, cerquita de la meseta alavesa y de la Bizkaia oriental, sometida a una fuerte tensión obrera desde hace décadas y rota por la violencia y la represión durante la guerra civil. En el idioma de José María es conocida como Arrasate. Su apelativo común es Mondragón.[50]

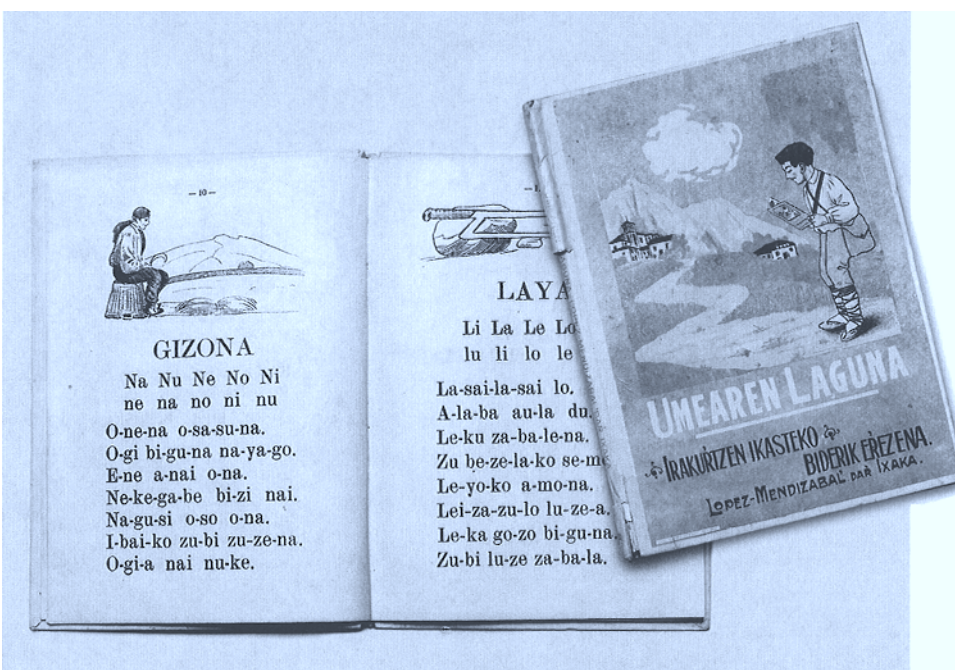
---

[50] AJMA, C5: Erkiaga'tarr Eusebi'k: Larre Gozoena, 1940'gn Gabonak [su dedicatoria rezaba así: *Iri, Joxe Mari, artzai-makiladun egin azanean];* Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 36. Ampliado con JMAFO1-I y II, JMAFO3-I y JMAFO12.

El caserío donde nació José María: Iturbe (Barinaga, Markina).

La familia Arizmendiarrieta: Sentados el padre, José Luis, y la madre, Tomasa. De pie, de izquierda a derecha, Jesús, María y Francisco (Patxi). Detrás José María, el mayor.

Alumnado y profesorado de la Escuela de Barriada de Barinaga. A la izquierda, sentada, Patrocinio Uranga, la profesora de José María, que está señalado con un círculo indicativo. La foto está tomada en el portalón de la iglesia de San Pedro de Barinaga, donde se ubicaba la anterior escuela, de la que había sido profesor Mariano Careaga.



Portada y páginas interiores de «Umearen laguna», su primer libro escolar, destinado a la alfabetización de los niños en euskera.

Foto de uno de sus cursos en el Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia.

Foto de carnet correspondiente a su paso por el Seminario de Vitoria.

Con compañeros del Seminario de Vitoria, en una excursión al monte, el año 1934.

Portada dibujada por él para la revista euskaldún *Kardaberaz*.

Caricatura que dibujó en sus tiempos del Seminario de Vitoria representando a un burgués.

EGUNA

JEL

Aberrija abenda barik, eztu ezer.
Ele bako errija eztu ezer.
Ella irakurri ta idatzi barik, esin bizi lel-
Euzkerea, ba, esin bizi izango da,
euzkeraz idatzi ta irakurri
egiten ezpadogu.

1.go urtia | 1'gn. zenbakija | Idazkolea ta banakolea: Correo, 17 gn. | Saneurrija: 15 eunen

EMEN GARA!!

ZER-ESANAK

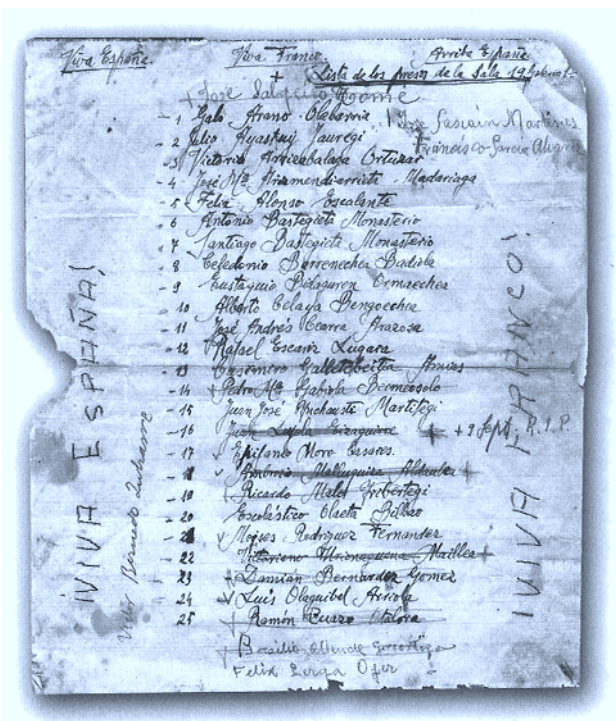
EUZKO-EMAKUME MAITIA...

Gurutzea, Sabin, Euzko-Ikurriña ... iru adore - iturburu

Gure lendakarijak itz egin dausku

"Unerik laiznenetan errijak barriztau ta berpiztu egiten dira.- Urte barri zorijontxua

Geure idazliak | Udalaren erabagija



Viva España. Viva Franco. Arriba España

Lista de los presos de la Sala 19 Gobierno

José Salgado Gomez
1 Gabi Arano Olabarria
2 Julio Ayastuy Lauregi
3 Victorino Arriaga Ortuzar
4 José Mª Aramendi Arrieta Madariaga
5 Felix Alonso Escalante
6 Antonio Bastegieta Monasterio
7 Santiago Bastegieta Monasterio
8 Celedonio Berrenechea Badiola
9 Eustaquio Bilbao Ormaechea
10 Alberto Belaya Bengoechea
11 José Andrés Ocarra Arazosa
12 Rafael Escario Lugara
13 Casimiro Galletebeitia Amias
14 Pedro Mª Gabiola Bermeosolo
15 Juan José Mendiola Martiteji
16 José Luis Larraguibel + 9 feb 41 R.I.P.
17 Epifanio Moro Lasarte
18 Antonio Malaguina Aldanda
19 Ricardo Mateo Irabertegi
20 Escolástico Olieta Bilbao
21 Mojises Rodriguez Fernandez
22 Mariano Marinaguena Maillea
23 Damian Bernardo Gomez
24 Luis Olaguibel Arriola
25 Ramón Ruizo Galova
Basilio Olaondo Sarasúgo
Felix Lanza Ojer

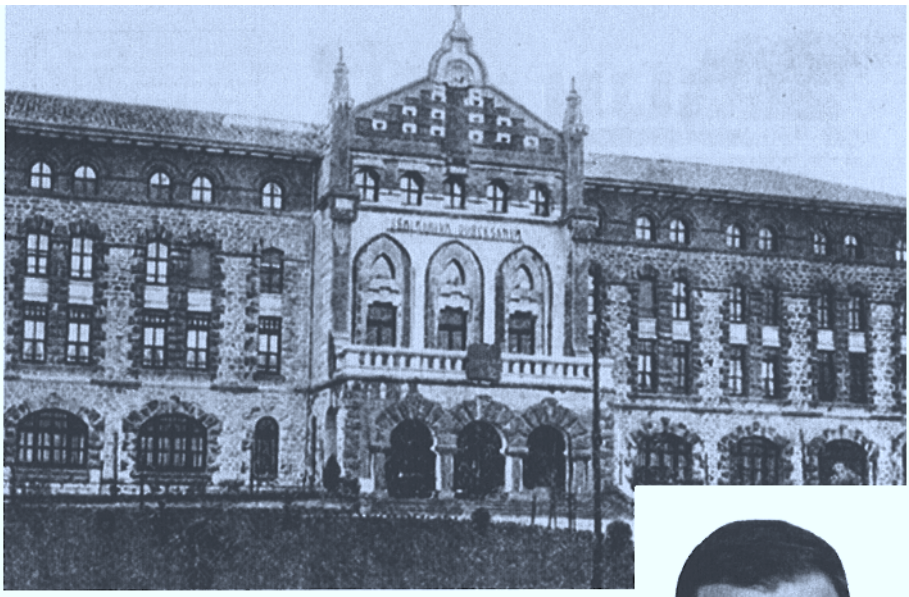
¡¡VIVA ESPAÑA!!

¡¡VIVA FRANCO!!

Portada del primer número de *Eguna,* periódico en el que trabajó durante la Guerra Civil.

Listado manuscrito de los presos de la galería en que fue confinado, en la prisión bilbaina de Larrínaga, saturado de lemas característicos del bando «nacional».

Posando con el uniforme de gudari del Gobierno Vasco durante la Guerra Civil.



El Seminario Conciliar de Vitoria, diseñado por el arquitecto Pedro de Asua.

Rufino Aldabalde, personaje clave en la definición de su espiritualidad.

Sentado con su familia después de haber oficiado su primera misa, el I de enero de 1941, en Barinaga.

SEGUNDA PARTE

«APOSTOLADO»

1941-1959

«Mirad, es la tercera vez que estoy apunto de ir a vosotros, y no os seré gravoso, pues no busco vuestras cosas sino a vosotros. Efectivamente, no corresponde a los hijos atesorar para los padres, sino a los padres atesorar para los hijos. Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras almas. Amándoos más, ¿seré yo menos amado?»

[2 Cor 12, 14-15]

4

CRISIS MUNDIAL Y APOSTOLADO SOCIAL | 1941-1946

COADJUTOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA

Mondragón en posguerra

Dos semanas después de oficiar su primera misa el Obispado le comunicó oficialmente que su destino sería la Coadjutoría de la Iglesia de San Juan Bautista de Mondragón, villa situada a cincuenta kilómetros de Iturbe y a treinta y tres de Vitoria. Durante toda su vida había vivido apartado de la modernidad industrial. Tenía ingentes cantidades de datos acerca de ella gracias a sus estudios en el Seminario, pero se trataba de una experiencia indirecta, alejada del contacto físico con la faz formada por los rostros ásperos de los obreros convocados en masa al trabajo por las sirenas de las fábricas. Ni la levítica Vitoria, con su pequeña industria agro-alimentaria, ni el acomodado barrio bilbaíno de Abando, ni el Burgos saturado de curas y militares, ni los apacibles pueblos de la Bizkaia continental en que había comenzado su labor pastoral le habían mostrado esa faz, alimento de sucesivas generaciones obreras despegadas de la religión y entregadas al ideal de la revolución marxista. Fue el 15 de enero cuando supo, por fin, cuándo iba a conocer ese enemigo de la Iglesia del que tanto había oído hablar, para cuyo combate había sido preparado. Por fin iba a verse sumido en la entraña más profunda del orden

capitalista; aquella que, como tantas veces había escuchado, había generado la carnicería que había sacudido el sur de los Pirineos en 1936 para dirigirse, en 1939, al norte, más allá de los Urales, hasta los confines del mundo.[1]

La mañana del 5 de febrero resulta fría y desapacible. José María sube en Markina al autobús que, por el alto de San Miguel, le lleva a Elgoibar, cuya estación comunica por tren con la de Maltzaga. Allá hace trasbordo para coger el tren de Mondragón, que hace parada en Soraluze y Bergara. En su asiento de madera va recorriendo un valle estrecho, de fuertes pendientes, articulado por el Deba, cuya red tributaria va ordenando una sucesión de ciudades (Eibar, Elgoibar, Bergara, Oñate) cuya modalidad industrial es muy diferente a la vizcaína, menos concentrada, más diversificada y autóctona en capitales y fuerza de trabajo. La componen empresas más pequeñas que las bilbaínas, orientadas a la producción de papel, tejido, armas y cerrajería, que precisan de una amplia proporción de cuadros técnicos. Cuando el tren pasa por Bergara, cuyo improvisado Seminario ha abandonado hace tres años, contempla los Altos Hornos de la Unión Cerrajera, que desde 1917 tienen comunicación con la factoría central de Mondragón gracias a la línea ferroviaria que ahora recorre. Lentamente va divisando, al compás del traqueteo de la máquina, las chimeneas del emporio industrial mondragonés, puerta de los valles de Léniz y Aramaiona.

Hacía setenta años que esta antigua villa ferrona, cuyo hierro había servido antaño para armar los ejércitos de los Austrias españoles, había transformado sus ferrerías en florecientes fábricas. De la fusión de varias de ellas había surgido, en 1906, la Unión Cerrajera de Mondragón, empresa dedicada a la producción de laminados, perfiles y chapa, materiales que salían de sus hornos de Bergara para luego ser convertidos en Mondragón en tornillería, cerrajería, ferretería, muebles metálicos y fundición maleable. En 1924 varios de sus empleados habían creado Elma, que fabricaba aparatos de uso doméstico y accesorios de tubería de hierro; Roneo, filial de Unión Cerrajera, producía mobiliario de oficina. Estas empresas, junto a otras más pequeñas como Industrial Mondragonesa o Ugarte y Compañía, que posteriormente se denominaría Metalúrgica Cerrajera, daban trabajo en 1940 a 1.500 obreros, dos tercios de la población industrial de Mondragón, que contaba con 8.645 habitantes censados.[2]

---

[1] AJMA, C5: Nombramiento como Coadjutor de la Iglesia parroquial de Mondragón, 14-1-1941.

[2] Iñigo Aguirre: *Historia de Unión Cerrajera, Sociedad Anónima, de Mondragón,* documento mecanografiado, inédito, 1978, pp. 5-11, 21-39, 55-59, 214; José María Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», en Juan Leibar y José María Ormaechea: *D. José María Arizmendiarrieta y sus colaboradores,* p. 61; Félix Luengo: *Crecimiento económico y cambio social. Guipúzcoa 1917-1923,* UPV, Bilbao, 1990, pp. 111-121.

Al compás de la marcha del tren va atisbando los perfiles de la ciudad, acurrucada a la falda del cerro de Santa Bárbara, el *Mont-Dragón* que la nombra en castellano, en la confluencia del Aramaiona con el Deba. Observa las torres de sus iglesias de San Juan y San Francisco, enclaustradas en un recinto histórico abierto a nuevas barriadas edificadas sobre las laderas de las montañas que la circundan, creadas en el transcurso de 30 años de crecimiento industrial acelerado. Barriadas compuestas de casas obreras ganadas al campo, construidas sobre el solar de centenarios caseríos y feraces campos de cultivo que antaño llegaban hasta las desaparecidas murallas y que ahora se alejaban cada vez más del núcleo urbano, refugiados en los barrios de Uribarri, Garagarza, Santa Águeda, Udala o Bedoña. El paisaje que contempla varía poco del de su terruño. Las suaves colinas de Mandoain o San Cristóbal presentan pinares, hayedos y encinares, mientras al fondo se yerguen las majestuosas moles del Udalaitz, Amboto, Kurtzetxiki y Murugain, que resguardan el valle. En ese circo de montes y altozanos, el suave verde de los prados gana en intensidad al acercarse a las masas de pinares, mientras el gris claro de las rocas calcáreas juega al contraste con los ocres de las montañas. Esta alegre policromía de los valles guipuzcoanos precisaría de un sol que la realzara y que no es común por estos lares. La lluvia que le acompaña golpea con fuerza los cristales del vagón, el frío traspasa la madera del asiento y el desapacible invierno resalta la oscuridad de los picachos de los montes.[3]

Llueve, llueve mucho esta mañana del 5 de febrero. El viento, la lluvia, el frío parecen una proyección de la atmósfera anímica instalada en el corazón de los mondragoneses. En la memoria de unos pocos jóvenes que aquel día estudian, ajenos al joven sacerdote que llega a su pueblo, del que serán fieles discípulos, ha quedado grabada esa atmósfera. Está la tensión social y la crisis económica de los años de la República, las manifestaciones obreras, las huelgas, los disturbios sociales de los que son testigos unos niños nacidos entre 1923 y 1926. La primera imagen física que les golpea es la del movimiento revolucionario del 5 de octubre de 1934, que deja un saldo de tres vecinos muertos y siembra de rencores la pequeña villa. El estallido de la guerra civil congela definitivamente su vida y deja su villa en mitad del frente en septiembre de 1936. Cuando entran los sublevados al mando del Teniente Coronel Camilo Alonso Vega se desata una represión brutal dirigida por el Coronel Rafael Latorre. Treinta y siete vecinos son fusilados, entre ellos el párroco de la Iglesia de San Juan y dos coadjuto-

---

[3] Evocación hecha a partir de los datos proporcionados por Aguirre: *Historia de Unión Cerrajera,* 217-218; J. Letona y J. Leibar: *Mondragón,* Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, San Sebastián, 1970, pp. 13-16; J. M.ª Uranga: *Mondragón. Trayectoria y anecdotario,* Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, San Sebastián, 1970, p. 7; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 13; *Arriba* 4-5-1965; *Diario Vasco* 30-11-1976.

res. Hasta abril de 1937, cuando los sublevados superen el frente y avancen hacia Bizkaia, la guerra está presente cada minuto. Requetés y soldados preparan el rancho en las Escuelas Nacionales en que antes estudiaban estos niños, que asisten con la inocencia de la edad al espectáculo del rebote de las balas perdidas, el refugio de los bombardeos, la muerte de seres queridos o el desplazamiento lejos de los hogares. La educación a la que luego son reintegrados está marcada por un nacionalismo furioso, imbuido de catolicismo politizado: el nacionalcatolicismo. Salen de clase cada día desfilando, cantan himnos marciales y saludan al modo falangista. La disciplina militar y la estética fascista ordena su vida y su ocio.

Cuando la guerra termina en 1939, todo empeora pues entonces se ha iniciado en Europa una matanza generalizada de la que el episodio español ha sido preludio. Llega el racionamiento y el hambre, la miseria y las enfermedades, la escasez y la penuria, el rencor entre vencidos y vencedores, víctimas y verdugos. Se hace difícil entender, a la edad de 13 ó 14 años tanto sufrimiento en nombre de vocablos abstractos: revolución, patria, religión, clase, república, ejército. Se hace difícil entender la falta de pan, carne, aceite, legumbres, azúcar, carbón, electricidad en que transcurren los días. Se hace difícil entender el hambre y frío que inducen a meterse debajo de las locomotoras para extraer la carbonilla que, en la madrugada, han descargado los hogares de combustión que alimentan las calderas de vapor de estas máquinas; que obligan a recorrer las orillas de los ríos para recoger los residuos del carbón de cock de las estufas de las fábricas; a esquilmar los montes, arrancando los arbustos de las laderas y hasta los brotes de los árboles más leñosos para procurar un poco de combustible con que calentar las casas; a hacer horas y horas de cola para poder obtener alguna libra de carne racionada; a mirar cada día los tablones de la Portería de la Unión Cerrajera a la espera de que la directiva anuncie la distribución de algún kilo de azúcar, patatas o aceite. El Mondragón en que el tren de José María se detiene es el lugar que abriga estos sufrimientos. Un espacio industrial poblado por una juventud desorientada, carente de referentes, sometida a un régimen dictatorial de quiméricas aspiraciones fascistas, en mitad de una atroz guerra mundial que ha acrecentado las ya de por sí extremas carencias materiales. La lluvia fría que cae inmisericorde sobre el pueblo esa mañana es algo más que un efecto metereológico estacional, es un símbolo del estado de espíritu que atenaza a la comunidad mondragonesa.[4]

---

[4] José María Ormaechea: *Didáctica de una experiencia empresarial. El cooperativismo de Mondragón,* Otalora, Aretxabaleta, 2003, pp. 32 y 45-46; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* Otalora, Aretxabaleta, 1998, p. 33; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 63-69; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 63-67, 79, 83-87; ampliado con JMAFO11, JMAFO12, JMAFO17 y JMAFO20.

El tren se detiene en la estación de Mondragón. Los viajeros se apean y con ellos José María, cargando su maleta de cartón, ataviado con manteo, sotana y teja. Se dirige a la parroquia de San Juan Bautista, su destino de trabajo, que está en el centro histórico de la villa. Es su tercer y definitivo viaje en pos del ministerio que ha perseguido desde la niñez. El primero lo había llevado, con doce años, al corazón de Bizkaia; el segundo, con dieciséis, a la capital alavesa; el tercero, con veinticinco, lo traía ahora a una pequeña villa obrera del sur de Gipuzkoa. Pero en este último ya no viene a formarse sino a formar. Viene a ser un sacerdote social capaz de alentar la *Obra*. La *Obra* es la recatolización del mundo del trabajo. Una labor que no es nueva en Mondragón pues ha sido comenzada por dos sacerdotes a los que él y el nuevo párroco, José Luis Iñarra, vienen a sustituir: David Esnal y Roberto Aguirre.

A este último lo conoce bien, lo ha tratado en el Seminario y sabe de su amistad con su mentor Aldabalde. Aguirre es un hombretón grueso, pausado, de profunda humanidad. Atrae a la gente buscando siempre la concordia, obsesionado por superar los viejos odios engendrados por la guerra. Ignacio Chacón, directivo de Unión Cerrajera, afirmaba, al evocar su figura, que «trasudaba paz, concordia, dulzura y bondad». Está profundamente comprometido con los principios del Movimiento Sacerdotal de Aldabalde. Ha puesto en marcha, con grandes esfuerzos, la Juventud de Acción Católica de Mondragón y la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales. No ha tenido tiempo para más, pues en enero de 1941 el Obispo le ha comunicado su marcha a Rentería.[5]

Un paseo de tilos paralelo al cauce del Deba y a la vía ferroviaria conduce al centro histórico de Mondragón. José María, abandonada la estación, deja a su derecha las instalaciones de Elma y la Metalúrgica mientras contempla a su izquierda los grandes pabellones de la Unión Cerrajera, que fabrican diariamente 10.000 tornillos y tirafondos de vía destinados a las traviesas de madera que la compañía pública de ferrocarriles, RENFE, coloca por toda España. Ese día no hay mucha actividad, la fábrica está paralizada desde hace una semana por falta del lingote que le suministra Altos Hornos de Vizcaya. Son años de recesión en que la guerra mundial impide una adecuada red de suministros. Pero, a pesar de los recortes de materias primas y a la parálisis de algunos talleres, la actividad industrial no se detiene en los grandes hornos a fuel-oil de los edificios metálicos que el joven contempla. Diez metros más allá de estos pabellones se encuentran las tres naves de fundición de la Unión Cerrajera, unidas a los talleres de mecanización, en la orilla derecha de un Deba asfixiado por productos de

---

[5] Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 13; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp.62-65; *Interioridades de una utopía,* pp. 89-90; Jesús Garay: *El sentido de Iglesia a la Espiritualidad de Vitoria,* Eset, Vitoria, 1986, p. 105. Contrastado con JMAFO12.

deshecho industrial. Al pacífico paseo llegan los ecos sonoros de las máquinas que trepitan sin descanso, de las prensas que martillean, de los camiones que cargan y descargan producto. A su derecha, el matadero de Mondragón sucede a Elma y la Metalúrgica en la confluencia del Aramaiona y el Deba. Los desechos orgánicos se mezclan con los aceites y espumas del río, completando un panorama de olores y ruidos muy distante del limpio silencio de los tránsitos del Seminario y los prados de Markina.

El joven bordea los 76.000 metros cuadrados de terreno que forman los talleres de la Unión Cerrajera, alineados desde el camino vecinal que lleva al barrio de Bedoña, al sur, hasta los terrenos del polígono de Zaldispe, al norte. Es una lengua de tierra limitada por el Deba que, al fondo, abraza las estribaciones del monte Kurtzetxiki, trazando una curva que sigue, durante 800 metros, la base del monte al otro lado del río. En el centro de ese polígono se halla la Escuela de Aprendices de la Cerrajera, cuyo sobrio portalón luce una estatua de San José con el niño Jesús. Este edificio de vieja mampostería del siglo XIX acaba de ser rehabilitado hace apenas dos años. Hasta hace poco era atravesado por un ramal del Ferrocarril Vitoria-Mekolalde, que traía las materias primas a los talleres de la Cerrajera. Al fondo, se encuentran las oficinas centrales de la empresa. A su derecha, varias casas alineadas señalan el comienzo de la villa. José María enfila éstas, que dan comienzo en la Avenida de Navarra. Atraviesa el Frontón Municipal y recorre la tapia de los jardines de Sola. Enfrente contempla las escuelas fundadas por el filántropo Pedro Viteri en 1901, las mismas que albergarán la Escuela Profesional que fundará dentro de dos años.

Pero no sigue recto. Avanza por la calle Garibay, deja a su izquierda la sencilla fachada del Convento de la Concepción y recorre el camino de acacias que lleva a un arco de entrada a la ciudad medieval: el Arco de la Concepción. El casco histórico de Mondragón, ordenado en torno a la Erdiko Kale, la Calle del Medio, está levantado al abrigo de la suave colina de Santa Bárbara. Cuando cruza el Arco de la Concepción y levanta la vista, ve por primera vez la Parroquia de San Juan Bautista, cuyo ábside medieval da la espalda a la plaza del magnífico ayuntamiento que Martín Carrera construyó a mediados del siglo XVIII. Frente a ella encuentra la calle José María Resusta, posteriormente denominada Iturrioz, en donde una larga pendiente le lleva a la Casa Cural, sólido edificio construido a principios del siglo XX al que accede tras salvar escalones y rellanos que encaminan la ciudad hacia la colina de Santa Bárbara. Por fin ya está en casa.[6]

---

[6] Reconstrucción elaborada con AJMO, *Memoria de la Escuela Profesional que Unión Cerrajera S.A. tiene establecida en su fábrica de Mondragón para la formación de sus aprendices,* fechada en Mondragón, 27-12-1945. Este documento tiene abundantes fotos de la época que ilustran el recorrido descrito. A ello sumo las referencias tomadas de Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmen-

La Escuela de Aprendices

Los comienzos del nuevo coadjutor están sembrados de recelos entre las clases acomodadas que detentan el poder. Recelos hacia su pasado «separatista» y su paso por prisión. Recelos que el nuevo párroco, José Luis Iñarra, un euskaldun de Oiartzun que había mostrado abiertas simpatías nacionalistas en el pasado, no hacía sino acrecentar. Hay quejas ante las autoridades eclesiásticas, motivadas no sólo por ese pasado sospechoso de ambos, sino también por el cariño que habían despertado los trasladados. El ambiente de recepción es frío. Sin embargo, Roberto Aguirre había alabado en privado las dotes de su sustituto, a lo que se unieron las buenas impresiones que, acerca de él, las autoridades diocesanas habían trasladado a dos miembros de la directiva de la Unión Cerrajera, Ignacio Chacón y Francisco Resusta, que habían puesto mucho empeño en que el nuevo coadjutor tuviese una buena formación social. El clima se dulcificó rápidamente como muestra una foto de José María tomada unos días después de llegar a Mondragón. En Goiko-Obalu, ante las raíces de un cedro de Líbano plantado en 1854 y derribado por un huracán la noche del 15 al 16 de febrero de 1941, un joven, embutido en una larga sotana negra, mira con alegría y serenidad a la cámara que porta un compañero, el coadjutor Justino Uribesalgo.[7]

Uno de los primeros sermones de este joven está dirigido, precisamente, a los obreros de la Unión Cerrajera. En aquellos años la Iglesia desempeñaba una activa labor de *cristianización* de los obreros que pretendía la extirpación de los residuos de las «ideologías disolventes» de clase. Esta labor suponía su participación forzada en celebraciones religiosas. El joven coadjutor ha sido invitado por la Dirección de esta empresa a celebrar el *Día del Papa* con los trabajadores y a ellos se dirige, trasladándoles su inmensa satisfacción por estar «en medio de mis hijos más queridos que sois vosotros los obreros por ser los más sufridos y sacrificados». Les recuerda el interés del Santo Padre por un creciente acercamiento entre «los dos factores de producción» en base a un «reparto más equitativo de los bienes». Por ello, el Papa exige «a los de arriba, a los empresarios, que moderen su ambición de bienes y pongan freno a su egoísmo en provecho de aquellos [sumidos en] la miseria y la estrechez». Destaca, a continuación, cómo en Mondragón comienzan a darse ciertos «conatos de acercamiento» entre el capital y el trabajo, promovidos por la Unión Cerrajera.

---

diarrieta», pp. 60-61; Letona y Leibar: *Mondragón,* pp. 13-14, 18-21; Aguirre: *Historia de Unión Cerrajera,* pp. 217-218; El resto de datos provienen del testimonio oral que José María Ormaechea me transmitió durante un recorrido por la ciudad en julio de 2004 y ha sido supervisado posteriormente por él, en octubre de 2004.

[7] Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 63-64; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 10, p. 34 y nº 16, p. 52; Arriba 4-5-1965; *Diario Vasco* 30-11-1976; JMAFO14. La foto aludida puede consultarse en Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* 2005.

Estos episodios a los que se refiere en el sermón son obra de una generación de directivos sensible a la cuestión social. Se trata del Presidente, Ricardo Oreja, hermano de Marcelino, asesinado en la revolución de octubre de 1934, auténtico poder de hecho en la villa; el Director, Camilo Basterrechea y el Ingeniero Jefe de Talleres, Ignacio Chacón. Todos ellos disponen de una sólida formación religiosa universitaria. Oreja y Chacón son, además, activos militantes de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (en adelante, ACNP), una organización fundada por el sacerdote Ángel Ayala en 1907 con el fin de promover «que los católicos influyan en la vida pública». Dirigida desde la II República por su discípulo Ángel Herrera Oria, ha servido de aglutinante a la elite política y social conservadora y actúa ahora como «una especie de eminencia gris colectiva» en el seno del catolicismo franquista. Estos hombres representan una parte poderosa de la directiva de Unión Cerrajera. Pero hay otra, de signo más liberal, menos sensible a cuestiones sociales, que modera en lo que puede sus inquietudes, a la que pertenecen personajes como Ricardo Azcoaga, Director Administrativo de fuerte influencia en la empresa.[8]

Los «conatos de acercamiento» a que aludía en el sermón eran la Escuela de Aprendices de la Cerrajera, las viviendas para trabajadores y la Hermandad de Trabajadores, la Hetruc, auténtica obra social pionera en crear un régimen privado de Seguridad Social en base a aportaciones que eran hechas en un cincuenta por ciento por la empresa y otro cincuenta por los trabajadores. A esos tres apoyos a los trabajadores se unían otros como el Economato, donde los obreros se surtían de alimentos a precios más bajos que los del mercado, los comedores y, unos años después, la Caja de Auxilios, que garantizaba a todos los obreros un mínimo ingreso diario por cada miembro de la familia que debían alimentar. Además, la empresa financiaba el retiro de los obreros en casas de ejercicios espirituales.

Esta política asistencial, muy avanzada en el escenario empresarial de la época, suponía en la práctica una suerte de donación graciosa hecha desde la conciencia del poder responsable. Redundaba, además, en beneficio de una parte de la comunidad, la vinculada por razón contractual a la empresa. Así, esta política dividía Mondragón en dos comunidades. Una, la que vivía bajo la tutela de la Cerrajera; la otra, la que quedaba al margen de ella, pues, o bien trabajaba en otras empresas o se dedicaba a actividades no industriales. Esta división

---

[8] AJMA, C79: Sermón sin fecha [1941]; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 93-96; Guy Hermet: *Los católicos en la España franquista. I: Los actores del juego político,* Siglo XXI, Madrid, 1985, pp. 132 y 244-249; Alfonso Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* documento inédito, manuscrito, septiembre de 2004, pp. 4-5; *José María Ormaechea: Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* documento inédito, manuscrito, septiembre de 2004, pp. 7-9; ampliado con JMAFO16.

quedaba especialmente patente en el caso de la Escuela de Aprendices, vetada a todo aquel que careciese de vínculo directo con los trabajadores de la empresa. En ella acababan de entrar o estaban a punto de hacerlo en el verano de 1941 los futuros discípulos de José María. Todos contaban entre 14 y 16 años, y eran hijos o hermanos de trabajadores de la Cerrajera. Sobre cuarenta aspirantes, se elegía a los doce primeros como nuevos alumnos, destinados a ser «una minoría de obreros selectos que, además de elevar el nivel técnico del taller, puedan ir variando el tono de vida y costumbres en el pueblo. (...) Costeada y sostenida por la Empresa, [la Escuela] debe redundar en beneficio de los obreros de la misma y, por esta razón, para ser alumno de ella es obligatorio ser obrero de la casa, hijo de obrero de la misma o vivir al amparo y protección de tal obrero».

Los chavales seleccionados adquirían, pasado el primer curso, la condición de aprendices, percibiendo el jornal correspondiente. Una vez cubiertos los cuatro cursos, llegaban a la categoría de maestros industriales en las especialidades de Ajuste, Máquina-Herramienta y Electricidad, alcanzando puestos intermedios de dirección y gestión en las fábricas y talleres de la empresa. En todo el proceso se fomentaba la competitividad en los estudios, en el marco de una rigurosa disciplina orientada a crear técnicos a la medida del ordenamiento de clases establecido. El 5 de octubre de 1939 se inauguró la Escuela, en recuerdo del quinto aniversario de la insurrección obrera. Con motivo de tal acto, Ricardo Oreja señaló: «Es preciso educar íntegramente al obrero si queremos evitar la repetición de la catástrofe que lamentamos». Oreja acudía a la clausura de cada curso, que solía celebrarse a finales del mes de julio. Bien podía, pues, afirmar la publicidad que «la Escuela es como una 2.ª Familia, donde en armonía y buena conformidad se educan los alumnos».

Cuando José María llegó a Mondragón se encontraba formándose la segunda promoción de aprendices. Todos estaban destinados a prosperar en tal cargo y formar parte, así, de una incipiente clase media que, hasta entonces, estaba compuesta casi en su totalidad por propietarios de caseríos y haciendas rurales. Ello suponía progresar mucho en un pueblo en el que la estratificación era muy severa. Entre esa clase media y la burguesía formada por el empresariado, apenas se llegaba al diez por ciento de la población. El noventa restante permanecía sostenido por el jornal que el cabeza de familia traía cada sábado, que se consumía apenas llegada la mitad de la semana, pues buena parte de él debía destinarse a pagar deudas atrasadas.[9]

---

[9] AJMO, *Memoria de la Escuela Profesional que Unión Cerrajera S.A. tiene establecida en su fábrica de Mondragón para la formación de sus aprendices,* fechada en Mondragón, 27-12-1945, pp. 1-5 [consta de varias decenas de fotos en páginas sin numeración]; AJMA, C4: HETRUC. *Memoria descriptiva de*

Pese a que Ignacio Chacón era el Director de esta Escuela, quien ejercía tal cargo de forma efectiva era Juan Zubizarreta, miembro de una congregación de origen francés, los Hermanos de San Viator, que se había instalado en Mondragón en 1938. Ambos impregnaron el centro de una filosofía educativa de corte ignaciano destinada a formar a los jóvenes como «estupendos obreros» y «excelentes personas». Las asignaturas técnicas se completaban con humanísticas, de las que eran responsables el propio hermano Juan y un compañero de congregación, Inocencio Lafuente, quedando las técnicas (tecnología, mecánica, dibujo lineal, matemáticas) encomendadas a empleados de la empresa. Dos asignaturas no computaban en las evaluaciones: la educación física y la formación social. Al nuevo coadjutor le fue encomendado por la directiva, en calidad de nuevo Consiliario de Acción Católica, responsabilizarse de esta última, que se impartía los sábados en un aula de la Escuela a la que se accedía desde su biblioteca.

Así describió José María la Escuela cuando la visitó por primera vez: «Está instalada en un pabellón aparte y en unas condiciones estupendas. No desmerece nada ante el mejor instituto. Sus clases son amplias y claras, con pupitres y mesas muy cómodas. Tiene un gran salón (...), roperos metálicos, duchas, juegos, etc. Allí no falta ningún detalle. Son cuatro cursos de estudios teóricos y prácticas de taller. (...) Entre [las] clases tienen particular interés las de cultura general y de religión y moral que saben explotar muy bien los dos hermanos de San Viator». La mayoría de los jóvenes aprendices habían comenzado a tratarlo en estas semanas, en la calle y las eucaristías. En sus recuerdos queda la imagen de un joven alto, de aspecto agradable y complexión fuerte, de carácter tenaz. Por ello acudía cada sábado, a las tres de la tarde, a subirse a la tarima del aula e impartir, imperturbable, unas clases de sociología cristiana a una cuarentena de alumnos que asistían a la lección mirando la hora en que el reloj marcara las cuatro para salir corriendo con el fin de practicar la educación física, que les permitía jugar a su gran pasión: el fútbol.

En la Escuela de Aprendices el nuevo coadjutor comenzó a desgranar, mes a mes, con voz suave y sintaxis confusa, la doctrina social de la Iglesia: «Ponía pocas citas y ejemplos en los que poder encontrar un rellano para descansar las ideas de un temario sin texto, lleno de novedades de justicia conmutativa y justicia distributiva, tesis de la Universidad de Lovaina y encíclicas de León XIII y Pío XI». Sus charlas eran aburridas, pero prácticas. Así lo recuerdan sus futuros discí-

---

la labor desarrollada por la Hermandad de previsión social de Trabajadores de la Unión Cerrajera, durante el ejercicio correspondiente al año 1941, Imprenta Carmetal, Mondragón, 1942, pp. 4-8; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 69, 72, 83-84; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 34-37; *Didáctica de una experiencia empresarial,* pp. 31-34, 46; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 97.

pulos. Percibían que lo que les decía no era pura teoría, sino que reflejaba desvelos muy profundos que deseaba compartir con ellos, pese a que inicialmente apenas le comprendieran. En un ficha que elaboró para una de estas charlas destacaba cómo las necesidades materiales debían estar supeditadas a la correcta distribución de los bienes: «El malestar económico viene de la distribución injusta, bien internacional, bien a que el salario no es suficiente y no tiene el poder adquisitivo que debe tener».

En su correspondencia privada con la directiva de la Cerrajera de estos primeros meses de residencia mondragonesa aparecen también esas inquietudes. Son documentos en los que solicita mejoras de las condiciones laborales de trabajadores y favores para jóvenes obreros que desean entrar en la Escuela de la empresa. En sus escritos para charlas y sermones de este año expone que es necesario algo más que adquirir conocimientos profesionales, que los que se sienten «redimidos por la misma sangre de Cristo» deben buscar una «suerte un poco más nivelada» que la que distancia a obreros pobres de patronos ricos, y deben cuidar, así, que el bienestar no sea patrimonio exclusivo de unos pocos. Y para ello el cristiano, sea patrón o aprendiz, obrero o maestro de taller, no puede divorciar caridad de justicia, pues la caridad cristiana «no es una sustitución de la justicia, sino [su] vínculo de perfección». Con estas palabras despega su ideario social de la mayoría del socialcatolicismo de entonces, que se sostenía en una concepción paternalista de la caridad cristiana, una virtud que para él no tenía valor si no conducía a un fin mucho más osado, patrimonio de todos, de los vencedores de la guerra y de los vencidos: la justicia social.[10]

El centro de Acción Católica

Pocas experiencias son comparables en el oficio del historiador a contemplar la vida de una persona emprendedora en el suceder de los días. Y pocas resultan, a su vez, tan complicadas de narrar, conjugando en sucesivos pasados lo que llegó a ser ese presente múltiple que se fue y ahora debe recuperarse. En el prólogo de esta obra se reflexiona sobre ello. Y es que, junto a las labores de la Escuela de Aprendices, el

---

[10] AJMO, Carta de Juan Zubizarreta a José María Ormaechea, Madrid, 22-9-1948; *Memoria de la Escuela Profesional que Unión Cerrajera S.A. tiene establecida en su fábrica de Mondragón para la formación de sus aprendices,* Mondragón, 27-12-1945, pp. 3-4; *Plan de Estudios, 4º Curso, Escuela Profesional de la Unión Cerrajera,* 1945; AJMA, C18: Estado del centro de Acción Católica, documento sin título ni fecha; C79: Sermón sin fecha [1941]; Carta de Ignacio Chacón Mondragón, 1-12-1941; José María Ormaechea: «El hombre que yo conocí», en *Semblanzas,* p. 41; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», p. 70; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 34 y 70; Jesús Larrañaga: «Hizo camino al andar», en *Semblanzas de D. José María Arizmendiarrieta,* Otalora, Aretxabaleta, p. 73; *Interioridades de una utopía,* pp. 98-100; Luis Gutiérrez Íñiguez: *Cincuenta años en camino,* 1948-1998. *Los clérigos de San Viator en España,* Orden de San Viator, Madrid, 1998, p. 112; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 24.

joven coadjutor amplió a la par su labor de apostolado a la Acción Católica de Mondragón.

Pío XI había impulsado la Acción Católica en su encíclica *Ubi Arcano Dei* en 1922 con el fin de reforzar los vínculos entre la Iglesia y una sociedad crecientemente secularizada. Los sacerdotes debían recurrir a ella para, según la *Quadragessimo Anno,* buscar con afán apóstoles seglares, obreros y patronos, que contribuyeran a traer el reinado de Jesucristo a las masas descreídas. Ellos debían elegirlos, educarlos e instruirlos. Por ello esta organización había sido considerada el destino preferente del apostolado obrero propugnado por los profesores del Seminario de Vitoria y los sacerdotes propagandistas de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana (AVASC). Tras la guerra, la Acción Católica, diezmada y desorganizada, volvió a activarse como parte del movimiento de «restauración de la vida cristiana en la parroquia», apuntado en la Primera Reunión de Metropolitanos de mayo de 1939. En ella se aprobaron las nuevas *Bases para la reorganización de la Acción Católica en España,* que afianzaron la autoridad de los obispos y el clero en su seno y definieron una organización en torno a parroquias y diócesis, bajo la dirección de tres órganos: Junta Suprema, Dirección Central y Junta Técnica Nacional. La *Quadragessimo Anno* establecía al respecto: «[A los sacerdotes] les recomendamos con todo ahínco en el Señor que se entreguen totalmente a (...) enseñar a los jóvenes, instituir las asociaciones cristianas, fundar Círculos de Estudios conforme a las enseñanzas de la fe». Tal era la empresa que el joven coadjutor emprendió. Para ello contaba no sólo con el aliento papal y la guía de los boletines y publicística diocesana de la época, sino, sobre todo, con la mística social que había adquirido en el Seminario.[11]

José María se entregó, así, a la reactivación de la Acción Católica, con el respaldo de los jóvenes de la Escuela de Aprendices, que eran los que la formaban desde el tiempo de Roberto Aguirre. Según apuntaba una memoria de esta época: «de los treinta y seis aprendices que después de rigurosos exámenes de ingreso componen los cuatro cursos de Aprendizaje, son de Acción Católica catorce» por lo que «es de suma trascendencia esta escuela para el porvenir religioso y social de Mondragón, pues de ella van a salir los futuros –próximos– obreros especializados, los contramaestres de mañana, en una palabra, los responsables de la fábrica». Comenzó esta labor en un Mondragón satu-

---

[11] Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 87-88 y 156-157; Sánchez Erauskin: *El nacionalcatolicismo en las Vascongadas del primer franquismo,* pp. 275-289; Garay: *El sentido de Iglesia en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 82-86, Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 146.-48; Joaquín Azpiazu: «El sacerdote social», *Idearium,* nº 5, 1934, pp. 401-415; J. Ignacio Alcorta: «De Acción Católica», *Idearium,* nº 7, 1935, pp. 102-115; Perea: *El modelo de Iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco,* I, pp. 480-488; III, pp. 1814-1815; Hermet: *Los católicos en la España franquista,* I, pp. 14 y 213-229.

rado de inflación religiosa, en el que «las iglesias rebosaban de fieles, la eucaristía se recibía con asiduidad diaria y las novenas, procesiones, sermones, los ejercicios espirituales y otras prácticas, ahora perdidas, proliferaban hasta la exhaustividad».[12]

El centro de la Acción Católica de Mondragón se encontraba en el salón de la Biblioteca de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera debido a que el Centro Obrero Católico de la localidad había sido ocupado por Falange. Roberto Aguirre había tratado de recuperarlo sin éxito en 1938. Al estar la Escuela en que se ubicaba reducida a familiares de trabajadores de la Cerrajera, el acceso a la Juventud de Acción Católica quedaba algo limitado. Juan Zubizarreta mostró su disposición a una apertura general de la Biblioteca de la Escuela a todos los jóvenes y a que quedara sujeto al nuevo estatuto de la Acción Católica de España. El 25 de febrero de 1941, José María tomó posesión del cargo de Consiliario de Acción Católica e inició un cambio de la política del centro que sintetizó en uno de sus sermones: «Jesucristo dice: "Mi reino no es de este mundo", la Acción Católica que trabaja para alcanzar este reino tiene por lo tanto un fin religioso. Siendo el fin el que explica los actos debemos decir que la Acción Católica es una acción religiosa, no de orden material sino espiritual, no de orden terreno sino celeste, no político sino religioso».

Comenzó, pues, a despolitizar la organización y destinó todos sus recursos al campo del apostolado juvenil que, en una localidad como Mondragón, implicaba un apostolado obrero. Dos meses después redactó un sermón destinado a celebrar el Día de la Acción Católica. En él describía las inquietudes de una «juventud [que] es la esperanza de Mondragón, de este Mondragón en el que las luchas fratricidas, los odios y las venganzas han abierto durante muchos años unas heridas muy profundas que es preciso curarlas (...) con un derroche de amor [y] generosidad». Para alcanzar este ideal el sacerdote debía contar con seglares jóvenes en esta labor de apostolado, que debía ser apoyada por el resto de la comunidad: «Es de ingente necesidad dotar a nuestros jóvenes de un local donde puedan reunirse, animarse, solazarse como jóvenes y cristianos (...) [con] su pequeña biblioteca, su colección de revistas, pues con ello no solamente conseguiremos satisfacer sus ansias y sus aficiones culturales, sino que conseguiremos que en los jóvenes de Mondragón vayan despertando esas aspiraciones superiores y salgan de ese ambiente de rutina, de esa atmósfera de ta-

---

[12] AJMA, C6: «Lista de componentes de la asoc. de J.A.C. de Mondragón», sin fecha, mecanografiada y manuscrita; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», p. 41; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», p. 72; *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 33; Jesús Larrañaga: *José María Arizmendiarrieta, inquieto y renovador,* Fundación Gizabidea, Mondragón, 1987, p. 17; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 14, p. 56; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 21.

berna y puedan ser el día de mañana hombres de familia ejemplares, ciudadanos intachables, patriotas irreprensibles». Este sermón no lo llegó a predicar.[13]

Por fin, a finales de mayo de 1941 Falange cede a Acción Católica la antigua sede del Centro Obrero Católico y los jóvenes abandonan la Escuela de Aprendices. El palacio del siglo XVII que lo alberga, situado a unas decenas de pasos de la iglesia de San Juan Bautista, había sido contruido por la familia Báñez de Artazubiaga. En 1904, su propietario, el Conde de Villafranca, Cándido Gaytán de Ayala, lo había alquilado al Centro Obrero Católico. Sobre el dintel principal de su fachada de sillería, bajo un escudo hidalgo y una balconada de hierro forjado, hay una inscripción latina: *«Solus labor parit virtutem, sola virtus parit honorem»* (sólo el trabajo es fuente de virtud y sólo la virtud engendra el honor). Lema que adelanta el ideario del nuevo Consiliario. El 1 de junio, Día de Pentecostés, la Juventud de Acción Católica se presenta públicamente, tras consagrar el Centro a la Virgen de Arantzazu. Su Consiliario comienza a redactar multitud de documentos, iniciando una labor de movilización de la opinión que ya no abandonará hasta el fin de sus días. Memorias, historiales, solicitudes de fondos, diseños de juntas, listados de miembros, sermones, charlas. Se trata de documentos extensos, de apretada letra mecanografiada, a cuyos borradores añade observaciones manuscritas.

Por estos documentos puede seguirse con minuciosidad su pronta superación de una obra social hasta entonces orientada al fomento de la vida piadosa de la juventud, en pos de objetivos más transformadores. Cuentan la celebración en los locales del centro, entre mayo de 1941 y mayo de 1942, de dieciséis funciones teatrales; la elaboración de un fichero de censura cinematográfica de 4.000 películas, la construcción de un bar-restaurante, una sala de reuniones y una biblioteca con más de cuatrocientos volúmenes ordenados, que cuenta con una sección específica de Acción Católica y otra de Sociología donde pueden encontrarse obras de teóricos como Joaquín Azpiazu o José María Llovera. Hay también numerosa literatura falangista y de propaganda del nuevo régimen cuyo objeto se comprenderá más adelante. La biblioteca la ha levantado José María merced a una novedosa campaña de solicitud de fondos a los industriales de la zona y le permitirá desplegar una amplia campaña de formación de la juventud.

A finales de año la Juventud de Acción Católica estaba compuesta, además de por este grupo específico, por una nueva Juventud Obrera Católica y por un tercer grupo de aspirantes. Cada uno celebraba sus

---

[13] AJMA, C14: Sermón del Día de la Acción Católica, 27-IV-1941, C 18: «Historial de la Acción Católica», Mondragón el 7 de junio de 1942; Sermón del Día de Acción Católica, 27-IV-1941; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 98-91.

círculos de estudios, de los que se encargaba José María. En ellos abordaba temas referidos a los Evangelios, la Acción Católica, moral y vida cristiana, historia de la Iglesia, etc. Nunca olvidaba en todos ellos reflexiones sobre la cuestión social, el derecho a la educación, la pérdida de valores espirituales producto del materialismo capitalista y marxista, así como a problemas sociales locales: el hacinamiento en las viviendas, la pobreza, los bajos salarios, etc. Se trataba de contenidos similares a los que comunicaba los sábados en la Escuela de Aprendices. Sus enseñanzas eran difíciles de comprender, «hasta que su reiteración en el discurso concienzudo, sin concesiones a veleidades, terminó por agradarnos a sus más cercanos, y a modelar nuestro propio modo de pensar», recuerda uno de sus futuros discípulos. Estas lecciones las ampliaba en retiros mensuales en los que abundaba en la enseñanza de principios de piedad y ética. Se conservan muchos de los sermones que impartió con motivo de estas jornadas, menos complejos que los dominicales, dedicados a cuestiones generales de orientación religiosa, como la fe, los deberes eucarísticos, la honestidad de las diversiones, etc. Asimismo se conservan multitud de las fichas que preparó para los círculos, dotadas de una pedagogía de exaltación del trabajo y la responsabilidad repleta de consignas esperanzadas.

Sus actividades en el centro no terminaban ahí. Pío XI había recomendado que además de «fundar Círculos de Estudio conforme a las enseñanzas de la fe», los sacerdotes «estimen mucho y apliquen frecuentemente para bien de sus alumnos aquel instrumento preciosísimo de renovación privada y social que son los Ejercicios Espirituales». Los jóvenes de la Acción Católica participaban, además, en ejercicios periódicos y en la preparación de fiestas religiosas como la de Cristo Rey. Finalmente, a finales de año, se volcaban en la Campaña de Navidad, paseando el *Olentzero* el día de Nochebuena y el *Bizar-Zuri,* el Cartero de los Reyes Magos, organizando coros de cantos y villancicos, bailes de *dantzaris* y representaciones teatrales, y preparando una imponente cabalgata la víspera del día de Reyes destinada a los más pequeños, que repartía regalos y golosinas. En ocasiones los jóvenes salían del pueblo en romerías con el fin de participar en acontecimientos como el día de la Acción Católica. Los documentos están plagados de referencias al intenso trabajo desplegado.

Entre el primer centenar de jóvenes que formaba la Juventud Católica los había que pertenecían a asociaciones juveniles como la Congregación Mariana de San Luis Gonzaga, conocidos popularmente como «los Luises», y otros que entraban por primera vez en el mundo asociativo católico. Todos eran bienvenidos, como rezaba el manual que debían leer: *Mi Compromiso.* Entre esos jóvenes estaban algunos que pronto destacarían por su fidelidad a José María y su apostolado. Todos formaban o formarían parte de la Escuela de

Aprendices de la Cerrajera. Tras las clases, el trabajo y el estudio, acudían dos o tres veces a la semana a los círculos y, no contentos con ello, se formaban para instruir a los aspirantes de la Acción Católica. Participaban activamente en las representaciones teatrales del centro, preparando escenarios y tramoyas, diseñando ropajes, actuando en las representaciones, acondicionando los salones, cobrando las entradas, preparando las cabalgatas y espectáculos de Navidad, las rifas y loterías para financiar las múltiples iniciativas sociales que promovía su Consiliario.

En esa trabazón de estudios, ocio, inquietudes espirituales y amistad adolescente se fue cimentando la colaboración de estos jóvenes, cautivados por el encanto de «su testimonio de vida, su entrega sin desmayo». Sus nombres se pueden contar por decenas. Ocho de ellos resultan destacables tanto por su representatividad en la Acción Católica de estos años como, quince años más tarde, por su participación fundamental en las empresas cooperativas inducidas por José María: Rafael Amozarrain, primer Presidente de la Acción Católica nombrado por Roberto Aguirre en 1939, fundador de Arrasate S. Coop. en 1956; Vicente Sagasta, Presidente de la Acción Católica y socio de Ulgor S. Coop.; José Markaide, Presidente de la Acción Católica, futuro socio de Ulgor S. Coop.; Luis Usatorre, Presidente de la Acción Católica y fundador de Ulgor S. Coop.; Domingo Berecibar, Presidente de la Acción Católica, socio de Arrasate S. Coop.; Alfonso Gorroñogoitia, Presidente de la Acción Católica y fundador de Ulgor S. Coop.; José María Ormaechea, Presidente de la Acción Católica y fundador de Ulgor S. Coop.; e Ignacio Balzategui, Presidente de la Juventud Obrera de Acción Católica y socio de Ulgor S. Coop.[14]

En ese reguero de actividades recreativas y formativas, José María va reflejando un espíritu vibrante, inteligente, cimentado en una capacidad inagotable de trabajo en pos de una «Obra» que los jóvenes que

---

[14] AJMA, C15: «La Fe. Día de Retiro», 17-10-41; C18: «Historial de la Acción Católica», Mondragón, 7 de junio de 1942; «Memoria de la Acción Católica de Mondragón, Mayo 1941-Mayo 1942», 16 de mayo de 1942; «Biblioteca de Acción Católica de Mondragón»; Estado del centro de Acción Católica, documento sin título ni fecha; Acta de reunión entre representantes de Falange y Acción Católica para la devolución del centro de Acción Católica, 27 de mayo de 1941; «Reglamento del Centro de Acción Católica de Mondragón», con fecha manuscrita de 3 de septiembre de 1941; Carta de los presidentes de la Junta Parroquial y la Juventud de A.C. al Consejero Delegado de Roneo Unión Cerrajera, fechada en Mondragón, 1 de agosto de 1941; Asociación de Jóvenes de Acción Católica de Mondragón. *Mi compromiso,* folleto sin datos de imprenta, 30 de abril de 1942; C19: «Obra regeneradora», 5-XI-43, manuscrito; C20: «Campaña de Navidad», 6 de diciembre de 1945; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 41-42; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 75-78; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* p. 36; *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 33 y 37; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* p. 13; Alfonso Gorroñogoitia: «D. José María. Apuntes sobre su vertiente religiosa», *Arizmendi Topaketak 2001,* Gizabidea Fundazioa, Aretxabaleta, 2001, p. 12; Leonardo Urteaga: «Algo sobre juventudes católicas», *Idearium,* nº 6, vol. II, 1935, pp. 68-70; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 18, 22, 27, 62-67, 100, 104, 120-122 y 126 [para la descripción y tono de sus fichas destinadas a los círculos aludidos]. Ampliado con JMAFO11 y JMAFO12.

más se acercan a él comienzan a asimilar gracias a sus charlas y a documentos formativos como el Ideario deljoven cristiano, de Atanasio Goicoechea, uno de sus «amigos» del Seminario, que completa con numerosas correcciones manuscritas suyas, dirigidas a subrayar la llamada divina a la redención social. En unas reflexiones suyas posteriores a estos primeros meses de estancia en Mondragón describió su ideario evangélico. El sacerdote en la Acción Católica debía ser un líder en la sombra, alejado de tareas públicas de gestión y administración que habían de quedar en manos de personas que considerara capacitadas para ello. Definía el apostolado como: «el contacto de alma a alma, en el que la una comunica a la otra la vida de que rebosa». Se trata de reflexiones manuscritas, probablemente destinadas a alguna charla o retiro con los jóvenes, pues están redactadas en un lenguaje muy sencillo y agradable, con alusiones al público, preguntas retóricas, etc. El apostolado como «contacto» requiere «introducirse prudentemente en el recinto oscuro e íntimo de la conciencia del prójimo y ponerse en contacto inmediato con las inquietudes y con los problemas de esa conciencia, de ese individuo». La labor de esos apóstoles precisa no sólo estar en contacto con la vida sino transmitirla. Tal es el sentido de la cadena incesante de actividades sociales que despliega en la Acción Católica. Se trata de generar entusiasmo en los jóvenes por la vida cristiana.[15]

El preámbulo del Fuero del Trabajo de 1938 proclamaba la voluntad del Estado franquista de «devolver a los españoles, de una vez para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia». José María aprobó los comentarios del Padre Azpiazu a este documento, en los que se había referido a cuestiones como el Seguro de Enfermedad y Trabajo, la sindicación, la formación de un Instituto de Previsión, etc. Pero no todos los objetivos del Fuero le interesaban por igual. Desligado de «la Patrias por su compromiso con la espiritualidad del Movimiento Sacerdotal de Vitoria, apostó por el «Pan» y la «Justicia» como único camino posible de construcción de aquélla, fuera vasca o española o ambas. Convencido de que toda labor de apostolado debía residir en una vida de encarnación, palpó la dimensión local del problema social del que especulaba ese documento: la falta de vivienda, el hacinamiento, el desempleo, la tuberculosis, la desnutrición, el abandono y abuso de los niños. Desde el primer día optó por hacer la revolución consigo mismo antes de exigirla a los demás. Ejemplo de ello era la extrema pobreza y austeridad con que comenzó a vivir y que tanto llamaba la atención de los jóvenes que lo rodeaban.[16]

---

[15] AJMA, C12: A. Goicoechea: *Ideario del joven cristiano,* 53 pp. (las citas en la p. 29); C10: «Ponencia de Apostolado Social. Convivencia sacerdotal. Saturrarán, 6 de julio de 1954», pp. 2-3; C11, «El apostolado», manuscrito, sin fecha.

[16] AJMA, C58 : «Apostolado social», sin fecha, 1950-1951; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* p. 407; Juan Leibar y Joxemi Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrie-*

La parroquia de San Juan

La Iglesia de San Juan Bautista señorea el núcleo histórico de Mondragón y luce con orgullo su condición de único templo gótico guipuzcoano del siglo XIV. Sus estrechas vidrieras alineadas sobre su altar reducen su pobre luminosidad interior y acrecientan, así, la atmósfera oscura y fría de sus naves. Cuenta la tradición local que San Vicente Ferrer había predicado allá en 1408 y en memoria de ello se conservó en otros tiempos la costumbre entre los oradores sagrados, antes de subir al púlpito, de besar devotamente la primera grada de la escalinata en determinadas fechas señaladas. Esta parroquia se encontraba a cinco minutos de paseo del Centro de Acción Católica y la Casa Cural, y a unos doce de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

La identidad primaria de José María era la de sacerdote parroquial, centro medular de la espiritualidad vitoriana que profesaba. Tenía muy buena relación con el párroco, José Luis Iñarra, pese a la diferencia de carácter de ambos. Convivieron los cinco primeros años en el primer piso de la Casa Cural, con la madre, la cuñada viuda de Iñarra y los dos hijos de ésta. Luego José María pasó al tercer piso. La liberalidad de Iñarra para las cuestiones administrativas y organizativas no casaba con el carácter metódico y organizador de su coadjutor. Pero, sobre tales conflictos se superpuso siempre la profunda afinidad entre ambos. Había otros sacerdotes que convivían con ellos en el segundo piso: Francisco Imaz, Luis Dolara; Justino Uribesalgo, Dionisio Isasmendi, que fueron sustituidos luego por Justo Jáuregui, Tiburcio Sagasta, Francisco Arrizabalaga, Javier Echebarria, Teodoro Goñi, Pedro M.ª Aranegui, José M.ª Bergara...

Todos eran personalidades muy diferentes unos de otros, se mezclaban poco con las actividades de José María. Éste, a poco de llegar, rápidamente se hizo cargo de los turnos de la Adoración Nocturna de Mondragón, una obra eucarística de inspiración francesa muy floreciente en el pueblo, que celebraba cada domingo la primera misa a las cinco de la mañana. La razón que adujo para ello era que, de esa manera, podía dedicarse luego completamente a sus tareas de la Acción Católica sin, por ello, faltar a sus obligaciones parroquiales, supliendo a sus compañeros y tomando para sí la menos atractiva de las celebraciones litúrgicas parroquiales. Era una forma de fomentar la condición solidaria y comunitaria que, en su opinión, toda parroquia debía mostrar a la feligresía. Joaquín Goicoecheaundía apreció la for-

---

ta, Caja Laboral, Mondragón, 1994, p. 10; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 80-83; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 29; *José María Arizmendiarrieta Madariaga (1915-1976). Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* documento inédito fechado en Mondragón, 26 de septiembre de 2002, pp. 11 y 19.

ma natural en que dejó que la parroquia lo convirtiera en un sacerdote «uno y auténtico», nunca dividido por la dispersión entre sus obligaciones como coadjutor y su labor social, convirtiendo éstas en círculos concéntricos de un mismo ministerio, según había sugerido Pío XI en *Ad Catholici Sacerdotii* y había insistido siempre Rufino Aldabalde.[17]

Cuando entraba en la iglesia la expansión de su rostro mudaba en una actitud silenciosa, advirtiendo a los que le rodeaban el lugar sagrado en que se encontraban. Dedicaba cada día dos o tres horas al confesonario, desde las seis y media de la mañana, así como las tardes de los sábados y las mañanas de los domingos y fiestas. Cuando oficiaba la misa de la Adoración Nocturna comenzaba las confesiones a las cinco y media de la mañana. Tenía un gran concepto del sacramento de la penitencia como celebración de la reconciliación. «Atacaba de raíz las desviaciones morales que se le planteaban o [que] deducía de las manifestaciones que escuchaba. Sus «recetas» no eran estampilladas, ni daba excesivo valor a la penitencia tradicional. Sobre todo trataba de modificar [la] conducta del penitente», recuerda un discípulo. «Enseña[ba] a discurrir, ayuda[ba] a construir la base moral de cada persona sin imponerla. Cada cual [debía] reinterpretar sus enseñanzas. Jamás indica[ba] lo que [había] que hacer», comenta otro.

Para reforzar su dignidad ministerial cuidaba con esmero su porte, enjabonándose el rostro y las manos, luciendo una vestimenta impecablemente limpia y libre de la menor arruga. Son detalles que denotan un sacerdocio inspirado en el perfil fijado por Goicoecheaundía y Aldabalde, que precedió en varios años la línea fijada por la encíclica *Mediator Dei* de 1947. «El amor de D. José María se alimentaba principalmente de la eucaristía y era ella el centro de [su] vida sacerdotal», comenta Antonio Oyarzabal. Celebraba ésta con gran recogimiento, preparándose en oración quince minutos antes de ella y finalizándola con otro cuarto de hora de acción íntima de gracias. Como en el confesonario, cuidaba hasta el más mínimo detalle de su preparación, incluso el más superficial: «Al celebrar y dar la comunión la ofrecía con unas manos perfumadas que a mí me elevaban la emoción de recibir la Hostia», recuerda uno de sus feligreses. «Sus convicciones (...) eran perceptibles a través de la unción con que celebraba la Misa; el sentido misterioso de la Consagración parecía que le hacía trascender a otro

---

[17] AJMA, C12: «Irradiación parroquial. Observaciones generales. Charla 1», sin fecha, p. I; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 80-81; Alfonso Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p. 6; Uranga: *Mondragón,* pp. 47-50; José María Uranga: «Sobre D. José María Arizmendiarrieta», documento mecanografiado, inédito, fechado el 2 de octubre de 2004, p I; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 26; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 106-108. Ampliado con JMAFO14 y JMAFO16

plano (...) que [me] infundía un sentido de la Fe que [él] irradiaba», comenta otro. La misa era el acto central de su vida. Un ritual que, sano o enfermo, en Mondragón o dondequiera se encontrase, celebraba diariamente. En mitad del altar mostraba su condición de sanador de almas a la par que recurría al sermón para dedicarse a su otra vocación: la de agitador de conciencias. Este sacramento de la palabra lo practicaba no sólo en el púlpito sino en todos los ámbitos de su vida con el fin de cambiar mentalidades y educar en el evangelio, convirtiendo su quehacer diario, subraya Alfonso Gorroñogoitia, «[en] una inmensa cátedra itinerante de docencia «pedestre»».[18]

Al comienzo de la barandilla de la escalinata que conducía al púlpito de San Juan Bautista, esculpida en letra gótica, había una inscripción que rezaba «Diga poco y bueno». Con este lema había de pelearse cada vez que subía por ella. «Le oí predicar algunas veces. La verdad es que no era capaz de seguirle en su discurso. Era más que para mí. Eran aquellos [los] tiempos en que, ataviado de manteo, se mandaba unos sermones de lo que durara la misa, hasta el punto de que el celebrante tenía que [esperar] arrodillado al pie del altar para rezar los tres avemarías finales con todo el pueblo. Eran los tiempos aquellos en que no había micrófonos y había que tener buena garganta». Por ello su hablar «monocorde, enrevesado y reiterativo» se hacía incomprensible para la feligresía. Esa incapacidad le afectaba igualmente en la música, con su escasa fortuna para seguir los tonos musicales y los cantos litúrgicos, pero era en el púlpito donde esas limitaciones se hacían más notorias.

«Dios no le concedió el don de la palabra», sentencia un compañero de ministerio. Y por ello sufría silenciosamente. «Para mí la predicación es una humillación», confesó íntimamente a un amigo. Presenciar los rostros somnolientos y las miradas vacías del público era su calvario. Predicar es un componente fundamental del sacerdocio. En el clero parroquial la falta de capacidad oratoria resulta una experiencia frustrante y penosa que puede afectar hondamente la vocación. No fue tal su caso. Por Mondragón pasó lo mejor de la oratoria sagrada de la diócesis: Ángel Suquía, Ángel Morta, Gregorio Yurre, José María Cirarda... Llegaban invitados por él y cada una de sus prédicas era una ocasión de humillación de su oratoria ante Dios. Por ello, en el día a

---

[18] Testimonios nº 7, 10 y 16, en *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga (1915-1976),* pp. 24-25, 34 y 57; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* pp. 3 y 13-15; José María Mendizabal: «D. José María creyente», en *Semblanzas,* p. 104 y 106; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 68-70; *Interioridades de una utopía,* p. 113; Garay: *El sentido de Iglesia en la espiritualidad de Vitoria,* p, 56; Torra Cuixart: *La espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 130 y ss., 278-285; Rufino Aldabalde: «La dirección espiritual en la espiritualidad de Vitoria. Documento I», en *La dirección espiritual en la espiritualidad de Vitoria,* Eset, 1986 [1942], Vitoria, pp. 61-63; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 28; Gorroñogoitia: «D. José María. Apuntes sobre su vertiente religiosa», pp. 11.

día, se entregó a una cuidada redacción de los sermones que le ayudara a suplir sus carencias y a presentar un cuadro ordenado de ideas. Entre 1941 y 1953 elaboró minuciosos borradores mecanografiados de todos ellos que constituían luego un preciado material de consulta, como sus fichas de lecturas y sus recopilaciones de prensa. Sólo tras trece años consiguió el suficiente dominio oratorio para improvisar y reducir el sermón a unos cuantas fichas de ideas manuscritas.[19]

En su predicación no buscaba agradar con mensajes de fácil asimilación o graciosa exposición. Como en sus disertaciones en los círculos de estudio, trasladaba la figura de Cristo a la realidad con el fin de apuntalar la dignidad de la persona. Por ello, la doctrina social de la Iglesia, la sumisión al Papado, la exaltación de la eucaristía, la oración, la penitencia, la confesión o la familia, todo conducía a la confrontación con problemas cotidianos: con la opresión del trabajador, la vivienda insalubre, el hambre, etc. En septiembre de 1941 elaboró una hoja volante en la que vinculaba el problema de la vivienda a la crisis de la familia y apelaba a autoridades y empresas para que abordaran el problema, pues «el obrero no es solamente una máquina o un instrumento que se utiliza cuando hace falta y se arrincona o se abandona a su propia suerte en cuanto no presta en el acto un servicio a la empresa o traspasa el umbral de la fábrica, sino un ser viviente, que pone a contribución su fuerza, su trabajo, su técnica, etc».

Sus sermones en los primeros años cuarenta subrayaban la existencia de una crisis mundial de que era reflejo la Guerra Mundial, como antes la Civil, que contemplaba como castigos debidos al alejamiento de las masas de Dios. Una de las consecuencias más nocivas de esa crisis era la ruina de la familia cristiana, que veía amenazada por el egoísmo, la inmoralidad, «la filosofía individualista, positivista, materialista» y el industrialismo «al fomentar y llevar consigo [a la] gente en centros urbanos [donde se hacinan, añade en el texto a mano] y sobre todo al sacar a la madre y a la mujer del hogar para llevarla a la fábrica». Frente a ello predicaba la correcta educación de los hijos, una sexualidad destinada a la procreación, la indisolubilidad del matrimonio. Acudía pertrechado de citas de pontífices, de la revista *Ecclesia,* órgano de expresión de Acción Católica, del Primado de Toledo, de de Maistre o Balmes, etc. Fuentes acordes con la Iglesia de la época, pero que derivaban en soluciones alejadas de la norma. Creer en Jesucristo, subrayaba, era reconocer la fraternidad universal de todos

---

[19] Letona y Leibar: *Mondragón,* p. 7; José María Mendizabal: «Prólogo» a *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga. Libro 2º. Tomo II. Sermones. 1ª parte,* 2001; «D. José María creyente», p. 104; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 22; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 65-66,71 y 74; *Interioridades de una utopía,* p. 100; Donald B. Crozzens: *The Changing Face of the Priesthood. A Reflection on the Priest's Crisis of Soul,* The Lithurgical Press, Collegeville, 2000, pp. 85-88.

como hijos de un mismo Padre. «Todos los problemas económicos, políticos y sociales se reducen en último término al problema hombre», decía. Éste no era un producto acabado de la naturaleza, sino un proyecto «intencionado» que, por la educación, se abría hacia la comunidad.

Dos coordenadas dominaban su pensamiento teológico: la persona, fundamento de los derechos humanos, y la comunidad, en la que por su naturaleza social estaba llamada a integrarse con espíritu de solidaridad. La trilogía salvadora que presentaba estaba compuesta por la educación, la solidaridad y el trabajo. El prójimo del que hablaba en sus sermones era siempre un «prójimo colectivo», que había de encontrar en el trabajo un instrumento providencial para rescatar su dignidad. «El primer objetivo de esta nueva cruzada que debe emprender la humanidad entera es la redención del proletariado», pues «la proclamación de los derechos de Jesucristo es la afirmación de los derechos de los desheredados» según éstos eran expuestos por la Iglesia y su doctrina social. Esta tercera vía entre capitalismo y marxismo aceptaba la acumulación de capital siempre que adquiriese un fin social, fuera un producto honesto del trabajo y generara nuevos empleos, razón por la que abordaba constantemente la cuestión de la distribución de la riqueza.[20]

Esa «Obra» requería un perfil sacerdotal que tenía entre sus características más acusadas la tenacidad. Podía contemplar el agobio y cansancio de la feligresía, pero no se dejaba vencer por el desaliento a la hora de insistir en el mensaje liberador de Cristo, de igual manera que luego sacaría adelante las obras sociales que planteara, pese a los recelos o el descreimiento de los que le rodearan. Bebía de un optimismo esperanzado, como recuerda José María Ormaechea: «Se veía obligado a decirnos siempre que éramos capaces de hacer más. Que podíamos saber más, crear más, desbordar la situación y atraer un futuro en el que, sobre todo, desaparecieran las clases. No hablaba de lucha de clases, sino de su progresivo acercamiento». En el púlpito, en los oratorios, en las charlas, mostraba un espíritu vibrante y seguro en principios humanos como la virtud, la generosidad, la honradez y la fuerza del trabajo. Como Aldabalde, tenía una fe inquebrantable en el hombre, proyección de su fe en Dios. «Tenía una fe encarnada, vivida. Todo lo puso al servicio de Dios.» Había absorbido el ideal mortifica-

---

[20] AJMA, C67: «El problema de la vivienda en Mondragón», Mondragón, 17-9-41; Carta a Asdrúbal Ferreiro, 26 de marzo de 1951; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea,* pp. 6-7, 13, 20-21; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 44-50, 58-99, 140-145, 201-203; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 19; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 45 y 59-60; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 106; José Luis del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* Aecoop, Madrid, 1982, p. 15; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 19-20; Jesús Garay: *La Cristología en la Espiritualidad de Vitoria,* Imprenta Egaña, Vitoria, 1985, pp. 15-24, 49-50, 69-77, 90-102, 119-120, 134-145 y 173-176.

dor de su maestro: «se vació de sí mismo para estar al servicio de los demás; ésa era su servidumbre», cuenta uno de sus discípulos. Perseguía la santidad del «sacerdote comido», ejerciéndola «en lo más corriente del día», renunciando a disfrutar de los placeres de la vida, viviendo en la pobreza y la humillación de los gustos, apetencias, deseos y vanidades. «La Cruz, la abnegación, es una exigencia de nuestra incorporación mística a Jesucristo», comentaba Aldabalde.

El sentido de su vida residía en su condición de «sólo, en todo, siempre sacerdote» Expone Alfonso Gorroñogoitia: «la fuente de la indomable fuerza interior que emanaba de su persona (...) [radicaba] en su condición de creyente cristiano y sacerdote. Arizmendiarrieta creía profundamente en Dios, origen del hombre y fundamento de su dignidad; y el cumplimiento de su voluntad lo canalizó a través de su condición de sacerdote pegado al terreno de los problemas humanos. Todo lo que hizo fue lo que (desde su punto de vista) tenía que hacer precisamente porque era sacerdote». La orla de su ordenación, cuya divisa decía *Sacerdos in aeternum,* presidía su mesa de trabajo de la Casa Cural y el aniversario de tal fecha era siempre motivo de celebración. Su perfil de «siervo-líder» implicaba un extraordinario grado de dominio personal. No hay testimonios en su correspondencia ni escritos íntimos de ninguna crisis de esta identidad, pese a lo común de este tipo de situaciones en personas formadas para arrastrar masas y tener siempre la voz oportuna en el momento adecuado, algo que generaba conflictos vocacionales en muchos sacerdotes. En septiembre de 1942, en mitad de un retiro espiritual, tras escribir una serie de reflexiones acerca de cómo conservar y acrecentar esa dignidad, terminaba: «Mi mayor gracia ha sido la de ser sacerdote. Lo he visto claramente esta tarde».[21]

CONSILIARIO DE LA ACCIÓN CATÓLICA

Disenso respecto del régimen

Lleva ya casi un año en el pueblo. Es crítico con el silencio de la Iglesia ante la cuestión obrera, con su recatada opinión sobre los abusos en el

---

[21] Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 41-45 y 54; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga (1915-1976),* testimonio nº 2, pp. 12-15; testimonio nº 8, p. 30, testimonio nº 9, p. 31; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* pp. 5-7, 19-21; Gorroñogoitia: «D. José María. Apuntes sobre su vertiente religiosa», p. 10; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 26; Izaskun Sáez de la Fuente Aldama y Jesús Sánchez Maus: *Perplejidad ante las vocaciones,* IDTP y Desclée De Brower, Bilbao, 2004, pp. 128-129 [para el perfil de siervo-líder]; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 37 y 147.

comercio, las ganancias en compraventas y plusvalías, los jornales insuficientes, la especulación con productos de primera necesidad... También es consciente del cuidado que ha de tener a la hora de dar ejemplo: «No se puede acercar al campo social sin un gran desprendimiento de bienes materiales, pero tampoco se puede hacer nada eficaz hoy por hoy sin un casi absoluto desprendimiento espiritual», dirá tiempo después en una charla de apostolado. Sabe que para actuar en un medio obrero debe disponer de una serie de virtudes (la libertad, el desapego, el espíritu de servicio, la austeridad) a las que debe añadir una intensa capacidad de trabajo: «en la mentalidad de la gente que nos rodea el trabajo es uno de los grandes valores indiscutibles y tal vez para muchos somos poco menos que burócratas indeseables los sacerdotes, porque no nos ven consagrados al trabajo. Entre ellos y nosotros habrá una corriente de simpatía mutua desde el momento en que ellos nos puedan considerar como verdaderos trabajadores: trabajemos en lo que podamos (...)desinteresadamente». Se aplica a la tarea y su primer año de estancia en Mondragón se le escapa: «Poco le puedo escribir porque se pasan las horas que da susto mirar el reloj», cuenta a Aldabalde en julio de 1941.

La comunicación con su «padre espiritual» es fluida. Uno de los temas más presentes en ella es la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales. Con motivo del IV Centenario de la Compañía de Jesús, se celebra en Barcelona en mayo de 1941 el I Congreso Nacional de Ejercicios Espirituales, acto que muestra la importancia que la jerarquía eclesial concedía a este medio evangelizador como parte de su estrategia de «reconstrucción espiritual». España vivía una promoción sin precedentes de los ejercicios espirituales parroquiales de la mano de textos divulgativos, Casas de Ejercicios, cursillos de formación, etc. Su impulsor original había sido Aldabalde, que había ido fundando Casas Diocesanas de Ejercicios (la primera, ya citada, *Villa Santa Teresa* en San Sebastián, en 1940; la segunda *Nuestra Señora de Begoña* de Bilbao, en 1942; la tercera *Nuestra Señora de la Paz* de Vitoria, en 1943), regentadas por una institución femenina que había fundado para servir en ellas a los sacerdotes y seglares: el Instituto de Misioneras Evangélicas. Entre la elite de sacerdotes que colaboraba con él estaba José María, que nada más llegar a Mondragón había promovido la creación de una Junta local que dirigiese la Obra Parroquial de Ejercicios fundada por Roberto Aguirre. En ella estaban representadas las empresas que colaboraban con ella y su fin era organizar la recluta de los ejercitantes, las tandas y los informes. En sus seis primeros meses de estancia organizó veintiséis tandas para 305 obreros de Unión Cerrajera y Roneo.

La Junta de la Obra se reunía en el Centro de Acción Católica. Y es que el nuevo Consiliario apostó por una implicación a fondo de esta

organización en una obra cuya potencialidad evangelizadora permitía al militante católico un amplio campo de apostolado y presentaba una estupenda oportunidad al sacerdote «para ir conociendo a la gente, pues como la experiencia de cada día nos enseña, después de unos Ejercicios bien practicados las almas están abiertas y poco esfuerzo se necesita para penetrar en ellas». Una de las actividades que compartía con su mentor era la captación de obreras como candidatas al Instituto de Misioneras Evangélicas. Completaba su misión con visitas en Vitoria a Aldabalde, que le permitían mantener contacto con compañeros como José Zunzunegui, Ángel Suquía, al que invitará ese mismo verano a dirigir un retiro, o Ángel Morta, que acudiría al siguiente para dirigir una semana de conferencias juveniles.[22]

En 1942 sus sermones siguen huyendo de la demagogia. Niega cualquier justificación a toda guerra: «Las guerras todas, las de ahora y las de antes, las nacionales y las internacionales, todas ellas se han hecho por un egoísmo materialista». La argumentación, impecable teológicamente, cuestiona el fundamento legitimador del nuevo régimen. Como denuncia un importante personaje de la vida pública mondragonesa en una carta de protesta al párroco, el coadjutor pone en duda el dogma central del nacionalcatolicismo, la ideología de la dictadura, cimentada en la indisociable identidad entre lo español y lo católico y en la consiguiente calificación positiva de la pasada contienda civil como una Cruzada. El 19 de abril, unos días antes, había pronunciado otro sermón, con motivo del «Día de la Acción Católica», en el que reflexionaba sobre la patria. «De la madre se ha recibido la vida y por la madre se puede dar también. De la Patria, de esa entidad moral constituida por los que participan de los mismos vínculos de sangre, de cultura, de destino, hemos recibido en primer lugar nuestra manera de ser peculiar, nuestra cultura, nuestro haber espiritual. Ella algo nos ha dado, algo que nosotros apreciamos mucho y es justo y natural que nos exija también lo que nos cuesta y aprecia. (...) Pues bien, amadísimos fieles, aparte de ser miembros de esta patria terrena, de esta colectividad o entidad natural, sois también miembros de otra entidad no menos real, no menos grande, no menos digna, sois miembros de la Iglesia, y ser miembros de la Iglesia debe causaros una alegría no menos grande» La Iglesia, la «Patria sobrenatural a la que pertenecemos», está embarcada en una Cruzada, la única que le preocupa: la Acción Católica, organización que persigue «intereses espirituales, que están por encima de los políticos o sociales».

---

[22] AIMS, Caja A.5, Correspondencia, Cartas a Rufino Aldabalde, fechadas en Mondragón, el 18 de mayo, 5 de julio, 18 de noviembre, 4 y 9 de diciembre de 1941; AJMA, C 18: «Obra parroquial de Ejercicios Espirituales de Mondragón, Mondragón, a 21 de julio de 1941», «Orientaciones litúrgicas», sin fecha; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 91-95; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 159-160,395-398; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 15-16.

Un par de meses más tarde, cuando aún están frescas las protestas por su sermón sobre la guerra, permite que se retire del Centro de Acción Católica uno de los cuadros que habían quedado de cuando pertenecía a Falange, el que recuerda a los «ex-cautivos por Dios y por España». La retirada se hace «hasta con cierto desprecio», según protesta Juan Zubizarreta, profesor de la Escuela de Aprendices, en una carta en la que le pone al corriente del malestar generado entre la clase dirigente local. Hay protestas por ello ante la jerarquía eclesiástica y una carta de advertencia de las autoridades falangistas, que ven cómo el Consiliario les está arrebatando el jugoso campo de la movilización juvenil, derivando hacia una Acción Católica apolítica las campañas navideñas de beneficiencia, actividades que en otras poblaciones corren a cargo de Falange. Consecuencia de ello pudo ser el que fuese nombrado, en julio de 1944, Delegado del Frente de Juventudes de Mondragón por el Obispo, a propuesta del Delegado Provincial de Juventudes. El Movimiento Nacional trataba de controlar la actividad de un sacerdote que estaba compitiendo exitosamente con él en la promoción juvenil. La competición interna entre los grupos nacionalsindicalistas y los católicos que integran el Movimiento se vislumbra en este nombramiento que careció de consecuencias prácticas pues nunca lo ejerció. De hecho, en estos años mantuvo la misma línea crítica con el nacionalismo, llamando en sermones y charlas a subordinar la «patria terrenal» a la «sobrenatural».

Su discurso era claro: los nacionalismos alentaban la divinización de un mito pagano, la nación, cuyo culto social competía con el de Dios. Frente a la identificación entre Iglesia y nación del discurso oficial, su ideario disociaba ambas y subrayaba la opción preferencial por la primera, lo que situaba su labor pastoral en categorías políticas de abierto disenso respecto del régimen. Un disenso que no se fundaba en las prácticas de resistencia del PNV o la oposición republicana, sino en una deconstrucción de la cultura política del Estado franquista, así como en una permanente confrontación con sus instituciones movilizadoras, caso de Falange y la propia Acción Católica de España. Todo ello en defensa de un proyecto de sociedad sustentada en una suerte de democracia confesional basada en una ciudadanía católica asociada a valores y principios políticos cuasi-subversivos (igualdad, libertad, fraternidad, reconciliación) y transmitida mediante una comunicación social situada en el límite de la legalidad. Esta vertiente política (a su pesar) de su apostolado diferencia su obra social presente y futura de otras experiencias de «recatolización» como la de Ángel Herrera Oria en la diócesis malagueña, leales al nacionalcatolicismo. El joven marquinés, en cambio, aprovechó al máximo la difícil pero posible separación entre aquellos principios y el ideal de

«reconstrucción espiritual», entre política y evangelización, beneficiándose de la tolerancia del régimen a unas prácticas que formaban parte de su estrategia de legitimación e invirtiendo su orden de factores causales.

La parroquia de San Juan Bautista no actuó, en lo que a él concernió, como plataforma del nacionalismo franquista ni de su peculiar politización del catolicismo. En su predicación la justicia social no se sometió a la caridad cristiana, como fue característico en la pastoral tradicional de la época, sino al revés. Superaba, así, una teología que asociaba dolor y trabajo, considerando éste una consecuencia del pecado, interpretando la bienaventuranza de los pobres de espíritu como una exaltación del apocamiento social y justificando la injusticia mediante la afirmación evangélica de la perpetuación eterna de los pobres sobre la faz de la tierra. La pastoral de obispos sensibles a la cuestión social, como Herrera Oria o Pildain, influida por esta teología, conducía a primar la caridad sobre la justicia, predicando la resignación y aceptación del *statu quo*. José María, en cambio, ya en uno de sus primeros sermones había señalado cómo «[la] caridad no es una sustitución de la justicia sino el vínculo de la perfección». Ideario que quedó aún más patente en unas hojas volantes anónimas que firmó por esta época bajo el seudónimo de *Jomarma* en defensa de la dignidad del obrero y la cultura como «primera arma del proletario» en su emancipación.[23]

---

[23] AJMA, C86: Carta de Domingo Arzamendi a José Luis Iñarra, Mondragón, 30-3-1942; Carta de Juan Zubizarreta, Mondragón, 26-5-1942; C18: Carta del Delegado de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS 22-5-1942; Carta de [ilegible], San Sebastián, 8-8-1944; C 14: Sermón del «Día de la Acción Católica», 19-4-42; Sermón sin fecha, «Día de la Acción Católica»; C79: Sermón sin fecha; C 103: borradores de hojas volantes: «Que se nos respete», «Tu arma secreta, joven obrero», «Emancipación o liberación», firmadas por *Jomarma* [**Jo**sé **M**aría **Ar**izmendiarrieta **Ma**dariaga]; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 142-147; Francisco Sevillano Calero: «Consenso y violencia en el «Nuevo Estado, franquista: historia de las actitudes cotidianas», *Historia Social,* nº 46, 2003; Fernando Urbina: «Formas de vida de la Iglesia en España», en *Iglesia y sociedad en España,* 1939-1973, Editorial popular, Madrid, 1977, pp. 19-21; Manuel Vigil y Vázquez: *El drama de la Acción Católica y el «Nacional Catolicismo»,* Santandreu Editor, Barcelona, 1990; Adela Alfonsi: «La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966. El nacional-catolicismo de los obispos Santos Olivera y Herrera Oria», *Historia Social,* nº 35, 1999, pp. 120-124; Sánchez Erauskin: *El nacional catolicismo en las Vascongadas del primer franquismo,* pp. 293-298; Hermet: *Los católicos en la España franquista,* pp. 132-139; José Andrés-Gallego: «La distinta evolución de la doctrina sobre la propiedad y el trabajo», en P. Aubert (ed.): *Religión y sociedad en España (siglos XIX y XX),* Collection de la Casa de Velázquez, Madrid, 2002, p. 265; «Recapitulación centenaria», en Fernando Fernández (coord.): *Estudios sobre la encíclica «Centessimus Annus»,* Aedos y Unión Editorial, Madrid, 1992, pp. 33-78; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 58-75, esp. 67-73. En la p. 58 de este libro es donde se alude a un «oficio del Obispado de Vitoria», de 8 de julio de 1944, en que se nombra a José María Delegado local del Frente de Juventudes. No he encontrado copia de este documento en el Archivo, probablemente se ha perdido debido a las dos catalogaciones realizadas desde que Joxe Azurmendi realizó su estudio. De todas formas no tiene mayor importancia, pues cualquier cargo público que se ejerciera en aquellos años implicaba vinculaciones nominales al Movimiento Nacional. Puede que resulte un dato muy jugoso para aquellos que acuden al pasado a buscar carnaza, pero a un historiador que conozca la vida cotidiana en una sociedad autoritaria como aquella, nada importante le indica.

La definición de la elite obrera

No hay en su pensamiento de estos años una disociación entre juventud y cuestión obrera. No puede haberla, pues la obra de recristianización para la que se formó en el Seminario no comprendía separación entre ambas. Eran interdependientes, una llevaba a la otra. El estado pasado de las fuentes sobre su pensamiento indujo a Joxe Azurmendi a afirmar que poco había en su labor de esos años que hiciese pensar en «la decidida orientación social» que imprimió a ésta a finales de la década. Su obra estaba bastante trazada en sus rasgos teológico-sociales desde su integración en la elite de seminaristas de Rufino Aldabalde. Esa «etapa de la juventud» con que José María Ormaechea ha bautizado estos años que median entre su llegada a Mondragón y la obra cooperativa es igual de social que la posterior, con su lógico proceso de maduración y reformulación de sus postulados originarios.

Su espectacular promoción de la Obra de Ejercicios Espirituales, de los Círculos de Estudio, de las actividades lúdicas y recreativas desplegadas por la juventud en las fiestas y conmemoraciones religiosas, arrastró pronto a más de un centenar de esos jóvenes a las filas de la Acción Católica. El campo en que había comenzado su labor apostólica era el del ocio juvenil, siguiendo cauces tanteados por Roberto Aguirre y recorridos por otros sacerdotes en otras parroquias, sobre los que había abundante información en revistas como *Surge* o *Ecclesia,* manuales y guías de la Acción Católica, pastorales y encíclicas de obispos, boletines diocesanos, actas de semanas sociales y cursillos de apostolado, etc. Se trataba de saturar de espiritualidad esos espacios de ocio, contribuyendo a definir los valores fundamentales del joven católico. El perfil que adoptaba era aquél para el que había sido formado en el grupo de escritores y que exponía Aldabalde: un educador «mortificado [que] reservará con suma discreción todos sus sentimientos personales, las reacciones de su carácter, los movimientos casi instintivos de su ser íntimo y así hará ver al educando la exclusiva preocupación por su bien espiritual, sin mezcla de egoísmo e interés propio».[24]

En febrero de 1942 participa en una Semana Social organizada por el Obispo de Vitoria y dirigida por Joaquín Azpiazu, junto a una veintena de sacerdotes diocesanos que ejercen el apostolado obrero. Por allá estarían Pedro Anitua, Roberto Aguirre, Marcelo Gangoiti o Ramón Narbaiza, que ejercían esta labor en Vitoria, Rentería o Somorrostro. Elabora una crónica de ella a petición de Aldabalde para Sur-

[24] AJMA, C14: Sermón del «Día de la Acción Católica», 19-4-42; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 59 y 112-113,188-189; Ormaechea: «Una solución a tiempo para cada problema», en *Semblanzas,* p. 13; Gorroñogoitia: «En memoria de un maestro», en *Semblanzas,* pp. 68-70; La cita de Rufino Aldabalde en *La dirección espiritual en la espiritualidad de Vitoria.* Documento I, pp. 44-54.

ge: «En opinión de algunos la llamada cuestión social es solamente económica, siendo, por el contrario, ciertísimo, que es principalmente moral y religiosa, y por esto ha de resolverse de conformidad con las leyes de la moral y la religión». Se disculpa ante aquél porque su texto podría dar pie a una elaboración intelectual más rica, pero «tengo el tiempo medido y poca experiencia». En realidad tampoco le interesa profundizar. Siente alergia a la especulación teórica: «La idea que no puede transformarse en palabra no es buena idea, la palabra que no puede transformarse en acción no es palabra válida», comentaba. Su interés estriba en el pensamiento vinculado a una acción «solidaria y comunitaria», orientada a movilizar, concienciar, educar, criticar, confrontar. Se ha otorgado una función de «pensador en voz alta» cuyo perpetuo inconformismo llega a resultar incómodo para los jóvenes que le rodean, a los que no deja reposar, planteándoles, en inacabable sucesión, nuevas preocupaciones, ideas, y empeños que abordar. José María Ormaechea recuerda: «nos poníamos el buzo a las 7,30 del lunes y nos lo quitábamos a las 7 de la tarde del sábado».

El apostolado juvenil era la vía para actuar sobre necesidades permanentes de los mondragoneses (vivienda, trabajo, justicia, diversión) mediante una humanización de la sociedad y el trabajo. «Movilización» es un término que, en sus diversas variantes, aparece insistentemente en los testimonios de los jóvenes que, con el paso del tiempo, darían con él el salto a la autogestión. Para poder responder a esa filosofía de acción colectiva permanente les comentaba en una excursión estival de este año que debían llenar el espíritu de «ideales grandes y santos» que, a través de la Acción Católica, les llevaran «[a] ser útiles a la Causa Santa de Cristo». Y ello exigía «sacrificio» individual y renuncia del «egoísmo». Cada joven tenía un papel único que representar en la vida, si no lo cumplía el hueco que dejaba era insustituible: «nos creemos anónimos, y no lo somos», les decía. De esa forma iba difundiendo en ellos la conciencia de que eran seres sociales y se iba convirtiendo en un líder, condición para la que se había formado: «un líder [con] un claro sentido de la realidad y de lo que considera posible», señala José Luis del Arco; «un líder, mitad espiritual y mitad organizador, que se calificó por tratar de restablecer la justicia social y la equidad entre los hombres», afirma José María Ormaechea.

Este perfil dual de liderato, a la par contemplativo y movilizador, que adelanta el modelo sacerdotal del Concilio Vaticano II, fue uno de los contenidos más exclusivos que Aldabalde trasladó a la elite que formó en torno a él. El propio José María describió mucho después su liderazgo de esos años como «un proceso de movilización, de concienciación y capacitación, de teoría y práctica, de autogobierno y autogestión, en el que los jóvenes, cara a los serios problemas de financiación [de la obra de promoción social] organizaban rifas, quinielas y otros actos pú-

blicos que no sólo facilitaban la financiación sino que también les daban la oportunidad, especialmente a los jóvenes más dinámicos, de tener un alto adiestramiento práctico. (...) Fueron esos los jóvenes que más adelante serían los protagonistas de la experiencia cooperativa. Prácticamente fueron ellos los que hicieron todo, porque yo era el que se reservaba la tira más cómoda: pensar en voz alta. Todo lo que hacía era suscitar una idea y provocarlos, y nada más». Y nada menos...

Entre esos jóvenes estaban los hermanos Alfonso y Julio Gorroñogoitia, José María Ormaechea, Jesús Larrañaga, Javier Ortubay, Luis Usatorre y el resto de sus compañeros de la Escuela de Aprendices, a los que se unían otros muchos igual de voluntariosos. Muchos de ellos estudiaban en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera y todos fueron formando su particular «grupo selecto» de apóstoles sociales. No recibieron por ello una educación más esmerada que la de sus otros compañeros sino que, simplemente, quedaron más seducidos por el mensaje de este hombre austero, asequible, sencillo, activo, conciliador... Pronto ellos impartieron círculos de estudio y diseñaron actividades sociales como vocales de las secciones del Centro y de su directiva. Para ello supieron aprovechar a fondo las charlas formativas de miembros muy destacados del Movimiento Sacerdotal de Vitoria (Ángel Suquía, Ángel Morta, Ramón Beitia, Gregorio R. de Yurre, Atanasio Goicoechea, etc.) y los ejercicios espirituales que realizaron con ellos en las casas diocesanas. Y es que la espiritualidad de su mentor fue un factor clave en esta elite de jóvenes seglares, como apuntó uno de sus formadores, Antonio Oyarzabal: «pude comprobar en ellos una formación cristiana equilibrada a base de un cristianismo horizontal muy acentuado, pero también debidamente enraizado en la dimensión vertical de la vida sobrenatural. Era una simbiosis del amor de Dios y del prójimo».[25]

En su acompañamiento espiritual y educativo de estos jóvenes José María no camina solo. «Estimado D. Rufino. Dos letras de saludo, ya que para más no tengo tiempo y dentro de poco le pienso ver despacio. Desde luego no será porque Ud. cumpla lo prometido... No se enfade; mi gesto de protesta esta vez nace de la demasiada confianza que le he tomado. ¿Qué es eso de pedir a D. Rufino que pierda una tarde para venir a Mondragón?» Así comienza una carta de verano de

---

[25] AJMA, C6: «A propósito de una iniciativa; Reflexiones», Mondragón, 17-II-41; C18: «Excursión-Reunión de Dorleta 12-7-1942. Sacrificio y responsabilidad»; Gorroñogoitia: «En memoria de un maestro», en *Semblanzas,* pp. 68-70; *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p. 4; Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* p. 36; *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* pp. 2 y 11; «Arizmendiarrieta, empresario», p. 21; Goicoecheaundía: *Antecedentes del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* p. 170; del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* p. 28; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 21 y 23; William Foote Whyte y Katheleen King Whyte: *Mondragón: Más que una utopía,* Txertoa, San Sebastián, 1989, pp. 277 y 302-304; Fraile: *La retórica contra la competencia en España,* pp. 160-161.

1942. En ella comenta una confidencia ilustrativa de su vida contemporánea. Le había llegado la convocatoria de los exámenes de licencias ministeriales, a los que debían presentarse los curas para renovar los permisos para predicar, confesar, oficiar misa, etc. Había calculado mal las fechas y apenas había estudiado: «Bien sabe Dios que, sin embargo, no he podido más». Se siente cansado: «El señor Obispo el día que estuvo aquí me mandó descansar y me dijo que no me apurara... Pero quién no se apura con un montón de libros delante y sin tiempo para nada. Estoy tentado de cerrar todo e irme a no sé dónde. No me dejan en paz. Además, algunas cosas no las puedo dejar: tandas de ejercicios, por ejemplo, que si ahora no aprovechamos... después nos quedamos a dos velas». Está agotado de trabajo pero entusiasmado con su vida. Trata de aprovechar hasta el último resquicio de cada día. Le preocupa el cuidado por la «parroquialidad» de la Obra de Ejercicios. En una charla a compañeros sacerdotes de por entonces subrayaba: «Hablaremos hoy de una modalidad que encierran nuestros Ejercicios Espirituales Parroquiales; queremos fijarnos en esta palabra: "Parroquiales". Es el carácter específico de nuestra Obras. En una época de «crisis de la Humanidad» los ejercicios espirituales deben ayudar a la formación de apóstoles que sirvan al sacerdote en la construcción de una nueva sociedad cristiana.[26]

En estos momentos existen dos Casas de Ejercicios Parroquiales abiertas, la de San Sebastián y la de Bilbao, que se unen a la Casa de Noviciado de la Compañía de Jesús en Loiola. El mismo mes de su llegada a Mondragón, los directores de las empresas habían acordado, para reducir gastos, remitir las tandas de obreros a esta última, «sin que esto obste para que se puedan mandar también a Villa Sta. Teresa cuando pareciere conveniente». Existía una tensión subterránea entre la Obra Parroquial de Ejercicios y la Compañía de Jesús por el control de las tandas. La situación culminó con la celebración, en 1942, de una reunión en Loiola a la que fue invitado José María: «La reunión (...) iba dirigida a empresarios y colaboradores de la Obra de Ejercicios de los Jesuitas. Como yo estaba muy relacionado con los empresarios y solía mandar a muchos aprendices obreros a las tandas de Ejercicios, me invitaron también, pero por cumplimiento nada más». La competencia feroz entre jesuítas y párrocos diocesanos llevaba a los primeros a bajar los precios por la estancia en Loiola para ganar más tandas. La situación era difícil para la Obra Parroquial, que carecía de ambiente favorable entre un empresariado proclive a los jesuitas por haberse

---

[26] AIMS, Caja A.5, Correspondencia, Carta a Rufino Aldabalde, Mondragón, 1 de junio y 12 de octubre de 1942; AJMA, C11: «Ejercicios espirituales parroquiales. Labor de conjunto», sin fecha (primer título manuscrito), pp. 2-6; C18: «Obra parroquial de Ejercicios Espirituales de Mondragón», Mondragón, 21 de julio de 1941, p. 2; hojas de calificaciones, exámenes de 1941,1945,1946, 1947.

formado mayoritariamente en sus centros de educación superior. El objeto de la reunión era conseguir su voto favorable para que la Compañía de Jesús alcanzara el monopolio de los ejercicios en la diócesis. José María intervino en la reunión defendiendo la Obra Parroquial frente a estos propósitos. Los jesuitas lograron que el empresariado financiara una nueva casa para los novicios, dejando la antigua para los ejercitantes, pero la intervención del coadjutor de Mondragón desbarató su pretensión de monopolio.

En Loiola, José María redactó un esbozo de estatutos de la Obra Diocesana de Ejercicios para que se llevaran al Obispo. Luego, Aldabalde convocó una asamblea en Vitoria donde se discutió la constitución de un Secretariado Diocesano de dicha Obra, también esbozado por José María. Entre 1941 y 1943 la proporción de obreros mondragoneses enviados a Loiola descendió y aumentaron las tandas destinadas a las Casas Diocesanas. En 1944, Camilo Basterrechea le comunicó que había recibido cartas de protesta de los jesuitas por los pocos obreros que Unión Cerrajera les enviaba. José María acabó discutiendo con ellos por teléfono, acusándoles de pretender convertir los ejercicios en «un negocio». Las comunicaciones se rompieron si bien la relación mejoró después. Esta polémica fue uno de sus primeros episodios de «ira santa».[27]

Y es que uno de sus principales desvelos cotidianos era el cuidado de la espiritualidad obrera. Seguía recomendando jóvenes católicas como aspirantes al Instituto de Misioneras Evangélicas. Tenía gran confianza en la capacidad regeneradora de los ejercicios espirituales, pues era testigo de cómo regresaban muchos obreros de estas tandas y participaba en su seguimiento espiritual. En 1942 varias obreras se entrevistaron con Aldabalde enviadas por él y, de paso, le hicieron entrega de cartas suyas. «La portadora está muy bien dispuesta. (...) Creo que será, lo digo sinceramente, una misionera ideal. (...) Las siguientes (...) que salgan (...) las tenemos que hacer para Mondragón que también aquí hacen falta. Nos entenderemos: a Ud. le daremos un tanto por ciento. ¿No le parece?». Hay mucho más que inocente broma en este comentario. Concedía gran importancia a contar con obreros entregados a tareas de apostolado.

---

[27] AIMS, Caja B «Testimonios», «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón por las misioneras Mª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, Director de la Escuela Profesional de dicha villa», p. 2 y «Nuevos datos aportados por D. José María Arizmendiarrieta, Director de la Escuela de Formación Profesional de Mondragón, sobre D. Rufino Aldabalde y el Movimiento de Ejercicios en la Diócesis de Vitoria», Mondragón, 4 de septiembre de 1963; AJMA, C80: Carta de Joaquín Galar a Camilo Basterrechea, Loyola, 3 de noviembre de 1944; Carta de Juan José Goicoechea, Loyola, 4 de noviembre de 1944; C6: Cuadro estadístico de la Obra Parroquial de Ejercicios Espirituales de Mondragón, trienio 1941-1943; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 188; Ormaechea: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* pp. 7-8; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 8, p. 29; ampliado con JMAFO12.

Acompañó espiritualmente a jóvenes mondragoneses que acabarían siendo sacerdotes o religiosas con disposición y exigencia. No en vano reunía las dotes requeridas al efecto que eran optimismo, humanismo, caridad, prudencia y capacidad psicológica –según Venancio Iceta–; y espiritualidad, recto juicio, prestigio social, experiencia de vida, paciencia y culto a la verdad –según Rufino Aldabalde–. La prudencia era especialmente apreciada en esta labor y él disponía de ella a raudales. Sus discípulos recuerdan un juego de palabras que les contaba y que había aprendido de Aldabalde: «si una confidencia la conocía uno, sólo la sabía él *(I);* pero si ya eran dos, la sabían once *(II)*». Pero no buscó especializar su sacerdocio en la dirección espiritual, simplemente se sirvió de ella ayudado por el confesonario y sus deberes de Consiliario. Así fue haciendo de los jóvenes que le rodeaban hombres. Les guió en su iniciación al trabajo, el deporte, los espectáculos, la amistad, la pareja. Y, a la par, los fue haciendo religiosos, amigos de la meditación y la devoción religiosa, forjándolos en los valores y principios que ordenaban su vida: el deber, el sacrificio, el dominio de las pasiones. Y los animó a volcar todo ello en la Acción Católica. Si los eligió bien fue porque disfrutó de la «fuerza para captar los momentos de las almas» y del «poder de penetración en las personas y en las cosas», aspectos que, según Aldabalde, caracterizaban a todo buen director espiritual.[28]

Juventud Deportiva de Mondragón

En 1942, José María decidió activar la sección deportiva de Acción Católica y dotar al pueblo de un equipo de fútbol como parte de su labor de promoción del ocio juvenil. El 1 de abril de 1942 la Juventud de Acción Católica alquila y habilita el campo de fútbol de Maala y dos meses después nace Juventud Deportiva de Mondragón, dirigida por José Ayala. Comienza un torrente de gestiones destinadas a financiarla y preparar la compra de un campo. Hojas volantes inundan el pueblo anunciando la nueva sociedad deportiva, sus problemas y necesidades. Llevan la firma de Juventud Deportiva de Mondragón, pero bajo ella se esconde su Consiliario. En una de ellas sintetiza el fin de la nueva obra: «Nuestra juventud necesita actividad y dinamismo: nuestra juventud necesita esparcimiento sano tanto para el cuerpo como

---

[28] AIMS, Caja A.5, Correspondencia, Cartas a Rufino Aldabalde, Mondragón, 23-4-1942 y 1-6-1942; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* Testimonio 2, pp. 13-15 y Testimonio 16, pp. 52-53; *José María Arizmendiarrieta Madariaga. Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxeberria,* pp. 11 y 19; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 104; Venancio Iceta: *Naturaleza y práctica de la dirección espiritual. Documento III,* Eset, Vitoria, 1988, pp. 13-31 y 106-110; Rufino Aldabalde en *La dirección espiritual en la espiritualidad de Vitoria,* pp. 91-96; Antonio Oyarzabal: *La obra diocesana de los Ejercicios Espirituales Parroquiales. Estudio histórico pastoral,* Eset, Vitoria, 1985, pp. 62-64, 86-95. Ampliado con JMAFO11 y JMAFO12.

para el alma. La Juventud se nos pudre en la inactividad y en la impasibilidad». En el pueblo se comenta la iniciativa con escepticismo. «Hoy necesitamos pan y no fútbol» es un comentario común en las tertulias mondragonesas que recoge y contesta en estas hojitas recurriendo a una vena cómica que pocas veces deja entrever en sus intervenciones públicas: «Es posible que en más de uno esta distracción [deportiva] corrija el exceso de jugos gástricos y la hipercloridria que no puede menos que provocar en los hombres ese continuo pensamiento del pan».

El 28 de agosto de 1942 Mondragón sufre una inundación devastadora. El campo alquilado queda destrozado, las competiciones se suspenden. Vuelta a empezar. Redacta nuevas hojas de información y envía un aluvión de cartas para recaudar fondos. Obtiene el concurso de las principales empresas para su reconstrucción. Unos meses después se anuncia públicamente la ocupación del terreno alquilado en Maala, que era propiedad de la empresa Elma. Decide promover una nueva campaña de recogida de fondos para construir un campo propio. Mondragón ha ganado la Copa de Guipúzcoa de la temporada 1942-1943 venciendo al Tolosa F.C. por cinco a cero. Los jóvenes de Acción Católica acuden a ese partido con carteles de letras rojas impresas en fondo verde con lemas como: «El deporte nos une. Dadnos un campo y seremos campeones». Son las mismas consignas que aparecen en las hojas que publica para animar a financiar la obra: «El deporte nos fortalece (...) material y espiritualmente (...), el deporte NOS UNE. Si queréis que el agua no se pudra, dejad que corra. Si queréis que nuestra juventud sea sana, sacadla al campo, no toleréis que se atasque en los mostradores o en los petriles. ARRIBA LA JUVENTUD DE MONDRAGON».

En una carta dirigida al presidente de la Cerrajera expone el papel de esta iniciativa dentro de Acción Católica: «El objetivo general que nos hemos propuesto para el próximo curso es movilizar la masa juvenil de nuestro pueblo. Sin descuidar la formación y conservación del núcleo que tenemos constituido con los mejores, vamos a actuar sobre la masa. No cabe duda que para nuestro objeto el deporte es un auxiliar poderosísimo que esperamos explotarlo». A lo largo de la Liga organiza rifas navideñas, quinielas, suscripciones populares, gestiona subvenciones de la diputación, redacta más y más cartas solicitando ayuda a los empresarios y a la gente del pueblo. Todo con tal de conseguir fondos. A fines de 1943 ya ha localizado el terreno para el nuevo campo, Iturripe, en las afueras del pueblo. El proyecto pertenece a Mondragón, subraya, por lo que el papel de la Acción Católica será temporal: «asumimos la representación deportiva de la Villa no con carácter de entidad particular y, por lo tanto, limitada, sino con el amplio [sentido] que la popularidad del deporte lo requiere (...). Día lle-

gará en que, organizada debidamente la Sociedad, sean los socios de la misma quienes nombren los elementos aptos para la constitución de la Junta Directiva». En 1944 gestiona el crédito bancario para la compra del campo. Cuando en 1945 se inaugure, Juventud Deportiva contará con un himno firmado por el Maestro Munárriz, director de la banda municipal de música. Pero quien ha pasado meses emborronando hojas en busca de la letra apropiada que condense el espíritu de su nueva iniciativa ha sido él. Lo cierra con una frase que resume su tenacidad inquebrantable en las empresas sociales que acomete: «¡Aupa! Deportivo, Campeón serás. Quieran o no quieran en la Liga jugarás». Idea también secciones de montañismo y pelota, de atletismo, de ciclismo. Al final de cada temporada, Juventud Deportiva organiza una excursión juvenil al monte. Se celebra una misa de comunión y después conciertos, cucañas, cantos, comida, aurresku y romería amenizan la velada. La juventud aprende que es posible soñar.[29]

La noche del 8 de diciembre de 1942 consagra el salón de actos del Centro a la Virgen María. En ese acto, confiesa: «Habremos conquistado a la Juventud de Mondragón cuando le hayamos proporcionado un ambiente sano en sus fábricas, en esos valles, en sus plazas y por eso vamos a las fábricas, a las plazas, a la calle para saturarlo todo de espíritu cristiano». Imprime una intensa devoción mariana a la Juventud de Acción Católica, la misma que ha absorbido como «sacerdote-víctima». Cada Navidad es una ocasión de fermento solidario que llega a todas partes. Toda iniciativa es útil para resolver problemas concretos y alimentar iniciativas que, si no, se deslizan a quehaceres egoístas. Es el tiempo de ilusionar a los niños, un colectivo por el que siente especial devoción. De ellos habla insistentemente en sus sermones sobre el problema de la familia y la falta de vivienda. En sesiones agotadoras, después del estudio y el trabajo, los jóvenes acuden a preparar los ensayos de obras teatrales y zarzuelas, para las que han de montar escenarios y organizar pases. Y, luego, arman y decoran las carrozas de la cabalgata del día de Reyes, se visten de pajes, reyes, *olentzeros, bizar zuris,* practican cantos y villancicos, y reparten centenares de cartas que recolectan fondos «para que todos en Mondragón

---

[29] AJMA, C4: «Juventud Deportiva de Acción Católica», Mondragón, 6-X-43; C79: Hetruc. *Memoria de la labor desarrollada por la Hermandad de Previsión Social de Trabajadores de la Unión Cerrajera, durante el ejercicio correspondiente al año mil novecientos cuarenta y* dos, Tipografía de Roneo, Mondragón, febrero de 1943, p. 10; C64: Acta del alquiler del Campo de Maala por Juventud Deportiva de Mondragón, 1-IV-1942; Hoja volante de presentación del partido entre Amaikak-Bat de Deva y J.D. de Mondragón; Borrador de Hoja Volante, «Juventud Deportiva de Mondragón. Voz de alarma. 11 de octubre de 1942», «Juventud Deportiva de Mondragón. Ecos Callejeros»; Modelo de carta de solicitud de fondos a industriales, fechada el 23 de diciembre de 1942; C18: cartas de solicitud de fondos dirigidas a Ricardo Oreja y Eugenio Resusta, agosto de 1942; C64: «Juventud Deportiva de Mondragón», hoja volante sin fecha; «Memoria de J.D.M. correspondiente al ejercicio 1943/44», 3 de junio de 1944; Convocatoria de «Excursión a Landa», 25 de julio de 1944; C66: borradores de himno, manuscritos.

pasen Pascuas felices, para que estas fiestas tengan un digno remate de consuelo y alegría aun en los hogares tristes».

Acto culminante de estas campañas navideñas es el «Día del niño pobre», jornada destinada a recaudar dinero, ropa y juguetes para los regalos de Reyes de los niños con menos recursos. En la sede de la Acción Católica los pequeños depositan en un buzón o entregan al *Bizar-Zuri* cartas con sus necesidades, para las que se destinan los donativos que recaudan los jóvenes. En diciembre de 1942 publica, por primera vez, la hoja volante *Aleluya,* que presenta el programa de actos navideño y llama a la participación en la campaña de recaudación. Está elaborada por él. Bajo el programa de cada día inserta una mancheta con consignas para llamar la atención. Los años de oficio periodístico le han pertrechado de un agudo conocimiento sobre cómo atraer al público lector y guiar su opinión: «Mira si te queda alguna prenda que pueda ser útil a algún niño», «Lo que a ti te sobra no es tuyo en la ley cristiana si hay otro que lo necesita», «¿No te puedes privar de alguna comodidad o algún capricho estos días de alegría para que otro más necesitado goce también un poco?» En este despliegue de iniciativas concienciadoras puede vislumbrarse su perfil movilizador.[30]

Seducidos por la actividad frenética del Consiliario, el número de jóvenes mondragoneses aspirantes a la Acción Católica crece, lo que genera conflictos de competencia. Los viatoristas ven con molestia la predilección de sus estudiantes por la Acción Católica en lugar de la «Cruzada eucarística» que ellos promueven. José María ha organizado la Juventud de Acción Católica en tres áreas según el lema «Piedad, Estudio y Acción». La de «Piedad» estimula prácticas sacramentales y piadosas. Todos los jóvenes aprendices, aquellos que van constituyendo su elite de jóvenes discípulos, militan activamente en ella. Muchos, además, colaboran en el área de «Estudio», cuya base son lecturas guiadas y los círculos, en los que se abordan asuntos de dogma, apostolado y actualidad. Otros muchos participan también en la tercera área, «Acción», destinada a la movilización de conciencias. Está dividida por delegaciones, como la de Propaganda, que se encarga de las representaciones teatrales; la de Ejercicios Espirituales, destinada a impulsar esta obra organizando las tandas de obreros, etc. Dos de ellas son nuevas y muy importantes para la orientación de su obra evangelizadora.

---

[30] AJMA, C18: «Consagración del Salón de Actos a la Virgen», 8 diciembre de 1941; cartas de colecta navideña fechadas en diciembre de 1942 y firmadas por el Presidente de JACE; *Aleluya, Navidades de 1942,* hoja volante con la programación navideña de Juventud de Acción Católica; Ormaechea: «Una solución a tiempo para cada problema», pp. 11, 14.15; Larrañaga: «Hizo camino al andar», p. 76 y *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 86; Gorroñogoitia: «En memoria de un maestro», en *Semblanzas,* p. 67.

La primera es la de Apostolado Social. Entre el 1 y el 7 de febrero de 1943 había participado en una nueva Semana de Estudios Sociales en el Seminario cuya segunda lección corrió a cargo de Gregorio Rodríguez de Yurre y versó sobre «Sistemas sociales». Probablemente no era la primera vez que trataba con el que pronto sería el principal teórico de la doctrina social de la Iglesia en España, pues éste llevaba desde 1939 como profesor de Filosofía en el Seminario. En estas fechas José María decidió fundar una Academia de Sociología en el Centro de Acción Católica. Su propósito era «formar a los futuros dirigentes obreros» y es que «el capitalismo puede tender al proletariado una gran trampa. Puede permitirle avanzar acaso demasiado precipitadamente en sus conquistas para dejar que luego sucumba por la impericia e incapacidad de sus mismos dirigentes impotentes para organizar la vida económica», advertía un año después en la hoja volante *Voy*.

La Academia comenzó a funcionar el 24 de junio de 1943, con un círculo de estudios semanal. Las reuniones se dividían en tiempos de lección y estudio. Formaba a los jóvenes recurriendo al *Manual de Orientación Social* del jesuita Pedro Vila Creus. Contaba con una sección de la biblioteca destinada exclusivamente a la cuestión social. En su segundo curso, el de 1944-1945, recuperó la formación que había recibido un año antes de Gregorio R. de Yurre, dedicando todo el año al estudio de los «Sistemas Sociales»: liberalismo, socialismo, corporativismo, nacional-socialismo y nacional-sindicalismo. Para entonces la Academia ya había sido integrada en la nueva delegación de Apostolado Social. Los jóvenes que en ella participaban debían prepararse para «constituir un bloque compacto» en las fábricas «para defender sus intereses económicos, sociales y morales» y formar la elite católica que actuara en la reforma de la empresa.[31]

La segunda nueva delegación que formaba parte del área de «Acción» era la Castrense. Su objeto era «asegurar una comunicación regular con los jóvenes que están en servicio militar o ausentes por otros motivos». Para ello, fundó una revista denominada *Aleluya,* de 12 páginas y tirada a multicopista, destinada a llevar «el aliento de los hermanos de la Acción Católica a esos jóvenes reclutas que viven en otro ambiente» y mantener correspondencia con ellos. Cada año se convocaba a los reclutas a una despedida y se les pedía que escribieran con el fin de enviarles la revista, instándoles a colaborar con ella. La inicia-

---

[31] ASDV, ASP 1943, Relación de participantes en la Semana de Estudios Sociales del 1 al 7 de febrero de 1943; AJMA, C19: «Memoria de la Asociación de Jóvenes de Acción Católica de Mondragón. De Pentecostés de 1943 a Pentecostés de 1944»; C20: «Memoria de la Asociación de Jóvenes de Acción Católica de Mondragón. 1 de sep. 1944 a 1 de sep. 1945»; C24: Carta del Hermano Mateo, Mondragón 19-10-1943; C103, Borradores de la hoja volante *Voy,* sin fecha, 1942-1945; «La Junta directiva de Juventud de A.C. de Mondragón que se propone para su constitución», sin fecha; Fraile: *La retórica contra la competencia en España,* pp. 160-161.

tiva estaba influida por el buen recuerdo que guardaba de la revistilla Seminario que recibía en Burgos. El primer número, de mayo de 1943, dejaba claro su fin: «Conviene, y a ti más que a nadie, seas en el Cuartel el mismo que eras aquí. Consciente, con la misma conciencia, no más ancha, y la misma religiosidad. Es difícil. Ya lo sabemos. El aire del Cuartel es indiferente y muchas veces hostil para tus delicadezas en Religión. Por eso te llevamos hasta el cuartel el aire de tu Parroquia, de tus padres, el de tu novia acaso... el de Mondragón. (...) ALELUYA, esto es alegría, éste es el camino».

El tono del boletín era muy piadoso y estaba saturado de alegría: «vivir», dirá en otra editorial, es «derramarse», es «derrocharse». Noticias deportivas, rumores de la calle, información parroquial, relatos humorísticos y jocosos sobre el pueblo, chistes candorosos. *Aleluya* es una crónica fundamental para conocer el Mondragón de aquellos años y la mentalidad compleja e inquieta de los jóvenes que la redactaban, los mismos que luego participarían en la experiencia cooperativa. Todo el tinglado estaba supervisado por él. Elegía a los redactores, redactaba el editorial, definía los temas y contenidos, proponía la maquetación. Lo demás corría a cuenta de los jóvenes colaboradores, desde los envíos por correo a los dibujos e ilustraciones de su interior. La revista tiraba unos 160 ejemplares y a fines de 1945 había publicado diecisiete números.[32]

Socializar el saber

La persecución del nuevo orden cristiano que José María pretende requiere una doble acción educativa: transformación moral y capacitación técnica. La primera está al alcance de todos gracias a la Acción Católica, la segunda, no. La Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera no admite a buena parte de la juventud mondragonesa. El coadjutor rápidamente advierte la necesidad de superar esa desigualdad que deriva a esa juventud a la ignorancia y facilita su dependencia respecto de la clase empresarial. Tal es la lectura que hace del problema. Una sentencia de Wilhem Liebkechte inspirada en Francis Bacon, «el poder es saber» sintetizará su ideario educativo. En el verano de 1943 decide crear un nuevo centro educativo. Conoce la Escuela Profesional que ha abierto dos años antes Pedro Anitua en Vitoria. En esta ciudad, como en Mondragón, el fin de la enseñanza primaria abortaba la educación de los adolescentes de origen humilde, debido a la esca-

---

[32] AJMA, C19: «Memoria de la Asociación de Jóvenes de Acción Católica de Mondragón. De Pentecostés de 1943 a Pentecostés de 1944»; C20: «Memoria de la Asociación de Jóvenes de Acción Católica de Mondragón. 1 de sep. 1944 a 1 de sep. 1945»; «Editorial», *Aleluya,* nº 1, mayo de 1943; nº 4, agosto 1943; Ormaechea: «El hombre que yo conocí» y «perfil humano», pp. 11 y 42; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», p. 77.

sez de centros de educación secundaria y a su alto coste. En 1940, Anitua, en colaboración con Manolo Zaldívar y gracias al apoyo económico de Eduardo Sánchiz, había habilitado el segundo piso de la escuela del barrio obrero del Prado, apenas una buhardilla, que abrió a quince muchachos el 14 de abril de 1941. El resultado fue positivo y pensó en ampliar la iniciativa. Ocupó los locales de la Fundación Olabe en la calle Arana y comenzó en ellos el primer curso normal de la Escuela, el de 1941-42, con un claustro de profesores en el que figuraba Ramón Narbaiza. En este centro se pretendía capacitar al futuro obrero no sólo técnica, sino también moralmente, convirtiéndolo en un sujeto capaz de prestar colaboración al sacerdote en la reconstitución de la sociedad.

José María es «amigo espiritual» de Narbaiza y tiene amistad con Anitua. En julio de 1943 visita su escuela en Vitoria obteniendo valiosísima información sobre las gestiones que debía realizar. Cuenta Anitua: «D. José María encontró en nosotros toda la ayuda de la que éramos capaces. Yo le repetí: no inventes lo que nosotros hemos andado ya; cuenta con ello y tú sigue adelante». En realidad, su obra educativa, si bien iba a seguir sus pasos, contaba ya con una fundamental diferencia: la elite obrera destinada a ayudarle en el apostolado social ya estaba formándose, técnicamente en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera y moralmente en Acción Católica. Llevaba tres años con ellos. De todas formas la creación de la Escuela Profesional de Mondragón muestra de nuevo la inserción de su obra social en el Movimiento Sacerdotal de Vitoria, adelantada por su participación activa en la Obra Parroquial de Ejercicios Espirituales, en la Acción Católica y en un perfil de sacerdocio sostenido en la victimación. El experimento educativo que va a llevar a cabo se adapta perfectamente a la intensa orientación social que adquirió rápidamente el Movimiento Sacerdotal de Vitoria, y que bien subraya Fernando Urbina.[33]

En los borradores de varios artículos preparados para una hoja volante titulada *Voy,* de vida incierta, el coadjutor se esconde en el anonimato de un seudónimo ya aludido, *Jomarma,* para definirse como «portavoz de los derechos de [los] jóvenes [obreros] que en el estudio

---

[33] AJMA, C86: Carta de Cástor Uriarte, Marquina el 18 de agosto de 1943; *Diocesanas. Un motor del desarrollo alavés. 1942-1992. De la Escuela de Aprendices al Instituto Politécnico,* sin autor, Instituto Politécnico Diocesano, Vitoria, 1992, pp. 34-40 y 111-115; Urbina: «Formas de vida de la Iglesia en España», p. 31; Anabella Barroso: «Historia», en I. Sáez de la Fuente (ed.): *Creencia e increencia en la Bizkaia del tercer milenio,* IDTP y Desclée de Brower, Bilbao, 2001, p. 102; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 170-171; Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 153-156; Garay: *El sentido de Iglesia en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 91-92; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 418-419; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 74-75 y 103-104; Robrecht Boudens: «Quinze siècles de prêtise. Apeçu historique», en J. Derkhofs (dir.): *Des prêtres pour demain. Situations européennes,* Cerf/Lumen Vitae, s.l., 1995, pp. 151-155; Fernando García de Cortázar y Josémari Lorenzo: *Los pliegues de la Tiara. Los Papas y la Iglesia del siglo XX,* Alianza, Madrid, 1991, pp. 107-108 y 110-113.

y en el trabajo quieren encontrar las alas que les ayuden a remontar su vuelo hacia nuevos horizontes de la vida». Habla sin la autocensura que se aplica en sus manifestaciones en la parroquia o el Centro de Acción Católica, ya de por sí heterodoxas. El proletariado, cuando adquiere conciencia de su dignidad, debe exigir que «se [le] respete». Y «por respeto entiende consideración a su inteligencia proporcionándole medios para desenvolverse cuando le inquieta la sed de saber, por respeto entiende el ambiente y las posibilidades para llegar a más mediante el desenvolvimiento de sus facultades o aptitudes naturales», pues «la inteligencia es la raíz fundamental de la dignidad humana a la vez que la base inconmovible de su igualdad básica».

Así, «la primera arma del proletariado, el primer elemento de su equipo de lucha tiene que ser la CULTURA», a la que todos deben tener derecho. Y junto a ella, «la formación técnica (...) [que] permitirá a los obreros españoles «asimilar los métodos de fabricación de otros países». Entre correcciones manuscritas y esquemas de maquetación, profundiza en los fines de un pensamiento liberador: centrado en «LA JUSTICIA SOCIAL»: «EMANCIPACIÓN DE LA INDUSTRIA», permitiéndola liberarse del estancamiento tecnológico y perfeccionar el trabajo obrero para poder competir con la extranjera; «FOMENTO de la industria pequeña», permitiendo la iniciativa individual y, por último, «EMANCIPACIÓN SOCIAL» preparando a las masas a la intervención en la dirección de la empresa. En *Voy,* José María expone un proyecto emancipador de la clase obrera que, sin saberlo, culminará doce años después en la empresa cooperativa.

La enseñanza profesional se convirtió en el pilar filosófico de su obra social, sustentado en un ideario pedagógico afirmado en cuatro ideas claves. La primera era el carácter mixto de esta empresa educativa. Competía al Estado tanto como a los empresarios, pues, si éstos se pretendían católicos, no podían ignorar la doctrina de Pío XII de que «los medios suficientes para poder atender a la formación y educación de los hijos constituyen un complemento del salario que se debe al trabajador». La segunda era su finalidad pastoral. Los obreros cualificados formarían una minoría encargada de dirigir a las masas obreras. La Iglesia debía asegurar, pues, la correcta educación espiritual, moral y política de estos apóstoles obreros. Por ello, en ningún centro de enseñanza profesional «debe faltar el sacerdote o Consiliario que (...) sea verdadero padre de cada uno de ellos». La tercera era la compatibilidad entre el trabajo y el estudio: «abogamos por aquella fórmula que permita simultanear el trabajo y el estudio», que permitiría a los alumnos adquirir buena parte de su formación en una empresa en régimen de contrato, como aprendices. La cuarta idea era asegurar una amplia formación cultural que completara a la técnica, que debía ser asimilable a la del Bachillerato, para que los jóvenes obreros no estu-

vieran en inferioridad de condiciones respecto a «los que han optado por no ensuciar las manos ni sacar callos». De tal manera que si en el futuro optaban por otra orientación profesional o por acceder a estudios superiores, tuviesen la formación requerida para ello. La educación social debía ir pareja a la religiosa y moral para que «salgan de la escuela con una visión clara de lo que puede y debe ser el mundo a la luz de los principios cristianos aplicados al mundo del trabajo». El fin de ello lo había apuntado en Voy: un proyecto de emancipación social que, alimentado por una nueva «espiritualidad del trabajo», condujera a la reforma de la empresa capitalista. El lema de la Escuela con la que buscaba alcanzarlo era «socializar el saber para democratizar el poder», inspirado en Bacon y Liebckechte.[34]

Según datos de 1950, la tasa de escolarización primaria completa en España sólo cubría el 47% de la población infantil y la secundaria quedaba reducida a un 18% de la adolescente. Ernest Gellner destacó, veinte años después de que José María perfilase su pensamiento educativo en estos años, que el elemento característico de la sociedad creada por el capitalismo industrial era la cultura. La movilidad laboral explicaba la peculiar capacidad de adaptación del sistema económico de libre mercado, que permitía distribuir a los trabajadores por sectores de producción y trasladarlos de un sector a otro, según sus necesidades, de un modo espontáneo y eficiente. Sin embargo, para que esa movilidad fuera posible era preciso garantizar la educación de los niños y adolescentes, de los futuros trabajadores, hasta un nivel de conocimientos que, una vez introducidos en el mercado laboral, les permitiera cambiar de trabajo sin tener que aprender su tarea partiendo de cero.

La diferencia entre este sistema industrial y el gremial del pasado era, en definitiva, que el nuevo tipo de trabajo ya no requería prioritariamente la manipulación de productos materiales, sino de significados, y para su desempeño los trabajadores debían participar en la empresa con un bagaje cultural que les permitiera aprender sus funciones con rapidez. El conocimiento de la lengua en que recibían las instrucciones y de la cultura en que se comunicaba el sistema productivo era una necesidad para que pudieran sobrevivir y progresar en él. Por ello la «educación» y la «cultura» se convirtieron en los bienes sociales

---

[34] AJMA, C103: borradores de *Voy,* «Emancipación... o liberación», sin fecha, hacia 1944; C5: «La enseñanza profesional y los padres de familia», sin fecha, años 1943-1945; C6: «Misión del sacerdote en las Escuelas de Aprendices», Ponencia del Rvdo. P. José María Arizmendiarrieta, Director y Consiliario [sic] de la Escuela de Aprendices de Mondragón (Guipúzcoa) presentada en la Asamblea de Apostolado Social Sacerdotal en las Empresas, Madrid, Marzo de 1943, pp. 49-54 de las actas editadas de dicha asamblea; «La formación cultural y social cristiana del aprendiz, por el Rvdo. P. D. José María Arizmendi-Arrieta, Consiliario de la Escuela Profesional de Mondragón, Ponencia dada en la VI Reunión Nacional de Asesores de Apostolado Sacerdotal de Aprendices, Madrid, julio de 1955.

más apreciados de la sociedad industrial. Su tesis, como se ve, es sorprendentemente asociable a la del coadjutor mondragonés. Educar a la juventud obrera, transferirle tales bienes culturales, constituía una apuesta revolucionaria en un Mondragón atrapado en mentalidades aristocráticas, en donde la clase empresarial se reproducía a larga distancia cultural de la masa trabajadora.[35]

La Escuela Profesional

Todas las reflexiones de José María sobre educación y juventud obrera figuran en los documentos que elaboró como cuerpo doctrinal de su proyecto educativo en este año de 1943 y en los años posteriores. Las había compartido en conversaciones particulares con el empresariado mondragonés a lo largo de ese año, de las que había tomado ideas que le sirvieron para redactar un proyecto de «Escuela Elemental de Trabajo de Mondragón», que presentó a una junta de industriales y representantes locales el 2 de agosto de 1943. Era muy consciente de que debía superar la falta de interés sobre la promoción del obrero actitud que había percibido en industriales y autoridades municipales, que le habían trasladado reticencias sustanciales basadas en la falta de un edificio adecuado, la existencia de la Escuela de la Cerrajera y de una Escuela Pública Elemental de Trabajo en Bergara. Pero no cedió. Presentó el proyecto con el respaldo de Acción Católica porque entendía que esta entidad era la más adecuada para surtir al centro que deseaba de profesionales adecuados.

Pretendía solventar tres necesidades vinculantes: la de los empresarios, que precisaban personal técnico capacitado; la de los obreros, que verían en esta formación la salida ideal para sus hijos; y la de esta organización, que tendría en esta obra un instrumento fecundo de apostolado. Esos tres fines tenían representación en el Patronato de la Escuela, que reuniría a empresarios y obreros y se encargaría de dotarla de los medios económicos y materiales necesarios para su sostenimiento. El lugar elegido como local era la Escuela de Artes y Oficios Municipal, que se encontraba en una situación de abandono lamentable y estaba regentada por una Fundación que velaba por el patrimonio del filántropo liberal Pedro Viteri, que la había levantado a sus expensas a principios de siglo. El proyecto quedó aprobado el 10 de agosto de 1943 en una reunión presidida por el alcalde que contó con la participación de destacados empresarios de la localidad. El Patro-

---

[35] Ernest Gellner: *Cultura, Identidad y Política,* Gedisa, Madrid, 1989, esp. pp. 26-27; *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana,* Península, Madrid, 1994 [la figura de este pensador es analizada ampliamente en John A. Hall (ed.): *Estado y nación. Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo,* Cambridge University Press, Madrid, 2000]; Enrique Moradiellos: *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad,* Síntesis, Madrid, 2000, p. 114.

nato quedó integrado por representantes de las empresas que corrían con la financiación de la obra: Elma, la principal, pero también ASAM, Industrial Mondragonesa, Metalúrgica Cerrajera, Altuna Garay y Cía y A.B.C. Cía. Entre sus miembros figuraban también el párroco y el alcalde. La Junta Delegada, encargada de la normativa interna de la Escuela, la componían el propio José María, como Consiliario; un técnico de la Unión Cerrajera y eficaz colaborador en esta obra, José Lasa (que era, además, perito industrial), como Director, y un maestro, Prudencio Osinaga, como Prefecto de Disciplina. Al conseguir la colaboración de las empresas y la posibilidad de que los alumnos compatibilizaran prácticas en ellas con los estudios, las primeras necesidades no eran muy elevadas, si bien debían habilitarse aulas, taller, despachos, servicios, etc. El inicio de la Escuela estuvo marcado por una austeridad impresionante, con un taller dotado de un rudimentario taladro y una pulidora, que obligaban a realizar todas las operaciones a base de lima. El mobiliario en cada aula no iba más allá de unas tizas, lápices y tinteros para alumnos y profesores. Se decidió que los jóvenes ingresaran mediante un examen de aptitud abierto, primero, a hijos de los obreros de las industrias que colaboraban con el centro y, luego, a mayores de catorce años del pueblo, hasta 20 plazas.

A principios de septiembre redacta la hoja volante que da a conocer públicamente el proyecto. Llega la hora de concienciar, de comunicarse con el pueblo y hacerle de nuevo partícipe de la nueva obra, como antes con las actividades proinfantiles de Navidad, del Centro de Acción Católica o la Juventud Deportiva. Titulada «Escuela Profesional de Mondragón», la hoja comienza presentando el valor comunitario a promover: «La inteligencia es la base incomovible de igualdad que Dios ha puesto en todos los hombres (...) [y] es el mejor instrumento que posee todo hombre para emanciparse de la oscuridad y de la miseria». Recurriendo al historiador británico Thomas Carlyle reivindica la educación como una conquista social aún no alcanzada y presenta una de sus citas personales más conocidas, a la que acudirá insistentemente: «Todos los problemas económicos, políticos y sociales se reducen al problema hombre». Esta cita la coloca en negrita para que nadie pueda sustraerse de leerla.

A la hoja volante se sumará, unas semanas más tarde, comenzado ya el curso, un boletín destinado a profesores y alumnos. Mecanografiado, sin maquetación, su primer número no es más que un mero comunicado en el que marca, aún con más nitidez, el sentido del proyecto. En primer lugar, reclama responsabilidad de todos ante el trabajo a hacer: «Dios puso al hombre en el paraíso para que trabajara y naturalmente gozara mediante el ejercicio de tal actividad». No hay error en estas palabras, pese a lo que pudiera pensar-

se, dada su tradicional sintaxis confusa. Rechaza la apologética católica que desplaza el trabajo desde un plano positivo y creador a otro escatológico y purgativo. No es un sacrificio, hay que «santificarlo» y profundizar en su «espiritualidad»: «No es fácil explicar cómo a Arizmendiarrieta le satisfacía trabajar, y cómo en el mismo esfuerzo de llevar a cabo un trabajo encontraba su recompensa», recuerda uno de sus discípulos.

En esta reflexión sobre el trabajo y su espiritualidad presenta una referencia explícita al mundo campesino del que proviene, aquél en el que descubrió este ideario dignificador que luego, en el Seminario, dotó de savia teológica de la mano de Barandiaran, Araviotorre o Goicoecheaundía. Acude al campesinado como ejemplo de lo que ha de evitarse: permanecer anclado en la mera fuerza muscular por carecer de la formación técnica adecuada. Frente al campesino que malvive realizando esfuerzos que pueden hacer las máquinas, el obrero debe servirse de ellas para mejorar la calidad de su trabajo. Termina el comunicado con una de esas «bombas» que tanto gustaba soltar, capaz de no dejar a nadie indiferente: «Cometeríamos un delito de lesa patria o (...) una grave incuria social los hombres responsables de las instituciones públicas y privadas si no fuéramos capaces de proporcionar los elementos de superación a los jóvenes deseosos de trabajar o estudiar. PERO LOS QUE TENEMOS LA SUERTE DE TENER UNA PLAZA EN UNA ESCUELA DE FORMACIÓN y perdemos el tiempo, merecemos el calificativo de MALHECHORES». Las mayúsculas confrontan a cada uno con sus responsabilidades, al empresario y al obrero.

Mueve todos los hilos, gobierna, dirige, sugiere, intercede, valiéndose de personas capacitadas para los puestos de dirección y gestión. Desde esta libertad que le da su cargo de Consiliario es como logra implicar a la propia Unión Cerrajera en el proyecto, consiguiendo que ceda uno de sus técnicos como Director (el perito aludido, José Lasa), así como varios profesores de su Escuela (Ignacio Palacios, Gaspar Ezkurra y Antonio Balerdi), que empezaron sin cobrar estipendio alguno, trasladando a su vida el ideal de solidaridad que le veían practicar. Él era compañero suyo como profesor de Moral Religiosa y Sociología, que completaba la charla tradicional de los sábados en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera con la que, ese mismo día y a última hora, daba a los alumnos de la nueva Escuela Profesional. Finalmente conseguirá, ya comenzado el curso, que la Unión Cerrajera acabe por financiar el proyecto, mediante una subvención que llegaba a la mitad que la que en conjunto entregaban el resto de las empresas, a la que se sumaba la del Ayuntamiento, la Diputación y Cámara de Comercio. Para los alumnos la enseñanza era gratuita, incluso los más pobres gozaban de un subsidio especial.

Reuniones y más reuniones terminaron por dar forma al proyecto que se puso en marcha el 10 de octubre, día en que se procedió a la inauguración oficial del curso bajo presidencia del Obispo de Vitoria. No hay en esta celebración palabra alguna suya. Impersonalizado, se mantiene en un segundo plano, entre el público. Desaparece su voz pero no su palabra, que será leída por su buen amigo Castor Uriarte, director de la empresa marquinesa Esperanza y Compañía, y activo propagandista católico. Ha redactado su intervención, que evoca la organización gremial medieval y su sentido cristiano y critica, recurriendo al Papa, tanto la «libertad del trabajo» capitalista como su opuesto, la «dictadura del proletariado». Apela a un discurso dual: evolución frente a revolución; edificar en lugar de destruir; repartir las ganancias en lugar de concentrarlas; iniciativa privada en lugar de protección del Estado.

Y comenzó el primer curso oficial, el «de Aprendices», destinado a formar oficiales mecánicos. Reunía a 20 jóvenes que realizaban once meses de clases de taller tanto en la Escuela como en los centros de trabajo. Comenzaron también a impartirse dos cursos específicos, uno «Especial», destinado a aprendices de entre 17 y 20 años, y otro «de Dibujo y Cultura», destinado a continuar el que antes se impartía en la Escuela de Artes y Oficios del municipio, para jóvenes de entre 14 y 17 años. Todos practicaban, además, deportes, excursiones, gimnasia, retiros mensuales y ejercicios espirituales. Su Consiliario se encargaba además de ejercer sobre ellos «una dirección espiritual discreta» destinada a convertirlos en «hombres íntegros y cristianos dignos». Todos los estudios se realizaban compaginándose con el trabajo. Los alumnos alternaban seis horas por la tarde en la Escuela y cuatro matutinas en la fábrica que se les remuneraban en tanto que aprendices. José María los llamaba «estudiantes que trabajan» o «trabajadores que estudian».

Los preceptos morales y espirituales, pese a ser importantes, estaban subordinados a un trabajo cotidiano intenso y poco dado a expansiones piadosas, como recordaba un futuro director del centro: «Solía ir a misa de nueve [por lo que] no aparecía en la Escuela hasta las diez. José María me hizo entender que había que dar prioridad a la Escuela mediante una palmadita en la espalda diciéndome: «te esperan en la escuela»». Su filosofía pedagógica, centrada en la capacitación más que en la memorización de conocimientos, reflejaba el enorme poso dejado en su persona por Barandiaran y el claustro docente del Seminario de preguerra. En octubre de 1943 recuerda a los quintos mondragoneses que «la vida es como un perfume o un aroma». Ese perfume de la vida vivida con compromiso y esperanza empieza a endulzar el ambiente contaminado de la villa en los meses finales de este intenso año. El presupuesto de este primer curso de la Escuela Profesional,

clausurado el 4 de agosto de 1944, alcanzó las 44.200 pesetas. Durante el siguiente nuevas empresas de localidades cercanas se implicaron en el proyecto, gracias a una labor de publicidad y convocatoria que facilitó la ampliación de la matrícula a Oñati, Eskoriatza o Aretxabaleta, convirtiendo la Escuela en comarcal. Existía, sin embargo, una clara frontera clasista entre su pobreza de recursos y la riqueza de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

Para reducir esa distancia José María se lanzó a una ingente recolección de subvenciones y apoyos por parte de empresas, particulares e instituciones públicas, mediante un trabajo silencioso de redacción de decenas y decenas de cartas en las que mendigaba dinero e informaba de necesidades, avances, proyectos, etc. De esa manera consiguió, en el primer curso, una modesta subvención del Ministerio de Educación que amplió en los dos siguientes gracias a los contactos que hizo en Madrid con personas influyentes en éste y en el de Trabajo, que le fueron facilitados por directivos de la Unión Cerrajera, especialmente Ricardo Oreja e Ignacio Chacón, así como por otros empresarios y por el nuevo Obispo, Carmelo Ballester. Éstos y otros mediadores le permitieron acceder a la cúpula del poder. En octubre de 1945 cursaba una carta de presentación (con petición de ayuda incluida) al todopoderoso Ministro de Trabajo, José Antonio Girón, simpático a iniciativas de corte social dada su marcada militancia falangista.

Los contactos epistolares preparaban los personales. Aprovechó que en abril de 1945 participaba en Madrid en la Asamblea Nacional de Consiliarios de Centros Obreros para presentar al Subsecretario de Girón una memoria de la Escuela y una relación de sus necesidades. Y a donde no llegaban estas lentas gestiones con la lejana capital, lo hacían sus súplicas a entidades más cercanas, como a la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián, que permitió financiar buena parte del tercer curso con un crédito avalado por empresas colaboradoras. Este trabajo epistolar pesado y absorbente, destinado a pedir dinero, agradecer el obtenido y, a continuación, pedir más, es el mismo que está llevando a cabo, en paralelo, para financiar las actividades de la Acción Católica o la compra del terreno de Iturripe que acaba de adquirir este mismo año a Joaquín Murua, capellán de la Iglesia de Altos Hornos de Bergara de la Unión Cerrajera. La única diferencia es que la entidad del proyecto educativo le permite apuntar más alto, rozar los cenáculos del poder franquista y sus jugosas partidas de financiación, proceso que requiere utilizar no sólo los procedimientos legales (licencias, permisos, concursos, etc.), sino también lidiar con otras vías dependientes de la gracia de los poderosos con el fin de romper la doble muralla burocrática que distancia el Estado de la ciudadanía. Esta labor de «cura que pide favores» es la única rentable en un sistema político cuyo funcionamiento descansa, en buena medida, en la petición y

concesión de mercedes a través de una ubicua red de clientelismo, corrupción, patronazgo, amiguismo e ignorancia de la norma legal.[36]

En verano de 1943, Francisco Franco pasa por Mondragón para asistir a la boda de los Condes de Monterrón. El redactor de *Aleluya* da conocimiento del ilustre enlace a los jóvenes reclutas, pero omite la presencia del Generalísimo. La omisión es intencionada, está hecha por jóvenes que no superan los veinte años, la mitad de los cuales provienen de familias represaliadas o humilladas por aquél que, por unas horas, se pasea por el pueblo entre una escolta impresionante. La presencia de la pasada guerra sigue siendo asfixiante, no sólo en el terreno del imaginario político, el discurso oficial o la memoria pública sino en la propia vida cotidiana. En este primer curso de la Escuela Profesional la aparición de partidas de guerrilleros republicanos en la frontera pirenaica trae al Ejército a Mondragón. Los soldados se alojan en el mismo edificio. La guerra sigue presente pese a que no tiene cabida en el proyecto social del coadjutor de Mondragón. Así lo había recordado de nuevo en unos sermones de septiembre de 1943, o en marzo de 1944 en un editorial Aleluya: «La guerra es un azote que Dios descarga sobre la humanidad prevaricadora». En estos meses la prensa cuenta el arrollador avance ruso tras la batalla de Stalingrado y la exitosa ofensiva de las tropas aliadas desde la costa atlántica y mediterránea contra Alemania e Italia, que abre el camino a la liberación de Francia. El péndulo de la victoria ha girado hacia el bando aliado.

---

[36] AJMA, C24: «Escuela Elemental de Trabajo de Mondragón (Proyecto de constitución)», fecha manuscrita en Mondragón, 2 de agosto de 1943; «Escuela Profesional de Mondragón», fechado en Mondragón, el 2 de agosto de 1943; «Presupuesto de las obras a realizar en las Escuelas de la Fundación Viteri de Mondragón», fechado en Mondragón, el 30 de agosto de 1943; «Memoria de la Escuela Profesional de Mondragón», fechado en Mondragón, el 16 de julio de 1944; «Escuela Profesional de Mondragón», hoja volante fechada en Mondragón, 8 de septiembre de 1943; Programa de la inauguración de la Escuela Profesional de Mondragón, fechado en Mondragón, octubre de 1943; C54: Comunicado a profesores y alumnos de la E.P. sin fecha, octubre 1943; «Nota relativa al grupo de escuelas profesionales obreras que sostenidas por las empresas funcionan hoy en Guipúzcoa», sin fecha; «Función social de las escuelas de aprendizaje», fechado en Mondragón, 10 de octubre de 1943; Cartas a Alberto Martín Artajo, Carmelo Ballester y José Antonio Girón, 16-3-1945, 28-9-1945, 25-10-1945; cartas de Ignacio Anitua, Antonio Jerez, Luis Arrue, la Dirección de la Caja de Ahorros de Guipúzcoa y Camilo Menéndez, fechadas en Eibar el 17-7-1945, San Sebastián, el 20-9-1945, 15 y 19-11-1945, Madrid, el 13-12-1948; AJMO, «Escuela Profesional de Mondragón», Informe encuadernado de las memorias de los cursos 1943-1948; Leibar y Azcarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José M.ª Arizmendiarrieta,* pp. 24-28, 43, 50, 67-68; José María Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* Fundación Gizabidea, Arrasate, p. 8; «El hombre que yo conocí», p. 53; *El movimiento cooperativo de Mondragón,* Otalora, Aretxabaleta, 1991, pp. 15; «Cuatro colaboradores del Padre Arizmendiarrieta», p. 83; *Didáctica de una experiencia empresarial,* pp. 127 y 131-132; Mesa redonda en torno a José María Arizmendiarrieta, *T.U.,* nº 297,1986, p. 33; Larrañaga: «Hizo camino al andar», p. 75; *Interioridades de una utopía,* pp. 111-113 y 117-118; Miguel Beltrán Villalva: «La Administración», en J. M. Jover (ed.): *La época de Franco (1939-1975). Volumen XLI de la Historia de España de R. Menéndez Pidal,* Espasa, Madrid, 1996, p. 587; José Antonio Girón: *La justicia social en el Nuevo Estado Español y la colaboración de los sacerdotes para su implantación,* Talleres Tipográficos de la Universidad Pontificia de Comillas, sin lugar; 1948; José María Uranga: «Sobre D. José María Arizmendiarrieta en Mondragón», documento mecanografiado inédito, fechado el 2 octubre 2004, p. 2. Ampliado con JMAF016.

Contra las causas espirituales de la guerra enfoca su apostolado. Cuando llega la Navidad, todo el mundo debe ponerse manos a la obra. Y el primero el Consiliario, que no duda, a la hora de agitar conciencias, en ocultarse bajo la apariencia de una niña mondragonesa que escribe su carta a los Reyes Magos: «No quiero pediros juguetes, pues otras cosas nos son más necesarias. Muchos días quedan mis hermanitos sin poder salir de casa porque hace mucho frío y porque llueve mucho. (...) Otro jersey como el del año pasado y un par de zapatos son las dos cosas que os pido, prometiéndoos ser muy buena y rezar por vosotros. Si al final del recorrido que hacéis el Día de Reyes os queda algún juguete no os olvidéis de nuestro hermanito, que nunca ha tenido ninguno y que llora mucho porque nuestra amacho no le puede atender». 185 familias fueron socorridas esas Navidades. De lo más pequeño a lo más grande, del Ministro de Trabajo al último tendero de la ciudad, a todos convoca a construir el nuevo orden mundial.[37]

EL CAMINO HACIA EL «SOCIALISMO CRISTIANO»

Nuevas lecturas sociales

En 1945, Juventud Deportiva está construyendo el estadio de Iturripe, con un presupuesto de 200.000 pesetas, financiado con aportaciones empresariales y de la comunidad local a través de quinielas, rifas, pases para espectáculos, etc. Amigo de institucionalizar las nuevas obras sociales para asegurar su vigencia, José María redactó en septiembre sus estatutos, en los que sancionó su conversión en una sociedad deportiva municipal dotada de una Junta Delegada que incluía a las principales autoridades públicas, eclesiásticas y económicas de Mondragón. En la hoja volante que, en octubre, anunciaba al pueblo la nueva temporada del Club, se ocultaba bajo la personalidad del campo de fútbol recién comprado para homenajear a «esos grupos de jóvenes que cada domingo y cada lunes sacrifican horas enteras desinteresadamente en los trabajos de la quiniela... esos jóvenes y esas jóvenes de Acción Católica que pasan horas enteras de estudio y ensayos pre-

---

[37] AJMA, C15: Sermón del Domingo 15 de Pentecostés, 26 de septiembre de 1943; C19: «Editorial», *Aleluya,* nº 6, marzo de 1944; C6: «Programa de los actos organizados por la Congregación de San Luis Gonzaga de Mondragón, para festejar a su Patrono, junio de 1944; Convocatoria de ejercicios espirituales para jóvenes de la Parroquia de San Juan Bautista, Mondragón, 24 de octubre de 1944; C14: Sermón sobre la familia, 27 de octubre de 1944; Comentario al discurso del Papa, 1 de septiembre de 1944; «Cristo Rey», 29 de octubre de 1944; C20: Resultados de la Campaña de Navidad de 1944; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio 17, p. 58; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 324 Ormaechea: *El movimiento cooperativo de Mondragón,* p. 16; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* p. 26.

parando las veladas... esos jóvenes y esas jóvenes que venden billetes, hacen carteles, etc.». El Consiliario estaba contento con su juventud. Así lo comunicaba al Obispado en un extenso trabajo sobre la Acción Católica que le remitió el 18 de enero de 1945. El 24 de junio se abría al público el nuevo estadio, con la bendición solemne que le dio la celebración en él de la clausura del Congreso Eucarístico Arciprestal, en el que, de nuevo, lo más granado de la oratoria diocesana pasó por el pueblo a predicar. En el rectángulo superior del terreno, sobre maqueta, él ya había reservado espacio para una futura Escuela Profesional...

Al fútbol se unían otras muchas actividades deportivas: billar, montañismo, atletismo, e incluso frontón, para lo cual se había alquilado uno cerrado llamado Gurea, que serviría también como salón de actos. Hojas volantes periódicas detallaban el estado de las cuentas y reclamaban nuevas contribuciones para hacer frente al problema de la ociosidad juvenil. «Eso de que todos los días desde las seis o seis y media [de la tarde] estén desocupados y sin saber qué hacer tantos hombres y jóvenes es una tentación muy mala para los mismos.» El deporte actuaba, así, como «un medio de vigorización física y perfeccionamiento moral del joven», cuyos efectos benéficos eran ampliados en contacto con la naturaleza. El montañismo y las excursiones al campo favorecían la necesidad de los obreros de «oxigenarse y expansionarse» tras pasar seis días encerrados en la fábrica. Tal era el fin de la excursión anual de Juventud Deportiva al Santuario de Dorleta.[38]

La II Guerra Mundial finaliza el 8 de mayo de 1945 con la capitulación nazi que sigue a la sangrienta batalla de Berlín. Ese mismo día el Cardenal Primado, Enrique Pla y Deniel, publica una carta pastoral en la que distancia a la Iglesia española del nacionalsocialismo, mediante argumentos utilizados ya por Luis Sánchez Agesta en la revista *Ecclesia* un año antes. Hasta los artículos de este intelectual en esta revista de la Acción Católica, el coadjutor había encontrado escaso sustento doctrinal en su posicionamiento crítico con los regímenes alemán e italiano, salvo loables excepciones como la del Obispo de Calahorra y La Calzada, Fidel García Martínez. El 7 de julio los laboristas triunfan en Gran Bretaña con su lema «Let Us Face the Future» *(Afrontemos el futuro),* y Clement Attlee es nombrado Primer Ministro.

---

[38] AJMA, C64: «Juventud Deportiva de Mondragón. Memoria correspondiente a la temporada 1944-45. Mondragón, septiembre de 1945; «El Deporte Popular», hoja volante, sin fecha; Estatutos de la Sociedad Juventud Deportiva de Mondragón, fechados el 26 de septiembre de 1944; borrador de carta del Presidente de J.D., José Ayala, al Consistorio mondragonés; Hoja volante de J.D. fechada el 15 de octubre de 1944; C6: Programa y hoja volante del Congreso Eucarístico Arciprestal de Mondragón, 17-24 de junio de 1945; C20: Carta del Pte. de la Junta del Centro de Acción Católica a D. Cándido Gaytán de Ayala, Conde de Villafranca, fechada en Mondragón, 29-6-1945; Ficha económica del Centro de Acción Católica, 8 de diciembre de 1945; C21: «Cuestionario sobre la organización, formación y actividades de la Acción Católica en la Diócesis de Vitoria», Mondragón, 18 de enero de 1945; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 42-43.

Durante los seis años siguientes Attle pone en marcha un vasto programa de nacionalizaciones de la industria del carbón, los transportes, la industria eléctrica y el propio Banco de Inglaterra. Un año después, en Francia, el Parlamento aprueba el *Plan Monnet,* que implica un programa similar de nacionalizaciones que afectan al sector bancario, de seguros, transportes y automovilístico. La intervención del Estado en la reactivación de la economía se generaliza en Europa respaldada por los préstamos del Plan Marshall. Las democracias liberales contestan, así, a las demandas de justicia social de las poderosísimas organizaciones sindicales. Tal es el sentido de las leyes Croizat, que extienden en Francia el sistema de protección y seguridad social, o del ambicioso programa laborista dirigido a alcanzar el pleno empleo, cuyo fin era asegurar una protección social «de la cuna a la tumba» según expresión de William Beveridge en 1942.

En España, el mismo mes de la victoria laborista en Gran Bretaña, el falangismo había entrado en crisis. Franco aprovechó la ocasión para reducir hábilmente las apariencias fascistas de su régimen, en consonancia con la nueva orientación del Papado, que en su radiomensaje de Navidad de 1944 había invocado la democracia frente a los totalitarismos. Entran caras nuevas en el Gobierno fuertemente vinculadas a la Iglesia, institución en cuya legitimidad se refugia la dictadura. Alberto Martín Artajo, Director de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica de España, hombre de querencia socialcatólica y biografía ligada a Ángel Herrera Oria en el marco de la ACNP, ocupa la cartera de Asuntos Exteriores. Había sido uno de los «caballeros cristianos» que habían colaborado con José María para conseguir fondos públicos con destino a la Escuela Profesional, gracias a la mediación realizada entre ambos por Ignacio Chacón, compañero suyo en la ACNP. Esos fondos fueron requeridos a los ministerios de Trabajo y Educación y, precisamente, a este último llegaba Joaquín Ruiz Jiménez, otro notable militante de la ACNP. A la altura de 1945, José María había conectado su pequeña obra de apostolado con el grupo católico más influyente de la política de la época, que monopolizó la dirección de Acción Católica de España entre 1931 y 1967 gracias a la sucesión de presidencias de Ángel Herrera, Alberto Martín Artajo, Alfredo López Martínez y Santiago Corral.

En los años posteriores al fin de la guerra mundial las condiciones laborales son pésimas y la cuestión social sigue planteada en términos de desigualdades escandalosas de fortuna que el coadjutor mondragonés denuncia insistentemente en duros sermones, respaldado por las pastorales de los obispos de Canarias, Antonio Pildain; Málaga, Ángel Herrera Oria; Jaén, Rafael García de Castro; o Solsona, Vicente Enrique y Tarancón. La *Ecclesia* dirigida por Jesús Iribarren (que era profesor en el Seminario de Vitoria) dedica sus editoriales a comentar

esas pastorales y comienza a publicar artículos polémicos sobre la cuestión social. En ella Ángel Herrera Oria reconoce ésta como uno de los problemas sangrantes que exigen una respuesta decidida. En 1946, Gregorio Rodríguez de Yurre resume en sus páginas las conclusiones de la Semana Social de Toulouse. En ella se debatieron numerosas proposiciones relativas a la oposición entre capital y trabajo y se condenó el principio de la primacía del capital. En una importante polémica intelectual con otra revista católica este pensador subrayó cómo las conclusiones de esa Semana (reforma de la empresa, limitación de la propiedad, apoyo a las nacionalizaciones públicas) bebían directamente de la doctrina social de la Iglesia.

El coadjutor mondragonés está atento a este giro del pensamiento católico. En una ponencia de diciembre de 1945 destinada a un cursillo o seminario de la Acción Católica protesta ante la alarmante situación de miseria de la clase obrera frente a la que reclama educación y cultura. Y para ello recurre al magisterio de Herrera Oria y a los resultados de la «reciente Semana Social de Toulouse». En 1946 comenta durante cuatro domingos sucesivos una pastoral de Antonio Pildain, «Tres deberes fundamentales. Ante el gravísimo problema de la carestía de la vida», culminación de una serie de polémicos escritos de este antiguo profesor suyo. Pildain denuncia la situación de paro de los trabajadores, la insuficiencia de los jornales, la ruina de las familias, la extensión de la tuberculosis, el hambre y la avaricia de los patronos católicos. Llega incluso a reconocer méritos al comunismo en su deseo de alcanzar una justa distribución de la riqueza, como *Ecclesia* había hecho también en diciembre de 1944.[39]

José María insiste en sus charlas, conferencias, sermones, etc., de 1945 y los años siguientes en este giro de la pastoral eclesiástica hacia lo social y en el papel en él de la Acción Católica. Afirma que los problemas que aquejan a esta asociación en España son una lacra que merma su impacto social en la diócesis. En un informe que remite al Obispado apunta que esta institución provoca recelo en un sector muy

---

[39] AJMA, C14: Comentarios a la Pastoral de Antonio Pildain, sin fecha; C23: «El sentido y ámbito de la justicia social», sin fecha; «La acción social. Problemas de justicia y apostolado», Mondragón, diciembre de 1945; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 116-121; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 409-410; Jesús Iribarren: «Perfil biográfico de D. Gregorio», en *Ética y sociedad. Homenaje a Gregorio Rodríguez de Yurre,* Eset, Vitoria, 1989, pp. 14-21; Francisco Verdera: *Conflictos entre la Iglesia y el Estado en España. La revista Ecclesia entre 1941 y 1945,* Eunsa, Pamplona, 1995, pp. 166-171 y 186-195; Antonio Pildain: *Dos graves y urgentes problemas de justicia. Los obreros sin trabajo y los jornales insuficientes,* Imprenta del Obispado, Las Palmas de Gran Canaria, 1944; *Tres deberes fundamentales. Ante el gravísimo problema de la carestía de la vida,* Imprenta del Obispado, Las Palmas de Gran Canaria, 1946; Derek H. Aidcroft: *Historia de la economía europea, 1914-2000,* Crítica, Barcelona, 2003, pp. 157-58 y 194-197; Javier Tusell: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957,* Alianza, Madrid, 1984, pp. 19, 36-45, 52 y ss.; Hermet: *Los católicos en la España franquista,* I, p. 259; Giuliano Procacci: *Historia general del siglo XX,* Crítica, Barcelona, 2000, 367-370; Eric Shaw: *The Labour Party since 1945: Old Labour, New Labour,* Blackwell, Oxford, 1996; Kenneth O. Morgan: *Labour in power,* 1945-1951, Oxford University Press, Oxford, 1985.

importante de la feligresía por «el matiz político» que ha adquirido. Así, si parte de la feligresía (la nacionalista vasca) se siente distanciada de ella, otro tanto ocurre con el mundo obrero, «que se encuentra completamente desamparado frente a la codicia de los patronos, por otra parte católicos de etiqueta y bastante satisfechos de la situación dominante». No basta, afirma, con separar este apostolado de cualquier matiz político, ni con instruir al obrero en la doctrina social de la Iglesia, sino que el sacerdote debe ganarse su confianza identificando su vida con la suya: «hace falta que nos vea junto a él, sufrir con él, hace falta que vayamos ganando su corazón». Un recurso muy importante en este campo son las Escuelas Profesionales, «a poder ser independientes de las Empresas». Frente al «naufragio general de los jóvenes formados en nuestras escuelas de Enseñanza primaria y Colegios de religiosos», estas escuelas permiten la instrucción moral de los que están ya trabajando. Además, atraen a «lo mejorcito» de la juventud que adquiere «un resorte para no amilanarse y ceder bajo la presión de esa mentalidad pagana que predomina en la masa obrera».

Estas ideas son desglosadas y ampliadas mediante su participación en foros de debate de Acción Católica de España: en abril de 1945, en la Semana de Consiliarios de Centros Obreros de Madrid; en agosto, en el Cursillo de dirigentes de la Juventud de Acción Católica de Guipúzcoa; en enero de 1946 en la Asamblea Diocesana de Consiliarios de Acción Católica de Vitoria. En todas ellas define el perfil de la elite de «técnicos» que deben colaborar con el sacerdote en las tareas de apostolado de la empresa. Como siempre, su pensamiento se sustenta en su experiencia en Mondragón, donde lleva cinco años formando a esta elite, que ha seleccionado gracias a la única escuela que existía antes de la suya, la de la Unión Cerrajera. Una elite que está recibiendo diez horas mensuales de círculos de estudio que él ha bautizado como *Gymnasium,* en recuerdo de aquellos de Barandiaran en donde se foguearon sus profesores y compañeros. Hay en su pensamiento pedagógico un engranaje intelectual que le vincula a éste y a Aldabalde, sus dos principales mentores, empeñados en la creación de espacios selectivos de formación de élites sustentados en la consideración del joven como sujeto capacitado para elaborar ideas y acciones liberadoras. La elite sacerdotal deseada por ambos en el Seminario era reproducida por él en el grupo de jóvenes católicos que lo rodeaba.

La línea de padrinazgo intelectual que había unido a Barandiaran con Aldabalde continuaba en él. El poso intelectual de ambos, sobre todo de Aldabalde, es permanente, y aparece incluso en consignas como aquella que repetía en los *Gymnasium* de Mondragón: «Que queden las puertas abiertas, pero las ventanas cerradas; quien nos quiera escuchar que lo haga entre nosotros», que tanto recuerda las de aquél

a sus grupos de seminaristas. Pero, sobre todo, se percibe en el modelo de paternidad espiritual que ejerce entre los jóvenes, en el que tanto había insistido su mentor, dirigido a reforzar las potencialidades del ministerio sacerdotal y ahuyentar uno de sus mayores peligros: el individualismo egoísta. La parroquia, la Escuela de Aprendices y la Profesional, los talleres de la Cerrajera y el centro de Acción Católica eran los espacios de su experiencia fraternal de estos jóvenes de nombres ya enumerados, articulados por un «padre espiritual» que por estas fechas quedaba dolorosamente huérfano. Una meningitis tuberculosa se llevó a Rufino Aldabalde-Trecu el 1 de abril de 1945, Domingo de Resurrección, a los 42 años de edad. Nada puede saberse de lo que sintió su discípulo en estos días.[40]

Pero sus enseñanzas ya estaban aplicadas. Los jóvenes mondragoneses asisten en los *Gymnasium* a un despliegue de complejos conceptos acerca de la propiedad, el capital y el trabajo, la justicia social y sus vertientes distributiva, conmutativa y legal y de novedosas teorías socialcatólicas, como la del salario dual, que pretende la división de este concepto económico en uno de consumo y otro de inversión. Pero lo importante no está tanto en los conceptos como en la lectura que de ellos hace su Consiliario, encaminada al cambio en la relación entre el capital y el trabajo. En este ámbito, el impacto en él de la experiencia laborista es extraordinario. Comienza a leer a unos políticos implicados en un agresivo programa de nacionalizaciones y de fomento de la intervención del Estado y de los obreros sindicados en las empresas. Lee a S. Stafford Cripps, J. Ramsey MacDonald, a Ernest Bevin, a Clement Attlee, cuyo libro *Hacia una nueva estructura social* citará reiteradamente. Lee a Lord William Beveridge y su concepto del Welfare State, el Estado de Bienestar...

La impronta del laborismo en el discurso social que elabora estos años es enorme y lo es tempranamente, como refleja una charla a los dirigentes de Juventud de Acción Católica de agosto de 1945, apenas dos meses después del cambio de gobierno en Gran Bretaña. Un año después, en su discurso de clausura del curso 1945-1946 de la Escuela Profesional, no duda en remitir al *Premier* británico, cuyo ideal político identifica con el de Pío XI: «los laboristas (...) abolirán las distinciones de clases que en su mayor parte nacen de las existentes diferencias en la educación y edificarán un fondo común educativo como

---

[40] AJMA, C20: Invitación de Benito de Vizcarra, Oficial de la Secretaría Gral. de la Acción Católica de España para participar en la Semana de Consiliarios de Centros Obreros, fechada en Madrid, el 5 de abril de 1945; «La Acción Católica y el mundo obrero» y «La Juventud de Acción Católica y el saneamiento moral de las diversiones», Ponencias presentadas en el Cursillo y Asamblea de J.A.C. de Guipúzcoa, 11-15 de agosto de 1945 en Villa Sta. Teresa; José María Ormaechea: «Una solución a tiempo para cada problema», pp. 13-14; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 37-38; Güell: *Rufino Aldabalde sacerdote,* pp. 19-20.

factor unificador de la comunidad». La teoría de Attle acerca de la igualdad de oportunidades en educación y cultura le apasiona, igual que la valoración que su partido hace de la propiedad privada y sus necesarias limitaciones en pro del bien común. Gracias a ello comienza a otorgar una mayor importancia al Estado, de quien anteriormente solía prescindir en sus apelaciones al cambio social, siguiendo la sociología cristiana clásica, y a quien ahora entenderá como un factor destinado a solventar necesidades que los simples ciudadanos y las agrupaciones privadas no pueden resolver por sí solos. La asistencia social, la vivienda o la enseñanza profesional serán terrenos en los que aspirará a conjuntar la iniciativa privada y la pública, lo que explica el crecimiento de sus gestiones con los Ministerios a partir de estos años para asentar sus obras sociales.[41]

El personalismo

José María alcanza los treinta años leyendo textos muy poco ortodoxos para un cura de parroquia. Lee a los laboristas, a los «obispos rojos» (Pildain, Tarancón, Segura, Herrera Oria), a los nuevos intelectuales católicos de *Ecclesia* (Iribarren, Rodríguez de Yurre)... «La lectura para él era una fuente de inspiración absolutamente imprescindible», recuerda uno de sus discípulos. Leía a todas horas, manifestaba en una entrevista a un semanario religioso en 1970. En abril de 1948, en una carta privada, relataba una anécdota reveladora: «Casualmente el viernes pasado a la noche me sorprendieron dos jóvenes obreros, muy espabilados y, por otra parte, buenos cristianos, leyendo un folleto que no tuve tiempo de ocultar y tuve que permitir que le echaran un vistazo. Era el Manifiesto comunista de Marx y Engels» Su atracción intelectual por el marxismo se incrementa en proporción a su interés por la socialdemocracia. Pero lo interesante de la anécdota no es tanto lo que leía cuanto la situación que describe: la de una absorta entrega a la lectura en cualquier sitio, en su austero despacho o en los pasillos de la Escuela Profesional o en su mesa de trabajo...

Comunicaba lo que leía en los círculos de estudio y «hacía leer» en ellos, pues entendía, como Barandiaran o Aldabalde, que los jóvenes debían elaborar por sí mismos su propio pensamiento. «Le recuerdo regalándonos libros de Jacques Maritain, Jacques Leclerq y, sobre todo, en los últimos tiempos, de Emmanuel Mounier». Ormaechea no sólo recuerda esto: «D. José María se alistó muy pronto –allá por 1945– en las corrientes más avanzadas de los fundadores de la revista

[41] Ormaechea: «Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa», p. 11; «Arizmendiarrieta, empresario», p. 24; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 126-127; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 118 y 132-137, 145-152; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* p. 9.

«Sprit», que él obtenía buceando en la Librería Internacional de San Sebastián, a la que acudía a seleccionar los textos más al día que, ordinariamente, provenían de pensadores cristianos franceses». El ideal católico personalista, que apostaba por trazar una vía intermedia entre el individualismo capitalista y el colectivismo marxista, generó en él un interés fundamental a la hora de comprender el calado teológico de su ideal social. Adquiría los libros personalistas en ediciones argentinas, comenzando por Maritain y. continuando por Leclerq para finalizar, ya en los años sesenta, en Mounier. No compraba una sino varias copias que luego regalaba a sus discípulos, junto con libros de los líderes laboristas, etc.

Distanciado de las empresas intelectuales elevadas, prefería el contacto con pensadores dotados para influir en la realidad. Es por ello que en su biblioteca, tanto en estos años como en los posteriores, figuraban pocos estudios teológicos. «Si el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, las ideas incorpóreas, sutiles, en un universo platónico, para la pura especulación, creo que valían poco para D. José María», dice un testimonio sobre su figura. Pero también leía Teología, y en estas lecturas figuraba en lugar destacado Pierre Teilhard de Chardin. En su acopio de libros nunca faltaron los escritos de este jesuita cuyo universo teológico transformó su mundo interior, especialmente su ascética, que saturó aún más de espiritualidad humanista. Reelaboró, guiado por él, las figuras de la Creación, la Redención, el Pecado Original y la Cruz que luego volcaba en sus escritos sociales. Varios estudiosos de su obra (todos, además, sacerdotes) han resaltado la influencia de este jesuita francés en su consideración del mundo como obra perfectible que Dios ha puesto en manos de los hombres, de una humanidad peregrina hacia el ideal del Reino celestial.[42]

Entre 1945 y 1954, textos y citas tradicionalistas fueron desapareciendo en sus documentos, dejando paso a las novedosas teorías proporcionadas por sus nuevas lecturas. El «pensamiento propio» que, en opinión de Joxe Azurmendi, comienza a elaborar desde el final de la II Guerra Mundial bebe de la conjunción que hizo en estos años entre las fuentes clásicas, ilustradas y socialcatólicas que lo habían modelado durante el Seminario (filosofía greco-latina, tomismo, racionalismo kantiano, encíclicas vaticanas) y las teorías socialistas y personalistas que fue asumiendo en su búsqueda de una solución religiosa a la cuestión social. Todo ello mediado por la doctrina pontificia contemporá-

---

[42] AJMA, C86: Carta a Joaquín Goicoecheaundía, 5 de abril de 1948; «Entrevista a José María Arizmendiarrieta», *Palabra,* 12-12-1970, p. 21; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 59-60; «Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa», p. 11; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 1 y 15, pp. 11 y 48; Mendizabal: «D. José María sacerdote», pp. 98,100 y 106; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y hoy,* 114-127 y 132-154; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 182; García de Cortázar y Lorenzo: *Los pliegues de la Tiara,* pp. 108-110.

nea, a la que siempre se mantuvo fiel y convirtió en marco teológico de sus reflexiones. Afirma Azurmendi que hubo dos tiempos en ese pensamiento separados por los años 1945-1950. El primero, el de los años previos al fin de la guerra mundial, caracterizado por un seguimiento canónico de la doctrina de la Iglesia, que plantea, frente a la crisis mundial, un ideal integrista de restauración que entiende la familia como la célula social fundamental. En los cinco años posteriores al fin de la Guerra Mundial la cuestión social se iría independizando de esa doctrina, su núcleo ya no sería el problema de la fe, sino la cuestión de la propiedad, hasta llegar a un pensamiento social propio, que luego cuajaría en el cooperativismo hacia 1950. En esos años habría adquirido una «visión más económica de la sociedad, en la que la fábrica suplanta a la familia como núcleo del entramado social». Este análisis, brillante en el terreno conceptual, no resulta tan claro al contemplar su vida diaria. Las realidades religiosa y social no formaron dos espacios sucesivos sino un mismo espacio que alimentó permanentemente una elaboración intelectual destinada a sustentar espiritualmente la obra organizativa que iba levantando. No hubo en él un cambio de inquietud de lo religioso a lo social, sino una mera evolución en la disposición de fuentes de que se sirvió, en buena medida acorde con el cambio que estaba viviendo la Iglesia vasca y española de entonces.

No hubo, pues, un abandono de la familia en pos de la fábrica, igual que no lo hubo de la juventud en pos del mundo obrero. Se trata de realidades que formaban parte de un mismo escenario social que precisaba una misma acción evangelizadora. De hecho, José María acudía a la fábrica para actuar con más eficacia sobre la familia. Tanto le preocupaba ésta que Anastasio Albixu recuerda cómo les comentaba que buena parte de su obra social tenía como fin asegurar la estabilidad de la familia según la ética cristiana. Igualmente, si actuó sobre la juventud fue porque entendió que era el campo más adecuado para transformar el mundo obrero. Los borradores para Voy, redactados en 1944, muestran que –como Maritain–, pensaba que «el individualismo burgués está muerto» y –como Mounier– entendía que «asistimos al derrumbamiento de una zona de civilización nacida a fines de la Edad Media, consolidada al mismo tiempo que minada por la era industrial, capitalista en su estructura, liberal en su ideología, burguesa en su ética». La intensa lectura de estos pensadores, conjuntada con su creciente obra social, simplemente le permitió profundizar en ese proyecto de «orden nuevo para un hombre nuevo» que demandaba Mounier, en ese nuevo humanismo que pedía Maritain en que «cada persona pueda gozar de la libertad social lo mismo que de la política, y las clases trabajadoras llegar a su mayor edad histórica».

No descubre ese nuevo orden humanista en 1945, sino que recurre, en esta fecha, a una nueva lectura de fuentes, algunas desconoci-

das, como el laborismo, otras bien conocidas, como el personalismo. Tampoco encuentra en estos años la cultura como factor salvador del hombre, algo que ya ha formulado en sus escritos de la Escuela Profesional de 1943. Se limita a profundizar en ella. Coincide con Maritain que al humanismo integral como solución a la crisis mundial debe corresponder la educación integral de las clases trabajadoras. Y con Mounier en que el nuevo orden deberá descansar sobre las bases de la educación, el trabajo y la dignidad del hombre. Recurre a ellos para profundizar en su concepción del individuo como un absoluto que nunca puede estar sometido a una colectividad (clase, Estado, nación) y mucho menos instrumentalizado en nombre de ella. Un absoluto que, sin embargo, no es un proyecto acabado de la naturaleza sino una realidad abierta que, mediada por la educación, se abre a una comunidad.

Y en el fondo de la filosofía personalista que adopta, subyace siempre la teología humanista de la espiritualidad de Vitoria. «No olvidemos que todos los hombres, de cualquier clase o condición que sean, llevan impreso un destello de divinidad», comentaba. En toda su obra social permanecerá siempre esta lectura teológica. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, no puede vivir encerrado en su individualismo egoísta. Su adopción del credo personalista, dice Ormaechea, «brotaba de sus profundas creencias cristianas, cimiento inamovible en que siempre se apoyó. (...) La fecunda expresión de sus obras se hallaba impregnada de una concepción avanzada del Cristianismo, que cabalgaba inmerso en su gran espiritualidad (...). Surgían sus obras y sus hechos de una especie de arquitectura mental que se nutría incansablemente de autores que él elegía con el objeto –para mí indudable– de que su testimonio fuese firme y bien soportado».[43]

Este espíritu teológico que planeaba en sus lecturas explica el uso que hacía de ellas. No le interesaba elaborar teorías sistemáticas, sino adaptar sus lecturas a sus vivencias, pensar en voz alta con ellas, aplicarlas rápidamente a la solución de los problemas. Muchas veces le servían para transmitir meros valores personales. Por ejemplo, durante un día de hermandad con los jóvenes del Valle de Leniz, tras explicarles sus lecturas laboristas, se limitó a animarlos a seguir el ejemplo idealista de estos políticos: «Yo os digo en este momento: sed jóvenes soñadores, sed jóvenes idealistas, pensad en grandes cosas, en empresas trascendentales». En cambio, en otros momentos, la educación de la elite obrera le obligaba a disquisiciones prolijas sobre las teorías económicas socialistas, pontificias, etc.

---

[43] Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 50-51, 67, 85, 103-110, 133-137, 149-152, 165-166, 171-172, 195-203, 281-282; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 19-21; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 60-61.

Pero, en general, buena parte de sus clases y enseñanzas las sustentaba en citas, en ideas fuerza que no formaban parte de ningún ejercicio ideológico sistemático, sino que eran seleccionadas como instrumentos con los que dotar de sustento teórico el camino que ha emprendido en pos de la promoción social. «La revolución será económica o no será», «la revolución será moral o no será»; «El fin primario de la educación es la conquista de la libertad interior y espiritual, a que aspira la persona individual o, en otros términos, la liberación de ésta mediante el conocimiento y la sabiduría, la buena voluntad y el amor». Son citas que leía y hacía leer. Citas de Mounier y Maritain, de Leclercq y Teilhard de Chardin, de Beveridge y Attle. Citas que tomaba mientras leía los libros de estos autores, armado de cartulinas rectangulares y cuartillas dobladas que rellenaba con un trazo firme y estilizado, apuntándolas y sumándolas a reflexiones y sentencias breves, sin datar, sin referencias precisas, buscando ideas útiles, despegadas de aparato erudito.

Esas fichas fueron la materia prima para sus sentencias tan repetidas por sus discípulos y tan propagadas en sus seguidores, así como para sus ponencias, charlas, sermones y escritos. Porque sólo leía en los libros para mejor leer en la vida. Ello explica que a la altura de 1946, comenzara de nuevo, como en la juventud, a coleccionar dosieres de prensa en los que recogía cómo los periódicos abordaban su obra social, qué comentaban, qué datos transmitían. En los que coleccionaba también artículos sobre temas que le interesaban, sobre la enseñanza profesional, sobre cambios legislativos, sobre experiencias sociales, sobre dictámenes del gobierno, sobre reformas políticas...[44]

La especialización de la elite obrera

Su recurso a laboristas y personalistas en años de «cristiandad *«antimaritainiana»* y cerrada», como recordaba José María Llanos, director del Secretariado Diocesano de Ejercicios de Madrid, vuelve a situarle en el extrarradio de la Iglesia. Llanos acabó yéndose a vivir al Pozo del Tío Raimundo, el suburbio más miserable de Madrid, lugar de reunión de los pobres de solemnidad. Allí se convirtió en «el Padre Llanos». Pensaba que el sacerdote debía deshacerse de sí mismo y hacerse igual a los obreros que malvivían en habitáculos minúsculos y miserables.

---

[44] Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* pp. 11-12. En el AJMA se conservan 6.200 fichas manuscritas procedentes de sus lecturas, distribuidas en 6 archivadores metálicos. 3.000 de ellas pertenecen a estos años, hasta 1960, son de naturaleza mayoritariamente espiritual y están destinadas a alimentar sus sermones, conferencias, charlas y círculos de estudio. Sobre ellas remito a Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 18 y 52. Los dossieres de prensa que elaboró comienzan con noticias de 1946, proceden de prensa vasca *(La Voz de España, La Gaceta del Norte)* y madrileña *(ABC, Ya),* así como de revistas religiosas. Todos ellos se encuentran en AJMA, Caja Transfer I.

«El Padre Llanos» se entregó en el Madrid de los años cincuenta a un cristianismo radical de impronta paulina que le hizo muy popular y que era muy similar al del coadjutor de Mondragón: «La razón por la cual la tradición católica es una tradición es porque sólo hay una doctrina viva en el cristianismo: nada nuevo tiene que ser descubierto. (...) No obstante esta tradición siempre tiene que ser una revolución, porque su estructura misma es negar los valores y las formas a los que la pasión humana tan poderosamente está adherida. A los que aman el dinero, el placer, la fama y el poder, esta tradición les dice: «sed pobres, bajad a los fondos de la sociedad, tomad el último lugar entre los hombres, compartid la miseria de los desposeídos, amad a los demás y servidlos (...). Tomad sobre vosotros la carga de la cruz de Cristo» (...). Ésta es la revolución más completa que jamás haya sido predicada». Estos apuntes sobre «Tradición y Revolución» reflejan el pensamiento de José María a los 30 años.[45]

El principal elemento motor del nuevo orden cristiano era la insatisfacción. La naturaleza del hombre había de convertirle en un permanente insatisfecho, en un utópico. Sin utopía, decía, no había progreso. Lo que realmente le sedujo del personalismo o del laborismo fue la capacidad de ambos, en especial del segundo, para poder ser llevados a la práctica sin renunciar al idealismo. Así lo confesaba a los jóvenes en una charla de junio de 1946: «No hace mucho leía las memorias de un líder laborista inglés; un día le interviuaron a ese líder sobre el motivo que indujo a los ingleses a confiar en ellos dándoles de esta forma una mayoría tan aplastante (...). ¿Sabéis que respuesta dio? «Porque los laboristas somos idealistas y hasta soñadores y nos hemos presentado manifestando nuestros sueños en una Inglaterra nueva muy distinta de ésta en que vivimos.» Es una respuesta digna de consideración. Profunda y sabia más de lo que parece».

El laborismo británico encandilaba al «realizador de utopías» que, escribe Jesús Larrañaga, anidaba en su interior. En enero de 1946 decía, ante la Asamblea Diocesana de Consiliarios de Acción Católica: «Si nuestros programas y aspiraciones y productos quedan reducidos a lo pura y exclusivamente realizable, según el cálculo escrupuloso, carecerán de ese atractivo del ideal, que siempre debe rozar la esfera de lo utópico, o fantástico, de cuyo encanto se resiste el hombre a prescindir». Este carisma utópico es el que le permitió convencer al empresariado mondragonés de la viabilidad de una educación profesional sin fronteras. Movilizaba en sus empresas sociales todo tipo de esfuerzos colectivos en los que implicaba al conjunto de la sociedad, y todo yen-

---

[45] AJMA, C14: Comentario al discurso del Papa, 1 de octubre de 1944; C15: «Tradición y Revolución», sin fecha; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 109, 754-755 y 760; Vigil y Vázquez: *El drama de la Acción Católica y el «Nacionalcatolicismo»,* pp. 38-39; J. Tolentino: «Ramón Tamames. Realidad y Mito del Cooperativismo de Mondragón», *Tribuna Vasca,* nº 17, 29-8-1982.

do unos milímetros más allá de los demás. Compraba un terreno para construir un campo de fútbol y lo hacía pensando en destinarlo, en el futuro, a una nueva Escuela Profesional. Su esperanza residía en una espiritualidad y una formación inquieta, en permanente superación, menos autodidacta de lo que suele presentarse. Y es que sabía rodearse de los que mejor podían ayudarle a perfeccionar su pensamiento. Había disfrutado del consejo de Aldabalde hasta su muerte. Había convertido Mondragón en campo de apostolado para la flor y nata de la oratoria diocesana. Había comenzado a colaborar con Rodríguez de Yurre, a quien pronto invitaría a dar conferencias. Caminaba rápido, pero no improvisaba.[46]

Por ello formaba parte, a estas alturas, de la elite intelectual que estaba reelaborando el apostolado obrero de Acción Católica. La primera semana de 1946 participaba en la Asamblea Diocesana de Consiliarios, con una conferencia acerca de «La Acción Social y su desarrollo». En esa asamblea coincidió con los principales representantes del apostolado obrero diocesano de la época: Gregorio Rguez. de Yurre, Leonardo Urteaga, Eugenio Beitia, Atanasio Goicoechea o Pedro Anitua. Su figura intelectual trascendía ampliamente el marco de la diócesis. Por este tiempo ocurrió una anécdota que confió muchos años después a Jesús Larrañaga. El Primado de Toledo, Pla y Deniel, sondeó su disposición para ser nombrado Consiliario Nacional de Acción Católica de España. José María dejó entrever su pasado *abertzale* y su juicio militar, pues adivinaba que Pla y Deniel preferiría candidatos sin mancha. Podía haber ocultado o disfrazado estas manchas, pero prefirió subrayarlas para, así, ser descartado de la terna de candidatos a un puesto demasiado poderoso –y, por lo tanto, acomodaticio– para sus apetencias revolucionarias.

En septiembre de 1946 fue invitado a participar en la Semana Nacional de Estudios para Consiliarios sobre especialización obrera. Se trató de una asamblea clave en la historia de Acción Católica. Zacarías de Vizcarra, su Consiliario Nacional, había decidido convocarla con el fin de comunicar la decisión del Cardenal Pla y Deniel de crear las Hermandades Obreras de Acción Católica (en adelante H.O.A.C.) En esa asamblea se acordaron las normas generales para esta especialización obrera, que fueron luego publicadas en *Ecclesia*. Tras esa reunión la Junta de Acción Católica nombró como responsable de la nueva asociación a Guillermo Rovirosa, colaborador del Secretariado Social

---

[46] AJMA, C23: «La acción social. Problemas de justicia y apostolado», Mondragón, diciembre de 1945; C20: «Jóvenes soñadores e idealistas», charla a los jóvenes del Valle de Léniz y Mondragón, sin fecha; Jesús Larrañaga: «El hombre», en *José María Arizmendiarrieta 25 urte geroago,* 200,1 p. 18; *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 74-76; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 19-20; José María Mendizabal: «D. José María sacerdote, pp. 98-99; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* p. 28; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 331-333 (la cita que hace del texto en estas páginas es errónea); ampliado con JMAFO12.

Diocesano de Madrid. José María mantuvo una relación fluida con las H.O.A.C., que representaban el ala más progresista de la Acción Católica, y con su nuevo responsable. Reflejo de ello era el interés con que seguía su publicación *Tú*. Colaboró activamente en la especialización de la pastoral obrera, en la cual tuvo protagonismo destacado Alberto Bonet, fundador de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, que en 1945 se había incorporado a la Dirección Central de Acción Católica. Con él, como con Herrera Oria, mantuvo una provechosa comunicación intelectual.

Y es que la diócesis de Vitoria llevaba una gran ventaja en el campo de esa especialización gracias a las juventudes obreras de Mondragón, Rentería (de la mano de Roberto Aguirre y José Luis Lecuona), Irún (bajo el magistario de Ricardo y José María Alberdi) o la cuenca del Nervión, en las que pesaba hondamente el modelo belga del Cardenal Cardjin, aspecto subrayado por Fernando Urbina y que tiene poco de asombroso, por ser Cardjin un personaje bien conocido por Aldabalde y su círculo de colaboradores. Y eso que la promoción de la juventud obrera no era tarea fácil en aquellos años. La romería en que José María expuso a los jóvenes sus lecturas laboristas había sido organizada como parte de los actos que celebraba la Congregación Mariana de San Luis Gonzaga en honor de su patrón. El plan consistía en disfrutar de la naturaleza, rezar y celebrar una asamblea pública en la que todos los jóvenes pudiesen compartir sus necesidades e inquietudes. José María hubo de gestionar permisos del Gobierno Civil y la Delegación de Educación. En la madrugada anterior a su celebración la Guardia Civil lo levantó de la cama. Buscaban las hojas volantes en que anunciaba la marcha. También entró en el Centro de Acción Católica y condujo a declarar a uno de los responsables de la romería. De paso arrancaron los carteles de convocatoria en Eskoriatza y Aretxabaleta. Unos meses antes *Aleluya* había sido prohibida por la Delegación Provincial de Prensa por no contar con los permisos oportunos para ser publicada.[47]

Uno de los últimos *Aleluya,* el de diciembre de 1945, presenta una curiosa portada. Un joven obrero construye el título de la revista ayudado por máquinas, mientras al fondo se advierte el signo de Acción Católica. La portada refleja el imaginario obrero socialcristiano que el Consiliario trasladó a los jóvenes mondragoneses, los mismos que di-

---

[47] AJMA, C21: Programa de la Asamblea Diocesana de A.C.E., Seminario Diocesano de Vitoria, 2-6 enero de 1946; Programa de la Semana Nacional de Estudios para Consiliarios sobre Especialización Obrera en la A.C.E., 16-20 septiembre de 1946; «La acción social. Problemas de justicia y apostolado», Mondragón, diciembre de 1945; Carta a Alberto Bonet, Mondragón, 20 de marzo de 1947; C6: Programa, hoja volante y descripción de la romería organizada por la Congregación de San Luis Gonzaga el 16 de junio de 1946; «Día de la Juventud», hoja volante fechada el 10 de febrero de 1946; C21: Notificación de la Delegación General de Prensa de prohibición de la revista *Aleluya* fechada en San Sebastián, el 8 de febrero de 1946; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 410-417; Urbina: «Formas de vida de la Iglesia en España», pp. 21 y 51; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 23.

bujaban las portadas de la revista. Este año de 1946 existía ya un grupo selecto de éstos que había ido finalizando en años pasados sus estudios de Maestría Industrial en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera. Su destino natural era ocupar cargos medios en las fábricas de la empresa: «nosotros, unos chavalines, apenas superada la barrera de la pubertad, nos sentíamos ufanos de nuestro saber profesional y cómodos y sin ambiciones», recuerda Larrañaga. Habían llegado a lo más alto a lo que, en la clase de la que provenían, podían aspirar. Tenían entre 18 y 20 años y ocupaban puestos importantes, desde oficiales a jefes de taller, que era el mayor rango posible en los talleres de la Cerrajera.

Pero esta formación, en opinión de su Consiliario, no era suficiente para los destinados a ser sus futuros colaboradores en la reforma de la empresa. José María, «[a quien] sin darnos cuenta habíamos alquilado nuestra voluntad» emprendió por su cuenta la tarea de que once de estos graduados pudieran acceder a estudios superiores de Peritaje Industrial. Estos estudios estaban reservados a las clases adineradas y en Mondragón sólo unos pocos jóvenes podían aspirar a ellos. La Escuela de Peritos Industriales de Bilbao rechazo su solicitud. Pretendía que los jóvenes obtuvieran una dispensa de escolaridad de este centro mediante la cual pudiesen simultanear el trabajo en la Cerrajera con sus estudios, acudiendo a los exámenes sin asistir a las clases. La fórmula clásica de estudio sin trabajo era imposible para ellos debido a sus costos y a que sus jornales los necesitaban sus familias. Además, llevaba años subrayando las potencialidades de la conjunción de ambas actividades. Jesús Larrañaga piensa que su buen recuerdo de sus estudios a distancia en Burgos pudo influir también en ello, algo que es razonable, aunque existía en él un ideario maduro sobre la educación activa que sería el que más influiría en su insistencia en esta fórmula.

Descartada la opción de Bilbao acudió a la Escuela de Peritos de Zaragoza, por mediación de Carlos Bardavío, delegado comercial de Roneo Unión Cerrajera en esa ciudad. Consiguió que el Director de esta Escuela se interesara en el proyecto. Se trataba de José María Sinués y Urbiola, que era, además, el Presidente de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. La propuesta final le fue presentada a éste por Antonio Balerdi, Director Administrativo de Roneo y profesor de la Escuela Profesional, bien asesorado por José María. Sinués aceptó y concedió la dispensa de escolaridad a once jóvenes elegidos por José María entre el alumnado licenciado de la Escuela de Aprendices. Varios formaban parte de la vanguardia de «técnicos» que le rodeaba, entre ellos los cinco que iniciarían, diez años después, la empresa cooperativa: Alfonso Gorroñogoitia, José María Ormaechea, Jesús Larrañaga, Javier Ortubay y Luis Usatorre. Todos superaron con facilidad el curso preparatorio de ingreso de 1946-1947, comenzando los estu-

dios en el siguiente, 1947-48, con dos años de asignaturas comunes y otros tres de especialización. Se trataba de Alfonso Gorroñogoitia (que se licenciaría como perito industrial electrotécnico), José María Ormaechea y Javier Aranzábal (que alcanzarían el grado de perito industrial químico), José Antonio Acha, Felipe Elustondo, Ramón Escudero, Félix González, Julio Gorroñogoitia, Javier Ortubay, Luis Usatorre y Jesús Larrañaga (que se licenciarían como perito industrial mecánico).

En uno de los últimos *Aleluya* su Consiliario había escrito: «¿Para qué tener prisa en la vida cuando la vida no se concibe para otra cosa, o la vida no se concibe como una misión, una responsabilidad,un servicio, un algo que merezca la pena de tomarlo en consideración? (...) Eso no es vivir, sino vegetar. Vivir es luchar, queramos o no queramos. Porque hay que luchar para saber, hay que luchar para poder, hay que luchar para querer, hay que luchar para desarrollar las facultades, para ser algo... Si no somos capaces de ese esfuerzo, no podemos vivir humanamente y menos cristianamente. La primera ley de la vida es la ley del esfuerzo. La primera ley de la vida cristiana es la ley del sacrificio, la ley de la renuncia. No lo olvidemos». A esta ley del sacrificio y de la lucha se sometieron estos jóvenes, que en todo hubieron de duplicar o triplicar esfuerzos. Trabajaban de lunes a sábado en la Cerrajera, ocupando cargos de responsabilidad durante más de 55 horas semanales. Pero, además, dedicaban al estudio 20 ó 30 horas más guiadas por el claustro docente de la Escuela Profesional. José María contrató expresamente para ello a nuevo personal: a un ingeniero, Javier Martínez, así como un licenciado en Química, José Antonio Mesanza. Él mismo se encargaba de las clases de Economía Política, que les enseñaba siguiendo poco ortodoxamente el manual de F. V. Kleinnwächter. El resto del tiempo debían emplearlo en la Acción Católica, atendiendo a responsabilidades directivas, así como la rica variedad de actividades sociales que el Centro desplegaba. La Cerrajera respaldó su esfuerzo, pagándoles las dos semanas de estancia estival que debían pasar en Zaragoza para examinarse de cada curso. Fueron cinco años, de 1947 a 1952, sin lugar para la indolencia. Cinco años de precioso aprendizaje para lo que luego llegaría. Cinco años de esfuerzo que su mentor no olvidaba mencionar agradecido en las memorias de la Escuela. En 1951 contaba al Ministro José Antonio Girón que estos estudiantes «serán el primer caso de España de auténticos obreros, que trabajando una jornada normal de trabajo, logran hacer una carrera tan apropiada merced a la Escuela Profesional».[48]

---

[48] AJMA, C20: *Aleluya,* nº 15, diciembre de 1945; C86: Carta de A. y J. Gorroñogoitia, J. Aranzábal, F. Elustondo, J. Larrañaga, A. Aguirre, F. González, R. Escudero, R. Basabe, L. Usatorre, J. Ortubay y J. A. Acha a la Delegación Provincial de Sindicatos, Mondragón, 4 mayo 1948; C27:

El Dispensario Antituberculoso

«Cada época ha tenido su signo y su meta en la organización y el desenvolvimiento de las fuerzas vivas. El signo de nuestra época es lo social y la meta en que convergen las aspiraciones de los pueblos es la seguridad social.» Así escribía en un trabajo de 1951 titulado «Semblanza social de Mondragón». A la altura de 1946 había batido problemas como el paro, la miseria o la ignorancia, pero muchos otros quedaban pendientes. El 17 de septiembre de 1941, recién llegado a la villa, había promovido una encuesta que reveló la existencia de un centenar de viviendas ocupadas por dos o tres familias cada una, «sin espacio ni independencia requeridas para la mínima decencia». Inmediatamente trasladó tal problema a «personas influyentes de Mondragón a fin de estimularles a su solución», pero no recibió sino largas, de manera que el problema siguió agravándose al comenzar a llegar familias de emigrantes y casar unas trescientas nuevas parejas en esos años.

El problema tenía difícil solución, tanto por el desinterés de las autoridades como por la lentitud de los trámites de construcción de viviendas. La Cerrajera estaba construyendo en el barrio de Musakola unas cuantas, mientras la Obra Sindical del Hogar mantenía un proyecto de doscientas aún no ejecutado pues afectaba a una de las zonas de esparcimiento del pueblo, el Jardín de Sola, que muchos denominaban «el pulmón de Mondragón». El coadjutor era muy crítico con tal situación: «No diremos que Mondragón no necesita su pulmón, pero hoy por hoy urge más la preservación de los pulmones de los mondragoneses». La tuberculosis se había agigantado al amparo del hacinamiento. Entre 1939 y 1945, la villa contó con decenas de hospitalizados y anualmente 19 vecinos fallecían a causa de la enfermedad. En el último trimestre de 1945 el Consiliario promovió otra encuesta confidencial cuyos datos fueron peores de lo esperado: 25 hospitalizados, 17 en espera de cama, 79 vecinos infectados...

Puso manos a la obra. El problema de la vivienda era, por el momento, imposible de afrontar mientras no se resolvieran los proyectos que estaban pendientes de ejecución y se alcanzase una conjunción de voluntades públicas y privadas. Dirigió, pues, sus energías a atajar el crecimiento de la enfermedad mediante la mejora de su prevención. Elaboró una hoja volante que distribuyó entre la población, a la que

---

Carta a José Antonio Girón, 15-2-1951; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 79-81; «La experiencia cooperativa de Mondragón», p. 18; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 38-39; *Didáctica de una experiencia empresarial,* pp. 38 y 132-133; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 30-31; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 217-220; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 106-108. De los once alumnos que alcanzaron el grado de Perito Industrial en Zaragoza, ocho se dedicaron diez años después a poner en marcha la empresa cooperativa. Escudero participó en la fundación de Arrasate S. Coop. y quedó como socio cooperativista, si bien no trabajó en ella.

siguieron sermones y la movilización de los jóvenes en una campaña de recaudación destinada a la construcción de un «preventorio antituberculoso», que finalmente se denominaría Dispensario Antituberculoso Industrial. La movilización de conciencias no se limitaba al terreno de la caridad, de la mera respuesta inmediata, sino a la concienciación en base a principios de justicia social. Este «preventorio» era un ejercicio de caridad que debía ir acompañado de otro de mayor entidad como era la construcción de nuevas viviendas, pues «mientras no desaparezcan esos tugurios indecentes y las familias carezcan del espacio suficiente e independiente en el que quepa un poco de intimidad y un *minimum* de satisfacción y de condiciones higiénicas, aun cuando acojamos en una hermosa sala a los enfermos de hoy, no vamos a poder resolver ni mucho menos este problema de la tuberculosis».

La campaña que emprendió revela las características clásicas de su obra de apostolado social: actuación sobre problemas concretos (apelando a la caridad cristiana como cauce de justicia social) y ejercicio, en paralelo, de una labor movilizadora de la opinión pública. Logró la colaboración del Párroco, José Luis Iñarra, del Ayuntamiento y de las empresas para la instalación del Dispensario Antituberculoso en el pequeño centro de salud de la ciudad. Fue inaugurado el 25 de junio de 1946, dotado de un flamante aparato de rayos X y todas las dependencias y elementos necesarios para la prevención y tratamiento de la enfermedad, que se reforzaron unos meses después, el 5 de enero de 1947, con la bendición de una enfermería adjunta a él dotada de 15 camas distribuidas en tres salas. Al frente del servicio estaban los doctores Salvador Bravo y Calixto Yeregui, ayudados por dos religiosas Mercedarias. Su supervisión quedó en manos del Párroco.

El episodio del Dispensario es un ejemplo particularmente adecuado, debido al corto espacio de tiempo en que se materializa, de su opción preferencial por una «teología de la realidad» fundada en la idea de servicio a las necesidades de la comunidad. «Sin importarle dónde está el problema, lo asume y trata de resolverlo a través de instituciones y estructuras de gestión. Él no se paraba a denunciarlo. Promovía soluciones». Soluciones que nunca finalizan, pues están animadas por un ideal de justicia social que no tiene fin. Así, en el intervalo de tiempo que media entre la inauguración del Dispensario y la de la enfermería aún tiene oportunidad de apelar a las fechas navideñas para seguir concienciando a la comunidad de que la solución preventiva del problema queda pendiente en forma de nuevas viviendas. Y para ello no duda en recurrir de nuevo a la hoja volante y a hacerse pasar ahora por tuberculoso: «Nadie que no haya experimentado sabe lo que es ser víctima de una enfermedad sin más perspectiva que la miseria y la muerte y sumido en un ambiente de recelo y temor (...). Solidaridad y compañerismo, invocaría yo a la puerta de nuestros es-

tablecimientos públicos, de nuestras tabernas y nuestros cines. Justicia, justicia social, reclamaría a la puerta de nuestras hermosas fábricas, donde hemos trabajado. Caridad, caridad, gemiría en nuestras calles y plazas». Movilizar, agitar las conciencias. Tal es su obra, alimentada por una vida consumida en una realidad social cuyas necesidades nunca conceden tregua.[49]

[49] AJMA, C79: «Semblanza social de Mondragón, junio de 1951; C 21: *Equis,* hoja volante de la Juventud de Acción Católica, nº 18, Navidad de 1946; C86: Carta al Obispo de Vitoria, Carmelo Ballester, Mondragón, 27-2-1946; C13: Sermón destinado a la colecta para las obras del preventorio antituberculoso, 28 abril 1946; C79: «Servicio Antituberculoso Industrial de Mondragón. Memoria. Ejercicio 1949-50; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 76-77; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», p. 54; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 745-746; ampliado con JMAFO15-I.

5

LA REFORMA DE LA EMPRESA | 1947-1954

LAS FRONTERAS DEL APOSTOLADO PATRONAL

El factor de la opinión pública

En las ponencias sobre apostolado social que defendió en las asambleas de Acción Católica desde 1943, el joven Consiliario de Mondragón demandó la colaboración con los sacerdotes sociales de los «técnicos», los trabajadores que ocupaban en la empresa un puesto de responsabilidad, desde el encargado al ingeniero jefe. Los primeros debían aportar la doctrina social cristiana, los segundos debían encargarse de llevarla a la práctica en la fábrica. La colaboración de ambos debía conducir a la reforma de la relación entre el capital y el trabajo, así como a la creación de una obra de asistencia social mediante cajas de seguros de enfermedad, escuelas profesionales, viviendas obreras, etc. Una obra que debía estar promovida por las empresas y respaldada por financiación pública. El sacerdote, en tanto que «apóstol», debía consagrar por entero su vida «al servicio y bien desinteresado del prójimo». Por ello debía sacrificar siempre ideales superiores y preocuparse primero por cubrir las primeras necesidades, fomentando que «antes de las escuelas surjan viviendas o antes de los ejercicios espirituales se les proporcione más pan a los trabajadores». La clave para llevar a cabo ese empeño era permanecer en la sombra y renunciar a cualquier reconocimiento social, y algo parecido debía hacer el técnico.

Ese apostolado encarnado, alejado de la abstracción y disipación intelectual, generaba rechazo en buena parte de la dirección diocesana de la Acción Católica. El manual de esta Organización de Vicente Enrique y Tarancón, decía «la Acción Católica, que al mismo tiempo que hace religión hace también Patria, no puede mirar con indiferencia este resurgir esplendoroso del espíritu patriótico y español y esa nueva orientación del futuro Estado». Tal resurgir era el que, siete años después de publicadas estas palabras, buena parte de su jefatura diocesana pretendía aún impulsar, con propuestas como las peregrinaciones juveniles a lugares de memoria nacionalcatólica como Santiago de Compostela. Y la posición del Consiliario de Mondragón ante tales iniciativas era negativa. Cuando se le requirió desde la Presidencia Diocesana de Juventud de Acción Católica que los jóvenes mondragoneses colaboraran en tales rituales patrióticos, oculto bajo la firma del Presidente de la Juventud de Mondragón, contestó: «a los jóvenes nos falta todavía mucho antes de llegar a esas alturas espirituales como para comprender el sentido ascético y místico de la peregrinación y mientras no tengan esta preparación peregrinar será hacer simple turismo». Pese a que la Presidencia insistió, él se mantuvo inflexible. Ello explica los obstáculos que su obra de apostolado sufría dentro de la asociación, de los que se quejaba amargamente en una carta remitida en 1947 al Subdelegado Diocesano.[1]

Aun así, su voluntad de crear un modelo de organización apolítica y social seguía adelante con el crédito que le concedía su propia vida. Por ello su obra social crecía y era referente de otras, como la que Marcelo Gangoiti levantó el 3 de febrero de 1947 en Somorrostro, una Escuela de Orientación Profesional para jóvenes de la margen izquierda del Nervión inspirada en la suya. Mondragón se iba acercando a una nueva década de cambios que él, en su fuero interno, ya intuía. En la hoja volante de la pasada Navidad había expuesto como uno de los sueños a que el pueblo no debía renunciar «aprovechar aquel cuadrilatero de 80x50 de la parte sur del Estadio de Iturripe. (...) Soñemos, pensemos en este Instituto Profesional rodeado de magníficos paisajes, en el centro de un hermoso estadio donde puedan recrearse sus alumnos, dotado de hermosas salas de trabajo y estudio, laboratorios y gabinetes» Y con humor cerraba diciendo: «Se levantará una estatua al primero que para dicho fin deje un millón de pesetas». Eviden-

---

[1] AJMA, C21: «Cuestionario sobre la organización, formación y actividades de la Acción Católica en la Diócesis de Vitoria», Mondragón, 18 de enero de 1945; C20: «El sacerdote y el técnico y su perspectiva misión en la promoción de las obras de asistencia social», I Asamblea Nacional de Técnicos de la Acción Católica, sin fecha; C21: Carta a Leonardo Urteaga, Mondragón, 3 de julio de 1947; Carta del Presidente de J.A.C. de Mondragón al Presidente diocesano de J.A.C.E., Mondragón, 8 de julio de 1947; Carta de Leonardo Urteaga, San Sebastián, 20 de julio de 1947; Programa, hoja volante y resumen de la Romería Comarcal de Goronaeta, 20 de julio de 1947; Vicente Enrique y Tarancón: *Curso breve de Acción Católica,* 1940, pp. 162-163.

temente, nadie se dio por aludido, lo que no evitó que en agosto ya estuviera en trámites con el arquitecto Ricardo Olaran para levantar los planos de esa nueva Escuela Profesional.

Con cierta regularidad, dos veces por mes, pasaba uno o dos días de tranquilo retiro en Iturbe. Allá le remendaban la ropa, disfrutaba de su plato favorito, la sopa de ajo, probaba la sidra de la casa y regresaba cargado de productos de la huerta. Ceñido a su pequeño sueldo de coadjutor, sólo aceptaba los valiosísimos paquetes que su madre le proporcionaba aprovechando su estancia en Iturbe, o cuando se acercaba a visitarlo al pueblo con sus hermanos o su padre, que también lo visitaban por su cuenta de vez en cuando, o de la mano de la recadista de Eibar que utilizaba para ciertos encargos. En esos paquetes encontraba hortalizas, embutido, pan, fruta, etc. Su familia vivía con desahogo gracias a los productos que vendía en los mercados de la comarca, si bien el pasado nacionalista del padre seguía trayéndole ciertos disgustos con vecinos afines al régimen. Padre e hijo mantenían una fluida relación merced a los fines de semana de éste en Iturbe y a las visitas de José Luis con motivo de las ferias de Mondragón. Allá encontraba a su hijo envuelto en el capote militar que había adquirido durante la guerra, que utilizaba para cubrirse debido al frío que hacía en su oficina de la Escuela. Con razón respondía José Luis, con su característico humor, «Vengo a ver a mi soldado», cuando le preguntaban qué hacía lejos de Markina. Un soldado de capote remendado, que recibía con una sonrisa a todos los que tuviesen a bien tocar la puerta de su humilde despacho de la Escuela Profesional.[2]

Precisamente fue en sus tiempos de soldado cuando comprendió en toda su complejidad la importancia de los medios de comunicación y de la opinión pública en la sociedad industrial. En tanto que líder movilizador, una de sus labores claves en Mondragón era asegurar una información fluida entre su obra social y el público a que estaba destinada. El cauce para ello eran todo tipo de instrumentos impresos (folletos, hojas volantes, revistillas, murales, panfletos, pasquines) que se sumaban al más importante aún en aquella época: el púlpito. No le interesaba elaborar mensajes complejos destinados a una elite, ese sitio ya lo cubría con los documentos sobre su apostolado para la Acción

---

[2] AJMA, C25: Carta de Ricardo Olaran, San Sebastián, 298-1947; C21: *Equis,* hoja volante de la Juventud de Acción Católica, nº 18, Navidad de 1946; C86: Carta de Hilarión Amuchastegui, Marquina, 15 marzo 1947, Carta a Hilarión Amuchastegui, Mondragón, 19 marzo 1947; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 18, pp. 60-61; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 30; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 17; Juan Leibar: *La mujer en la vida, en el pensamiento y en la obra de D. José María Arizmendiarrieta,* documento inédito y sin fecha, mecanografiado, p. lo; *Boletín Informativo del Premio Marcelo Gangoiti,* enero 1998, pp. 3-4; José María González: «En recuerdo de Marcelo Gangoiti» y [anónimo] «D. Marcelo Gangoiti. Un referente para toda la comarca», en *Premio Marcelo Gangoiti,* Centro de Formación de Somorrostro, Muskiz, 2003, pp. 23-25; Garay: *El sentido de Iglesia en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 91-92. Datos ampliados con JMAFO1-I y II, JMAFO4 y JMAFO15-I.

Católica. Lo que deseaba con ellos era mantener un contacto rápido y fluido con el vecindario, cuyo concurso requería para sacar adelante su obra. Sus ensayos en *Kardaberaz,* su experiencia en *Eguna* y, en especial, su trabajo como director de *Surge* era su bagaje. «Hay un resorte cuya eficacia no siempre se suele considerar, que al fin y al cabo es la eficacia de las conciencias informadas y formadas. Me refiero a la opinión pública. Es tan poderosa y eficaz una corriente de opinión pública encauzada debidamente que nadie o muy pocos se la resisten. Pero para eso hay que crearla oportunamente. Hay que preparar las cosas a tiempo y nosotros tenemos a nuestro alcance medios para formarla, los Círculos de Estudio, predicación, hojas impresas, etc. Y por los mismos medios se la moviliza una vez creada.»

Son palabras suyas de este tiempo que demuestran su extraordinario sentido de la modernidad social. Uno de los factores generadores de ésta en el siglo XIX fue lo que Jürgen Habermas ha bautizado como el «espacio público». Espacio imaginario en el que se debate y decide acerca de los problemas que afectan a los ciudadanos en la esfera social, que exige de un régimen político que garantice libertades de reunión, asociación u opinión. Tal régimen no existía en la España de ,entonces. Sólo la Iglesia disfrutaba de cierta libertad para ser autónoma respecto de él. José María aprovechó tal resquicio para incentivar que lo público se organizara a sí mismo en tanto que opinión (publicada, debatida y dialogada). Se trataba de una práctica que generaba recelos cuando no un explícito rechazo de la dictadura. Por ello la Guardia Civil obstaculizaba las romerías juveniles, la dirección de Acción Católica protestaba ante el distanciamiento político de su sección mondragonesa o la feligresía más fiel al régimen informaba a las autoridades de los heterodoxos sermones del coadjutor. Esos roces con la maquinaria represora del régimen obstaculizaron, pero no impidieron sus esfuerzos por crear una opinión pública autónoma mediante la comunicación impresa.[3]

En marzo de 1947, unos meses después de la clausura de *Aleluya,* lanzó a la calle una hoja volante llamada *Equis.* Redactada de forma anónima, su primer número presentaba el proyecto de una revista mensual destinada a la población obrera: «Me llamo Equis, mejor dicho, renuncio a un nombre propio, porque quiero ser un instrumento anónimo al servicio de la verdad y del bien, que no necesitan avales». Su fin era denunciar la mentira y el mal y defender la verdad y el bien, pues «de otra forma no es posible dar satisfacción a la conciencia».

---

[3] AJMA, C12: «Irradiación parroquial», Charla 1, «Observaciones generales», sin fecha; Geoff Eley: «Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteeth Century», en C. Calhoun (ed.): *Habermas and the Public Sphere,* The M.I.T. Press, 2002, pp. 289-290; Barroso: «Historia», pp. 104-105.

Pretendía ser portavoz de los «nobles afanes» de los mondragoneses bajo un lema característico de su pensamiento: «Entre el pasado donde están nuestros recuerdos, y el porvenir, donde están nuestras esperanzas, hay un presente donde están nuestros deberes». La hoja pasaba revista al estado de la vida social de la villa y a sus necesidades: asistencia a la infancia, ampliación del servicio antituberculoso, una ambulancia... Todo orientado al bienestar de la clase trabajadora. Constaba de cuatro páginas en las que exponía tales necesidades, precedidas de «Una carta abierta a un trabajador mondragonés» en la que contaba cómo hacía unos días se habían celebrado dos asambleas de las hermandades de trabajadores y cómo la hoja –es decir, él– no estaba satisfecha con la forma en que habían tratado las necesidades obreras: «Necesitamos [los trabajadores] representar algo en la sociedad e ir participando gradual y progresivamente de todas las satisfacciones de bienestar material, de la cultura, educación y funciones de gobierno y administración en la esfera de nuestra competencia». *Equis* nacía «para que se forme esa corriente de opinión pública, cuya fuerza nos ha de resultar beneficiosa». Incluía la firma de 36 obreros, entre los que figuraban Luis Usatorre y Julio Gorroñogoitia. Semanas después la revista presentó una amplia encuesta sobre la situación laboral de Mondragón. La iniciativa seguía la estela de trabajo que había aprendido de Aldabalde, a su vez inspirada en la dinámica de apostolado diseñada por los sacerdotes de la AVASC y el método de investigación antropológica de Barandiaran.

«En estos once años que llevo de Consiliario de Juventud y Hombres de la Acción Católica hemos publicado varias hojas, unas veces en multicopista, otras en imprenta, etc., con el objeto, unas veces de mantener comunicación con los jóvenes ausentes, de llevar a cabo otras campañas sociales, de ambientar algunos propósitos de apostolado y hasta de adiestrar a los jóvenes en el manejo de la pluma ofreciéndoles alguna oportunidad de trabajar. Unas las hemos llamado Aleluya, otras Equis, otras Despertar, etc. Unas han tenido carácter de circulares privadas y otras de hojas volantes.» En este texto, de 1952, denuncia cómo todas estas iniciativas acabaron siempre por ser bloqueadas. Equis desaparece semanas después de su primer número, por presión de las autoridades. Ese mes de marzo, en una carta particular, confiesa su hastío ante las cortapisas que la Delegación Provincial de Prensa pone a sus iniciativas: «Tenemos concebido ya todo un plan de acción y propaganda en toda la comarca y para llevar adelante nos es necesario un órgano de información y enlace, modesto y sencillo, pero capaz para exponer todo lo que hay que exponer para mover un poco a las masas». «Mover» a las masas significa incitar a su acción colectiva en pos de un ideal socialcatólico. Pieza clave para tal movilización es disponer de un medio de comunicación. Tal era el sentido de *Equis*. Pero

su plan sufre constantes obstáculos por «los que intervienen en estas cosas, que hasta en la sopa ven política o recelan de todo».

Recondujo la revista a la condición de hoja volante destinada a la campaña de Navidad de Acción Católica y no cejó en su empeño por crear un espacio público mondragonés, si bien en los años siguientes no creyó conveniente forzar de nuevo la maquinaria censora. Cada una de sus iniciativas sociales contó siempre con un órgano de expresión, tanto la Juventud Deportiva como la Escuela Profesional disfrutaban de un boletín, lo mismo que ocurriría con la institución que las aglutinaría poco después: la Liga de Educación y Cultura. Los problemas venían, por tanto, cuando lo que pretendía era lanzar una revista independiente desde una Acción Católica cuya autonomía política y compromiso social hacían recelar a las autoridades. Ahí residía la razón del cierre de *Aleluya* y *Equis.* Pese a ello insistió en su plan de formación de una opinión pública. A los boletines y hojas volantes aperiódicas destinados al vecindario unió una amplia gama de revistillas destinadas a segmentos sociales concretos: *Pum,* órgano del aspirantado de la Juventud de Acción Católica; *Despertar,* revistilla de la Academia de Sociología que incluía insistentes llamamientos a la movilización juvenil: «Vivamos la vida. ACATEMOS LA VERDAD. ABRACEMOS LA CAUSA DE LA JUSTICIA. Ni momias ni sonámbulos, sino hombres del día». Otras revistillas como *J.A.C. Delegación Castrense* o *Ar...* sustituyeron brevemente a *Aleluya* como órganos del apostolado castrense. Por no mencionar hojas abortadas como la aludida *Voy,* destinada a los aprendices obreros. Todas eran redactadas por él y no pasaron de unos pocos números e incluso de meros borradores.[4]

Hacia la dignidad obrera

1947 fue un año turbulento. A pesar del asfixiante control sindical, policial y militar, las opresivas condiciones laborales provocaron un rebrote de la conflictividad obrera. Una huelga general paralizó la industria vasca el 1 de mayo, evidenciando la capacidad de las organizaciones obreras clandestinas. En Mondragón transcurrió pacíficamente bajo un tiempo lluvioso y desapacible. Los obreros trabajaron con normalidad si bien no accedieron a cumplir con horas extras y otras actividades extraordinarias. El 8 de mayo, sin embargo, hubo una paralización general del trabajo promovida por un comité de resistencia formado por sindicalistas de ELA-STV y UGT. En el informe que envió al Nuncio Pontificio en España, José María indicaba que el éxito

[4] AJMA, C21: Carta de José María Arizmendiarrieta a Alberto Bonet, Mondragón, 20 de marzo de 1947; *Equis,* hoja volante, marzo de 1947; C23: «Despertar», sin fecha; *Pum,* Aspirantado de J.A.C., nº 1, sin fecha; C22: *J.A.C. Delegación Castrense; Ar...,* revistas sin fecha editadas a multicopista; Carta a Tomás Garicano Goñi, 5-3-1952.

de la táctica de autoridades y empresariado había residido en no ejercer una represión violenta del movimiento frente al caso de Aretxabaleta en donde la opción contraria generó importantes disturbios. Si al final hubo huelga en Mondragón fue por la durísima represión en el área industrial bilbaína, con despidos, pérdida de los derechos de antigüedad de los readmitidos, detenciones y palizas, que generaron un natural sentimiento de solidaridad entre los trabajadores mondragoneses.

Este episodio de protesta social sin precedentes señaló un horizonte de renacimiento de la protesta obrera que tuvo dos vertientes reivindicativas, una ilegal y violenta, caracterizada por huelgas y paros; otra legal, que consistía en la reclamación individual ante las Magistraturas de Trabajo. En esta vía se implicó el coadjutor. Desde fines de 1947 y durante más de un año animó a un grupo de obreras a exponer públicamente sus discrepancias con la dirección de su empresa, Roneo Unión Cerrajera. El conflicto comenzó con una demanda de mejoras salariales a la gerencia debido a la disparidad de sus salarios con los de otras trabajadoras que realizaban, en secciones diferentes, trabajos similares. La directiva se negó, refugiándose en el reglamento de la Cerrajera. Las obreras presentaron una demanda ante la Delegación Provincial de Trabajo, pues la empresa había comenzado a tomar represalias (expulsiones, multas y rescisiones de contrato).

Tanto sus reclamaciones como su demanda fueron elaboradas por José María, que era el que redactaba las cartas que ellas firmaban, algunas de ellas sumamente elaboradas, como la denuncia interpuesta ante la Magistratura de Trabajo. Las justificaciones que alegaban eran un calco de las exigencias que llevaba años haciendo respecto de la mejora de las condiciones del trabajo obrero, sólo que ahora aplicadas a un caso concreto. La denuncia aludida finalizaba con una argumentación típicamente *arizmendiana:* «Nosotras estábamos al servicio de una empresa que está boyante a juzgar por todos los datos de sus obras, lujos, etc.... empresa que no tiene dificultades e inconvenientes en gastar dinero en lujosas instalaciones de exposiciones que nadie visita, (...) trae máquinas que nadie visita, etc. Era de esperar que se acordaran de las pobres chicas que tienen que ir a trabajar».

Varios apuntes manuscritos suyos destinados a la redacción de estas cartas revelan su protagonismo en la defensa de unas «nuevas víctimas del capitalismo», según las calificó en una carta privada. Su apelación a la justicia social comenzaba a adquirir un terreno práctico, defendiendo a personas con nombres y apellidos, más allá de su tradicional promoción de obras sociales de signo comunitario. En los años siguientes participó en otros conflictos de empresas como Industrial Mondragonesa o Unión Cerrajera, enmascarado en las firmas de trabajadores rebeldes. A veces sus intervenciones no pasaban inadvertidas,

como le ocurrió a principios de 1950 cuando su nombre fue denunciado por personas afines a la dirección de Industrial Mondragonesa.

A finales de 1951, en un documento que tituló «Los presupuestos previos del apostolado social», dejó clara la razón de esta labor de agitación obrera: «El primer presupuesto del apostolado que quisiera resaltar es el del salario vital. El primer deber social de un empresario es organizarse y trabajar para que sus operarios puedan ganar un salario suficiente para cubrir las necesidades elementales de la vida. Y mientras no se haya logrado este objetivo nadie tiene derecho a calificarse de empresario cristiano. La empresa en que no se llegue a esta meta no sé cómo podrán justificarse [sic] ningún beneficio». Sostenido por León XIII, Pío XI y Pío XII, se veía plenamente legitimado para obrar en conciencia, y en ello se sentía apoyado también por la cúpula eclesiástica que le era más simpática, capitaneada por Ángel Herrera Oria. Siguió con interés sus pastorales y sus intervenciones en foros diversos, como la que en mayo de 1949 planteó en un homenaje de la Acción Católica al Nuncio Papal, en que reclamaba una atención preferente a las «clases altas» y «caballeros cristianos». Herrera Oria le ayudó a recopilar en estos años numerosísima documentación acerca de estrategias de apostolado patronal. Una de las empresas más activas en este ámbito eran los Laboratorios Alter de Madrid. José María poseía en su biblioteca una conferencia de su Director General, Juan José Alonso, pronunciada en 1948 y titulada, precisamente, *Cristianismo y empresa*.[5]

Y es que el respaldo enmascarado a los obreros no implicaba que olvidara su cuidadoso trato con la elite empresarial, especialmente la

---

[5] AJMA, C79: cartas de las operarias de la sección de sistema de Roneo Unión Cerrajera a Francisco Rezusta, Director Gerente, Mondragón, 11 y 12-9-1947, 27-11-1947,9-12-1947; carta de Francisco Rezusta a las operarias, sin fecha; Cartas del enlace sindical de Roneo U.C. al Delegado Provincial de Trabajo, Mondragón, 19-12-1947, 23-1-1948; Informe del despido de las operarias, manuscrito, sin fecha; Carta de María Cristina Mendizabal al Dtor. de Roneo U.C., Mondragón, 26-1-1948; Carta de Ángeles Aramburu a la Magistratura de Trabajo, Mondragón, 13-2-1948; Carta de las operarias de la sección de sistema a la Delegación Sindical Comarcal, Mondragón, 18-2-1948; Carta de Mª Cristina Mendizabal a la Magistratura de Trabajo, 25-2-1948; Carta de Antonio Alberdi, San Sebastián, 4-3-1948; Apuntes manuscritos de José María Arizmendiarrieta, esquema de carta a nombre de las operarias de sistema de Roneo U.C., manuscrito, sin fecha; Carta de M.ª Victoria Azpiazu y Sabino Zubizarreta a la Magistratura de Trabajo, Mondragón, 11-3-1948; Carta de Félix Otaduy, Ángel Aguirre, Mercedes Amozarrain y Esperanza Bolinaga a la Magistratura de Trabajo, Mondragón, 11-3-1948; C79: «La conducta provocativa de la dirección de Industrial Mondragonesa, S.A.», sin fecha ni firma, 1948; «Fórmula de solución», sin fecha; Carta de Gaspar Ezcurra al Ingeniero Jefe de la Oficina Técnica de Unión Cerrajera, Mondragón, 14-9-1948; Carta anónima a Francisco Rezusta, Mondragón, 23-6-1949; *Reglamento interior para la empresa sidero-metalúrgica Unión Cerrajera S.A.... Aprobado por la Delegación Provincial de Trabajo de Guipúzcoa el 4 de marzo de 1946;* C86: Carta a José María Martínez Artola, 4 y 21-2-1950; C103: Borradores firmados por *Jomarma* para la hoja volante *Voy,* sin fecha, 1944-1945; Carta a Cayetano Cicognani, Nuncio Vaticano, 18-6-1947; C21: «Los presupuestos previos del apostolado social», Mondragón, 10 diciembre 1951; Foote Whyte y King Whyte: *Mondragón: Más que una utopía,* p. 282; Ángel Herrera Oria: *Discurso pronunciado en el homenaje de la Acción Católica Española a su eminencia el cardenal Tedeschini,* Madrid, 22 de enero de 1949, sin lugar de imprenta, 1949, pp. 10-11; «Cristianismo y empresa». *Conferencia pronunciada por D. Juan José Alonso, Director General de Laboratorios Alter, S.A., el 20 de septiembre de 1948, en el VIII Congreso de Delegados de Laboratorios Alter,* Imprenta Editorial Magisterio Español, Madrid, 1948.p. 21; Moradiellos: *La España de Franco,* pp. 121-122.

de la Unión Cerrajera. El compromiso social de esta empresa era ostensiblemente superior al de la mayoría y se fue haciendo aún más explícito al acceder su directiva a implicarse en la enorme (y costosa) obra social promovida por José María. Colaboración que no se redujo al apartado financiero, sino que se amplió a otro más estratégico aún de cara a su éxito: los contactos con el entramado administrativo franquista. Ignacio Chacón, Camilo Basterrechea, Ricardo Oreja eran personas interesadas en promover en la empresa la doctrina vaticana, como destacaba elogiosamente al coadjutor mondragonés otro de esos «caballeros cristianos», Cástor Uriarte, en una carta de principios de 1948. Con éste también colaboró activamente, llegando a redactar para su empresa un «anteproyecto de participación del personal en beneficios de la sociedad» que no llegó a aplicarse, pues su empresa de Markina quebró.

Cuidó, pues, con igual esmero el apostolado patronal que el obrero. Tenía muy presente las palabras de Pío XI: «Los primeros e inmediatos apóstoles de los obreros han de ser obreros, los apóstoles del mundo industrial y comercial, industriales y comerciantes. Buscar con afán estos apóstoles seglares, tanto obreros como patronos, elegirlos prudentemente, educarlos e instruirlos convenientemente, os toca a Vosotros, venerables hermanos». Sus discípulos recuerdan las observaciones que, a este respecto, les hacía en los círculos de estudio: «Lo mismo que se ha hecho una mística del apostolado obrero, hay que hacerla del apostolado patronal (...). El patrono es el hombre que normalmente se encuentra envuelto en tentaciones más fuertes y constantes. Si un simple mortal, por instinto de conservación, propende a acaparar más de lo que necesita, ¿qué diremos del hombre de negocios, de cuya suerte depende el porvenir de tantos que trabajan para él?»

Su copiosa correspondencia con la directiva de la Cerrajera durante los años que median entre el comienzo de la Escuela Profesional y el inicio de la obra cooperativa es testigo de esta vertiente de su trabajo. Buena parte de ella estaba destinada a conseguir financiación para sus proyectos y a solicitar o agradecer contactos con autoridades de Madrid para lograr subvenciones y permisos. Pero esta correspondencia muestra también la existencia de un peculiar intercambio intelectual entre estos empresarios (Ricardo Oreja, Camilo Basterrechea, Ignacio Chacón) y el coadjutor, en el que éstos le solicitaban documentos destinados a las asambleas de debate empresarial en que participaban. Así, José María escribía para ellos sobre cuestiones como la educación profesional, el salario justo (la discriminación del salario según criterios pesonalizados de justicia social), el reparto de beneficios, la mejora de las retribuciones obreras, etc., proponiendo tesis sustentadas en las encíclicas pontificias. Uno de ellos, titulado «Juicios de un empresario católico», escrito para Basterrechea en 1949, es espe-

cialmente paradigmático de esta singular vertiente de su «mística de apostolado patronal».[6]

La Liga de Educación y Cultura

Este intercambio intelectual es paralelo al creciente compromiso del empresariado mondragonés con su obra social cuyo resultado final es la fundación de la Liga de Educación y Cultura. En su discurso de clausura del curso 1947-1948 de la Escuela Profesional describe esta pieza clave de su creciente entramado asociativo. Entiende que ha llegado la hora de aunar los esfuerzos de los diversos sujetos sociales en una iniciativa de colaboración institucionalizada. «No basta que los patronos hagan buenas obras, hace falta que participen en las mismas los obreros. No basta que los obreros sueñen con grandes reformas, hace falta que los patronos concurran a las mismas. No basta que las autoridades se afanen y se desvivan, hace falta que se asocie a ellas el pueblo.» Es necesaria una institución que refleje esa colaboración de clases en un proyecto común de reforma católica alternativo a la dialéctica entre éstas del marxismo. La comunidad mondragonesa debe regirse por las reglas sagradas de un matrimonio: «El matrimonio es efusión, es comunión y confusión de anhelos y afanes, de sacrificios y satisfacciones. Una sociedad en la que no exista esa efusión mutua de los de arriba y los de abajo (...) no será nunca una comunidad».

La obra social que ha levantado es fruto de su anhelada armonía clasista, que ha ido expresando en el campo de la asistencia social y el deporte, la cultura y la moral. El Dispensario Antituberculoso y las campañas navideñas, cubren el primer campo. La Juventud Deportiva cubre el segundo. La Escuela Profesional ocupa el tercero y cuarto. Pero, como siempre, hace falta más. «Creo que ha llegado el momento de que sin perder sus características de espontaneidad y desinterés, [esa colaboración] debe adquirir una madurez y una solidez convenientes para respaldar una obra de envergadura.» Con tal objeto «nos hemos inclinado por la constitución de una asociación que se llamará »Liga de Educación y Cultura de Mondragón» (...) [cuyo fin será] promover la educación cristiana y la formación profesional por los medios adecuados para ello». Se trataba de una sociedad integrada por socios corporativos, los organismos públicos y privados; por socios privados, los padres o tutores de los alumnos de la Escuela; y socios militantes,

---

[6] AJMA, C58: «Normas para un anteproyecto de participación del personal en los beneficios de la sociedad», sin fecha, [1954]; C6: Carta de Cástor de Uriarte, San Sebastián 18-1-1948; C25, Carta de Ricardo Oreja, Mondragón, 26-12-1948; C26: «La enseñanza profesional obrera», 14 de enero de 1949; C57, «Juicios de un empresario católico», fechado 2 septiembre 1949; C26, «La Formación Profesional Obrera», fechado 10 mayo 1950; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* 402-406; *Quadragessimo Anno, BOOV,* LVIII, 1932, p. 497; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta, p. 79.

que eran todos los padres de familia que lo desearan. Sus estatutos, que terminó de redactar el 8 de julio de 1948, los presentó en el acto de clausura del curso de la Escuela. El objetivo de la entidad era regir la obra social levantada en sus distintas modalidades asistenciales, deportivas, educativas, etc., y velar por la gestión de los recursos para su mantenimiento. Su fin primordial era la redención del hombre en su vertiente más sacrificada: el proletariado.

El 25 de abril de 1949, los estatutos de la Liga fueron aprobados por el Ministerio de Educación gracias a la mediación del Obispado. José María había sustituido la Junta Delegada del Patronato por una Junta General de socios y una Junta Rectora, lo que permitía la participación directa de todos los socios en la gestión de la obra social. Una preceptiva hoja volante fue distribuida con el fin de presentar la nueva entidad y solicitar la adhesión del vecindario a ella. En junio de 1949 organizó un ciclo de conferencias públicas. Una de ellas corrió a su cargo; la otra fue de Gregorio R. de Yurre, sobre la doctrina social de la Iglesia. El 8 de julio de 1949 fue constituida su Junta de Patronato, donde se reservó el papel de Consiliario, en la que tuvo lugar una inusitada votación democrática de la que salió elegido Presidente Gregorio Echevarria, Gerente de Elma, y Vicepresidente Ignacio Chacón, Director de la Escuela de Aprendices e Ingeniero Jefe de Talleres de Unión Cerrajera. El resultado de las elecciones refleja su capacidad para situar en puestos precisos a los hombres que necesitaba. La Liga permitió agrupar las fuerzas vivas del pueblo en apoyo de la Escuela Profesional, que había pasado el 10 de octubre a depender de su Junta de Patronato. Su Consiliario deseaba que tuviera un carácter comunitario fomentando la asociación de los vecinos mediante el pago de una módica cantidad, convirtiéndola en un espacio de aplicación de su ideal de acercamiento y disolución de las clases en una nueva sociedad cristiana corporativa. Para reforzar la comunicación fluida de esta entidad con la comunidad local comenzó a publicar un boletín en octubre de 1949.[7]

La Liga fue diseñada como una sociedad interclasista de promoción del bien común. Constituía el primer paso para lograr el verdadero ideal de José María, que era trasladar ese modelo de colaboración de

[7] AJMA, C25: Discurso de clausura del curso 1947-1948 de la Escuela Profesional, manuscrito; C65: «Memoria correspondiente a la temporada de 1947-48 que presenta a sus asociados Juventud Deportiva»; C53: «Actualidad mondragonesa», borrador de hoja volante, sin fecha; C54: «Liga de Educación y Cultura», sin fecha; Hoja volante de presentación de la Liga, sin fecha; Carta a José Grau, 25-3-1949; Notificación del Gobierno Civil de Guipúzcoa, 25-4-1949; «Las conferencias organizadas por los iniciadores de la Liga de Educación y Cultura de Mondragón», Mondragón, 7 junio 1949; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 1, octubre 1949; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 32 y 172; José María Mendizabal: «Prólogo» a *Recopilación de textos escritos por D. José María Arizmendiarrieta Madariaga.* Libro 6º. Tomo IV. *Escuela Profesional, 1ª parte,* AG ediciones, s.l., sin numeración de páginas.

clases a la empresa. Sin embargo, una cosa era el ideal y otra, muy distinta, la realidad. El empresariado mondragonés, especialmente el más poderoso, se había mostrado dúctil a su ideal social regenerador, y como reflejo de ello ahí estaba la Vicepresidencia de Chacón en la Liga. Pero todo tenía sus límites. El coadjutor no se recataba en reconocer públicamente la disposición reformista de estos empresarios, pero tampoco en proponerles una progresiva superación del carácter paternal con que revestían sus iniciativas solidarias, producto de unos beneficios económicos a los cuales (a su entender) también eran acreedores los trabajadores. Pronto vio los límites de su afán transformador.

A mediados de 1948 la Cerrajera, que contaba con 2.000 trabajadores entre las fábricas de Mondragón y Bergara, decidió cortar los abusos que se producían en la prestación de la compensación económica que su Hermandad de Trabajadores (Hetruc) satisfacía a aquellos que sufrían una baja. Estas compensaciones, que eran cada vez más numerosas, agravaban los cuantiosos gastos que este régimen de previsión social suponía a la empresa, especialmente una vez que el Ministerio de Trabajo decidió, en julio de 1949, aumentar las bases de cotización al régimen de la Seguridad Social en un contexto de crisis económica. La directiva decidió suprimir las subvenciones anuales a la Hermandad, con la consiguiente reducción de las prestaciones de los trabajadores, que vieron mermada su cobertura hasta menos del 35% de su salario real. La medida era discriminatoria, pues no afectaba a los empleados de oficinas, que ya de por sí tenían un horario mucho menor que el de los obreros, cuyo salario base era tan bajo que debían trabajar a destajo. Ello generó un enorme malestar. Los discípulos de José María lideraron la protesta y denunciaron el caso a la Delegación Provincial de Trabajo.

El 19 de diciembre de 1949 una comisión formada por varios de ellos (Alfonso Gorroñogoitia, José María Ormaechea, Javier Aranzabal) redactó una carta al Presidente de Hetruc en la que le instaban a pensar en «las necesidades sociales de sus asociados» y transmitían su esperanza de que la Hermandad y la empresa dieran «testimonio del alto espíritu social y cristiano del que debemos estar animados todos». La insólita iniciativa reflejó el muro mental que el reformismo del Consiliario acabó por encontrar: «En la empresa no se hace apostolado; esa misión hay que dejarla para quien decide irse a África a convertir a sus gentes», les comentó en una reunión privada Camilo Basterrechea. Triunfaron las tesis de la empresa y comenzó a degradarse la relación entre la directiva y estos prometedores profesionales, estudiantes de la Escuela de Peritos de Zaragoza, que mostraban su escasa sumisión a la mentalidad paternalista de la Cerrajera. Durante siete años la empresa había insistido en presentarse ante sus aprendices como una «segunda familia» en la que los futuros técnicos debían someterse al dictamen

de sus «buenos padres», de la dirección. Pero José María puso, a la manera evangélica, a «hijos» frente a «padres» con el fin de construir el reino de Dios en la fábrica. El reto del mundo del trabajo era apasionante, mucho más que irse de misiones, como le ofreció en octubre de 1948 el primer grupo misionero creado por el Movimiento Sacerdotal de Vitoria cuando se disponía a partir a la provincia de Los Ríos, Ecuador. La selva era un horizonte demasiado romántico para su espíritu práctico de 33 años.[8]

La Escuela Social de Vitoria

La fractura entre la Cerrajera y su joven elite obrera liderada por José María era de signo intelectual, espiritual y generacional. Existía un desfase mental entre una clase empresarial enclaustrada en un ideal corporativista y proteccionista, que encontraba un respaldo perfecto en la política económica franquista, y un grupo de clase diferente que intuía, sabiamente orientado por su mentor, la necesidad de activar la competencia, la formación técnica y la innovación tecnológica en la empresa industrial. La directiva de la Cerrajera se había acomodado excesivamente a la autarquía económica y había abandonado la preocupación por una previsora política de inversiones. «La dictadura que diseñó aquel modelo de autarquía industrial tan hermético y duradero propició el asentamiento de conductas empresariales que necesariamente tenían que acabar en fracaso», pues «la empresa que no desarrolla su vida al calor de la competencia de la cual es tributaria por las reglas del mercado, y se olvida de preparar su futuro, lleva consigo las huellas de su caducidad». Así lo expuso José María. El proteccionismo arancelario y la falta de competencia animaban a reducir la inversión en tecnología, investigación y promoción del trabajador. La abundante mano de obra inmigrante, barata y no cualificada, permitía relajar las políticas de inversión.

Su juicio empresarial adquirió por esos años aún más fundamento teórico merced a los cursos de verano que realizó en la Escuela Social de Vitoria. Este proyecto se remonta a la Asamblea que, entre el 1 y el 6 de enero de 1946, había reunido en el Seminario de Vitoria a los consiliarios diocesanos de Acción Católica, capellanes de fábricas y profe-

---

[8] AJMA, C79: Carta sin firma a la Presidencia de Hetruc, Mondragón, 19 diciembre de 1949; Hetruc. Hoja volante de la Directiva, Mondragón, 18 febrero 1959; AJMO, *Memoria de la Escuela Profesional que Unión Cerrajera S.A. tiene establecida en su fábrica de Mondragón para la formación de sus aprendices,* fechada en Mondragón, 27 de diciembre de 1945; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 85-88; *La experiencia cooperativa de Mondragón,* pp. 18-19; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 39-41; Mendizabal: «D. José María sacerdote», p. 98; Gamarra: *Origen y contexto del movimiento sacerdotal de Vitoria,* pp. 94-99; Lannon: *Privilegio, persecución y profecía,* pp. 282-284 [la reflexión intuitiva de esta historiadora sobre los orígenes del cooperativismo mondragonés vertida en la p. 284 resulta, pues, plenamente correcta].

sores de escuelas de aprendices. Ante los ciento cincuenta sacerdotes que asistieron a estas jornadas, José María, en su calidad de Consiliario de Mondragón, había presentado un documento acerca de la acción social de la Iglesia. En dicha reunión quedó patente la preocupación de la comunidad diocesana por la adecuada formación del sacerdote en el campo social. El marco de todo ello era un clima de efervescencia de lo obrero en la diócesis del que fueron reflejo las Conversaciones Católicas de San Sebastián recuperadas en 1947 tras el parón de la Guerra Civil. Estas asambleas anuales a las que asistieron intelectuales católicos de prestigio mundial jugaron un papel fundamental en la renovación intelectual de la Iglesia española. En ellas participó una nutrida representación del Movimiento Sacerdotal de Vitoria. Fernando Urbina afirma que fueron cauce de apertura del pensamiento católico español al personalismo de Maritain y Mounier, lo que refleja la capacidad de José María para participar en la atmósfera de su tiempo, pero siempre «unos milímetros» por delante.

Posteriormente, en 1947, Ángel Herrera Oria ocupó el Obispado de Málaga y decidió crear un centro destinado a formar una minoría sacerdotal preparada para actuar en el campo social siguiendo las orientaciones de la *Quadragessimo Anno* y el mensaje de Pío XII en la Navidad de 1942. Tal grupo de sacerdotes completaría a las «minorías selectas» de seglares que debían llevar a cabo la regeneración de la sociedad. La Escuela Social de Málaga comenzó su andadura en 1948. La de Vitoria surgió como prolongación de ella, en respuesta al llamamiento que había hecho Herrera Oria al episcopado español para promover la fundación de escuelas de este tipo, respaldado en la Conferencia de Metropolitanos de mayo de 1948. El Obispo de Vitoria, Carmelo Ballester, se hizo eco de ello. Herrera Oria había visitado Vitoria en marzo de 1946, ocasión que permitió un primer contacto de los responsables diocesanos con el proyecto que pretendía impulsar en Málaga.

La Escuela Social de Vitoria funcionaba a modo de cursos de verano de dos meses de duración (de julio a septiembre) destinados a sacerdotes con un programa de estudios compuesto por asignaturas de Teoría Económica, Doctrina Social de la Iglesia, Legislación e Instituciones Laborales e Historia del Comunismo, considerado «la gran amenaza de la historia». A ello se unían la Homilética y los ejercicios espirituales. Todo estaba encaminado a formar a los sacerdotes en los métodos prácticos del apostolado patronal y obrero, lo que incluía aspectos como finanzas, gestión empresarial, etc. Ya no se trataba de dotarles de una sólida formación sociológica sino también en acercarles al aspecto económico de la cuestión social, respondiendo a las consignas pontificias que reclamaban menos fórmulas intelectuales y más intervención práctica en este terreno. La Escuela estaba dirigida por Jaime Sáez, profesor del Seminario de Vitoria, en donde se ubicaba, al

que acompañaban profesores de la Universidad Central de Madrid, entre ellos Higinio París Eguílaz, que era también Secretario del Consejo de Economía Nacional, acompañados de otros del Seminario de Vitoria como Gregorio R. de Yurre o de la Escuela Social de Málaga, como Emilio Benavent o Rafael Moralejo. Los estudiantes se dividían en tres grupos y celebraban coloquios sociales y espirituales a modo de círculos de estudio. En dos de ellos intervino Herrera Oria durante el primer curso, el del verano de 1948.

Por estos cursos pasaron figuras renombradas de la economía y la sociología cristiana. Las potencialidades de la empresa capitalista, de una nueva relación entre capital y trabajo, de la participación del obrero en los beneficios de la empresa, etc., fueron objeto de análisis, debate y reflexión en el marco de estos seminarios. Las diez lecciones de Política Económica de París Eguílaz afianzaron el conocimiento de José María de la economía contemporánea, que amplió el siguiente curso al abordar su ámbito nacional e internacional y el análisis de factores como la innovación tecnológica de la empresa frente a la competencia de mercado. Las clases de «justicia social», «propiedad», «trabajo», etc., de Rodríguez de Yurre mejoraron su capacidad para asimilar la doctrina social de la Iglesia y convertirla en una vía efectiva de reforma empresarial. Este aspecto fue, de hecho, ampliamente abordado por este amigo suyo en el siguiente curso, el de 1949, especialmente en el área de la participación del obrero en la gestión de la empresa.

El centro estaba imbuido de la espiritualidad de Vitoria y contó entre su profesorado con algunos de sus más destacados representantes como Ángel Suquía. Y es que, aparte de su descendencia directa de la iniciativa malagueña, esta Escuela formaba parte de una pastoral obrera cuya mística había sido elaborada por Rufino Aldabalde y perfeccionada por discípulos como el propio José María, Marcelo Gangoiti, Pedro Anitua o Ramón Narbaiza, a los que se unían, ya en estas fechas, una nueva generación de sacerdotes compuesta por Anastasio Olabarría o Carlos Abaitua. De ello fue testimonio la profusión de artículos sobre temas sociales que se publicaron en *Surge* desde 1945 hasta el verano de 1949, firmados por Pedro Madariaga, Jaime Sáez, Pedro Jimeno, Anastasio Olabarría y otros muchos. José María colaboró con dos: «A propósito del Apostolado Social» y «Las colaboraciones indispensables para la paz social», publicados en los números de enero y julio-agosto de 1949. En ellos definía de nuevo su ideario social: una ascética apostólica basada en el desprendimiento, la colaboración entre el «apóstol» sacerdote y una elite de técnicos o «apóstoles seglares», la dignificación de la persona y del obrero, así como el perfil utilitarista de las obras de asistencia social.

Estos artículos para *Surge* fueron su respuesta a las peticiones de colaboración que le habían trasladado en los meses pasados los res-

ponsables de la revista. En la contestación a una de esas peticiones confesaba que estaba leyendo «una breve reseña sobre el apostolado social en Bélgica, cuyos católicos «gozan de fama de magnífica organización y sincero espíritu». Pensaba que en ese país, como en España, existía un recelo del obrero hacia el sacerdote, a quien contemplaba como «un enfeudado al régimen capitalista». Para superarlo el sacerdote debía cuestionar este régimen. Precisamente la lectura de Marx, a quien confesaba estar leyendo en una de sus cartas, alimentó uno de sus documentos de entonces: «Sentido y límites del derecho de propiedad». En él se servía de laboristas (McDonald, Attle, Cripps) y pontífices como Pío XI y Pío XII para cuestionar el absolutismo de este derecho y subrayar la necesidad de relativizarlo en el nuevo orden social. Iba tomando forma en su mente la deriva hacia un socialismo cristiano que diera respuesta al justo deseo del obrero de intervenir en el gobierno de la empresa. Así lo declaraba explícitamente en unos apuntes contemporáneos titulados «El apostolado obrero», destinados a alguna asamblea de consiliarios si no eran material de trabajo destinado a la Escuela Social: «En realidad, el elemento más digno y más noble es el trabajo luego en realidad debería gobernar éste a [el capital], pero todavía no es así. Hay una excepción, »Alfa» (de origen socialista)». En su mente está la empresa cooperativa fundada por Toribio Echevarría en 1920 con afiliados de la UGT, precedente de la «democracia industrial» cristiana que espera alcanzar. La experiencia de Alfa la conocía muy bien, no en vano uno de sus primos, Santiago Arizmendiarrieta, había participado en ella.[9]

---

[9] AJMA, C6: Carta de Cástor Uriarte, Bilbao, 18-1-1948; C7: *Escuela Social Sacerdotal de la Diócesis de Vitoria,* folleto de presentación, Curso 1948; Gregorio R. de Yurre: «15 lecciones sobre «justicia social», «propiedad», «trabajo» y «remuneración al trabajo», Escuela Social Sacerdotal, 12-24 de julio 1948; Mariano Sebastián: «6 lecciones sobre problemas monetarios y fiscales de la economía española», Manuel Torres y Emilio de Figueroa: «Cursillo de economía»; C8: Emilo de Figueroa: «Lección de filosofía social que se deduce de la teoría económica expuesta»; Higinio Paris Eguílaz: «Introducción al estudio de la Política Económica. Resumen de 10 conferencias», 19-24 julio 1948; J: Gimenez Mellado: «Síntesis de economía española (estructura y funcionamiento)» (documentos ciclostilados); *Escuela Social Sacerdotal de la Diócesis de Vitoria,* folleto de presentación, curso 1949; Gregorio R. de Yurre: «Resumen de conferencias sobre Empresa - Gestión - Participación de los beneficios», julio 1949; C9: «Conferencias de D. Emilio de Figueroa sobre Política Coyuntural», agosto 1949; Higinio París Eguílaz: «Estudios de Política Económica. Resumen de 11 conferencias», 19-23 julio 1949; Mariano Esteban: «Resumen de conferencias sobre Historia Económica e Historia de Doctrinas Económicas», agosto de 1949 (documentos ciclostilados); C86: Carta a Joaquín Goicoecheaundía, 5-4-1948; Carta de Joaquín Goicoecheaundía, Vitoria, 1710-1949; C23: «Sentido y límites del derecho de propiedad», manuscrito, sin fecha, [1948-1949]; C58: «Apostolado obrero», sin fecha; «Creación de la Escuela Social Sacerdotal de la Diócesis de Vitoria» y «Diapositivas», *Surge* nº 50, 1948, pp. 254-256; Jaime Sáez: «La Escuela Social Sacerdotal de Vitoria», *Surge,* nº 135,1956, pp. 223-229; José María Arizmendiarrieta: «A propósito del Apostolado Social», *Surge,* nº 56, 1949, pp. 77-81; «Las colaboraciones indispensables para la paz social», *Surge,* nº 62, 1949, pp. 231-239; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta». p. 88; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* p. 42; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 180-181; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 71-72 y 166-167; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 420-421; Alfonsi: «La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966», pp. 125-126; Gamarra: *Origen y contexto del Movimiento Sacerdotal de Vitoria,* pp. 156-159; Garay: *El sentido de Iglesia en la espiritualidad de Vitoria,* 82-91; Goicoecheaundía: *Seminario y Postseminario,* p. 144; M.ª Mercedes

El Cine-Frontón Gurea

José María mantenía una celosa fidelidad a sus deberes parroquiales pese al régimen de internado estival de la Escuela Social. Regresaba a Mondragón los sábados por la tarde «para no abandonar las cosas», según contaba en una carta de agosto de 1949, es decir, para oficiar misa y colaborar en las tareas dominicales, regresando los domingos por la noche al Seminario. Contestando a un compañero (presumiblemente Joaquín Goicoecheaundía), en abril de 1948, comenzaba: «Recibí el sábado, a la hora que me encerraba aquella tarde en el confesonario, tu apremiante carta en la que me exiges que te escriba un artículo para la revista *Surge,* que debe estar el martes en la imprenta. Qué optimista eres... cuando sabes que media un domingo, en el que más de una vez suelo tener que rezar a pesar de mucho madrugar casi a la luz del crepúsculo vespertino o tal vez de la lámpara eléctrica». Oraba cada mañana antes de salir a la parroquia, cada noche antes de acostarse, antes de oficiar, durante los viajes o en el trabajo. Impregnaba de oración su vida. «Era un hombre que vivía todo el día en la presencia de Dios», comenta Oyarzabal recurriendo al testimonio de una de sus amistades seglares. El *Ad Jesum per Mariam* que abrazó en su juventud no se desprendía de él, por ello en su piedad interior tenía una gran importancia la devoción a la Virgen, reflejada en el rezo diario del rosario. Anastasio Olabarría compartió con él una semana de abril de 1948, el mismo mes de su carta a Goicoecheaundía. Había sido llamado a impartir una tanda de ejercicios espirituales, razón en la que influía su implicación en la pastoral obrera en la ría de Bilbao. Esos pocos días le bastaron para percibir la hondura espiritual de su vida cotidiana. Pero no era fácil llegar a tal percepción, pues daba pocas pistas sobre su vida interior para evitar caer en el peligro de la ostentación. Por ello sólo personas muy perceptivas pudieron hacerse idea de ella.[10]

A mediados de 1949 José Luis Iñarra, su Párroco, le recomendó como Asesor Eclesiástico Comarcal de la Delegación Provincial de Sindicatos. Las Asesorías Eclesiásticas de Sindicatos se habían creado en 1944 para que la Iglesia velase por la orientación socialcristiana del Sindicato único. Pese a no compartir la filosofía de la institución la aceptó con ciertas condiciones que Iñarra transmitió al responsable

---

Gómez: *Visión histórico-pastoral del Seminario de Vitoria (1950-1977),* tesina, Facultad Teológica del Norte de España, Vitoria, 1981. Contrastado y ampliado con JMAFO13.

[10] AJMA, C86: Carta a Joaquín Goicoecheaundía, 5-4-1948; C26: Carta a Lorenzo Barrios, 2-8-1949; C14: Sermón sobre la Acción Católica, 4-VI-50; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 28; Gorroñogoitia: «D. José María. Apuntes sobre su vertiente religiosa», pp. 10-11; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», p. 49; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 106; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 513 y 16, pp. 20,41-42 y 57; ampliado con JMAFO12.

provincial: «Como al mismo tiempo es coadjutor de la Parroquia y tampoco cobra como encargado de la Escuela Profesional y de Aprendices me ha advertido que pone como condición que sus servicios sean religioso-morales y al mismo tiempo gratuitos». Vivía de su estipendio como coadjutor, sin ningún otro sueldo o prima pese a las muchas actividades que realizaba, incluidas las charlas y asambleas en que participaba, por las que nunca cobraba nada y a las que se desplazaba aprovechando la caridad de convecinos o los medios de transporte más populares. Vivía como pobre porque su apostolado lo realizaba entre los pobres.

Apenas un año después de recibir el aludido cargo, renunció a él por no ajustarse a sus anhelos de justicia social: «Yo no tengo tragaderas para más y prefiero quedarme del todo al margen, pues así podré servir mejor a los trabajadores (...). Yo sé que me expongo de extremar un poco esta mi postura, pero prefiero correr todos los riesgos con tal de poder salvar mi fidelidad a la conciencia y a mi misión de sacerdote (...). Al hacerme sacerdote tuve la dicha de abrazar una vida consagrada completamente a un ideal y quiero vivirla sin más consideraciones. No se puede servir a dos señores e incluso en igualdad de condiciones de la bondad de las causas prefiero servir a los más necesitados y más humildes».[11]

Su consagración al apostolado social lo distanciaba de los vencedores, pero, a veces, también de los vencidos. Su cristianismo se había desprendido de cualquier simpatía nacionalista, tanto españolista, que biográficamente le era ajena, como vasca. Los círculos concéntricos identificadores que configuraban su identidad personal en sus dimensiones colectivas eran opacos al mito nacional. Tal mito había sido horadado por el magisterio de Goicoecheaundía y Aldabalde, por la amarga experiencia bélica, la espantosa guerra mundial y las lecturas socialdemócratas y personalistas. En 1939 todavía accedía en Burgos a los boletines clandestinos del Gobierno Vasco, aún utilizaba el euskera con ánimo político y asumía como propio el imaginario nacional *abertzale*. Diez años después todo eso había desaparecido. Varios episodios muestran esta evolución identitaria.

En las Navidades de 1947 había denunciado en una hoja volante que los niños eran las primeras víctimas de la sociedad capitalista. Con tal motivo había presentado un decálogo de derechos de la infancia. Su apostolado social estaba orientado a procurárselos, garantizándoles una educación asequible que les asegurase el acceso a un trabajo digno, la protección contra enfermedades epidémicas, etc. Abrigaba la

---

[11] AJMA, C8: Carta de José Luis Iñarra a José María Arrieta, Mondragón 23 marzo 1949; C10: Carta a José María Arrieta, Mondragón, 21 de febrero de 1950; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* p, 407.

intención de construir un dispensario infantil a semejanza del antituberculoso, si bien, de momento, había de conformarse con dar respuesta cada Navidad a sus necesidades más alarmantes de abrigo, juguetes, esperanzas e ilusiones, etc., a las que estaban destinadas las colectas, cabalgatas, etc. Su decálogo de derechos recogía el estado de la infancia de Mondragón y sus necesidades más perentorias, que también eran morales. La más importante de éstas era «asegurar a los niños medios de esparcimiento y expansión acomodados a su condición». Con tal objeto, decidió fundar un local cinematográfico apto para que niños y jóvenes pudiesen ver películas seleccionadas así como para celebrar eventos deportivos y culturales.

Él mismo era muy aficionado al cine, afición que pudo tomar de José Miguel de Barandiaran. Al año de residir en Mondragón había comenzado a elaborar un amplísimo fichero de películas sujetas a calificación desde la óptica de la moral católica. En 1947 alentó la compra y reforma del frontón Gurea por Juventud Deportiva. Se trataba de un local que se encontraba en estado ruinoso, pues había sido requisado tras la Guerra Civil. Su propietario mayoritario era un antiguo alcalde de Mondragón y Lekeitio, Adán de Yarza, que compartía la propiedad con antiguos militantes del PNV que tenían pequeñas participaciones en él. José María negoció su compra con Adán de Yarza y el resto de sus pequeños titulares, pero no pudo evitar que una minoría de éstos manifestara su indignación e interpretara tal hecho como una traición a la causa abertzale. Comenzaron a correr rumores y acusaciones que tachaban a Juventud Deportiva de ser «una institución nacida al amparo de unas circunstancias políticas para beneficiarse de las mismas» compuesta por «usurpadores de lo ajeno».

El coadjutor no calló. Habló a través de la dirección de Juventud Deportiva en hojas volantes y cartas privadas, discutiendo con los críticos. En una de esas cartas expuso una sentencia rotunda: «No todos los crucificados, por el mero hecho de ser crucificados, son también redentores». Se refería al pequeño grupo de vecinos de orientación abertzale que le habían insultado pública y privadamente refugiándose en su condición de represaliados por la dictadura. Se trataba de una observación dura, más aún habiendo sido él mismo uno de esos crucificados, que refleja su distanciamiento de cuestiones simbólicas que le eran ya ajenas. Para él los únicos crucificados que podían redimir eran aquellos a quienes iba dirigida esta obra: los jóvenes que la disfrutasen como espacio de «esparcimiento» y «de cultura».

El 21 de diciembre de 1949 fue inaugurado el Frontón-Cine Gurea. El local rápidamente acogió los actos festivos y deportivos de la Acción Católica y Juventud Deportiva: danzas folklóricas, recitales musicales y de bertsolaris, espectáculos teatrales, etc. En paralelo, comenzó a ofrecer películas acordes a la moral católica. Pero el coadjutor no

renunció a toda identidad colectiva para animar a participar en el proyecto. Frente a sus nuevos competidores, los cines comerciales de la localidad, a los que acusaba de buscar el mero beneficio capitalista, el Gurea carecía de ánimo de lucro y constituía una iniciativa surgida del pueblo. Por ello, «aunque al principio no tengamos la comodidad del otro cine, todo el que se sienta mondragonés y tenga ganas de ver cine, tiene que acudir al cine de nosotros». Puestos a movilizar, la identidad local, bien sazonada de piedad, era suficiente.[12]

Camino a otra Escuela Profesional

En 1949 la industria guipuzcoana sufre una fuerte recesión. La Unión Cerrajera lleva todo el año empeñada en una política de reducción de gastos. El incremento del costo de fabricación de los productos debido a la falta de un suministro regular de materias primas, la escasez de fuentes de energía y la falta de modernización tecnológica de las instalaciones, es la clave de esta crisis industrial localizada. Un informe de seguimiento de ésta realizado en el Seminario de Estudios Políticos, Económicos y Sociales por el ingeniero y procurador en Cortes Juan Pagola subraya que uno de los factores fundamentales de la crisis es la falta de mano de obra especializada, algo que había advertido José María en su revistilla *Voy* hacía ya cuatro años. Como siempre ocurría en estos casos, la primera medida que se aplicaba era la reducción o congelación de los salarios y la eliminación de las «cargas sociales» de las empresas. Los aludidos problemas de Hetruc habían mostrado la rapidez con que se ponía en marcha esta estrategia patronal.

Una de las «cargas» que soportaba la Cerrajera, aparte de esta Hermandad, era la financiación de la Escuela Profesional, que, además, iba perfilándose como una virtual competidora de su propia Escuela de Aprendices según comenzaban a advertir algunos personajes de su directiva. Indicio del malestar fue la protesta que trasladó Chacón al coadjutor ante una noticia del periódico donostiarra *La Voz de España* sobre la Escuela Profesional en la que se ninguneaba la Escuela de su empresa, de la que él era Director. José María protestó ante el

[12] AJMA, C21: Hoja volante «Equis», nº 20, Navidad 1947; C67: «Apertura del Frontón-Cine «Gurea»», Hoja Volante, diciembre de 1949; «Sección de Cine», Memoria de J.D.M., sin fecha; Cartas a Bonifacio Iñurrigarro, 18-2-1949, y Jesús Amundarain, 10-3-1949; Borrador manuscrito destinado a los soldados mondragoneses, sin fecha; C 65: Comunicado de J.D.M. acerca del frontón Gurea, 27-2-1950; C66: programaciones de espectáculos del frontón, febrero 1950, diciembre 1951, diciembre 1953; «Proyecto de acondicionamiento del Trinquete de Mondragón para sesiones de cinematógrafo», Oñate, 2 diciembre 1948; Carta de Luis de Zulueta, Madrid, 17-1-1948; ampliado con JMAFO12 y JMAFO16. Cuando en 1964 se construyó un nuevo frontón en torno a la nueva Escuela Profesional de Iturripe, el Gurea se destinó exclusivamente a cine. Con la llegada de la democracia el Gurea fue donado al Ayuntamiento de Mondragón, regido por el PNV.

diario, recordando las características de esta Escuela, por la que manifestaba un gran cariño: «antes y después de la aparición de la Escuela Profesional he seguido asistiendo con verdadera satisfacción a la Escuela de Aprendices, en la cual he tenido la ventaja de ocuparme exclusivamente del aspecto formativo sin los quebraderos de cabeza que me ha presentado la Escuela Profesional». Pero el más desagradable contratiempo que tuvo ocurrió con motivo de la instalación de un panel en uno de los talleres de la Cerrajera. En él había dibujada una vaca que simbolizaba la empresa, que amamantaba a cinco cerditos, que representaban sus diversas cargas sociales, mientras tenía su pesebre vacío y aguantaba a un señor que acudía a ordeñarla. La imagen era fácil de comprender: sin pienso (sin beneficios) la empresa no podía seguir nutriendo a tanto «cerdito» y tanto señor que consumía gratis su leche.

La sátira paternalista iba orientada a las «cargas sociales» apuntadas por Pagola. La indignación llevó al coadjutor a redactar un comunicado anónimo: «La empresa que sepamos ha llegado a más que para llenar cántaros y creemos que por ese camino se han ido los haigas... las niñas a los colegios extranjeros (...) los chalets (...) juergas, vacaciones magníficas, sueldos a troche y moche a parientas y queridas (...) abrigos de pieles». A lo que había que renunciar, pues, era a la ostentación de la riqueza y no a su inversión social. Tal fue su respuesta. Este suceso refleja, más allá del creciente conflicto entre directiva y Consiliario, la impronta que la identidad de clase ocupaba en su pensamiento. Su discurso social y político cada vez iba saturándose más de una dualidad oposicional entre ricos y pobres, explotadores y explotados. Esta imagen dicotómica estaba generalizada entre los trabajadores y el marxismo le había conferido impronta dialéctica mediante el concepto de la lucha de clases, el conflicto entre la clase explotadora y la explotada, frente al que el socialcatolicismo proponía la conciliación entre ambas.[13]

Pero, además, la crisis económica llegaba en el peor momento posible, pues el 29 de diciembre de 1949 el Ministerio de Educación y Cultura había concedido la validez oficial a los estudios que se cursaban en la Escuela Profesional. Exultante, el coadjutor señalaba a los

---

[13] AJMA, C86: Carta de Ignacio Chacón, 23-11-1949; Carta a *La Voz de España,* sin fecha, (24-11-1949); C27: Carta a Camilo Basterrechea, 18-1-1951; C79: «Apropósito de un gráfico», sin fecha [la cursiva es mía]. (El *haiga* era un modelo de coche de lujo muy popular de la época); *La Voz de España,* 9 de mayo de 1949; Manuel Pérez Ledesma: «Ricos y pobres; pueblo y oligarquía; explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español», Revista del Centro de Estudios Constitucionales, nº 10, 1991; «La formación de la clase obrera. Una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Alianza, Madrid, 1997. Remito además a los trabajos colectivos reunidos por Patrick Pasture y Johan Verberckmoes (eds.): *Working-class Internationalism and the appealfor National Identity,* Berg, Oxford, 1998; también a Fraile: *La retórica contra la competencia en España,* pp. 178 y ss.; Entrevista de Alberto Clavería a José María Arizmendiarrieta, *La Voz de España,* 30-IX-1950.

mondragoneses a través del boletín de la Liga de Educación y Cultura: «Adelante. Ésta debe ser nuestra consigna al tener la satisfacción de alcanzar un objetivo. Nuestros jóvenes pueden obtener los títulos oficiales de Perito, Maestro y Oficial industriales en las especialidades de mecánica y electricidad sin tener necesidad de desplazarse fuera de su hogar e incluso simultaneando el trabajo con el estudio (...) y, a los que se sientan con capacidad para más, les ayudará preparándolos para examinarse en Zaragoza». Pero la meta, subrayaba, era más ambiciosa, pues de lo que se trataba ahora era de «disponer de un edificio apropiado para que el plan de enseñanzas adquiera toda su amplitud». Con ese fin solicitaba la colaboración de «los trabajadores y padres de familia de Mondragó» y animaba a emprender con más ahínco el traslado de una Escuela que colocaba anualmente un centenar de alumnos en el tejido industrial comarcal, pero que, aun así, era incapaz de atender la demanda de plazas.

Los roces con los industriales le obligaron a insistir, para tal propósito, en la vía de la financiación pública. Durante 1950 y 1951 realizó múltiples gestiones, por correspondencia, con los Ministerios de Trabajo y Educación, a las que unió visitas a Madrid, como la que el 10 de marzo le llevó al despacho del Ministro de Trabajo. Las acompañaba con informes y memorias de la Escuela y su proyecto de nuevo inmueble. Éste no tenía como destino el sector del campo de fútbol pensado para ello, pues el costo de tal operación era, de momento, prohibitivo. Resultaba más rentable aprovechar un edificio ya levantado. El inmueble que seleccionó fue un almacén del barrio de Zaldispe que se encontraba a pocos metros de la estación de tren. En verano de 1950 consumó el «tormento» que le había supuesto negociar su adquisición. El 5 de julio la Liga de Educación y Cultura lo adquirió por dos millones de pesetas. El coadjutor había obtenido un préstamo hipotecario de la Caja de Ahorros Provincial cuya amortización la había asumido la Obra Social de esta Caja con la garantía de los bienes de Juventud Deportiva y las 50.000 pesetas anuales que el Ayuntamiento decidió entregar mientras estuviera pendiente dicha amortización. Entidades públicas y privadas caminaban otra vez juntas en un proyecto en el que había puesto todas sus ilusiones, pues, como señalaba en el boletín de la Liga: «Saben perfectamente los trabajadores que el más firme baluarte para la conquista y satisfacción de sus aspiraciones es la cultura (...) por eso (...) este esfuerzo por la socialización de la cultura es una de las empresas de máximo interés y actualidad social». La planta baja del local se destinó íntegramente a taller mecánico y almacén. El taller de electricidad estaba en el primer piso, junto al laboratorio de Química, la Biblioteca y Sala de Lectura, el vestuario y las oficinas. El segundo se dedicó a talleres y salas; el tercero a un taller de ajuste y aulas.

Para costear este inmenso proyecto, sin precedentes en la historia de la comarca, José María acudió al Jefe de Sección de Enseñanza Profesional y al Director General de Enseñanza Profesional y Técnica del Ministerio de Educación, al Ministro de Trabajo y a la Delegación Nacional de Sindicatos, con el fin de que completaran los fondos de la Liga. Igualmente requirió subvenciones especiales de bancos como el Guipuzcoano o el de San Sebastián. Acudía a todas estas instituciones porque, como señalaba en una de sus cartas, «la formación profesional es problema de colaboración sea que se lo considere desde el punto de vista económico o social y cristiano». Concitó así una heterogénea red de apoyo de variado signo ideológico. El respaldo del Obispado, la Junta Central de Acción Católica y la Cerrajera facilitó su tarea de recabar apoyos públicos. Sin identificarse políticamente con el segmento católico del régimen (compuesto sustancialmente por militantes de la ACNP) impulsó una experiencia socialcatólica que, alejada del nacionalcatolicismo, consiguió beneficiarse de los favores de aquél merced a compartir una misma cultura política.[14]

Pero este nuevo avance promotor no redujo sus roces con la directiva de la Cerrajera. La Escuela Social Sacerdotal dedicaba una atención muy importante a la pastoral patronal e invitaba a empresarios cristianos a que participaran en sus mesas redondas y cursillos. Uno de los invitados fue Camilo Basterrechea, quien defendió en su charla la tesis de que «el hijo del ingeniero debe ser ingeniero y el hijo del peón, peón». Tal concepto clasista de la educación y el trabajo echaba por tierra una década de esfuerzo del coadjutor por lograr la conciliación de las clases. Esta intervención probablemente deba relacionarse con el conflicto que había vivido recientemente Basterrechea con José María debido a la pretensión de éste de contratar para la Escuela Profesional a un joven y prometedor técnico, Ramón Escudero (uno de los estudiantes de Peritos de Zaragoza), gestión que aquél había vetado. El coadjutor se reunió con él para que aclarara sus palabras en Vitoria. Pese a todo esto su esfuerzo de apostolado patronal siguió adelante.

---

[14] AJMA, C26: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 2, enero 1950; Carta a Santiago Bastida, 3-2-1950; «Memoria de la Escuela Profesional. Curso 1949-1950; Boletín de la L.E.C., nº 3; C27: Carta a Fernando Coca, 15-3-1950; Carta de Fernando Coca, 21-3-1950; «Informe técnico y valoración del edificio de almacenes 'Cometal'. Arquitecto e Ingeniero, Ricardo Olaran», San Sebastián, 15-5-1950; Carta a Lorenzo Barrios, 7-7-1950; Carta a Ramón Ferreiro, 7-7-1950; Carta de Ricardo Olaran, San Sebastián, 24-8-1950; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 4, enero 1951; C28: Carta a José Antonio Girón, 15-2-1951; Carta a Federico de la Lastra, 30-3-1951; Carta de Federico de la Lastra, 3-4-1951; Carta a Federico de la Lastra, 12-4-1951. Las subvenciones obtenidas en estos años y los siguientes pueden seguirse en ACME, cajas 19126, 19176, 19191, 19193, 19213, 19222, 19266 y en AGA, Sección Sindicatos, Obra Social de Formación Profesional, Anteproyecto de presupuestos y presupuesto de las instituciones y centros de FP por provincias. Guipúzcoa; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 85-86; Alfonso Botti: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975),* Alianza, Madrid, 1992, 113-140; «Nazionalismo e cattolicesimo secondo Andrés de Blas Guerrero», *Spagna contemporanea,* nº 10,1996, pp. 232-236; Fraile: *La retórica contra la competencia en España,* pp. 190-191.

Por entonces había obtenido información, probablemente de Herrera Oria, acerca de los consejos sociales que éste había promovido en varias empresas andaluzas. Se trataba de asambleas que reunían a los empresarios y los obreros con el arbitrio de un sacerdote o seglar católico. Disfrutaban de una Caja a la que contribuía la empresa con sus beneficios y los obreros con una parte de la nómina y estaba destinada a actividades de asistencia y previsión destinadas a promover el «bien común» dentro de la empresa. Trasladó el concepto a un documento destinado a Cástor Uriarte para que lo leyera durante la celebración de los 25 años de creación de la empresa de éste: Esperanza y Compañía.[15]

LA ESTRATEGIA DE LA COOPERACIÓN COMUNITARIA

La Asociación Mondragonesa del Hogar

Como ha hecho los dos cursos anteriores, José María pasa seis días semanales del verano de 1951 en la Escuela Social de Vitoria, regresando los domingos para cumplir con las «ocupaciones [parroquiales] habituales». Estos meses transcurren «sin darme cuenta», confiesa en una carta. Y es que en este nuevo curso vuelve a aprender mucho. Si los pasados le abrieron los ojos respecto de la reforma interna de la empresa y la capacidad de la doctrina social para guiarla, los estudios que ahora realiza de Legislación laboral le permiten acceder a un curso monográfico sobre Legislación de la Vivienda de Juan Manuel Font, Vicepresidente del Patronato de la Sagrada Familia de Córdoba, que le proporciona un valiosísimo conocimiento del entramado legislativo estatal en materia de subvenciones públicas. Es así como inicia contacto con Javier Martín-Artajo, Secretario General del Instituto Nacional de la Vivienda, con cuyo hermano Alberto tenía cierto trato desde hacía diez años. Plantea a éste la posible colaboración del Ministerio de la Vivienda en su proyecto de nueva Escuela Profesional. Sondea la posibilidad de que la Liga adquiera la condición de entidad benéfico constructora, lo que le permitiría acceder a las sustanciosas subvenciones que el Ministerio entregaba a estas entidades en unos años en que comenzaban a construirse nuevos cinturones urbanos donde albergar a los inmigrantes que

[15] AJMA, C21: «La formación profesional obrera y la misión del sacerdote en las escuelas de aprendices», Ponencia destinada a la Asamblea de Apostolado Sacerdotal en las empresas, Valladolid, 2-6 julio 1951; C27: Carta a Camilo Basterrechea, 18-1-1951; C65: Documento sobre el Consejo Social fechado en Lorca, junio 1950, sin autor (todo indica que Ángel Herrera Oria); C57: «El consejo social y su razón de ser», fechado el 19 diciembre 1951; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», p. 88; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 10, p. 34.

huían en masa del estancamiento rural. La aspiración es atrevida, le reconoce Martín-Artajo, pero resulta imposible, pues sólo es viable para la construcción de viviendas protegidas y no de centros educativos.

Pero ocurre que, como enseña a sus discípulos, cuando una puerta se cierra otra suele abrirse. Contempla la posibilidad de utilizar sus nuevos conocimientos sobre legislación de entidades constructoras para activar la creación de viviendas en la villa, problema que sigue enquistado pese a la iniciativa de la Obra Sindical del Hogar. Lleva años recopilando informaciones de prensa sobre la cuestión, así como datos estadísticos sobre el crecimiento demográfico del pueblo que obtiene de informes municipales y de las encuestas que encarga a los jóvenes de la Acción Católica. La inmigración obrera está comenzando a crecer de forma vertiginosa (tras el Plan de Estabilización de 1959, alcanzaría a formar alrededor de un 35% de la población del municipio). Esta inmigración ya no es autóctona, de caseríos o pueblos cercanos, sino que proviene de otras regiones peninsulares.

En un informe que elabora sobre el Dispensario Antituberculoso en junio de este año apunta que la población se ha doblado en un periodo muy corto y que hay un déficit de más de 400 viviendas. La ocasión de aprovechar la nueva legislación inmobiliaria para impulsar la construcción de viviendas protegidas le parece providencial. Aprovecha una visita concertada al Director General de la Vivienda para comentar a éste y a Martín-Artajo que «es probable que nos interese la constitución de [una] entidad constructora para canalizar y estimular la colaboración de las empresas modestas que, asociadas en una entidad de esta índole, pueden contribuir positivamente al alivio de este espantoso problema de la vivienda en Mondragón». Obtiene el apoyo de ambos y decide promover la Asociación Mondragonesa del Hogar. En mayo de 1951, una hoja volante presenta la iniciativa. El fin de esta nueva entidad es satisfacer una necesidad de «justicia social»: «La familia o el matrimonio deben disponer de un hogar independiente para desenvolverse en la vida como corresponde a su naturaleza. Nuestra sociedad no podrá estar sana mientras su primera célula, la familia, carezca de espacio vital adecuado». Comunica que la iniciativa ya ha sido negociada con el Ayuntamiento, las Hermandades Obreras y el empresariado. Todos los vecinos pueden inscribirse como socios, con derecho a adquirir una futura vivienda. Nada escapa a su control. Incluso supervisa el diseño arquitectónico de los edificios, de planta baja y cuatro pisos, con viviendas de tres dormitorios, cocina, comedor, baño y, en algunos casos, una huerta, que se levantarán en el borde del caserío de Makatzena.[16]

---

[16] AJMA, C27: Carta a José Beñaran, 27-7-1950; C28: Carta a Ricardo Olaran, 7-9-1950; Carta a Javier Martín-Artajo, 6-9-1950; Carta de Javier Martín-Artajo, 3-10-1950; Carta a Javier Martín-

Acto seguido, elaboró los estatutos de la entidad, designando una Junta de Patronato en la que estaban representados el Arcipreste de Mondragón, el Alcalde y los principales responsables de las empresas implicadas. Los estatutos pasaron en abril al Ministerio de Trabajo para el reconocimiento de la asociación como entidad benéfico contructora. Las gestiones con Martin-Artajo y el Obispo fueron muy intensas, especialmente con el segundo, debido a los problemas especulativos que surgieron. La división de la diócesis en tres obispados, ocurrida un año antes, le permitió obtener una activa colaboración del nuevo obispo, Jaime Font. Hasta tal punto llegaba ésta que muchas veces era él quien redactaba las cartas que luego el Obispo firmaba y remitía a las instituciones que debían mediar en la resolución de los expedientes de la obra inmobiliaria: ministerios, delegaciones de sindicatos, etc. Comunicaba intensamente con él, tanto por carta como en persona, para lo que aprovechaba el viaje de algún conocido a la capital provincial: «Le llevé varias veces a San Sebastián, pero no supe nunca que comiera. No comía. Me esperaba en un punto a la hora fijada para la salida de vuelta a Mondragón, pero no llegué a saber si había comido».

Todo el vecindario sabía que detrás del nuevo proyecto social estaba, como siempre, *D. José María.* Negociaba los terrenos, presionaba a propietarios con ánimo especulador, redactaba cartas para las instituciones madrileñas, supervisaba los trabajos de la empresa constructora. No paraba... El principal obstáculo con que chocaba eran los planes de urbanización de Mondragón de la Jefatura Provincial de Ordenación Urbana. Conocedor de la lentitud de la maquinaria burocrática franquista, preparó dos viajes a Madrid, uno del 4 al 10 de marzo y otro del 4 al 8 de noviembre de 1951, con el fin de recopilar apoyos. El primero lo hizo acompañado del alcalde y tuvo como fin cerrar los flecos de la próxima inauguración de la nueva Escuela Profesional y buscar apoyos para la rápida aprobación de los estatutos de la Asociación Mondragonesa. El ritmo de esos seis días de estancia en Madrid fue frenético. Provisto de cartas de recomendación y solicitud del Obispo y el Delegado Provincial de Sindicatos visitó la Delegación Nacional de Sindicatos, la de Falange, el Ministerio de Educación Nacional, la Dirección General de Previsión, la Comisaría Nacional del Paro, el Instituto de Reconstrucción, el Instituto Nacional de la Vivienda. Y aún tuvo tiempo para acudir al Colegio Mayor San Pablo, sede central de la ACNP,

---

Artajo, 6-10-1950; C21: Hoja volante *Equis,* nº 18, Navidades 1946; C79: «Semblanza social de Mondragón, junio de 1951; C67: Hoja volante de la Asociación Mondragonesa del Hogar, mayo 1951; Solicitud de tramitación del expediente de la Asociación Cooperativa Mondragonesa del Hogar al Gobernador Civil de Guipúzcoa, 5 febrero 1951; Cartas a Javier Martín-Artajo, 22-2-1951 y 10-4-1951; Carta a Félix San José, 16-4-1951; C10: «Escuela Social Sacerdotal. Vitoria. Plan Completo de los tres cursos 1951-1952-1953 10 julio - 10 septiembre», 1953; Aguirre: *Historia de Unión Cerrajera, Sociedad Anónima, de Mondragón,* pp. 216-217; Ormaechea: «Perfil humano», p. 15.

para asistir a un congreso de apostolado obrero. Repitió visita a Madrid en noviembre, con presentes hechos por los alumnos de la Escuela que entregó en ministerios y delegaciones en agradecimiento a las gestiones y que demostraban la habilidad de los jóvenes que se formaban en ella. Tales capacidades destacó en un artículo para la revista *Siembra,* en octubre de este año, en que repetía las ideas que iban urdiendo la filosofía humanista y cristiana de su obra. De nuevo la formación profesional aparecía como la mejor vía para lograr la socialización de la cultura sin sustraer fuerzas al trabajo, en «un país en que existe una saturación de carreras especulativas o empleos burocráticos».

La patria del futuro

El frente de acción que José María abarca es inmenso. De él da cuenta en los boletines de la Liga de Educación y, sobre todo, en la valoración que cada año hace, con motivo de las Navidades, en la revista *Equis,* que ha mantenido con ritmo aperiódico. En ella comenta al pueblo una nueva idea que se la ha ocurrido. Las religiosas mercedarias cuidan en una sala del centro sanitario de la localidad de unos cuatrocientos niños, que acuden a unas clases de párvulos que sirven para aliviar a las madres que se ven unas horas libres para dedicarse con tranquilidad a las tareas del hogar. Contempla la posibilidad de que estas clases se conviertan en un auténtico hogar infantil para lo que se precisaría un espacio mayor que el que ocupan las Hermanas Mercedarias, «en el que los pequeños encontrarán todo lo que ellos necesitan: juegos, servicios higiénicos o asistencia sanitaria». Está entusiasmado, piensa en voz alta, su máquina de escribir no se detiene. Piensa en una sala de juegos, en servicios y duchas, en una playa artificial con arena, en un ropero y en unas salas pequeñas que permitan distribuir la marabunta de infantes. Como siempre, no se trata de una idea lanzada alegremente al vuelo. Ha sido madurada, propuesta y debatida antes de darla a conocer al gran público. El alcalde es simpático a ella, las empresas y los obreros también. Propone crear una comisión organizadora similar a la del Dispensario, destina la recaudación de la Navidad a esta obra, así como los fondos ahorrados en las pasadas. Y la pone en marcha. «Una de las formas de resolver los grandes problemas y las graves cuestiones es la de abordar y solucionar cada vez una necesidad.» Tal es su filosofía.[17]

---

[17] AJMA, C68: «El problema de la vivienda», sin fecha; «Perspectiva del emplazamiento de las viviendas», diseño de Agromán; C67: Cartas a Jaime Font, 11-4-1951, 19-7-1951; Carta a Manuel Gavin, 20-4-1951; C27: Carta a Jaime Font, 25-3-1951; Carta de Jaime Font a José Ibáñez, San Sebastián, 27-3-1951; Carta a Jaime Font, 6-5-1951; Cartas de Santiago Bastida y José Luis Iñarra a Jaime Font, Mondragón, 20-6-1951, 20-7-1951, 31-7-1951, 3-8-1951; Carta de Antonio Mocoroa, Mondragón, 5-9-1951; Carta de Pablo Querejeta, Mondragón, 8-4-1951; C28: Certificado de la Liga de

Tiempo atrás Serafín Esnaola, su viejo compañero de *Kardaberaz,* había tenido una entrevista con él para presentarle un documento firmado por numerosos sacerdotes (entre ellos él) que colaboraban con un boletín clandestino de orientación *abertzale: Egiz.* El documento denunciaba la represión de la huelga general que había tenido lugar los días 23 y 24 de abril de 1951. El fin de la nota era que fuese leída en la homilía dominical. Desde finales de la pasada década una parte del clero vasco había ido haciéndose cada vez más crítico con la dictadura. Con motivo del desmembramiento de la diócesis de Vitoria en noviembre de 1949, el 1 de julio de 1950, numerosos sacerdotes guipuzcoanos habían firmado un documento remitido al nuevo Obispo en el que denunciaban el régimen de excepción que imperaba y el papel cómplice de la Iglesia. José María se negó a dar publicidad al documento de Esnaola, que se marchó enfadado. Reunidos de nuevo esa tarde, tras mucho discutir accedió finalmente a la exigencia, si bien poniendo serios límites a su implicación en la iniciativa, que no llegó a cuajar, pues el Obispo prohibió a los sacerdotes guipuzcoanos hacer alusión alguna a la huelga en sus predicaciones. Poco después, el 20 de agosto de 1951, un decreto episcopal firmado por los tres prelados de la diócesis prohibía cualquier colaboración de sacerdotes diocesanos con *Egiz.*

José María estaba por entonces en trámites para lograr financiar la nueva Escuela Profesional de Zaldispe con fondos públicos. Toda su obra podía derrumbarse como un castillo de naipes de quedar señalado políticamente. Se sabía mucho más que un mero cura de parroquia, se sabía el corazón de una obra social de la que dependían niños, familias, jóvenes, enfermos... Emplazado, cuenta Gorroñogoitia, en la «circunstancia contextual que le tocó vivir», su labor pastoral estaba orientada a apaciguar los ánimos, a unir a la sociedad y, por lo tanto, a «rehuir de actividades más o menos clandestinas y firmas de documentos colectivos con cierto sesgo político que juzgaba innecesarios por su nula operatividad». El «humanismo pedestre» del que habla José María Ormaechea le orientaba a evitar discrepancias políticas. Además, su percepción de la estabilidad del régimen era muy diferente de la de muchos otros sacerdotes. Conocía muy bien sus entresijos madrileños, por lo que dudaba de los comentarios que hacían compañeros suyos como Iñarra, más simpáticos a estos actos de resistencia, acerca de su pronta caída. Tenía mucho que perder y poco que ganar.

Por faltarle para abrazar tales empresas, le faltaba hasta el nacionalismo que animaba a Serafín Esnaola o a José Luis Iñarra. Había

---

Educación y Cultura, 4 junio 1951; C27: «Viaje a Madrid, 4-10 marzo 1951; C29: «Viaje a Madrid, 4 a 8 de noviembre de 1951»; C21: *Equis,* nº 24,1951; C29: *Equis,* nº 25,1952; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 11, p. 36; José María Arizmendiarrieta: «Formación Profesional. Escuela de hombres», *Siembra,* nº 94, octubre, 1951, pp. 1-2.

dejado de ser un abertzale ortodoxo. Su condición euskaldún, que cultivaba sólo en el ámbito privado doméstico, ya no era fuente de militancia política. Había perdido inquietud por un campo, el de la cultura vasca, que en el pasado le había apasionado y animado hondamente su identidad nacional. El vehículo para redimir la sociedad ya no era la cultura en su sentido etno-nacional sino en el socialcristiano y entendía ambos como incompatibles. La redención comunitaria no pasaba por la nación sino por la clase, no pasaba por la lengua sino por la educación activa, en la lengua que fuera. Esto era lo que trasladaba a sus discípulos, cuidando no fomentar en ellos la militancia política. «Las necesidades nos unen, las ideas nos separan», les decía, a la manera de Aldabalde. Esta convicción apolítica, a comienzos de estos años cincuenta, la tenía saturada de fuentes. Las críticas de Maritain, Leclerc, Mounier, etc. a los componentes paganos del nacionalismo las asimilaba al español que saturaba la vida pública, pero también de alguna forma al vasco, por mucho que éste se encontrara represaliado. El mito nacional carecía de atractivo en comparación con el de una clase obrera que pudiese ser vehículo de recuperación de los valores cristianos que la burguesía había abandonado. Tal era su lectura. Como Joxe Azurmendi apunta, pensaba la patria ya no como el *aberri* del nacionalismo vasco, la tierra de los padres, a la que se accedía por identificación étnica, sino como la tierra de los hijos, a la que se llegaba por libre elección, mediante el trabajo solidario de nativos y emigrantes.[18]

Su patria poco tenía ya que ver con la de Esnaola o Iñarra, pero menos aún con la de la dictadura. A principios de 1952 diseña una nueva publicación: *Ecos*. Esta vez no se trata de una revistilla ni de una hoja volante, sino de unas cuartillas mecanografiadas que, a modo de mural, se exponían en el interior del Centro de la Acción Católica, con el fin de que fueran leídas por las asociaciones que acudían a él: la Juventud Deportiva, la Congregación de San Luis o la Liga de Educación. Comienza a exponerlas a principios de febrero, colocando un buzón debajo de ellas para que la gente deposite artículos, colaboraciones, preguntas y sugerencias. Anhela implicar a la población en su obra, en especial a los individuos más inquietos, aquellos que trabajan en organizaciones confesionales, creando un nuevo medio de comunicación ajeno al control gubernativo.

---

[18] Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y de hoy,* pp. 158-167; Serafín Esnaola y Emiliano Iturrarán: *El clero vasco en la clandestinidad* 1940-1968, tomo I, Gráficas Lizarra, Estella, 1994, pp. 64 y 81-90; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 120, 144-145, 177-178, 660-663; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 51-52; Mendizabal: «D. José María sacerdote», p. 100; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 14, p. 46; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaechea Uribeetxeberria,* p. 11; Anabella Barroso: «Iglesia vasca, una Iglesia de vencedores y vencidos. La represión del clero vasco durante el franquismo», *Ayer,* nº 43, 2001, pp. 90-95; ampliado con JMAFO12 y JMAFO16.

El alcalde, Santiago Bastida, con quien colabora activamente en las gestiones de la Asociación Mondragonesa del Hogar, suele frecuentar el Centro de Acción Católica y encuentra por casualidad las hojas. Indignado, protesta. José María, extrañado, resta importancia a la iniciativa. Al día siguiente la Guardia Civil entra en el Centro, arranca las hojas, destroza el buzón, y se lleva detenidos al Presidente de la Junta del Centro y al de Juventud Deportiva. Le buscan también a él, que, nada más conocer la noticia, se dirige a declarar. Tras salir de la Comandancia de la Guardia Civil junto a los otros detenidos, denuncia lo ocurrido ante el Gobernador Civil, Tomás Garicano Goñi, su antiguo fiscal en el juicio que había sufrido en 1937. Militante de la ACNP y futuro Ministro del Interior, Garicano Goñi es uno de sus principales avales ante las autoridades en estos años y es otro ejemplo de su activa relación con Herrera Oria y su organización. Ante él se lamenta, en una larga carta, del daño que estas acciones punitivas hacen a su obra social conciliadora: «Nos cuesta tanto lograr la colaboración y el interés y después, en un día, todo cae por tierra, ya que la reacción de muchos es de que no hay nada que hacer cuando se dan estos testimonios públicos de intolerancia e intromisión».

Ecos pasa a engrosar la larga lista de iniciativas periodísticas anuladas por un régimen obsesionado con bloquear cualquier iniciativa de crítica social. Y es que si esta hoja había indignado al alcalde Santiago Bastida no era sólo por lo que significaba de desafío a la legislación sobre opinión y censura, sino porque formaba parte de una obra de concienciación social que cuestionaba la política del Ayuntamiento ante problemas como el de la vivienda. Así lo refleja su tercer número, cuya existencia muestra que el Gobernador Civil respaldó sus protestas. En él el coadjutor subrayaba el derecho a exigir el apoyo de las instituciones públicas en iniciativas como la de la Asociación Mondragonesa: «El hombre tiene un medio para subvenir a sus necesidades: es el trabajo. Y el hombre que trabaja con el fruto o producto de su trabajo debe cubrir sus necesidades. Del trabajo necesita para comer el pan y el trabajo debe proporcionarle lo necesario para disponer de un alojamiento adecuado. ¿Que hoy la renta del trabajo queda corta para poder aspirar a la satisfacción de esas necesidades? Habrá que preguntar a qué se debe ello. Si se debe al beneficio extraordinario con que se quedan las empresas hay que reclamar de éstas una mejor remuneración. Si se debe a las exacciones exageradas de las entidades públicas, incluso del mismo Estado, a éste tendremos que pedirle que no se moleste tanto en recoger tantos impuestos justificándolos por la necesidad de luego emprender algunas obras sociales». Anunciaba que el siguiente número trataría de «lo que le corresponde hacer al Municipio en la resolución del problema de la vivienda». Pero no hay constancia de un cuarto número. Nadie y, menos que nadie, un alcalde

franquista iba a dejar que se le dieran consejos sobre la política que debía seguir. Faltaría más...[19]

La nueva Escuela Profesional de Zaldispe

1952 es un año de actividad frenética. José María colecciona en este tiempo las numerosas noticias que sobre su obra aparecen en revistas como *Signo* o *Siembra,* en *La Voz de España* de San Sebastián, en *Actualidad Económica...* En mayo redacta un artículo para una de ellas, *Incunable,* en el que explica su ideal de apostolado patronal. Toda directiva, dice, debe atender las necesidades de subsistencia del obrero recurriendo a un salario justo y debe preocuparse por su bienestar y necesidades confeccionando un fichero personal que permita el conocimiento de sus necesidades. La idea que propone recuerda la Caja de Auxilios fundada en la Cerrajera unos años antes, que en 1950 había sido actualizada por uno de sus discípulos, José María Ormaechea.

Madrid se ha convertido en un punto de destino al que acude varias veces al año para comunicar su ideario social en los círculos de debate de la Acción Católica de España y, sobre todo, para tratar de ganarse a gestores y funcionarios. En mayo pasa allá una semana. Presenta una ponencia en la I Reunión de Técnicos de Acción Católica y permanece cinco días con el fin de coincidir con el Gobernador Civil, Tomás Garicano Goñi, y con el alcalde de San Sebastián, Juan Pagola, a quien unían a Mondragón intereses empresariales. Ambos debían avalar sus gestiones ante diversos organismos y empresas: Delegación Nacional de Sindicatos, Ministerio de Educación Nacional, Ministerio de Trabajo, Instituto Nacional de la Vivienda, Agromán, Acción Católica de España. Esta estancia, como todas las pasadas y futuras, está cargada de reuniones con responsables de la Enseñanza Profesional, de Ministerios, del Instituto de la Vivienda. Son las gentes encargadas de gestionar los fondos destinados a financiar las instalaciones, maquinarias y personal de la Escuela, la obra de construcción de viviendas, etc. A su vuelta elabora informes y memorias de sus actividades, describe las reuniones, comenta la impresión que ha sacado de personas y ambientes, cuantifica los gastos que ha realizado. Siempre duerme en pensiones o en la Mutual del Clero; viaja en tren en clase tercera; cena o come en restaurantes sólo cuando es obligatorio. No menciona en sus prolijos informes tiempo alguno de ocio y cuando alguna vez aparece tal mención lo hace de forma casi vergonzosa, como cuando comunica que se ha escapado a un cine una noche.

---

[19] AJMA, C22: Carta a Santiago Bastida, 4-3-1952; Carta a Tomás Garicano Goñi, 5-3-1952; «Cosas sabidas que no se deben olvidar», *Ecos,* nº 3, abril 1952; Hermet: *Los católicos en la España franquista,* I, p. 261.

El 26 de agosto de 1952, a las doce y media del mediodía, Mondragón, engalanado, celebró la inauguración del nuevo curso en la nueva Escuela Profesional de Zaldispe. En la puerta del edificio el Gobernador Civil recibió al Ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruiz Jiménez, cuya militancia en la ACNP le hacía muy sensible a iniciativas sociales como la que venía a inaugurar. Al acto asistieron el Obispo, el Presidente de la Diputación, los alcaldes de Mondragón y San Sebastián, un representante de la Cámara de Industria, el Director de la Caja de Ahorros Provincial, José Beñarán; el Director de la Escuela de Peritos de Zaragoza, José Sinués y Urbiola; los alcaldes de los municipios del Valle de Léniz, los empresarios de la localidad, las autoridades municipales y cientos de alumnos que vestían sus mejores trajes. Desde la visita de Francisco Franco no había habido tal movimiento de personalidades. El Obispo bendijo solemnemente el local. El Ministro, en su intervención, comparó la Escuela con las catedrales medievales, pues, como ellas, había sido fruto de un esfuerzo colectivo.

El coadjutor no se encontraba entre este grupo de autoridades. Emocionado, se situaba entre el público. Por fin había reinaugurado la Escuela Profesional, el «resorte más poderoso para la implantación progresiva de una sociedad más igualitaria y de un orden social más justo» sobre el que tanto había reflexionado. Su fin no era sólo surtir a las fábricas de profesionales. Eso era superficial. Su verdadero fin era crear un proletariado consciente, capacitado profesionalmente, imbuido de ideales cristianos y decidido a crear ese nuevo orden. Pero, además, estaba satisfecho porque allá estaba su grupo de jóvenes obreros más querido, representante paradigmático de ese proletariado consciente. La primera promoción de estudiantes de Peritos Industriales recibía ese mismo día sus títulos de manos del Ministro. Por la tribuna desfilaron José María Ormaechea, Javier Aranzabal, Ramón Escudero, Alfonso y Julio Gorroñogoitia, Félix González, Jesús Larrañaga, José Antonio Acha, Javier Ortubay, Felipe Elustondo y Luis Usatorre. Tal era la razón que explicaba la presencia, entre las autoridades, de José Sinués y Urbiola.

Pero el momento más emotivo faltaba por llegar. El Ministro procedió a elogiar la labor de José María, entre la ovación del auditorio, y anunció que, a propuesta del Gobernador Civil, iba a concederle la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio, al igual que iba a otorgar la Corbata de tal Orden a la Liga de Educación y Cultura. Tras la sorpresa inicial, una honda inquietud se apoderó del coadjutor. Unos días después intentó evitar el nombramiento, se sentía obligado por sus deberes como sacerdote: «En primer lugar es necesario que rubrique que la Escuela y otras actividades sociales son compartidas por todo un equipo de hombres, que tienen sobre mí el mérito de que su colaboración sea anónima aparte que han trabajado tanto o más

que yo. Por otra parte hemos tenido un afán constante de despersonalizar las actividades y por este motivo hemos procurado crear algunas instituciones. De haber alguna institución, creo que es justo que esa sea de la Liga de Educación y Cultura o si se quiere de la misma Escuela Profesional (...) yo necesito llegar a todos los ambientes y creo que lo que más le favorece a uno es la máxima sencillez: en mi caso sacerdotal y sobrenaturalmente estoy mejor sin distinciones honoríficas. Cada vez que caigo en algún tropiezo de vanidad yo mismo me siento sin autoridad». Pero Garicano Goñi no avaló su deseo ni tampoco el Ministro de Educación, al que también acudió. El 24 de octubre de 1952 le hizo entrega de la condecoración en un solemne acto público.

Las felicitaciones se agolparon en su mesa de trabajo: el Gobernador Militar de Santander, el Obispo de Vitoria, la ACNP, cajas de ahorros, diputaciones, ayuntamientos... En una de sus respuestas, la enviada a la Casa de Ejercicios de Loiola, insistía en quitarse cualquier mérito: el galardón «se ha debido a que oficialmente se han contabilizado a mi nombre los merecimientos de otros muchos, que me preceden en méritos por lo mismo que es anónima su situación. De todas formas me satisface más que los distintivos honoríficos el comprobar que tengo buenos amigos». Algunos vecinos le tacharon de colaboracionista con la dictadura y de sumiso al régimen. Nada de ello hubo. El despliegue de personalidades invitadas a la inauguración de la Escuela tenía, como siempre en él, un objetivo práctico, como señalaba en una carta un mes antes del acto: «Queremos hacer [la inauguración] solemnemente con la asistencia de un par de ministros. Ya se podrá figurar que nos interesa dicha asistencia a fin de obtener más ayuda económica, [de la] que estamos [muy] necesitados». Cuando Ruiz Jiménez prometió, en mitad de su discurso, que se comprometía a suplir cualquier déficit futuro de la Escuela en este periodo fundacional, el coadjutor se dio por satisfecho.[20]

Los 250 alumnos de este curso 1952-1953 se perdían en la enorme estructura de cuatro plantas de cemento armado de Zaldispe, con capacidad para acoger ochocientos más. El sistema de selección y estudios apenas sufrió modificación: ingresos por aptitud personal, jornadas de seis horas con clases teóricas y prácticas, complementariedad del estudio con el trabajo de los alumnos durante la jornada en factorías de la zona... La Escuela ofrecía cuatro cursos para oficiales industriales me-

---

[20] AJMA, C30: Carta a Tomás Garicano Goñi, 2-9-1952; Carta de Tomás Garicano Goñi, 11-9-1952; Carta a Joaquín Ruiz Jiménez, 12-9-1952; C86: Carta a Luis Mingo, 3-6-1952; Carta de Joaquín Ruiz Jiménez, 31-7-1953; C 30: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 6,1952; «Escuela Profesional de Mondragón, Memoria 1943-1952»; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 10, p. 34. Los telegramas y cartas de felicitación recibidos están en la Caja Transfer 1 y AJMA, C80: la carta cit. está remitida al Rvdo. P. Odriozola el 30-10-1952; *La Voz de España,* 27 de agosto de 1952; José María Arizmendiarrieta: «Inquietudes patronales», *Incunable,* mayo de 1952.

cánicos y electricistas, uno más de maestros industriales y dos más de peritos industriales. Una subvención especial del Instituto Nacional de la Vivienda, la anual del Ministerio de Educación y otra del Ministro de Trabajo permitieron a la Liga de Educación y Cultura garantizar desde este mismo año, junto a las contribuciones anuales de los asociados, la viabilidad de la nueva empresa educativa. Los alumnos afluyeron de zonas de la comarca cada vez más apartadas: Aramaio, Araotz, Gatzaga, así como de provincias y regiones limítrofes, permitiendo la apertura de un comedor, un área de enseñanzas femeninas, así como pensar en la futura instalación de una comunidad de religiosas.

Comenzaron años de intenso trabajo educativo, en los que el coadjutor contó con la colaboración de empresarios locales (Gregorio Echeverría, Domingo Arzamendi, Eugenio Ugarte, Eugenio Rezusta, Ignacio San Martín, etc.), coordinados por el Director del centro desde 1948, Antonio Basabe, y ayudados por un gran plantel de profesores. Todos ellos velaron por el cuidado de los valores cristianos, morales y sociales que constituían los principios rectores de un centro que debía ocuparse, antes de formar obreros, de «forjar hombres». José María entró en tratos con Ricardo Oreja para vincular la Escuela al Instituto León XIII que Herrera Oria había fundado en el Colegio Mayor San Pablo de Madrid como continuación de su Escuela Social de Málaga, con el insistente fin de formar elites intelectuales afectas al ideario socialcristiano que trabajaran en el ámbito de la empresa y la cultura. El alumnado más brillante de la Escuela podría optar a una beca y formarse en dicho centro para, después, retornar como profesor a la Escuela. Asimismo, veló por que se mantuviera la vinculación de los peritos recién licenciados en Zaragoza con la Escuela. En 1953, éstos estaban ya encargándose de cursos especiales para alumnos y ex-alumnos.

Tres peritos mecánicos, un licenciado en Química, un maestro nacional y tres maestros de taller componían el profesorado. Y, por supuesto, él. En el Salón de Actos, cada día, tenía lugar su conferencia de la tarde. Profesores y alumnos escuchaban, en silencio, su charla: «La hora (dos de la tarde) tampoco invitaba precisamente a concentraciones espirituales, ni actividades mentales. Sin embargo, José María, puntual a la cita, subía el estrado, y cuando la grey estudiantil se acomodaba y se hacía silencio, soltaba su rollo, despacio, sin inmutarse apenas, con un lenguaje un tanto premioso, dirigiéndose sobre todo a los que se ponían en las primeras filas, pensando en voz alta, como solía repetir. Los temas eran un tanto áridos. Reunía a los mayores (2.º de Maestría e Ingeniería) para hablarnos de kolJosés, autogestión yugoslava, cogestión alemana... No era fácil entenderle (...). Arizmendiarrieta se percataba de todo esto, pero no se daba por enterado; él seguía con su charla, se fijaba en su audiencia, hacía intervenir a los

alumnos, se sonreía beatíficamente, hacía pensar a la gente con métodos socráticos: »Porque en tanto en cuanto que...» era una de sus expresiones. Parecía que nadie se enteraba de lo que decía, pero aquello era como la gota de agua que pacientemente horadaba la roca. La sesión, que duraba 20 minutos, se remataba frecuentemente con la proyección de documentales con la máquina de 16 mm., obsequio de los antiguos alumnos de la Escuela». La mención a los kolJosés y la autogestión coloca cronológicamente esta cita en los años sesenta, pero sirve a efectos de descripción plástica de la charla diaria de *D. José María.*

La Escuela era la plataforma prioritaria de su apostolado. Sus alumnos iban a formar los cuadros técnicos que precisaría la nueva empresa cristiana que, por entonces, aún piensa que puede nacer de reformar por dentro la tradicional. Su charla diaria era el lugar preferente en donde «pensaba en voz alta» y transmitía sus ideales. Para que éstos fuesen mejor entendidos por el público había aprendido la importancia del *slogan,* de la cita corta y expresiva. Recurría a ella igual que en los círculos de estudio, sólo que, progresivamente, iba sustituyendo las citas de terceros por citas propias, por ideas que, apuntadas en sus fichas manuscritas de libros, acababan alimentando un corpus de pensamiento ambiciosamente revolucionario: «saber es poder», «hay que socializar el saber para democratizar el poder», «el hombre no tanto nace cuanto se hace por la educación», «es más fácil educar a un joven que reformar a un hombre», «dale un pescado a un hombre y comerá un día; enséñale a pescar y comerá el resto de su vida», «más vale encender una cerilla que maldecir la oscuridad»...

Son sentencias que le sirven para exponer su ideal de educación integral basada en la unidad de la dimensión social, profesional y humana del obrero. Y para ello recurre en las charlas a abordar no sólo cuestiones de economía y de sociología, sino también aspectos psicológicos, pedagógicos y formativos: el dominio de las pasiones, la educación de la sensibilidad, el sentido de la responsabilidad y la justicia, el respeto a los demás, la fidelidad a la palabra empeñada, el valor del trabajo, el sentido de solidaridad... Tales eran los ideales que convertían a este centro en una «escuela de hombres» que permitiría a los jóvenes entrar en la vida con «cultura moral», ligados al hogar familiar y a la fábrica desde el principio de su aprendizaje, capacitados para una humanización del trabajo que condujera a su cristianización tal y como defendía en una ponencia que presentó, en 1953, en una Asamblea de Apostolado Social Sacerdotal en la empresa. En esas charlas diarias fue exponiendo, en los meses que cierran 1952 y abren 1953, su inquietud por un nuevo sujeto que hasta entonces había tenido un lugar muy poco definido en su pensamiento: la mujer. En 1951 había comentado en *Equis* que ésta tenía como misión ser «el eje de

toda la vida del hogar». Sin embargo, en estos años las necesidades laborales separaban cada vez más a las jóvenes de tal misión por ello «si es necesario el aprendizaje de los muchachos no es menos interesante que a las jóvenes se les concedan oportunidades y se les urja la preparación en el hogar».[21]

José María escribe, lee, conferencia, platica, sermonea, conversa, discute. Pero, sobre todo, habla. Habla con los jóvenes, en la Escuela, en los círculos de estudio, en las convivencias de Juventud Deportiva o de Acción Católica; habla con los empresarios y las autoridades en las reuniones de las juntas de gobierno de la Liga de Educación, de la Acción Católica, en los despachos de empresas y las oficinas de ayuntamientos y ministerios. Habla por carta y por teléfono, en la calle, mientras pasea apresurado camino de la Escuela o de su casa. En enero de 1953 de nuevo está en Madrid, visitando ministerios e institutos públicos, solicitando subvenciones y ayudas, reuniéndose con Ángel Herrera Oria. Apadrinado por él, este verano alcanza el cargo de subdirector de la Escuela Social de Vitoria, cinco años después de haber comenzado a estudiar en ella. En estos años ha asistido a las clases de Economía de París Eguílaz (a quien invitará, junto a otros profesores, a visitar la Unión Cerrajera en 1955) y Emilio Figueroa, a las de Comunismo de Emilio Benavent, a las de Legislación Laboral de Manuel Martínez y a las de Doctrina Social Católica de Rafael G. Moralejo, Félix Obieta y Gregorio R. de Yurre, que se impartían en el área de Ciencia Social Católica, en la cual él mismo había organizado, los lunes, miércoles y viernes, unos «coloquios sociales». Por éstos y otros cursillos pasaron personalidades como Herrera Oria, Zacarías de Vizcarra, Guillermo Rovirosa o Joaquín Azpiazu, director del Instituto de Fomento Social, con cuya revista *Siembra* colaboraba; así como compañeros como Ángel Morta o Ángel Suquía y empresarios como Basterrechea o Chacón.

La Escuela Social alimenta su inquietud por la reforma laboral. Su estrecha vinculación con la Cerrajera y la ACNP de Herrera Oria le permite conocer este mismo año un estudio que influirá mucho en el modelo de empresa que comienza a perfilar. Se trata de la ponencia que el Director Administrativo adjunto de la Unión Cerrajera, José Luis Serrano, ha presentado en Madrid en unas jornadas de la ACNP y que lleva por título «La Sociedad Total». Su idea central es que la

---

[21] AJMA, C30: «Escuela Profesional de Mondragón, Memoria 1943-1952»; C31: Carta a Ricardo Oreja, 20-4-1953; «Escuela Profesional de Mondragón, Memoria 1952-1953» y «1953-1954»; Guión de reunión Junta de Patronato de la L.E.C. 28 enero 1953; C6: «Misión del sacerdote en las escuelas de aprendices», Ponencia dada en la Asamblea de Apostolado Social en las empresas, Madrid, marzo 1953; Guión de reunión Junta de Patronato de la L.E.C. 28 enero 1953; C21: *Equis,* nº 24, 1951; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp 12, 39, 49-50 y 60; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 211 y 315-317; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta» p. 16; *La mujer en la vida, en el pensamiento y en la obra de D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 16-18.

empresa no es sólo el capital (los accionistas) y el empresario, sino la conjunción de estos dos factores con un tercero, el trabajo. Constituye, por ello, una comunidad de intereses que debe estar regida por un criterio de inclusión de aquél tanto en su gobierno como en sus beneficios. Ello conduciría a una «sociedad total» en la que capital y trabajo compartirían la empresa siendo socios de la misma en paridad, frente a la situación presente en la que ésta pertenece al primero. La teoría que este economista medita para capitalizar los tres factores le resulta interesante, la anota y guarda para cuando llege la ocasión propicia, que será apenas un año más tarde.[22]

En estos meses de 1953 la Asociación Mondragonesa, tras salvar todos los papeleos y permisos municipales, provinciales y estatales, se encontró con el cambio de decisión de uno de los socios, Hetruc, respecto del lugar fijado para la construcción de sus viviendas. La decisión rompía el consenso logrado en los años anteriores y reflejaba el deseo de la Cerrajera de seguir segregando su mundo laboral, como denunció el coadjutor, indignado, en la reunión del 20 de julio, acusando al delegado de esta hermandad de pretender «hacer dos mondragones como si estuviéramos constituidos por dos razas o castas de hombres, pues una vez más nos mantenemos en la misma línea que nos ha llevado a tener dos hermandades, dos ambulancias, dos campos de fútbol y dos sociedades deportivas, en breve dos iglesias, restándonos reclamar dos cielos y dos infiernos para que ni siquiera allá podamos encontrarnos». Cuando el 12 de agosto de 1953 se colocó la primera piedra de las nuevas viviendas en el polígono de Makatzena, se dirigió a los vecinos para recordar la «desalentadora historia de este proyecto de viviendas».

Comunidad implicaba responsabilidad. Responsabilidad de los patronos para con el bienestar de los obreros, y de éstos en la defensa de sus intereses colectivos. La ideología obrera del coadjutor carecía tanto del angelismo empresarial que trataba al proletario como un sujeto infantil incapaz de redimirse de su condición sometida, como de ese otro angelismo obrerista que culpaba de todos los males a la patronal y presentaba una imagen virginal del sujeto trabajador. En la nueva hoja volante que elaboró con motivo de laNavidad, insistía en ambas responsabilidades. Si la vivienda era una necesidad de primer orden a la que se estaba poniendo solución, lo mínimo que se podía pedir al obrero era responsabilidad en el gasto familiar. Acontecimientos como los bautizos, las comuniones, las bodas y otras celebraciones sociales,

---

[22] AJMA, C31: «Viaje a Madrid 7-17 enero 1953; C10: «Escuela Social Sacerdotal. Vitoria. Plan Completo de los tres cursos 1951-1952-1953 10 julio - 10 septiembre», 1953; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* p. 10; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta y la experiencia cooperativa de Mondragón,* pp. 134-136; *Interioridades de una utopía,* pp. 128-130.

constituían gastos que convertían el sacramento religioso en «una verdadera comedia, hasta con los disfraces o atuendo de tablas». La tolerancia de la Iglesia para con esos comportamientos no debía interpretarse como aprobación. Y seguía con su reprimenda ética: «No hay derecho a meterse de esta forma con las vidas y gustos ajenos, dirá más de uno. Cada uno hace lo que quiere, añadirán otros. Efectivamente lo que pretendemos es que cada uno pueda hacer lo que quiere o le conviene. Hoy cada uno es tan esclavo de tantos convencionalismos sociales, que creemos que nadie o muy pocos son capaces de obrar con sencillez y modestia. Hay que revelarse contra ese servilismo. (...) No vamos contra el desarrollo de la vida social. Abogamos por una vida social con menos artificio e hipocresía, con más modestia y naturalidad.»[23]

El postseminario de Mondragón

Su vida ha experimentado por entonces un cambio muy importante. Llevaba ya siete años viviendo en el tercer piso de la casa cural. De las tareas domésticas se habían encargado dos amas de llaves, Asunción y Concha. A fines de 1953, cuando esta última se retiró, pasó a su servicio Eulogia Lasaga, ex-misionera evangélica, natural de un caserío de Aramaio, cerca de Mondragón. Las Misioneras Evangélicas, fundadas por Rufino Aldabalde, se encargaban de los centros de espiritualidad diocesanos. La muchacha había abandonado esa orden en la que había entrado en 1946, pero estaba imbuida de una mística muy cercana a la de José María. Sensible, delicada, discreta, hogareña, excelente cocinera, su llegada fue un soplo de aire fresco en la hiperactiva vida de éste. Eulogi añadió a su vida una adhesión absoluta, hasta el punto que su sueldo mensual no provenía de su trabajo en la Casa Cural, sino del que realizaba en la Escuela Profesional mediante tareas de limpieza, cocina, etc., las mismas que años después realizarían las religiosas mercedarias, momento en que pasaría a trabajar para las futuras cooperativas.

Los principios que sustentaban la vida interior del coadjutor de Mondragón estaban siendo por estos años sometidos a intenso debate en el seno de la Iglesia. *Surge* había publicado un artículo de un profesor de la Universidad de Lovaina, Jacques Leclerq, en el que éste afirmaba que la santidad a que debía aspirar el sacerdote nacía del minis-

[23] AJMA, C67: Resumen de la reunión de la Junta de Patronato de la A.M.H. 20 julio 1953; Discurso con ocasión de la primera piedra de las viviendas de la A.M.H., 12 agosto 1953; cartas al Alcalde de Mondragón, 4-12-1953, y al Gobernador Civil, Tomás Garicano Goñi, 4-12-1953; C22: *Equis,* nº 26,1953.

terio que había abrazado. Sus fuentes místicas, fundamentalmente francófonas, eran las mismas que las del Movimiento de Espiritualidad Sacerdotal de Vitoria. La vocación del sacerdote, recordaba Leclerq, era vivir solo en medio de una comunidad de fieles para los cuales él era el hombre de Dios: «Él es para ellos; ya no se pertenece; no tiene nada para sí, todo es para los demás. El sacerdote ideal no tiene, pues, horario, ni casa donde pueda encontrarse al abrigo de los importunos. Las horas de que dispone para sí son tan sólo aquellas de las que los demás no tienen necesidad (...). Nada para él. Espiritualidad a base de un desasimiento que hace temblar, porque no tiene límites. Un desasimiento mayor que el de cualquier vida religiosa, porque, si el sacerdote no tiene regla ni clausura ni horario, todo eso es únicamente para permitirle darse sin reserva».

Existía un importante debate intelectual en torno a la cuestión de la espiritualidad del clero diocesano del que *Surge* se hizo conveniente eco. Se había desatado a la muerte del Cardenal Mercier, una de las fuentes del Movimiento de Espiritualidad del que esta revista era portavoz. En 1947 otro profesor de la Universidad de Malinas, Gustavo Thils, había publicado en castellano su libro *Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano,* una obra resumida pronto en folleto por la editorial del Seminario de Vitoria. Es imposible saber a cuál de sus dos versiones accedió José María. Lo que es seguro es que lo hizo, pues adquirió otro de sus libros, *Cristianismos y cristianismo*. En su tratado, Thils profundizaba en la espiritualidad como un estilo de vida unida en torno a la virtud de la caridad pastoral, la misma que Leclerq abordaba como fundamento de la santificación sacerdotal y la misma que José María había adoptado. Sin sueldos, viajando en tren de tercera o en automóviles de amigos, recorriendo Mondragón con su modesta bicicleta, con el confesonario y la casa siempre abiertos, escondiendo su profunda vida de oración, sin quejarse ni manifestar jamás dolor alguno, entregado a una labor apostólica en la que la resolución de un proyecto conduce al comienzo de otro y se simultanea con varios más. Tal es su retrato contemporáneo.

Las fotos de estos años muestran a un hombre excepcionalmente maduro, que ha perdido todo rasgo de juventud, que parece bien entrado en una cuarentena de la que todavía le separan dos años. Y es que no conocía descanso alguno en su vida, salvo los breves instantes de reposo que le proporcionaban las visitas mensuales al terruño y los fines de semana y veraneos que compartía con el matrimonio formado por Mari Lourdes Azcoaga y José Ruiz Torre, los farmacéuticos de Mondragón. En ese ambiente, repleto de una humanidad menos pesada, en el que los deberes del trabajo estaban ausentes, encontró uno de los remedios más duraderos contra el mal de la soledad. Pero incluso su ocio terapéutico estaba impregnado de experiencia espiritual. Nun-

ca, en Barinaga o en sus veraneos en Zarautz, faltaba a la misa, a la comida austera o a la oración.[24]

La contribución vasca al debate sobre la espiritualidad sacerdotal más importante fue el discurso de Joaquín Goicoecheaundía en la apertura del curso 1950-1951 del Seminario de Vitoria, que celebraba la división de la diócesis. En él presentó una síntesis del ideario de su Movimiento. Si el seminario era el tiempo de la formación del sacerdote como apóstol aspirante a la santificación, el postseminario debía ser el tiempo de ejercicio de dicho ideal de apostolado santificador. Este modelo se cumplía en la trayectoria vital de su antiguo discípulo de Barinaga. Es más, los instrumentos dispuestos por el Movimiento Sacerdotal vitoriano para tal fin, desde los ejercicios espirituales a la Escuela Social, eran los que éste había adoptado. José María sabía navegar siempre por el justo medio, conciliando el trabajo extenuante con el reposo reparador, la evangelización con la espiritualidad, la acción con la meditación. Para ello recurrió activamente, durante este postseminario, al instrumento más importante de perfección sacerdotal: los ejercicios espirituales. Conservó algunos de los apuntes que tomó en el transcurso de estas sesiones, varios fechados entre 1950 y 1953, en los que insistía en perseverar en formas de comportamiento muy características de la espiritualidad vitoriana, e incluso seguía repitiendo expresiones típicas de sus mentores como la del sacerdote como «hombre comidos por los demás. En su tercer día de unos ejercicios que realizó en Loiola en septiembre de 1952 escribía: «desde luego, cien veces que tuviera que volver a escoger mi estado de vida abrazaría el sacerdocio». Dos días después, apuntaba: «la redención de las almas exige y supone sacrificio y oración del apóstol. Nunca me he de sentir defraudado al menos que mire a Cristo [sic], porque si miro a Cristo y trabajo por Él he de contentarme con su suerte».

Los sacerdotes realizaban estos retiros en las casas de ejercicios diocesanas. Estaban divididos cada día en una serie de etapas sucesivas: el rezo de tercia acompañado de una lectura breve, la meditación guiada por el director espiritual, la instrucción derivada de la meditación, la exposición del Santísimo Sacramento y el rezo final a la Virgen. El 18 de octubre de 1953 comenzó uno de estos retiros en la Casa de Ejercicios de Nuestra Señora de Begoña, bajo la dirección de su compañero Ángel Morta. Permaneció una semana, hasta el día 24. En

---

[24] Jacques Leclerq: «La espiritualidad del sacerdote diocesano», *Surge,* nº 102,1953, pp. 148 y 151-152; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 307-337; Joaquín Goicoecheaundía: *Puntos clave en la formación del futuro sacerdote. Documento IV,* Egaña, Vitoria, 1990, pp. 135-174; *Meditaciones y orientaciones sacerdotales,* pp. 108-110; Oyarzabal: *D. José María visto por sus condiscípulos,* pp. 28-29; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 50-52; Leibar: *La mujer en la vida, en el pensamiento...,* pp. 13-14; Sáez de la Fuente Aldama y Sánchez Maus: *Perplejidad ante las vocaciones,* pp. 116-117; Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p. 7; ampliado con JMAFO15-I.

un cuaderno de la Escuela Profesional fue apuntando sus meditaciones. Todas versan sobre la identidad sacerdotal y «el drama de la vida del sacerdote» que se deriva de su condición de *Alter Christus*. En una escribe: «Somos para... No tenemos otra razón de ser que servir a quien nos ha dado todo y siempre... sin reservas». Son las mismas ideas que sacerdotes más intelectuales como Leclerq o Thils debaten en estos años. Se refugia en la meditación para «considerar al detalle algunas de esas exigencias divinas (...), cuya aceptación me cuesta y a cuyo reconocimiento práctico me niego. La más elemental y menos discutible es la santidad. Fundamentalmente ésta consiste en el sometimiento de mi voluntad a la voluntad divina». En otra escribe: «Al aceptar el sacerdocio he tenido que renunciar para siempre a algunas cosas: mejor dicho me he comprometido a renunciarme del todo a mí mismo. (...) Soy sacerdote siempre». El cuadernillo está repleto de apuntes seguros, firmes, bien articulados. En una ficha que redacta durante estos ejercicios se impone varios propósitos: dedicar más tiempo a la reflexión y oración, cuidar del culto a la Virgen María y combatir su tendencia a la soberbia. Mientras, extramuros de Begoña, dos personas que conoce bien, Joaquín Ruiz Giménez y Alberto Martín-Artajo, han culminado el Concordato entre la Dictadura y la Santa Sede, elevando a texto legal la confesionalidad católica de un Estado que está a punto de iniciar un proceso de desarrollismo que conducirá a la sociedad sobre la que descansa por un camino opuesto a la política nacionalcatólica señalada por este acuerdo internacional.[25]

[25] AJMA, C10: Cuaderno de Ejercicios Espirituales, Casa de Retiro de Begoña, 18-24 octubre 1953, manuscrito; Joaquín Goicoecheaundía: *Retiros espirituales para sacerdotes,* Eset, Vitoria, 1990, pp. 182-187; *Seminario y postseminario,* pp. 142-145; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 38-43 y 148-157; Tusell: *Franco y los católicos,* pp. 272-282.

6

LA NUEVA EMPRESA CRISTIANA | 1954-1959

LA LARGA MARCHA AL COOPERATIVISMO INDUSTRIAL

Hacia la emancipación de la mujer

En una ponencia que José María ofreció en 1954 en Saturrarán durante un retiro de consiliarios sentenció: «no nos deslumbremos con obras sociales mientras no las veamos realizadas socialmente». La humildad de las obras debía partir de la humillación del autor. La intervención sobre las necesidades urgentes de la comunidad formaba parte de un proyecto de transformación social sustentado en el trabajo y la cultura como instrumentos de emancipación obrera que debían ir paralelos a la colaboración entre el capital y el trabajo. A principios de enero de 1954 la Asociación Mondragonesa del Hogar había recibido por fin la calificación de «entidad constructora benéfica», gracias a los esfuerzos de Javier Martín-Artajo que, por entonces, dejaba vacante su plaza como Secretario del Instituto de la Vivienda. En su carta de despedida Martin-Artajo calificaba al coadjutor de Mondragón como uno de sus «mejores colaboradores» y se ofrecía a seguir ayudándole. Comenzaba el farragoso tiempo de gestiones destinadas a lograr que el Instituto elaborara una rápida tramitación del expediente de construcción de las 106 viviendas.[1]

---

[1] AJMA C68: Cartas de Javier Martín-Artajo, Madrid, 12-1-1954 y 12-2-1954; Carta a Tomás Garicano Goñi, 30-3-1954; Carta a Alejandro Rodríguez Valcárcel, 30-3-1954; Carta al Subdirector del

Fueron meses en que el coadjutor parecía estar en todas partes. Lo mismo gestionaba las fuentes de agua para el futuro barrio de Makatzena que conseguía, tras meses de gestiones, incorporar a la Escuela a la mujer, inaugurando en marzo una Sección de Enseñanzas Femeninas que contaba con talleres de costura, bordado, plancha, cocina, puericultura, arte, dibujo y cultura general. El curso no era reglado, su filosofía pedagógica pretendía la compatibilidad del trabajo y el hogar para la mujer una vez alcanzado el matrimonio y, sobre todo, que ésta alcanzase un nivel de preparación intelectual paritario al del hombre. En una charla que impartió en la Escuela en junio de 1955, denunciaba cómo «subsiste cierta forma de esclavitud allí donde las necesidades materiales o el trabajo manual y mecánico absorben a las personas de tal forma que éstas apenas tienen oportunidad para ninguna expansión del espíritu (...) y no me negaréis que entre nuestras mujeres tan entregadas a las tareas domésticas se dan frecuentemente estos casos».

La redención del hombre que proponía no hacía distingos de género frente a lo que encontraba en la mentalidad general de la época: «Hace pocos días fui testigo de una bronca de una madre a su hija porque ésta estaba leyendo el periódico. (...) La bronca no era porque tuviera sin hacer otras cosas, sino sencillamente porque la madre pensaba que para nada necesitaba la hija leer el periódico, que leer el periódico o hacerse cargo de otras cosas por el estilo es salirse del papel propio que la mujer debe desempeñar». Por ello, en la Sección de Enseñanzas Femeninas se enseñaba a las jóvenes más humildes no sólo a mejorar sus capacidades domésticas sino a «leer el periódico, cultivar el espíritu, la inteligencia, el sentido estético», en definitiva, a «hacerse cargo a su estilo femenino de los problemas o preocupaciones que dominan el mundo masculino». Perfilaba la consideración de la mujer como sujeto económicamente independiente de la familia. En 1958 logró organizar en la Escuela el primer curso de Oficialía de Delineación Industrial Femenina.

A principios de 1954 organizó unas semanas de ejercicios espirituales en la Escuela destinadas a alumnos, ex-alumnos, jóvenes reclutas, empleados, matrimonios jóvenes y dirigentes de organizaciones católicas. Para dirigir estas jornadas invitó a sacerdotes como Ramón Narbaiza, Carlos Abaitua, Anastasio Olabarría, así como a los responsables de las casas de ejercicios de Bilbao y San Sebastián, José Sotero y Javier San Román. Unos meses después, con ocasión de la celebración del cincuentenario del Centro Obrero Católico de Mondragón,

---

Servicio Hidráulico de la Diputación Provincial, 1-6-1954; Carta a Román Jauregui, 2-6-1954; Carta de Tomás Garicano Goñi, 21-5-1955; Carta a Jaime Font, 11-7-1955; C22: Programa de la Convivencia de Consiliarios de A.C., Saturraran, 5-10 julio 1954; C10: «Convivencia sacerdotal, Saturraran, 8 julio 1954 (esquema de la ponencia)».

invitó a Rodríguez de Yurre para que impartiera un ciclo de conferencias sobre «El trabajo en la historia y el valor religioso del trabajo». Concedía un papel muy importante a la formación moral y espiritual del joven. Por entonces, ya estaba metido en la construcción de un dispensario de puericultura destinado a completar el hogar infantil. En él se vacunaría a los niños y se les reconocería, con el fin de prevenir enfermedades como el raquitismo. Como era costumbre en sus planificaciones, todo estaba perfectamente estudiado. El informe que elaboró para presentar a las empresas y hermandades obreras estaba repleto de detalles explicativos y descriptivos acerca de los más diversos asuntos, incluyendo el fichero de pacientes del que debía encargarse la enfermera o el utillaje y equipamiento imprescindibles.[2]

Este proyecto, cuyos promotores serían las dos hermandades locales de trabajadores, Hetruc y San Juan Bautista, constituía un nuevo paso encaminado a cerrar el «foco de irradiación parroquial» que, en defición suya, había ido levantando en base a cuatro acciones complementarias: la «parroquial», representada por la parroquia, el centro de Acción Católica y la Obra de Ejercicios Espirituales; la «social», compuesta por obras de asistencia social como eran la sanitaria (dispensarios antituberculoso e infantil) o la de construcción de viviendas (Asociación Mondragonesa); la «cultural», representada por la Escuela Profesional; y la «recreativa», orientada hacia el deporte y el cine, de la mano de Juventud Deportiva. Cada una había supuesto la activación de sociedades sustentadas en criterios de cooperación interclasista. Todas constituían un círculo de acciones comunitarias que buscaban asegurar el futuro de las nuevas generaciones: el dispensario aseguraba la salud de los niños, las nuevas viviendas garantizaban la estabilidad de sus familias, la Escuela Profesional velaba por su capacitación laboral. La cuestión que quedaba pendiente era saber si el ámbito empresarial iba a ser capaz de cerrar este círculo social permitiendo la participación en el capital y la gestión de la empresa de los obreros.

Francisco Franco ratificaría en 1956 en Sevilla la intención de su régimen de promover por todos los medios la participación de los obreros en los beneficios de las empresas frente a otras opciones como la de incrementar los salarios: «perseguimos la participación de los hombres en la administración de las empresas y la participación de los hombres en los beneficios». Estas manifestaciones formaban parte de una retórica social católica que raras veces quedaba en algo más que

---

[2] AJMA, C10: Cartas a Jaime Font, 25-1-1954 y 4-3-1954; C31: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 8, febrero 1954; C32: «Escuela Profesional. Sección de Enseñanzas Femeninas. Curso 1954-1955. Discurso»; «Asamblea de Socios Patrocinadores. 31 enero 1955»; C78: «Algunos problemas de la Joven. Charla. 5 junio 1955»; «La joven cara al porvenir. Charla. 12 julio 1955»; C74: «El dispensario de puericultura», borrador de informe, enero 1954; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* 317-318; Leibar y Azkarate: Historia *de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 47-48.

buenas intenciones dejadas al arbitrio de cada empresa. Pero mostraban que el ideario del coadjutor de Mondragón tenía cabida en el ambiente político de la época, y ello implicaba que, en último término, era difícil de combatir, pese a su heterodoxia, desde la Dictadura. Tal circunstancia la aprovechó al máximo, esforzándose por convertir en realidad la retórica propagandística oficial.

Y es que de nada servían proclamas como la de Sevilla cuando la práctica empresarial, auspiciada por ese mismo Estado, iba por otro lado. El caso de la Cerrajera era paradigmático. Gracias a sus Altos Hornos de Bergara, esta empresa era por entonces la productora y distribuidora de un material muy preciado: el acero en fleje y chapa, destinado a construir desde cerrajería a bicicletas. Su suministro a tiempo y a precio reducido constituía ya por sí mismo una garantía de beneficio en una economía intervenida en la que todo lo que las empresas eran capaces de producir se vendía. Bajo la política de autarquía se había consagrado un modelo de negocios especulativo sustentado en la intervención del Estado. Así, esta empresa tenía poco interés en preparar, mediante la inversión y renovación de los equipos técnicos, estrategias que le permitieran afrontar un futuro más competitivo. En la mente del coadjutor existía la convicción de que, si no se actuaba de forma contraria, pronto el futuro de los niños y de los jóvenes de la Escuela Profesional iba a peligrar. El círculo social corría el riesgo de fracturarse en su lado más sensible: el laboral. Debía cerrarse de la mano de una auténtica empresa cristiana.[3]

Apóstoles para una nueva empresa

En 1954 el pulso entre la Cerrajera y José María acaba por ventilarse. Su influencia moral en Oreja, Basterrechea y Chacón se estanca. Ha asumido para entonces principios económicos cristianos como, por ejemplo, el salario de inversión, fórmula destinada a interesar al trabajador en la empresa que consiste en el desdoblamiento de este concepto en uno «funcional», de consumo, y otro de «inversión» en la propia empresa. Sus discípulos, personal de confianza de la Dirección, responsables de cientos de obreros en los talleres, no han variado, pese a haber sido aupados a estos puestos de responsabilidad, su simpatía por sus aspiraciones reformistas. Siguen oponiéndose públicamente a las decisiones de su directiva cuando van en perjuicio de los trabajadores, hasta el punto de que las huelgas obreras obtienen, cuando son justas, su respaldo. Son queridos por los obreros y, pese a todo, tam-

---

[3] AJMA, C10: «Irradiación parroquial», borrador de charla fechado en Mondragón, 20 abril 1953; *La Gaceta del Norte,* 8 de mayo 1956; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», p. 57; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 91-94.

bién por los directivos, pues no dejan de ser el producto de su padrinazgo educativo a través de la Escuela de Aprendices. El 23 de febrero todo el personal participa en las votaciones para la elección de titulares del Jurado de Empresa, institución que había sido recuperada ese año de la legislación republicana como cauce de colaboración entre «los diversos sectores o actividades que intervienen en la creación de riqueza», según afirmaba un decreto de agosto de 1947. Como resultado de las elecciones la credencial del Sindicato Vertical del Metal es entregada a José María Ormaechea y Alfonso Gorroñogoitia en representación de los técnicos. En los dos años siguientes aumentan las tensiones entre una directiva paternalista y unos jurados de empresa exigentes, que solicitan polémicas mejoras en las condiciones de trabajo, seguridad e higiene.

Pero la propuesta que acaba por señalar la insalvable fractura entre la empresa tradicional y la que desean estos empleados es el proyecto que éstos plantean, inducidos por José María, para la distribución entre el personal trabajador de parte de una ampliación de capital prevista por la Unión Cerrajera. Aprovechando la celebración de la Junta General de Accionistas que debe aprobar dicha ampliación, Ormaechea y Gorroñogoitia proponen, por medio del Jurado de Empresa, que un 20% de ese capital puedan suscribirlo los trabajadores como accionariado obrero. Su propio mentor, enmascarado bajo la firma de varios obreros, redacta una carta de exposición dirigida al Consejo de Administración en la que expone su pretensión de que se abra una vía de participación del trabajo en la empresa. Camilo Basterrechea rechaza la propuesta argumentando que la ley de sociedades anónimas declara como inalienables los derechos prioritarios de los accionistas para optar a la suscripción de una ampliación del capital. Queda definitivamente sellada la imposibilidad de lograr la reforma desde dentro.

«La experiencia cooperativa se encaminó a la búsqueda de un nuevo tipo de empresa y la han protagonizado quienes personalmente se sintieron decepcionados por esperas y promesas de reformas de la empresa.» Son palabras de José María en 1970. Ya no se trata de dar pautas de conducta acerca de cuál debe ser el modelo de empresa social, como han hecho los profesores de la Escuela Social, intelectuales como Herrera Oria o economistas inquietos como José Luis Serrano, sino de ponerla en práctica y aprovechar el amparo, siquiera nominal, de la legislación del régimen. Decide embarcarse en el mundo de la empresa igual que antes lo ha hecho en el de la educación, el deporte, la vivienda o la asistencia sanitaria. La idea ha ido apareciendo en sus escritos desde mediados de 1945 para hacerse insistente desde 1950. La ha consultado, cuenta Antonio Oyarzabal, con Ignacio Chacón y Camilo Basterrechea que, acompañados de José Luis

Iñarra, asisten atónitos al proyecto de «sociedad total» que pretende fundar en Mondragón mediante la capitalización del salario, el trabajo y la gestión.

Con la colaboración de varios de sus discípulos funda entre marzo y abril de 1954 un embrión de sociedad en el seno de la Escuela Profesional, denominado ASTEC (Asesoramientos Técnicos) que alcanza a proyectar una grúa puente para una empresa de Vitoria. Resulta un primer intento de utilizar de forma práctica el saber técnico y la inquietud social acumulados por sacerdote y «técnicos». La empresa prepara también un estudio de viabilidad de una fundición de hierro maleable. Su fin sería fundir y galvanizar unas caperuzas destinadas a soportar las redes de conducción eléctrica que transportan energía a alta tensión y que deben soportar grandes presiones, por su peso y por la fuerza del viento, así como variaciones sensibles de temperatura. El estudio cuenta con los capítulos técnicos y económicos necesarios y es enviado a José María Barcaiztegi, Secretario de la Caja de Ahorros Provincial, a fin de sondear una posible financiación de dicha institución, que completara la ya solicitada al Ministerio de Trabajo. Mientras, José María redacta el reglamento provisional de la sociedad, en que enumera sus socios y fines.[4]

«Los promotores del ensayo cooperativista de Mondragón actuaron en una fase como elementos de puente entre los trabajadores y la Dirección de las empresas, siguiendo los dictados de sus conciencias con la confianza de poder llegar a una integración de los que no pueden y deben considerarse como algo accidental en su constitución, como son sin duda los técnicos y los trabajadores. De esta forma obtuvieron experiencia y vivencia personal de los problemas de una empresa como unidad productiva y como ente social. Esta fase que se inicia con la formación profesional de base, allá por los años 1944-45, se prolonga hasta 1954, en que se evidencia la rigidez e intransigencia de la Dirección de las empresas para transformarse en comunidades de trabajo con condiciones mínimas para granjearse una confianza y una colaboración satisfactorias de su factor humano. La alternativa que se ofrecía a toda una legión de jóvenes animados con el mejor espíritu de colaboración, resueltos a promover un nuevo estilo de convivencia social al fracasar en ese empeño, era la de agudizar la postura exclusivamente reivindicativa de los trabajadores con dudoso respaldo de instituciones sindicales, que a su vez apenas se hacían acreedoras a la

---

[4] AJMA, C104: «Reglamento provisional de la sociedad ASTEC», «Estatutos de la sociedad Asesoramientos Técnicos ASTEC» (borradores); Ormaechea: *El movimiento cooperativo de Mondragón,* pp. 19-21; «Una solución a tiempo para cada problema», pp. 16-17; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 89-91; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 40-42; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 173-175; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 123-124; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 398-400 y 407-408; Moradiellos: *La España de Franco,* pp. 120-121.

confianza de la gran masa de trabajadores, con probabilidades de tener que quemar muchas energías en actitud negativa, al menos a corto plazo, o lanzarse con todos los riesgos que entrañaba ello a la promoción de otro tipo de empresa, cuya configuración jurídica en un primer momento no aparecía del todo claro.» Este texto muestra la perspectiva que José María guardó, diez años después, de estos hechos. Como siempre, él se encuentra impersonalizado en todo el relato, invisible.[5]

Si el coadjutor mondragonés cree en el «hombre», como cuenta uno de esos discípulos a los que se refiere en este relato, aún cree más en «sus hombres», en este puñado de jóvenes de entre 28 y 32 años, deseosos de ser algo más que meros empleados de una empresa que se hunde en la inercia del dulce letargo impuesto por la autarquía, confiados en la búsqueda de un nuevo modelo más cristiano, comprometido con el desarrollo social y con la integración igualitaria del capital y del trabajo. Ese puñado de jóvenes representan el factor que diferencia de forma trascendental su obra de la del resto de sus compañeros, amigos y colegas del Seminario de Vitoria. Cuando Anitua le había aconsejado, en 1943: «No inventes lo que nosotros hemos andado ya; cuenta con ello y tú sigue adelante», ya llevaba dos años anticipado a ese consejo, formando apostólicamente al puñado de jovencitos seleccionados por la Cerrajera como futuros oficiales y maestros de taller. El resultado final lo comenta, henchido de ilusión, en una carta de este tiempo en la que da cuenta de la fundación de ASTEC: «se trata de un grupo de jóvenes que (...) [son] muy buenos cristianos, y hasta le diré que verdaderos apóstoles». Pero no son apóstoles por azar. Su valía humana, sus dotes naturales, su conocimientos han sido educados, alimentados y orientados por él. Así, ha logrado crear la elite apostólica que Pío XI había reclamado en la *Quadragessimo Anno,* que había planificado Joaquín Azpiazu en sus ensayos y había soñado Rufino Aldabalde en sus pláticas. Una élite de «técnicos» seglares que él mismo ha perfilado en sus charlas de los años pasados.

Son trece años de predicamento y práctica social los que finalmente han derivado en la experiencia empresarial que ahora comienza a vislumbrar. Trece años de palabra y esfuerzo por la capacitación integral de los trabajadores bajo el manto de la Iglesia. Trece años de definición de un pensamiento multiforme, sustentado más en la acción que en la reflexión, alimentado por la doctrina social de la Iglesia, el socialismo de Marx y Engels, la socialdemocracia posterior a la Segunda Guerra Mundial, el personalismo francés y la teología humanista. Un pensamiento sustentado en la idea de que el desarrollo de la

---

[5] Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 408-409.

persona sólo puede culminar en una acción cooperante y comunitaria. Pero un pensamiento que no tiene sentido si se despoja de su espiritualidad. Porque es sólo el continente de una inquietud evangélica nutrida de teología encarnacionista. «Es necesario proclamar la doctrina social de la Iglesia, pero no basta. El mundo obrero no creerá en ella si no la ve encarnada en la realidad de las obras sociales», comentaba en un documento.

Esta teología, sustentada en el principio de que «la Palabra encarnada es la que nos ha redimido», fue el verdadero principio motor de su pensamiento y de las empresas sociales que éste generó, destinadas a transformar la sociedad por medio de la cooperación. Cooperación entre clases, entre instituciones, entre generaciones, entre sector público y privado, entre sacerdotes y seglares, entre nacionalistas vascos y españoles, entre izquierdas y derechas, entre patronos y obreros, entre hombres y mujeres... La apuesta empresarial destinada a la definitiva cristianización solidaria del mundo del trabajo es el resultado de la ofrenda de su vida en 1936 a Cristo Sacerdote y Víctima en el marco de la espiritualidad de Vitoria. El que fue su iniciador en ella, Joaquín Goicoecheaundía, afirmó muchos años después, valorando la trayectoria biográfica de su discípulo: «su dedicación a la obra social nunca se vio privada de la perspectiva sobrenatural de la gloria de Dios precisamente en la elevación, anhelada siempre por Dios, de la persona humana y de su contorno social». No le cabía duda acerca de la vinculación que en su antiguo discípulo hubo entre la empresa cooperativa y la identidad sacerdotal que asumió, opinión en la que participa también Jesús Garay.[6]

En una carta ya citada en que destacaba la valía de sus jóvenes discípulos y las trabas que encontraban a sus inquietudes sociales en el interior de la Cerrajera, comentaba que todo ello contrastaba con las ofertas que estaban recibiendo de empresas pujantes, pero alejadas de su localidad natal. Corrían el peligro de marchar a mejores destinos profesionales, de convertirse en profesionales normales, sumisos al sistema capitalista, animados sólo por razones individualistas. «Por mi parte siempre me ha dado pena que dejaran Mondragón, donde yo mismo mis mejores afanes les he dedicado a ellos e incluso me da pena que tengan que dejar la Unión Cerrajera (...), pero por otra parte veo que tarde o temprano y dada la actitud rígida que mantiene con ellos la Dirección (...) no va a haber otra solución que pensar en algún otro

---

[6] AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta», pp. 2, 4; «Homilía en la misa del homenaje de sus condiscípulos sacerdotes al benemérito D. José María Arizmendiarrieta en Loyola. 10-10-89», p. 3; Garay: *El sentido de Iglesia en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 90-92; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 173-174, 190-192 y 389-390; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* p. 52; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 2 y 3, pp. 13 y 16.

destino. Antes que se produzca una dispersión desordenada me pareció era conveniente proponerles e incluso exhortarles a que hicieran un plan común. (...) Mi participación ha consistido más que nada en mantenerles unidos y en tensión espiritual. (...) Es cosa de pensar que para bien de cada uno de ellos y en provecho de un pueblo al que también se deben, hagan algo en común y sigan manteniéndose mutuamente en todos los órdenes.»

Confiesa que le resultaba difícil guiar en la creación de una nueva empresa a un grupo de jóvenes acostumbrados a producir, pero no a gestionar ni vender. Pero el asesoramiento que en esta carta solicita a José María Barcaiztegui no llega, y mucho menos la financiación de la entidad en que trabaja. ASTEC es finalmente abandonado por los discípulos que aspiran a aventurarse por las lides empresariales: Luis Usatorre, Jesús Larrañaga, Alfonso Gorroñogoitia, Javier Ortubay y José María Ormaechea. En palabras de este último: «No existe una fecha exacta que identifique la efemérides (...) [ni] existe una circunstancia específica capaz de concretar la fecha en la que, del equipo más cercano a Arizmendiarrieta, se seleccionaron los cinco que íbamos a implantar la primera empresa. Aunque era evidente que en aquella época nada de algún relieve se hacía sin su concurso, lo cierto es que hubo un momento en el que se decidió que fuésemos cinco –que luego de comenzar se reducirían a cuatro– los que nos autoelegimos bajo la aprobación implícita de Arizmendiarrieta, que en sus reiterados mensajes subliminales orientó la toma de decisiones, la opción de los primeros promotores y el tiempo en el que, supuestamente, tanto la *Experiencia* [cooperativa] como nosotros se hallaban en sazón para emprender un tema tan apasionante como arriesgado y desconocido. Habíamos visto la empresa desde el mullido asiento de una oficina de talleres, sin conexión alguna con la vida financiera, comercial, internacional o, simplemente, social, y nos enfrentábamos con compromisos ya reales y sin escapatoria a la responsabilidad».

Compromisos que no resultan fáciles de cumplir. La economía española de la época sufre una grave carencia de materias primas, sus tasas de desempleo son tan bajas como los niveles de salarios. La concesión de permisos para constituir empresas está férreamente controlada por el Estado. Ormaechea y Gorroñogoitia deciden gestionar con el Ministerio de Industria la concesión de un permiso para crear una sociedad de fabricación de aparatos de uso doméstico y, eventualmente, otra de fundición. Marchan en compañía de dos intermediarios con el fin de tantear en varios funcionarios de ese Ministerio la obtención de dicha autorización. La gestión resulta infructuosa y sólo sirve para perder la pequeña solvencia económica que los jóvenes poseían. El paso más rápido resulta ya claro que es adquirir una licencia de indus-

tria, transformarla y trasladarla, pues el camino para obtener una nueva autorización se muestra inviable.[7]

Gestiones en Madrid

Alfonso Gorroñogoitia describe el esquema básico de inicio de la nueva empresa, que se repetiría luego en todas las demás que fueron sucediéndose: «Primero, lanzamiento de la idea [y] definición de las claves esenciales de su puesta en marcha [por José María; luego] encargarnos de su ejecución, y después, apoyarnos, aconsejarnos, estimularnos y ayudarnos a superar los titubeos o contratiempos iniciales». Los «apóstoles» no comprenden lo que inspira la mente emprendedora de su maestro, no alcanzan a vislumbrar sus fines, pero sí sus principios cristianos, solidarios, reformistas, y se aplican a responder a ellos lo mejor que pueden. Están a punto de dejar la empresa a la que han consagrado su vida desde la niñez y la decisión no es fácil. «En aquellos momentos producía enormes temores abandonar la Unión Cerrajera», confiesa Ormaechea. Mantenerse en ella garantiza mucho más que el salario. La Cerrajera es una inmensa-comunidad humana sostenida por lazos de patronazgo, fraternidad y dependencia. Abandonarla supone quedar automáticamente fuera de todo. Fuera del ámbito laboral en el que se han formado, que es mucho más que la jornada de trabajo y el salario, es un espacio afectivo, tupido de rostros, amistades, compadreos y afectos. Abandonarla en las condiciones de vaguedad en que se encuentra el proyecto empresarial en 1955 supone dar un salto en el vacío, descender a ciegas sin vislumbrar el rellano de la escalera.

Y para dar ese paso hace falta confiar por entero en un líder que es, sobre todo, un efectivo director espiritual muy bien formado en el conocimiento de la psicología humana. Es de su extraordinaria capacidad para ver las potencialidades de cada uno de sus discípulos, para colocarlos en las tareas más adecuadas a ellas, para transmitirles el consejo preciso y el optimismo necesario, de donde nace la nueva empresa. Esta capacidad de dirección espiritual le es reconocida, precisamente en estos momentos, dentro del Movimiento Espiritual a que pertenece. Este año se ha implicado activamente en la nueva Escuela de Directores Espirituales creada en 1952 en el Seminario vitoriano por José María Bueno Monreal, el nuevo Obispo de la diócesis alavesa. Daba forma a un proyecto largamente acariciado por Aldabalde: una casa de formación para los sacerdotes dedicados a la Obra de Ejercicios Espirituales Parroquiales. La Escuela reúne a lo más granado de

---

[7] AJMA, C86: Carta a José María Barcaiztegui, 29 abril 1954; Ormaechea: *El movimiento cooperativo de Mondragón,* pp. 20-21; «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 91-94; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* p. 41; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 123-124; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 17.

la espiritualidad vitoriana. Tiene a Joaquín Goicoecheaundía de director y a profesores de la talla de Venancio Iceta, Julián Cantera o Felipe Ugalde, a los que se suman condiscípulos de José María aventajados en estas tareas (Ángel Morta, Ángel Suquía, Antonio Oyarzabal) y miembros destacados de la siguiente generación, como Carlos Abaitua. El coadjutor mondragonés participa como responsable de los «Ejercicios a patronos y obreros» que se imparten en su curso 1954-55, entre el 17 de abril y el 31 de mayo de 1955.[8]

Eran muchos los frentes que pretendía cubrir a la vez, y sus viajes a Madrid en este tiempo son buen ejemplo de ello. Joaquín Goicoecheaundía se lo encontraba en las calles de Vitoria cuando iba a coger el tren camino de la capital. En la breve charla que mantenían le aconsejaba que residiera una temporada en Madrid. La respuesta del coadjutor siempre era la misma: «Es que tengo los sábados mi confesionario y mi predicación los domingos. Ya sabe usted que yo soy coadjutor de Mondragón y vivo de mi nómina de coadjutor». Su antiguo director espiritual vislumbraba en esta autenticidad sacerdotal, en esta identidad entre ministerio y acción social que expresaba con sencillez aldeana, la huella profunda de la espiritualidad que él y Aldabalde habían sedimentado en tantos sacerdotes diocesanos. Sus viajes, como todas la gestiones vinculadas a su obra social, no eran una escapatoria de sus obligaciones sacerdotales, sino una expresión de éstas. Esa conjunción «sencilla y fantástica», en testimonio de Carlos Abaitua, del empresario y el cura de pueblo, esa continuidad entre la empresa y la parroquia quedaba patente en estos viajes austeros que luego resumía a su regreso, contabilizando hasta la última peseta gastada en ellos.

Su ritmo de vida en ellos era frenético. Tras finalizar sus labores en la Escuela de Directores Espirituales, marcha a Madrid desde Vitoria el 20 de junio con un billete de tren de tercera. Cuando llega a la capital celebra misa y se asea en la pensión en que ha tomado habitación. Recoge ese mismo día en el Instituto Nacional de la Vivienda la documentación de las escrituras de las 106 viviendas protegidas de la Asociación Mondragonesa. Consigue que una mecanógrafa del Ministerio se comprometa a redactar los documentos destinados a formalizar sus escrituras y, tras visitar el Colegio Notarial, pasa por la Delegación Nacional de Sindicatos, donde solicita una entrevista con el responsable. Se dirige luego al Ministerio de Educación Nacional. Allí

---

[8] Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», p. 92; «La Escuela de Directores de Ejercicios», *Surge,* nº 104,1953, pp. 241-242; «Escuela de Directores de Ejercicios de la Diócesis de Vitoria», *Surge,* nº 108, 1953, pp. 457-458; «Plan de Estudios en la Escuela de Directores de Ejercicios», *Surge,* nº 109,1953, pp. 496-502; Oyarzabal: *La obra diocesana de los ejercicios espirituales parroquiales,* pp. 108-115; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp: 398-399; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 46 y 57; Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p. 8.

uno de los responsables de la sección de Enseñanza Profesional le comunica que la subvención que la Escuela va a percibir será la mitad que la del año anterior. Irritado, recuerda las promesas que el Ministro le hizo en la inauguración de la nueva Escuela en 1952 y solicita audiencia con él para que trate de rectificar la decisión. En el Ministerio de Trabajo recaba apoyos para tal solicitud y obtiene una confidencia: el lugar donde abordarle en persona al día siguiente. No desea conceder dilación alguna a una cuestión tan grave, que pone en peligro la planificación del próximo curso de la Escuela. Conoce los entresijos del sistema administrativo, especialmente en sus altas esferas, sabe que gana más con el contacto personal que con cartas y solicitudes.

Regresa a las tres menos cuarto del mediodía a la pensión y dedica la tarde a redactar la ponencia que debe presentar al día siguiente en una asamblea de asesores religiosos de sindicatos y profesores de religión de los centros de formación profesional: «¿Por qué los jóvenes prefieren una oficina al trabajo en un torno? Sin duda porque el primero resulta más ventajoso económica y socialmente y se remunera sin que en el establecimiento de su remuneración se hayan tenido en cuenta nada más que (...) una reserva de privilegios. Eliminemos dichos privilegios y consideremos los méritos personales, pero no tengamos necesidad de limitar la formación cultural de nuestros jóvenes (...). [El] plan de formación cultural de las escuelas de aprendices debe asimilarse al que normalmente se exige en los planes de bachillerato. (...) Nos hacemos cargo de las objeciones que al llegar a este punto saldrán de muchas personas. ¿Para qué necesitan los obreros ciertas asignaturas que se imponen en los planes de bachillerato? Es verdad que para nada, si se mira desde el punto de vista exclusivamente utilitario. Pero si las consideramos desde el punto de vista social diremos que para que por principio no tengan necesidad de constituirse en una clase o sector inferior (...) El joven que hoy se sumerge en el mundo del trabajo sin un ideario social claro y positivo, es un náufrago de su vida religiosa, o un cobarde y traidor al movimiento obrero. (...) Hay que destacar la proyección del cristianismo en [su] formación religiosa y moral». Sabe que su intervención va a ser polémica, por eso avanza sus respuestas a los discrepantes. Y así sigue, afanado en la redacción de la ponencia, hasta que a las 21,30 horas cena, reza y se retira a descansar.[9]

---

[9] AJMA, C32: «Nota del viaje a Madrid 19 junio-25 junio 1955», sin firma; «La formación cultural y social de los aprendices», Ponencia presentada en la Asamblea conjunta de Asesores religiosos de sindicatos y de profesores de religión de los centros de formación profesional, Madrid, 21 junio 1955; AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «¿Qué sabe usted de D. José María Arizmendiarrieta?», pp. 2-3; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 26-27; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 10, p. 34; Uranga: «Sobre D. José María Arizmendiarrieta en Mondragón», p. 1. Ampliado con JMAFO13 y JMAFO16.

Llega el 21 de junio. Asiste a la apertura matinal de la asamblea en la Delegación Nacional de Sindicatos. Allí comenta la nueva Ley de Formación Profesional del Gobierno con varios trabajadores de la Delegación que convienen en redactar unas enmiendas basadas en las objeciones que él les expone, orientadas a frenar el centralismo intervencionista del proyecto de Ley. Abandona la asamblea a media tarde para preparar su ponencia y la entrevista sorpresa con el Ministro. «Para las ocho menos cuarto me planto en Xiquena, a la espera del Ministro. (...) Me comunican que el Ministro ha avisado que de venir a la reunión vendrá muy tarde debido a un compromiso. No obstante, me quedo a la espera y, en efecto, a las nueve menos unos minutos, entra en el *hall* y me presento y le saludo exponiéndole mi deseo de entrevistarme para tratar del asunto de la subvención de la Escuela. Llevo por si acaso una carta escrita para él y por cierto un poco fuerte diciendo que vamos a cerrar la Escuela el próximo curso si esto no se resuelve y [se] la entrego. Me dice que al día siguiente hablaremos en el Ministerio, donde conviene que antes hable con el Sr. Director General de Enseñanza Laboral. En eso quedamos y a cenar».

Pasa otro día más. Es 22 de junio. Vuelve al Instituto Nacional de la Vivienda para recoger las escrituras que ha redactado una secretaria y pasa por el Colegio Notarial. Acude al Ministerio de Educación Nacional y celebra la entrevista con el Director General, con el que comenta no sólo el problema de la Escuela Profesional sino la próxima Ley de Formación Profesional. «Se ve que el Sr. Valcárcel es muy estatista y que para él los centros no oficiales apenas cuentan.» Pese a ello su Subsecretario acuerda recoger sus ideas y transmitírselas al Secretario de la Ponencia oficial del Ministerio para que sean incluidas en la Ley. Incluso le pide un artículo sobre el tema. Así pasa el tiempo hasta que consigue celebrar la ansiada entrevista con el Ministro. Negocia, insiste, convence. Entra en el despacho con 100.000 pesetas de subvención, 50.000 menos que el año anterior. Sale de él con el compromiso de una subvención de 175.000 «o acaso un poco más». Ha logrado no sólo impedir su reducción sino casi duplicarla. En el Colegio de Notarios le comunican el nombre del notario designado para dar el visto bueno a las escrituras, se dirige a su oficina pero ya ha cerrado, pues es la hora del almuerzo. Esa tarde da su ponencia que, como imaginaba, genera gran discusión. Aprovecha la asamblea para redactar las notas respecto a la nueva Ley de la FP que el Ministro le ha solicitado para el Director General. Se las entrega personalmente esa misma tarde a las siete y media, cuando están a punto de cerrar las oficinas. Antes de marchar a descansar aún tiene tiempo de visitar el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pasa otro día. El 23 de junio se celebra la sesión de clausura de la asamblea. Aprovecha la ocasión para protestar ante el Delegado Na-

cional de Sindicatos por su falta de apoyo a la Escuela Profesional. Celebra después varias reuniones en las que trata la cuestión de la vivienda. Visita el Instituto Social León XIII, donde charla sobre la Escuela Social de Vitoria. Al día siguiente se entrevista con el Director General delInstituto de la Vivienda, desea que le firme por fin las escrituras, pero debe cerciorarse de que todos los papeles estén en regla y se le vuelve a pasar la hora. Sale apresuradamente para llegar a tiempo a la Dirección General de Radiodifusión y hablar con uno de sus responsables, pues está interesado en lograr una autorización de apertura de una radio «de tipo parroquial o religioso y cultural en ondas de frecuencia modulada». Se trata de proveer a la Escuela de un nuevo órgano de comunicación con el pueblo. La mañana del siguiente día celebra varias entrevistas en el Ministerio de Trabajo y en el de Justicia; la última con Ricardo Oreja. A la tarde visita la Junta Técnica de Acción Católica. Finaliza el día en el cine, en compañía de un paisano conocido con quien se ha encontrado fortuitamente en la calle.

El día 25 firma las escrituras en el despacho del Director General del Instituto de la Vivienda a las diez y media de la mañana. «Con esto doy por terminadas mis gestiones en Madrid. Billete y regreso a Bilbao en avión para estar en Mondragón a las 20,30 horas.» Vuelve en avión porque debe cumplir los deberes de la parroquia. Bajo el brazo trae las escrituras de las 106 viviendas y una generosa subvención para el nuevo curso de la Escuela. Unos meses después el Director General de Enseñanza Laboral le designará como vocal de la Junta Provincial de Formación Profesional Industrial en representación de centros no oficiales y oficialmente reconocidos. Antes de que finalice el año estará de nuevo en Madrid, invitado por la VI Reunión Nacional de Asesores de Apostolado Sacerdotal de Aprendices. Su estancia no diferirá en actividad diaria. Como todas las que realiza en estos años. Y, mientras tanto, el proyecto de nueva empresa sigue adelante.[10]

Cooperativismo y cambio social

Todo el pueblo mondragonés sabe del proyecto que abriga su coadjutor de montar una nueva empresa. «Los planes eran conocidos en la comarca, no en vano era necesario incorporar socios y sus aportaciones económicas para sumar la base financiera inicial», dice uno de sus discípulos. En agosto de 1953 dos de ellos, Larrañaga y Ormaechea, habían pasado una semana de vacaciones en Burgos, pasearon por

---

[10] AJMA, C32: «Nota del viaje a Madrid, 19 junio-25 junio 1955», sin firma; C33: Carta de Carlos M.ª RodríguezValcárcel, Madrid, 22 febrero 1956; C10: Carta de [ilegible], Madrid, 1 febrero 1955; C6: «La formación cultural y social cristiana del aprendiz», Ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Asesores de Apostolado Sacerdotal de Aprendices, Madrid, Julio 1955.

muchos de los lugares que su mentor había recorrido en un lejano 1939, mientras soñaba con la redención cristiana del proletariado. Han transcurrido diecisiete años y esa redención está ahora más cercana que nunca. Todo está dispuesto. La decisión está tomada, las personas comprometidas, el modelo de sociedad definido en sus bases humanistas, a medio camino entre la sociedad anónima y la cooperativa. Pero la autorización para crear esa empresa no se consigue. En septiembre, un vecino, Leandro Azcoaga, futuro cooperativista, conocedor del proyecto, recorta del periódico el anuncio del traspaso en Vitoria de un negocio regentado por Máximo Beltrán de Otalora, que cuenta con doce trabajadores en nómina y autorización para construir «aparatos de uso doméstico». Otalora, originario de Aretxabaleta, tiene en su taller lo imprescindible para construir unos humildes hornillos de petróleo para cocina que llevan su nombre.

Los cinco socios compran la empresa por 400.000 pesetas el 20 de octubre de 1955. Ese día nace la nueva empresa cristiana que inicia la *experiencia cooperativa de Mondragón*. Está financiada José Ruiz Torre y Juan Azcoaga, amigos de José María, futuros socios cooperativistas, que son los que avalan el préstamo del Banco Guipuzcoano que permitió la compra. La nueva sociedad es bautizada como Talleres Ulgor, acróstico formado por las iniciales de los apellidos de los cinco socios fundadores: Usatorre, Larrañaga, Gorroñogoitia, Ortubay y Ormaechea. Es inscrita ante notario a nombre de Usatorre y crea una marca comercial que se denomina *Tagor* (Talleres Ulgor), que pasará años después a convertirse en *Fagor*. Luis Usatorre se desplaza a Vitoria para hacerse cargo del taller en compañía de Jesús Bengoa y José Cruz Echebarría, alumnos de la Escuela convencidos por José María para participar en la aventura.

Larrañaga y Ormaechea se incorporan a la nueva empresa a comienzos de 1956. En septiembre de ese año lo hará Gorroñogoitia para ocuparse de su planta de Electrónica. La decisión estaba tomada desde la fracasada negociación sobre la ampliación de capital de la Cerrajera. Ormaechea, uno de los que marchan, resume el pulso terminal que dicho debate representó entre directiva y técnicos rebeldes: «o hacen ustedes socios de la empresa a los obreros, en una distribución equitativa de acciones, o nos veremos obligados a crear nuestras propias empresas de las que todos los trabajadores sean socios». Pasados dos años, la advertencia se ha hecho realidad. Chacón y Basterrechea comprenden las razones de sus empleados para marchar. Otros directivos son menos sensibles: «Cría cuervos y te sacarán los ojos, he ahí a nuestros futuros adversarios», comenta proféticamente Ricardo Azcoaga a Chacón, reflejando el malestar creado en parte de la dirección por esta «fuga de cerebros». En un solo año Ulgor se convierte en una empresa rentable que entra con entusiasmo y solvencia financiera en el negocio

del electrodoméstico. Mientras mejoran el hornillo tradicional de la fábrica de Máximo de Otalora, inician la construcción de un pabellón de hormigón en Mondragón en un terreno comprado a Usatorre, cuyo replanteamiento José María bendice el 14 de abril de 1956. Será el primer edificio que exhibirá en su fachada la enseña *Talleres Ulgor*.

Por entonces han comenzado ya a fabricar un producto complementario, una estufa de petróleo copiada al milímetro de un modelo inglés desconocido en España. En verano, tras arduas gestiones con una empresa alemana en las que intervienen Gorroñogoitia y Ormaechea y que apadrina José María, Ulgor logra una licencia de fabricación de placas de selenio de patente alemana. Los socios ponen en marcha un plan que consiste en promover negocios vinculados a sus diferentes profesiones (los electrodomésticos en el caso de Usatorre y Larrañaga, fundición en el de Ormaechea, electrotecnia en el de Gorroñogoitia). En otoño de 1956 se ha normalizado la venta de la nueva estufa de petróleo *Tagor* (que rápidamente se convertirá en *Fagor),* al igual que la fabricación de accesorios para un automóvil muy popular en aquellos años, la furgoneta DKV. Han tenido que superar numerosos tropiezos, entre ellos un grave accidente laboral que ocasiona el fallecimiento de un trabajador. En agosto de 1956, aprovechando las vacaciones, los cinco materializan el traslado definitivo de todo el equipo desde Vitoria al taller semiconstruido de Mondragón, cuya segunda planta ya está habilitada para ubicar la fabricación de las placas de selenio y para albergar las oficinas técnica, administrativa y comercial de la empresa. El 12 de noviembre se inaugura oficialmente el taller con una comida de hermandad de todos los socios de la cooperativa precedida del rezo de un Padrenuestro. La empresa, en opinión de su ideólogo, está ya donde debe, en la comunidad de la que ha nacido y a la que debe servir: Mondragón.[11]

En julio de 1955 las viviendas de la Asociación Mondragonesa del Hogar ya habían sido finalizadas y el nuevo barrio de Makatzena (denominado, por entonces, Santa María) comenzó a ser habitado. José María promovió entre sus vecinos la creación de una cooperativa de consumo, que fue denominada Cooperativa San José en una asamblea de socios celebrada en el cine Gurea el 22 de noviembre. Se trataba de crear una alternativa comunitaria a los exclusivos y excluyentes Economatos de Empresa como el de la Cerrajera. El coadjutor lo organizó

---

[11] Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 94-96; *La experiencia cooperativa de Mondragón,* pp. 22-23; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 44, 55-60; *Didáctica de una experiencia empresarial,* pp. 72-73; *Hitos históricos fundacionales del grupo Fagor,* documento inédito, pp. 1-6; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta y la experiencia cooperativa de Mondragón,* pp. 125-134; *Interioridades de una utopía,* pp. 100, 153-162; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* p. 92. Los cinco fundadores de Ulgor pronto se convirtieron en cuatro, pues Javier Ortubay abandonó la cooperativa a los seis meses para fundar otra empresa, Kemen, en Vitoria, a la que dedicó el resto de su vida.

todo: participó en el listado de socios fundadores, recabó la documentación necesaria para formalizar los estatutos, buscó referencias teóricas acerca del cooperativismo para familiarizar a los socios con este modelo de empresa, se ocupó de las gestiones para adquirir un local en el pueblo que sirviese de tienda y redactó los estatutos de la sociedad, que fueron aprobados el 23 de noviembre de 1955. La empresa quedó inscrita en el registro de cooperativas el 18 de febrero de 1956 y fue constituida definitivamente, según establecía la legislación, el 25 de marzo de 1956. En ese acto fue nombrada la Junta Rectora, a la que se vinculó como Consiliario. La cooperativa abrió un primer despacho en el barrio Makatzena y preparó la apertura de un segundo en un espacioso inmueble céntrico adquirido a un conocido aristócrata local que residía en Madrid. En ese local se iba a instalar el almacén y las oficinas centrales. Para financiar su compra el coadjutor negoció créditos sin interés con varias empresas a cambio de que éstas aprovechasen la cooperativa como economato propio, requisito legal que se les exigía.

Pero el inmueble adquirido contaba con inquilinos que se resistieron a abandonarlo pese a las facilidades que se les ofrecieron para instalarse en otros de nueva construcción. Ello generó una polémica con el coadjutor que se prolongó durante el año 1957 y que finalizó con el derribo definitivo de la vivienda. La polémica carece de interés en sus circunstancias, pero sí lo tiene, y mucho, como reflejo de algo que vale la pena subrayar, algo que ya habían comprobado aquellos inocentes seminaristas euskaltzales que pretendieron competir con *Aurrera Beti,* los jesuitas de Loiola o los vecinos que habían protestado por la construcción del Cine Gurea: su carácter inflexible. Cuando creía en una idea nada podía apartarle del objetivo. Pese a verse inmerso en una incómoda polémica con los inquilinos e incluso con sacerdotes familiares de éstos, se mantuvo firme en sus posiciones. Era incapaz de conceder la razón si no creía que ello fuera justo. Le rondaba esa soberbia que había calificado como su pasión dominante en sus ejercicios espirituales de Begoña de 1953. En una de las cartas que cruzó durante esta polémica, tras apelar al diálogo, finalizaba: «No he actuado nunca por intereses personales ni me achanto por males simplemente personales. Me cuesta pero por ahora con la gracia de Dios procuro mantenerme en esa línea». El lunes 7 de abril de 1958, se abrió al público el despacho central de la Cooperativa San José en la casa nº 31 de la calle Resusta.[12]

---

12 [12] AJMA, C62: «Santa Marina. Julio 1955»; «La cooperativa», hoja volante de presentación, 10 de noviembre de 1955; Carta al Marqués del Fresno, 26-11-1955; «Relación de socios de la Cooperativa San José», Mondragón, 27 noviembre 1955; *Estatutos de la Cooperativa San José de Mondragón,* folleto, 18 febrero 1956; Carta a José Plazaola, 8-11-1957; Carta a José María Bengoa, 9-11-1957; «Observaciones sobre la adquisición de la casa nº 31 de la Calle Rezusta por la Cooperativa de San José y

No es el único episodio de conflicto en que puede comprobarse tal carácter. Corría el año 1956 cuando dedicó varios sermones dominicales a una incendiaria pastoral que Antonio Pildain había publicado en noviembre de 1954, que llevaba por título «El sistema sindical vigente en España, ¿está o no acorde con la doctrina social de la Iglesia?» y cuyo folleto conservó en su biblioteca particular. Pildain criticaba en ella unas manifestaciones de un sociólogo jesuita que, en el Instituto Social León XIII, había pronunciado grandes loas al sindicalismo vertical del régimen. Pildain afirmaba que la función de todo sindicato había de ser «representar y defender los intereses legítimos de los trabajadores en los contratos de trabajo», algo que el franquista no cumplía, por lo que ni era católico ni sindicato. José María se inspiró en sus argumentos, acudió a otras fuentes como el Código de Malinas, y pronunció varios sermones en las iglesias de San Juan Bautista y San Francisco en los que reivindicó el derecho de los obreros a la huelga y a otras formas de protesta que eran calificadas como subversivas por el férreo marco represivo dictatorial.

Son sermones que pertenecen a un tiempo en que sólo escribía ya breves ideas y sentencias en fichas. Su oratoria seguía siendo escasamente fluida, pero había adquirido la suficiente confianza en sí mismo como para poder hilar unas notas y apuntes manuscritos de forma coherente. Desafortunadamente, estos sermones coincidieron con una jornada de huelga general iniciada en Gipuzkoa el 12 de abril, que en Mondragón alcanzó su punto culminante el 14 de abril, el mismo día que había bendecido el replanteo del primer pabellón de Talleres Ulgor. El Gobernador Civil y el Presidente de la Diputación recibieron protestas de importantes industriales que vincularon las movilizaciones de Mondragón a la supuesta labor agitadora del coadjutor. El Gobernador Civil le comunicó su posible destierro del pueblo. El Jurado de Empresa de la Cerrajera, en el que participaban sus discípulos, barajó algún tipo de movilización popular en su defensa que no fue necesaria, pues la mediación del Obispo Jaime Font frenó el mecanismo de represión.

En una carta que cursó al Gobernador Civil dos semanas después de los incidentes lamentaba que éste hubiera dado crédito a sus denunciantes, lo cual le era aún más doloroso por cuanto mediaba una bue-

---

sus relaciones con los inquilinos ocupantes de la misma», Noviembre 1957; Carta de José M.ª Bengoa, 16-11-1957; Carta a José María Bengoa, 18-11-1957; Carta a José María del Moral, 18-11-1957; Carta a José María Plazaola, 18-11-1957; «Junta general extraordinaria de socios de la cooperativa San José. 15 diciembre 1957», C58: «Documentos que necesariamente han de presentarse para llevar a cabo la constitución de una cooperativa»; «Cooperación por el Sr. Gascón. Estudios de iniciación cooperativa»; C68: «Gestiones en Madrid, 19-25 febrero 1956»; Borrador del acta de constitución de la Cooperativa San José, Mondragón, 25 marzo 1956; «Cooperativa San José de Mondragón», Comunicado; Borrador de carta de solicitud de crédito a empresas, 25 marzo 1957; ampliado con JMAFO12.

na amistad entre ambos. «La afirmación reiterada de V.E. de que era responsable de la situación me afectó doblemente cuando me añadió que precisamente en Mondragón se me señalaba "unánimemente" como tal.» En realidad, esa unanimidad, según le comunicaba un vecino por carta, no era más que la opinión de una exigua pero poderosa minoría de empresarios de Roneo e Industrial Mondragonesa, curiosamente las empresas en las que más había destacado su actividad de defensa de los derechos de los trabajadores en los años pasados. José María le contestaba: «en mi balanza íntima pesan más los hombres de buena voluntad que los mezquinos y, además, a la larga nadie tiene nada que hacer andando por caminos que no sean de verdad y bien». Su sentimiento era de templanza y perdón. No hurgaba en la herida ni guardaba rencor. Su espiritualidad proclamaba la victimación pero no el victimismo. Por ello no había regodeo en la pena y ésta quedaba recluida en la intimidad: «En esta carrera vertiginosa que es la vida lo más temerario es quedarse mirando atrás. ¿No le parece que la única fórmula de convivencia es que todos avancemos dejando a un lado lo pasado, para que Dios lo juzgue, y mirando por el porvenir, que es lo que a unos y a otros debe interesarnos? Por mi parte no hay nunca la más mínima resistencia para desprenderme de lo que ha quedado atrás cuando se encuentran hombres dispuestos y decididos a laborar por un mañana mejor».[13]

«Sé que tiene usted mucha entereza y que no es preciso que le animemos a continuar en la gran labor que en Mondragón está realizando. Gran labor en todos los sentidos, a pesar de la opinión de ésos, a Dios gracias bien pocos, a quienes algún aspecto de ella tanto duele», le comenta el citado vecino. Su obra tiene detractores, los mismos que han suscitado este encontronazo con la autoridad. Y es que el grupo empresarial mondragonés era cada vez más crítico con su coadjutor, especialmente desde el momento en que, montando una empresa con varios obreros, había puesto en cuestión todo su modelo de organización sociolaboral. Su creciente éxito cuestionaba una cultura empresarial alimentada de liberalismo económico, autoritarismo, social-catolicismo, corporativismo y proteccionismo. Las combinaciones de tales componentes variaban en unos u otros, pero todos participaban en una mentalidad social profundamente clasista que se manifestaba

---

[13] AJMA, C86: Carta a Tomás Garicano Goñi, 4-5-1956; Carta de Juan José Murua, Mondragón, 11-5-1956; Carta a Juan José Murua, 14-5-1956; Antonio de Pildain: *Carta Pastoral. El sistema sindical vigente en España ¿está, o no, concorde con la doctrina social de la Iglesia?,* Imprenta del Obispado, sin lugar, 1954: pp. 9-10; Arexolaleiba: *D. José María Arizmendiarrieta eta euskera,* p. 126 (en donde se citan multitud de datos erróneos sobre el incidente); Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 656; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 105; Ormaechea: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* pp. 5-6; Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p. 4; Enaola e Iturraran: *El clero vasco en la clandestinidad,* pp. 179-180; ampliado con JMAFO16.

especialmente en el Casino de Mondragón, edificio que actuaba como caja de resonancia de las diatribas contra «el cura» que se reproducían en muchas de las casas acomodadas. Y «el cura» lo sabía. Por un lado, por las consecuencias de dicho malestar, como eran las denuncias y advertencias de las autoridades. Pero también por la información que ciertas amistades que frecuentaban esos ambientes le transmitían. Por ello sabía de las críticas contra el «cura que no sabe ni hablar castellano» y su modelo empresarial, indicador de la decadencia de una forma de hacer negocios que iba llegando a su fin. Y la reacción del «cura» a esos comportamientos era de compasión por «la tragedia de los atiborrados de dinero que carecían de proyectos, de ideas para luchar y vivir».[14]

«Yo respetaré lo que me ordene el Ordinario de la Diócesis.» Tal había sido su contestación ante la amenaza de traslado que, en 1956, le había transmitido el Gobernador Civil. Cuando el Obispo, a cambio de evitar ese destierro, le pidió silencio, tal compromiso cumplió, como señalaba a Garicano Goñi: «muy a pesar mío he tenido que estar estos días en el pueblo imponiéndome una norma de discreción que he llevado a rajatabla». Y así pasó seis meses, hasta que la pena le fue retirada. Sus sermones y documentos de trabajo, sus charlas a jóvenes y ponencias insistían una y otra vez en la necesidad de sometimiento a los dictados de la Iglesia. Al haber prescindido del sacerdocio político, la resolución de cualquier problema pasaba por el principio de obediencia ciega al superior, tan caro a la espiritualidad que había adoptado en el Seminario. Esta fidelidad no garantizaba, sin embargo, una buena colaboración con compañeros de ministerio o seminaristas.

En 1956 acaba de cumplir cuarenta y un años de edad, y dieciséis de ministerio. No encuentra ni en compañeros de cabildo ni en seminaristas un talante que le satisfaga. La comunidad eclesial mondragonesa es lo opuesto al modelo de organización social que persigue. Cada cura opta por un camino distinto de acción parroquial, que es parcelado y guardado celosamente. Su figura es tan distante para sus compañeros que queda reducida a una especie de anécdota apartada al tercer piso de la casa cural. Encuentra en sus discípulos, en su familia, en el matrimonio Ruiz Torre-Azcoaga, en Eulogi, lo que no consigue encontrar en sus compañeros de ministerio. Fue ésta otra de las vías singulares que concedió a las enseñanzas de Aldabalde cuando les

---

[14] AJMA, C86: Carta de Juan José Murua, Mondragón, 11-5-1956; Larrañaga: *D. José María Arizmendi-arrieta,* pp. 90-91; *Interioridades de una utopía,* pp. 52-54; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio 11, p. 36; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* p. 21. Hay mucha disparidad de fechas respecto a este incidente entre José María y el Gobernador Civil. El contraste de los testimonios orales con los documentales, especialmente el proporcionado por JMAFO16, permite establecer que el incidente tuvo lugar en 1956.

insistía en que se alejaran de un sacerdocio acomodaticio indefectiblemente débil ante el embate de la soledad.

La obra empresarial que emprende en estos años es el resultado de este progresivo acopio de recursos afectivos, de la capacidad que ha adquirido para ordenar emociones, inquietudes e intereses y repartir esfuerzos en pos de un ideal social transformador. Su templanza en episodios como el de la huelga de este año, su capacidad para medir la fuerza del adversario, su huida de la rígida confrontación de ideas y su búsqueda del acuerdo y la conciliación remiten al magisterio de Barandiaran, Goicoecheaundía y, especialmente, el aludido Aldabalde. Una de las sentencias del primero que más guardaba en su corazón era la que decía que el hombre no maduraba hasta los cuarenta años. Y así lo reconocía él al llegar a esta edad. La nueva empresa cristiana que había puesto en marcha era el fruto más ostentoso de esa madurez concebida por el eximio erudito humanista que, este mismo año de 1956, acababa de presentar en Surge una visión retrospectiva de su obra educativa en el Seminario, aquella que alentó la génesis de dos formidables generaciones de sacerdotes: la espiritual del primer grupo de amistad y la social de los discípulos de éste, a la que pertenecía el fundador del cooperativismo de Mondragón.[15]

EL DESPEGUE DE LA EXPERIENCIA COOPERATIVA

El inabarcable reto de la educación profesional

«Se ha extraviado una vaca que probablemente se ha dirigido hacia la vaguada de Zubillaga por Erregebide». Durante cuatro horas diarias, por cualquier radio del Valle de Léniz pueden sintonizarse peculiares avisos de pérdidas de este tipo, mezclados con el último éxito del Festival de San Remo, boletines de noticias locales, anuncios variados, información de espectáculos y funciones religiosas, retransmisiones del partido de Juventud Deportiva, actas de reuniones académicas de la Escuela Profesional, concursos culturales... A comienzos de 1957 la radio local de Mondragón ha comenzado a emitir gracias a una pequeña emisora montada en la Escuela, amparándose en su pretendido ca-

[15] *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* p. 21; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 4, pp. 18-19; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp 27 y 78-80; «El hombre», p, 15; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 105; José Miguel de Barandiaran: «Ayer y hoy. Hierographia victoriensis o el estudio de la situación religiosa de la diócesis vascongada en el Seminario de Vitoria», *Surge,* año XVI, 1956, pp. 173-179.

rácter parroquial. La emisora funcionó en la alegalidad hasta 1964 y constituyó un efectivo «complemento de la labor educativa y cultural de este centro», según su impulsor, *D. José María*. No era para menos, pues proporcionó un contacto fluido entre la Escuela y la comarca de la que provenía la inmensa mayoría de su alumnado. En ella aparecían los boletines especiales que comunicaban las notas de los estudiantes. Cada vecino de Mondragón sabía las calificaciones de cada muchacho, la comunidad era testigo de los esfuerzos de sus futuros trabajadores que, de esa manera, le rendían cuentas.[16]

«El mejor recurso del espíritu humano es la fe en la Providencia divina y la voluntad de santificarse con lo que se encuentra al alcance de uno. Después de catorce años de lucha en el seno de esta institución social, hay momentos en que cada día veo más alejado el término o la meta de las propias aspiraciones: me refiero a las aspiraciones impuestas por el afán de madurar una institución social cara a las crecientes necesidades de toda índole.» Son palabras suyas referidas a la Escuela y escritas en 1957, año muy importante para «la niña de sus ojos». La Formación Profesional pasa, por fin, del Ministerio de Trabajo al de Educación y Ciencia. El artífice del cambio es Guillermo Reyna, Director General de Enseñanzas Profesionales. La falta de ordenamiento legal había convertido esta enseñanza en un ámbito no reglado, dominado por el voluntarismo más que por la profesionalidad. Cada centro se había organizado a su manera, con el profesorado que podía y se había denominado de diferentes formas: escuelas de Artes y Oficios, Elementales de Trabajo, de Aprendices... La nueva Ley se introduce en la Escuela en el curso 1957-1958, con nuevas disposiciones: tres años de estudios para la Oficialía Industrial y dos más para completar la Maestría en Mecánica y Electricidad. La influencia del pensamiento del coadjutor en su elaboración se refleja en muchos de sus contenidos, pero especialmente en la convalidación de los estudios técnicos con el bachillerato, destinada a prestigiar esta educación y arrebatar a aquél méritos respecto de ella. La convalidación permitía, además, la salida de los jóvenes a carreras universitarias de ciclo medio, como Peritaje industrial o Aparejador.

Pero los retos a que se enfrentaba esta rama educativa seguían siendo abundantes, en especial desde una óptica socialcristiana. «Personalmente tengo la experiencia de lo difícil que resulta disponer de personal con vocación para la enseñanza laboral. (...) En este tipo de centros de formación profesional industrial estamos condenados a tener personal de tránsito si no aprovechamos y cultivamos bien las vocaciones que se descubran. Hasta hace poco aquí hemos resuelto el

---

[16] AJMA, C33: Carta a José María Mohedano, 9-1-1957; Carta de José María Mohedano, Madrid, 16-1-1957; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* p. 44.

problema trayendo profesores de donde fuera y hace tiempo que estamos empeñados en tener o preparar elementos afincados en esta comarca.» Son comentarios suyos en una carta en la que aboga por una mejora de la formación del profesorado de estas enseñanzas, especialmente en el área religiosa: «La formación propiamente religiosa ha de ser algo inseparable de la ético-social y la presencia y actuación de los encargados de la primera ha de ir aparejada o ligada a la formación de la conciencia social (...). Este modo de enfocar la actuación de los profesores de formación religiosa es inaplazable y sustancial para una eficacia de nuestro apostolado».

Sus manifestaciones tienen una cierta carga de severidad que explica al final de su misiva: «en mi experiencia de reuniones tengo la impresión de que lo accesorio fácilmente absorbe más tiempo que lo sustancial si es que no se impone lo contrario y la formulación religiosa sin concreción ni se toma con interés o se disipa fácilmente en el barullo de los problemas reales. Dispénseme este desahogo, tal vez indiscreto». Desahogo poco común en sus cartas que denota cierto agotamiento ante la enormidad de la tarea social que va acumulando. La puesta en marcha de la Cooperativa San José corre paralela al despegue de Ulgor, al cambio legislativo que obliga a reformar el plan de estudios de la Escuela Profesional, a la cada vez más vasta obra educativa que ésta ampara y que incluye una sección femenina, a las actividades de la Acción Católica, a las horas de confesonario, los sermones, las vigilias de la Adoración Nocturna, los cursos prematrimoniales... Hay días en que redacta tres, cuatro, cinco cartas, cada una solicitando o contestando a cuestiones diferentes. Y siempre todo desde un tono pausado. Incluso el intercambio de cartas que cursa en este año de 1957 con los inquilinos afectados por la central de la Cooperativa San José transmite esa sensación de serenidad. Raras veces desfallece y, cuando lo hace, nadie está para verlo. La debilidad es, aún, invisible en su rostro y en su cuerpo.[17]

Unos meses después, ya en 1958, Guillermo Reyna visita Mondragón. Le sorprende el trato afable que los alumnos tienen con él: «me produjo francamente mala impresión el hecho de observar que los alumnos de ese centro no se levantaron, ni saludaron, ni ofrecieron la menor muestra de deferencia o respeto hacia Vd. (que es de hecho su Director) cuando pasamos por la sala donde varios de dichos alumnos estaban sentados y otros estaban cambiándose de calzado o de ropa». Lo interpreta como un caso de mala educación del que le hace respon-

---

[17] AJMA, C10: Carta a la Rvdma. M. Socorro de Jesús Rodríguez, 26-4-1957; C33: Cartas a José María Mohedano, 9-1-1957 y 18-1-1957; Carta de Guillermo Reyna, Madrid, 15-1-1957; C86: Carta de José María Mohedano, 16-1-1957; C34: «El problema del profesorado y de la cuota para la Formación Profesional Industrial en Guipúzcoa», Mondragón, 26-2-1958; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 41-42.

sable. Él le pide disculpas por el hecho, aunque no por el trato que había recibido: «hay una disculpa y es que Uds. iban conmigo y yo no consiento que me traten como Director y me hallo a cualquier hora del día y en cualquier lugar de la Escuela como uno de entre tantos, en sus juegos, broncas, conversaciones, etc. Ha sido un procedimiento que me ha dado muy buenos resultados bajo diversos aspectos de mi acción en la Escuela: cierto que a los chicos les faltó discernimiento y atención con otros que eran Uds. y pueda ser en efecto que yo, en mi gestión no haya acentuado lo suficiente o no haya prestado la debida atención a ciertos aspectos de lo que también exige la educación».

José María es mucho más que el director de una Escuela en la que nunca ha figurado ni figurará como tal, es el alma de un entramado educativo que acabará proporcionando cientos de futuros trabajadores a la nueva empresa que han puesto en marcha sus discípulos. Su labor diaria se funda en un ejercicio de renuncia al homenaje, a la sumisión, a la deferencia, al agradecimiento, al discreto encanto del poder. Y lo que se aplica a sí mismo lo aplica a los demás. Reconviene a las religiosas que han comenzado a trabajar en la Escuela a que renuncien a cualquier trato con los alumnos que implique superioridad. No existen tratamientos de «don» o de «doña», el «usted» es suficiente, incluso excesivo. La Escuela Profesional, buque insignia de la sociedad sin clases que persigue, es el espacio perfecto de aplicación de la igualdad social y es oportunidad propicia para ejercer un apostolado edificado sobre la renuncia al personalismo. Las autoridades de un régimen sustentado en el clasismo, la jerarquía y el autoritarismo no lo pueden entender, pese a que la filosofía religiosa desde la que hacen descansar su poder es la misma que la del coadjutor.[18]

«Mondragón crece rápidamente y debe procurar que su desarrollo sea paralelo en lo material y lo espiritual». Tal es el propósito que ordena sus acciones, tanto de la iniciativa industrial que comienza a asentarse en la localidad tras su breve inicio vitoriano como de la experiencia de la Cooperativa San José, que tiene mucho de promoción laboral femenina por cuanto buena parte de su personal lo componen mujeres. Y es que en el círculo de bienestar social que trata de cerrar sigue dedicando una atención especial a la promoción femenina. 400 obreras solteras demandan su atención y para ello ha dispuesto la ampliación de su sección de enseñanzas en la Escuela con más espacio y maquinaria. Para su cuidado y el de determinados servicios ha gestionado la instalación de una comunidad de Mercedarias de la Caridad. Las monjas se hacen cargo de la limpieza, de la cocina y comedor, de la capilla, del cuidado de los enfermos y de la educación de las jóvenes.

---

[18] AJMA, C34: Carta de Guillermo Reyna, 20-3-1958; Carta a Guillermo Reyna, 12-4-1958; ampliado con JMAFO17.

En la hoja volante *Equis* ha publicado para entonces una nueva carta con identidad falsa. Esta vez no es un enfermo tuberculoso ni una mocita pidiendo caridad. Es un viajero que ha sido testigo de una amena discusión en el tren. Dos señoras y un señor conversan sobre los hijos, su educación, su futuro laboral. Tras describir la anécdota, cuenta: «Para mis adentros pensaba y pensaba... que las niñas hasta los catorce años debieran aprender cultura y cultura, que después de los catorce podían hacer un par de cursos intensivos de labores, economía doméstica, cocina, corte y confección de prendas de uso corriente... en resumidas cuentas algo que sería "un bachillerato breve femenino" para que a los diez y seis o diez y siete pudieran colocarse y ganar dinero, ahorrar para preparar su nido, y aliviar la suerte de los pobres padres». Tal es su plan educativo femenino, que resume en varios principios: vinculación flexible de la mujer con el hogar, papel fundamental de la cultura en su educación, recurso inteligente que debe hacer a la «mecanización» de las tareas domésticas para cuidar esas parcelas educativas. Buena parte de la producción industrial de Ulgor va a tener, precisamente, ese fin: la fabricación de electrodomésticos, de instrumentos emancipatorios de la mujer. La mecanización no supone un enemigo en ninguna de las dos células sociales por cuya orientación cristiana vela: la familia y la fábrica. Es un instrumento vinculante de ambas que ayuda a su regeneración.[19]

Ulgor y Arrasate

El 16 de noviembre de 1957 el Gobernador Civil le comunicó que el Ministerio de Trabajo había aprobado la constitución jurídica de la cooperativa industrial Talleres Arrasate, cuyos estatutos había preparado en colaboración con dos abogados madrileños: Carlos Perlado y José María Riaza. Este último era el responsable de la Unión Nacional de Cooperativas Industriales y debía examinar todos los expedientes de este tipo de cooperativas. Conocía y colaboraba con el coadjutor desde hacía un año en la definición jurídica de los estatutos de Ulgor, lo que había ido generando entre ambos una simpatía mutua personal e ideológica. El objeto de la nueva empresa cooperativa, según establecía el artículo 2.º de sus estatutos, era «la fabricación y venta de máquinas herramientas, troquelaje y herramental». El hecho de que contara con personalidad jurídica año y medio antes que su predecesora, Ulgor, se explica por el diferente sentido que ambas tenían en el proyecto empre-

---

19 AJMA, C22: *Equis,* nº 29, 1956; C10: Carta a Jaime Font, 23-1-1957; «Escuela Profesional de Mondragón. Memoria del Curso 1956-57»; Carta a *Madame La Reverende Mère* Françoise Regis, 13-1-1957; Carta a Rvdma. M. Socorro de Jesús Rodríguez, 26-4-1957; AJMO, Carta de Juan Leibar a José María Ormaechea, 30-10-2003, p. 3; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 44-45; ampliado con JMAFO17.

sarial de José María, cuyo centro de reflexión intelectual y provisión humana era la Escuela Profesional. La función rectora de Talleres Arrasate no era tan ambiciosa como la que reservaba a Ulgor, de tal manera que no tuvo inconveniente en que su reglamentación quedase limitada a los estatutos de una cooperativa industrial de corte clásico siempre que ello le permitiese alcanzar una rápida personalidad jurídica.

Talleres Arrasate nació como un intento por reflotar una empresa en quiebra, Talleres Aranzabal, que propuso a varios alumnos con inquietudes empresariales, a los que unió varios técnicos formados en la Escuela Profesional y en la de Peritos de Zaragoza. Así lo comunicaba al Gobernador Civil en octubre: «Queremos suplicarle que interceda para que el expediente de aprobación de los estatutos de TALLERES ARRASATE COOPERATIVA INDUSTRIAL (...) se tramite con rapidez al objeto de formalizar mediante la correspondiente escritura pública el contrato privado de adquisición de inmueble y maquinaria por los promotores de dicha entidad, que a estas fechas están ya trabajando. Interesa llevar a cabo esta escritura pública para evitar cualquier contratiempo, ya que la adquisición ha sido muy buena y los cooperativistas están deseosos de volcar toda su capacidad en la nueva actividad industrial. Como sabe son en su mayoría exalumnos de esta Escuela que se han preparado seriamente».

Uno de los lemas que con más insistencia comenzaba a repetir era que «para crear cooperativas hay que formar cooperativistas». Como hombre de acción, entendía que la mejor forma de hacer camino era echarse a andar, según señalaba insistentemente recurriendo a la conocida poesía de Antonio Machado. Así, reservado el esfuerzo por ser una auténtica sociedad total a Ulgor, el cometido de Talleres Arrasate era fomentar la práctica cooperativista entre los jóvenes de la Escuela, acentuando la función de ésta como ese vivero de obreros-empresarios cristianos que llevaba más de una década anhelando. Arrasate fue, así, un campo de experimentación para la generación más joven de cooperativistas que le permitió enjuiciar la capacidad de la Escuela como suministradora de cuadros técnicos para la nueva empresa. A tanto llegaba su papel inductor en la puesta en marcha de la nueva sociedad que no había dudado en inventar el acta de reunión de los quince socios necesarios, según la ley, para formar la sociedad, que fechó el 14 de junio de 1957, algo que reproduciría nuevamente dos años después con Caja Laboral.

Su carta a los cooperativistas del 21 de noviembre dejaba bien claro el marco reformador en que situaba esta iniciativa empresarial: «Les decimos que es una auténtica cooperativa esta sociedad. Es decir, que existe una igualdad de participaciones a los efectos de representación y participación en la entidad y todos deben prestar colaboración personal. Hemos tenido y tenemos ofertas halagadoras en plan de participa-

ción capitalista, pero hemos prescindido de todo, puesto que no queremos que se desvirtúe ni un ápice la naturaleza de esta entidad. Además, tampoco permite la ley de cooperación, a cuyo respaldo y con cuyas ventajas fiscales contamos. En este momento está en estudio la modificación de dicha ley que es un poco antigua y tal vez abra un poco de margen a la posibilidad de conjugar colaboraciones de capital con las prestaciones de trabajo. Pero como les decimos nuestra decisión unánime y firme es no admitir ninguna colaboración de capital que no tenga en perspectiva la colaboración personal de los interesados». A estas alturas él mismo es ya un involuntario referente al que acuden muchos de los que, a lo largo y ancho de la península, deciden optar por esta modalidad empresarial. Por ello guía a decenas de trabajadores en la constitución de cooperativas en Lasarte o Estepona.[20]

En la Navidad de 1956 Eusebio Erkiaga había escrito una obra de teatro titulada *Pake Eguna*. En ella un humilde e inteligente cura de pueblo, «D. Joxe Martin», ante la situación de explotación y desencanto que viven los trabajadores de su localidad, decide montar una cooperativa y desligarse de la trama empresarial tradicional que atenaza sus aspiraciones sociales. Evidentemente, ese *D. Joxe Martin* de sotana y alzacuellos es su amigo José María. Erkiaga, en contacto epistolar con él, igual que Augustin Zubikarai, conocía los comienzos de su nueva aventura empresarial, con los que simpatizaba y a los que dotó de ficción teatral, igual que luego, muchos años después, los convertiría en material para un hermoso poemario biográfico: *Gizonaren Aldia*.

La forma casi instantánea en que *D. Joxe Martin* expone su idea y la pone en marcha en la obra de teatro de Erkiaga, no resulta muy diferente de como su querido amigo va actuando en estos años de fundación de cooperativas. Si bien no llega al cooperativismo como empresario ni como teórico del mismo, tampoco lo hace como un lego en la materia. Durante toda su vida ha tenido esta modalidad de empresa delante de los ojos, como parte del vasto abanico de recursos propuesto por la doctrina social católica. Sus dossieres juveniles elaborados con recortes del *Euzkadi* están repletos de artículos y noticias, los más antiguos datados en 1933, sobre experiencias cooperativas cristianas en Bélgica, Francia, Dinamarca y el País Vasco. Siguió con minuciosi-

---

[20] AJMA, C61: Carta de José María Riaza, Madrid, 12-6-1957; Borrador de carta de constitución de Arrasate Cooperativa Industrial destinada al Ministerio de Trabajo, 14 junio 1957; Acta de Constitución de la Arrasate Cooperativa Industrial y relación nominal de socios, Mondragón, 14 junio 1957; Carta de Carlos Perlado, Madrid, 9 octubre 1957; Carta a José María del Moral, 20-10-1957; Carta de José María del Moral, 16-11-1957; Carta a los cooperativistas de Talleres Arrasate, S.A., 21-11-1957; Estatutos Sociales de Talleres Arrasate, S.A.; C64: Carta a Jesús Azcarate, 27-11-1958; Carta a la Comisión de Trabajadores de Hilaturas de Oria, S.A.; *Estatutos Sociales de la Hermandad de Trabajadores de Oria,* Oria, enero 1959; *Estatutos de Trabajadores Textiles de Lasarte;* «Puntos que nos interesa nos aclare D. José María Arizmendi», 20 diciembre 1958; C87: Carta de Manuel Sánchez Ariza, Estepona, 24-9-1959; Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 109-117; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonio nº 23, pp. 75-78.

dad documentalista la información sobre el movimiento cooperativo local e internacional que publicaba este diario en su sección de «Labor social» y las reflexiones al respecto de los ideólogos abertzales. Los documentos que conservó, muchos de ellos con subrayados casi imperceptibles por el paso del tiempo, llegan a la cincuentena y deben ponerse en relación con sus escritos de esos años de seminarista acerca de la reforma social, la dignidad del trabajo manual y su capacidad liberadora. Posteriormente, en octubre de 1944 y diciembre de 1945 reflexionó en dos documentos sobre el potencial del cooperativismo en la reforma empresarial cristiana. Más tarde, en 1950 recordaba en una intervención pública la experiencia de la cooperativa socialista eibarresa Alfa y confesaba estar muy interesado por las noticias periodísticas sobre las experiencias de cogestión empresarial en Alemania.

Así pues, cuando en 1955 debe plasmar en hechos sus ideales de reforma empresarial, la modalidad cooperativa le resulta cercana y a ella se dedica «con el entusiasmo del neófito», comenta José Luis del Arco: «El P. Arizmendi –sin proponérselo–, por su formación y su espiritualidad, iba a caer inexorablemente en la filosofía y prácticas del cooperativismo, tan pronto las conoció». Esto explica la ausencia de referencias teóricas suyas abundantes sobre esta modalidad empresarial en su producción intelectual entre 1941 y 1954. Es entre 1954 y 1958, al tener que dotar de contenido práctico la nueva empresa de sus discípulos, cuando acabó por definir ese modelo como el que más se ajustaba a su ideario cristiano. Sin embargo, no hay referencias explícitas suyas al cooperativismo como sistema empresarial hasta 1959. Y es que el modelo ortodoxo, el definido por la Ley de 1942 y su reglamento de 1943, no le interesaba.

José María contemplaba la Ley de Cooperativas vigente entonces como una normativa reguladora coactiva cuyo articulado maniataba la autonomía de la empresa y su gestión obrera mediante una rígida reglamentación saturada de coerción falangista: «Art. 26. El nombramiento de la Junta Rectora corresponde a la Junta General de las distintas cooperativas, pudiendo interponer contra los nombrados su «veto» el Delegado Sindical Provincial. La Junta Rectora responderá ante el Estado y la Obra Sindical de Cooperación de la dirección que imprima a la cooperativa. Art. 27. El Consejo de vigilancia será nombrado por la Obra Sindical de Cooperación del grado superior, y se compondrá de tres socios de la misma cooperativa, cuya misión consistirá en fiscalizar las operaciones sociales». Esta legislación enquistaba las cooperativas en una superestructura estatal, la Obra Sindical de Cooperación, que sometía a la iniciativa cooperativa a una tutela absoluta por parte del sindicalismo corporativista oficial. Este intervencionismo totalitario no tenía nada que ver con su ideal de empresa industrial transgresora. No le interesaba, además, la definición con-

ceptual de ésta, su carácter de cooperativa o de sociedad anónima, sino su contenido, el que asegurase que fuese una empresa destinada a fines económico-sociales. Como esa dualidad sólo tenía cabida en el cooperativismo, eso fue lo que le llevó finalmente a encajar su ideal de empresa en este modelo.[21]

Así, desde el otoño de 1956, una vez hecho el traslado de la empresa a Mondragón, emprende la búsqueda de una fórmula jurídica que ampare a Ulgor como modelo de empresa cristiana fundada en principios de solidaridad, libertad, democracia, cogestión, etc. Procede a un exhaustivo análisis de la legislación cooperativa y el derecho de asociaciones y reclama información sobre empresas españolas innovadoras en el campo del «establecimiento de un Programa Social Cristiano». Recupera folletos como *La sociedad total,* de José Luis Serrano y obtiene otros como *La cogestión en la empresa,* elaborado por Acción Social Patronal, documento que le ofrece información de primera mano sobre el concepto de cogestión, su lugar en la doctrina de la Iglesia y la experiencia que esta fórmula empresarial alienta en EE.UU., Francia, Bélgica o Alemania. Mientras, asume la ardua tarea de redactar borradores de estatutos que entrega a varios profesionales que se ofrecen a ayudarle en la misión de buscar la definición jurídica de su empresa.

De octubre de 1956 a febrero de 1958, encamina la búsqueda, vista la letra restrictiva de la Ley de Cooperativas, a la legislación de sociedades anónimas. En unos «Estatutos de Ulgor S.A.», que redacta en agosto de 1956, establece que los trabajadores han de ser socios capitalistas y, a continuación, configura las partes del Consejo de Administración en tres tercios: uno en representación de los socios capitalistas, otro formado por los trabajadores y un tercero, elegido por ambas partes, como comité de arbitraje. Esta fórmula, influida por el aludido ensayo de Serrano sobre la *sociedad total,* desactiva el principio en que descansa toda sociedad anónima: la distribución del poder en función del capital. Son unos estatutos que desvirtúan la normativa reguladora de estas sociedades, tal y como le advierte el notario de Mondragón: «Cuando pensaba crear esa singular sociedad anónima, yo le decía:

---

[21] AJMA, C87: Carta de Augustin Zubikarai, Ondárroa, 1-1-1959; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 204-208, 398-400 y 601-612; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 52-55; AJMA, Carpeta Transfer I, dossier de artículos del diario *Euzkadi,* 1933-1936; Ormaechea: *Hitos históricos fundacionales de grupo Fagor,* documento inédito, 2004, p. 8; Eusebio Erkiaga: *Pake Eguna. Ekitaldi bakarreko Antzerkia.* 1956, documento mecanografiado, p. 22 (agradezco a Andrés Urrutia la amable cesión de este original, que forma parte de las obras completas de Erkiaga que ha editado); «Articulado de la Ley de Cooperación. 2 de enero de 1942», en *Reglamento de cooperación y su Ley,* Obra Sindical Cooperación, Madrid, 1972, pp. 63 y ss., artículos citados en p. 69; Mikel Lezamiz: *Relato breve del cooperativismo,* sin fecha, Otalora, Aretxabaleta, pp. 24-40; Leyre Arrieta, Miren Barandiaran, Alazne Mujika y José Antonio Rodríguez Ranz: *El movimiento cooperativo en Euskadi (1884-1936),* Fundación Sabino Arana, Bilbao, 1998, pp. 49-105 y 257-267; Carlos Romero: «De la Ley de Cooperativas de 1942 al Reglamento de Sociedades Cooperativas de 1978: un análisis crítico», *Agricultura y Sociedad,* nº 18,1981, pp. 34-35 y 37-38.

¿Dónde va a encontrar el dinero en una sociedad en la que el que pone el capital no tiene los derechos sociales que le corresponden porque tiene que transferirlos a los trabajadores? Pero me dijo: El dinero no es problema; ya lo tengo». Y, en efecto, lo tenía. Ulgor factura medio millón de pesetas mensuales, y sus perspectivas de crecimiento aumentan sin parar, según informa en las cartas que redacta en estos meses.

Para tratar de salvar la situación, acude a Javier Martín-Artajo, su gran asesor en la Asociación Mondragonesa, a quien expone el planteamiento cooperativo que sus discípulos han emprendido como ensayo de sociedad total y le pide ayuda para rastrear una fórmula que permita conjugar esos presupuestos socialcristianos con la normativa del derecho de asociaciones. Encuentra en él una gran simpatía. En febrero de 1957 Martín-Artajo publica un artículo en *Ya,* «La empresa y "mi" empresa», en el que aboga, precisamente, por romper «la impenetrable membrana que ha separado el capital del trabajo». En este tiempo José María sigue sin sentir interés por la vía reguladora cooperativa. En una carta fechada de octubre de 1956 y dirigida a José María Barcáiztegui, comenta a este Secretario General de la Caja de Ahorros Provincial que ha preparado unos primeros estatutos que resultan de difícil adaptación a la Ley de Sociedades Anónimas, «que es una ley de inspiración exclusivamente capitalista (...) a los promotores les hubiera agradado la fórmula cooperativa, pero debido a las limitaciones que esta fórmula impone en cuanto a capital no se puede utilizar». Hasta tal punto está convencido de tal imposibilidad que, cuando en mayo de 1957, por mediación del Gobernador Civil, consigue comunicación directa con el Ministro de Trabajo, Fermín Sanz Orrio, y éste le sugiere que abandone la búsqueda en el campo de las sociedades anónimas y se concentre en la vía cooperativa, se resiste a ello y prefiere esperar que Martín-Artajo o algún otro le ayuden a dar con ese cauce legal.

En octubre de 1957, en carta dirigida a Fernando Guerrero, Secretario Técnico de Acción Social Patronal y profesor del Instituto de Estudios Sociales León XIII, comenta que sigue sin poder registrar los estatutos de Ulgor, «debido a que hay unas pocas cláusulas que no son conjugables con la Ley de Sociedades Anónimas, en cuya concepción la empresa no existe como comunidad de capital y trabajo sino simplemente como compañía mercantil». Y ello pese a que la empresa va viento en popa, con 45 trabajadores y con planes para superar el centenar en seis meses. Como confiesa a Ángel Herrera Oria a mediados de noviembre de 1957, pese al ensayo de cooperativa industrial practicado con Talleres Arrasate, «la fórmula cooperativa es demasiado restringida y la ley de cooperación vigente constituye un molde inadecuado para la flexibilidad y dinamismo que hace falta en cierto tipo de empresas. De todas formas vamos ensayando ambas fórmulas de Coo-

perativa, para ciertos casos, y de Sociedad Anónima, para que no sea simple compañía mercantil. Ya sabemos que tropezamos de momento con un derecho constituido, pero siempre vamos a estar igual si no se piensa en algo nuevo».

Unos días después insiste a Martín-Artajo: «Estamos todos esperando que encuentre Ud. la fórmula jurídica que sin restar vigor y sin concesiones a nada propiamente circunstancial, sirva para que este buen grupo de Ulgor se mantenga en la vanguardia social. Cada día considero de más importancia el que haya quienes se sacrifiquen todo lo que sea necesario para dar testimonio de una solidaridad y fidelidad en este campo de los negocios y actividades industriales. (...) Le encomiendo para que Dios le inspire una cosa que merezca la pena y que sirva de modelo para que otros más adelante la imiten». El 26 de febrero de 1958 Martín-Artajo despeja sus dudas: «Desde luego, creo que la forma jurídica que debe dársele a esta Empresa es la de COOPERATIVA, pues la Sociedad Anónima le resultaría inadecuada». La cooperativa es el único modelo de sociedad, en la España de la época, capaz de amparar la primacía del trabajo en el gobierno de la empresa. Por ello, de hacer prevalente ese factor, es la única salida posible. No hay vuelta de hoja. Martín-Artajo le pone en contacto con Francisco Jiménez Torres, Jefe Nacional de la Obra Sindical de Cooperación, para que comience las gestiones pertinentes.

«Con la denominación de "Talleres Ulgor" se constituye una Cooperativa Industrial al amparo de la vigente Ley de Cooperación. Se regirá por los presentes estatutos y las disposiciones vigentes sobre cooperativas.» Éste es el artículo primero de los estatutos definitivos de Talleres Ulgor, redactados por José María en octubre de 1958. Su contenido era más abierto que el de las cooperativas industriales de la época. Abolía los límites de las aportaciones de capital social e incorporaba el concepto de «capital comanditario», que legitimaba la presencia de aportaciones de socios no trabajadores, así como la triple concepción de capital ya señalada (capitalización de las acciones, del trabajo y de la gestión empresarial), que convertía la empresa en una sociedad total, a la que dotaba de un Comité de Gerencia, un Consejo Técnico y un Consejo Social. Se trataba de unos estatutos muy innovadores, que dotaban al gobierno de la empresa del dinamismo propio de las sociedades anónimas mientras, a la par, velaban por que su soberanía efectiva quedara en manos de los trabajadores. El Reglamento de Régimen Interior, que había redactado el pasado mayo, los completaba abordando los principios éticos en que descansaba la empresa: la «dignidad del trabajo», «la solidaridad», «la autoridad»... Su concepción salarial recogía los estudios realizados sobre esta cuestión por la sociología cristiana de la época, especialmente por teóricos de la Acción Católica. Ambos reglamentos fueron supervisados

por José María Riaza, que volvió a prestarle un valiosísimo asesoramiento técnico.

El 2 de noviembre de 1958 se celebró la reunión inicial de constitución de Talleres Ulgor como cooperativa industrial. Comenzó así su periodo de tramitación, que consiguió agilizar gracias a la mediación del nuevo Gobernador Civil de Guipúzcoa, José María del Moral, que tenía buena amistad con el Ministro de Trabajo, Fermín Sanz Orrio. Dicha ayuda la logró merced a la sintonía de Del Moral con su proyecto empresarial. «Uno de estos días deben estar en la Delegación Provincial de Sindicatos, Obra de Cooperación, los estatutos de Talleres Ulgor, que se constituye como cooperativa industrial y que se han redactado tras detenido estudio y diversas consultas con gran ilusión de que dichos Talleres sean una cooperativa de producción modelo. En estas fechas están trabajando 133 socios y otros seguirán incorporándose hasta alcanzar el número de unos doscientos, que podrá tener dentro de un año o algo más (...). De paso le diré que todo esto está contribuyendo a crear un nuevo ambiente de inquietud en otras empresas, que va a beneficiar a todos mucho. Elma ha procedido a dar una amplia participación al personal obrero, medida que ha sido bien acogida en general. Próximamente parece que la misma Unión Cerrajera, S.A. espera moverse superando su tradicional política paternalista.» Es la descripción que hacía del estado de las gestiones a José María del Moral a principios de diciembre de 1958.

Del Moral era simpático a tales premisas revolucionarias dada su ideología falangista de corte hedillista. Así, agitó desde su puesto clave la lenta maquinaria administrativa franquista. A mediados de mes la documentación había pasado por la Obra Sindical de Cooperación de San Sebastián camino de Madrid, para su análisis jurídico definitivo. Allí encontró la colaboración de José Luis del Arco, el Jefe de la Asesoría Jurídica, quien comprendió la filosofía finalista que el coadjutor vertía en estos estatutos. En ellos defendía que la definición concreta de la empresa comunitaria era coyuntural respecto de la fidelidad a sus principios espirituales. No era necesario que hubiese una formulación jurídica cooperativa para que existiese, desde la compra de la empresa de Beltrán de Otalora y su conversión en Ulgor, una novedosa práctica cooperativa. Lo importante no era la fórmula, sino el espíritu, el principio de cooperación comunitaria que convertía de facto al trabajador en empresario y al revés, obligando a todos a participar en la gestión y el trabajo según su cualificación profesional. Los estatutos eran formulados para implantarse en una exitosa experiencia empresarial comunitaria.

Del Arco y José María celebraron una reunión en Madrid que acabó por resolverlo todo: «en aquel primer encuentro del P. Arizmendi conmigo, éramos dos personas a las que nos unía la creencia en las

posibilidades económico-sociales de las cooperativas, pero yo era el experto en legalidad –llevaba más de quince años en esa tarea– ocupando, además, el puesto clave en aquel tiempo, y el P. Arizmendi venía a consultar los problemas para los que la lectura del texto de la Ley no le daba solución. Y le di las soluciones, porque una cosa es la letra y otra el espíritu con el que se puede vivificar la letra de la ley». Ayudó a José María a adecuar el espíritu comunitario a la letra jurídica, proporcionándole las soluciones que no acababa de encontrar para desahogarlo de la restrictiva legislación falangista. Con su visto bueno el 3 de abril de 1959 los estatutos de Ulgor fueron aprobados y registrados en el Ministerio de Trabajo, quedando la empresa inscrita en el registro oficial de cooperativas. Atrás quedaban dos años de reuniones, asambleas, debates, discusiones y gestiones en torno a la definición de una empresa que esperaba lograra arrastrar a una reforma del tejido industrial de la comarca en un sentido socialcristiano.[22]

Las cooperativas industriales (Arrasate y, fundamentalmente, Ulgor) fueron la clave del despegue de la nueva experiencia empresarial mondragonesa. La superación de la tradicional confrontación entre el capital y el trabajo implicaba la participación armonizada de ambos factores, que tomaba cuerpo en la figura del socio trabajador, que era a la vez obrero y empresario. Pero en los estatutos de Ulgor el coadjutor dejó claro que tal figura no debía prescindir de algunos de los elementos motores de la empresa tradicional: una dirección con gran autonomía nacida de una selección democrática de los más capaces

---

[22] AJMA, C58: Carta a José María Barcaiztegui, 11-10-1956; Carta a José María del Moral, 3-12-1956; Carta de Javier Martín-Artajo, 4-2-1957; Carta a José María del Moral, 23-3-1957; Carta de José María del Moral, 27-4-1957; Carta a José María del Moral, 10-5-1957; Borrador de carta al Ministro de Trabajo, 10-5-1957; Carta de José María del Moral, 4-6-1957; Carta a Fermín Sanz Orrio, 8-6-1957; Carta a Fernando Guerrero, 19-10-1957; Carta a Ángel Herrera Oria, 11-11-1957; Carta de Javier Martín-Artajo, 12-11-1957; Carta a Javier Martín-Artajo, 25-11-1957; *Estatutos de la Sociedad Talleres Ulgor S.A.,* Mondragón, agosto 1956; *Estatutos de Talleres Ulgor, Octubre de 1958; Reglamento de Régimen Interior de Talleres Ulgor, Mayo 1958;* Cartas de José María del Moral, San Sebastián, 20-12-1958 y 6-4-1959; C62: Carta a José María del Moral, 3-12-1958; Carta de José María del Moral, San Sebastián, 4-12-1958; C87: Cartas de Fernando Guerrero, Madrid 12-10-1957 y 15-1-1958; Carta de Javier Martín-Artajo, Madrid, 26 febrero 1958; C41: «La reforma de la empresa», Conferencia en FACES, 21-1-1965; Fondo Biblioteca, *La cogestión,* documento mecanografiado, sin fecha, autor ni lugar; José María Ciurana: *Dignidad del trabajo y reforma social. Conferencia desarrollada dentro del ciclo organizado en 1956 por el Instituto Católico de Estudios Sociales de Barcelona, bajo el tema general de "Magisterio de S.S. Pío XII»,* Barcelona, 1957; Javier Martín-Artajo: «La empresa y "mi" empresa», *Ya,* 3 de febrero de 1957; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 29-30 y 51-60; José María Arizmendiarrieta: «La experiencia cooperativa de Mondragón», *Documentos de Educación Cooperativa. Homenaje a José Luis del Arco,* nº 18-19-20, Escuela de Gerentes Cooperativos, Zaragoza, 1973, p. 68; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 496; Ormaechea: *D. José María y la empresa cooperativa,* pp. 14-15; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 89-95; *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* p.17; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 11 y 23, pp. 36-37 y 77-78; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 144-146; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 134 y 137-144; José María Riaza (dir.): *Cooperativas de producción. Experiencias y futuro,* Eds. Deusto, Bilbao, 1968, p. 191 [importante para la colaboración de Del Arco y Riaza en este proceso de definición empresarial de Ulgor]; Henk Thomas y Chris Logan: *Mondragón. Un análisis económico,* Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1991, pp. 40-44.

para la gestión; la previsión a largo plazo, mediante una austera aplicación de los excedentes a la creación de reservas irrepartibles; y la participación gestora de los trabajadores a través del Consejo Social como factor de compromiso con la empresa. El Consejo Rector adquirió una naturaleza similar a la de las grandes empresas alemanas, y el de Dirección funcionaba como coordinador de la gestión. La solidaridad interna se ejercía mediante la institución de un intervalo de anticipos laborales que iba desde la unidad a las tres unidades y que establecía el sueldo del gerente-socio en el triple del socio-trabajador de menor cualificación. La externa generó el concepto de «solidaridad de consumo», que limitaba la retribución de los socios al nivel de los trabajadores de la zona. De esa manera se controlaba la tendencia al gasto y al consumo (evitándose el peligro de una posible estratificación clasista de los socios-trabajadores) y se permitía una mayor posibilidad de ahorro e inversión, lo que beneficiaba la creación de empleo. El calendario de trabajo era de 58 horas semanales y cerca de 2.800 anuales, con diez días de vacaciones a principios de agosto.

Ulgor constituye el modelo ideal de cooperativa de trabajo asociado, nombre con el que José María bautizó este tipo de empresa, pues en ella se asocia el trabajo a un objeto social. Cuenta con tres características básicas que la diferencian de la tradicional: cada socio-trabajador tiene un voto para el ejercicio de sus derechos en asamblea general; el capital aportado por los socios recibe un interés fijo anual y carece de derechos sociales; los beneficios se distribuyen entre los socios en función de su aportación de trabajo a la cooperativa, que se mide por las remuneraciones recibidas mes a mes como «anticipo» de los resultados. «TALLERES ULGOR es una sociedad de personas que mutuamente se consideran como tales y que mediante la asociación de sus fuerzas tratan de conseguir que su trabajo y su esfuerzo sean fecundos hasta el punto que provean al máximo a sus necesidades materiales y espirituales. (...) Nuestra honradez, nuestra solidaridad, nuestro afán de superación pueden abrir unas perspectivas que hoy pueden parecernos de sueño, y que realmente no lo son para los conocedores de las realidades económico-sociales del presente. El ideal de hacerse rico que ha desatado en tantos la ambición en nosotros tiene que ser sustituido por el ideal de una vida humana, serena, progresiva en clima auténticamente cristiano asistiéndonos unos a otros y aportando todos al esfuerzo conjunto nuestra colaboración leal y generosa. Para nosotros nunca será el trabajo un castigo y el ocio una bendición del cielo y por tanto la riqueza el camino por donde se llega propiamente al paraíso humano. Para nosotros el trabajo es la contribución humana al plan y designios divinos para ir transformando y mejorar un mundo, que si bien no llegará a paraíso terrenal si debe aspirar a ser más confortable y sobre todo mucho más fraterno, mucho más igualitario y soportable que lo que es

hoy día.» Son palabras suyas. Trabajo autogestionado y solidaridad comunitaria como instrumentos de emancipación obrera y construcción de una sociedad cristiana más equitativa son los dos principios básicos del modelo empresarial de Ulgor.[23]

Modernidad y empresa cooperativa

En los dos últimos años de la década, una vez definida la fórmula cooperativa como marco jurídico de la nueva empresa, comenzó a dedicar una enorme cantidad de tiempo a reflexionar sobre ella. Sus ideas estaban destinadas a los boletines de la Cooperativa San José, a charlas a los cooperativistas de Ulgor o Arrasate y a seminarios formativos. Su lenguaje críptico escondía jugosas reflexiones acerca del potencial de este modelo empresarial para prosperar como vía intermedia entre capitalismo y colectivismo: «El mejor aval con que se presenta a la atención del hombre la fórmula cooperativa es precisamente el de su propia ineficiencia (...). Requiere que la actividad humana comparta e implique UNOS VALORES HUMANOS SUPERIORES, por lo que el trabajo, el capital, la organización no son fines en sí, sino medios para servir mejor a los altos intereses humanos».

La «experiencia cooperativa» puesta en marcha constituía, pues, una apuesta empresarial perfectiva, en constante capacidad para renacer y persistir en el tiempo, idea que tomaba de uno de los grandes teóricos del cooperativismo, Charles Gide, fundador de la Escuela de Nimes. Esa capacidad de perpetuación tenía una raíz espiritual. El cooperativismo significaba la definitiva inserción emancipatoria del humanismo cristiano en la empresa: «Si en el fondo toda la historia de la civilización humana y del progreso no es más que una sucesiva y progresiva toma de conciencia de los valores superiores y su plasmación en la vida real, cara a un futuro que no queramos concebirlo como regresión, hay que afirmar que tendrá porvenir la fórmula que precisamente tiene de específico la afirmación y la noble vocación de tales valores». Así, una definición de la experiencia cooperativa que le satisfacía era: «el cooperativismo es un proceso orgánico de experiencia en el que se trata de que la actividad humana, la actividad socio-económica, acepte la inspiración y la regulación de valores superiores humanos».

En el boletín de la Cooperativa San José de julio de 1958 señalaba: «La cooperación en primer término es la unión de los que saben que en común se resuelven mejor los propios problemas. Ayudarse unos a otros para que todos representen una fuerza organizada es un paso

---

[23] AJMA, C60: Discurso ante socios de Ulgor sin título ni fecha; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* pp. 14-15; «José María Arizmendiarrieta Madariaga (1915-1976)», en E. Torres (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo XX,* Lid editorial, Madrid, 2000, pp. 469-470.

firme. La cooperativa es una organización al servicio de todos y cada uno de los componentes. (...) Sin sacrificar cada uno algo de su comodidad o independencia no es factible el florecimiento de una organización». Un año más tarde, en la memoria de esta cooperativa, advertía: «cooperativa somos todos, la cooperativa es cada uno de los socios que han depositado un pequeño capital para que se administre a una con los modestos capitales aportados por otros (...). [La] cooperativa no está hecha: la tenemos que hacer, la estamos haciendo».[24]

Su empresa está imbuida de modernidad, permite un constante aumento de la productividad y de la inversión en tecnología. Ello explica que se adapte fácilmente a la nueva fase de crecimiento económico mundial que la historiografía económica denomina «la edad de oro», entre 1953 y 1973, uno de cuyos principales hitos en el viejo continente es el Tratado de Roma que creó, en 1957, ese mercado común europeo que tanta atención generó en José María. Es una empresa que participa en el cambio de la demanda de productos y servicios que la sociedad española experimenta en estos años, orientando su producción a bienes de consumo doméstico y al suministro de piezas para industrias en crecimiento como la del automóvil. Este cambio no es perceptible sólo en las cifras económicas sino en la cultura general. A mediados de los años cincuenta las películas de Hollywood llevan varias décadas mostrando el panorama idílico de la sociedad de consumo, de la unión de la familia en torno a los electrodomésticos, que ahora comienza tímidamente a formar parte del estilo de vida de una proporción cada vez mayor de españoles. El crecimiento económico supone una consecuente modernización social, aún muy imperfecta, que tiene como espacio fundamental el hogar familiar y como protagonista estelar el electrodoméstico.[25]

Ulgor fabrica productos demandados por familias y parejas jóvenes. Comprende las necesidades de la nueva sociedad de consumo gracias a un modelo de empresa original, no tanto por sus fuentes cuanto por el desarrollo práctico que hace de ellas. Su líder intelectual la entiende como una realidad social antes que jurídica o económica, como una unión de hombres encaminados a la consecución de un fin común. Unos aportan su trabajo y otros su capital, o bien ambas cosas, para hacerla realidad: «Consideramos que la empresa debe ser una comunidad humana de actividades e intereses, basada en la propiedad e iniciativa privada (...), instituida para prestar a la sociedad un servi-

---

[24] AJMA, C58: «El cooperativismo como fórmula socio-económica del porvenir», sin fecha; C62: *Boletín de la Cooperativa San José,* nº 2, julio 1958; «Memoria de la Cooperativa San José», marzo 1959; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 56-60, esp. p. 57.

[25] Aldcroft: *Historia de la economía europea,* pp. 167-210; Angus Maddison: *Las fases del desarrollo capitalista. Una historia cuantitativa,* Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1986, pp. 72-83, 119-120, 132-143, 162-173; Procacci: *Historia general del siglo XX,* pp. 370-373.

cio de producción necesario o conveniente, mediante el cual recibe una contraprestación económica acorde con el servicio prestado, que es distribuida entre sus miembros de una manera justa». La empresa debe ser siempre una unión de voluntades y, por ello, debe afirmarse en torno a las tendencias innatas de solidaridad que laten en la persona humana. Y ahí interviene como factor fundamental la moral cristiana. Sin esa solidaridad el trabajador generaría una tremenda frustración psicológica y un desapego de la religión que le llevaría a buscar, como mecanismo de compensación, formas ateas de agrupación colectivista, auténticas religiones políticas, como el comunismo. Así pues, la empresa es comunitaria antes que cooperativa, de ahí que utilice en sus escritos ambos términos indistintamente.

El coadjutor infundió en sus emprendedores discípulos la noción de que la actividad económica estaba siempre al servicio de la comunidad en la que nacía. La idea era crear empresas que, por su modelo de organización interna y su compromiso con el medio social que les rodeaba, tendiesen a actuar sobre las estructuras sociales, dentro y fuera de ellas. Por ello eran denominadas comunitarias, porque su fin era ser, junto a la familia, la célula social fundamental de la sociedad cristiana. «Pretendía, si se me permite agotar el contenido de la expresión, más que crear empresas, tender, a través de ellas, a una sociedad sin clases en la que hubiese igualdad de oportunidades para todos los miembros de la comunidad que debía aspirar al aumento de la riqueza colectiva y no tanto de la riqueza que cada individuo ambicionara poseer para su disfrute personal.» Los argumentos a que recurría para convencerlos no eran económicos sino morales e incluso espirituales. «Él hablaba de solidaridad intercomunitaria y de actitudes morales que, sobre cualquier otro factor predominante, deberían garantizar a largo plazo el desenvolvimiento natural de las comunidades de trabajo. Arizmendiarrieta trascendía la interpretación de la idoneidad jurídica del cooperativismo como ente moral, y lo utilizaba como fórmula de promoción social. Mientras, quienes teníamos la costumbre de hacerle caso, transmitíamos con mayor pragmatismo estas ideas a los socios utilizando ciertos argumentos empresariales.» Son palabras de José María Ormaechea. Armado con este ideal de empresa cristiana, el sacerdote se convirtió en un efectivo ideólogo, que conjugaba hombres valiosos con los productos novedosos que éstos lanzaban al mercado, como era una innovadora gama de electrodomésticos y de tecnología electrónica de patente extranjera.

José María no era un empresario al uso. No buscaba el beneficio económico desconectado del bien social. Llegó a la empresa igual que había llegado antes a otras áreas en donde había percibido un déficit de justicia social: el ocio juvenil, el trabajo, la educación, la vivienda... Llegó como sacerdote social, como ideólogo movilizador, papel para

el que había sido formado en el Seminario y que llevaba ejerciendo veinte años. En una de las muchísimas cartas que cruzó en los dos años de indefinición jurídica de Ulgor con Javier Martín-Artajo, refiriéndose a un problema que había sufrido Ulgor con una empresa catalana por un conflicto de patentes, que le imposibilitó seguir comercializando su exitosa estufa *Tagor,* comentaba a éste: «Ha sido una novatada la que han hecho y es de esperar que con unos tropezones se vayan madurando». Este lenguaje paternal refleja la relación que mantenía con sus discípulos. Y continuaba: «Ayer vi en el taller el nuevo modelo de estufa, que la próxima temporada llegará al mercado y es mejor que la otra». Paseaba por los talleres de vez en cuando, comprobaba los nuevos productos de la empresa, pero siempre en segundo plano, sin una intromisión directa ni interventora, mucho menos auditora. Sólo acompañaba, sugería, interpelaba. Los jóvenes empresarios acudían a él para que les resolviera cuestiones, les orientara, les aconsejara, leyera sus memorias y cartas, elaborara documentos sobre asuntos que debían tratar en las reuniones, diese su opinión sobre decisiones de producción o ampliación de socios...

Y él se mostraba como un líder mitad espiritual, mitad estratega, obsesionado por afirmar la justicia social y la equidad entre los hombres, pero siempre desde un liderazgo discreto, silencioso, pausado. Tal perfil lo trasladó a sus discípulos, como comenta Alfonso Gorroñogoitia: «algo que suele sorprender a algunos empresarios (...) era la vena poético-filosófica que teníamos como empresarios, les sorprendía esa vertiente humanística que le debíamos a D. José María porque no podíamos disociar nuestra actitud empresarial de una filosofía, de un concepto, de una ideología, después del contacto que habíamos tenido con él. No podíamos ser tecnócratas puros, que saben perfectamente un proceso de diálisis o de física de semiconductores, pero nada más. Nos planteamos el desarrollo de estas empresas como una lucha social, como un quehacer.»

El liderazgo de José María es el de un auténtico *empresario de los movimientos sociales.* El cooperativismo de Mondragón constituye un movimiento social de carácter económico, no en vano está articulado en empresas que producen bienes y servicios y obtienen un beneficio por ello. Sin embargo, es también, tanto en su formulación ideológica como en su práctica social, un movimiento de protesta que excede con mucho su vertiente empresarial. Protesta contra el tradicional sistema de relaciones laborales y económicas capitalista. Protesta contra el régimen político autoritario que ampara tal sistema de relaciones. Y protesta (valga la redundancia) contra la forma de «protesta» colectiva tradicional defendida en base a ideologías colectivistas sustentadas en el materialismo dialéctico marxista. Esta protesta es movilizada mediante la agregación cooperativa de dos recursos, el

capital y el trabajo, a los que se suman compromisos y objetivos de signo comunitario, nunca individualistas. Esta adición de recursos requiere una forma de organización empresarial cooperativa que da pie a una amplia y rica trama asociativa. Ello genera una «empresa del movimiento social» cuya infraestructura está formada por medios de comunicación, sociedades, centros educativos, redes de relación social y estructuras ocupacionales. Esta empresa será rápidamente bautizada por su líder como la *experiencia cooperativa de Mondragón.*[26]

Caja Laboral

El liderazgo ideológico del movimiento empresarial era su competencia exclusiva. Los discípulos le seguían por puro instinto y confianza en su criterio. «Sus planteamientos avanzados e innovadores adquirían, para nosotros, una doble dificultad. Por un lado, no llegábamos a comprender lo que inspiraba su mente emprendedora y, sin conocer con exactitud la idea, mal se podría ir hacia su materialización. Por otro, los nuevos planteamientos llegaban cuando aún no se habían formalizado los precedentes. (...) Pero D. José María se adelantaba en el proyecto doctrinal, y cuando los "albañiles" llegábamos, o creíamos llegar, al tejado –que no a habitarlo con comodidad–, reiniciaba otro proyecto más complejo.» Así ocurrió en 1957, con Ulgor en pleno crecimiento, sin personalidad jurídica, con todos implicados en la puesta en marcha de sus diversos negocios y, a la par, en la definición de sus

---

[26] AJMA, C58: Carta a Javier Martín-Artajo, 13-1-1959; C60: «Nota a Alfonso Gorroñogoitia», sin fecha; Cuestionario de Alfonso Gorroñogoitia a José María Arizmendiarrieta, manuscrito, sin fecha; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 425-433; Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 537-538; «Arizmendiarrieta, empresario», pp. 20-21; Foote Whyte y King Whyte: *Mondragón: Más que una utopía,* pp. 280, 302-303; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 146-147. La teoría de la movilización de recursos, fuertemente deudora de la sociología empresarial y la economía, proporciona una consistente comprensión conceptual de esta experiencia empresarial según el concepto de «empresa del movimiento social». Esta teoría aclara que la movilización de la protesta será más frecuente en tiempos de prosperidad, con mayores recursos disponibles, que en épocas de privación. Precisamente el ensayo cooperativo no surge en la época de autarquía en que José María llega a Mondragón, sino en vísperas del Plan de Estabilización, el momento de mayor crecimiento económico y cambio social de la historia vasca. La asociación del cooperativismo con la teoría de la movilización de recursos la sustento en John D. McCarthy y Mayer N. Zald: «Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory», *American Journal of Sociology,* vol. 86, nº 6,1977, pp. 1212-1241, esp. pp. 1213-1217. He actualizado sus tesis pioneras con D. McCadam, J.D. McCarthy y M.N. Zald: *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas,* Istmo, Madrid, 1999, pp. 21-47, Jesús Casquette: *Política, cultura y movimientos sociales,* Bakeaz, Bilbao, 1998; Sidney Tarrow: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la* política, Alianza, Madrid, 1997; y Manuel Pérez Ledesma: *«Cuando lleguen los días de la cólera.* (Movimientos sociales, teoría e historia)», en *Problemas actuales de la historia,* Universidad de Salamanca, 1993, pp. 140-187. Me ha sido fundamental la orientación de Antonio Miguez a la hora de leer estas teorías, al igual que su *Formación del Movimiento Obrero en la Galicia de la Restauración: Santiago, A Coruña, Betanzos (1890-1923),* Trabajo de investigación tutelado inédito, Universidad de Santiago de Compostela, 2003. Para el perfil de liderato que dibujo he leído también: F. Grammann y S. Moscovici (eds.): *Changing Conceptions of leadership,* Springer Verlag, Nueva York, 1986; O.F. Kernberg: *Ideología, conflicto y liderazgo en grupos y organizaciones,* Paidós, Barcelona, 1986; y R. Pascual Pacheco: *Liderazgo y participación. Mitos y realidades,* Universidad de Deusto, Bilbao, 1987.

estatutos, que requería constantes visitas a Madrid para entregar documentos y celebrar reuniones con los abogados que colaboraban con José María. «Estábamos reunidos el Consejo de Dirección en Ulgor (...) y discutíamos creo que el Plan de Gestión. Sé que era un tema de cierto interés, y, en esto, que abre la puerta de la sala y asoma la cabeza D. José María Arizmendiarrieta y dijo algo así como "tenemos que hacer un banco". Lo despachamos con cajas destempladas. "Déjese de bancos que harto ocupados estamos en temas más serios". Portazo. (...) La reacción, por primaria, no desalienta a Arizmendiarrieta. Simplemente nos ignora.» Esta descripción de uno de los asistentes a esa reunión, Larrañaga, es completada por la reflexión de otro de ellos, Ormaechea: «en los momentos en que realizaba un viraje imprevisto, era evidente que producía en nosotros el natural enojo, porque –contra todos los supuestos– sabíamos que su proyecto terminaría convirtiéndose en realidad, en base a que, sobre todo nosotros, y no él, modificásemos nuestros planteamientos».

Así llevaba funcionando desde que eran apenas adolescentes. El 15 de junio de 1957 había redactado el acta de una fantasmagórica reunión de los cinco fundadores de Ulgor, y doce nombres más, quienes «convienen entre sí en reconocer el interés de la constitución de una cooperativa de crédito para ayudarse mutuamente los promotores en sus compromisos económicos y a través de esta entidad a otras cooperativas e instituciones sociales de la localidad». Para ello, daban lectura y aprobaban «los estatutos de un proyecto de cooperativa de crédito denominada Ulgor». Se trata de borradores que elaboró para perfilar algo que intuía debía hacerse. Y para eso sus discípulos aún no eran necesarios) podían permanecer con sus agobios diarios, con el corto plazo de las cifras de producción y ventas, de las gestiones con distribuidores y suministradores...[27]

Y es que él no está constreñido por tales obligaciones y sabe elevarse por encima del día a día, confiado en su intuición para desentrañar el futuro. La idea de fundar una cooperativa de crédito nace de sus conocimientos de economía, mejorados en la Escuela Social Sacerdotal, que le proporcionan una idea acertada del rumbo de la economía española, a lo que hay que sumar su «contraste permanente de la vida y los libros» a que alude Ormaechea. En agosto de 1958 ha promovido en la Escuela un viaje al extranjero con motivo de la Exposición Mundial de Bruselas. Él mismo se apunta a él con estudiantes y profesores, visitando Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. Es la primera vez que sale al extranjero, pese a que ha dedicado su vida a una obra imbuida

---

[27] AJMA, C69: Borrador de acta de constitución de la cooperativa de crédito Ulgor, relación nominal de socios y carta al Ministerio de Trabajo, Mondragón, 15 junio 1957; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 46-48; *La experiencia cooperativa de Mondragón,* pp. 52-43; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 165-166.

de un ideario internacionalista. En Alemania visitan una fábrica de máquina-herramienta y otra de automóviles en Colonia, y en Holanda la factoría de Philips en Eindhoven. Poitiers, Bruselas y París son otros hitos de su recorrido por la Europa del Tratado de Roma, de la inversión y renovación tecnológica, del movimiento de capitales, de la sociedad del bienestar. Una Europa que queda, aún, más allá de los Pirineos, pues es también la Europa de la democracia y las libertades, de la secularización y el laicismo. Desea que los futuros cooperativistas conozcan ese modelo de sociedad, sus luces y sus sombras, sus factorías ultramodernas y sus iglesias vacías. Un año más tarde, en 1959, el Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando Castiella, solicita el ingreso de España en la Comunidad Económica Europea. El 1 de febrero de ese año José María ha invitado al sacerdote y gran sociólogo irunés Ricardo Alberdi a la Escuela Profesional a dar una charla sobre «Nuestra integración en la Unión Europea y los problemas económicos, sociales y culturales que implica».

Percibe la orientación aperturista de los nuevos ministros que están ocupando plaza por entonces en el gobierno de la Dictadura. Se informa, lee, discute e inquieta a sus discípulos. Convierte la Escuela en espacio de reflexión sobre el futuro de la economía y su impacto en el tejido industrial guipuzcoano. Y se afana en trabajar para prevenir ese momento. En un mismo día presenta una charla sobre Europa, escribe media docena de cartas relativas a gestiones de las cooperativas, atiende a alumnos, profesores, amigos y desconocidos, confiesa dos o tres horas y, según calendario, pronuncia alguna plática en San Juan Bautista o San Francisco, para, antes de descansar, destinar unas horas a teclear, sobre su vieja «Remington», una charla sobre cooperativismo o sobre educación profesional. Éste es el hombre que llama la atención a discípulos, profesores, alumnos y fieles sobre la necesidad de permanecer alerta ante el futuro, de tratar de advertirlo, de anticiparlo para afrontarlo: «Cuando un hombre señala con su índice al sol, algunos se empeñan en ver solamente el dedo», decía, recurriendo a su tradicional repertorio de sentencias. «En un mundo en el que la técnica está progresando vertiginosamente parece que debiera ser muy fácil aceptar el hecho de que todo cambia y evoluciona rápidamente. Pero admitir este principio tan patente significa que para no estrellarse hay que saber «mirar un poco lejos». La verdad es que en un vehículo que marcha a cinco kilómetros por hora basta que el conductor alcance con su mirada unos pocos metros de distancia por delante. Pero para sentarse tranquilo en uno que marcha a doscientos kilómetros por hora la vista del conductor necesita alcanzar mucha más distancia. Hoy, que la sociedad marcha velozmente y todo cambia tan rápidamente, no se puede proceder en la vida con previsiones tradicionales confiando que la propia inercia será suficiente para vencer

los obstáculos que se presenten». Así advierte desde el *Boletín de la Liga de Educación* en enero de 1959.[28]

Adivina que cuando España entre en Europa o comience a competir seriamente con ella, las cooperativas van a tener muchas dificultades para mantener su impulso tecnológico, seguir creando empleo y desarrollar una política activa de crecimiento como la que están realizando en estos años. Vislumbra que su equipamiento industrial requerirá niveles de inversión que los cooperativistas no podrán afrontar y que el impacto de la apertura de fronteras y la competencia afectará a los niveles de producción y venta. Prevé que, en ese horizonte económico, la autofinanciación no va a ser capaz de mantener la inversión reclamada por el desarrollo tecnológico y los nuevos escenarios económicos. Tiene en mente el caso de la cooperativa Alfa de Eibar, que en la posguerra fue adquirida por un banco y acabó en la ruina. Los bancos y las cajas, advierte en estos meses, nunca tendrán sensibilidad por un grupo de empresas cuyo objetivo no sea crear valor añadido para sus accionistas. Abriga la convicción de que es necesario crear una entidad de crédito capaz de dar cobertura financiera a las cooperativas, que esté participada por ellas y dirigida a ellas, comprometida con su mismo ideal de empresa comunitaria. Dirige su esfuerzo a convencer a quienes van a necesitar, antes o después, de dicha entidad, y por tanto deben montarla y dirigirla. Aquellos que, reunidos en torno a Ulgor, le habían respondido con enojo la primera vez que les había expuesto la idea. Queda un problema por solucionar antes de emprender esta nueva tarea, que es la resolución de la definición jurídica de Ulgor, tal y como confiesa al Gobernador Civil en diciembre de 1958, pues «una vez aprobados los mismos se piensa dar otro paso que puede ser más interesante que todo lo que se ha hecho hasta el presente». Como siempre, el «se piensa» debe ser traducido por «pienso»...

Una vez los estatutos de Ulgor se encuentran en tramitación administrativa, decide emprender el inicio de la nueva empresa que se ha propuesto. Sus discípulos, enfrascados en Ulgor, tienen dificultades para entrever la altura de su proyecto de cooperación empresarial, las mismas que albergaban en el pasado en los círculos de estudio o las clases de sociología ante los conceptos socialcristianos que les planteaba. Por ello, él mismo toma por su cuenta y riesgo las decisiones. Entre enero y febrero de 1959 redacta dos anteproyectos de estatutos de la nueva entidad financiera supervisados por José María Riaza, quien vuelve a prestarle asesoramiento jurídico en el abordaje de determina-

---

[28] AJMA, C34: Carta a Karl-Hermann Exner, 25-2-1958; C35: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 14, 1959; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 45-46.

dos asuntos polémicos, como la inclusión de artículos referentes a la previsión social o a socios individuales, que José María considera fundamental «para que se ofrezcan por un lado garantías al ahorro y por otra tenga dicho ahorro unos estímulos (...) [pues] no pretendemos que esta cooperativa de crédito sea una caja fría: va a llevar a cabo la gestión y realización de tareas comunes a diversas entidades cooperativas, no solamente de previsión sino otras de índole mercantil, de investigación o estudio, etc.» Todas estas cuestiones las va solventando mediante un activo intercambio de materiales con Riaza.

Trabaja solo, en su despacho de la Escuela o la Casa Cural, guiado por el articulado sobre cooperativas de crédito de la Ley de Cooperación de 2 de enero de 1942 y el Reglamento de Cooperación del Decreto de 11 de noviembre de 1943, la Ley de Ordenación Bancaria de 31 de diciembre de 1946 y los estatutos de la Caja Rural Nacional de 1957, que José María Riaza le recomienda consultar, y que le son de gran utilidad. El 10 de marzo envía los estatutos de Caja Laboral Popular, convenientemente reformados, a otro de sus intermediarios, José María del Moral y le explica que «[no] se nos ocultan las dificultades con que pudiera tropezar esta entidad tanto en su trámites de aprobación como luego en la marcha, sobre todo en la etapa inicial, pero confiamos en el sentido de justicia y equidad de los gobernantes y en el espíritu de superación de los asociados (...). Creemos que esta nueva entidad es algo indispensable para dar a este cooperativismo la solidez y firmeza que necesita. Para que una auténtica inquietud social de sectores cada día más amplios pudiera cristalizarse en realidades sólidas y se aprovecharen las posibilidades legales, hay que pensar en este respaldo que a estas entidades pudiera proporcionar una entidad o entidades de esta índole. Es una cosa en que hemos pensado durante mucho tiempo y cuyos problemas no nos van a sorprender. El tipo de industria guipuzcoana y el ambiente social de Guipúzcoa se prestan a proyecciones sociales y económicas de esta naturaleza».[29]

El 14 de marzo Riaza da el visto bueno jurídico a los estatutos. Con el fin de ajustarse a la estricta normativa de la ley, José María inventa la reunión de constitución de la nueva entidad, que fecha el 15 de marzo de 1959 en Talleres Arrasate, incluyendo una lista imaginaria de asistentes en la que se encuentran algunos de sus incondicionales, con Félix González como Presidente. Representan a las coopera-

---

[29] AJMA, C62: Carta a José María del Moral, 3-12-1958; C57: normativa sobre sociedades de crédito según disposiciones legislativas, sin fecha; C58: Cartas a José María Riaza, 13-1-1959, y José María del Moral, 10-3-1959; C69: *Estatutos Sociales de Caja de Provisión Laboral,* enero de 1959; Cartas de José María Riaza, 16-2-1959 y 1-3-1959; Carta a José María Riaza, 10-3-1959; Carta de José María Riaza, 14-3-1959; *Estatutos de la Caja Rural Nacional,* Madrid, junio 1957; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* pp. 14-15; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* p. 257-258; «Arizmendiarrieta, empresario», pp. 22-24; Foote Whyte y King Whyte: *Mondragón: Más que una utopía,* p. 276; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 165-166.

tivas Talleres Arrasate, Talleres Ulgor, Cooperativa de San José de Mondragón y Funcor de Elorrio. El documento es necesario para iniciar los trámites de aprobación de la nueva cooperativa y, mientras, convencer a sus discípulos, esos cuyas firmas estampan un documento en el que unos imaginarios socios convienen constituir «una cooperativa de crédito bajo la denominación de Caja Laboral Popular para el servicio "financiero, técnico y social" de sus respectivas cooperativas y para el desarrollo del crédito entre todos los asociados». Remite el acta, acompañada de los estatutos supervisados por Riaza, a la sede guipuzcoana de la Obra Sindical de Cooperación para que comience el trámite reglamentario.

En estos estatutos, y en el reglamento interno, Caja Laboral aparece como una cooperativa de cooperativas, gobernada por una asamblea general de socios, cuyo fin es el desarrollo de la empresa cooperativa y el potenciamiento de la comunidad, por entender que ésta es el cauce que permitirá al individuo alcanzar el bienestar social. «Si queremos trabajar por el desarrollo de un movimiento cooperativo, si aspiramos a ser algo más que unos guerrilleros aislados al servicio de una buena causa, tenemos que ir pensando en una cobertura económica coherente e idónea. Partimos del supuesto de que somos (...) hombres con anhelos de solidaridad dispuestos a apoyar a todas las buenas causas de la clase trabajadora en su lucha por la emancipación social. En estas condiciones, tenemos derecho a exigir a las masas que nos rodean su apoyo y adhesión. El mejor conducto y la mejor fórmula de esta cobertura masiva puede ser el crédito, el ahorro que nace de la acumulación de pequeñas aportaciones.» Son palabras que pronunció cuatro años después, pero que sirven a efectos de conocer el sentido que en él tenía la nueva obra.

Nada está dejado a la improvisación, todo es fruto de una meditada reflexión. Aficionado en su juventud a la lingüística ha profundizado en el significado de cada vocablo castellano igual que hará, unos años después, con su versión euskaldun: «Nos denominamos Caja, porque una intención nuestra es la de cooperar para impedir que se malogre nada de lo que tanto sudor cuesta adquirir. (...) Hemos querido adoptar un apellido: Laboral (...) que alude a nuestro linaje y es al propio tiempo nuestro blasón. Junto a la naturaleza concedida por Dios a todos los hombres, la verdadera fuente de prosperidad y bienestar humano es el trabajo. (...) Hemos querido completar nuestro nombre con un sobrenombre: Popular. (...) El trabajo y el ahorro son los pilares de nuestro porvenir y, de todas formas, creemos que este "espíritu de cooperación" con el que nace y consagra sus desvelos Caja Laboral Popular puede, y debe, ser una fórmula y un camino que pueda contribuir poderosamente en el momento presente al bienestar humano y prosperidad de nuestros pueblos».

Pero pronto sobrevienen dificultades. En la primavera de 1959 los estatutos permanecen bloqueados en la Obra Sindical de Cooperación de Madrid. Su asesoría jurídica pone objeciones a que pueda aprobarse una cooperativa de crédito en la que participan cooperativas de producción y de consumo, teme que ésta sea una vía que permita la transformación de las cooperativas de crédito en cajas de ahorros. Riaza le expone a mediados de abril los problemas que la asesoría aduce y a finales de ese mes José María decide desplazarse personalmente a Madrid para negociar de nuevo con José Luis del Arco, que acaba de dar a comienzos de abril el visto bueno a los estatutos de Ulgor. Para entonces está ultimando, además, el Reglamento de Asistencia, Seguridad y Provisión Social de la Caja Laboral, que alimentará la Sección Social de los Estatutos de la Caja que están en proceso de tramitación en Madrid.

La reunión que celebra con Del Arco, a la que asisten José María Riaza y Carlos Perlado, es un éxito y éste acepta hacer una nueva excepción con Caja Laboral, dado que su «espíritu», como en el caso de Ulgor, está también imbuido de un ideal cristiano con el que simpatiza. El visto bueno de la asesoría llega el 4 de junio con una llamada telefónica de Riaza: «Fue Del Arco quien me llamó para un asunto que le interesaba y quien me dijo que, después de haber discutido con sus colaboradores, que se oponían a la aprobación, decidió él la cuestión acordando hacer una excepción, porque está convencido de que se trata de un ensayo interesante». El 16 de julio fueron aprobados los estatutos sociales de Caja Laboral y el 28 de julio fue autorizada por Orden del Ministerio de Trabajo.[30]

«Se ha instituido la CAJA LABORAL POPULAR por diversas cooperativas para que el ahorro que, por un lado es el fruto del trabajo y sacrificio, por otro, venga a ser sin intervenciones extrañas innecesarias y sin menguas la savia que vigorice y fecunde los sucesivos esfuerzos propios. (...) La libreta de la CAJA LABORAL POPULAR es la llave de una caja fuerte que dispone en la misma el titular y al mismo tiempo la que puede abrir la puerta de paso a un porvenir más venturoso». Son párrafos de un comunicado que destina al público mondragonés.

---

[30] AJMA, C69: Carta de José María Riaza, 14-3-1959; Carta al Ministro de Trabajo, 15-3-1959; Certificado de la Secretaría Técnica de la Obra Sindical Cooperación, Delegación de Guipúzcoa, San Sebastián, 31-3-1959; Carta de Juan Manuel Milla a Félix González Otaegui, San Sebastián, 31-3-1959; Cartas de José María Riaza a José María Arizmendiarrieta, Madrid, 14-4-1959 y 22-4-1959; Carta a José María Riaza, 25-4-1959; Carta a Manuel Milla, 9-5-1959; Telegrama de José María Riaza, 4-6-1959; Carta de José María Riaza, Madrid, 5-6-1959; C70: *Estatutos Sociales de Caja Laboral popular. Sociedad Cooperativa de Crédito,* Mondragón, Marzo-16, julio-28, julio 1959; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* p. 15; *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 258-260; «José María Arizmendiarrieta Madariaga», p. 470; Juan Leibar: «Agur», p. 87; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 146-147; *Interioridades de una utopía,* pp. 177-178; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 33-35; Gorroñogoitia: *Respuestas al cuestionario de Fernando Molina sobre la biografía de D. José María,* pp. 9-10.

El trabajo, pieza central de su pensamiento, abraza al ahorro y configura la filosofía de una nueva entidad que no es financiera en su sentido estricto, pues lo financiero sólo sirve para realimentar el mecanismo cooperativo. La libreta se convierte en una figura simbólica. «O libreta o maleta» es el lema que hace circular como carta de presentación de la nueva empresa. O se ahorra e invierte en nuevas industrias para lo que se necesita capital (libreta) o la comunidad estará a expensas del destino y sus hijos acabarán por emigrar como en tantos territorios del Estado (maleta).

La entidad se convirtió en una combinación de banco industrial y sociedad especializada en la Seguridad Social, que él denominaba «Provisión Social» y no previsión social, por aquello de que «proveer» resultaba un verbo más dinámico que «prever». Y es que hacía unos meses, mientras avanzaba en la configuración de la entidad financiera, una «orden comunicada» del Estado con fecha 15 de diciembre de 1958 había excluido a los socios de cooperativas industriales del Seguro Obligatorio de Enfermedad. La orden ministerial definitiva se promulgó el 30 de junio de 1959. José María, siempre previsor, había dispuesto que la alternativa a la Seguridad Social pública tuviese cabida en el objeto social previsto en el artículo 2.º de los Estatutos Sociales de la Caja («Se constituye Caja Laboral Popular para el servicio «financiero, técnico y social» de las cooperativas») así como en los medios designados en el artículo 3.º («[Caja Laboral] procederá al establecimiento y organización mancomunada de cuantos servicios contribuyan a la cobertura económica de los riesgos o a la resolución de los problemas de seguridad y asistencia social de todos los socios»). Había enviado a Riaza, su fiel consejero jurídico, un «Reglamento del Servicio de Provisión Social de la Caja Laboral Popular» finalizado en mayo, cuyos puntos fueron aprobados en junio, en coloquios celebrados por los socios de las cooperativas.

A mediados de ese mismo mes de mayo, disponía ya del reglamento devuelto por Riaza y acompañado de un exhaustivo informe jurídico en el que le informaba de sus necesarias modificaciones. En él hacía constar que se trataba de «una idea excelentemente enfocada, que necesita, sin embargo, de una maduración antes de ser llevado a la práctica. La concepción es magnífica, pero la realización de las ideas esbozadas no será fácil (...). Si todo el conjunto de la Caja Laboral necesita de un montaje técnico adecuado, este servicio tiene, si cabe, aún mayor necesidad de una serie de aspectos de realización y de enfoque técnico que exige que, ya desde los primeros momentos, se piense en el equipo técnico director y realizador». Hasta eso lo había ya previsto. Como primer Director había pensando en José Ayala, antiguo responsable de Juventud Deportiva y hombre de negocios de gran valía, que podía comunicar imagen de estabilidad a la nueva sociedad. Su plan era que

se encargara de instalar el Servicio de Provisión desde la jefatura de la Caja para, a continuación, pasar a dirigirlo en exclusiva cediendo la dirección de la entidad a quien verdaderamente confiaba como el mejor preparado para tal empresa, José María Ormaechea, que se encontraba totalmente ajeno a dichos planes, dedicado por entero a la gestión de Ulgor. Una vez aprobados los estatutos de la entidad se celebró su auténtica reunión constitutiva en la sede de la empresa madre el 24 de septiembre, nombrándose una Junta Rectora encabezada por Ayala, con Ormaechea como Vicepresidente. Su jefatura apenas duró un año, pero permitió la puesta en marcha de la Caja Laboral el 1 de octubre de 1959. Su primera medida fue la activación del Servicio de Provisión Social, con lo que la entidad pudo cubrir la Asistencia Sanitaria de los 314 socios de Ulgor y Arrasate.[31]

El 15 de noviembre de 1959 la Junta de Patronato de la Liga de Educación y Cultura se reunió en la Escuela Profesional. Hecha la oración de costumbre y leída el acta precedente, José María expuso las dificultades con que tropezaba el centro educativo a medida que había ido requiriendo de personal de dedicación exclusiva y planteó ante los socios la idoneidad de convertir la Liga en una cooperativa de enseñanza, cuyas líneas esbozó. Tal institución, una vez se constituyera legalmente, sería el instrumento de promoción ideal del nuevo centro escolar en que había que pensar de inmediato para solucionar las crecientes necesidades de educación profesional de una población en constante crecimiento demográfico como era la del Valle de Léniz. La moción para la transformación de la entidad en cooperativa titular de la Escuela fue aprobada y la Junta acordó constituir una Comisión encargada de la redacción de los nuevos estatutos, en la que él participó junto a los profesores Juan Leibar, Esteban Illarramendi, Francisco Beitia, Ignacio Altuna y Antonio Basabe, así como una segunda comisión encargada del estudio de la construcción de una nueva Escuela en el terreno reservado hacía veinte años a tal efecto y que servía de campo de fútbol de Juventud Deportiva. En ella participaba también él en compañía de Alfonso Gorroñogoitia, José María Ormaechea e Ignacio Arregui.

Ese mismo mes quedaron definidos los estatutos de una «cooperativa de actividades docentes y educativas de ámbito regional» denominada Liga de Educación y Cultura, cuyo objeto era, según su artículo 2, «la formación y mejoramiento técnico-profesionales, la promoción

---

[31] AJMA, C70: «Caja Laboral Popular», sin fecha; C74: *Reglamento del servicio de Provisión Social de la Caja Laboral Popular,* Mondragón, Mayo 1959; Carta a José María Riaza, 8-6-1959; Carta e «Informe sobre el proyecto de reglamento del "Servicio de Provisión Social" de la Caja Laboral Popular» de José María Riaza, Madrid, 19-6-1959; Carta de José María Riaza, 16-9-1959; Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 258-259; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 145-152; *Interioridades de una utopía,* p. 178; ampliado con JMAFO12.

cultural y educativa de los asociados, de sus familiares y beneficiarios, proporcionándoles oportunidades de acceso a los diversos grados de formación teórico-práctica y cultural en consonancia con sus aptitudes». Estos estatutos salieron ese mismo mes rumbo a San Sebastián y Madrid para su aprobación, que tuvo lugar en abril de 1960. La Escuela quedó bajo el amparo jurídico de esta cooperativa que, a su vez, era tutelada económicamente por la Caja Laboral y las cooperativas integradas en ella. Al margen quedaba la Asociación Liga de Educación y Cultura, con su patrimonio del edificio y solar de Zaldispe, que serviría de sede de la Escuela Profesional hasta la definitiva ubicación de ésta en los terrenos de Iturripe. Esta asociación se convertiría en la década siguiente en otra institución, la Liga de Asistencia y Educación, con fines sociales distintos, que permitirían la transformación del edificio que albergó la Escuela entre 1952 y 1964 en un hospital inexistente hasta entonces en la villa. Desde abril de 1960, la nueva cooperativa docente que daba soporte jurídico a la Escuela Profesional fue amoldándose a la estructura del complejo cooperativo. Los profesores se convirtieron en socios individuales y se adoptó el calendario, horario y régimen económico de las cooperativas industriales.[32]

Espiritualidad cooperativa

Cuando en 1959 los promotores de Ulgor y Arrasate comenzaron a disfrutar los primeros frutos económicos de su gestión, José María atajó cualquier incipiente brote individualista, subrayando que nadie tenía derecho a encerrarse en su empresa para beneficiar únicamente a sus socios de los excedentes obtenidos. El crecimiento de Ulgor no estaba destinado al enriquecimiento personal sino a la solidaridad comunitaria y cooperativa. De esa forma, las enormes cifras destinadas a fondos de reservas irrepartibles, que eran hasta el ochenta por ciento de los excedentes en estos primeros años, se encaminaron a crear más empleos y nuevas actividades industriales, destinadas a la promoción de la experiencia cooperativa. Para velar por que esta moral empresarial fuera asumida por la comunidad de cooperativistas, en este año promovió una amplia labor formativa. Envió a algunos socios a los cursos de la Unión Nacional de Cooperativas dirigida por Riaza y el Instituto Sindical de Formación Cooperativa, y él mismo impartió numerosas charlas y coloquios, que culminaron en mayo en un primer «Cursillo de formación de dirigentes y de vulgarización para cooperativistas», con charlas diarias en las cooperativas y sesiones de estudio

---

[32] AJMA, C35: «Estatutos Sociales de la Liga de Educación y Cultura. Mondragón, noviembre 1959»; Acta de la Junta de Patronato de Liga de Educación y Cultura, 15-11-1959; Carta a Javier Martín-Artajo, 14-12-1959; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa José María Arizmendiarrieta,* pp. 172-173.

en régimen de internado en la Escuela Profesional, uno de cuyos ponentes fue el propio Riaza.

En otoño, mientras iba echando a andar la nueva entidad de crédito, comenzó a colaborar con Riaza y con el Consiliario de la Unión del Campo, el párroco Manuel Sánchez Ariza, en la labor de divulgación cooperativa en toda España. Estos últimos deseaban fundar una Asociación de Estudios Cooperativos y reanudar la Cátedra de Cooperación de la Universidad de Madrid. José María vinculó a esta empresa divulgativa a Guillermo Rovirosa y a ella se incorporó también José Luis del Arco, coincidiendo con ellos en que todo debía llevarse a cabo «al margen de los organismos oficiales». Sin embargo, él trató de distanciarse de cualquier labor que supusiera asumir protagonismo personal: «No estoy de acuerdo en lo que Vd. dice de que no pueda aportar casi nada a los estudios cooperativos. Puede aportar mucho y bueno, singularmente de realidades vivas y eficientes. Por eso insisto en considerarle socio fundador, aunque lo que está por ver es que consigamos sacar la Asociación adelante, porque de no permitírsenos una total independencia, yo no seguiré adelante», comentaba Riaza a José María en una carta.

Su inserción en el debate público cooperativo resultaba la natural derivación de un «plan de divulgación cooperativista» local en el que a las charlas y seminarios unía la comunicación periódica. Efectuaba ésta mediante el boletín de Caja Laboral y las notas sobre el movimiento cooperativista que comenzó a elaborar el mismo mes de nacimiento de ésta. En el primer boletín de esta entidad, mecanografiado y con una maquetación rudimentaria, presentaba las prestaciones médicas del Servicio de Provisión, que entendía como «unos «auxilios» más que «seguros». Se pretende que nadie quede desamparado, pero se quiere que cada uno se decida y aprenda a gobernarse más a sí mismo». El cooperativismo era revolucionario porque buscaba la paz social mediante «un proceso de redistribución de medios económicos y sociales» y, pese a que desde los púlpitos no fuera muy predicado, «no hemos de pensar que este movimiento puede y debe ser ajeno al espíritu de quien reconoce la doctrina evangélica como la llamada a salvar al hombre en todos los órdenes». Se sustentaba en la caridad, que era la ley fundamental del cristianismo, que significaba «colaboración y solidaridad». En el segundo número rechazaba el paternalismo del Estado, «que pretende ahorrar a los ciudadanos toda iniciativa, toda preocupación [pues entonces] los ciudadanos ven que da lo mismo ser fino que vago, ahorrador que derrochón». Frente a esa filosofía estatista y acomodaticia, «la CAJA LABORAL POPULAR ha adoptado para sus socios el tercer camino: el de la protección al amparo de una solidaridad racional». Y así fue cerrándose el año, entre divulgación cooperativista y presentación de la nueva cartilla de Provisión Social, «en la que se registrarán

nuestras operaciones de ingresos y gastos» y que «será un exponente de nuestro espíritu de previsión, orden, ahorro, etc.».[33]

La atmósfera histórica en que tiene lugar el despliegue de la obra cooperativa no es en absoluto coyuntural a sus características modernizadoras. El 25 de febrero de 1957 Francisco Franco había designado el quinto Gobierno de la Dictadura, compuesto por personajes como Mariano Navarro Rubio (Hacienda) o Alberto Ullastres (Comercio), a los que en 1962 se unirán Gregorio López Bravo (Industria) y Manuel Lora Tamayo (Educación). El mismo mes en que se aprobaron los estatutos de Caja Laboral, la política española había virado de la mano del Plan de Estabilización, continuado en la década siguiente por tres Planes de Desarrollo. Comenzó lo que la historiografía ha denominado la «fase tecnocrática» del régimen franquista, adjetivo que hace referencia al nuevo personal que, instalado en varios ministerios claves, promovió un cambio de rumbo económico desde la autarquía hacia el libre mercado. En noviembre de 1958 Navarro Rubio había afirmado: «España no es diferente... las reglas de la economía válidas en otros países son de absoluta aplicación en España». Era un pensamiento fácilmente rastreable en reflexiones del coadjutor desde, al menos, 1945, recuérdese el tono de sus artículos firmados como *Jomarma*. Los nuevos ministros que impulsaron este cambio económico no eran miembros de las tradicionales familias políticas del régimen: no eran militares, ni falangistas, ni de la ACNP. Pertenecían en su mayoría a una agrupación católica, el *Opus Dei,* un instituto secular de espiritualidad pietista, puritana e individualista, fundado por un sacerdote, José María Escrivá de Balaguer, y embarcado en una tarea de formación de elites seglares y religiosas. Eran unos «tecnócratas», pues se definían a sí mismos como técnicos y concedían prioridad al desarrollo económico respecto de la libertad política, con lo que se limitaron a modernizar la tradicional escisión entre liberalismo económico y político tan cara a la derecha católica españolista. Ejemplo de ello fue que en julio 1959 coincidiera el Plan de Estabilización con una Ley de Orden Público que desplazaba la responsabilidad de la represión del ámbito militar al civil, pero que seguía considerando con penas gravísimas todo lo que atentara «contra la unidad espiritual, nacional, política y social de España».

---

[33] AJMA, C69: Carta de José María Riaza, 2-3-1959; Carta a José María Riaza, 10-3-1959; C74: Cartas de José María Riaza, 19-6-1959, 16-9-1959; Carta a José Luis del Arco, 24-9-1959; Carta de José María Riaza, 4-11-1959; C70: *Boletín de Caja Laboral Popular,* nº 1, 2 y 3 (octubre-diciembre 1959); C87: Carta a Guillermo Rovirosa, 26-10-1959; C58: «Guión de un curso de tres lecciones sobre cooperación», Instituto Sindical de Formación Cooperativa, Obra Sindical *Cooperación,* sin fecha; «Observaciones sobre el programa de formación cooperativa»; C57: «Cursillos de Formación de Dirigentes de Cooperativas», 31 agosto a 5 septiembre de 1959; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», pp. 18-19; Ormaechea: *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón,* pp. 538-539.

Los «tecnócratas» soldaron la ética católica a la liberal, intentando adaptar los valores triunfantes en 1939 a las exigencias de la modernización capitalista. Entraron en escena en un tiempo de vertiginoso cambio económico. A partir de 1951 las ayudas americanas obtenidas gracias al feroz anticomunismo del régimen, las facilidades crediticias concedidas por Francia, Gran Bretaña y Bélgica y el crecimiento del turismo contribuyeron a intensificar el crecimiento económico. Fue esbozándose un nuevo horizonte de liberalización económica, relajamiento del intervencionismo, ortodoxia financiera y presupuestaria, apertura hacia los mercados internacionales y fomento del sector industrial. Resultado de todo ello fue el crecimiento de la renta *per capita,* el éxodo de jornaleros y pequeños campesinos a las ciudades y el consiguiente crecimiento demográfico de éstas, especialmente de Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao. En este «decenio bisagra» se produjo un crecimiento del bienestar material y de los niveles de consumo de la población reflejado en la mejora del equipamiento de las viviendas y la duplicación del parque automovilístico español, precisamente los dos sectores a los que iban destinados los productos estrella que fabricaba Ulgor. La industrialización, la urbanización y la terciarización, las tres piezas claves del desarrollismo de los años sesenta, ya estaban presentes a menor escala en los cincuenta.

Empujado por este movimiento social y económico imparable, el régimen de Franco hubo de romper definitivamente con los resquicios autárquicos de su política económica, ruptura que tuvo lugar entre 1957 y 1959, los mismos años en los que se consolidaron las cooperativas, que suponían un desligamiento absoluto respecto del modelo de empresa acomodaticia que había crecido a la sombra de la dictadura. El cooperativismo mondragonés surge como una peculiar respuesta cristiana a los cambios sociales y económicos que estaban teniendo lugar. Forma parte de la nueva España de las furgonetas DKV y las lavadoras populares, de la urbanización masiva y la especialización industrial. Esa atmósfera de cambio económico interesaba a José María y sus colaboradores. Riaza le escribía en septiembre de 1959: «Sigo manteniéndome lo más informado posible de la situación económica, aunque se puede contar con muy pocas fuentes de información. En los ministerios se está como en el más angelical de los limbos».[34]

En octubre de 1959 José María se disculpa ante Manuel Sánchez Ariza por tardar en responderle una carta debido a «unos días de

---

[34] AJMA, C74: Carta de José María Riaza, Madrid, 16-9-1959; Botti: *Cielo y dinero,* pp. 130-140; Raymond Carr: «Introducción», José Luis García Delgado y Juan Carlos Jiménez: «La Economía» y Beltrán Villalva: «La Administración», en J. M. Jover (ed.): *La época de Franco (1939-1975),* pp. XL-XLI, 469-500 y 596; José María Ormaechea: *Medio siglo de la experiencia cooperativa de Mondragón,* Otalora, Aretxabaleta, 2003, p. 42; Hermet: *Los católicos en la España franquista,* I, pp. 113-124 y 261-280; Moradiellos: *La España de Franco,* pp. 116-117.

ausencia de ejercicios» que había tenido. El promotor del movimiento empresarial cooperativo de Mondragón sigue siendo un humilde cura de pueblo, que ha convertido la fábrica en la continuidad de la parroquia. La divulgación cooperativa a que se entrega descansa en una honda espiritualidad. Gustavo Thils, a quien leía con intensidad, definía ésta como una conciencia de las realidades sobrenaturales que conducen a una visión más perfecta de las cosas y a la elaboración de un pensamiento teológico. La espiritualidad así concebida asegura la unidad de la vida y la orienta hacia Dios. La virtud particular en torno a la cual José María se esfuerza diariamente por dotar de unidad su vida es la caridad. El líder movilizador, el empresario de un peculiar e innovador movimiento social como es el cooperativismo mondragonés, es un hombre de una generosidad extrema. En sus cartas, como en sus charlas y opiniones, la primera persona no existe. Su obra es siempre una celebración de lo comunitario, del esfuerzo colectivo del ser humano por emanciparse y alcanzar el progreso material y moral.

Esa generosidad está saturada de una mesura y frugalidad insobornables a cualquier debilidad. A fines de 1958, cuando Ulgor está dilucidando aún su definición jurídica y Caja Laboral es sólo un proyecto en su inquieta cabeza, regresa de unos ejercicios espirituales y se encuentra con una invitación para una cena de homenaje a un importante empresario local. En su contestación confirma su participación en el homenaje pero: «Simplemente a Ud. le quisiera hacer un ruego a fin de que hiciera pasar mi falta de asistencia a la comida sin que significara una desatención o desestimación a su amable invitación, sino simplemente como una cosa normal en la norma que he practicado en cuanto a actos públicos de esta índole». Todo el pueblo conoce su enorme austeridad, que le hace desplazarse en una modesta bicicleta hasta que, un día, por estos meses, camino de la Escuela, una caída sobre el suelo helado de la mañana le rompe la cadera. No ha sido la primera. Una de las que había tenido hacía unos pocos años, le había obligado a recortarse la sotana, que se le había enredado en la cadena de la bicicleta. Pero esta última es especialmente grave y le obliga a aceptar, casi forzado, un ciclomotor *velo-solex* que sus discípulos de Ulgor le regalan.

El 7 de noviembre de 1959 José Luis Arizmendiarrieta fallece en Barinaga. José María oficia el funeral de su aita y se refugia en unos ejercicios espirituales en Loiola. Cierra su intimidad emocional en su interior y trata de arrasar su dolor tal y como entiende que debe hacer para llevar a cabo su misión evangélica. Estos cuatro primeros años de la experiencia cooperativa muestran la intensidad con que se servía de la vida, haciendo que, como afirma uno de sus discípulos, viviera dos, tres o cuatro veces más cada día que cualquier hombre normal. Cartas, ponencias, viajes, estatutos de sociedades, charlas, reuniones, clases jalonan un quehacer cotidiano completado por retiros, eucaristías, ser-

mones, confesiones y oración, convirtiendo su vida en un camino que se hace con el andar de un «sacerdote comido», derrochado en el prójimo, «ambicioso de ser generoso, de hacer cosas por los demás», afirma Ormaechea. Un sacerdote perfeccionista que «ambicionaba la obra bien hecha y no descansaba hasta culminarla y hasta que la necesidad que había captado se hubiese superado, organizado y colmado». De ahí que el conservadurismo de la Cerrajera le llevara a Ulgor, y ésta a Caja Laboral y en ésta el ahorro le condujera a la previsión social. De ahí que la Escuela Profesional le guiara a la conversión de la Liga en cooperativa. De ahí que la Asociación Mondragonesa terminara en la Cooperativa San José. Exigente para consigo mismo y sus discípulos hasta la extenuación.

Y todo ello, para levantar una sociedad cuya dignidad humana seguía pisoteada, como exponía por entonces un inquieto católico, Miguel Delibes, en *Cinco horas con Mario*. Una dignidad sumida en ese «tiempo de silencio» mostrado por el donostiarra Luis Martín Santos, tiempo que regulaba una sociedad cuyo catolicismo superficial y reacio al compromiso social era convertido en esperpento en ese tragicómico recorrido en motocarro por el Madrid navideño que es el Plácido de Luis García Berlanga. Una dignidad a la que era ciego el Francisco Franco que, tres meses antes de aprobar el Plan de Estabilización, con motivo del aniversario de su victoria en la Guerra Civil, inauguraba una inmensa iglesia-panteón, el Valle de los Caídos, memoria pétrea de la contienda civil de que había surgido su régimen, pero memoria singular, persistentemente revanchista, separadora y fratricida, tal como la representó en su discurso inaugural: «Nuestra guerra no fue evidentemente una contienda civil más, sino una verdadera Cruzada (...). La anti-España fue vencida y derrotada, pero no está muerta. (...) No sacrificaron nuestros muertos sus preciosas vidas para que nosotros podamos descansar. Nos exigen montar la guardia fiel de aquello por lo que murieron».

La confrontación con la cultura del nacionalcatolicismo fue un fin primordial de la obra social que había culminado en la empresa cooperativa mondragonesa, depuración en el mundo del trabajo de una espiritualidad «encarnacionista» puesta al servicio de Dios y, por lo tanto, del hombre. El José María de estos primeros años del cooperativismo ha logrado converger en sí las dos grandes líneas de pensamiento teológico de la posguerra: el sacerdocio entendido como sacrificio y como encarnación. La experiencia cooperativa es el resultado de una agotadora vida de vigilias, pobreza, renuncia, humillación y negación. Una vida vivida al ritmo sereno de la bicicleta que le lleva por las calles mondragonesas de la parroquia a las cooperativas y de éstas a la Escuela. Una vida de sotana arremangada en la que la satisfacción personal está siempre ocupada por el prójimo y que sólo unos pocos logran atisbar en su profunda dimensión espiritual. «Muy esti-

mado primo (...) le encomiendo cada día, pero estos días le pediré más por usted al Divino Infante para que le conceda a usted aquello que usted desea conseguirlo que es la santidad de su alma», le escribe un pariente por estas fechas. La santidad, escribe Joaquín Goicoecheaundía, «consiste en la adecuación perfecta de lo que somos en la Iglesia de Dios con la misión que nos corresponde y se nos asigna». En el Congreso Nacional de Perfección y Apostolado de 1956, este mentor suyo había afirmado: «Es necesario convencerse de que ninguna realidad sobrenatural (como el sacerdocio) presenta a nuestros ojos exigencias más estrictas y poderosas de perfección, y buscar después los medios más adaptados para lograr normalmente la santidad». La empresa cooperativa acabó por ser el medio ideal para cumplir una necesidad de santificación propia y comunitaria que José María sentía en lo más profundo de su identidad sacerdotal.[35]

[35] AJMA, C87: Carta a Manuel Sánchez Ariza, 10-10-1959; Carta a Juan José Murua, 16-11-1959; Carta de Eustaquia Lejarbi, Barcelona, 20-12-1958; Carta con firma ilegible, Mondragón, 10-11-1959; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 58-59; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta Madariaga,* testimonios nº 1, 2,18 y 23, pp. 13-14, 60-62 y 78; *Testimonios deAlfonso Gorroñogoitia González y José María Ormaetxea Uribeetxebarria,* pp. 6-12, 16-17 y 20-21; Goicoecheaundía: *Meditaciones y orientaciones sacerdotales,* pp. 108-109 y 116-123; Torra Cuixart: *Espiritualidad sacerdotal en España,* pp. 11-12, 492-497; Moradiellos: *La España de Franco,* p. 136; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* p. 31; ampliado con JMAFO12.

Ejerciendo el ministerio sacerdotal que constituyó la esencia de su vida y su obra social.

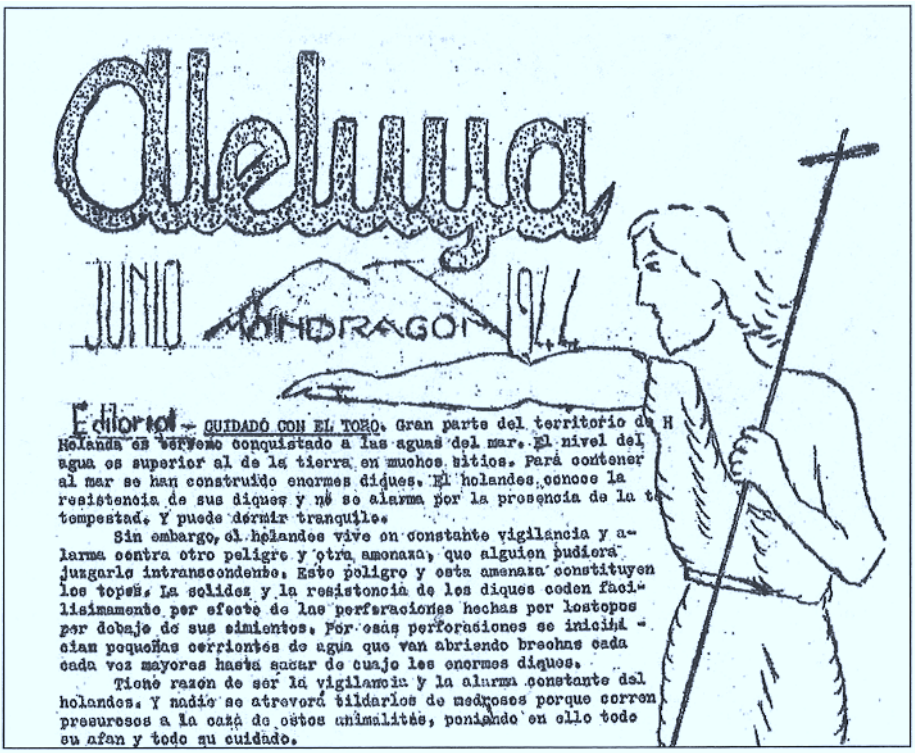
La iglesia de San Juan Bautista.

En la Basílica de Begoña, tras haber oficiado la boda del poeta y escritor euskaltzale Eusebio Erkiaga

Posando con el primer claustro de profesores de la Escuela Profesional y los alumnos a la entrada del edificio. José María está flanqueado por el Director, José Lasa, y uno de los profesores, Mariano Montiano. El resto de profesores que aparecen en la foto son Gaspar Ezkurra, Ignacio Palacios, Prudencio Osinaga, Antonio Balerdi e Ignacio Palacios.

Las Escuelas de Viteri, primera sede de la Escuela Profesional de Mondragón.

Con los jóvenes mondragoneses de la Acción Católica.



Aleluya

JUNIO MONDRAGON 1944

Editorial - CUIDADO CON EL TORO. Gran parte del territorio de H Holanda es terreno conquistado a las aguas del mar. El nivel del agua es superior al de la tierra en muchos sitios. Para contener al mar se han construido enormes diques. El holandes conoce la resistencia de sus diques y no se alarma por la presencia de la te tempestad. Y puede dormir tranquilo.

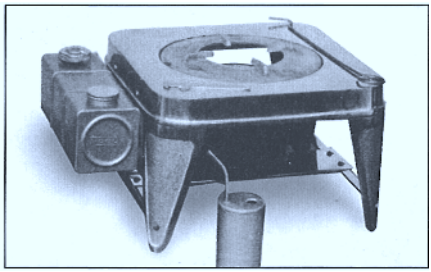
Sin embargo, el holandes vive en constante vigilancia y alarma contra otro peligro y otra amenaza, que alguien pudiera juzgarlo intranscondenbe. Este peligro y esta amenaza constituyen los topos. La solidez y la resistencia de los diques ceden facilisimamente por efecto de las perforaciones hechas por lostopos por debajo de sus cimientos. Por esas perforaciones se iniciaban pequeñas corrientes de agua que van abriendo brechas cada cada vez mayores hasta sacar de cuajo los enormes diques.

Tiene razon de ser la vigilancia y la alarma constante del holandes. Y nadie se atrevera tildarlos de medrosos porque corren presurosos a la caza de estos animalitos, poniendo en ello todo su afan y todo su cuidado.

Cabecera de Aleluya, revista del Apostolado Castrense de la Juventud de Acción Católica.

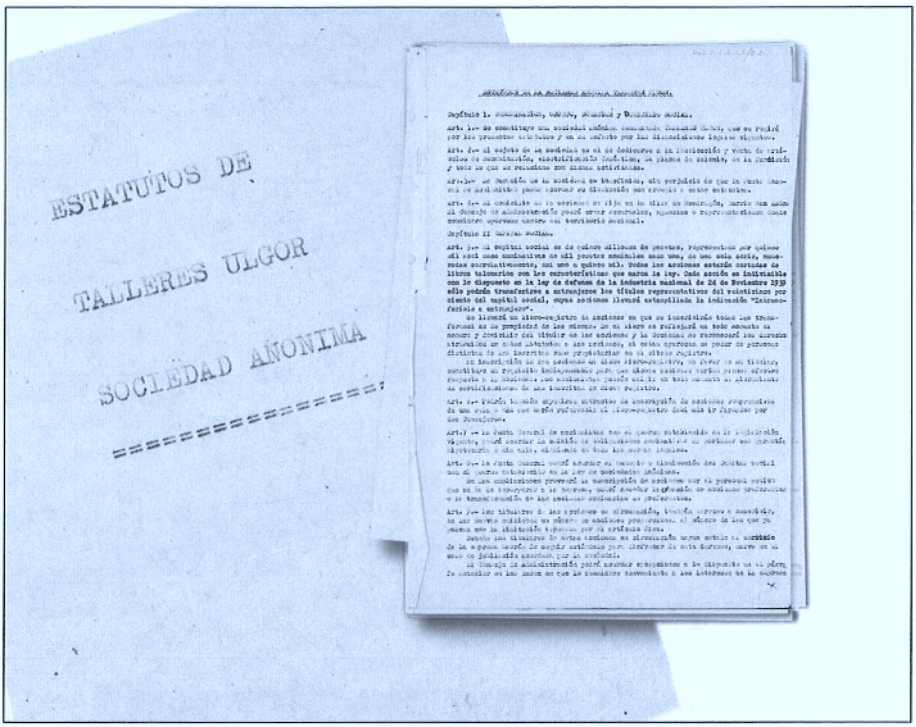
Asistiendo a uno de los cursos de la Escuela Social de Vitoria, situada en el Seminario Conciliar.

De pie: (de izquierda a derecha): Julio Gorroñogoitia, Javier Ortubay, José Antonio Acha, Jesús Larrañaga, José Mª Ormaechea y Alfonso Gorroñogoitia
Sentados: (de izquierda a derecha): Félix González, Ramón Escudero, Luís Usatorre, Javier Aranzabal y Felipe Elustondo.



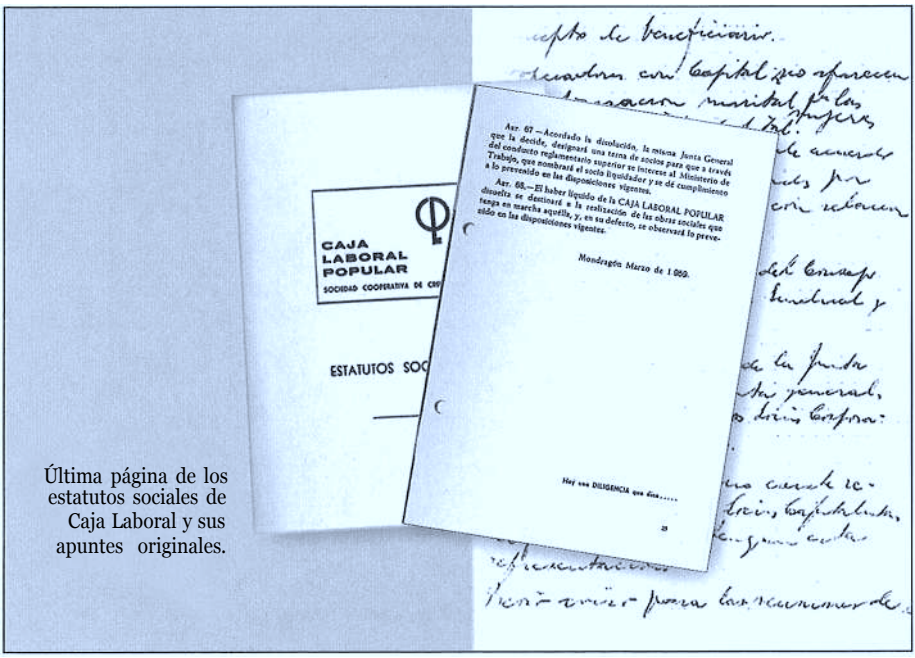
Hornillo de petróleo Tagor, primer producto fabricado en 1955 por Ulgor.

Primer edificio de Ulgor en terrenos del Barrio de San Andrés de Mondragón, en septiembre de 1956, en plena construcción.



Primeros estatutos que redactó para Ulgor, cuando aún confiaba en poder convertirla en una sociedad anónima, periodo que se alargó de 1955 a fines de 1958.

Edificio de Ulgor en terrenos del Barrio de San Andrés de Mondragón, recien construido



Última página de los estatutos sociales de Caja Laboral y sus apuntes originales.

Primera sede de Caja Laboral junto a la iglesia de San Jaun Bautista.

TERCERA PARTE

«PASIÓN»

1960-1976

«De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; sólo hemos hecho lo que debíamos hacer.»

[Lc 17, 10]

7

EL REINO DE DIOS EN LA EMPRESA | 1960-1963

LA CONSTRUCCIÓN DE LA *ULGORÍA*

La cooperación llega al campo

Ulgoría. Éste fue el nombre que, en 1970, Henry Desroche utilizó para describir la experiencia cooperativa de Mondragón. Constituye un cruce entre Ulgor y utopía. La denominación no tendría mayor importancia de no proceder de uno de los principales teóricos franceses del cooperativismo, director del *Collége Cooperatif* de la prestigiosa *École Pratique des HautesÉtudes* de París. El lugar de la utopía en la sociedad constituía la pasión de este eminente sociólogo, para quien el caso de Mondragón constituía un ejemplo sobresaliente de la posibilidad de conjugar ambos conceptos. Tal era el sentido del concepto de *Ulgoría:* la utopía hecha experiencia social. En 1962 Fernando Elena Díaz, colaborador de José María Riaza en el Seminario sobre Reforma de la Empresa de la sociedad madrileña Fomento de Actividades Culturales, Económicas y Sociales (FACES), viajó a Gipuzkoa para preparar una ponencia sobre las cooperativas de producción industrial. La crónica de su viaje constituye una inmejorable descripción de la Ulgoría levantada en el Valle de Léniz.

Lo primero que embarga a Elena a su llegada es «una molesta sensación de complejo de inferioridad» que no se despega de él hasta

pasados los dos primeros días de su llegada. «He trabajado más de seis años en el movimiento cooperativo. He visitado muchas cooperativas y no pocas empresas capitalistas. Sobre todo, he soñado, he pensado y deseado instalaciones modelo para estas entidades. Sin embargo, la realidad de lo que allí he visto ha superado ampliamente mis previsiones. Cuando llegué –era domingo– fueron los tres edificios del sector urbanístico cooperativo, en su aspecto exterior, los que más me impresionaron. Las amplias y modernas naves de la Cooperativa ULGOR, con su puente propio sobre el río para resolver el acceso, jardinillos y bancos en la fachada, de estilo funcional. Al fondo la División de Electrónica, más pequeña, pero más moderna de líneas. Al lado, la nave de Talleres Arrasate, con un aspecto más pesado, de acuerdo con el tipo de fabricación que ya sabía realizaban. En una y otra obras de ampliación y, detrás de los letreros luminosos con el nombre de las entidades, las siglas S.C.I. (Sociedad Cooperativa Industrial).»

Se adentra en la villa. Pasa por su bellísimo ayuntamiento y la maciza iglesia de San Juan Bautista y, de repente, encuentra más cooperativas: «En un bello edificio (después supe que era monumento nacional) se juntaban otras dos entidades. En la planta baja, un moderno autoservicio de la Cooperativa de Consumo San José; en las superiores, la Caja Laboral Popular, también con un gran letrero luminoso, pero sin perjudicar la estética del edificio. Todo le obligaba a comparar «no ya con las realidades [cooperativas] en que acostumbro a moverme, sino con mis sueños y planes maximalistas. La sensación al retirarme a descansar ese día, era parecida a la que tuve en Suiza. Todo muy bien y muy bonito, pero inalcanzable».[1]

Una Suiza enclavada en mitad del País Vasco. Ésa era la *Ulgoría* de Elena. La primera vez que había oído hablar de ella había sido durante la Asamblea Nacional de Cooperativas de 1961, a la que habían asistido José María, Alfonso Gorroñogoitia y Rafael Amozarrain. El evento, inaugurado el 27 de noviembre por el Ministro Secretario General del Movimiento, José Solís Ruiz, reunió más de ochocientas personas entre representantes de cooperativas y observadores extranjeros de renombre como Henry Desroche. Durante su octava conclusión, Ángel Herrera Oria tuvo una celebrada intervención en la que vinculó esta modalidad de empresa a la doctrina del nuevo Papa Juan XXIII. En estas jornadas se debatió con pasión y se lograron importantes conclusiones, especialmente en la ponencia sobre las bases para un nuevo ordenamiento jurídico y fiscal de estas empresas, defendida por José Luis del Arco, quien recordó luego cómo «aquella asamblea magna del coo-

---

[1] Henry Desroche: «En Ulgorie... Mondragon», *Cooperation,* nº 40, 1970, pp. 1-8 (el interés de este sociólogo por las utopías está reflejado en muchas de sus obras: *Owénisme et Utopies françaises,* B.E.C.C., Paris y *La société festive. Du fouriérisme écrit aux furiérismes pratiqués,* Seuil, Paris, 1975, esp. pp. 9-15); Fernando Elena Díaz en Riaza (dir.): *Cooperativas de producción,* pp. 84-85 y 90-92.

perativismo español no fue una iniciativa caprichosa, sino que recogía el cambio de clima que se había operado entre los cooperativistas (...) resultado de una profunda mutación en las circunstancias económicas y sociales operadas dentro y fuera de España. (...) Se había iniciado en nuestro país la liberación económica que venía a poner fin al largo periodo de la posguerra civil y mundial, y nuevos hechos de incalculables consecuencias habían comenzado a influir. La legalidad cooperativa del año 1942 estaba desfasada». El éxito de Ulgor forzó a aceptar en las conclusiones de estas jornadas sobre cooperativas industriales la admisión de capital asociado sin menoscabo de «la supremacía de los socios trabajadores y la posibilidad de rescatarse por éstos o de amortizarse por la cooperativa dicho capital», cambio que influiría en la futura Ley de Cooperativas de 1974.[2]

Pero, pese a su éxito, la *Ulgoría* levantada por José María y sus discípulos constituía una «piedra de escándalo» en el apacible solar del cooperativismo franquista, férreamente controlado por la Obra Sindical de Cooperación. Las cooperativas españolas seguían sesteando por debajo de la apasionada retórica nacionalsindicalista que atronaba en sus asambleas y jornadas de estudio. Y mientras, silenciosamente, la experiencia mondragonesa continuaba. «He oído hablar mucho de las cooperativas de Mondragón y esta misma mañana –es casualidad– he visto descargando un camión de FAGOR en la calle de Fernando el Santo, muy cerca de casa», cuenta un periodista madrileño a José María por entonces. Ulgor distribuye electrodomésticos y mobiliario doméstico e industrial *Fagor* por toda España y aparece incluso en los anuncios luminosos de la plaza de Callao de Madrid, mostrando una potencia económica sin precedentes en el campo de las cooperativas de producción. Su incremento de personal entre 1962 y 1964 fue de un 150%, pasando en un año (de diciembre de 1962 a diciembre de 1963) de 432 a 619 socios trabajadores. Los incrementos de inversión y producción entre 1962 y 1964 fueron de un 131% y un 181%, respectivamente, pasando de más de 75 millones de pesetas de capital inmovilizado en 1962 a más de 127 millones en 1963.[3]

Las cifras del conjunto de la *Ulgoría* eran igual de impresionantes. La Cooperativa San José contaba en 1961 con 600 socios consumidores y Talleres Arrasate con 47 socios trabajadores. En ese año eran ya

---

[2] AJMA, C36: Carta de José María Riaza, Madrid, 22-1-1960; Cartas a José Luis del Arco, 30-1-1960 y Javier Martín Artajo, 21-5-1960; «Estatutos Sociales de la Cooperativa Liga de Educación y Cultura», 6 abril de 1960; C59: Carta de José María Riaza, 21-4-1960; C87, Carta a José Echaide, 20-1-1962; *Arriba,* 28, 29, 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1961; *Mundo Cooperativo,* 30 de noviembre de 1961; Elena: *Cooperativas de producción,* pp. 53-54, 57, 117; *Bosquejo del cooperativismo español,* Obra Sindical «Cooperación», Madrid, 1961, pp. 5-22; José Luis del Arco: «Relato apresurado de una experiencia de treinta años», *Documentos de Educación Cooperativa,* nº 18-19-20, 1972, pp. 32, 44-45; «Asamblea Nacional de Cooperativas», *Cooperación,* nº 16, diciembre 1961.

[3] AJMA, C88: Carta de José de Saralegui, Madrid 30-8-1963; Carta a Beatriz Briceño-Picón, 26-5-1964; Elena: *Cooperativas de producción,* p. 84.

doce las entidades que formaban lo que José María denominaba la experiencia cooperativa de Mondragón, de las cuales siete estaban asociadas entre sí a través de Caja Laboral, que ya había tenido que auxiliar a alguna, como la de San José, que había inaugurado su sede en la calle José María Resusta de Mondragón el 23 de junio de 1960. Su primera planta fue pronto ocupada por Caja Laboral, como atestigua la crónica de Fernando Elena, que menciona, además, una nueva sociedad: «Ya más cerca del pueblo, pero en un emplazamiento envidiable, otro edificio más pequeño, pintado de colores alegres y con grandes ventanas; otro gran letrero rezaba Cooperativa LANA, ésta de agricultores». Se trata de una iniciativa empresarial muy importante por su relación con la impronta campesina que conservaba José María. La puso en marcha recién cumplidos los cuarenta y cinco años, en abril de 1960, valiéndose del veterinario titular del Ayuntamiento de Bidania, José María Tellería, natural de Elgeta, su hermano Jesús y una quincena de agricultores de los valles de Leniz y Aramaiona.

El coadjutor percibía que el sector agrario vasco necesitaba de un fuerte impulso para obtener de sus tierras, pastos, montes, ganado y huertas el mejor provecho posible que compensara el valor de sus bienes y de su trabajo. Llevaba años criticando la distancia del agro respecto de la nueva economía industrial y el cambio tecnológico. Conocía bien sus problemas, no en vano visitaba varias veces al mes a su familia de Iturbe. Sabía que era urgente mancomunar los esfuerzos de los propietarios y sacarles del aislamiento secular. Deseaba incorporar el caserío al exitoso proyecto cooperativo que había promovido, lo que, además, suponía una cierta reconciliación con sus orígenes, a los que había dado un tanto la espalda debido a su obsesión por encontrar una salida a la cuestión obrera. En 1964 pronunció unas palabras que ayudan a comprender sus inquietudes cuatro años atrás: «La cenicienta de nuestros sectores es la agricultura, seguida ya de cerca por la pesca (...). Hay que ayudar al campo, pero no en plan paternalista sosteniendo estructuras y realidades que no sean viables en una economía dinámica y progresivas. Así, fue aleccionando a los agricultores cooperativistas las tardes de los viernes en cuestiones como la participación en ferias y mercados, la compraventa de aperos, ganado y semillas, etc. El 15 de mayo de 1960 éstos firmaron los estatutos sociales que había preparado en su «Remington».

«Quiero poner en su conocimiento que estos días se han presentado en la Obra Sindical de Cooperación los estatutos para la constitución de una cooperativa del campo denominada Cooperativa LANA, a la que pertenecen como iniciadores caseros de Mondragón, Arechavaleta, Anguiozar y Aramayona en número mínimo de diez y seis para echar a andar. Como dentro de muy poco se va a abrir el supermercado de la Cooperativa San José, ha parecido interesante ofrecer a los

caseros una oportunidad para que por sí mismos vayan teniendo una experiencia de algunas actividades comunes, para lo que se les ha brindado un espacio en dicho supermercado donde puedan ofrecer al público sus productos, para lo que deberán ponerse de acuerdo e incluso proceder al envasado u otros preparativos. Además, dentro también de poco va a haber ocasión para que los que se presten a mancomunar sus esfuerzos puedan labrar o cultivar algunos terrenos en ese plan.» Así describía la nueva entidad al Gobernador Civil, José María del Moral.

Los estatutos de Lana fueron aprobados por el Ministerio de Trabajo el 5 de octubre de 1960, encuadrándose la entidad en la Unión Nacional de Cooperativas del Campo. En noviembre se formó su Junta General Constituyente, cuyo secretario fue su hermano Jesús. El 26 de julio de 1961, cuando, tras realizar un estudio de viabilidad, se preparaba un «Centro de recogida y distribución de leche», el coadjutor animó a los socios a incorporar la entidad a Caja Laboral, algo que ya había vislumbrado un año antes, en la citada carta al Gobernador Civil: «Creemos que la Caja Laboral puede rendir un buen servicio, de lo que tendremos ocasión de charlar». Y, pese a toda esta obra, en la intimidad, se reconocía como un indocto en cooperativismo agrícola. Por tal razón declinó la invitación que le remitió la Junta Nacional de las Semanas Sociales, en marzo de 1962, para dar una conferencia sobre cooperativismo agrícola, aconsejando la búsqueda de otro experto, pues «me he dedicado a cooperación industrial, mi experiencia es fundamentalmente de formación y técnica industrial».[4]

Definición de una cultura empresarial

José María sabía que su esfuerzo promotor del cooperativismo resultaría inútil si el nuevo tejido asociativo carecía de una identidad propia, una cultura empresarial que guiara la vida de los centenares de trabajadores-empresarios implicados en él. No bastaban sus charlas y discursos en las cooperativas, su colaboración en la elaboración de las memorias anuales de Ulgor y Caja Laboral. Ni siquiera bastaban los boletines internos de las cooperativas ni las hojas de periodicidad variable que elaboraba. Toda esa labor comunicadora debía dotarse de un Órgano de referencia, capaz de llegar a cualquier cooperativista, que permitiera crear un auténtico movimiento social. En septiembre

---

[4] AJMA, C36: Carta a José María del Moral, 21-5-1960; C61: «Estatutos Sociales de la Cooperativa L.A.N.A.», sin fecha; Encuesta sobre la situación del caserío (posiblemente el encuestado es el propio José María Arizmendiarrieta), sin fecha; C63: *Boletín de la Cooperativa San José,* nº 7, Junio 1960; C87: Carta de Carlos Ruiz del Castillo, Madrid, 23-3-1962; C88: Carta a Carlos Ruiz del Castillo, 28-3-1962; Elena: *Cooperativas de producción,* p. 91; Ormaechea: *Orígenes y claves,* pp. 409-411 y 466; «El hombre que yo conocí», p. 53.

de 1960, nada más comenzar el nuevo curso de la Escuela Profesional, organizó una reunión en los locales de Caja Laboral en Mondragón a la que asistieron, entre otros, José Ayala, Esteban Illarramendi, José Urtubi y Juan Leibar. En ella expuso su nuevo proyecto: crear una revista destinada a los cooperativistas. Se pusieron manos a la obra, él el primero. Ese mismo mes nació, impreso a ciclostil, *Cooperación,* que, como luego su sucesora *T.U.,* se constituyó en la tribuna de comunicación ideal de su apostolado moral en torno al nuevo modelo de empresa cristiana. De ahí que todos los editoriales de la revista, hasta 1976, fuesen suyos y los dedicara a exponer sus pensamientos, sus advertencias, sus iniciativas... En definitiva, su doctrina.

Su concepto de publicación, tanto en su inicial apelativo de *Cooperación* como en el definitivo de *T.U.* era espartano, como su filosofía empresarial. Editada a ciclostil a partir de originales redactados a máquina sobre papel encerado, carecía incluso de cuadro editorial hasta que la legislación lo impuso. Sus artículos y secciones eran siempre anónimos y la revista carecía de alarde artístico o tipográfico alguno. Este diseño editorial la debía hacer cercana y amena y, sobre todo, manejable, fácil de ser guardada en el bolsillo o de desprenderse de ella una vez hojeada. Se trataba de un producto destinado a elaborar una conciencia más social que empresarial, despegado de aditamentos superficiales (pasatiempos, dibujos, anuncios, fotografías) que debía ser «algo nuestro, [que] debemos [hacer] entre nosotros sin dejarlo en manos de profesionales o de publicidad». Algo que continuase el perfil popular de su doctrina social, alejado de la abstracción erudita. De ahí que sus editoriales, pese a la complejidad de sus exposiciones, con abundante recurso a subjuntivos y verbos impersonales, tuviesen un aire de plática, en su línea de pensamiento «en voz alta», recurriendo en abundancia a preguntas retóricas, sentencias provocativas y citas destinadas a hacer pensar, sin fuentes teóricas, con mayúsculas para subrayar las ideas sustantivas y sin prestar atención incluso a las faltas ortográficas, en la línea de lo practicado por él en anteriores revistas, boletines, folletos y hojas volantes. No importaba el medio, sino el mensaje; no el continente, sino el contenido.

«Hay una doctrina, la doctrina de COOPERACIÓN, cuyo conocimiento y divulgación tiene que hacer mucho bien entre nosotros como está haciendo en otras partes. (...) Uno no nace cooperativista, porque ser cooperativista requiere una madurez social, un adiestramiento de convivencia social. Para que uno sea auténtico cooperativista, capaz de cooperar, es preciso que haya aprendido a domesticar sus instintos individualistas o egoístas y sepa plegarse a las leyes de cooperación. Se hace uno cooperativista por la educación y por la práctica de la virtud. Realmente el hombre no ha venido al mundo para vivir en estado salvaje, sino en sociedad y para realizar su misión necesita COOPERAR

CON DIOS Y CON SUS SEMEJANTES. Exclusivamente por este camino consigue triunfar.» En esta editorial del primer número de septiembre de 1960 sintetiza los principios de su pensamiento empresarial: el ser humano es un individuo social perfectible, destinado por Dios a transformar la naturaleza, que halla en su condición cooperativa el secreto de su dimensión trascendente.

«El destino terrestre del hombre está claramente expresado en la primera página de la Biblia: "que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los animales y sobre la tierra entera. Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza". Gn. 1,26 (...) El hombre, aceptando el designio que Dios ha tenido al crearle, debe ser esencialmente artífice, creador de cosas nuevas, realizador de aquellas formas con las que la naturaleza sirva mejor a sus necesidades. "La naturaleza del hombre es el artificio", ha dicho acertadamente un pensador de nuestros días. El hombre, fiel a su destino, tiene que dominar la naturaleza (...) [y] hacer un mundo nuevo, que en primera instancia tiene que ser humano, para que siendo a la medida del hombre, lo sea del agrado de Dios (...). El trabajo es una pieza de la construcción del mundo y religiosamente hablando es un factor decisivo del gobierno divino. (...) La solidaridad que une a los hombres convierte al trabajo en una fuerza de liberación». La solidaridad se convierte en la palanca fundamental del cooperativismo, así lo destacaba en noviembre de 1960, y así lo recordaría un año después, en agosto de 1961: «Quien va a una cooperativa, no debe ir a la misma pensando en la propia promoción como algo apetecible y asequible sin necesidad de pensar en los "demás". (...) LA SOLIDARIDAD BIEN SENTIDA DE LOS COMPONENTES DE NUESTRAS COOPERATIVAS ES LA FORTALEZA DE ÉSTAS».

De la mano de este ideal humanista del trabajo llega en abril de 1961 a una de sus mejores definiciones de la cooperación, dotada de ese sentido paradójico que concedía a sus obras y reflexiones: «LA COOPERACIÓN ES UNIÓN DE PERSONAS QUE HAN SABIDO ACEPTAR las limitaciones de la propia voluntad en la medida que requiera el bien común», que han sabido aceptar que «las servidumbres nos liberan (...). Creemos que tratar de conjugar algo más que las exigencias de una auténtica eficiencia del trabajo en nuestros centros de trabajo, en nuestros talleres u oficinas, UNA VEZ QUE NUESTRA ESTRUCTURA SOCIAL nos garantiza la justa participación de los resultados de nuestra actividad, es resistirnos a la aceptación de una de estas servidumbres, cuya aceptación está llamada a reportarnos bienes a la larga». Y es que, según había advertido en octubre de 1960, «cuando el afán de lucro es el eje de la estructura y desenvolvimiento de las fuerzas de trabajo, estamos despojando al trabajo de su mejor timbre de gloria. Por otra parte, en esta situación es inevitable la lucha de clases

y de homvres [sic] entre sí». El cooperativismo significaba la concepción del trabajo como una «servidumbre liberadora», de carácter solidario, comunitario, espiritual, cristiano... Y efectivo: «Organizar la empresa significa (...) UNA CONSPIRACIÓN COMÚN para que se trabaje cada vez con mayor rendimiento, La CLAVE de la organización empresarial que nos debe interesar a los cooperativistas es la PRODUCTIVIDAD. (...) No trabajamos por placer, ni por simple distracción. Aun cuando lo hicieramos por colaborar en la obra de Dios, no debe ser ajeno a nuestro espíritu la preocupación por el rendimiento». Éste debe ser sustancial con el fin «de satisfacer (...) el bienestar general, de cuyas exigencias no debemos olvidarnos nunca».

El trabajo productivo y el ahorro destinado a inversión comunitaria constituían los dos referentes del cooperativismo en tanto que movimiento empresarial. Y es que ambos factores permitían integrar en la empresa cooperativa un factor capital que cada vez iba a obsesionarle más, subrayado desde sus tiempos de la abortada revistilla obrera *Voy,* hacía veinte años: la innovación tecnológica. «El gran desarrollo económico moderno, que permite hoy una amplia satisfacción de las aspiraciones del bienestar humano, ha arrancado de los descubrimientos científicos.» El progreso técnico era inseparable del ahorro y la inversión: «En nuestro concepto hay que ganar lo suficiente para cubrir las necesidades vitales y poder ahorrar una parte. Esta es la doctrina social cristiana. Mientras los que trabajan no ahorren una parte para poder luego destinarlo a la inversión, es decir a la compra o adquisición del utillaje, herramental, etc... estamos en un círculo sin salida», dice en marzo de 1962. En enero de ese año había dejado escrito: «Un hombre, una familia o un pueblo entran en la fase de auténtico "despegue" económico, inasequible a la penuria, cuando consiguen que su trabajo produzca algo más de lo que puede ir al consumo». El cooperativismo, decía un mes después, «no tiene que ser desertor del glorioso mundo de los trabajadores (...). De ahí que la responsabilidad nos debe llevar a sentir la solidaridad [en el consumo] con los demás trabajadores».

Perfilaba así el cooperativismo como una auténtica cultura empresarial sustentada en la concepción del trabajo como fuente de identidad personal. Toda identidad es una definición de la persona que ayuda a situar a ésta en su dimensión social, representando su lugar en la sociedad mediante criterios de exclusión e inclusión que generan mecanismos de sociabilidad. En la identidad cooperativa el trabajo, determinado por una serie de valores (cooperación, solidaridad, responsabilidad, esfuerzo, esperanza) constituía el criterio fundamental de identificación. En mayo de 1963 proclamaba: «Los egoístas y los individualistas son la quinta columna de la cooperación. La justicia social, la generosidad, la honradez y lealtad, la responsabilidad, etc. son VALORES a través de los cuales se alcanza el verdadero bienestar

humano». El trabajo y el ahorro, inmersos en un modelo de empresa comunitaria, eran el mejor cauce para alcanzar la espiritualidad trascendente del individuo. Desde su tribuna de Cooperación, José María convirtió la cultura del trabajo en una auténtica identidad social; que alcanzaba sentido en su oposición a la cultura del consumo, que comenzaba a prosperar gracias al desarrollismo y conducía al individualismo, el materialismo, el ateísmo y la violencia.[5]

El género en la empresa

En el comienzo de esta década, José María coleccionó en variados dossieres numerosos artículos de *ABC, Diario Vasco, Ya,* etc. Todos remitían a la promoción del trabajo y el ahorro en una coyuntura de desarrollismo que debía disponer de capitales destinados a la inversión tecnológica. «Se ha repetido hasta la saciedad que nuestra política de desarrollo no tiene un carácter exclusivamente económico, sino de promoción social», subrayaba a mano en un artículo de *ABC.* «Capitalizar no es meramente ahorrar, sino el sistema económico y financiero que permite acumular en un país y momento histórico dados los extraordinarios medios de capital necesarios para hacer posible el tránsito de una economía basada en la producción de minerales y de frutos a la de otra basada en la producción de cosas (artefactos) y servicios especializados», se apuntaba en otro artículo que tomó de ese periódico.

El contexto de desarrollismo está muy presente en las páginas de Cooperación, reflejo de un tiempo de cambio económico del que la misma experiencia cooperativa era exponente. Pero si sus discípulos habían sabido adelantarse, en presupuestos de inversión tecnológica y producción de bienes de consumo masivos, a este nuevo tiempo histórico, él siempre iba un poco por delante, vislumbrando los efectos más nocivos que éste, en el terreno ético y moral, podía implicar. La fundación de Lana y la atención que la revista concedía mes a mes a las actividades de esta cooperativa agrícola tienen mucho que ver con el hecho de que la rápida industrialización y terciarización de la economía

---

[5] Las citas textuales están tomadas, por orden sucesivo, de las editoriales de José María para *Cooperación,* nº 1, septiembre de 1960, y nº 3, noviembre de 1960; «Nuestro punto de apoyo», nº 12, agosto de 1961; «Las servidumbres que nos liberan», nº 8, abril de 1961; «Cooperativistas de cara y espalda», nº 19, marzo 1962; «Transformación mental», nº 17, enero de 1962; «Responsabilidad y solidaridad», nº 18, febrero de 1962; «No sólo de pan vive el hombre», nº 33, mayo 1963. La reflexión final parte de Sáez de la Fuente y Sánchez Maus: *Perplejidad ante las vocaciones,* pp. 35-36; Enrique Gil Calvo: *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografía,* Taurus, Madrid, 2001, pp. 41-51. Las referencias al diseño de la revista en AJMO, Carta de Juan Leibar a José María Ormaechea, 30-10-2003, p. 8; *Informaciones de la Escuela Politécnica Profesional,* nº 98, 7-3-1977; Juan Leibar: «Agur», p. 86; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* p. 121. El concepto de cultura que identifico con el cooperativismo lo tomo de Rafael Cruz: «La cultura regresa al primer plano», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (edits.): *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Alianza, M, 1997, p. 20 y Antonio Ariño: *Sociología de la cultura. La constitución simbólica de la sociedad,* Ariel, Barcelona, 1997, pp. 8-10,101-105 y 140-142.

española se hiciese a costa de la agricultura, debido al escaso empeño puesto en su modernización. La consecuencia de ello era su abandono masivo por jornaleros, arrendatarios y pequeños propietarios agrarios, en pos de las nuevas actividades fabriles que, concentradas en las ciudades, generaban un movimiento migratorio sin precedentes del campo a la ciudad y el consiguiente crecimiento demográfico de una clase obrera que demandaba cualificación. Una nueva masa, más proclive a la demanda de derechos y reformas en una coyuntura de apertura internacional, intensificó la conflictividad social, y su politización en beneficio de la oposición política a la Dictadura. Esta nueva masa obrera era la que encontraba en Mondragón la posibilidad de superar ese horizonte conflictivo mediante su participación en los beneficios de su trabajo: el cooperativismo.

En junio de 1962, José María comentaba esta coyuntura: «hoy, después de la prueba [la Estabilización], es menester decir que el DESARROLLO ECONÓMICO es una convocatoria para un esfuerzo mancomunado, progresivo y constante de todas las fuerzas económicas». Exponía su doctrina, además de en las editoriales de Cooperación, en otras secciones en las que, además de él, colaboraban el resto de redactores, la mayoría profesores de la Escuela Profesional. Una de ellas estaba dedicada a «Doña Paula», una típica madre de familia mondragonesa cuya ficticia vida cotidiana era relatada mes a mes, permitiendo exponer principios fundamentales del cooperativismo que también eran objeto de muchas otras secciones de la revista: el ahorro y la inversión, la tipología del capital, la sobriedad y austeridad en la bebida y comida, etc. Hasta tal punto llegaba la influencia de José María en el diseño del contenido de la revista que, en 1962, comenzaron a aparecer secciones que exponían sentencias intelectuales destinadas a hacer pensar al lector, siguiendo la pedagogía que utilizaba en la Acción Católica o la Escuela Profesional. Todo este discurso de persuasión ideológica carece de sentido si se divorcia del contenido general de la revista, interrelacionado siempre con su línea editorial. Uno de sus puntos básicos lo constituía el horizonte económico y social europeo. La Europa del Tratado de Roma estaba presente incluso en las secciones en euskera destinadas a Lana.

Alemania y Francia constituyen los dos países que acaparan la mayor cantidad de reflexiones, tanto de sus editoriales como de los artículos monográficos que salpican la revista. Los socios directivos de Ulgor insertaban en la revista crónicas contando sus viajes de negocios por estos países, con reflexiones acerca de los valores empresariales que encontraban allá en comparación con el subdesarrollo mondragonés. Y es que el horizonte de desarrollo no se debía perder en abstracciones como la nación a la hora de ser aplicado. Era necesario que sirviera, antes de todo, como referente del trabajador local, espe-

cialmente en actitudes de superación, cooperación, esfuerzo, productividad y ahorro. Por ello alemanes y franceses eran modelo para el cooperativista mondragonés incluso en el consumo de alcohol o el gasto suntuario, según patrones de moderación, austeridad, etc. En septiembre de 1961, un artículo monográfico del boletín comparaba las magnitudes del desarrollo español con Europa según un doble baremo: la producción de electrodomésticos y la construcción de viviendas. El electrodoméstico, pieza clave del éxito industrial cooperativo, era referente del bienestar de la Europa admirada por José María.[6]

Electrodoméstico y autoservicio, las dos piezas claves de la empresa cooperativa, constituían dos referentes para afrontar un problema acuciante: el del género. En el decenio desarrollista se produjo una amplia incorporación femenina al trabajo remunerado. Las cooperativas fueron abriendo sus puertas a las mujeres, en ocasiones masivamente, caso de Fagor Electrónica o Copreci. Sin embargo, lo hacían como mano de obra barata, para puestos de escasa responsabilidad y que requerían una pequeña cualificación (auxiliares de laboratorio y oficina, montadoras, etc.). Como dictaba la regla del mercado laboral, la mujer participaba en trabajos de signo rutinario y repetitivo, carentes de un potencial emancipador similar al masculino. Pese a todo, este salto de su actividad laboral afectaba a sus ocupaciones tradicionales, pues iba unido a la aparición de los electrodomésticos y los espacios de distribución selectiva y rápida de bienes de consumo: los autoservicios.

José María soñaba con equiparar la formación técnica de la mujer joven a la de los hombres. En enero de 1961 se preguntaba si «no se podría pensar en una fórmula cooperativa para reunir en trabajo común a estas chicas». Pero aspiraba a una especie de cuadratura del círculo, pues pretendía que tal equiparación no afectase la vocación maternal que la Iglesia consideraba connatural a su condición sexual. La sección de «Doña Paula» constituía una reflexión sobre las características de la maternidad (y paternidad) responsables. Pero no era suficiente. Ya en el primer número de la revista comienzan a aparecer artículos monográficos sobre la mujer del desarrollismo: «Quisiéramos que las mujeres tuvieran acceso a estas páginas y les prometemos que se insertarán sus puntos de vista y opiniones sin censura masculi-

---

[6] AJMA, Transfer 1, dossier de artículos de prensa, años 60; «A propósito del desarrollo económico», *Cooperación,* nº 22, junio de 1962; «Doña Paula tiene un hijo» y «*Kooperatiba salletangu baño aurretik dabiltzanak»,* nº 1, septiembre 1960; «Reflexiones de carácter económico», nº 3, noviembre 1960; «Doña Paula preocupada», nº 9, mayo 1961; «España, país con grandes perspectivas de desarrollo», nº 13, septiembre 1961; «Una lección de los Estados Unidos», «¿Qué perspectivas nos ofrece el Mercado Común?», nº 18, febrero 1962; «Noticias económicas», nº 20, abril 1962; «Cuando Europa se une para vender chocolatines...», «Las bebidas preferidas de los alemanes», «El capital y el ahorro», nº 22, junio 1962; «Cosas que hacen pensar», «El capital comanditario», «Valores humanos», «Frases que hacen pensar», nº 25, septiembre 1962.

na en este Boletín. (...) La COOPERACIÓN es una doctrina y un sistema no menos interesante para las mujeres que para los hombres». En los números siguientes se genera una interesante discusión en la que un anónimo redactor apunta hacia la necesaria promoción educativa y cultural de la mujer en proporción paritaria con el hombre. Las colaboraciones femeninas destacan por su crítica a la opinión minusvaledora que los hombres tienen del trabajo doméstico y la reivindicación de la honorabilidad de éste y del derecho de las mujeres a ser algo más que amas de casa. José María insiste en que el electrodoméstico y el autoservicio constituyen dos instrumentos muy indicados para rentabilizar el trabajo del hogar y la promoción femenina.

Su perspectiva de género era moderna, pero no asumía aún una equiparación radical entre el hombre y la mujer. Como especificaba en octubre de 1962, la maternidad sentenciaba la desigualdad natural entre ambos: «No podemos oponer reparos a la proclamación de la igualdad de derechos si tal igualdad significa el respeto a su dignidad íntegra y el acceso de la mujer a actividades y responsabilidades en consonancia con su naturaleza y misión (...). La maternidad es el eje y centro de la vida afectiva, social y hasta económica de la mujer (...). Transitoriamente puede estar presente en todas las actividades y con carácter definitivo en la medida que ello sea compatible con el ejercicio de su misión». Así, «la convivencia que se impone a la mujer y la que le ha de dignificar a lo largo de la vida ha de ser la que se inspira en su condición de madre y esposa (...). Hay que salvar a toda costa las exigencias de la familia: es la primera célula social, la cuna de la Humanidad».

Esta defensa de la familia y de la función troncal en ella de la mujer, que había asumido desde su infancia en Iturbe, no era, sin embargo, ciega a los problemas que generaba en la nueva identidad femenina. Entre 1961 y 1962 participa, como consejero matrimonial, en un problema de pareja que vive un trabajador de Ulgor, manteniendo una activa correspondencia con él y su mujer: «Acabo de leer la suya del 6 del corriente y tengo que alentarla a que siga llevando con dignidad la cruz de la vida por Dios y por sus hijos dejando a su propia persona en segundo término como hacen todos los buenos padres o madres». Pero esa cruz no significaba una resignación ante el problema de pareja, sino un presupuesto destinado a su solución. La mujer de este trabajador desea ser algo más que una ama de casa, desea trabajar y alcanzar una mayor estima personal, y él es incapaz de forzarle, como era común en sus compañeros de ministerio, a una elección unilateral por el hogar: «En cuanto a la cuestión que me plantea sobre la determinación para trabajar y ganar la vida por el propio esfuerzo, es algo que no le puedo decir que lo haga ni que no lo haga, ya que tiene Ud. perfecto derecho a ello». Su espiritualidad le dicta aconsejarle el sacri-

ficio sin recompensa, su renuncia a la felicidad por la de los hijos, si bien «eso sólo cabe hacer por Dios: lo demás sería un absurdo». Sólo la fe puede llevarla a una elección que, de otra manera, no tiene sentido, dado su perfecto derecho a disponer de su voluntad.

Afronta la cuestión de la identidad femenina no tanto desde el prejuicio machista que saturaba la cultura masculina (y femenina) de la época, como desde la mística de mortificación de su espiritualidad sacerdotal. En una carta del marido, éste acude a una de las figuras más clásicas de la cultura patriarcal de la época, el mito por antonomasia al que han recurrido sucesivas generaciones de hombres para rehuir el conflicto personal que muchísimas mujeres sentían al verse empujadas a una función doméstica que implicaba un aluvión de carencias de valoración personal: «V. sabe D. José M.ª que Ángeles en el fondo es una buena mujer y yo, como en varias ocasiones le he manifestado, la quiero profundamente, ya que su único si se puede llamar defecto son sus *nervios* que ni ella misma puede dominar; sin embargo, tiene muchas virtudes que imparcialmente puedo enumerar». José María le contestaba que esos *nervios* a que aludía eran una enfermedad psicológica de terrible condición social «por eso mismo de que a veces no parecen enfermedades». Limitado en sus capacidades mediadoras, sólo podía ofrecer en último término su oración y su presencia mediadora: «Yo no puedo dejar de confiar en mis oraciones. Les digo que todos los días les encomiendo (...). Como tengo esta fe ciega en Dios, me sigo resistiendo a pensar que no tengan solución sus problemas y que Uds. no sean capaces de sobrellevarse mutuamente pensando en esos hijos».[7]

La cultura del trabajo comunitario que pregonaba desde sus editoriales de *Cooperación* establecía una norma de obligado cumplimiento de la que no escapaba ni la Iglesia: «Muy respetable Superiora. Acabo de leer la carta que Uds. han escrito a TALLERES ULGOR para mí como si yo fuera el director de aquéllos. No soy director de ninguna fábrica y por tanto tampoco de Talleres Ulgor (...). Conocen los directores de Ulgor su deseo y no tendrán inconveniente de enviarles los catálogos que les solicitan y en cuanto a todo lo demás seguirán con Uds. el criterio que tengan, pues han de imaginarse que no podrán

---

[7] AJMA, C87: Carta a Mª A. Pozuelo, 9-12-1961 y 15-2-1965, carta de M. Martín, Valladolid, 27-10-1962 [la cursiva es mía]; «Un problema de las mujeres en que opinan los hombres», *Cooperación,* nº I, septiembre 1960; «Colaboración femenina», nº 2, octubre 1960; «La promoción de la joven», nº 3, noviembre 1960; nº 5, enero de 1961; «Desigualdades naturales», nº 26, octubre 1962; Leibar: *La mujer en la vida, en el pensamiento y en la obra...,* pp. 23-26; Moradiellos: *La España de Franco,* p. 146; Mª Esther Martínez y Mª Paz Pando: «El trabajo de las mujeres entre 1950 y 1965», en J. Cuesta (dir.): *Historia de las mujeres en España. Siglo XX,* Cyan Proyectos, Madrid, 2003; Emilia del Barrio: *Historia de las transgresoras. La transición de las mujeres,* Icaria, Barcelona, 1996; Francisco Arriero Ranz: *La voz y el silencio. Historia de las Mujeres en Torrejón de Ardoz 1931-1990,* Editorial Popular, Madrid, 1994, esp. pp. 102-197 [estudio muy interesante por la similitud sociológica de este municipio madrileño y el mondragonés].

dedicarse a hacer beneficiencia sin considerar nada más que la necesidad a que apela cada solicitante. He leído con todo interés su carta, cuyo contenido pone al descubierto las necesidades que están pasando (...) [que] son evidentes. Lo que no es tan evidente es que este estilo de necesidades haya que resolverlos por este procedimiento de solicitar ayuda (...). A la vista de los problemas comunes que tienen las comunidades religiosas del estilo de la suya, ¿cree Ud. que no es necesario que este tipo de comunidades evolucionen adoptando otras medidas más radicales que el simple recurso a la providencia divina por esta vía de petición de limosnas? (...). Naturalmente, las soluciones más acertadas no son las que más complacen a cada uno de los que las deseamos».

Una congregación religiosa pretendía que Ulgor equipara su edificio gratuitamente, *pagándolo con oraciones,* y acudía a él para que, en su calidad de sacerdote, mediara a su favor. Y él era incapaz de transigir con esta práctica limosnera, producto de una cultura absentista y rentista, basada en una caridad improductiva por cuanto estaba divorciada del trabajo físico. Una cultura religiosa contra la cual se había levantado airadamente hacía treinta años el movimiento de espiritualidad a que pertenecía. Año y medio después de esta carta dejó clara su postura en *Cooperación* con su tradicional estilo publicista: «El cooperativista, en su faceta de consumidor o administrador de unos recursos que le ha proporcionado su trabajo, no puede hacer lo que se le antoja como si en ese campo no tuvieran nada que ver sus principios cooperativos. NO COMA QUIEN NO TRABAJE. Esta es una expresión dura, pero entraña un principio muy digno de tenerse en cuenta en un mundo en el que la naturaleza de por sí da poco o nada en condiciones directas de satisfacer las necesidades humanas. (...) [Lo] normal y correcto es que cada uno (...) se permita un nivel de consumo en correlación con su aportación a la producción. Es lo mismo que decir, en otros términos: "no coma quien no trabaja"». Evidentemente, no hablaba sólo para los cooperativistas...[8]

La mística cooperativa

Cooperativismo y espiritualidad son indisociables en su pensamiento. Es más, al cooperativismo se llega por una honda inquietud social cristiana que satura las mismas páginas de *Cooperación.* En febrero de 1962 aparece la primera sección monográfica religiosa, «Dios opina...», que comienza anunciando el sentido cristiano de la doctrina de la cooperación: «Todo cooperativista que realmente lo sea y está de lleno metido en este movimiento, ha de estar necesariamente guiado y em-

[8] AJMA, C87: Carta a Sor María de los Ángeles Cabo, 20-6-1960; «Cooperativistas de cara y espalda», *Cooperación,* nº 19, marzo 1962.

pujado por un elevado ideal (...) si, además, este cooperativista es cristiano y el hecho de serlo supone algo en su vida, ha de tratar de ver y conocer cuál es la opinión de Dios, si realmente existe, sobre las tareas que va llevando a cabo sobre la tierra en que vive». El cristianismo conduce al cooperativismo, si bien subraya que el humanismo de esta fórmula empresarial no tiene por qué estar obligatoriamente mediado por Jesucristo. En agosto de 1963, la sección pasa a denominarse «El gran ausente». Aquí se subraya cómo «por las mil variedades que constituye la realidad de nuestro mundo material, se puede ver claramente la bondadosa mano de un Dios que prepara la habitación de sus hijos». Un Dios que habita también la fábrica: «Una pieza mal torneada, un ajuste que es un coladero de luz, sin más nos dicen que el padre que los trajo a la realidad es, sencillamente, un chapucero. Un cigüeñal perfectamente torneado, una obra maestra de ingeniería, nos hablan de sus realizadores de una manera elogiosa (...) las obras, por sí mismas, ensalzan la inteligencia, la habilidad y la sensibilidad de los creadores. Otro tanto podríamos decir de la Creación».

Es difícil precisar si estos textos fueron redactados por él, probablemente sí. Independientemente de ello, reflejan su voluntad de cuidar la orientación cristiana de la cultura cooperativa, que aparecía en su tribuna editorial ya desde el primer número: «Realmente el hombre no ha venido al mundo para vivir en estado salvaje, sino en sociedad y para realizar su misión necesita COOPERAR CON DIOS Y CON SUS SEMEJANTES. (...) EL PRIMER COOPERATIVISTA fue precisamente Adán. Y quien le propuso un sistema de COOPERACIÓN fue nada menos que Dios. (...). La primera página de la Biblia nos dice que Dios creó al hombre y le puso en medio del paraíso "para que trabajara" (...). Desde este momento el hombre trabaja y con el trabajo coopera en la obra de la creación. (...) Dios hace al hombre socio de su propia empresa, de esa empresa maravillosa que es la creación (...). Dios le dio de baja en el paraíso, que entonces se acabó. Pero mantuvo su compromiso de cooperación y no le dio de baja como socio de su empresa. Después del pecado el trabajo empezó a resultar penoso para el hombre, pero no deja de ser fecundo y sigue estando [llamado] a desempeñar un gran papel en la evolución y transformación del mundo».

Con esta sencillez exponía su filosofía del trabajo cooperativo en tanto que reflejo de la huella divina en la humanidad. Una filosofía que contaba en este época con un eminente colaborador: el Vaticano. La doctrina social de Juan XXIII, sintetizada en la encíclica *Mater et Magistra* (1960) y, posteriormente, en la *Pacem in terris* (1963) respaldó su pensamiento y obra. «Comprendemos el acento de grave angustia que el Papa Juan XXIII ha puesto en su nueva encíclica (...). Vaya como botón de muestra un parrafito que tiene mucho que comentar: "La justicia ha de ser respetada no solamente en la distribución de la

riqueza, sino además en cuanto a la ESTRUCTURA DE LAS EMPRESAS en que se cumple la actividad productora. (...) Por tanto, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico, son tales que comprometan la dignidad humana (...) UN TAL SISTEMA ECONÓMICO ES INJUSTO".» Así, con las consabidas mayúsculas persuasoras, José María expone, en julio de 1961, la nueva doctrina vaticana. Volverá a citar el mismo texto en octubre: «no es difícil ver que las precedentes palabras de Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra* ponen en tela de juicio tanto el sistema capitalista como colectivista. Al propio tiempo entrañan una sanción clara de los principios del cooperativismo».

No andaba desencaminado. En esta encíclica el Papa defendía la modalidad empresarial cooperativa como sociedad armoniosa con el bien común. Para cuidarla aconsejaba que «los cooperativistas tengan buena formación bajo el aspecto técnico y humano», algo que competía a las propias empresas, mientras los poderes públicos, a la par, debían ejercer «una apropiada política económica, relativa a la instrucción, la imposición tributaria, el crédito y los seguros sociales». Estas nuevas directrices animaron la convocatoria de la aludida Asamblea Nacional de Cooperativas. José María encontró una natural sintonía con el ideario empresarial de Juan XXIII. Recopiló multitud de documentos relativos a la nueva doctrina pontificia. En uno de ellos, titulado «La cogestión», subrayaba varias ideas de Teófilo Urdánoz, profesor de la Universidad Católica de Friburgo, expuestas en el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos. Esta institución, fundada por Herrera Oria, constituía un espacio de debate en el que él mismo participaría en el futuro. Uno de los párrafos que subrayó en esta conferencia decía: «la participación de los trabajadores en la gestión de la Empresa (...) constituye una exigencia de justicia fundada en el derecho natural». Se preocupó por profundizar en la recepción vasca de la doctrina pontificia por parte de una nueva generación de prestigiosos sacerdotes como Carlos Abaitua, Ricardo Alberdi y José María Setién, con los que trabó amistad y debatió en charlas parroquiales. Éstos, a finales de 1961, habían publicado un amplio comentario de la encíclica que compró, junto a otros estudios de colegas como Rovirosa.[9]

---

[9] «Dios opina...», *Cooperación,* nº 18,1962; «El gran ausente», nº 36, agosto 1963; editorial sin título del nº 1, septiembre de 1960; «Datos que hacen pensar», nº 11, julio 1961; «La Producción Social», nº 14, octubre de 1961; AJMA, Transfer 1, dossier de recortes de artículos de prensa, década de 1960; Carlos Abaitua, Ricardo Alberdi y José María Setién: *Exigencias cristianas en el desarrollo económico-social,* Stvdium, Madrid, 1962; José María Setién: *La Iglesia y lo social. ¿Intromisión o mandato?,* Guadarrama, Madrid, 1963; Guillermo Rovirosa: *¿De quién es la empresa?,* Ed. ZYX, Madrid, 1964. De la numerosa bibliografía que recopiló selecciono: *La cuestión social a la luz de la doctrina cristiana. Encíclica «Mater et Magistra», de S.S. Juan XXIII,* Oficina de Coordinación y Programación Económica, Madrid, 1961; *Mater et Magistra.* Edición preparada por Federico Rodríguez, BAC, Madrid, 1961; *Encíclica Mater et Magistra,* Comisión Nacional de la HOAC, Madrid, [1961] (las referencias textuales a este documento pontificio las he tomado de esta edición). He ampliado y

Entre 1960 y 1963 sus referencias a la doctrina social del Papado son insistentes. El 2 de mayo de 1960, en la Asamblea General de la Cooperativa San José, aludía a un reciente discurso del Papa acerca del derecho de la clase trabajadora a una mejora de su calidad de vida y trabajo. En octubre de 1961, en una charla que dio en Ulgor comenzaba advirtiendo: «No vengo a endilgaros una conferencia, sino a discurrir en voz alta a una con vosotros. (...) Los cooperativistas a estas alturas tenemos la inmensa satisfacción de constatar que el cooperativismo es un movimiento que cada día que pasa va adquiriendo más relieve (...). [como en] escala y proyección mundial ha quedado consagrado con las manifestaciones contenidas en la Encíclica papal MATER ET MAGISTRA de S.S. Juan XXIII, con gran consuelo de los que además de cooperativistas somos cristianos». Implicó en esta promoción local de la doctrina pontificia a los sacerdotes aludidos y a amigos como Gregorio Rodríguez de Yurre, por entonces profesor del Instituto León XIII y del Seminario de Vitoria, a quien en enero de 1962 invitó a dar una conferencia en la que él mismo participó. Por entonces *Cooperación* se había convertido en un cauce de expresión de los «signos de los tiempos» señalados por el Concilio Vaticano II (1962-1965).[10]

En 1960, en un sermón que no predicó, apuntaba en una ficha, con letra apresurada: «Hay que vindicar... la autenticidad de los conceptos... Santidad, que implica una inserción en lo temporal y la toma de conciencia de los problemas... de los que depende luego la meta social». La santidad era el principio obsesivo al que debía aspirar tanto el sacerdote como el trabajador, tal y como señalaba en un editorial de *Cooperación* que elaboró en marzo de 1964. En este editorial preguntaba a la comunidad empresarial: «¿reflexionamos lo suficiente si el nivel de consumo de los trabajadores industriales de nuestra localidad o provincia es COMPATIBLE con un espíritu de solidaridad con el nivel de vida del sector agrícola de nuestra localidad o provincia? (...). ¿Y nuestra provincia en conjunto vive un régimen de solidaridad con otras zonas geográficas de España? Hay provincias que tienen una renta por cabeza tres y cinco veces inferior a la nuestra, que va a la cabeza de España. Hay naciones subdesarrolladas que viven en niveles muy inferiores al nivel medio español». Su llamada a la reflexión parte de un excelente conocimiento del lado más desolador del desarrollis-

---

contrastado con JMAFO12, JMAFO13 y JMAFO19. El impacto de la nueva doctrina vaticana en el pensamiento cooperativista fue ampliamente abordado por Fernando Guerrero: «La empresa» en A. Herrera Oria (pr.): *Curso de Doctrina Social Católica,* B.A.C., Madrid, 1967, pp. 689 y ss. con referencia muy importante a su influencia en el cooperativismo español.

[10] AJMA, C63: Discurso en la Asamblea ordinaria de la Cooperativa San José, 2-5-1960; C94: «La promoción social». Charla en la Sala de Actos de Ulgor, 18-10-1961; C22: Carta a Manuel Valencia Remón, 9-1-1962; «Pueblos subdesarrollados», *Cooperación,* nº 27, noviembre de 1962; «Nuestro recuerdo y homenaje a Juan XXIII», nº 34, junio de 1963.

mo, el de la intensificación de las diferencias económicas interprovinciales y, sobre todo, intersectoriales. Así, sentenciaba: «Si el cooperativismo quiere ser un régimen de solidaridad abierta, sin fronteras de ninguna clase, tiene que vivir inquietado por estos desequilibrios de los que habla ampliamente la *Mater et Magistra*».

De nuevo la doctrina vaticana aparecía como guía de su reflexión en torno a los deberes de la cooperación, en el marco del Concilio que estaba renovando los fundamentos de la Iglesia: «ANTES QUE NADA PERCIBIR. (...) Recuerdo que el famoso teólogo dominico Congar, contra los que decían que el Concilio iba demasiado lento, que apenas se había tomado ninguna decisión importante, respondía que no había que tener prisas. Que históricamente era mucho más importante el que los obispos del mundo fueran PERCIBIENDO LOS PROBLEMAS». Llevado de la mística que animaba su obra social, sentenciaba: «Dios nos quiere santos». Y continuaba: «Pero sería fanatismo y violentarnos tratar de ser santo 100% desde hoy. Son procesos vitales que tienen que ir madurando. Lo que Dios nos pide es que estemos CAMINO de la santidad y que avancemos al ritmo debido. El dilema de estar con Cristo o contra Él, nos exige que estemos CAMINO DEL POBRE. Que cada año nos acerquemos más, nos despojemos más de cosas que yo puedo pasar sin ellas (...) HOMBRES Y COOPERATIVISTAS DIGNOS PARA UN COOPERATIVISMO EN MARCHA A ESCALA MUNDIAL».

La cultura de la cooperación constituía un camino de progresiva santidad de horizonte ecuménico: «Si queremos un cooperativismo que sea un frente eficaz, duradero, capaz de luchar no sólo en la superación del capitalismo, sino en la superación de tantas fronteras y compartimentos estancos y en la cooperativización y socialización de los recursos humanos y materiales de la humanidad, es menester descender a cada uno de nosotros mismos y progresar continuamente en el desarraigo de nuestros egoísmos». Una sucesión de citas cerraba su reflexión, la última era de Teilhard de Chardin: «Sueño con una especie de Libro de la Tierra, donde me dejaría *hablar no como francés, ni como elemento de un compartimento estanco cualquiera, sino como Hombre o como «terrestre», sencillamente.* Querría hablar de la confianza, las ambiciones, la plenitud, y también de las decepciones, las inquietudes, la especie de vértigo del que toma conciencia de los destinos y de los intereses de la Tierra (Humanidad) entera».

El cooperativismo es un instrumento de construcción del Reino de Dios en la empresa según una espiritualidad humanista moldeada por el Movimiento Sacerdotal de Vitoria, renovado y actualizado por el Concilio que había abierto sus puertas el 11 de octubre de 1962. La huella de la espiritualidad vitoriana no es sólo perceptible en el contenido de las editoriales de José María sino también, y de forma notable,

en el continente. La extraordinaria austeridad de Cooperación es signo de algo mucho más profundo que sus limitaciones económicas. La revista remite en todas sus características (anonimato de las colaboraciones, simplicidad tipográfica, carácter no erudito) al Surge que había fundado en 1940. Nacía como un *Surge* destinado al mundo del trabajo que, de alguna forma, culminaba el legado de Rufino Aldabalde. Uno de los primeros números de *Cooperación* que se hace eco de la nueva doctrina vaticana, el de octubre de 1961, es el primero que abandona el ciclostil y es editado en la imprenta del Montepío Diocesano de Vitoria, es decir, la imprenta del Seminario en que había puesto en marcha *Surge*. Las gestiones para tal fin las había llevado a cabo con José Zunzunegui (su sustituto veinte años atrás en la dirección de esta revista). Vincular Cooperación a una imprenta religiosa ayudaba a rehuir las censuras de la legislación de prensa del régimen pero podría hablarse, además, de una voluntad quizá no del todo inconsciente por vincular este órgano a aquél que sirvió para consolidar el movimiento sacerdotal a que pertenece. Precisamente en este tiempo, entre julio de 1961 y septiembre de 1963, recibió varias visitas de misioneras evangélicas que buscaban recabar testimonios destinados a abrir una causa de beatificación de *D. Rufino,* lo que le obligó a rememorar su relación con éste. No hizo mención al vínculo fraternal que les había unido, siguiendo la regla de discreción que había tomado de aquél que ahora volvía a manifestarse en su vida, justo cuando había fundado el movimiento social que mejor se adecuaba a la mística sacerdotal que le había transmitido.[11]

Didáctica de una experiencia empresarial

«Con el mismo interés de siempre he leído los Boletines números 20 y 21 de *Cooperación* que ha tenido la amabilidad de remitirme, y por los cuales le felicito, pues sinceramente creo constituyen (aparte de cumplir la finalidad a que están destinados) un verdadero instrumento de difusión cultural, de una altura e interés muy poco comunes en este tipo de publicaciones.» Ésta era la opinión de Guillermo Reyna, Director General de Enseñanza Laboral, en junio de 1962, acerca de *Co-*

---

[11] AJMO, Carta de Juan Leibar a José María Ormaechea, 30-10-2003, p. 8; AJMA, C76: Carta de José Zunzunegui, Vitoria, 10-4-1962; Solicitudes de permiso de edición al Delegado Provincial de Información y Turismo, Mondragón, agosto y noviembre de 1963; AIMS, Caja B. Testimonios, «Resumen de la conversación sostenida el 24 de julio de 1961 en Mondragón, por las misioneras Mª Luisa Hernández y Lola Güell, con D. José María Arizmendiarrieta, Director [sic] de la Escuela Profesional de dicha Villa» y «Nuevos datos aportados por D. José María Arizmendiarrieta (...) sobre D. Rufino Aldabalde y el Movimiento de Ejercicios Espirituales en la Diócesis de Vitoria», 4 de septiembre de 1963; la adaptación del Vaticano II a la Espiritualidad de Vitoria en Goicoecheaundía: *Meditaciones y orientaciones sacerdotales,* esp. pp. 116-123, 129-134 y 138-144; «Solidaridad humana universal», *Cooperación,* nº 43, marzo de 1964; nº 14, octubre de 1961; Tellechea: *El otro D. José María,* pp. 30 y 121.

operación. Una revista que permitía no sólo difundir la doctrina de la cooperación solidaria entre los trabajadores sino también presentar ésta al público exterior. Por un lado, a los altos responsables de los ministerios e instituciones que debían supervisar y financiar los proyectos vinculados a ella, como la Nueva Escuela Profesional que aspiraba a crear –caso de Guillermo Reyna–. Por el otro, a autoridades simpáticas a ella desde un variado espectro ideológico, caso del anterior Gobernador Civil, José María del Moral, o de propagandistas católicos como José María Riaza o Javier Martín-Artajo. Con estos personajes charla sobre el avance de la experiencia y sus problemas con autoridades provinciales que alertaban sobre «[las] implicaciones o peligros de desviación política y en nuestro caso separatista en este movimiento cooperativo». Críticas que le alarmaban: «Yo no sé hasta dónde podemos llegar por ese camino del recelo o sospecha, pero sí que puede hacer mucho daño a una colectividad el juego de fantasmas. Si algo prevalece entre nosotros es, precisamente, el amplio espíritu de cooperación y en nuestras realizaciones no ha habido ninguna discriminación política, racial ni social: no se ha mirado el apellido y el color: aquí encuentra juntos, en estrecha hermandad, castellanos y vascos».

Pero las autoridades provinciales recelaban ante la extensión de un movimiento social cuyo órgano de opinión practicaba una política discreta pero firme de disenso respecto del régimen. En mayo de 1961 Cooperación saludaba con alborozo una novela que apostaba por la reconciliación entre vencedores y vencidos, *Un millón de muertos,* de José María Gironella: «Los jóvenes estamos con el autor Gironella. La política al viejo uso nos viene muy estrecha». En consonancia, desde esas mismas páginas se criticaba, dos meses después, un libro de propaganda nacionalcatólica de la Guerra Civil: «¿y nuestras culpas, nuestras responsabilidades, los malos «nuestros» (...)? ¿no es verdad que en la raíz del odio estaba el escándalo de una situación permanente de injusticia, del egoísmo de los poderosos, de la falta de justicia de nuestros católicos de derechas? También convendría airear esto». En julio de 1961, el coadjutor escribía al *lehendakari* en el exilio, Jesús María de Leizaola, felicitándole por sus trabajos sobre la economía vasca: «creo que es una gran esperanza en estos momentos tener un Presidente economista, que haciendo honor a nuestro espíritu secular pueda confiarse que nuestro pueblo acabe encajando plenamente en Europa como un eslabón de dos zonas».[12]

---

[12] AJMA, C43: Carta de Guillermo Reyna, Madrid, 11-6-1962; C87: Carta de José María del Moral, 11-4-1961; Carta a José María del Moral, 2-1-1962; Carta de José María del Moral, Madrid, 15-1-1962; Carta de Javier Martín-Artajo, Madrid, 9-10-1962; C87, Borrador manuscrito de carta a Jesús María de Leizaola, 19-7-1961; «Ecos de la calle», *Cooperación,* nº 9, mayo de 1961, y nº 11, julio de 1961. El cooperativismo de Mondragón formó parte del cambio de mentalidad que enmarcó el tránsito

Su inmensa obra social requiere una capacidad de trabajo casi sobrehumana. Implica atender peticiones de conferencias en Madrid o Barcelona, que crecen a medida que Ulgor coloca cada vez más cocinas y electrodomésticos Fagor por toda España. Una obra que implica viajar y gestionar solicitudes y proyectos; reunirse, debatir y aconsejar. Pero sobre todo, implica escribir. Escribir charlas, ponencias, discursos, editoriales, artículos y, sobre todo, cartas. El volumen de correspondencia que se acumula sobre su mesa del despacho de la Escuela y la Casa Cural en estos años es impresionante. Parte de ella responde a sus contactos periódicos con los ministerios, así como con el personal de los departamentos que han de aprobar sus solicitudes de permisos o subvenciones. Pero otra parte, de forma creciente, corresponde a personas que acuden a él trasladándole proyectos de empresas, preguntándole cuestiones sobre fórmulas jurídicas, fuentes teóricas... Esta labor de evangelización cooperativa la asume sin rehuir una sola demanda, contestando cada carta y remitiendo, en respuesta, estatutos de sus cooperativas, boletines de *Cooperación* o artículos suyos. En ,todo es diligente, en todo puntilloso, como muestra su respuesta, en febrero de 1962, al director de la revista de la Obra Sindical de Cooperación, *Mundo Cooperativo:* «He querido incluir en este artículo unas cuantas consideraciones que considero deben proporcionar materia de reflexión, pues el cooperativismo conviene que se tome en serio y para ello hay que asegurar sus presupuestos previos sin lanzarse nadie ligeramente a actividades complejas con riesgo de fracasos por los que ligerezas personales pueden perjudicar al interés del verdadero cooperativismo».

Esta seriedad a que apela parte de su convencimiento de que esta filosofía empresarial es el instrumento providencial para emancipar a la clase obrera. «Reverendo Padre: (...) El asunto que quería consultarle es el siguiente: Hace ya varios meses, desde antes de la aparición de la Encíclica Social de nuestro Papa, que tengo el propósito de cooperativizar mis negocios. (...) y quisiera darle a esto un cauce adecuado.» El empresario que le escribe le pide una reunión en Madrid con el fin

---

entre la dictadura y la democracia en España, que implicó una definitiva «primacía de la sociedad civil» en la que muchos hijos de vencedores de la Guerra Civil tomaron partido por la democracia contra la dictadura, terreno en el que encontraron a muchos hijos de vencidos (Víctor Pérez Díaz: *La primacía de la sociedad civil. El proceso de formación de la España democrática,* Alianza, Madrid, 1993; Santos Juliá: «Orígenes sociales de la democracia en España», en *Ayer,* nº 15,1994). Tal experiencia fraterna puede contemplarse en el cooperativismo. Hubo muchos caminos de construcción de esa primacía de la sociedad civil y éste fue uno de ellos. La identidad cooperativa trascendía los mecanismos de exclusión típicos de la sociedad campesina, centrados en la residencia, la familia, la lengua, la etnia o la religión. Se sustentaba en criterios morales de fidelidad a una cultura comunitaria de signo democrático, asociada a la modernidad industrial, pero fiel, en cambio, a una concepción teológica del trabajo como fuente de identidad social de impronta *baserritarra.* La identidad cooperativa llega a convertirse, así, en un «marco de acción colectiva», según el significado otorgado a este concepto por Bert Kladermans: *The Social Psychology of Protest,* Blackwell, Oxford, 1997.

de ser orientado, especialmente en la cuestión de la previsión social. El coadjutor le contesta: «He recibido su atenta carta del 8 del corriente y celebro sus buenos deseos de transformar su empresa (...). Creo que el problema clave que debe tenerse en cuenta en toda evolución de la empresa constituye el empresario. Depende sustancialmente de su capacidad y espíritu el que las diversas fórmulas jurídicas que puedan emplearse en la estructura de la empresa, den luego buen resultado». En otra carta de ese mismo mes, noviembre de 1961, responde: «Es sencillamente difícil contestar a la pregunta concreta de con cuánto beneficio puede quedarse un empresario (...). Una vez alcanzadas las cifras mínimas vitales de salario (que para eso debe tener uno capacidad empresarial), luego las otras disponibilidades pueden tener diversos destinos igualmente provechosos para el obrero (...). Por si le puede servir de alguna orientación práctica le puedo indicar la lectura de un artículo que ha aparecido en *Actualidad Económica* (...) sobre fórmulas de integración del personal en la empresa».

En septiembre de 1962 insiste a uno de sus peticionarios, en aras de la aludida seriedad del proyecto cooperativo, que no toda empresa puede ser orientada hacia esta modalidad: «una cooperativa debe ser viable como empresa si no se quiere frustrar un día a los operarios. (...) Plantea Ud. en la carta otras cuestiones sobre los resultados sociales, religiosos, económicos, etc., de las cooperativas de aquí. Ya sabe Ud. que hay actividades que no se prestan a parangones. Aquí dichos resultados son muy buenos y son muy buenos en todos los órdenes, pero no le diré que los atribuimos exclusivamente a la fórmula jurídica, sino a la acción educativa y de promoción general que se lleva a cabo en toda la comarca. Tarde o temprano se cosecha lo que se siembra». Para preparar esa «acción educativa» sugiere materiales comunes: «en cuanto a la cooperativa, puede utilizar la "Teoría y práctica del cooperativismo", por D. José Luis del Arco; "Gestión de cooperativas", de E. H. Thomas, "Cooperación", de Paul Lambert (...). Aparte le quedan los cuadernos de Guillermo Rovirosa, "Cooperación integral"». Esta pedagogía empresarial que emprende alcanza a todos aquellos que, alejados de Mondragón, no pueden beneficiarse de la orientación que él y sus discípulos ofrecen allá: «Si Ud. estuviera más cerca, le sería más fácil observar las cosas sobre el terreno de las realizaciones prácticas. Incluso nosotros tenemos ya previstos y organizados diversos tipos de asesoramiento de estos asuntos para entidades cooperativas», cuenta en una carta de noviembre de 1961.

Esta labor de apostolado de la empresa es efectiva. Uno de los visitantes que recibe, miembro de un gabinete de ingeniería de San Sebastián, le cuenta en enero de 1962: «considero que la mañana pasada en Mondragón en la Escuela Profesional ha sido una de las mejor aprovechadas en estos últimos tiempos. (...) [No] se me había ocurrido

estudiar la fórmula cooperativista, pues más o menos todos acostumbramos a asociarla a actividades menos complejas que la industria y no tenía la menor idea de que Vd., sin duda tras un tenaz esfuerzo de muchos años, hubiese conseguido dar a esta fórmula unas posibilidades de las que sin duda había carecido en el pasados. José María le confiesa que «hasta el presente las posibilidades de la [fórmula cooperativa] en el campo industrial están limitadas por falta de dirigentes con competencia adecuada». Pero la situación está llamada a cambiar, pues el éxito de su experiencia empresarial está influyendo en la orientación de la nueva Ley de Cooperación, gracias al respaldo de «personalidades de más influencia en el ámbito jurídico de cooperación», es decir, los Del Arco, Riaza, etc.[13]

La experiencia cooperativa mondragonesa tenía, pues, una clara vertiente cristiana que nacía de su presente esperanzado. En noviembre de 1961 manifestaba: «Aquí el complejo va creciendo considerablemente (...) creo que hemos iniciado una nueva etapa de expansión con las promociones de personal que estamos llevando a cabo a través de la mancomunación de actividades en el seno de Caja Laboral (...). La inquietud cooperativa ha cundido a toda la región y son bastantes las cooperativas que están en gestación». Se trataba de un crecimiento ajustado a la educación de su personal, pues «antes de cooperativas hay que crear un clima sano mediante la formación de cooperativistas». En esta tarea apostólica estaban implicados sus discípulos. En una de sus periódicas reuniones con ellos en Ulgor, en noviembre de 1960, impartió una charla titulada «Proyección laboral y social» en la que, tras insistir en el horizonte europeo al que debía aspirarse, acudía de nuevo a subrayar las ideas fuerza cooperativas en un apartado que tituló: «La forma del hombre que quiere triunfar». En él definía el concepto de empresa cooperativa y el papel del trabajador como eslabón de una cadena de solidaridades y deberes para, a continuación, aplicar todo ello a Ulgor: «Talleres Ulgor son una auténtica empresa, en la que la comunidad de intereses no se encierra en un círculo circunscrito a sus edificios ni a los hombres que trabajan en los mismos. Como entidad dedicada a la producción de bienes, saben que se satisface su objeto no en el momento que se han terminado de construir

---

[13] AJMA, C87: Carta de Rafael Cabezas, Ubrique, 31-10-1961; Carta a Rafael Cabezas, 7-11-1962; Carta a Juan Manuel Cuadrado, 7-11-1961; Carta de Miguel Alfonso, Navalmoral de la Mata, 8-11-1961; Carta a Miguel Alfonso, 14-11-1961; Carta de Pedro Martín, Murcia, 1-12-1961; Carta a Pedro Martín, 9-11-1961; Carta de José Echaide, San Sebastián, 19-1-1962; Carta a José Echaide, 20-1-1962; Carta de Julio de Urrutia, Madrid, 15-2-1962; Carta a Julio de Urrutia, 6-3-1962; C88: Carta de Julio de Urrutia, Madrid, 27-3-1962; Carta de Luis Antonio Sobreroca, Barcelona, 303-1962; Carta a Alejo Romeo, 11-9-1962; Carta de Ángel F. Muñoz, Ubrique, 31-1-1963; C10: *Boletín informativo del Seminario de Didáctica y Pedagogía de la Doctrina Social de la Iglesia,* nº 3, septiembre de 1962; C59: Carta de Alfonso Gorroñogoitia, Mondragón, 8-8-1960; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* testimonio nº 12, pp. 38-39; testimonio nº 18, p. 62; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 29-30.

unos artefactos, sino cuando esos artículos o esas mercancías han llegado a los usuarios y prestan una utilidad. Es entonces cuando se justifica un precio y una ganancia. Por tanto la producción y la distribución son dos fases de una actividad económica encomendada a una entidad cual es Talleres Ulgor».

Y en mayo de 1961, en otra reunión con trabajadores de Ulgor, insistía: «La idea y preocupación que ha dominado el nacimiento y desarrollo de esta empresa ULGOR (...) ha sido la COOPERACIÓN (...). La COOPERACIÓN es algo con que tropiezo aún sin quererlo; es como si todas las elucubraciones mías sobre los problemas sociales forzosamente me condujeran a esta meta de la COOPERACIÓN». Y tras la filosofía de la empresa, su gestión práctica: «la empresa moderna (...) [es] aquella comunidad de hombres capaces de producir, distribuir y prever las necesidades futuras». La producción y distribución eran, de nuevo, las metas del esfuerzo perfeccionista de todo cooperativista. Ideólogo intensamente imbuido de racionalismo, José María aplicaba a sus empresas las mismas preguntas que Bentham y los filósofos ilustrados plantearon a las instituciones del Antiguo Régimen: «¿Cuál es su utilidad? ¿Para qué sirve? ¿Es necesario? ¿Sirve a las personas que se supone que debe servir? ¿Desean esas personas otra cosa? ¿Es posible satisfacer sus necesidades de forma más simple?»

Este liderazgo en la sombra resulta fundamental para explicar el talante que sus discípulos adoptaron en las empresas. El caso más celebrado eran las asambleas generales de Ulgor que preparaba Alfonso Gorroñogoitia mediante minuciosas memorias en las que administración de negocios y ética humanista se fundían en un ejercicio de oratoria de una hondura filosófica inusual. Gorroñogoitia había participado con José María en la Asamblea Nacional de Cooperativas de Producción de abril de 1961, en la que los cooperativistas mondragoneses presentaron dos ponencias que salieron aprobadas, así como en la Asamblea Nacional de Cooperativas de noviembre, en que defendieron otra relativa al voto proporcional y el capital comanditario. Desprendido hacía años Javier Ortubay del grupo pionero, Gorroñogoitia, Ormaechea, Larrañaga y Usatorre habían alcanzado una extraordinaria empatía con su maestro en el liderato de la experiencia cooperativa.

Cuando en mayo de 1962 Fernando Elena visitó Mondragón celebró una entrevista con José María. El coadjutor le recibió en su despacho de la Escuela Profesional, compuesto por un pequeño armario, una austera mesa de madera con una máquina de escribir y un montón de correspondencia y papeles. «Mi experiencia, no sólo cooperativa, sino general, me ha enseñado que siempre, detrás de cualquier gran obra, se encuentra un hombre de valía excepcional: el promotor. Aun cuando después lo realizado sea obra de un grupo, como ocurre

en las experiencias cooperativas, hay siempre alguien que tuvo la idea, que se sacrificó por ella, que se la imbuyó a los demás. En el caso de Mondragón, este hombre fue D. José María Arizmendi», escribe luego Elena. En la charla que mantienen percibe las señas de su liderazgo: «unos amplios conocimientos del problema social, de la economía y de la doctrina cooperativa, unos fundamentos sólidos y unas metas claras y, como consecuencia, una eficacia empresarial extraordinaria». José María le adelantó los dos proyectos que tenía en mente: una Nueva Escuela Profesional y «la creación de un complejo industrial (...) [en el que las entidades podrían] intercambiar sus respectivos asociados e incluso parte de sus fondos, de acuerdo con las necesidades del mercado, pero manteniendo una cierta autonomía cada una».

José María vaticinó a Elena que en tres años tendría listo este proyecto de mancomunación en el que ya estaban trabajando sus discípulos y que había presentado en la Memoria de Caja Laboral Popular de 1961: «Un recurso que facilita el proceso adecuado de capitalización por medios indirectos y al propio tiempo una fórmula indispensable de desarrollo, constituye la concentración industrial. (...) Las cooperativas (...) deben prever, en sus estatutos y normas de régimen interior, la posibilidad de futuras concentraciones». Para entonces se encontraban en activo todas las sociedades que formarían, dos años después, este primer conglomerado industrial denominado Ularco. En el primer semestre de 1962 había nacido Copreci, una cooperativa destinada a la fabricación de «piezas de precisión para regulación, medida, control y seguridad» de aparatos electrodomésticos, como los calentadores de agua que fabricaba Ulgor. Copreci nacía de nuevo de la capacidad de José María para animar a los estudiantes de la Escuela a dar el salto al mundo de la empresa. El 20 de febrero de 1962 se había puesto la primera piedra de su pabellón. Sus estatutos fueron aprobados oficialmente el 10 de octubre de 1963.[14]

«La fuerza precede a la razón»

En noviembre de 1961 José María comenzaba a escribir una carta que había tardado en contestar. Estaba destinada a un amigo, por lo que se había visto libre de responder puntualmente como hacía con los

---

[14] AJMA, C59: «Promoción laboral y social» [Reunión de representantes de Ulgor, 24-11-1960]; «La Cooperación». Reunión de los representantes de ULGOR, 2-5-1961; Carta a Cristóbal Martell, 24-11-1961; Carta de la Facultad de Ciencias Políticas Económicas y Comerciales de Bilbao, 4-7-1963; C37: Carta a Guillermo Reyna, 22-3-1961; C40: Carta a Manuel Valencia Remón, 24-9-1963; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 121-122; Riaza et al: *Cooperativas de producción,* pp. 84, 91-93, 101-102 y 121-122; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 170; Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 145-153; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 245-246. La cita de Bentham en Alan Bullock: *La tradición humanista en Occidente,* Alianza, Madrid, 1989, p. 221.

desconocidos que acudían a él: «[le] he tardado en contestar más de lo que hubiera deseado: se ha debido a que esta temporada he tenido bastante ajetreo y los días se me han pasado sin darme cuenta». Y es que la apuesta cooperativa dependía, a su juicio, de un pilar que, si se desmoronaba, precipitaría en el vacío el conjunto del complejo empresarial: la Escuela Profesional. En diciembre de 1962 escribía en *Cooperación:* «La EDUCACIÓN es el punto de apoyo natural e indispensable para la promoción de un nuevo orden social, humano y justo. (...) El plebiscito de más honda significación y mayor alcance social que hoy puede realizarse es el que convoca a definirnos cara a la PROMOCIÓN SOCIAL, que es la fórmula renovadora que necesita nuestra sociedad un tanto estratificadas. Tal era su convencimiento desde hacía veinte años, que vinculaba ahora a la doctrina de Juan XXIII y su preocupación por que «LA PROMOCIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA, mediante la participación indiscriminada en los beneficios de la cultura y el acceso a la propiedad, [sean] afirmaciones de la dignidad de la persona humana». Y es que: «Los hombres dispuestos a una convivencia con la gracia y espontaneidad que nos agradan a todos, no nacen, sino que se deben hacer y se hacen por la EDUCACIÓN».[15]

A finales de enero de 1960, José María había cursado una solicitud a Guillermo Reyna, Director General de Enseñanza Laboral, con el fin de que la Escuela fuera reconocida como centro de enseñanza en las ramas de Maestría del Metal y Electricidad y Delineación Industrial. Luego, en la visita que Reyna hizo en agosto a Mondragón, le planteó el verdadero calado del proyecto educativo que deseaba poner en marcha, que tenía como fin levantar una nueva Escuela Profesional en los terrenos del campo de fútbol de Iturripe. Reyna apoyó la idea, así como el proyecto que el coadjutor abrigaba de unificar las dos escuelas de la villa, la suya y la de la Unión Cerrajera. Pronto surgieron los primeros obstáculos. Camilo Basterrechea juzgaba su ideario cooperativo inspirado en «un igualitarismo socialista que no le agrada». Tanto él como Ricardo Oreja le confirmaron el desinterés de la Cerrajera por colaborar en la construcción de la nueva Escuela e integrar ésta con la de Aprendices.

La negativa de la Cerrajera no arredró a José María. Un par de meses después confesaba a Reyna: «Prosigo las gestiones para que en la próxima etapa todos nos sobrepongamos a nuestras actuales posiciones, superemos todo espíritu de capillita y conjuguemos nuestros esfuerzos en la solución del problema de la formación profesional (...). Nuestra región, con una densidad de población del doble de la media de los países industrializados del Mercado Común y en vías de tener

[15] AJMA, C59: Carta a Cristóbal Martell, 24-11-1961; Editorial de *Cooperación,* nº 28, diciembre de 1962; «Nuestro recuerdo y homenaje de Juan XXIII», nº 34, junio de 1963.

que competir con los mismos (...) no puede malograr ningún recurso ni perder más el tiempo». En febrero de 1961 había mandado a Reyna los croquis del nuevo complejo educativo de Iturripe. «Mi opinión sobre el problema que nos ocupa es que, si bien debe proyectarse muy cuidadosa y detalladamente en su integridad todo el complejo que haya de constituir en el futuro la Escuela, las distintas unidades que haya de comprender la misma deberán, sin embargo, construirse aisladamente, a fin de que puedan utilizarse tan pronto como se terminen y, sobre todo, para que nos sea posible afrontarlas en el aspecto económico.» Así, Reyna le aconsejaba comenzar por la nave de talleres, continuando después por los laboratorios y aularios pues el complejo «[resulta] demasiado ambicioso para poder afrontarlo no sólo de una vez, sino incluso en diversas fases». En febrero de 1962, durante su visita a la Escuela y a la nueva planta de Fagor Electrotécnica, Reyna le confirmó la disposición del Ministerio a asumir un sesenta por ciento de los costos presupuestados según esta fórmula fraccionada y sucesiva.

Unas puertas se abrían, otras se cerraban. Poco después de esta buena noticia, en la reunión celebrada por el Consejo Rector de la Liga de Educación y Cultura, Joaquín Arregui, gerente de Elma, y Eugenio Resusta, de Industrial Mondragonesa, declinaron también participar en el proyecto. José María perdía el apoyo que tradicionalmente había obtenido para estas iniciativas del empresariado mondragonés. Pero contaba, en cambio, con el respaldo incondicional de las cooperativas. Así, su decisión de apostar por el proyecto fue una demostración de fe en la capacidad económica de un cooperativismo que acabaría por superar en poder a estas empresas tradicionales: «Esta Escuela se hará, con ustedes o sin ustedes, porque la fuerza precede a la razón». Tal fue su respuesta al empresariado en retirada. La sentencia se la había proporcionado José María Ormaechea, que la había tomado prestada del Canciller prusiano Otto Von Bismarck, responsable de la unificación alemana. Y es que mucho de voluntad «prusiana» había en su carácter inasequible al desaliento. Nombró a Ormaechea Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Liga de Educación y Cultura que había de planificar la nueva Escuela y puso en marcha el movimiento promotor. El proyecto educativo fue, en principio, asumido por Ulgor, Arrasate y Caja Laboral con cargo a sus fondos de obras sociales. Uno de los directivos de Ulgor señaló por entonces: «estoy plenamente de acuerdo con la tesis de que cada socio cooperativista tiene el deber moral de revertir, en provecho de la colectividad (lo cual redundará también en el suyo propio), una parte de los beneficios obtenidos, como reconocimiento de esa deuda hacia la misma». Y José María añadía: «Los recursos empleados en la capacitación de los jóvenes no son un gasto, sino una inversión rentable: la simiente que se

esparce y se pierde en el seno de la tierra para recuperarla con creces al cabo de un corto período».[16]

La mancomunación de esfuerzos públicos y privados que proyectaba José María debía contar, primero de todo, con la garantía de las autoridades madrileñas, cuya opinión era muy voluble y dependiente de los cambios o reajustes de carteras, secretarías o direcciones generales. Ello le obligó a entablar un intenso trabajo de correspondencia con una variopinta gama de autoridades. Por un lado, con los gobernadores civiles que se sucedieron en el tiempo, José María del Moral y Manuel Valencia Remón, de quienes obtuvo cumplido apoyo; con Ricardo Oreja, Subsecretario de Justicia; con el Director General de Enseñanza Laboral, Guillermo Reyna y, después, Vicente Aleixandre, con quien llegaría a trabar gran amistad; con el Director General de Enseñanzas Técnicas, Pío García Escudero; y con dos personajes que alcanzaron gran peso en la resolución de sus gestiones: Pedro Bidegor, Director General de Urbanismo, y Enrique Salgado, Director General del Instituto Nacional de la Vivienda.

Y es que su proyecto encontró muchas dificultades. El Estado había iniciado promociones urbanísticas en todos los rincones de la península según las directrices del Plan Nacional de la Vivienda de 20 octubre de 1961. Su fin era construir pisos que atendieran al crecimiento demográfico de las ciudades. En Mondragón uno de los polígonos elegidos fue el de San Andrés, en el que se levantaron 1.000 viviendas, y el Plan había calificado con igual fin el polígono en el que se había construido el campo de fútbol de Iturripe. El Ministerio de la Vivienda había encomendado a los arquitectos Luis Astiazarán y Florencio Mocoroa su ordenación. José María y sus discípulos habían de convencer a las autoridades para cambiar esta calificación urbanística residencial por otra que permitiera la edificación de la Nueva Escuela. De ahí las gestiones con los gobernadores civiles y la Dirección General de Urbanismo. En marzo de 1962, Liga de Educación y Cultura ya contaba con la maqueta del nuevo polígono educativo y en mayo solicitó al Ministerio de la Vivienda la segregación de la parcela de Iturri-

---

[16] AJMA, C36: Carta a Guillermo Reyna, 28-1-1960; Carta de Guillermo Reyna, Madrid, 1-3-1960; «Entrevista con D. Camilo Basterrechea. Director de U.C.S.A. Julio 19 del 1960»; Carta de Camilo Basterrechea, 6-8-1960; Plan de la visita de Guillermo Reyna a Mondragón, 25-8-1960; «Conferencia con D. Camilo Basterrechea, 2-9-1960; Carta a Guillermo Reyna, 26-9-1960; C 37, *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 21, febrero 1962; C43: Carta a José María del Moral, 28-9-1960; Carta de Guillermo Reyna, 24-2-1961; «Sobre la propuesta de financiación parcial por parte de los cooperativistas de Ulgor de un nuevo centro de Formación Profesional en Mondragón», documento de Félix Aldabaldetrecu fechado en Mondragón, 22-12-1961; C40: «Escuela Profesional de Maestría Industrial de Mondragón. Memoria de 1963»; Ormaechea: «Perfil humano», p. 16; «El hombre que yo conocí», p. 43; *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 135, Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 242-243 y 251; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 77-78. Según esta última fuente, cuando las obras finalizaron, el conjunto de éstas (incluido el acondicionamiento y urbanización de terrenos y la construcción del Colegio Menor Viteri) había alcanzado un valor de unos 18,03 millones de euros.

pe del Plan Nacional para permitir la construcción de la nueva Escuela. Tras tres años de complicadas gestiones se logró la recalificación del polígono, en buena medida gracias a la adjudicación del proyecto del primer pabellón (el de Talleres y Clases Prácticas) a los arquitectos Astiazarán y Mocoroa. La Cooperativa de Viviendas San Vicente hubo de construir, además, dos bloques (Torre Izarra, de 16 pisos y 64 viviendas, y Torre Eguzki, de 20 pisos y 80 viviendas) para solventar las reticencias municipales ante la recalificación y la pérdida de viviendas que tal decisión supondría.

El camino para iniciar la construcción del polígono, que comenzó en 1963, fue tortuoso, costoso y polémico. Generó una actividad intensa y frenética a sus discípulos, que habían de afrontar, en paralelo, la gestión de las empresas cooperativas, especialmente a Ormaechea. Y consumió a José María, que encabezó el proceso de gestiones, charlas, reuniones, cartas, presentaciones, etc., que requirió a todos los niveles: local, comarcal, provincial y madrileño. Ello implicó una profusión de viajes a Madrid sin precedentes. Sobre sus espaldas recayó, además, el peso que supuso la confirmación de que la financiación pública iba a ser finalmente menor que la establecida a priori. Las obras sólo fueron financiadas en el caso de los pabellones de Talleres y Clases prácticas, Aulas y Laboratorios. El retraso en los acuerdos ministeriales, la extensión del tiempo destinado a la adjudicación de la obra, el consiguiente alargamiento del plazo de construcción y la demora en el libramiento de los fondos hicieron que las ayudas públicas quedasen reducidas a menos de un cuarenta por ciento del presupuesto final.[17]

La Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñati

«Adjunto le envío unas observaciones sobre una acción conjunta en el campo de la enseñanza entre Vergara-Oñate y Mondragón. Hemos tenido cambios de impresiones con auténticas representaciones de las fuerzas vivas de los expresados pueblos y todos hemos coincidido plenamente en estas apreciaciones, de forma que ahora sería suficiente un pequeño impulso para que nuestros pueblos se sobrepusieran a pequeños y mezquinos localismos.» Y es que «una población de cincuenta mil habitantes, que representan estos tres pueblos de cabecera Vergara, Oñate y Mondragón, separados por distancias muy pequeñas, pue-

---

[17] AJMA, C36: Carta de José María del Moral, San Sebastián, 3-10-1960; Carta a Ricardo Oreja, 12-10-1960; C43: Carta a Pedro Bidegor, 12-7-1962; C44: Carta a Alberto Arostegui, 8-10-1962; Carta a Guillermo Vázquez, 11-3-1962; Carta de Guillermo Vázquez, Madrid, 15-3-1963; Carta a Vicente Aleixandre, 5-4-1963; Carta a Enrique Salgado, 7-5-1963; C45: Carta a Pío García Escudero, 23-9-1965; C48: Carta de Vicente Aleixandre, Madrid, 14-12-1968; Ormaechea: *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 135; Ormaechea: «La Nueva Escuela o «los hechos preceden a la razón"», en Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 82-87.

den y deben aspirar a la realización de planes mancomunados en diversos campos, y uno de estos campos es el de la enseñanza». Así explicaba a Guillermo Reyna y al nuevo Gobernador Civil, Manuel Valencia, entre enero y marzo de 1961, el proyecto que había ideado: una red de escuelas de formación en diversas disciplinas técnicas interconectadas en torno a la nueva que se había de levantar en Mondragón. Para difundirlo preparó una amplia campaña de opinión. Contó con el apoyo del nuevo Gobernador, a quien expuso esta campaña «de información pública» cuyo fin era «asegurar la contribución deseada en todos los núcleos urbanos de la comarca con conferencias, reuniones, etc.» y que sería promovida por «la Comisión Ejecutiva del Plan de Promoción de la nueva Escuela Profesional de Mondragón».

Visitó cada pueblo de la comarca e impartió decenas de charlas a autoridades, párrocos y padres de familia, exponiendo las necesidades a que respondía su proyecto: el contexto de desarrollismo, la cercana competencia con Europa, las necesidades de las empresas guipuzcoanas, la potencialidad emancipadora de la educación técnica, la valorización trascendente del trabajo. Recurrió a citas del administrador de los fondos del Plan Marshall para Europa o del Vicepresidente de los EE.UU., Lyndon B. Johnson; a sentencias y proverbios («Se ha dicho con acierto que saber es poder y para democratizar el poder hay que socializar previamente el saber»; «Dale un pescado a un hombre y comerá durante un día, enséñale a pescar y comerá el resto de su vida»); al Vaticano II; a la *Mater et Magistra;* a la reclamación de la *Pacem in Terris* de un acceso igualitario a la cultura y la educación técnico-profesional, pues «por aquí llegaremos a poder desarrollar sin paternalismos extraños y no siempre puros un nuevo orden social, humano y justo».

Especial importancia tuvo en esta movilización de la opinión, además de los consiguientes boletines, hojas volantes, etc., la publicación de los Planes de Promoción de la Escuela Profesional, en los que se animaba a la compra de bonos de suscripción. El primero iba acompañado de una acuarela que representaba el proyecto de Escuela que había ideado. Todos estaban impresos por las Gráficas ESET del Seminario de Vitoria. En la presentación del primero, en el boletín de la Liga de Educación de noviembre de 1962, establecía que este Plan iba a constituir un «auténtico plebiscito para comprobar el grado de madurez social y moral de nuestra población» y sentenciaba: «Somos culpables no sólo del mal que hacemos, sino del bien que no hacemos. No es exigible una perfección que no está a nuestro alcance, pero sí es necesaria la voluntad de ser cada vez mejores». En la introducción al Plan recurría a varias máximas, la primera rezaba: «El signo de la vitalidad no es durar, sino renacer y adaptarse». Su portada represen-

taba una hilera de individuos hermanados y simétricos que sostenían una comunidad...[18]

Recorrió la provincia en coche e impartió conferencias en Zumaia, Soraluze, Oñati, Elorrio, Aretxabaleta, Ezkoriatza, Bergara; invitó a impartir charlas en Mondragón a pensadores cristianos como Carlos Santamaría. En estos años de 1961 y 1963 se embarcó en el liderazgo de una campaña de opinión paralela a las gestiones con las instituciones públicas y, también, a sus charlas y obligaciones gestoras en la Escuela. Y a su supervisión de la evolución de las cooperativas. Y a su cuidado por la educación de los trabajadores. Y a su colaboración con las instituciones madrileñas promotoras de la reforma de la empresa (Instituto León XIII, Junta de Estudios del Valle de los Caídos, AECOOP, FACES, Ministerios de Trabajo y de Educación) y los medios de comunicación especializados *(Actualidad Económica, Mundo Cooperativo).* Y a su labor parroquial...

Tensa su capacidad física hasta el extremo. «Cuando quería que algo saliera adelante era una apisonadora de pensar, de argumentar y de tenacidad», cuenta Mendizabal. Se encarga incluso de dirigir la orientación educativa de la Escuela Profesional. Sus colaboraciones con los boletines de la Liga de Educación, en sintonía con *Cooperación,* insisten en informar sobre los problemas de investigación y desarrollo industrial en la Comunidad Económica Europea. Recuerda en ellas que el principal problema al que se enfrenta la educación profesional es su necesaria adecuación a las necesidades del mercado de trabajo y al cambio e innovación tecnológica. En un esquema de ideas para un coloquio de febrero de 1961 apunta datos numéricos sobre los presu-

---

[18] AJMA, C43: Carta a Guillermo Reyna, 19-1-1961; Solicitud al Gobernador Civil de Guipúzcoa, 13-11-1962; C44: «Mondragón al día cara al futuro», hoja informativa, mayo 1963; impreso de venta de bonos de la Escuela Profesional, 1964; C36, «Coloquio 3-2-61», boceto de ideas; C37: «Informe sobre el plan conjunto de Formación Profesional Industrial de la comarca de Mondragón-Oñate-Vergara», 1-3-1961; Carta a Guillermo Reyna, 22-3-1961; Carta a Manuel Valencia, 29-3-1961; «Derivaciones económico-sociales y posibilidades y necesidades de la Formación Profesional Industrial. Charlas dadas a los padres de familia los días 11 y 15 de junio de 1961 en la Sala de Actos de la Escuela Profesional»; Borrador del *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 20, diciembre 1961; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 20, diciembre 1962; C39: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 22, julio 1962 y nº 23, agosto 1962; «La coyuntura de la Formación Profesional Industrial de Guipúzcoa», Mondragón, 18-10-1962; C40, Carta de Juan de Aizpurúa, San Sebastián, 11-4-1963; «Algunas bases para el desarrollo social de un pueblo. Zumaya, 17-4-1963; «Reunión general de las entidades patrocinadoras de la Escuela Profesional», 3-12-1963; *Escuela Profesional de Maestría Industrial de Mondragón. Veinte años,* folleto conmemorativo; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 24, noviembre 1962; *Plan de promoción. Escuela Profesional de Mondragón.* 1962, Eset, Vitoria, 40 pp.; «Educación y Economía. Conferencia del Catedrático de la Facultad de CC.EE. de Bilbao, D. Juan Echevarría Gangoiti organizada por la Escuela Profesional de Mondragón en su campaña de Plan de Promoción. Ideal Cinema, Mondragón, 2-12-1962»; «La educación, factor decisivo del progreso técnico. Conferencia del Dr. Carlos Santamaría pronunciada en el Ideal Cinema de Mondragón el 13-1-1963»; Hoja informativa de la conferencia de Carlos Santamaría y del coloquio posterior; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 25, febrero 1963; *Plan de promoción. Escuela Profesional de Mondragón.* Marzo 1963. Informe nº 2, Eset, Vitoria; Ormaechea: *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 138; Ormaechea: «La Nueva Escuela o «los hechos preceden a la razón»», en Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politecnikoa,* pp. 78-80.

puestos destinados a investigación y desarrollo en los países occidentales y en España, subrayando respecto a esta última: «Presupuesto 1 por %. Emigración alarmante de profesores. Investigación y previsión poca. (...) El mal es estructural».

El primer paso para superar este subdesarrollo era disponer de un buen plantel de profesorado en la Escuela. «Una de las reformas deseables es la de que ampliemos nuestro actual cuadro de especialidades disponiendo para ello de profesores y expertos debidamente preparados», señala en el boletín de la Liga de Educación de julio de 1960. Insiste en que debe existir un diálogo fluido entre el mundo de la empresa y el de la educación. En estos años Ulgor se encuentra en una fase de búsqueda de tecnología que le permita ascender en el mercado español. Desde 1956 cuenta con una licencia de fabricación de placas de selenio concedida por la firma aleman Walter Niepenberg OHG, cuya negociación permitió que José María hiciera amistad con dos empresarios alemanes, Karl Hermann Exner y Ernest Vöigt, este último Presidente de la Cámara de Comercio de Colonia. A ellos acudió con un curioso fin: «Para que fuéramos asimilando la experiencia de ese gran pueblo alemán nos gustaría poder llegar un día a una relación constante con centros docentes análogos al nuestro, a cuyo objeto consideramos sería de interés el intercambio de profesores si ello fuera viable». Inmediatamente hecha esta petición a Vöigt, la remitió a Guillermo Reyna, solicitándole permiso para que se impartieran cursos de alemán en la especialidad de Maestría de la Escuela, en lugar de inglés, «debido a las cada día más intensas relaciones industriales de varias empresas de Mondragón con Alemania». Pero el Director General de Enseñanza Laboral no lo aprobó. El alemán debía ser suplementario.

Por entonces, en julio de 1961, en otra carta a Reyna le anunciaba «la próxima inauguración de los nuevos pabellones y planta industrial de Talleres Arrasate (...) [y] la apertura de la nueva planta electrónica de Ulgor, que va a dar un gran avance en esta sección industrial. Aquí no sobra ningún oficial, ningún técnico: estamos a falta: seguimos firmes en que hay que importar la técnica o desarrollarla con las correspondientes aplicaciones empresariales». Un día más tarde de escribir esto, anunciaba al Obispo su intención de hacer un viaje a Alemania, a las ciudades de Colonia, Berlín y Nüremberg, «con el objeto de llevar a cabo algunas gestiones para la asistencia técnica de nuestra Escuela y para preparar el intercambio de profesores y alumnos para en adelante». Esta carta la remitió el 8 de julio, y el 19 ya estaba de vuelta. Había gestionado con la empresa Semikron un intercambio de alumnos y profesores de la Escuela Profesional. Esta empresa de Nüremberg, dedicada a la electrónica, acababa de cerrar un contrato con Ulgor para la fabricación de placas de selenio que sustituía al que se había tenido con Walter Niepenberg. En las tres ciudades que visitó,

guiado por Vöigt y Exner, comprobó la colosal distancia entre Alemania y España en infraestructura industrial e inversión tecnológica.

Reunido con sus discípulos de Ulgor, compartió sus análisis acerca del extraordinario desarrollo alemán. Las vías de comunicación, las redes de gas, electricidad, agua, teléfono y télex, y la producción de materias primas facilitaban extraordinariamente el rendimiento técnico. Todo lo contrario ocurría en Mondragón y, en general, en España. A la falta de calidad en la infraestructura y servicios, se unía la carencia de materias primas de alta pureza, algo que veían en el proceso de fabricación de las placas de selenio. Pero, además de tales aspectos técnicos, José María, al igual que Gorroñogoitia y Ormaechea, valoraba inmensamente el comportamiento ordenado, sistemático, responsable y sobrio del obrero alemán. Parecía dedicar su vida al trabajo e incluso su ocio era ordenado de manera que su profesionalidad y diligencia en sus obligaciones diarias no se resintiesen. El efecto que este contacto directo con la Europa del Mercado Común tuvo en él se refleja en la intensidad creciente con que utilizó referencias a ella en sus charlas, ponencias y escritos para *Cooperación* o los boletines de las cooperativas en los años siguientes.

En Alemania pudo convencerse de que «la naturaleza del hombre es el artificio» y que lo que aspiraba a crear en Mondragón era posible, pues ya existía allá. Lo mismo habían experimentado sus discípulos. Ormaechea recuerda que adquirieron de estos viajes un sentimiento de exigente anhelo de perfección en la elevación cualitativa de las empresas cooperativas, de sus métodos de trabajo, su entorno urbano y equipamientos. En septiembre de 1963, José María escribía a Alberto de Onaindía: «Tenemos relaciones con varios centros del exterior, pero creemos que nos sería interesante tener contacto directo e información con el Departamento o Secciones de Enseñanzas Técnicas o Profesionales de UNESCO. No sé qué opinará Ud. que conoce mejor todo eso. Le diré de paso que nosotros discretamente constituimos la Escuela en centro de acción social y (...) cooperativismo».[19]

La «ira santa»

Dos polémicas jalonan el tortuoso camino hacia la Nueva Escuela Profesional desde 1960 hasta el comienzo de sus obras, en 1963. La prime-

---

[19] AJMA, C36: *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 17 y 18, julio y octubre de 1960; «Escuela Profesional de Mondragón. Memoria del Curso 1959-1960»; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 18, «Coloquio 3-2-61» (borrador de guión); «Planes y perspectivas de Formación Profesional Industrial. Charla en el Ideal Cinema. 5-2-1961»; Carta a José María Mohedano, 5-3-1960; Carta a Ernest Vöigt, 15-6-1960; Carta a Guillermo Reyna, 21-7-1960; Carta de Guillermo Reyna, 27-7-1960; C37: Carta a Guillermo Reyna, 7-7-1961; Carta a Jaime Font, 8-7-1961; Carta de Hermann Exner, 19-7-1961; C 39: Carta a Ernest Vöigt, 11-10-1962; C40: Carta a Alberto de Onaindía, 12-9-1963; Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 221-229; Mendizabal: «D. José María, Creyente», p. 107.

ra tuvo lugar en los años 1960 y 1961 debido al empeño de Clemente López Cano, religioso viatorista y director del Colegio de San José de Mondragón, por incorporar la enseñanza del bachillerato laboral, decisión que obstaculizaba los planes mancomunales de José María. En relación con dicho proyecto ambos habían tenido varias reuniones, acordando la posibilidad de que el Colegio de los viatoristas se encargara de impartir bachillerato general y de comercio. Pero los planes de López Cano eran más ambiciosos y contemplaban crear un centro competitivo con la Escuela Profesional. El Ayuntamiento no veía con malos ojos una idea que hubiera fragmentado aún más la enseñanza técnica en Mondragón.

En octubre de 1960, José María recurrió al boletín *Cooperación* para proclamar ante la comunidad cooperativa su rechazo frontal al proyecto viatorista: «El bachillerato laboral pretende ser una conjugación de la capacitación intelectual y preparación profesional. ¿Esta combinación puede ser efectiva y eficaz a esta edad de 10 a 15 años? Indudablemente el tiempo que dedica ésa a la preparación profesional o laboral es con resta de la que pudiera dedicarse a la formación cultural y científica y mientras se carezca de un mínimo de formación intelectual es evidente que la profesional o laboral no puede ser eficiente. Así, resulta fácilmente el bachillerato laboral elemental un aprendizaje de segunda categoría». Y en febrero de 1961, en *Cooperación,* destacaba cómo esta modalidad educativa dificultaba una formación especializada, pues «el alumno que siga los cinco cursos de Bachillerato Laboral Elemental está en condiciones de inferioridad para continuar luego el Bachillerato Clásico Superior (...) [mientras], si se orienta hacia la Enseñanza Profesional, interesan muy poco los cuatro conocimientos prácticos o técnicos que pueda tener el alumno a los 15 años». Esta modalidad de bachillerato suponía una rémora a su proyecto de educación integral, como señalaba a Clemente López Cano en una carta de diciembre de 1960: «Ud. mismo puede ver que los que hoy alientan y apoyan dicha fórmula como interesante para el pueblo de Mondragón, no la desean ni aceptan para sus respectivos hijos». Este bachillerato perpetuaría la división clasista en base a la educación.

El problema es que estos razonamientos quedaron oscurecidos por el tono pasional de las cartas que remitió a su competidor. A mediados de octubre de 1960 había cursado la primera, que marcaba la tónica del resto. La escribía dominado por lo que Juan Leibar ha descrito como una «ira santa». Exigía, con una dureza lindante con la insolencia, que López Cano rectificara unas declaraciones públicas que había hecho en las que había asegurado que él era proclive a su proyecto. El tono agresivo de su carta era de difícil asimilación, sobre todo para una persona como López Cano, interesada en ese momento

en crear su propia comunidad escolar independiente de las cooperativas. «Si usted no procede a la debida aclaración, seré yo quien tome la iniciativa y dejaré claras las cosas», advertía José María. Aludía también a una política viatorista contraria a la Escuela Profesional, lo que refleja una sorda tensión que había acabado finalmente por explotar en un conflicto fuertemente individualizado en dos personalidades irreconciliables. José María había demostrado en pocas pero sonadas ocasiones ser escasamente flexible en la discusión cuando se creía respaldado por la razón. Por ello, cuando en su contestación López Cano lamentaba las «amenazas tan poco elegantes y tan intemperantes» que le había trasladado, el coadjutor le insistía que tenía derecho a defenderse en el tono hostil que fuera necesario.

Vista la imposibilidad de conciliación, José María inició una campaña de opinión. Remitió una carta explicativa de sus posiciones al Ayuntamiento y varias cartas de protesta al Provincial de la Orden de San Viator. Acudió a la firma de varios padres de alumnos de la Escuela para redactar otra carta de protesta por la política educativa del Colegio de San José. Intercaló críticas a éste en *Cooperación* y el *Boletín de la Liga de Educación y Cultura* y promovió el posicionamiento de la «Asociación de Padres de Familia de Mondragón» y de las cooperativas. En diciembre subió el tono de la polémica, acusándole de fomentar «ideas y proyecciones que son simples estupefacientes sociales» para mantener al pueblo obrero bajo la minoría poderosa: «Ni Ud. ni sus superiores encaminan a sus aspirantes y novicios por las sendas del bachillerato laboral, ni los defensores de esta fórmula la quieren para los suyos y sabe que el sentido más elemental de caridad cristiana nos impide dar a los demás lo que no queremos para nosotros. Ya sabe a qué atenerse si quiere hacer honor a su condición de cristiano. Atentamente le saluda suyo en Cto.»

Este episodio polémico resulta interesante no tanto por su trascendencia pública, poco notoria, cuanto porque permite valorar los formidables accesos de ira que José María experimentó en contadas situaciones. Curiosamente, la totalidad de estos episodios de «ira» tuvo como destinatarios compañeros de ministerio: desde los imberbes seminaristas de Kardaberaz a los jesuitas de Loiola o el sacerdote crítico con la compra de un inmueble por la Cooperativa San José. Este último, precisamente, intentó retomar contacto con José María cuando apenas se habían apagado los rescoldos de la polémica con López Cano. En su misiva le conminaba a abandonar viejas rencillas, le trasladaba su perdón y su deseo de olvidar lo ocurrido siete años antes, en 1957, al adquirir la sede central de la Cooperativa San José. José María fue implacable: «He recibido, leído y releído su carta, cuyos términos me resultan incomprensibles fuera del caso que esté Ud. padeciendo una amnesia mental aguda. (...) La composición de lugar

que nos hacemos del problema es muy distinta. Me dice Ud. que las cosas se resolvieron gracias a Dios. Todo depende de qué entendamos por resolver o de quién hayamos podido sentirnos víctima (...). Más vale tarde que nunca y celebraré la reanudación del diálogo (...), pero creo que no es de tal naturaleza [el problema] que con olvidarlo está todo hecho».

En su fuero interno existe una única verdad y ésta debe ser reconocida públicamente cuando la polémica trasciende el ámbito privado. Su ánimo no se exalta porque se cuestionen sus opiniones, sino porque tal cuestionamiento salga a la palestra pública, pues ello puede afectar la honorabilidad de su proyecto. Tal es la razón por la que siempre exige a sus adversarios una rectificación pública y niega derecho al oponente a cualquier absolución de su comportamiento, incluso cuando ésta vaya unida a una voluntad de reconciliación. Y es que ser objeto de perdón implicaría reconocer una equivocación que no está dispuesto a aceptar: «Lo que no se me hubiera ocurrido a mí nunca es pensar que necesitaba absoluciones suyas para poder tener buenas relaciones con nadie». Esta observación, de marzo de 1963, es la misma que había hecho a López Cano en octubre de 1960: «[no] necesito que nadie me absuelva de intemperancia por el ruego que le dirigía».

La inflexibilidad de su carácter tenía esta derivación desafortunada. Uno de los sacerdotes que mejor lo conoció sugiere que su obsesiva defensa de la honorabilidad de su obra y persona, remite a «algún tipo de soberbia interior personal muy sutil» en su comportamiento. En unos ejercicios espirituales de hace varios años, ya aludidos, había subrayado la necesidad que tenía de controlar «algunas manifestaciones de mi soberbia, que es mi pasión dominante». Jesús San Miguel Eguíluz razona este comportamiento según la variable de conducta psicológica a que adscribe su perfil biográfico: «No sintonizan con facilidad con los otros y pueden convertirse en poco tolerantes. Les cuesta trabajo trasladarse al punto de vista ajeno. El suyo propio es el principal foco de visión y se extrañan al advertir que los demás no ven los problemas con la misma claridad que ellos».

Su ascética de contención le llevaba a mostrar una frialdad más superficial que real, como estos accesos de ira demuestran. En 1963 una nueva carta a Clemente López Cano revela un tono mucho más pausado y conciliador. El conflicto se había solucionado. Dos años antes, en agosto de 1961, el Ayuntamiento había promovido una reunión para conjuntar los proyectos educativos de la villa. En ella se había designado a ambos para elaborar una ponencia sobre la unificación de la enseñanza municipal, cuyo primer borrador, obra de López Cano, contó con jugosas críticas de José María. El proyecto viatorista no llegó a materializarse, aunque tampoco la integración educativa de

José María que, pese a la espectación que generó, careció de concreción institucional alguna.

El proyecto de mancomunación educativa comarcal dio pie a alguna otra tensión, más leve, durante las reuniones organizativas que tuvieron lugar, como la que en abril de 1963 convocó en Bergara Juan Aizpurua, Presidente de la Junta Provincial de Enseñanza Profesional, para coordinar la actividad de las escuelas técnicas de Mondragón y Bergara. De ella salió el único resultado ostensible de los esfuerzos de José María por sentar las bases de un nuevo sistema coordinado de educación técnica comarcal. Se le encargó la redacción de unos estatutos para una Nueva Escuela Comarcal. En 1965 definió su proyecto de «Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñate» («M.E.D.U.O.»), en el que preveía emplazar en la Escuela Profesional de Mondragón las ingenierías relacionadas con la Mecánica, Electrónica y Máquina Herramienta. En Bergara se asentarían las químicas, vinculadas a la industria textil, y en Oñati las licenciaturas de Comercio y Administración de Empresas. Demasiado para las limitadas capacidades organizativas de la Dictadura. El proyecto no fructificó aunque de él ha nacido, en 1997, la estructura docente descentralizada de la actual Mondragón Unibertsitatea.

Otra polémica tuvo lugar con ocasión del comienzo de las obras de la nueva Escuela en Iturripe. En 1961, cuando se comenzó a hablar de la construcción de ésta, habían pasado 17 años de la compra del campo y las directivas de la Juventud Deportiva habían perdido la memoria de los planes educativos que José María había trazado para una parte del terreno. Incluso desconocían las limitaciones de las facultades que correspondían a los socios según los estatutos, que establecían que, en el ámbito patrimonial, la capacidad de decisión correspondía sólo a los reunidos en Junta General. Los de número, los aficionados afiliados a la sociedad, se habían olvidado de ello y creían que su Junta Directiva ejercía los derechos sobre los bienes de la sociedad: el campo de fútbol y el cine Gurea. Cuando comenzaron las obras de la Escuela, que obligaron a la Comisión Ejecutiva presidida por Ormaechea a financiar la variación del campo y a construir una serie de equipamientos deportivos, varios de estos socios enviaron el 16 de octubre de 1963 al *Diario Vasco* una carta anónima de protesta en que protestaban contra la Comisión Ejecutiva. José María redactó otra en que rebatió, en el mismo diario, sus protestas, explicó la legalidad de la operación y no dejó pasar la oportunidad para descalificar a los críticos acudiendo a su acervo orteguiano: «Los autores del escrito en cuestión, se erigen en esforzados paladines y defensores de la masa plebeya y filistea, la que, en opinión de Ortega, es amorfa e inoperante por sí, en tanto no se valga de sujetos o agentes egregios que surjan de la misma, honor y responsabilidad

que parece debe serles vedada a los que se escudan en el más cómodo y absoluto de los anonimatos».[20]

El exigente viaje de la santidad

En la Asamblea General de Provisión Social celebrada en Mondragón en julio de 1962 José María proclamó: «El paternalismo debe ser para el cooperativista tan repudiable en la administración de su capacidad laboral, como en la utilización de los servicios asistenciales y de previsión social». El 25 de marzo de 1963 una Orden Ministerial establecía el encuadramiento de los socios de las cooperativas industriales en las mutualidades de Autónomos, justo cuando el Servicio de *Provisión* marchaba con éxito y había pasado de 312 en 1959 a 2.000 socios en 1963. El movimiento cooperativo, mientras, seguía en plena expansión de la mano de jóvenes licenciados de la Escuela Profesional, según la línea de Talleres Arrasate y Copreci, continuada ahora con Ederlan, ubicada en Eskoriatza, en la que se integraron tres sociedades: Fundiciones Esteibar, Talleres Uribesalgo e Industrias Comet, esta última fundada también por estudiantes de la Escuela. Tal unión permitió crear en noviembre de 1963 la nueva cooperativa, dedicada a la metalurgia, gracias al padrinazgo de Caja Laboral. Recibiría por nombre Comet S.C.I., que se convertiría en Ederlan S.C.I. en diciembre de 1966.

Y es que la Caja había abierto el 1 de abril de 1962 su primera sucursal en Aretxabaleta, dentro de una cooperativa de consumo recién creada, Andramari. La idea que rigió la apertura de sus nuevas sedes era que el ahorro que albergara cada una financiara la promoción de empresas cooperativas de la localidad. Esta tesis, adecuada al ideario promotor que José María había conferido a esta entidad bancaria, es

---

[20] AJMA, C24: Carta a Clemente López Cano, 15-10-1960; Carta de Clemente López Cano, 17-10-1960; Carta a Clemente López Cano, 22-10-1960; Carta de Clemente López Cano, 26-10-1960; Carta al Ayuntamiento de Mondragón, 28-10-1960; Carta a Clemente López Cano, 6-12-1960; Carta al Rvdo. P. Provincial de los Clérigos de San Viator, 27-5-1961; Carta de contestación, 3-6-1961; Carta a Nazario Izar de la Fuente, 5-6-1961; Carta a Clemente López Cano, 3-6-1963; C36: Carta a Guillermo Reyna, 14-10-1960; «A propósito del Bachillerato Laboral en Mondragón. Diciembre de 1960»; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 19, enero de 1961; Carta al Ayto. de Mondragón, 18-2-1961; «Criterio de la Asociación de Padres de Familia de Mondragón acerca de la cuestión del Instituto Laboral-Enseñanza Profesional. Mondragón, 22-2-1961»; C87: Carta al Delegado de Enseñanza del Ayto. de Mondragón, 11-2-1961; C37: Manifiesto de las cooperativas, 28-2-1961; Clemente López Cano: «Apunte para un proyecto de coordinación de enseñanza en Mondragón», 9-8-1961; Comunicado del Ayto. de Mondragón, 11-8-1961; C63: Carta de José Plazaola, 16-3-1963; Carta a José Plazaola, 22-3-1963; C77: «Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñate. M.E.D.U.O.» y estatutos de la misma, fechados en 1965; «Actualidad social», *Cooperación,* nº 2, octubre 1960; «Doña Paula preocupada», nº 6, febrero de 1961; C65: Carta de Juventud Deportiva de Mondragón dirigida al *Diario Vasco;* «Carta sobre la Juventud Deportiva de Mondragón», *Diario Vasco* 20-10-1963; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 148; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y hoy,* pp. 105-112, esp. 112; Mendizabal: «D. José María, Creyente», p. 107; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* testimonios nº 8 y 12, pp. 28-29 y 39; Ormaechea: «Juventud Deportiva de Mondragón auspiciadora de la Nueva Escuela, o la historia de un campo de fútbol», en Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 69-70 y 79-80; *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 135; contrastado y ampliado con JMAFO12.

la que guió la apertura de las siguientes oficinas: la de Elorrio, con la cobertura de Funcor; y la de Soraluze, para potenciar la cooperativa del mismo nombre, creada en 1962 por un sacerdote local implicado en las Juventudes Obreras de Acción Católica, con dieciocho jóvenes que se beneficiaron del apostolado de José María en este tiempo de promoción de la Mancomunidad Escolar. Ambas oficinas fueron abiertas el 2 de enero de 1963. Siguieron la de Oñati, en base a las cooperativas Gaitu y Ulma, en mayo; la de Ormaiztegi, para apoyar la sociedad Irizar, en septiembre. Y luego Elgoibar, Markina, Bergara, Pasajes, Rentería, Vitoria, etc., a un ritmo de 6 a 10 oficinas por año.

Para coordinar esta promoción empresarial, la Caja había constituido el Servicio Técnico, su futura División Empresarial, uno de cuyos fines iniciales fue supervisar el proceso de construcción de la nueva Escuela: compra, preparación y calificación de terrenos; selección y relaciones con los arquitectos; búsqueda de la financiación pública; reconocimiento de su «interés social» para acceder a subvenciones y préstamos de los créditos del Banco de Crédito a la Construcción; y seguimiento de las obras. En mayo de 1963, el Ministro de Trabajo visitó las cooperativas. Jesús Romeo Gorría aprovechó para contemplar el avance de las obras de la Escuela y debatir con José María sobre el problema de la mancomunación de la educación técnica.[21]

En junio publicó José María su panegírico del Papa Juan XXIII, fallecido al comienzo de ese mes, exaltando su reciente encíclica *Pacem in terris,* a cuya teología humanista vinculaba de nuevo su proyecto empresarial: «Tratamos de ser constructores de una nueva sociedad, de un nuevo orden, que reconozca al hombre el verdadero puesto que le corresponde por designio en la Creación (...). Cada creyente ha de ser corredentor, es decir, el cristiano, comenzando por interesarse más por el prójimo que por sí mismo, "ha de vivir con el hambre y la sed de justicia, con las lágrimas y cruz de Cristo"». Juan XXIII completó la influencia en su pensamiento cooperativo de la filosofía personalista, la teología teilhardiana y, sobre todo, su aplicación a la empresa. El efecto positivo de la *Pacem in terris* en el cooperativismo fue inversamente proporcional al que generó en el régimen de Franco este documento que exaltaba los derechos humanos, las libertades de expresión, asociación, elección y representación política, así como el respeto a las minorías étnicas y nacionales de los estados.

Pero la influencia del fallecido Papa en la personalidad del coadjutor mondragonés excedía el campo de la doctrina social. En su

---

[21] Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 166; Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 179-187, 273, 321-330,364-367 y 461-463; *Mundo Cooperativo,* nº 331, mayo de 1963; «Una visita y unas reflexiones», *Cooperación,* nº 33, mayo de 1963; *La Voz de España,* 26 de mayo de 1963; *Arriba,* 23 de abril de 1963. Estos y otros periódicos forman parte de sus dossieres de prensa albergados en Transfer I, con subrayados suyos, etc.

epílogo de la encíclica *Sacerdotii Nostri primordia* Juan XXIII había insistido en que el primer deber de los sacerdotes era «alcanzar la propia santificación» y, citando a Pío X, había sentenciado: «ninguna cosa es tan necesaria como la santidad del clero, para que, con el ejemplo, con la palabra y con la ciencia, sea guía de los fieles». En su evocación necrológica, tras animar a la comunidad cooperativista a vivir inquieta por el espíritu del Vaticano II, José María subrayó: «Dios nos quiere santos (...), que estemos CAMINO de la santidad». La mística vitoriana informaba su obra de promoción social tanto como su ascética diaria y su ministerio. Creía intensamente que por el servicio al prójimo se redimía a sí mismo. Por este ideal redentor que perseguía con ansiedad seguía sin arrogarse mérito alguno, renunciando a cualquier homenaje o reconocimiento, sacrificándose por crear un orden cooperativista que entendía como un ejercicio de santificación comunitaria. La intensidad de su trabajo creció y creció en estos años. Cada vez eran más las cartas que escribía y contestaba, más las charlas y conferencias que impartía o elaboraba. Más grande sería la Escuela que construía, más las cooperativas que alentaba. Y, por lo tanto, más los viajes que realizaba a Madrid, que alcanzaron una profusión desconocida entre los años 1962 y 1963. Viajes para gestionar las obras de la Escuela, garantizar sus créditos y subvenciones; y negociar otros muchos asuntos docentes o empresariales. Así lo avalan los informes de los discípulos que le acompañaban, especialmente de Ormaechea.

Viajes en los que sólo había cambiado, respecto a la década pasada, el medio de transporte, que ahora era normalmente un automóvil, ejemplo en sí mismo del cambio socio-económico que vivía el país. Viajes en los que no olvidaba aprovechar los tiempos muertos en el coche para hilvanar una oración ni celebrar la eucaristía diaria en la capital o en la iglesia de algún pueblo de paso. Y en los que siempre destacaba una incansable capacidad de trabajo. En uno de ellos se encontró con que los ascensores del Ministerio de Educación no funcionaban. Debía entregar en el octavo piso unos expedientes pesadísimos que contenían los proyectos de la Escuela y de las urbanizaciones adyacentes, con sus planos, diseños, etc. Y así, con diez kilos de materiales, subió escalón por escalón hasta depositar en el piso el expediente necesario. No importaba el sacrificio de una salud que sólo él sabía ya, por entonces, muy precaria, especialmente ante esfuerzos físicos de esta naturaleza.

Las visitas a Madrid eran tan copiosas como largos los problemas con una administración poseída por el espectro de Mariano José de Larra, centralista y mastodóntica, jactanciosa y absurda. «Una vez hemos hecho un viaje que, como todos, tiene resultados ampliamente positivos y otros menos positivos en razón de la abulia y pocas ganas

de trabajar que se observa en los Ministerios. Eso sí, los viajes hay que prepararlos bien y en muchas ocasiones es conveniente cerciorarse de que están [abiertos] los negociados, los Ministros y los Directores Generales, para no perder tiempo, aunque pensamos que esto es más bien un deseo que un hecho posible de conseguir». Así cierra José María Ormaechea su crónica de uno de ellos, de septiembre de 1963. La que escribe sobre otro anterior, realizado en enero de 1962, permite comprender las dificultades de todo tipo que les acompañaban. Lo hicieron él y José María. Ya la ida a Madrid había sido complicada, con un reventón de rueda en la fría mañana, pero lo peor les esperaba a la vuelta. Apenas habían abandonado la capital a media tarde cuando el coche, que mostraba problemas de batería, estuvo a punto de volcar debido a las malas condiciones de la carretera. A 25 kilómetros de Vitoria se paró definitivamente, en mitad de «un frío intensísimo y sin luz», pues era ya la madrugada. Lograron que varios camiones los remolcaran pero a unos seis kilómetros de Vitoria la nieve había bloqueado la carretera y volvieron a quedar sin transporte. Recorrieron a pie ese trecho hasta que llegaron a la estación de la capital alavesa y lograron coger el primer tren a Mondragón. Catorce años después Ormaechea rememoró el episodio y lo completó con datos que no aparecen en su informe original. Al recordar su llegada a Mondragón, esa madrugada del miércoles 30 de enero de 1962, apunta: «Cuando llegamos [José María] lo hacía gozoso, iba a celebrar Misa seguidamente. Lo que no supimos los demás era que un callo en la planta del pie se le había reventado en el trayecto que hiciéramos andando». En doloroso silencio había recorrido el camino a Vitoria con la firme resolución de llegar a la parroquia a celebrar la eucaristía... Un silencio que era doblemente doloroso, pues el «intensísimo frío» tan resaltado en la crónica inicial no era una cuestión baladí en él. Tenía pavor al frío, mal al que había estado íntimamente ligada su biografía, pues lo había soportado en el caserón de Iturbe, los seminarios de Castillo-Elejabeitia y Vitoria y, sobre todo, en Burgos...

«Resulta, pues, que el hecho de ser sacerdote constituye una invitación, más imperiosa y urgente que ninguna otra a la renuncia y al don de sí, y por consiguiente a la perfección y a la santidad. Y se comprende que en la medida que no es perfecto y santo, en la medida en que no agota la escala de las posibilidades para llegar a serlo, es indigno del sacerdocio que ha recibido. Y en la misma medida en que es imperfecto y no santo, ejercerá mal su sacerdocio, obstaculizando la irrupción de la vida de Dios en el mundo». Así entendía Ramón Echeberría el principio de la santidad sacerdotal, es decir, el resorte que impulsaba a José María a subir ocho pisos con diez kilos a sus espaldas o a recorrer seis kilómetros callando una herida en la planta del pie en mitad del viento polar meseteño. Sobre tal resorte había comentado

Jacques Leclerq: «Si el sacerdote (...) está preocupado de sí mismo, en esta medida exactamente –y me veo forzado a decir: matemáticamente en esta medida– será incapaz de dar a Cristo, de ser el Cristo para los hombres, de darles el sentido de Cristo, de traducir la actitud de Cristo frente a los problemas y a las exigencias de la vida».[22]

Los viajes a Madrid eran ocasión de penosa santificación. E igual ocasión eran los que realizaba por la provincia o las actividades diarias en la parroquia, en las cooperativas, en la Escuela. Se limitaba a ser fiel a las orientaciones de unos maestros que le habían enseñado que la exigencia de santidad pesaba sobre el sacerdote «hasta el extremo de que si no tiendo a la santidad con toda mi alma, en un esfuerzo coextensivo a todos los momentos de mi vida, soy un sacerdote indigno». Pues, describe Echeberria, «el pecado grande, el mayor, el pecado esencial del sacerdote es haber aceptado ser lo que es, el representante de Dios, el portavoz de Dios, el cooperador de Dios en la obra salvífica, sin aceptar la única condición que le pone en estado de cumplir su misión».

En julio de 1962, José María del Moral escribe al coadjutor para comentar los recientes boletines de *Cooperación* que le han entusiasmado, especialmente en sus reflexiones sobre la coyuntura de desarrollo económico, pues considera también que «hay un potencial de ideas y un dinamismo aflorante en muchos sectores de nuestro pueblo que sólo están esperando cauce, dirección y ejemplo. (...) De todos modos ahí están algunos ejemplos, como el de Vd. desde Mondragón, que tienen que reforzarme en este optimismo». Pero aún le queda algo por decir: «Por último, que es por donde debía haber empezado, me alegro de corazón esté repuesto totalmente. Ignoraba que hubiese pasado tanto tiempo retirado y le deseo toda la salud que necesita para continuar en la brecha». Y es que el camino de la santificación no es gratuito. Hasta sus más lejanos amigos comienzan a apreciar que la brecha de trabajo en que se mantiene es demasiado pesada para su salud. Hermann Exner le ha escrito, una semana antes que Del Moral, desde Colonia, anunciándole un curioso presente: «Es mi sincero deseo que el pequeño magnetófono sirve [sic] a aliviar algo su gran programa de trabajo y le recomiendo que Ud. se acostumbre a

---

[22] AJMA, C44: «Viaje a Madrid 25-28 octubre de 1962», «Viaje a Madrid. 28 y 29 de enero de 1962», «Viaje a Madrid. 21 de diciembre de 1962», «Viaje a Madrid realizado los días 26 y 27 de septiembre de 1963» *Encíclica Pacem in terris (11 de abril de 1963),* Imprenta ACATI, Madrid, 1963; *Pacem in terris,* Publicaciones de la HOAC, Madrid, [1963]; «Nuestro recuerdo y homenaje a Juan XXIII», *Cooperación,* nº 34, junio de 1963; «Solidaridad humana universal», nº 43, marzo de 1964; Ramón Echeberria: *En ruta pastoral. En el centenario de la muerte de Juan María Vianney, Cura de Ars,* Imprenta Egaña, Vitoria, 1987, pp. 130-131 y 136-137; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 820-822; Mendizabal: «D. José María, Creyente», p. 106; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...,* pp. 173-174 y 192-193; Gorroñogoitia: «D. José María. Apuntes sobre su vertiente religiosa», p. 11; Ormaechea: «Perfil humano», p. 10; «La nueva Escuela o «los hechos preceden a la razón»», en Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa...,* pp. 86-87.

dictar sus boletines y su correspondencia dejando luego las cintas impresionadas a alguna de las mecanógrafas de Ulgor u [sic] de otra cooperativa». Es un regalo que responde a una honda inquietud: «Me preocupa su salud y me preocupa, sobre todo, su deseo indomable de trabajar».

Los tres primeros años de la década de los sesenta han supuesto un incremento exponencial de su trabajo. A la Escuela Profesional se han unido las cooperativas. Luego, su concepción del principio de mancomunación en ambos ámbitos interdependientes de la educación y la empresa han reclamado de él un esfuerzo creciente de viajes a Madrid. José María lleva desde 1955 pero, sobre todo, desde 1959, viviendo en lucha diaria contra el tiempo real, contra las veinticuatro horas del día, forzando la máquina de su cuerpo, exprimiendo su capacidad de rendimiento hasta la última savia. En sus cartas de estos años aparece la misma expresión que ha jalonado su vida desde hace veinte años. El 19 de junio de 1963 escribe: «Mi querido amigo: Recibí su amable carta del 8 de mayo (...) la verdad es que hoy, al revolver los papeles y mirar la fecha de la suya, me he encontrado con una sorpresa, la de siempre, que el tiempo vuela». El tiempo vuela y se lleva, con él, su salud. Se encuentra cada vez más cansado, hace un año desde que Exner le envió el magnetófono y éste no ha reducido su trabajo sino que, de utilizar el aparatejo, le habrá servido sólo para incrementarlo. Es consciente de que su corazón es débil. Comienza a sentir algún ataque de fatiga y piensa en concretar su actividad en un ámbito más intelectual. Sabe que tiene un plantel de discípulos fieles que pueden hacer frente a la gestión diaria de su obra: Ormaechea, Gorroñogoitia, Larrañaga, Usatorre, Ayala, Duque, Amozarrain, Retegui, Leibar... Siente la necesidad de dar un paso más en su labor de apostolado cooperativo: escribir un libro, dar el paso de la comunicación publicística, puramente propagandística, a otra más reposada, en donde las ideas tienen que estar más razonadas, menos cogidas al vuelo, en donde pensar en voz alta no es suficiente, en donde hay que exponer de forma más detallada cada cosa que se dice, pues ésta adquiere un mayor sesgo de permanencia.

La carta aludida de junio de 1963 está dirigida a un responsable de la madrileña Editorial Popular y en ella expone un esbozo del libro que desea preparar sobre el cooperativismo. Está resuelto a escribirlo, «aunque no sea perfecto, pues tengo yo la misma impresión que Ud. Realmente se corre riesgo de proceder ligeramente en un campo tan complejo como la cooperación industrial. Es más: no me falta mucho en cuanto al esbozo de las ideas fundamentales de una proyección cooperativa sana: mejor o peor las he abordado ya en boletines y notas publicadas, que necesitaría simplemente coordinar un poco». El fin del libro es subrayar la seriedad de este modelo empresarial y estable-

cer sus principios humanistas rectores. Este afán intelectual no está sólo motivado por su voluntad de apostolado. El 11 de julio de este año el Boletín Oficial del Estado ha publicado una notificación del Ministerio de Información y Turismo anunciando la apertura de una inscripción excepcional en el Registro Oficial de Periodistas. La posibilidad le resulta atractiva para regularizar sus labores periodísticas. Pero existe una razón mucho más poderosa, la misma que, secretamente, anima su deseo de escribir un libro: «En mi última enfermedad los médicos me recomendaron, o mejor diría, me impusieron, que redujera el número de horas que dedicaba a clases y charlas por la fatiga física que ello entrañaba. Así lo he hecho. Esto da lugar a que yo dispongo ahora de más tiempo para reemplazar mi acción formativa de clases por la que puedo llevar a cabo mediante otras actividades (...) [como] la publicación de boletines u otros medios impresos». En esta carta de 1963 clarifica la razón última de su gestión para registrarse como periodista. Por supuesto, le añade otra, como es «incrementar la formación [cooperativa] en sectores más amplios (...) [,pues] hay una gran inquietud social en nuestra masa, pero para poder avanzar con realizaciones concretas, en particular con las de tipo cooperativo, hay que ahondar mucho más la preparación personal y ambiental». Su solicitud será, finalmente, desestimada.

En el verano de 1963 había experimentado, por primera vez, las llagas que generaba la exigencia de santidad sacerdotal que había tomado de Echeberria, Goicoecheaundía, Aldabalde o Leclerq. La enfermedad comienza a germinar en su interior. Él lo siente y lo guarda. Contenido, sólo se permite deslizar algún leve comentario en la correspondencia privada, y aun así sin darle importancia, casi como si fuera algo anecdótico, como esas enfermedades de trabajo que *Cooperación* diagnostica y de las que alerta en sus secciones sobre la salud laboral de los cooperativistas. Públicamente, apenas ha variado su ritmo de vida. No ha abandonado sus constantes viajes a Madrid; ni ha frenado su campaña de apostolado en el Valle de Léniz; ni ha terminado con sus charlas en las cooperativas; ni con su incansable labor de redacción de boletines, hojas volantes y correspondencia. Sigue fiel a la regla ascética que se ha impuesto desde el Seminario: despreocuparse de sí para ser, como había proclamado Juan XXIII, «el buen pastor que se sacrifica por sus ovejas».[23]

---

[23] AJMA, C39: Carta de José María del Moral, Madrid, 9-7-1962; Carta de Hermann Exner, Colonia, 3-7-1961; Carta a José María Landeche, 19-6-1963; Carta de José María Landeche, 3-10-1963; Carta a Jesús Iribarren, 22-7-1963; C98: Curriculum Vitae de José María Arizmendiarrieta destinado al Registro Oficial de Periodistas, 9-9-1963; C76: Carta de Felipe Ugarte, 2-11-1963; Certificado firmado por José María Ormaechea, Director de Caja Laboral, 11-11-1963; Borrador manuscrito sobre el expediente destinado al Registro de Periodistas; 40: Carta a Manuel Valencia Remón, 16-9-1963; Carta de Manuel Valencia Remón, San Sebastián, 20-9-1963; Echeberria: *En ruta pastoral,* p. 132.

HACIA LA REVOLUCIÓN POR LA EDUCACIÓN

Trabajo, Unión... y Mancomunación

«Trabajo y Unión. En estos dos términos y conceptos podemos esquematizar la proyección del modesto Boletín de COOPERACIÓN que a partir de este número se denominará TU por exigencias administrativas. (...) El TRABAJO es la base firme de desarrollo y de promoción. La UNIÓN es la palanca que multiplica las fuerzas de todos. La COOPERACIÓN es para nosotros un "régimen de solidaridad" para hacer del "trabajo" el adecuado instrumento de "promoción personal y colectiva'%. En abril de 1964 el Ministerio de Información y Turismo exigió la adecuación de *Cooperación* a la normativa sobre publicaciones periódicas, lo que implicó el cambio de su cabecera, por haber ya otra publicación con igual título anterior a ella. El régimen aprovechó para hacer efectivas otras exigencias administrativas que acabaron obligando a presentar un cuadro editorial completo. De los cuatro títulos barajados por José María, dos en castellano y dos en euskera, finalmente fue elegido el de *T.U.* La propiedad de la revista quedaba en manos de Caja Laboral, si bien de la redacción se encargaba la Liga de Educación y Cultura, asumiendo su dirección Juan Leibar, profesor y Secretario de la Escuela Profesional (pronto Politécnica). Lo que no varió fue el estilo de la revista, que siguió como siempre. Y es que el continente tenía que ser indicativo del contenido. En su primera editorial de abril de 1964, lo explicaba así: «Tratamos de ser constructores de una nueva sociedad, de un nuevo orden, que reconozca al hombre el verdadero puesto que le corresponde por designio divino en la Creación: puede señorear sobre las cosas, pero no sobre los semejantes». El artículo posterior a este editorial, primero de la nueva cabecera, exponía el concepto de empresa de Paulo VI.[24]

En el nuevo *T.U.* la preocupación por la emancipación laboral de la mujer se hizo más ostensible. Hasta entonces las reclamaciones paritarias de José María habían estado fundamentalmente orientadas a la educación, pues la participación de la mujer en el trabajo tenía como límite el matrimonio. En las cooperativas, cuyo vínculo asociativo institucional era el «contrato de sociedad» y no el usual contrato de trabajo, las socias solteras veían aquél rescindido una vez contraían matrimonio. Pero cada vez eran más las mujeres que sentían el matrimonio casi como una sentencia al exilio que las apartaba de la vida social. Él mismo había tenido contacto con esta realidad dramática de la mujer trabajadora expatriada al hogar y sabía que tal situación ten-

---

[24] AJMA, C76: Carta de Felipe Ugarte, San Sebastián, 6-4-1964; Carta a Felipe Ugarte, 8-4-1964; «Trabajo y Unión», *T.U.,* nº 47, julio de 1964.

día a incrementar los problemas de pareja. El dinamismo social, dice Anthony Giddens, es el elemento característico de toda modernidad. Ésta implica cambios en las prácticas sociales y los comportamientos tradicionales. El desarrollismo español, agente de la modernidad, implicó cambios sociales que tuvieron una variada vertiente identitaria. Una fue la del género. Dado que la naturaleza, como apuntaba José María, era moldeable por el hombre; dado que poco le venía dado al ser humano que éste no pudiera transformar, le fue fácil adquirir un creciente compromiso con el derecho de la mujer a una educación y trabajo dignos. En abril publicó un manifiesto titulado «Mujeres de Mondragón», en el que anunciaba la construcción de un Pabellón femenino de Aulas y Laboratorios que permitiría que las muchachas pudieran estudiar Química y Electrónica. El manifiesto estaba redactado en femenino por supuestas mujeres de la Liga de Educación y Cultura, bajo cuyo anonimato se encontraba él: «¿Por qué no hay más mujeres electricistas, más ajustadoras, más proyectistas, más metodistas, o más técnicos en contabilidad? ¿Por qué no se ha planteado que ella puede ser un magnífico electricista o un estupendo jefe de mantenimiento, o un significado jefe departamental?»

El *T.U.,* como antes *Cooperación,* era cauce para discutir los más diversos temas del trabajo femenino, tanto el no remunerado del hogar como el remunerado de la fábrica: «Me parece que, en general, los hombres no tenemos derecho, más exacto sería decir que no tenemos razón moral suficiente, a criticar el comportamiento femenino, cuando somos nosotros quienes hemos organizado la sociedad de forma tal que de por vida a la mujer no le queda otro papel, sino el de comparsa, con el fin de satisfacer al rey de la sociedad, el varón», decía en este año de 1964. «En el fondo nos sentimos gozosos de imaginarnos infantiles a nuestras mujeres (...). Quizá anida en nosotros un morboso sentimiento de superioridad.» Promovió encuestas en el marco de la Liga para conocer las preocupaciones de la mujer y cursillos y charlas destinados a público femenino. En un folleto aparecido en 1963 en el que se insertaban entrevistas y fotos de trabajadoras de la Cooperativa San José, subrayaba: «Este movimiento social de la incorporación de la mujer a la vida pública debe ser obra de los que formamos la sociedad, atañe a todos, nadie puede excluirse». Y su entorno predicaba con el ejemplo. Eulogi estaba trabajando para Ulgor después de haber concluido sus servicios a la Escuela Profesional, compatibilizando ello con las tareas del hogar de la Casa Cural.[25]

---

[25] AJMA, C40: «Mujeres de Mondragón», *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 24, abril de 1964; «La mujer actual» en «Mondragón al día», mayo de 1963; C41: «Reunión de las mujeres de Liga de Educación y Cultura de Mondragón», 14-5-1964; Ormaechea: «Una solución a tiempo para cada problema», pp. 18-19; «El hombre que yo conocí», p. 44; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 48-49; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 49; Azurmendi: *El hombre coope-*

El *T.U.* se encargaba, como su cabecera antecesora, de exponer mes a mes los principios claves de la experiencia cooperativa en un momento en que, mediada la década, ésta ya no era un proyecto de reforma sino un modelo revolucionario de nueva empresa. En una charla de noviembre de 1964, José María afirmaba que, de todos los factores que concurrían en una sociedad, el trabajo era el preeminente y entrañaba «una servidumbre de disciplina y de solidaridad» que confería conciencia de ciudadanía. Era el trabajo solidario el que dotaba al trabajador de su condición ciudadana. No el origen étnico o la ideología. En una ponencia que, en enero de 1965, presentó en la Sociedad FACES de Madrid, concluía: «entendemos que debemos comenzar por considerar a todos los hombres como ciudadanos de igual dignidad y destino y para ello la perspectiva de unos y de otros tiene que ser algo más que la despensa. Todos deben tener acceso a la propiedad para que también todos sean responsables y en nada se justifica mejor este derecho que en la aplicación y ejercicio del trabajo, terminando el divorcio entre propiedad y trabajo».

El *Trabajo* para ser ese activo ciudadano requería de la *Unión*. En el *T.U.* de agosto de 1965 subrayaba: «un cooperativista insensible o reacio a los imperativos de solidaridad sería un ser extraño». La unión, entendida como cooperación, constituía «la fuerza de los débiles» y aseguraba una promoción pacífica frente a la revolución que, en su condición violenta, «esteriliza incluso las más elementales aspiraciones humanas». Esta promoción permitía que la persona no se anulara en la masa del número, que era a lo que avocaba el marxismo, permitiendo la formación de comunidades pequeñas en las que los individuos tenían un trato directo, pues entendía que no había comunidad ahí donde se desdibujaba el perfil de la persona. El que está hablando es un hombre que trata de injertar su identidad campesina en la modernidad industrial, reclamando una representación comunitaria menos abstracta que la clase o la nación, más humana, en tanto podía ser percibida por los sentidos y no sólo imaginada. Tal impronta campesina fue claramente percibida por el sociólogo de la *École Pratique des Hautes Études* de París Albert Meister en la visita que, por entonces, hizo a Mondragón.

La *Unión* solidaria debía ser tanto intracooperativa como intercooperativa: «Las más asombrosas realizaciones que nos ha legado la historia han sido realizadas en esfuerzos mancomunados». Por ello, su intervención en la FACES había cerrado con una llamada «hacia la constitución de complejos industriales», pues «nosotros entendemos que cabe salvar las exigencias de una dimensión humana sin renunciar

---

rativo, pp. 318-322; Anthony Giddens: *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea,* Península, Barcelona, 1991.

a las ventajas de una concentración económica y financiera mediante un proceso asociativo adecuado [de las] (...) comunidades de trabajo». José María, que era el consejero común de todas las cooperativas, había decidido un año antes, en 1964, la formación del complejo cooperativo Ularco, sustentado en el equipo directivo pionero de Ulgor, instalado en el Consejo de Dirección de esta empresa y de la Caja Laboral. En la memoria de ésta última de 1961 había adelantado que un «proceso adecuado de capitalización por medios indirectos y, al mismo tiempo, una fórmula indispensable de desarrollo, constituye la «concentración industrial»», fórmula de la que había dialogado con Fernando Elena cuando le visitó en 1962. En unas «Observaciones para la constitución del complejo cooperativo Ularco» había dejado claro que «este proceso asociativo intercooperativo, al igual que el proceso original cooperativo, ha de entrañar una puesta en común de recursos, de capital y trabajo, de solidaridad de resultados, no decimos igualdad, y una autoridad superior común».

Sus discípulos se habían puesto en esos años a madurar empresarialmente el concepto. Recuerda Ormaechea: «[Nos] hablaba de solidaridad intercomunitaria y de actitudes morales que, sobre cualquier otro factor determinante, deberían garantizar a largo plazo el desenvolvimiento natural de las comunidades de trabajo. (...) Mientras, quienes teníamos la costumbre de hacerle caso, transmitíamos con mayor pragmatismo estas ideas a los socios utilizando ciertos argumentos empresariales y representativos». Así, en 1963, Gorroñogoitia había anunciado la constitución de dicho complejo en su informe a la Junta General de Ulgor. Lo integrarían, además de esta sociedad, Arrasate, Copreci y Ederlan (por entonces, aún en fase de constitución, se llamaba Comet S. C. I). El Grupo Ularco, diseñado por Gorroñogoitia, constituía una unión federal de cooperativas vinculadas por su proximidad espacial, de orientación similar a los grupos de empresas capitalistas con la diferencia de que en éstas el poder era vertical y configurado por la mayoría aritmética del capital, mientras en Ularco el poder radicaba en un pacto de cesión de soberanía. La nueva agrupación empresarial señalaba en el artículo segundo de su reglamento que su objeto social era garantizar «los presupuestos de la empresa moderna con el adecuado despliegue técnico, financiero y mercantil». Siguiendo la política de Ulgor, el complejo se comprometía a financiar Caja Laboral en tanto que banco industrial cooperativo, para garantizar así la expansión empresarial.[26]

---

[26] AJMA, C41: «Concepto y estructura de la empresa», noviembre 1964; «Experiencias sobre una forma cooperativa: Mondragón», conferencia pronunciada en el «Seminario sobre Reforma de la empresa» de la FACES, Madrid, 21-1-1965; C45: Carta a Manuel Valencia, 11-4-1964; C61: «Observaciones para la constitución del complejo cooperativo ULARCO»; «Cada uno a lo suyo», *T.U.,* nº 60, agosto de 1965; Riaza et al.: *Cooperativas de producción,* p. 11; Azurmendi: *El hombre coopera-*

Expansión cooperativa

La obra cooperativa hubo de superar importantes ataques del empresariado tradicional guipuzcoano a los que se refería, en agosto de 1963, José María en una carta a un periodista madrileño y que derivaron, un año después, en una oscura campaña difamatoria en la que se acusaba a las cooperativas de recibir financiación del PNV: «no me sorprende que haya llegado hasta Uds. esa versión de implicación de capitales exiliados en estas empresas cooperativas: sabemos que hace tiempo tuvo su origen esta versión en alguna distinguida personalidad, sin duda muy afectada en sus sentimientos e intereses capitalistas y es un recurso, como tantos, utilizable para combatir a quienes pudieran estorbar». En esta carta, dirigida a un alto funcionario madrileño, dejaba claro que era la envidia la que alentaba estos rumores, pues la expansión de estas empresas se debía a que «se trabaja mucho, se mantiene el consumo al nivel del resto de la comunidad y se invierte más de lo que se invierte en las empresas capitalistas (...). Aquí no ha habido milagros: ha habido gran espíritu de trabajo, afán constante de superación, una gran hermandad». Pero sus enemigos opinaban diferente. Una comunicación de la Cámara de Industria de Gipuzkoa de 11 de marzo de 1964, un mes después de fechada esta carta, protestaba por el privilegiado tratamiento fiscal de las cooperativas y la fuga de obreros especializados a éstas.

Estas protestas generales de que se hacía eco una institución que representaba a la patronal provincial también se recibían por conducto privado. En marzo de 1966, Elma remitía una carta de protesta a Ularco en que destacaba que «desde hace varios años vienen produciéndose bajas entre nuestro personal, el cual causa seguidamente alta en alguna Cooperativa». En sus contestaciones públicas a estos ataques, José María pedía al empresariado un esfuerzo de autocrítica acerca de las razones que explicaban la pérdida de confianza de los trabajadores en el modelo de empresa tradicional y su paso a unas cooperativas que no ofrecían mejores condiciones económicas, pero sí un cauce emancipatorio. En diciembre de 1964 recibía otro tipo de advertencias del Gobernador Civil, debido a la participación de trabajadores de Ulgor en una manifestación ilegal en favor de un operario que había ingresado en la cárcel por razones políticas. Unos meses después, en abril de 1965, el Presidente de la Junta Provincial de Enseñanza Profesional le advertía de informes policiales que informaban

---

tivo, pp. 267-315 y 393; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta...,* pp. 113-114 y 170-171; *Interioridades de una utopía,* pp. 198-199 y 249; Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 96-98 y 537-538. El contacto de Albert Meister con la experiencia mondragonesa es descrito por Larrañaga en pp. citadas en esta nota. Su figura como sociólogo del cooperativismo francés era conocida en Mondragón («Ecos de experiencias ajenas. Francia», *T.U.,* nº 92, abril, 1968).

de la presencia masiva de alumnos de la Escuela en el Aberri Eguna celebrado en Bergara.[27]

Resultaba muy complicado responder personalmente de un movimiento que reunía, en 1964, a cerca de 2.500 cooperativistas y que vivía un ascenso imparable. Caja Laboral había inaugurado, en junio de ese año, su sede en Markina. José María bendijo el local, en compañía de Ormaechea y Gorroñogoitia. El acto hubo de ser emotivo, con la presencia de la familia y el vacío de José Luis, el padre. Un año después llegaría la inauguración de la sede de Bilbao, en noviembre de 1965, con la presencia del Obispo, y un ciclo de conferencias en que participaron Gorroñogoitia y el propio José María que, en octubre, escribía a una amistad madrileña: «Aquí prosigue la promoción cooperativa a un ritmo aceptable. Caja Laboral va extendiendo su radio de acción. Este verano y estos próximos días quedarán abiertos al público unas nuevas oficinas en diversas localidades que cuentan con cooperativas asociadas, como son Baracaldo, Bilbao, Beasain, Alsasua, Ondárroa, con lo que creo que llegan a 20 las oficinas».

En abril de 1965 exponía, en una charla, que el Servicio de Provisión Social estaba en trámites de convertirse en una entidad acogida a la Ley del Mutualismo, si bien «acaso merezca la pena tomar en consideración otra posibilidad que ha de ofrecer un campo expansivo de acción como mutualidad libre para prestaciones de carácter voluntario». En carta ya citada de octubre de este año manifestaba un cierto cansancio ante la lentitud de los trámites. Llevaba dos años gestionando el expediente de este Servicio como Mutualidad de la Caja Laboral. Incluso había preparado un cambio en los estatutos que lo adaptaba como Servicio de Provisión Mutualista. Los viajes a Madrid con tal fin le habían servido para fraguar una buena amistad con el Ministro de Trabajo, Jesús Romeo Gorría, y, sobre todo, con el Director General de Promoción Social, Álvaro Rengifo. Uno de ellos, realizado en junio de 1965, en compañía de José María Ormaechea, fue, de nuevo, problemático. El SEAT 1500 de Ulgor tuvo una avería que obligó a regresar a Aretxabaleta, donde cogieron el FIAT 1300 de Copreci. Aún así consiguieron llegar a Madrid al mediodía, siete horas después de salir de Mondragón.

En uno de esos viajes, el realizado en diciembre de 1963, había aprovechado para presentar en el Ministerio de Trabajo una enmienda

---

[27] AJMA, C88: Carta de Francisco José Saralegui, Madrid, 30-8-1963; Carta a Narciso Perales y Herrero, 13-2-1964; C78: Carta de Juan José Murua, Mondragón, 18-3-1966; C45: Carta de Manuel Valencia Remón, San Sebastian, 9-12-1964; Carta de Juan de Aizpurúa, San Sebastián, 15-4-1965; «Datos que hacen pensar», *T.U.*, nº43, marzo de 1964; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 612-613 y 621-622. Curiosamente la Cámara de Comercio de Gipuzkoa consideraba el 31 de marzo de 2000 a José María y su discípulo José María Ormaechea como dos de los diez mejores empresarios provinciales del siglo XX.

a la Ley de Bases de Seguridad Social relativa a los socios de cooperativas de producción que fue aceptada. Esta Ley, aprobada en 1964, permitiría a los socios de las cooperativas de producción integrarse en la Seguridad Social pública. Sin embargo, seguía existiendo el problema de la definición del Servicio de Provisión Laboral. En septiembre de 1966 redactó los estatutos definitivos para su conversión en Mutua de Provisión Social Independiente, bajo la denominación de Lagun-Aro, entidad que acabaría convirtiéndose en cooperativa de segundo grado en 1973. Lagun-Aro pasó a administrar las prestaciones de los cooperativistas a corto plazo (asistencia sanitaria, incapacidad laboral transitoria, farmacia) y a actuar como Mutua libre en las prestaciones a largo plazo de capitalización, complementando a la Mutualidad de Autónomos de la Industria en la que fueron incluidos los cooperativistas. La modificación no agradó a José María, pero respondía a un contexto histórico en el que la experiencia cooperativa comenzaba a a ser, de nuevo, integrada en los regímenes generales del Estado.[28]

Además, necesitaba cerrar frentes para poder abrir otros nuevos. En julio de 1965 convocó una Junta General de la Asociación Liga de Educación y Cultura, que había quedado sin funciones al pasar éstas en 1960 a la Cooperativa Liga de Educación y Cultura. En dicha junta promovió la transformación de esta entidad en una nueva sociedad, la Liga de Asistencia y Educación, a la que dotó de nuevos estatutos sociales. Éstos, aprobados en noviembre de ese año, establecían que su fin era «la promoción de una acción asistencial, concorde con las exigencias progresivas de la solidaridad humana y cristiana, y la coherente educación cívica con iniciativas propias o en colaboración con otras entidades: la asistencia al niño y a la mujer, la medicina preventiva y laboral, las prestaciones médicas y clínicas y el bienestar de los jubilados». Iba a contar con un Centro Asistencial en el antiguo edificio de la Escuela, que se encargaría de labores de asistencia maternal, servicio de urgencia, primeros auxilios, ambulatorio, análisis clínicos, etc.

Como ya era habitual, la primera consecuencia de la formación de la nueva sociedad fue la publicación de un boletín. En su primer número, José María subrayaba la educación, el trabajo y la salud como los principios que definían la igualdad de oportunidades en una socie-

---

[28] AJMA, C40: Carta a Manuel Valencia Remón, 31-12-1963; C71: «Solidaridad», 2-11-1966; «Desarrollo del Movimiento Cooperativo con la Promoción de Instituciones Financieras del Complejo de Caja Laboral Popular»; Carta a Enrique de la Villa, 16-10-1965; «Complejo financiero de Caja Laboral. Observaciones», 5-4-1965; C72: *Qué es Caja Laboral Popular?,* Imprenta de Indauchu, Bilbao, 1964; C73, Inauguración de la sede de Bilbao, discurso inaugural; C74: «Informe viaje a Madrid», 27 y 28-12-1963; «Integración de los socios de cooperativas de producción en los planes generales de Seguridad Social», 14-10-1964; «Viaje a Madrid», 8 y 9-6-1965; «Estatutos del Servicio de Provisión Mutualista», septiembre de 1966; Carta a Álvaro Rengifo, 17-1-1968; Carta de Jesús Romeo Gorría, 10-3-1970; Transfer 1, dossieres de prensa sobre cooperativas de crédito, década de 1960; «Vida Social», *T.U.,* nº 46, junio 1964; «Vida Social», nº 63, noviembre de 1965; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 167-168; Del Arco: *el complejo cooperativo de Mondragón,* pp. 37-39.

dad y establecía dos polos de promoción prioritarios: la infancia y la vejez. De esa manera, explícitamente adaptaba a la doctrina cooperativa la filosofía del bienestar que había tomado de la socialdemocracia y el laborismo de posguerra, pero desde la autonomía respecto del Estado. Era la comunidad empresarial la que debía asegurarse su propio bienestar. No podía delegar funciones que le competían en exclusiva. En junio de 1966 había redactado un escrito para Ulgor, en que dejaba claro que «la política de promoción social» de esta empresa no se reducía a los socios, sino también «a la aplicación de las oportunidades de educación y de salud, siendo el fomento y la tutela de la formación profesional y técnica y la medicina laboral y preventiva las dos expresiones y testimonios de este espíritu». Por tal razón Ulgor había financiado el traslado de la Escuela Profesional a Iturripe o, ahora, la nueva Liga de Asistencia y Educación.[29]

La filosofía pedestre

La filosofía de la Liga de Asistencia y Educación está directamente vinculada a las nuevas inquietudes que José María ha ido exponiendo en estos años en el *T.U.* En una conferencia en Eibar de enero de 1966 definía al cooperativista como un trabajador en perpetuo crecimiento, responsable directo del devenir de una comunidad que, diría en un editorial del *T.U.* once meses después, «somos todos y cada uno». Esta moral comunitaria era la misma que había inculcado en la Acción Católica sólo que adaptada a un modelo empresarial al que había conferido dotes de movimiento social. «Nada tiene poca importancia en lo que haga o deje de hacer uno cuando hay una implicación y una interdependencia orgánica entre los miembros de un cuerpo social, como es la comunidad cooperativa. (...) Cada uno resta o suma en función de todos los demás: todos se multiplican o se dividen por lo que cada uno aporta o niega a los demás.»

El cooperativista era un hombre en constante formación de cuyo trabajo dependía el bienestar de la comunidad: «Una empresa cooperativa debe ser tal que nadie sobre, pero por eso mismo no hay otro que le esté reemplazando a uno cuando deja de hacer lo que le corresponde.» Así, por pura coherencia con los presupuestos morales de su ideario social, llegaba a uno de los temas que más absorberían sus inquietudes de los años siguientes: la jubilación. Había comenzado a

---

[29] AJMA, C75: *Boletín de la Liga de Asistencia y Educación de Mondragón,* nº 1, marzo de 1966; «Liga de Asistencia y Educación», sin fecha; «Asociación Liga de Asistencia y Educación de Mondragón», sin fecha; C59: «Promoción Social», fecha manuscrita de 2 de junio de 1966; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 173-174. La Escuela Profesional comenzó a llamarse Escuela Politécnica hacia 1966, sin esperar el expediente de cambio de título, simplemente por haberse implantado un nuevo complejo educativo coincidiendo con las nuevas promociones de peritos industriales. En esta investigación espero a tal fecha para realizar, pues, su cambio de denominación.

especular sobre ella entre 1963 y 1965, a la altura de sus cincuenta años. No le hubo de ser ajeno a ello contemplar la afanosa vida de su madre en el caserío. De ahí que volviese los ojos a sus orígenes campesinos, a la posibilidad de que los ancianos puedan adquirir pequeños terrenos en los que trabajaran y se mantuvieran en un «ocio activo». Cuando paseaba por Mondragón contemplaba a hombres desanimados, abandonados a la soledad cuando apenas rebasaban los 65 años, aislados por una sociedad en la que el individuo se encontraba cada vez más solo ante los embates de la vida.

Todo estaba enfocado a la construcción de la comunidad cooperativa como una sociedad integradora de los marginados, fueran niños, mujeres, ancianos o enfermos. Y todo nacía de que los cooperativistas eran trabajadores pero también empresarios: «somos una y otra cosa de forma inseparable: y lo somos todos, chicos y chicas, jóvenes y mayores: obras son amores y el amor que se encarna no puede hacerlo hoy de otra forma que con austeridad y en régimen de profunda solidaridad». La sociedad sin clases que demandaba como comunidad cooperativa tenía, bajo sus caracteres económicos, un sustrato moral que vinculaba a una sentencia de Charles Peguy que gustaba repetir («La revolución moral será económica o no será, la revolución económica será moral o no será»). En el *T.U.* de diciembre de 1966 expresaba su deuda intelectual con este pensador cristiano, cuyo concepto de revolución materializaba en el cooperativismo: «Nuestra revolución en tanto será satisfactoria en cuanto fuere moral, entendiendo por tal el acatamiento de los valores superiores».

Apoyado en Maritain y Mounier, planteaba una revolución interior equiparable a la conversión religiosa, no en vano estaba sustentada en una espiritualidad que preconizaba la austeridad y compromiso con el prójimo. Presentaba el cooperativismo como una expresión del cristianismo evangélico de Jesús en una sociedad industrial en la que, más que nunca, lo humano había quedado injertado en lo económico: «La liberación y el progreso que busca el cooperativista tienen que tener consignación en códigos humanos pero, sobre todo, han de tener vigencia y respaldo en valores económicos. [La Revolución] forzosamente ha de ser económica, puesto que no nos consideramos seres inmateriales o extratemporales». El cooperativismo permitía a los hombres desasirse de su condición de «emigrantes del tiempo», eternos soñadores desconectados de las realidades y animados por pulsiones políticas violentas. Por ello situaba su revolución fuera de la nación y de la clase, y, consiguientemente, fuera de la política, que era el espacio en el que ambas funcionaban. Formaba parte de otra dimensión más interna (y ecuménica) del ser humano. Azurmendi informa de los muchos pasajes subrayados por José María en sus lecturas de y sobre Mounier en estos años sobre tales contornos de la revolución cooperativa.

De todas formas, toda esta definición revolucionaria desde fuentes personalistas, socialcatólicas, marxistas, etc, sigue siendo, como siempre, un pensamiento que elabora en voz alta. La Liga de Asistencia es uno de sus resultados. Existen otros. En agosto de 1966 *T.U.* inaugura una sección permanente titulada «Comentario a los estatutos» en la que, mes a mes, se van desglosando los diferentes conceptos relativos al gobierno, la gestión y la participación en las sociedades cooperativas, y los consiguientes valores e ideales asociados a ello. Y es que la definición revolucionaria del cooperativismo no estaba contenida en prolijos ensayos sociológicos, filosóficos o teológicos. Se encontraba en los estatutos de las sociedades que se había ocupado de redactar, desde las cooperativas industriales y de consumo hasta la Liga de Asistencia y Educación. Así, su liderazgo es ideológico pero no gestor, no nace de una administración titular de la empresa, labor que cede a sus discípulos; él prefiere esbozar el camino empresarial y guiarlo mediante la redacción de documentos jurídicos, la búsqueda de contactos y relaciones institucionales y el cuidado de la fidelidad a sus principios rectores.

No le bastaba con saber que los estatutos regían las sociedades cooperativas si no tenía la garantía de que sus fundamentos éticos, los mismos que repetía machaconamente en los boletines de las cooperativas y en el *T.U.,* eran asimilados por los trabajadores. Por ello, su reflexión no la hacía nacer sólo del trabajo en el despacho sino del conocimiento social a ras del suelo de la fábrica. La hacía partir del mismo trabajo de campo que aprendió de Barandiaran y Aldabalde. Su reflexión sobre el cooperativismo como identidad y movimiento social nacía de su experiencia personal con los obreros, los estudiantes y profesores de la Escuela. La teología, la economía y la sociología precisaban, en su pensamiento, de la antropología. En noviembre de 1965 exponía en el *T.U.* una práctica que había realizado aprovechando sus paseos cotidianos. Había salido a las cooperativas a cazar «chismes» que le permitieran percibir la mentalidad de los trabajadores. «Sin más hemos salido a la búsqueda de impresiones y naturalmente hemos comenzado nuestra tarea por donde nos hemos supuesto que podemos encontrar mayor masa de cooperativistas: hemos recorrido varios centros de trabajo. (...) La primera cuestión que se plantea a uno en esas naves de trabajo es la de verificar si efectivamente todos y cada uno de estos cooperativistas son conscientes de su papel, de la repercusión de sus actos individuales en la marcha del conjunto, en una palabra constatar «el grado de solidaridad y de responsabilidad personales», que son pilares de un cooperativismo auténtico».

El editorial se titulaba «Andando por casa» y es que su casa, su familia, era la comunidad empresarial cooperativa que había fundado, y por ella se paseaba cada mañana. Después de sus obligaciones parro-

quiales visitaba enfermos en el nuevo Centro Asistencial. Luego se dirigía a la Caja Laboral, en un trayecto que dedicaba a saludar y charlar en la calle. Aquí comenzaba su trabajo de campo, que continuaba con la visita a las otras cooperativas afincadas en Mondragón, caso de Ulgor, San José o Lana. José Luis del Arco ha escrito: «Visitaba incansablemente los centros de la organización. Aquí escuchaba un problema presentado. Allí sugería una reforma. Mas allá censuraba un gasto que reputaba innecesario (su preocupación por la economía y el ahorro era obsesiva). Nunca mandaba ni ordenaba». Este paseo matinal terminaba en la Escuela Profesional, donde en su modesto despacho le esperaba la máquina de escribir. Es ahí donde, en palabras de Larrañaga, «la observación capturada, el problema entrevisto se proyecta en letra escrita, que lanza en ciclostil o acumula en su fichero personal. Las calles, los contactos, las reuniones son la materia prima que transforma en pensamiento estructurado». Esta «pedagogía pedestre» completa su reflexión de despacho, la informa, la guía, la orienta.[30]

La Escuela Profesional Politécnica

El cooperativismo suponía un nuevo círculo social que debía cerrarse. La reforma interior de la empresa había tratado de cerrar el círculo de Ligas y sociedades corporativas de la pasada década. La imposibilidad de ese cierre había llevado a José María a una reforma externa que había dado forma a la nueva empresa cristiana: la cooperativa. Así había generado, a su vez, otro círculo que precisaba igualmente de cierre. Tal era el sentido de la nueva Escuela Profesional y del ideario comunitario. Y tal fue el sentido de Alecoop, la sociedad que fundó en este tiempo movido por la fe en que el trabajo y la educación eran los pivotes que debían acompañar al trabajador desde la escuela hasta la jubilación. Su fin era introducir el trabajo en la vida de los estudiantes de Maestría Industrial. Alecoop (Actividad Laboral Escolar Cooperativa) era una empresa formada por alumnos de la Escuela que trabajarían en régimen cooperativo durante una media jornada para financiar sus estudios. En noviembre de 1965 ya había iniciado los trámites para su reconocimiento administrativo, que obtendría el 21 de abril de 1966. Su fin lo expone en el segundo y tercer artículo de sus estatutos sociales: «El objeto industrial de esta Sociedad Cooperativa es la fabrica-

---

[30] «La comunidad somos todos y cada uno», *T.U.,* nº 75, «Comentario a los estatutos», nº 72, agosto de 1976; noviembre de 1966; «Andando por casa», nº 63, noviembre de 1965; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 201-204; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 324-328; 747-756 y 778-784; Simón Martínez de Arroiabe: «Utopías y revolución cultural. Aproximación al pensamiento de D. José María», *T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976, pp. 46-47; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», pp. 40-42; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 45-46; José Luis del Arco: «¡Adios padre Arizmendi!», *Mundo cooperativo,* diciembre de 1976.

ción y venta de utillaje auxiliar de los talleres mecánicos, eléctricos y de instalaciones y montajes industriales, según encargos o proyectos de estudio propio (...). Las prestaciones laborales serán compatibles con las exigencias escolares de los socios».

Alecoop ayudaba a formar «mandos que sepan enseñar, que ayuden a conocer a cada alumno sus aptitudes en los trabajos, para que sepa elegir el puesto que mejor vaya con su personalidad. Lo que no debe servir Alecoop es para preparar técnicos individualistas, que no tengan ideas de solidaridad». De nuevo el componente moral, de nuevo la confianza en los jóvenes estudiantes como hombres capaces de colaborar en la realización de un mundo más justo. Por ello deseaba una educación integral que superara un sistema tradicional divorciado de lo económico, ajeno a valores como la capacidad de gestión, el trabajo en equipo, etc. Valores que serían los que harían del futuro obrero un hombre capaz de «trabajar pensando y pensar haciendo», como regía uno de sus lemas. Larrañaga reproduce una de sus charlas con él, ya en los setenta, en que le comentaba: «contempla la enseñanza que se da en nuestros colegios y verás que el nivel y lo que se sabe es de lo más elemental, y yo diría nulo, en lo económico. Ni qué es el capital, ni qué es la organización, no saben nada. Cuando he pulsado la opinión de los estudiantes que están terminando el COU no caigo de mi asombro cuando observo que apenas tienen sensibilidad para estos problemas, y después son capaces de sublevarse con cualquier slogan en el que, entre otras cosas, se utilizan conceptos económicos como bandería para anatemizar a diestro y siniestro». El trabajo y el estudio forman al hombre cooperativo. En Alecoop el estudiante genera una fuerza laboral mientras se educa. Tal es el perfil de juventud que anhela, desprendido de la idolatría autocomplaciente que la sociedad de consumo rinde a este colectivo, que lo convierte en rentista de la comunidad en que vive.[31]

Alecoop no puede abstraerse de la inmensidad de la nueva Escuela Politécnica, proyectada para albergar 1.500 alumnos que gradualmente alcanzarían el grado de Oficialía, Maestría e Ingeniería. Las obras del complejo, en estos años de 1965 y 1966, se encontraban en trance de finalización. Se habían iniciado en 1963, con el desplazamiento del nuevo campo y el levantamiento del Edificio de Talleres y Clases Prácticas. Consistía en un robusto pabellón de distribución modular que contaba con una espaciosa nave destinada a taller mecá-

---

[31] AJMA, C77: Informe de la Obra Sindical Cooperación sobre la Cooperativa Alecoop, 16-11-1965; Aleccop. Estatutos Sociales; «Reflexiones sobre Alecoop», sin fecha; Ormaechea: «Una solución a tiempo ...», p. 19; «El hombre que yo conocí», pp. 44-45; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta Madariaga», pp. 37-38; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 107-111; Javier Retegui: «La educación: preocupación fundamental», *T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976, pp. 39-43; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 269-270.

nico. Estaba presidido por dos figuras alegóricas de chapa de hierro. Las habían instalado dos alumnos animados por José María, que se había inspirado en las estatuas de bronce que adornaban el edificio del Banco de Vizcaya de San Sebastián, representando la agricultura y la industria. Las diseñadas para este pabellón, forjadas por alumnos de la Escuela, simbolizaban a dos trabajadores y remitían poderosamente al imaginario obrero de las portadas de la revista *Aleluya*. Este simbolismo asociativo es un poderoso indicio del fondo cultural de la experiencia cooperativa. La educación destinada al trabajo era la pieza maestra del nuevo orden social, que era simbolizado en un ideal del obrero (del «joven» obrero) como agente transformador de la sociedad que José María llevaba perfilando desde su llegada a Mondragón.

El Pabellón se concluyó en once meses y fue inaugurado el 24 de mayo de 1964 por el Director General de Enseñanza Profesional, Vicente Aleixandre, y el Gobernador Civil, Manuel Valencia, ante cientos de personas, muchas humildes suscriptores de los bonos de cinco mil pesetas, a fondo perdido, destinados a financiar las obras. Los siguientes fueron los otros dos pabellones, el de Aulas y Laboratorios, en paralelo a la residencia de alumnos, el Colegio Menor Viteri. Este centro tenía como función albergar doscientos cincuenta estudiantes de fuera de Mondragón y fue asumido por Caja Laboral como parte de su obra social. En él se impartirían charlas, conferencias y actos sociales destinados a fomentar la cultura cooperativa. De hecho, contó desde el principio con un Director Espiritual cuya labor había sido regulada por José María, que era el responsable de tal función en la Escuela Profesional, no en vano los trabajadores idealizados en el pabellón de talleres tenían como medio de emancipación la doctrina social de la Iglesia. José María supervisó el proyecto de este edificio, redactó su reglamento, implicó a Caja Laboral en su financiación y gestionó, como siempre, las solicitudes de permiso y subvención. Una vez inaugurado, participaba en las juntas del Patronato, que tenían lugar en su despacho de la Escuela, en las que se supervisaba la marcha del centro.

El Colegio Menor, al igual que los otros edificios citados, correspondientes a esta segunda fase del complejo escolar, fueron diseñados por dos arquitectos madrileños, Javier Pérez García y Fernando Lapayese del Río. Cerraba el campus del recinto, con los pabellones de Aulas y Laboratorios a ambos lados. Las obras se concluyeron en 1966, una vez se terminaron de urbanizar las áreas ajardinadas y se levantaron las instalaciones deportivas. Un amago de visita sorpresa del Jefe del Estado, Francisco Franco, en agosto de ese año, permitió acelerar su habilitación final con un fondo público extraordinario. La visita no se llegó a realizar y la inauguración de la Escuela tuvo lugar el 13 de septiembre de 1966. En ella intervino el Ministro de Educación y Cien-

cia, Manuel Lora Tamayo, que se comprometió a conceder al centro la competencia para otorgar títulos de Ingeniería Técnica, aspiración largamente anhelada por José María. Esta concesión fue sancionada, dos años más tarde, en el Boletín Oficial del Estado de 15 de julio de 1968, momento en que la Escuela Profesional de Maestría Industrial de Mondragón pasó a denominarse, ya oficialmente, Escuela Profesional Politécnica.[32]

Antes, el 21 de agosto de 1965, un decreto del Ministro de Trabajo, había dispuesto la concesión a José María de la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo. La propuesta había partido del Delegado Provincial de Trabajo, Luis Abad, que había informado al titular de la cartera, Jesús Romeo Gorría, de la inmensa labor de promoción social que el coadjutor había llevado a cabo en la provincia. Ésta se enumeraba prolijamente en el texto del decreto. La ceremonia de imposición de la Medalla, que fue presidida por el Ministro, tuvo lugar la tarde del 25 de agosto de 1965 en las nuevas instalaciones de la Escuela. En uno de esos discursos (que había sido preparado por Alfonso Gorroñogoitia), Joaquín Arregui, Presidente de la Liga de Educación y Cultura, destacó el afán del coadjutor por desvincular su obra de cualquier «interés personal», pues «[s]igue siendo igualmente pobre que cuando llegó hace 25 años. Se dice que, al igual que entonces, su vieja madre del caserío le sigue mandando las ricas alubias y patatas vizcaínas». La mención a su anciana madre le emocionó. Arregui había encontrado la respuesta a la humildad del premiado en su «profundo sentido sacerdotal, teológico, del Trabajo y del Hombre que ha plasmado en un moderno sentido de la caridad, pasándola del plano de la individualidad a la comunidad». Y finalizó con esta reflexión: «D. José María ha creado una mentalidad, una mística, una forma de ver y hacer las cosas en nuestro pueblo. (...) Se ha acudido a D. José María para todo, y él para todos tiene un momento libre, una palabra de aliento, una idea genial para resolver el problema que parecía insoluble».

La contestación del homenajeado no sorprendió. Ningún mérito le cabía. Así habló, siempre en plural, diluyéndose en el trabajo anónimo de los cientos de personas que habían trabajado con él en las acti-

---

[32] AJMA, C56: «Residencia escolar», 27-4-1963; Carta a Torcuato Fernández Miranda, 22-6-1963; Certificado remitido al Jefe Provincial de Sanidad, 24-2-1964; «Colegio Menor Viteri», sin fecha; «Viaje a Madrid, 5-5-1964»; «Orientaciones para la Dirección Espiritual de los alumnos de la Escuela Profesional y del Colegio Menor Viteri de Mondragón», 3-7-1964 [a mano 12-6-1965]; «Aclaraciones sobre el proyecto del Colegio Menor Viteri de Mondragón (Guipúzcoa)», 28-7-1964; C57: Carta de Francisco Javier Pérez y Fernando Lapayese, Madrid, 7-1-1965; «Colegio Menor Viteri. Reglamento. Abril de 1965»; «Colegio Menor Viteri. Junta de Patronato. 13-6-1973»; C45: Hoja informativa sobre la inauguración del Pabellón de talleres, 18-5-1964; C47: «Reglamento de la Escuela Profesional Politécnica», 16-11-1967; C42: «Escuela Profesional de Mondragón. Memoria de 1965»; C43: «Escuela Profesional de Mondragón. Memoria de 1966»; *Boletín de la Liga de Educación y Cultura,* nº 27, sept. 1966; *El Europeo,* 11-10-1966; Ormaechea: *Didáctica de una experiencia empresarial,* p. 135; Ormaechea, Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* pp. 87-106, 117 y 127-128.

vidades por las que era premiado. Aunque sí dio un claro indicio del móvil que le había impulsado a ellas: «No se concibe una fe sólida y coherente en Dios sin fe en el hombre, en sus posibilidades, en su potencial virtud (...); quienes creemos en AQUÉL no podemos menos de confiar en éste». Así: «Digo sin modestias que estos méritos que se han contabilizado a efectos oficiales en mi casilla se deben a todos y cada uno de cuantos en esos diversos campos hemos trabajado sin reservas durante estos años pasados». Cerró sus palabras señalando lo que más le satisfacía del acto: que fuera aprovechado para inaugurar un departamento de la Escuela Profesional, así como el Centro Asistencial, gracias a una subvención del Ministro de Trabajo. Y terminó en su lengua materna, señalando el camino por recorrer: *«Gure bide au zenbateraño-ko egokia danjakiteko, itxaron dagigun apur bat: ikusi dagiguzan bere saillak; guk eztabaidaka ibilli baño naiago dugu gure gizon eta errien alde lan eta lan egitea. Lan egin daikegunok lan dezagun. Aurrera beti: beso sendoak eta biotz samurrakin».* Adelante, siempre adelante.

Unos días antes del acto, en un sermón, había comentado la imposibilidad de ser cristiano sin poner en la fe una viva sensibilidad hacia el prójimo. En una de sus contestaciones a las decenas de felicitaciones señaló: «No puedo menos que hacer constar que soy de los afortunados que en todas partes encuentro muchos que son más que yo y mejores que yo con la particularidad de que se me impute lo que realmente corresponde a la capacidad y acción de otros: no es una disculpa, sino la realidad que pesa mucho en mi conciencia». José María rehuyó agasajos y felicitaciones, algo que cariñosamente le reprocharon muchas de las cartas que recibió. Cartas de ministros como Romeo Gorría o Manuel Fraga (titular de Información y Turismo), directores generales, colegios religiosos, ayuntamientos, el Gobernador Civil, responsables de empresas, funcionarios, cooperativistas, discípulos y condiscípulos se acumularon sobre su mesa. Y a ellas se unieron otras de sus «amigos» Gandiaga, Narbaiza o Gangoiti; de autoridades como Del Moral, Valencia Remón o Garicano Goñi; de Riaza, Del Arco; sus discípulos; sus familiares; sus amigos de *Eguna* (Zubikarai, Erkiaga)...

Todos celebraban el mérito del premio pese a que fuera concedido por un régimen al que muchos aborrecían, como plasmaban en sus cartas, pero que reflejaba tanto el triunfo de su obra, como le comentaba el Rector del Seminario de Vitoria, como «el éxito de su teoría que a muchos había parecido y parece quizás aún quimérica», según le reconocía Ignacio Chacón. «Si la mitad de los Párrocos en España hicieran la mitad de lo que V. ha hecho, cuántas familias no se verían dolor[os]amente separadas, y si la otra mitad hicieran una cuarta parte de lo de V. no tendríamos que envidiar nada a ninguna otra Nación», le comentaba un sacerdote desde Ávila. Y un anónimo cooperativista le agradecía, en un humilde texto repleto de faltas de ortografía, su

«abnegada labor durante muchos años (...) en nombre de todas las personas (cooperativistas y no cooperativistas) que se están veneficiando [sic], tanto en el orden social como material, se lo agradezco con toda sinceridad, y le deseo muchos años de vida, para bien de la sociedad».[33]

En la conferencia que tres meses después dio en Bilbao con motivo de la inauguración de la sede de Caja Laboral, había subrayado: «El (...) agente más activo de renovación es la cultura, la ciencia, la técnica, que tienen un común denominador que constituye el hombre con nueva mentalidad. (...) Nos pareció en su día de alto alcance aquella campaña de HOAC en la que se leía en lugar destacado y bien subrayado: "El proletariado sólo será capaz de liberarse del imperio burgués o del no menos molesto imperio burocrático frío cuando haya creado una cultura superior a la burguesa (...) en un clima y dentro de un sistema que no considere la cultura como un puente para huir del trabajo y de la servidumbre gozosa de una solidaridad trabajadora"». La cultura cooperativa se sustentaba en unos principios hondamente morales transmitidos mediante una labor de comunicación sin fin. En noviembre de 1966, José María publicó la hoja *Bai,* destinada a los alumnos de la nueva Escuela. *Bai* constituía una especie de boletín escolar mecanografiado, sin alardes tipográficos y con importante presencia del euskera.

«Esta hoja nace con la pretensión de servir de intérprete de ideas y promotor de diálogo entre los alumnos de la Escuela (...) [Pedimos] a los colaboradores MUCHA REFLEXIÓN Y POCA VERBORREA.» Así comienza su primer editorial. Se trata de que los alumnos se sientan miembros de una comunidad de trabajo. «Si cogéis el periódico de todos los días, leeréis en grandes titulares los sucesos del Viet-Nam, las luchas raciales de U.S.A. y Sudáfrica, los líos interminables del Oriente Medio, los desgarros y follones de las universidades de España (...) que grandes masas viven de hambre mientras otros viven comiendo y bebiendo más de la cuenta (...) la desunión de los católicos y protestantes, (...) la marcha ascendente del ateísmo... Ante estos hechos, supongo que vuestra reacción será ésta: ¿y yo qué puedo hacer por todo esto? (...) SÍ HAY ALGO QUE YO PUEDO Y DEBO HACER CONSTRUIR LA PAZ AL NIVEL DE LA ESCUELA. Viviendo con sentido de COMUNIDAD.» Estudio, disciplina, compañerismo, austeridad... Estos son sus principios. «¿Estamos en guerra? (...) Construyamos la paz desde

[33] AJMA, C81-84: Cartas, telegramas y postales de felicitación por la concesión de la medalla, abril-agosto 1965; discursos de Jesús Romeo Gorría, Joaquín Arregui y José María Arizmendiarrieta, 25-8-1965; B.O.E., nº 147, 21-6-1965; Juan Velarde Fuentes: «Anotaciones económicas», *Arriba,* 7-12-1976; *La Voz de España,* 26-8-1965; José Ignacio Tellechea Idígoras: «Suplemento del alma», *Diario Vasco,* 2-9-1965; *Euzko Deya,* 12-5-1965; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», p. 71; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», pp. 20-21.

AHORA.» Humanismo, cooperación, solidaridad, responsabilidad, trabajo... Tales son los valores comunicados a los adolescentes de la Escuela. Predica más obras y menos palabras. Predica menos banderillas de tortilla, vinos o cafés; menos lujos en gastos y ostentación; más solidaridad con el hermano o padre trabajador: «ellos trabajan, yo soy el señorito. Ellos luchan para sacarme adelante, yo lucho para sacarles los cuartos. Hay otros que no vienen a la escuela porque no pueden. Hay gente que no trabaja porque no tiene puesto de trabajo. Esto se debe a que yo y otros sinvergüenzas como yo dándonos cuenta o sin darnos gastamos más de los que debiéramos». Predica empezar la revolución cooperativa por uno mismo y hacerla luego en la comunidad escolar, para irla, después, ampliando.[34]

Cooperativismo e identidad nacional

La responsabilidad ante la comunidad trabajadora debe regular el libre albedrío del individuo y asfixiar el individualismo desaforado del desarrollo económico. Tal es el instrumento de paz que José María concibe para un mundo en guerra. Una guerra que ha renacido en Euskadi. Hacía varios años que un grupo de jóvenes escindidos de las juventudes del PNV había fundado ETA, una organización resultante, como bien señaló el politólogo Gurutz Jáuregui, «de la interacción entre la ideología nacionalista sabiniana, cuyo eje ideológico fundamental pasa por la consideración de Euskadi como país ocupado, y el Franquismo, que hará efectiva esa ocupación». En 1961 ETA comenzó un activismo guerrillero de carácter simbólico que fue adquiriendo un creciente cariz violento. A partir de 1964 adoptó una ideología socialista que unió a su nacionalismo independentista. Desde estos postulados hay que entender el escrito anónimo que fue enviado a uno de sus órganos de expresión, la revista *Zutik,* en el que se criticaba la Medalla de Oro concedida a José María y se acusaba a éste de colaboracionista con el régimen. Euskadi comienza a convertirse en una divinidad de la guerra para un fragmento de la nueva generación de jóvenes vascos. Entre ellos hay estudiantes de la Escuela Profesional de Mondragón que se irán sumando a actividades antifranquistas clandestinas alimentadas por una confusa amalgama revolucionaria de maoísmo, trostkismo, marxismo-leninismo y anticolonialismo en la que también participaron lecturas extremas de encíclicas papales y movimientos parroquiales. En marzo de 1966 se celebraron unas jornadas en la Escuela Profesional. En ellas Carlos Abaitua sostuvo con José María una agria polémica en torno a las potencialidades y límites revolucionarios

[34] AJMA, C42: «El cooperativismo cara a los problema educativos», Bilbao, 13-11-1965; C46: *Bai, Azaroa* 1966; *Abendua*- Diciembre 1966; *Ilbeintza*- Enero 1967.

del cooperativismo en la solución de la cuestión obrera. El coadjutor acabó muy disgustado pues veía que su contrincante, por quien sentía enorme estima intelectual, era incapaz de leer más allá de los libros, en la vida, como le gustaba reclamar.[35]

En julio de ese mismo año, otro pensador católico, Carlos Santamaría, envía a Juan Leibar una carta en la que pide a éste que no le sigan enviando la revista *T.U.* que le era remitida gratuitamente: «Les agradeceré no me envíen más su publicación *"Zu"*. Durante bastante tiempo he venido siguiéndola para ver si respondía de algún modo a mis preocupaciones humanas. Pero veo, ya definitivamente, que no es así. El "gran ausente" de su publicación es "el hombre vasco". Y como este hombre es el que más me interesa, porque es el que tengo más a mano, veo con desagrado la labor de desarraigamiento y descastamiento económico que ustedes llevan a cabo». El marco de la crítica es el mismo que una ETA en proceso de definición había realizado meses atrás. El supuesto desprendimiento del ideal cooperativo de la identidad (nacionalista) vasca convertía a este movimiento en antivasco. El cooperativismo, junto con su principal ideólogo, se colocaban más allá de la frontera de la identidad *abertzale*. La carta, aparentemente educada, contenía hirientes juegos burlescos. Traducía el título de la revista al euskera *(«Zu»);* subrayaba la palabra «cultura» del nombre de la entidad a la que era remitida (Liga de Educación y Cultura), dando a entender la interpretación equivocada (por antivasca) que el cooperativismo hacía de este concepto y reinterpretaba en clave nacionalista el sentido de una de sus secciones más importantes, «El gran ausente», precisamente la que subrayaba el sentido cristiano de la doctrina cooperativa.

Santamaría había sido el promotor, en 1935, de las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián, en su calidad de Secretario de la ACNP de esta ciudad. Su carta reflejaba la nacionalización que estaba viviendo el cristianismo social del País Vasco. Muchos intelectuales cristianos estaban experimentando un progresivo solapamiento nacionalista de la fe. Y ello chocaba con un José María que llevaba treinta años de ejercicio de desprendimiento de la divinidad nacional. Todas sus fuentes (la espiritualidad vitoriana, la teología «teilhardiana», la filosofía personalista, la ideología socialdemócrata y la doctrina social de la Iglesia del Vaticano II) planteaban fuertes cortapisas a la cultura nacionalista. La cooperación estaba regida por una moral solidaria que no conocía frontera política. En marzo de

---

[35] Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 623 y 665; Larrañaga: *Interioridades de una experiencia,* p. 132; *Testimonios sobre...,* testimonio nº 7, p. 25; Barroso: *Sacerdotes bajo la atenta mirada del régimen franquista,* pp. 123-132; Patxo Unzueta: «Prólogo». a Mario Onaindía: *El aventurero cuerdo. Memorias (1977-1981),* Espasa, Madrid, 2001.

1964, dos años antes, José María había preguntado a los cooperativistas si Gipuzkoa vivía un verdadero «régimen de solidaridad con otras zonas geográficas de España» más subdesarrolladas, solidaridad que luego debía ir dirigida a los países subdesarrollados. La única frontera que podía colocarse a esta solidaridad era, paradójicamente, identitaria. Pero no se refería a la nación, sino a la clase. «Usted es un "burgués", que supone que todos están en el mismo plano, en el que puede dar cuerpo a sus "elucubraciones" prescindiendo de problemas económicos: la despensa ya está.» Se trata de las notas manuscritas que José María escribió a Santamaría. Su elaboración improvisada y automática, al abrigo de la emoción e indignación, refleja el pensamiento identitario que bullía en su interior en el momento en que se supo acusado de «antivasco». Y este pensamiento está imbuido de una paradójica impronta marxista. Pinta el nacionalismo de Santamaría como una ideología burguesa, que asocia a un intelectualismo universitario que se sustenta en elucubraciones narcisistas. Unos años después, refiriéndose a una persona de perfil similar a Santamaría, comentaría: «Mi impresión personal es de que como buen intelectual tiende a encogerse ante problemas concretos y reales». La misma acusación que también había hecho a Carlos Abaitua.

Coloca a Santamaría en el mismo espacio en que había situado a los miembros del Consejo de Administración de la Cerrajera que, mientras malgastaban dinero, se quejaban en 1949 de sus onerosos gastos sociales. Éstos representaban el estereotipo de burgués empresario, aquél el del burgués intelectual que, en la comodidad del despacho universitario, elucubra sobre mitos abstractos con su «despensa» llena. La representación dual que hace remite al mito de la lucha de clases. En realidad nunca había renunciado a este principio de la filosofía marxista, simplemente le había negado cualquier mística redentora basada en la imposición violenta de una clase a otra. Y es que, como escribía nerviosamente en estas notas, los «problemas económicos» eran la verdadera clave del conflicto social. Lo económico era lo que determinaba la desigualdad, el privilegio y la injusticia. Era lo concreto, lo que se dirigía al hombre, frente a las «estrellas» a que su oponente destinaba su compromiso.

En dos cartas que escribió a Santamaría, a nombre de Juan Leibar, ordenó estos argumentos. «Dice que el gran ausente en nuestra revista es el "hombre vasco", creo que el gran ausente en nuestra sociedad es "el hombre", con sus deberes y derechos: derecho a la vida, al trabajo, a la cultura, a la salud, a la libertad de expresión, de asociación». Los vascos, argumenta, son meros individuos de fisionomía peculiar, «lo difícil es encontrar al hombre; los adjetivos "vasco", "católico", "demócrata"... son fáciles de adherir si tenemos al hombre en perfectas o admisibles condiciones físicas (trabajo, pan, salud), morales (libertad,

igualdad de oportunidad), culturales...». Entiende la identidad nacional como una categoría humana no esencial. Así, en su segunda carta se pregunta: «Nos gustaría saber qué entiende Santamaría por «hombre vasco»: si el casero tradicionalista, el exaltado joven nacionalista, el dinámico industrial que se está forrando de dinero a cuenta de sus paisanos y de los inmigrantes...; tal vez sea el que fomente el folklore, el idioma, las tradiciones... No confundamos con el "monigote vasco"». La clave de su concepción identitaria es social: «El hombre vasco (también el castellano, el andaluz, el gallego y otros...) ha vivido en la más ignominiosa de las tiranías (...). Pretendemos luchar contra la tiranía del dinero, fomentando el cooperativismo; pretendemos luchar contra la tiranía del poder, fomentando centros de enseñanza y medios de difusión cultural (socializando el saber para democratizar el poder); para liberalizarnos de la tiranía religiosa, la misma Iglesia está de vuelta. Señor, deme usted un hombre sin tiranías, y le daré un vasco, vasco; un católico, católico; no monigotes». En su opinión la antropología nacionalista corre el riesgo de convertir la realidad social en un guiñol, un teatro de «monigotes» capaz de encubrir las tiranías reales, económicas, contra las que ha levantado la obra cooperativa. Tal antropología es elaborada –subraya– por intelectuales alejados del compromiso social. Y es que tanto como las ideas de su oponente gustaba de valorar la medida en que éste se entregaba a ellas. Era fácil reivindicar la nación cuando no se arriesgaba nada, venía a decirle a Santamaría. Por ello su segunda carta finalizaba reclamando un ideal humano universal al que luego se pudieran aplicar los adjetivos que se deseasen, nacionales, religiosos, etc.

La importancia de este debate privado, que no tuvo repercusión social, es que en él pueden apreciarse constantes que se repetirán en otros conflictos, éstos ya públicos, mantenidos por él en torno a la cuestión nacional, y que remiten a su distancia intelectual respecto de la nacionalización abertzale que la sociedad vasca está viviendo. El perfil de tal proceso lo refleja perfectamente el propio Santamaría en su carta al convertir a la nación en «el gran ausente» que, en sustitución de Dios, debe ser recuperado por los vascos. Muchos de los jóvenes y de los cooperativistas, trabajadores y directivos, estudiantes y profesores de la Escuela, veían en estos años con una extrañeza no exenta de disgusto la supuesta insensibilidad de José María a la nación vasca. Admiraban su pasado juvenil, *abertzale* y *euskaltzale,* y no comprendían cómo éste no le movía a un mayor compromiso con la causa de la cultura y los derechos nacionales. Lo cierto es que José María reservaba el euskera para el ámbito privado, limitándolo en su vida pública al trato con personas que tenían dificultad en expresarse en castellano.

En su improvisada ficha destinada a responder a Santamaría había apuntado «el vasco... apenas tenemos "autorizado"». La represión

franquista obligaba a vincular la promoción de la cultura vasca a la oposición política al régimen. Una obra social como la que había levantado, dependiente de subvenciones públicas y sometida a vigilancia institucional, soportaba fuertes presiones. Tales argumentos políticos, unidos al supuesto «trauma» generado por la Guerra Civil, son las razones que insistentemente se esgrimen para explicar su comportamiento. En realidad, había mucho más. Simplemente había dejado de ser un nacionalista ortodoxo. La nación era para él una camisa más que colocarse o desposeerse, no la piel que resulta para todo nacionalista consciente. No pudo haber, por ello, esa «recuperación» de su condición euskaldun y *abertzale* que algunos estudios le atribuyen en sus últimos años. No había perdido nada, simplemente lo había reubicado. Su identidad personal estaba sólidamente afirmada en una fuente religiosa y social. Su patria no es el *aberri abertzale,* ya se ha señalado, sino una tierra de los hijos, que se elabora como comunidad presente, mediante el trabajo solidario de nativos y emigrantes y el diálogo entre culturas y sociedades.[36]

---

[36] AJMA, C77: Carta de Carlos Santamaría, sin fecha [julio 1966]; Nota manuscrita sin fecha y cartas de Juan Leibar [originales de José María Arizmendiarrieta], sin fecha [julio de 19661; C50: Carta a José Luis Pampin, 18-5-1972; «Solidaridad humana universal», *Cooperación,* nº 43, marzo de 1964; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 668 [de donde tomo la datación de la polémica], 703, 710 y 781-783; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonio nº 8, p. 28; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 50-52; Unanue e Intxausti: *Cooperativas y euskera,* pp. 23-27. No simpatizo con el juicio moral que subyace en este último libro acerca de la relación de José María con el euskera, y menos aún con la descripción de su abandono de esta lengua tras la Guerra Civil, aludiendo a traumas psicológicos generados por ésta. Se trata de valoraciones que parten de una concepción sustancial de la identidad nacional que no comparto. Mi óptica es más constructivista pues creo que sólo así pueden comprenderse las fáciles mutaciones que las identidades tienen en las biografías, sin necesidad de recurrir a querencias patológicas. Mis fuentes: Benedict Anderson: *«Comunidades imaginadas». Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* FCE, México, 1993; Ernest Gellner: *Naciones y nacionalismo,* Alianza, Madrid, 1994 y E.J. Hobsbawm y T. Ranger (edits.): *The lnvention of Tradition,* Cambridge University Press, Cambridge, 1992. Sobre sus características, fundamentos, críticas, etc.: Luis Rodríguez Abascal: *Las fronteras del nacionalismo,* Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2000; Anthony D. Smith: *Nacionalismo y modernidad. Un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismo,* Istmo, Madrid, 2000 y Gil Delannoi: *Sociologie de la nation. Fondements théoriques et expériences historiques,* Armand Colin, París, 1999. La adaptabilidad de estas teorías a las concepciones actuales acerca de las identidades del yo en Enrique Gil Calvo: *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías,* Taurus, Madrid, 2001. La perspectiva nacional de José María es asimilable, con ciertos matices, a la expresada por un historiador (no por casualidad marxista) como Eric J. Hobsbawm: «Izquierda y política de identidad», *El Viejo Topo,* nº 107,1997. A partir de aquí, remito a estudios ya citados acerca de la problemática convivencia histórica entre socialismo y nacionalismo, como los de Pasture y Verberckmoes o el magnífico análisis de Joanna Bourke: *Working-class Cultures in Britain, 1890-1960:* Gender, Clash and Ethnicity, Routledge, London, 1994. Y es aún más asimilable al «patriotismo de la compasión» que formuló Simone Weil en vísperas de su prematura muerte. Un patriotismo de la caridad, dialogante, compasivo, sufriente, especialmente indicado para el cristiano, dado el mensaje liberador de Jesucristo. (remito a Maurizio Virolli: *Por amor a la patria. Un ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo,* Acento, Madrid, pp. 204-207 y, sobre todo, a la propia Simone Weil: *L'Enracinement: Prélude à unes déclarations des devoirs envers l'être humaine,* Gallimard, París, 1949). En una cita al margen, manuscrita, colocada al final del texto de una charla en Caja Laboral que dio mucho después, en 1972, José María escribiría una frase de un pensador al que recurría mucho en estos años, Charles Peguy: «La ciudad –el país– que cierra sus puertas a uno solo, es una ciudad [un país] de injusticias, en la que no me gustaría estar».

Sociedad geométrica y parroquia

Frente a la metafísica de la nación, la geometría de la sociedad. En octubre de 1967 Víctor Viribay, columnista del Norte Express, cuenta su reunión con José María en Mondragón: «Ayer (...) tuve la dicha de conocer y hablar por espacio de casi dos horas con el gigante de los cooperativistas, (...) ejemplar sacerdote y promotor de todas esas cooperativas que invaden y pueblan toda la periferia del pueblo mondragonés. Son tantas las cosas importantes que dijo, es de unos conocimientos tan gigantescos, que vale la pena estar escuchándole no sólo dos horas, sino muchísimas más sin temor a cansarse». Era fácil escucharle, su despacho de la Escuela siempre estaba abierto, e igual de fácil era leerle. En sus escritos entre 1964 y 1967 manifiesta su preocupación por un rasgo de la sociedad contemporánea al que había aludido públicamente en 1965, en Bilbao: «Un fenómeno característico de nuestro tiempo es la aceleración histórica. Pero si analizamos en qué factores se apoya este proceso, veremos que es en la investigación científica, en el desarrollo científico, en las aplicaciones técnicas». La velocidad de los transportes, la potencia de los explosivos, la transmisión de noticias, las operaciones de cálculo, la energía para consumo. Todo se acelera rápidamente. Entre noviembre de 1964 y mayo de 1965 colecciona una sección de *El Diario Vasco* acerca de la autogestión obrera en Alemania en que se cuenta cómo este país consiguió recuperarse del impacto de la guerra mundial.

Ulgor ha importado desde fines de la década pasada tecnología alemana destinada a la fabricación de semiconductores, e italiana, para la producción de electrodomésticos. La tecnología alemana ha abierto a la compañía un amplio campo en el negocio de la electrónica. José María está muy atento al cambio que genera esta adquisición de tecnología punta. Advierte que hay que contratar cada vez más investigadores y técnicos superiores. Tal es el fin de los intercambios de profesores y alumnos de la Escuela con centros técnicos y plantas industriales alemanes. Hacia 1965 promueve una ponencia en la Escuela sobre Investigación y Desarrollo que es redactada por Javier Mongelos, físico del Centro Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, cuya entrada en las cooperativas ha iniciado un proceso de apertura de éstas a profesionales con estudios científicos superiores. Mongelos subraya en esa ponencia que la batalla entre las naciones se ha trasladado a los laboratorios y ello requiere inversiones en capital humano y tecnología. En el debate José María sentencia que la tecnología requiere inversiones enormes, por lo que, de momento, las cooperativas deben orientarse sólo a la imitación. Estas inquietudes las vierte también en charlas con otros profesores de la Escuela como Manuel Quevedo.

En un artículo del *T.U.* de noviembre de 1965 que aborda la cuestión de la tecnología y el desarrollo se comenta un reciente viaje por tierras extranjeras para advertir que «NOS AVENTAJAN Y CON DISTANCIA», por lo que «[se] tiene que emprender un gigantesco esfuerzo de movilización de todos sus recursos». En febrero de 1966 la *Compagnie Generale de Telegraphie Sans Fil* (empresa francesa que mantiene importantes negocios con Fagor Electrónica) invita a José María, junto a José María Ormaechea y Alfonso Gorroñogoitia, a realizar un viaje de una semana por sus instalaciones de laboratorios y fábricas en París, Dijon y Grenoble. Vuelve de Francia entusiasmado. De sus inquietudes es eco José María Ormaechea en su crónica de este viaje: «En una época histórica, como la nuestra, en la que lo más caracterizado es la aceleración y la evolución con impacto en todas las esferas de la actividad humana, "la organización concienzuda" de la "investigación" es un presupuesto y una garantía de toda empresa bien planteada». La industria técnica debe incidir en la sociedad circundante, como han observado todos en Dijon: «Alma y cuerpo, economía y productividad, convivencia y humanidad, todo se debe tener en cuenta por igual y a esa concepción corresponde el mimo y cuidado de los centros de trabajo, rodeados de amplias zonas verdes, la dimensión y estructura de los propios pabellones de trabajo». La crónica cierra con una frase de Saint-Exupery que Ormaechea ha leído en el frontispicio de la entrada a un laboratorio: «En la vida no hay soluciones: hay fuerzas en marcha, es preciso utilizarlas. Y la solución surge». Francia confirma a mentor y discípulos que las posibilidades de la tecnología son inmensas.

«Este fenómeno de la aceleración [histórica] con todas las derivaciones que lleva consigo ha de seguir acelerándose en progresión geométrica y, naturalmente, los plazos entre un descubrimiento y sus aplicaciones irán acortándose y los descubrimientos han de ir sucediéndose a velocidad de vértigo cambiando hondamente las condiciones de la existencia y convivencia humana.» Es un comentario de una conferencia que había dado en Bilbao en noviembre de 1965. El 23 de mayo de 1966, el Cónsul alemán de esa ciudad le invita a participar en un viaje de conocimiento del cooperativismo organizado por el Gobierno de la República Federal. Será su segundo viaje a Alemania. El 17 de julio toma el avión en Madrid y vuela a Düsseldorf. Mientras el avión va llegando a su destino contempla la tierra alemana: las verdes parcelas de terreno perfectamente trazado y las ordenadas agrupaciones urbanas conectadas por autopistas, líneas férreas y canales. Esta armónica visión le ayuda a representar la sociedad cooperativa ideal. En su crónica del viaje evoca su vista de Alemania desde el cielo: *«La geometría es una realidad en la parcelación y distribución* de sus campos de cultivo, lo mismo que en la perfecta urbanización y alineación de

sus ciudades enlazadas por las grandes autopistas y magníficos ferrocarriles». Puesto que el hombre es en sí mismo un «artificio» perfectible puede llegar a transformar la naturaleza en pura geometría social. Geometría «cooperativa».

En septiembre de 1962 había escrito un editorial sobre el trabajo cooperativo como servidumbre liberadora. En él había apuntado: «La sociedad es geométrica: los individuos son en ella personas, personas que tienen una experiencia, unas responsabilidades, unas cargas y unas autoridades diferentes». Un año después, en agosto de 1963, había vuelto a advertir, en otro editorial: *«La sociedad no es una yuxtaposición "aritmética" de individuos: los individuos son en ella personas,* personas que tienen una experiencia, unas responsabilidades, unas cargas, unas autoridades, unos méritos. Por eso se ha dicho, con razón, que la sociedad es "geométrica"». La Alemania que visita en 1966 representa la sublimación de su ideal de geometría social. En Bonn, Frankfurt, Stuttgart, Munich, Hamburgo y Berlín visita cooperativas comerciales, de crédito, de consumo, industriales: «Siempre he admirado las grandes virtudes de este gran pueblo, desde hace ocho años he tenido bastantes contactos con algunos sectores e incluso había realizado con anterioridad un par de viajes, pero éste al que me refiero ha respondido directa e inmediatamente al mundo de mis inquietudes», cuenta a su vuelta al Cónsul de Bilbao.

El viaje a Alemania le confirma su fe cooperativa. La geometría no entiende de fronteras. La sociedad está hecha de hombres que son iguales en capacidades. También en Mondragón se. puede alcanzar el grado de desarrollo armónico que ha visto en Alemania. Ha llegado «la hora de los empresarios», dice en septiembre de 1966. Los cooperativistas «tienen que demostrar su capacidad de adaptación a las circunstancias añadiendo a su ejemplar dedicación laboral una gran preocupación empresarial». Hay que estar preparado para el impacto de la tecnología en el espacio del trabajo. No hay que mirar al pasado, hay que perseguir el futuro. Hay que estar pendiente de asumir correctamente estos cambios en la actividad industrial cooperativa: el rápido envejecimiento de los productos, los menores tiempos de vida útil de los equipos productivos, la necesidad de mayores reservas financieras. «Necesitamos hacernos competitivos en áreas cada vez más amplias.» La cuestión de la autofinanciación pasa a ser fundamental, expone en la Memoria de 1966 de Caja Laboral, que luego es extractada en el *T.U.,* como cada año.

«O libreta o maleta» había sido el lema con que había presentado Caja Laboral en 1960. Ahorrar (para invertir en trabajo) o emigrar. Vuelve de Europa en 1966 con una idea aún más clara de tal dilema. Sus discípulos de Ulgor y Ularco han contemplado las masas de emigrantes gallegos, castellanos, andaluces o extremeños agrupadas como

ganado en las estaciones de Colonia, de Stuttgart, de París. Han charlado con ellos, con los hijos de esas otras provincias hermanas más pobres. Han observado sus rostros. Han percibido sus miedos. En una crónica de José María Ormaechea relativa a uno de sus viajes a Francia de este tiempo éste deja constancia de «la difícil andadura de estos hombres que pululan enracimados, vegetan, en una palabra, van y vienen por aquí y por allá sin rumbo fijo»; de estos «hombres que emigran a tierras incógnitas. Hombres desplazados de su tierra natal, ausentes, viviendo en una soledad impresionante, parapetados tras la muralla de sus pensamientos, incapaces de expresar sus sentimientos íntimos al encontrarse en un mundo que si no les es hostil por principio les es difícil por el idioma». Ormaechea evoca la sala de la estación de París donde se hacinan y el desprecio nativo «hacia esa gente que dan lo mejor que tienen, sus brazos, ya que no han tenido ocasión de ser partícipes del cenáculo de la inteligencia». De esta experiencia con la desolación del emigrante nace la llamada «a cuantos quieren ser agentes activos de la promoción de un BIENESTAR HUMANO, fruto de una amplia cooperación», dice luego José María en la Memoria de la Caja Laboral, atento a las experiencias que sus discípulos le trasladan de sus viajes por la Europa en la que aspira a colocar su sociedad cooperativa. En noviembre de 1966 afirma: «La moral con la que debe actuar *cada uno en una comunidad* es la de quien piensa como si fuera todo (...). Cada uno resta o suma en función de todos los demás: todos se multiplican o se dividen por lo que cada uno aporta o niega a los demás».[37]

Los días 23 y 24 de abril de 1966 la parroquia de San Juan Bautista conmemoró los veinticinco años de la llegada de José María y José Luis Iñarra a ella con un homenaje. En el acto intervinieron Ricardo Alberdi y José María Setién, que reflexionaron sobre el concepto cristiano de parroquia. El homenajeado coadjutor abrigaba un ideal de parroquia abierta al apostolado de los laicos y orientada no sólo a la celebración de los sacramentos sino también a la movilización de las conciencias. El mediodía del 24 de abril los dos sacerdotes, y el Inspector Municipal de Sanidad, Mariano Briones, recibieron sus obsequios

---

[37] AJMA, C42: «El cooperativismo cara a los problemas educativos», Bilbao, 13-11-1965; C98: Programa del viaje por Francia, 1-4 de febrero de 1966; Itinerario del viaje por Alemania, 18 de julio al 1 de agosto de 1966; Carpeta Transfer 1: Artículos de *ElDiario Vasco,* septiembre 1964-mayo 1965, «Colonización Técnica», *T.U.,* nº 63, noviembre de 1965; «Una gran empresa», nº 66, febrero de 1966; «Igualitarismo», *Cooperación,* nº 25, septiembre de 1962; «El voto cualificado y la democracia cooperativa», nº 36, agosto de 1963; «Un viaje con muchas lecciones», *T.U.,* nº 72, agosto de 1966; «La hora de los empresarios», nº 73, septiembre de 1966; «Una realidad revolucionaria», nº 78, febrero de 1967; «La comunidad somos todos y cada uno», nº 75, noviembre de 1966; Víctor Viribay: «Comentario financiero», *Norte Express,* 24-10-1967; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 175-176; *Interioridades de una utopía,* pp. 211-214 [en este autor no queda clara la fecha de la ponencia de Mongelos, en uno de sus libros la coloca en 1968 y en otro en 1965; entiendo que esta última es la fecha adecuada dada la similitud argumental entre el artículo del *T.U.* de noviembre de 1965 y la referida ponencia]; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 304-305.

conmemorativos ofrecidos por el Ayuntamiento de Mondragón, que les nombró hijos adoptivos. Poco antes se había celebrado una solemne misa concelebrada por ambos en compañía de los sacerdotes mondragoneses ordenados en esos veinticinco años. Uno de ellos, Jesús Sanmiguel, predicó en ella. «Recuerdo una idea que expuse en la predicación. Dije que mientras el cuerpo del mundo iba creciendo en forma de gigante; mientras la ciencia y la técnica, en progreso continuo, iban preparando una civilización de abundantes elementos materiales dando paso a una sociedad de bienestar, el espíritu, el alma de esa civilización no era tan gigante, ni tan manifiesta, ni tan notoria...» Al término de la celebración José María le abordó para charlar sobre su sermón. «Seguía pensando en la necesidad, siempre constante, de infundir un alma fuerte y grande al cuerpo gigante que estaba gestándose en Mondragón.» Advertía el significado universal de la reflexión de su joven compañero, pero no podía evitar traducirlo a la realidad concreta de Mondragón.

Unos meses antes había mantenido correspondencia con este sacerdote, que era párroco en Ondarru. En una de sus cartas le comentaba: «Hay que sembrar, sembrar sin cesar; hay que saber esperar, esperar sembrando sin que aparentemente nadie tenga interés en recoger (...). Simplemente en calidad de ciudadanos más preparados y distinguidos, como somos los sacerdotes, debemos sentirnos un tanto obligados a aportar a esos hombres [laicos] lo que ellos no tienen y para colmo ni apetecen». Y confesaba a Sanmiguel su honda preocupación por su común ministerio: «Siempre he creído que, para nosotros los sacerdotes, uno de los problemas más difíciles constituye nuestro encaje en el mundo que nos corresponde vivir. A lo largo de los años se ha ido acentuando en mí la impresión de que muchos desvíos o desalientos o hasta desaciertos de acción y actitud sacerdotal provienen de la falta de campo u orientación de nuestra capacidad y vitalidad respectiva. (...) Nuestra misión no es tanto influir cuanto dar testimonio contra viento y marea de todas las oscilaciones humanas, como la semilla que se desborda y crece sin dirigir nada más que su corazón a los demás».[38]

Recurriendo a un imaginario naturalista, en el que interseccionan su origen campesino, la impronta «teilhardiana» y el ecumenismo conciliar, reflexiona sobre el sentido de su trabajo como coadjutor y director espiritual de la Escuela y de la comunidad de religiosas Mercedarias que en ella prestan servicios. Tales son los únicos cargos de

---

[38] AJMA, C84: Programa de actos del homenaje de la parroquia de San Juan Bautista a su coadjutor y párroco, abril de 1966; C89: Carta a Jesús Sanmiguel Eguíluz, 7-1-1966; C10: «Día del párroco», hoja informativa de la Parroquia de San Juan Bautista, sin fecha; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y hoy,* pp. 130-131; Garay: *El sentido de Iglesia...,* pp. 78-82.

este empresario visionario entregado a un ritmo de trabajo compuesto de viajes y más viajes. En torno a una decena realizó a Madrid en 1965, año en que llegó también al pico de sus desplazamientos locales, de Bilbao a San Sebastián, pasando por Hernani, Zumaia, Legazpia, Azpeitia... Lo mismo ocurrió en 1966, más los dos a Francia y Alemania. Y, en todos ellos, charlas, conferencias, reuniones, visitas a centros de trabajo. Especialmente sufridos eran los que efectuaba a Madrid, soportando todo tipo de inclemencias, siempre con prisas para solventar gestiones en tres o cuatro ministerios, bufetes de abogados y arquitectos... Gestiones en las que cargaba con aparejos de todo tipo: obsequios de la Escuela, memorias de las cooperativas, revistas, planificaciones urbanísticas, instancias...

Nadie adivina la hondura del cansancio que tal ritmo de vida genera en una persona muda para compartir sus sufrimientos. Julio de 1964. Comenta al Obispo de San Sebastián las recomendaciones médicas tajantes que ha recibido: «Me va mejor el trabajo en despacho que en clase, aunque a mí me gusta más el segundo por su relación directa con las personas: no he dejado las clases del todo, pero sí he tenido que limitarlas obedeciendo a prescripciones médicas». Un año después. Septiembre de 1965. Un amigo le cuenta desde Pasajes. «Hace mucho tiempo que no nos hemos visto. Me imagino que mejoraste de aquella afección que padecías pues, de lo contrario, no me explico que sigas todavía con tanta tensión de trabajo.» Porque, en efecto, la afección no ha remitido, mientras que la tensión ha aumentado. Siete meses después. Abril de 1966. Una religiosa de la que ha sido director espiritual le escribe recién llegada a Buenos Aires: «¿Cómo está de salud? ¿Se repuso del todo? Pido a Dios que así sea». Cinco meses después. 4 de septiembre. Una misionera secular, María Luisa Fernández, se acerca a Mondragón a pedirle más detalles sobre Rufino Aldabalde. Pero no puede entrevistarse con él. En su informe de viaje escribe: «Por enfermedad de D. José María Arizmendi, no pudo hacer nada». Dos semanas después. José María Riaza le pide más colaboración con la AECOOP y se queja porque ya no recibe visitas suyas. Mes y medio después recibe carta de José María. Le cuenta que sigue viajando a la capital, pero que el ritmo de sus viajes es infernal: «Salir de aquí a las seis de la mañana, llegar a ésa para las once o once [sic] y media y regresar a las siete de la tarde para estar en casa para media noche». Riaza piensa que su amistad se está deteriorando. En realidad, su ritmo de vida ya no da para más.

16 de febrero de 1967. Está de nuevo en Madrid, gestionando el perfil de la sociedad geométrica que quiere levantar en Mondragón, en compañía de Javier Mongelos y Javier Retegui, el físico que representa su apuesta por el cambio tecnológico, y el director del centro que debe sustentar la sociedad cooperativa. Están inmersos en mil gestio-

nes con el Estado. Hacen un alto para comer en el centro neurálgico del Leviatán madrileño, un restaurante alemán llamado *Edelweiss,* sito detrás del edificio del Banco de España. José María, con su habitual austeridad, siempre suele pedir un escalope con patatas. Llegan los postres y se levanta para pagar. Es algo que acostumbra a hacer. Invitar, entregar, dar. Nunca recibir. Se lleva la mano al bolsillo para sacar la cartera. No puede retirarla. Está paralizado. Algo se rompe en su interior. Pierde el control de su cuerpo. Se desploma.[39]

[39] AJMA, C88: Carta a Lorenzo Bereciartua, 10-7-1964; C74: Carta a Jesús Romeo Gorría, 25-9-1964; C84: Carta de Pedro Gimeno, Pasajes, 16-9-1965; Carta de Cecilia Sagasta, Buenos Aires, 20-4-1966; C93: Carta de José María Riaza, 22-9-1966; Carta a José María Riaza, 27-10-1966; Carta de José María Riaza, 12-11-1966; C41, C45 y C46: Viajes a Madrid, 1964-1965; AHCFJD, Historia clínica 196.930, «José María Arizmendiarrieta»; AIMS, Caja B «Testimonios», Carpeta con entrevistas a José María Arizmendiarrieta; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 35-36; Entrevista de José Ignacio Mora a Román Balanzategui, *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, p. 41. Ampliado con JMAFO18 [la fecha del colapso indicada en esta entrevista está equivocada, es 1967, no 1968, dato incorrecto que también aparece en Juan Leibar: «José María Arizmendiarrieta», p. 22; aún mayores errores aparecen en Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 55, en donde hay una mezcla de datos y fechas de sus diferentes ingresos].

8

LA ESPIRITUALIDAD DE LA ECONOMÍA | 1967-1976

LA IRRUPCIÓN DE LA POLÍTICA

Primera operación

Desde su juventud José María hubo de sentir episodios de fatiga y cansancio, pese a que los análisis médicos que le practicaron los ejércitos republicano y «nacional» durante la guerra no revelan dato alguno acerca de un problema físico mayor que su visión monocular derivada de la pérdida del ojo izquierdo. No obstante, probablemente desde su juventud sufría una cardiopatía reumática diagnosticada ya por entonces en los esporádicos exámenes médicos a que se sometiera. Esta afección quedó enmascarada por su espíritu joven, activo y trabajador. Con la puesta en marcha de su obra social, los momentos de debilidad física asociados a esa cardiopatía harían esporádica aparición. A medida que la obra fue ampliándose, su esfuerzo físico fue cada vez mayor en viajes, entrevistas, reuniones, etc., lo que afectó imperceptiblemente el motor de su «artificio»: el corazón, que fue hipertrofiándose. El regalo que le hicieron sus discípulos de un pequeño ciclomotor que rebajara el ritmo de su intenso pedaleo por la villa industrial, a fines de los años cincuenta, es un primer indicio de que tales episodios de fatiga llegaban a ser perceptibles, en ocasiones, por sus más allegados. La falta de fuerza física, hinchazón de pies y manos,

etc., se fueron haciendo más comunes y sufrió ciertos pequeños colapsos que le obligaron a acudir al médico ya desde comienzos de los años sesenta. El primer pico en esta cronología de su deterioro físico tuvo lugar en 1963, cuando decidió inscribirse en el Registro Oficial de Periodistas, para lo que adujo prescripciones médicas. Prescripciones que acabó por no seguir, pues ni preparó el libro sobre cooperativismo que había pensado ni se concentró sólo en escribir. Es más, acabó por aumentar su ritmo de viajes, charlas, conferencias, visitas y reuniones en Madrid que amplió por Francia o Alemania. Este ritmo acabó por superarle y no es circunstancial que el colapso final lo sufriera, precisamente, en uno de sus múltiples y ajetreados viajes a Madrid.

16 de febrero de 1967. Un taxi lo traslada con urgencia a la Clínica de la Concepción de Madrid. Los servicios de emergencia de este centro le diagnostican una embolia en su dilatada aurícula producida por una insuficiencia cardíaca debida al mal funcionamiento de su válvula mitral (valvulopatía mitral). Su origen era antiguo, posiblemente una infección de garganta mal curada, una amigdalitis juvenil. El reumatismo poliarticular generado por este mal en su corazón se había ido acelerando con el paso del tiempo, generando su crecimiento sobredimensionado, que hacía que en sus paredes se formasen pequeños coágulos que, en una situación extrema, acababan bloqueando la circulación sanguínea de sus válvulas. Ello había generado la embolia. Una vez tratado de inmediato el colapso y superadas sus primeras consecuencias, fue sometido a pruebas de todo tipo que ayudaron a los doctores a ir definiendo mejor la gravedad de su dolencia cardíaca. En estos días se encontraban con él, aparte de sus discípulos Mongelos y Retegui y varios familiares y amigos, su médico personal, Román Balanzategui, que llevaba varios años trabajando en el ámbito de la sanidad laboral de los cooperativistas, primero en Ulgor, luego en el Servicio de Provisión Social de la Caja y, últimamente, en el Centro Asistencial. El responsable médico, José Ramírez Gedes, comentó a Balanzategui que su diagnóstico preliminar era el de una insuficiencia mitral. La válvula cardíaca que recibía tal nombre no abría bien, por lo que al contraerse el ventrículo para expulsar sangre por la aorta ésta retrocedía, lo que exigía un sobreesfuerzo que explicaba la hipertrofia de la pared del corazón. Este diagnóstico era de mal signo. En aquel tiempo la cirugía cardíaca no estaba lo suficientemente evolucionada para garantizar la eficacia de una operación de corrección.

Pero existía otra posibilidad que poco a poco fue imponiéndose en el equipo médico que atendió a José María. Que en lugar de insuficiencia fuera una *estenosis mitral,* es decir, que la válvula fuera demasiado estrecha, algo que generaba unas consecuencias similares a las de la insuficiencia pero que implicaba un diagnóstico más esperanzador pues este mal sí era potencialmente corregible por cirugía, mediante la

sustitución del órgano por otro orgánico o metálico. Carlos Jiménez Díaz, el responsable de la Clínica en que estaba internado, doctor de prestigio internacional, supervisó los análisis finales y apostó por esta segunda hipótesis. Se decidió, así, intervenirle para implantarle una prótesis artificial. La operación tuvo lugar el 24 de febrero de 1967 y fue llevada a cabo por el Jefe de la Unidad de Cirugía, Gregorio Rábago, asistido por Ramírez Gedes. En ella se colocó una válvula artificial que supliera el mal funcionamiento de la natural. La operación era muy complicada, pues requería abrir el tórax y seccionar el esternón para acceder al corazón. Fue un éxito. Acababa de experimentar la eficacia de la última tecnología médica con que se habían llevado a cabo sus análisis y la intervención, que confirmó su fe en el potencial humanizador de la ciencia. Se trataba sólo de conseguir su adecuada regulación que permitiese socializar sus efectos benéficos. Para eso estaba el cooperativismo. En dos semanas estaba recuperado y el 9 de marzo obtuvo el alta médica definitiva.

Estaba de nuevo dispuesto para el combate. En muchas ocasiones sus mentores del Seminario habían utilizado la metáfora de la guerra, especialmente la religiosa (la Cruzada) para definir el perfil de sacerdote social que la Iglesia demandaba. Su propio padre lo había asociado a tal condición cuando lo había visitado en Mondragón: «Vengo a ver a mi soldado», decía. Aún conservaba el capote militar de su estancia burgalesa y, probablemente, las botas, materiales que solían guardar los reclutas tanto por su calidad como por su valor sentimental. Y lo cierto es que su entrega al proyecto cooperativo tenía mucho de militar. La comunidad cooperativa así lo veía y así juzgó su enfermedad: como una baja en combate. «En Madrid, en acto de servicio por las cooperativas y por la Escuela Profesional, le sorprendió una repentina indisposición (...). En estos momentos está en periodo de franca convalecencia, dispuesto ya a salir de dique para reincorporarse a su puesto de trabajo. Así lo deseamos vivamente». Juan Leibar escribió este comunicado del *T.U.* sobre su enfermedad y operación. Un auténtico parte de guerra.[1]

Vuelve, pues, al frente de batalla. Este mismo año realiza varios viajes por la provincia, visitando cooperativas de consumo que vincular a las nuevas sedes de Caja Laboral. Una de ellas es la cooperativa Juan XXIII de Eibar. El nuevo cooperativismo eibarrés es de impronta socialcatólica. El previo, el de tradición socialista, ha sido borrado de la memoria pública pese a que su propia biografía familiar no es ajena

---

[1] AGMG, 1ª Sección, C3: ficha militar de José María Arizmendiarrieta Madariaga; AJMA, C92: Carta a Gregorio Rábago, 30-10-1973; C89: Carta de José María del Moral, Madrid, 18-3-1967; Carta de Guillermo Reyna, Madrid, 22-3-1967; «D. José María Arizmendiarrieta», *T.U.,* nº 78, febrero de 1967; Entrevista de José Ignacio Mora a Román Balanzategui, *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, pp. 40-41, ampliado con JMAFO18 y JMAFO21.

a él. En otoño de 1966, ha iniciado una fructífera correspondencia con el mentor del primer cooperativismo vasco, Toribio Echevarría, exiliado en Venezuela. Por esta época José María declara ya públicamente su identificación con un heterodoxo socialismo cristiano que, desposeído de la impronta dialéctica del marxismo, busca una tradición a la que asociarse, además de la socialcatólica. Resulta natural que la rama del socialismo vasco más cercana a él, tanto por biografía como por identidad, sea la eibarresa. El socialismo eibarrés es un ejemplo objetivo del carácter subjetivo de toda identidad nacional. Incorpora todos los elementos característicos de la identidad abertzale, sintetizados en una tradición campesina y euskaldun de fuerte raigambre étnica. Sin embargo, forma parte de un Partido que se denomina Socialista, Obrero y «Español»...

José María admiraba profundamente la obra empresarial de Toribio Echevarría, sublimada en la cooperativa de producción Alfa, fundada en los años veinte y hábilmente sostenida por créditos bancarios. En tal experiencia empresarial habían participado su tío José Ramón y sus hijos. Está muy presente en la correspondencia que había intercambiado con su primo Santiago, uno de sus protagonistas, en 1966. Por él se enteró cómo Echevarría había regresado a Euskadi hacía dos años y había tenido la oportunidad de visitar Mondragón. Había quedado impresionado por su obra empresarial y tenía grandes deseos de conversar con él. Y así surgió el contacto directo entre ambos, que comenzó en octubre de 1966 y quedó interrumpido por su enfermedad y operación.

En mayo de 1967, cuando el coadjutor ya estaba recuperado y trabajaba con normalidad en Mondragón, el exiliado líder del PSOE le escribió desde Venezuela: «Creo que [la obra cooperativa mondragonesa] es lo mejor que se ha hecho en esa España sufridora, en los 25 años de paz de que tanto ha blasonado el régimen, y con pocos que le hubiesen imitado a usted, la Historia pudiera perdonar el crimen de la guerra civil a los traidores, como Dios hubiese perdonado a Sodoma». Echevarría le enviaba varios de sus escritos, que emocionaron a José María, según respondía al anciano exiliado en una carta de agosto. De hecho, una vez leídos, como tenía por costumbre, los había pasado a sus colaboradores para que también los leyeran. En octubre Echevarría le contaba: «creo que vuestra magnífica obra en ésa, representa nada menos que una verdadera revolución social, depurada esta palabra del prestigio sangriento que le presta cierta literatura y limitada a su real significado sustancial». Poco podía agradar más al coadjutor que esta observación, sobre todo viniendo de una persona cuya biografía formaba parte de su tradición. Una tradición que conectaba su cooperativismo con esa España imposible de la II República, plural y descentralizada, democrática y socialista, igualitaria y revolucionaria, derrotada

en la Guerra Civil. Y lo que Alfa no había logrado con esa derrotada, José María lo había alcanzado con la vencedora. Toda uña paradoja....

Echevarría fallece pocos meses después en Caracas. La necrológica de José María en el *T.U.* revela el calado que su figura había adquirido en su pensamiento, y lo hace ya desde su propio título: «Un hombre fraguado en el trabajo: corto en palabras y largo en hechos». Ya en el título concibe a Toribio Echevarría como prototipo del vasco, en cuya personalidad se funden las dos características que cree esenciales a este pueblo: el amor al trabajo y un carácter peculiar, reconcentrado y funcional, que responde al imaginario tópico del tiempo del Siglo de Oro, luego reelaborado por el romanticismo fuerista decimonónico y finalmente adoptado por el nacionalismo abertzale. Califica a Echevarría como «un gran cooperativista» que «en no pocos gestos de su vida [muestra] el amor a la libertad, su sentido de justicia, el reflejo que hallaba en él todo lo natural, todo lo humano». Hay mucho de identificación personal en su evocación del patriarca del socialismo eibarrés. En su torpeza en el habla, su fundación de Alfa, sus aficiones euskaltzales, su austeridad e inquietud religiosa, su sentido amor y devoción por la madre. El texto refleja la sintonía entre dos hombres de origen similar, nacidos a apenas treinta kilómetros de distancia entre familias campesinas euskaldunes, de tempranas inquietudes sociales y que comparten amistades comunes. Cierra su escrito con una oración: «Hombre que ha luchado buscando el bien y la verdad: practicando el bien y sirviendo a la verdad, en paz descanse».[2]

Una experiencia cooperativa

En el intercambio epistolar que habían tenido estos dos cooperativistas, Echevarría había aludido con grandes alabanzas a un libro que José María le había enviado en agosto de 1967, recien salido de imprenta. Le había demandado algún trabajo que sintetizara las claves doctrinales e históricas de su movimiento. José María llevaba años abrigando tal publicación. Siempre había puesto mucho cuidado en el lugar reservado a la comunicación en el espacio público. De hecho, el éxito de su obra empresarial se debía a la previa construcción de una comunidad cultural capaz de sustentarla. «Crear cooperativistas antes que cooperativas» había sido su lema desde 1955. Este libro formaba parte de esta inquietud por reforzar y, en paralelo, publicitar la trama cultu-

---

[2] AJMA, C89: Carta de Santiago Arizmendiarrieta, Eibar, 16-10-1966; «Un hombre fraguado en el trabajo: corto de palabras y largo en hechos», *T.U.,* nº 92, abril de 1968; C90: Carta de Toribio Echevarría, Caracas, 2-5-1967; Carta de Santiago Arizmendiarrieta, 29-4-1967; Carta a Toribio Echevarría, 1-8-1967; Carta de Santiago Arizmendiarrieta, Eibar, 2-9-1967; Carta de Toribio Echevarría, Caracas, 2-10-1967; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 261; *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 93-99; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y de hoy,* p. 161; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 604-605 y 805-806.

ral en torno a su modelo de empresa. Había ensayado un primer borrador esquemático de sus contenidos hacía cuatro años, coincidiendo con su etapa de decaimiento físico. Incluso había contactado con una editorial. Pero no llegó a escribir la obra, pues nunca se conformaba con una labor pasiva de signo intelectual. Prefería seguir haciendo día a día la historia del movimiento, pensándola sobre la marcha y exponiéndola en medios destinados a la persuasión más que a la reflexión intelectual: revistillas, boletines, charlas, etc.

Hacia 1966 decidió recuperar la idea editorial, que no tendría un único fin pedagógico, pues «sería una buena publicidad de CAJA LABORAL sin que a cara descubierta apareciera como un simple y exclusivo recurso publicitario». Desde sus primeras hojitas volantes había tenido claro que comunicar contribuía a convencer y, por lo tanto, a lograr cualquier objetivo, incluido vender. Comunicar ayudaba a negociar y al revés. Así había obtenido sus primeras subvenciones de las empresas mondragonesas o los créditos o inversiones, siempre escasas, de los ministerios. Cada gestión con ministros, secretarios generales o empresarios había pasado siempre por la explicación de su ideario social mediante la entrega de memorias, boletines, etc. El destino de este libro iba a ser el mismo: informar y generar una opinión positiva hacia su obra. Se tituló *Una experiencia cooperativa* y en su preparación tuvo un papel destacado Jaime Duque, director de la División Bancaria de Caja Laboral. Comienza exponiendo las características del cooperativismo mondragonés para, a continuación, tomar Caja Laboral como modelo de éste. Finalmente, presenta una encuesta sobre el cooperativismo a dirigentes y socios trabajadores, deudora de aquellas que alentaba en el *T.U.* y la Acción Católica. Y, entre medias, dibujos y acuarelas con brazos y manos agarrando, tirando, levantando, simbolizando comunidades en movimiento, concepto éste insistentemente presente en el texto. Y fotos de las empresas. Y proyectos como el de la nueva sede de Caja Laboral, un rascacielos que acabará luego quedando a ras de tierra, en contacto con la naturaleza, con lo humano, en la mondragonesa ladera de Olandixo... La modernidad satura un libro destinado a la presentación de un ideal empresarial fundado en una peculiar síntesis de patrones cristianos y socialistas. El texto introductorio de José María es presentado según su estilo propagandístico: palabras subrayadas, repetidas una y otra vez mediante una redundancia destinada a persuadir. Todo el libro es un compendio de su pensamiento y personalidad. Porque todo es él pese a que él, impersonalizado, no aparece en ninguna parte.[3]

---

[3] AJMA, C89: Carta a Guillermo Reyna, 5-11-1966; C96: «El cooperativismo al día»; C71: Carta de Jaime Duque, 21-6-1966; C90: Carta de Toribio Echevarría, 2-10-1967; *Una experiencia cooperativa,* Caja Laboral Popular, Bilbao, 1967, 303 pp. (texto de José María Arizmendiarrieta en pp. 9-37); Ormaechea: *Orígenes y claves...,* pp. 540-541; Bernat Muniesa: *Dictadura y monarquía en España. De 1939 hasta la actualidad,* Ariel, Barcelona, 1996, p. 122.

En el borrador que preparó en 1966 sobre este libro mencionaba la publicación de un «Estudio FACES» de Madrid. Era un libro que reunía las conclusiones de una Ponencia sobre Reforma de la Empresa que esta institución había organizado con el Ministerio de Trabajo. Había sido dirigido por José María Riaza, que se encontraba, por entonces, dirigiendo la revista *Cuadernos para el Diálogo*. De este trabajo se había ocupado hasta ahora otro antiguo conocido de José María, Joaquín Ruiz Jiménez, compañero de Riaza en la ACNP, que acababa de cesar por presiones del régimen. La política había comenzado a moverse en el inframundo franquista y existía un perceptible movimiento aperturista en sectores que, mediante revistas como ésta, se situaban –según Riaza comentaba a José María en 1966– «en una línea de "frontera"» que permitía «dialogar con. los no creyentes, agnósticos, marxistas, etc. (...) [pues] estamos convencidos de que el camino conciliar es éste y además el futuro del país nos exigirá pronto pasar de las palabras a hechos más tangibles». El Vaticano II había terminado por minar los pilares del nacionalcatolicismo. El entorno político en que se movían muchos de los mediadores madrileños de José María estaba variando hacia orientaciones demócratacristianas. El régimen comenzaba a mostrar señas de caducidad. Y no sólo por la vejez del Jefe del Estado sino, sobre todo, porque el desarrollismo estaba horadando sus cimientos en su apartado más sensible: el cultural. La España seccionada con la Guerra Civil comenzaba el camino de la reconciliación de la mano de los hijos de vencidos y vencedores. José María, siempre ajustado en sus predicciones, adivinaba que la solución final pasaría por un régimen de transacción que sólo podía ofrecer una Monarquía parlamentaria liderada por el, entonces, Príncipe Juan Carlos. Para ella comenzaba a preparar a sus discípulos.

Sea como fuere, en 1967 Riaza imprimió en Bilbao *Cooperativas de Producción. Experiencias y futuro*. Pese a su título, se trataba de un estudio centrado en Ulgor, prototipo de éxito de una cooperativa industrial. Analizaba sus estatutos y los cambios introducidos en ellos, sus cifras e incluso su sociología. Incluía, además, una conferencia que José María había dado en los locales de la FACES en enero de 1965, aprovechando uno de sus viajes en Madrid, en la que resumía la génesis y evolución de la obra cooperativa. Este libro completaba, como había avanzado José María, la reflexión preparada por él mismo en «Una experiencia cooperativa». Y lo hacía doblemente: al hacer ésta desde fuera del movimiento cooperativo y, sobre todo, al tener como objeto de estudio la otra gran sociedad de esta «experiencia» junto a Caja Laboral. La publicación en un escaso margen de tiempo de ambos libros supuso un extraordinario revulsivo para la presentación de estas empresas en nuevos escenarios académicos, empresariales y políticos. Por primera vez había dos libros que resumían los principios del

cooperativismo mondragónes y sus logros, que eran tan espectaculares que comenzaban a superar las fronteras estatales.

En enero de 1967 la revista de la Cámara de Comercio e Industria de Bayona, *Activités en Pays Basque,* publicaba un artículo de expresivo título, *L'Espagne franchit les Pyrénées,* toda una sanción de la inusitada modernidad de las cooperativas mondragonesas, tomadas como emblema nada menos que de la definitiva europeización de una España que, pese al lema turístico en boga, había dejado, por fin, de ser «diferente». Pocos meses después la revista emblemática del cooperativismo francés, *Communauté,* publicaba otro amplísimo reportaje en cuya elaboración habían colaborado Alfonso Gorroñogoitia y Félix Aldabaldetrecu, Gerente Administrativo de Ulgor durante varios años. Repasaba los inicios de Ulgor, sus principios fundadores, el régimen interno de las cooperativas, la nueva etapa de mancomunación asociativa en torno a Caja Laboral y la historia de la Escuela Profesional. El propio Félix Aldabaldetrecu, en colaboración con Jean Grey, publicó un artículo teórico este mismo año en el *Centre de Recherches Coopératives de la École Pratique des Hautes Études de Paris,* titulado *De l'artisanat industriel au complexe coopératif. L'expérience de Mondragón.* Este estudio sirvió para reforzar el conocimiento en Francia de las cooperativas de Mondragón.

Henry Desroche comenzó también a publicitar este fenómeno empresarial. Este sociólogo francés colaboraba periódicamente con diversos medios de comunicación. Uno de ellos era nada menos que la *Esprit,* la revista de cabecera del pensamiento personalista que tantísimo había influido en José María. La anécdota resulta reveladora. Desroche visitó las cooperativas de Mondragón en estos años y de ahí elaboró su concepto de *Ulgoría.* A él se debe la primera tesis doctoral sobre esta experiencia empresarial, obra del dominico español Quintín García, que fue presentada en 1968 la Sección de Ciencias Económicas y Sociales de la École Pratique des Hautes Études de París. Dirigida por Desroche, esta investigación constituye una amplia reconstrucción de los orígenes socialcristianos de esta obra cooperativa, acompañada de una exposición de su historia y de los caracteres de su sociedad más emblemática: Ulgor. Para elaborarla García mantuvo contacto epistolar con José María, así como con algunos de los directivos cooperativistas. El título de su investigación sociológica resulta sintomático: *«Cristianisme social et participationisme industriel». Les coopératives industrielles de Mondragon.* En ella juzga el pensamiento de José María como una innovadora síntesis de la Doctrina Social de la Iglesia. Fue publicada en Francia en 1970, con un prefacio de Desroche en que éste analizaba el impacto de la experiencia mondragonesa en la opinión cooperativista francesa, sus explícitos orígenes cristianos y su adecuación a los principios fundantes del cooperativismo de Robert Owen y Charles Fourier. También en 1967

Ángel Herrera Oria prologaba un libro sobre la Doctrina Social de la Iglesia compuesto por profesores del Instituto León XIII. Entre ellos se encontraban viejos amigos de José María como Rodríguez de Yurre o Fernando Guerrero, quien dedicó un extenso elogio a su figura, convirtiéndolo en la cabeza indiscutible del cooperativismo español.[4]

Cooperativismo y desarrollismo

Con cincuenta y dos años a las espaldas, José María ha interiorizado plenamente que su condición de sacerdote está más allá de su persona, en un plano que implica la desintegración de su dimensión social. Caer constituye, pues, poco más que el paso previo a levantarse. Desfallecer es sólo ocasión para volver a tomar aire y seguir adelante, como Cristo en el Calvario. Tres meses después de su alta médica ya estaba en Madrid de nuevo, como Vocal de la Ponencia de Trabajo del Plan de Desarrollo Económico y Social. El Plan de Estabilización de 1959 generó en los primeros años de su aplicación una fuerte reducción del consumo y la inversión, y un aumento del paro. Debido a ello, desde 1960 se había acentuado la emigración masiva de trabajadores a la Europa desarrollada, de la que José María y sus discípulos habían sido testigos en 1966. Pronto, sin embargo, cambió el ciclo. La liberalización de la economía, la apertura exterior, la racionalización del gasto e inversión públicos, el uso de políticas monetarias y fiscales ortodoxas, la importación de tecnología y la inversión extranjera crearon ritmos de crecimiento económico nunca vistos. En 1964 entró en vigor el primer Plan de Desarrollo, destinado a estimular la inversión privada como soporte de este camino definitivo hacia la modernidad industrial. En 1965 un reajuste ministerial llevó a Laureano López Rodó a la máxima responsabilidad de esta política económica como Ministro-Comisario del Plan de Desarrollo, con competencias reforzadas por la llegada de nuevos tecnócratas a las carteras de Comercio y Hacienda. Su política económica disfrutaba del respaldo del nuevo Presidente del Gobierno, el Almirante Luis Carrero Blanco, que ya había designado un primer

---

[4] AJMA, C96: «El cooperativismo al día»; C89: Carta de José María Riaza, 16-1-1966; C90: Carta de Quintín García, París, 7-11-1967; C91: Carta de Alfonso Gorroñogoitia, 29-5-1970 (incluye carta recibida de Henry Desroche, París, 4-1970); *«L'Espagne franchit les pyrénées», Activités en Pays Basque,* nº 202, janvier 1967, pp. 4-17; *«De l'artisanat au complexe industriel. Une importante réalisation coopérative et communautaire», Cooperation,* 22 année, nº 3, 1967, pp. 3-9; Félix Aldabaldetrecu et Jean Grey: *De l'artisanat industriel au complexe Coopératif,* Bureau d'Études Coopératives et Communautaires, Paris, 1967; José María Riaza (dir.): *Cooperativas de producción;* Quintín García: *Cristianisme social et participationisme industriel. Les coopératives instruielles de Mondragon,* directeur: H. Desroche, *thèse présenté dans l'École Pratique des Hautes Études, VIe Section, Sciences Economiques et Sociales, Session d'octobre 1968; Les coopératives industrielles de Mondragon,* Les Éditions Ouvrières, Paris, 1970; Henry Desroche: «Voyages en *Ucoopies», Esprit,* 34 année, nº 346, février 1966, pp. 222-245; «Préface. Mondragon, ensemble intercoopératif non conventionnel», en García: *Les coopératives industrielles...,* pp. 7-21; Guerrero: «La empresa» en A. Herrera Oria (pr.): *Curso de Doctrina Social Católica,* ob. cit., pp. 689-691.

reajuste de carteras en 1962, en el que habían ocupado sus cargos ministros como. Romeo Gorría o Lora Tamayo.

El equipo tecnocrático auspiciado por Carrero Blanco impulsó un proyecto de modernización que pretendía suplantar la exigencia de participación política mediante la ampliación de la prosperidad social. Tal plan, de signo aperturista pero autoritario, sería bautizado en 1967 por Gonzalo Fernández de la Mora con la expresión de «Estado de obras». El discurso grandilocuente nacionalcatólico y nacionalsindicalista era sustituido por otro más técnico y económico. Las señas de identidad y la tradición reducían su espacio público para dejar paso a las estadísticas del crecimiento como sustento de la legitimación del régimen. En el fondo, de lo que se trataba era de ir preparando el terreno para una perpetuación de éste a la muerte del Dictador, mediante una monarquía autoritaria, desarrollista y tecnocrática que fuera presidida por el entonces príncipe Juan Carlos. En tal atmósfera política José María fue designado, por López Rodó, Vocal Consultor en la Ponencia de Trabajo del Plan de Desarrollo relativa a las empresas cooperativas. Sus contactos ministeriales debieron ser los que impulsaron tal nombramiento. Una carta de Guillermo Reyna de noviembre de 1966 demuestra que en estas fechas ya había sido consultado por el nuevo Gobierno con el fin de obtener orientaciones acerca del futuro estatuto del cooperativismo español, destinadas a la elaboración del II Plan de Desarrollo. Tal función quedó finalmente regularizada con este nombramiento oficial. Las reuniones se celebraban en Madrid y estaban presididas por Álvaro Rengifo, Director General de Promoción Social. Por primera vez podía presentar de palabra su doctrina en la médula del Estado –más allá de reuniones privadas o charlas en instituciones de análisis social–, en un ámbito destinado a la definición de las políticas legislativas acerca de un sector empresarial del que se había convertido en referente intelectual incuestionable.

En el verano de 1967, entre junio y julio, se concentraron la mayor parte de estas reuniones, con diez o quince asistentes, entre ellos Fernando Guerrero, Fernando Elena, José Luis del Arco, Juan Velarde Fuertes, López Rodó o el propio Rengifo. Todos asistían, perplejos, a unas reflexiones que José María exponía con su habitual aire ausente y reconcentrado y su sintaxis caótica. Reflexiones que trataban sobre la educación técnica, la solidaridad cooperativa, las variables de capital social y asociado, la integración en el cooperativismo internacional, el vínculo con sociedades mercantiles, la mancomunación en el desarrollo del crédito cooperativo, el refuerzo de las competencias de los jurados de empresa... Y aún escuchaban más. Le escuchaban proyectos como la creación de una fiscalización contable de inspiración alemana que se encargara de asesorar a las cooperativas en su contabi-

lidad y de supervisar ésta con independencia del Estado; le escuchaban reivindicar la productividad intrínseca del capital a través del ahorro. Le escuchaban reflexiones de psicología laboral: «Si la participación en los resultados de la empresa no se dedica, fundamentalmente, a financiar las inversiones que requiere la economía, se perjudica en primer lugar al desarrollo, que tan necesitado está de capitales debido al impacto cada día mayor del progreso tecnológico y, en segundo lugar, se va acelerando la concentración del capital en pocas manos (...). La participación en beneficios desmenuzada se traduce, normalmente, en un incremento de consumo por parte de la masa trabajadora y esto hace perdurar su condición de proletariado. Lo más apremiante de la política social es dar acceso a esa masa trabajadora a la capitalización; teniendo en cuenta siempre que la gente no adquiere una mentalidad de ahorro hasta que haya acumulado un capital mínimo».

Tras estas intervenciones se hacía el silencio. Sus oraciones complejas, cargadas de subordinadas y de estilos subjuntivos e indirectos, resultaban difíciles de seguir, adormecían y confundían. Entonces Del Arco actuaba como traductor de sus palabras: «yo comentaba humorísticamente para romper el embarazo: "Tengan en cuenta que el P. Arizmendi piensa en vascuence y traduce al castellano". D. José María [entonces] esbozaba su sonrisa humilde o burlona». Pero la cuestión no estaba tanto en sus orígenes euskaldunes cuanto en una forma de pensar que le condenaba a confundir y aburrir hasta enganchar finalmente cuando exponía a dónde quería llegar, mediante unas frases poderosas, adornadas de máximas y sentencias, que sorprendían a su auditorio. Entonces era cuando, según Joaquín Mateo Blanco, «obligaba a almacenar ideas para rumiarlas luego en el silencio y la soledad. Porque era un volcán de imaginación, una fuente de clarísimas aguas, un rayo que no cesa». En septiembre de 1967 terminaron de elaborarse los 9 capítulos de la Ponencia sobre la empresa capitalista y cooperativa.

La política económica tecnocrática benefició al cooperativismo mondragonés, pues simpatizó con su filosofía modernizadora. El tono de las intervenciones de José María en foros de debate como éste, en sus ponencias en instituciones madrileñas vinculadas a ella como FACES o el Centro de Estudios Sociales de Herrera Oria refleja esa sintonía mutua. Esta política posibilitó el despegue de la sociedad del consumo en ramas fundamentales para la producción cooperativa como el electrodoméstico, la industria automovilística y electrónica, la distribución de alimentos, etc. Ello explica también la simpática correspondencia y trato de José María con economistas y políticos emblemáticos de este tiempo, como Enrique Fuentes Quintana, Laureano López Rodó o Juan Velarde Fuertes. Esta sintonía convierte el cooperativismo de Mondragón en una expresión muy destacable del «mila-

gro económico» de los años sesenta. Así, de hecho, fue contemplado en Francia o Gran Bretaña desde finales de esa década, con titulares tan expresivos como el aludido de enero de 1967 de la revista *Activités en Pays Basque.*[5]

Las intervenciones de José María en Madrid responden a las mismas inquietudes que, por entonces, vierte en Mondragón. Entre 1967 y 1968 su labor de pedagogía cooperativa aborda cuestiones muy variadas. Una de ellas es la hermandad de la cultura cooperativa con la doctrina social del Vaticano II y de Paulo VI, cuyo ideario quedó reflejado en la encíclica *Populorum Progressio.* Este documento destacaba, en opinión de José María, que en la Iglesia «las dimensiones sociales de los problemas recobran la prioridad debiendo entrañar una modificación profunda de las mentalidades y de la conducta cristiana (...). Es aquí y así como se nos presenta el cooperativismo, que no es un fin sino un medio». Un medio que no conoce vacaciones, como advierte en el *T.U.* en julio de 1967: «EN LAS VACACIONES NO DEJEMOS DE PENSAR EN LO QUE FUERA PRECISO PARA HACER DEL TIEMPO LIBRE Y DEL OCIO LA MEJOR CIRCUNSTANCIA PARA RESTAURAR UN NUEVO ESTILO DE CONVIVENCIA HUMANA Y SOCIAL».

Y es que los cooperativistas no pueden tener vacaciones iguales a las de los obreros usuales. En primer lugar porque los empresarios no las tienen. Un negocio no coge vacaciones. En segundo lugar, porque el cooperativismo es un estado de conciencia. Y la moral tampoco se toma vacaciones. Este ideal que propaga de ocio activo, que lo mismo sirve para jubilados que para trabajadores en vacaciones, tiene una cierta impronta de vida de seminario, de esas vacaciones en Saturraran en las que el descanso se equilibraba con el trabajo. Mucho de su biografía hay en su ideario social. No en vano el cooperativista es el paradigma del hombre cristiano que, en tanto que «ser imperfecto» es «un ser perfectible. Un ser cuyo destino no es contemplar sino transformar: transformarse a sí mismo, transformar cuanto le rodea. Un ser nacido para eso: hecho no para ser turista: tampoco para conformarse consigo mismo sino para realizarse a sí mismo». El ocio y jubilación activos, el trabajo de la mujer y la edu-

---

[5] AJMA, C89: Carta de Guillermo Reyna, 10-11-1966; Carta a Enrique Fuentes Quintana, 24-1-1966; C93: Actas de las reuniones del Grupo III, Ponencia de Trabajo, Plan de Desarrollo Económico y Social, junio, julio y septiembre de 1967 [la cita textual es del acta de la 8.ª reunión, 30-6-1967]; C91: Carta de Álvaro Rengifo, 14-4-1971; Carta a Álvaro Rengifo, 19-7-1972; C90: Carta a Laureano López Rodó, 10-3-1970; Del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* p. 13; Foote Whyte y King Whyte: *Mondragón: más que una utopía,* pp. 280-281; Leibar: «José María Arizmendiarrieta», pp. 47 y 49; José Luis del Arco: «¡Adios, Padre Arizmendi!», y Joaquín Mateo Blanco: «Agur, agur Padre», en *Mundo Cooperativo,* diciembre de 1976; Juan Pablo Fusi: «La década del desarrollo», en Juan Pablo Fusi, José M.ª Jover y Guadalupe Gómez Ferrer: *España: Sociedad, Política y Civilización (siglos XIX-XX),* Debate, Madrid, pp. 743-758. El titular aludido, citado unas páginas atrás, es: *«L'Espagne franchit lespyrénées», Activités en Pays Basque,* nº 202, janvier 1967.

cación de la juventud son los ámbitos en que concentra su reflexión de estos años. En el fondo, de lo que se trata es de desterrar la codicia del dinero y el individualismo. En tanto que identidad, la cooperación siempre cuenta con una otredad con la que confronta, que dota de sentido su condición comunitaria. Tal es la cultura del consumo, nutrida de categorías como el turista o el burgués, que representan todo aquello que debe repeler. El cooperativismo, dice en mayo de 1969, es un «proceso de experiencia» en que «no hay lugar para existencia cómoda», pues «el riesgo de aburguesamiento amenaza no solamente a nuestras minorías sino a las propias masas». Frente a la figura del trabajador aburguesado (el cooperativista propietario) coloca la del trabajador inquieto (el cooperativista empresario), portador de valores irrenunciables: «libertad e iniciativa, respeto y nobleza, sinceridad y solidaridad».[6]

En 1967 el Servicio de Provisión Social se transformaba en la Mutua Lagun-Aro. El 13 de septiembre de ese año era inaugurada oficialmente la nueva Escuela Politécnica. En un número de entonces del *T.U.* adoptaba la personalidad de una lectora, como años antes había hecho de un niño pobre o de un tuberculoso: «Desde principios de siglo, que es cuando puede decirse que la mujer ha iniciado su planteamiento de igualdad de oportunidad de trabajo, se ha venido sustentando una batalla sorda en el terreno de los derechos y las obligaciones que ello entraña. No obstante, parecía que últimamente los *generosos varones superdotados* habían superado las reminiscencias de nuestra pasada civilización musulmana y que nos admitían a su vez en su quehacer industrial. Pero no es así; todavía llegan a nuestros oídos las quejas y sufrimientos de algunos que manifiestan (...) nuestra facilidad para el llanto como solución a nuestra insuficiencia, nuestra osadía a ganar igual que los probos padres de familia».

En noviembre de 1967 funda la cooperativa Auzo Lagun con el fin de facilitar una solución societaria a la integración laboral de las mujeres. Las socias de esta nueva sociedad, expone tres años después, «trabajan desde una hora a cuatro y tratan de ENNOBLECER MEDIANTE SU TUTELA Y ACOGIDA SOLIDARIA todas las actividades en las que pudiera intervenir la MUJER». La mujer, al menos en las cooperativas, debía ser considerada como sujeto de derechos paritarios a los de los hombres. En septiembre de 1969 daba cuenta el *T.U.* de la creación de una nueva sociedad, Comerco, fruto de la fusión de la Cooperativa San José de Mondragón con varias cooperativas de consumo afinca-

---

[6] «La solidaridad exige», *T.U.*, nº 81, mayo 1967; «Algunas reflexiones oportunas», nº 83, julio de 1967; «Apetecer para ser», nº 91, marzo de 1968; «Valores irrenunciables», nº 96, agosto de 1968; «No hay lugar para existencia cómoda», nº 105, mayo de 1969; Ormaechea: *Arizmendiarrieta y la empresa cooperativa,* p. 20; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 252-253.

das en Aretxabaleta, Amorebieta, Markina, Gernika, Eibar, Ermua, Matiena y Rekaldeberri (Bilbao). Meses después, dificultades en la inscripción en el registro oficial de esta marca la convierten en el definitivo Eroski.

Su reflexión actuaba en todos los órdenes de la sociedad de la época. Así, al problema de la mujer se unía el de la universidad, que había alcanzado su punto culminante en Francia con una masiva revuelta estudiantil en el mes de mayo de 1968, concentrando un movimiento internacional de protesta contra guerras imperialistas como la del Vietnam, la sociedad de consumo o el capitalismo. La situación en la universidad española no era más tranquila. La progresiva masificación de ésta comenzó a resultar peligrosa para la dictadura, que actuó reprimiendo con dureza las revueltas en favor de las libertades democráticas y expulsando alumnos y profesores. En mayo de 1968, mientras los sucesos de París adquirían repercusión mundial, la Universidad de Madrid era clausurada tras los disturbios causados por un concierto del cantautor Raimon. Unos meses después moría el primer estudiante y el Gobierno decretaba un primer «estado de excepción».

Refiriéndose a las revueltas de París en junio, José María apuntaba: «El espectáculo es sorprendente y más para nosotros aún no entrenados en peleas equivalentes e inmunizados a la fuerza. No es que allí no florezcan tensiones y hasta los porrazos, pero en todo caso la paciencia de las partes oponentes es infinitamente superior, y sus charlas-diálogo son toda una lección de civismo en la discrepancia». Europa se encontraba a años luz de España. Mayo del 68 aparecía ante sus ojos como un reflejo de un cambio cultural occidental que precisaba, más que nunca, del potencial conciliador de la autogestión y la cooperación: «La Sorbona, centro espiritual de la cultura francesa, es objeto de la más curiosa toma. Los pacíficos alumnos de tiempos atrás se han convertido en rectores de algo que fue patrimonio de hombres sesudos. Reclaman la autogestión como única vía de superar la sociedad de consumo, a la que combaten por su estupidez. (...) A pesar de que en la puerta central y en los muros de la Sorbona campea a sus anchas el "slogan" y las fotos de los principales capitostes comunistas, el fuego que anima a la juventud es una actitud de oposición a la civilización en conjunto (...) [y al] estado burgués». En el fondo, «más que un conflicto de clases», la revuelta parisina lo que reflejaba era «un conflicto generacional». La cultura del consumo convertía la juventud universitaria en una quimera para la nueva sociedad del bienestar que desorientaba a los propios jóvenes. Larrañaga recupera unas palabras suyas de estos años: «Estamos idolatrando y catapultando casi en exclusiva al joven (...). Estamos entre "idolitos" que desconocen el sufrimiento y la realidad del pasado, y se ponen al borde de la desesperación. (...) Gastas todo un esfuerzo dedicándote a ellos

y, ¿qué hacemos con el ocaso de los hombres? Los señoritos gastando a lo loco; para los que están machacando en las prensas, en las cadenas, ¿qué?»[7]

Violencia política y cooperativas

«Las opciones y atractivos que representan las realidades cooperativas no se deben a ninguna generación espontánea: son fruto de mucho esfuerzo y sacrificio de hombres (...) [si bien] no cabe desconocer otros contingentes [de trabajadores] dispuestos a presumir o airear cómodas solidaridades en la embriaguez de una sociedad de consumo desde el momento que se echa en olvido totalmente el alcance de la solidaridad reclamada en la hora del esfuerzo y el trabajo.» Son palabras suyas de abril de 1971. En la moral del cooperativismo arizmendiano la embriaguez es un adjetivo connotativo del comportamiento del trabajador entregado al consumo. Y es que la sociedad de consumo es el enemigo a batir en tanto que una cuasi-religión que rinde culto a lo utilitario, lo estético, lo pasajero, lo inmediato, lo funcional, lo rentable, devaluando la trascendencia del ser humano. En uno de sus homenajes de estos años a Juan XXIII afirma: «Cada creyente ha de ser corredentor, es decir, el cristiano, comenzando por interesarse más por el prójimo que por sí mismo, ha de vivir con el hambre y la sed de justicia, con las lágrimas y cruz de Cristo». José María intenta trasladar su personal vocación a su obra empresarial. La cultura cooperativa es, en palabras suyas de mayo de 1969, una auténtica conciencia colectiva: «La conciencia es nuestro fenómeno humano específico: en virtud de esta conciencia somos respetables ante Dios (...) [y] nuestros semejantes».

Su discurso de estos años está saturado de humanismo cristiano. En un sermón que prepara en 1970 escribe: «El hombre se autentifica no como Dios, ni bestia, sino solidario. Por eso necesitó la comunidad». En una charla en Arantzazu un año antes, en abril de 1969, había insistido en «el hombre» como la clave social. En la Semana Santa de 1970 apunta: «Está bien visto decir "no creo en Dios". ¿Creemos en el hombre? (...) La fe en Cristo... es fe en la humanidad, en todos y cada uno de los hombres. El servicio y dedicación a Cristo es sensibilizarse con todos y cada uno de nuestros semejantes que sufren, que

---

[7] AJMA, C78: «Las mujeres en la experiencia cooperativa de Mondragón», 2-4-1970; «La Universidad: tema del día», y «Notas sueltas. Autogestión», *T.U.,* nº 94, junio de 1968; «Jubilación: Un problema que hay que vislumbrar a tiempo», nº 92, abril de 1968 [artículo elaborado por José María Ormaechea]; «Trabajo y ocio», nº 95, julio de 1968; «Compromiso», nº 104, noviembre de 1971;»Etapas de madurez» y «Comerco», nº 109, septiembre de 1969; «Nuevo nombre de Comerco: Eroski», nº 112, diciembre de 1969; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 320-324,327-328 y 817-818; Leibar: *La mujer...,* pp. 26-27; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 111; Gil Calvo: *Nacidos para cambiar,* pp. 218-220; Muniesa: *Dictadura y monarquía en España,* pp. 112-115.

necesitan de nosotros; vivir no para sí, sino para otros». El cooperativismo es concebido como un manantial con el que fertilizar una sociedad del bienestar desecada espiritualmente por un proceso secularizador que promueve un ideal contrario, individualista, materialista, insolidario y fuertemente ideologizado. Un proceso que la Iglesia estaba sufriendo hondamente. Los ocho mil seminaristas de la España de 1963 se habían reducido en dos tercios diez años después. Según Juan Pablo Fusi, fue con el *Opus Dei,* y no con la República (como pensó Manuel Azaña) cuando España dejaba *de ser católica,* es decir, cuando la confesionalidad de la sociedad se retraía definitivamente al ámbito privado.[8]

El País Vasco vivió de forma intensa en estos años el contexto de cambio cultural que reflejaba este brusco proceso de desertización de vocaciones. Los procesos de secularización pueden acabar por injertar formas de comportamiento religioso en la cultura política, sobre todo si son muy extremos y ocurren en sociedades en las que la religiosidad está muy implantada en el espacio público. George Steiner ha expuesto la facilidad con que el vacío dejado en la contemporaneidad por la fe cristiana ha sido copado por creencias destinadas a rellenarlo. «La historia política y filosófica de Occidente durante los últimos 150 años –dice este filósofo– puede ser entendida como una serie de intentos (...) de llenar el vacío central dejado por la erosión de la teología.» Estos «credos sustitutorios» disfrutaban de la misma pretensión de totalidad y ortodoxia e incluso de similar iconografía afectiva que la religión cristiana. *La nostalgia del Absoluto* generada por la modernidad industrial provocaba un hambre de mitos trascendentes, de explicaciones totales, de «mesías seculares». La nación fue uno de esos mesías y se convirtió, en muchas sociedades occidentales, en un nuevo *Dios de la modernidad.*[9]

---

[8] «No caben treguas», *T.U.,* nº 105, mayo de 1969; «Problemas», nº 128, abril de 1971; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos de ayer y hoy,* pp. 192-197; Tellechea: *El otro D. José María,* pp. 32-33, 134-137 y 140-142; Fusi: «La década del desarrollo», pp. 754-755.

[9] La secularización de estos años en Santiago de Pablo: «De la Guerra Civil al Estatuto de Guernica (1937-1979)», en I. Bazán (dir.): *De Túbal a Aitor. Historia de Vasconia,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2002 y Patxo Unzueta: *Sociedad vasca y política nacionalista,* El País, Madrid, 1987. p. 238. La tesis citada en George Steiner: *Nostalgia del absoluto,* Siruela, Madrid, 2001, pp. 14-22,107-108. El marco teológico de su reflexión, proveniente de una larga trayectoria de Steiner como pensador socio-religioso, en Robert P. Carroll: «Toward a Grammar of Creation: On Steiner the Theologian» y George Steiner: «A Responsion», en N. A. Scott, Jr. Y R. A. Sharp (eds.): *Reading George Steiner,* The John Hopkins University Press, Baltimore and London, 1994, pp. 262-267 y 282-285. La transferencia de contenidos culturales entre religión y nacionalismo en Josép R. Llobera: *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental,* Anagrama, Barcelona, 1996 y (muy especialmente) Conor Cruise O'Brien: *Godland: Reflections on Religion and Nationalism,* Harvard University Press, 1988. Tal tesis es perfilada en la historia del nacionalismo radical vasco de estos años sesenta y setenta por: Unzueta: *Sociedad vasca...,* esp. pp. 238-240; Antonio Elorza: «Vascos guerreros», en A. Elorza (coord.): *La historia de ETA,* Temas de Hoy, Madrid, 2000; Joseba Zulaika: *Basque Violence. Metaphor and Sacrament,* Nevada University Press, Reno, 1988, Joseba Arregui en *Ser nacionalista. Dos visiones en diálogo,* Acento, Madrid, 2000 (esp. 78-96, por su contenido biográfico) y Ludger Mees: «Between votes and bullets. Conflicting ethnic identities in the

En la IV Asamblea que ETA celebró en estos años quedó aprobada la idoneidad de acciones violentas que, en un principio, fueron dirigidas a atracos a bancos destinados a la financiación de la organización y ataques contra monumentos franquistas. Decenas de lápidas conmemorativas de los caídos en el bando «nacional» durante la Guerra Civil fueron destruidas a lo largo y ancho del país por jóvenes activistas mediante el expeditivo método de lanzar una bola de hierro contra ellas. Tales símbolos solían encontrarse en el exterior de las iglesias. Una de las lápidas destruidas fue la que lucía la parroquia de San Juan Bautista de Mondragón en su muro exterior, bajo el campanario. El Gobernador Civil quiso acudir a realizar un acto de desagravio y volver a colocarla. A ello se opuso el párroco Iñarra con el respaldo del cabildo, incluido José María, lo que implicó una multa a la parroquia. Un militante de la ETA de esos años recordaría, mucho después, el significado que atribuían a esas acciones: «Queríamos demostrar que era falso que el régimen estuviera evolucionando hacia la democracia, aunque era verdad que estaba mejorando el bienestar económico de la gente, [por lo que] empezamos a atacar la simbología del régimen que recordaba el triunfo de las armas franquistas sobre la democracia. (...). La violencia de vanguardia bien administrada tenía la virtud (...) [de] que la gente empezara a pensar». Pero este impulso por *hacer pensar* partía de un instrumento difícil de regular: la violencia. El mismo que sustentaba el régimen que se combatía. En esa aludida IV asamblea y en la siguiente, la V, ETA teorizó la *espiral acción-represión-acción* como el cauce para iniciar el proceso revolucionario de liberación nacional, cauce que precisaba de algo más que atacar símbolos. Precisaba de matar, de liquidar físicamente al enemigo, arriesgando la vida en ello con ánimo de *martirio*...

La transferencia de impronta religiosa hacia la violencia política había de culminar en sacrificios sangrientos. Así ocurrió en junio de 1968, cuando un militante etarra mató por primera vez, para luego morir en una refriega con la Guardia Civil. Apenas dos meses después, en agosto, un comisario de policía de siniestra biografía era asesinado. Ambos sucesos tuvieron lugar en Gipuzkoa: el primero en Tolosa, el segundo en Irun. El Gobernador Civil decretó el estado de excepción en la provincia, que inició una estela de detenciones, encarcelamientos, torturas, etc., que ya no tendría fin y que abrió definitivamente un ciclo de *acción-represión-acción* dotado de sacralidad simbólica incluso por ciertos sectores de la Iglesia (misas y homenajes a los activistas muertos, homilías favorables a la violencia como mecanismo de libera-

---

Basque Country», *Ethnic and Racial Studies,* Vol. 24, No. 5, 2001. Ha quedado empíricamente confirmada por Izaskun Sáez de la Fuente: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución,* IDTP y Desclée de Brower, Bilbao, 2002.

ción nacional, etc.) dinamizado por la maquinaria represiva estatal, que culminó con el Juicio de Burgos de 1970, primer jalón de la progresiva internacionalización del problema nacional vasco.[10]

En agosto de 1967 el entonces Gobernador Civil, Manuel Valencia Remón, previno a José María de los datos que sus servicios de seguridad tenían acerca de la simpatía entre importantes sectores sociológicos del cooperativismo y la oposición política al régimen. Pese a ello, al cesar en el cargo en abril de 1968, lo primero que hizo fue enviarle una carta de despedida en la que mostraba su enorme simpatía por su obra social y su persona. La llegada de su sustituto, Enrique Oltra Moltó, significó un giro de ciento ochenta grados. Este alicantino llegaba a Donostia abandonando el Gobierno Civil de Araba. Era un hombre interesado en la cuestión de la reforma de la empresa, como queda reflejado en una conferencia que dio en su tierra natal en mayo de 1969, titulada «La integración del trabajador en la empresa como cauce de promoción social», en cuyas 120 apretadas páginas no hay, sin embargo, mención alguna al cooperativismo mondragonés... Y es que Oltra Moltó llegó con un extraordinario recelo hacia esta modalidad empresarial, que juzgaba de orientación subversiva. Informó a José María de nuevos datos acerca de la implicación de estudiantes de la Escuela Politécnica en actividades clandestinas nacionalistas y obreras. En julio de 1969 tuvo lugar una tensa reunión entre ambos en San Sebastián. El Gobernador responsabilizaba a las cooperativas de la «actitud levantisca» de la sociedad mondragonesa y, dado que la mayoría de los detenidos en Mondragón por actividades antifranquistas eran cooperativistas, calificaba aquellas como un nido de «separatismo» José María le invitó a visitar las cooperativas para que viera con sus ojos la compleja y plural realidad de éstas, pero no lo consiguió.

El planteamiento de Oltra Moltó era típico de la cultura política franquista. Y es que el Gobernador aspiraba poco menos que a que José María, cual Mateo Múgica en el Seminario de 1936, desplegara la bandera rojigualda en la Escuela Politécnica. Ésa era la mentalidad que subyacía en sus reflexiones, que a José María desagradaba tanto como la de los que pretendían atajar los estadios de la revolución social o nacional recurriendo a la violencia, por muy selectiva que ésta fuera. Así que trató el problema mediante el ninguneo del poder de Oltra Moltó. Sus gestiones con sus amistades madrileñas se incrementaron, intentando lograr de ellas lo que el Gobernador se negaba a

---

[10] Mario Onaindía: *El precio de la libertad. Memorias (1948-1977],* Espasa, Madrid, 2001, pp. 260-261; Barroso: *Sacerdotes bajo la atenta mirada del régimen,* p. 366; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* testimonio nº 6, pp. 22-23. Juan Aranzadi: *El escudo de Arquíloco. Sobre mesías, mártires y terroristas.* Vol. 1: *Sangre Vasca,* A. Machado Libros, Madrid, 2001, pp. 62-95 y Arregui: *Ser nacionalista,* pp. 33-78, proporcionan dos análisis autobiográficos complementarios de la atmósfera política y religiosa de estos años en que se produjo la imbricación de religión y nacionalismo violento en mitad de un fortísimo proceso secularizador.

gestionar. En 1970 Julio Iranzo Domínguez sustituyó a Oltra Moltó en la tarea imposible de controlar una provincia en activa subversión. Para entonces los atentados de ETA y la represión policial indiscriminada se habían generalizado. Oltra Moltó había tenido que declarar el Estado de Excepción en la provincia y el Juicio de Burgos había generado una riada incontenible de movilizaciones de simpatía contra los etarras sometidos a tal proceso militar, en las que la Iglesia había participado activamente. A finales de año Iranzo Domínguez pronunció nuevas amenazas públicas contra las «grandes cooperativas». José María redactó una carta de protesta. Argumentaba que la implicación de cooperativistas en problemas de orden público era una responsabilidad personal, atribuible a cada individuo y no a la colectividad: «En una situación de singular sicosis colectiva no se pueden calificar determinados acontecimientos sin profundizar en el conocimiento de los fenómenos».[11]

La implosión política

En noviembre de 1971 el *T.U.* sufre un secuestro por orden del Gobernador Civil. La causa había sido la publicación de un artículo anónimo en euskera titulado *Eguberriak eta espetxeak,* en el que se denunciaba la vulneración de los derechos de los presos políticos vascos. Este primer encontronazo con la autoridad fue seguido por dos advertencias de la Delegación del Ministerio de Información que implicaron nuevas amenazas de sanciones y de cierre de la revista, debido a dos artículos que esta vez sí habían sido redactados por José María, uno de 1972, en el que se advertía una supuesta apología de la violencia, y otro de un año después, en el que el coadjutor utilizaba términos considerados subversivos como *euskotarrak* y *Euskadi.* Su posicionamiento ante la politización de la sociedad vasca tiene lugar en el boletín de las cooperativas y comienza en 1970. Se resume en la reivindicación de la identidad (cooperativa) frente a cualquier extremismo nacionalista o marxista y la reclamación de una revolución pacífica alternativa a la violenta. En febrero de 1971 califica esta última como un «embrujo mágico» al que deben resistirse los cooperativistas, para lo cual apela a los consabidos valores comunitarios, que distingue de los que se usan, con sentido polémico, en las proclamas marxistas. Así, advierte

---

[11] AJMA, C90: Carta de Manuel Valencia Remón, San Sebastián, 18-8-1967; C78: Carta de José Luis del Arco, Madrid, 8-1-1969; C47: Carta a Enrique Oltra Moltó, 14-3-1968; Carta de Enrique Oltra Moltó, San Sebastián, 1-4-1968; C48: Carta de Manuel Valencia Remón, 29-1-1969; Carta a Enrique Oltra Moltó, 6-8-1969; «Instancias al Excmo. Sr. Gobernador Civil», sin fecha; C49: Carta de Manuel Valencia Remón, Madrid, 17-11-1969; C91: Carta a Julio Iranzo Domínguez, 6-12-1970; Enrique Oltra Moltó: *La integración del trabajador en la empresa como cauce de Promoción Social (con unas consideraciones sobre la Formación Profesional),* Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1969; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 665.

a los cooperativistas que no deben caer en comportamientos «charangueros».

«Reflexión» reclamaba en septiembre de 1971, «realismo» demandaría un año después, en octubre de 1972: «No debe molestar el que noble y lealmente otros apelen a contrastes de IDEAS o IDEOLOGÍAS pero sí debe quedar claro para todos que "ideales para hombres deben ser tales que sirvan para conducir un proceso de EVOLUCIÓN para todo lo más acelerado y profundo que se quiera, pero no tal que se identifique o requiera de partida la supresión o hipoteca de valores humanos incuestionables». Entre esos valores estaba la vida, que era sagrada. Matar era un acto pagano, pues ignoraba la realidad trascendente del ser humano. En octubre de 1970 reivindicaba la no violencia como cauce de comunicación entre «dos grandes continentes sin fronteras demasiado fijas: el de los opresores y el de los oprimidos». Pero para que esa no violencia sea efectiva «hay que estar radicado en la Verdad, en la auténtica, en la Universal: la fraternidad humana (...). Para hacer el camino de la no-violencia hay que creer en la fuerza exclusiva del Amor, experiencia inédita en el [continente] de los opresores».

El cooperativismo constituye una alternativa a la violencia. Una alternativa no ideal sino compleja. Cuando en febrero de 1972 reflexiona sobre ello, el sujeto de reflexión no es el cooperativista sino el cristiano. Éste se encuentra con que si elige la no violencia puede ir contra la justicia, pues puede apoyar así (indirectamente) la permanencia de un régimen injusto; pero si apoya la violencia, va en contra de Dios. Llega aquí a un pensamiento paradójico que levantó la indignación de las autoridades franquistas: reivindica la no violencia activa como una solución que puede no serlo «ante la enorme fuerza represiva de la estructura establecida» y que debe implicar «respetar al que opta por la solución violenta, que también puede ser una solución y puede que no lo sea». Este fue el editorial que motivó una advertencia al *T.U.* por presunta apología de la violencia el 4 de mayo de 1972. Nada induce a afirmar, sin embargo, que esta reflexión significara simpatía o flirteo con la violencia política similar al que ciertos sectores de la Iglesia vasca exponían en ese tiempo. Lo que ocurre es que estaba lastrada por una calculada ambigüedad estilística, la misma que había utilizado desde hacía treinta años con el fin de unir conciencias ideológicamente opuestas. Tal voluntad le obligaba a establecer una cierta equidistancia de posiciones, fruto de su voluntad de no herir pero, sobre todo, de no caer en idealismos estériles como el de los que, rechazando una violencia ilegítima, asistían impertérritos a otra que, pese a venir del Estado, también lo era, pues no descansaba en un régimen democrático y de derecho.

Su meditación sobre la violencia tiene, de hecho, una fuerte impronta personalista y *maritainiana*. Ello la hace necesariamente ambi-

gua pues no es idealista. Parte del reconocimiento de la existencia de unos oprimidos y unos opresores, los dos continentes a los que aludía en octubre de 1970. Dos continentes que chocan generando una lógica violencia que el cristiano debe, sin embargo, repudiar y no alentar. Y para ello debe hacer algo más. Debe invertir los valores que la generan y presentar alternativas a ella desde la paciencia y la caridad, que son los medios de la verdad cristiana. Debe entregarse «por una cooperación generosa, a convertir en más humano y más justo el mundo en que está comprometido». Estas palabras del *Humanisme intégral* de Maritain serán exactamente reproducidas por él, tal es el sentido de la insistente llamada que hace a los socios de las cooperativas en este tiempo a la «lealtad y fidelidad cooperativa».[12]

En estos años, hacia 1968, en una parroquia de Bilbao un joven militante etarra recibió una extraña confesión de uno de los sacerdotes que en ella trabajaban: «había estado dudando varios meses si colgar los hábitos y sumarse a la lucha con la misma dedicación que veía en nosotros». El sacerdote no sólo confesaba su tentación por alistarse en la *lucha armada* sino que demandaba al joven activista una especie de absolución por el pecado de no haberse entregado a ella, pues sabía que, como él, había sido seminarista. Esta anécdota muestra la atmósfera que se generó en ciertos ambientes de la Iglesia vasca respecto de la violencia política. El contexto de crisis religiosa «nos incitaba a transferir nuestro compromiso con Cristo a una u otra de las dos más prestigiosas metamorfosis secularizadas del pueblo de Dios: la clase obrera o el pueblo vasco», rememora otro seminarista de por entonces. Los ecos del Vaticano II y sus anhelos de «apertura al mundo» animaron a muchos sacerdotes a buscar peligrosos atajos en su trabajo en favor de los colectivos oprimidos (el proletariado, las minorías étnicas y nacionales, los pobres, etc.). Se implicaron en organizaciones obreras y nacionalistas antifranquistas, buscando un perfil de ministerio volcado en la implicación directa en los problemas sociales, en la toma de partido, en la politización del evangelio como cauce de conexión con una sociedad cada vez más distanciada de la Iglesia. Protestas de todo tipo eran secundadas por jóvenes sacerdotes y seminaristas siempre que implicaran una respuesta al «poder establecido». Ni siquiera las cooperativas se vieron libres de ello, pues su prosperidad les hacía sospechosas de connivencias con «el poder» a ojos de aquellos a los que José María denominaba, con sorna, los «charangueros».[13]

---

[12] «Embrujos mágicos», *T.U.,* nº 126, febrero de 1971; «Socios y no charangueros», nº 128, abril de 1971; «Reflexión», nº 132, septiembre de 1971;»Realismo», nº 144, octubre de 1972; «La no violencia, el otro camino», nº 122, octubre de 1970; «Mensajeros», nº 129, mayo de 1971; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 723-733 y 764.

[13] Barroso: *Sacerdotes bajo la atenta mirada del régimen franquista,* pp. 254-268. Las dos citas finales en Onaindía: *El precio de la libertad,* pp. 325-326 y Aranzadi: *El escudo de Arquíloco,* p. 67. El califica-

La radicalidad «charanguera» estaba instalada en su propio cabildo. En noviembre de 1969 había tenido lugar la II Semana Teológica de Mondragón, hecha en colaboración con la V Semana Teológica de Bilbao. A la villa industrial acudieron «hombres comprometidos en comunidades de base» y pensadores «comprometidos con ese diálogo cristiano-marxista que busca las colaboraciones posibles entre ambas partes para construir entre todos una sociedad nueva». Entre los consensos alcanzados se encontraban algunos sintomáticos de la atmósfera eclesial de la época: la sociedad estaba dividida en dos clases antagónicas, los oprimidos y la de los opresores, ante cuyo conflicto no cabía neutralidad. «Para liberar a los oprimidos el marxismo propugna la "Lucha de clases"» por lo que «la revolución, incluso violenta» está «justificada». Si la Iglesia no modifica su contemplación de este principio dialéctico se coloca con los «opresores». La lucha del cristiano debe tener como cauce «la acción directa» y su amor tiene que ser «clasista» y orientarse sólo a los pobres... Pero la espiritualidad de José María era inmune a esta descarada politización del evangelio que acababa en casos extremos por convertir a Cristo en un remedo del Che Guevara, un zelote presto a blandir la espada frente al opresor romano... Antes y después de la violencia «de clase» o de la clase que fuera, serían necesarios sacerdotes que sanaran sus heridas. «Señor obispo, tengo el corazón bien lleno para dejar sitio a nacionalismos ni a españolismos», contestó Rufino Aldabalde a Javier Lauzurica cuando éste le recriminó sus simpatías *separatistas*. En igual posición se colocó su discípulo José María. Muchos le recriminaban su escaso compromiso con los derechos del «pueblo trabajador vasco». Le pedían que se olvidara en sus homilías y charlas de tanta reflexión abstracta acerca del cooperativismo y se lanzara con ellos a recorrer el pueblo tras la pancarta. Los que tal cosa le pedían eran, sobre todo, jóvenes: estudiantes de la Escuela, cooperativistas, sacerdotes del cabildo...

En 1972 la fiebre *charanguera* alcanzaba el complejo cooperativo en su ámbito más sensible: Alecoop. Esta cooperativa utilizaba el equipamiento de la Escuela Politécnica. Algunos de sus socios eran irresponsables, no tenían cuidado de la maquinaria ni de las más elementales medidas de seguridad en el trabajo. No leían, desde luego, el *T.U.*, que insistía mes a mes en el seguimiento de dichas medidas con artículos informativos, estadísticas de accidentes (con valoración de la responsabilidad en ellos de los obreros), etc. La disciplina de trabajo era muy floja. No existía un buen control de la contabilidad y ciertos estu-

---

tivo *charanguero* lo tomó José María de un artículo en *T.U.* escrito por A. Ayestaran, gerente y fundador de la cooperativa Orona de Hernani. Ayestaran era, además, director del prestigioso Orfeón Donostiarra y parece que pensó, con motivo de algún episodio de su gerencia, que ciertos cooperativistas *desafinaban* como auténticos *charangueros*.

diantes ni siquiera aportaban sus cuotas de capital como socios. En este clima finalizó el curso de la Escuela. Una nueva promoción de socios de Alecoop se graduó y, según las normas, debían abandonar esta cooperativa. Pero una parte de ellos decidió oponerse y continuar como socios ordinarios, con la oposición del claustro de la Escuela, especialmente de José María. Los disconformes encontraron respaldo en otros estudiantes, especialmente en uno de Ingeniería que era sacerdote. La Junta Rectora mantuvo la posición de José María, lo que obligó a la Escuela a pagar una indemnización a los rebeldes en compensación por la baja y a modificar los estatutos de Alecoop, separándola de la Escuela. José María defendió la expulsión del sacerdote disidente y sugirió, en caso necesario, no respetar los reglamentos de tramitación si éstos impedían dicha medida.

En su editorial sobre el tema para *T.U.* lamentaba el clima de confrontación socio-política y de desprestigio de principios rectores del orden social a que se estaba llegando incluso dentro de las cooperativas. «Todo se puede poner en entredicho; es más, todo es susceptible de marginación para nuevos revolucionarios, de ordinario no malos retóricos.» Los nuevos planteamientos reivindicativos, subrayaba, se sostenían en pura palabrería y «charangada»: se presentaban formulaciones simples de fachada ideológica que carecían de sustento real. De nuevo la eterna cuestión en que insistía siempre: las ideologías no flexibles encubrían ilusiones. Frente a unos estatutos reguladores que llevaban siete años haciendo funcionar prósperamente una empresa, unos cuantos levantaban una fachada de ideales contestatarios y acababan volviéndose a casa cargados de millones. Y, encima, su cabecilla era un compañero sacerdote...

«Pedimos "VIVENCIAS" para atender a ideologías», cerraba su editorial. Reclamaba una identidad que regulara la ideología, algo permanente por encima de lo coyuntural. Resulta lógico que, desde el compromiso de trinchera que había conferido a la experiencia cooperativa, el comportamiento de los rebeldes lo viese como una «traición». En febrero de 1973, cuando el incidente aún coleaba, escribió un duro editorial titulado «Honrados y traidores». Comenzaba así: «La palabra traidor cuesta emplearla para calificar comportamientos ajenos por las resonancias de insulto que suscita más que de propiedad para expresar juicios de valor. Pero hay comportamientos humanos y sociales a su vez con efectividad de auténtica traición de nobles causas por mucho que se deseara cohonestarlos o disculpar en aras de un consenso colectivo». En esta depuración marcial del ideario cooperativo, el más traidor era quien, desde la mística sacerdotal, se lanzaba a la destrucción de un ideario que él entendía íntimamente cristiano. Contra tal persona sólo cabía la defenestración, contra viento y marea, por encima de regulaciones y reglamentos. Su falta era, antes que nada, moral,

doblemente moral, por sustentarse en un ministerio que significaba lo contrario. José María no tenía duda de la pena a aplicar.

El conflicto de Alecoop y un paralelo problema ocurrido en la Ikastola de Mondragón por cuestiones de reparto de poderes acabaron por generar un enorme debate popular en la comarca acerca del cooperativismo, su poder social y su condición de representante o no de la «clase dirigente», que tuvo como marco revistas locales euskaldunes, hojas volantes, etc. En noviembre de 1972 ETA publicó un manifiesto en que acusaba al cooperativismo de irse adueñando de todos los sectores de la vida pública, cuestionaba su papel defensor de la clase obrera, y lo calificaba como sistema colaborador con el «bloque dominante» y su «aparato estatal dictatorial». El cooperativismo reunía a los «nuevos jauntxos», los nuevos caciques aliados con «la burguesía tradicional y los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía». Esta ETA se adscribía a la denominada VI Asamblea, de mayor impronta marxista que nacionalista, opuesta a la V Asamblea, más fiel a la interdependencia de ambos principios fundadores.

José María calificó las críticas públicas al cooperativismo como «aventureras e irresponsables». Los críticos no estaban interesados en la doctrina que él defendía, que huía del capitalismo liberal pero también del colectivismo marxista al que aspiraban. No le leían. Lo cual no era extraño, pues la mayoría de ellos no pertenecía a la comunidad cooperativista, como él erróneamente pensaba, eran meros ojeadores que trataban de pescar en el río revuelto del conflicto social. Aplaudía el debate ideológico en las cooperativas, siempre que tuviese lugar en las asambleas generales y otras instancias habilitadas para la disputa pública. Rechazaba el interés *burgués* de los preocupados sólo por los beneficios empresariales, pero también el maximalismo revolucionario que había visto en conflictos como el de Alecoop. Para calificar este último recurrió a una ruda sentencia de un político al que admiraba. Un político de esa Francia a la que tanto se asomaba para atinar el futuro que aguardaba al otro lado de los Pirineos, François Miterrand: «Los maximalistas son sectarios por definición y, con frecuencia, tontos por naturaleza». Punto.[14]

Las bajas de la guerra

Al finalizar 1970 la Caja Laboral tenía abiertas 52 oficinas en las tres provincias vascas. En la memoria de la entidad de este año José María

---

[14] «Vida cristiana y compromiso terrestre», *T.U.,* nº 111, noviembre de 1969; «Realismo», *T.U.,* nº 144, octubre de 1972; «Honrados y traidores», nº 148, febrero de 1973; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 628-636 y 735; Barroso: *Sacerdotes bajo la atenta mirada...,* pp. 254-262; Mendizabal: «D. José María sacerdote», p. 100; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 51-52; Unanue e Intxausti: *Cooperativas y euskera,* pp. 25-27.

subrayaba, como si en sus palabras aún permaneciese el eco de los debates de la Semana Sacerdotal de Mondragón del pasado año: «No se nace con dignidad, se crea cada día con sujeción a unos imperativos profundos (...) la batalla en la que precisamos tomar parte no es únicamente una batalla horizontal entre dos fuerzas materiales: opresor y oprimido. *La opresión está en el mismo tejido de los corazones»*. En estas fechas se estaba levantando la nueva sede de la entidad, cuyas obras de urbanización él mismo había bendecido el 14 de abril de 1969. El edificio que iba tomando forma permanecía pegado a la tierra de la ladera de Olandixo, sin despegar de ella como habían pretendido sus primeros diseños. Ello no le impediría reinar, desde la ladera citada, sobre el complejo de la Escuela Profesional Politécnica, el mascarón de proa de una nueva ciudad que José María pintará en un artículo para la revista El Ciervo de 1974 titulado «Ciudadanos para una nueva ciudad». En él expondrá el contraste del Mondragón capitalista del pasado y el cooperativista del presente, oponiendo a ambos en un tono casi escatológico. La «nueva ciudad» se ha hecho a sí misma. Ha logrado un amplio desarrollo asistencial, educativo y laboral según principios solidarios, igualitarios y comunitarios: «En resumidas cuentas, todos sacrificando algo y aportando otro poco en aras del Bien Común».

Esta «nueva ciudad» no hubiese existido de no haber encontrado un puñado de discípulos entre aquellos jóvenes a los que se había dirigido desde 1941, que supieron plasmar en la práctica sus ideales. En 1970 confesaba que no asistía mucho a las reuniones de dirección de las cooperativas, que prefería dedicar el tiempo «más en estudiar y reflexionar que en seguir los procesos [de gestión empresarial]». Para ello tenía a esos discípulos, sus fieles pioneros, hombres más dotados para llevar a la práctica su inagotable caudal emprendedor. Hombres que no eran intocables a la naturaleza contingente de su artificio. En la tarde de un sábado primaveral de 1970 Luis Usatorre se detiene, en compañía de unos amigos, en Elgeta, pueblo situado a 10 kilómetros de Mondragón. Cuenta con 46 años. Ha sido uno de los Presidentes de la Acción Católica de Mondragón que José María había nombrado en su calidad de Consiliario. En este momento es Director de la División Empresarial de la Caja Laboral y Vicepresidente de esta entidad. Hace unos días ha intervenido con un equipo de técnicos en una compleja operación destinada a reflotar la cooperativa Funcor, de Elorrio, una de las fundadoras de la Caja Laboral, que se hallaba a punto de desaparecer por una mala administración pasada. Es un hombre fiel a José María. Cree en la honorabilidad cristiana de su proyecto cooperativo.

Sus compañeros deciden jugar un poco a la pelota en el frontón de la localidad. Repentinamente Usatorre comienza a sudar sin causa aparente y se siente indispuesto. El malestar se incrementa al volver en

el automóvil de Elgeta a Bergara. Uno de sus amigos, el conductor, lo nota y acelera la marcha hacia el Centro Asistencial de Mondragón, del que Usatorre es Presidente. Éste, mientras, tranquiliza a sus compañeros. Pertenece a la escuela de *D. José María.* Ha aprendido de su maestro a no desnudar completamente las emociones, a transmitir calma incluso en las peores situaciones. Sus compañeros de juego no adivinan su mal. Cuando el coche llega al Centro Asistencial sale de él con forzada naturalidad y se niega a recibir ayuda para subir las escaleras que conducen a la primera planta del edificio. Rápidamente, los médicos le llevan a la primera habitación que encuentran libre. Poco más pueden hacer. Su corazón se rompe delante de su mujer, Pureza Aranzabal. Al poco tiempo llega José María, que se encontraba en el confesonario y ha abandonado éste nada más conocer lo ocurrido. Usatorre muere esa misma tarde en su habitación del Centro Asistencial de Mondragón. Es el sábado 18 de abril de 1970.

Existe una guerra. Una guerra que no tiene un frente fijo. El enemigo es terrible porque nada separa de él, ni siquiera una trinchera. No está enfrente. No está en el cuartel, ni en la comisaría, ni en el concejo o diputación. No está en la sede de tal o cual partido. Ni siquiera está en Madrid... Está dentro. Dentro de cada ser humano. A ella permanecen ajenos los implicados en una lucha política que lleva a cientos de jóvenes vascos en este tardofranquismo a prepararse para matar y morir. Una lucha bendecida por viejas divinidades, dioses oscuros nunca muertos del todo, que han ocupado la mecánica del poder franquista y que ahora descienden abajo, al terreno de una pequeña parte de su oposición política. Esta guerra ocupa las portadas de los periódicos y las cabeceras de los noticiarios de televisión con sus noticias de «ametrallamientos» de policías y detenciones de terroristas. La otra, la interior, es más difusa, no hay noticias que permitan abrir con ella periódicos, ni televisiones, ni radios. Pero es más real. José María se ha preparado para ella durante treinta años, leyendo, reflexionando, escribiendo y, sobre todo, pensando en voz alta. No ha requerido para ello de mediadores. No ha requerido de la nación, de la clase, de la ideología, ni siquiera de la política. Le ha bastado con los evangelios. Para ella preparó a conciencia a oficiales que luego se unieron con él en el frente del bien común, de la justicia social, de la emancipación y redención del trabajador. Así consiguieron, tras quince años, batir al enemigo no sólo en Mondragón, mucho más allá, en la provincia y más allá...

Por los resultados de esta guerra sin frentes se interesan profesores canadienses de la Universidad Católica de Quebec, teóricos del cooperativismo internacional como Lasserre o Vienney, periodistas franceses y belgas de revistas como *Officiel* o *Cooperation,* empresarios de toda España y publicaciones periódicas *(Actualidad Española* o *Ac-*

ción Empresarial) o aperiódicas, caso del libro de *Homenaje a José Luis del Arco* realizado por el Centro de Educación Cooperativa de Zaragoza en 1972. Todos demandan a José María informes. Él los redacta, mientras sus discípulos siguen adelante con una estrategia de combate que sorprende, entusiasma, maravilla. Pero que no está exenta de bajas, algunas terribles, como la de Luis Usatorre. Bajas lloradas por los que siguen en la trinchera, ahora un poco más solos. El 9 de septiembre de 1970 el Ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, y el de Industria, José María López de Letona, asisten a la inauguración de la planta de Ulgor en Garagarza. Alfonso Gorroñogoitia, en su discuso inaugural, recuerda al amigo muerto cinco meses antes, en plena euforia constructiva de esta nueva planta, una nueva victoria en una guerra sin fin contra la injusticia social por la que a Usatorre –cuenta su fiel amigo– «se le rompió el corazón» y por la que cayó –parafraseando al Juan Leibar de 1967– «en acto de servicio».

La realidad no es, se hace, se construye, se inventa. Tal es la cruel sentencia de la ciencia social postmoderna, la que nace en la década que inaugura el fallecimiento de Luis Usatorre del hundimiento de los grandes paradigmas filosóficos. Con ella surge una nueva teoría alimentada por ciencias variadas, por la física, la lingüística, la antropología, fundada en el progresivo convencimiento de que la única realidad perdurable es la discursiva, la que crea el lenguaje en el aquí y ahora de su enunciación. La realidad ya no puede ser pensada como una referencia objetiva, igual que la verdad. Por este debate sobre verdad y realidad han transitado los grandes pensadores de la segunda mitad del siglo xx: los filósofos de la Escuela de Frankfurt y el Círculo de Viena (Adorno, Marcuse, Horkheimer, Wittgenstein, Popper), y luego Kuhn, Feyerabend, Foucault, Eco, Levy-Strauss, Derrida, Chomsky, Habermas... En abril de 1971, en mitad de la marejada de violencia política que agita el pequeño país de los vascos, el coadjutor afirma: «Es una realidad más o menos constatada por todos que "no es lo importante lo que le ocurre a uno sino la idea que se hace de aquello que le ocurre"». Sabe que la realidad social se escabulle a ojos de las ideologías dogmáticas. Más allá de la verdad que éstas retratan existe otra más real por la que ha caído Usatorre, que no es la inventada por ese mito dialéctico de los «explotadores y explotados» que consume la inquietud de tantos cooperativistas, forzándoles a situarse en uno de los dos bandos, cuando ninguno es real, ambos son subjetivos, explica José María. Por ello pide distancia de unas ideologías que alejan del racionalismo, que apelan a las vertientes más emocionales de la naturaleza humana, las más lejanas de su condición divina...[15]

---

[15] AJMA, C71: Bendición de la sede de Caja Laboral, 144-1969; C91: Carta a Álvaro Rengifo, 19-7-72; C49: «La empresa en la experiencia cooperativa de Mondragón», documento destinado a

Sólo sacerdote... secular

Por las calles de la «nueva ciudad» de Mondragón pasea cada mañana un hombre alto, de pelo blanco y un solitario ojo luminoso oculto tras unas gruesas gafas. Porta un sencillo traje oscuro y un alzacuello. Es coadjutor en la Iglesia de San Juan Bautista y cada día se levanta temprano para celebrar la misa de las siete de la mañana. El confesonario, la predicación, la atención a los enfermos y a la parroquia le ocupan las horas siguientes. «He tenido temporadas de nueve horas [semanales] de confesionario; ahora menos», confiesa en una entrevista del año 1970. Después visita Caja Laboral y termina a media mañana dirigiéndose, con su pequeña motocicleta, a su despacho de la Escuela Politécnica, donde le espera su vieja *Remington* lista para redactar las editoriales del próximo *T.U.,* la memoria anual de la Caja Laboral, los boletines de las cooperativas, las ponencias que le demandan de cooperativas e instituciones y seminarios vascos y madrileños. Allá contesta y escribe a gentes de todos los rincones de la península, a ministros, gobernadores civiles, obispos, profesores de universidad, trabajadores, empresarios, sacerdotes...

Allá atiende a las visitas, igual que en su domicilio de la Casa Cural o en la parroquia, lugares donde se le puede encontrar cada día. Los que le visitan son siempre bien recibidos. Por allá pasan labradores de Lana, obreros y directivos, religiosas, sacerdotes, seminaristas, profesores y alumnos de la Escuela Politécnica, algunos de estos últimos le llegarán a confesar su clandestina militancia en la ETA de esos años... A todos atiende, alegre y acogedor: «Todos estábamos ciertos de que le importunábamos, pero él no hacía ningún gesto de cansancio, ni su sonrisa perdía transparencias, ni miraba insinuante el reloj. Trataba la alegría y las penas, lo heroico y lo banal, si con ello tranquilizaba. Aquellas toneladas de sensibilidad e inteligencia que desparramaba representaban un sedante esperanzador para quien estuvo al alcance de su vida», cuenta Ormaechea. A mediodía come frugalmente, generalmente en la Escuela. Su exigente ascética sacerdotal le ha hecho prescindir del placer por comer o beber. Luego, por la tarde, sigue recibiendo visitas, visitando cooperativas, redactando estatutos, cartas, artículos. A última hora regresa a cenar a la Casa Cural. Luego se retira a orar y dormir no más de seis horas. Cada año celebra su

---

Acción Empresarial, febrero de 1971; C50: «La experiencia cooperativa de Mondragón. Redactado para la Revista homenaje al Sr. Del Arco...», 17-10-1972; «Problemas», *T.U.,* nº 128, abril de 1971; «*L'École Professionnelle Polytechnique de Mondragon (Guipuzcoa, Espagne)», L'Officiel. Magazine des arts ménagers,* nº 230, 1 février 1970; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 162-163 y 180-181; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 824-825; Ormaechea: «Cuatro colaboradores del P. Arizmendiarrieta», pp. 106-107; *Orígenes y claves...,* p. 79; José María Arizmendiarrieta: «La experiencia cooperativa de Mondragón», pp. 65-73; Dionisio Aranzadi: *Cooperativismo industrial como sistema, empresa y experiencia,* Universidad de Deusto, Bilbao, 1976, pp. 417-418.

cumpleaños con una excursión a Bedoña o un partido de fútbol entre profesores y alumnos de la Escuela. Visita casi cada semana al matrimonio Ruiz Torre-Azkoaga, con quienes le une una amistad cuasifamiliar. En su casa come algunos domingos, prolongando hasta la tarde la estancia, tomando el sol en su magnífica terraza con vistas a la villa que ha transformado. Ciertos veranos dedica unas semanas a compartir con ellos descanso en su vivienda de Zarautz. Disfruta de la compañía de este matrimonio, con ellos se relaja de los pesares de la semana y muestra una personalidad que no trasciende normalmente en su vida pública, en la que aparece esa vertiente guasona que guarda desde la infancia, pero que los rigores de su vida cotidiana no le permiten traslucir.

Así van pasando los años. Tal es su vida cotidiana. Sencilla, sacrificada, ordenada, metódica. Muy metódica. Cada dos o tres semanas visita Iturbe. Siempre va acompañado. Unas veces de su hermano Jesús, que tras casarse con una mondragonesa lleva años instalado en la localidad y cuenta ya con tres hijos creciditos; otras con el matrimonio Ruiz Torre-Azkoaga; otras con su discípulo Larrañaga. Éste levantó acta de alguno de estos viajes en el que encontraban a Tomasa enfrascada en su rosario rutinario, encogida en su silla, hasta que el ruido del coche de Larrañaga la hacía levantarse y acudir a abrazar a su hijo para, a continuación, recriminarle ritualmente su excesivo trabajo: *«Baina, Joxe Mari, Zergatik artzendok hainbeste lan?»* Pasaban el domingo con ella. Tomasa preparaba sopas de ajo, caracoles o manzanas asadas, que acompañaba con nueces y regaba con sidra, mientras José María aprovechaba para charlar con María y Patxi, sus hermanos, y jugar con los sobrinos, a los que hacía rabiar y daba dinerillo para golosinas. Cuando llegaba acompañado de los Ruiz Torre-Azkoaga, aprovechaba para cuchichear de forma disimulada a la ama el precio de las joyas y vestidos que llevaba su amiga Mari Lourdes. Tomasa tornaba teatralmente los ojos al cielo y se santiguaba, sin dar crédito a tanto dinero invertido en bienes tan volubles, y él reía con las ocurrencias de la ama. En Iturbe su inquieta infancia relajada, roussoniana, reaparecía sin esfuerzo.

Tomasa muere el 14 de junio de 1971, a los setenta y nueve años de edad. Cuando su hijo mayor llega a Iturbe en compañía de Mari Lourdes y Pepe sabe que la *ama* ya se ha ido. No sube a contemplar su cuerpo expuesto sobre la cama. Desaparece entre la maraña de familiares que se concentran en el caserío. Nadie sabe dónde está, alguien cuenta haberlo visto por las cuadras, solo, pensativo. Está regulando su dolor, un dolor hondo que debe contener, como ha hecho desde que salió del Seminario. Debe consumir dentro de él este nuevo clavo de la Cruz que va levantándose sobre su vida. Debe evitar mostrar públicamente el sufrimiento que le provoca. El día después, en San Pedro de

Barinaga, oficia el funeral, como doce años antes ha hecho con el de José Luis, su *aita,* como hace catorce meses acaba de hacer con el de Usatorre. Muere el referente más poderoso que ha tenido en su vida. El trabajo metódico y sacrificado, la austeridad y ahorro en la vida cotidiana, la exigencia personal, el ejercicio de ver más allá de lo evidente, antes de recibir consagración teológica en el Seminario de Vitoria los había ido modelando en Iturbe en compañía de Tomasa. José María comulgó con la espiritualidad de Vitoria porque participaba del ideario *baserritarra* que inflamaba la teología de Aldabalde y sus «amigos». Un ideario que había aprendido de Tomasa.

Tomasa era, sin embargo, analfabeta. Una mujer en cuyo universo personal su hijo nunca pudo entrar, ni siquiera en el tiempo de su juventud *euskaltzale.* Estaba separado de él por la muralla de la alfabetización, de la escritura, de una forma más compleja de imaginar, de representar la realidad de las cosas. José María había vivido, en su niñez, ese «salto histórico, de alcance incalculable, que separa el lenguaje gesticulado, murmurado, chillado, propio de la cultura oral, de aquel otro, carente de entonación y cristalizado sobre el papel, propio de la cultura escrita». Un salto en torno al cual el autor de estas palabras, Carlo Ginzburg, escribió en 1976 un hermoso estudio histórico sustentado en una teoría microhistórica que orienta este intento por interpretar inductiva, quizá temerariamente, el significado profundo del duelo que José María regula en la soledad de la cuadra de Iturbe. El papel que pudo jugar la insalvable muralla entre madre e hijo en la selección que éste hizo de la cultura y la educación como instrumento emancipador resulta, evidentemente, un mero indicio imposible de confirmar empíricamente. Lo que sí se puede confirmar es que, desde 1941, el hijo de Tomasa supo que la cultura constituía el mayor instrumento de emancipación de todos aquellos seres humanos que, históricamente, habían vivido atrofiados en el corporal lenguaje de la oralidad. «La hegemonía de la cultura escrita sobre la cultura oral fue fundamentalmente una victoria de la abstracción sobre el empirismo. En la posibilidad de emanciparse de las situaciones particulares radica el vínculo que ha ligado inextricablemente la escritura al poder.» Contrastar esta sentencia de Ginzburg con el conocido lema fundacional de José María –*socializar el saber para democratizar el poder*– y con la observación hecha en páginas pasadas de la mano de Ernest Gellner sobre el vínculo entre cultura y modernidad industrial puede allanar (microhistóricamente) el camino que condujo al hijo de Tomasa a la experiencia cooperativa de Mondragón.[16]

---

[16] AJMA, C91: «El cooperativismo como base de educación social del pueblo», Caja Laboral-Bilbao, 5-9-1971; C95: Carta de Manuel Jiménez, 24-7-1971; C90: Carta de Víctor Escandón, Granada, 6-4-1969; Carta de Ángel Tomás Martín, Murcia, 7-4-1970; C99: Necrológica de Tomasa Madaria-

En 1972, José María comentaba a un periodista: «Ésta es la verdad, toda la verdad y la REALIDAD: que soy un sacerdote secular que, liberado más o menos siempre de tareas menos apetecibles para mí, he podido dedicarme a una especie de sana afición con compromiso también muy llevadero». Joaquín Goicoecheaundía apuntaba en 1952: «En la Iglesia de Dios somos sacerdotes seculares. (...) Apreciamos la gloria y el honor de vivir mezclados con los hombres, comprendiendo todos sus problemas, llorando con los que lloran, alentando a los caídos, perdonando a los pecadores (...). Es necesario crear optimismo en torno a nuestra vocación de sacerdotes seculares, porque (...) el pesimismo y la poquedad frente a nuestros problemas sacerdotales pudieran hundirnos en la miseria». Optimismo, generosidad, desapego, felicidad... El José María de estos años expone el perfil sacerdotal trazado por su antiguo maestro. En una ficha para un sermón de agosto de 1970 escribía: «Dios es amor. Se le da culto practicando el amor. Se le halla en la medida que se supera el egoísmo, la cerrazón. Se purifica en el crisol del amor que, donde existe, es lo único capaz de transformar todo profundamente. Falta la revelación de amor que se esboza en la justicia, en la solidaridad, en la equidad, en la libertad, pero que cobra la plenitud en quien acepta y practica... "al prójimo como a ti"... a Dios con todo corazón, y por ello con todas sus fuerzas trata de honrarle en el servicio de sus semejantes. Se busca a Dios en la búsqueda de la verdad, del bien, de la justicia, del amor».

Esta ficha, con su estilo casi telegráfico, es todo un compendio de su biografía. A Dios se le busca (y se le encuentra) en una determinada vivencia solidaria. El trabajo cooperativo es su particular esbozo de la revelación del amor cristiano en que cree desde la niñez, que precisa de una voluntad de servicio desinteresado al prójimo. Tal ejercicio cristiano de la vida es el que se aplica a sí mismo, según el modelo que cree más perfecto, ése que sus compañeros de ministerio más jóvenes acusan ahora de ser demasiado *espiritualista* y connivente con el poder. Pero él cree en él. Por eso Gandiaga o Gangoiti siguen apareciendo en sus cartas de estos años, perpetuando el voto de amistad y entrega a tal ideal hecho en 1936. En una ficha que redactó sobre la «vocación sacerdotal», apuntó: «No se es sacerdote por mérito propio ni para provecho propio. Para poder colaborar con Dios en la santificación se llega al sacerdocio». En otra ficha también sin fecha, titulada «Vida de

---

ga, 15-6-1971; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 17,52-54,113-115; «El hombre», pp. 14-15; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», pp. 26-27; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto...,* p. 26; *Testimonios sobre D. José María...,* Testimonios 2, 5, 7 y 12, pp. 14, 20, 24 y 38; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...,* p. 18; «D. José María Arizmendi-Arrieta: ¿»Alma» del complejo?», *Palabra,* nº 65, enero de 1971; Carlo Ginzburg: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI,* Península, Barcelona, 2001, pp. 122-124, esp. 123. Para ampliar sus tesis: Peter Burke: *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia,* Gedisa, Barcelona, 1996. Ampliado con JMAFO20 y JMAFO22.

disciplina», apuntaba: «El problema de la vocación no hay que plantearlo en la alternativa de salvación o condenación. No es en este plano elemental de vida cristiana en el que hay que considerar esta cuestión de la vocación. El problema de vocación es cuestión del margen de generosidad que uno está dispuesto a tener en la vida. Si sólo pretendo salvarme, si el ideal sacerdotal no hace vibrar a mi alma simplemente por lo que tiene de hermoso y digno, no estoy en condiciones de abrazar el sacerdocio».

Su vida es el resultado de esta vivencia *vitoriana* de la vocación. El sacerdote, otro Cristo, obtiene la santificación mediante su entrega sin medida, negándose a sí mismo, tal y como aquél pidió a sus discípulos. «Siempre he sido sacerdote secular, por eso ahora no tengo necesidad de secularizarme», contesta en diciembre de 1970 cuando la revista religiosa Palabra le pregunta por el contexto de secularización de sacerdotes que vive la Iglesia. Su vocación está sana y se regenera en la vida que ha elegido vivir. «En el correr del tiempo he ido hallando mayor razón de ser y justificación a la vocación llamada sacerdotal (...). Tal vez mi experiencia ha sido un poco singular: digo esto porque durante no poco tiempo llegaban a mis oídos críticas de quienes las actividades en las que estaba implicado calificaban de "seculares" y por ello [yo] haya sido secular cuando otros optaban o acentuaban lo "sacral" y al presente en la secularización en general no vea las ventajas y las opciones que otros tal vez estén viendo». En esta carta de abril de 1971 cuenta también: «Si no hemos acertado en el ministerio y hay un ministerio que parece inservible ello debe ser razón para que los que pudiéramos tener conciencia más explícita de lo que hay de escora o de circunstancias irrelevantes nos empeñáramos en actualizarlo y acreditarlo (...). Las enseñanzas de la secularidad y del laicado son respetables pero no olvidemos que antes o después de todo requerirán una complementariedad (...). Como verás te escribo pensando en voz alta al son del tecleo de la máquina: sé que el asunto requiere más hondura y precisión, pero he preferido hacerte partícipe de mi reacción espontánea a la lectura de tu carta en el primer momento que me ha quedado para tomar la máquina. Te encomiendo en mis oraciones».

El destinatario de la carta –cuya escritura espontánea la convierte en una valiosa fuente sobre su vivencia interna de la fe cristiana y la vocación sacerdotal en estos años finales de su vida– es un sacerdote más joven que vive en América y atraviesa una crisis vocacional que ha confiado a José María: «En realidad a mis compañeros no les he podido enredar en este lío. Perdone si soy un pesado. Tengo la ventaja de estar seguro de que si le parezco pesado o equivocado me lo va a decir tranquilamente. Eso me tranquiliza un poco». Ha decidido «secularizarse» y regresar a Mondragón. José María no ha tratado de convencerle de lo contrario, se ha limitado a exponerle su sentimiento perso-

nal: él no duda, siente que sigue estando en el sitio que le corresponde, con ese optimismo esperanzado que recomendaba Goicoecheaundía. Y ello es así porque su ministerio tiene como único referente el prójimo. Él está anulado en el prójimo, entregado a él. En cuerpo y alma.

En febrero de 1972 realizó un periplo de apostolado cooperativo de diez días por Gijón, A Coruña, Tarragona, Zaragoza y Huesca, impartiendo conferencias en las universidades laborales de estas ciudades. No pretende fomentar cooperativas sino, como en Mondragón, cooperativistas. Y, si puede ser, cooperativistas cristianos. En 1970 un agente comercial de Ulgor, Manuel Martín Cabrera, le cuenta que fue invitado a dar una conferencia en un pueblo de Salamanca: «En fin, me encomendé a Dios y pensando que V. me estaba mirando y apuntando no quise defraudarle y naturalmente gracias a sus conferencias pude sacar suficientes materias para versar sobre cooperativismo». La conferencia fue un éxito. «Es sorprendente, D. José María, esta inquietud en un hombre que, como yo, no me preocupaba los más mínimo de los demás y hoy me pregunto si será éste uno de los caminos para alcanzar el perdón Divino con mi entrega total a esta labor Humana, Social y CRISTIANA. Espero que con la ayuda de V. conseguiré el objetivo total». Martín Cabrera ha decidido promover la puesta en marcha de cooperativas por toda la provincia. Una de ellas acaba de fundarse en la localidad de Vitigudino, bajo los auspicios del cura local. Se trata de una cooperativa industrial de producción de muebles. El cura había escrito a José María hacía cuatro años, pues necesitaba orientación. La crónica del periódico local cuenta el episodio: «El prestigioso sacerdote D. José María Arizmendi no regateó esfuerzos a la hora de estudiar los pros y los contras, llegando en su desinteresada ayuda a desplazarse a Vitigudino mismo para tener una visión directa del medio en que se intentaba llevar a cabo la comprometida experiencia». Sus dudas sobre la funcionalidad de la idea fueron muy grandes: «No sé por qué me da la impresión de que intentar aquí hacer cooperativismo en la industria puede resultar algo tan descabellado como pretender sembrar cebollas en el desierto», pensó José María. Sin embargo, finalmente, respaldó y animó la idea. En unos meses la cooperativa CIMA S.C.I. de Vitigudino comenzó a funcionar. Cuatro años después, en 1970, planeaba constituir un complejo industrial en la comarca.

Pero el compromiso cooperativo no dejaba de ser un extremo de la compleja vida del sacerdote secular. Para preparar su entrevista en Palabra, en 1970, había intercambiado varias cartas. En una de ellas se disculpaba con el periodista: «Mi querido amigo: Me he encontrado con dificultades para cumplir lo prometido, dado que hoy, sábado, toda la mañana la he empleado en confesiones y otras atenciones parroquiales». El sacerdocio secular le ha permitido superar momentos

terribles, como la muerte de Usatorre o de su querida ama. Pero le ha cobrado su correspondiente factura. En la entrevista para la revista *Palabra* aparece su foto. Está sonriente pero envejecido. Tiene cincuenta y cinco años, pero aparenta al menos diez más. El 18 de diciembre de 1972 escribe a Cástor de Uriarte, que le ha pedido la referencia de un libro perteneciente a una colección privada subastada en Mondragón. José María añade, al dato requerido, mil más. Y es que no se conforma con dar lo que le piden, siempre intenta entregar todo lo que puede. Su cuerpo soporta con dificultad el ritmo de su espíritu. Unos días después de escribir esta carta sufre una nueva crisis cardíaca. Es internado, de urgencia, en la Unidad Coronaria del bilbaíno Hospital de Basurto. Es enero de 1973.[17]

NOCHE OSCURA DEL ALMA

Mondragón cruza el Atlántico

Es imposible plasmar en papel la vida cotidiana de un individuo. El historiador sólo puede atreverse a una mera aproximación que requiere mucho esfuerzo del lector. Esfuerzo por detectar más allá de la fría letra de imprenta la inmensidad que bulle en el interior del ser humano cuya vida contempla, mediada por el narrador que la ha reconstruido. Porque historiar un individuo es, en el fondo, historiar la vida humana. La del historiado, la del que la historia y la del lector. Y cuando se vislumbra el anochecer de esa vida, este tiempo de crepúsculo resulta aún más difícil de plasmar, pues en él se multiplican los indicios de hasta qué punto la vida es un bien tan preciado por todos los que, en tanto que hombres, tenemos conciencia de nuestra trascendencia y, por lo tanto, de nuestra contingencia.

José María pasa varios días de enero de 1973 en el Hospital de Basurto, bajo la asistencia del doctor Pérez Agote, que le impone un estricto régimen de recuperación tras el alta que recibe el mes siguiente. Herido y frágil, vuelve a Mondragón. El paréntesis de bonanza de

---

[17] AJMA, C91: Carta a Javier de Mendizabal, 23-4-1971; Carta de Javier de Mendizabal, Caracas, 6-5-1971; C90: Carta de A. Barrada, Madrid, 19-2-1970; C98: «Plan de Viaje. Febrero 1972»; C60: Carta de Manuel Martín Cabrera, sin fecha [marzo-abril 1970]; C50: Carta de Cástor de Uriarte, Labastida, 29-11-1972 y 14-12-1972; Carta a Cástor de Uriarte, 18-12-1972; C92: Carta a Claudio de Garagorri, 29-5-1974; C80: Carta a Alberto Otaño, 26-4-1972; Joaquín Goicoecheaundía: *Puntos clave en la formación del futuro sacerdote. Documento IV,* Imprenta Egaña, Vitoria, 1990, pp. 140-142; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* pp. 144 y 152; «En las cooperativas de Mondragón» y «D. José María Arizmendi-Arrieta: ¿»Alma» del complejo», *Palabra,* nº 65, enero de 1971; «De Vitigudino. Un ejemplo de cooperativismo salmantino», *El Adelanto,* 15-3-1970.

los cinco años siguientes a su embolia ha tocado a su fin. El servicio de cardiología del hospital bilbaíno, uno de los más prestigiosos de España, le presenta el cuadro de su mal. La válvula artificial que se le había colocado se ha ido desnaturalizando con el tiempo y precisaba de sustitución. Aún no tiene el diagnóstico definitivo pero probablemente vuelve a aparecérsele ya el espectro del quirófano. «El sacerdote que no se abraza con la cruz de todos los días, que implica la abnegación total, perdió su camino propio. Se comprende ya que la formación del futuro sacerdote deba ser profunda hasta la aceptación sincera y gozosa de la victimación de la propia voluntad al servicio de Dios y de los hombres que hay que salvar.» De nuevo palabras de Joaquín Goicoecheaundía que adquieren reflejo en una ficha que José María ha confeccionado durante un retiro espiritual sin fecha: «Pereza... negligencia... un poco de tibieza... Tienes que sacudir todo eso. Y tienes que sacudirlo todo, acordándote de que, a falta de eso estarán acaso algunas almas (...) almas que desde ahora debes salvarlas, acumulando a favor de ellas el tesoro espiritual de mortificaciones, vencimientos, sacrificios. (...) Vive, pues, de tu vocación. Y vivir de tu vocación es tener siempre presentes a esas almas, orar por ellas, sacrificarte por ellas. Y todas las has de salvar. No basta que conserves tu vocación... es necesario que tu vocación esté informada de un gran celo, del celo suficiente para que tu acción pueda abarcar a todas ellas. (...) Fuera negligencias, fuera la pereza (...) tú tienes deber sacerdotal de hacer esto».

Jesús Garay le invitó, mientras estaba ingresado en Basurto, a dar una charla en la parroquia bilbaína del Corpus Christi, donde aquél era párroco, tarea que compatibilizaba con la de Delegado Episcopal del Secretariado de Espiritualidad del Clero. La charla estaba dirigida a sacerdotes y en ella José María no diría cosas muy diferentes de las apuntadas anteriormente acerca de la vocación sacerdotal, fundadas en una espiritualidad que compartía con Garay. Éste, de hecho, quedó muy complacido con su charla y su disquisición sobre un perfil de sacerdocio en el que daba ejemplo «de total abandono en las manos de Dios». La anécdota la recoge Oyarzabal. Vivir, había escrito José María a los reclutas mondragoneses de la Acción Católica hacía más de veinte años, «es derramarse como un perfume, derrocharse». Tal era su máxima espiritual. Derramarse hasta vaciarse, derrocharse hasta el colapso para, recuperado, volver a derrocharse, hasta volver a caer.[18]

Vuelto a Mondragón, sometido a una rígida supervisión en el Centro Asistencia1 y a un régimen de visitas periódicas al Hospital de Basurto, vuelve a capitanear una experiencia social que despierta cada

---

[18] AJMA, C92: Carta a Claudio de Garagorri, 29-5-1972; Goicoecheaundía: *Puntos clave en la formación de futuro sacerdote,* p. 79; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 150; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto por sus condiscípulos,* pp. 31-32; ampliado con JMAFO15-II.

vez más atención pública. Dos libros sobre ella aparecen en este nuevo año. Uno de ellos, *Los sindicalistas,* de Alberto Otaño, Maribel Troncoso y José Luis Muniain, presenta una recopilación de entrevistas acerca de la incidencia de la Ley Sindical aprobada en el comienzo de la década. En una de ellas José María explica algunas de sus sentencias más conocidas *(Actuar, y no ganar; Crear, y no poseer; Progresar, y no dominar)* y su posición ante cuestiones como la distribución de la riqueza, la autogestión, el derecho a la huelga y la sociedad tecnificada. Quintín García, mientras, ya doctorado en París, publicaba en Francia un libro sobre el cooperativismo en el que el análisis del de Ulgor ocupaba un espacio importantísimo.

Pero es en el ámbito anglosajón donde este fenómeno empresarial obtiene ahora mayor recepción. En 1972 el economista británico Robert Oakeshott descubre en una biblioteca parisina, mientras hojea las páginas de una desconocida serie de publicaciones del *Centre de Recherches Coopératives,* el informe sobre Mondragón elaborado por Aldabaldetrecu y Gray en 1967. Entusiasmado, decide visitar Mondragón. El resultado de su viaje es un extenso artículo publicado en enero de 1973 en el dominical británico *The Observer* del que se hace eco la agencia EFE. En él describe Mondragón como el «oasis español de la democracia». El cooperativismo mondragonés, cuenta, es el fruto de una singular «alianza entre la Iglesia Católica y la tecnología» inspirada por un sacerdote comprometido con «un emocionante intento por reconciliar la industria moderna, la democracia y la justicia social»». Oakeshott simpatiza con el pensamiento de José María, con su sentido funcional del espacio de trabajo como marco de práctica política, con su ideario democrático de la comunidad trabajadora y de sus necesidades educativas. Y, sobre todo, simpatiza con el hombre de 58 años, de pelo blanquecino, gruesas gafas y rostro alargado, que encuentra. Un hombre vestido con una chaqueta gris y camisa abotonada hasta el cuello, que se le asemeja un anciano catedrático de Oxford o Cambridge *(«an elderly don»).* Un *catedrático* que aparece en las fotos de su reportaje oficiando, con seriedad, la misa a unas monjas o departiendo sonriente en una reunión informal con colaboradores en el campus de la Escuela Politécnica.

El artículo de Oakeshott formaría parte, en 1975, de un libro sobre la autogestión impreso por la editorial Penguin y coordinado por un profesor de la Universidad de Lovaina, Jaroslav Vanek, que había visitado Mondragón en compañía de varios estudiantes. Cautivado, escribió luego con su limitado español desde Lovaina a los responsables de la Escuela Politécnica: «Personalmente, también para mis estudiantes, nuestro viaje fue muy significativo, porque ahora sabemos que las cosas que estudiábamos teóricamente después de varios años se pueden transformar en realidad social. Por eso Mondragón contribuye a todos los otros que creen en autogestión y cooperación, sin posibilidad di-

recta de verlo realizado». La experiencia empresarial mondragonesa traza, entre 1973 y 1975, un rápido giro hacia el Atlántico, hacia las Islas Británicas, Canadá y los Estados Unidos. Su recepción francófona, que generará varias tesis doctorales en los años setenta y ochenta, se expande a los países anglosajones, gracias no sólo a artículos periodísticos sino, sobre todo, a los libros académicos de Vanek, Oakeshott o el editado luego por la Cornell University de Nueva York, obra de los sociólogos William Foote Whyte y Katheleen King Whyte. En 1975 el jesuita Dionisio Aranzadi se doctoraba en la Universidad Complutense de Madrid con una tesis en Economía de Empresa sobre las cooperativas industriales como efectivo modelo empresarial que utilizaba como contraste empírico el caso de Ulgor y que publicaría en libro un año después. Ese mismo año de 1975, Ruth Fischer publicaba en el Centro de Estudios Cooperativos de la Universidad Católica de Chile otro estudio general sobre el cooperativismo de Mondragón.

Todos estos estudios, realizados en vida de José María, iniciaron una amplísima bibliografía en español, francés y, sobre todo, inglés vinculada a campos académicos tan diversos como la sociología, la antropología social, la economía o la gestión empresarial. De todos, quizá ninguno como el de Vanek refleja la deliciosa paradoja que encierra la internacionalización de la experiencia mondragonesa. Un frustrado aspirante al doctorado de sociología de la Universidad de Lovaina, José María, es visitado en el crepúsculo de su vida por uno de los más eminentes sociólogos de esta Universidad. Un sociólogo deseoso de conocer una obra empresarial que concibe como la más ambiciosa plasmación de las teorías socialcatólicas que se enseñan en esa universidad, las mismas que este sacerdote había tratado de conocer. Desde una villa industrial de Gipuzkoa, José María acaba siendo referente de todos los teóricos universitarios con los que, en su juventud, aspiró a convivir... En el boletín de la Liga de Educación y Cultura, en marzo de 1973, reivindica la educación permanente mediante varias sentencias, una de ellas de Mao: «Unos afirman que "vivir es ver". Mao nos dirá que "el pez empieza a pudrirse por la cabeza". La sabiduría popular china repetirá: "más vale encender una cerilla que maldecir la oscuridad". Nosotros (...) seguimos insistiendo en lo mismo: *las ideas buenas son las que se convierten en realidades*». Nada ha cambiado de su retórica. Las mismas sentencias sencillas, la misma voluntad heterodoxa en el manejo de fuentes, desde el marxismo pragmático de Mao hasta el ascetismo mortificador del Kempis. Y de tal heterodoxia nace el éxito internacional de su modelo empresarial, sin precedentes en la historia económica vasca y española.[19]

---

[19] AJMA, C80: Carta de Alberto Otaño, Madrid, 29-3-1972; Carta de Bernardo Hoyos, Maldenhead (Berkshire), 28-2-1975; C92: Carta de Jaroslav Vanek a Javier Retegui, Lovaina, 3-5-1974;

El recodo hacia el Calvario

A partir de 1967 Luis Carrero Blanco, Vicepresidente del Gobierno, se constituyó en la «eminencia gris» de un régimen dictatorial agónico. En 1973 había sido nombrado Jefe de Gabinete de un nuevo Gobierno que rápidamente congeló la tímida marcha liberalizadora del régimen, bloqueando las reformas legislativas en el ámbito laboral y asociativo y reprimiendo con intensidad los desórdenes universitarios, la opinión pública y las bandas armadas que pululaban por Madrid y el norte vasco. El 20 de diciembre de ese año Carrero Blanco circulaba en un Dodge Dart blindado en compañía de su escolta. El día anterior había compartido su trayecto, el mismo de siempre, con Henry Kissinger, el Secretario de Estado de los EE.UU., quien luego recordaría en sus memorias su sorpresa al escucharle que era mejor «morir en un holocausto nuclear que vivir esclavos del comunismo». Esa mañana del día 20 inició, pues, su recorrido entre su domicilio y la Iglesia de los Jerónimos, donde acudía diariamente a Misa. Cuando a las 920 horas atravesaba la calle Claudio Coello, una explosión voló su vehículo por los aires, lanzándolo por un muro a una cercana residencia de jesuitas. Un comando de ETA había colocado una potente carga explosiva en un túnel perforado bajo la calzada y deshacía, así, el nudo gordiano del continuismo de la Dictadura.

«Los acontecimientos humanos, como los que hemos lamentado y repudiado recientemente, el asesinato por acto terrorista del propio Presidente del Gobierno, nos mueven a profundizar y renovar el espíritu de COOPERACIÓN, como sistema de relación y convivencia humana y social y antídoto de la violencia y la coacción. La expresión de nuestro dolor a cuantos de más cerca han acusado la tragedia como de nuestra repulsa a toda forma de violencia llevan aparejada la toma de conciencia más profunda de las responsabilidades a los efectos de tensar los esfuerzos para la reconstrucción de nuevas formas de sociedad que fueran exponente de dignidad, libertad y justicia, conducentes a

---

C50: *Boletín de la Liga de Educación y* Cultura, nº 32, marzo de 1973; José Luis Muniain, Alberto Otaño y Maribel Troncoso: *Los sindicalistas,* Gráficas Ellacuría, Bilbao, 1973; Quintín García: *Cooperativismo y desarrollo,* Marsiega, Madrid, 1973; Robert Oakeshott: «Mondragon. Spain's Oasis of Democracy», *The Observer,* 21-1-1973; David Clutterbuck: «Where Industrial Co-operatives reign in Spain», *International Management,* mayo 1974; Robert Oakeshott: ««Grass roots» enterprises thrive amid the Basques», *The Financial Times,* 9-7-1976; Jaroslav Vanek: *Self-Management: Economic Liberation of Man,* Penguin Books, Harmondsworth, 1975; Robert Oakeshott: *The Case for Workers' Co-ops,* Routledge & Kegan Paul, London, 1978; id.: *The Prospect and Conditions for Successful Co-operative Production,* Cooperative Union Ltd., London, 1978; William Foote Whyte and Katheleen King Whyte: *Making Mondragon. The Growth and Dynamics of the Worker Cooperative Complex,* Cornell University-ILR Press, Ithaca-New York, 1988; Dionisio Aranzadi: *Extracto de la Tesis Doctoral «La cooperativa industrial. Contribución teórico-empírica de la economía de la empresa»,* Universidad Complutense, Madrid, 1975; id.: *Cooperativismo industrial como sistema, empresa y experiencia,* 1976, ob.cit.; Ruth Fischer: *El complejo cooperativo de Mondragón. Estudio empírico de un sistema social,* Centro de Estudios Cooperativos, serie estudios, nº 10, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 1975. El lema de José María «Actuar, y no ganar; crear, y no poseer; progresar, y no dominar» formaba parte de la filosofía empresarial de la cooperativa de consumo suiza MIGROS.

un mundo mejor (...). "El bien y el mal, de hecho, van poco menos que aparejados y por ello en el camino del progreso y de la evolución; olvidar y perdonar debemos saber practicar todos". (...) Cierto es que el mal es contagioso, pero también es verdad que el bien es difusivo; afortunadamente, la [sic] apetece a cualquier corazón humano es el amor, la paz, la comprensión y la unión. Todo ello se traduce para nosotros, en el terreno práctico, en el ejercicio de la *solidaridad y de la cooperación»*. José María redactó este editorial para el *T.U.* de enero de 1974. La compasión y la no violencia resultan sus dos ideas claves. Su apelación a la piedad y el perdón como cauce de reconciliación y su optimismo respecto de la bondad y amor inherentes al ser humano deben explicarse en base al ideal patriótico de Simone Weil aludido en una nota pasada. Su comprensión de las causas de la violencia no conducía a una disculpa de ésta. La experiencia de la Guerra Civil, muy aludida en los estudios sobre su obra, pero difícilmente constatable en sus escritos, puede ayudar a entender su posición descreída respecto de la funcionalidad de ésta, por mucho que fuese dirigida contra un régimen sustentado también en ella. Pero hay, además, otras certezas más constatables que apuntan a su espiritualidad vitoriana, inmune a cualquier simpatía por estos actos.

Ciertos sectores de la tensionada sociedad vasca de esos años no entendían tal comportamiento. Poco lugar tenían principios como el perdón o el olvido en un tiempo de asesinatos, detenciones arbitrarias, torturas en comisarías y falta de libertades. «Lo que no es tan normal es que al coro de hipócritas beatas y portavoces de la política de la burguesía se haya unido el órgano de expresión y propaganda de la burocracia dirigente del cooperativismo: TU. (...) Sostenemos –contrariamente a la posición hipócrita y traidora del T.U. y de nuestros "dirigentes"– que *sólo la violencia del explotador es condenable por la clase obrera* en la lucha entre clases (...). No hay una única moral para explotadores y oprimidos. *En la lucha un asesinato es para el obrero sólo el asesinato de un oprimido.»* Tal era el contenido de una hoja volante firmada por una «Fracción Leninista de ETA», profusamente difundida en Mondragón el 22 de febrero de 1974. Cinco días después, el paquete de 152 ejemplares de la revista *T.U.* destinado a la cooperativa Irízar fue devuelto íntegro a la Liga de Educación y Cultura con una nota sin firmar que sugería que se enviara a la dirección de la Jefatura Provincial del Movimiento Nacional. Esta anécdota revela la opinión que una parte del antifranquismo, en el que hay que incluir un porcentaje difícil de cuantificar de cooperativistas, tenía de José María. Su exigente moral cristiana tenía poca comprensión en nuevos sectores sociales rabiosamente reactivos a la religión, contemplada como una especie de opiáceo legitimador de la Dictadura. Personas que habían asumido una doble moral fundada en un ideal de violencia re-

dentora que, curiosamente, tenía una intensa (y desgraciada) impronta religiosa.

En opinión del coadjutor, la evolución de las nuevas cooperativas (Alecoop, Auzo Lagun, Eroski o Lagun-Aro) animaban al optimismo en un proyecto que debía sustentarse en una sólida moral unitaria frente a la doble moral reflejada por muchos sectores ante el atentado de Carrero Blanco, así como frente al contexto de «vacas flacas» que se avecinaba. A comienzos de 1974 había comenzado la enésima guerra entre Israel y los países árabes, la del Yom Kippur, que generó un alza de los precios del petróleo que fue antesala de una crisis energética internacional. «La pacífica Inglaterra se debate en huelgas, elecciones generales, restricciones, paros, etc. En Holanda, Italia, Alemania, etc., han tenido que tomar medidas en el consumo de gasolina. Austria, Suiza, Japón y otros estados se han visto obligados a rezar el "mea culpa" ante la coalición árabe. El coloso americano quiere poner parches por todas partes y tiene que apelar a los buenos oficios de su Premio Nobel de la Paz, Mr. Kissinger, para salir airoso de mil difíciles encrucijadas.» Ante este panorama, José María se dirige a los cooperativistas denunciando los excesos consumistas que se practicaban en unas juntas generales dominadas por la euforia ante los beneficios de estos años, reflejados en la «corbata, orondo puro, angulas y cordero para la cena, coche», etc. Alertaba ante esta «ostentación» fiel a su obligación evangélica preventiva: «Tal vez, lo más interesante de una Junta General deberían ser estos dos puntos: ¿Qué es lo que no hemos hecho y deberíamos haber hecho?... ¿Qué es lo que hemos hecho mal y deberíamos haber hecho bien?, La avanzada enfermedad que sufría en este tiempo obligó a Juan Leibar a terminar, siguiendo sus indicaciones, la parte final de este escrito.

La moral inconformista que aconsejaba a los cooperativistas debía ser compatible con una concepción teilhardiana de la potencial convivencia entre ciencia y religión, entre tecnología y espiritualidad. La nómina de investigadores de la Escuela Politécnica había ido incrementándose merced a un ideario que no sólo era propiedad de él sino también de todos sus discípulos en el marco de Ulgor, Caja Laboral, etc. Las inquietudes tecnológicas e investigadoras eran coincidentes en la Escuela y las cooperativas, pero aún no estaban armonizadas. En julio de 1973, el Director General de Caja Laboral, José María Ormaechea, elaboró un documento titulado «Hacia un Centro de Investigación», en el que proponía la progresiva descolonización tecnológica de las cooperativas para finalizar, así, la servidumbre de éstas respecto de los préstamos tecnológicos externos aprovechando los beneficios que se habían recogido los años pasados. Se trataba del ideario de adaptación tecnológica planteado por José María desde hacía años con el fin de encauzar la futura integración competitiva de las coope-

rativas en la Europa del Mercado Común. El 27 de octubre de 1974 se puso la primera piedra del Centro de Investigación Tecnológica de Caja Laboral (actual Ikerlan), frente a la Escuela Politécnica, que proporcionaría al complejo cooperativo los primeros equipos de investigadores que pondrían las bases de la anhelada investigación tecnológica autónoma que José María había reivindicado desde su periplo por tierras francesas y alemanas. Estas tierras las volvieron a pisar ahora los técnicos de Caja Laboral, que visitaron quince centros de investigación en Reino Unido, Alemania, Francia e Italia con el fin de proyectar el futuro centro propio en sus ámbitos físico, organizativo, financiero e institucional. Ese día, bajo el tradicional aguacero cantábrico, José María bendijo la construcción del nuevo edificio «PARA BIEN DE TODO NUESTRO PAÍS» y vinculó esta fecha a la del inicio, en Mondragón, de la experiencia cooperativa, cerrando con una de sus sentencias: «Renovarse o morir. El signo de la vitalidad no es durar sino cambiar, y tratar de contar con el futuro. La investigación es presupuesto ordinario para ello». No podría asistir, sin embargo, a la inauguración del edificio –diseñado por el arquitecto Álvaro Líbano– el 23 de junio de 1977.[20]

Su mensaje en este tiempo es insistente: el destino del cooperativismo no es económico sino moral, depende del mantenimiento de una perpetua insatisfacción, la misma que él siente cada día, producto de una ascética de la cual saca el ánimo emprendedor reflejado en iniciativas como la del Centro de Investigación. Tal insatisfacción no debe ser exclusiva de la empresa cooperativa sino del conjunto de la sociedad. Y el centro de ésta ha de ser, en su opinión, la parroquia. Una parroquia que no ha asumido tal obligación. «Por espacio de treinta y cinco años he abogado por la organización parroquial, he vivido hasta con la ilusión de que pudiera ser la Parroquia un claro exponente de las virtudes y eficiencias comunitarias», escribe en unas notas de 1974 acerca de uno de los proyectos que más le han absorbido en esos dos últimos años: la creación de la Mancomunidad eclesial de Mondragón. Se trata de una reforma de su Organización interna destinada a la unificación de las parroquias de Mondragón y su entorno y su descentralización en «centros de culto y evangelización». Su fin es hacer más activa la parroquia en tanto que institución base de la vida eclesiástica y sanear su economía en una época de cambio demográfico. En veinte años Mondragón ha pasado de 11.000 a 25.000 ha-

---

[20] AJMA, C85: Carta de Juan Leibar, Mondragón, 11-3-1974; C49: «Centro de Desarrollo e Investigación», sin fecha; C72: «Hacia un Centro de Investigación», 7-7-1973; «Investigación», *T.U.,* nº 167, octubre de 1974; «Renovación», *T.U.,* nº 158, enero de 1974; «Las vacas flacas», «Examen de conciencia», nº 159, febrero de 1974; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 718-731; Muniesa: *Dictadura y Monarquía en España,* pp. 134-135; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...,* p. 9; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 788; Ormaechea: *Didáctica de una experiencia...,* pp. 169-170.

bitantes. Una parte de esta población está abandonando la Iglesia y entregándose a formas alternativas de religiosidad política, según un fenómeno sociológico muy similar al que ocurre en la generalidad de Gipuzkoa y Bizkaia.

En junio de 1972 había comenzado a circular un grueso dossier promovido por el Obispado destinado a la «reestructuración económica» de la diócesis, que alimentó el debate de la mancomunidad eclesial. En abril de 1973, José María puso a disposición del Arcipreste sus «conocimientos e información referentes al campo socio-económico» para ayudar a concretar el debate. No estaba satisfecho con las «líneas de trabajo pastoral» que había recibido ese mismo mes, cuyo esquema había emborronado de notas en las que lamentaba su carácter poco funcional. Le faltaba paciencia ante tanta abstracción acerca de la participación laical o el perfil sacerdotal. Tenía claras las prioridades: «optimización, utilización y aplicación de los recursos económicos de la Iglesia, ya que el peor capitalismo, vomitivo bajo todos los aspectos, es el de aquellos que no explotan, no utilizan bien los recursos económicos (los capitales, al fin y al cabo, son trabajo acumulado, exponente del esfuerzo humano pasado) (...). Los expositores del mensaje evangélico, como protagonistas de la gestión económica, acusamos unos defectos indisimulables, no sabemos explotar, es decir, llevar una gestión correcta con la utilización óptima». Son notas suyas de 1974 destinadas a una intervención suya en una de estas asambleas. Pretendía convertir la parroquia en una célula complementaria de la empresa cooperativa y la familia, cerrando así el círculo de su nuevo orden cristiano. Para ello, aconsejaba *cooperativizar* la parroquia y aprovechar al máximo sus fuentes de autofinanciación económica.

En 1974 presentó a discusión unos «Estatutos de la Mancomunidad Pastoral de Mondragón», que concebía como un documento «informativo y sugerente y no un elemento elaborado», pues tal elaboración «debe HACERSE CONSTANTE[MENTE] con cuantos se dispusieren a marchar hacia nuevas formas y métodos». No concebía quedarse parado divagando. Lo mejor era mantenerse en permanente estado constituyente, como llevaba haciendo desde sus tiempos de *Kardaberaz:* fundar una asociación, elaborar unos estatutos que la definieran y ponerla en marcha. Tal era su ideario. Siempre en subjuntivo y estilo indirecto, buscando no herir, no personalizar, no dar la impresión de un liderato premeditado, dejando que sean los demás los que poco a poco se impliquen. Y es que «simplemente se requiere un mínimo compromiso de cooperación avalado por hechos participativos». Ahora bien, ese compromiso debía partir de un proyecto definido, si no, el proceso dinámico de experiencia podía torcerse, advertiría al Obispo Auxiliar, José María Setién, en febrero de 1975. Su ideal era que el proyecto de mancomunidad eclesial pudiese poner en marcha una nueva

Iglesia postconciliar, «desclericalizada, sociedad abierta, democrática. Comunidad sana para encarnar la buena nueva, que tiene [por] sujeto el hermano, plenamente hermano».

Fracasó. En una carta ya aludida al Arcipreste, en abril de 1973, subrayaba que su «personal disposición» sólo abarcaba los días festivos y las vísperas, pues el resto de los días, exceptuados los servicios de la parroquia, tenía el tiempo absorbido por su labor cooperativa, que denominaba «tareas de formación y concienciación humano-socio-educativa». Pero las reuniones no podían hacerse en función de sus disponibilidades y, por lo tanto, sus faltas eran notorias, si bien trataba de suplirlas consultando las notas que le entregaban sus compañeros. José María, recuerda uno de éstos, «no se ponía a nuestro nivel o capacidad de entender los problemas domésticos parroquiales». Y es que la distancia mental era notoria: «venía a las reuniones del Cabildo poco y tarde; echaba una "bomba" y se marchaba». Dado el símil bélico utilizado en momentos pasados de esta historia, son muy reveladoras estas referencias de testimonios orales a «bombas» y «bombardeos». El coadjutor carecía de complicidad con las nuevas generaciones de sacerdotes del arciprestazgo, distantes de su espiritualidad vitoriana, más simpáticas al compromiso político, la veleidad revolucionaria, etc. Por si esta distancia no fuera suficiente, su perfil de líder lo situaba a años luz del tradicional modelo que seguía el clero parroquial: «Nosotros nos movíamos en Cáritas como podíamos y al surgir el tema en el seno del Cabildo se le ocurrió [a José María] preguntar si teníamos preparado un presupuesto para afrontar las necesidades cotidianas esperables, lo que nos llenó de perplejidad». La misma que él sentía al contemplar cómo sus compañeros pretendían trabajar manteniendo comportamientos individualistas, sin sensibilidad comunitaria ni económica, gestora y previsora...

Educado en una mística sacerdotal exigente, sustentada en la idealización efectiva de sus potencialidades regeneradoras del tejido social, era incapaz de disculpar a aquellos que habían tomado los hábitos de Cristo y no hacían honor a éste llevando su misma vida. Por ello era inflexible, pese a que en las discusiones adoptara un talante de humildad, «con un sentido de la jerarquía y de la obediencia a todas luces edificante», recuerda José María Mendizabal. Pero la distancia mental era demasiado grande. «Son cosas de D. José María». Tal era una de las máximas que utilizaban sus colegas para ningunear sus aportaciones, hechas siempre en su clásico terreno abstracto, difícil de captar y vislumbrar. Cuando optó por la *propaganda de los hechos* no le fue mucho mejor. Instaló la cooperativa Auzo Lagun en los sótanos de la Casa Cural para rentabilizar este edificio sin consultar al cabildo, valiéndose de su relación privilegiada con el párroco. Y esto a lo único que condujo fue a incrementar sus desencuentros con unos compañe-

ros incómodos al ver su residencia ocupada por mujeres trajinando y cargándola de los espesos olores de la cocina de la cooperativa.

No contó con discípulos que, como en las cooperativas, hubiera él educado personalmente. Algunos de los que podían haberle comprendido mejor, dada la trayectoria de colaboración que habían tenido en su tiempo de seminaristas, caso de José María Mendizabal, habían marchado a misiones precisamente en el comienzo del conflicto en el cabildo. Para los demás, era «el cura de las cooperativas», una figura casi exótica. Aún más. El supuesto poder que amasaban las cooperativas era difícil de asumir por muchos compañeros instalados en jerarquías superiores. Sus ideales regeneradores eran interpretados como una traslación de supuestos apetitos "controladores" al campo eclesial. Eran vistos como fruto de su voluntad de colocar el trabajo pastoral diocesano y arciprestal «a su servicio», es decir, «al servicio de las cooperativas». No resulta extraño que sea ahora cuando comiencen a multiplicarse los consejos y sugerencias (tan aludidos en las evocaciones de su vida parroquial) que recibía para que renunciara a sus deberes parroquiales y se concentrara en sus tareas cooperativas, a lo que siempre se negaba: «Mi cargo de coadjutor será lo último que deje», contestaba. Pero esa firmeza no le libraba de la tentación del abandono. En junio de 1974 manifestaba su desesperanza, con una sinceridad acrecentada por la enfermedad que le afligía: «Últimamente, a raíz de un estudio presentado para la utilización y gestión de bienes parroquiales, la situación personal se me hizo poco menos que insoportable, hasta verme en el trance de tener que resolver de nuevo algún problema como el del alojamiento, no sin dificultades. De todas formas, prefiero no comentar estas cosas, incomprensibles para mí mismo, curtido en experiencias y relaciones humanas. Lo que no me había planteado nunca, de si debo seguir o no siendo coadjutor parroquial, debe replantearse, a la vista de las condiciones extrañas y las derivadas de mi salud». Y es que su fortaleza se había debilitado. Su salud había comenzado a quebrar en 1973, cuando comenzó este conflicto penoso que afectaba el núcleo esencial de su vida: la vocación sacerdotal.[21]

---

[21] AJMA, C10: «Diócesis de Guipúzcoa. Proyecto de Reestructuración económica. Junio 1972»; C11: Carta al Arcipreste de Mondragón, 19-4-1973; Carta del párroco, José Luis Iñarra, Mondragón, 16-4-1973; «Líneas de trabajo pastoral en la zona de Mondragón», sin fecha [abril 1973]; Carta de Pedro Salaberri, Mondragón, 8-8-1974; «Estatutos de la Mancomunidad Pastoral de Mondragón», [1974]; «Mancomunidad Eclesial de Mondragón», 25-2-1975; Carta a José María Setién, 27-2-1975; C78: «Propuesta de arrendamiento de edificios y terrenos propiedad de la parroquia de Mondragón», 25-9-1975; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 78-80; *Interioridades de una utopía,* pp. 39-43; [Las citas de Larrañaga, muy valiosas en la redacción de estas páginas, provienen de unas fuentes poco claras, que denomina «Notas» y que, aparte de los testimonios que obtuvo de José María, se referirán quizá a fichas suyas. Las he dado por buenas por haberlas contrastado con documentación original y testimonios orales y escritos, así como por estar sustentadas en un documento fidedigno, el elaborado por José María en junio de 1974]; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonios nº 5 y 6, pp. 18 y 20-23 Mendizabál: «D. José María, sacerdote», pp. 100 y 104; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta visto...,* p. 26. El intenso crecimiento demográfico

Nueva operación

Ya se ha dicho que la insatisfacción es la clave de la ética cooperativa. Valorar lo hecho no es suficiente si no se valora, a la par, lo que queda por hacer. La insatisfacción es camino de perfección. Un camino muy exigente y peligroso. Desde su ingreso bilbaíno de enero de 1973 su mal de corazón ha ido haciéndose más perceptible. El 7 de mayo se somete a una nueva revisión en Bilbao. El cardiólogo del Hospital de Basurto le confirma lo que quizá sospeche: que se trata de un mal irreversible. Al día siguiente, golpeando la puerta con la palma de la mano, como hacía casi todas las mañanas, entra agitado en el despacho de José María Ormaechea en Caja Laboral. Su discípulo contempla, enmudecido, su ojo sano enrojecido de angustia. Le ve sentarse frente a él y escucha cómo, mientras le cuenta el diagnóstico, repiquetea nerviosamente con los dedos de la mano la pata de la mesa, insistente, obsesivamente. Ormaechea queda, también, angustiado. Jamás le ha visto en ese estado de inquietud en sus treinta y dos años de relación. «Me pareció que estuvo a punto de sollozar, pero se contuvo, y no pasó nada.»

«Se contuvo». Tal grado de contención, producto de cuarenta años de ejercicio, puede parecer casi inhumano. Pero no lo es. El silenciamiento de su intimidad revela un profundo anhelo por vivir. Ese mismo día, 8 de mayo, este hombre avejentado, canoso, delgado, pese a intuir que el fin puede estar próximo, insiste en regresar a Bilbao para asistir al funeral de la madre de un cooperativista por el que siente gran aprecio. Sabe que debe estar con los que sufren y que el camino para ello es sacrificar su propio sufrimiento. En el camino en coche a Bilbao, en compañía de José María Ormaechea, contempla el pico del Udalaitz, que se yergue orgulloso sobre Mondragón, y más allá las crestas calizas del Amboto, el Alluitz y el Mugarra. Instalado en una intensa melancolía, rememora a su fiel discípulo su juventud. Evoca sus giras en bicicleta por el monte Urkiola y recuerda el brío juvenil que tenía entonces, el mismo que le ha animado a construir una obra empresarial excepcional. El mismo que ahora sabe que está apagándose sin remedio.

Cuando José María conoce que la muerte acecha de nuevo, decide amar aún más la vida. En la primavera de 1973 comienza a mostrarse más efusivo, a manifestar más sentimientos y estados de ánimo ante sus seres queridos. En julio, en carta al cardiólogo que le había operado seis años atrás, Gregorio Rábago, confiesa sentirse bastante bien, pero tal estado resulta un espejismo y él lo sabe. El ahogo vuelve pronto a

---

del Alto Deba y la comarca de Mondragón vivido en este tiempo en Martín Calvo Báñez: *Cooperativismo y cohesión social en Mondragón,* Ayto. de Mondragón, Arrasate-Mondragón, 2004, pp. 25-27. Ampliado con JMAFO19.

hacer mella en él, impidiéndole en ocasiones incluso caminar. Avanzado el mes de septiembre escribe otra carta al doctor Rábago. Su primera operación le había servido para hacer buenos amigos, entre ellos este doctor, su compañero Ramírez Gedes y Carlos Jiménez Díaz, en cuyo chalet particular de Somosierra se había llegado a alojar el mismo año que fue operado: «Me encuentro al comenzar el nuevo curso (...) con vivos deseos de poder hacer más en una coyuntura, como la nuestra, singularmente prometedora. El verme rodeado de tantos jóvenes a los que puedo transferir una experiencia y unos conocimientos que estimo les pudieran resultar provechosas hace que me resulte bastante incómoda la reserva y es por ello que me he acordado de Ud.: en tantos años que llevo me imagino que la medicina habrá avanzado más que otras cosas que nosotros contemplamos en nuestra periferia y me seduce la curiosidad y el interés de poder también aprovecharme».

Su médico personal, Roman Balanzategui, recuerda que ya en su primera intervención había manifestado una fe inquebrantable en la ciencia médica, la misma que tenía en la ciencia en general. Con su característica intuición abrigaba la esperanza de que hubiera habido avances en la cirugía cardiológica que le permitiesen abrigar esperanzas de una solución quirúrgica a su mal. Y, en efecto, se habían producido algunos. Alguna esperanza podía albergar. Pero hay más que fe en la ciencia en la solicitud que hace a Rábago para una revisión que permita estudiar la posibilidad de una nueva intervención. Su enfermedad le impide vivir o, lo que es lo mismo, entregarse a la causa de la educación de los jóvenes y los cooperativistas: «¿No le parece que podría ir a ésa a que Ud. o su equipo me viera y me revisara? No le oculto la intención que me mueve a exponerle este deseo: es obtener una "bula" o un beneplácito que me permitiera ser un poco más activo». Así termina su carta a Rábago. Desea operarse para vivir mejor. Y vivir mejor es entregarse mejor al prójimo. No puede conformarse con cabecear. Prefiere arriesgarse a morir con tal de poder «vaciarse» más, como recuerda Alfonso Gorroñogoitia.

José María propone a Rábago el mes de octubre como posible fecha de la revisión, pero la contestación de Madrid no llega y ese mes vuelve a pasar una revisión médica en Bilbao. A fines del mismo vuelve a escribir a Rábago. Le insiste en que Balanzategui le recomienda que la próxima revisión no sea ya en Bilbao sino en su hospital, con el fin de valorar mejor la posible desnaturalización de la válvula implantada y su posible remedio. Se trata de una de las mejores clínicas de España, cuenta con un intercambio tecnológico con Europa y Estados Unidos muy avanzado que la coloca en un nivel de prestigio internacional. «Le suplico su consejo y si es viable me indique en qué días o fechas podría desplazarme.» Rábago le contesta, por fin, y le pone a su entera disposición su servicio de cardiología. A mediados del mes siguien-

te tiene lugar la revisión. En una carta posterior a ella describe su resultado: «El mes de Noviembre tuvo lugar la consulta en la Clínica de la Concepción con el Dr. Ramírez Guedes y el cirujano Dr. Rábago, quienes me indicaron la procedencia de una nueva intervención para implantar la o las válvulas que procedieran». El equipo de Rábago le había confirmado el diagnóstico del Servicio de Cardiología de Basurto y contemplaba necesaria una nueva intervención destinada a reponer la prótesis desnaturalizada. Existía, sin embargo, la posibilidad de que no sobreviviese a ella. Con frialdad, Rábago le hizo el cálculo de probabilidades. Si la sociedad es geométrica es también aritmética. El científico aritmético dialoga con el geómetra social. Intercambian números, lenguaje que éste maneja cómodamente. Toda operación comporta un riesgo, en economía como en medicina. José María vuelve de Madrid conociendo el que va a correr: las probabilidades de que no resista la operación son «realmente altas». Pero, recuerda meses después a un discípulo, «yo deseaba vivir. Quería vivir».

Porque vivir sin operarse se le está haciendo insoportable. En estos meses de enfermedad contempla su obra social acosada por el movimiento revolucionario, presionada por un régimen dictatorial en agonía, a merced de una crisis económica mundial. Y, mientras, la atmósfera en el cabildo se hace agobiante. Y debe enfrentarse a todo eso cuando apenas puede subir los tres pisos de escaleras de la Casa Cural, forzado a hacer descansos en cada rellano. Nadie le ve en el invierno de 1973 pasear. Casi no puede salir del piso. En la víspera de la Navidad vuelve a Madrid para pasar un detenido reconocimiento. Rábago le emplaza a una nueva revisión a fines de enero con vistas a la operación. Por esas fechas decide trasladar su residencia al quinto piso de uno de los nuevos edificios residenciales construidos en torno a la Escuela Politécnica: la Torre Eguzki. El 1 de enero de 1974 se traslada a este edificio moderno, que cuenta con ascensor y está pegado a la Escuela Politécnica y muy cerca de la flamante nueva sede de Caja Laboral. Junto a él permanece Eulogi, que atiende el progresivo deterioro de su estado.

A finales de enero parte a Madrid, acompañado por Eulogi, Balanzategui y su hermano Jesús. La víspera de la marcha la pasa inquieto. No ha logrado despedirse de una persona muy querida y confesa a Larrañaga que está muy afectado por ello. La enfermedad mina su tradicional opacidad, sus sentimientos afloran más libremente. Deja una carta de despedida a los profesores de la Escuela Politécnica. Está escrita a modo de testamento, como la que escribe nada más ingresar, el 1 de febrero. Le acaban de confirmar que las pruebas médicas dan vía libre para la intervención: «Acaba de visitarme el Dr. Rábago que me dice que tras las pruebas de ayer, cuya película espera ver con detenimiento mañana, ha despejado alguna incógnita y que prácticamente todo está

listo para la intervención del lunes. El lunes a la tarde espero, deseo y confío que podréis tener buenas noticias. Espero recuperarme y poder hacer una vida activa normal en vuestra compañía. Me resta suplicaros una plegaria ese día en que por mi parte conscientemente acepto y ofrezco a Dios la prueba para bien de todos. Según mis cálculos hacia mediados del mes, antes del 20 espero estar por ahí».

«Toda la vida de Jesús en la tierra no fue sino un acto ininterrumpido de donación.» La sentencia, de Rufino Aldabalde, le acompaña en estos días de espera. Porque José María se opera para poder «hacer una vida activa normal», como ha escrito a Javier Retegui, que no significa otra cosa que continuar con su particular «acto ininterrumpido de donación». Su nota del 1 de febrero, de trazo firme, está escrita a la sombra de la espiritualidad vitoriana. La intervención la lleva a cabo unos días después, el 6 de febrero, el mismo equipo de la primera: los doctores Rábago y Gedes. Asiste a ella Balanzategui. Abren su tórax, seccionan su esternón, alcanzan un corazón que contemplan aún más hipertrofiado. Repentinamente se produce una rotura auricular, el órgano parece romperse, la vida del coadjutor pende de un hilo. El equipo consigue realizar un cosido de urgencia y terminar la operación. Es internado dos días en la Unidad de Vigilancia Intensiva. Cuando despierta se encuentra bien y animado.

Pero en los días siguientes algo comienza a marchar mal. La fiebre no le baja, apenas puede descansar, las heridas de la operación no cicatrizan, se infectan, duelen terriblemente. Pasa una semana angustiosa. Se detecta una infección en el hígado. Puede ser un tumor maligno. Rábago espera los análisis. José María está muy deprimido. Los días pasan. No puede hablar aunque trata de mostrar fortaleza. Jesús Larrañaga se reúne con Rábago. Desea llevárselo al Centro Asistencial de Mondragón para preparar su muerte cerca de sus seres queridos. Rábago se niega. Él permanece ajeno, ausente. Cinco días después de la noticia del posible tumor recupera una leve sonrisa. Una semana más y los doctores confirman sus sospechas. No existe tumor sino un cuadro de rechazo general generado por la intervención. José María ha contraído una *riketsias*. Se trata de un parásito intracelular que, en su caso, acaba por ser catalogado como *un mal de quirófano*. Este parásito le provoca una infección «oportunista» que impide la cicatrización de las heridas. Puede que haya penetrado en su cuerpo durante la operación o puede que hubiera entrado ya en la anterior y se haya manifestado sólo ahora, al ser reabierta la herida. El caso es que su tórax abierto se ha convertido en área de cultivo de este mal.

La salvación cobra, así, forma de condenación. No existe cura. No hay antibióticos lo suficientemente potentes para combatirlo. La herida no termina de cicatrizar, debe ser limpiada cada día mientras la grasa corporal va consumiéndose, el hueso del esternón no se cierra

sino que se va astillando y la infección va creciendo en el interior del paciente, en sus áreas musculares más débiles, deformando, de paso, su estructura ósea. El cuerpo comienza a degenerar y el rostro adquiere una tez demacrada y unos perfiles fúnebres. Se trata de un mal irreversible, pues el parásito no puede ser eliminado. Sin embargo, sus consecuencias no se manifiestan de forma inmediata sino progresiva. Por ello, en este final del invierno de 1974, su recuperación avanza en mitad de constantes visitas de discípulos, familiares y de sus mediadores madrileños, de Rengifo, de Riaza, de Del Arco... En abril obtiene el alta y regresa a Mondragón. Debe someterse a un tratamiento de curas en el Centro Asistencial. A fines de mayo vuelve de nuevo a la capital para una nueva revisión que le confirma su mejoría cardíaca. Recién llegado a Mondragón escribe a la Mutual del Clero para tratar de obtener algún ingreso suplementario: «No me ha gustado nunca imponer a otros cargas que pudiera soportar personalmente, pero en esta ocasión rebasan todas mis posibilidades». El creador del mayor grupo cooperativo español es incapaz de pagar los gastos de sus medicamentos. La repulsa que Aldabalde había enseñado hacia el sacerdote materialista, calculador de rentas y haberes, le había llevado a ser un pobre incapaz de alardear de pobreza.[22]

Esta exigente ascética sacerdotal explica el silencio con que vivió el sufrimiento físico que le acompañó a partir de esta última operación. Las curas y medicaciones (especialmente los antibióticos que recibía) constituían un doloroso martirio que llevaba con resignación: «Es una herida sin importancia que se soporta como si se llevara un cilicio penitencial», comentaba. Integró la enfermedad en su pauta de mortificación cotidiana, con estoicismo, tratando de evitar la preocupación de los demás. «Ni una sola queja asoma a sus labios, aguanta los alfilerazos de las heridas, las esquina momentáneamente, conversa, se autoanima pensando en las cosas que le faltan por hacer», evoca Larrañaga. Desde esta primavera de 1974 comenzó a comer menos que lo que era común en él, y eso se notaba especialmente en el desayuno.

---

[22] AJMA, C92: Carta de Gregorio Rábago, Madrid, 23-7-1973; Cartas a Gregorio Rábago, 20-9-1973 y 30-10-1973; Carta de Gregorio Rábago, Madrid, 5-11-1973; Carta a Gregorio Rábago, 8-11-1973; Carta a la Compañía Telefónica Nacional de España, 28-12-1973; Carta a José María Riaza, 12-4-1974; Carta de Álvaro Rengifo, Madrid, 13-4-1974; Carta a Claudio de Garagorri, 29-5-1974; C85: Carta a Javier Retegui, Madrid, 1-2-1974; «D. José María Arizmendiarrieta. Proceso de la operación a corazón abierto», Mondragón, 26-2-1974; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...,* pp. 8, 16-17 y 19; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonios nº 2 y 23, pp. 13 y 76; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 13; *Interioridades de una utopía,* pp. 56-58; «El hombre», p. 19; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta...,* pp. 29-31; Declaraciones de Román Balanzategui en *T.U.,* nº 297. noviembre de 1986, p. 41; Ormaechea: «Perfil humano»; «El hombre que yo conocí», pp. 10-11,49 y 58; ampliado con JMAFO18 y JMAFO21. La fecha de la revisión de Basurto en que se le confirmó la irreversibilidad de su mal (7 de mayo de 1973) la tomo de la memoria de José María Ormaechea, igual que la de su operación (6 de febrero de 1974), que coincidió con el día en que se comenzó a trabajar en la nueva sede de la Caja Laboral, si bien se demoró la inauguración de ésta hasta que la salud de José María mejorara.

«Eulogi le ponía una bandeja con miel, mantequilla, mermelada, pastas, tres clases de pan y una taza de leche con café. En definitiva, le colocaba delante un bandejón. (...) Eulogi, que estaba de pie al lado de nosotros, empujaba la bandeja hacia D. José María para que éste se sintiera tentado de coger alguna de las cosas que había en ella, mientras D. José María, sin dejar de charlar conmigo e intentando no despreciar el sigiloso ofrecimiento de Eulogi, iba apartando con su brazo lentamente la bandeja como con temor de ser descubierto. Ver aquel juego todos los días era un espectáculo. Al final, siempre tomaba el café con leche únicamente».

El autor de este testimonio, Balanzategui, pasaba cada día por su domicilio para limpiar sus heridas. «Ya vienes a cambiarme los pañales», le decía cuando aparecía por la puerta. Su inquietud no era por el dolor que estas tareas le hacían sentir (las heridas estaban abiertas por lo que debían introducirse gasas que llegaban hasta el hueso para limpiar la zona contaminada), sino por la molestia que suponían para los que le atendían. Y así, con un café con leche, salía cada mañana de la Torre Eguzki y se dirigía a la Iglesia. Aparecía por las calles de la villa con su figura inconfundible: alto, erguido, andar lento, sienes hundidas, gafas oscuras, pelo blanco y sonrisa perpetua. La gente paraba a saludarlo, a preguntarle por su salud, a comentar alguna breve noticia. Mondragón era su familia. También en esto había seguido la recomendación de Aldabalde acerca de la paternidad espiritual: él era padre de todo un pueblo.

Cuando llegaba a San Juan Bautista sus deberes parroquiales eran muy reducidos. Pronto marchaba a la nueva sede de Caja Laboral para recogerse finalmente en su despacho de la Escuela Politécnica donde le esperaba cada vez menos trabajo, pues cuanto más perceptible era su deterioro menos eran las personas que se atrevían a molestarle. Al mediodía volvía a su piso a comer, pues su delicado estómago ya no aguantaba la comida de la Escuela. Por la tarde trataba de seguir trabajando. Escribía sus editoriales, en euskera y castellano, para el *T.U.,* contestaba el correo, redactaba las ponencias y escritos. Insistía en impartir, cuando podía, sus charlas a profesores y alumnos como profesor de Educación Cívico-Social y Política, y en participar en las reuniones del claustro, del Colegio Menor Viteri y del Centro Asistencial. De entre las muchas cartas a que hubo de dar salida una vez retornó a Mondragón, varias tuvieron como destino sus viejos compañeros del grupo de amistad: «Querido amigo: Recibí tu carta de primeros de mayo y, a decir verdad, pocas veces me he alegrado tanto al recibir una carta. ¿Razón?, que no te creía tan valiente como para escribir una carta tan larga, lo que me indica que tu estado de salud era mucho mejor de lo que yo suponía. Me alegro muchísimo de ello». La «brisa de Zarauz», le cuenta José Gandiaga, le ayudaría a recuperarse para

seguir «en un "crescendo" de planes y de obras». Esa mejoría estival quedará pronto certificada por una nueva revisión médica en Madrid.[23]

Iglesia, cooperativas y conflicto social

Juan Leibar, Secretario de la Escuela Politécnica, había informado a José María, durante su estancia en Madrid de todo, de lo pequeño y de lo grande: las bajas de profesores, los disturbios sucedidos en la ciudad, los estudiantes arrestados en altercados callejeros, las pesquisas policiales sobre ciertos profesores de la Escuela. En marzo, poco después de su operación, le había comentado el arresto del Obispo de Bilbao por una homilía en la que había denunciado las torturas a detenidos y la falta de libertades del pueblo vasco. A las presiones del régimen Monseñor Añoveros había amenazado a éste con la excomunión, respaldado por la Conferencia Episcopal y el Vaticano. También le había informado sobre las manifestaciones que había habido en Mondragón en apoyo al anarquista Puig Antich, ejecutado en Barcelona a mediados de ese mes. Esta atmósfera crispada fue la que José María encontró a su regreso, las calles estaban decoradas de pintadas y pasquines igual que la Escuela Politécnica, sembrada de hojas volantes y proclamas revolucionarias.

Los panfletos corrían de mano en mano por la villa y las cooperativas. «La actitud inconformista de la [Escuela Politécnica] ante la bien estudiada y premeditada farsa del consejo de Burgos llevada a cabo contra 16 jóvenes revolucionarios vascos nos ha llevado al triste hecho de la expulsión de la Escuela de algunos alumnos (...). Una vez más los Retegui, los Gorroñogoitia, los D. José M. los... se han puesto al descubierto.» Éste era el texto de uno que había circulado unos años antes, en 1971, con motivo de los encierros y huelgas ocurridos en la Escuela en el tiempo del juicio militar celebrado en Burgos contra varios etarras. En él se acusaba a los responsables del centro de ser parte de la clase opresora. Entre ellos estaba «José M.»: José María. El 13 de febrero de ese año de 1971 la Junta Rectora de Ulgor había introducido nuevos artículos en el Reglamento de Régimen Interior destinados a una regulación del derecho a la huelga. El ejercicio de este derecho por cuestiones internas de la empresa era considerado una contradicción esencial con la condición cooperativa de ésta, dado que había en su seno medidas suficientes para arbitrar discrepancias. Por

[23] AJMA, C92: Carta de Marcelo Gangoiti a José Gandiaga, Somorrostro, 19-3-1974; Carta de José Gandiaga, Bermeo, 22-6-1974; Carta de Santiago Arizmendi, Eibar, 3-7-1974; Leibar: «José María Arizmendiarrieta», pp. 22-23; «Agur»; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta...*, p. 31; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* pp. 57-58; Declaraciones de Román Balanzategui en *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, p. 42; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...*, p. 18; ampliado con JMAFO18 y JMAFO21.

ello los promotores de ese tipo de actividades serían sometidos a expediente disciplinar. Nuevas hojas y panfletos aparecieron, en el marco de Ulgor y Ularco, criticando a «Gorroño y sus esbirros» y su «repugnante ley anti-huelga», entre 1972 y 1973. Muchas portaban consignas («Entrega y comenta con tu compañero»), lemas, llamadas a la acción y críticas a las direcciones de las cooperativas, especialmente a los fundadores, vinculados a una «clase dirigente» que abastecía «las exigencias del estado español y del mercado», según rezaba un panfleto anónimo del 12 de enero de 1972.[24]

En junio de 1974 la puesta en práctica de una nueva normativa de valoración de puestos de trabajo, elaborada por los Servicios Centrales de Ularco, generó una huelga parcial que afectó especialmente a Ulgor y Fagor Electrónica y supuso la expulsión a fines de ese mes de 17 socios de la primera cooperativa y 7 de la segunda, la mayoría mujeres. En noviembre, la Junta General de ambas sociedades ratificó la medida. Durante más de diez años José María se había esforzado en subrayar un perfil de identidad social sustentado en que «los cooperativistas somos TRABAJADORES EMPRESARIOS». Había propuesto el cooperativismo como una comunidad en la que la «escala de participación en la gestión está en relación directa con [la] cualificación profesional». El igualitarismo radical era, en su opinión, injusto, insolidario e ineficiente, pues toda masa humana sentía la tentación de anteponer por instinto la igualdad a la eficacia. Lector entusiasta de José Ortega y Gasset, había integrado la filosofía social de éste en la gestión de las cooperativas. Así, éstas garantizaban la igualdad de partida pero no la de llegada: ni remunerativa, ni de mando. Entendía que el cuidado de la meritocracia no invalidaba la democracia interna de la sociedad cooperativa representada por las asambleas generales. La experiencia cooperativa era perfectible y debía descansar en una auténtica identidad común a todos los trabajadores que, en tanto que miembros de un «cuerpo social como es una comunidad cooperativa», mantenían una «interdependencia orgánica viva». Tal interdependencia, cultural, era opuesta a la ideología. La primera unía, la segunda dividía. La primera reforzaba la «vivencia», la «toma de conciencia de realidades socio-económico humanas» que había constituido el arranque de este modelo empresarial en 1955.[25]

---

[24] AJMA, C85: Cartas de Juan Leibar, Mondragón, 8 y 28-1-1974, 6,11 y 26-3-1974; C77: Carta y artículo para el *T.U.* a Juan Leibar, sin fecha [1975]; C49, C50, C60 y C103: Panfletos y hojas revolucionarias (contra los dirigentes de la Escuela Profesional, Ularco, Ulgor, Eroski) y comunicados de ETA, años 1970-1974; Barroso: *Sacerdotes bajo la atenta mirada...,* pp. 407-413.

[25] «La comunidad somos todos y cada uno», *T.U.,* nº 75, noviembre de 1966; «El cooperativista, ¿es empresario?», nº 79, marzo de 1967; «Esperanza», nº 101, enero de 1969; «Comprometidos», nº 113, enero de 1970; «Realismo», nº 144, octubre de 1972; «La política y nuestras cooperativas», nº 152, julio-agosto de 1973; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 512-514,579-596,636-653,712-717; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 187-191; *Interioridades de una utopía,* pp. 227-228.

La huelga de junio de 1974 mostró las grietas del edificio cultural que había levantado, pues reveló que ciertos sectores del cooperativismo no habían comprendido la esencia identitaria que debía sostener éste. Así lo había adelantado, de hecho, la producción panfletaria ya aludida. «La Burocracia cooperativista se erige en guardián del orden burgués en el Valle de Léniz, en defensor empedernido de la propiedad capitalista frente al conjunto de la clase obrera.» Tal era uno de los mensajes de un panfleto aparecido con motivo de la huelga, firmado por «LCR-ETA VI», de cuatro páginas, que incluía historietas y caricaturas alusivas a José María y a los dirigentes cooperativistas, pintados como «burócratas», «agentes del neocolonialismo español», «amigos del fascismo y del gran capital». Este argumentario es común a muchos de los panfletos y comunicados de fechas anteriores. Uno de ellos, firmado por la «Unión de Trabajadores de Cooperativas» llevaba en su portada una viñeta en que masas de cooperativistas aparecían encerradas por una cadena, puño en alto, mientras, fuera, el dirigente de turno recibía una bolsa de oro de un capitalista con sombrero de copa. Otro, fechado en «Amorebieta, octubre de 1973», aludía a un artículo que había publicado José María en la revista *El Ciervo* y acusaba a *Eroski* de practicar el «fraude y [el] fascismo». José María había advertido en 1971: «Diríase que ya corremos el peligro de complejo de explotadores los directivos y de explotados el resto». «Por todas partes se intuye esta agresividad, en los panfletos, conversaciones, etc.», decía en 1973.

La huelga de Ulgor y Fagor Electrónica fue la manifestación final de que una parte del cooperativismo había absorbido una ideología que, en consonancia con su orientación dialéctica, acababa identificando a José María y su obra con los mismos grupos sociales y modelos empresariales a los que éste se había enfrentado históricamente. El concienciado seminarista cristiano que se despachaba contra la burguesía con escritos o dibujos de orondos señores con puro en la boca; el inquieto coadjutor que había fundado un movimento social alternativo al tradicional modelo de empresa capitalista; el enfermo sacerdote que, el mismo mes de la huelga, alertaba contra el tentador influjo social de «la opulencia individual y sus alardes» que «nos lleva a copiar las actitudes, gustos y modas de una burguesía decadente (...) [en] su incontenible explosión de consumo», era ahora calificado como aliado de esta misma burguesía, de su capitalismo e incluso del fascismo. El ávido lector de la *Pedagogía del oprimido* del sociopedagogo marxista Paulo Freire se veía reubicado, por los que se pretendían «oprimidos», en el bando de los «opresores». José Ignacio Tellechea recuerda una de sus típicas frases lapidarias de estos años: «El cooperativista tiene un defecto: no tenemos patrón al que ladrar». Hubo cooperativistas que decidieron inventar esos patrones a los que poder *ladrar*...

José María alerta, con motivo de este episodio de crisis social, acerca de los peligros de «aburguesamiento», burocratización y jerarquización de las cooperativas que los huelguistas critican. Pero también entiende que el hecho en sí de la huelga forma parte de un «debate doméstico» nacido de la «inmadurez» de un grupo entregado al peligroso «oleaje de lo político». Los hijos rebelados son unos inmaduros, no han comprendido el «pacto social» cooperativo, sus cauces asamblearios y la imposibilidad de emplear la huelga por motivos internos que pueden resolverse en las juntas generales. «Las actitudes de firmeza y de lealtad no son reñidas sino necesarias (...) [ante] resistencias u oposiciones», dice en septiembre de 1974. «La FIRMEZA y la LEALTAD están acreditadas hasta el presente para tratar de TRABAJAR MEJOR, técnica y humanamente», afirma en octubre. «Los efectivos cooperativos saludamos el año 1975 bajo la apelación de madurez y lealtad. (...) La historia de 1974 se lleva algunos episodios, conflictos o tensiones domésticas, cuyo común denominador y motivación más significativa apunta a la inmadurez humana y social de unos contingentes», sentencia en enero de 1975.[26]

«Al dogma le interesa la sustancia de la decisión, revestida de fuerza popular.» Esta sentencia de Gustavo Zagrebelsky puede ayudar a interpretar la huelga de 1974, pues mucho de dogmatismo ideológico hubo en sus circunstancias. El número de octubre de 1974 de *Cuadernos para el Diálogo* presentó un duro artículo de opinión acerca de los conflictos laborales ocurridos en las cooperativas de Mondragón. El texto, anónimo y escrito «desde el punto de vista de los despedidos», acusaba a su dirección de comportarse como una élite empresarial capitalista. Los derechos de los trabajadores, afirmaba, no eran respetados en el ordenamiento jurídico cooperativo, por cuanto éste no reconocía uno de los más fundamentales como era el de huelga. Así, una de sus conclusiones críticas con el liderato intelectual de José María era que «ante la imagen de 'patrono-obrero" que los dirigentes tratan de inculcar en los socios cooperativistas, más patrono que obrero, y la constante actitud agresiva contra el más mínimo brote obrero, muestran que los dirigentes cooperativistas quieren mantener sus empresas totalmente al margen del movimiento obrero». El artículo fue rebatido

---

[26] AJMA, C60: Panfleto de la U.T.C. [17-3-1973]; C63: «Eroski. Fraude y fascismo», panfleto fechado en Amorebieta, octubre de 1973; C93: Acta de la 8.ª reunión del Grupo III de la Ponencia de Trabajo del Plan de Desarrollo Económico y Social, Madrid, 30-6-1967; C 11: «Reflexiones y enseñanzas de una asamblea», diciembre de 1974; «Por el cambio y para el cambio», *T.U.,* nº 165, junio de 1974; «Firmeza y lealtad», nº 166, agosto-septiembre de 1974; «Firmes y leales», nº 167, octubre de 1974; «Metidos en conflictos», nº 168, noviembre de 1974; «Madurez y lealtad», nº 170, enero de 1975; «Pluralidad ideológica y las cooperativas», nº 171, febrero de 1975; «Problemas», nº 128, abril de 1971; «Honrados y traidores», nº 148, febrero de 1973; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* p. 638; Paulo Freire: *Pedagogía del oprimido,* Siglo XXI, Buenos Aires, 1970; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 16.

por Javier Mongelos y Jesús Larrañaga en el número de noviembre. Rechazaban que las soluciones convencionales al. conflicto entre capital-trabajo, válidas para sociedades tradicionales capitalistas, pudiesen ser trasladadas a una sociedad cooperativa que pretendía ser, precisamente, una alternativa a aquellas. Ese mismo mes, en el *T.U.,* José María insistía en que las cooperativas no eran un paraíso ni aspiraban a él, pero sí albergaban un irrenunciable ideal redentor del trabajo, el mismo que había explicado, catorce años atrás, en el primer número de *Cooperación.*

En esta editorial, el coadjutor confesaba que el texto generado por la polémica en torno a la huelga de junio que más le había sorprendido no era el de la citada revista madrileña sino el que la propia Iglesia guipuzcoana había publicado. «Conflictos en el movimiento cooperativo», documento del Secretariado Social Diocesano fechado el 16 de noviembre, había sido leído en los púlpitos de toda la comarca, excepto en la Parroquia de San Juan Bautista de Mondragón por decisión personal de José Luis Iñarra, que se negó en redondo a ello pese a las recomendaciones al respecto que le trasladó el Obispo Auxiliar de San Sebastián, José María Setién. En ese documento se dejaba entrever la degeneración capitalista del movimiento cooperativo y se defendía el derecho al trabajo de los obreros despedidos. José María lo calificó como «un Documento Social de Iluminación» emanado de una institución que «al menos ha permanecido [muda] respecto de estas cuestiones por espacio de decenios, casi la vida entera de no pocos militantes y promotores de estas modestas realidades, pero al fin y al cabo, realidades, que son las Cooperativas de esta zona». Entendía su contenido como fruto de un «paternalismo complaciente, cómodo y oportunista» y cerraba con una sentencia: «La justicia y la verdad no residen en el tiempo pero tampoco existen si no se encarnan». Él, daba a entender, al menos intentaba encarnarlas, mientras otros se dedicaban desde sus cómodas poltronas diocesanas a divagar intelectualmente acerca de ella.

El escrito diocesano no debió sorprenderle. En una carta que había enviado días antes a José María Setién comentaba a éste: «Me consta que entre nosotros hay quienes están envueltos en perplejidades. Tal vez no está de más observar que si dedicáramos a estudiar las realidades socio-económicas más tiempo o tal vez parte del tiempo que dedicamos a tanta disquisición escolástica nos fuera mejor. De todas formas, para acercarse y conocer dichas realidades, no nos bastan los recursos y métodos puramente lógicos y conceptuales y abstractos (...) a que se nos acostumbró en nuestra formación clerical». Setién contestó a esta carta cuando la polémica había estallado. Deseaba discutir con él el polémico documento, cuyos objetivos le parecían justos, pues la Iglesia no podía ser ajena a los problemas sociales. José María apun-

tó en la carta que recibió de él, de su puño y letra: *«Informados pero no enterados de lo que pasa».*[27]

El coadjutor mondragonés se veía a sí mismo como un sacerdote que defendía «lo concreto y lo técnico», como aseguraba a Setién en su carta. Lo que «siempre ofrece un rostro menos atrayente» que «[el] olimpo de bellos sueños e ideales inasequibles» en que vivían sus críticos, muchos de ellos sacerdotes. El conflicto que su figura generaba entre éstos se mostró con especial intensidad en la última reunión sacerdotal a la que asistió en el Santuario de Arantzazu, bajo la presidencia del Obispo Auxiliar de San Sebastián, Setién, y el titular de Huesca. En ella impartió una ponencia que escandalizó ya en su mismo título: «La espiritualidad de la economía». La espiritualidad –argumentó– era explicada por la Iglesia como una abstracción en la medida que era tradicionalmente divorciada de lo económico, factor que determinaba las estructuras y poderes humanos. Así, se preguntaba en qué quedaba el Evangelio si éste no conducía a un compromiso con la realidad social y su fondo económico. Esta intervención, realizada en un tiempo de profunda decadencia física, constituye una de las más bellas síntesis que llegó a hacer de su vida, dominada por una concepción social de su sacerdocio sustentada en un anhelo de cambio estructural que permitiera al trabajador reconciliarse con la espiritualidad que anidaba en él. Si el ser humano, según establecía el misterio cristiano de la Encarnación, era de naturaleza divina, él entendía que la economía le ayudaba a profundizar en ella mediante el trabajo.

El principio fundamental de su modelo de empresa era la toma de conciencia de la dignidad del trabajo, tanto como opción de realización personal como de contribución al bienestar común. El trabajo era, pues, el cuerpo esencial de la economía y lo económico, especialmente para un cristiano: «Nadie puede tener una idea más elevada del trabajo que un cristiano. Para nadie puede significar tanto el trabajo como para el hombre que quiere cooperar con Dios en la tarea de perfeccionar o completar la naturaleza», había escrito. La dignidad espiritual del trabajo dependía, desde una óptica cristiana, de su contemplación como cauce de cooperación en la obra de Dios. Hasta tal punto

---

[27] AJMA, C103: «No hay Paraíso», sin fecha [noviembre-diciembre 1974]; C11: «Conflictos en el movimiento cooperativo», Secretariado Social Diocesano, San Sebastián, 16 de noviembre de 1974; Carta a José María Setién, 8-11-1974; Carta de José María Setién, 4-12-1974; J. Dopazo y M. Mújica: «¿A dónde van las cooperativas?», *Cuadernos para el diálogo,* nº 133, octubre de 1974, pp. 16-17; F.J. Mongelos y J. Larrañaga: «Debate sobre la cooperativas», *Cuadernos para el diálogo,* nº 134, noviembre de 1974, pp. 18-19; «Las cooperativas a debate», *T.U.,* nº 166, agosto-septiembre de, 1974; «Metidos en conflictos», nº 168, noviembre de 1974; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 191-196; *Interioridades de una utopía,* pp. 228-229; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 639-646; Mendizabal: «D. José María creyente», p. 107. La cita aludida en Gustavo Zagrabelsky: *La crucifixión y la democracia,* Ariel, Barcelona, 1996, p. 82.

entendía la interconexión entre economía y espiritualidad que ya en 1962 había advertido, en tonos de autocrítica, que quizá el boletín del movimiento, por entonces Cooperación, estaba demasiado obsesionado por dotar de consideración económica todas las cuestiones. En realidad, él mismo había instado, inconscientemente, a tal práctica. Y a ello seguiría instando.

Así, en el primer número de la nueva cabecera del boletín de las cooperativas, el *T.U,* en julio de 1964, en la sección religiosa titulada «El gran ausente», había expuesto un primer antecedente de esta ponencia de Arantzazu, casi con título idéntico: «La espiritualidad del desarrollo económico». «El desarrollo económico no es para el cristiano solamente una ocasión para practicar una serie de virtudes cristianas, como pueden ser la honradez, la valentía, la caridad. (...). La espiritualidad del desarrollo económico halla su más profunda raíz en los misterios fundamentales del cristianismo. (...) El trabajo, en sí mismo, y no por una añadidura devota, contiene una significación religiosa.» Dos años después, en junio de 1966, avanzaba otro paso, ya definitivo, en la definición del concepto que ahora, en el crepúsculo de su vida, defendía en Arantzazu. Titulaba su editorial «La dignidad de lo económico». Reconocía lo «chocante» de la expresión, que vinculaba al apartado de los estatutos de las cooperativas en que se hablaba de la «dignidad del trabajo humano». Y afirmaba: «Es incuestionable en principio la servidumbre de lo económico a lo humano, pero con ello no debemos dejar de reconocer la *entidad* y hasta la *dignidad* de lo económico, una vez aceptado el principio de su servidumbre. Identificaba lo económico con el cuerpo y la espiritualidad con el alma. De igual manera que el hombre no podía vivir sin cuerpo y sin alma, tampoco podía vivir sin economía y espiritualidad. Lo que implicaba que la «dignidad» de la economía era equiparable a la de la espiritualidad. Tal conjunción la concebía fundamental para la «estructura cooperativa»: «De la dignidad de lo económico hay que hablar mucho a los burgueses y capitalistas y tal vez no menos a los cooperativistas cuando corren el riesgo de imitar a los primeros (...). Se atenta contra la dignidad de lo económico con el despilfarro, con los gastos suntuarios, con el lujo provocativo, con caprichos y refinamientos estériles (...). El cuerpo humano como simple envoltura indispensable del alma es digno de respeto: lo económico nace y está destinado a ser compañero inseparable del hombre mientras tenga que vivir aquí y al menos por su contenido debe ser siempre objeto de consideración y aprecio».

El concepto de «espiritualidad de la economía» resumía, en definitiva, la mística redentora de la experiencia empresarial cooperativa. Y tal síntesis perfecta de sus treinta y cinco años de obra social la realizaba en el mismo lugar en que Rufino Aldabalde había iniciado el

movimiento de espiritualidad sacerdotal cuyas premisas le habían guiado a la hora de elaborar la definitiva orientación cooperativa de dicha obra. En el bello paraje montañoso de Oñati, en uno de los recintos espirituales más importantes del catolicismo vasco, modernizado pocos años antes por una nueva generación de artistas –Sainz de Oiza y Laorga habían diseñado su nueva basílica, con fachada de Oteiza, mural-retablo de Lucio Muñoz y cripta de Basterretxea–, José María cierra el círculo de su vida sintetizando la conexión entre el movimiento sacerdotal al que pertenece y el social que él ha fundado. Y lo hace portando, en su interior, un estigma de incomprensión tan abierto como la herida de su tórax y casi tan doloroso como ella. José María Arizmendiarrieta Madariaga, coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista de Mondragón, culmina en Arantzazu una vida encaminada a ser un perfecto Alter Christus. Un otro Cristo que recorre ahora, penosa y silenciosamente, su última estación. Una estación que llega en forma de Pasión.[28]

La voz de los ancestros

Jesús Sanmiguel Eguíluz ha identificado estos años crepusculares de José María con la experiencia de purificación espiritual que subyace en la «Noche Oscura», el exquisito poema compuesto en 1577 por Juan de la Cruz durante su estancia en prisión. La mística española fue una de las principales fuentes de la espiritualidad francesa del siglo XVII, la misma que sirvió a Aldabalde para modelar el Movimiento de Espiritualidad Sacerdotal de Vitoria. La «Noche Oscura» representa un estado de contemplación que permite una purificación espiritual que Juan de la Cruz describe con estas palabras: «Por más que el principiante se ejerce en mortificar en sí todas sus acciones y pasiones, nunca del todo, ni con mucho, puede, hasta que Dios lo hace en él pasivamente por medio de la purgación de la dicha noche». «Purgación» en el castellano del Siglo de Oro significa «purificación». La contemplación a que se alude no debe ser entendida sólo en su clásica concepción pasiva, de diálogo oracional con la divinidad, sino también activa, social. José María, enfermo, contempla una ola de acontecimientos penosos. Todo transcurre en apenas unos meses. Y todo adquiere, sin embargo, un extraño sesgo purificador. Así, vive este tiempo con dolor pero también con ánimo depurativo. Por ello encuentra razones en sus

---

[28] AJMA, C11: Carta a José María Setién, 8-11-1974; «Pueblo trabajador y consciente», *T.U.,* nº 174, mayo de 1975; «El gran ausente», nº 47, julio de 1964; «La dignidad de lo económico», nº 70, junio de 1966; Oyarzabal: *D. José María Arizmendiarrieta...,* p. 25; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* p. 77; *Interioridades de una utopía,* pp. 22-23; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos,* pp. 20-23; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 270-273 y 769; Jesús Larrañaga: «Un humanista comprometido», *Nueva Empresa,* nº 23,16-12-1978, pp. 23-25.

críticos y por ello vuelve a pensar y exponer los fundamentos de su obra en su intervención de Arantzazu.[29]

En octubre de 1974, José María viaja a Iturbe acompañado por Jesús Larrañaga, que lleva por entonces algún tiempo tomando notas sobre su vida y su pensamiento. Sus viajes al terruño están ahora cargados de nostalgia y de emoción. Sigue en contacto periódico con la familia. Los cuatro hermanos se reúnen siempre tres veces al año: en la Navidad, por Todos los Santos y a fines de octubre; con motivo de la matanza del cerdo, que coincide con la nueva producción de sidra en el Iturbe que regenta Patxi. Tal es el motivo de esta nueva visita. Desde la muerte de la *ama* y el empeoramiento de su salud ha tenido que espaciar más sus visitas al terruño. Ir a Iturbe le llena de entusiasmo. Es la tierra de los ancestros, cuya voz siente cada vez con más intensidad. Sus discípulos contemplan cómo ahora rememora, como nunca antes, la niñez, la juventud, la guerra, etc. El pasado va ocupando cada vez más sitio en su presente.

Se coloca con dificultad en el coche de Larrañaga, se encorva, se acurruca y busca el almohadón que protege su pecho herido. Hacen el mismo recorrido que tantas veces ha hecho en estos treinta y tres años: pasan el Alto de Campázar, a 4 kilómetros de Mondragón, y cruzan la muga con Bizkaia, dejando atrás el angosto Valle de Léniz y entrando en el despejado Duranguesado. Llegan a la villa de Elorrio y se desvían en dirección a Bérriz, hasta el cruce que, por el Alto de Trabakua, y tras superar una maraña de curvas, conduce a Markina. Colinas y montañas adornan el viaje. Cuando llegan a su villa nativa pasan por el frontón. José María le pide que detenga el coche y recuerda su niñez. «Aquí tienes nuestra Universidad», cuenta a Larrañaga. Cada vez se despega menos del paisaje de la infancia, la patria más querida de todo hombre, en palabras de Miguel de Unamuno. Cogen el coche y se dirigen hacia Barinaga. Y así alcanzan, abandonando la carretera y subiendo el caminito de piedra, colgado de la pendiente, el caserío Iturbe, entre el verde del prado y el oro del cereal. Descansa el motor del coche y el primogénito de los Arizmendiarrieta sale con dificultad de él. En la lontananza de la tarde otoñal se eleva el dentado de colinas que bordean el mar Cantábrico. Contempla a su hermano Patxi, con las gruesas gafas que le ayudan a superar dioptrías y cataratas, a quien acompaña María, su esposa. En la charla, Patxi cuenta a Larrañaga su satisfacción con su vida de *baserritarra*. No envidia los «líos» de su hermano mayor. Se conforma con lo que tiene, justo el carácter contrario al de José María, el eterno inconformista que asiente a sus palabras con suave sonrisa.

---

[29] Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...*, pp. 178-187; San Juan de la Cruz: «Noche oscura del alma», en *Poesías completas,* ed. de Cristóbal Cuevas, Orbis, Barcelona, pp. 117-141 [Cuevas identifica purgación y punicación en la p. 117].

En la tertulia aparece la otra hermana, María. Sólo falta Jesús, el empresario agropecuario afincado en Mondragón. Hablan de los padres, del inolvidable carácter de la ama, Tomasa, de los sufrimientos de la guerra, del juicio de José María. Larrañaga toma notas apresuradas que, muchos años después, le servirán para publicar varios libros sobre el hombre que mientras él escribe contempla a lo lejos, con nostalgia, los cerros y montañas que recorrió con José, con Gotzon, con los hermanos Solozábal. Lomas que ahora le son imposibles de pisar, a los cincuenta y nueve años. «Su amor a la aldea, a la casa y a los familiares, se mantiene intacto a lo largo de los años. Su exquisita delicadeza con familiares y amigos perfila una personalidad que siente lo tribal y primario como fuente de alegría y gozo. La vida rural deja, probablemente, un sello indeleble, pero definitivo, en el carácter y en la formación de su pensamiento acerca de la concepción comunitaria.» Esta observación de Larrañaga, vertida en uno de los libros en que evocaría este episodio, es muy acertada. Eusebio Erkiaga definió a su querido amigo como *baserritar unibertsala:* un *campesino universal.* Su espiritualidad, su pensamiento social, su ideario empresarial y comunitario, incluso su concepto de patria, remiten a la condición sustantiva de lo campesino en su vida. Anochece y está cansado. Su cuñada María le ha preparado sopa de ajo y caracoles, siguiendo la tradición de su madre. Es tiempo de regresar a Mondragón. Abandonan Barinaga en dirección a Eibar, atraviesan el Alto de Izua y visitan el Santuario de Arrate, donde tantas veces paró de seminarista. Contempla Eibar al fondo. La voraz industrialización ha descontrolado su ordenación urbanística y las moles de edificios han invadido sin orden ni concierto la naturaleza.

Arrate es un símbolo perfecto de la intersección biográfica que luce el crepúsculo de su vida, que a la altura de los sesenta años une campo y ciudad, el nacionalismo de su padre José Luis y el socialismo de su tío José Ramón, el vasquismo que mira a Euskadi y el que mira más allá, a España. Alberga las dos tradiciones políticas que han hecho y deshecho a sus compatriotas, que los han unido y dividido desde hace cien años. A espaldas, Markina, y enfrente, Eibar. Y todo sobre un santuario católico, la religión que abrazó desde que tuvo uso de razón y que ha ordenado su vida. Por supuesto todo esto está más allá de la conciencia del encanecido sacerdote que se apoya con dificultad en el mirador del Santuario. Él piensa en cosas menos abstractas, más vitales. Piensa en el papel que debería jugar el campo como regulador de la vida urbana; en que cada vez menos gente sabe cómo se cultiva una lechuga o un tomate; en un modelo industrial, el guipuzcoano, que ha acabado siguiendo los pasos del vizcaíno, robando tierras y hombres a la naturaleza sin integrar ésta en sus espacios de vida, cada vez más urbanizados y distantes del campo, la montaña y la tierra.

Piensa en Eibar, en la vecina Ermua, en Bergara, en Soraluze, en la propia Mondragón. «Estos pueblos están azotados por el afán de vivir al día. Todos los urbanistas están preocupados por las carreteras hechas a andar a 120 [kilómetros], pero mira a los niños, no saben dónde ir, ni dónde jugar. Hay que ir tras el hombre más multidimensional, más comunitario, pues el hombre suelto juega más a lo bestia y a lo urgente que a lo solidario y futuro. Todo el mundo vamos acorazados en nuestras máquinas, más o menos veloces, y renunciamos a hacer deporte en el ir y venir a la fábrica. Son parte de nuestros absurdos.» Piensa en voz alta, ante Larrañaga, hasta que recuerda una frase de Mounier con que sancionar sus inquietudes. Luego regresan a Mondragón.

En otro viaje, realizado con José María Mendizabal, éste recuerda sus reflexiones similares, en igual época, equinoccio otoñal: «D. José María era un hombre enamorado de esta tierra, últimamente la miraba con ojos de "baserritarra". Estando enfermo le llevé a Udala y a Echagüen, en Aramayona. Y me decía, al ver los campos de fin de verano: *Esta tierra es rica. Hay que hacer muchas cosas en ella. Esto puede ser un jardín.* Andaba estos días dándole vueltas al ocio activo y a la economía mixta». En este tiempo crepuscular trataba de perfilar una economía más comunitaria capaz de conjugar el trabajo en la empresa y en la huerta, recuerda Ormaechea. Pensaba en la creación de espacios verdes en torno a los centros laborales. Las cooperativas debían facilitar parcelas de tierra con una casita a los obreros jubilados, que permitieran «un esfuerzo permanente, lleno de ansia de vivir, carente de tedio, siendo y perteneciendo útiles a la sociedad». El tema le embargaba. Los domingos se valía de sus sobrinos, los hijos de Jesús, para regresar a la Torre Eguzki tras la misa de 12 y la visita a Mari Lourdes y Pepe. Lo recogían en furgoneta y lo llevaban a casa. Llegaban tarde, casi a las tres, y ellos se quedaban a comer con él, a veces con poco entusiasmo. Sus preocupaciones juveniles (el partido de fútbol del Mondragón o la Real Sociedad, la tarde de cine y cuadrilla) eran muy alejadas de las inquietudes sociológicas de su tío. Él lo adivinaba pero no le importaba. Les sacaba a la terraza y les enseñaba las laderas vírgenes de enfrente y les animaba a trabajar duro para comprar esos terrenos y alquilarlos a los cooperativistas jubilados, para que pudieran hacerse casitas y huertas. Y los sobrinos pensaban que perdía la cabeza... En realidad era una idea que llevaba tiempo poniéndose en práctica en esa Europa del desarrollo a la que siempre había mirado. En el Hamburgo de mediados de los setenta las autoridades vendían pequeñas parcelas de tierra, a precio de costo, a los jubilados. Cada parcela contaba con una cabaña. Cosechaban sus verduras y no se sentían vegetar, arrinconados en las casas de los hijos o en residencias...

Volver a la tierra. Volver a los ancestros. Cada vez habla y escribe más en euskera. Desde 1972 el *T.U.* es bilingüe, está dividida en dos

partes que comienzan cada una en un idioma. Aparte de que el ambiente social invite a ello, lo cierto es que el aumento de su vivencia euskaldun es también producto del estado nostálgico de su espíritu. Larrañaga es testigo de ello y siempre que puede toma notas y apuntes con el fin de perpetuar la memoria de un hombre que, adivina, se halla en el trance final de la vida. Se arroga una condición de albacea que roza con el sentimiento de Eulogi, que prefiere refugiarse en la esperanza ciega de que su salud tenga cura. Cada vez está más abierta la puerta de su intimidad y Larrañaga la aprovecha. Algunas de las manifestaciones que toma de él carecen de contraste documental y deben dejarse a poco más que a indicio *microhistórico*. José María confiesa en ellas que el celibato impide al hombre alcanzar la completa madurez que adquiere un hombre casado, espera que la Iglesia abra las puertas, en el futuro, a que tal condición sea sólo opcional. Son años en que los seminarios se vacían y los curas jóvenes están frustrados. Su noción de una humanidad siempre perfectible incluye a la propia Iglesia, no en vano institución hecha por hombres. Confiesa que, antes o después, la cuestión deberá de afrontarse. Su valoración de la imperfecta masculinidad sacerdotal es una más de las enseñanzas que le ha dado la vida, pero no implica arrepentimiento alguno respecto de su vocación personal. Así lo recuerda Mendizabal en 1976: «Recuerdo que hace tres años, la víspera de marcharme a Venezuela, le planteé el problema de la crisis sacerdotal en la que estábamos envueltos, mis dudas y preocupaciones, y las posibilidades de cambio de estatus. Meneó la cabeza diciendo no y terminó con esta frase para despedirme: *Si algo necesitas, ya sabes dónde estoy. No dudes en escribirme y ven».*[30]

Nuevas querellas euskaltzales

La Memoria de la Caja Laboral que redacta para el año 1974 adquiere un involuntario sentido de trascendencia: «Un presente, por espléndido que fuere, lleva la huella de su caducidad, en la medida que se desliga del futuro. No podemos detenernos ni resistir a penetrar en el futuro en un período en que el fenómeno más significativo es la aceleración y el cambio». Y ese futuro pasa por humanizar el trabajo y socializar el ocio. Nuevos ideales que convergen en la eterna cuestión de la educación integral, vuelta a pensar ahora como *activa*. Una educación desti-

---

[30] Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 13-20 [Pese a que cuenta el episodio del viaje a Iturbe como previo a su segunda operación, en realidad es previo a la tercera]; *Interioridades de una utopía,* pp. 45-46,50-51; Mendizabal: «D. José María sacerdote», pp. 100-101 [la cursiva de *no* es mía]; Ormaechea: «Una solución a tiempo para cada problema», pp. 21-21; valiosos testimonios de la profunda crisis vocacional afrontada por la comunidad sacerdotal desde mediados de los años sesenta son recogidos y valorados en Sáez de la Fuente y Sánchez Maus: *Perplejidad ante las vocaciones,* y en Sáez de la Fuente (ed.): *Creencia e increencia en la Bizkaia del tercer milenio.* Ampliado con JMAFO22.

nada a activar al hombre como sujeto trabajador perfectible desde la niñez hasta la vejez, pues «por educación entendemos, aparte del sistemático cultivo de las facultades humanas, la aplicación práctica de las mismas», lo que permite al hombre «no ser menos activo que contemplativo», dirá en 1975. Aboga por una nueva pedagogía educativa que libere a las que considera las dos clases oprimidas por excelencia, los niños y los ancianos, y derribe la nueva clase privilegiada, la generación de jóvenes que ha gozado de excelentes oportunidades educativas a costa del trabajo de sus padres. En septiembre de 1974, José María Ormaechea ha encomendado a un alto técnico de Caja Laboral, Simón F. Martínez Arroiabe, la elaboración de un estudio sistemático de su pensamiento contemporáneo. Arroiabe se sirvió de la colección del T.U., las memorias de Caja Laboral y los estatutos sociales de las cooperativas, estos últimos fundamentales para comprender el sentido «empresarial» de su pensamiento. Presentado en abril de 1975 y destinado a consulta interna, está dividido en cuatro capítulos unidos por una misma idea, la de «socialización»: del saber, del tener, de la gestión empresarial y del poder. Una leve atmósfera fúnebre va recorriendo el complejo cooperativo. Sus discípulos toman notas de su vida o encargan estudios sobre su pensamiento. El caso es perpetuar la memoria de un hombre que no saben cuánto tiempo más permanecerá con ellos...

El 18 de diciembre de 1974 las Cortes franquistas aprueban una nueva Ley de Cooperativas presentada por el Ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente. Esta ley moderniza el estatuto de estas sociedades, reduce el control de un sindicalismo oficial agónico y profesionaliza más su gestión, si bien incrementa su dependencia de la Administración Pública, especialmente el Ministerio de Trabajo. Será completada por dos decretos en 1977 y 1978. José María está contento, como cuenta al Director General de Cooperación, en febrero de 1975. Cierra su carta en euskera, algo nunca hecho hasta ahora, pues su receptor es un alto responsable de Madrid. Ha batallado intensamente por la promulgación de la nueva norma, ha sido consultor en su elaboración, insistiendo en las reformas que debía abordar en sus intervenciones públicas de los últimos veinte años. No es la Ley que él hubiera deseado, pues alienta aún demasiado lastre burocrático y control público, pero, pese a ello, es beneficiosa para la empresa cooperativa.[31]

---

[31] AJMA, C92: Carta a Francisco de la Caballería, 17-2-1975; «La política y nuestras cooperativas», *T.U.,* nº 153, julio-agosto de 1973; Larrañaga: *Interioridades de una utopia,* pp. 74-75, 181-182; *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 224-226; «Los últimos pensamientos para el T.U.», *Semblanzas,* p. 82; *Cooperación y Autogestión. Un hombre, un grupo, una experiencia de quehacer empresarial,* documento inédito y anónimo [obra de Simón Martínez de Arroiabe], 250 pp., abril 1975; *Acción Cooperativista. Ley General de Cooperativas,* Servicio de Publicaciones del Ministerio de Trabajo, Madrid, 1975; José Luis del Arco: *Génesis de la Nueva Ley. Los principios Cooperativos en la Ley General de Cooperativas,* AECOOP, Madrid, 1975-1976 (Separata de *Estudios Cooperativos,* nº 36-37-38, mayo 1975-abril 1976; Romero: «De la Ley de cooperativas de 1942...», pp. 48-63; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 224-230, 775, 786 y 817.

Mientras, nuevas polémicas recaen sobre su dolorida espalda. En marzo de 1975 surge otra que no es política, ni ideológica, ni religiosa, sino lingüística. En los años sesenta la Academia de la Lengua Vasca, Euskaltzaindia, bajo la dirección de Koldo Mitxelena y Manuel Lekuona, había iniciado la unificación de las distintas variedades dialectales del euskera. El proceso había culminado en el Congreso de Arantzazu de 1968, que constituye el punto de partida oficial del euskera batua. Lekuona fue sustituido en la Presidencia de la Academia en 1970 por un antiguo conocido de José María, uno de los *coristas* (el más jovencito) con los que había convivido en Burgos durante su servicio militar: Luis Villasante. Entre 1974 y 1975, el coadjutor ha emprendido la tarea de fijar la denominación euskaldun de Caja Laboral Popular. En tal labor se aplica con la misma heterodoxia que utilizó para fundar el cooperativismo. Pertenece a una generación euskaltzale que se vio en la necesidad de convertir una lengua de analfabetos en un auténtico instrumento de cultura urbana. Consiguieron adecuar una lengua de uso oral a los nuevos canales de comunicación y educación de la modernidad industrial. Convirtieron el euskera en una lengua de comunicación accesible a cualquier euskaldun alfabetizado.

El José María de los *Jakintza Gaiak* volvía a aflorar. Ya no sentía la misma pasión patriótica, emocionante y trascendente, de su juventud a la hora de entregarse a estas cuestiones, pero la vuelta a tareas de lingüista experimental le agradaba; vigorizaba esa vaga vuelta a la tierra y al pasado impelida por la enfermedad. Fijó las «ideas-fuerza» que debían orientar la denominación euskaldun de Caja Laboral. La primera era *Auzo,* que identificó con vecindad, comunidad, pueblo o agrupación, y vinculó a «la espontaneidad, libertad, mutualismo o reciprocidad o vivencia de auténticos valores humanos y sociales». La siguiente, claro ésta, debía ser *Lan,* «que significa para todos trabajo, acción, factor de transformación y evolución de la naturaleza, fecundante de la misma». Trabajo como instrumento de liberación, de necesidad, tal y como el campesino vizcaíno lo había entendido en el sinónimo concepto de *beharra.* La tercera era *Aurrezte* o *Aurreztegia,* «un verbo o una palabra compuesta de *Aurreztu* y *Tegi* significando depósito de ahorros», que debía identificarse con *progreso, anticipación, previsión, excedentes de trabajo* asociados para proteger el *trabajo.*

Las tres palabras remitían a su peculiar biografía y a la impronta campesina de ésta. El *auzoa* en que su padre José Luis había brillado como gestor de proyectos comunitarios, entre ellos la Escuela de Barriada de Barinaga; el *lan* y el *aurreztu* que rodearon la vida cotidiana de su madre, trabajadora incansable y previsora de las necesidades familiares. Los ancestros están presentes, guían, dirigen sus disquisiones lingüísticas como han dirigido la obra social que ha levantado, cuya genialidad nace de la peculiar síntesis que logró en su vida entre

el *baserritar unibertsala* y el *sacerdote social.* Barruntó otras ideas fuerza destinadas a la «enunciación conceptual» del acróstico de la Caja, que sería *ALA (Auzo-Lan-Aurreztegia).* Fueron *alkartasuna, lana* ta *aurrerapidea* o *aberria,* que en castellano serían «UNIÓN, TRABAJO y PROGRESO o LIBERTAD, TRABAJO y PATRIA-SOLIDARIDAD». Por esta última asociación puede contemplarse hasta qué punto su recurso al término *aberria* (patria) es muy poco esencialista y está asociado a *aurrerapidea* (progreso), a un concepto republicano (en el sentido latino de *respublica,* es decir, de libertad, bien y virtud común o cívica) de la patria.

Tales fueron las ideas que barajó, consultando, a través de Caja Laboral, con académicos de *Euskaltzaindia,* entre ellos Xabier Kintana, y con amigos como Eusebio Erkiaga. La denominación que fijó para la entidad fue la de *Lan Kide Aurrezkia,* pese a la oposición de éstos, que rechazaban la transformación del sufijo *kide* en sustantivo. Ante la amistosa protesta de Erkiaga por tamaña liberalidad lingüística le contestó: «Nosotros no hemos nacido para ser tradicionalistas». Animados por un nacionalismo renacentista y esperanzado, competitivo políticamente con el carlismo, ellos habían formado parte de una generación que rompió con la tradición lingüística vasca e inventó una auténtica lengua nacional. A tal condición no podían renunciar optando por un neotradicionalismo sumiso a *Euskaltzaindia* o cualquier otra institución con pretensiones de mando en plaza sobre un terreno cuyo fundamento maleable conocían muy bien. Tal era su dictamen.

José María consideró el sufijo kide el más adecuado para reforzar la impronta comunitaria de la Caja Laboral, pese a que, como arguía Kintana en otra carta de protesta, ello significara literalmente algo así como *Ahorro de Co-Operativistas* (traducción, por cierto, sustancialmente análoga a la original palabra inglesa *Co-operativism).* José María no pudo entender que a estas alturas de su vida, con su trayectoria de «hacedor» de una lengua que había contemplado en estado de infancia, tan perfectible como el ser humano, un académico protestara contra su heterodoxia. Pertenecía a una cultura euskaldun poco sumisa a las orientaciones restrictivas («tradicionalistas») de los nuevos «hacedores» que, desde su puesto de académicos, pretendían ahora monopolizar la gestión de la lengua. Si a ello se une su desconfianza natural respecto del gremio de *académicos,* puede comprenderse la airada y severa contestación en euskera que remitió a Kintana. Era natural la discrepancia entre un publicista dominado por un intenso sentido funcional de todo, incluida la lengua, educado en una atmósfera en que de tal funcionalidad dependió la salvación literaria de ésta, y una nueva generación de intelectuales que había gremializado su profesión y no aceptaba aventuras de «aficionados» que carecían de capacidades reguladas por curriculum. El conflicto (como siempre ocurre en estos

casos) tenía, además, un fundamental trasfondo económico y de poder. Caja Laboral era una de las entidades que mayor promoción social hacían del euskera mediante publicaciones periódicas, ayudas a Euskaltzaindia, financiación y organización de ikastolas y asociaciones culturales, ediciones de libros (entre ellos el *Libro blanco del euskera* del colectivo *Jakin),* etc. La aparición de su heterodoxa denominación en sus calendarios navideños de 1974, profusamente distribuidos por Gipuzkoa y Bizkaia, era hiriente para los nuevos «tradicionalistas». José María impuso su criterio en un ámbito en que su poder *precedía* cualquier razón, de *Euskaltzaindia* o de quien fuera. *Kide* se mantuvo porque si «la naturaleza del hombre es el artificio» igual ocurre a su palabra y, por consiguiente, al lenguaje, mero instrumento al servicio de dicha perfección. Y punto.[32]

El rostro de un moribundo

El interés social por el euskera formaba parte de un resurgimiento general de la cultura vasca, producto de una serie de creadores que, desde variadas artes, vinculaban su obra a una estética común que identificaban con el carácter y peculiaridad del pueblo vasco. La escultura fue el arte en que tal indagación identitaria llegó más lejos, con artistas de talla internacional como Néstor Basterretxea, Eduardo Chillida o Jorge Oteiza. Este último era el patriarca de la reflexión intelectual acerca de dicha estética gracias a las polémicas disquisiciones filosóficas que vertió en su ensayo *Quosque tandem?,* en el que defendía la existencia de una peculiar forma de expresión específicamente vasca de raíz prehistórica. Un poco más tarde otro de estos artistas, Basterretxea, intentó definir un lenguaje cinematográfico vasco con la película *Ama Lur.* Estas elaboraciones artístico-intelectuales gozaron de enorme popularidad en una atmósfera de resurgimiento del ideal nacional vasco, asociado a la oposición política a la Dictadura.

Las cooperativas no permanecieron ajenas a este movimiento cultural. En mayo de 1974, el *T.U.* incluía una amplia entrevista a Néstor Basterretxea centrada, precisamente, en el «nuevo arte euskaldun» y el «nuevo renacimiento de nuestra cultura». *The times they are a-changin',* había cantado unos años atrás el gran Bob Dylan, y no sólo en el país de las barras y las estrellas sino en todo Occidente, incluido el pequeño país de los vascos. Los hijos y nietos de las quintas cainitas de

---

[32] AJMA, C73: Documento sin fecha ni título, acerca de la denominación euskérica de la Caja Laboral [1972-1974]; «Caja Laboral Popular. Denominación en euskera», fin fecha; C72: Carta de Xabier Kintana a José María Ormaechea, Bilbao, 18-3-1975; Carta a José María Ormaechea, *1975'gn Epallaren 24án;* Unanue e Intxausti: *Cooperativas y euskera,* p. 27; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 487-488; Erkiaga: «Aritzmendi, baserritar unibertsala», p. 13; Zaitegi: «José María Arizmendiarrieta. Euskal idazle...», p. 29; Unzueta: *Sociedad vasca...,* pp. 277-278; Virolli: *Por amor a la patria,* pp. 15-60.

1936 sentían nuevas inquietudes culturales que vestían con largas cabelleras y telas de pana ancha y acampanada, y el órgano señero de las cooperativas, con Juan Leibar a la cabeza, se sentía obligado a variar en algo su austera presentación de gacetilla religiosa y abrirse a esos cambios. José María, hombre que había hecho de la adaptación al cambio social patrón fundamental de su pensamiento y obra, no lo vería del todo mal. Contemplaba el fenómeno en sus sobrinos de Mondragón y Markina. Ello no quita que sus inquietudes sociales le distanciaran de su vertiente más identitaria, que entendía demasiado sumisa a un peligroso narcisismo intelectual e ideológico.

Así lo dejó reflejado en este año de 1975 en una anécdota recordada poco después por José María Ormaechea. Antxon Pérez Calleja, Director de la División Empresarial de Caja Laboral y él mismo, que era su Director General, habían promovido una activa política de mecenazgo cultural y se habían acercado a algunos de los principales representantes del «nuevo arte vasco» (Remigio Mendiburu, Néstor Basterretxea, Jorge Oteiza) demandándoles pinturas y esculturas con que decorar el hall de la nueva sede de Olandixo, desde la que esta entidad reinaba sobre la villa, precedida por los edificios de Lagun-Aro e Ikerlan y por el complejo educativo que se convertiría, un año después, en Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica adscrita a la Universidad de Valladolid. Oteiza estaba terminando por entonces su *Harri Ernai Zaitzalea,* la escultura que iba a colocarse frente a la fachada de esta sede central de Caja Laboral. Ormaechea convenció al coadjutor para que le acompañara a Zornotza para examinar cómo avanzaba la talla de esta obra de piedra, que se estaba haciendo en una cooperativa afincada en esa localidad vizcaína. Desde allí marcharon a Hondarribia y almorzaron con la familia de Basterretxea, que además de haber preparado una escultura para la sede de Olandixo había asesorado en la búsqueda de otras obras de arte.

Tras el convite familiar tuvo lugar una sobremesa a la que acudieron muchos artistas y que se movió por derroteros intelectuales obligadamente identitarios. José María no tenía un mal día, mostraba cierta mejora en su progresivo decaimiento y era objeto de todas las atenciones de los presentes. «En un momento, uno de estos artistas le espetó: *D. José María, tenemos que construir una universidad vasca.* Y él respondió, con tono sencillo, pero demoledor, y a media voz: *Me resulta difícil entender una universidad vasca cuando en el concepto básico de estas instituciones se halla su calidad de universal.*» Su interlocutor quedaría mudo. Eran palabras un tanto heterodoxas en un país crecientemente sometido a nuevas religiones seculares. José María hablaba como el patriota de un *aberri* muy distante de la *aitaren etxea* evocada por el poeta euskaldun Gabriel Aresti, un *aberri* más vinculado a la *aurrerapidea* que inflamaba su movimiento empresarial. La universidad, como cual-

quier institución educativa, le interesaba sobre todo en su contenido, no en su continente. Que fuera vasca importaba poco en comparación con que garantizara el principio de igualdad de oportunidades de educación y, a la vez, su necesaria condición selectiva y de promoción social. «¿No estamos una vez más apelando al pueblo para dejar a salvo intereses de minorías?», se pregunta en una de las fichas que elaboró por entonces sobre la «Universidad Vasca». Ésta debía ser una institución cercana a la sociedad, alejada del virus de la «universidaditis» que comenzaba a recorrer la sociedad del bienestar, cuya cepa se había instalado en una nueva generación de padres empeñados en costear con su esfuerzo los títulos universitarios de hijos que, en muchos casos, haraganeaban durante años en los campus universitarios para, al final, sentir la frustración de estar fuera de la realidad del mercado. «La universidad vasca tiene que ser la expresión más característica de nuestra conciencia vasca (...) debe ser resorte y conducto de desarrollo económico-social democrático, humanista y socialista.» Por ello, debe alentar una opción «de autogestión y autopromoción (...) salida de la entraña» de la sociedad.

Eso era hacer patria. Eso debía ser una universidad vasca. Pero resultaba algo demasiado elaborado para el código clásico de todo nacionalismo, más orientado a lo estético y emocional, poco sensible a ideales realmente transformadores de la realidad social. José María Mendizabal cuenta cómo, por este tiempo, le tentó contándole lo que oía por ahí, lo mismo que pensaría el artista cuyas quimeras patrióticas había ventilado un tanto abruptamente en Hondarribia: «Le dije que había oído como crítica hacia él y hacia su obra que no tenía carácter vasco. Se me puso bravo y me probó que el hecho vasco y la realidad vasca estaban en la raíz de muchas de sus realizaciones. Y, por supuesto, afirmó que los que estaban en la *luna* o montados en una *nube* eran esos que criticaban la sólida realidad y realización vasca de Mondragón». En 1967 había preguntado a Carlos Santamaría, precisamente, si su solidaridad la tenía con el hombre real o «con las *estrellas*». La similitud de estos conceptos *(estrellas, nube, luna)* en ocho años de distancia es un poderoso indicio de lo poco trascendente de su concepción patriótica. La única trascendencia que reconocía en la vida era la de la Verdad de Jesús.[33]

«El hombre que conocimos en 1975 era de estatura media y parecía delgado y frágil. Tenía el cabello ralo y gris, las mejillas hundidas y la tez cetrina. Se aproximaba al último año de su vida y dependía de

---

[33] AJMA, C77: «Universidad Vasca», dos fichas sin fecha [1974-1975]; «Néstor Basterrechea sobre el nuevo arte vasco», *T.U.,* nº 162, mayo de 1974; «La Universidad: tema del día», nº 95, junio de 1968; Leibar y Azkarate: *Historia de Eskola Politeknikoa,* p. 128; Ormaechea: «El hombre que yo conocí», pp. 52-53; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 233-235; Mendizabal: »D. José María sacerdote», p. 100 (las cursivas son mías).

un marcapasos, pero a quienes le habían conocido en los primeros tiempos de Mondragón siempre les había resultado difícil conciliar su inagotable energía con su cuerpo, que no parecía hecho para sostenerla. Habló con nosotros el día de nuestra llegada, en el salón del Hostal Txirrita, en el que nos alojábamos. Arrellanándose en un sillón tapizado, D. José María parecía desaparecer en el mueble. Sus gafas oscuras, que llevaba desde que perdió un ojo en un accidente ocurrido en su niñez, le hacían parecer aún más reservado. (...) Durante nuestra segunda entrevista, que tuvo lugar en la escuela que él había fundado, D. José María nos permitió utilizar una grabadora, pero a partir de entonces se opuso al empleo del aparato, afirmando que le dábamos demasiada importancia a él y a sus palabras. Siempre minizaba su papel personal y hablaba de logros colectivos. De hecho, al hablar sobre acontecimientos pasados rara vez empleaba la primera persona del singular, diciendo en cambio "se pidió".»

La descripción que William Foote Whyte ha legado de su encuentro en abril de 1975 con José María es plástica (pese a que cuente con algún error de bulto como el del marcapasos) y tiene una inusual capacidad para ir más allá de la descripción física hacia el interior de la persona, lo que explica por qué su libro es, probablemente, el mejor estudio sociológico hecho en el mundo anglosajón sobre las cooperativas de Mondragón, el más completo y el que más huye de las divagaciones etno-románticas que acaban por difuminar esta obra social en la mítica tradición de un pueblo ancestral. Este sociólogo de la neoyorkina Universidad de Cornell encuentra una persona consumida por la enfermedad que utiliza insistentemente frases impersonales, repletas de verbos reflexivos y subjuntivos, con el fin de negarse cualquier protagonismo en los acontecimientos que jalonan la exitosa vida del movimiento social que ha fundado. Un movimiento que es el que King Whyte ha acudido a contemplar. Acompañado de dos investigadoras, una de ellas hispanoparlante, ha arribado a Mondragón desde los Estados Unidos tras reparar, un año antes, en el artículo de Robert Oakeshott en *The Observer,* que había encontrado expuesto en su universidad. En su entrevista intuyen el habla difícil y enrevesado del hombre que tienen delante: «D. José María nos habla en voz baja, titubeando de vez en cuando como para buscar las palabras correctas para describir lo que él y sus colaboradores habían creado. (...) Por entonces, las ideas que expresaba ya debían de resultarle familiares, pero parecía que luchaba todavía para expresar sus pensamientos exactamente de la forma correcta».

Seguía peleándose con las palabras, inmerso en una lucha feroz por conferir orden lógico al pensamiento que bullía en su interior; un pensamiento que, lo concibiera en euskera o castellano, le resultaba difícil de comunicar. Exponía más ideas y conceptos que frases equili-

bradas y asimilables. El orden ideal de su cabeza era el que mostraba en su trabajo cotidiano, el de las fichas cortas, repletas de sentencias tomadas de libros y artículos. Por ello gustaba tanto de éstas, pues permitían dar la idea sin tenerla que formular completamente y se vinculaban a los dichos y refranes característicos de su infancia rural. Era un hombre que, como evocaría un compañero madrileño un año después, «hablaba quedo y desde el fondo del pensamiento (...) consumido por un fuego profundo que le latía en las sienes». Sienes que ahora muestra hundidas, acentuando el perfil cadavérico de sus rasgos faciales, producto de una enfermedad que le devora la materia grasa, le infecta la carne y le astilla los huesos.

Los visitantes extranjeros intuyen la personalidad compleja y fascinante del hombre que tienen enfrente, que un año después, José Luis del Arco describiría así: «Alto y flaco, como un asceta o un nuevo D. Quijote, aseado y pulcro en el vestir, discreto hasta la timidez en los gestos, frugal hasta la exageración en su sustento, con una vivienda modesta, pero limpia hasta el extremo, con sonrisa suave (nunca le escuché una carcajada), pero tenaz en sus objetivos e infatigable para conseguirlos, arguyendo sin ofender, haciéndose perdonar al tiempo que convencía con mesura, y con la fe de los convencidos». Resulta curiosa la similitud de esta descripción con la que habían hecho unos intuitivos sociólogos norteamericanos que saben que el mejor retrato no es la que pretende cubrir una totalidad, sino el que sabe detenerse en el detalle esencial que hace posible al espectador representar al personaje no sólo físicamente sino, sobre todo, espiritualmente: «La impresión más viva que guardamos de nuestra primera entrevista fue la de sus manos –los dedos largos y delgados como los de El Greco– moviéndose constantemente como para ayudar a dar forma a sus pensamientos». Los dos norteamericanos se centran en unas manos que asocian a las figuras vaporosas y alargadas de El Greco, que parecen desprenderse de la tierra, por la fuerza superior que las ha creado.

El Quijote de Cervantes y las figuras pintadas por El Greco comparten un fuerte contenido espiritual, algo que ha animado siempre a este coadjutor de talante «casi monástico», en palabras de uno de sus amigos. Y algo que resulta más aún explícito en este tiempo crepuscular, tanto por la forma en que su cuerpo se adapta a la enfermedad que padece como por el sentimiento de trascendencia que la certeza del próximo fin dota a su apariencia cotidiana. Sus fotos de este tiempo plasman fielmente una degradación física que no hace justicia al hombre que retratan. Un hombre que aparece con rostro delgado y enfermizo, serio y reconcentrado, con sus eternas gafas oscuras, mostrando una edad mucho mayor que la real. Un hombre que no gusta de la fotografía (como no gusta de grabadoras, ni de cualquier cauce que suponga una desnudez del yo), por lo que no puede evitar mostrar un tono

severo, de disgusto, que engaña al espectador. Y es que el rostro de este hombre enfermo es, en lo cotidiano, mucho más jovial, alegre, sonriente, acogedor, comunicativo, suave y curioso. Y es que este hombre bueno, pese a que se sabe herido, es un buen soldado y saca fuerzas de flaqueza para aprovechar cada minuto en la batalla que sabe debe librar hasta el final.[34]

Nueva hospitalización

En este año de 1975 el régimen de Francisco Franco decae a igual ritmo que la ilusión de paz social que habían ensayado sus sucesivos gobiernos modernizadores desde 1959. Las huelgas se acentúan por todas partes: aceituneros jerezanos y viticultores sevillanos; trabajadores de la SEAT de Barcelona; de Altos Hornos y los talleres mecánicos de la ría del Nervión en Bizkaia; enfermeras del Hospital General de Soria; mineros asturianos y leoneses. Y ferroviarios, trabajadores de los astilleros y la industria aeronáutica, profesores de instituto... La nueva Ley de Huelga, aperturista, es incapaz de frenar la inestabilidad laboral. La universidad sigue en pie de guerra. La censura secuestra ediciones de revistas políticas y satíricas. Fraudes empresariales como MATESA y SOFICO han involucrado a altas personalidades del mundo de los negocios y la política, y contribuido a hundir el prestigio del «Estado de obras». Los indicadores económicos acusan el impacto de la crisis energética. La deuda exterior supera la reserva de divisas, lo que obliga al Gobierno a decretar una congelación salarial, medida que rompe convenios colectivos e intensifica la crisis laboral. En septiembre, la Organización Internacional del Trabajo describe España como «el país socialmente más conflictivo de Europa».

El más conflictivo. Y el más violento. La violencia terrorista lo ensangrienta todo. El número de policías y militares que caen en atentados de ETA y el FRAP crece en igual proporción al de militantes de estas organizaciones detenidos en mitad de arbitrariedades judiciales y excesos de todo tipo. Varios consejos de guerra dictados contra algunos de estos activistas, acusados de delitos de sangre, terminan en cinco condenas a muerte en el otoño de este año. Las peticiones de indulto se acumulan sobre las mesas de Franco y el Presidente del Gobierno, Arias Navarro, solicitando una indulgencia similar a la del Proceso de Burgos. Pero ambos entienden que, esta vez, el régimen ha de mostrar-

---

[34] Leibar: «Agur»; Del Arco: «¡Adios padre Arizmendi»; Mateo Blanco: «Agur, agur, padre»; William Foote Whyte y Katheleen King Whyte: *Mondragón, más que una utopía,* Txertoa, San Sebastián, 1989, pp. 13, 275-276 y 345-346 [sobre William Foote White y su obra en relación con el cooperativismo mondragonés remito a la colaboración de Davydd Greenwood en *To Honor the Memory of William Foote Whyte June 27, 1914 -July 16, 2000,* Cornell UP, New York, 2000, pp. 26-30]; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 37.

se enérgico. El 27 de septiembre tres «frapistas» y dos etarras son ejecutados, en medio de una oleada de indignación internacional. La Dictadura regresa a sus sangrientos orígenes en los estertores de su agonía. El 1 de octubre, Franco aparece en el balcón del Palacio de Oriente ante decenas de miles de fieles reunidos en un acto de desagravio a su persona. Achaca la atmósfera internacional a los fantasmas del pasado: «Todo obedece a una conspiración masónica izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social». Mientras el anciano militar lee con dificultad su discurso, a pocos metros de allí una nueva organización, los GRAPO, asesina a varios policías. Unos días después circula el rumor de que el Generalísimo ha contraído una grave gripe producto de su exposición a los cortantes vientos del otoño madrileño. En Marruecos, Hassan II aprovecha la crisis política para lanzar miles de civiles en una Marcha Verde sobre el Sahara español. El 22 de octubre comienza la agonía médica de Franco. El príncipe Juan Carlos de Borbón asume la Jefatura del Estado «en funciones». A principios de noviembre los partes del equipo médico van dando cuenta diaria de una agonía regulada artificialmente con el fin de recomponer el juego de poderes del Estado. El viento helado que ha postrado al último Caudillo de España es el de la Transición. La prensa plasma en editoriales y reportajes la atmósfera de terror ante la violencia sorda que se ha apoderado de la sociedad; ante la hondura de la pérdida de legitimidad de unas instituciones nacidas de un golpe de Estado; ante la fractura social en el mundo laboral; ante la crisis económica internacional; ante un futuro a merced del pulso entre reformistas y ultraconservadores.[35]

Francisco Franco muere el 20 de noviembre en la misma ciudad otoñal en que reposa José María, que se está recuperando en la Clínica de la Concepción de una nueva intervención. Ha ingresado en este hospital madrileño el 13 de octubre y un día después ha sido operado para tratar de atajar el mal que le corroe, aprovechando una mejoría en el funcionamiento de su corazón. Se ha buscado corregir la mala cicatrización mediante un drenaje y el mantenimiento de la herida abierta, intentando que vaya curándose desde dentro hacia fuera. El 20 de octubre, recién salido de la operación, escribe a Juan Leibar una breve carta. Trata de participar, como sea, en la inauguración del nuevo curso de la Escuela deseando que «la [nueva] promoción signifique y entrañe bienestar compartible por todos (...) [y que] para ello nos dispongamos a ser más sensibles e interesados para SER que TENER, APORTAR que CONSUMIR, mejor adiestrados para desarrollar todas las facultades propias que aprovechar las extrañas». Saca su ocurrente

---

[35] Paul Preston: *Franco. «Caudillo de España»,* Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1998, pp. 956-961; Muniesa: *Dictadura y Monarquía,* pp. 135-150.

humor para describirse como un viejo barco «en dique seco», con «el casco oxidado y perforado» por tres intervenciones. Cuenta que sigue bien el proceso postoperatorio y que tiene ganas de trabajar. Su salud va mejorando, confiesa en otra carta en euskera, unos días después, dirigida a una pareja de mondragoneses a cuya boda no ha podido asistir. No aguanta la inactividad, por lo que envía a Leibar unas notas que ha redactado con destino a su editorial mensual del *T.U.* Su vuelta a Mondragón tardará más de un mes, será en diciembre, a la vez que aparecerá el nuevo *T.U.* con el editorial que ha perfilado durante esta nueva estancia hospitalitaria.[36]

«Nos despedimos de 1975 con el deseo de dar por terminado o, al menos, de poner fin a una etapa asfixiante de falta de espacio de libertad, iniciativa y poder en que apoyarnos. (...) La libertad y la democracia no serán realidades más que en la medida que sepamos traducirlas en vivencias en todas las escalas y ámbitos de nuestra presencia. (...) Hace mucho que se dijo "si quieres libertad, prepara la institución que la haga posible". La economía es uno de los baluartes de nuestra libertad y la empresa comunitaria es una institución elemental para que nuestra realización personal y social se encamine por derroteros oxigenados por la libertad hacia otros objetivos más ambiciosos.» Éste es el resultado de los apuntes que envió a Leibar. Es una amplia reflexión sobre el tiempo de democracia que señala la muerte del Dictador. Simpatiza con las reclamaciones de autogobierno de la mayoría de la sociedad vasca, aunque matiza que deben ser orientadas a un camino comunitario y solidario: «"Que se nos respete" es el primer clamor que brota de nuestras entrañas, (...) los vascos, entendidos bajo esta denominación los que vivimos en esta tierra, unos por haber nacido en la misma, otros por trabajar y convivir en la misma, somos un colectivo, una comunidad o un conjunto enraizado, no nómadas ni aventureros. La solera de nuestro espíritu de trabajo como de convivencia y democracia avalan una honestidad y hasta una capacidad de organizarnos y de mantenernos firmes en el cumplimiento de nuestros compromisos personales y comunitarios». Apuesta por un Estatuto de Autonomía que adapte la tradición de autogobierno foral, no tanto por una vuelta del Concierto Económico con el Estado, que cree superable en tanto que pacto histórico de signo oligárquico.

La debilidad de su cuerpo recién operado no afecta a su pensamiento, férreamente orientado por unos principios cooperativos poco simpáticos a aventuras. maximalistas: «¿Puede pensar alguien que el hecho de que nuestro pueblo revista nuevas modalidades de autoges-

---

[36] AJMA, C85: «De D. José María», *Informaciones de la E.P.P.,* nº 47,20-10-1975; «D. José María», *Informaciones de la E.P.P.,* nº 52,3-12-1975; Carta a Juan Leibar, Madrid, 20-10-1975; AJMO, Carta a José Ramón [Mendizabal] y Cristina, Madrid, 24-10-1975; AHCFJD, Historia clínica 196.930: «José María Arizmendiarrieta».

tión en régimen democrático y libre ha de desviar sus rutas de expansión y desarrollo neciamente o suicidamente de España, de Europa o de otros pueblos del mundo entero? (...) [¿]Somos o no somos serios y responsables[?] Si lo somos con el Estado, como también tuviéremos que hacerlo con los Fueros susceptibles de actualizarlos, nuestro comportamiento comunitario, humano y social como político, tiene unas líneas maestras no difíciles de poder prever y dar por buenas. Somos un pueblo o un colectivo que no puede jugar a simples actitudes coyunturales o fragmentarias e incoherentes; habíamos de comprometer demasiado y habíamos de ser demasiados para que tales posiciones pudieran pretenderse avalar democrática y libremente entre nosotros». Su ideario solidario se encuentra firmemente anclado en un ideal del pueblo vasco en tanto que pueblo trabajador («que se nos respete», la sentencia que vinculaba ahora al pueblo vasco era la que había utilizado en el panfleto *Voy* hacia 1944 como síntesis de su ideal redentor del proletariado). Su concepto de lo vasco está orientado a la suma social integradora, no a la resta separadora.

Dos meses después, en marzo de 1976, recuerda la condición revolucionaria del cooperativismo: *«hay que ser revolucionario por necesidad de plenitudy no por rencor»*. Se trata, pues, de alcanzar la utopía mediante una práctica inconformista. Por ello acude al pensamiento de Roger Garaudy y juzga la revolución cooperativa como socialista y cristiana. Como siempre, la verdadera amenaza no viene de fuera de la comunidad, sino de dentro, del «peligro de aburguesamiento». A este problema se une la crisis de valores generada por la sociedad del bienestar, sustentada en el consumismo e individualismo: «No se sabe para qué y por qué se vive en profundidad. Los valores éticos tradicionales no sirven y los nuevos a todo tirar no se vislumbran (...). Se vive en el vacío, queremos escapar de nosotros mismos (...). Todo ello ha traído como consecuencia el apoltronamiento y el aburguesamiento, el ideal de vida es el del hombre satisfecho con un enorme montón de bienes. (...) Seguimos tirando en una vida rutinaria, subsistiendo a veces más que viviendo e intentando conseguir nuevos bienes para llenar nuestro vacío. (...) El lujo del apoltronamiento se paga demasiado caro, como no se reaccione a tiempo, en nuestras manos está el hacerlo o dejarnos llevar por lo más fácil». Son textos de sus últimos escritos para el *T.U.,* publicados en la primavera de 1976.[37]

Al cerrar su última editorial de abril apuntaba: «Quizá nos moleste que entre nosotros haya quien levante la voz ante estos hechos. Pero

---

[37] «Nuevo horizonte», *T.U.,* nº 180, diciembre de 1975; «Caminos para la Revolución», nº 183, marzo de 1976; «Peligro de aburguesamiento», nº 184, abril de 1976; la presencia del pensamiento de Garaudy en sus reflexiones finales la muestra también Larrañaga: «Sus últimos pensamientos para el T.U.», p. 82.

no cabe duda de que necesitamos un constante revulsivo para replantear nuestra vida. Nuestro gran peligro no está en los enemigos de fuera, sino en nosotros mismos, no son tan preocupantes los ataques de la izquierda o de la derecha, sino la erosión constante de nosotros mismos». Su función ha sido y es la de ser un líder moral dedicado a presentar caminos, recordar principios, molestar frente a la tentación acomodaticia que acecha permanentemente en un movimiento urdido en una trama económica capitalista. Es el perfecto empresario de un movimiento social. Vela por mucho más que por líneas de producción y gestión; vela por la identidad de un movimiento y por la cultura sobre la que ésta debe descansar. Eso es la experiencia cooperativa que fundó «impregnándolo todo con su inspiración y proyección como espíritu animador inmanente, como el alma que se desparrama en toda la realidad del hombre». Una experiencia sobre la que actuó, cita Gorroñogoitia, como «un maestro (...) tres veces grande, en su dimensión de hombre, de inspirador y de creador».

En este mes de abril fue entrevistado por Jesús Larrañaga en *T.U.* con el fin de que orientara el debate que estaba teniendo lugar en Ulgor en torno a la cuestión del Servicio de Asistencia Técnica (SAT) de esta empresa. El personal de este servicio era exterior y no funcionaba en régimen cooperativo. Existía una fuerte discusión en torno a la necesidad o no de trasformarlo en cooperativista. La Gerencia no simpatizaba con tal necesidad, debido a que su lejanía geográfica hacía difícil valorar el grado en que este personal iba a identificarse con la cultura cooperativa. José María no compartía estos criterios, el cooperativismo podía alcanzar una entidad peninsular. La identidad cooperativa no dependía de la vinculación con un territorio o colectivo humano, sino de la aceptación de una moral solidaria elemental. «La cooperativa no hace la solidaridad sin que existan personas con conciencia de solidaridad, la conciencia es anterior a la realidad cooperativa.» Un mes antes, en marzo, redacta, a petición de Alfonso Gorroñogoitia, uno de sus últimos escritos, «En el camino común mirando hacia delante», destinado a la Asamblea General de Ulgor de ese mismo mes. Constituye una reflexión acerca del presente cooperativo en la que reflexiona sobre la coyuntura de violencia política que vive el País Vasco. Los atentados terroristas se suceden, igual que las movilizaciones en favor de la amnistía y las libertades políticas que concluyen en incidentes callejeros. A esta violencia desde abajo se responde con otra desde arriba que conduce este mes de marzo a la muerte a tiros de cuatro obreros en huelga en una iglesia de Vitoria, tragedia social sin precedentes en la tranquila capital alavesa.

José María intuye que esta generalización de la violencia política puede conducir a su enraizamiento cultural en la sociedad vasca, fenómeno que acabará ocurriendo, como señalaría pocos años después

Julio Caro Baroja. La violencia, afirma en su escrito para Ulgor, es un comportamiento social constante a lo largo de la historia y, «en cuanto llega a ciertas modalidades y términos, hay que denominarla una "forma de guerra" y, por tanto, difícilmente es compatible con lo que pudiera aceptarse de respeto a la vida humana, de repudio de la pena de muerte y, por consiguiente, de libertad sin represión ni coacción». Con su característico estilo abstracto intenta rebatir, sin confrontar explícitamente, los argumentos sociales que sostienen su legitimidad. Uno de ellos es que «el amor a la patria debe prevalecer sobre el amor a sí mismo», argumento al que da su conformidad, «pero sin echar en olvido que la patria bien entendida no es solamente la tierra de los padres, sino también la de los hijos, y que padres e hijos, generación pasada, presente y futura, constituyen el cauce tanto de las energías vitales como de los valores más trascendentales». Su concepto proyectivo, compasivo y pacífico de patria convierte el cooperativismo en una revolución no violenta libre de cualquier anhelo acomodaticio, pues el ansia de revolución implica una permanente insatisfacción.[38]

Antes del anochecer

En vísperas de la primavera de 1976 José María hace una vida casi normal. Sigue con su visita cotidiana a la parroquia, su paseo a Caja Laboral y posterior trabajo de despacho en la Escuela. Pero su presencia física decae y vive prácticamente de la ilusión de ser útil a las personas que le rodean. Está lúcido y comunicativo, también emotivo e impresionable. Por estas fechas reúne a varios altos directivos de las cooperativas (Gorroñogoitia, Ormaechea, Mongelos, Retegi y Larrañaga) en Caja Laboral. Corren los meses previos a la formación del Gobierno que se encargaría de orientar la Transición a la democracia, la legalización de partidos y la atención a las demandas de autogobierno de comunidades históricas como la vasca. «Nos habló con nitidez directa, es decir, sin que después sus manifestaciones requiriesen una reelaboración; tal era el estilo de su permanente docencia. En resumen, nos vino a decir que teníamos por delante una obra que cumplir, de horizontes claros y nunca plenamente descubiertos a través del cooperativismo.» Debían evitar en todo momento la adscripción política expresa: «Seréis llamados y tentados por la nueva situación y de todas partes. Cuidad que tales mensajes no dificulten lo más mínimo vuestras relaciones, porque en su armonización se va a basar la fortaleza de

[38] «Hacia el Estatuto de Autonomía del SAT. (Servicio de Asistencia Técnica). Conversación con D. José María», nº 184, abril de 1976; Larrañaga 98: *Interioridades de una utopía,* pp 239-141; Gorroñogoitia: «En memoria de un maestro», p. 67; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 733-735; Muniesa: *Dictadura y monarquía en España,* pp. 168-181; Julio Caro Baroja: *El laberinto vasco,* Sarpe, Madrid, 1986, pp. 79-94.

la experiencia que tanto esfuerzo nos ha costado». Tal es el recuerdo que de sus palabras transmite uno de los asistentes a una reunión en que José María delega simbólicamente el liderazgo del movimiento que ha fundado en sus gestores efectivos. Sabe que le queda poco tiempo y trata de aportar sus últimas orientaciones a sus discípulos. Por ello les insiste en un lema fundamental para la buena marcha del movimiento tras su muerte: «la existencia nos une, las ideas nos separan». La política es poco adecuada para una experiencia humana que busca profundizar en la comprensión del hombre en su compleja realidad social. Cooperativismo y política pueden marchar juntos, pero no unidos y menos revueltos.[39]

Cuando llega el verano no puede más. El 23 de junio es ingresado de nuevo en la Clínica de la Concepción para someterse a una nueva observación a fondo de las heridas quirúrgicas. El equipo médico decide emprender otra intervención, que tiene lugar el día 28 y resulta «una auténtica carnicería». Su pecho es reabierto para tratar de anular la infección que se ha instalado en él. Pasa dos días en la UVI y, luego, es trasladado a planta. El postoperatorio es muy doloroso, pero lo sobrelleva con su característica entereza, que en este caso va acompañada de un profundo recogimiento que llama la atención de los que lo visitan. «La deferencia con que trataba a los médicos y a las visitas y, sobre todo, los sentimientos que desplegaba al santiguarse, al rezar el "en el nombre del Padre", te invitaba a seguirle con una serenidad interior plena», recuerda una de esas personas. La noche del 5 de julio recibe la visita de Álvaro Rengifo, que acaba de tomar posesión ese mismo día de la Cartera de Trabajo en el nuevo Gabinete presidido por Adolfo Suárez. En el exterior de la Clínica de la Concepción comienza definitivamente la Transición. El día después de la visita de Rengifo, Suárez anuncia el calendario del camino a la democracia. El 15 de diciembre tendrá lugar el Referéndum para la Reforma Política que legalizará los partidos. Las elecciones generales se celebrarán antes del 30 de junio de 1977. Noticias que José María conoce en una reclusión hospitalaria que, contra el pronóstico inicial, se alarga. En ella traba buena amistad con otro ilustre interno, el prestigioso arquitecto Rafael Leoz.

El 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, celebró misa en la capilla del Hospital. Sobre el altar, con los 52 kilos de peso de su cuerpo espectral, se asemejaba aún más a las figuras de El Greco evocadas por los sociólogos norteamericanos que le habían visitado unos meses antes. Y así ofreció el sacrificio del altar, memorial de la

---

[39] Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», p. 23; Jesús Sanmiguel Eguíluz: «Luces y sombras de mi agenda. 29 de noviembre», *Diario Vasco,* 7-12-1976; Ormaechea: «El último decenio. Informe a D. José María», *Semblanzas,* pp. 30-31; Larrañaga: «Los últimos pensamientos para el T.U.», p. 83.

Pasión y Muerte de aquel Cristo cuya estela redentora había hecho permanentes votos de seguir. Allí predicó a amigos y parientes, a discípulos y colaboradores, a médicos y enfermeras, con palabras que hablarían de lo que siempre habían hablado durante treinta y cinco largos años: paz, comunidad, solidaridad, trabajo, compromiso, fe, esperanza, cooperación, unión, futuro, progreso... Allí administró los sacramentos, «canales de la vida sobrenatural conquistada por Cristo en el Sacrificio de la Cruz», según aquél que primero lo formó para ser tal sacerdote uno y auténtico: Joaquín Goicoecheaundía. Para éste la celebración de la eucaristía es uno de los grandes medios de santificación del sacerdote. No es el único pero sí el que más singulariza su ministerio cristiano en su condición de *alter Christus*. En la eucaristía, cita recurriendo a Santa Teresa, «nos unimos a la condición de Dios» y al sacrificio que ésta implica en todo sacerdote. Esta eucaristía en el hospital constituye un documento ilustrativo del estado del espíritu de José María en este tiempo de sufrimiento. Una manifestación de que lo que «le anima, le domina y le impulsa poderosamente [es] la mística del sacerdocio», mística que confiere «la fuerza sobrenatural de arrancar heroísmo de virtud y de santidad». Estas citas provienen de la evocación de su figura que hizo, años después, el propio Goicoecheaundía, para quien la «fortaleza de su voluntad» en estos meses finales provino de su total identificación con el ideal de «Cristo sacerdote en la Cruz», que «penetró en [su] corazón» en el Seminario. Y algo de ello debía saber él...[40]

Avanza el verano, finaliza julio. Los cardiólogos y cirujanos no acaban de contemplar mejoría, a lo sumo una estabilización del mal. La anemia que sufre desde la operación no remite. Cuando lo hace, en agosto, recibe un alta condicionada a la evolución de su estado y vuelve a Mondragón. En las siguientes semanas siente que su vida de acción se ha esfumado. Cuando por estas fechas fallece Camilo Basterrechea, uno de los empresarios con los que más trabajó y dialogó en su apuesta por la reforma interna de la empresa, conoce la noticia hundido en su sillón de la casa. Las vacaciones de la Escuela le impiden siquiera sentir la algarabía de los pasillos y las aulas en torno a su despacho, donde ahora apenas se acumula trabajo. Conversando con Gorroñogoitia y Larrañaga confiesa su frustración ante una máquina de escribir a la que ya no puede alimentar. Falto de sus paseos por las

---

[40] AJMA, C85: *Informaciones de la E.P.P.,* nº 77, 22-6-1976; nº 78, 30-6-1976; nº 79, 8-7-1976; AHCFJD, Historia clínica 196.930: «José María Arizmendiarrieta»; AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta», pp. 4-6 [1989]; «¿Qué sabe usted de D. José María Arizmendiarrieta?» [1989], pp. 5-6; *Testimonios sobre D. José María Arizmendiarrieta,* testimonio nº 16, p. 52; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...,* p. 133; Muniesa: *Dictadura y monarquía en España,* pp. 175-176; Ormaechea: «Perfil humano» p. 11; Goicoecheaundía: *Puntos clave en la formación del futuro sacerdote,* pp. 124 y 152.

cooperativas, de sus charlas en la Escuela, de sus reuniones, de su correspondencia, se siente inseguro a la hora de escribir. No sabe de qué hablar, le falta materia para pensar. Debe recurrir a la experiencia sin posibilidad de actualizarla, teme caer en el sendero de la especulación intelectual, alejarse de la escritura performativa. «¿Qué es la vida sino relación? Yo no me imagino a los hombres que viven en la soledad de los despachos o los monasterios. Jesús, no me viene la gente», se lamenta.

Pocos acudían ya a pedirle consejo. Todos respetaban su enfermedad, buscaban no molestarle demasiado. Jesús Sanmiguel Eguíluz recuerda que en estas semanas, pese a su postración, se encontraba muy lúcido y comunicativo. Cuando durante una de sus charlas lo notó cansado, hizo amago de dejarle descansar y entonces José María reaccionó dotando de mayor pasión a sus respuestas. En uno de estos escasos coloquios con sus más allegados, en el sofá de su casa sin apenas poder moverse por la anemia que lo consumía, hizo un extraño voto: «Voy a ser un filósofo peripatético, voy a ahorrar todo el consumo de gasto físico y quedarme para reflexionar, para sugerir cosas nuevas», vino a decir. Sentado e inmóvil, aún podía ser útil como esos filósofos griegos que, mientras paseaban, discutían los grandes temas de la existencia. El caso era vivir, pero vivir con sentido, con el sentido de dar. Si ya no podía crear, al menos aún podía donar. Pero ni siquiera esto le fue permitido. Cuando aún no había finalizado la primera semana de septiembre hubo de retornar a Madrid. Los médicos del Centro Asistencial le habían detectado una pequeña infección en el hígado. De nuevo se encontraba indefenso ante un cuerpo que había dejado de controlar. La única dictadura a la que había tenido que someterse venía de su propia carne. El 7 de septiembre ingresó de nuevo en la Clínica de la Concepción y poco después fue sometido a una nueva intervención, la quinta, en la que se le aplicaron trasplantes de piel para ayudar a la cicatrización de la herida.[41]

El final de septiembre se convierte en un nuevo postoperatorio que marcha relativamente bien, gracias al buen funcionamiento del corazón, lo que le permite recuperar algo de fuerzas. Con él está, como siempre, la fiel Eulogi. Antes de esta vuelta a Madrid, durante una cena con dos de sus discípulos, se había erguido cansinamente de la silla para abrazarla efusivamente y señalarla ante ellos con palabras

---

[41] AJMA, C85: *Informaciones de la E.P.P.,* nº 80, 147-1976; nº 82, 17-9-1976; AHCFJD, Historia Clínica nº 196.930: «José María Arizmendiarrieta»; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...,* p. 133; Larrañaga: «El hombre», p. 19; *Interioridades de una utopía,* p 115; «Perfil de un líder», p. 21 [En estos testimonios aparece la misma anécdota del «filósofo peripatético» pero contada en versiones diferentes y con una datación ambigua («antes de morir», «en uno de los coloquios ya al final de su vida», «en vísperas de su muerte». He decidido situarla en este tiempo por parecerme la fecha más posible a juzgar por los datos circunstanciales en que se presenta]; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», p. 23.

solemnes: «Aquí tenéis la continuidad de mi madre». Eulogi es, a estas alturas, la mujer que desempeña el papel maternal, de cuidado, afecto y fidelidad a su persona, el único que su ministerio ha permitido representar a una mujer, pero que siempre ha sido fundamental en su vida. Tal es el cuidado que tiene con él, friccionándole las manos para que le entren en calor, ajustándole las mantas y la almohada, cuidando de sus comidas y medicaciones... Durante este tiempo la sombra de Rufino Aldabalde vuelve a hacerse presente en el juego de afectos que tiene lugar entre sacerdote y cuidadora. Hay un cariño entre ambos regulado y ordenado por su comunión en una misma concepción de la vida cristiana. Tal es la explicación más plausible de la fiel guarda que Eulogi realiza de su cabecera, tanto en el domicilio mondragonés como en el hospital madrileño, y de su celoso papel protector.[42]

Llega octubre y sigue en la Clínica de la Concepción, «con muchos deseos de reintegrarse a Mondragón», cuenta Juan Leibar en el boletín interno de la Escuela Politécnica. Ha recuperado ilusión y vitalidad, sobre todo en el habla. El día 2 ha fallecido, al pie del altar, al final de la misa vespertina de ese sábado, el párroco José Luis Iñarra. La muerte se pasea por su entorno pero, de momento, él la rehuye. Para entonces un médico del Centro Asistencial se ha desplazado a Madrid para aprender a hacer las curas de su herida pues su vuelta parece inminente. Pero de nuevo se presentan complicaciones hepáticas y renales, que le ocasionan un nuevo debilitamiento general. Los que lo visitan estos días lo ven físicamente consumido, cadavérico, salvo en el espíritu perseverante que le empuja a resistir y le permite ser trasladado de nuevo a Mondragón aprovechando una leve mejoría de su estado. Allí se encuentra con los suyos. Lo que no significa que no sepa que este traslado, el 27 de octubre, tiene como único fin preparar el viaje definitivo. Va a Mondragón a morir. Pero no va a su casa, sino al Centro Asistencial que él mismo ha fundado tras construir la nueva Escuela Politécnica en Iturripe. Va a un hospital, el recinto que acoge la nueva forma de morir que ha generado la modernidad industrial.

La sociedad del desarrollo y el bienestar ha terminado por separar la muerte de la vida, enclaustrando aquélla en los fríos pabellones hospitalarios, apartándola de la casa, de la presencia de la familia y de los seres queridos, evitando incluso la preparación del moribundo para ella. Los avances en el tratamiento paliativo de las enfermeda-

---

[42] Larrañaga: «Infatigable José María. Descanse en paz»; *Interioridades de una utopía,* p. 51; *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 91-92. De nuevo surge en estas referencias igual problema que el de la nota anterior, la disparidad de circunstancias con que es expuesta la anécdota por la misma fuente («en las últimas horas de su vida», apunta en una de ellas; en otra indica, sin embargo, que ocurre durante una cena...). Finalmente he logrado contrastarla y datarla convenientemente gracias a JMAFO15-I y JMAFO15-II.

des irreversibles han permitido desarrollar procedimientos de reanimación, de atenuación o supresión de la sensibilidad del enfermo ante su mal. Ello ha obligado a trasladar del espacio íntimo al público el penoso tiempo de la muerte. Morir se convierte en un acto de intensa soledad que tiene, como espectadores, a unos cuantos funcionarios médicos accidentales y, como entorno, un universo mecánico de tubos y pantallas inmerso en una atmósfera aséptica. El paradigma internacional de esta medicalización de la muerte lo había constituido el fallecimiento de Francisco Franco, cuya muerte larga y agónica fue una manifestación particularmente descarnada de un proceso de deshumanización del morir que un historiador francés, Philippe Aries, desentrañó en origen y causas en dos memorables libros aparecidos en estos años. Sin embargo, el traslado de José María de Madrid a Mondragón no es indicio exacto de tal fenómeno. Todo lo contrario, es reflejo de la posible atenuación de éste. José María va a morir a un hospital porque precisa de unos cuidados que sólo allí puede recibir y porque esa muerte no está firmada ni sellada. Es cuestión de un tiempo imposible de prever, quizá semanas, quizá meses. Y va a morir en compañía de sus seres queridos, a un edificio que diez años antes aún acogía la Escuela Profesional, que él había comprado con un préstamo de la Caja de Ahorros Provincial en un lejano 1951. Acude a morir a su casa mondragonesa, esa casa que forman la Torre Eguzki, la parroquia, la Escuela Politécnica y los pabellones de las cooperativas.

Y va a estar rodeado en ese viaje por las personas a las que quiere y que le quieren: sus hermanos y sobrinos; sus discípulos y amigos, sus compañeros de la parroquia. Acude a Mondragón a iniciar el tránsito definitivo según la forma honorable y característica de la Edad Media, como un proceso ritualizado de desprendimiento de la vida, de despedida de los seres queridos, de manifestación de las últimas voluntades, de acompañamiento espiritual del moribundo. Un proceso que había pervivido en las sociedades campesinas occidentales hasta fechas muy recientes y que seguía aún viviéndose en el campo vasco en que había nacido, si bien allí también remitía al compás de la modernización de la sociedad rural. Cuando otro historiador francés, pocos años después, decidió volver sus ojos desde la anónima materia social al hombre como sujeto preeminente de la historia, eligió para ello la biografía de un conocido guerrero altomedieval que comenzó, precisamente, narrando su muerte. Así, la llegada de José María a Mondragón tiene algo de Edad Media trasladada a la Contemporánea, algo de campo injertado en la ciudad. Algo afín a su biografía hay en este momento final de su muerte. Algo de ese hombre que, educado en una visión rural e integrista de la sociedad (medieval, a fin de cuentas), acaba liderando un movimiento social pletórico de civismo y modernidad.

Algo de ese hombre que pretendía rescatar el lado espiritual del hombre en el tiempo de mayor cambio tecnológico de la historia.[43]

El viaje definitivo

El 4 de noviembre, recién llegado al Centro Asistencial, sufre una repentina recaída anímica. Confiesa a Jesús Larrañaga: «vivo sin aspiraciones, sin objetivos ni esperanza, en un semisuicidio, ¡a lo que llega el hombre!». Pero de un día para otro resurge y recupera la esperanza, trata de retrasar el encuentro con la muerte, la rehuye... Unos días después cuenta a José María Mendizabal: «Yo no he podido estar nunca sin pensar. Sano o enfermo, siempre he estado pensando». Y así pasa estos días finales en Mondragón. Da vueltas a un concepto que ha ido dando forma en los últimos meses, el «humanismo pedestre», con el que reivindica la vuelta a unos valores que están siendo arrinconados por la sociedad de consumo: amistad, convivencia, comunicación, afecto, diálogo. Los valores del cooperativismo y su particular socialismo cristiano. Comparte esas reflexiones con sus discípulos, con una mirada lánguida y poca fuerza en la voz: «Ya hemos ensalzado demasiado ciertos valores, la eficacia en el trabajo sin límites, la rentabilidad, desarrollo, crecimiento, pero ya es hora de que pongamos otros valores en sustitución y demos primacía a la amistad, la convivencia, la comunicación. Ese ver en los demás un algo que está por encima de todos esos valores fungibles».

Son reflexiones de meses atrás que vuelven a estar presentes ahora en pequeñas sentencias que decide escribir, que hila sin continuidad narrativa, sobre sus clásicas cuartillas rectangulares de la Escuela Politécnica, a modo de las fichas que ha elaborado durante casi cuarenta años para sus charlas, escritos, clases y sermones. La invasión de la política, la sociedad sin clases, la tercera edad son los asuntos sobre los que se detiene. Y, por encima de todo, el hombre: «la clave está en la conciencia de cada sujeto, persona o colectivo... y por tanto ayer, hoy y mañana los procesos de revolución o evolución dependen de estos sujetos (...) No nos olvidemos del hombre para la revolución, ni en la revolución, ni en la construcción...» No termina los párrafos, tiene prisa por dejar constancia de otra idea. Inicia un nuevo tema que titu-

---

[43] AJMA, C85: *Informaciones de la E.P.P.,* nº 84, 7-10-1976, AHCFJD, Historia Clínica nº 196.930: «José María Arizmendiarrieta»; Leibar: «José María Arizmendiarrieta», p. 23. Los estudios citados de Philippe Aries son: *Essais sur l'histoire de la mort en Occident du Moyen Age à nos jours,* Éditions du Seuil, Paris, 1975 y *L'homme devant la mort,* Éditions du Seuil, Paris, 1977 (de este último he tomado las referencias a la nueva modalidad de muerte moderna, tan opuesta a la antigua, esp. de sus pp. 13-36 y 554-608). La biografía que cito es esa preciosa miniatura medieval de Georges Duby: *Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde,* Fayard, Paris, 1984; un estudio clásico del ritual fúnebre vasco, centrado en una localidad vecina a Barinaga y contemporáneo de esta época (aunque fundamentalmente centrado en el ritual *postmortem)* es el de Douglass: *Death in Murelaga,* esp. pp. 19-82.

la: «Realistas y pragmáticos» y que redacta telegráficamente. Ahora sólo puede ir rápido, tiene que apuntar lo fundamental y luego contar con que haya tiempo para poderlo desarrollar. En él reflexiona sobre ideas que ya ha plasmado en anteriores escritos: la potencialidad del pueblo vasco para guiar a pueblos subdesarrollados, carentes de recursos pero capaces de salir adelante de la mano de ideales comunitarios, solidarios, cooperativos.

Pasan los días. Escribe con la misma fiebre con que escribía sus *Annotationes* en el otoño de guerra de 1936, sus hojas volantes en los fríos años cuarenta, sus boletines de las cooperativas de estos últimos años. Tiene las ideas claras, pero ahora ha de concentrarlas, sintetizarlas, desnudarlas. Pasan los días. Su estado es cada vez peor. Perfila nuevas reflexiones destinadas a la Memoria de Caja Laboral, la misma que preparaba puntualmente por estas fechas, cara a la Navidad, como valoración anual de la marcha de la experiencia. «Socialismo y libertad (...). Más miedo al cambio que deseo de reforma. Pesa más el miedo que la esperanza.» Analiza el presente de transición a la democracia, escribe con esperanza acerca de la experiencia cooperativa y «la idiosincrasia de nuestro pueblo, práctico, pragmático, solidario...». Apenas puede seguir. Tiene pendiente a todo el equipo médico del Centro, encabezado por los doctores Bartoluzzi y Galarza, pero su salud se deteriora por momentos. Los fármacos que recibe para tratar la cardiopatía le generan un encharcamiento pulmonar. Se le practican dos punciones para descongestionar de líquido su aparato respiratorio, pues siente que se ahoga. Los que le rodean no perciben, sin embargo, queja alguna. Los médicos le ruegan que descanse, pero cuando recibe una llamada telefónica trata de contestarla para así saber, comunicar y agradecer. Una de ellas es la de una religiosa mercedaria a la que ha acompañado espiritualmente durante años y que le había visitado en Madrid. Nada más ponerse al teléfono, con voz entrecortada, le agradece lo bien que se había portado con él unos meses antes. Tal era su estilo de vida. Generosidad hasta el extremo.[44]

«Quien investigue un poco en la vida de D. José María, fácilmente descartará toda motivación humana y se convencerá muy pronto de que solamente la gloria de Dios, el amor a Jesucristo y a su Iglesia junto con un desprendimiento radical de sí mismo, amor de Dios traducido en amor al hombre, en interés y sacrificio constante por el hombre, fue el gran móvil de su obra.» Sentencia de Joaquín Goicoecheaundía

---

[44] AJMA, C104: Últimos manuscritos, 26-10-1976 a 26-11-1976; C85: Últimas fichas manuscritas, sin fecha (oct-nov. 1976); *Informaciones de la E.P.P.,* nº 87, 24-11-1976; Larrañaga: «Los últimos pensamientos para el T.U.», pp. 80-82; *Interioridades de una utopía,* p. 59; Mesa redonda sobre José María Arizmendiarrieta, *T.U.,* 297, noviembre de 1986, pp. 32-33; Mendizabal: «D. José María sacerdote», p. 99; Leibar. «D. José María Arizmendiarrieta», pp. 28 y 50-52; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonios 8 y 16, pp. 29 y53; ampliado con JMAFO21.

hecha unos años después. «Nadie pudo superarle en generosidad, en quedar en último lugar, en descansar menos, en beneficiarse menos, en consolar más, en quejarse menos, en amar más... No, aquí no daba paso a nadie, todo lo quería para sí. Arrastraba a los demás en esa desenfrenada carrera hacia lo infinito, hacia lo eterno, *haciendo holocausto de su vida,* que la exhalaba ardientemente, hasta la última gota.» Sentencia de José María Ormaechea, hecha en este mismo año de 1976. Reflexiones acerca de un mismo hombre, hechas por alguien que lo educó y por alguien que fue por él educado. Reflexiones simétricas acerca de un estilo de vida regido por una máxima vitoriana a que se aplicó diariamente: «La santidad sólo es posible por la vía del sacrificio». Un estilo de vida que es definido por el educador recurriendo al mismo concepto bíblico utilizado por el educado. Goicoecheaundía afirma, en una de sus meditaciones sobre la Cruz destinadas a la formación de los sacerdotes: «Desde el primer momento de su existencia terrena (la Encarnación) Jesús se ofreció al Padre, aceptando su voluntad, en holocausto perfecto, sustituyendo a los sacrificios y holocaustos de la Ley Antigua». José María dio a su vida una trascendencia sustentada en la imitación de Cristo. El escritor Claude Roy tiene una frase de (inconscientes) ecos teilhardianos que puede aplicarse a la vida que ahora se está yendo en una fría habitación de hospital: «Hay un sol sobre la tierra: depende de nosotros que no se ponga jamás. No se trata de hacer una obra maestra de nuestras vidas, sino de las vidas de los otros». Tal fue el talante que este hombre aplicó a su vida: ser cauce de perfección de los que le rodeaban.

Tal es la dimensión de vida que eligió José María. No es necesario el cristianismo en que él la encauzó para ser comprendida. Se trata de una dimensión espiritual que excede el continente de la religión, que se dirige a lo más íntimo y, a la vez, común que tienen los seres humanos. En su mesilla de la Clínica de la Concepción había colocado un díptico que mostraba el Vía Crucis, devoción muy cultivada en la piedad del Seminario de Vitoria. Se trata de un hermoso trabajo de madera, pequeño, en el que las estaciones de la Pasión de Cristo son representadas en pequeños grabados con forma de medalla de plata. José María adecuó siempre su vida a la imitación de Cristo y, por ello, en este tramo final, asumió su lecho de dolor como un personal Vía Crucis. La espiritualidad de Vitoria contemplaba la Pasión como un proceso de depuración hacia el encuentro final con Dios. Un proceso que implicaba un abandono de todas las amarras humanas del creyente, especialmente de sus miedos: al dolor, a la soledad, a la incertidumbre. José María había meditado, orado y reflexionado en torno a la muerte y el duelo en multitud de ejercicios espirituales y retiros de su vida. Y había hecho experiencia de ello acompañando a infinidad de enfermos y ancianos como parte de sus obligaciones sacerdotales.

En el huerto de Getsemaní, en la soledad arrasadora, aflora la naturaleza más humana de Jesús. No quiere sufrir, desea que pase el cáliz del martirio sin tener que probarlo. Tal naturaleza es la que impera en todo hombre, sacerdote o seglar, sólo mitigada por la oración. José María vive inmerso en ella y tal es el recuerdo que los que le acompañaron han transmitido de este último tiempo. La fe cristiana en la resurrección convierte una tragedia histórica, la muerte de Jesús en la Cruz, en signo de la trascendencia del ser humano. La Cruz pasa a ser un hecho de esperanza, a ser –cita Goicoecheaundía– «el compendio, no solamente de las verdades predicadas por Cristo sino también de las virtudes practicadas por Cristo y elevadas en la Cruz hasta la apoteosis». Así, «el Cristo de la Cruz es (...) TODO». Durante toda su vida José María ha realizado un ejercicio de negación de sí mismo, especialmente en el espacio público. Se ha declarado siempre un mero acompañante, una persona que ha guiado los pasos de unos jóvenes inquietos y les ha acompañado guiando sus capacidades y anhelos. Ha desdibujado su vocación de *maestro de las vidas de los otros,* por recordar la idea de Claude Roy. La experiencia cooperativa es el resultado más singular de esta vida de renuncia según el modelo de Cristo. Pues bien, ahora le llega la hora de alcanzar la Cruz en tanto que ese *todo*. Ahora le llega el momento de renunciar incluso a esa labor silenciosa de acompañamiento que se había concedido. Ahora le llega la obligación de renunciar a *todo* mediante la aceptación de la muerte.[45]

«Ya no hago falta», comentó Rufino Aldabalde en enero de 1945, cuando se enteró de la buena marcha de su obra parroquial, postrado en la cama por la enfermedad que le llevaría a la muerte. Temía personalizar la obra que había creado. Pronunció estas palabras bajo un cuadro de Cristo que le había regalado un joven comunista con quien había trabado gran amistad. «Aquel cuadro evocaba [a Aldabalde] el pensamiento de la inmensa masa obrera, a quien amaba con fervor. Los obreros constituyeron una de sus grandes obsesiones, hablaba de su conquista con frecuencia y con gran entusiasmo y a su conquista dedicó las energías de su juventud.» Murió a los cuarenta años, en la Pascua de Resurrección del año en que terminó la más atroz de las guerras de la historia. Ahora, 31 años después, el más aventajado de sus discípulos en este apostolado obrero, que había llegado a trascender éste convirtiéndolo en un auténtico movimiento social, practicaba, sin pronunciarlas, las mismas palabras. Había definido el movimiento

---

[45] AJG, Carpeta José María Arizmendiarrieta, «Homenaje a D. José María Arizmendiarrieta», p. 2; Ormaechea: «Perfil humano», p. 11; Goicoecheaundía: *Antecedentes históricos del Movimiento...,* pp. 64-66, esp. 66; *Retiros espirituales para sacerdotes,* pp. 98-109; Mendizabal: «D. José María sacerdote», p. 99; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...,* p. 154 [dato confirmado en JMAFO20]; Garay: *La Cristología en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 230-258 y 267-271; y la cita en Claude Roy: *Le soleil sur la* terre, Julliard, París, 1956.

cooperativo de tal manera que, siendo insustituible, había dejado de ser imprescindible. Algo que sus propios discípulos reconocieron inmediatamente después de morir y que su evolución posterior ha demostrado.[46]

Liberado de la pesada carga del liderazgo cooperativo desde al menos la primavera en que tuvo lugar su reunión con sus discípulos, se encuentra preparado para la impersonalización definitiva (que es también la inmolación definitiva). Ha completado su proceso de desprendimiento espiritual de la persona, del yo. Es consciente de su fin, y así lo manifiesta cuestionando los ánimos que su médico personal, Balanzategui, y los otros cuidadores le dan en estos días de noviembre. No tiene miedo de la muerte. Charla sobre ella en algunos momentos, con los discípulos que le acompañan, como materia de discusión cuya importancia hace pareja a la del cooperativismo o la jubilación. «Le recuerdo los últimos días del Centro [Asistencial] hablando con él cercano a su muerte hasta que falleció. Profundicé en problemas de fe, a la que él se agarraba (...) como derivación de su profundo cristianismo», cuenta uno de ellos. Balanzategui recuerda uno de esos breves momentos: «Me dio una teoría que a mí me ha servido para tranquilizarme. Él venía a decir: "mira, yo creo, pero lo que no sé es qué es lo que hay luego, eso ni yo ni nadie sabe. Pero no me importa porque yo creo que lo que me he planteado hacer en esta vida, haya algo o no haya algo, [...] es bueno. Entonces no tengo por qué condicionar mi labor aquí por si va a haber premio o castigo luego..." [...] Yo no sé si amaba a Dios, pero sí amaba al prójimo». Este testimonio oral puede reelaborarse así: amaba a Dios a través del prójimo, máxima fundamental de la espiritualidad encarnacionista que profesaba. Según Jesús Garay, uno de los exégetas de ésta: «amar a los hombres es amar, sin más, a Cristo, porque Él se ha identificado con ellos: "Lo que hicisteis con ellos, lo hicisteis conmigo". (...) Amor a los hombres (...) debe traducirse en compadecer a los que sufren, llorar con los que lloran, compartir las cargas de los agobiados». Por esto manifestaba la sensación de que se iba con el deber cumplido, dejando un movimiento social que se perpetuaría gracias a los discípulos que había formado, aquellos cuyas vidas había pulido y perfeccionado.

El 10 de septiembre de 1936, en el comienzo de la Guerra Civil, había plasmado en euskera, en sus *Annotationes,* su anhelo por llegar a

---

[46] «Así fueron sus últimos días...», *Surge,* nº 28, 1945, pp. 98-100; Javierre: *La aventura de ser hoy sacerdote,* pp. 577-591; *insustituible* pero no *imprescindible* en Ormaechea: «Perfil humano», p. 12 y Román Balanzategui en la entrevista de José I. Mora en *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, pp. 42-43. Véase lo que escribió otro de los discípulos, Juan Leibar, en los días posteriores a su muerte: «D. José María se nos ha ido, y, sin embargo, todo funciona como si estuviera presente, como si nada hubiera pasado». (Leibar: «Agur», p. 85).

ser simiente de algo, no sabía de qué, pero algo que lograra vencer a la muerte, que perpetuara su existencia en otros. Deseaba que hubiese otros que lloraran en su tumba, cuyas lágrimas regaran la tierra en que estuviera enterrado e hicieran brotar de nuevo vida. Este legado era particularmente difícil de conseguir por los sacerdotes, a los que el celibato les impedía formar una familia propia. Sin embargo, cuarenta años después, su sueño de entonces se veía cumplido. Había logrado formar una familia de discípulos que lo tenían como padre. Sabía que esa familia le honraría y, sobre todo, le lloraría. Y que de esas lágrimas brotaría más vida. La vida de los miles de socios de las cooperativas, socios que en muchas ocasiones casarían entre ellos y concebirían hijos y seguirían dando, así, vida.

«La muerte no representa para mí un momento y un desenlace desgarrador. La verdad es que la muerte, cuando se quiere vivir con arreglo a unas convicciones cristianas y siendo uno auténtico a sí mismo y no precisamente queriendo representar un papel de escena, no es desde el punto de vista natural, como término, lo más pesado y triste. Y desde el punto de vista cristiano y sacerdotal es una liberación. Debo confiar que Dios tenga bondad y misericordia conmigo y más si me esfuerzo en ser sacerdote y apóstol.» Son reflexiones que había apuntado en unos ejercicios espirituales de septiembre de 1952, hacía veinticuatro años. Reflexiones que permiten adivinar qué podía pasar por la cabeza de este moribundo, qué le permitía afrontar la cercanía de la muerte. Había tenido ojos para ver la Pasión de Cristo en los obreros, los pobres, los enfermos, los ancianos, los niños, los jóvenes, las mujeres... De su contemplación había concebido el movimiento cooperativo. Y, así, iba muriendo en una paz ganada tras una vida de guerra y sacrificio. «Sabía que la vida se le esfumaba, que la había derramado a manos llenas, pero sus rasgos esenciales de virtud no se modificaron en ningún momento. Siguió animando, endulzando la vida de los que le visitaban, para que no sufrieran», recuerda Ormaechea.[47]

---

[47] AJMA, C5: Cuadernillo *«Annotationes et decreta moralia ad usum privatum»,* manuscrito, entrada *«Malkoz...»,* 1936-9-10; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonio nº 12, p. 39; Román Balanzategui en la entrevista de José I. Mora en *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, p. 42; ampliado con JMAFO18 [de donde tomo la transcripción oral] y JMAFO19; Garay: *La Cristología en la espiritualidad de Vitoria,* pp. 255-258, esp. 256; Tellechea Idígoras: *El otro D. José María,* p. 155; Ormaechea: «Perfil humano», p. 12; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos...,* pp. 186-187 (este autor explica el comportamiento de José María ante la muerte a la luz de la tipología psicológica fijada por William Herbert Sheidon). «Cuando murió quedó como 15 años más joven». Con estas palabras me cuenta Eulogi la impresión que tuvo a los pocos minutos de que expirara. Sus facciones se relajaron, se le fue el sufrimiento, el dolor y la tensión de la vida. Y descansó. La imagen tiene importancia y por ello la recojo [tomado de JMAFO15-II]. La experiencia de José María confirma, al menos en su caso, las observaciones sobre la distinta forma de sufrir y morir de creyentes y no creyentes que expone el psiquiatra Luis Rojas Marcos: Nuestra *felicidad según un Chamán de Nueva York,* Espasa, Madrid, 2000, pp. 141-142.

La sed, saciada

25 de noviembre, jueves. Ante la gravedad de su estado recibe los últimos sacramentos. Confiesa con uno de sus compañeros de parroquia, Pablo Barrena. Dicta su testamento, en el que destina el dinero que le habían ahorrado sus discípulos al pago de sus gastos médicos, y se desprende de sus escasas pertenencias, que reparte entre sus discípulos, sus amigos y su familia: por aquí un reloj, por allá una pluma, alguna obrita de arte regalada por Oteiza, unos libros... Javier Etxeberria, nuevo párroco tras el fallecimiento de Iñarra, se encarga de acompañarle en la agonía. Este mismo día comienza a decaer ostensiblemente, amodorrándose la mayor parte del tiempo.

26 de noviembre, viernes. Pide a Eulogi, siempre a la diestra de su cama, que le de la vuelta al cuello desgastado de una camisa. Sabe que no va a poder hacer uso de ella, pero necesita tranquilizar a los que le rodean y manifestar que aún está vivo. Los médicos han decidido no hacerle más curas porque le suponen un insufrible dolor que no conduce a nada. La modorra en que cae es tan profunda que, en ocasiones, da la impresión de que ha exhalado su último aliento. En uno de estos momentos queda inerme sobre el lecho. Las monjas y mujeres que le rodean comienzan a rezar. Todos los que están en la habitación se sumergen en la angustia, Balanzategui se acerca y percibe que sus ojos, cerrados, tiemblan. Ve que aún hay vida en su interior. Cuando todos marchan tras rezar y darle por muerto, su fiel médico queda solo y ve cómo abre los ojos. Le pregunta por qué ha actuado así y contesta que sentía pudor por cortar la oración que estaban haciendo por él. Alfonso Gorroñogoitia recuerda la perplejidad que le causaba esta resistencia suya a morir, esta pelea denodada por vivir. Se ha desprendido de todo, sí. Ha culminado ese ejercicio de «purgación» de que hablaba San Juan de la Cruz. Pero este desprendimiento de la vida que ha hecho no es pasivo, no es una dulce entrega a la muerte; es activo, pues tal es su personalidad y no puede renunciar a ella. La muerte tiene la capacidad, cuenta Philippe Ariès, de devolver a cada individuo a su esencia, a la plena razónde sí mismo. Y José María es, en su plena razón, un hombre de acción, un vitalista, un luchador, un guerrero.[48]

Por ello, incluso a las puertas de la muerte, es incapaz de no intentar aspirar las últimas bocanadas de la vida, de no luchar y, por lo tanto, de no pensar. Este mismo día 26, venciendo el cansancio y el dolor que le consume, yacente, garabatea nerviosamente sobre sus tra-

---

[48] AJMA, 85: «Enfermedad de D. José María. 29 de Noviembre de 1976», borrador de hoja informativa de la E.P.P. 29-11-1976; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...,* p. 12; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 9; Ormaechea: «Perfil humano», p. 12; Román Balanzategui en la entrevista de José I. Mora en *T.U.,* nº 297, noviembre de 1986, p. 43; ampliado con JMAFO18, JMAFO19 y JMAFO21.

dicionales fichas su último escrito. Son reflexiones destinadas a una Memoria de Caja Laboral que nunca terminará. Pero necesita escribir, comunicar. Tal ha sido su vida. Tal ha de ser su muerte. Las palabras están quebradas, descompuestas en letras alargadas que permiten apreciar, sin embargo, su caligrafía de siempre, estilizada, ordenada, limpia. Escribe en el euskera vizcaíno que le fue propio al nacer, la lengua del terruño, de la patria de la que nació y a la cual va a volver:

«Ezkuz esku, buruz, buru, indarbarriturik
lanean elkarturik, lanaren bidez
gure lurralde estuan denontzako
gizabide bizigarritzagoek eratuko ditugu
eta lurralde au edergarrituko dogu.

Gure kidetasun barrietan txertatuko ditugu
auzo ta erri; erri ta bezte guztiak: "Aurrera beti".

Iñor iñoren otsein ezjaun izan al dezaken
danok danontzako suilletan, eginkizunetan
jokabide berriak onartu bear ditugu.

Auxe izango da gure alkartasun gizatsua eta
aurrerapidetsua –gure erria erriaren indarrez
jaso dezakena–.»

Avanzar «mano con mano, mente con mente», para «unidos en el trabajo», crear «entornos más humanos». Injertar «la aldea y el pueblo» en muestra nueva igualdad». Y para ello un lema, el mismo que le sirvió primero para trabajar por la cultura vasca y, luego, por los derechos inalienables del obrero: *«Aurrera beti» (siempre adelante).* Adelante. El futuro. La esperanza. Nunca mirar atrás. Nunca quedarse parado, y mucho menos gimiendo las heridas del pasado, personales o colectivas. Nada de nostalgias y nada de lamentaciones. Nada de emponzoñar el presente con el pasado. Nada de quedarse en la fácil autocomplacencia que genera la mirada retrospectiva. Resulta curioso que algo (no todo, desde luego) de este mensaje sea el que, en estas mismas fechas, anime a la clase política de entonces y la oriente por el camino de olvidar, perdonar, no mirar atrás con ira. Un camino de reconciliación luego mitificado como Transición que se buscó en el futuro, no en un imposible consenso respecto del pasado. Pero este mensaje obsesivo acerca del futuro no es en José María coyuntural. El hombre que lo escribe ahora había escrito y pregonado lo mismo hacía diez, veinte, treinta años.

Reivindica una «unión humana y progresista», destinada a «levantar el pueblo con la fuerza del pueblo». *Trabajo, Unión, Futuro, Pueblo.* Aún le queda por poner algo más antes de que el cansancio le

impida siquiera agarrar el papel y la pluma, una pluma que ya no es suya, pues la ha regalado, porque nada le queda ya. Aún necesita una bocanada más de aire con que llenar sus pulmones, semiencharcados, punzados, y escribir:

«Aurrera egiteko, aldakuntza
estua zabaltzeko, biotzez zabaldu
lurraldeak nasaitzeko, gizabideak ugaritu»[49]

Avanzar guiados por el corazón y la convivencia pacífica, y así prosperar, progresar, «ensanchar las tierras»... Sentencias que desvelan el humanismo que ha guiado su obra, el mismo con el que se va desprendiendo de la vida.

28 de noviembre, domingo. Rodeado de parientes y amigos, entra definitivamente en agonía. Es una agonía dolorosa, inquieta, tensa. Al mediodía aparece el Ministro de Trabajo, su buen amigo Álvaro Rengifo, acompañado de su esposa. Está amodorrado pero recupera la consciencia y charla con él acerca de la Ley de Cooperación. Ignora la muerte, se resiste a ella, se agarra a su pasión por saber, por conocer, por compartir... por vivir. El matrimonio queda a solas con él. Rengifo contempla sus ojos, que luego recordará como su gran nota característica, auténtico espejo de su alma. Sólo uno de ellos está vivo, lo que implica que por uno mostraba vida de dos. Con una voz casi imperceptible, físicamente consumido, le confía cómo vive su fin: «mirar atrás es una ofensa a Dios; hay que mirar siempre hacia delante».

«Siempre hacia delante». El mismo lema que ha garabateado dos días antes. El mismo que le ha acompañado durante toda la vida. La

---

[49] AJMA, C104: Últimos manuscritos, 26-10-1976 a 26-11-1976; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», p. 50; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta...,* p. 226; Azurmendi: *El hombre cooperativo,* pp. 826-827. Las traducciones completas al castellano de estos dos últimos textos son las siguientes:

«Mano con mano, mente con mente, renovados [y]
unidos por el trabajo, por medio del trabajo,
en nuestra pequeña tierra crearemos para todos
entornos más humanos y mejoraremos esta tierra.
En nuestra nueva igualdad injertaremos
la aldea y el pueblo; el pueblo y todo lo demás;
«Siempre adelante».
Nadie siervo o señor de nadie
solamente todos para todos, hemos de aceptar
en nuestras funciones nuevos comportamientos.
Ésta será nuestra unión humana y progresista
–la que puede levantar el pueblo con la fuerza
del pueblo–» (Primer texto)

«Para avanzar, transformarse
Para abrir lo estrecho, abrirlo con el corazón
Para ensanchar lar tierras, aumentar la convivencia». (Segundo texto)

empresa, el capital, el trabajo, la tecnología, la educación, la cultura, la comunicación. Su cooperativismo es una identidad de futuro. Su patria es el horizonte, el horizonte de la cooperación, de la solidaridad, de la paz, del progreso, de la liberación, de la justicia social. Adelante es la vida en el tiempo que ésta aún depare, la vida vivida al máximo. Así ha sido su vida, así ha de ser su muerte. El matrimonio sale profundamente impresionado. El Ministro camina por los pasillos del Centro Asistencial sin poder contener las lágrimas. El personal médico asiste atónito a este espectáculo: todo un ministro, rodeado de guardaespaldas, llorando mientras abandona el hospital. Larrañaga recuerda que, en estas horas de agonía, con su voz ya casi imperceptible, ayudado de la lucidez que no le abandona desde la visita de Rengifo, repite: «¡Cuántas cosas hay por hacer! Comparado con lo que se ha hecho, hay inmensas posibilidades».[50]

29 de noviembre, lunes. Llueve. Llueve torrencialmente en Mondragón. Es un frío día de fisonomía triste y desapacible. El otoño atlántico adquiere siempre, en estas fechas avanzadas, un encanto melancólico. El frío y, sobre todo, la humedad invitan al recogimiento íntimo. La lluvia otoñal comunica una vasta y sumaria tristeza a la habitación de la primera planta del Centro Asistencial donde José María permanece tenso, amodorrado a ratos. Aún reconoce a las personas pero carece ya de ánimo para hablar. Discípulos, familiares y amigos se pasean nerviosos por los pasillos del hospital y se turnan en su cuidado. Están sus hermanos, María, Patxi y Jesús. Está Mari Lourdes Azkoaga y su marido Pepe. Están Larrañaga, Ormaechea, los hermanos Gorroñogoitia... Y permanecen de continuo dos personajes. Eulogi, de cuya cabecera no se despega, y el nuevo párroco que ha sustituido a Iñarra, Javier Etxeberria. Ambos le atienden en sus escasas demandas: un poco de agua, un cambio de postura... Este singular ritual del encuentro con la muerte lo cierra un coro de monjas que, instalado en la habitación, ora insistentemente. Sin casi voz, José María reza con todos ellos.

Va transcurriendo el día. Llega el crepúsculo. Sigue lloviendo. Comienza a anochecer. Pide rezar el *Magnificat,* una de sus oraciones preferidas, cuyo rezo solía reclamar como penitencia en el confesionario. *«Magnificat anima mea Dominum. Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora me llamarán dichosa todas las*

---

[50] AJMA, C85: «Enfermedad de D. José María. 29 de Noviembre de 1976», borrador de hoja informativa de la E.P.P.; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», p. 24; Larrañaga: *Interioridades de una utopía,* p. 60; «Infatigable D. José María, descanse en paz», documento fechado el 1 de diciembre de 1976 [anécdota confirmada en JMAFO19]; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos,* pp. 134-135; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonio nº 22, pp. 71-74; «El Ministro de Trabajo en Mondragón», *Norte Express,* 30-11-1976.

generaciones, porque el Poderoso ha hecho maravillas en mí. ¡Santo sea su nombre! (...) El hace proezas con su brazo; dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos les colma de bienes y a los ricos les despide vacíos.» Las frases escapan apenas audibles de su interior. Con serenidad reza el cántico de la Virgen. La espiritualidad que profesa está fundada bajo un lema sencillo: *Ad Jesum per Mariam.* Hacia Jesús a través de María.

«Nos interesa vivir. Y... ¿a quién no? Y nos interesa sobremanera comunicar vida. Enseñar no sólo para que los hombres, nuestros hermanos, conozcan la verdad, sino sobre todo para que la vivan, para que la hagan. ¡Qué bien expresó el Apóstol este anhelo... *"veritatem facientes"!* Hacer la verdad, es vivirla. (...) ¡La vida! ¡Qué cosa más compleja es la vida! Y, sin embargo, en ella precisamente hay que colocar al Señor. Para que el problema del pan, y del amor, y el de la pureza, y el de la justicia, y todos los problemas de la vida tengan solución y sentido cristianos.» *Surge* decía esto a fines de 1941, con José María recién llegado a Mondragón. José María trató de hacer la verdad de Jesucristo viviéndola cada día, y así, viviéndola, fue su hacedor. Tal era el ideal de santidad que buscó, el que ahora, por fin, encuentra en estos minutos finales. Minutos que no son apacibles sino tensos. Como aquél al que ha seguido toda su vida, siente el impresionante abandono de la Cruz: «No me dejéis», insiste febril y angustiado, agarrándose a Eulogi y a su hermana María, contemplándolas sin apenas verlas ya. Ha vuelto a recibir la absolución de manos de Javier Etxeberria. Reza palabras de perdón y arrepentimiento. El crepúsculo lluvioso de la tarde deja paso a la noche. Son cerca de las ocho. Su último gesto, casi imperceptible, es pedir que los que le rodean, el párroco, Eulogí, Julio Gorroñogoitia, María, repitan con él el *Magnáficat. «Proclama mi alma la grandeza del Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava.»* La oración le reconforta, le muestra que no está solo.

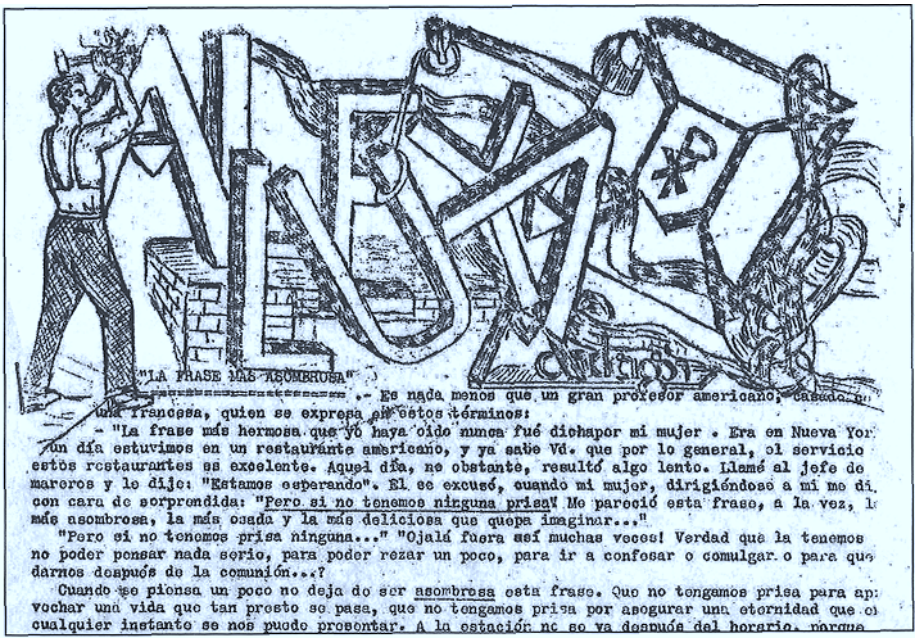
La vida huye de su cuerpo con el día que se acaba. La oración calma su inquietud y, con ella, se lleva el sufrimiento de la enfermedad. Y se lleva más: el desencanto ante los ataques a su obra; la satisfacción al contemplar el complejo politécnico desde la ladera en que se levanta la sede de Caja Laboral; la ira vertida en sus polémicas con otros sacerdotes; la esperanza al realizar la bendición del primer pabellón mondragonés de Ulgor; la alegría de ver desfilar a la primera promoción de peritos industriales de Zaragoza para recoger sus títulos de manos del Ministro; la dicha de la inauguración, ante el Obispo, de la primera Escuela Profesional; la honda emoción de su primera misa en Barinaga; el entusiasmo de las reuniones con *D. Rufino* y los *escritores* en el Seminario; las risas en la pensioncilla habilitada en Burgos; el miedo ante el juicio militar en mitad de un mórbido verano cainita; el

entusiasmo de sus composiciones euskaltzales; el frío de los pabellones de Castillo-Elejabeitia; los juegos camino de la clase de Mariano Careaga; la placidez monótona del rosario de Tomasa en el crepúsculo cotidiano de Iturbe. La misma placidez que le llama ahora en este otro atardecer, mientras recita, sin poder terminar las palabras, otro canto igual al que le acompañó en los atardeceres de la infancia.

De Mondragón a Iturbe, de Iturbe a Mondragón, de Omega a Alfa, de Alfa a Omega. Recogido en su interior, el hilillo de su respiración angustiada desaparece y con él se desprende de lo último que le queda, de una memoria de vivencias y emociones con la que marcha su espíritu. *«Nuan Jainkoangana, onetxeren urak Ito daike ene egarri gartsuak eta»*. Al comienzo de la Guerra Civil, en la serenidad de Barinaga, había cerrado así su composición *Sarraspeko Iturritxoa (la fuentecilla bajo el manantial):* «Voyme hasta Dios, porque sus aguas son las que aniquilarán mi ardiente sed». Y ahora va, por fin, a colmar esa sed que ha arrastrado durante sesenta años de vida. *«Ay, Ama»,* pronuncia al exhalar un profundo suspiro. Es el último. Un fallo cardíaco paraliza su corazón. Pasan veinte minutos de las ocho de la tarde del 29 de noviembre de 1976.[51]

---

[51] AJMA, C85: «Enfermedad de D. José María. 29 de Noviembre de 1976», borrador de hoja informativa de la E.P.P.; *Informaciones de la E.P.P.,* nº 88, 30 de diciembre de 1976; Larrañaga: *D. José María Arizmendiarrieta,* pp. 226-227; Leibar: «D. José María Arizmendiarrieta», pp. 24 y 45; Gorroñogoitia: «Apuntes sobre su vertiente religiosa», pp. 12-13; *Testimonios sobre D. José María...,* testimonio nº 2, pp. 14-15; *Testimonios de Alfonso Gorroñogoitia...,* p. 12; Sanmiguel Eguíluz: *Tres sacerdotes vascos,* p. 154; *Surge,* nº 6, noviembre-diciembre de 1941, pp. 65-68, cit. en Garay: *La Cristología en la Espiritualidad de Vitoria,* pp. 16-17. Todo ampliado y contrastado con JMAFO18, JMAFO20, JMAFO19, JMAFO15-II y JMAFO1-III. [Estas dos últimas fuentes me han ayudado a matizar el tercer testimonio oral citado, algo idealizado].



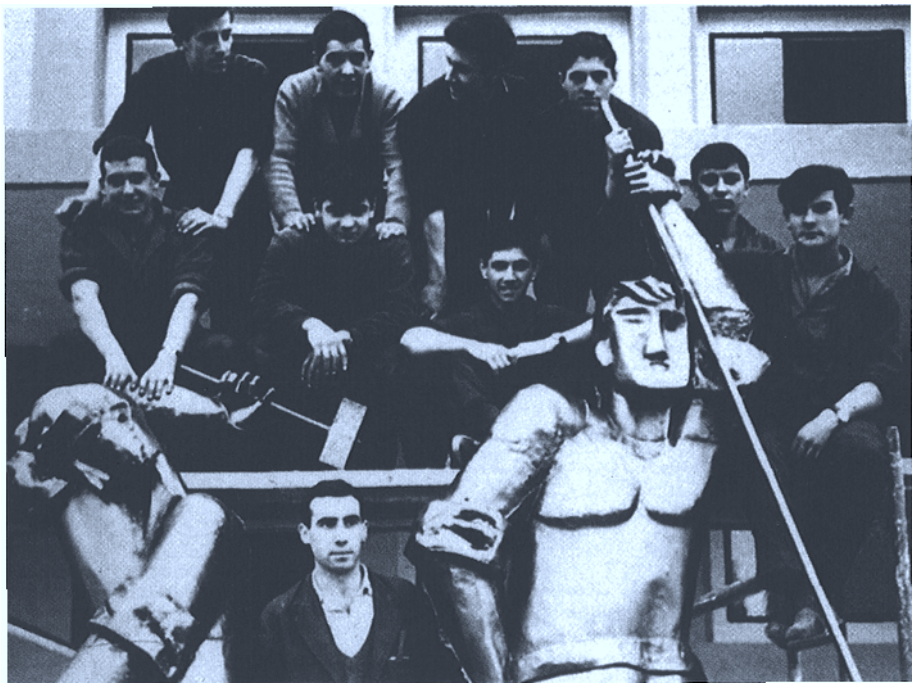
"LA FRASE MAS ASOMBROSA"

.- Es nada menos que un gran profesor americano, casado con una francesa, quien se expresa en estos términos:

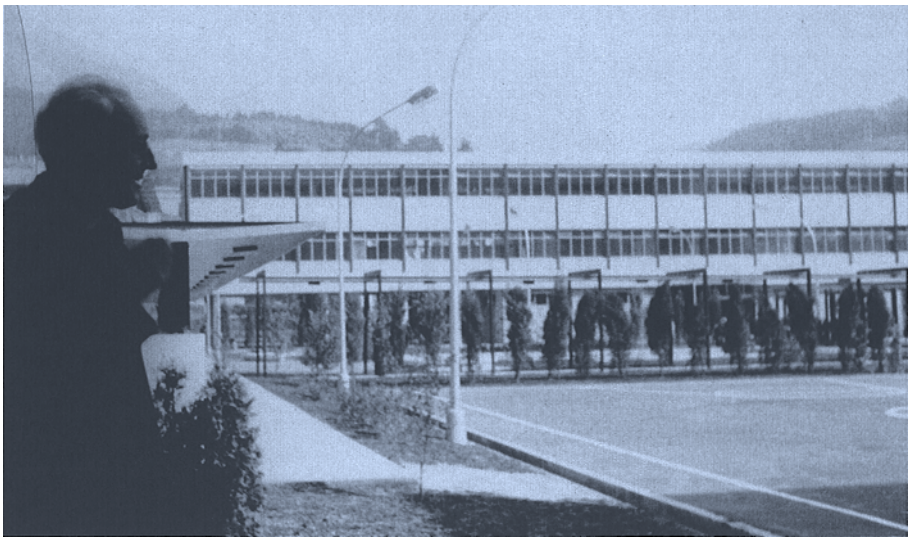
- "La frase más hermosa que yo haya oído nunca fué dichapor mi mujer . Era en Nueva York un día estuvimos en un restaurante americano, y ya sabe Vd. que por lo general, el servicio estos restaurantes es excelente. Aquel día, no obstante, resultó algo lento. Llamé al jefe de meseros y le dije: "Estamos esperando". El se excusó, cuando mi mujer, dirigiéndose a mí me dijo con cara de sorprendida: "Pero si no tenemos ninguna prisa!" Me pareció esta frase, a la vez, la más asombrosa, la más osada y la más deliciosa que quepa imaginar..."

"Pero si no tenemos prisa ninguna..." "Ojalá fuera así muchas veces! Verdad que la tenemos no poder pensar nada serio, para poder rezar un poco, para ir a confesar o comulgar o para que darnos después de la comunión...?

Cuando se piensa un poco no deja de ser asombrosa esta frase. Que no tengamos prisa para aprovechar una vida que tan presto se pasa, que no tengamos prisa por asegurar una eternidad que en cualquier instante se nos puede presentar. A la estación no se va después del horario, porque

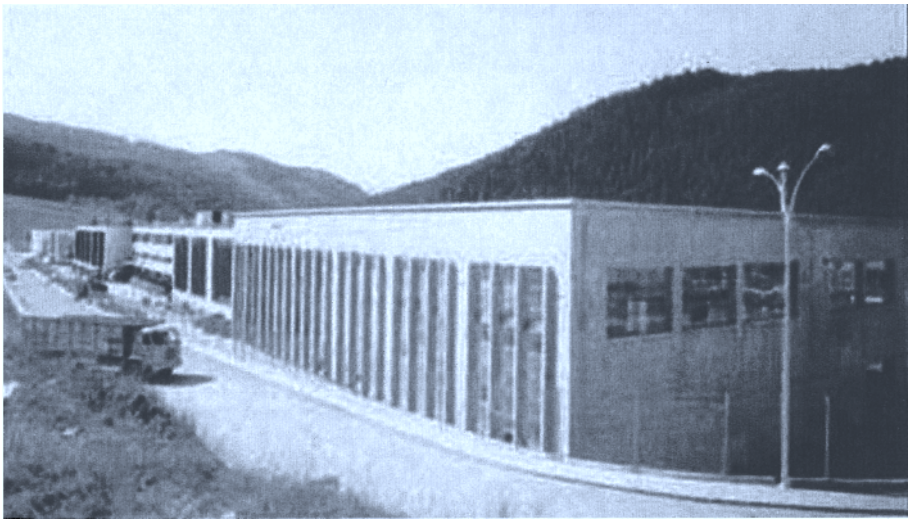


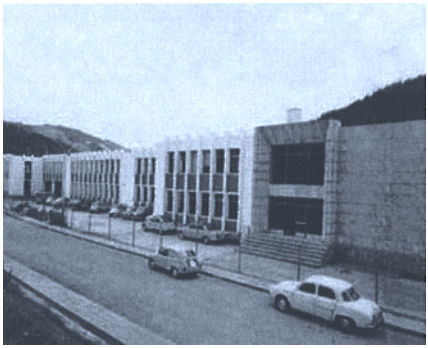
El imaginario obrero de la cultura cooperativa. En estas fotos, arriba, portada de *Aleluya,* diciembre de 1945, con un joven obrero construyendo el título de la revista; abajo, figuras de metal de dos obreros industriales construidas por los alumnos de la Escuela Profesional, que decorarían la fachada del Pabellón de Talleres y Clases Prácticas.

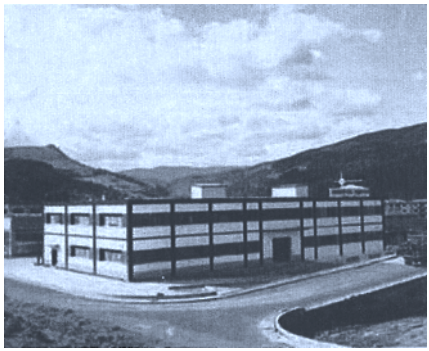


La materialización de la “Ulgoría”: contemplando la Escuela Politécnica recién construida y sus instalaciones deportivas.

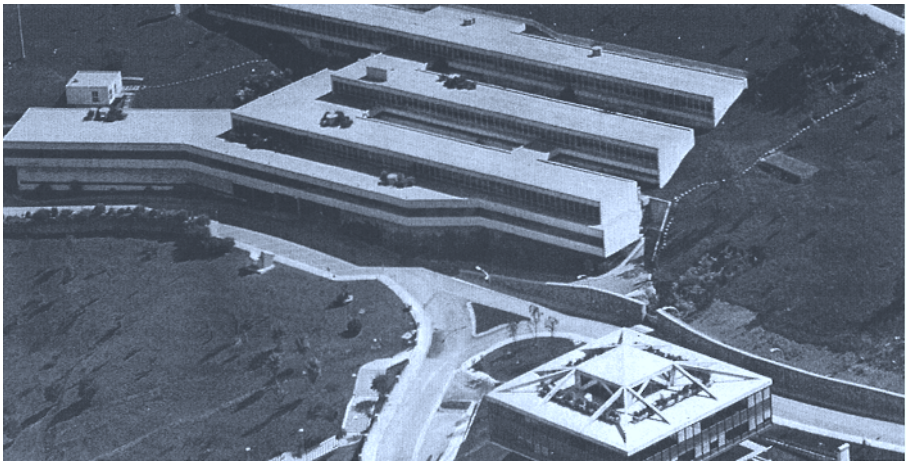
Su humilde despacho en la Escuela Politécnica: dos mesas, dos sillas, un armario, un perchero, un paragüas, un mapa, un crucifijo...

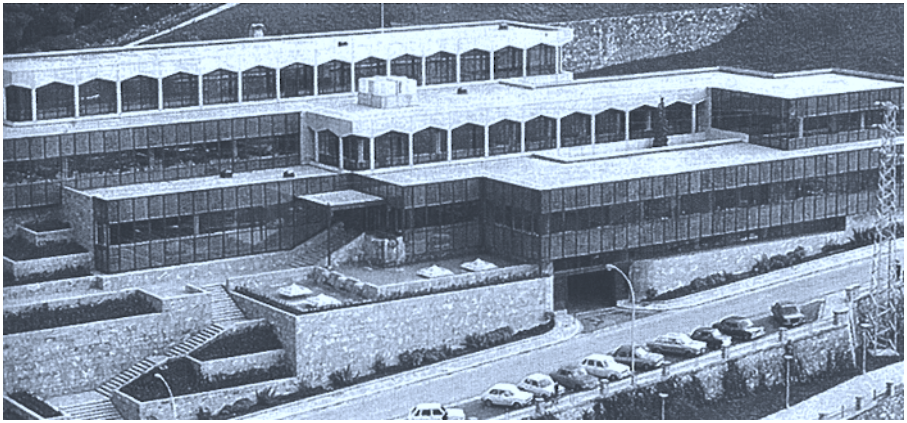






La expansión imparable de las cooperativas. Sucesivamente, de arriba a abajo: Talleres Arrasate, Fagor Electrónica, Copreci y Ederlan.

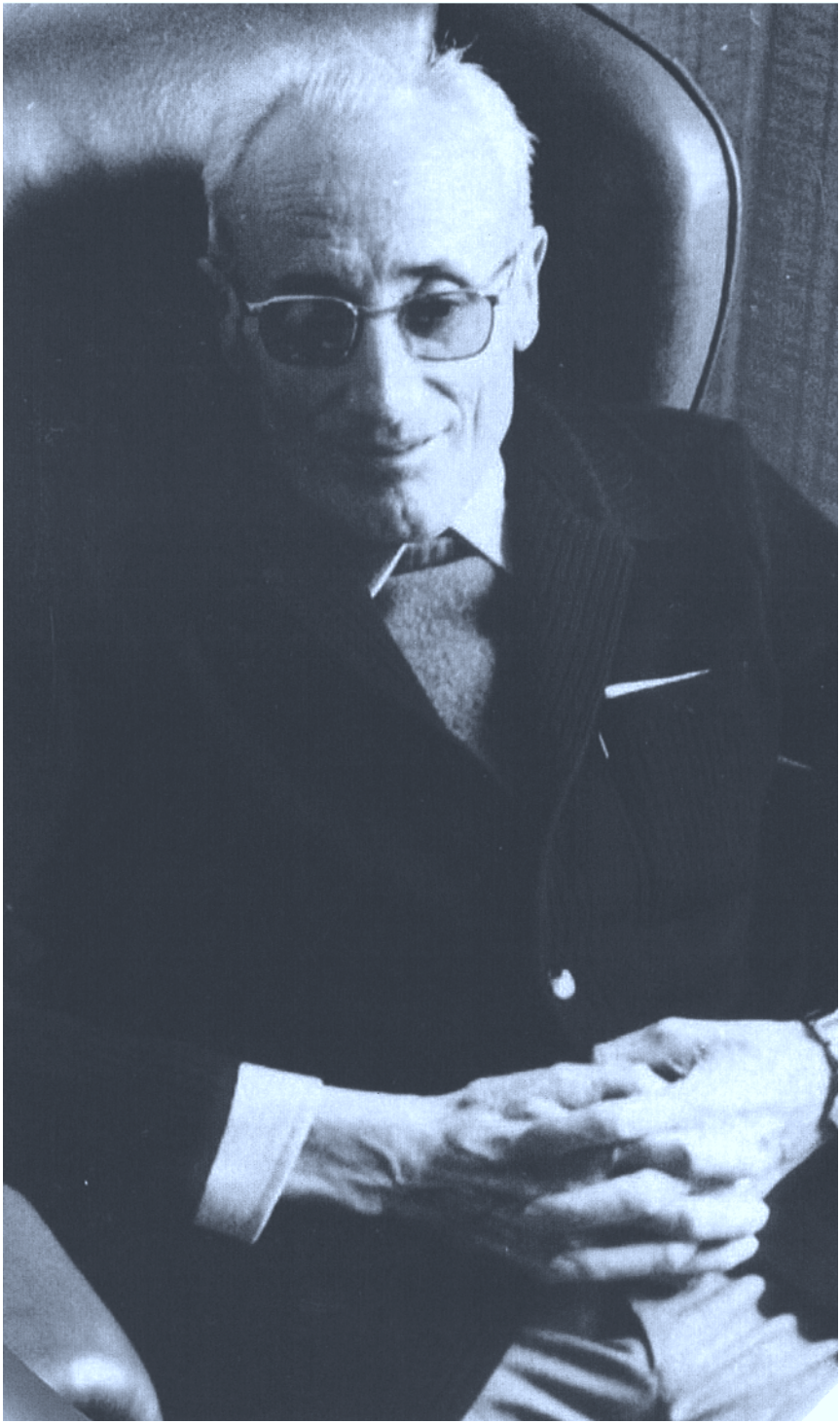




Edificios que componen el conjunto de la ladera de Olandixo. De arriba a abajo: Caja Laboral, Ikerlan y Lagun-Aro

En compañía de sus amigos Pepe Ruiz Torre y Maria Lourdes Azkoaga.

Compartiendo una velada con cooperativistas.



Sentado en el sillón de su domicilio de Torre Eguzki en otoño de 1976.

EPÍLOGO

«Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Le dice Pilato: "Qué es la verdad?"»

[Jn, 18, 37-38]

«Un obstáculo funesto a toda mejora social (...) es el prejuicio general que ha hecho (...) temer la verdad (...) que viene de Dios (...) Este prejuicio fue común a la antigüedad (...) [que] poseída por completo del prejuicio de la separación de castas, de la inferioridad de la mujer, y de la necesidad de la esclavitud (...) hubo de emplear todas las mentiras y rigores para anular en la multitud el sentimiento instintivo de libertad y dignidad, (...) convirtiendo a los hombres en instrumentos de su propia esclavitud»

[Réalisation d'une commune sociétaire d'après la théorie de Charles Fourier par Madame Gatti de Damond, auteur de Fourier et son sistéme, Paris, Capelle Libraire-Éditeur, 1841-42]

I

«Hoy, día 30, San Andrés: A las 9 de la mañana, traslado del cadáver a la Parroquia y a esa misma hora se celebrará una misa. El cadáver estará expuesto en la Parroquia hasta el entierro. Día 1 de diciembre...: A las 7 de la tarde, funeral y entierro. Será enterrado en Mondragón, en el panteón destinado al clero. *Goian begoz!*»

[Informaciones de la E.P.P., nº 88, 30-11-1976]

«La noticia del fallecimiento del P. Arizmendi –aunque vagamente esperada por su precaria salud, agravada por recientes intervenciones quirúrgicas– me impresionó dolorosamente. Cuando se nos muere un amigo, y un amigo de la dimensión espiritual del P. Arizmendi, algo de uno mismo muere también. Mi último homenaje al amigo muerto fue asistir a su entierro. Y contemplé el dolor de un pueblo.»

[José Luis del Arco: «El dolor de un pueblo», *Mundo Cooperativo,* enero de 1977]

«El cadáver se expone en la Iglesia Parroquial. Durante dos días le hacen vela diversas representaciones de las cooperativas de la zona, familiares y amigos; el desfile de la gente es incesante. (...) El día 1 de diciembre, a las 7 de la tarde, el Ministro de Trabajo, D. Álvaro Rengifo, preside los funerales.»

[Juan Leibar en *D. José María Arizmendiarrieta y sus colaboradores,* 1993, p. 24]

«Los funerales celebrados en la parroquia de San Juan Bautista han tenido gran solemnidad y marcada emoción (...). Ya se sabía que el templo parroquial iba a resultar insuficiente para dar cabida a un pueblo que, agradecido, se sumaba –en presencia y en corazón– a las honras fúnebres. Por eso no extrañó que mucho antes del comienzo del funeral todas las naves de la iglesia –de las que se habían desalojado los bancos en su mayor parte– estuvieran atestadas, a tope. Y que a las siete de la tarde pudieran contarse por miles, por muchos miles, las personas que no teniendo acomodo en la parroquia, permanecieran en las calles, en los pórticos y en la plaza para seguir el solemne acto siquiera a través de un servicio de megafonía que se había instalado al efecto con profusión de altavoces. (...)

«Entre las ofrendas, además de las de su familia (única que estuvo junto al féretro en la celebración de los funerales) (...) había una con una inscripción que realmente emocionaba: "Sus 20 primeros alumnos". (...) La misa fue oficiada por el vicario general don José Elgarresta; arcipreste don Sabino Zuazabeitia; párroco de Mondragón, don Javier Echevarría; párroco de Musakola, don Pablo Barrena, y, esto también hay que resaltarlo, por don Elías Lasuen, sacerdote que predicó en la primera misa celebrada por don José María el 1 de enero de

1941 en su pueblo natal de Barinaga (Marquina). Y don Domingo Onaindía, que fue quien, allá por el año 1927, le preparó al entonces aspirante al Seminario para aprobar el examen de ingreso de Castillo-Elejabeitia. Otros sesenta sacerdotes concelebraron el solemne funeral en el que el vicario de la diócesis dio lectura a este mensaje del obispo don Jacinto Argaya.»

[El Correo Español, 3-12-1976]

«El Ministro de Trabajo, D. Álvaro Rengifo, (...) acompaña los restos mortales de su amigo hasta darles tierra en el cementerio. (...) A hombros de los sacerdotes, de los sobrinos del finado y de los profesores de la Escuela Profesional Politécnica se lleva el féretro desde la Parroquia hasta el camposanto. A todo lo largo del recorrido se agolpa la gente para darle un sentido adiós de despedida. Es una inenarrable manifestación de duelo por un sacerdote ejemplar, un hombre extraordinario.»

[Juan Leibar en *D. José María Arizmendiarrieta y sus colaboradores,* 1993, p. 24]

«La conducción del cadáver, ya de noche, por las estrechas calles de la villa hasta el cementerio, entre una muchedumbre que flanqueaba el recorrido, apretada hasta desbordar en aceras y en los huecos de los edificios, silenciosa, con evidentes muestras de dolor y respeto, cerraba con su patetismo una convivencia que había identificado al hombre con su pueblo a lo largo de un cuarto de siglo.»

[José Luis del Arco: «El dolor de un pueblo», *Mundo Cooperativo,* enero de 1977]

«El desfile hasta el cementerio, en la noche, por las estrechas calles del pueblo, entre una humanidad que se agolpaba en aceras y en ventanas y balcones, en un silencio absoluto, era impresionante. El hombre que años atrás había sido recibido con cierta decepción y recelo era despedido en olor de multitud. Me sería difícil recordar los sentimientos que me embargaban a mi regreso en solitario al mundo agitado de este Madrid.»

[José Luis del Arco: *El complejo cooperativo de Mondragón,* 1982, P. 49]

«Vuelvo muchas veces sobre una vieja tesis mía. La Historia no la hacen los grandes señorones con espléndidos uniformes en medio de brillantes frases, cálidas aclamaciones o rumores de combates. La mayor parte de la misma está creada por personajes claves que sus ciudadanos ignoran en buena parte, y que logran que su patria, incluso que el mundo, gracias a su impulso, sea mejor. (...)

«Me asombra (...) enterarme sólo por un telegrama de agencia, publicado por un solo periódico de los once que diariamente leo –los ocho que se publican en Madrid, más "La Vanguardia Española", de Barcelona; "La Voz de Asturias" de Oviedo; y el "Hoy" de Badajoz– de

la desaparición del padre Arizmendiarrieta. Era un hombre con típico aspecto de vasco, de pocas palabras, reconcentrado y tremendamente eficaz. (...)

«Cuando alguien me pregunta si en España el movimiento cooperativo es una pura entelequia, siempre le digo: "Vaya usted a Mondragón y después seguimos la charla". El vasto complejo cooperativo guipuzcoano al padre Arizmendiarrieta casi le debe su nacimiento, desde luego su crecimiento, y lo que es más importante en estos intentos, le es deudor de su consolidación. El panorama de la autogestión en España es diferente del que pudiera ser gracias a la obra de unas cuantas personas abnegadas. Una de ellas ha fallecido ayer, y a pesar de haber alterado el panorama económico–socialde España, ni incluso la agencia Europa Press, que repartió la noticia que recoge aisladamente "ABC", se dignó publicarla en su boletín "Resumen Económico". Debe ser que de lo que es economía se tienen muchas veces rarísimas ideas.»

[Juan Velarde Fuertes: «Anotaciones Económicas. 1 de diciembre. Miércoles», *Arriba,* 7-12-1976]

«Siete esquelas, siete, en "El Diario Vasco", de San Sebastián, me traen a Salamanca la penosa noticia. Y al pie del nombre del venerado amigo, todas repiten el mismo dictado: "Coadjutor de la parroquia de San Juan Bautista". Tan reiterativa insistencia en la sobriedad frente a una figura que podía ostentar numerosos títulos, y no precisamente sólo honoríficos sino de largo alcance positivo y creador, nos ayuda a ir a lo esencial y definitorio de una vida fecunda y, al parecer, alejada de los usuales módulos de coadjutoría o colaboración con una parroquia (...),

«Treinta y cinco años escondido en el hondón del valle áspero de la industrial Mondragón, desplegando una tarea que esencialmente se define como educadora y pedagógica (...). Educación que arranca de la creación de una conciencia, del análisis profundo de los problemas, de la estimulación de la fantasía creadora y del tesón necesario para convertir en realidad los proyectos, y sobre todo de la involucración colectiva en la tarea común. Tal ha sido la fórmula mágica de la que han nacido logros espectaculares: lentamente, no milagrosamente. (...)

«"Siempre adelante". Tal era, en efecto, la actitud permanente de este hombre, a quien sus gafas oscuras daban cierto aspecto de invidente, pero cuyos ojos claros y extrañamente luminosos avizoraban el futuro, atisbando el año 2000 y dejando ya al presente a sus espaldas. Forjador aún más de hombres que de obras, veía en la cultura integral el resorte fundamental de la transformación de la humanidad. (...) Sin cerrarse en oposiciones estériles o en esperas inacabables de cambios profundos, sin ostentar cargos diocesanos ni nacionales, sin lideraz-

gos ni personalismos aparatosos, el modesto coadjutor de San Juan Bautista de Mondragón deja a sus espaldas una obra ejemplar, una experiencia, socialista sí, probablemente única en Europa. (...) Pocos hombres he visto en mi vida tan entregados a una obra de tan impresionante volumen y alcance, y tan despegados de la gloria que justamente les corresponde por su esfuerzo».

[José Ignacio Tellechea Idígoras: «Ha muerto un coadjutor. José María Arizmendi-Arrieta», *Vida Nueva,* 18-12-1976]

«Baserri-baserrian sortua izan arren, don Joxe Maria gurea beste bide batzuetan zehar ibiltekoa zan. (...) Mailla goreneko gozonen eduz, bariñagar onek, danik aundiena artu eban gogo betez eta erantzupen osoz, bere nagusitzaz: Jaungoikoa.

«Bigarren elburua, Jaunak berak aukeratu eta emon eutsan Erria, Euskalerria, iñork ez dakian aiñean maite izatenjakin dau. Eta ori irakatsi ere bai, ez agirian eta barriketaz, egitada etenbakoetan baiño.

«Irugarren egoerako aren garra eta lana, gozonarentzat izan da, gizonaren alde. Eta ori, ez limozna bidez, lanaren bitartez baiño. Ortik dakusagu aren atertubako ekiña gazteak argitzen, sendiak sendoagoratzen, lanbideak zortzen, lantokiak ugaltzen, obeagotzen, eta ondoren onurakorrez, erriak ondasunez ornitzen.

Lanbide-Eskolan, egin dauana joan 36 urtetan, ez dot nik mondragoarrei zetan esan. Zeuek dakizue ondoren. Eta aita inguruetako eta urruganoko errietan ere, apaiz soziologo ameslari oreen artekoa; ekonomista ikaragarria ere bait zan. (...) Ona ba emen, baserritar unibersal bat nun dogun. Mende onetanjaiotako euskaldunen artean, punterengoetan lotujaku abade au, euskal-seme au.»

[Eusebio Erkiaga: *«Aritzmendi, baserritar unibersala», T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976]

«D. José María está aquí:

En los hombres que le han relevado; porque el mérito de D. José María y su previsión certera está en haber formado equipos humanos a su estilo y semejanza, de su escuela, con las mismas inquietudes. Hombres que han hecho suyo aquel programa de vida al que se ajustó D. José María.»

[Juan Leibar: "Agur", *T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976]

«Bajo la fría piedra que cubre la losa del cementerio ha quedado descansando un corazón que se ha quemado amorosamente, sin duda, porque latió con fuerza y sin descanso. (...) Nos legó, insensiblemente, sin que nos lo dijera nunca, la noción del cómo y por qué debíamos trabajar por nuestro país, estrecho y difícil, sin hacer alardes esterilizantes. Todo sobre la base de la solidaridad y del trabajo honesto, humilde, intenso.

«Al final lo que vale –lo que queda– es la bondad. D. José María era un hombre bueno. Practicó, en tiempos bien difíciles, la tolerancia

y el respeto. Nunca fue capaz de distinguir entre teoría y práctica, y se comprometió siempre con una realidad que entendía perfectiva y sin traumas. (...) Su visión de futuro y su capacidad para arrastrar a hombres bien diversos hacen que la obra que deja tras de sí trascienda los estrechos límites de la buena intervención para insertarse en la pequeña historia que desde este presente ha vivido el Pueblo Vasco.

«D. José María no es sustituible. Su amor, su inteligencia, la capacidad de contagiar entusiasmos... no sé [lo] que nos faltará a sus seguidores, que tenemos que continuar su empresa.»

[José María Ormaechea: «Perfil humano», *T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976]

«Quizá su sentido de la trascendencia y finitud de las cosas humanas le predisponía a aceptar los retos con estilo deportivo y esperanzado. Confiaba en el tiempo, que ajusta disputas y refrigera posturas enardecidas en un momento dado. (...) Entre el todo y el nada, se inclinó por lo posible. Transcribiendo a Machado en caminante no hay camino, se hace camino al andar, se inclinó por la opción de construir, de movilizar voluntades en aras de una sociedad autogestionaria.»

[Jesús Larrañaga: «Hizo camino al andar», *T.U.,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976]

«Muchos de nosotros exhibimos con orgullo, no exento de infantil vanidad, el noble título de fundadores de esta Experiencia Cooperativa, cuando realmente el título de fundador, en singular y sin restricciones, sólo es imputable a la figura impar de D. José María, porque no en balde fue el hombre, el creyente y el sacerdote, que engendró el principio vital de todas estas realizaciones y las alentó durante su vida, impregnándolo todo con su inspiración y proyección como espíritu animador inmanente, como el alma que se desparrama en toda la realidad del hombre.

Evocar la figura de D. José María tiene el peligro de empequeñecerla si no se hace con la altura suficiente, empeño que el autor de estas líneas tiene la convicción de no poder arrostrar con el nivel suficiente. Pero lo hace, no con afanes de precisión y seguridad históricas, sino vitalmente, como pequeño homenaje de agradecimiento a un singular maestro, desde prácticamente los albores de su vida consciente. Porque realmente D. José María fue un maestro, en el sentido más noble y etimológico de la palabra *magister,* tres veces grande en su dimensión de hombre, de inspirador y de creador.»

[Alfonso Gorroñogoitia: «En memoria de un maestro», *T.U,* nº 190, noviembre-diciembre de 1976]

II

El 29 de noviembre de 1976, al fallecer José María Arizmendiarrieta Madariaga, termina este libro. En él la primera persona del historiador ha permanecido recluida a alguna observación furtiva en nota a pie de página o a alguna confesión huidiza, destinada a lograr una leve cercanía al lector. Ningún protagonismo tiene el escritor en la historia que ha contado, más allá del natural que le corresponde: reconstruirla a partir de la memoria y los documentos que a ella se refieren, contrastar los datos obtenidos y urdir con ellos su narración. La ausencia de la persona del historiador responde, además de a los criterios metodológicos aducidos ya en el prólogo, a un sentimiento que le ha acompañado en la elaboración de esta obra: pudor.

Cuando la vida de José María se apagó yo contaba con apenas cinco años. Es en ese tiempo cuando, más allá de breves imágenes fragmentarias, comienza a forjarse mi memoria personal, los restos del pasado que alimentan mi presente como ser humano. No conocí, pues, esa «sonrisa jovial, casi ingénua, realzada por su voz cantarina», ni esa mirada, escondida tras unas gafas oscuras, que refulgía con un brillo tal que impedía a muchos adivinar la pérdida de uno de los ojos. He creído, pues, que bastante trabajo tenía con reconstruir la vida que había detrás de esa voz y de ese rostro. Ya era suficiente empeño como para pretender, además, robar protagonismo a un personaje que lo precisa todo para sí. Porque ésta es su historia; mi cometido se limita únicamente a narrarla e interpretarla a la luz de su tiempo y de mi tiempo.

He mantenido la distancia y respeto que he creído necesarios para su figura. Y cuando esta vida ha llegado a su fin, los testimonios de los que tuvieron que seguir adelante en los días posteriores a su muerte eran lo suficientemente expresivos como para evitarme la tarea de abordar una historia que ya no tiene, estrictamente, vinculación con la que pretende contar este libro. Por ello he creído necesario en el inicio de este epílogo distanciar aún más al narrador, permanecer en silencio, romper el tiempo narrativo y dejar que las fuentes hablen solas, sin aditamento extra; pues incluso en su desnudez, como advierto también en el prólogo, el historiador no deja de ser el *deus ex machina* de todo, aquél que ordena sus tiempos y significados, aquél que las selecciona y juzga, aquél que transmite la ilusión de realidad sin la cual ningún libro de historia tiene sentido. Y todo para presentar un tiempo que ya no pertenece a José María, que está tomado prestado de la memoria colectiva que de él se hizo una vez murió, con el único fin de subrayar cómo su muerte, igual que su vida, no fue del todo suya, sino de toda la comunidad a la que quiso entregarse hasta el fin.

He de confesar que dos de los testimonios recogidos me han perseguido obsesivamente en la elaboración de esta investigación. La advertencia de Alfonso Gorroñogoitia acerca del peligro de empequeñecer su figura ha sido una constante preocupación durante la redacción del relato de su vida. No he adoptado medida alguna al respecto, más allá de honestidad y buen hacer. Y, sobre todo, trabajo. Cada dato, cada episodio de su vida, incluso las evocaciones de determinados momentos de ésta, están contrastados documentalmente. Nada ha sido dado por bueno, y eso que ello hubiera resultado fácil, no en vano he tenido a mi disposición un inmenso archivo personal, que me hubiera permitido hilar sin más unos documentos con otros. Pero eso sí hubiera supuesto empequeñecer su figura. El otro testimonio se refiere a José Luis del Arco regresando desde Mondragón al bullicioso Madrid, solo en su coche, sumido en el pensamiento del amigo muerto. Es imposible, evidentemente, saber lo que pensaba, ni él lo recordaba luego, pero esa imagen me ha perseguido porque, él lo confiesa, con la marcha de un ser querido perdemos un pedacito de nosotros mismos. Y así, su testimonio habla un poco de tal sentimiento de pérdida y de la dificultad para explicárselo a sí mismo, para explicarse una pérdida que siempre nos roba un poquito de nosotros mismos, pero que, a la vez, nos induce a vivir un poquito más esta vida que pasa y por la que pasamos.

Y sobre el grado de esta pérdida quiero terminar esta reflexión final en forma de epílogo. La mejor síntesis de la vida del hombre ahora ya fallecido, que reúne sus principales claves humanas e intelectuales, está en el tiempo de su silenciosa pasión. Si se desea ponerle una fecha, comienza con su traslado de la Casa Cural a una torre de veinte pisos. Su comportamiento en estos tres años finales, sus reflexiones y sus conflictos sintetizan lo que fue su vida y el fondo de ésta, anegado de una extraordinaria fe en el hombre y en su trasfondo trascendente, que él orientó a una serie de valores de signo social (y empresarial): solidaridad, cooperación, esfuerzo, esperanza, alegría, responsabilidad. La obra empresarial que fundó, denominada actualmente Mondragón Corporación Cooperativa (MCC) agrupa hoy día cerca de setenta y dos mil trabajadores repartidos en más de cien firmas industriales, financieras y de distribución, con centro neurálgico en la villa de Mondragón y el valle guipuzcoano en que ésta se ubica. A ellas se suma una universidad privada: Mondragon Unibertsitatea. MCC vive un proceso imparable de expansión internacional en países como Francia, Reino Unido, Polonia, Brasil, China o Marruecos.

Las cifras de esta experiencia cooperativa, firmemente liderada durante los años setenta y ochenta por los discípulos que la pusieron en marcha con José María, sustituidos después por una nueva generación de directivos cooperativistas, exponen, según el parámetro

capitalista al uso, un éxito absoluto que podría sustentarse en cifras y cifras, gráficas y gráficas. No voy a recurrir a ellas, pues todo ello, en realidad, carece de mayor importancia. Y es que la vida de José María no puede enjuiciarse sólo por las magnitudes cuantitativas de la obra social que creó. Como expuso en Arantzazu, en el crespúsculo de su vida, el factor económico, fundamental en su pensamiento y obra, no significa nada si se desprende de su contenido espiritual. Su obra empresarial estuvo siempre animada por una moral cristiana que conducía a una exigente ética humanista. No debe evaluarse según magnitudes matemáticas de éxito o fracaso si éstas no cuentan con una complementaria medida de fidelidad a los principios éticos que la animaron. Y esto, en una biografía, sólo compete al tiempo de vida de la persona, única e irrepetible, que se aborda. Tal es el estricto terreno y tiempo de la historia.

Ninguna de las citas que presentan este libro y jalonan las partes en que lo he dividido son, evidentemente, aleatorias. Todas pretenden guiarlo y enmarcarlo en sus sucesivas fases narrativas. Las dos que introducen este Epílogo tienen un sustantivo común capital para entender la vida de José María: la verdad. La verdad cuyo contenido intrigó a Poncio Pilatos y del que Jesús guardó silencio. Un silencio que le costó la Cruz. Jesús fue condenado por esa verdad y, tras la Cruz, esa verdad que le había transmitido el Padre pasó a convertirse en la del Hijo resucitado. La verdad que sus discípulos predicaron. La verdad de la que nació el cristianismo. Una verdad a la que el cooperativismo no fue, desde sus inicios decimonónicos, en modo alguno ajeno. El linaje de José María Arizmendiarrieta no procede de Iturbe, sino de Nazaret. A la verdad liberadora de los evangelios se entregó. La misma verdad a la que se acogieron también los primeros socialistas utópicos, los pioneros del cooperativismo, hasta que quedó, a fines de siglo, acorralada por un socialismo más racionalista y funcional, pero, también, más alejado de la verdad de Nazaret. La Iglesia buscó contestarlo con su propia doctrina social generando un diálogo polémico y, en ciertas ocasiones, enriquecedor. A este último se dedicó con afán José María, a él entregó su vida y de él nació el cooperativismo de Mondragón.

CRONOLOGÍA

1915

[abril] Nace en el caserío Iturbe (parroquia de Barinaga, Markina) el día 22. Es el primogénito del matrimonio formado por Jose Luis Arizmendiarrieta y Tomasa Madariaga.

1916

Leopoldo Eijo Garay, Obispo de Vitoria.

1917

[agosto] Proposiciones de paz de Benedicto XV para la Guerra Europea.

[octubre-noviembre] Constitución del Comité Militar Revolucionario Soviético y toma del Palacio de Invierno de San Petersburgo.

¿1918?

Un accidente doméstico le ocasiona la pérdida del ojo izquierdo.

1919

Realiza estudios primarios en la improvisada escuela parroquial de Barinaga a cargo de Mariano Careaga.

[junio] Tratado de Versalles. Fin de la I Guerra Mundial.

1920

[octubre] Inscripción ante notario de la Cooperativa Alfa de Eibar, con Toribio Echevarría como Gerente Marcelino Bascaran como Presidente del Consejo de Administración.

1922

[febrero] Fallecimiento de Benedicto XV y elección de Pío XI.

[septiembre] Apertura del Seminario Menor de Castillo Elejabeitia.

[diciembre] La encíclica *Ubi Arcano* de Pío XI subraya la atmósfera de «crisis mundial» y exalta la importancia de la Acción Católica.

1923

Zacarías Martínez Núñez, nuevo Obispo de Vitoria.

[septiembre] Golpe de Estado del General Primo de Rivera.

Desembarco de Alhucemas. Fin de la Guerra de Marruecos.

1924

Manuel de Lekuona funda la Academia Kardaberaz en el Seminario de Vitoria en el marco del *Liceum Cassiciacum* creado por él y Jose Miguel de Barandiaran, Leoncio Arabiotorre y Antonio Pildain.

1925

[septiembre] Comienza sus estudios medios en la recién inaugurada Escuela de Barriada de Barinaga, con la profesora azpeitiarra Patrocinio Uranga.

1926

[abril] Comienzo de las obras del nuevo Seminario Conciliar de Vitoria diseñado por Pedro Asua.

[octubre] El primer grupo de amistad de Rufino Aldabalde, Venancio Iceta, Joaquín Goicoecheaundía, Ramón Echebarria y Juan B. Lázpita realiza su «solemne ofrenda al Corazón de Jesús como víctimas de amor». Es la fecha de inicio del Movimiento de Espiritualidad Sacerdotal de Vitoria.

Comienza a celebrarse la festividad de Cristo Rey, promovida por Pío XI.

1927

[julio-septiembre] Aprueba el examen de ingreso en el Seminario Menor de Castillo-Elejabeitia realizado por Domingo de Onaindía e ingresa en este centro vizcaíno para realizar los cuatro primeros cursos de «Latín».

Jose Miguel de Barandiaran, Vicerrector del Seminario Diocesano de Vitoria, funda la revista *Gymnasium* (1927-1932), así como los círculos de estudio de igual nombre.

Fundación de la Asociación «Euskaltzaleak», dirigida por José de Ariztimuño; fecha de inicio del «Renacentismo» vasco.

1928

[junio] Mateo Múgica, Obispo de Vitoria.

[octubre] Rufino Aldabalde marcha al Seminario de San Sulpice de Issy-le-Moulineaux de París, donde comparte estudios con Juan Thalamás y contacta con la «Escuela de espiritualidad francesa» y sus portavoces, especialmente Pierre Pourrat.

1929

Primera edición del libro *La acción social del sacerdote,* de Joaquín Azpiazu, en Madrid.

[octubre] Desplome de la Bolsa de Wall Street.

[diciembre] Pío XI promulga la encíclica *Mens Nostra* sobre los Ejercicios Espirituales.

1930

[enero] Dimisión del General Primo de Rivera. La Monarquía de Alfonso XIII entra en crisis.

[septiembre] El Obispo Múgica inaugura el nuevo Seminario Conciliar de Vitoria en presencia de Alfonso XIII y una docena de obispos.

La cifra de seminaristas en las diócesis españolas asciende este año a 12.831.

1931

[septiembre] Inicia 5.º de Latín en el Seminario Conciliar de Vitoria.

[abril] Elecciones municipales ganadas por la plataforma republicano-socialista. Abdicación de Alfonso XIII. Proclamación de la II República española con Presidencia de Niceto Alcalá Zamora.

[mayo] Encíclica social *Quadragessimo Anno* de Pío XI.

Expulsión del Obispo Mateo Múgica.

Quema de conventos y asaltos a edificios religiosos en Madrid.

[diciembre] Promulgación de la Constitución de la República Española.

Pierre Pourrat publica *Le sacerdoce* en la Librairie Bloud et Gay de Paris.

1932

[septiembre] Inicia 1.º de Filosofía con un claustro docenteformadopor, entre otros, Leoncio Arabiotorre, Manuel Lekuona, Juan Thalamás y Jose Miguel de Barandiaran y con Joaquín Goicoecheaundía como nuevo Director Espiritual. Comienza una activa labor cultural euskaltzale.

[enero] Fundación de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana dirigida por Joaquín Azpiazu.

Expulsión de la Compañía de Jesús de España.

[mayo] Pío XI publica la encíclica *Caritate Christi Compulsi* que subraya la atmósfera de crisis mundial radicalizada por el hundimiento de las economías capitalistas.

[septiembre] Eduardo Ezcárzaga, nuevo Rector del Seminario de Vitoria, Jose Miguel de Barandiaran mantiene el cargo de Vicerrector.

Las Cortes de la República aprueban el Estatuto de Autonomía de Cataluña.

Ángel Herrera Oria pasa a ocupar la Presidencia de la Junta Central de Acción Católica de España e impulsa la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

1933

[julio] Comienza a coleccionar noticias acerca de la cuestión social y la doctrina social de la Iglesia que toma del diario Euzkadi, al que está suscrito. Colabora con el periódico euskaldun Ekin de la asociación religiosa Jaungoikozale.

[noviembre] Funda, en compañía de Anastasio Albixu, Serafín Esnaola, Alejandro Mendizabal y Ramón Narvaiza el «III nivel de Kardaberaz bazkuna», sociedad juvenil euskaltzale integrada en la Academia Kardaberaz, de la que será Subdirector.

[febrero-marzo] Publicación de las Bases para la Organización de la Acción Católica Española, que implican su reforzamiento definitivo bajo el liderazgo de Ángel Herrera Oria, fuertemente influida por el modelo de la Acción Católica de Italia y, en lo social, por las Juventudes Obreras Católicas del Cardenal belga Jacques Cardjin.

[junio] Joaquín Goicoecheaundía, Juan Thalamás, Marcelino Cortabarría, Rufino Aldabalde, Félix Zatarain y Roberto Aguirre, profesores del Seminario de Vitoria, visitan el Seminario de San Sulpice y se reúnen con Pierre Pourrat, de quien obtienen su reciente libro *Le Sacerdoce*.

La II República aprueba la Ley de congregaciones religiosas.

[julio] La Juventud Obrera Católica organiza una Asamblea Social de Vitoria. En Vitoria y Bilbao existen centros de la JOC basados en el modelo belga del Cardenal Cardjin.

Euskaltzaleak comienza a publicar la revista *Yakintza*.

[septiembre] Primera reunión de Arantzazu organizada por Rufino Aldabalde, continuada en 1934 y 1935, que supone la presentación pública del Movimiento de Espiritualidad Sacerdotal de Vitoria.

Joaquín Goicoecheaundía comienza a promover la formación de grupos de amistad en el Seminario de Vitoria.

La polémica religioso-política desatada por las apariciones marianas de Ezkioga llega al Parlamento de la República.

Manuel Lekuona traduce al euskera un importante estudio de espiritualidad sacerdotal del Cardenal Mercier en la imprenta tolosarra de Isaac López Mendizabal.

[diciembre] Elecciones generales republicanas, triunfo de los partidos de derecha.

1934

[julio] La sección Labor Social del periódico Euzkadi dedica abundantes comentarios al pensamiento de Jacques Maritain y Emmanuel Mounier expuesto en la revista católica francesa Esprit, que colecciona en sus vacaciones estivales de Barinaga.

[septiembre] Cursa tercero de Filosofía, curso en que Juan Thalamás imparte la asignatura de Sociología, donde expone las nuevas teorías socialcatólicas elaboradas por los filósofos cristianos de Esprit, especialmente Mounier y Maritain.

[octubre] Publica el primer número de la revista Kardaberaz, de la que es redactor, director y dibujante oficial.

Barandiaran funda en el Seminario de Vitoria la revista *Idearium*. En su primer número Juan Thalamás publica «La cuestión social en el País Vasco» y Joaquín Azpiazu «El sacerdote social».

Mateo Múgica publica una pastoral bilingüe contra el paro obrero.

[julio] Presentación del reglamento de la Unión Vasca de Estudiantes Católicos, que reclama la fundación de una «Universidad Vasca».

Jacques Maritain pronuncia unas lecciones en la Universidad de Verano de Santander sobre el personalismo cristiano.

[octubre] Alejandro Lerroux, integra la derecha católica en el Gobierno de la República. Levantamiento revolucionario en Asturias y proclamación del *Estat Catalá* en Barcelona. En Mondragón Marcelino Oreja, Presidente de la Union Cerrajera y diputado de la Comunión Tradicionalista, es asesinado junto a otras dos personas por los obreros insurrectos.

La cifra de seminaristas en las diócesis españolas desciende este año a 7.401 jóvenes.

1935

[marzo] Colabora con un artículo científico en euskera en el libro colectivo de homenaje al M. I. Sr. Rector y Predecto de Estudios Dr. D. Eduardo de Ezcarzaga y Solaun en el XXV aniversario de su ordenación sacerdotal.

[septiembre] Comienza 1.º de Teología, con claustro compuesto por, entre otros, Manuel de Lekuona y Eduardo Ezcárzaga. Su Director Espiritual es Eustaquio Aguirreurreta.

Juan Bautista Eguzkitza publica en la sociedad Jaungoiko-zale *Gizarte Auzia,* la principal obra euskaldun de difusión de la doctrina social de la Iglesia.

Rufino Aldabalde es nombrado por el Obispo Mateo Múgica Director de la Obra Diocesana de Ejercicios Espirituales.

Carlos Santamaría promueve las Conversaciones Católicas Internacionales de San Sebastián.

La editorial Signo publica en Madrid *Problemas espirituales y temporales de una nueva cristiandad,* de Jacques Maritain.

[diciembre] La encíclica *Ad Catholici Sacerdotii* actualiza el perfil del sacerdote católico dibujado por la encíclica *Haerent Animo* de Pío X (1908) en sus caracteres de victimación, santidad y compromiso social.

José Calvo Sotelo acusa, en el Congreso de los Diputados, al Seminario de Vitoria de ser un «batzoki».

1936

[febrero-marzo] Consagración a la Virgen María y el Sagrado Corazón de Jesús de su grupo de amistad promovido por Goicoecheaundía, compuesto, además de por él, por Ramón Narbaiza, Marcelo Gangoiti, Atanasio Goicoechea, José Gandiaga y Anastasio Albixu. Importante giro espiritualista de su actividad intelectual. El grupo elabora su propio reglamento de vida, similar al del primer grupo de amistad de Aldabalde y Goicoecheaundía.

[julio] Comienza sus vacaciones en Barinaga, a la espera de marchar en agosto a Saturraran.

[agosto] Entra en la Caja de Reclutamiento como miembro de la quinta de 1936.

[diciembre] Movilización de los reemplazos de 1932 y 1936. Se alista en las milicias del Partido Nacionalista Vasco. El frente se estabiliza en las cercanías de Markina.

La Editorial Vizcaína publica en Bilbao *El sacerdote y sus ministerios, en su aspecto ascético-pastoral,* de San Juan Eudes, puntal histórico de la «Escuela Francesa de Espiritualidad».

Jacques Maritain publica en París *Humanisme intégral.*

[julio] El Frente Popular gana las elecciones generales.

Insurrección del Ejército de Marruecos contra la República secundada por una parte de las Comandancias militares peninsulares. Comienzo de la Guerra Civil Española.

El Bizkai Buru Batzar del PNV anuncia su respaldo de la legalidad republicana y su oposición a la insurrección militar.

[agosto] Pastoral «Non Licet» de los Obispos de Vitoria y Pamplona contra cualquier acuerdo de los católicos con el Gobierno del Frente Popular.

[septiembre] Caídas de Irún y de San Sebastián.

Disolución del claustro docente del Seminario de Vitoria y huida o exilio de buena parte de sus miembros. El edificio del Seminario de Vitoria es convertido en hospital de campaña y el centro es trasladado a Logroño.

Caída de Mondragón. El Coronel Latorre lleva a cabo una dura represión sobre la villa.

[octubre] Fusilamiento de 15 sacerdotes nacionalistas en Gipuzkoa, entre ellos el cura párroco de Mondragón, Jose Joaquín Arín.

Jose Antonio Aguirre es nombrado Lehendakari del Gobierno de la Autonomía Vasca y decreta la movilización de las quintas de 1931 a 1935.

El General Francisco Franco asume la Presidencia de la Junta de Defensa Nacional y es nombrado Jefe del Estado.

1937

[enero-febrero] Es declarado inútil para el servicio de armas y adscrito a la Sección de Prensa del PNV, como miembro de la redacción del periódico euskaldun Eguna. En este órgano y en la revista bilingüe Gudari redacta artículos de carácter religioso social bajo el seudónimo de Arretxinaga. Reside, pensionado, en casa de una familia bilbaína.

[marzo] Se inscribe en el Seminario Conciliar de Bizkaia, del que es nombrado Rector Pedro de Mentxaka.

[junio] Abandona Bilbao y llega a San Sebastián. Se refugia en casa de Anastasio Albixu en Lazkao.

[enero] Matanza de dos centenares de presos políticos derechistas en las cárceles bilbaínas.

[marzo] Ofensiva general del ejército «nacional» sobre Bizkaia. Intensos bombardeos sobre Bilbao.

Encíclicas *Mit Brennender Sorge* contra el nazismo y *Divini Redemptoris* contra el comunismo.

[abril] Bombardeo de Gernika.

Disolución del Seminario Conciliar de Bilbao.

Decreto de unificación de Falange, las J.O.N.S. y la Comunión Tradicionalista en

[julio] Regresa a Barinaga en compañía de un oficial carlista y vuelve a Bilbao, donde es detenido y recluido en la bilbaina cárcel de Larrínaga. Es sometido a una Auditoría de Guerra y finalmente acusado del delito de «excitación a la rebelión». El Fiscal Militar solicita una pena de 6 años y un día de prisión mayor.

[agosto] Es declarado inocente de todos los cargos en el juicio militar y liberado. Regresa a Barinaga.

[diciembre] Comienza 2.º de Teología en el Seminario de Bergara. Rufino Aldabalde ha sido nombrado Director Espiritual de filósofos y teólogos. Aldabalde acaba de regresar de Bélgica, donde ha contactado con el Cardenal Cardjin. Rápidamente se convierte en su "Padre espiritual".

un partido único, F.E.T.-J.O.N.S, el «Movimiento Nacional».

[mayo] Caída de Eibar, ruptura del frente y avance «nacional» hacia Bilbao.

[junio] Abandono de Bilbao por el Gobierno Vasco y caída de la ciudad.

[julio] Carta Colectiva del Episcopado Español a los Obispos de todo el mundo que califica la rebelión militar como una Cruzada. De ella se autoexcluyen los obispos Vidal i Barraquer, Múgica, Segura, y Torres y Rivas.

[septiembre] Javier Lauzurica es nombrado Obispo de Vitoria.

[octubre] Lauzurica decide trasladar el Seminario de Vitoria de Logroño a Bergara. Mantiene a Jesús Enciso como Rector. El nuevo claustro está compuesto, entre otros, por Román Orbe, Gregorio Rodríguez de Yurre, José Zunzunegui, Plácido Intxaurraga, Jesús Iribarren, Máximo Guisasola y Rufino Aldabalde.

1938

[marzo] Es llamado a filas y entra en la Caja de Reclutamiento de Bilbao.

[abril] Comienza el servicio militar en Burgos, en el Regimiento de Artillería nº 11. En el Seminario de esta ciudad prepara los exámenes de 2.º de Teología que aprobará en Vitoria. Burgos se convierte en sede del Gobierno de Francisco Franco.

[septiembre] Cursa como externo 3.º de Teología en el Seminario de Burgos. Reside en el improvisado hospicio franciscano de esta ciudad en compañía de varios amigos del Seminario de Vitoria y de otros «coristas» franciscanos.

[enero] El General Francisco Franco asume las funciones de Jefe de Estado, del Partido único, del Gobierno y Generalísimo de los Ejércitos.

[marzo] Promulgación del Fuero del Trabajo, documento en cuya redacción participa Joaquín Azpiazu.

Ofensiva del Ejército «Nacional» en Aragón.

El Gobierno «nacional» firma un tratado de «amistad» con la Alemania de Hitler.

[mayo] Rufino Aldabalde crea los grupos de trabajo (escritores y ejercitadores) en el Seminario de Bergara.

[julio-octubre] Contraofensiva del Ejército Republicano en Aragón. Batalla del Ebro.

[diciembre] Disolución de la Cooperativa Alfa de Eibar, calificada como «sociedad de carácter político de las declaradas fuera de la Ley».

1939

[julio-agosto] Es licenciado del servicio activo y regresa a Barinaga.

[septiembre] Participa en Vitoria en unos «Ejercicios Espirituales para ex-combatientes» dirigidos por Rufino Aldabalde. Comienza 4.º de Teología en Vitoria, donde ha sido reabierto el Seminario Mayor Diocesano. En él es profesor de Filosofía Social Gregorio Rodríguez de Yurre.

[noviembre] Entra en el grupo de escritores dirigido por Rufino Aldabalde.

[diciembre] Aldabalde funda en Vitoria el Instituto de Misioneras Evangélicas.

[febrero] Promulgación de la Ley de Responsabilidades Políticas, que establece penas por actividades políticas con carácter retroactivo hasta el 1 de octubre de 1934.

[marzo] Pontificado de Pío XII.

[abril] Fin de la guerra civil. Durante la contienda han sido asesinados 13 obispos, 4.184 sacerdotes y seminaristas, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Telegrama de felicitación de Pío XII a Francisco Franco. La nueva política de Estado alcanza un marcado acento «nacional católico».

[mayo] Primera reunión de Metropolitanos en Toledo, en la que se aprueban las nuevas Bases para la reorganización de la Acción Católica en España.

Alemania invade Polonia. Comienza la II Guerra Mundial.

[octubre] Inauguración de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera de Mondragón, con Ignacio Chacón como Director.

1940

[febrero] Es encargado por Aldabalde de refundar la revista del grupo de escritores, «Pax» a la que bautiza como «Surge». La revista se convierte en el órgano de expresión del Movimiento Sacerdotal de Vitoria.

[mayo] Termina 4.º de Teología.

[julio] Es ordenado subdiácono.

[septiembre] Participa en un Cursillo de Acción Social de la Universidad de Comillas dirigido por Joaquín Azpiazu.

[diciembre] Se da de baja en el grupo de escritores. Es ordenado sacerdote por Javier Lauzurica, Obispo de Vitoria.

[marzo] Ley para la supresión de la Masonería y el Comunismo.

[agosto] Aldabalde inaugura «Villa Santa Teresa» en el Monte Ulía de San Sebastián, la primera de sus Casas Diocesanas de Ejercicios Espirituales, destinadas a ser «focos de irradiación sacerdotal».

[octubre] El Congreso Mariano Nacional de Zaragoza promueve la creación de la Academia Española de Estudios Marianos, que celebrará semanas anuales de Mariología desde 1941.

1941

[enero] Oficia su primera misa en Barinaga. Javier Lauzurica le comunica su destino: la coadjutoría de la iglesia de San Juan Bautista de Mondragón, donde Sustituirá a Roberto Aguirre, que debe marchar a Rentería.

[febrero] Llega a Mondragón como nuevo coadjutor de la iglesia de San Juan Bautista. Es nombrado Consiliario del Centro de Acción Católica y profesor de la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

[junio] Presenta públicamente la Juventud de Acción Católica. Inicia una campaña de recogida defondos para proveer de una biblioteca el nuevo Centro de Acción Católica de la villa. En la Juventud de Acción Católica se rodea de jóvenes estudiantes de la Escuela de Aprendices como Jose María Ormaechea, Alfonso Gorroñogoitia, Luis Usatorre, Jesús Larrañaga y, en general, todos los futuros fundadores del cooperativismo de Mondragón.

[diciembre-enero] Lidera la primera Campana de Navidad de los jóvenes de Acción Católica, con cabalgatas, representaciones teatrales y la celebración del «Día del niño pobre». La campaña tendrá carácter anual e ininterrumpido.

[febrero] Fallecimiento de Alfonso XIII en Roma.

[abril] Pedro Anitua pone en marcha la Escuela de Aprendices del Barrio del Prado de Vitoria.

[mayo] F.E.T.-JONS cede a la Acción Católica de Mondragón los locales del Centro Obrero Católico, que se convierten en la nueva sede de la Juventud de Acción Católica.

La Compañía de Jesús organiza en Barcelona el I Congreso Nacional de Ejercicios Espirituales, al que continúa unas jornadas de estudios en Loiola. Auge extraordinario de esta práctica espiritual, promovida por el Estado en los centros de trabajo como instrumento de «recatolización».

[agosto] Consolidación de la Obra Parroquial de Ejercicios Espirituales de Aldabalde en el marco de la I Asamblea Sacerdotal Nacional de Vitoria.

[septiembre] La Escuela de Aprendices de Vitoria comienza su primer curso normal en los locales de la Fundación Olabe.

1942

[febrero] Participa en la Semana Social organizada por el Obispado de Vitoria y dirigida por Joaquín Azpiazu.

[abril] Juventud de Acción Católica alquila y habilita el Campo de Fútbol de Maala.

[junio] Funda Juventud Deportiva de Mondragón.

[julio] Alfonso Gorroñogoitia y Luis Usatorre finalizan sus estudios de Oficialía Industrial en la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

[enero] El líder de la Gestapo, Reinhard Heydrich reside la Conferencia de Wannsee en Berlín, en la que se adopta el «proyecto de solución final al problema judío». Apertura de campos de exterminio en Sobidor, Treblinka y Birkena a los que se envía a judíos deportados desde Holanda, Francia, Polonia o Eslovaquia. Hasta esa fecha los escuadrones exterminadores nazis *(Einsatzgruppen)* han asesinado a 1.400.000 judíos. En cuatro años, alrededor de 6 millones de judíos serán asesinados de los 8 millones y

[diciembre] Primer número de la hoja volante aperiódica «Aleluya» destinada a informar al vecindario sobre las actividades de la Juventud de Acción Católica.

medio que contaba el continente un año antes.

Aprobación de la Ley de cooperativas, de marcado signo nacionalsindicalista, que derroga la Ley de 8 de septiembre de 1931 y su reglamento de 2 de octubre de ese año. El reglamento de la nueva Ley será promulgado el 11 de noviembre de 1943.

[agosto] Disturbios entre falangistas y carlistas en la Basílica de Begoña de Bilbao que se saldan con varios heridos y dos fallecidos.

[diciembre] Mensaje de Navidad de Pío XII sobre la Guerra Mundial.

1943

[febrero] Participa en una Semana de Estudios Sociales del Obispado de Vitoria en la que interviene Gregorio Rodríguez de Yurre.

[mayo] Funda Aleluya, revista mensual del Apostolado Castrense de la Acción Católica, que será clausurada por las autoridades tres años más tarde.

[junio] Funda una Academia de Sociología en el Centro de Acción Católica.

[agosto] Presenta ante una asamblea de industriales y representantes locales su proyecto para la creación de una «Escuela Elemental de Trabajo de Mondragón», bautizada finalmente como Escuela Profesional de Mondragón, para la que demanda la colaboración de las empresas de la zona y establece un ideario pedagógico de «educación práctica».

[octubre] El Obispo inaugura la Escuela Profesional de Mondragón en los locales de la Fundación Viteri.

[enero] Derrota alemana en el sitio de Stalingrado y desplome del frente del este.

[junio] Encíclica *Mystici Corporis* sobre la Iglesia como cuerpo místico de Cristo.

1944

[julio] Jesús Larrañaga finaliza sus estudios de Oficialía Industrial en la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

[febrero] La Asamblea de Cardenales y Arzobispos de Francia manifiesta su preocupación por la «desvalorización» de la vocación sacerdotal.

[junio] Desembarco aliado de Normandía.

1945

[abril] Participa en la Asamblea Nacional de Consiliarios de Centros Obreros de Madrid. Contacta con la administración del Estado para procurar subvenciones para la Escuela Profesional.

[junio] Bendición solemne del nuevo estadio de Iturripe de Juventud Deportiva de Mondragón, destina una sección del mismo, en maqueta, a albergar una futura sede (mucho mayor) de la Escuela Profesional.

[julio] Comienza a leer en profundidad a los pensadores socialdemócratas británicos (Stafford Cripps, Ramsey MacDonald, Bevin, Attle y a liberales como Beveridge), a los pensadores personalistas católicos (Maritain, Mounier, Leclerq) y a teólogos como Pierre Teilhard de Chardin.

Jose María Ormaechea finaliza sus estudios de Oficialía Industrial en la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera.

[febrero] Alberto Bonet, fundador de la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña, se incorpora a la Dirección Central de la Acción Católica Española e inicia la especialización en el apostolado de esta institución, inspirado en el modelo de la Acción Católica Belga.

[marzo] Enrique Pla y Daniel, Cardenal Primado de Toledo, separa ideológicamente el régimen de Franco del fascismo europeo en *Ecclesia,* identificándolo exclusivamente con presupuestos nacionalcatólicos. Tesis que ampliará en su pastoral de agosto Al terminar la Guerra.

[abril] Fallecimiento de Rufino Aldabalde.

Suicidio de Hitler en Berlín en mitad de la Batalla de Berlín.

[mayo] Capitulación alemana. Fin de la II Guerra Mundial.

[julio] Pastoral del Obispo de Canarias, Antonio Pildain, sobre los graves problemas sociales de España, de que se hace eco Ecclesia.

Triunfo laborista en Gran Bretaña. Primer gabinete de Clement Attle.

1946

[junio] Inauguración del Dispensario Antituberculoso de Mondragón que, en enero de 1.947, es completado por una enfermería adjunta.

[septiembre] Participa en la Semana Nacional de Estudios para Consiliarios de Acción Católica, donde se estudian las normas de especialización publicadas en Ecclesia y se funda la H.O.A.C. (Hermandad Obrera de Acción Católica).

Entabla amistad con Guillermo Rovirosa y Alberto Bonet.

[enero] La Asamblea de Consiliarios diocesanos de Acción Católica, capellanes de fábrica y profesores de escuelas de aprendices en Vitoria decide promover la adecuada formación del Sacerdote en el campo social.

La revista *Surge* dedica enorme atención a la cuestión en los años futuros, con artículos de Anastasio Olabarría, Jaime Sáez, Pedro Madariaga, Pedro Jimeno, etc.

[febrero] La ONU condena el Régimen de Franco y decreta, unos meses después, la retirada de embajadores de sus países miembros.

[mayo] *Ecclesia,* órgano de expresión de la Acción Católica Española, publica las normas generales para la especialización en el apostolado.

[junio] Gustavo Thils, Profesor de la Universidad de Lovaina, publica en Brujas *Nature et spiritualité du clergé diocésaine.*

1947

[marzo] Publica el primer número de la revista Equis, destinada a la «población obrera» de Mondragón, cerrada posteriormente por las autoridades.

[septiembre] Consigue que la Escuela de Peritos Industriales de Zaragoza acepte la matrícula de once alumnos que estudiarán a distancia en la Escuela de Aprendices la titulación de Peritaje Industrial. Entre ellos se encuentran Ormaechea, Gorroñogoitia, Larrañaga, Usatorre y Ortubay, que comienzan este mes sus estudios oficiales tras un curso preparatorio realizado el año anterior.

[marzo] La cifra de seminaristas de las diócesis españolas asciende este año a 16.317 jóvenes.

[mayo] Huelga general obrera en el País Vasco que afecta parcialmente a Mondragón.

[julio] La Conferencia de París se reúne para discutir el Plan Marshall.

Recuperación de las Conversaciones Católicas de San Sebastián, con activa participación de miembros del Movimiento Sacerdotal de Vitoria. Entrada general del pensamiento personalista en el catolicismo hispánico.

[septiembre] Pío XII promulga la encíclica sobre el sacerdocio *Mediator Dei.*

1948

[julio] Asiste al primer curso de la Escuela Social de Vitoria creada por el Obispo Carmelo Ballester a imitación de la malagueña, dirigida por Jaime Sáez y un claustro en el que destacarán el propio Sáez, Gregorio Rodríguez de Yurre, Higinio París Eguílaz, Rafael Moralejo, etc. Su asistencia continuará puntualmente en los cursos siguientes.

[octubre] Rechaza la invitación del primer grupo misionero del Movimiento Sacerdotal de Vitoria para marchar al Ecuador.

[febrero] Ángel Herrera Oria, Obispo de Málaga, funda la Escuela Social Sacerdotal de Málaga.

[abril] Creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (O.E.C.E.).

1949

[enero] Colabora con Surge en el debate sobre la cuestión social.

[marzo] Por recomendación de Jose Luis Iñarra, párroco de San Juan Bautista, se convierte en Asesor Eclesiástico Comarcal de la Delegación Provincial de Sindicatos, cargo que abandona seis meses después por discrepancias con la orientación social del mismo.

[abril] Aprobación oficial de los estatutos de la Liga de Educación y Cultura, pieza clave en su intento de implicar al empresariado en un proyecto de reforma interior de la empresa y la sociedad según presupuestos socialcatólicos.

[abril-julio] Colabora con Surge con un segundo artículo de tema social.

[diciembre] Conflicto de Hetruc. Comienzo del distanciamiento entre los discípulos que trabajan como técnicos de la Cerrajera (Ormaechea, Gorroñogoitia) y la directiva de la empresa. Unos meses después, Jose María Ormaechea reformará la Caja de Auxilios de la empresa.

Reinaugura el Cine-Frontón Gurea, construido por Juventud Deportiva de Mondragón.

El Ministerio de Educación concede la validez oficial a los estudios de la Escuela Profesional.

[mayo] Fundación de la República Federal Alemana. Presidencia de Konrad Adenauer.

[abril-julio] Reanudación de las Semanas Sociales como instrumento de difusión de la doctrina social de la Iglesia. Esta IX edición se centra en el tema «Una distribución más justa de la riqueza», y en ella intervienen, entre otros, Ángel Herrera Oria, Alberto Bonet y Joaquín Azpiazu.

La Universidad Pontificia de Comillas celebra un primer Curso de Estudios Ético-Sociales.

[agosto] Fundación de la O.T.A.N.

[noviembre] Una bula pontificia desgaja de la macrodiócesis vitoriana las provincias de Bizkaia y Gipuzkoa, conformando dos nuevas diócesis: Bilbao y San Sebastián, pertenecientes a la Archidiócesis de Burgos. Las nuevas diócesis cuentan con dos nuevos obispos: Casimiro Morcillo y Jaime Font Andreu, respectivamente. Jose María Bueno Monreal pasa a ocupar la diócesis vitoriana.

[diciembre] *Ecclesia* comienza a publicar artículos de José Vasconcelos (Gregorio R. de Yurre) sobre el totalitarismo y la cuestión social, que generan una fuerte polémica con la prensa del «Movimiento Nacional».

1950

[julio] Liga de Educación y Cultura adquiere el almacén «Cometal» de Zaldispe (Mondragón) gracias a un préstamo hipotecario que ha gestionado con la Caja de Ahorros Provincial. Este edificio, rehabilitado, será la nueva sede de la Escuela Profesional. Lleva varios años desplazándose a Madrid para gestionar esta ampliación de la Escuela y las subvenciones necesarias.

[marzo] Comienza a publicarse la revista religiosa *Egiz* que, durante 18 números, critica la política del Estado franquista en el País Vasco y reclama el respeto de los derechos del pueblo vasco.

[septiembre] La lección inaugural de Joaquín Goicoecheaundía del nuevo curso del Seminario Diocesano de Vitoria, Seminario y postseminario, estudia la espiritualidad sacerdotal según el modelo vitoriano.

La editorial *Surge* del Seminario de Vitoria traduce la obra de Pierre Pourrat *El Sacerdocio,* reeditada por Eset en 1961. A raíz de ello, Pourrat colabora con varios artículos para *Surge* en años sucesivos. *Surge* publica, igualmente, el folleto *La espiritualidad del clero diocesano* de Gustavo Thils.

La Conferencia de Metropolitanos acuerda el traslado de la Escuela Social Sacerdotal de Málaga a Madrid con el nombre de Instituto Social León XIII, dirigido por Ángel Herrera Oria y con un claustro del que forma parte Gregorio Rodríguez de Yurre.

Exhortaciones al clero de Pío XII *Menti Nostrae y Mystici Corporis.*

1951

[mayo] Presenta públicamente su proyecto de Asociación Mondragonesa del Hogar, sociedad corporativa benéfico-constructora destinada a

[octubre] Derrota de los laboristas en Gran Bretaña, triunfo del Partido Conservador de Winston Churchill.

solventar el acuciante problema de la vivienda en Mondragón. Comienza un fatigoso programa de desplazamientos a Madrid para obtener los permisos de construcción necesarios.

[noviembre] Proclamación del dogma de la Asunción de María.

La cifra de seminaristas de las diócesis españolas asciende a 18.536 jóvenes.

Joaquín Goicoecheaundía publica «Desarrollo y defensa de la santidad sacerdotal» en el volumen *Comentarios a la exhortación Menti Nostrae,* publicado por la editorial bilbaína Desclée de Brower.

1952

[febrero-mano] Presenta un mural mensual en el Centro de Acción Católica titulado "Ecos" que denuncia la pasividad de Ayuntamiento ante la cuestión de la vivienda. La Guardia Civil entra en el local por orden del Alcalde, destruye los murales y se detiene a los Presidentes de la Junta del Centro y de la Juventud Deportiva. La iniciativa desaparece por presiones en mayo.

Publica un artículo en la revista Incunable en el que detalla su ideal de apostolado patronal y presenta una ponencia en la I Reunión de Técnicos de la Acción Católica de Madrid.

[agosto] Los estudiantes de Peritos de Zaragoza, entre los que figuran los cinco pioneros del cooperativismo, reciben sus diplomas de graduación de manos del Ministro de Educación durante el acto de inauguración de la nueva Escuela Profesional de Zaldispe.

Decide vincular el profesorado de la Escuela con el del Instituto León XIII fundado por Herrera Oria para mejorar su formación social.

Comienza a impartir una charla diaria a las dos de la tarde al alumnado y profesorado de la Escuela.

[octubre] Es condecorado por el Ministro de Educación con la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

[abril] Joaquín Goicoecheaundía presenta la ponencia «Perfección del clero diocesano» en la I Semana de Espiritualidad organizada por el Centro de Estudios de Espiritualidad PUE de Salamanca.

[mayo] 840 sacerdotes son ordenados en una sola jornada del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

[agosto] Dos decretos de prohibición episcopales consiguen el cierre de *Egiz.*

1953

[julio] Es designado Subdirector de la Escuela Social de Vitoria.

[agosto] Primera piedra del polígono de 106 viviendas de Makatzena que será construido por la Asociación Mondragonesa del Hogar, que ha fundado dos años antes.

[octubre] Concordato entre el Estado español y la Santa Sede.

1954

[enero] Tras intensas gestiones consigue el reconocimiento de la Asociación Mondragonesa del Hogar como «entidad benéfico-constructora».

[febrero] Sus discípulos Gorroñogoitia y Ormaechea son elegidos titulares de Jurado de Empresa de la Unión Cerrajera en representación de los técnicos de esta compañía.

[marzo-mayo] Promueve la fundación por Gorroñogoitia y Ormaechea, acompañados de otros tres compañeros, Larrañaga, Usatorre y Ortubay, de una primera sociedad en el marco de la Escuela Profesional: ASTEC. Ormaechea y Gorroñogoitia se desplazan a Madrid para conseguir un permiso oficial para

[octubre] Francisco Franco consagra España al Inmaculado Corazón de María en la clausura del Congreso Mariano Nacional de Zaragoza, que celebra el I Centenario del dogma de la Inmaculada Concepción.

[noviembre] Antonio Pildain publica su polémica pastoral «El sistema sindical vigente en España, ¿está o no acorde con la doctrina social de la Iglesia?».

constituir una nueva empresa que, finalmente, no lograrán.

1955

[abril-mayo] Participa como responsable de unos «Ejercicios para patronos y obreros» en la nueva Escuela de Directores Espirituales del Seminario de Vitoria dirigida por Joaquín Goicoecheaundía.

[junio] Consigue en Madrid la firma de las escrituras de las 106 viviendas de la Asociación Mondragonesa del Hogar. Son años de constantes viajes a Madrid que ya no se detendrán salvo por motivos de salud.

[julio] Las 106 viviendas de Makatzena construidas por la Asociación Mondragonesa del Hogar son ocupadas por sus nuevos inquilinos.

[octubre] Los discípulos implicados en ASTEC fundan Ulgor, en Vitoria, gracias a la compra de una vieja fábrica de hornillos de cocina. Crean una marca comercial que denominan Tagor. Varios alumnos de la Escuela Profesional se incorporan como socios trabajadores. En los meses siguientes los cinco socios fundadores se irán dando de baja en la Unión Cerrajera y comenzarán a incorporarse a la nueva empresa.

[febrero] El Instituto de Misioneras Evangélicas se transforma en Instituto de Misioneras Seculares.

[agosto] Inauguración de la nueva basílica del Santuario de Arantzazu, obra de Sainz de Oiza y Laorga, con fachada de Oteiza, vidrieras de Xabier Álvarez de Eulate y mural-retablo de Lucio Muñoz.

1956

[marzo] Constitución oficial de la Cooperativa de Consumo San José en Mondragón formada por vecinos del nuevo barrio de Makatzena (entonces Santa María).

[abril] Bendición primera piedra del primer pabellón de Talleres Ulgor en Laxarte, Mondragón.

El Gobernador Civil le amenaza con la expulsión por su supuesta responsabilidad en recientes conflictos laborales.

[agosto] Talleres Ulgor se traslada al pabellón de Laxarte, aún a medio construir, tras obtener en junio la autorización oficial para ello. El pabellón será inaugurado en noviembre. A finales de año la sociedad cuenta con 24 socios trabajadores.

[septiembre] Ormaechea y Gorroñogoitia viajan a Alemania para negociar con la firma Walter Niepenberg una licencia de fabricación de placas de selenio para Ulgor.

[octubre] Comienza a redactar un modelo de estatutos para Ulgor en los que apuesta por su consideración como Sociedad Anónima dada la naturaleza restrictiva de la Ley de Cooperativas de 1942.

[septiembre] Joaquín Goicoecheaundía presenta la ponencia «La perfección sacerdotal» en el Congreso Nacional de Perfección y Apostolado de Madrid.

1957

[junio] Redacta los estatutos de una «cooperativa de crédito Ulgor», donde comienza a definir las características societarias y empresariales de la futura Caja Laboral Popular.

[octubre] Ulgor logra una licencia de fabricación de cocinas de gas con el grupo italiano Fargas.

[febrero] Formación del 5.º Gobierno de la Dictadura, de orientación tecnócrata, con la incorporación de Navarro Rubio y Ullastres a los ministerios de Hacienda y Comercio, respectivamente.

[marzo] Tratado de Roma. Fundación de la C.E.E.

[noviembre] Constitución oficial de Talleres Arrasate.

1958

[febrero] Convencido por varios consejeros jurídicos, orienta definitivamente los estatutos de Ulgor hacia el modelo cooperativo.

[octubre] Redacta los estatutos definitivos de Ulgor, en donde define esta sociedad como una sociedad cooperativa industrial.

[noviembre] Reunión de constitución de Ulgor como cooperativa industrial, lo que inicia el periodo de tramitación de sus estatutos definitivos.

[octubre] Muerte de Pío XII. Pontificado de Juan XXIII.

1959

[enero-marzo] Redacta el anteproyecto de los estatutos de Caja Laboral, que envía definitivamente a Madrid para su aprobación en marzo.

[abril] Aprobación oficial de los estatutos de Ulgor, que se convierte en Ulgor S. Coop. [Sociedad Cooperativa] y presenta dos meses después en Madrid sus nuevas cocinas «Fagelectro».

[julio] Aprobación de los estatutos de Caja Laboral y definición de su Servicio de Provisión Social.

[septiembre-octubre] Reunión constitutiva de la Caja Laboral con José Ayala como Presidente y Jose María Ormaechea como Vicepresidente (apenas un año después éste alcanzaría la Presidencia de la sociedad y Ayala pasaría a ocuparse del Servicio de Provisión social). La Caja abre su primera oficina en Mondragón.

[noviembre] Fallecimiento de Jose Luis Arizmendiarrieta.

Propone la conversión de la Liga de Educación y Cultura en sociedad cooperativa comienza a redactar sus estatutos. Promueve la creación de una comisión, en la que participan sus discípulos de Ulgor y Caja Laboral, para la construcción de una nueva Escuela Profesional en Iturripe.

[junio] Memorándum del Plan de Estabilización y liberalización económica, materializado en el Decreto Ley de 21 de julio.

1960

[abril] Aprobación de los estatutos de la Cooperativa Liga de Educación y Cultura.

Funda la cooperativa de agricultores Lana.

[junio] La Cooperativa San José inaugura su sede de la calle Resusta de Mondragón, cuya primera planta es ocupada por Caja Laboral.

[agosto] Plantea al Ministro de Educación su proyecto de construir una nueva Escuela Profesional en Iturripe.

[septiembre] Primer número de Cooperación, boletín de las cooperativas de Mondragón, de cuya editorial se encarga mensualmente, definiendo mes a mes la nueva cultura del cooperativismo de Mondragón.

[octubre] Comienza una árida polémica (de varios meses de duración) con el director del

[marzo] El colectivo *El Clero Vasco Resistente* remite un escrito al Gobierno Vasco en el exilio lamentando el fallecimiento de Jose Antonio Aguirre, «el Jefe del Pueblo Vasco».

[mayo] 339 sacerdotes vascos firman un documento titulado «Los sacerdotes vascos ante el momento histórico actual» que obtiene una amplia difusión pública y que denuncia la represión del Gobierno de Franco de los derechos políticos del pueblo vasco.

[octubre] En los diez años anteriores la población del País Vasco ha crecido un 24%, con la llegada de 152.226 nuevos inmigrantes de fuera del País Vasco.

Colegio de San José de Mondragón, Clemente López Cano, debido a la intención de éste de establecer un programa de Bachillerato Laboral en la villa.

1961

[febrero] Envía al Ministerio de Educación un croquis de la nueva Escuela Profesional que proyecta en el terreno de Iturripe.

[abril] Participa con Gorroñogoitia en la Asamblea Nacional de Cooperativas de Producción de Madrid.

[julio] Viaja a Alemania y gestiona un intercambio de profesores entre la Escuela Profesional y la empresa Semikron, dedicada a la electrónica.

[noviembre] Participa, unto con discípulos como Gorroñogoitia y Amozarrain, en la I Asamblea Nacional de Cooperativas de Madrid, donde el «modelo Ulgor» genera enconadas disputas.

[abril] Ediciones Sígueme, de Salamanca, publica Naturaleza y espiritualidad del clero diocesano, de Gustavo Thils.

[mayo] En el LXX aniversario de la *Rerum Novarum* Juan XXIII publica la encíclica social *Mater et Magistra*.

[agosto] Construcción del Muro de Berlín.

[octubre] El Gobierno establece un Plan Nacional de la Vivienda para diseñar el crecimiento urbanístico del desarrollismo.

1962

[febrero] Primera piedra del pabellón de Copreci.

El Ministro de Educación se compromete a financiar una parte de las obras de la nueva Escuela Profesional de Iturripe. Las empresas de Mondragón se desmarcan del proyecto, que es asumido en su totalidad por las cooperativas Ulgor, Caja Laboral y Arrasate con cargo a sus fondos de obras sociales. Nombra a Jose María Ormaechea Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Liga de Educación y Cultura encargada de planificar y organizar las obras.

[marzo] La Comisión Ejecutiva de la Liga de Educación cuenta con la primera maqueta del nuevo polígono educativo. Comienza una etapa de intensas negociaciones con los ministerios y el Ayuntamiento para la recalificación de los terrenos de Iturripe, afectados por el Plan Nacional de la Vivienda de 1961. La cooperativa de viviendas San Vicente emprende la construcción de dos torres de pisos para compensar la pérdida de terrenos que implicará esta recalificación. En los años posteriores realiza constantes viajes a Madrid para realizar todas estas gestiones.

[abril] Primera sucursal de Caja Laboral, en Aretxabaleta.

[noviembre] Publica el primer Plan de Promoción de la nueva Escuela Profesional de Iturripe en las Gráficas ESET del Seminario de Vitoria. Realiza en los meses siguientes numerosos viajes de presentación del proyecto por toda la comarca y la provincia con la intención de convertir la nueva Escuela en la matriz de una Mancomunidad Escolar de la Universidad de Oñati, proyecto que terminará de definir en 1965.

[octubre] Inicio del Concilio Vaticano II.

1963

[enero] Nuevas sucursales de Caja Laboral en Elorrio y Soraluze. La siguiente será la de Oñati (en mayo). El proceso de expansión por el

[febrero] Fallecimiento de Jaime Font y Andreu, Lorenzo Bereciartua pasa a ocupar el Obispado de San Sebastián.

País Vasco alcanza una proporción de seis a diez oficinas por año.

[mayo] El Ministro de Trabajo, Romeo Gorría, visita Mondragón y asiste al inicio de las obras del polígono educativo de Iturripe.

[julio] Intenta inscribirse en el registro de periodistas por razones de salud.

Fundación de Comet S.C.I. (convertida en Ederlan S.C.I. en diciembre de 1966).

[octubre] Aprobación oficial de los estatutos de Copreci S. Coop.

Polémica con socios de Juventud Deportiva de Mondragón por la construcción de la nueva Escuela Profesional de Iturripe.

Presenta al Ministro de Trabajo una enmienda a la Ley de Bases de Seguridad Social para que los socios de las cooperativas industriales puedan integrarse en la Seguridad Social del Estado.

[marzo] Una orden ministerial determina el encuadramiento de los socios de las cooperativas industriales en las mutualidades de autónomos.

[abril] La encíclica *Pacem in Terris* reivindica buena parte de los derechos humanos conculcados por el Régimen franquista (de asociación, participación política, libertad de cultos...).

[junio] Fallecimiento de Juan XXIII. Pontificado de Paulo VI.

8.021 jóvenes cursan estudios en los seminarios de las diócesis españolas.

[septiembre] Escrito de varios sacerdotes vascos a los «Padres Conciliares» con duras acusaciones contra la connivencia de la Jerarquía vasca y española con la Dictadura.

[octubre] Primer número de *Cuadernos para el Diálogo,* dirigida por Joaquín Ruiz Jiménez.

[diciembre] Presentación del primer Plan de Desarrollo Económico y Social para el período 1964-1967.

1964

[marzo] Malestar público del empresariado guipuzcoano ante el movimiento cooperativo: Comunicación de la Cámara de Industria de Gipuzkoa.

[abril] Cooperación se transforma en T.U. La dirección, como en su antecesora, corresponde a Juan Leibar.

Constitución del Grupo Ularco, formado por Ulgor, Comet (Ederlan), Copreci y Arrasate.

[mayo] El Gobernador Civil y el Director General de Enseñanza Profesional inauguran el primer edificio del nuevo polígono educativo: el Pabellón de Talleres y Clases Prácticas, adornado con dos estatuas de obreros construidas por alumnos de la Escuela.

[junio] Bendice la oficina de Markina de Caja Laboral.

[noviembre] El sacerdote Alberto Gabikagogeaskoa, coadjutor de Ibarruri, pronuncia un sermón en euskera en Markina en el que denuncia la falta de libertad de expresión y las torturas a los presos políticos en las comisarías, por el que es juzgado en Gernika.

1965

[enero] Presenta una ponencia en la sociedad FACES de Madrid sobre el cooperativismo de Mondragón.

[julio] Promueve la transformación de la Asociación Liga de Educación y Cultura en una Liga de Asistencia y Educación, sociedad titular del Centro Asistencial que construye en el antiguo edificio de la Escuela Profesional de Zaldispe.

[agosto] El Ministro de Trabajo, Romeo Gorría, le impone la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo.

[noviembre] Aprobación oficial de los estatutos de la Liga de Asistencia y Educación.

Participa en la inauguración de la sede de Caja Laboral en Bilbao, con el Obispo y su discípulo Alfonso Gorroñogoitia.

Fallece en Londres Winston Churchill.

[abril-mayo] Numerosos clérigos (y estudiantes de la Escuela Profesional de Mondragón) participan en los actos clandestinos de celebración del *Aberri Eguna* y del *1 de mayo.*

El Obispo de Bilbao, Monseñor Gúrpide, polemiza con el Gobernador civil de Bizkaia y separa el uso del euskera del «separatismo».

[septiembre] Encíclica *Mysterium Fidei* sobre la eucaristía.

[diciembre] Paulo VI clausura el Concilio Vaticano II. Encíclica social *Gaudium et Spes.*

1966

[febrero] Viaje empresarial por Francia con Alfonso Gorroñogoitia y Jose María Ormaechea.

[abril] Reconocimiento oficial de la cooperativa de estudiantes Alecoop.

Homenaje del Ayuntamiento de Mondragón por sus 25 años de coadjutoría en la parroquia de San Juan Bautista.

[julio] Agria polémica privada con Carlos Santamaría.

Viaje empresarial por Alemania.

[septiembre] El Servicio de Provisión de Caja Laboral se transforma en la Mutua de Provisión Social Independiente Lagun-Aro.

El Ministro de Educación, Lora Tamayo, inaugura la nueva Escuela Profesional de Maestría Industrial de Iturripe, que une al Pabellón de Talleres y Clases Prácticas dos nuevos pabellones de Aulas y Laboratorios y el Colegio Menor Viteri.

[octubre] Inicia correspondencia con el líder socialista eibarrés Toribio Echevarría (fundador de la cooperativa Alfa), exiliado en Venezuela.

1967

[enero] La revista de la Cámara de Comercio e Industria de Bayona, Activités en Pays Basque, publica un artículo sobre las cooperativas de Mondragón de expresivo título: L'Espagne franchit les Pyrénées. Pocos meses después la revista emblemática del cooperativismo francés, Communauté, publica un extenso reportaje sobre el cooperativismo de Mondragón. Jose María Riaza edita un libro sobre estefenómeno empresarial en este año. Un estudio promovido por Ángel Herrera Oria sobre la doctrina social católica lo considera la figura más importante del cooperativismo español.

[febrero] Sufre una grave crisis cardíaca en Madrid de la que es operado en la Clínica de la Concepción.

[junio-julio] Participa como consultor en las reuniones destinadas a la redacción de la Ponencia de Trabajo del Plan de Desarrollo.

[agosto] Caja Laboral publica el libro Una experiencia cooperativa.

[noviembre] Funda la cooperativa femenina Auzo Lagun.

[marzo] La lápida colocada en la iglesia de San Juan Bautista en conmemoración de los mondragoneses caídos en el bando «nacional» durante la Guerra Civil es destrozada. El párroco Jose Luis Iñarra y el cabildo demandan que la nueva lleve el nombre de todos los vecinos caídos de ambos bandos, petición que es desestimada. La placa es repuesta y nuevamente destrozada y el cabildo multado al posicionarse en contra de un acto de desagravio de las autoridades locales y provinciales.

ETA finaliza su V Asamblea, que ha iniciado en diciembre de 1966 y ha tenido lugar en dos recintos eclesiásticos: la Casa Cural de Gaztelu y la residencia veraniega de los jesuitas en Getaria.

Encíclica sobre la cuestión social *Populorum Progressio.*

[octubre] Los boletines eclesiásticos de los obispados vascos reproducen el texto oficial de la oración litúrgica *Colecta et Famulos,* concordada por el Régimen con la Jerarquía episcopal, e insisten en su correcto uso litúrgico. Su letra decía: «Guarda, Señor, de todo mal a tus siervos; a nuestro Santo Padre el Papa, N. Y a nuestro Obispo N. Guarda a nuestro Jefe del Estado N., al pueblo que le ha sido encomendado y al ejército».

1968

[julio] La Escuela Profesional de Maestría Industrial de Mondragón es oficialmente reconocida como Escuela Profesional Politécnica.

[octubre] El dominico Quintín García defiende la tesis Cristianisme social et participa-

[marzo-abril] Numerosos sacerdotes de las Parroquias de Beasain, Mondragón, Getaria, Itsasondo, Oñate, Pasajes de San Juan, San Sebastián, etc., denuncian la represión policial contra los participantes en el reciente *Aberri Eguna.* Manuel Valencia

tionisme industriel. Les coopératives instruielles de Mondragón, dirigida por H. Desroche, en l'École Pratique des Hautes Études de Paris.

Remón cesa en el cargo de Gobernador Civil de la provincia, que pasa a ocupar Enrique Oltra Moltó.

[mayo] Movimiento estudiantil violento en París y huelgas masivas contra el Gobierno de De Gaulle. Graves disturbios en las universidades españolas en los meses siguientes.

[junio] Asesinato de un guardia civil por dos militantes etarras, uno de los cuales muere poco después en un tiroteo con la Guardia Civil. Primer jalón de la estrategia acción-represión-acción diseñada en la IV Asamblea de ETA. Varias parroquias de Gipuzkoa celebran funerales en memoria del activista muerto pese a la prohibición oficial y exaltan su figura.

[julio] Encíclica *Humanae Vitae* sobre la propagación de la vida humana y el control de la natalidad.

[agosto] El Gobernador Civil de Gipuzkoa Oltra Moltó proclama el Estado de Excepción en la provincia.

[noviembre] La II Semana Teológica de Mondragón, realizada en colaboración con la V Semana Teológica de Bilbao, reivindica la lucha de clases como instrumento cristiano de combate contra la opresión y justifica el ejercicio de la violencia en la persecución de tal fin.

[diciembre] Fallecimiento de los obispos de Bilbao y San Sebastián, Gúrpide y Bereciartua, sustituidos por Jose María Cirarda y Jacinto Argaya, respectivamente.

1969

[abril] Bendice las obras de la nueva sede de Caja Laboral en la ladera de Olandixo en Mondragón.

[julio] En una tensa reunión, el Gobernador Civil acusa al cooperativismo de favorecer la subversión política en la provincia e inicia una política de bloqueo administrativo.

[septiembre] Nacimiento de Comerco, fruto de la fusión de la Cooperativa San José de Mondragón con varias cooperativas de consumo afincadas en Aretxabaleta, Amorebieta, Markina, Gernika, Eibar, Ermua, Matiena y Bilbao. Dificultades en su inscripción oficial implican su denominación final como Eroski.

[abril] De Gaulle es sustituido en la Presidencia de la República francesa por Georges Pompidou.

[mayo] Cinco sacerdotes inician una huelga de hambre en las oficinas del Obispado de Bilbao en denuncia de la represión contra el pueblo vasco.

[julio] Estalla el escándalo financiero MATESA.

[octubre] Triunfó socialdemócrata en la República Federal Alemana. Presidencia de Willy Brandt.

1970

[abril] Fallecimiento repentino de Luis Usatorre.

[septiembre] Inauguración de la nueva planta de Ulgor en Garagarza. En el discurso inaugural Alfonso Gorronogoitia, ante los Ministros de Trabajo e Industria, recuerda la figura de su amigo fallecido.

[noviembre-diciembre] Movilizaciones generales en el País Vasco en contra del «Juicio de Burgos» (encierros en iglesias, colectas, homilías, manifestaciones, protestas callejeras). En este juicio estaban encartados dos sacerdotes vascos.

En los diez años anteriores la población del País Vasco ha crecido un 36%, con 255.538 nuevos inmigrantes de fuera del País Vasco. El crecimiento en la comarca de Mondragón es mucho mayor, de un 45%.

1971

[febrero] La Junta Rectora de Ulgor modifica el Reglamento de Régimen Interior en sus apartados dedicados a la regulación del derecho de huelga lo que genera la publicación de panfletos anónimos en contra de la dirección de la cooperativa.

[junio] Fallecimiento de Tomasa Madariaga.

[noviembre] El nuevo Governador Civil, Julio Iranzo, ordena el secuestro del T.U. de este mes por la publicación de un artículo en defensa de los derechos de los presos políticos.

En los cinco años anteriores (quinquenio 1966-1971) 2.639 religiosos abandonan el ministerio y optan por la «secularización».

[mayo] El fallecimiento de Casimiro Morcilla permite la llegada al Obispado de Madrid del reformista Vicente Enrique y Tarancón, que unos meses después es elegido Presidente de la Conferencia Episcopal.

Carta apostólica *Octogessima Adveniens* sobre el problema social.

1972

[febrero] un editorial suyo en el T.U. es denunciado por supuesta «apología de la violentia» y motiva una advertencia de la Delegación del Ministerio de Información.

Realiza un periplo de conferencias sobre el cooperativismo por Gijón, Coruña, Zaragoza, Tarragona y Huesca.

[junio-octubre] Conflicto laboral en Alecoop.

[junio-octubre] El número de seminaristas de las diócesis españolas se reduce este año a 2.701.

1973

[enero] The Observer publica en Gran Bretaña el influyente artículo de Robert Oakeshott: «Mondragón. Spain's Oasis of Democracy».

Es ingresado en el hospital bilbaíno de Basurto debido a una grave crisis cardíaca.

[abril] Se implica sin éxito en el debate en tor no a la Mancomunidad Eclesial de Mondragón, que le genera en 1974 agrias disputas con el cabildo parroquial.

[mayo] Una revisión en Bilbao le confianza la irreversibilidad de su mal cardíaco.

[julio] Jose María Ormaechea comienza la promoción de un Centro de Investigación Técnológica que garantice la autonomía tecnológica del movimiento cooperativo de Mondragón reclamada insistentemente por su mentor, especialmente desde sus viajes a Francia y Alemania de 1966.

[noviembre] Una nueva revisión en la Clínica de la concepción de Madrid aconseja la idoneidad de una nueva operación de corazón.

[diciembre] Asesinato de Luis Carrero Blanco.

1974

[enero-abril] Muy enfermo, decide abandonar la Casa Curaly residir en una de las torres construidas en el entorno del polígono educativo de Iturripe, la Torre Eguzki, debido a su mejor accesibilidad.

Ingreso y segunda operación a corazón abierto en la Clínica de la Concepción de Madrid. Complicaciones postoperatorias revelan una nueva afección incurable y degenerativa: el mal de quirófano.

Traslado de las oficinas de Caja Laboral a la nueva sede de Olandixo, cuya inauguración oficial se postergará un año. La nueva sede es adornada con obras encargadas a nuevos re-

El Obispo de Bilbao, Monseñor Añoveros, denuncia la falta de libertad del pueblo vasco y desata un grave conflicto entre la Jerarquía Episcopal y el Estado.

Gobierno laborista de Wilson en Gran Bretaña.

La Guerra del Yom Kippur entre los países árabes e Israel provoca un alza de los precios del petróleo que desencadena una crisis energética y económica internacional.

[mayo] Muerte de Georges Pompidou en Francia.[diciembre] Nueva Ley de Cooperativas, con reglamento de agosto de 1971.

presentantes del arte vasco como Jorge Oteiza, Néstor Basterretxea, etc.

[junio] Una huelga parcial por cuestiones internas afecta a Ulgor y Fagor Electrónica e implica la expulsión de 24 cooperativistas.

[septiembre] Simón Martínez Arroiabe comienza a elaborar en el marco de Caja Laboral, por encargo de Jose María Ormaechea, un estudio sobre su pensamiento cooperativo destinado a consulta interna.

[octubre-noviembre] La revista Cuadernos para el Diálogo *se hace eco de la polémica social en torno al cooperativismo mondragonés.*

La jerarquía eclesiástica diocesana hace públicas fuertes criticas a las cooperativas modragonesas mediante un escrito del Secretariado Social Diocesano difundido en todas las parroquias de la diócesis, excepto en la de San Juan Bautista.

Primera piedra de la sede del Centro de Investigación Tecnológica de Caja Laboral, actual Ikerlan.

1975

[marzo] Polémica con Xabier Kintana, de la Academia de la Lengua Vasca (Euskaltzaindia) por la versión euskaldun que ha fijado para Caja Laboral. Esta cooperativa, dirigida por Jose Maria Ormaechea, constituye uno de los principales promotores sociales de esta lengua mediante la financiación de ikastolas, libros, publicaciones directas, etc. así como mediante la subvención de instituciones como la propia Euskaltzaindia.

[abril] Los sociólogos norteamericanos William Foote Whyte y Katheleen King Whyte, de la Universidad de Cornell, celebran varias entrevistas con él. Alimentarán uno de los mejores estudios sobre su obra empresarial: Making Mondragon. The Growth and Dynamics of the Worker Cooperative Complex, *(Cornell University-ILR Press, Ithaca-New York, 1988).*

[octubre-diciembre] Tercera operación y larga convalecencia en Madrid.

Encíclica social *Evangelii Nuntiandi* de Paulo VI.

[septiembre-octubre] El régimen de Franco fusila a cinco jóvenes acusados de terrorismo en medio de una oleada de indignación internacional.

Francisco Franco cae gravemente enfermo. Juan Carlos de Borbón asume la Jefatura del Estado.

[noviembre] Muerte de Francisco Franco. Juan Carlos I, Rey de España. Fin de la Dictadura e inicio de la Transición.

1976

[abril] Participa en el debate en torno a la cooperativización del Servicio de Asistencia Técnica de Ulgor.

[junio-agosto] Nueva hospitalización y operación en la Clínica de la Concepción de Madrid.

[septiembre] Nuevo ingreso y quinta operación en la Clínica de la Concepción.

[octubre] Afinales de mes es trasladado desde Madrid al Centro Asistencial de Mondragón ante la irreversibilidad de su estado.

[noviembre] Fallece en el Centro Asistencial de Mondragón el día 29 de este mes, a los 61 años de edad.

FUENTES Y DOCUMENTACIÓN

ARCHIVOS PÚBLICOS

Archivo de la Parroquia de San Pedro de Barinaga [Markina] (APSPB)
Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste de Ferrol [A Coruña] (AIRMNF)
Archivo General Militar de Ávila (AGMA)
Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG)
Archivo General de la Administración [Alcalá de Henares] (AGA)
Archivo Central del Ministerio de Educación [Alcalá de Henares] (ACME)
Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca (AGGCE)
Archivo Histórico Nacional [Madrid] (AHN)
Archivo del Centro Penitenciario de Basauri (ACPB)
Archivo del Seminario Diocesano de Vitoria (ASDV)
Archivo Eclesiástico de la Diócesis de Bilbao (AEDB)
Archivo Diocesano de Burgos (ADB)
Archivo del Seminario Metropolitano de Burgos depositado en la Biblioteca de la Facultad de Teología del Norte de España [Burgos] (ASMB-BFTNE)
Archivo del Seminario Diocesano de San José [Burgos] (ASDSJ)
Centro de Patrimonio Documental del Gobierno Vasco [Bergara] (CPDGV)
Instituto de Historia y Cultura Militar [Madrid] (IHCM)
Archivo del Nacionalismo Vasco [Artea-Bizkaia] (ANV)
Archivo de Eusko-Ikaskuntza [San Sebastián] (AEI)
Archivo de Historias Clínicas de la Fundación Jiménez Díaz [Madrid] (AHCFJD)

BIBLIOTECAS Y HEMEROTECAS

Euskaltzaindia [Bilbao]
Biblioteca Loiola de la Universidad de Deusto [Bilbao]
Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra [Pamplona]
Biblioteca Xeral da Universidade de Santiago de Compostela

Biblioteca Concepción Arenal da Universidade de Santiago de Compostela
Biblioteca da Facultade de Xeografia e Historia da Universidade de Santiago Compostela
Biblioteca del Palacio de Otalora, Mondragón Corporación Cooperativa [Aretxabaleta]
Biblioteca Municipal de Bilbao
Biblioteca de la Diputación Foral de Bizkaia [Bilbao]
Biblioteca Nacional [Madrid]
Biblioteca del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral [Bilbao]
Biblioteca del Seminario de Vitoria
Instituto Labayru (Derio-Bizkaia)

ARCHIVOS PRIVADOS

Archivo de D. José María Arizmendiarrieta [Aretxabaleta] (AJMA)
Archivo de D. José María Ormaechea (Mondragón) [AJMO]
Archivo de D. Joaquín Goicoecheaundía [Vitoria] (AJG)
Archivo de D. Augustin Zubicarai [Ondárroa] (AAZ)
Archivo del Instituto de las Misioneras Seculares [Madrid] (AIMS)
Archivo de la Fraternidad Franciscana de Burgos (AFFB)

PRENSA Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

[Los paréntesis en los años de estas publicaciones periódicas significan que he consultado números determinados, si no hay paréntesis implica que he consultado la totalidad de la fuente en esos años]

ABC (1934) [Madrid]
Activités en Pays Basque (1967) [Bayonne]
Arriba (1961-1967) [Madrid]
BOE (1965) [Madrid]
Boletín Oficial del Obispado de Vitoria (BOOV) 1927-1941 [Vitoria]
Boletín Oficial Eclesiástico del Arzobispado de Burgos (BOEAB) 1938-1939 [Burgos]
Cooperación 1960-1964 [Mondragón]
Cooperation (1967) [Paris]
Diario Vasco (1965,1976) [Donostia-San Sebastián]
Eguna 1937 [Bilbao]
Ekin 1933 [Zornotza-Bilbao]
El Adelanto (1970) [Salamanca]
El Correo Español (1937) [Bilbao]
Esprit (1967) [Paris]
El Europeo (1966) [Madrid]
Euzkadi (1932-1936) [Bilbao]
Euzko Deya (1939, 1965) [Paris]
Gudari 1937 [Bilbao]
Gymnasium 1930-1932 [Vitoria]
Hierro (1937) [Bilbao]
Idearium 1934-1935 [Vitoria]
La Constancia (1934) [Donostia-San Sebastián]

La Gaceta del Norte (1937) [Bilbao]
L'Oficiel. Magazine des arts ménagers (1970) [Paris]
La Voz de España (1950-1965) [Donostia-San Sebastián]
Mundo Cooperativo (1960-1976) [Madrid]
Palabra (1971) [Madrid]
Seminario 1937-1939 [Bergara-Vitoria]
Sígueme 1938-1939 [Burgos]
Siembra (1951)
Surge (1941-1959) [Vitoria]
T.U. 1964-1976 [Mondragón]
Ya (1950) [Madrid]
Yakintza 1933-1935 [Bilbao]

ENTREVISTAS ORALES

JMAFO1-I, II, III: Doña María Arizmendiarrieta Madariaga, Caserío Etxe-Nagusia, Barinaga-Markina, 15 de julio de 2003 (I), 10 de diciembre de 2003 (II) y 13 de febrero de 2005 (III)

JMAFO2: Doña Joséfina Bazkaran Oregi, Caserío Etxe-Nagusia, Barinaga-Markina, 15 de julio de 2003 (euskera)

JMAFO3-I, II, III, IV: D. José Gandiaga, Residencia de las Hermanitas de los Pobres, Bilbao, 16 de agosto de 2003 (I), 16 de octubre de 2003 (II), 14 de enero de 2004 (III), 17 de abril de 2004 (IV)

JMAFO4: D. Paulin Solozabal, Residencia de sacerdotes de Mungia, 21 de agosto de 2003

JMAFO5: D. Augustin Zubikarai, domicilio particular, Ondárroa, 22 de septiembre de 2003 (euskera)

JMAFO6: D. Andrés Intxaurbe, Congregación Franciscana de Bilbao, 5 de noviembre de 2003

JMAFO7: D. José Antonio Gandarias, Congregación Franciscana de Forua, 7 de noviembre de 2003

JMAFO8: D. José Manuel Apellániz, Parroquia de las Mercedes, Getxo, 12 de noviembre de 2003

JMAFO9 : D. Andoni Basterretxea, domicilio particular, Ondárroa, 20 de noviembre de 2003

JMAFO10: D. José María Zapirain, Parroquia del Buen Pastor de San Sebastián, 26 de enero de 2004

JMAFO11: D. José María Ormaechea, Palacio de Otalora, Aretxabaleta, 7 de julio de 2003

JMAFO12: D. Alfonso Gorroñogoitia, Palacio de Otalora, Aretxabaleta, 8 de julio de 2003

JMAFO13: D. Carlos Abaitua, domilicio particular, Vitoria, 19 de enero de 2004

JMAFO14: D. Eusebio Iñarra, Palacio de Otalora, Aretxabaleta, 20 de septiembre de 2004

JMAFO15-I: JMAFO15-II: Doña Eulogi Lasaga, Palacio de Otalora, Aretxabaleta, 20 de septiembre de 2004 (I); domilicio privado, Mondragón, 2 de febrero de 2005 (II). [Ambas entrevistas no fueron grabadas por expreso deseo de la entrevistada. Las referencias que a ellas se hagan se basarán en las notas manuscritas tomadas a tal efecto, los días referidos, siendo testigo de ambas charlas D. José María Ormaechea Uribeecheberria. Si se citan como testimonio es por la importancia fundamental del personaje que lo transmite y porque, pese a carecer del soporte documental de audio, están destinadas a contrastar datos y no a aportarlos directamente]

JMAFO16: José María Uranga, domilicio particular, Mondragón, 5 octubre de 2004

JMAFO17: Hermanas Irene y Concha, Residencia de las Hermanas de la Merced, Vitoria, 26 junio 2003

JMAFO18: Román Balanzategui, Palacio Otalora, Aretxabaleta, 20 noviembre 2004.

JMAFO19: Javier Etxeberria, Casa Cural, Oñati, 20 noviembre 2004

JMAFO20: María Lourdes Azcoaga, domicilio particular, Mondragón, 2 de febrero de 2005

JMAFO21: Ramón Etxezarreta Crespo, Centro de Salud de Mondragón, 2 de febrero de 2005

JMAFO22: Jesús María Arizmendiarrieta y Pedro Arizmendiarrieta, Restaurante "Rumba", Mondragón, 2 de febrero de 2005

Jose María Arizmendiarrieta (Markina, 1915-Mondragón, 1976) fue el impulsor y líder ideológico del pujante movimiento empresarial que hoy día representa Mondragón Corporación Cooperativa (MCC). En este libro Fernando Molina expone cómo este sacerdote vasco gestó y lideró esta exitosa experiencia cooperativa.

Mediante una amplia y compleja labor de documentación y análisis, este historiador consigue reconstruir la vida entera, pública y privada, de un hombre inscrito en la más profunda modernidad de su tiempo histórico. Jose María Arizmendiarrieta fue una persona de humildes orígenes campesinos que aprovechó al máximo las enseñanzas que recibió en el Seminario de Vitoria de los años treinta. Allá se comprometió radicalmente con una exigente espiritualidad que trasladó a su labor pública, predicando y promoviendo un ideal de justicia social que acabó por generar un revolucionario modelo de sociedad y economía comunitarias.

Gracias a una sabia conjunción de erudición y narración, Fernando Molina presenta en esta obra la biografía definitiva del fundador de uno de los movimientos empresariales que más interés han suscitado en la historia de la Europa reciente

CAJA LABORAL
EUSKADIKO KUTXA